

GREGORIO DEL SER QUIJANO
(Coordinador)

CONGRESO V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL III DUQUE DE ALBA

FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO

ACTAS

 Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

CONGRESO V CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DEL III DUQUE DE ALBA

FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO

ACTAS



Institución Gran Duque de Alba

Comisión de Honor

Presidente:

ILMO. SR. D. AGUSTÍN GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *presidente de la Diputación de Ávila*

Vicepresidenta:

EXCMA. SRA. D.^a CAYETANA FITZ-JAMES STUART, *duquesa de Alba*

Vicepresidenta:

ILMA. SRA. D.^a ISABEL JIMÉNEZ GARCÍA, *presidenta de la Diputación de Salamanca*

Vocales:

EXCMO. SR. D. CARLOS FITZ-JAMES STUART, *duque de Huéscar*

ILMO. SR. D. FEDERICO MARTÍN BLANCO, *alcalde de la villa de Piedrahita*

ILMA. SRA. D.^a M.^a CONCEPCIÓN MIGÚELEZ SIMÓN, *alcaldesa de la villa de Alba de Tormes*

D.^a SONSOLES GARCÍA SÁNCHEZ, *teniente de alcalde de la villa de El Barco de Ávila*

D. CARMELO LUIS LÓPEZ

Secretario:

D. LUIS GARCINUÑO GONZÁLEZ

Comité científico

Presidente:

D. CARMELO LUIS LÓPEZ

Vocales:

EXCMO. SR. D. MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ

EXCMO. SR. D. CARLOS MARTÍNEZ-SHAU

D. LUIS RIBOT GARCÍA

D. JOSÉ MANUEL CALDERÓN ORTEGA

D. GONZALO MARTÍN GARCÍA

D. GREGORIO DEL SER QUIJANO

Secretario:

D. LUIS GARCINUÑO GONZÁLEZ

Fotografía de cubierta: Retrato de Fernando Álvarez de Toledo, obra de Rubens (Palacio de Liria)

Edita: Excm.a. Diputación Provincial de Ávila. Institución Gran Duque de Alba
Excm.a. Diputación Provincial de Salamanca

I. S. B. N.: 978-84-96433-78-6

D. L.: AV-179-2008

Imprime: Miján, Industrias Gráficas Abulenses, Ávila

GREGORIO DEL SER QUIJANO
(Coordinador)

CONGRESO V CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DEL III DUQUE DE ALBA
FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO

ACTAS

Piedrahíta, El Barco de Ávila y Alba de Tormes
(22 a 26 de octubre de 2007)



2008



 Institución Gran Duque de Alba

EN el mes de octubre del año 1507 nació en Piedrahíta don Fernando Álvarez de Toledo, hijo de don García y nieto de don Fadrique, el entonces duque de Alba, señor de Valdecorneja. Su vida transcurrió durante las regencias de Fernando el Católico y el cardenal Cisneros y durante los reinados de Carlos I y Felipe II, y fue, sin duda, una de las personalidades más complejas y más representativas de la Historia de España y de la Historia de Europa en el siglo XVI.

Como hombre de su tiempo, don Fernando Álvarez de Toledo era un hombre culto. Huérfano de padre, que murió en África, en el desastre de los Gelves, en 1510, vivió durante su infancia en Alba de Tormes, pasando largas temporadas en Piedrahíta, en Coria y en La Abadía. Su abuelo, el duque don Fadrique, hombre de elevada formación, ejemplo destacado de magnate del Renacimiento, se preocupó de su educación y contrató para él maestros que se encargaron de enseñarle las primeras letras, latín y humanidades. En su juventud fue discípulo de Boscán y amigo de Garcilaso de la Vega, llegando alguna vez a probar sus aptitudes para la poesía. Después viajaría en repetidas ocasiones por Europa: Italia, Alemania, Inglaterra...

Fue un gran cortesano. A los veinticuatro años heredó el título ducal y, muerto Garcilaso, se convirtió en el nuevo arquetipo de caballero y en la referencia más significativa de la Corte. El emperador Carlos confió en él y le colocó, en su ausencia, al lado de su hijo Felipe. El Duque vivió en primera fila los acontecimientos más significativos de la vida del príncipe heredero: fue su padrino de boda con la princesa María Manuela en Salamanca; desde 1547 fue su mayordomo mayor y ese mismo año el Emperador le encargó la introducción en la Corte de la etiqueta borgoñona; acompañó después al príncipe en su viaje de presentación por Europa y le acompañó a su boda con María Tudor en Inglaterra. Su maestría y experiencia le convirtieron en el cortesanisimo. Además de algunos nobles veteranos, muchos jóvenes caballeros, hijos de las más importantes familias nobles de Castilla, formaban en torno a él un importante séquito en la Corte. Era un grupo cohesionado que le reconocía como su gran patrono. La importancia de ese patronazgo, en cuanto dispensador de gracias y mercedes, radicaba en su enorme influencia política, en su reputación de cortesano instruido y en su cercanía al rey. Él fue quien por poderes representó en París al rey Felipe II en la boda de éste con Isabel de Valois.

Era un avezado político y un experimentado diplomático. En 1543 el emperador Carlos, sabedor de sus virtudes y de sus defectos, le nombró consejero del príncipe cuando encomendó a éste la regencia de los reinos de España. Después, desde la década de los cincuenta, fue uno de los miembros más prestigiados del Consejo de Estado y, ya en el reinado de Felipe II, concluyó con éxito, desde su cargo de gobernador de Milán y virrey de Nápoles, las tareas que el monarca le encomendó en Italia, en su

enfrentamiento con el papa Paulo IV y el rey de Francia. El Duque no dudó en ir a entrevistarse con el Papa, humillarse ante él y pedirle perdón por haber luchado en contra suya. Igualmente satisfactoria fue su intervención, en calidad de asesor de Isabel de Valois, en las conferencias celebradas en el verano de 1565, en Bayona, entre la reina de España y su madre, Catalina de Médicis, sobre el futuro de Francia y el enfrentamiento entre católicos y calvinistas en el país vecino. Es verdad que fracasó en la complicada tarea de pacificar los Países Bajos pero acabó su vida haciendo posible, con su gestión de la victoria, que Felipe II tomara pacíficamente posesión del reino de Portugal.

Era, ante todo, un extraordinario militar. Toda la vida había estado en contacto con las armas y la guerra. Con apenas catorce años acompaña a su abuelo Fadrique en la campaña del Emperador contra los franceses en 1521. Poco después, con diecisiete, combate a las órdenes del condestable de Castilla, don Íñigo de Velasco, contra los franceses que ocupaban Fuenterrabía. La plaza se rindió y don Fernando, en septiembre de 1524, fue nombrado su gobernador. Pronto se convierte en un brillante militar. En 1535, siendo ya duque, forma parte del ejército de Carlos V que ocupó Túnez y poco tiempo después, llamado por el emperador, participa decisivamente en la guerra de Alemania contra la Liga de Smalkalden. Allí se convirtió en el gran general de las tropas españolas. Después intervino en Melzt y en las guerras de Italia contra el duque de Guisa y contra el Papa, dirigió la marcha de los soldados de los tercios viejos a través de los Alpes desde Italia hasta los Países Bajos, obtuvo allí importantes victorias contra los rebeldes y, finalmente, fue nombrado capitán general del ejército que, tras la conquista de Lisboa, entregó a Felipe II la corona de Portugal.

Tenía, sin duda, una personalidad de enorme complejidad. Por el hecho de haber nacido en estas tierras y por su innegable importancia histórica la Diputación Provincial de Ávila dio, en su honor, a la institución de estudios abulenses que de ella depende el nombre de Institución Gran Duque de Alba.

Por idénticas razones en el año 2007 hemos querido conmemorar el quinto centenario de su nacimiento. Para ello, las diputaciones provinciales de Ávila y Salamanca programaron conjuntamente la celebración de un congreso histórico, en torno a la figura del III Duque de Alba, que se desarrolló entre los días 22 y 26 de octubre en Piedrahíta, lugar de nacimiento del Duque; en Alba, la ciudad que da nombre al título ducal; y en El Barco de Ávila, una de las villas que, junto con Piedrahíta, La Horcajada y El Mirón, estructuraban desde la Edad Media el extenso señorío de Valdecorneja.

A lo largo de cinco días, en nueve sesiones, historiadores procedentes de diferentes universidades españolas y extranjeras y de otros centros de investigación analizaron en sus ponencias y comunicaciones diferentes aspectos de la figura histórica del III Duque de Alba: la importancia del linaje y la familia, su relación con la cultura, su actuación en la Corte y el papel que desempeñó en la diplomacia, en la política, en el gobierno o en la guerra. Hoy verán la luz las Actas del Congreso. Su contenido contribuirá, sin duda, a profundizar en el conocimiento de la compleja personalidad del Duque, así como en el conocimiento de la historia de estas tierras, de la historia de España y de Europa en el siglo XVI, historia en la que don Fernando Álvarez de Toledo desempeñó un papel tan relevante.

Agustín GONZÁLEZ GONZÁLEZ
Presidente de la Diputación de Ávila

CUANDO me comunicaron la noticia de que la Institución Gran Duque de Alba estaba considerando la posibilidad de celebrar el V Centenario del nacimiento del Gran Duque de Alba recibí una gran alegría, porque me parecía de justicia recordar el papel que correspondió representar en la Historia de España a una persona que hizo del servicio a la Monarquía la única razón de su existencia. Gracias a las autoridades de las villas de Alba de Tormes, de El Barco y de Piedrahíta, a las que tan vinculado estuvo el Gran Duque, a las Excmas. Diputaciones de Ávila y Salamanca y, sobre todo, a la gran labor desplegada por la Institución Gran Duque de Alba junto a historiadores y conferenciantes, que con su presencia y aportaciones contribuyeron a dar rigor científico a la celebración. El resultado final ha sido un gran éxito y todavía recuerdo emocionada el cariño que encontré cuando acudí a Alba de Tormes a clausurar el Congreso.

Cayetana FITZ-JAMES STUART
Duquesa de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

DURANTE muchos siglos de la Edad Media y durante toda la Edad Moderna las tierras de Alba de Tormes, que pertenecen a la actual provincia de Salamanca, y las tierras llamadas antiguamente de Valdecomeja, que pertenecen a la actual provincia de Ávila, estuvieron estrechamente ligadas y relacionadas entre sí, entre otras cosas, por el hecho de pertenecer todas al señorío de los Álvarez de Toledo, que fueron a la vez duques de Alba y señores de Valdecomeja.

Indudablemente, entre todos los titulares del señorío destaca la figura de don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba y VII señor de Valdecomeja. Recordemos que nació en Piedrahíta, que lo crió y educó en el palacio ducal en Alba su abuelo don Fadrique, que murió en Lisboa y está enterrado en Salamanca. De su importancia histórica ya se ha hablado con anterioridad: su biografía se confunde con la historia de España y de Europa durante los reinados de Carlos I y Felipe II. Por ello, en el mes de octubre del año 2007, la Diputación de Ávila organizó conjuntamente con la Diputación Provincial de Salamanca la celebración de un congreso histórico internacional para conmemorar el quinto centenario del nacimiento del Duque.

El Congreso se celebró en la semana del 22 al 26 de octubre en Piedrahíta, El Barco de Ávila y Alba de Tormes. Los contenidos programados se desarrollaron en nueve intensas sesiones, tres en cada una de las sedes, a lo largo de las cuales hubo cincuenta intervenciones: la conferencia inaugural, diez ponencias, treinta y ocho comunicaciones y la conferencia de clausura. Participaron eminentes historiadores y profesores procedentes, entre otras, de las universidades de Valladolid, Alcalá de Henares, Burgos, Salamanca, Nimega, Huelva, UNED, Complutense y Autónoma de Madrid. Hoy publicamos el contenido de tales intervenciones.

Van encabezadas por la conferencia inaugural, seguida de la conferencia de clausura. La conferencia inaugural, pronunciada por don Luis Miguel Enciso Recio, de la Real Academia de la Historia, versa sobre la figura del III duque de Alba visto por la historiografía, una introducción fundamental para ayudarnos a valorar en el contexto adecuado las actuaciones de un personaje histórico tan complejo, tan rico en matices, tan controvertido y tan discutido ya en su tiempo. En la conferencia de clausura el profesor Irving Thompson trata del último servicio prestado por el duque de Alba a la Monarquía: la conquista para Felipe II del reino del Portugal. El profesor Thompson analiza la campaña y las fuerzas del ejército expedicionario, según él, el mayor ejército puesto en acción en la época de los Austrias, y, sirviéndose del contenido de sus cartas, analiza los rasgos más destacados de la personalidad del viejo capitán general de aquel ejército.

Los temas del Congreso propiamente dichos se organizan en torno a cinco grandes ejes: don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, cabeza del linaje; el gobierno de la Monarquía en el siglo XVI; la sociedad de Castilla en tiempos del duque de Alba; al servicio del rey, las misiones exteriores del duque de Alba; las artes y las letras.

Los contenidos de la primera parte se centran en la figura histórica del duque de Alba y su linaje. Tratan fundamentalmente sobre el linaje de los Álvarez de Toledo, su origen, sus relaciones internas, el gobierno de la Casa de Alba y de sus señoríos en los siglos XIV, XV y XVI, así como sus relaciones con algunos de los más importantes instrumentos de poder existentes en Castilla en la Edad Media, como son las órdenes militares.

El segundo eje temático se organiza en torno al Gobierno de la Monarquía hispánica en el siglo XVI. El III duque de Alba participó en la gobernación de la monarquía en dos aspectos esenciales, el político y el militar. En ambos aspectos desempeñó funciones fundamentales. Fue miembro del Consejo del príncipe Felipe durante las estancias del emperador Carlos V en Europa y miembro destacado del Consejo de Estado y del Consejo de Guerra durante los reinados de Carlos I y Felipe II: famosas fueron las disputas habidas en su seno sobre política exterior con el príncipe de Éboli y los ebolistas. En cuanto al ejército, baste recordar las actuaciones de los tercios españoles en el siglo XVI y su fama de invencibles. Don Fernando Álvarez de Toledo fue capitán general del ejército de Carlos I en la guerra contra los protestantes en Alemania y capitán general de los ejércitos de Felipe II en los Países Bajos y en la anexión del reino de Portugal.

La tercera parte versa sobre el estudio de la sociedad en Castilla en tiempos del duque de Alba. Don Fernando Álvarez de Toledo es uno de los mejores representantes de la alta nobleza en el siglo XVI, el cortesano por excelencia, el gran patrono de la corte, aquel en quien todos se miran y a quien todos acuden para obtener gracias y mercedes. Por contraposición, esta parte se dedica al estudio de otros grupos sociales y, en especial, de las condiciones y los modos de vida de las gentes que se encuentran en el otro polo de la sociedad de la época, los campesinos que viven en Castilla y, por tanto, en las tierras de Salamanca y Ávila en el siglo XVI.

En la cuarta parte se trata sobre los servicios políticos, diplomáticos y militares que el duque prestó en las fronteras de la Monarquía. Él fue el encargado de introducir en la corte española la etiqueta borgoñona que la asemejaba a las cortes europeas; el encargado de defender en Italia, en los años cincuenta, los intereses de Carlos I frente a los intereses del Papa y del rey de Francia y él fue quien tuvo que afrontar el grave problema de los Países Bajos, sin duda, el aspecto más conocido de la vida del duque de Alba y el más tratado por la historiografía.

Finalmente, se aborda la vertiente cultural, literaria y artística de la figura histórica del duque de Alba, prototipo del noble del renacimiento educado en las armas y en las letras. Se habla en la última parte de estas actas de libros y lecturas, celebraciones, fiestas, mecenazgo, pintura, coleccionismo..., fundamentalmente se habla de cultura.

Se completa así –linaje, gobierno, sociedad, servicios en el exterior, cultura– la serie de temas desde cuya perspectiva particular se aborda el estudio de la figura histórica del duque de Alba para profundizar, a través de ella, en el conocimiento de la historia de estas tierras de Salamanca y Ávila y en la Historia de España y Europa en el siglo XVI.

Isabel JIMÉNEZ GARCÍA
Presidenta de la Diputación de Salamanca

HACE ya dos años que la Institución Gran Duque de Alba, a través de su director, Carmelo Luis, se puso en contacto con nosotros para proponernos la idea de conmemorar el V Centenario del nacimiento de Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, el gran general de los ejércitos de Felipe II. Después de varias reuniones, el Comité Científico consideró la conveniencia de celebrar un ciclo de conferencias a cargo de conocidos historiadores y un Congreso Internacional, en el que especialistas de varios países pudieran reflexionar sobre los distintos ámbitos históricos, culturales o artísticos, en los que transcurrió la vida del Gran Duque. La Casa de Alba acogió de forma entusiasta la idea y durante el pasado año colaboramos con la Institución Gran Duque de Alba, a la que verdaderamente debemos testimoniar nuestro agradecimiento y en especial a su director, Carmelo Luis.

También quisiera expresar mi gratitud a los presidentes de las Diputaciones de Ávila y Salamanca, que han hecho posible la conmemoración, y a los alcaldes de Alba de Tormes, El Barco y Piedrahíta que, al frente de sus convecinos, en todo momento han sabido proporcionar el calor humano que ha contribuido de forma decisiva al éxito del V Centenario.

Ahora, la publicación de las Actas significa el broche de oro del ingente esfuerzo que personas e Instituciones han desarrollado durante este tiempo para recordar la figura de uno de los grandes servidores de la Monarquía española.

Carlos FITZ-JAMES STUART
Duque de Huéscar

 Institución Gran Duque de Alba

ÍNDICE GENERAL



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

CONFERENCIA INAUGURAL

EL III DUQUE DE ALBA ANTE LA HISTORIA	31
Luis Miguel Enciso Recio	
1. La formación de una personalidad	32
2. Los duques de Alba y la conformación de un estado señorial	34
2.1. La modernidad. Don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba	35
2.1.1. Las relaciones familiares y la organización de la Casa	35
2.1.2. La administración y la hacienda de los estados señoriales	36
2.1.3. La Corte, el mecenazgo y la cultura	36
3. El Gran Duque, hombre de Estado y soldado	39
3.1. La época de Carlos V	40
3.1.1. Italia y el norte de África	40
3.1.2. Europa. La tercera guerra con Francia	41
3.1.3. África. El fracaso de Argel	43
3.1.4. El último enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I	43
3.1.5. El conflicto político y religioso en Alemania	45
3.1.6. Los últimos años y la sucesión	49
3.2. La época de Felipe II	50
3.2.1. «La época de transición»: 1556-1565	50
3.2.1.1. La lucha de facciones	51
3.2.1.2. La madurez de Alba. Italia	54
3.2.1.2.1. La experiencia militar y política en Milán	54
3.2.1.2.2. El virreinato de Nápoles bajo Alba	56
3.2.1.2.3. La guerra de Paulo IV con la monarquía de España ...	57
3.2.1.3. La plenitud de Alba. Los Países Bajos	60
3.2.1.3.1. Los problemas de la Monarquía.	
«La crisis general y el restablecimiento»	60
3.2.1.3.2. La situación en los Países Bajos entre 1559 y 1565 ...	60
3.2.1.3.3. La revuelta de 1566	63
3.2.1.3.4. La radicalización de la rebeldía	70

3.2.1.4. El declive del poder español en los Países Bajos	77
3.2.1.4.1. Los problemas de la Monarquía	
El retroceso en el Norte y en el Sur	78
3.2.1.4.2. El cogobierno de Alba y Medinaceli en Flandes	78
3.2.1.4.3. El fracaso final de Alba en los Países Bajos	81
3.2.2. El retorno del III duque de Alba a España	83
3.2.3. Epílogo y final del Gran Duque. La sucesión portuguesa	84

CONFERENCIA DE CLAUSURA

LA ÚLTIMA JORNADA: EL DUQUE DE ALBA Y LA CONQUISTA DE PORTUGAL	89
Irving A. A. Thompson	

FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO. DUQUE DE ALBA Y CABEZA DE LINAJE

DE STIRPE GOTHORUM: LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO Y SU LINAJE HASTA DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO	103
---	------------

Félix Martínez Llorente

1. Primera época: el linaje de los Illán	106
2. Segundo periodo: los Álvarez de Toledo	112
3. La culminación de un ascenso: la nobleza titulada	114

EL GOBIERNO DE LA CASA DE ALBA (SIGLOS XIV-XVI)	119
--	------------

José Manuel Calderón Ortega

1. Introducción	119
2. El gobierno y la administración de la Casa de Alba	120
2.1. El ámbito central	120
2.1.1. El gobernador	121
2.1.2. Los consejeros	123
2.1.3. Otros oficiales	123
2.2. El gobierno territorial	124
2.2.1. El alcalde mayor	124
2.2.2. Los corregidores	126
2.3. Las competencias del Consejo de los duques de Alba	127
2.3.1. Asuntos de gracia y merced	127
2.3.2. La vía gubernativa	128
2.3.2.1. El Consejo y las ordenanzas municipales	128
2.3.2.2. Hacienda y gobierno de villas y lugares	129
2.3.2.3. Control de los oficiales señoriales	130
2.3.3. La actividad judicial	131
2.3.4. Los recursos contra los actos del Consejo	131

2.4. Competencias de los corregidores	133
2.4.1. Jurisdiccionales	133
2.4.2. Municipales y fiscales	133
2.4.3. De orden público y militares	134
2.5. El control de la responsabilidad	135
3. La hacienda	138
3.1. El gobernador de la hacienda	139
3.2. Los contadores	140
3.3. Los tesoreros	141
3.4. Otros oficiales de la contaduría	142
3.4.1. Secretarios de la contaduría	142
3.4.2. Escribanos de rentas y raciones	143
3.5. Recaudadores y mayordomos de rentas	144
3.6. El funcionamiento de la hacienda	144
3.6.1. Lugar	146
3.6.2. Horarios	146
3.6.3. Prohibiciones	146
3.7. Competencias	147
3.7.1. Toma de cuentas	147
3.7.2. Confección de nóminas	147
3.7.3. Otras actividades	147
3.7.4. El depósito del dinero	148
4. La «Casa» de los duques de Alba	148
4.1. El mayordomo mayor y los mayordomos	149
4.2. La actividad de los mayordomos	150
5. Los secretarios de los duques de Alba	150
6. Conclusiones	152

LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO EN LA ORDEN DE MALTA 155

Ángela Madrid y Medina

1. Los Álvarez de Toledo en las Órdenes Militares	155
2. En Malta	156
3. La familia del III duque de Alba en el priorato de Castilla y León	159
3.1. El prior frey Diego de Toledo	160
3.2. El prior frey Antonio de Toledo	163
4. Fernando de Toledo	164

LA CASA DE ALBA EN LA SUMMA DE VARONES ILUSTRES

DE JUAN SEDEÑO 171

José Antonio Bernaldo de Quirós Mateo

1. Juan Sedeño y su obra	171
2. Atención a la Casa de Alba en la <i>Summa de varones ilustres</i>	172
3. El capítulo de la <i>Summa</i> dedicado al primer conde de Alba	172
4. Referencias a don García y don Fadrique, primeros duques de Alba	175
5. Ausencia de referencias en la <i>Summa</i> al Gran Duque de Alba	176

BIOBIBLIOGRAFÍA DEL III GRAN DUQUE DE ALBA DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y PIMENTEL HOMENAJE EN EL V CENTENARIO DE SU NACIMIENTO, EN LA VILLA DE PIEDRAHÍTA	177
Fernando Delgado Mesonero	
1. Los Álvarez de Toledo. Señores de Valdecomeja, Oropesa y duques de Alba	177
1.1. Señores de Valdecomeja	179
2. Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel	182
3. Bibliografía sobre el Gran Duque de Alba	184
3.1. Escritos del Duque	185
3.2. Documentación en archivos	186
3.3. Biografías	187
3.4. Estudios	193
3.5. Programas de congresos	194
 LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO Y LOS ORÍGENES DEL SEÑORÍO DE VILLAFRANCA DEL BIERZO	 197
Alfonso Franco Silva	
1. Una herencia inesperada: el condado de Lemos	199
1.1. La división del patrimonio	202
 NOTAS HISTÓRICO-JURÍDICAS EN TORNO A ALGUNAS DISPOSICIONES TESTAMENTARIAS DEL III DUQUE DE ALBA	 205
Juan Jacinto García Pérez	
1. Notas características desde el punto de vista jurídico	206
2. Contenido atípico del mismo: disposiciones testamentarias vinculadas a la fe religiosa, cláusulas confesionales declaratorias, etc.	206
3. Disposiciones familiares y de carácter político	210
3.1. Mención a la batalla de Mühlberg	210
4. Disposiciones esenciales de tipo económico sobre los bienes de los testadores	211
4.1. Distribución y reparto de bienes. Las legítimas de los herederos	211
4.2. Las deudas pendientes y futuras	212
4.3. Los legados concretos en favor de familiares, servidores y criados	213
4.4. Las «cuentas» del Gran Duque con la corona real	214
5. Cláusulas finales formales (nombramiento de testamentarios)	216
6. Reflexión final	217
 LA RESIDENCIA DEL III DUQUE DE ALBA EN PIEDRAHÍTA	 219
Raimundo Moreno Blanco	
 VIAJE DEL GRAN DUQUE HACIA SU REPOSO FINAL EN LA CIUDAD DE SALAMANCA Y SEPULTURA	 229
Antonio Osuna Fernández-Largo	

UN JUICIO DE RESIDENCIA EN 1560 EN LA VILLA DE PUENTE DEL CONGOSTO	237
Tomás Sánchez García	
1. Introducción	237
2. Organización jurídico-administrativa en la villa	237
2.1 Obligaciones del gobernador o del teniente de gobernador	238
2.2. Obligaciones de las autoridades del concejo	238
3. Causas del proceso	238
4. Sentencias dictadas por los consejeros del Duque	240
4.1. Contra el gobernador Diego López de Moreta	240
4.2. Contra Lorenzo de la Torre, teniente de gobernador	241
4.3. Contra los alcaldes y otros concejales del concejo	241
4.4. Contra los escribanos	241
5. Conclusión	242

EL GOBIERNO DE LA MONARQUÍA

EL GOBIERNO DE LA MONARQUÍA EN TIEMPOS DEL III DUQUE DE ALBA	245
Emiliano González Díez	
1. A modo de prevención conceptual	245
2. En el principio, la Monarquía	248
3. La gestión superior del poder y los secretarios del rey	255
4. El corazón del gobierno: los consejos y juntas del rey	258

LA ESCUELA MILITAR DEL III DUQUE DE ALBA: EJEMPLO, DOCTRINA Y REFERENCIA HISTÓRICA	269
Hugo O'Donnell, duque de Tetuán	
1. Hernando Álvarez de Toledo Pimentel, de soldado a general y maestro de milicia ...	269
2. Capitán general en Flandes. El poder político en beneficio del militar	271
3. La formación y envío del cuerpo expedicionario, obra ejemplar de Alba	273
4. La impronta del III Duque de Alba en la disciplina y organización de su ejército ...	275
5. La campaña de 1568, esponente máximo de un sistema	277
6. El testimonio escrito de la normativa de Alba	281
7. Alba, artífice de estructuras y lugarteniente real	284

«ROMARCHIA»: LA MONARQUÍA CATÓLICA Y LA TEOLOGÍA POLÍTICA ...	291
José María Iñurrategui	

EL PENSAMIENTO MILITAR EN LA ÉPOCA DEL III DUQUE DE ALBA, DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO	303
Juan Antonio Sánchez Belén	

LA DISTRIBUCIÓN TERRITORIAL ABULENSE Y SU INFLUENCIA EN LA CASA DE ALBA	315
Teresa Mostaza Pérez. Manuel Pérez Gutiérrez. José Julio Zancajo Jimeno	
1. Introducción	315
2. Las segregaciones en el territorio del concejo abulense	316
3. La configuración territorial de los siglos XIV-XV: señoríos y Realengos	321
3.1. El señorío de Valdecorneja	321
4. La configuración topográfica	323
5. Bibliografía	324
 APROXIMACIÓN AL PENSAMIENTO DE LA ARISTOCRACIA URBANA EN LA CASTILLA FILIPINA: VIDA Y OBRA LITERARIA DEL REGIDOR ABULENSE LUIS PACHECO DE ESPINOSA	325
Roberto Quirós Rosado	
1. Introducción	325
2. El regidor Luis Pacheco de Espinosa y la ciudad de Ávila de 1580 a 1615	326
2.1. Orígenes familiares: el ascenso sociopolítico del licenciado Juan Pacheco de Espinosa	326
2.2. La formación de un servidor del rey: Luis Pacheco de Espinosa (c. 1555-1592) ...	327
2.3. Oficios y libros: la consolidación sociopolítica del regidor Luis Pacheco (1592-1614)	331
2.4. El encumbramiento del linaje: la Casa de Pacheco durante el siglo XVII	334
3. La obra literaria de Luis Pacheco de Espinosa	335
3.1. Obras históricas y corográficas	336
3.2. Obras religiosas	339
3.3. Obras satírico-burlescas	339
4. Conclusiones: hacia la revisión del estudio de la hidalguía abulense de la Alta Edad Moderna	342
 LA SOCIEDAD EN CASTILLA EN TIEMPOS DEL DUQUE DE ALBA	
 VIDA Y MUERTE DE LOS CAMPESINOS DE ÁVILA EN LA ÉPOCA DEL DUQUE DE ALBA	347
Serafín de Tapia Sánchez	
1. Introducción	347
2. Evolución del número de habitantes y de los asentamientos. Diferencias comarcales ...	348
3. Evolución del número de nacimientos en algunos lugares y comportamientos demográficos según los Libros Parroquiales	356
3.1. Comportamientos demográficos	358
3.2. Estacionalidad de los nacimientos	360
3.3. Estacionalidad de las bodas	360
3.4. Estacionalidad de la mortalidad	361
4. Las crisis de subsistencia	362
5. Conclusiones	370

UN MODO DE VIDA EN TIERRAS DEL DUQUE:**LOS CARRETEROS DE GREDOS. 373**

Gonzalo Martín García

1. La agricultura, una actividad necesaria 374
2. La ganadería, una actividad restringida 375
3. Los bosques y la madera 377
4. Los carreteros de Gredos 378

UN LINAJE DE CRIADOS MAYORES DE LA CASA DUCAL DE ALBA:**LOS VILLAPECELLÍN, ALCAIDES DE ALBA DE TORMES****Y DE PIEDRAHÍTA 383**

Alfonso de Ceballos-Escalera Gila

1. Criados, continuos y oficiales al servicio de los nobles 384
2. La Casa de los señores, condes y duques de Alba de Tormes 389
3. Los Villapecellín al servicio de los duques: construcción de una genealogía 390

EL GRAN DUQUE DE ALBA Y EL PENSAMIENTO.**ECONOMÍA Y NEGOCIOS EN TERESA DE ÁVILA 401**

Victoriano Martín Martín

1. Introducción 401
2. El Gran Duque de Alba y el pensamiento 402
3. Los duques de Alba y Teresa de Jesús 405
4. Economía y negocios en Teresa de Jesús 406
 - 4.1. Una dimensión nueva de Teresa de Jesús 406
 - 4.2. La preparación administrativa de Teresa de Jesús en la gestión de la hacienda familiar. 409
 - 4.3. El consejo y la ayuda de los expertos: académicos, mercaderes, burguesía, aristocracia y familia. 411
 - 4.4. El proyecto empresarial 412
 - 4.5. Administración de los recursos financieros 415

PRODUCTOS EXCEDENTES Y LUGARES DONDE LOS VECINOS**DE PUENTE DEL CONGOSTO Y SU TIERRA IBAN A VENDERLOS****A MEDIADOS DEL SIGLO XVI 417**

Tomás Sánchez García

1. Introducción 417
2. Relación de productos que se vendieron y lugares donde se llevaron a vender 418
3. Conclusiones 420

LA VENTA DE LA VILLA DE PUENTE DEL CONGOSTO**AL DUQUE DE ALBA EN 1540 423**

Tomás Sánchez García

1. Situación de la villa de Puente del Congosto y su tierra en 1540 423
2. La venta de la villa y su tierra al Gran Duque de Alba 423
 - 2.1. Causas de la compra-venta de la villa 423

2.2. Condiciones según las cuales se concierta el valor de los bienes	424
2.3. Proceso de la valoración de los bienes rústicos, urbanos y jurisdiccionales	425
2.4. Relación del valor de los bienes que adquirió el duque de Alba	426
2.5. Forma de pago	427

AL SERVICIO DEL REY

EL DUQUE DE ALBA EN ITALIA	431
Maria José Rodríguez Salgado	

1. «Pues he cabalgado en la yegua, menester es que tenga a las crines». El III Duque de Alba en Italia	431
2. Una ambición frustrada	432
3. <i>Capo dei Capi</i>	437
4. «Un hombre que jamás morirá»	445

JUSTICIA, GRACIA Y POLICÍA EN FLANDES

BAJO EL DUQUE DE ALBA (1567-1573)	461
Hugo de Schepper	

1. Alba en la Leyenda Negra de Flandes	461
2. Justicia	462
3. Gracia	466
4. Legislación	467
5. Conclusiones	469
6. Fuentes	470
7. Literatura	470

LA INTRODUCCIÓN DE LA ETIQUETA BORGUÑOÑA

EN LA CORTE ESPAÑOLA	473
Francisco Javier Díaz González	

1. El mayordomo mayor de Castilla	473
2. El grand maître d'hôtel de Borgoña	475
3. El duque de Alba, mayordomo mayor de Carlos V: Las funciones del nuevo mayordomo mayor	475
4. El duque de Alba, mayordomo mayor de la Casa del príncipe Felipe	477
5. Anexo	481

LOS AGENTES DE ALBA EN FLANDES:

EL CASO DE DON BERNARDINO DE MENDOZA	483
José Miguel Cabañas Agrela	

ESTRATEGIAS MATRIMONIALES EN TIEMPOS DE DISFAVOR REGIO: JUICIO, PRISIÓN Y MUERTE DE DON FADRIQUE DE TOLEDO, IV DUQUE DE ALBA, 1574-1585

499
Santiago Martínez Hernández

DON JUAN DEL ÁGUILA	525
Juan Carlos Bermejo de la Cruz	
EL CAUDILLISMO COMO MODELO DE GOBIERNO PARA LOS PAÍSES BAJOS: REFLEXIONES SOBRE EL TRASFONDO POLÍTICO DE LA TRATADÍSTICA MILITAR DE LA «ESCUELA DE ALBA»	533
Fernando Chavarría Múgica	
DEL PROTOCOLO BORGONÓN AL PROTOCOLO DEL SIGLO XXI	541
José Luis Delgado García	
1. El siglo XX, un siglo marcado por el protocolo de transmisión oral	543
ENTRE EL FERVOR RELIGIOSO Y EL ARDOR GUERRERO: LA VIDA DEL CAPITÁN CRISTÓBAL DE CASTRO (1545-1585)	547
Félix A. Ferrer García	
1. Apéndice documental	554
1.1. 1570, agosto, 30. Leiden	554
1.2. 1609, septiembre, 5 / 1618, septiembre, 5. Wesaliae	554
1.3. 1611, octubre / 1614, abril, 14. Tréveris-Bruselas	555
IMÁGENES CONTEMPORÁNEAS DEL DUQUE DE ALBA Y LA CAMPAÑA DE PORTUGAL	557
Rosa López Torrijos	
DECLARACIÓN DE LA DUQUESA DOÑA MARÍA PARA LA BEATIFICACIÓN DE LA MADRE TERESA DE JESÚS. 1595	573
Tomás Sobrino Chomón	
1. 1596, enero, 8. Piedrahíta. Dicho de María de Toledo, duquesa de Alba	574
LAS ARTES Y LAS LETRAS	
CULTURA Y POLÍTICA EN FLANDES BAJO EL GOBIERNO DEL GRAN DUQUE DE ALBA: BENITO ARIAS MONTANO	579
Luis Gómez Canseco	
1. Un humanista en Flandes	583
2. Entre libros	588
3. Bibliografía	596
CELEBRACIÓN CÍVICA Y FIESTA URBANA EN LA ÉPOCA DEL GRAN DUQUE DE ALBA, FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO (1507-1582)	599
Francesc Massip	
1. «La felicíssima vinguda de don Carlos cinquè, emperador dels romans»	601
2. El puente en el muelle	602

3. El Portal del Muelle	604
4. El arco triunfal de los Mercaderes	605
5. Arco triunfal de la Universidad	607
6. El arco triunfal de la Catedral	608
7. El arco triunfal del Portal de Mar	610
8. Significación estética y política	611
9. Bibliografía citada	613

DE LA FORMACIÓN CORTESANA AL MECENAZGO:

HISTORIA CULTURAL DEL GRAN DUQUE DE ALBA

Javier San José Lera

1. Introducción	615
2. Formación	616
3. Mecenazgo	622
4. Bibliografía	632

EL COLECCIONISMO PICTÓRICO

EN LA ÉPOCA DEL GRAN DUQUE DE ALBA

M.^a José Casaus Ballester

1. Introducción	635
2. Características del coleccionismo pictórico en el siglo XVI	637
3. Algunos coleccionistas del siglo XVI	640
4. La dispersión de algunas colecciones	645
5. La pinacoteca de la Casa de Alba	647
6. Bibliografía	649

LA ARISTOCRACIA EN LA EUROPA DIVIDIDA. LA IDEA DE NOBLEZA

EN LA EUROPA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

Adolfo Carrasco Martínez

1. Una fraternidad universal de caballeros. Alternativas de la justificación militar de la noblza europea	654
2. Variedad de noblezas, unidad en la virtud	656
3. La búsqueda de un nuevo horizonte caballeresco en la Inglaterra isabelina	658
4. La «verdadera nobleza», un principio por encima de la división religiosa y la rivalidad política	661

LOS ORÍGENES DEL LINAJE: LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO

Y EL PATROCINIO ARTÍSTICO EN EL SEÑORÍO DE VALDECORNEJA

DURANTE EL SIGLO XV

Sonia Caballero Escamilla

1. Los Álvarez de Toledo y el patrocinio artístico	663
1.1. El panteón del linaje: el convento de Santo Domingo de Piedrahíta	668
1.2. Iglesia parroquial de Santa María la Mayor en Piedrahíta	670
1.2.1 Un ejemplo del trecento castellano: las pinturas murales	672

LOS «SANTOS» DEL GRAN DUQUE DE ALBA	679
Guadalupe González-Hontoria	
EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE LA ANUNCIACIÓN DE CARMELITAS DESCALZAS DE ALBA DE TORMES	683
José Luis Gutiérrez Robledo	
1. La fundación	684
2. Convento e iglesia	688
2.1. Nave de la iglesia primitiva	691
2.2. Capilla mayor antigua	695
2.3. <i>La obra real</i> . Crucero, cúpula, presbiterio, camarines y sacristía	706
LAS ARMAS Y LAS LETRAS.	
LA AMISTAD ENTRE EL III DUQUE DE ALBA Y GARCILASO DE LA VEGA ...	711
Álvaro Mateos López	
1. Un duque cultivado	712
2. Las Armas y las Letras en Garcilaso de la Vega	713
3. Hombres de guerra y sentimientos	715
DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y EL JARDÍN RENACENTISTA ...	717
Sonsoles Nieto Caldeiro	
1. El concepto de la Naturaleza en el Renacimiento. Los jardines	718
2. Los Habsburgo en España	720
3. El Gran Duque de Alba y La Abadía	722
UN FUTURO PARA NUESTRO PASADO: PUESTA EN VALOR Y GESTIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL VINCULADO AL GRAN DUQUE DE ALBA»	727
Esther Patrocinio Sánchez	
1. Introducción	727
2. Turismo	727
3. Patrimonio Cultural	727
4. ¿Turismo versus Patrimonio?	727
5. Diagnóstico: análisis DAFO	730
6. Iniciativas a corto plazo	731
7. Iniciativas a largo plazo	733
7.1. El camino mozárabe de Santiago	733
7.2. Batalla de los Arapiles	733
7.3. Europa	734
8. Bibliografía consultada	734
EL PERRO DEL DUQUE DE ALBA: UN REFLEJO CERVANTINO EN LA LITERATURA DE LOS PAÍSES BAJOS	737
Yolanda Rodríguez Pérez	
1. Alba en los Países Bajos	738

-
- | | |
|---|-----|
| 2. El <i>Coloquio de los Perros</i> como inspiración de <i>El perro del Duque de Alba</i> | 739 |
| 3. El Duque de Alba y su perro Cipión | 741 |

APUNTES SOBRE LA VIDA Y OBRA LITERARIA Y FILOLÓGICA DE FRAY LUIS DE ESTRADA	745
Fernando Romera Galán. Sonsoles Sánchez-Reyes Peñamaría	

LA AMNISTÍA, O EL DUQUE DE ALBA EN FLANDES: UNA VISIÓN LITERARIA DE ÁLVAREZ DE TOLEDO EN LA INGLATERRA VICTORIANA	751
Sonsoles Sánchez-Reyes Peñamaría, Fernando Romera Galán	

CONFERENCIA INAUGURAL

PIEDRAHÍTA, 22 DE OCTUBRE DE 2007



Institución Gran Duque de Alba

Institución Gran Duque de Alba

EL III DUQUE DE ALBA ANTE LA HISTORIA

Luis Miguel ENCISO RECIO
Real Academia de la Historia

Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba, fue, para muchos de sus contemporáneos españoles, el *Gran Duque* o, por decirlo con palabras del exquisito Garcilaso, el «gran Fernando». Los historiadores, por su parte, han coloreado al personaje, a veces, con la pincelada de la crítica, a veces con la de la exaltación y, en menos casos de lo que sería deseable, con la de la justa valoración.

Rasgos esenciales de la personalidad pública del III Duque derivaron de su condición de gran señor. Carlos Hernando acaba de recordar que el *Gran Duque* «desarrolló el sistema de intereses familiares que, basado en la relación privilegiada con la Corona, había iniciado su abuelo y supo mantener la cohesión del linaje, insertándolo en el entramado internacional de la Monarquía a través de [él mismo] y sus parientes establecidos en Italia [y en otros países]».

William S. Maltby y Manuel Fernández Álvarez¹, sus biógrafos más solventes, sostienen, con todo fundamento, la tesis de que Alba fue «el más grande soldado de su generación». Puede que sus ideas sobre la guerra, explica el historiador norteamericano, «no fueron románticas ni atractivas, pero estaban firmemente arraigadas en la realidad de su época y lograban resultados». «De inteligencia práctica y personalidad saturnina», matiza Maltby, «no tenía pretensiones ni hacía elevadas manifestaciones teóricas. En el campo de batalla, buscaba tan sólo adaptarse a las condiciones con las que contaba, y lo hacía con inteligencia, valor y [gran] maestría técnica. Nada le importaba la gloria, en su sentido corriente, pero sí mucho el bienestar de sus tropas»².

El *Gran Duque* fue también un hombre de Estado. Tal dimensión se reflejó en sus múltiples misiones diplomáticas, pero más todavía en su condición de consejero y «public servant»³. «Su atinado

¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *El Duque de Hierro*, Madrid, 2007. Entre otros valores de este importante libro ha de subrayarse el excelente manejo que el autor hace del *Epistolario del III Duque de Alba*, publicado por Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, Madrid, 1952, y de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, Madrid, 1842-1895, vols. IV, VII, VIII, XXXVII, XXXVIII y LXXV.

² MALTBY, W., *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Madrid, 1985, pp. 369-370.

³ FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, J., *The Great Duke of Alba as a public servant*, London-New York, 1947.

juicio», comenta Maltby⁴, «era producto de una mezcla de rasgos de carácter. Alba veía con claridad los fines de la política exterior», pero era, al mismo tiempo, lo bastante experimentado como para ser flexible en los medios y, «si hubo ocasiones en que su reacción fue excesiva, era generalmente un hombre paciente y cauto». Su experiencia de soldado, acrisolada con éxitos y también con fracasos, pudo «en ocasiones hacerle parecer temerario y original», o «dar pábulo a los necios para que le tacharan de cobarde», pero sus acciones estuvieron casi siempre guiadas por la altura de miras y la claridad de criterio. «A menudo acertaba», concluye Maltby, y, en todo caso, «valía la pena escucharle puesto que tenía pronto el desdén, y poco se le daban las opiniones de los demás, a menos que parecieran influir en el rey. Entonces, bien informado y vivamente elocuente, era sin duda el tirador certero que Ruy Gómez de Silva», por poner un ejemplo, «temiera»⁵.

Por encima de todo, pese a sus errores, Alba fue un hombre importante. «Su vida, en términos generales», escribe Maltby⁶, «fue ejemplar, demostración viva de las más austeras virtudes».

Humano, muchas veces demasiado humano, el *Gran Duque* ha encontrado pocos críticos ponderados para describir su auténtica personalidad. El juicio de sus contemporáneos y de muchos estudiosos está viciado, en suma, por un inadecuado esquematismo unilateralidad. Con harta injusticia, el III Duque de Alba, más que hombre de carne y hueso, ha sido presentado, por unos y por otros, ganados por el afán polémico, como un símbolo. Un sector ha visto al III Duque de Alba como «un compendio de virtudes: devoto, espartano, valeroso, prudente y, ante todo, leal, no sólo a su Iglesia⁷ y a su rey, sino a los duros valores de «santos y piedras» que engendró el Siglo de Oro». Otros sectores de opinión, de su época, de la historiografía posterior o del imaginario popular, tomando como base el negativo resultado de su experiencia de gobierno en los Países Bajos, ha descrito a nuestro hombre como «un compendio de intolerancia, crueldad y áspero fanatismo»⁸. «Murió creyendo», concluye Maltby, «en la rectitud de su causa y en la fundamental solidez de su política, y es posible que no se equivocara. La convicción tiene un precio, y este precio es el sufrimiento humano, mas ¿es posible ser creyente y ser, no obstante, tolerante? Alba no lo creía, y estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de su certidumbre». Otra cosa es que sus motivaciones y criterios sean fáciles de entender por el hombre de hoy.

I. LA FORMACIÓN DE UNA PERSONALIDAD

La casa de Alba había conocido el esplendor bajo el contradictorio García de Toledo, II conde de Alba de Tormes⁹ y I Duque de Alba y, sobre todo, con Fadrique Álvarez de Toledo¹⁰, hijo de García

⁴ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 370.

⁵ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 370.

⁶ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 371.

⁷ La recia fe del Duque se manifestó de forma clara en su testamento, como ha puesto de relieve FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 409-411.

⁸ *Ibidem*. Hacen pensar no poco las confesiones del Gran Duque a fray Luis de Granada: «Y porque algunos le tenían por demasiado entero en la ejecución de la justicia, me certificó muy de verdad», escribió fray Luis a la esposa del Duque, «que no le removía la conciencia de haber en toda su vida derramado una sola gota de sangre contra su conciencia y que cuantos degolló en Flandes era por ser herejes y rebeldes». Apud FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, p. 412.

⁹ Véanse VALERA, D. de, *Memorial de diversas hazañas*, Madrid, 1941, BAE, 70 (vol. III); ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, D., *Crónica del Rey Don Enrique el Cuarto de este nombre*, Madrid, BAE, 70 (vol. III) y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y monarquía en la Castilla del siglo XV. El proceso de construcción de la Corona española*, Madrid, 2003.

¹⁰ Véase PULGAR, H. de, *Crónica de los señores Reyes Católicos*, Madrid, 1943, BAE, 70 (vol. III); OSSORIO, A., *Vida y hazañas de don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba*, ed. J. López de Toro, Madrid, 1945, p. 20, y AMSTRONG, E., *The Emperor Charles V*, London, 1902, I, p. 175.

y II Duque de Alba, hombre leal, si los hubo, a Fernando el Católico. Nieto de Fadrique fue Fernando Álvarez de Toledo, hijo de don García Álvarez de Toledo y de doña Beatriz de Pimentel, hija, a su vez, de los condes de Benavente. La prematura muerte del padre hizo que el pequeño Fernando, que contaba cuando murió su progenitor tres años¹¹, recibiera directamente de su abuelo todas las tradiciones guerreras y de cruzada de la casa. «Desde una edad temprana», apunta Maltby¹², «el niño mostró una inteligente fascinación por las artes militares»¹³. A los seis años presencié la toma de Navarra, y, a partir de entonces, inició una larga y constante experiencia castrense. A los 16 años protagonizó, a las órdenes del condestable de Castilla, el sitio de Fuenterrabía.

A la educación militar acompañó una esmerada, aunque no profunda, formación intelectual, radicada en las tendencias que puso de moda el Renacimiento. Su abuelo, don Fadrique, había elegido como primer preceptor del joven Fernando a Bernardo Gentile, monje benedictino de Mesina, a quien sucedieron, después de que, por circunstancias ajenas a la voluntad del humanista y de don Fadrique, no se materializara el propósito de contar con Juan Luis Vives, el latinista Severo, auxiliado por Juan Ginés de Sepúlveda¹⁴, y Benito Arias Montano. La apertura de Fernando al cosmopolitismo y a los ideales del cortesano y del humanista se debió, en buena medida, a Juan Boscán¹⁵, cuyo influjo sobre el joven aristócrata resultaría decisivo. Pese a esa y otras favorables influencias, y a sus labores de mecenazgo, acusó un respeto insuficiente al pensamiento especulativo y cierto desprecio —inculcado por Severo— al humanismo erasmista. Los biógrafos han insistido en su acentuado castellanismo, compatible con el dominio de lenguas extranjeras: el latín, el francés, el italiano y, en menor medida, el alemán. Los días de Alba de Tormes se vieron enriquecidos por la presencia de personalidades tan notorias como Garcilaso de la Vega, amigo excepcional del futuro duque, Alonso de Palencia y otras.

La formación humana de Fernando fue, sobre todo, obra de su abuelo. Fadrique le puso en contacto con el campo y los pueblos de la Casa de Alba y le inspiró criterios, plenos de sabiduría y sentido de responsabilidad, para el trato con las gentes con que se topó y la adecuada administración de bienes y rentas.

Desde su primera juventud quedaron definidos los rasgos físicos de su personalidad —alto, delgado, nariz prominente¹⁶— y algunas notas esenciales de su carácter: la «fogosidad» y la «cólera», de que hablara su biógrafo Antonio Ossorio¹⁷, el autocontrol, la sobriedad de costumbres, la sinceridad —matizada, a veces, por la reserva o la cautela—, el gusto por la acción¹⁸. Aunque mostró, desde niño, una sincera religiosidad, trató de hacerla compatible con las razones de la prudencia o las conveniencias

¹¹ Don Fernando nació, según la opinión más común, el 29 de octubre de 1507. Véase FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, J., *Contribución al estudio de la persona del III Duque de Alba*, Madrid, 1919, y LUCAS ALMEIDA, J., *Historia del señorío de Valdecorneja*, Ávila, 1930.

¹² MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 25.

¹³ OSSORIO, *Vida y hazañas*, 21, 22; FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, J., *Contribución*, pp. 22, 23 y 26. También FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 18-24.

¹⁴ SEPÚLVEDA, J.G. DE, *Epistolario*, ed. Á. Losada, Madrid, 1960, pp. 60-62; LOSADA, Á., *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su Epistolario y nuevos documentos*, Madrid, 1973.

¹⁵ MENÉNDEZ PELAYO, M., «Juan Boscán. Estudio crítico», Madrid, 1908, p. 47, y SALCEDO, A., «El ayo y el preceptor del Duque de Alba», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XVI (1907). También OSSORIO, *Vida y hazañas*, p. 22, y FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, *Contribución*, pp. 18 y 23.

¹⁶ El III Duque de Alba ha dejado honda huella en el arte. Muestras principales son los retratos: el de Antonio Moro —el más famoso, de 1559— es el que posee la Hispanic Society de Nueva York; el atribuido a Willem Key del Rijksmuseum de Amsterdam; el de autor desconocido, de 1574, de la colección Alba; y otros, de la misma colección Alba, de Tiziano y Sánchez Coello, además del busto de Jongketinck, de la colección Frick de Nueva York.

¹⁷ OSSORIO, *Vida y hazañas*, 1945.

¹⁸ OSSORIO, *Vida y hazañas*, 24-26, 28, 38.

políticas y los atractivos de la vida mundana. Si exceptuamos la aventura amorosa, immortalizada por Lope de Vega, con la hija del molinero de Saltillo, que dio origen al nacimiento de su hijo ilegítimo, Hernando, y algún otro raro episodio, no parece que el erotismo sedujera a don Fernando con la intensidad, la frecuencia y la multitud de formas con que atrajo a otros muchos personajes de la época. En fin, tampoco fue muy dado a la vida regalada y al trato de amigos frívolos o convencionales. Se ha ponderado, en cambio, su tendencia a la soledad, en la que, posiblemente, confluyeron la ascética cristiana y el exclusivismo aristocrático. En suma, ¿fue don Fernando tan comedido, tan sobrio, tan íntegro y tan sincero como algunos historiadores han afirmado? No faltan los que piensan, con toda razón, que debería huirse de simplificaciones excesivas. Los estudiosos han perfilado el modo de ser de don Fernando con varias notas más: autoritario, aún sólo a los afines, polemista¹⁹, intrigante, astuto.

Un hito importante en la vida y la conformación de la personalidad de Fernando Álvarez de Toledo fue el matrimonio con su prima, María Enríquez²⁰. La unión, celebrada en Alba de Tormes el 27 de abril de 1529, estuvo presidida por el amor entre los cónyuges²¹, pero también vino a ser uno de los eslabones de un acuerdo entre las casas de Alba y Alba de Liste y expresión de la acusada endogamia practicada entre las grandes familias de la nobleza castellana²². María, volcada como otras mujeres de su estirpe en los deberes domésticos, era una persona virtuosa, aunque no exenta de orgullo aristocrático; profundamente religiosa²³, poco culta y de carácter enérgico. Desempeñó cargos en la casa de varias reinas y dio muestras repetidas de espíritu generoso, caritativo y, por decirlo con palabra actual, solidario. Aunque las obligaciones forzaron a Fernando a permanecer largos periodos de tiempo fuera de su hogar, es opinión común de los historiadores que esa circunstancia nunca rompió la armonía de la pareja. De los cuatro hijos habidos²⁴ en el matrimonio, solo uno, Fadrique, a quien su padre exigió en exceso, alcanzó notoriedad, aunque tuvo un duro final de vida.

Otro *tournant* decisivo en la conformación de la personalidad de Fernando se produjo en 1531. Al morir, en septiembre de ese año, su abuelo don Fadrique, don Fernando pasó a ser duque de Alba y de Huéscar, marqués de Coria y conde de Salvatierra. Junto a los títulos, recibió todas las propiedades de su abuelo, que comprendían unas tres mil millas cuadradas de tierra y las rentas a ellas correspondientes.

2. LOS DUQUES DE ALBA Y LA CONFORMACIÓN DE UN ESTADO SEÑORIAL

La más completa y actualizada visión sobre el linaje de los Alba, sus territorios, sus rentas, la organización de la casa señorial y la Corte de los duques la proporciona la excelente obra de J. M. Calderón Ortega²⁵. J. M.^a Monsalvo, por su parte, ha completado la perspectiva señorial de los Alba

¹⁹ PARKER, G. *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1576-1659*, Cambridge, 1972. Véase también la edición española: *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659*, Madrid, 1985.

²⁰ DUQUE DE ALBA, «Biografía de doña María Enríquez, mujer del Gran Duque de Alba», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXXI (1947), pp. 10 y ss. También, MOREL FATIÓ, A., «La duchesse d'Alba D^a María Enríquez et Catherine de Medicis», *Bulletin Hispanique*, VII (1905), pp. 360-386.

²¹ KENISTON, H. *Garcilaso de la Vega: A Critical Study of this Life and Works*, New York, 1922.

²² De la unión entre Diego Enríquez, conde de Alba de Liste y Leonor de Toledo, hija del II Duque de Alba, nacieron varios hijos, entre ellos, Enrique, heredero de la casa, y María. Esta última, gracias a los buenos oficios de Diego de Toledo, prior de San Juan e hijo de Fadrique, contrajo matrimonio con su primo Fernando, y el conde de Alba de Liste, Enrique, con Catalina, hermana del mismo Fernando.

²³ AGUILERA Y DE LIGÜÉS, M. de, «Los Duques de Alba y Santa Teresa», *Hidalguía*, 8 (1955), pp. 1-16.

²⁴ PAZ Y ESPEJO, J., *Árboles genealógicos de las casas de Berwick, Alba y agregadas*, Madrid, 1948.

²⁵ CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005.

con el análisis del sistema político del concejo de la villa de Alba de Tormes²⁶. Ambas obras nos sirven de pauta para analizar la trayectoria de la familia y el contexto político, social, económico y cultural en que se desenvuelve. Dada la naturaleza de mi exposición dejaré de lado la época medieval, y me centraré en el III Duque de Alba.

2.1. LA MODERNIDAD. DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO, III DUQUE DE ALBA

El primogénito de Fadrique, García, había muerto luchando contra los moros en los Gelves. La sucesión en la Casa Ducal correspondió, pues, en 1531, a Fernando, hijo del fallecido don García y de Beatriz de Pimentel y hermano de Catalina, María y Bernardino. El nombre del sucesor quiso ser un homenaje a don Fernando el Católico, primo hermano de don Fadrique y paradigma, para el propio Fadrique y su familia, de virtudes políticas y humanas.

2.1.1. Las relaciones familiares y la organización de la Casa

Como timonel de la Casa de Alba, al igual que su abuelo, don Fernando concedió particular atención a los intereses familiares y a las relaciones entre los grandes linajes. De su matrimonio con María Enriquez nacieron cuatro hijos: García, muerto joven, Beatriz, Fadrique –que llegó a alcanzar efímera notoriedad– y Diego, casado con Brianda de Beaumont, condesa de Lerín, y alejado de la política. Un hijo de Diego, Antonio, sería el V Duque de Alba.

La estructura de los estados señoriales de Alba bajo don Fernando, cuyos perfiles territoriales y organizativos²⁷ no variaron, en lo esencial, respecto a la etapa anterior, estuvo condicionada por «su función y sus circunstancias físicas. El aislamiento geográfico», ha escrito W. S. Maltby²⁸, «exigió que fuera en gran medida autosuficiente, y con bastante capacidad para proporcionar hospitalidad a viajeros de alcurnia [y] a sus séquitos. Como centro regional económico y administrativo, ofrecía una serie de servicios a la totalidad de la comunidad, así como alojamiento temporal para todos los que se trasladaban por asuntos de la propiedad».

La Casa del Duque²⁹ estaba integrada, en la década de 1550, por 69 hombres y 21 mujeres. Los oficios principales eran los de mayordomo mayor, cargo desempeñado por Juan Moreno, tesorero y secretario. La Casa contaba además, con capellanes, seis médicos, un cirujano, dentistas, bordadores, cocineros, panaderos, amasadores, sastres, cocheros, heraldos, pajes y hasta un chico negro para los recados. La Duquesa, a su vez, estaba asistida por otros cuarenta individuos, entre ellos, las damas, su jefe de cocina, su platero y el bufón Juan Martín de Villatoro.

Todo ello exigía un nivel de gastos grande³⁰. Sabemos que los salarios de la Casa del Duque sumaban más de 9.000 ducados al año, más gastos de alimentación; y los de la Casa de la Duquesa, 4.000 ducados al año y los gastos de alimentación. Las propiedades y rentas, aparte otras muchas cargas, debían de contar con estas importantes partidas. A ellas habían de añadirse, como luego diremos, las derivadas de renglones diversos de la vida cortesana³¹.

²⁶ MONSALVO ANTÓN, J. M.^a, *El sistema político concejil. El ejemplo del señorío medieval de la villa de Alba de Tormes y su concejo de villa y tierra*, Salamanca, 1988.

²⁷ CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, parte primera, capítulo 4; parte segunda, capítulos 1 y 2.

²⁸ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 37.

²⁹ CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, parte segunda, capítulos 2 y 3.

³⁰ CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, parte tercera, capítulo 2.

³¹ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 37.

«Empezando por parientes», ha explicado Maltby³², «servidores y dependientes heredados de su abuelo, la red clientelar se expandía gradualmente para incluir soldados, hombres de iglesia y burócratas..., [además] de toda clase de personas, desde virreyes a humildes aldeanos».

Al igual que otras familias poderosas, la de Alba mantenía una nutrida red de relaciones, fundadas en unas obligaciones mutuas de señores y «clientes» y que, si no tenían regulación legal precisa, estaban condicionadas «por la lealtad y necesidades de tipo práctico y, probablemente, [obedecían] también a fuertes presiones sociales».

Sobre las relaciones de los Alba con sus «clientes» en época del Gran Duque tenemos una información sumaria³³. Sabemos, por ejemplo, que, a cambio de costear los gastos del poeta y asistirle en muchos aspectos, el III Duque gozó de la compañía de Garcilaso y tuvo la dicha de ser immortalizado por los versos del genial escritor. Alonso Enríquez de Guzmán, a quien la Casa dispuso eficaz ayuda, fue un apologista incondicional del III Duque. Y no eran casos excepcionales. A caballo entre la generosidad y la conveniencia, el clientelismo requería dos condiciones esenciales por parte del señor, y Alba no fue una excepción: poseer influencias en la Corte de la Monarquía y contar con una buena bolsa. A su vez, la relación con el entorno regio exigía servir leal y eficazmente a la Corona.

2.1.2. La administración y la hacienda de los estados señoriales

En 1579 el III Duque redactó una clarificadora *Instrucción que mi mayordomo y contador y los demás oficiales de mi Casa han de tener y guardar para el buen gobierno y administración della y de mi hacienda*³⁴. En ella se traza, como afirma C. Hernando, «el retrato más completo que se ha conservado de un extenso sistema cortesano, en el que, a imagen de lo que sucedía en la Casa del Rey, cada aspecto de la vida del palacio señorial se hallaba estrictamente regulado por normas y necesidades, tanto funcionales como simbólicas, de extrema precisión»³⁵.

2.1.3. La Corte, el mecenazgo y la cultura

La Corte señorial, centro de la administración señorial y de las relaciones políticas y culturales, alcanzó altos grados de severidad, elegancia y grandeza.

Contamos con testimonios de excepcional validez que hacen ver, con especial expresividad y belleza, cuál era el ambiente de la corte señorial de los Alba en el siglo XVI y el marco en que se desarrollaban las actividades cortesanas.

En la década de los 30 Garcilaso presentó, en su *II Égloga*, «una imagen donde la naturaleza y el arte componen, junto a la virtud y la sabiduría, el marco en que se desarrollará la educación del futuro III Duque»³⁶.

³² MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 39.

³³ Archivo de Zabálbur, C. 218, n.º 168. Apud HERNANDO, C., «El castillo palacio de Alba de Tormes: materiales para su estudio», Madrid, 2007, p. 15, nota 50. Agradezco al autor que me haya permitido consultar el texto inédito.

³⁴ W. S. MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 40.

³⁵ HERNANDO, «El castillo palacio», p. 16. Para información, CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, parte tercera, capítulos 1 y 2.

³⁶ HERNANDO, «El castillo palacio», p. 25. Incluye la composición siguiente extraída de GARCILASO DE LA VEGA, *Obras completas*, Madrid, 1981, ed. E. L. Rivers, *Segunda Égloga*, pp. 367-368, vv 1.041-1.058.

«En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
ay una vega grande y espaciosa,
verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Allí está sobrepuesta la espesura
de las hermosas torres, levantadas
al cielo con estraña hermosura,
no tanto por la fábrica estimadas,
aunque 'straña labor' allí se vea,
quanto por sus señores ensalzadas.
Allí se halla la que se desea:
virtud, linaje, aver y todo quanto
bien de natura o de forma sea».

En el incomparable fresco garcilasiano el telón de fondo para cantar la gloria de los Alba es la naturaleza idealizada: la verdura —el jardín—, el río, las estaciones. Tomando como base el escenario natural, y como prolongación del mismo, surgen la arquitectura, las «hermosas torres», producto del esfuerzo de los artífices de la obra, la «straña labor», y objeto del cuidado de sus dueños y señores.

Menos vuelo y contundencia poseyeron las versiones de los humanistas, Severus Marini y Calvete de Estrella. Este último, en su *Encomium*, insiste en el tríptico: naturaleza, arte, exaltación del linaje:

«El Tormes lame
y riega con sus aguas apacibles
los cuidados jardines y los huertos
—que trascienden a rosas, a violetas
y a toda clase de olorosas plantas—
en Alba, posesión de esta familia
que cifró sus afanes solamente
en ser aceptos por sus buenas prendas
a los reyes de España, y a dejarles
de su gloria y dominios heredados».

Distinta es la orientación de Cristóbal de Villalón. En *El Escolástico* se recoge el diálogo, mantenido en junio de 1528, en Alba de Tormes, por doce intelectuales relacionados con la universidad de Salamanca. Se describe, por alguno de los protagonistas, la disposición del palacio —«el más bien cuadrado y de más razonable tamaño»—, con galerías altas y bajas, sus columnas —típicas del estilo de Juan Guas, más caprichosas las de la galería alta—, la gran sala del piso principal —con chimenea y un zócalo de azulejos—, los corredores, suntuosas estancias, ventanas y rejas. También se destacan los frescos de tema bíblico en corredores y galerías o en una sala de la planta baja que daba al jardín. Particular atención merece, como era obligado, el jardín de gusto italiano, con una gran fuente y una extensa huerta.

Estas descripciones no precisan la aportación del III Duque a la renovación de las construcciones de la Corte. Para empezar, deben recordarse las sucesivas obras y revocos emprendidos desde la

década de los 30 en su palacio. Sabemos que, en noviembre de 1531, dio órdenes al alcaide Benito Maldonado de que abonara 30.000 maravedíes para pagar a Diego de Frías y Juan de Almansa una obra que habían de realizar «en el balconcillo»³⁷.

Ha de subrayarse, además, el intenso mecenazgo ejercido después, tanto en las letras como en las artes y la música³⁸, sobre el triple eje biográfico de la tradición cristiana familiar, proyectada desde su educación por la familiaridad con los poetas Juan Boscán y Garcilaso de la Vega; la creciente relación con Italia, que lo llevaría a convertirse en el principal introductor del lenguaje manierista en Castilla con los trazados jardinísticos y escultóricos de su posesión de la Abadía, encargados al escultor florentino Francesco Camilliani mientras el duque desempeñaba los cargos de gobernador de Milán y virrey de Nápoles entre 1555 y 1558, y el final y polémico gobierno flamenco, durante el que culminará su interés por los libros, la música, los tapices —como en la serie de sus campañas conservadas ahora en el palacio de Liria— y la construcción, patente en la nueva ciudadela de Amberes³⁹.

Su estancia en Italia permitió al III Duque asimilar las tendencias clasicistas italianas en el arte, impulsadas, en medida no desdeñable, por Antonio Perrenot de Granvela, Ferrante Gonzaga o el gran Pedro de Toledo. El clasicismo, a su vez, se vio sometido a la renovación impuesta por el monarca. Esta modalidad artística fue decantándose, a partir de Giulio Romano o Francesco Salviati hasta Juan Bautista de Toledo —formado en Roma y Nápoles—, a una depuración estilística, que apuntaba, como ha escrito Hernando⁴⁰, a «la búsqueda de la monumentalidad y la sobriedad expresiva, emanadas del conocimiento de la Antigüedad». Tales postulados estéticos les parecían a Felipe II y sus colaboradores un instrumento adecuado para expresar los significados del poder de la Monarquía de España.

En esas coordenadas debieron de inspirarse, aunque no lo sabemos bien, las obras realizadas por el III Duque en la Abadía, a las que hemos hecho referencia más arriba. Parece, eso sí, que la modernización clasicista pudo llegar al palacio de Alba de Tormes en la década de los 70, coincidiendo con reformas de cuño semejante a las emprendidas por Bazán, tan afín al III Duque de Alba, en su palacio de Viso del Marqués.

Los esfuerzos de renovación del palacio de Alba de Tormes bajo don Fernando se compendian, sobre todo, en dos espacios: el «camarín de la duquesa» y los frescos de la sala central del antiguo torreón.

El camarín, que recuerda el modelo de Sabbioneta, debía de ser un espacio dedicado al ocio y la privacidad de la duquesa, con rica decoración de estuco y frescos de tema profano. Estaba situado en una de las torres que flanqueaban la entrada principal del palacio y fue obra de Thomas de Florencia. En diciembre de 1570 el alcaide del castillo palacio, Villapecellín, había contratado a canteros de la villa y, en mayo del año siguiente, la propia Duquesa ordenó que «se abonaran al citado Villapecellín 69.416,5 maravedíes para pagar diversas reparaciones en el palacio y en la huerta y sufragar la torre que se pinta»⁴¹. «La decoración del espacio central de la torre», escribe Hernando⁴², «dedicado a armería y triunfo de las glorias del linaje», centradas en «la participación del III Duque en Mühlberg, debía de estar ya bastante avanzada y se veía acompañada por nuevas obras en la zona... próxima al río». Sabemos que las paredes de la estancia estaban adornadas con azulejos.

³⁷ CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, p. 376.

³⁸ CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, pp. 276-279.

³⁹ HERNANDO, «El castillo palacio», p. 33.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, p. 376.

⁴² HERNANDO, «El castillo palacio», p. 35.

La otra obra importante, aparte del camarín de la Duquesa, fueron los frescos de la sala central del antiguo torreón, dedicada a la armería de honor. Se representaron tres escenas centrales de la batalla de Mühlberg. «Más que la del Emperador», ha escrito Fernando Checa, «se trata de exaltar la figura del duque de Alba y su participación en la campaña». Carlos V, si bien aparece a menudo retratado, lo es en segundos planos. Los frescos se inspiran en los *Comentarios* de Ávila y Zúñiga, pues recogen pormenores idénticos a los del escritor.

El autor de las pinturas fue Passini, «cuya maestría... hace creer que fuera un artista de aquel extenso círculo de seguidores de Giulio Romano que pululaban por la corte de los duques de Mantua y en otras del norte de Italia»⁴³. En el primer fresco se representa el paso de Elba, y en él destaca un grupo de caballeros, entre los cuales figura el duque de Alba, mientras que Carlos V y su hermano Fernando aparecen en segundo plano. En el otro fresco, en el que se muestra la lucha en el bosque de Lochau, el Emperador figura en plano secundario y el centro lo ocupa el sol, en alusión a Josué y su victoria sobre los infieles. Por fin, el tercer fresco presenta la rendición del duque de Sajonia ante Carlos V⁴⁴. El contexto narrativo del cielo adquiere dimensión monumental por medio de una estructura decorativa fingida, en la que se manifiesta la estética clasicista. La gloria y exaltación de los Alba pretende lograrse merced a los capiteles, en los que figura el escudo de la casa de Alba, y a la presencia, en la sala, de dos armaduras del III Duque y varios bustos, uno de ellos, según explicara A. Ponz, del duque de Sajonia.

Al camarín y los frescos se añadió otra iniciativa más del III Duque, descrita por Ponz: fondos de mármol con motivos clásicos de una de las galerías, a los que acompañaban los bustos de bronce de Felipe II, Carlos V y el del III Duque de Alba, obra, probablemente, de Pompeo Leoni, salvo el del III Duque, debido a Lungelino.

Además del contexto estético, los documentos y referencias bibliográficas más usadas por C. Hernando, aportan datos sobre el coste de las obras. Entre el 1 de septiembre y el 31 de diciembre de 1572 se gastaron 142.514 maravedíes en el camarín y otras obras, a los que se añadieron, en 1576, 13.985 maravedíes, destinados a la reparación de la fortaleza y a la huerta. Se conoce, también, una tercera partida, de 87.761,5 maravedíes utilizada en 1580 para obras de reparación. Para terminar, una carta de pago de 1581 acredita la entrega al alcaide de la fortaleza de 26.511 maravedíes para obras de cerrajería.

3. EL GRAN DUQUE, HOMBRE DE ESTADO Y SOLDADO

Fernando Álvarez de Toledo, como queda dicho, añadió, a la condición de gran señor, la de soldado de singular solvencia⁴⁵ y la de hombre de Estado. Este último rasgo de su personalidad histórica abarcó, a su vez, una triple dimensión: Alba fue un importante consejero, un notable diplomático y un gobernante con luces y sombras. Por lo demás, la rica y compleja biografía del Gran Duque se enmarca en dos etapas bien definidas: la del emperador Carlos V⁴⁶ y la de Felipe II⁴⁷.

⁴³ MARTÍNEZ DE IRUJO Y ARTAZCOZ, L., *La batalla de Mühlberg en las pinturas murales de Alba de Tormes*, Madrid, 1952.

⁴⁴ CHECA, F., *Carlos V. La imagen del poder en el Renacimiento*, Madrid, 1999, p. 266.

⁴⁵ Para enmarcar al personaje en el contexto del ejército imperial, véase FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 54-66. Las primeras experiencias militares de Alba en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 71-88.

⁴⁶ Una visión de conjunto reciente sobre el periodo es la de FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid, 2000. El centenario del nacimiento de Carlos V sirvió para que la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Carlos V y Felipe II impulsara la publicación de múltiples monografías y algunas obras de conjunto. De todas ellas dio cuenta BELENGUER, E. en *El Imperio de Carlos V*, Barcelona, 2002. Esta obra contiene, además, una amplia selección bibliográfica.

⁴⁷ Tres síntesis recientes sobre la época de Felipe II son las de FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998; BELENGUER, E., *El Imperio hispánico, 1479-1665*, Barcelona, 1996, y PÉREZ, J., *La España de Felipe II*.

3.1. LA ÉPOCA DE CARLOS V

A la muerte, en 1531, de don Fadrique los destinos de la Casa pasaron a manos del III Duque de Alba. Casi a la vez, el hijo segundo de don Fadrique, Pedro de Toledo, II marqués de Villafranca, fue nombrado virrey de Nápoles, y allí desarrollaría, como ha estudiado con especial solvencia Carlos Hernando⁴⁸, una labor ingente.

Tras el famoso incidente de Garcilaso, encarcelado al fin, como explica Keniston⁴⁹, en una isla del Danubio, Alba se encontró con Carlos V en la Dieta de Regensburg. A renglón seguido, participó en la operación de socorro a Viena frente al turco⁵⁰ y la experiencia sirvió para poner de relieve sus dotes para hacer la guerra y ganar prestigio ante el Emperador⁵¹. Eran los primeros pasos de su aventura europea.

3.1.1. Italia y el norte de África

Italia, tal como acaba de recordar E. Belenguer⁵², pasó a ser, en la década de los 30, uno de los grandes escenarios de la política imperial. Las negociaciones entre Carlos y el papa Clemente VII se habían prolongado desde diciembre de 1532 hasta febrero de 1533 y tuvieron un epílogo aparentemente feliz: el Emperador obtuvo una alianza «italiana» y la anuencia papal para convocar el concilio, siempre que no se opusiera Francisco I. Ni Clemente VII estaba dispuesto a respetar el acuerdo, ni los acontecimientos de la política europea lo hacían posible.

La brújula de la actualidad se trasladó pronto hacia África. ¿Pondría en marcha Carlos una política de conquistas en tierras norteafricanas? Al peligro turco en el Adriático se había añadido, a fines de la década de los 20, la amenaza de Kheirredin Barbarroja a las costas italianas y españolas. Pero la presión de los súbditos españoles de Carlos V, la reconstrucción naval catalana, la incorporación de A. Doria a la causa carolina y la donación imperial de Malta y Trípoli a la Orden de San Juan abrieron nuevas perspectivas. La iniciativa la llevó, en principio, Barbarroja, que se apoderó de Argel, en 1529, y depuso al bey de Túnez, Muley Hassan, en 1534. No tardó el Emperador, estimulado por la coyuntura italiana y la llamada de auxilio del bey de Túnez, en dar la réplica. Un primer aviso había sido la toma de Corón y otros lugares de Morea y el golfo de Corinto por la escuadra de Andrea Doria. La segunda, y definitiva respuesta a las acciones de Barbarroja, fue la conquista, en 1535, de Túnez por las fuerzas que mandaba Carlos V. En la gloriosa batalla, glosada por cronistas, poetas, pintores

Barcelona, 2000. El centenario de la muerte del monarca ofreció ocasión para que la Sociedad Estatal para la Conmemoración de Carlos V y Felipe II diera a luz también múltiples publicaciones. Aparte las monográficas, el título más importante fue el coordinado por BELENGUER, E. *Felipe II y el Mediterráneo*, Madrid, 1999 (4 vols.). J. Martínez Millán coordinó, a su vez, un Congreso sobre *Felipe II y la Monarquía Católica*, Madrid, 1999. El año anterior la Sociedad Estatal Lisboa 98 había editado las actas del Congreso *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, coordinadas por ENCISO, L. M., RIBOT, L. y BELENGUER, E. Madrid, 1998 (6 vols.). Véanse también: *Felipe II y su época*, Madrid, 1998, 2 vols., y RIBOT, L. (ed.), *La monarquía de Felipe II a debate*, Madrid, 2000. A todas estas obras, tan llenas de novedades, remito.

⁴⁸ HERNANDO, C., *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Pedro de Toledo. Linaje, estado y cultura (1532-1553)*, Salamanca, 1994.

⁴⁹ KENISTON, *Garcilaso de la Vega*, pp. 104 y ss.

⁵⁰ RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «¿Carolus Africanus?: el Emperador y el turco», en *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid, 2001, I, pp. 495 y ss. También, SANDOVAL, P. DE, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, Madrid, 1955-1956, II, pp. 450 y ss.

⁵¹ OSSORIO, *Vida y hazañas*, pp. 29-30. También, LYNCH, J. *España bajo los Austrias*, Barcelona, 1975.

⁵² BELENGUER, E. *El Imperio de Carlos V. Las coronas y sus territorios*, Barcelona, 2002, cap. III, epígrafe IV, pp. 240-308.

o músicos y exaltada en famosos tapices, Alba había mandado los jinetes armados⁵³, e influyó para decidir a Carlos V a dar el ataque final⁵⁴. El de Alba «no era, militarmente, un puesto de importancia», comenta Maltby⁵⁵, «pero era al menos una honrosa distinción, adecuada a su rango. Leal a la costumbre de la casa, Alba llevó consigo no solo a su hermano Bernardino, sino a su hijo de cinco años García».

La victoria suscitó las mayores esperanzas en la cristiandad. Carlos V desde Túnez se había dirigido a Sicilia, en agosto de 1536, donde fue recibido «como un nuevo Escipión el Africano». Le acompañaba Alba⁵⁶, conmovido todavía por haber recuperado en Túnez las armas de su padre.

¿Aprovecharía el Emperador hasta sus últimas consecuencias los frutos de Túnez? Casi de inmediato, como ha hecho ver M. J. Rodríguez Salgado⁵⁷, renunció a Corón por el enorme gasto que suponía. Por lo demás, Barbarroja no iba a dar facilidades. Muestra de ello fueron los ataques del pirata a las costas españolas. «El daño que se hace en estos [reinos]», confesaba en septiembre de 1535 la Emperatriz Isabel, regente de España en ausencia de su marido, «por este enemigo se siente más agora que en otro tiempo»⁵⁸.

Desde Nápoles o desde Roma, en el invierno de 1535-1536, Carlos seguía teniendo, en lo esencial, dos objetivos: la reunión del concilio y la unión de los Estados italianos afines frente a Francia. Muerto Clemente VII, Paulo III abrió un paréntesis de esperanza para Carlos, pero, ni el concilio que el nuevo Papa admitía coincidía con los propósitos imperiales, ni Francia dejaba de aspirar a la sucesión a Milán y, por tanto, a reequilibrar el juego de potencias en Italia. En el intermedio, el joven Alba estrechó sus vínculos de trabajo con el Emperador, profundizó en su lealtad hacia él y, a lo que parece, se ganó, dentro de ciertos límites, su confianza. «No eran amigos», ha escrito Maltby, «algo que habría sido inconcebible —dada su común visión de un mundo jerarquizado— pero compartirían muchas cosas en años venideros»⁵⁹. Por otra parte, don Fernando tejió, durante su estancia en Italia, una red de amigos, de la que formarían parte su tío, Pedro Álvarez de Toledo, virrey de Nápoles⁶⁰, y los descendientes de don Pedro, un segundo tío de don Fernando, el cardenal Juan de Toledo, y, en fin, todo un clan italiano.

3.1.2. Europa. La tercera guerra con Francia

Carlos hubiera deseado proseguir las conquistas norteafricanas y, ahora sí, plantearse el ataque a Argel, temido nido de corsarios, pero, ni contaba, en la medida suficiente, con galeras y apoyo económico de España, ni las circunstancias se lo iban a permitir. La nueva guerra con Francia, desatada en 1536, suscitó dudas en el Emperador, nacidas de las diversas posiciones de sus consejeros: ¿Atacaría Marsella, se centraría en Lyon, como sugería Alba? Al final, el objetivo fue Marsella, pero

⁵³ GIRÓN, P. *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. J. Sánchez Montes, Madrid, 1964, p. 62; SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos*, II, pp. 522 y 531; SANTA CRUZ, A. DE, *Crónica del emperador Carlos V*, Madrid, 1920-1922, pp. 272-273.

⁵⁴ SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos*, II, pp. 46, 550, 551. Detalles esenciales sobre la empresa de Túnez en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 89-115.

⁵⁵ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 50. Remite a Ossorio, *Vida y hazañas*, p. 33.

⁵⁶ SANDOVAL, *Historia de la vida y hechos*, p. 564.

⁵⁷ RODRÍGUEZ SALGADO, «¿Carolus Africanus?», pp. 488 y ss.

⁵⁸ MAZARIO, M. C. *Isabel de Portugal, emperatriz y reina de España*, Madrid, 1951, apéndice documental, n.º LXXIV.

⁵⁹ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 54.

⁶⁰ HERNANDO, *Castilla y Nápoles en el siglo XVI*, pp. 93 y ss. y, sobre todo, 114-117.

la acción se vio dificultada por las tensiones entre los líderes militares imperiales –Gonzaga, Alba, Mosén de Sistán, el conde de Benavente, Antonio de Leyva– y la mala coordinación entre las fuerzas del mar, capitaneadas por Doria, y las de tierra y la insuficiencia de medios. El Emperador se dio cuenta pronto de que Marsella era inexpugnable y decidió retroceder. Tras algunas ingeniosas y valerosas operaciones menores defensivas frente a los franceses, en las que se dejaron sentir las virtudes militares del joven Alba, y hechos de cierta importancia, como la muerte del comandante Antonio de Leyva, se emprendió la difícil retirada, en la que pereció, entre otros, el gran Garcilaso⁶¹. En las acciones citadas, Alba, que contaba 28 años, demostró su «maestría en un aspecto del arte de la guerra [– la guerra limitada–] y [concretó] el estilo de su mando: sagaz atención al detalle y economía en los medios»⁶². Su participación tuvo dos frutos principales: la consolidación de sus vínculos con el Emperador y la convicción de que no debían emprenderse acciones declaradamente imprudentes.

La campaña de Provenza debilitó a unos y otros, imperiales y franceses, y los soberanos respectivos, al tiempo que hacían la guerra en la frontera de Flandes, Piamonte y Languedoc, buscaron la paz⁶³. Antes de que los acuerdos llegasen, durante 1537, Alba permaneció en España y allí hizo frente a las cuestiones familiares, de las cuales las más importantes fueron la muerte de su madre y el nacimiento de su hijo Fadrique⁶⁴, y así mismo a los políticos.

Tras la tregua de Niza en 1538 y la entrevista de Aigües Mortes, se abrió un provisional paréntesis de paz.

En las Cortes de Toledo de ese mismo año, estudiadas en su día de modo sugestivo por Juan Sánchez Montes⁶⁵, los nobles se negaron a aprobar la sisa, con lo que dificultaban la política imperial. El inútil apoyo de Alba a la aprobación de la sisa le valió la crítica de sus congéneres de la aristocracia, parcialmente remediada al oponerse don Fernando al arresto del duque del Infantado, motivado por una absurda pelea en un torneo que presidía el propio Emperador. Este episodio, como otros a lo largo de su vida, revelaba que el Gran Duque «era constantemente desafiante cuando sus propias prerrogativas y la de sus pares estaban implicadas, siempre que el ejercicio de una prerrogativa no interfiriera con los fines de mayor alcance de la política regia»⁶⁶.

Paralelamente a las reuniones de Cortes en España, los problemas europeos pasaron a primer plano. El Emperador tuvo que servirse de emisarios para apaciguar a los príncipes protestantes alemanes y crear lazos más sólidos entre los católicos y sofocó con energía, hasta con fiereza, la sublevación de Gante, la ciudad natal del César, a la que despojó de derechos y privilegios. Otro acontecimiento de relieve fue la muerte, en 1539, de la dulce Isabel de Portugal, circunstancia que, además de afectar en forma decisiva el ánimo del Emperador, le movió a viajar a Francia y entrevistarse con Francisco I⁶⁷. Uno de los acompañantes fue el III Duque de Alba.

⁶¹ GARCÍA CEREZEDA, M., *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del emperador Carlos V*, Madrid, 1873, pp. 195-196.

⁶² MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 58.

⁶³ Sigue teniendo carácter modélico el viejo estudio de J. M. Jover sobre *La tercera guerra entre Carlos V y Francisco I*. Véase JOVER, J. M. *Carlos V y los españoles*, Madrid, 1987.

⁶⁴ FITZ JAMES STUART Y FALCÓ, *Contribución*, pp. 18 y ss. También, GIRÓN, P. *Crónica*, p. 278.

⁶⁵ SÁNCHEZ MONTES, J., «Sobre las Cortes de Toledo de 1538-39. Un corregidor del Imperio en un momento difícil», en *Carlos V (1500-1558). Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada, 1958, pp. 595-663. Véase también KENISTON, H. *Francisco de los Cobos, Secretary of the Emperor Charles V*, Pittsburg, 1960.

⁶⁶ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 62.

⁶⁷ Datos básicos sobre el viaje en SANTA CRUZ, *Crónica del emperador Carlos V*, IV, pp. 50-59. También, SAULNIER, V. L., «Charles Quint traversant la France», en *Fêtes et cérémonies au temps de Charles Quint*, París, 1900.

3.1.3. *África. El fracaso de Argel*

Al filo de los años 40, el César pensaba en la Cruzada. «Todo quedó en agua de borrajas», ha escrito Belenguer⁶⁸, «por mucho que hubiera una coalición entre el Emperador, el Papa y Venecia». La operación se vio dificultada, de forma grave, por la cicatería de las Cortes de Toledo, pero, «por si fuera poco, tampoco los éxitos navales brillaron a toda luz. En la Prevesa, en 1539, Andrea Doria mandó el repliegue de su flota ante los turcos y, poco después, Venecia firmaba la paz por separado, al tiempo que luego se sondeó incluso la posibilidad de contactos entre el almirante genovés y los Barbarroja. La cruzada naval se había hundido, poco antes de que la cruzada terrestre frente a los ataques de Solimán en Hungría, desde el verano de 1540, quedase también paralizada».

A partir de ahí, la política imperial dio un acusado giro. El gran objetivo, pese a la opinión en contra de los consejeros imperiales, pasaba a ser Argel. A la flota del Emperador, que había partido de Génova en verano, tenía que unirse la mandada por el duque de Alba, retenido en Madrid, de forma poco razonable, por el Consejo Real. La armada del Duque, ineficiente y mal dotada de medios y personal, llegó tarde a la conjunción con la imperial, excepción hecha de dos o tres naos con Alba a la cabeza. La acción terminó mal. Buena parte de las fuerzas navales fueron afectadas por el mistral y Carlos V se vio obligado a levantar el sitio. Los supervivientes, en medio de dificultades y penurias, se retiraron a Cartagena. «El desastre fue total para Carlos V», ha resumido Belenguer, «en una combinación de tempestades y feroz resistencia de turcos y corsarios»⁶⁹. Escasa responsabilidad cabe atribuir en todo ello a Alba. Más que de cruzadas ofensivas cabía hablar ahora de acciones defensivas, «de esos intentos de fortificar las costas de los reinos mediterráneos del Emperador».

3.1.4. *El último enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I*

Alba volvió a hacerse presente en la política imperial con motivo de la reactivación, en 1542, de la amenaza francesa⁷⁰. El Duque se trasladó, en principio, a Pamplona, para colaborar con el Virrey en la defensa del pequeño reino, si se hacía necesario. Pero Francia se había marcado como objetivo Perpignan, y hacia allí se dirigió don Fernando. Aunque los franceses atacaron con un nutrido ejército, en agosto de 1542, no consiguieron nada. Por parte de los españoles, «fue una defensa inteligente, poco ortodoxa y prácticamente incruenta, y demostró de lo que Alba era capaz cuando una operación se hallaba bajo su control desde su inicio. Carlos V se inclinaba a considerarle como el mejor soldado de España»⁷¹.

Pero ese juicio contrastaba con el trato que el Emperador dispensó al Duque en los años siguientes. Sin ir más lejos, en las famosas *Instrucciones* de 1543, Carlos nombraba a «Alba capitán general de todas las fuerzas de la península y le [concedía] un puesto en el Consejo de Estado, mientras que le excluía tácitamente del grupo de consejeros más íntimos [del futuro] Felipe II». ¿Por qué esta exclusión? El Emperador, además de manifestar que había cosas de gobierno en las que los grandes no debían tener arte ni parte, suponía, erróneamente por cierto, que Alba no «iba con ningún bando», es decir, no participaba en la lucha de facciones y tal vez exageraba al atribuirle «grandes ambiciones»,

⁶⁸ BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, pp. 337-338.

⁶⁹ BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, pp. 338-339. Remite a DUCHARDT, H., «Túnez, Argel, Jerusalén: la política mediterránea de Carlos V», en *Carlos V-Karl V, 1500-2000*. Madrid, 2001, pp. 515-520.

⁷⁰ El contexto general en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 117-151.

⁷¹ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 70.

aunque, eso sí, no dejaba de reconocer sus virtudes como soldado y su condición de experto en política exterior⁷².

«El Emperador se había lanzado a una campaña decisiva, y, sin embargo, resolvió dejar a uno de sus mejores capitanes en España»⁷³. Alba no aceptó algunos juicios del César y, además, se opuso a que le situara bajo el control de los virreyes, y exigió apoyo económico y político, y, en caso contrario, «se negaba a entrar en los virreinos incluso si eran atacados».

La aparente tormenta pasó pronto. Mientras las armas imperiales se hacían fuertes en Europa, Alba jugó un sorprendente papel de cortesano, con motivo de las bodas, en 1543, del hijo de Cobos con la marquesa de Camarasa y el enlace de Felipe II y María Manuela de Portugal. Antes de realizarse este último matrimonio, el Duque recibió al príncipe y a la princesa portuguesa en la residencia de la Abadía y organizó un juego de cañas en Salamanca. Por si no fuera bastante, Alba ofició de padrino de la ceremonia⁷⁴.

El frente europeo volvió a activarse en 1543. El Emperador, en las *Instrucciones* de Palamós, mostraba tener «respeto a una empresa cuyo desenlace... desconoce y que la emprende porque... se ve obligado a defender la herencia que le correspondió y que debía pasar íntegra a su hijo»⁷⁵.

En la contienda, Carlos «obtuvo triunfos importantes, como fue la conquista de Güeldres al duque de Cléves, al que... casó luego con una sobrina suya, hija del Rey de Romanos, Fernando»⁷⁶. Los acontecimientos siguientes tuvieron también signo positivo. En el Piamonte, el marqués del Vasto no logró «sino un sangriento empate»; después, el César reunió un gran ejército en Metz, cruzó el Mame y marchó sobre París. La negociación se hizo inevitable⁷⁷. La paz de Crépy resolvió provisionalmente problemas, pero dejó uno, de importancia, pendiente: el matrimonio del duque de Orleans con la Infanta o con la archiduquesa Ana, unión que llevaba consigo una espléndida dote: los Países Bajos o Milán. Se consultó, para resolver el dilema⁷⁸, al Consejo de Estado y a las personalidades ilustres, entre las cuales estaba el Gran Duque. Las paradojas del destino hicieron que, en esta ocasión, Alba recomendará el abandono de los Países Bajos, el territorio que centraría su política en sus años estelares, y la preferencia, basada en razones geoestratégicas, históricas y políticas, por Milán. Pensaba que «los derechos de Carlos V sobre Milán eran relativamente débiles y deseaba evitar conflictos con el fin de centrarse en el norte de África», «objetivo que, en este momento, parecía inadecuado a Alba». Pero Orleans murió en septiembre de 1545, y la cuestión de la posible herencia de Milán quedó en suspenso.

⁷² MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, pp. 71-72. La acusación de que Alba podía servirse de amistades femeninas para influir en Felipe II, como han demostrado KENISTON Y MALTBY, no tenía fundamento. Véase, además de MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, pp. 71-73, la obra de KENISTON, *Francisco de los Cobos*, pp. 268-269. También, BRANDI, K., *Vida y fortuna de una personalidad y un imperio mundial*, México, 1953.

⁷³ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 73.

⁷⁴ Detalles de estos acontecimientos en PARKER, G., *Philip II*, Boston, 1978, pp. 82 y ss.; MARCH, J. M., *Niñez y juventud de Felipe II*, Madrid, 1941, I, p. 259; ENRÍQUEZ DE GUZMÁN, A., *Libro de la vida y costumbres de don Alonso de Enríquez*, ed. H. Keniston, Madrid, 1960, pp. 236-237; BERRUETA, M., *El Gran Duque de Alba*, Madrid, 1944, pp. 38-39.

⁷⁵ BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, p. 340.

⁷⁶ BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, pp. 340-341.

⁷⁷ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V*.

⁷⁸ CHABOD, F., «¿Milán o los Países Bajos?», en *Carlos V. Homenaje de la Universidad de Granada*, pp. 331-372.

3.1.5. El conflicto político y religioso en Alemania

La cuestión religiosa en el Imperio, una vez demostrado que era difícil resolverla por el diálogo, se hizo acuciante⁷⁹. Había faltado poco para el acuerdo entre católicos y luteranos, vistas las actitudes de Carlos V, el legado papal, el veneciano Contarini y los luteranos Bucero y Melancthon, pero la concordancia, de momento, no se produjo. «Roma no admitía ser reducida tan sólo a un plano espiritual y los príncipes alemanes —los luteranos [e] incluso algún que otro católico, como el de Baviera— preferían sus iglesias particulares. Las diferencias teológicas, además, que no habían acabado de pulirse —como el tema... de la transubstanciación—, sirvieron de excusa». Se abortó el acuerdo, pues, y el Papa, en 1542, «llegó a convocar el concilio, cuando el conflicto franco imperial en política internacional volvía a ponerse en marcha parando todo lo demás, incluyendo la posibilidad —nunca abandonada, pero tampoco nunca emprendida— de una guerra por cuestiones religiosas que zanjase... el pleito alemán»⁸⁰.

Después de la paz de Crépy algo cambió. El Papado, que había convocado el Concilio de Trento (1545), apoyaba al Emperador en el propósito de «limpiar el Reich de herejes». Con todo, Carlos no presentó el conflicto en Alemania como una guerra religiosa, sino como un enfrentamiento político. «Porque no hacer caso al *advocatus ecclesiae*, que a su vez era el Emperador, como no se le había hecho en la Dieta de Spira, de 1544, no dejaba de ser un agravio político». Impelido a tomar las armas, Carlos se comprometió, no obstante «con algunos de sus colaboradores —fundamentalmente el luterano Mauricio de Sajonia—, a que, tras la guerra, se buscaría la concordia religiosa»⁸¹.

Las campañas de 1546 y 1547 iban a ser decisivas y, en ellas, el Gran Duque, a quien Carlos concedió el Toisón de Oro a comienzos de 1546⁸², tendría una relevante actuación.

Los protestantes, por fin, no acudieron al Concilio de Trento, y, «cuando los católicos en Regensburg insistieron en elevar toda la cuestión al Concilio, la Dieta se desintegró». A renglón seguido estalló la guerra.

Los especialistas se inclinan a admitir que, en esta ocasión, Carlos parece haber dejado casi enteramente a Alba las decisiones tácticas⁸³. El resultado fue «una serie de desconcertantes maniobras que poco recordaba a la actitud normalmente precipitada del emperador, y que parecían generadas por una visión nueva e inquietante de la guerra»⁸⁴. Alba había aprendido que, en las viejas tácticas, las victorias costaban muchas vidas y que, en consecuencia, la batalla solo podía emprenderse si se poseía una gran ventaja.

Dejando de lado la naturaleza y desarrollo de las campañas del Danubio (1546) y el Elba (1547)⁸⁵, hemos de subrayar algunas de sus consecuencias. En las acciones danubianas, acciones de hostigamiento

⁷⁹ Aspectos de conjunto y no pocas precisiones en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 153-182.

⁸⁰ BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, p. 349.

⁸¹ *Ibidem*.

⁸² FORONDA, M., *Fiesta del Toisón de Oro celebrada por Carlos V en Utrecht en 1546*, Madrid, 1903.

⁸³ SANTA CRUZ, *Crónica del emperador Carlos V*, IV, pp. 503 y ss.

⁸⁴ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 77.

⁸⁵ Para una información básica remito a las síntesis clásicas de BRANDI, *Vida y fortuna de una personalidad*; MERRIMAN, R. B., *The Rise of the Spanish Empire*, New York, 1962; FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Carlos V*; y la moderna visión de BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*. Véanse, además, AVILA Y ZÚÑIGA, L. DE, *Comentario de la Guerra de Alemania hecha por Carlos V en el año de 1546 y 1547*, en *Historiadores de sucesos particulares*, Madrid, 1946 (Biblioteca de Autores Españoles, XXI). JANSSEN, J., *History of the German People*, St. Louis, 1905-1925, V, pp. 337 y ss.; MARTÍN ARRÚE, F., *Campañas del duque de Alba*, Toledo, 1880, I, pp. 151 y ss.; y OMAN, C., *A History of the Art of War in the Sixteenth Century*, New York, 1937.

y desgaste, que «no fueron una gloriosa página bélica», el Emperador logró «un indiscutible control del sur de Alemania sin sacrificar su ejército», y es difícil imaginar que entrar en batalla abierta hubiera obtenido mejores frutos. Los especialistas entienden que el «secreto del éxito había estado en unos medios económicos y una disciplina superiores que permitieron al ejército imperial resistir más que sus enemigos», bien dotados para el combate, pero mal coordinados. La táctica de Alba, aprendida en la escuela de la experiencia, se adecuó a su condición de «agente militar de un gran imperio mundial». Su finalidad no era la de conquistar nuevos territorios o aniquilar «enemigos nacionales», sino neutralizar a aquellos que perturbaban el vacilante equilibrio de un orden heterogéneo y esencialmente conservador. Tanto el deber como el sentido común exigían que ello se realizara con el mínimo riesgo posible y el mínimo derramamiento de «sangre de sus soldados».

La campaña del Elba se decidió en la batalla de Mühlberg (1547)⁸⁶, una victoria immortalizada, nada menos, por Tiziano, frente a las tropas de Juan Federico de Sajonia. En el éxito, como reconoció Carlos V, tuvo una decisiva participación el duque de Alba. Aunque hubo todavía algún episodio militar negativo para los imperiales, los efectos inmediatos de Mühlberg resultaron concluyentes: Juan Federico⁸⁷ cedió el gobierno de Sajonia a Mauricio y Felipe Hesse fue hecho prisionero. Alba y Antonio Perrenot de Granvela, obispo de Arras, como ha explicado Van Durme⁸⁸, se convirtieron, a partir de entonces, en dos valores emergentes.

Mühlberg no condujo a la situación que cabía esperar. Carlos buscaba por entonces la hegemonía continental y, para lograrlo, tenía que conseguir la «unidad [de los territorios bajo su soberanía], aunque fuese en forma de federación territorial, coronada por el Imperio»⁸⁹. El proyecto de Interim (1548), con el que Carlos quiso contentar a todos, no satisfizo ni a católicos ni a protestantes alemanes. Las diferencias entre las Iglesias se habían hecho mayores, y, por si fuera poco, el Emperador no iba a tener fortuna en la solución de los pleitos familiares.

Otorgada, en 1531, a su hermano Fernando⁹⁰ la condición de Rey de Romanos y sucesor, por tanto, al título imperial y a los territorios de Habsburgo en Alemania, Carlos pensaba que el resto de la herencia imperial, incluidos los territorios de Italia y los Países Bajos, debían pasar a su hijo Felipe, investido en 1546 como duque de Milán. Si esta ordenación podía engendrar conflictos, más difícil de aceptar para los Habsburgo de Viena era que, cuando Fernando, muerto Carlos, se convirtiera en Emperador, la dignidad de Rey de Romanos pasara al príncipe Felipe, en tanto que Maximiliano II debía ser regente en España. Tales proyectos se oponían en opinión de Fernando, a la Bula de Oro, norma de referencia para la elección de Emperador y, por tanto, no eran asumibles.

En pro de la política arriba explicada, Carlos adoptó otras decisiones importantes: la reorganización de la Corte española y el viaje de Felipe por Europa.

En enero de 1548, el César redactó unas nuevas *Instrucciones* para su hijo y las envió a España, a través del duque de Alba, nombrado en ese año «mayordomo mayor»⁹¹. En su condición de tal, Alba

⁸⁶ La batalla fue descrita por SALAZAR, P. de, *Crónica de nuestro invictissimo Emperador Carlos quinto en la qual se tracta la justissima guerra que su Majestad movió contra luteranos y rebeldes del Imperio*, Sevilla, 1552. También, LENZ, M., *Die Schlacht bei Mühlberg*, Gotha, 1879.

⁸⁷ MENTZ, G., *Johann Friedrich der Grossmütige, 1504-1554*, Jena, 1903-1908, III, pp. 314 y ss.

⁸⁸ VAN DURME, M., *El Cardenal Granvela*, Barcelona, 1957.

⁸⁹ BELENGUER, E., *El Imperio hispánico*, p. 352.

⁹⁰ ALVAR, A. (coord.), *Socialización, vida privada y actividad pública de un Emperador del Renacimiento*, Madrid, 2004.

⁹¹ Es sobradamente conocida la importancia del cargo. Véase, por ejemplo, ENCISO, L. M., «La Corte de dos mundos», en ALCALÁ ZAMORA, J. (coord.), *Felipe IV, el Hombre y el reinado*, Madrid, 2005, pp. 97-98. Por su parte, C. Hernando, ha escrito: «Con este cargo Fernando pasó a controlar los delicados problemas de protocolo e, incluso, los

debía reorganizar la Corte y allanar el camino para que Maximiliano fuese aceptado como regente y se cumpliera el programa del Emperador.

El nombramiento de Alba, sabida su capacidad para el protocolo y la organización, no supuso sorpresa⁹², y su actuación cabe calificarse de acertada. Pero las Cortes de Castilla de ese año resultaron tensas. La nobleza culpó a Alba de haber excluido a los nobles de la asamblea, siendo así que la decisión fue del príncipe Felipe. Pese a que los procuradores veían mal la ausencia de Felipe, preparado para viajar a Europa, y la presencia en Castilla de Maximiliano, al final aceptaron las propuestas del Emperador.

El viaje del futuro Felipe II por Europa⁹³ —la Italia septentrional, las tierras austriacas, el alto Rin y Flandes— deparó, como en su día analizara Rassow⁹⁴, satisfacciones y decepciones para Alba, que tuvo que enfrentarse con la muerte de su hijo García⁹⁵, y para don Felipe. El príncipe aprendió no pocas cosas y, sobre todo, empezó a descubrir lo que significaban las lenguas y culturas de los territorios bajo su mando, pero valoró con criterio cicatero la vida y costumbres de los flamencos, y generó reticencias entre sus posibles súbditos⁹⁶. Alba, el «Duque Gravedad», pese a su peculiar visión sobre muchos fenómenos europeos, tal vez midió mejor la importancia de la cultura y formas de vida de italianos, austriacos o flamencos.

Por lo demás, el famoso viaje de Felipe sirvió para poner las bases de la relación de Alba con su futuro soberano. El aristócrata, veinte años mayor que el príncipe, se consideraba su mentor. Si Felipe le aceptaba casi siempre como tal, era debido a que, en su interior, le asociaba al Emperador. Y no es extraño que así fuera. Alba había estado más próximo a Carlos V que ninguno de los restantes consejeros de Felipe. En los días difíciles que siguieron, Felipe «se vio forzado a buscar en Alba, no sólo orientación, sino las claves del pensamiento de su venerado padre. [Pero] para Felipe la actitud de Alba [resultó] cada vez más irritante y presuntuosa». Maltby considera, aunque no aporta datos convincentes para demostrarlo, que «a Felipe no le agradaba [la compañía] de Alba y es posible que incluso le disgustara, pero era indispensable no sólo por su talento militar, sino por su habilidad para dar expresión a los valores del propio Felipe en situaciones en que había muchas posibilidades de que se

nombramientos de la Corte o la Iglesia, lo que, unido a sus amplias atribuciones militares, le permitió influir en las tres estructuras básicas de la Monarquía. Aun así siguió necesitando la colaboración de los grandes funcionarios de la administración, como demuestran sus estrechas relaciones con Fernando de los Cobos, a su vez gran mecenas». HERNANDO, C., «Los Álvarez de Toledo y el reino de Nápoles», conferencia, p. 1.

⁹² OSSORIO, *Vida y hazañas*, pp. 22 y ss.

⁹³ CALVETE DE ESTRELLA, J. C., *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso príncipe D. Felipe*, Madrid, 1930; SANTA CRUZ, *Crónica del emperador Carlos V*, V, p. 178. También, ÁLVAREZ, V., *Relación del camino y buen viaje que hizo el príncipe de España, Don Felipe*, Bruselas, 1551 (edición crítica de M. T. Duville, Bruselas, 1964). Agudas observaciones en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 183-204. Trabajo de especial finura es el de GÓMEZ CENTURIÓN, C., «El felicísimo viaje del príncipe don Felipe, 1548-1551», en RIBOT (ed.), *La monarquía de Felipe II a debate*, pp. 19-39. Recientemente se ha reeditado la obra de Calvete de Estrella, con estudios introductorios de J. L. Gonzalo, J. Martínez Millán, S. Fernández Conti, A. Álvarez Ossorio y F. Checa, Madrid, 2001.

⁹⁴ RASSOW, P., *Die kaiser-Idee Karls V, dargestellt an der Politik der Jahre 1528-1540*, Berlín, 1932. La edición española, bajo el título de *El mundo de Carlos V*, traducción de M. Ballesteros, fue publicada en Madrid en 1943. El sentido de la política imperial de Carlos V en ENCISO, L. M., «Huellas de universalismo y europeísmo en Carlos V», en CASTELLANO, J. L. y SÁNCHEZ MONTES, F. (coords.), *Carlos V. Europeísmo y Universalidad*, Madrid, 2000, vol. I, pp. 125-145.

⁹⁵ SANTA CRUZ, *Crónica del Emperador Carlos V*, p. 227; ZAPATA, L., *Varia Historia*, ed. Horsman, Amsterdam, 1935, I, pp. 32-33.

⁹⁶ «Felipe era excesivamente católico, castellano hasta la médula... y era demasiado parco, le horrorizaban los excesos del alcohol en los que caía la mayor parte de la juventud alemana». BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, p. 355.

confundieran». Por otra parte, pese a las tensiones entre ambos, el futuro rey «nunca dejó de confiar en el buen juicio militar del duque ni en la tosca honestidad de sus convicciones religiosas»⁹⁷.

Los años 50 y 51 vinieron a ser un tiempo de lucha sorda para ordenar las cuestiones familiares de los Habsburgo.

Si es verdad que Maximiliano había sido aceptado como regente en Castilla, ¿sería Felipe coadjutor imperial? «No podía haber simultáneamente dos Reyes de Romanos, no podía haber ningún coadjutor imperial y, sobre todo, no podía exiliarse... al hijo primogénito de Fernando, el príncipe Maximiliano, quien, casado con María —la hija de Carlos V— se encontraba como regente en España». Fernando había gobernado acertadamente el Imperio, se había atraído a sus súbditos, conocía mejor que Carlos los problemas religiosos del Reich y tenía un heredero alemán, más aceptado que Felipe por los príncipes del Imperio. Sin embargo, los círculos carolinos pensaban que, «si Carlos propuso como Rey de Romanos a su hermano en 1531, por delante de su hijo, que había nacido en 1527, [parecía] que nada había que objetar para que Fernando aceptase la sucesión de Felipe y este [hiciera lo mismo] después con su primo hermano Maximiliano»⁹⁸.

Nada más lejos de la realidad. La tensión en el Imperio era evidente en septiembre de 1550, como informaba, para justificar una posible francesa mediación, el embajador francés Marillac al condestable Montmorency. Si, al final, en Augsburgo se impuso, en marzo de 1551, el acuerdo familiar, la fórmula de sucesión Fernando-Felipe-Maximiliano suscitó descontento sordo en Fernando y fuertes recelos en Maximiliano y en los príncipes alemanes. Si a ello se añadía la cuestión religiosa, antes aludida, no extraña que cobrara fuerza un movimiento de oposición y protesta, iniciado por Hans de Kustin, Alberto de Prusia y Alberto de Meklenburg, encabezado luego por Mauricio de Sajonia, y al que se sumaron Alberto Alcibiades de Brandenburgo-Kulmbach y los príncipes de Hesse. Estos príncipes firmaron una alianza —el tratado de Chambord, de marzo de 1552— con Enrique II de Francia. Por si fuera poco, la situación en el Mediterráneo no era favorable, porque los turcos se habían apoderado de Trípoli en 1551.

Eran años difíciles para Carlos, como ha explicado A. García Simón⁹⁹. Las enfermedades y el cansancio le invitaban al aislamiento, rodeado de sus fieles: su hermana María, Francisco de Eraso, Antonio Perrenot, hijo de Nicolás Perrenot, señor de Granvela, Guillaume van Male, su incitador en el campo de la cultura. A pesar de todo, no le faltaba voluntad de encarar con valentía su destino. Pese a que una personalidad tan notoria como el cardenal Silíceo se quejara, desde Toledo, del «ritmo que cogían las guerras», el Emperador logró el apoyo económico de Antón Fugger y de Castilla y apoyos militares para hacer frente a los desafíos del momento¹⁰⁰.

En abril de 1552 los príncipes alemanes se lanzaron al ataque y sorprendieron a Carlos V en Innsbruck. Hubo un momento de vacilación, en el que Mauricio de Sajonia se ofreció a negociar, pero Carlos se dispuso a resistir, y las tropas imperiales fueron derrotadas en Ehrenburg. El Emperador tuvo que emprender la huida hasta Villach, desde donde podía dirigirse a Italia o Estiria.

Antes de llegar a una paz, Carlos intentaba ganar tiempo. Alba, después de dirimir algunas diferencias con el príncipe Felipe, reclutó un ejército para auxiliar al César. Pero, antes de que entrara en acción, Mauricio de Sajonia firmó la paz el 2 de agosto. La mediación de Fernando, el hermano del

⁹⁷ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, pp. 92-93.

⁹⁸ BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, p. 355.

⁹⁹ GARCÍA SIMÓN, A., «Los años críticos», en *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid, 2001, II, pp. 321-341.

¹⁰⁰ KELLENBENZ, H., *Los Fugger en España y Portugal*, Salamanca, 2000.

Emperador, sirvió para llegar a un acuerdo –el de Passau– con los luteranos, que así se desligaban de París. Pero el peligro volvió cuando Montmorency tomó la ciudad imperial de Metz en nombre de Enrique II. Carlos, en un ataque «atolondrado», se dispuso a recuperarla. Algunos historiadores atribuyen a Alba la iniciativa¹⁰¹, pero la verdad es que el Duque se sentía tan inquieto que llegó a un acuerdo con el violento Alberto Alcibiades de Brandenburgo para recuperar Metz. La presencia del César en una guerra, calificada por M.^a José Rodríguez Salgado de «fatídica»¹⁰², levantó los ánimos de los combatientes. Con todo, la empresa se hacía difícil, y las divisiones en el campo imperial la dificultaron más aún. En definitiva, el éxito estuvo cerca, pero no se produjo. Al final, el Emperador, agotado, se dirigió a Bruselas¹⁰³. Una discutible polémica atribuyó el fracaso a Alba, de quien Carlos V hizo una encendida defensa. El César culpó de la derrota, no con poca vaguedad, al frío, la nieve y las enfermedades.

3.1.6. Los últimos años y la sucesión

El Emperador y Alba permanecieron en Bruselas varios meses. Uno y otro estaban desalentados. Su vuelta a España y su entrevista con el príncipe Felipe no devolvieron la alegría al Gran Duque. En carta a Eraso, desde Alba de Tormes, donde descansaba, le decía: «Te prometo por la fe de caballero y te juro por el Sacramento que mi casa y mis tierras se encuentran en tales condiciones este invierno que he visto que será imposible que se recuperen en toda una vida y la de mi hijo». Pese a todo, realirmaba con fuerza su lealtad a la Corona: «Los Reyes», escribía, «nacen para hacer su voluntad, y nosotros, vasallos y servidores, nacemos para cumplirla, y yo sin duda más que nadie, porque nunca he pensado en tener más voluntad que la suya; si alguna vez no me he guiado por ella, ha sido por desconocerla»¹⁰⁴.

Ni de su hermano Fernando ni de su sobrino Maximiliano¹⁰⁵, y mucho menos de este último, podía obtener Carlos ayuda para encauzar, conforme al acuerdo familiar, la sucesión al Imperio y con ello clarificar el oscuro horizonte político planteado. La Providencia vino en su ayuda. En el verano de 1553 se produjeron dos acontecimientos importantes: la muerte de Mauricio de Sajonia y la muerte de Eduardo VI, circunstancia esta que posibilitó la proclamación de María Tudor como reina de Inglaterra. ¿No había llegado la hora de buscar nuevas fórmulas para la sucesión de Carlos V? El Emperador entendía que el cauce adecuado para ello sería propiciar el matrimonio de su hijo Felipe con María Tudor. Acordes los futuros contrayentes y sus representantes políticos, el enlace se produjo sin más dilación. Y, mientras la regencia en España pasaba a manos de su hermana Juana, Felipe, con el título de rey de Nápoles y duque de Milán, viajó a Londres, en 1554, para contraer

¹⁰¹ Además de BRANDI, véase VAN DURME, *El cardenal Granvela*, p. 140. Esta hipótesis la negarán OSSORIO, *Vida y hazañas*, p. 173 y MARTÍN ARRÚE, F., *Campañas del Duque de Alba*, I, pp. 229-230.

¹⁰² RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «El ocaso del Imperio carolino», en *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 47-49.

¹⁰³ El sitio de Metz cuenta con una bibliografía clásica: SALIGNAC, B. DE, «Siège de Metz par l'empereur Charles Quint en 1552», en *Nouvelle collection de mémoires relatifs à l'histoire de France*, Paris, 1857, VIII, pp. 524-525; BRANDI, K., «Karl vor Metz», *Elsass Lothringisches Jahrbuch*, XVI (1937), pp. 1-30; GRIESDORF, J., «Der zug kaiser Karls V gegen Metz», en *Hallische Abhandlung zur neuen Geschichte*, XXVI (1891); «Brief discours du siège de Metz en Lorraine», en *Archives Curieuses de l'Histoire de France*, ed. L. Cimber y F. Danjou, Paris 1834-1837, III, pp. 117-138. Fuente expresiva son las *Mémoires-Journeaux* del duque de Guisa, en *Nouvelle collection des mémoires pour servir à l'histoire de France*, ed. J. F. Michaud, 1^{re} série, Paris, 1851, pp. 1-539.

¹⁰⁴ Alba a Eraso, 2 de noviembre de 1553, en Epistolario, I, pp. 57-59. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 106.

¹⁰⁵ NEUHAUS, H., «¿Rey de Romanos a la sombra?», en *Carlos V / Karl V, 1500-2000*, Madrid, 2001, pp. 103 y ss.

matrimonio con su tía. «De la hegemonía imperial a la Monarquía Hispánica: este es el puente tendido por Carlos con un rey, Felipe, más que consorte en Inglaterra, con un príncipe —el propio Felipe en las tierras hispánicas de su padre— presto ya a tomar las riendas del poder»¹⁰⁶.

El viaje de Felipe y su séquito a Inglaterra, y la estancia inicial en el país, no dejaron de suscitar problemas, motivados sobre todo por las diferencias de mentalidad, cultura y religión de unos y otros. Si los incidentes no pasaron a mayores, se debió, en buena parte, al duque de Alba, a quien el Emperador encargó la tarea de llevar por el buen camino a soldados, marineros, políticos y hasta al propio príncipe, poco ilusionado con el enlace¹⁰⁷. Don Fernando mostró en esta ocasión dotes diplomáticas, buenos modales y afinidad sorprendente con el modo de ser de los británicos, a los que comprendió mejor de lo que cabía esperar. Avanzado el invierno, Alba se convirtió en portavoz del príncipe ante el *Privy Council* y el Parlamento. Menos fortuna tuvo la duquesa, María Enriquez, que no supo entenderse con la reina¹⁰⁸.

Queda lejos de nuestro propósito referirnos a la etapa final del César, tan llena de dramatismo, si no es para destacar algunos hitos centrales. El tratado de Passau, logrado por Fernando, había supuesto una tregua en el conflicto entre las dos religiones, la católica y la protestante, y el respeto a la situación económica de unos y otros —con reconocimiento de los monasterios y propiedades eclesiásticas que habían pasado a los luteranos—. En la misma línea, la paz de Augsburgo (1555), pactada entre Fernando, los príncipes alemanes y la Dieta imperial, había consagrado el principio de *cuius regio eius religio*, fórmula que a Carlos no le satisfacía plenamente, pero permitía la pacificación, por un tiempo al menos, de los territorios imperiales. Ya desde ese momento, el César tuvo la idea de despojarse del poder, meta que fue realizándose en una cascada de dejaciones irreversible. Fueron, primero, las solemnes abdicaciones de Bruselas de 1555, en las que el heredero de los Países Bajos, el futuro Felipe II, al no dominar el francés, tuvo que hablar a la asamblea por persona interpuesta —en este caso, Perrenot de Granvela—; las abdicaciones de 1556, por las que resignaba en don Felipe las coronas de Castilla y Aragón, Nápoles, Sicilia y las Indias y, en fin, la renuncia al título imperial en 1558. En Yuste, desde 1557, se remansaron la vida pública de Carlos, tan llena de grandeza, aun con sus inevitables claroscuros, y la vida privada, tejida en la difícil armonía del propio destino y el servicio a Dios y a los hombres.

3.2. LA ÉPOCA DE FELIPE II

El Duque de Alba vino a ser, fue de hecho, uno de los eslabones principales de la cadena que une los reinados de Carlos V y Felipe II.

3.2.1. «La época de transición»: 1556-1565

Los especialistas admiten, con diversos grados y matices, una «época de transición» desde la llegada de Felipe II al poder hasta, más o menos, 1565. Son los años de la «guerra imprevisible» entre Paulo IV y Felipe II, de la crisis hacendística de 1557, de la guerra hispano-francesa y la paz de Cateau-Cambrésis, de los procesos contra los protestantes en Valladolid y Sevilla y de la «impermeabilización ideológica» de España, del «caso Carranza», del desastre de Djerba, la fijación

¹⁰⁶ BELENGUER, *El Imperio de Carlos V*, p. 362.

¹⁰⁷ El papel de Alba en esta misión ha sido acertadamente analizado por FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 207-222.

¹⁰⁸ HARRISON, E. H., *Rival Ambassadors at the Court of Queen Mary*, Princeton, 1940.

de la Corte en Madrid, la rearticulación de los reinos de la corona de Aragón en la Monarquía de España y, en fin, «la prueba de fuerza de Malta».

En ese complicado ajedrez de cuestiones, el duque de Alba iba a tener importantes funciones que cumplir. Tres fueron relevantes: la participación en la lucha de bandos o facciones en la Corte, la reordenación de los Estados señoriales de Alba y la política italiana.

3.2.1.1. La lucha de facciones

En los últimos años de Carlos V se hicieron presentes dos poderosos grupos de presión: el dirigido por el duque de Alba y su linaje y el que encabezaba Ruy Gómez de Silva, emparentado con los Mendoza.

Don Fernando Álvarez de Toledo, en su calidad de mayordomo mayor, cumplió la tarea de establecer los nexos adecuados entre la Corte, el Ejército y la Iglesia. Dada su creciente influencia, no extraña que sus recomendaciones y cartas de agradecimiento se incrementaran día a día y que se tejiera, en torno a su figura, una tupida red clientelar: de ella formaban parte el hermano de María Enríquez, Antonio, prior de León, palafrenero mayor en la Corte y miembro de los Consejos de Estado y Guerra; el gran Pedro de Toledo, marqués de Villafranca y virrey de Nápoles, y su hijo García. Este último, a su vez, estaba casado con Vittoria Colonna; y Leonor de Toledo, hija asimismo de don Pedro, era mujer de Cosme de Medici. Otros Toledo ilustres, vinculados a los Alba, eran Juan Álvarez de Toledo, cardenal de Santiago de Compostela, y el también cardenal Francisco Pacheco Osorio de Toledo¹⁰⁹. Próximos a la facción de Alba estaban la Casa de Velada y la familia Enríquez de Guzmán¹¹⁰ y dos hombres singulares: Francisco de Zapata, primer conde de Barajas, y Diego Cabrera Bobadilla, tercer conde de Chinchón.

Ruy Gómez de Silva¹¹¹, joven adúlador e inteligente, como viera en su día Marañón, no tenía ni la personalidad ni la trayectoria del III Duque de Alba, pero, como persona vinculada a la emperatriz Isabel, gozó pronto de la estimación de Felipe II. Sus facilidades para las relaciones públicas, su ambición y su capacidad para la intriga eran características adecuadas para desempeñar la función de camarero mayor, para la que fue nombrado. Su estrella comenzó a ascender tras su matrimonio con Ana de Mendoza y de la Cerda, hija del conde de Melito. Los Mendoza eran ricos, pero tan numerosos que no todos alcanzaron representación en la Corte. El favorito contribuyó a encumbrar al clan mendocino. Sin título nobiliario ni vínculos sólidos con la aristocracia, Ruy usó hábilmente su cargo y sus dotes, y pronto contó con un nutrido grupo de clientes. Los más caracterizados pertenecían al bando de los Mendoza. Era el caso del padre de Ana de Mendoza, príncipe de Melito y duque de Francavilla y

¹⁰⁹ Amplia información sobre los Toledo en HERNANDO, *Castilla y Nápoles en el siglo XVI*; del mismo, «La cultura nobiliaria en el virreinato de Nápoles durante el siglo XVI», *Historia social*, 28 (1997), pp. 95-112; del mismo, «Virrey, Corte y Monarquía. Itinerarios del poder en Nápoles bajo Felipe II», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, III, pp. 343-390; del mismo, «Estar en nuestro lugar representando nuestra propia persona. El gobierno virreinal en Italia y la Corona de Aragón bajo Felipe II», en BELENGUER (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, III, pp. 215-338; GALASSO, G. y HERNANDO, C. J., *El reino de Nápoles y la Monarquía de España. Entre agregación y conquista (1485-1535)*, Madrid, 2004. De positivo interés es también la obra de MARTÍNEZ, S., *El marqués de Velada y la Corte de los reinados de Felipe II y Felipe III*, Salamanca, 2004, especialmente el epígrafe de la primera parte titulado «Vínculos familiares y alianzas políticas: la Casa de Velada y el clan de los Toledo», pp. 125-187.

¹¹⁰ MARTÍNEZ, *El marqués de Velada*, pp. 128 y ss.

¹¹¹ Las referencias esenciales sobre el personaje pueden obtenerse en SALAZAR Y CASTRO, L., *Historia genealógica de la Casa de Silva*, Madrid, 1685, II, pp. 456 y ss., y MARAÑÓN, G., *Antonio Pérez*, Madrid, 1948. Sobre la mujer de Ruy Gómez, la famosa princesa de Éboli, véase SPIVAKOVSKY, E., «La princesa de Éboli», *Chronica Nova*, IX (1977) y asimismo, MARAÑÓN, G., *Antonio Pérez*.

que desempeñaría el cargo de virrey de Aragón y Cataluña; el erudito Diego Hurtado de Mendoza¹¹², su hermano, el marqués de Medinaceli, duque de Béjar y el conde de Feria.

Estos clanes, facciones, o como quiera llamárseles, no eran asimilables a los partidos de época contemporánea, sino propiamente bandos, unidos por lazos de parentesco¹¹³, de intereses o coyunturales¹¹⁴. Hubo gentes, y el caso de Juan Manrique de Lara es paradigmático, que seguían la voz de su conciencia o su interés particular según lo más conveniente en un momento dado.

Con lo dicho, queda claro que los bandos o facciones no pueden definirse, de forma concluyente y permanente, por factores ideológicos o políticos. «Es conocida la opinión», escribía hace poco Carlos Hernando¹¹⁵, «evocada por Marañón y luego desarrollada por Elliott¹¹⁶, según la cual podrían asignarse unas características políticas, e incluso ideológicas, a cada uno de los dos "partidos". Conforme a esa tesis, Alba representaría al sector militarista y castellanista, partidario de la intransigencia religiosa y de la castellanización de la Monarquía, ligado, además, por la tradicional protección de su familia a los dominicos, mientras que Silva encabezaría a los defensores de ideas más conciliadoras y se convertiría, a su vez, en el más firme apoyo de los jesuitas en su pugna con las demás órdenes». Por su parte, Maltby¹¹⁷ ha añadido no pocos matices interpretativos más. «Alba», dice para empezar, «era militante con respecto a los Países Bajos, pero conciliador con respecto a Inglaterra. Ruy Gómez era... lo contrario. Por lo demás, hay escasos indicios de que los virreyes Mendoza fueron más respetuosos con los privilegios locales que sus equivalentes de los Alba y fue Alba... quien introdujo el ceremonial borgoñón en la Corte española». Error de Marañón¹¹⁸ fue suponer que había una base histórica para la rivalidad de los bandos; así, por ejemplo, su afirmación de que los Toledo habían compartido las simpatías comuneras de los Zapata es falsa¹¹⁹. Por otra parte, los Mendoza eran, en el inicio del siglo XVI, los nuevos aliados, entre los grandes nobles, de los Toledo en su lucha por apoyar las pretensiones del rey Fernando¹²⁰. Existieron, digámoslo para acabar, diferencias más sutiles entre unos y otros. Los Mendoza mostraron, por ejemplo, más entusiasmo por la «nueva ciencia» que los Toledo. Hernando, por su parte, ha subrayado la tradición de mecenazgo de la Casa de Alba¹²¹, sobre todo, a partir de don Fadrique. Muestra de apertura de los Mendoza fue, escribe Maltby, que, «como adelantados de Granada... habían preconizado medidas de tolerancia con los moriscos y el primer marqués

¹¹² SPIVAKOVSKY, E., *Son of the Alhambra: Don Diego Hurtado de Mendoza, 1504-1575*, Austin, London, 1970.

¹¹³ Tales lazos no eran siempre concluyentes. Chinchón estaba lejanamente emparentado con Ana de Mendoza, y Bernardino de Mendoza, capitán de galeras reales y hermano del marqués de Mondéjar, era amigo de Alba. El hijo de Bernardino, de nombre también Bernardino, serviría en los Países Bajos a las órdenes de Alba, y su posición se mantuvo cuando desempeñó la embajada de España en Francia.

¹¹⁴ Nuevos matices sobre la cuestión en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y FERNÁNDEZ CONTI, S., *La Monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, Madrid, 2005.

¹¹⁵ HERNANDO, «Los Álvarez de Toledo», p. 2.

¹¹⁶ ELLIOTT, J. H., *Imperial Spain, 1469-1716*, New York, 1963, pp. 255-257.

¹¹⁷ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 96.

¹¹⁸ MARAÑÓN, Antonio Pérez, I, p. 127.

¹¹⁹ «Ningún Toledo estuvo realmente implicado en la rebelión comunera, y la asociación de Alba y Zapata, primer conde de Barajas, data de... 1570», MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, pp. 96-97.

¹²⁰ NADER, H., *The Mendoza Family in the Spanish Renaissance, 1350-1550*, New Brunswick, N. J., 1979, pp. 168-173.

¹²¹ «Todo ello», escribe Hernando, «es un reflejo del intenso mecenazgo ejercido por Fernando Álvarez de Toledo, tanto en las letras, como en las artes, sobre el triple eje biográfico de la tradición castellana familiar... la creciente relación con Italia, que lo llevaría a convertirse en el principal introductor del lenguaje manierista en Castilla con los trazados jardinerísticos y escultóricos de su posesión de la Abadía... mientras desempeñaba los cargos de gobernador de Milán y virrey de Nápoles, entre 1555 y 1558, y el final y polémico gobierno flamenco, durante el que culminaría su interés por los libros, la

había... adoptado ciertos gustos de tono superficialmente moruno»¹²². Para acabar, digamos que la contraposición entre bandos tiene como puntos de referencia básica la personalidad antitética de sus líderes y un antagonismo tan profundo en la relación entre ellos que dificultaba hasta las fórmulas de cortesía.

En paralelo con el faccionalismo aristocrático, y en relación con él, existieron diferencias y pugnas entre los secretarios de Estado¹²³ y los oficiales de las secretarías y sus colaboradores y burócratas de la Contaduría y la Hacienda. A mediados del XVI, también ellos, siguiendo la estela de Ruy Gómez de Silva y de Alba, estaban enfrentados. Las «escuelas» de funcionarios y oficiales habían cobrado especial vigencia con Francisco de los Cobos, cuya amistad con Alba fue notoria desde 1530¹²⁴. La escuela de Cobos proseguiría con su sobrino, Juan Vázquez de Molina, y los tres protegidos de este último: Gonzalo Pérez –antiguo secretario de Alfonso de Valdés¹²⁵–, Alonso de Idiáquez y Francisco de Eraso. Los Idiáquez, marginados por los Pérez, no volvieron a tener influencia hasta que Juan de Idiáquez, hijo de Alonso, comenzó a destacar. G. Pérez, culto pero poco generoso, mantuvo lazos estrechos con Alba hasta que se produjo un enfrentamiento entre ellos. Colaboradores de G. Pérez fueron Gabriel de Zayas, discípulo de Cobos y futuro secretario de Estado, que llegó a convertirse en los «ojos y oídos» de Alba¹²⁶, Juan de Alborno y Esteban de Ibarra, estos últimos secretarios privados del Duque.

El triunfo de G. Pérez, siguiendo una teórica ley de las compensaciones, suscitó la envidia de F. de Eraso, secretario del Emperador en Bruselas. En torno a Eraso, a su vez, creció una pequeña clientela, de la que formaban parte Diego de Espinosa –presidente del Consejo de Estado, cardenal-obispo de Sigüenza e inquisidor general– y, en cierto grado, otros. Eraso se hizo afín a Ruy Gómez, hacia 1555, y gozó de la confianza de Antonio Pérez, el secretario magistralmente biografiado por el Dr. Marañón, hijo de Gonzalo, contrario a Alba desde 1556 y sucesor de Ruy Gómez en el favor del rey. Más allá de la «guerra de los bandos», estaría, propiamente, el secretario Mateo Vázquez, predilecto del monarca desde 1580 y cuya labor analizó en su día A. W. Lovett¹²⁷. El grupo contó, en su plenitud, con una vía de ascenso: la Hacienda. Eraso fue contador real desde 1556, y desde ese puesto privilegiado influyó en virreyes, jefes militares y financieros. En dos ocasiones obstaculizaría a Alba desde ese puesto: en Italia, en 1555-1556, y, luego, en los Países Bajos.

Los bandos se desarrollaron en torno a la Corte y a través de un largo periodo de tiempo. En 1555 eran ya perceptibles, y se dejaron notar más claramente a la muerte de Paulo III¹²⁸. El candidato con más probabilidades para suceder al Papa difunto parecía ser Jacopo Salviati, cardenal de Florencia, amigo de Diego Hurtado de Mendoza y de Cosme de Medici, pero, tanto Cosme como Alba y Pedro de Toledo, eran hostiles a Salviati, aunque otras cosas dijeran en público. Alba y sus afines apoyaban al cardenal de Burgos –un Toledo– y consiguieron la anuencia del Emperador para oponerse a Salviati. La elección recayó en el cardenal del Monte, próximo a Cosme de Medici.

música, los tapices –como en la serie de sus campañas conservada ahora en el palacio de Liria– y la construcción, patente en la nueva ciudadela de Amberes». HERNANDO, «Los Álvarez de Toledo», p. 3.

¹²² MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 97.

¹²³ ESCUDERO, J. A., *Los secretarios de Estado y del Despacho, 1474-1724*, Madrid, 1976, I. Del mismo véase *Felipe II: el Rey en el despacho*, Madrid, 2002.

¹²⁴ Cuando Cobos murió, en 1545, Alba fue albacea y el protector de su viuda frente a las numerosas demandas puestas a su herencia, H. KENISTON, *Francisco de los Cobos*, p. 314.

¹²⁵ GONZÁLEZ PALENCIA, A., *Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II*, Madrid, 1946.

¹²⁶ En 1571 Zayas escribió a Alba: «Soy un hombre que ha de estar agradeciendo a vuestra excelencia hasta el sepulcro, y estimar la obra de vuestra excelencia es mi mayor lustre», MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 98.

¹²⁷ LOVETT, A. W., *Philip II and Mateo Vázquez de Leca. The government of Spain, 1572-1592*, Genève, 1977.

¹²⁸ Datos básicos en LEVA, G. de, «La elezione di Papa Giulio III», *Rivista Storica Italiana*, I (1884).

3.2.1.2. La madurez de Alba. Italia

La madurez de Alba como hombre de Estado y como soldado se inició en la primera etapa de Felipe II, y tuvo un marco preeminente inicial: Italia¹²⁹.

3.2.1.2.1. La experiencia militar y política en Milán

Cuando entraba en su vía final el sistema imperial y los franceses, crecidos después de Chambord, habían ocupado gran parte del Piamonte, Milán se sintió amenazado. Felipe convenció entonces a su padre para que ofreciera al Duque dos cargos de primer nivel: gobernador de Milán y virrey de Nápoles¹³⁰. El Duque aceptó. No podía negarse sin comprometer su posición como soldado y leal vasallo de la Corona. Por otra parte, su familia, con extensos intereses en Italia, veía en su nombramiento una oportunidad única para engrandecerse mediante una política de nepotismo¹³¹.

Con el alejamiento de Alba, ¿se impuso Ruy Gómez de Silva? Tal era la apariencia, y más cuando el favorito logró indisponer a Eraso con Alba. Por si fuera poco, Ruy Gómez conspiró para mermar el apoyo económico y los suministros que el Gran Duque necesitaba¹³². Con muchos peros, y tras duras gestiones, se le asignaron 200.000 ducados, de los que Eraso, parcial e inmisericorde con el Duque, restó 37.000¹³³. La hostilidad llegó a tanto que al Duque se le negó el pago del salario y se le

¹²⁹ Remito a los estudios recientes siguientes: RIVERO, M., *Felipe II y el Gobierno de Italia*, Madrid, 1998; GARCÍA, E. y HERNÁN MAFFI, D., *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa moderna*, Madrid, 2006, I (trabajos de L. RIBOT, «Soldados españoles en Italia. El castillo de Milán a fines del siglo XVI»; BIANCHI, P., «La riorganizzazione militare del Ducado di Savona (1553-1675)»; RIZZO, M., «Non solo guerra. Risorse e organizzazione della strategia alsburgica in Constanza durante la seconda metà del Cinquecento» y RIBOT, L. (ed.), *La Monarquía de Felipe II a debate*, Madrid, 2000 (trabajos de G. I. A. THOMSON- «La respuesta ante la política internacional de Felipe II; GALASSO, G., «Algunos aspectos de la historia de Nápoles bajo Felipe II»; y MUTO, G., «La Italia de Felipe II: modelos de economía regional»). También, ENCISO, L. M., «Nápoles en tiempos de Felipe II. Historiografía reciente», en MARTÍNEZ RUIZ, E. (ed.), *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*, Madrid, 2000, I, pp. 27-72.

¹³⁰ Ambas piezas claves, junto con Flandes y Portugal, en la articulación europea de la Monarquía de España. «A las relaciones con las Cortes y familias de España e Italia», ha escrito C. Hernando, «hay que sumar las desarrolladas en la tercera gran región de la Monarquía, Flandes, tanto en la esfera comercial y financiera como en la política, integrada a su vez por intereses feudales, por contactos institucionales y diplomáticos entre los respectivos aparatos de gobierno». HERNANDO, C., «Virrey, Corte y Monarquía. Itinerarios del poder en Nápoles», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, III, p. 364. El trabajo de Carlos Hernando contiene amplia biografía. Véase también el interesante trabajo de SALVADOR, E., «Integración y periferización de las Coronas de Aragón y de Portugal en la Monarquía Hispánica. El caso valenciano (1580-1598)», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, III, pp. 159-180.

¹³¹ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 116. «La actuación de las diversas ramas del linaje Toledo, entre cuyos miembros no dejarían de aflorar fracturas y contradicciones, se vio condicionada por otras alianzas, como la de los Toledo de Villafranca con los napolitanos Spinelli o los romano-napolitanos de la órbita española, como los Avalos, los Gonzaga, los Doria o los Farnesio. Los principales episodios de esa trayectoria, tras la enreujada matrimonial de 1539 y la reveladora intervención de los Toledo a favor de la devolución a Cosme I, en 1543, de las fortalezas de Florencia y Livorno, ocupadas por guarniciones imperiales, aparecen relacionados con la sucesión de Pedro de Toledo en el virreinato de Nápoles a su muerte en 1553. En esta ocasión se intentó perpetuar el cargo virreinal en la familia con la lugartenencia de Luis de Toledo, para, tras el gobierno hostil del cardenal Pedro Pacheco, en el del duque de Alba, desembocar tanto en Nápoles como en Milán». HERNANDO, «Los Álvarez de Toledo», p. 2. Véase también del propio HERNANDO, «Virrey, Corte y Monarquía. Itinerarios», pp. 361 y ss.

¹³² El tema se trata en el *Epistolario*: Alba a Bernardino de Mendoza, 7 de abril 1555, I, p. 66; Alba a Felipe II, 20 de abril 1555, I, pp. 71-73. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 138. El tema de las dificultades económicas de Alba puede verse también en la gran obra de CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, Madrid, 1967, III, pp. 443 y ss.

¹³³ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, remite al *Epistolario*: Alba a Bernardino de Mendoza, 14 de junio de 1555, pp. 170-174; Alba a Felipe II, 28 de mayo 1555, pp. 125-126; Alba a Ruy Gómez, 29 de junio de 1555, pp. 234-237; Alba a Ruy Gómez, 11 de mayo de 1555, pp. 102-105.

obligó a que su hijo Fadrique fuese a Italia «como acompañante supernumerario de su padre». Para más desolación, la duquesa contrajo una enfermedad grave. Pese a todo, el Gran Duque no se dejó vencer por las circunstancias.

Ante todo, trató de procurarse dinero y, para ello, se ordenó a Bernardino de Mendoza que solicitara un subsidio del Parlamento napolitano y buscó, sin éxito, otras vías.

Le preocupaba también la situación de su Estado señorial. En Coria puso en marcha planes de irrigación y plantación de moreras y en la Abadía, aplicó importantes reformas, financiadas con la venta de aceite y otras mercancías.

Más difícil era lograr éxitos en el norte de Italia. Los esfuerzos de Alba y las discordias en el mando galo contribuyeron a que la campaña francesa perdiera vigor. En Siena, Alba fue relegado de cualquier responsabilidad y, para entonces, los imperiales habían rendido Montluc, y la situación se hizo difícil.

En Milán¹³⁴ el Duque tuvo que hacer frente, en el verano de 1555, a asuntos menores, como el encarcelamiento de los príncipes de Ascoli, que se habían permitido ordenar el asesinato de un Mendoza por haber seducido a una dama de la Princesa. Posteriormente, Alba se trasladó hacia el Po, y emprendió una campaña que no fue tan fructífera como él deseaba ni tan desastrosa como quisieran sus enemigos. Mostró crueldad, además de valentía, con toda guarnición francesa que presentara resistencia, pero, con todo y con eso, el enemigo, más fuerte, no se sintió intimidado. «Ante la perspectiva de una misión imposible en el campo de batalla, unida a ataques insidiosos en su propio país, le invadió», comenta Maltby¹³⁵, «una especie de desesperación y la ferocidad de su carácter surgió, con espantosas consecuencias». Esta desorbitada reacción, análoga a la que años después adoptaría en Países Bajos, no tuvo resultados muy negativos porque, en Piamonte, las muertes fueron relativamente escasas y las represiones, mínimas.

En enero de 1556, antes de partir para Nápoles, el Gran Duque dictó un atinado y útil memorando sobre el gobierno de Milán. Comprendía 17 recomendaciones.

De ellas, las 8 primeras se referían a la reforma del Senado, institución principal de la ciudad. De los miembros de la asamblea solo eran hombres de leyes menos de la mitad, y eso conllevaba injusticias y errores. Para remediarlo, se atribuyeron al Senado las causas principales y no, como venía sucediendo, las menores. «Alba pensaba que el Senado estaba usurpando la autoridad administrativa de Felipe II y que podía prohibírselo. Faceta principal era que, para evitar la corrupción, el nombramiento de financieros no lo hiciera el Senado, sino el gobernador, que, de acuerdo con el Senado y el Consejo, debía presentar una lista para que el Rey la aprobara».

Otras iniciativas de Alba tenían un sesgo regenerador. Preconizaba que el presidente del Senado, al igual que el Capitán de Justicia, fueran extranjeros; se inclinaba por la centralización de las funciones de tesorería y solicitaba el nombramiento de un fiscal, para revisar los asuntos de la Cámara, y la creación de un archivo. Para la selección de contadores y otros financieros Alba recomendaba el sis-

¹³⁴ Sobre Milán en la época de Felipe II véanse las siguientes contribuciones recientes: PISSAVINO, P. y SIGNOROTTO, G., *Lombardia borromeica. Lombardia spagnola (1559-1569)*, Roma, 1997; RIZZO, M., «Competizione politico-militare, geopolitica e mobilitazione delle risorse nell'Europa cinquecentesca. Lo Statu di Milano nell'età di Filippo II. en *Lombardia spagnola. Nuovi indirizzi di ricerca*, Milano, 1997, pp. 371-387; del mismo, «A forza di denari e per «buono intelligenza co principi», ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, III, pp. 283-322; VIGO, P., «La economía en el Estado de Milán», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, III, pp. 263-281. También, RIBOT, L., «Milano piazza d'armi della Monarchia spagnola», en *Milain the great. Milano nelle brume del Seicento*, Milano, 1989, pp. 349-363.

¹³⁵ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 123.

tema usado en Nápoles y, en todo caso, condenaba que hubiera personas con lazos de parentesco en el mismo tribunal. Con todo ello, el Gran Duque apuntaba, lo consiguiera o no, a dos objetivos: la justicia y la eficacia. Instrumento básico para ello era «la centralización y la extensión de la autoridad regia».

¿Cuál era el significado profundo de las medidas? Marañón, en una reflexión muy invocada, interpretaba que se oponían a la autonomía local preconizada por Ruy Gómez y respondían «a un proceso de centralización, autoritarismo y, en definitiva, castellanización». ¿Era en verdad así? Alba, en la línea de los pensadores de Salamanca, opinaba que la justicia se basaba en principios universales, y era deber de la Corona mantenerlos. De acuerdo con ello, mostró claros visos de centralismo y una tolerancia limitada para los privilegios locales. Paralelamente, ponía todo su empeño en eliminar el clientelismo y el nepotismo.

3.2.1.2.2. El virreinato de Nápoles bajo Alba

Al igual que en el resto de Italia y de la Monarquía, en Nápoles el reinado de Felipe II se inicia «con la crisis de los años 50, no sólo militar sino también política, reflejada en la brevedad de los gobiernos virreinales, condicionados por las fluctuaciones de la Corte y tensiones desatadas en el reino por la prolongada política autoritaria que había ejercido Pedro de Toledo. Desde su muerte, en 1553, hasta el inicio del gobierno del primer duque de Alcalá, Pedro Afán de Ribera, en 1559, que en muchos aspectos puede considerarse su continuador, se suceden las lugartenencias y virreinatos de prelados y generales»¹³⁶. La lugartenencia de Luis de Toledo y el virreinato del cardenal Pacheco no fueron prósperos, y no consiguió mejores frutos Bernardino de Mendoza. Distinto sería el signo del gobierno en Nápoles de Fernando Álvarez de Toledo¹³⁷.

La «necesidad» y «pobreza» existentes entre el pueblo, pese a las riquezas naturales del territorio, las dificultades financieras del virreinato y el bandidaje, eran algunos de los graves males a los que el nuevo virrey debía hacer frente. ¿Cómo los afrontó el duque de Alba?

Pese a que el Monte diera leves muestras de recuperación, ni sus reservas ni la buena voluntad del Parlamento bastaron para hacer frente a los gastos de los ejércitos de la Monarquía de España en tierras italianas¹³⁸, y tampoco sirvió el préstamo solicitado por el virrey a la reina de Polonia. Alba combatió también el bandidaje y los desórdenes públicos, y se sirvió para ello de las compañías españolas de infantería. En el plano social, trató de poner coto a la especulación con los feudos y, previa la aprobación de Felipe II, ordenó que ninguno de esos feudos cambiara de manos sin autorización regia. Asimismo pretendió sanear las instituciones. Ejemplo de ello fue la reordenación de las fuerzas del orden o la creación, como en Milán, de un archivo de la Administración¹³⁹.

¹³⁶ HERNANDO, «Virrey, Corte y Monarquía. Itinerarios», pp. 367-368. El citado artículo de C. Hernando nos proporciona una matizada visión sobre los problemas que afectaban a la Corte y al poder virreinal en esta época. Véanse además: ROSA, L. de, «El reino de Nápoles entre el crecimiento y la crisis en la edad de Felipe II», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, III, pp. 323-342; del mismo DE ROSA, «Economía real y Hacienda Pública en el reino de Nápoles en el siglo XVI», en RIBOT, L. y ROSA, L. de (coords.), *Pensamiento y política económica en la época moderna*, 2000, pp. 215-231; ROSA, L. de, «Nápoles: una capital», en RIBOT, L. y ROSA, L. de, *Ciudad y mundo urbano en la época moderna*, Madrid, 1997, pp. 239-271; y SABATINI, G., «Nápoles y sus provincias a finales del XVI: nuevas instancias para la transformación de la relación entre la capital y la periferia del reino», en ENCISO, RIBOT, y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, III, pp. 407-423.

¹³⁷ Una visión de conjunto sobre Nápoles en el siglo XVI, en la excelente *Storia d'Italia*, dirigida por G. Galasso, vol. XV, II, *Il Regno di Napoli (1494-1622)*, Torino, 2005.

¹³⁸ De Alba a Felipe II y a la Princesa de Portugal, Epistolario, I, pp. 381-391. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 139.

¹³⁹ CONIGLIO, G., *I viceré spagnoli di Napoli*, Napoli, 1967. La inserción del tema de Nápoles en la gran política europea la ha hecho con reveladoras aportaciones documentales. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 222-243.

3.2.1.2.3. La guerra de Paulo IV con la Monarquía de España

Tanto o más importante que el gobierno de Alba en Nápoles, había de ser, por estos años, su colaboración, desde Nápoles, en la solución de los grandes conflictos que afectaban a la Monarquía¹⁴⁰.

La paz de Augsburgo (1555) y la tregua de Vaucelles (1556), que parecían asegurar la paz en Europa, se vieron contrarrestados por la «guerra imprevisible» entre Paulo IV y Felipe II¹⁴¹. El octogenario papa napolitano se había mostrado un valladar de la Contrarreforma, pero, al mismo tiempo, como buen Caraffa, en su alma anidaba un cierto «patriotismo» napolitano.

La contraposición entre el Papa y los Austrias¹⁴² se había iniciado con la crisis toscana, abierta en 1553 por la guerra de Siena, y se acentuó después. «Mientras la cuestión sienesa se encauzaba en el complejo horizonte jurídico que llevaría, tras su infeudación a Felipe II, a la subinfeudación a Cosme I en 1555», ha escrito Carlos Hernando, «estallaba el conflicto del Duque de Alba contra Paulo IV». El conflicto, además de expresar la lucha por el poder de Italia, representaba también «la culminación del enfrentamiento entre los Caraffa y los Toledo, avivada por el protagonismo de los exiliados napolitanos en Roma desde la revuelta de 1547 y por la inserción de los Toledo en la pugna faccional de la urbe a través del cardenal Juan de Toledo, hermano de Pedro, y de la alianza con los Colonna, que había sellado el matrimonio de García de Toledo con Vittoria Colonna»¹⁴³.

La guerra entre el Papa y la Monarquía de España estalló, en concreto, con motivo del apresamiento, por Alessandro Sforza y el cardenal Ascanio Sforza, de unas galeras profrancesas en Civitavecchia. Los rumores sobre intrigas españolas y los planes de fortificación de ciertas plazas inclinaron a Paulo IV, temeroso, a entenderse con los franceses y a declarar la guerra a España. El monarca español se sintió obligado a «oponerse a los desmanes de un Papa que había atacado a sus aliados [Ascanio y Marco Antonio Colonna], que había ultrajado a los embajadores españoles y que [deseaba] desposeerle de los territorios de Milán y Nápoles, prometiéndolos a príncipes franceses, como señuelo para obtener el apoyo de París a la ruptura del armisticio de Vaucelles»¹⁴⁴.

Ante la insistencia de Felipe II, Alba redactó un ultimátum, en el que enumeraba los delitos del Papa y amenazaba con «asombrar a Roma con mano rigurosa»¹⁴⁵. No hubo respuesta, y el Duque salió de Nápoles, el 1 de septiembre de 1556, con 12.000 hombres, decidido a enfrentarse a los ejércitos papales. En el ánimo del aristócrata pesaba dolorosamente, sin embargo, el afán de hacer compatible la lealtad al Rey con el respeto al Vicario de Cristo. Lo que se proponía, pues, era hacer una «guerra limitada».

Tras selectivos ataques de los españoles, los cardenales convencieron al Papa de que escuchara a Alba. En principio, Paulo IV accedió a un encuentro de sus representantes con el Duque, pero luego cambió de idea.

¹⁴⁰ Remito, una vez más, a FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 243-255.

¹⁴¹ Una ponderada visión de conjunto para la guerra y la paz siguiente es la de RODRÍGUEZ SALGADO, M. J. *Un Imperio de transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992.

¹⁴² Sobre las relaciones de España y Roma en el XV y XVI, la excelente obra de OCHOA BRUN, M. Á., *Historia de la diplomacia española*, Madrid, 1999 y 2000, vols. V y VI (Carlos V y Felipe II). Sobre las embajadas de obediencia, en particular, ENCISO, I., «La embajada de obediencia del VI conde de Lemos: ceremonial diplomático y política virreinal», en HERNANDO, C. (coord.), *Roma y España: un crisol de la política europea en la Edad Moderna*, Madrid, 2007.

¹⁴³ HERNANDO, «Los Álvarez de Toledo», p. 2.

¹⁴⁴ BELENGUER, E., *El Imperio hispánico*, p. 238.

¹⁴⁵ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 129.

Prosiguió, pues, la campaña española¹⁴⁶. Después de diversas acciones, Alba se propuso aislar a Roma y capturar Ostia. Pese a la violenta respuesta de los sitiados, Alba tomó Ostia y no quiso ir más allá. En noviembre negoció una tregua con Carlo Caraffa, pero, ante la intransigencia del negociador, el acuerdo expiró pronto. La traición de Francisco Hurtado de Mendoza hizo posible que Ostia volviera al Papa, y, a renglón seguido, Francia envió un ejército a las órdenes del duque de Guisa¹⁴⁷. Ante el peligro, Alba se preocupó no solo de defender Nápoles y sus alrededores, sino de garantizar la defensa de los Abruzzos. El grueso de sus tropas lo situó en Venafro, en la frontera de Nápoles.

Las leves victorias de las tropas papales y francesas toparon, al fin, con una seria resistencia: Civitella. A ello siguieron acciones de poco fuste. Guisa, convencido de que había de hacer frente a un enemigo fuerte con ayuda de un amigo vacilante, emprendió la retirada. En cuanto a la lucha de familias, Marco Antonio Colonna venció a los Orsini. Si el Papa esperaba una reacción de Francia, se equivocaba porque las tropas de Enrique II habían sido severamente derrotadas por los españoles en San Quintín el 10 de agosto de 1557. Por estas fechas, Alba realizaba pequeñas operaciones en el Adriático y, por fin, se situó ante las murallas de Roma. Pero estaba lejos de su ánimo repetir el «saco de Roma». Las conversaciones entre el emisario papal y los españoles nada resolvieron, y Alba, irritado y harto exigente, anunció, a comienzos de septiembre, que se proponía atacar Roma. Tras la amenaza papal de excomulgar al jefe de los ejércitos hispanos, se logró un acuerdo: Alba devolvería las ciudades, pero destruiría las fortificaciones, y se otorgarían perdones por parte de unos y otros. Dos años y medio de lucha sirvieron para demostrar lo que el Gran Duque «podía hacer cuando su capacidad de juicio operaba libremente». «Cualquiera que fueran sus actos», sin embargo, «siempre se le acusaba de velar por sus asuntos personales, y sus enemigos» se valieron «de la toma de Siena por Cosme y la animosa defensa de los Colonna por el propio Alba, como pruebas de su deslealtad al rey». A esos sucesos acompañó otra circunstancia negativa: la demanda de Alba al arzobispo de Toledo a causa de los diezmos de Huéscar.

La guerra no podía mantenerse por más tiempo. Paulo IV, anticipándose, había firmado la paz por separado con España, a raíz del retorno de las tropas del duque de Guisa tras San Quintín. Aunque la paz general no llegaba, desde septiembre de 1558 ambas partes iniciaron sinceras aproximaciones. Tras algunas vacilaciones, un brusco viraje condujo a la paz de Cateau-Cambrésis (1559). «Francia», comenta Maltby, «estaba agotada, sus ejércitos en gran desorden. En Italia prácticamente todas su plazas estratégicas se habían perdido. Milán y Nápoles se hallaban bajo el control inmediato de España, el papado había dejado de contar como factor a tener en cuenta, y toda la Toscana estaba en manos de un amigo de España, Cosme de Medici. Enrique II, a instancias de su concubina, Diana de Poitiers, y los aliados de ésta del clan Montmorency, estaba al fin dispuesto a entrar en tratos para una paz europea, y Felipe, el aparente vencedor..., aceptó»¹⁴⁸.

Dos preguntas esenciales se tejen en torno a la decisiva paz de Cateau-Cambrésis: ¿qué significado último tuvieron sus estipulaciones?, ¿cómo actuaron los negociadores, y en particular Alba, para llegar a tan importante acuerdo?

Por parte española, la negociación la llevaron Alba, Ruy Gómez, el obispo de Arras —que se mostró afín a Alba—, Guillermo de Orange —algo frívolo— y Van Aytta de Zwichen, presidente del Consejo de Flandes. La representación de Francia estuvo encomendada al condestable de Montmorency —que

¹⁴⁶ ANDREA, A., *De la Guerra de campaña de Roma y del reyno de Nápoles en el pontificado de Paulo III año de MDLVI y LVII: tres libros*. Madrid, 1589, pp. 39 y ss.

¹⁴⁷ DUQUE DE GUIZA, *Mémoires-Journeaux*, en Michaud, ed. *Nouvelle collection de mémoires pour servir à l'histoire de France*, 1^{re} serie, París, 1851, pp. 347-351. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 140, nota 75.

¹⁴⁸ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 141.

cultivaba la imagen de soldado fanfarrón-, el sinuoso cardenal de Lorena, de posiciones no siempre coherentes, y a colaboradores de menor nivel. Alba se movió con habilidad en un terreno que le resultaría propicio: la aproximación a Montmorency.

Tema principal de las conversaciones fue el de la posible cesión de Calais, plaza conquistada por los franceses en la contienda, a los ingleses, tal y como deseaba Felipe II. Pero, muerta María Tudor y reacia Isabel a pensar en la boda con el soberano español, se buscó un compromiso, y ahí Alba jugó sus bazas con maestría. A instancias del Duque, se presentó a los franceses esta opción: si Isabel se casaba y tenía un hijo, y este hijo desposaba con una hija del rey de Francia o del Delfín, recibiría Calais. Si esta propuesta no se aceptaba, los franceses cederían la ciudad por 8 años. Isabel recomendó a sus comisionados que resistieran si era posible, pero, dado que los escoceses apoyaban a los franceses, el margen de acuerdo era estrecho. Por fin, Calais se perdió para los ingleses. Pasarían ocho años hasta que los súbditos de Isabel se dieran cuenta de ello¹⁴⁹.

Alba apareció en Notre Dame vestido con harto lujo. Le acompañaban Ruy Gómez, Orange y el conde de Egmont. La nueva reina francesa potenciaba su figura con la presencia de Catalina de Medici. Allí estuvieron también el atlético Enrique II -por poco tiempo-, Montmorency, Guisa, Borbón y otros. Alba descansó en la cámara imperial y luego se marchó. Siguió festejos y torneos. En una de estas justas, murió Enrique II. Su sucesor, Francisco II, no hacía presagiar nada bueno para Francia, sumida, a partir de entonces, en las desgarradoras «guerras de religión».

El fin de la contienda y el éxito en la negociación elevaron a la mayor altura la figura de Alba, hombre de Estado, personalidad de la política italiana, diplomático y excepcional soldado. Brantôme, crítico con el Gran Duque en Piamonte, reconocía que, en 1557, había demostrado ser un maestro en el arte de la guerra. Y los elogios acompañaron a don Fernando en la Corte de Felipe II. Si creemos al embajador de Venecia, el Rey estaba admirado. En su visita a Bruselas, Alba fue recibido también con cordialidad, y, en un gesto señorial, se permitió incluso visitar a Ruy Gómez. No faltaron los chismes y rumores atribuyéndole extrañas ambiciones, pero Alba sólo quería regresar a España.

Cateau-Cambrésis vino a ser, fue de hecho, una paz definitiva con Francia. «Después de más de 60 años porfiando por Italia», ha escrito E. Belenguer, «París ha cedido al fin... Saboya, y la mayor parte de Piamonte, son devueltas a su duque, el general jefe de San Quintín, Manuel Filiberto, recuperándose aquellos territorios, perdidos en la tercera guerra con Francia en 1538. Sin reticencias... pero con excepciones: todavía Turín y cuatro plazas fuertes más en el Piamonte abren la posibilidad gala del camino de Italia, pero [tal posibilidad] es remota... A cambio, Francia obtiene la cesión de los enclaves en el Imperio, como Metz, Toul y Verdún, que apuntan al Rin y, sobre todo, un punto fundamental: la joven princesa Isabel de Valois, cuyo nombre se había barajado en las conversaciones de Cateau-Cambrésis, [como posible esposa del príncipe don Carlos], va a convertirse en reina de España...». Felipe, viudo reciente de María Tudor, acepta ser el novio de la joven princesa francesa. Inglaterra se aleja, lenta pero inexorablemente, de la órbita de España, dejando para los franceses, en el camino, su joya de Calais; mas, al fin, París parece ceder al rey peninsular el liderazgo europeo¹⁵⁰.

¹⁴⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*, Madrid, 1951.

¹⁵⁰ BELENGUER, *El Imperio hispánico*, p. 241.

3.2.1.3. La plenitud de Alba. Los Países Bajos

En un breve y sugestivo trabajo, Henri Lapeyre ofreció a los estudiosos, en 1973, un ensayo de «periodización» del reinado de Felipe II sobre la base de la «política exterior»¹⁵¹.

3.2.1.3.1. Los problemas de la Monarquía. «La crisis general y el restablecimiento»

Nos hemos referido ya a la evolución de la Monarquía entre 1559 y 1566, época de transición y «despliegue de la política mediterránea» (1550-1566)¹⁵². A esa etapa siguió otra de «crisis general y restablecimiento» (1566-1572) y una tercera de «retroceso de España en el Norte y en el Sur» (1572-1579). Pero ¿hasta qué punto los arduos problemas compendiados en esos epígrafes pueden calificarse de política exterior? La historiografía actual tiende a interpretar que en una organización tan compleja como la Monarquía de España existen dos dimensiones políticas esenciales: las relaciones entre los diversos territorios ritmados por el poder español y las relaciones internacionales propiamente dichas.

Uno de los —digámoslo así— Estados patrimoniales vinculados a la herencia de Carlos V eran los Países Bajos. En ellos confluyeron, de forma no siempre clara, la acción política territorial o local, la derivada de las relaciones en el seno de la Monarquía y la conectada con el intrincado tablero de «las relaciones internacionales».

3.2.1.3.2. La situación en los Países Bajos entre 1559 y 1565

«La situación en los Países Bajos», he escrito en otro lugar, «no era tranquilizadora después de 1559, pero tampoco grave»¹⁵³. «De hecho, las regiones neerlandesas y flamencas reconocían a los Habsburgo españoles como sus «soberanos naturales» y de esta manera formaban parte integrante del Imperio de Carlos V y de sus sucesores. Además, el Emperador había conseguido en la Dieta alemana, en 1548, que los Países Bajos («les pays de pardeça») fueran considerados como una unidad autónoma. El año siguiente, todas las regiones firmaron una declaración (Pragmática Sanción) por la cual se establecía que, tras el fallecimiento del Emperador, todos seguirían obedeciendo al mismo soberano y a las mismas leyes»¹⁵⁴.

En las abdicaciones de Bruselas, y en su entronización como soberano de Flandes, Felipe II había cobrado conciencia de lo difícil que era hacer de «aquel calidoscopio de estados provinciales» un

¹⁵¹ LAPEYRE, H., *Las etapas de la política exterior de Felipe II*. Valladolid, 1973. Prólogo de L. M. Enciso Recio. Otros criterios de periodización los ofreció, en la misma colección, DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *Notas para una periodización del reinado de Felipe II*, Valladolid, 1984. Prólogo de L. M. Enciso.

¹⁵² En esta etapa «Francia se veía absorbida por una serie de trágicas guerras civiles, mientras España se concentraba en mantener la integridad de su imperio. Las líneas básicas del periodo en la magna obra de BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1976, II, pp. 265 y ss.

¹⁵³ ENCISO, L. M., Prólogo a la obra de LAPEYRE, *Las etapas de la política exterior*, p. 39. Por su parte, G. Parker ha afirmado: «E vero che dopo la partenza per la Spagna di Filippo II nel 1559 si erano verificati dei disordini popolari in varie provincie dei Paesi Bassi, e c'era stata una crescente opposizione alla sua politica da parte dei nobili più preeminenti pero questi problemi erano frequenti nell'Età Moderna, in specie quando il monarca era assente», en PARKER, G., *La grande strategia di Filippo II*, Napoli, 2003, pp. 55-56.

¹⁵⁴ JANSSENS, G., *Don Fernando Álvarez de Toledo, tercer Duque de Alba, y los Países Bajos*, Bruselas, 1993, p. 9. Sobre el modelo de decisión política en Países Bajos ha escrito hace algunos años SCHEPPER, H. DE, «Essay sur le modèle de décision politique aux Pays-Bas sous Philippe II, 1559-1598», en SCHEPPER, H. DE y RIETBERGEN, P. J. A. N. (eds), *España y Holanda. Ponencias de los coloquios hispano-holandeses de historiadores*, Madrid-Nimega, 1993, pp. 25-36.

«conjunto que tuviera cierta homogeneidad, que sirvieran de avanzada territorial para su Monarquía en un cruce de caminos tan estratégico, al norte de Francia, lindando con el Imperio alemán, frente a las costas de Inglaterra»¹⁵⁵. Pero él no iba a dejar de intentarlo.

Dos eran los dispositivos gubernamentales esenciales: los Consejos de Estado, Hacienda y Justicia y los Estados provinciales, estos últimos copados por la nobleza flamenca. Por encima de ellos debía operar una regencia, de la que sería titular, a partir de 1559, Margarita de Parma, hermanastra del rey de España. Personajes emergentes, al lado de la Regente, habían de ser el arrogante Antonio Perrenot de Granvela, obispo de Arras, figura medular del Consejo de Estado y «pivote de una nueva política», Viglius, presidente del Consejo de Justicia, y, en menor medida, el conde de Berlaymont.

Los problemas pendientes de más importancia eran tres: el nuevo papel de la nobleza¹⁵⁶, la reordenación financiera y la reforma eclesiástica¹⁵⁷. ¿Cómo se afrontaron?¹⁵⁸.

A medida que la regencia se hacía más firme, la nobleza perdía poder, y lo ganaban, como en España, los funcionarios y los juristas. Para sanear la situación financiera era obligado que los Estados concedieran las *aides* con menor cicatería. Por último, se intentó una reforma eclesiástica y se buscaron cauces para la convivencia religiosa. La jerarquía se agrupó en tres provincias: Flandes y el Brabante flamenco, Utrecht y Cambrai. Se crearon nuevas diócesis, y el Rey usó, en perjuicio de la nobleza, del derecho de presentación. Tema central era abastecer las necesidades económicas de las nuevas diócesis, para el cual se pensaba en asistirlas desde España o incorporar las fundaciones monásticas a las nuevas circunscripciones eclesiásticas. El primado de los Países Bajos sería Granvela.

En cuanto a la división religiosa, seguía suscitando dificultades. «Aunque los edictos de Carlos V contra los protestantes, se habían aplicado hasta entonces bastante estrictamente, ahora se podía constatar una liberalización fáctica. Al mismo tiempo, los protestantes actuaban cada vez más abiertamente y las asambleas provinciales de los estados demandaban cada vez más explícitamente la reunión de los Estados Generales para discutir los problemas»¹⁵⁹.

La política ensayada no fue del gusto de todos. Ni la nobleza ni los protestantes estaban satisfechos, y los dardos críticos más agudos se concentraron en Granvela, primado de los Países Bajos. El eclesiástico, a su vez, para desviar los ataques, jugó la baza de la ambigüedad y, a la vez que fomentaba los recelos del Rey frente a los aristócratas, aparentaba mantener la comunicación con los disidentes. La situación, de por sí compleja, se hizo más por culpa de las luchas faccionales.

– La política de concesiones

¿Servirían las tímidas concesiones otorgadas por la Monarquía? Alba pensaba que, después de sus éxitos anteriores y de haber recibido una generosa merced por parte de la Corona, se convertiría

¹⁵⁵ BELENGUER, *El Imperio hispánico*, p. 256.

¹⁵⁶ VAN NIEROP, H., «The Nobility and the Revolt of the Netherlands: between Church and King and Protestantism and Privileges», en *Reformation, Revolt and Civil War in France and the Netherlands, 1555-1585*, Amsterdam, 1999.

¹⁵⁷ Facetas generales en KOENIGSBERGER, H. G., *Estates and Revolutions*, Ithaca, 1971.

¹⁵⁸ La historiografía española cuenta con una visión de conjunto ECHEVARRÍA, M. A., *Flandes y la Monarquía Hispánica, 1500-1713*, Madrid, 1998. El autor, conocido por su especialización en estos temas, hace una síntesis clara sobre los Países Bajos en la época de Felipe II, pp. 57-148. Respecto a Alba, se muestra crítico.

¹⁵⁹ JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 11. La cuestión religiosa en conjunto ha sido estudiada por DIE-RICKX, M., *De oprichting der nieuwe bisdommen in de Nederlanden onder Filips II, 1559-1570*, Antwerpen-Utrecht, 1950. Véase también SAUPIN, G., *Naissance de la tolérance en Europe aux Temps Modernes*, Rennes, 1998.

en primer consejero del monarca. Sin embargo, se equivocaba. En la tensa lucha faccional, la estrella de Ruy Gómez, a quien se otorgó el título de príncipe de Éboli, no solo no decaía, sino que brillaba más. Por otra parte, el influjo de Eraso, reconocido enemigo del Gran Duque, subió de nivel. La cosa pasó a mayores cuando estalló el conflicto entre el secretario y el magnate. Fue tan intenso que el titular de la Casa de Alba tuvo que retirarse a sus posesiones a la espera de días mejores. Aunque pronto volviera a la Corte, su influencia estaba dañada y poco efecto podía tener su correspondencia con el monarca para remediarlo. Dado que, a su vez, Granvela se apoyaba en Alba, la posición del primado se debilitó también. Los colaboradores de Eraso, Alonso del Canto y Lorenzo de Villavicencio, trabajaron para convencer al Rey y a los círculos cortesanos españoles de que Granvela, además de ser un personaje impopular, no luchaba eficazmente contra la herejía.

La presión en Flandes alcanzó un primer máximo en 1563. Tres distinguidos líderes nobiliarios, G. de Orange, Egmont y Horn, abandonaron el Consejo de Estado, y pidieron la destitución de Granvela. La hostilidad hacia Granvela se extendió a otros sectores¹⁶⁰, y la Regente acabó por desconfiar de él y solicitar al monarca la remoción del eclesiástico. Cuando Alba se enteró, montó en cólera, pero poco podía hacer para evitarlo. «En el fondo», explica Maltby¹⁶¹, «si Éboli y Eraso favorecían un imperio descentralizado, Alba [convencido de que Granvela era un vallador frente a la voluntad desmadrada de los Estados]— era partidario de [que Flandes se convirtiera en un territorio] controlado por el rey, si bien no necesariamente conformado sobre el modelo de las instituciones castellanas».

Al final, como repitiendo los movimientos de los vasos comunicantes, cayó Granvela¹⁶², y los nobles, al tiempo que reponían su influencia, se negaban a combatir la herejía o la corrupción judicial. La preocupación se apoderó del ánimo de Felipe II y la inquietud subió de punto con los intencionados informes de esos aprendices de brujo que eran los veleidosos del Canto y Villavicencio. El ingenuo, petulante y derrochador Egmont viajó por entonces a Madrid con el propósito de informar al monarca de la situación en Flandes, reivindicar el poder de la nobleza, conseguir que cesara la ejecución de herejes y solicitar la reunión de un coloquio destinado a articular la convivencia de las religiones. Felipe II acogió al aristócrata con aparente cordialidad y le dio buenas palabras, aunque, en su fuero interno, el soberano no estaba dispuesto a ceder en todo o en parte. De regreso a Bruselas, a medida que iban llegando los despachos del Rey, Egmont llegó a la conclusión de que había sido engañado e hizo presentes sus protestas. Sería en vano. Para entonces, el Rey estaba dispuesto a sustituir la política de concesiones, preconizada por Éboli y Eraso, por otra de firmeza, que tenía en Alba a su gran inspirador. Los síntomas del giro se dejaron sentir de inmediato y en varias direcciones. La primera fue la investigación abierta a Eraso por corrupción, en la que fue declarado culpable¹⁶³. Casi paralelamente, Éboli decayó en su antigua influencia y fue relegado al cargo de mayordomo del príncipe Carlos. Las nuevas posiciones regias se manifestaron también en el hecho de que la correspondencia con Margarita de Parma quedara en manos de dos personas afines al Gran Duque, Gonzalo Pérez y Villavicencio. El giro se hizo más espectacular con el nombramiento de don Fernando Álvarez de Toledo como representante español en las conversaciones de Bayona. Al prócer español no le gustaba la aproximación a una monarquía débil y complaciente con los hugonotes, y, en consecuencia, sustentaba la tesis de que «todo acuerdo con Catalina de Médicis debía depender de que [Francia

¹⁶⁰ FEBVRE, L., *Philippe II et la Franche-Comté*, Paris, 1911, pp. 411 y ss.

¹⁶¹ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 155. Sobre las luchas faccionales, LAGOMARSINO, P. D., *Court Factions and the Formulation of Spanish Policy towards the Netherlands, 1559-1567*. Citado por Maltby.

¹⁶² VAN DURME, *El cardenal Granvela*.

¹⁶³ DRUFFEL, A. VON, *Beiträge zur Reichsgeschichte, 1546-1555*, Munich, 1873-1896, I, pp. 805 y ss.

tomara] las armas contra [los protestantes], con la certeza de que era imposible que lo hiciera»¹⁶⁴. Las hábiles estrategias de Alba con la familia real francesa y el significado de las conversaciones de Bayona, así como otros perfiles o circunstancias de las relaciones entre Felipe II y Francia, han sido revisados, en un libro excelente de V. Vázquez de Prada¹⁶⁵. En Bayona, en concreto, los franceses no quedaron satisfechos y menos los hugonotes¹⁶⁶.

– La política de firmeza

Dos grandes cuestiones absorbieron las preocupaciones de la Monarquía en torno a 1565: la oposición y lucha contra la herejía y el control de los poderes locales. Y dos personalidades, a su vez, resumieron la política que parecía apoyar Felipe II: Gonzalo Pérez y el Gran Duque de Alba.

Gonzalo Pérez hizo llegar a la Regente, en respuesta a sus demandas, las directrices a aplicar por las autoridades de la Monarquía: 1) el apoyo a la Inquisición y a los edictos contra la herejía; 2) la negativa a convocar los Estados Generales; 3) iniciativas para fomentar las diferencias entre Lamoraal, conde de Egmont, y Felipe de Montmorency, conde de Horn; 4) incluir en el Consejo de Estado a personas leales –Aerschot y Meghen–; 5) decidir el traslado de Granvela a Roma y no aceptar, para evitar males mayores, el retiro de Viglius, pese a que se había demostrado que era un malversador¹⁶⁷.

Por su parte, Alba, que no estaba en la Corte en el otoño de 1565, se permitió insistir por carta al Rey para que supliera con su firmeza la debilidad de la Regente.

Las grandes propuestas de la que iba a ser política oficial de la Monarquía se adoptaron en una reunión, celebrada en octubre, del Consejo de Estado. Acudieron Alba, Gonzalo y Antonio Pérez, pero ningún representante de la facción de Eboli. Se acordó apoyar el memorándum, antes aludido, de Gonzalo Pérez y se defendió la tesis, decisivamente importante, de que los problemas solo podían encauzarse si el Rey viajaba a los Países Bajos. Los reunidos, pese a las objeciones de Alba y Antonio Pérez, sugirieron que se atendieran algunas de las peticiones personales de los nobles. Los criterios del Consejo, que eran, en definitiva, los de Alba, se convirtieron en doctrina oficial, pese a que Felipe II mostró sus reservas en algún punto. Tal doctrina se expresó, de momento, en los despachos o cartas enviados por G. Pérez, algunas de las cuales, por ejemplo, las enviadas a Egmont y Horn, supervisadas personalmente por el Gran Duque.

3.2.1.3.3. La revuelta de 1566

La situación en los Países Bajos se complicó de forma notable durante 1566, tanto que algunos historiadores han calificado los desórdenes de inicio de la primera revolución moderna¹⁶⁸. Se acepte

¹⁶⁴ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 158 y ss.

¹⁶⁵ VÁZQUEZ DE PRADA, V., *Felipe II y Francia. (1559-1598). Política, religión y razón de Estado*, Pamplona, 2004, pp. 155 y ss. Resume y supera la bibliografía anterior encabezada por ROMIER, L. *Les origines politiques des guerres de religion*, Paris, 1913-1914. Algunos aspectos, desde el punto de vista español, en GONZÁLEZ DE AMEZÚA, A. *Isabel de Valois: Reina de España*, Madrid, 1949.

¹⁶⁶ VÁZQUEZ DE PRADA, V., *Felipe II y Francia*, pp. 214 y ss. Informaciones e interpretaciones de interés en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 273-301.

¹⁶⁷ HOYNCK VAN PAPENDRECHT, C. P., *Analecta Belgica seu vita Viglii ab Ayta Zwicheimi ab ipso Viglio scripta*, La Haya, 1743.

¹⁶⁸ Véase, por citar un ejemplo clásico, aunque de declarada orientación nacionalista holandesa, GEYL, P., *The Revolt of the Netherlands*, London, 1962. Obra importante es la de PARKER, G. *The Dutch Revolt*, London, 1977. Véanse también PARKER, G., *España y los Países Bajos, 1559-1569*, Madrid, 1986; y ENCISO, L. M., DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., VÁZQUEZ DE PRADA, V., BENNASSAR, B., ROSA, L. de, RUIZ MARTÍN, F. y PARKER, G., *Revueltas y alzamientos en*

o no la tesis, la verdad es que el ritmo histórico cambió de forma acusada. Ese cambio, a su vez, tuvo dos etapas no siempre bien definidas: la del final de Margarita de Parma y la encabezada por el III Duque de Alba.

– El final de gobierno de Margarita de Parma

A finales de 1565, se dejó sentir la ebullición política. La boda de Alejandro Farnesio iba a ser el marco de una primera «revuelta de los privilegiados». El embajador español en Inglaterra, Diego Guzmán de Silva¹⁶⁹, afín a Éboli, había deslizado la opinión, inmediatamente¹⁷⁰ replicada desde España, de que era oportuna una actitud de condescendencia con los rebeldes. Y, a renglón seguido, durante la semana de festejos de la boda, los nobles flamencos redactaron un *Compromis*, semideclaración de Independencia en la que se protestaba contra la Inquisición, los edictos contra la herejía y otras cuestiones¹⁷¹. Se produjeron luego amenazantes gestos de rebeldía. Orange, Egmont y Horn, que por prudencia no habían firmado el *Compromis*, dimitieron de sus puestos en el Consejo de Estado, y muchos disidentes huyeron a Inglaterra o Alemania. Propagandistas interesados en hacer daño propagaron la noticia, falsa, de que trataba de establecerse una Inquisición a la española¹⁷², y una facción de nobles, dirigida por Luis de Nassau, llegó a plantearse la posibilidad de una sublevación armada. Guillermo de Orange sugirió que lo más adecuado era presentar a la Regente una *Súplica* o «Petición». Y, en efecto, el 5 de abril de 1566, «una folla de trecento nobili armati si aprì il passo con la forza fino al palazzo del governo a Bruxelles e presentò alla Regente... un elenco d'ingiustizie per le quali chiedevano una immediata soddisfazione. Occupava un posto importante, tra le petizioni, l'abolizione delle leggi tanto contro l'eresia quanto contro gli inquisitori»¹⁷³.

¿Cuál fue la respuesta de Margarita de Parma? Asustada y pensando que la rebelión poseía más importancia de la que en realidad tenía, instó a la Inquisición a emplear la discreción y publicó un texto, la denominada *Moderación*, por el que se concedía la tolerancia a los protestantes en los territorios donde estuvieran establecidos. El documento fue mal recibido en Flandes y en Madrid. Felipe II declaró, en julio, que la *Moderación* no era aceptable y, aunque accedió a la suspensión de la Inquisición papal y a la publicación de un perdón general, insistió en conservar las inquisiciones episcopales y en excluir de todo perdón a los delitos religiosos. Poco después, revocó las mínimas concesiones otorgadas.

Durante la primavera retornaron a Flandes muchos calvinistas expatriados. Los sermones de estos disidentes atrajeron a gentes muy diversas y encendieron la tea de la discordia¹⁷⁴. «Uno dei temi dei loro sermoni era «la malvagità dell'idolatria», tra cui l'immagini religiosi —statue, vetrate, mura-

la España de Felipe II, Valladolid, 1992. Deben tenerse en cuenta también la *Histoire de Belgique* del maestro Henri Pirenne, Bruselas, 1949, y el estudio de GELDEREN, M. VAN, *The political thought of the Dutch Revolt, 1555-1590*, Cambridge, 1992. Por último, remito a la brillante síntesis de PARKER, G. y GONZÁLEZ DE LEÓN, F., «La gran estrategia de Felipe II y la revuelta holandesa», en RIBOT, *La Monarquía de Felipe II a debate*, pp. 41-61.

¹⁶⁹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Tres embajadores de Felipe II*.

¹⁷⁰ El texto del *Compromis* en PRINSTERER, G. G. VAN, *Archives on correspondance inédite de la Maison d'Orange-Nassau*, Leiden, 1835, 1^{re} série, t. II. Véase también SECRETAN, C., *Les privilèges: berceau de la liberté. La révolte des Pays Bas aux sources de la pensée politique moderne (1566-1619)*, Paris, 1990.

¹⁷¹ El texto del *Compromis* en PRINSTERER, G. G. VAN, *Archives on correspondance inédite de la Maison d'Orange-Nassau*, Leiden, 1835, 1^{re} série, t. II. Véase también SECRETAN, C., *Les privilèges: berceau de la liberté. La révolte des Pays Bas aux sources de la pensée politique moderne (1566-1619)*, Paris, 1990.

¹⁷² JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 11.

¹⁷³ PARKER, G., *La «grande strategia» di Filippo II*, Napoli, 2003, p. 56.

¹⁷⁴ DUKE, A., «Dissident Propaganda and Political Organization at the Outbreak of the Revolt of the Netherlands», en *Reformation Revolt and Civil War in the France and the Netherlands, 1555-1585*, Amsterdam, 1999.

li— che ornavano la maggior parte delle chiese del territorio. Il 10 di agosto di 1566, nelle Fiandri i veementi sermoni si conclusero con la distruzione di alcune immagini da parte di membri della congregazione: primo nelle vicinanze e in alcuni monasteri isolati, poi nei paesi e nelle piccole città, e alla fine nei grandi nuclei urbani. Alla fine del mese, centinaia (forse migliaia) di chiese e conventi di tutte i Paesi Bassi avevano subito la stessa sorte»¹⁷⁵.

Aunque era más el ruido que las nueces, puesto que los participantes en la «furia iconoclasta»¹⁷⁶ no llegaban a mil personas, la Regente, con poco instinto y mala información, alarmó en exceso a la Corte de España. Y, para complicar más la situación, pasaron a primer plano las tensiones faccionales cortesanas. El nudo de todas ellas fue el enfrentamiento de Alba con Gonzalo Pérez¹⁷⁷, motivado, entre otras cosas, por la negativa de Alba a que Antonio Pérez, de quien no se fiaba, ocupara el cargo de secretario del Consejo de Estado. El Rey decidió, en una solución salomónica, que el puesto en pugna se dividiera entre A. Pérez y Gabriel de Zayas, hombre afín al Gran Duque. Si el hijo de G. Pérez pasó desde entonces al bando encabezado por Éboli, el Gran Duque parecía contar con J. Manrique de Alba y Bernardo de Fresneda¹⁷⁸.

El 29 de octubre se celebró en el Consejo de Estado una importante reunión. Éboli, con el pretexto de rebajar la tensión, afirmó que no sería necesario que el Rey, ocupado además con temas de España, viajara a Flandes y España. Alba replicó que «un rey ungido, [acompañado por un general], podía restablecer el orden». La reunión se caldeó con las réplicas y contrarréplicas de «albistas» y «ébolistas», y al final, inopinadamente, Felipe II interrumpió las sesiones y anunció que iría a Flandes en la primavera de 1567¹⁷⁹.

Pero, antes de nada, era obligado pacificar Flandes. Con razón había advertido Granvela al monarca: «Claramente dice toda Italia que si el alboroto de Flandes pasa adelante, seguirá Milán y Nápoles»¹⁸⁰. «Nessun governante del secolo XVI», comenta Parker, «avrebbe permesso che disordini tanto eversivi e sfide così aperte restassero impuniti»¹⁸¹. ¿Quién devolvería las aguas a su cauce? Las miradas de sus afines se dirigieron hacia Alba, pero sus rivales, en principio, estimaban que el Gran Duque, dado su aparente envejecimiento, en un momento en que contaba 59 años, y la hostilidad que suscitaba en Flandes, no era la persona adecuada. ¿No sería mejor enviar al duque de Saboya o al duque de Parma, marido de Margarita? Ambos se negaron, y, al final, la tarea recayó en el aristócrata castellano. El Duque era consciente de que la misión podía afectar a su salud y a su bolsa, y, además, temía las intrigas y malevolencias de Éboli. Dudaba, pues, y su familia se oponía, pero no tenía opción. «No podía retractarse», observa Maltby¹⁸², «de sus afirmaciones ante

¹⁷⁵ PARKER, G., *La «grande strategia» di Filippo II*, pp. 56-57. También, ISAAC, M. T., «La mémoire sur l'état critique des Pays Bas de Guillaume d'Orange à l'automne de 1566», en PERONNET, M. (ed.), *Naissance et affirmation de l'idée de tolérance: XVI^e et XVII^e siècles*, Montpellier, 1987; y VAN DER WEE, H., «La Réforme protestante dans l'optique de la conjoncture économique et sociale des Pays Bas meridionaux au XVI^e siècle», en *Sources de l'histoire religieuse de la Belgique. Moyen Âge et Temps Modernes*, Bruselas, 1967.

¹⁷⁶ DEYON, S. y LOTTIN, A., *Les casseurs de l'été 1566. L'iconoclasme dans le Nord*, Lille, 1986.

¹⁷⁷ GONZÁLEZ PALENCIA, Gonzalo Pérez.

¹⁷⁸ OSSORIO, *Vida y hazñas*, pp. 331-332.

¹⁷⁹ El plan de viajar una vez restablecido el orden «se ajustaba completamente a la imagen que se tenía en España y los Países Bajos de un buen soberano, comprensivo y portador de la paz». Sin embargo, el viaje no llegó a realizarse y quedó la duda de si «tenía intención de emprenderlo o si la evolución de la situación política y militar hicieron imposible este viaje», JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 12.

¹⁸⁰ Apud PARKER, *La «grande strategia» di Filippo II*, p. 57.

¹⁸¹ Ibidem.

¹⁸² MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 165.

el Consejo, pues creía en ellas sinceramente, ni podía tampoco negar que era él el único candidato plausible para la tarea». Éboli y sus seguidores, seguramente por cálculo o porque no podían oponerse, acabaron por apoyar la misión del Duque en los Países Bajos. «Los sucesos de 1564 y 1566», concluye Maltby, «convencieron tanto a Alba como al rey de que ni la autoridad real ni la ortodoxia religiosa podían subsistir en los Países Bajos sin su intervención activa... El haber seguido las recomendaciones de Éboli habría evitado con probabilidad ocho años de desastrosos conflictos, pero su paz se hubiera logrado sólo en términos inaceptables para Felipe II, y acaso para la mayoría de su pueblo». El plan del Gran Duque, no exento de astucia, parecía, en principio, razonable, pero no pudo llevarse del todo a la práctica, y, además, las intrigas y otras contingencias acabarían malbaratando la tarea.

Los preparativos para la marcha, que duraron meses, estuvieron obstaculizados por las intrigas de Éboli y su bando, apagadas por la aparente reconciliación entre Alba y Éboli, y por las salidas de tono del príncipe Carlos¹⁸³. Lo más grave, sin embargo, fueron las dificultades administrativas y las penurias económicas, motivadas estas por el hecho de que, desde Madrid, se redujeran los fondos de manutención para el cuerpo de oficiales y otras partidas importantes. Por si fuera poco, Alba tuvo que soportar la deportación de su hijo, don Fadrique, y aceptar unas instrucciones escritas por Eraso, las cuales provocaron, por fin, una airada reacción del aristócrata.

Las fuerzas desplazadas, que debían sumar, según el proyecto inicial, 30.000 componentes y se redujeron, en definitiva, a unos 16.000, asociaban a españoles, italianos, alemanes y flamencos¹⁸⁴. Encabezadas por Alba, emprendieron una larga marcha por el que habría de denominarse *Camino español*, cuidadosamente analizado desde puntos de vista políticos y estratégicos¹⁸⁵: Piamonte, Saboya –atravesando el paso del monte Cenis–, Franco Condado, St. Loup, los territorios del duque de Lorena y Luxemburgo por la vía de Thionville. La ruta había sido estudiada por Juan de Acuña Vela, y a las tropas acompañaron ingenieros, zapadores y guías y se dispuso de material de todo orden. A lo largo del camino se establecieron *étapes* (depósitos de abastecimientos) separadas por una jornada de marcha.

Alba se despidió del Rey y salió para Cartagena el 17 de abril de 1566. Allí esperaba Gian Andrea Doria. Superados temporales y otras dificultades, llegaron a Génova el 24 de mayo, y luego a Alexandria y Asti. El ejército se dividió en tres segmentos, capitaneados, respectivamente, por Alba, su hijo Hernando y, a la cabeza de la retaguardia, Chiappino Vitelli. Impresionaban la disciplina y elegancia de los combatientes. El Gran Duque, exagerando la nota, mostró exceso de mal humor y protestó por muchas cosas, incluso, aunque no lo manifestara, la manía «papelista» del Rey¹⁸⁶.

Entre tanto, en los Países Bajos, la posición de Margarita de Parma, personalidad controvertida, era delicada. Si en momentos difíciles anteriores había llegado a solicitar el envío de un capitán general, ahora entendía que la rebelión estaba dominada. Por lealtad a la Corona, había ofrecido a Alba, investido de autoridad militar y –lo que ella no sabía– civil, en caso de emergencia, las

¹⁸³ CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Felipe II, Rey de España*, Madrid, 1876-1877, pp. 525 y ss.

¹⁸⁴ PARKER, *El ejército de Flandes*, pp. 87 y ss.

¹⁸⁵ PARKER, *El ejército de Flandes*. Interesantes observaciones sobre el ejército español en el siglo XVI y el XVII en RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A. J., *España, Flandes y la Guerra de Devolución, 1667-1668*, Madrid, 2007. Prólogo de Luis Ribot.

¹⁸⁶ Algunos aspectos en KHEVENHÜLLER, H., *Historia de mi vida*, BN, ms., 2.751. También, BOR, P. C. *Oorsprongk begin en vervolg der Nederlandsche Historien sedert de overdracht der heerschappe van kayser Kart den Vyften of Philips zinnen zoon*, Amsterdam, 1641. IV. Sobre Khevenhüller, véase *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la Corte de Felipe II*, Madrid, 2001, con estudio introductorio de S. Verronelli.

ayudas –principalmente económicas– que precisara, pero, al mismo tiempo, la presencia del ejército español le suscitaba reservas porque podía mermar su autoridad y complicar las cosas. En suma, sin enfrentarse al Gran Duque, cuya misión respaldaba la Corona, no dejó de ponerle obstáculos. Amagó, para empezar, con su dimisión, no aceptada, protestó por la entrada de fuerzas militares «extranjeras» y puso dificultades para licenciar o trasladar a las tropas flamencas o alemanas con las que Alba no quería contar.

Antes o después, el choque entre la Regente y el Gran Duque parecía inevitable. En principio, el aristócrata desplegó una inusitada operación de cortesía y amabilidad, y eso facilitó el entendimiento. Pero las relaciones cordiales eran un espejismo, como se demostró cuando, con poco tino, Alba decidió arrestar a Egmont y Horn. Más que desleales a la Monarquía, ambos nobles, con los que aún cabía el entendimiento, venían a ser especímenes de una relación feudal antigua que chocaba con el sentido de la autoridad de Felipe II y sus colaboradores. Alba, que no comunicó nada a la Regente por motivos de seguridad y que decía contar con ciertos documentos comprometedores para los arrestados, creía haber acertado. Margarita de Parma no opinaba lo mismo y, desesperada, dimitió en septiembre. El gobierno, de hecho, quedaba en manos del Gran Duque.

– La etapa de Alba

La autoridad de Alba era transitoria y ambigua¹⁸⁷, y ello le impedía trazar, como se le había encargado, un plan de reformas. Si bien se mira, el Gran Duque poseía el título de capitán general y la autoridad de un regente. ¿No era una excesiva concentración de poder? Una audiencia hubiera frenado sus excesos y garantizado el respeto a la ley, pero Alba se opuso a su creación. La tarea del Gran Duque era difícil: tenía que imponer, con el concurso de un ejército, la paz y el orden; gobernar sin desdeñar las instituciones del territorio, colaborar con unos Estados hostiles y obtener para sus decisiones esenciales la aprobación del Rey. Estos complejos objetivos no siempre se cumplieron, y lo que en realidad se impuso fue un sistema de poder personal. Alba delegó poco, porque su propia educación y temperamento lo inclinaban al personalismo, pero, además, porque desconfiaba de la Administración existente¹⁸⁸. Más que la «mentalidad de raza superior», que le atribuye Parker, habría de tenerse en cuenta cómo operó en él el choque cultural. Llegó a otorgar credibilidad a algunos consejeros de Margarita –Viglius, Barlaymont, Noircarmes–, pero más, mucho más, a un grupo de españoles, mal informados y aislados. Su secretario, Juan de Alborno, disfrutó de excesiva influencia y, con frecuencia, no consultó en la forma debida. Otro de sus colaboradores, el pagador del ejército Francisco de Lixalde¹⁸⁹, se condujo con harta holgura e independencia, aunque fue, eso sí, eficaz en la recaudación de fondos gracias al sistema de asientos con banqueros de Amberes, entre ellos, varios genoveses. Lixalde debía ser controlado por el veedor Galíndez de Carvajal, pero no se entendieron. Aparte otros motivos, ello se explica porque las cuentas de Lixalde eran tan complejas que la propia Contaduría Mayor de Cuentas españolas no logró, hasta pasado mucho tiempo, descifrarlas. No cabe dudar que Lixalde incurrió en irregularidades no mal intencionadas, en faltas de respeto a reglamentos, en mal

¹⁸⁷ Sobre los títulos en que se fundamentaban los poderes de Alba, MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 193, nota 23. Una interesante visión de conjunto sobre la etapa de gobierno de Alba en FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, *The Great Duke of Alba*, pp. 15-20.

¹⁸⁸ Un aspecto personal interesante en el artículo de TORZAL, E., «La concesión de mercedes en los Países Bajos durante el Gobierno del Duque de Alba. La importancia del control del gobierno de ciudades y provincias», en BRAVO, J., *Espacios de poder: Cortes, ciudades y villas (Siglos XVI-XVII)*, Madrid, 2002, I, pp. 187-215.

¹⁸⁹ PARKER, G., «Corruption and Imperialism in the Spanish Netherlands: The case of Francisco de Lixalde, 1567-1612», en *Spain and the Netherlands, 1559-1569*, London, 1979. También, LOVETT, A.W., *Francisco de Lixalde: A Spanish Paymaster in the Netherland (1567-1577)*.

uso de fondos y en corrupción. Frente a tales desórdenes, Alba, de rectitud probada, procedió con ligereza y con el deseo de salvar lo esencial: las pagas al ejército¹⁹⁰. El contador Jerónimo Curiel, que había servido a la Regente y simpatizaba con Eraso, era contrario a las irregularidades procesales, pero se mostró obstaculizador en exceso. En cuanto a Albornoz, a veces altanero, a veces servil, tuvo amigos, pero también enemigos: por ejemplo, Francisco de Ibarra –un veterano oficial de intendencia, leal a Alba– y el citado Jerónimo Curiel.

Las líneas generales de la política de Alba, concordes con las instrucciones que venían de España, puede interpretarse que eran cuatro: la presencia militar, el castigo de los rebeldes de 1566, el restablecimiento de la unidad religiosa y, si se podía, las reformas.

El primer propósito era crear la impresión de una omnipresencia militar. Al servicio de ese objetivo, se establecieron ciudadelas en todo el país, la más importante de las cuales fue la de Amberes¹⁹¹.

Meta inaplazable era también la persecución de los rebeldes. Tras los arrestos de Egmont y Horn, se secuestró y se envió a España al hijo de G. de Orange, el conde de Buren. También fueron apresados A. Van Straelen, burgomaestre de Amberes, y otros líderes, pero siguieron disfrutando de libertad la mayoría de las personas que habían participado en los desórdenes. Uno de los historiadores clásicos de los acontecimientos, L. Van der Essen¹⁹², sostuvo la tesis de que los españoles, contrariamente a lo que afirmaban, no estaban interesados en perseguir a los rebeldes, sino también a los disidentes religiosos. Alba, explica Maltby¹⁹³, no era un inquisidor, aunque en alguna ocasión aislada expresara su deseo de serlo, pero, al igual que muchos otros personajes de la época, «no hacía grandes diferencias entre rebelión y herejía y tendía a aceptar la fe calvinista como prueba *prima facie* de desobediencia». Por lo demás, no fue insensible, sin embargo, a las personas que habían actuado sin malicia.

Pero, más que las medidas coyunturales, lo importante era idear un instrumento para castigar a los enemigos de la Monarquía. Y el instrumento fue el *Tribunal de los Tumultos* –en francés *Conseil des troubles* o *Conseil des routes*–, creado, con aprobación del Rey, en septiembre de 1567. A Alba le parecía dudosa la lealtad de los tribunales ordinarios y recurrió a un tribunal de excepción que había de ser «independiente y benigno». El tribunal, pronto conocido como *Tribunal de la Sangre*, estaba compuesto por cinco flamencos –Noircarmes, Berlaymont, J. Hessels y dos más, previa consulta a Viglius– y dos españoles –Juan de Vargas, hombre de confianza del Duque, y Luis del Río–. Del *Tribunal de los Tumultos* dependieron otros 15 y, en 1569, 170, distribuidos por todo el país. Los asuntos tipificados en los edictos los juzgaron los magistrados, y los no incluidos en los edictos se reservaron a la decisión del Gran Duque. Asunto complementario y complejo fue el de las confiscacio-

¹⁹⁰ «Hubiera preferido un sistema mejor, pero, careciendo de él, estaba dispuesto a pasar por alto las minucias burocráticas. Sus jefes militares compartían su opinión». MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 182.

¹⁹¹ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 185, ha analizado, entre otras relativas a la cuestión, las cartas de Alba a Felipe II, 3 de junio de 1568, DIE, 38, pp. 120-122, y la de Alba a Felipe, 12 de septiembre de 1569. Esta singular ciudadela, especialmente cuidada por Alba, y destinada a exaltar no sólo a la Monarquía sino al propio Duque, era una obra maestra de Pacciotto y Bartolomeo Campi. Los objetivos a que esta gran obra servía y, principalmente, lo que envolvía de autoglorificación del Duque, suscitaron no pocas críticas. MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 185, ha analizado diversas cartas relativas al tema: por ejemplo, la de Alba a Felipe II, de 3 de junio de 1568, en DIE, 38, pp. 120-122, y la de Alba al Rey, de 12 de septiembre de 1569. En relación con las fortificaciones españolas, en general, remito a dos obras importantes: HERNÁNDO, C. (ed.), *Las fortificaciones de Carlos V*, Madrid, 2001, y la de CÁMARA, A., *Ciudades y fortificaciones en los reinos de Felipe II*, Madrid, 1999.

¹⁹² VAN DER ESSEN, L., «Croisade contre les hérétiques ou guerre contre des rebelles», *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, LI, 1 (1956), pp. 42-78.

¹⁹³ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 186.

nes. Se confiscaron los bienes de los condenados en su totalidad, pero se salvaba a sus familias, si estaban en situación de morir de hambre y siempre que no recibieran ayuda de los exiliados. El dinero que ciertos gobiernos municipales debían a los condenados, después de analizar cada caso, se pagaría a la Corona, y a la Corona pasarían las armas confiscadas.

En definitiva, ¿los tribunales, como se prometiera, fueron «independientes y benignos»?¹⁹⁴. ¿Hasta qué punto fue Alba responsable de su funcionamiento?

Pese al respeto a la ley y a los jueces que caracterizaba a Felipe II, se procedió muchas veces con pocas garantías, se condenó a personas que no suponían peligro para nadie, y, en fin, los tribunales fueron duros y poco independientes. Se condenó, en conjunto, entre 1567 y 1576, a 8.957 personas, y de ellas se desterró a 20. Las confiscaciones proporcionaron 45.000 florines¹⁹⁵.

Alba, que deseaba actuar con celeridad para hacer posible un perdón general y facilitar así el viaje de Felipe II a los Países Bajos, «organizó el tribunal, designó a sus miembros y revisó sus veredictos [e intervino cuando algunos de los magistrados] sufría un acceso de escrúpulos». En suma, «era un tribunal suyo y lo dirigió del mismo modo que su administración: como extensión de su autoridad personal, sin dejar que le estorbasen las leyes, las costumbres o los procedimientos legales»¹⁹⁶. De todas formas, el Gran Duque no deseaba inútiles derramamientos de sangre y, al mismo tiempo y sobre todo, aspiraba a ser correcto¹⁹⁷.

El efecto de todo ello sobre la opinión pública fue notable. En la época, las canciones de burla, los panfletos y folletos y dibujos eran medios con los que la oposición, de forma mordaz, expresaba su descontento y su rechazo a las autoridades. Pensemos, por citar ejemplos, en el grabado sobre la *Alegría del gobierno de Alba* (1560), del Rijksmuseum, el grabado en cobre en el que se ve a las diecisiete provincias esposadas a los pies del Duque con cadenas, en la estampa simbólica en la que el Duque devora a un niño o en el conocido grabado doble en el que el duque de Alba es representado por Theodore de Bry como el «capitán de la estupidez» (*le capitaine des follies*), en contraposición con G. de Orange, el «capitán de la sabiduría» (*le capitaine prudent*). Las descripciones de historiadores clásicos, como Hooft, Van Meteren, de Thou, Hoste, B. van den Brink, van Bloten, o las particularmente exageradas de J. L. Motley¹⁹⁸, sirvieron para tejer una auténtica «leyenda negra»¹⁹⁹, alejada de las posiciones, más serenas, de la historiografía actual²⁰⁰. Algunos historiadores recuerdan que los castigos aplicados a los rebeldes de 1566 no fueron muy distintos a los de Carlos V respecto a Gante en 1540, los múltiples de los duques de Borgoña en el siglo XV o varias represiones inglesas, singularmente las que siguieron a la Rebelión del Norte por parte de Isabel I. La historia, se ha dicho muchas veces, la escriben los vencedores y no es extraño que los mártires y héroes de una nación nueva (Países Bajos) y los partidarios del protestantismo —sobre todo, los calvinistas— fustigaran sin piedad al Tribunal.

¹⁹⁴ Sobre el Tribunal de los Tumultos véase la obra, poco fiable en las cifras, de A. L. E. VERHEYDEN, *Le Conseil des Troubles: liste des condamnés (1567-1573)*, Bruxelles, 1961.

¹⁹⁵ Estas son las cifras de MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 189. VERHEYDEN calculaba los condenados en 12.203, los ejecutados en 1.085 y los desterrados, en 20. Por su parte, JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 16, habla de la ejecución de 1.037 personas y ofrece el dato de 11.130 desterrados. Todo ello muy lejos de los 18.000 a los que se refería la mal informada historiografía tradicional.

¹⁹⁶ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, pp. 187-190.

¹⁹⁷ En una de las cartas al Rey de 24 de septiembre de 1567, Alba escribía: «No podemos restablecer la paz en estas regiones decapitando a personas que se dejan influir por otras». Apud JANSSENS, G., *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 15.

¹⁹⁸ MOTLEY, J. L., *The Rise of the Dutch Republic*, London, 1886.

3.2.1.3.4. La radicalización de la rebeldía

Ante la represión, como si se aplicara el consabido principio físico de la acción y la reacción, los rebeldes se organizaron mejor y se radicalizaron.

Las acciones de Guillermo de Orange

El líder del movimiento era Guillermo de Orange, residente en Alemania, cuya astucia al no comprometerse en 1566 había sido considerada por algunos como una traición y por otros, como una oportunidad para encabezar la revuelta²⁰¹. Frente a él, Alba²⁰² se mantuvo alerta y tomó importantes decisiones militares y políticas.

¿Cómo se produjo el enfrentamiento entre Alba y los rebeldes? En abril de 1568, Guillermo, que contaba con más combatientes que Alba, avanzó hacia el sur, y luego, al oeste²⁰³, en tanto que Luis, encabezó los efectivos que se dirigieron hacia Groninga y Friesland. El resultado de las operaciones tuvo signo contradictorio: mientras en el sur Sancho de Londoño y Sancho Dávila se impusieron a los capitanes afectos a Guillermo, en el norte Luis de Nassau obtuvo victorias, la más importante de las cuales fue la de Heiligerlee, frente a los colaboradores de Alba. Esta batalla suscitó una reacción airada del Gran Duque. Para empezar, publicó el 28 de mayo un edicto de destierro contra G. de Orange, Luis de Nassau, Hoogstraten y otros nobles. A renglón seguido, tras la sentencia condenatoria del *Tribunal de los Tumultos*, dispuso que, el 1 de junio, fueran ejecutados 18 nobles y, el 5 del mismo mes, los propios Egmont y Horn. Estos últimos habían pecado de indiscretos, de poco sagaces para conocer los propósitos del Rey, pero nunca de declarada deslealtad a la Corona, y su muerte provocó una avasalladora corriente de opinión contraria a Felipe II, tildado de tirano, y sus colaboradores. Ambos nobles murieron con dignidad, y Egmont, lo que apenó más a Alba recordando San Quintín, dirigió, antes de morir, una conmovedora carta a Felipe II. Vistas las cosas con perspectiva, el error fue importante.

¹⁹⁹ MALTBY, W. S. *The Black Legend in England*, Durham, N. C., 1971.

²⁰⁰ Véase, por ejemplo, BEHIWLS, L., «El Duque de Alba en la conciencia colectiva de los flamencos», en LECHNER, J. (ed.), *Contactos entre los Países Bajos y el mundo ibérico*, Amsterdam, 1992, pp. 31-43; SCHEPPER, H. de, «La guerra de Flandes: sinopsis de su leyenda negra (1550-1650)», en LECHNER, *Contactos entre los Países Bajos y el mundo ibérico*, pp. 67-86; GROENVELD, S., «Image and reality. The historiography of the Dutch Revolt against Philip II», en SCHEPPER y RIETBERGER, *España y Holanda*, pp. 37-80; SCHEPPER, H. de, «Felipe II y la historiografía holandesa», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, V, pp. 211-232; STOLS, E., «Experiencias y ganancias flamencas en la Monarquía de Felipe II», ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, V, pp. 147-170; BLONDE, B., «The «Reconquista» and the structural transformations in the economy of the Southern Netherlands», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, V, pp. 187-210. Una obra reciente, bien informada y con amplia bibliografía, es la de WEIS, M., *Les Pays Bas espagnols et les Etats du Saint Empire (1559-1579). Priorité et enjeux de la diplomatie en temps de troubles*, Bruxelles, 2003.

²⁰¹ WEDGWOOD, C. V., *William the Silent*, London, 1965; SWART, K. W., *William the Silent and the Revolt of the Netherlands*, London, 1979; y RACHFAHL, F. *Wilhelm von Oranien und der Niederländische Aufstand*, Haag, 1924, vol. III. Los motivos de confrontación de Guillermo con Felipe II han sido revisados recientemente por ISAAC, M. TH., «Genèse de la confrontation entre Philippe II et Guillaume d'Orange», en *Dos monarcas y una historia común: España y Flandes bajo los reinados de Carlos V y Felipe II*, Madrid, pp. 75-87.

²⁰² Para la correspondencia del duque de Alba con el Rey, véase GACHARD, L. P. *Correspondance du duc d'Albe sur l'invasion du comte Louis de Nassau en Frise en 1568*, Bruxelles, 1850. Otras cartas e informes de Alba han sido manejados por MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, cap. VII, notas 2, 3, 4, 6, 10, 12, 13, 16, 17, 23, 27, 28, 29, 31, 32, 33, 34, 39, 44, 49, 50, 51, 52, 53, 54 y 60.

²⁰³ HETTEMA, H., «De route van Prins Willem in 1568», *Bijdragen voor Vaderlandsche Geschiedenis*, 69, serie III (1926), I, 35.

A pesar de todos los pesares, la superioridad militar estaba por decidir. Para inclinar la balanza a su favor, Alba emprendió astutas acciones contra Luis de Nassau en Groninga-Dam y en Rhede, y obtuvo una arrasadora victoria en Jemmingen²⁰⁴.

Con todo, las dificultades seguían existiendo, como se demostró en la abortada rebelión del tercio de Cerdeña, ciertas vacilaciones estratégicas, las incursiones de los hugonotes, las amenazas de un ataque rebelde desde Franco Condado y, en fin, la enfermedad del Gran Duque, paliada con la presencia de su hijo Fadrique. Orange tardó en replicar y, cuando lo hizo, fue tan poco acertado que permitió a Alba aplicar la táctica de 1546: perseguir al enemigo pisándole los talones. Con ello, Alba impidió a Orange ocupar las ciudades de Brabante y le obligó a combatir en campo abierto. Tras diversas operaciones, de signo alterno, los ejércitos españoles y rebeldes se enfrentaron en el río Geete fronterizo entre Brabante y Lieja, y allí obtuvo Alba una gran victoria. Como consecuencia de ella, Orange tuvo que regresar a Alemania. Sin embargo, no todo era vida y dulzura para el Gran Duque. Enfermo, alabado por algunos y criticado por otros, avanzado el 68 supo que Felipe II, atribulado por las desgracias de ese año en España, por fin no viajaría a los Países Bajos. A comienzos de 1569 la debilidad de Alba era tal que solicitó su sustitución. El ambiente le resultaba hostil, y más a causa de una estatua suya, destinada a la ciudadela de Amberes que encargó Johngkelink²⁰⁵. La capacidad de iniciativa del Gran Duque, en lo diplomático y en lo militar, menguaba día a día. ¿Podría seguirse así?

La proyección internacional del conflicto

Aunque las cosas en los Países Bajos, como advierte H. Lapeyre²⁰⁶, «en cierta medida, mejoraron», las relaciones de España con Inglaterra²⁰⁷ y otros países, en estos años, se complicaron.

Aparte de los temores que un hipotético apoyo español a María Estuardo, imprudentemente refugiada en Inglaterra desde 1567, pudieran suscitar, se habían producido otras fricciones hispano-inglesas a causa del cese de los embajadores británico –Man– y español –Guzmán de Silva²⁰⁸– y la sustitución de este último por el imprudente Guerau de Spes. ¿Lograría Inglaterra²⁰⁹ una coalición protectora en el exterior?

Si la relación con Inglaterra debía llevarse con cautela tampoco era fácil mover los hilos de la trama que unía a Francia y España. Ante el giro de los acontecimientos en la misma Francia y en los Países Bajos, los hugonotes –fortalecidos con la ayuda de sus congéneres de Flandes y Alemania–, plantaron cara a la monarquía francesa y Condé llegó a intentar, sin éxito, conquistar París. La amenaza suscitó dos reacciones: la airada de los Guisa, que presionaban a toda costa a favor de una alianza con España, y la matizada de Catalina de Medici, obligada a solicitar una ayuda que Alba ofreció con malos modos y a cuenta gotas. La situación quedó superada, provisionalmente, con el tratado de Longjumeau (marzo

²⁰⁴ MARTÍN ARRÚE, F., *Campañas del duque de Alba*. Poco fiable, MOTLEY, The rise, I, pp. 208-219; II, pp. 77-82 y 88-118.

²⁰⁵ SCHUBART, H., *Arias Montano y el Duque de Alba en los Países Bajos*, Santiago de Chile, 1962. También, VERA ZÚÑIGA Y FIGUEROA, J. A. de, CONDE DE ROCA, *Resultas de la vida de don Fernando de Toledo, tercer duque de Alba*, Milán, 1643, pp. 121 y ss.; y FITZ-JAMES STUART Y FALCO, *Contribución*, pp. 86 y ss.

²⁰⁶ LAPEYRE, H., *Las etapas de la política exterior*, p. 76.

²⁰⁷ Remito a RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «Paz ruidosa y guerra sorda. Las relaciones de Felipe II e Inglaterra», en RIBOT, L. (coord.), *La monarquía de Felipe II a debate*, Madrid, 2000, pp. 63-119.

²⁰⁸ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Tres embajadores de Felipe II*, pp. 177 y ss. Para todas las cuestiones relacionadas con la diplomacia es indispensable la consulta de la gran obra de OCHOA BRUN, *Historia de la diplomacia española*, vol. VI.

²⁰⁹ WERNHAM, R. B., *Before the Armada: The Growth of English Foreign Policy, 1485-1588*, London, 1966.

de 1568). ¿Qué criterios se impondrían: los belicosos de los hugonotes, cuyo entendimiento con sus hermanos de Flandes preocupaba a España; los posibilistas de Catalina y su hijo, pendularmente oscilantes entre católicos y hugonotes o los decididamente procatólicos y proespañoles de Guisa? Felipe II y Alba mostraban declarada hostilidad a los hugonotes, reticencias hacia Catalina y Carlos IX, y cautelas respecto a los Guisas²¹⁰.

El ajedrez de la política exterior española se completaba con las respuestas del Imperio a los objetivos de la Monarquía de España. Maximiliano II, tildado por algunos de criptoluterano, veía con malos ojos los éxitos de Alba y, no sin sutileza, dejó ver que se opondría al Gran Duque, siempre y cuando ello no significara indisponerse con Felipe II. Muerta Isabel de Valois, Felipe solicitó la mano de Ana de Austria, y, por otra parte, Alba favoreció la liga entre príncipes católicos alemanes frente a los protestantes. Ante esta complicada panorámica, ¿cuál fue la posición de Alba, cómo evolucionaron los acontecimientos?

El Gran Duque se movía entre dos condicionantes esenciales: 1) proteger el Canal de la Mancha y el Camino español, las dos grandes vías de comunicación para los españoles; 2) evitar que se hicieran sólidos los lazos entre hugonotes, protestantes alemanes y disidentes de Flandes. Para lo cual necesitaba contemplar las relaciones con Inglaterra²¹¹ y Francia²¹² desde una perspectiva de larga duración. Todo ello favoreció que intentara una política de riesgos moderados, aunque no perdiera el entusiasmo y el respeto a los principios.

Los acontecimientos no siempre hicieron viables esos propósitos. A finales de 1568, por ejemplo, se produjo un grave incidente. «Huyendo del mal tiempo y de los piratas, unos galeones españoles que transportaban la paga de las tropas acantonadas en los Países Bajos se refugiaron en Plymouth y Southampton. El gobierno inglés requisó el cargamento. Ante las reclamaciones del duque de Alba, Isabel contestó que el dinero no pertenecía al rey, sino a unos particulares –banqueros genoveses– y que pensaba indemnizarles». «Como represalia, el duque de Alba, [con toda la delicadeza y buen trato posible]²¹³, confiscó los bienes ingleses en los Países Bajos, [además de recomendar que se hiciera lo propio en España], y la reina replicó con el embargo de los navios españoles fondeados en puertos ingleses»²¹⁴. Alba, pese a su animosidad hacia los súbditos de Isabel, con realismo y empujado por el Rey, se resignó a negociar. La cuestión siguió sin resolverse hasta el fin del gobierno del Gran Duque.

²¹⁰ Lapeyre, haciéndose eco de una idea de Koenigsberger, puso de relieve el dilema en que se desenvolvía el Rey español: por una parte, «el protestantismo sirve, hasta cierto punto, los intereses de España al mantener a Francia en estado de debilidad»; por otra, la Monarquía Hispánica «no podía felicitarse de los progresos de la herejía». LAPEYRE, H., *Las etapas de la política exterior*, p. 73. Para planteamientos esenciales y la evolución de la política francesa en estos años remito a VÁZQUEZ DE PRADA, *Felipe II y Francia*, pp. 149-195.

²¹¹ J. Pérez, ha subrayado recientemente que Felipe II prefería una Inglaterra protestante a una Inglaterra vinculada a Francia y eso explica que intentara llevarse bien con Isabel casi 25 años. PÉREZ, J., *La España de Felipe II*, Barcelona, 2000, p. 186.

²¹² «Conforme a sus ideas», ha escrito V. Vázquez de Prada, «Felipe II fue coherente: trató de persuadir a los monarcas franceses a erradicar la herejía ofreciéndoles ayuda y colaboración, puso a su disposición tropas y dinero y aconsejó lo que consideraba el remedio básico: eliminar a las cabezas hugonotes. Pero la Reina madre y los reyes de Francia optaron por aplicar una política de cierta tolerancia y rehusaron la injerencia filipina, si bien a sabiendas de que en caso de necesidad contarían con la espada del monarca hispano. El resultado fue una permanente inestabilidad en su reino. El deseo de superarla y de escapar a un control español, les condujo a permitir o tolerar los ataques de los hugonotes, aliados a sus correligionarios, contra los Países Bajos, con sangrientas consecuencias, y a las provocadoras entradas del duque de Anjou en dichos territorios». VÁZQUEZ DE PRADA, *Felipe II y Francia*, p. 448.

²¹³ Alba a Felipe II, 4 de enero de 1569, DIE, 37, pp. 517-519. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 234 y nota 25.

²¹⁴ PÉREZ, *La España de Felipe II*, p. 186.

Otros incidentes vinieron a corroborar el recelo de Isabel hacia España en los mares²¹⁵. Alentada secretamente por su soberana, los corsarios ingleses —sobre todo, Drake— atacaron una y otra vez los navíos españoles. En otro plano, Isabel, más por conveniencia política que por afinidad intelectual, protegió a los *guenx*, a los que permitió refugiarse en puertos ingleses. En años sucesivos, no faltaron las alternancias en las relaciones anglo-españolas.

Motivo central de suspicacia de Isabel hacia España era siempre la posible amistad de Felipe II con Francia. La muerte de Condé (marzo de 1569), y las luchas posteriores, alejaron a la reina inglesa de los hugonotes. Hubo, pues, un momento de aproximación de Inglaterra a España, pero, al descubrirse la conspiración católica encabezada por los condes de Northumberland y Westmoreland, volvió la desconfianza. Otro paréntesis de complicidad, propiciado por nuevas derrotas hugonotes en Francia, se malogró por la precipitada bula de excomunión de Isabel por Pío V (febrero de 1570). Tanto Felipe II como Maximiliano II consideraron inoportuna la bula, y Alba abundaba en la misma opinión. Posteriormente, el viaje de Ana de Austria a España suscitó nuevos recelos. Tal viaje requería el auxilio de una gran flota, y los ingleses, equivocadamente, sospecharon que el viaje de Ana podía encubrir la amenaza de una invasión de Inglaterra. En Francia, el tratado de Saint Germain favoreció a los hugonotes, y ello facilitó que Isabel, en vez de reconciliarse con España, se aproximara a Francia e iniciara un extraño noviazgo con el duque de Anjou. Por otra parte, la incompetencia del embajador Guerau de Spes no obraba a favor del entendimiento anglo-español, y Alba no reveló perspicacia para informar con tino a su Rey sobre Inglaterra. Lo que él interpretaba como ingratitud de Isabel, la malevolencia de sus consejeros —«súbditos miserables y herejes perniciosos»²¹⁶— y el triunfo de la herejía daba una imagen tan negativa de Inglaterra que Felipe II se inclinaba a pensar que no eran posibles unas relaciones amistosas hispano-inglesas. Tal idea se vio confirmada por las noticias que proporcionaron al monarca de El Escorial visitantes ingleses e irlandeses.

El asunto que vino a envenenar de modo definitivo las relaciones fue la amenazadora actitud de Isabel ante María Estuardo²¹⁷ y los católicos afines a ella. Alba decía tener hacia «la desventurada señora» la mayor compasión del mundo, pero ello no le movía a preconizar, como hicieran Éboli, J. Curiel, Guerau de Spes o Granvela, la invasión de Inglaterra. El punto culminante de desencuentro entre la Inglaterra protestante y la España católica se produjo en 1571. «Felipe II prestó su apoyo a la conspiración del aventurero florentino Roberto Ridolfi y de un grupo de católicos ingleses, destinada a derribar del trono a Isabel y poner en su lugar a María Estuardo. El monarca español llegó a prometer el envío de una flotilla... Al final, la conspiración fue detectada, los conspiradores aniquilados y la participación española en la conspiración de Ridolfi quedó al descubierto»²¹⁸. Pese a la contrariedad, ¿Felipe II se decidiría a invadir Inglaterra? El Rey consultó a

²¹⁵ Para este y otros aspectos de las relaciones España-Inglaterra, R. B. WERNHAM, *Before the Armada*, pp. 299 y ss. También RODRÍGUEZ SALGADO, «Paz ruidosa, guerra sorda», pp. 84-94.

²¹⁶ Alba a Felipe II, 11 de diciembre de 1569, DIE, 38, 248-254. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 240 y nota 40.

²¹⁷ Huyendo de los nobles escoceses rebeldes, María se había refugiado en Inglaterra en 1567. «Este fue», ha escrito G. Parker, «el mayor error de su vida: Isabel la hizo prender... y la mantuvo confinada hasta su ejecución diecinueve años después». «La reacción inicial de Felipe II ante la huida de María Estuardo fue urgir a su embajador en Inglaterra, don Guerau de Spes, que evitara todo contacto con ella. Pero Spes no era hombre que desaprovechara la oportunidad para conspirar, de modo que laboró... para ganarse la confianza de María y para ponerla en contacto con los disidentes ingleses, muchos de los cuales se rebelaron contra Isabel en 1569». PARKER, G., «Felipe II y el legado de Cristóbal Colón», en VILLARI, R. y PARKER, G. *La política de Felipe II. Dos estudios*, con prólogo de L. M. Enciso, Valladolid, 1996, p. 64.

²¹⁸ PARKER, G., «Felipe II y el legado de Cristóbal Colón», p. 65. Remite a READ, C., «Queen Elizabeth's seizure of the duk of Alba's payships», *Journal of Modern History*, 5 (1933), pp. 443-464.

Alba al respecto²¹⁹, y Alba, que desconfiaba de Spes, de Ridolfi —a quien consideraba un «pelele»— y de otros partidarios de la guerra, después de oír al Consejo de Estado, alegó todo tipo de razones —económicas y políticas— para evitar el conflicto armado, aunque aceptara que se ayudase secretamente a los partidarios de María²²⁰. El 14 de julio Felipe ordenó a Alba que invadiese Inglaterra, pero el monarca, probablemente, no aspiraba a que la orden se cumpliera sino a que se mantuviera intacto, tal y como recomendaba Éboli o Feria, su prestigio ante los católicos ingleses. Tras las dilaciones que impuso una nueva respuesta de Alba contraria a la guerra, el Rey reiteró la orden, pero previno que, si la empresa era peligrosa para los católicos ingleses, debía aplazarse.

Tan compleja política tuvo consecuencias negativas: el duque de Norfolk, a quien se pretendió casar con María Estuardo, fue ejecutado, María vio restringidos sus movimientos y Guerau de Spes fue expulsado. Y si las cosas no resultaron peor fue porque el plan de ataque conjunto de Inglaterra, Francia y Guillermo de Orange a los Países Bajos, después de Lepanto, quedó arrumbado. Inglaterra tuvo de nuevo gestos de buena voluntad hacia España —la cuestión de las naves de dinero español y la expulsión de los corsarios flamencos del canal— y, tras el efímero tratado de Blois, la amistad con Francia entró en un nuevo periodo crítico propiciado por la Noche de San Bartolomé y la política que siguió.

— Las reformas de Alba

La historiografía ha puesto de manifiesto una curiosa paradoja: cuando Alba trató de sentar las bases de una política sensata y reformista, lejos de triunfar, se sorprendió por una oposición más radical aún que en otras etapas. Tal vez la clave esté en que un régimen transitorio y personalista, como el suyo, difícilmente podía lograr ya un apoyo popular.

Una baza política importante había sido la aplicación, en 1570, del perdón general. Pero llegó tarde, y se exigieron condiciones severas para obtener la clemencia. ¿Sirvió, al menos, para predisponer a los espíritus a favor de una política de reformas?

A Alba, que era un gobernante además de un soldado, le parecía conveniente, «sin quitar costumbres largo tiempo establecidas», procurar una misma ley para todos los habitantes de los Países Bajos. El fruto de su inquietud y la tarea de los juristas que colaboraron con él fue la *Ordenanza del Derecho Penal* (1570), cuerpo legal de indudable solidez y justeza²²¹.

Otra reforma necesaria era la relativa a la Iglesia. El intento de crear nuevas diócesis en tiempo de Margarita de Parma había quedado incompleto. A las dificultades de encontrar preladados adecuados se unieron las dificultades económicas. Hubo disturbios y resistencias a la nueva organización en múltiples lugares. Un nuevo proceso de reforma, aprobado por Felipe II en 1568, y aplicado con la mejor voluntad por Alba, permitía a los abades permanecer en sus puestos con autoridad administrativa en casi todo, pero, eso sí, con la obligación de contribuir a las diócesis con porcentajes sobre sus rentas brutas. Granvela estimó que el plan invadía sus atribuciones de primado y podía generar mala administración de las abadías y diócesis, y se opuso²²². En realidad, Alba no deseaba enfrentarse a Granvela, sino evitar corruptelas que se habían producido antes y podían repetirse y, por otra parte, necesitaba un dinero que podían proporcionarle un sistema impositivo adecuado y también las instituciones eclesiásticas. En abril de 1569, después de que su plan fuera rechazado por el Rey,

²¹⁹ Felipe II a Alba, 22 de enero de 1571, en AGS, E547, f. 5. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, pp. 243 y 250, nota 60.

²²⁰ Sobre la postura de Alba véase FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 369 y ss.

²²¹ POULLET, E., «Histoire du Droit Pénal dans le duché du Brabant», en *Memoires Couronnés et des Savants Étrangers*, 35 (1870), pp. 178 y ss.

²²² VAN DURME, *El Cardenal Granvela*.

solicitó que se aplazaran las incorporaciones de las abadías hasta que los Estados de Brabante aceptaron sus propuestas fiscales, lo cual fue aceptado por el monarca. Pero Felipe II, influido por Granvela, cambió de opinión alegando que una administración dividida no era más ventajosa que otra controlada por los obispos. La confusión creada por las decisiones del monarca, no bien conocidas por Granvela, permitió a Alba usar de la astucia y conseguir la incorporación de abadías. Cumplido este objetivo, el plan pudo completarse, salvo en Harlem y Deventer —donde se sustituyó a los titulares—, la reorganización de la jerarquía.

La reforma del clero secular no impidió a Alba preocuparse por la del clero regular: cartujos, dominicos, franciscanos y jesuitas.

Y ambas reformas, la del clero secular y la del regular, se vieron completadas por otras netamente insertas en la religiosidad contrarreformista —la prohibición y secuestro de libros— y ciertas medidas, estas de otro signo, relativas a las universidades.

A las reformas legal y eclesiástica, Alba añadió la compleja e importante reforma fiscal. El estado financiero de España en Flandes era muy negativo en 1568²²³. Los gastos que devengaban los soldados bajo mando del Duque, junto con las partidas que requería la gobernación de los Países Bajos, alcanzaban, según Fernández Álvarez, casi medio millón de ducados anuales. En el año 67 la llegada de las galeras de América, cargadas de plata por valor de cinco millones de escudos, «dio un respiro a la Monarquía», pero el apresamiento, ya aludido, en 1568, de las naves hispanas que portaban 450.000 ducados para Flandes agravó la situación.

Las primeras iniciativas de Alba en pro del saneamiento económico tuvieron como fruto que el patrimonio real, gracias a las confiscaciones²²⁴, aumentara, que los seguros se sometieron a la vigilancia de un «administrador general» de seguros y posteriormente, mediante un edicto de 1571, que se prohibiera la especulación en moneda. Pero estos remedios parciales no ocultaban que la solución esencial debía consistir en proveerse, a través de un nuevo sistema fiscal, de ingresos permanentes.

Desde la Edad Media, los Países Bajos contaban con un impuesto directo recaudado por el Estado. «El soberano pedía a través de los Estados Generales una [ayuda-*la aide*] a las regiones. [En ellas] se encontraba..., a través de una escala de repartición, la cantidad pedida. El sistema tenía el inconveniente de que el soberano, o el gobernador que le sustituía, tenían que pedir reiteradamente las consabidas sumas»²²⁵.

La herramienta fiscal heredada no parecía ser, no era, la adecuada para financiar el gran despliegue de las tropas españolas. Alba, con anuencia del Rey, se propuso buscar otras fórmulas. Para ello, consultó al Consejo de Hacienda, y los consejeros le recomendaron que se recaudara, por una vez, un impuesto del 1% sobre todos los capitales. Con ello, se podía hacer frente a casi toda la deuda existente —tres millones de florines—, pero nada más. El 13 de abril de 1568, el Duque propuso que se estableciera un impuesto del 10%, como la alcabala española, sobre todo tipo de transacciones —comercio interior y exterior—, complementada con un tributo permanente del 5% sobre las ventas de bienes raíces. ¿Obedecían estas propuestas solo al afán recaudatorio y tenían en cuenta las previsibles protestas que suscitarían? Algunos especialistas estiman que el Duque no solo se proponía proveerse de fondos para hacer frente al despliegue militar y los gastos derivados del sistema de gobierno, sino conseguir una equitativa igualdad fiscal, favorecedora del pueblo y que se había buscado por la Monarquía con la fracasada sisa de 1537. Después de debatirse la

²²³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 364-365 y ss.

²²⁴ CRAEYBECKX, J., «La portée fiscale et politique du 100^e denier du duc d'Alba», en *Recherches d'Histoire des Finances Publiques en Belgique*, Bruxelles, 1967, I, pp. 374 y ss.

²²⁵ JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 18.

cuestión y de que Alba sugiriera algunas medidas para atraerse a nobles y financieros, los Consejos de Estado y de Hacienda, pese a que las necesidades militares y políticas aumentaban, no aceptaron hasta noviembre de 1568 someter las propuestas del 1% y el 10% a los Estados Provinciales.

Tras vacilaciones, y con ciertas garantías, el Duque propuso, en marzo de 1569, el tema a los Estados Generales²²⁶. El 1% no suscitó resistencia, pero el 10% y el 5% acarrearón serias protestas, sobre todo, en Artois. Hubo que plantearse, pues, soluciones transaccionales: si los Estados, que ya habían aportado el 1%, aceptaban el 10%, Alba admitiría el «encabezamiento» —cifra acordada de antemano— del impuesto, idea aceptada por Felipe II. En el verano del 70, tras diversos forcejeos, se acordó que el 10% se recaudara en forma de «encabezamiento», durante dos años, a razón de un millón de florines al año. Tras un periodo de bonanza, cuando en abril de 1571 se planteó de nuevo la cuestión, la figura de Alba estaba muy erosionada —y más con sus gestos de destemplanza ante sus ministros y consejeros—, y la resistencia fue más enconada. Así pues, el poder español en Flandes se encontró de nuevo en la encrucijada, porque los millones de florines producidos por el 10% y los derivados del 1% los había consumido el ejército ya, y se debían 5.000.000 a los mercenarios alemanes. Dado que los banqueros no se mostraban dispuestos a otorgar empréstitos hasta que se materializara una nueva recaudación en 1575, ¿qué hacer? Alba se sentía solo después de que Berlaymont y Viglius le negaran su apoyo, y en el ánimo del aristócrata cobró cuerpo la idea de que la aplicación plena del impuesto del 10% arruinaría el país, y se mostró dispuesto a apoyar un tipo de alcabala modificada, aunque no hizo llegar sus impresiones a nadie, ni siquiera al Rey. Se explica, por tanto, que la orden del Gran Duque al tesorero general Schetz de que recaudara la alcabala fuera desobedecida. Tras sus discusiones con Viglius y otros consejeros, Alba logró que el Consejo de Hacienda aprobara la recaudación del impuesto del 10%, pero con la condición de que todas las transacciones, excepto la última, cuando la mercancía llegaba al consumidor, quedarían exentas. El impuesto del 5% sería cobrado simultáneamente. Esta vez los Estados Generales no fueron consultados, sino informados.

La resistencia a la aplicación de la medida fue encamizada. Se inició con los comerciantes de Bruselas, siguió la de los Estados, que acusaron a Alba de imponer la medida sin la anuencia del Rey; por último, los consejeros de Hacienda elevaron sus quejas ante Felipe II. Alba se dio cuenta de que el compromiso era obligado y sugirió al soberano que se eliminara el impuesto sobre los artículos importados y se redujera la tasa del 10%. A tenor de ello, el 21 de octubre de 1571, se anunció un cambio de importancia: la tasa del 10% se rebajaría a tres y un tercio por ciento. Pero ya era tarde para Alba. Si pensó que así iba a suavizar las posiciones de los Estados y de los sectores afectados por el impuesto, se equivocaba porque sus contradictores pensaban que, lo mismo que había rebajado el tanto por ciento, podía volver a subirlo.

En suma, ¿era justo el 10%; influyó negativamente en la economía de los Países Bajos; resultó ser el factor clave para el desprestigio de Alba y su pérdida del poder?

Un sector de la historiografía clásica ha interpretado que tomar como modelo el impuesto castellano de la alcabala era un error. Instaurar la alcabala en los Países Bajos, acaba de escribir Fernández Álvarez²²⁷, «era establecer una carga nueva y abusiva», en una sociedad donde florecía el comercio, que «acabaría siendo intolerable y... tendría como consecuencia el que todos los Países Bajos, y no sólo los rebeldes calvinistas holandeses, se pusieran en contra del Duque», máxime cuando, años antes, la guerra del norte había provocado la caída de la demanda de productos manufacturados flamencos y el consiguiente malestar social.

²²⁶ HORN, M., «Nos innovations fiscales depuis la guerre. Un grand précurseur: le duc d'Albe». *Revue Belge*, 5 (1928), pp. 191 y ss.

²²⁷ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, p. 366.

Otros autores matizan la tesis expuesta o interpretan las cosas de otro modo. «Aunque el juicio de la mayoría de los contemporáneos sobre el Décimo Dinero era negativo, los actuales especialistas en impuestos», afirma Gustaaf Janssens, «califican de modernos y justos los nuevos impuestos del Duque de Alba. Se trataba de medidas generales por medio de las cuales el soberano intentaba independizarse del control de los Estados en el ámbito financiero; se manejaba el principio del impuesto proporcional y gracias a la recaudación del Estado quedaba garantizada la seguridad jurídica del contribuyente»²²⁸. No muy lejos de esos puntos de vista está Maltby cuando escribe: «No fue la ignorancia, ni la supuesta calidad opaca de su mentalidad militar, las que llevaron al Duque a elegir la alcabala, sino la convicción de que ningún segmento de la sociedad debía ser eximido de compartir la carga. Puesto que los ricos estaban ya exentos de prácticamente todas las formas de contribución, sólo un impuesto sobre las rentas podía evitar que la totalidad de la carga recayera en los pobres»²²⁹.

En su formulación final, no parece que la alcabala influyera decisivamente en el declive del comercio. Además de ser poco regresivo, como arriba queda dicho, era «un impuesto relativamente modesto que produciría rentas cuantiosas sin causar grandes privaciones a nadie». Por otra parte, puesto que nunca fue recaudado en plenitud, es «ilógico pretender que contribuyera a las dificultades económicas de 1571-1572»²³⁰. Sin embargo, como apunta Janssens, «de los nuevos impuestos puede haber surgido una influencia negativa como causa del denominado *announcement effect*. Después de todo, los contribuyentes reaccionaron en previsión de acontecimientos, y una de esas reacciones fue la emigración. La emigración desde los Países Bajos, entre 1570 y 1574, estuvo motivada, más que por causa de la religión, por motivos económicos.

¿Por qué fracasó la política financiera del Gran Duque; cómo influyó en su caída? Entre el Duque y los Estados Generales hubo un conflicto porque el aristócrata trataba de impulsar una política con base en el absolutismo y los Estados otra, fundada en sus privilegios. En ese contexto hay que situar la resistencia al sistema de impuestos permanente preconizado por Alba. La oposición no era ya preferentemente religiosa sino cívica, contraria a un gobierno de signo absolutista, y tal oposición amenazaba la autoridad del Rey. «Esa fue la razón por la que el cardenal Antonio Perrenot de Granvela, que había apoyado inicialmente la política del Duque, advirtió [al igual que fray Lorenzo de Villavicencio] de los peligros de seguir aferrándose a los nuevos impuestos»²³¹. En definitiva, la política financiera del Gran Duque, como apunta Janssens²³², «tuvo que contar con un fuerte reflejo anticentralista y con fuerzas de oposición que se habían puesto de acuerdo por encima de las diferencias religiosas. Los fracasos de Alba, pues, están relacionados con la evolución de la lucha que mantuvo contra los rebeldes desde 1568 hasta 1573».

3.2.1.4. El declive del poder español en los Países Bajos

De la crisis en torno al 68 España pasó, según la conocida periodización de H. Lapeyre²³³, al «restablecimiento» de comienzos de los años 70 y el éxito de Lepanto —«la mayor ocasión que vieron los siglos»—, pero, a partir de 1572 y hasta 1579, la política exterior española estuvo marcada por un «retroceso en el Norte y en el Sur».

²²⁸ JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 19.

²²⁹ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 264.

²³⁰ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 269.

²³¹ LAPEYRE, *Las etapas de la política exterior*.

²³² JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 19.

²³³ LAPEYRE, *Las etapas de la política exterior*.

3.2.1.4.1. Los problemas de la Monarquía. El retroceso en el Norte y en el Sur

En el interior del país la burocracia, tan racional en sus planteamientos, experimenta dos amenazas: la lentitud en el despacho y las luchas faccionales, en las que acabará brillando el malévolos encanto de Antonio Pérez²³⁴. Tres grandes cuestiones ponen al descubierto los males y los intentos de remedio de la Hacienda: la quiebra de 1575, el Medio General de 1577 y las relaciones topográficas. Pero el foco central de inquietud está, ahora más que nunca, en la acción exterior de la Monarquía.

A partir de 1572 España retrocede en el Mediterráneo. El fallecimiento de Pío V (mayo de 1572) fue el póstico de importantes acontecimientos, como las fallidas operaciones en la costa del Peloponeso o la paz separada de Venecia y la Sublime Puerta. Aunque la Monarquía de España no abandonara la lucha, como se acreditó en la conquista de Túnez por don Juan de Austria, los turcos mostraron su fuerza en la toma de la Goleta y la recuperación de Túnez. La obligada inactividad de los años siguientes quedó confirmada con las treguas hispano-turcas de 1587²³⁵.

Pero la verdadera amenaza, el peligro de carcoma para la Monarquía, provenía, por estos años, de los Países Bajos.

3.2.1.4.2. El cogobierno de Alba y Medinaceli en Flandes

Después de 1571, el poder español iniciará un grave declive en Flandes. De tiempo atrás, los «desarrapados del bosque y del mar», simpatizantes de los Orange, constituían un peligro para el gobernador español en los Países Bajos. En estos años el peligro se hará más vivo y amenazador.

El ataque de los *gueux*

Los «desarrapados del bosque», ha escrito Janssens²³⁶, «hacían peligroso sobre todo el campo, mientras que los «desarrapados del mar» actuaban sobre todo en la costa y los pueblos». «El 1 de abril de 1572, la pequeña ciudad portuaria del sur de Holanda, Brielle (Den Briel) era tomada por los desarrapados del mar, [expulsados poco antes de Inglaterra], en nombre de Orange y [bajo el mando de Lumey de la Marck]. Quizá esta toma no fuera muy importante desde el punto de vista estratégico. *Den ersten dach van April/ verloos Duc d'Alva sijnen* (El primer día de abril perdió el duque de Alba su Bril) se convirtió... en una frasecilla muy popular, debido a la semejanza fonética entre el nombre de la ciudad -Brielle- y la palabra neerlandesa *bril*, que significa gafas. Cuando, poco después, los seguidores de Orange pusieron el pie [en Holanda, Zelanda, Gueldres y Frisia], el partido rebelde empezó a organizarse tanto militar como administrativamente». Pero no cabe equivocarse: los protestantes holandeses seguían siendo una minoría²³⁷. ¿Triunfarían, a pesar de todo y con los apoyos externos que fuera menester?

— El deterioro de la imagen del Gran Duque

El programa fiscal de Alba, como hemos explicado, aunque tuviera aspectos positivos trató de instaurarse en un mal momento, no solo para la producción agraria, sino para el comercio²³⁸, y la peste

²³⁴ BELENGUER, *El Imperio hispánico II*, p. 285.

²³⁵ BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, México, 1953, II, pp. 399 y ss.

²³⁶ JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo...*, p. 19.

²³⁷ GEYL, P., *The Revolt of the Netherlands*, London, 1962; PARKER, G., *The Dutch Revolt*.

²³⁸ Remito a la obra clásica y excelente de VAN DER WEE, H., *The Growth of the Antwerp Market and the European Economy*, La Haya, 1963, especialmente II.

se convirtió en el «símbolo de mil agravios». No extraña, pues, que Alba se hiciera marcadamente impopular, tanto que la población, como explicará Francés de Álava a comienzos de 1572, solo veía para Alba una solución: «que se vaya, vaya, vaya». El Duque, por su parte, no usó las palancas del buen sentido y la conciliación. Un horripilante Pater Noster de Gante comenzaba así: «Padre infernal que estás en Bruselas, Maldito sea tu nombre en el cielo y el infierno»²³⁹.

«Desde 1568, el Duque de Alba había expresado el deseo de ser relevado del cargo de gobernador de los Países Bajos, para poder volver a España. Las operaciones militares siempre lo habían impedido y, [por fin] el Rey nombró, el 24 de septiembre de 1571, a don Juan de la Cerda, Duque de Medinaceli, sucesor del Duque. El nuevo gobernador, sin embargo, no pudo viajar a los Países Bajos hasta el verano de 1572»²⁴⁰. Llegado a su destino, Medinaceli se vio de inmediato enfrentado con los rebeldes, y pronto se hizo cargo de que la transferencia de poder por parte de Alba, curtido y siempre dispuesto a la lucha, era inviable. No había más solución que el cogobierno de Alba y Medinaceli, pero el sistema era imperfecto, generó tensiones y dejó, de hecho, en manos del Gran Duque las responsabilidades fundamentales.

– Las últimas victorias militares

Los enemigos a batir no eran solo los *guenx* y los rebeldes de Holanda, sino, posiblemente, los hugonotes franceses, liderados por el almirante Coligny²⁴¹.

Al comienzo del verano, la mayoría de las ciudades de Holanda y Zelanda parecían estar con Guillermo de Orange, pero Alba, que ofrecía en vano guarniciones a todas las ciudades, y Bossu, stadholder de Holanda, contaban con algunas importantes.

Dos hechos de armas indujeron a pensar en un destino favorable a los partidarios de los Orange: la ocupación de Flessinga y la captura de Mons²⁴² (24 de mayo de 1572). La posesión de esta ciudad era, a su vez, clave para propiciar una posible invasión francesa. Entre tanto, Alba, que contaba con pocos hombres, una pequeñísima flota y poco dinero, veía mermada su eficacia por la intrigas de Éboli y sus afines en España, se veía amenazado por el norte, por el sur y al otro lado del Rin. Pero el ya viejo Duque seguía firme, animoso y dispuesto a usar, una vez más, su astucia y su destreza militar. Con capacidad de iniciativa, logró, por ejemplo, que Cosme de Medici le aportara dinero, y así pudo solicitar los servicios de Frundsberg y otros militares alemanes.

El mes de junio de 1572 iba a ser decisivo. Había llegado Medinaceli, cuya personalidad algo borrosa fue pronto superada por la de Alba. Felipe II, a su vez, había dictado un perdón general, restrictivo, tardío y poco útil y había ordenado la abolición de la alcabala, a cambio de recaudar dos millones de florines. Desde el punto de vista militar, el objetivo era centrarse en la recuperación de Mons, aun abandonando el frente norte, y obstaculizar así la penetración de los franceses. Para lograr sus objetivos, Alba contaba con una fuerza militar no desdeñable, integrada por sus propias tropas, las alemanas o los efectivos encabezados por su hijo don Fadrique y la colaboración de distinguidos capitanes, como Vitelli, Bernardino de Mendoza, Rodrigo Zapata y otros. Tres hechos inclinaron la balanza a favor de Alba. El primero fue la victoria de su hijo Fadrique sobre los hugonotes encabezados por Genlis. Mayor trascendencia tuvo el retraso de la operación de ayuda a

²³⁹ PARKER, *The Dutch Revolt*, p. 127.

²⁴⁰ JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, pp. 22-23.

²⁴¹ VÁZQUEZ DE PRADA, *Felipe II y Francia*, pp. 195-224.

²⁴² MOTLEY, *The Rise of the Dutch Republic*, II, pp. 359 y ss.

²⁴³ HETTEMA, H., «De route van Prins Willem in 1572», *Bijdragen voor Vaderlandsche Geschiedenis*, V (1927), 193-214, y IV (1928), pp. 17-60.

Mons, capitaneada por G. de Orange²⁴³. Pero el acontecimiento decisivo vino a ser la Noche de San Bartolomé, en Francia, en la que perecieron miles de protestantes, y que estuvo motivada por el deseo de Catalina de Medici de que su hijo, Carlos IX, no se comprometiera en una guerra contra España. Todas las circunstancias descritas permitieron que las tropas de Orange fueran repelidas por las que encabezaba Alba y obligadas a retirarse y que, a renglón seguido, Luis de Nassau se rindiera y los españoles recuperaran Mons y emprendieran una dura represión sobre algunos de los rebeldes.

Alba recurrió después a la política del terror, la más trágicamente equivocada de sus iniciativas, en la que confluyeron, como factores explicativos, su propia personalidad —rica en virtudes, pero condicionada, a veces, por una desgraciada inclinación a la ira y a la violencia—, su frustración por creerse abandonado por el Rey y, en fin, la convicción de que sus adversarios, como se había probado muchas veces, eran «feroces y hasta inhumanos». Aupado sobre la ola de la euforia, sometió, con especial dureza, a Mechelen y logró que otras ciudades se rindieran. La última acción de cierta importancia fue la toma y saqueo de Zutphen, clave para acceder a las provincias nororientales. Tras ella, solo Holanda y parte de Zelanda eran fieles a Guillermo de Orange.

Lo que empezó en fracaso parecía convertirse en éxito. ¿Se consolidaría esta impresión en el futuro? Tras varias operaciones de pequeña envergadura, las tropas de Alba tuvieron otra piedra de toque para sus proyectos: Naarden. La ciudad, «crisol de todos los anabaptistas», según Alba, fue sometida por don Fadrique, a un cruel saqueo²⁴⁴. A partir de ahí, los rebeldes tuvieron claro que, o luchaban con todas sus fuerzas, o morían²⁴⁵. Vino luego el pronto central de la campaña: el sitio de Harlem, ciudad esencial para los tránsitos del Norte al Sur. Tras la conquista de Spaardanem por las tropas de don Fadrique, el camino hacia Harlem quedó expedito, pero el sitio iba a ser extraordinariamente largo y duro y dejó tras de sí no pocas bajas. Se mezcló con las disputas, agrias, entre Alba y Medinaceli, disputas que ni el mismo Rey, inclinando la balanza a favor de Medinaceli, logró suavizar; con intrigas de Éboli en la Corte de Madrid y con diversos problemas más. De entre ellos, hay que subrayar el apoyo de Inglaterra a los rebeldes en Flessinga y en otras operaciones, hasta que Burghley y Alba pactaron el 15 de marzo de 1573²⁴⁶.

Después de que se superaran las vacilaciones de don Fadrique, insistentemente espoleado por su padre, las tretas de los sitiados —*gueux*, mercenarios alemanes y otros rebeldes—, las intrigas de los rivales de Alba en Madrid, las de Hopperus —secretario para Flandes, hostil a Alba— y de los flamencos decepcionados de Alba en Bruselas, la situación acabó por mejorar. El envío de dinero, por parte de la Corona, a comienzos de 1573, el nombramiento del ebolista Requesens como gobernador —de momento, nada eficaz—, la recuperación de la salud del Duque y la derrota de las naves de Orange por la flota de Bossu (28 de mayo de 1573) parecían abrir paso a una nueva etapa. Pero, aparte de la pervivencia del sitio de Harlem, en el plano político la hostilidad hacia Alba no cesaba. Se le acusaba, sobre todo, de no respetar a los funcionarios nativos, de no hacer justicia y de interferir en la labor de

²⁴⁴ Ha sido descrito, con trazos gruesos y de acusado antiespañolismo, por BOOR, P. C., *Oorsprong begin en vervolgh der Nederlandsche oorlogen*, Amsterdam, 1679, I, pp. 417-419; HOOFT, P. C., *Nederlandsche Historien sedert de overdracht der herschappye van kaiser Karl den Vijfden koonig Philips zijnen zoon*, Amsterdam, 1624 y MOTLEY, *The Rise of the Dutch Republic*, pp. 407 y ss.

²⁴⁵ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 295. Remite para todas las campañas a MENDOZA, B. de, *Comentario de lo sucedido en las guerras de los Payes Baxos*, Madrid, 1592, pp. 477 y ss., y múltiples cartas de Alba a Felipe II.

²⁴⁶ Para estudiar la conexión entre Inglaterra y los rebeldes de los Países Bajos una obra fundamental es la de WILSON, CH., *Queen Elisabeth and the revolt of the Netherlands*, Berkeley, 1970. También, WILLIAMS, R., *The Actions of the Low Countries*, Ithaca-N. York, 1964. Véanse también los trabajos, antes mencionados, de Bernham y Rodríguez Salgado y el breve estudio, también citado, de FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, *The Great Duke of Alba as a public servant*, pp. 20-21.

los Consejos. Por su parte, Alba insistía en que la rebelión era religiosa, y como tal había que tratarla, y que no se podía confiar en los nativos para otorgarles puestos de responsabilidad y, en consecuencia, ni aceptaba, como solicitaban los ebolistas y el propio Rey desde Madrid, la revocación de la alcabala, ni se avenía a publicar el perdón en la forma que se le había propuesto el año anterior, hasta que Madrid otorgara instrucciones específicas. Su actitud fue vista con comprensión por Felipe II, y más cuando, después de siete meses, tras superar otras dificultades políticas menores, Harlem se rindió el 12 de julio de 1573. Alba hubo de vencer todavía otros escollos: tuvo que superar el amotinamiento de las tropas, no aceptó el saqueo de Harlem por parte de los suyos y no tuvo clemencia con los vencidos, para él rebeldes y herejes, que, una vez concluido el sitio, se mostraron altaneros. Y, en fin, el panorama político-militar español siguió sin aclararse. Don Fadrique, enfermo y abatido, pese a las instancias de su padre, no logró conquistar Alkmaar. Era el fin del gobierno de Alba.

- Los comienzos de Requesens

Luis de Requesens, un personaje en las antípodas de Alba, llegó a Bruselas en noviembre. Su mentor principal, Ruy Gómez de Silva, había muerto ya pero la facción ebolista, hostil como antes a Alba, seguía gozando de influencia en la Corte. El 23 de octubre, el Duque le había escrito a Antonio de Toledo: «Por el amor de Dios, libradme de este gobierno y, cuando no pueda hacerse de otro modo, hacedlo enviando a alguien que me dispare con un arcabuz..., porque nada hay ahora que más convenga al rey que esto»²⁴⁷. Requesens no podía creer que la altura de miras superase en el Duque a la propia estimación y al afán de mando y, en consecuencia, aplazó la transferencia de poderes. Pero convencido enseguida de que no cabían dilaciones, juró el cargo.

¿Triunfaría la política de combinar la fuerza con las concesiones?

3.2.1.4.3. El fracaso final de Alba en los Países Bajos

El 9 de diciembre, Alba retornó a España. En apariencia, había fracasado. El «descontento con el régimen», subraya Janssens²⁴⁸, «de los años anteriores se percibía por todas partes. El país estaba deshecho; la escasez de dinero, [pese a que Alba había gastado 12.000.000 de ducados]—, la falta de hombres [aun teniendo Requesens bajo su mando 62.000 combatientes, mal pagados, eso sí]— y las dificultades de conseguir material bélico impedían un tratamiento contundente de los rebeldes. El estancamiento del comercio completaba el cuadro de la crisis. La llegada de un nuevo gobernador generó en la población la esperanza de tiempos mejores, y el Duque de Alba cargó con toda la culpa de lo que había salido mal durante los años anteriores».

Desde el punto de vista de la estrategia, sus postulados fundamentales habían sido dos: practicar la «guerra limitada» y contar con una flota que complementara la acción de la infantería, la caballe-

²⁴⁷ Alba a Antonio de Toledo, 23 de noviembre de 1573, *Epistolario*, III, 545-546. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 31.

²⁴⁸ JANSSENS, *Don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 23.

²⁴⁹ Obra fundamental sobre el ejército y la guerra en el periodo es la de THOMPSON, I. A. A., *War and Government in Habsburg Spain, 1560-1620*, London, 1976 (ed. española, Barcelona, 1981). Véanse también los trabajos siguientes: BLACK, J., «Military Revolutions and Early Modern Europe: The Case of Spain», en GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica*, I, pp. 17-30; MUTO, G., «Strategie e Strutture del Controllo Militare del Territorio nel Regno di Napoli nel Cinquecento», en GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica*, pp. 153-170; GLETE, J., «The Power of Habsburg Spain and the development of European naus (1500-1700)», en GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica*, pp. 833-860; CASADO, J. L., «Entre el Mediterráneo y el Atlántico: los barcos de los Austrias», en GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica*, pp. 861-890.

ría y la artillería²⁴⁹. Pero, para su desgracia, ni contó nunca con fondos suficientes, ni tuvo a su disposición una flota, ni supo hacer una guerra de menores costes de la que practicó²⁵⁰. Hubiera preferido una centralización y control de todos los dispositivos militares por la Monarquía, pero los hechos acabaron por imponer la descentralización y dar cauce a muchas iniciativas privadas o aventuras personales. En todo caso, la historiografía reconoce que fue siempre un buen soldado, capaz de insuflar entusiasmo a los combatientes²⁵¹ y de dotar a los profesionales de la milicia de un acertado sistema de sueldos y primas y de un sistema de disciplina estricta, basada en el ejemplo.

Lo positivo de la obra del Gran Duque empalideció cuando él mismo perdió la confianza del Rey, y la Monarquía tuvo que hacer frente no solo a sus enemigos, sino a las perniciosas consecuencias para la guerra de la bancarrota de 1575.

En su descargo, deben tenerse en cuenta también, como él mismo denunciara, las intrigas nacidas de las luchas faccionales en la Corte y las obstrucciones fiscales y administrativas que hubo de vencer. ¿Habría sido más eficaz la política «abandonista» de Éboli? La adopción de medidas poco claras y poco coherentes «quizá hubiera evitado la guerra y mantenido una lealtad nominal», opina Maltby²⁵², «pero a un precio que todo monarca del siglo XVI habría considerado del todo excesivo. [Tal política] no sólo era inmoral desde la perspectiva regia, también era peligrosa desde el punto de vista de una Realpolitik internacional».

Albornoz, el secretario de Alba, en marzo de 1573, había enunciado el dilema que atenazaba, la política de su jefe: «si los españoles se quedan, las provincias se sublevarán; si se marchan, la religión se pierde»²⁵³. La política de Alba, pues, no obedecía a un mero autoritarismo o a un fanatismo torpe y elemental, sino a la convicción, difícil de entender si se juzga con mentalidad actual, de que la represión era una vía para mantener el respeto a la autoridad real y a la de la Iglesia. Tal vez todo habría evolucionando de otro modo si Felipe II hubiera accedido a la petición, que Alba formuló en 1568, de abandonar el poder²⁵⁴.

A partir de ese año, el declive del Duque era evidente. Enfermo, pudo comprobar, cada vez con más decepción y tristeza, que el monarca se había alejado de él. En una ocasión, al referirse a la búsqueda de un sucesor para el Duque, Felipe II había llegado a escribirle: «Fácilmente encontraré un sucesor bastante hábil y fiel que acabe por su moderación y clemencia una guerra que no habéis podido acabar con las armas ni a fuerza de severidad»²⁵⁵. Si en otras oportunidades sus defectos de carácter habían sido atemperados por el cálculo o la prudencia, en su etapa final de Flandes se dejó llevar por el fanatismo, la

²⁵⁰ Para comparar las ideas de Alba con las concepciones militares de la época véase ROBERTS, M., *The Military Revolution, (1560-1660)*, Belfast, 1956. La obra fundamental sobre el ejército y la guerra en la España de los Austrias, como queda dicho, es la de THOMPSON, *War and Government in Habsburg Spain*. También, QUATRE FAGES, R., *Los tercios*, Madrid 1983, y PARKER, G., *La Revolución Militar: Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente (1500-1800)*, Barcelona, reedición 2002).

²⁵¹ En julio de 1573, por poner un ejemplo, había vencido una amenaza, y se dirigió a sus soldados con estas vibrantes palabras: «Sois soldados de Dios, del Rey de España, de la nación y, ante todo, míos, por cada uno de los cuales derramaría yo la sangre que me queda sin dejar una gota en mi cuerpo. No desearéis que nos convirtamos, vosotros y yo, en el hazmerreír y el probio de las naciones». Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 311.

²⁵² MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 320.

²⁵³ Albornoz a Zayas, 8 de marzo de 1573, en AGS, E566, f. 119. Apud MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 304, nota 30.

²⁵⁴ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, p. 372, al referirse a la situación en 1570 escribe: «¿Qué gran ocasión para que el duque de Alba dejara, con toda dignidad, su cargo de gobernador de los Países Bajos!». Otros aspectos de la relación entre el rey y el Duque pueden verse en la misma obra, pp. 367-380 y 387-395.

²⁵⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, p. 389. Remite a FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, Contribución, p. 372.

xenofobia y la rigidez. En esa línea, gravemente equivocada, hay que situar su incapacidad para apoyar-se en los flamencos leales a la Monarquía y aumentar su número y el torpe recurso de situar en puestos de responsabilidad, casi exclusivamente, a españoles e italianos. Grave error fue también no reformar el *Tribunal de los Tumultos*, y no adoptar criterios legales adecuados para regular el acceso de sus miembros. En lo relativo a la alcabala, pese a los perfiles positivos que ya hemos subrayado, se equivocó al no confiar en sus colaboradores para aplicar el impuesto y exigir recaudaciones excesivas y luego ceder y aminorarlas. Careció, en fin, de capacidad de análisis al interpretar que los rebeldes se movían casi exclusivamente por motivos religiosos y al no saber atraerse a la nobleza. Pero el error máximo, central y definitivo, fue aplicar el terror como fórmula para sofocar la sublevación iniciada en 1572²⁵⁶.

3.2.2. El retorno del III Duque de Alba a España

El viaje de regreso a España, pese a sus incomodidades, abrió para el Duque una puerta a la esperanza. Pero la acogida no fue la que él podía esperar.

Las luchas faccionales seguían haciéndose notar en la Corte. El bando de Éboli estaba encabezado por el sinuoso, brillante y cínico Antonio Pérez²⁵⁷, ahora en plenitud de poder y contrario a Alba, y la intrigante y fascinante viuda de Éboli. No actuaban tampoco en beneficio de Alba las cartas que Requesens dirigía desde Flandes y la posición de Medinaceli, cuya hostilidad al Gran Duque estaba viva todavía²⁵⁸. Por si todo ello no fuera bastante el Duque tuvo que soportar críticas por el comportamiento de su hijo, don Fadrique²⁵⁹, a quien, injustamente, se atribuía culpa principal en los fracasos de Flandes y a quien, ni Requesens, ni Pérez, ni el propio Rey tenían simpatía. La incapacidad de don Fadrique para emular la relevante personalidad de su padre y para buscar apoyos y amigos, junto a las difamaciones de que le hicieron objeto sus adversarios explican que el Rey, siempre hostil a Fadrique, lo recluyera en Tordesillas.

En los años siguientes, Alba, que había caído en desgracia, desempeñó en política un papel desdibujado. En diciembre de 1574, Felipe II había creado una Junta especial para los asuntos de los Países Bajos, de la que, al igual que Alba, por entonces consejero de Estado, formaron parte otras personalidades nada afines al Duque. Las ideas de este apenas si se consideraron. En el plano político, convencido de que el viaje del Rey no era posible, pugnaba por que, al menos, viajara a Flandes don Juan de Austria, en nombre de su hermano, y se mostraba poco partidario de crear, como sugerían algunos, un Consejo de Flandes. En otro orden de cosas, tuvo la dudosa satisfacción de comprobar que la política de concesiones aplicada por Requesens —concretada en negociar con los rebeldes, publicar un perdón general y revocar la alcabala— no tenía más éxito que la suya, y lamentaría, sin duda, que Requesens, obligado a volver a las armas, muriera en el campo de batalla.

No más fortuna política tuvo don Juan de Austria, sucesor de Requesens, en Flandes. Las fantasías del hermanastro del Rey le llevaron a proyectar la conquista de Inglaterra y, para ello, negoció con el Papa, los católicos ingleses y Francia. El utópico proyecto de don Juan, malévolamente utilizado por A. Pérez, sirvió para que Felipe II, sorprendido en su buena fe, llegara, posiblemente, a dar por bueno que sicarios de A. Pérez asesinaran a Juan de Escobedo, el secretario del héroe de Lepanto, y abortar así tan sospechoso e inusitado proyecto²⁶⁰.

²⁵⁶ Para la etapa posterior a Alba, Requesens y Juan de Austria, véase GARCÍA GARCÍA, B. J., «Felipe II y la guerra de Flandes en la década decisiva», en *Felipe II y su época*, II, pp. 279 y ss.

²⁵⁷ MARAÑÓN, Antonio Pérez, I, pp. 188 y ss.

²⁵⁸ LOVETT, A. W., *Some Spanish Attitudes of the Netherlands*, en *TvG*, 85 (1972).

²⁵⁹ Para todo lo relativo a D. Fadrique por estos años, véase FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 389-392.

²⁶⁰ El vidrioso tema de Escobedo lo trata MARAÑÓN, Antonio Pérez, II, pp. 345-372.

Este desgraciado asunto, que afectaría a la buena imagen de Felipe II, se vio acompañado por otros incidentes relacionados con las luchas faccionales en la Corte. Uno de ellos tuvo como protagonistas a la viuda de Éboli y a don Fadrique, el hijo de Alba. Ana de Mendoza quería eximir a sus tierras de Nápoles de la penosa carga del acuartelamiento de tropas. Antes de resolver, Felipe II solicitó la opinión de Alba. Era de prever una respuesta negativa, y, en consecuencia, Ana de Mendoza, en colaboración con A. Pérez, encontró una justificación para perjudicar a Fadrique. Con malas artes, estimularon a María de Guzmán para que solicitara al Rey que don Fadrique se obligara a desposarla, tal y como —decía ella— le había prometido años antes. El monarca sometió la cuestión a una comisión, presidida por Pazos, presidente del Consejo de Castilla, pero Alba, que se oponía a un matrimonio alejado de las conveniencias de una gran familia, se adelantó a la respuesta regia, y facilitó el enlace de Fadrique con su prima, María de Toledo, hija de don García, marqués de Villafranca. Cuando el Rey tuvo noticia del hecho, reaccionó airadamente y encomendó a Pazos que buscara una solución. Después de las tensas entrevistas entre el Gran Duque y Pazos, el 22 de diciembre de 1578, y aunque Pazos optaba por la benevolencia, la comisión, tal vez por satisfacer al Rey, recomendó que se encarcelara a Alba. Pocos días después, el magnate fue desterrado a Uceda²⁶¹.

Estos acontecimientos, que pueden parecer menores, no solo contribuyen a completar los perfiles de la vida de Alba, sino que ponen de relieve que las luchas faccionales tocaban a su fin. Felipe II se había servido de ellas, pero, cuando consideró que no eran útiles, se decidió a buscar nuevas vías para que hombres alejados de bandos, como Mateo Vázquez²⁶² o Pazos, pasaran a primer plano. Si Alba había sido apartado de la Corte, Antonio Pérez, de cuya traición estaba ya el Rey al cabo de la calle, y Ana de Mendoza fueron arrestados el 28 de julio de 1579. En el tiempo siguiente, Pazos y Vázquez solicitaron clemencia para el Gran Duque y para doña Ana. Pero todas estas cuestiones pasaron a segundo plano cuando, a la muerte del viejo cardenal don Enrique, se planteó la sucesión portuguesa.

3.2.3. *Epílogo y final del Gran Duque. La sucesión portuguesa*

Muerto el joven rey Sebastián en Alcazarquivir (4 de agosto de 1578), la sucesión al trono de Portugal «se podía considerar abierta, ya que el tío [de Sebastián], el cardenal Enrique, que ascendió al trono, era anciano y estaba enfermo»²⁶³. Murió pronto, pero, antes de morir, el Cardenal había previsto fórmulas sobre la transferencia de la Corona a Felipe II, a cambio de preservar en su esencia las instituciones portuguesas²⁶⁴. La candidatura del monarca español era apoyada por la nobleza, el alto clero y los hombres de negocios, pero el bajo clero y el pueblo preferían a Antonio, prior de Crato, hijo bastardo del infante don Luis, no exento de encanto personal aunque poco capacitado para el gobierno.

Si quería mantener sus derechos, Felipe II tenía que desplazarse a Portugal y, para ello, debía dejar a una persona que coordinara la Administración en España, función que acabó por encomendar al veterano Cardenal Granvela. ¿Podría resolverse por la vía pacífica la sucesión portuguesa? Ya antes

²⁶¹ Observaciones básicas sobre las relaciones de Felipe II y Alba, en CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, II, pp. 528 y ss.

²⁶² LOVETT, *Philip II and Mateo Vázquez*.

²⁶³ LAPEYRE, *Las etapas de la política exterior*, p. 85.

²⁶⁴ Sobre los rasgos propios de la Monarquía portuguesa véase FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 396-399.

de que Felipe II viajara a Portugal se vio claro que, ante la actitud del prior de Crato, no quedaba más opción que la guerra²⁶⁵.

¿Quién encabezaría las tropas españolas? Granvela²⁶⁶, Pazos, Mateo Vázquez, Cristóbal de Moura y otros personajes apuntaban a Alba para desarrollar la misión, pero el Rey —por no reavivar las luchas faccionales, por mantener el principio de autoridad frente al Duque o por otros motivos— se resistió. Al final, aunque lo trató con aspereza y no lo recibió, acabó nombrando al viejo Duque²⁶⁷.

Había que conseguir un ejército de tierra que no suscitara hostilidad popular. Para ello, resuelto el tema del mando, se contó con unos 40.000 hombres, entre los que cabe citar, sobre todo, miembros de los tercios viejos y jóvenes soldados, a la vez, mercenarios italianos y alemanes, ingenieros y técnicos solventes y un pequeño contingente capitaneado por el duque de Medina Sidonia. La guerra en el mar la protagonizaron una flota mandada por Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Esta vez, contrariamente a lo que sucediera en Flandes, no hubo sorpresas respecto al aprovisionamiento de los combatientes.

El 13 de junio de 1580 Felipe II revisó las fuerzas y, a renglón seguido, los combatientes, con un Alba dispuesto a armonizar la energía con el buen sentido, iniciaron su avance. Fruto del mismo fueron la toma de Elvas, Estremoz, Montemor y, por fin, Setúbal, donde Alba pensaba encontrarse, aunque no fue así, con la flota de Santa Cruz. El objetivo final y definitivo sería Lisboa.

Tras conquistar Cascais —cuyo saqueo y el ajusticiamiento de Meneses fueron las únicas concesiones del Duque a la violencia—, cayeron la fortaleza de San Julián de Oeiras y la Torre de Belem. El alcalde de Lisboa, amenazado a la vez por las flotas de don Antonio y del marqués de Santa Cruz, no se atrevió a rendirse. A continuación, se produjo la batalla principal, en un barranco al oeste de la capital, por el que fluían las aguas del Alcántara hacia el Tajo. Don Antonio resistió más de lo esperado, pero el Duque, auxiliado por Próspero Colonna, Sancho Dávila y don Hernando —hijo de Alba—, obtuvo una inapelable victoria, como se ha dicho, de «esmerada planificación y perfecta ejecución». La ciudad no presentó, apenas, resistencia, pero el ejército a las órdenes del Gran Duque se topó con un inesperado enemigo: la peste. La enfermedad se extendió a España, y, si Felipe II logró salvar la vida a duras penas, no sucedió lo mismo con su esposa, Ana de Austria, muerta en el amargo trance.

Después de la victoria de Alcántara no faltaron problemas. Si Alba no pudo capturar al prior de Crato, sus capitanes conquistaron Coimbra y Oporto y, en definitiva, sometieron todo el Reino. Pero, a pesar de los éxitos, los adversarios del Duque criticaban que don Antonio siguiera libre y que se mantuvieran las protestas de los portugueses. Estas y otras cuestiones movieron a Felipe II,

²⁶⁵ Todo cuanto se diga sobre la inserción de Portugal en la Monarquía de Felipe II debe partir de la obra excelente de BOUZA, F., *Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1640). Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal católico*, Madrid, 1987. Un estudio clásico sobre la cuestión es el de DANVILA, A., *Felipe II y la sucesión de Portugal*, Madrid, 1956. Trabajos recientes de interés son los siguientes: OLIVEIRA, A. de, «Sociedade e conflitos sociais em Portugal nos finais do século XVI», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, V, pp. 7-41; BORRAMEO, A., «La Santa Sede y la candidatura de Felipe II al trono de Portugal», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, V, pp. 41-58; ADAO DA FONSECA, L., «A imagem de Filipe II na historiografia portuguesa», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, V, pp. 59-100; OLIVEIRA, A. de, «Felipe II e a «Revolta dos Portos Secos», 1591-1593», en ENCISO, RIBOT y BELENGUER, *Las sociedades ibéricas y el mar*, V, pp. 101-122. Sigue siendo útil la vieja obra de SUÁREZ INCLÁN, J., *La guerra de anexión en Portugal*, Madrid, 1897.

²⁶⁶ PHILIPSON, M., *Ein Ministerium unter Philipp II: Kardinal Granvela am Spanischen Hofe, 1579-1586*, Berlin, 1895; y VAN DURME, *El Cardenal Granvela*, pp. 351 y ss.

²⁶⁷ La actitud áspera del Rey y la generosa aceptación de la tarea por el Duque las ha explicado FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 395, 399 y 401.

preocupado por la opinión pública portuguesa, a enviar a Francisco Villasana, del Consejo de Castilla, para que informara sobre la situación²⁶⁸. Alba se sintió hondamente dolido y pidió al Rey que le relevara de su puesto. El monarca, atendiendo a razones de Estado y dando muestras de insuficiente gratitud a su leal colaborador, se opuso a la petición. El Gran Duque, que había sabido anteponer el servicio a la Monarquía a sus propios intereses, tuvo que hacer frente, con desigual fortuna, a asuntos tan variados como el combate contra la peste, la licencia del ejército, los conflictos urbanos, las labores de ordinaria administración, el nuevo impulso de la flota de las Indias Orientales y la persecución de Drake. En contraste con los factores negativos, los líderes españoles pudieron contemplar la esperanzadora proclamación de Felipe II como rey de Portugal por las Cortes de Tomar²⁶⁹. Cuando Felipe II llegó, en la primavera de 1581, observa Maltby, «Alba ya no hacía falta para gobernar, pero su experiencia y sus conocimientos... le hacían un consejero [muy cualificado]. Era impensable que pudiera regresar a su casa»²⁷⁰.

Desde el verano de 1581, el Gran Duque, pese a seguir cumpliendo su inveterada misión de consejero, vivió al margen de las grandes responsabilidades ejecutivas. Enfermo, preocupado por la enfermedad de su esposa, afligido por las decepciones, no acabó de perder la energía y la capacidad de trabajo. El diálogo con fray Luis de Granada sirvió a Fernando Álvarez de Toledo para escribir, con honda fe y serenidad cristianas, la última página de su vida. Al Rey, que le visitó poco antes de morir, le dijo: «No se ofreció negocio vuestro, aunque fuese muy pequeño, que no le antepusiese al mío, aunque fuese importantísimo». Y cuando le avisó su hijo, don Hernando, «que ya estaba en lo postrero..., [se sentía tan preparado] para la partida que dijo en una voz alta y corazón esforzado: «Vamos», como quien iba alegre a parecer ante Nuestro Señor»²⁷¹.

Murió en Lisboa, el 12 de diciembre de 1582, antes de que el marqués de Santa Cruz derrotara, con carácter definitivo, al prior de Crato en la isla Terceira.

²⁶⁸ La compleja relación del Rey y el Duque en los momentos a que aludimos la analiza, agudamente, con vértice en los factores personales, FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 406-408.

²⁶⁹ ¿Qué significado tiene la confluencia de las dos Coronas en Felipe II? «No se trataba», escribió LAPEYRE, *Las etapas de la política exterior*, p. 85 «de una anexión, sino de una simple unión personal, y el rey obró con prudencia al respetar las libertades portuguesas. En lo sucesivo, Portugal quedaba ligado a la política española y los recursos de su imperio de ultramar acrediarían prodigiosamente el poderío del soberano». Por su parte, BELENGUER, E. *El Imperio Hispánico*, p. 294, ha subrayado: «En Thomar el rey instaura un régimen político que mantiene el exclusivismo portugués en todas las instancias del reino. Nada de anexión a Castilla, sólo una agregación, con ventajas añadidas que garantizan la independencia propia y ayudan al país a salir de la crisis general en que se encuentra... Ningún extranjero, en ningún otro supuesto, ocupará oficio alguno en el reino, sea de justicia, de hacienda, de corregimientos locales, de representación en las Cortes, operativas éstas a todos los efectos... Una cierta ambigüedad permanece latente en el Portugal católico, que no renuncia —desconfiado— a los presidios militares y a un capitán general, en el que deposita, si hace falta, la defensa del país, pero en manos extrañas, en los tercios de Castilla».

²⁷⁰ MALTBY, *El Gran Duque de Alba*, p. 361.

²⁷¹ Las dos citas y una sugerente recomposición del final de la vida del Gran Duque en FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *El Duque de Hierro*, pp. 409-415.

CONFERENCIA DE CLAUSURA

ALBA DE TORMES, 26 DE OCTUBRE DE 2007



Institución Gran Duque de Alba

LA ÚLTIMA JORNADA: EL DUQUE DE ALBA Y LA CONQUISTA DE PORTUGAL

Irving A. A. THOMPSON

La conquista de Portugal constituía la mayor jornada militar emprendida dentro de la Península Ibérica durante toda la época de los Austrias¹. Mientras que la Armada Invencible llevó una fuerza de unos 30.000 hombres, entre aventureros, soldados, marineros y chusma; para la jornada de Portugal se juntaron entre 40 y 50.000 soldados, unos 35.000 de ellos para entrar en Portugal por Badajoz, y 15.000 soldados llevados a bordo de las 60 y pico galeras y las 14.000 toneladas de los 30 navíos de vela mayores juntados en el Puerto de Santa María, además de numerosas chalupas y barcos menores. Se proyectó la leva de más de 80 compañías de bisoños en España, reforzados por 3.000 veteranos españoles de Italia, 5.000 mercenarios italianos y 5.000 alemanes. Cuatro mil españoles de los tercios de Flandes no llegaron a tiempo para tomar parte².

Para el aprovisionamiento de 40.000 bocas para cinco meses, aparte de los hombres a bordo de las galeras y la armada, hacían falta 162.000 quintales de bizcocho, la mitad más de lo que se llevó en la Armada de 1588. Casi no quedó un rincón de España no tocado por la presencia del comisariado. Se procuraron 200.000 fanegas de trigo de la cosecha andaluza de 1579, 100.000 de Tierra de

¹ Sobre la jornada militar en Portugal destaca la obra clásica de SUÁREZ INCLÁN, J., *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Don Felipe II*, 2 vols., Madrid, 1897-1898; además, RUBIO, J. M., *Felipe II y Portugal*, Madrid, 1927; DANVILA, A., *Felipe II y la sucesión de Portugal*, Madrid, 1956; BOUZA ÁLVAREZ, F., *Portugal en la monarquía hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico*, 2 tomos, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1987; FERNÁNDEZ CONTI, S., «La Junta Militar de Portugal 1578-1580», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., PINTO CRESPO, V. y MARTÍNEZ MILLÁN, J. (coords.), *Política, religión e inquisición en la España moderna: homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid, 1996, pp. 287-308.

² Archivo General de Simancas, Guerra Antigua (en adelante AGS GA), legajo 95, fol. 159: «Relación del estado en que según se entiende está de presente el Armada y Ejército de S. Md.», 26.2.1580: infantería española 21.596, italiana 6.564, alemana 5.000, gastadores 2.200, caballería y arcabuceros de a caballo 2.107, y además 4.000 españoles esperados de Flandes, y 3.000 para levantar en Galicia y Asturias, 89 galeras con su chusma y gente de guerra ordinaria, 39 naos gruesas de Levante («sin haver ninguna natural destos Reynos»), 57 chalupas, caravelas y barcones.

LA ÚLTIMA JORNADA: EL DUQUE DE ALBA Y LA CONQUISTA DE PORTUGAL

Irving A. A. THOMPSON

La conquista de Portugal constituía la mayor jornada militar emprendida dentro de la Península Ibérica durante toda la época de los Austrias¹. Mientras que la Armada Invencible llevó una fuerza de unos 30.000 hombres, entre aventureros, soldados, marineros y chusma; para la jornada de Portugal se juntaron entre 40 y 50.000 soldados, unos 35.000 de ellos para entrar en Portugal por Badajoz, y 15.000 soldados llevados a bordo de las 60 y pico galeras y las 14.000 toneladas de los 30 navíos de vela mayores juntados en el Puerto de Santa María, además de numerosas chalupas y barcos menores. Se proyectó la leva de más de 80 compañías de bisoños en España, reforzados por 3.000 veteranos españoles de Italia, 5.000 mercenarios italianos y 5.000 alemanes. Cuatro mil españoles de los tercios de Flandes no llegaron a tiempo para tomar parte².

Para el aprovisionamiento de 40.000 bocas para cinco meses, aparte de los hombres a bordo de las galeras y la armada, hacían falta 162.000 quintales de bizcocho, la mitad más de lo que se llevó en la Armada de 1588. Casi no quedó un rincón de España no tocado por la presencia del comisariado. Se procuraron 200.000 fanegas de trigo de la cosecha andaluza de 1579, 100.000 de Tierra de

¹ Sobre la jornada militar en Portugal destaca la obra clásica de SUÁREZ INCLÁN, J., *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Don Felipe II*, 2 vols., Madrid, 1897-1898; además, RUBIO, J. M., *Felipe II y Portugal*, Madrid, 1927; DANVILA, A., *Felipe II y la sucesión de Portugal*, Madrid, 1956; BOUZA ÁLVAREZ, F., *Portugal en la monarquía hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico*, 2 tomos, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1987; FERNÁNDEZ CONTI, S., «La Junta Militar de Portugal 1578-1580», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., PINTO CRESPO, V. y MARTÍNEZ MILLÁN, J. (coords.), *Política, religión e inquisición en la España moderna: homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid, 1996, pp. 287-308.

² Archivo General de Simancas, Guerra Antigua (en adelante AGS GA), legajo 95, fol. 159: «Relación del estado en que según se entiende está de presente el Armada y Ejército de S. Md.», 26.2.1580: infantería española 21.596, italiana 6.564, alemana 5.000, gastadores 2.200, caballería y arcabuceros de a caballo 2.107, y además 4.000 españoles esperados de Flandes, y 3.000 para levantar en Galicia y Asturias, 89 galeras con su chusma y gente de guerra ordinaria, 39 naos gruesas de Levante («sin haver ninguna natural destos Reynos»), 57 chalupas, caravelas y barcones.

 Institución Gran Duque de Alba

LA ÚLTIMA JORNADA: EL DUQUE DE ALBA Y LA CONQUISTA DE PORTUGAL

Irving A. A. THOMPSON

La conquista de Portugal constituía la mayor jornada militar emprendida dentro de la Península Ibérica durante toda la época de los Austrias¹. Mientras que la Armada Invencible llevó una fuerza de unos 30.000 hombres, entre aventureros, soldados, marineros y chusma; para la jornada de Portugal se juntaron entre 40 y 50.000 soldados, unos 35.000 de ellos para entrar en Portugal por Badajoz, y 15.000 soldados llevados a bordo de las 60 y pico galeras y las 14.000 toneladas de los 30 navios de vela mayores juntados en el Puerto de Santa María, además de numerosas chalupas y barcos menores. Se proyectó la leva de más de 80 compañías de bisoños en España, reforzados por 3.000 veteranos españoles de Italia, 5.000 mercenarios italianos y 5.000 alemanes. Cuatro mil españoles de los tercios de Flandes no llegaron a tiempo para tomar parte².

Para el aprovisionamiento de 40.000 bocas para cinco meses, aparte de los hombres a bordo de las galeras y la armada, hacían falta 162.000 quintales de bizcocho, la mitad más de lo que se llevó en la Armada de 1588. Casi no quedó un rincón de España no tocado por la presencia del comisariado. Se procuraron 200.000 fanegas de trigo de la cosecha andaluza de 1579, 100.000 de Tierra de

¹ Sobre la jornada militar en Portugal destaca la obra clásica de SUÁREZ INCLÁN, J., *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Don Felipe II*, 2 vols., Madrid, 1897-1898; además, RUBIO, J. M., *Felipe II y Portugal*, Madrid, 1927; DANVILA, A., *Felipe II y la sucesión de Portugal*, Madrid, 1956; BOUZA ÁLVAREZ, F., *Portugal en la monarquía hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico*, 2 tomos, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1987; FERNÁNDEZ CONTI, S., «La Junta Militar de Portugal 1578-1580», en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., PINTO CRESPO, V. y MARTÍNEZ MILLÁN, J. (coords.), *Política, religión e inquisición en la España moderna: homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid, 1996, pp. 287-308.

² Archivo General de Simancas, Guerra Antigua (en adelante AGS GA), legajo 95, fol. 159: «Relación del estado en que según se entiende está de presente el Armada y Ejército de S. Md.», 26.2.1580: infantería española 21.596, italiana 6.564, alemana 5.000, gastadores 2.200, caballería y arcabuceros de a caballo 2.107, y además 4.000 españoles esperados de Flandes, y 3.000 para levantar en Galicia y Asturias, 89 galeras con su chusma y gente de guerra ordinaria, 39 naos gruesas de Levante («sin haver ninguna natural destes Reynos»), 57 chalupas, caravelas y barcones.

Campos, y 100.000 más importadas de Sicilia y Nápoles³. Para finales del año 1581, se habían gastado casi dos millones y medio de ducados en la empresa y quedaba, por lo menos, otro medio millón todavía sin pagar⁴.

El plan estratégico formulado para mediados de 1579 preveía una penetración doble por tierra y por mar, culminando en un desembarco cerca de Cascais para provocar la sumisión de Lisboa. Este plan parece derivar de dos planes alternativos propuestos a finales de 1578 «para lo que se podría ofrecer», uno por el marqués de Santa Cruz, otro por el duque de Alba⁵. El de Alba propuso una fuerza de intervención de 8.000 infantes españoles, 4.000 italianos, 8.000 alemanes, con 4.000 gastadores y 3.000 artilleros y ministros del ejército, un total de 27.000 hombres, y además una armada de 83 galeras llevando unos 4.200 cabos y 14.000 remeros, una fuerza algo menor de la que el marqués había propuesto, tanto como la que finalmente se juntó para la jornada. Es de interés también que la propuesta del duque se diferenció de la de Santa Cruz en el mayor número de infantería alemana que emplearía aquel, relativo a los soldados italianos y los bisoños españoles. Empero, parece que durante todo el año de 79, después de su exilio de la Corte en enero de este mismo año⁶, el duque no tuvo ninguna parte ni en el desarrollo de la estrategia ni en los preparativos militares. No hay que sorprendernos entonces de que, nombrado al mando del ejército el 20 de febrero de 1580, no estuvo el de Alba muy al día con el estado de las cosas, como él mismo admitió en carta desde su exilio en Uceda al Secretario de Guerra, Juan Delgado: «Yo, señor, no puedo hablar sino generalmente, y así he dicho aquí a v. m. lo que me ocurre, como lo podría decir un hombre que viniese del otro mundo, nuevo a este, que yo tengo cerrados los ojos a todas las cosas que tenéis proveídas»⁷.

Contrastando con la magnitud de las prevenciones, las acciones militares de la guerra fueron modestas. Puede ser que Danvila vaya demasiado lejos al decir que «esta guerra, que es un episodio memorable de nuestra historia y digno remate de la vida del gran don Fernando de Toledo, no puede calificarse con exactitud de campaña, desde el momento que no encontró resistencia formal sino en escasas proporciones, quedando, por tanto, reducida a un prodigioso paseo militar»⁸, pero seguramente era correcto el juicio de don Cristóbal de Moura: «Es gran ejército el que se trae para tan chico adversario»⁹.

³ Francisco Duarte al duque de Alba, Sevilla, 17.4.1580, *CODOIN* 32, pp. 74-78; «Relación que se dio Francisco Duarte de la provisión de su cargo», Sevilla, 22.4.1580, AGS GA 95, f. 38; «Relación de los mrs. que por mandado de S.Md... se me an proveído para la compra y conducción de las 100.000 fanegas de trigo que compré en Tierra de Campos y otras partes», Licenciado Alonso Pérez de Varaiz, Valladolid, 4.10.1581, AGS Consejo y Juntas de Hacienda, leg. 131 (ant. 189).

⁴ AGS GA 140, f. 69, «Relación del tanteo... con el pagador Francisco de Portillo del dinero que se le a librado y mandado entregar para los gastos de la jornada de Portugal, desde que fue proveído hasta fin del año passado de 581, así para el ejército y armada que para ella se juntaron, como para las de la Tercera, y reçagos de la que Don Pedro de Valdés juntó en Galicia, y para otros efectos, y de lo pagado y embiado a las partes donde se le ha ordenado para que en ellas lo distribuyen las personas por él nombradas, en el qual dicho tanteo va yncluso y comprehendido lo del que se hizo hasta fin de 581», Lisboa, 16.1.1582; cargo 928.302.186 mrs., data 918.940.257½ mrs.; AGS GA 136, f. 64, provisión de 450.000 ducados para la paga de las deudas que se deven de bastimentos tomados en el Andalucía; AGS Contaduría Mayor de Cuentas, 2ª época, leg. 558, Andrés Sanz de Portillo: «Cargo de los maravedis recibido por cuenta de las provisiones del cargo del fator Francisco Duarte», Sevilla, 7.1.1583=212.355.891 mrs.

⁵ AGS GA 88, f. 374.

⁶ Para las circunstancias relevantes al exilio del duque, véanse MALTBY, W. S., *Alba. A Biography of Fernando Alvarez de Toledo. Third Duke of Alba, 1507-1582*, Berkeley, 1983, cap. XIII, y KAMEN, H., *The Duke of Alba*, New Haven-London, 2004, pp. 136-143.

⁷ Alba a Delgado, Uceda, 20.2.1580, *CODOIN* 32, p. 12.

⁸ DANVILA, *Felipe II y la sucesión de Portugal*, p. 6.

⁹ Alba a Felipe II, Estremoz, 3.7.1580, *CODOIN* 32, p. 198.

Durante unas tres semanas no se encontró ninguna resistencia. En efecto, la primera acción de alguna importancia no ocurrió hasta el desembarco en Cascais frente a unos pocos miles de infantes portugueses y 400 caballos, el 30 de julio¹⁰. Si bien —como, con un cierto desprecio, el mismo duque informó— los portugueses lo llamaron batalla, verdaderamente no era más que escaramuza¹¹. Hasta la única acción de importancia, la del Puente de Alcántara, el 25 de agosto, la que precipitó la caída de Lisboa, se trataba en la Corte como nada más que escaramuza, opinión que molestaba bastante a los del campo militar, quejándose Jerónimo de Arceo, secretario del duque, al Secretario de Estado, Gabriel de Zayas: «V. m. nos hace gran agravio a los que somos soldados en dar nombre de escaramuza a la que fue batalla, y tan en forma como la que se dio a los 25, pues en ella concurrieron todas las circunstancias que deben concurrir en las batallas, y aún muchas más, porque fue combatiendo en los alojamientos propios de los enemigos escuadrones con escuadrones, los unos y los otros con sus banderas, y cañoneándose el un campo con el otro, demás de lo que se hacía por la mar; de manera, señor, que esta fue batalla campal, y es muy bueno que los portugueses llamaban batalla a una pequeña escaramuza que se tuvo al desembarcadero, y que llamemos nosotros a ésta 'escaramuza', concurriendo en ella tantas cosas como he dicho a v. m., y lo dirán todos los que la vieron»¹².

La disminución del factor militar en la anexión de Portugal, el cuestionamiento de si verdaderamente se la debía calificar de «conquista» y la crítica, implícita o explícita, de la conducción militar de la jornada estaban relacionadas con cuestiones jurídicas tanto como con las rivalidades en la Corte entre partidarios y emuladores del duque, y entre los militares y los políticos y diplomáticos¹³. Frente a tales críticas, el prior don Hernando de Toledo defendió la conducción profesional de su padre contra la presunción de los cortesanos: «el mal es, señor, que los que profesan esta facultad y los que no la profesan todos quieren ser generales; que el ejército sea encantado; siempre invencible; que viva del aire, sin hacer cuenta de ninguna falta ni necesidad; que en ninguna cosa haya contrarios, ni desgracia; y no solamente quieren esto, pero que también las victorias y reinos se ganen por el camino que a ellos les parece, y no por el que conviene, que aun desta libertad quieren privar al que lleva a costas la máquina de estos trabajos y se desvela días y noches en ellos... los hombres no son ángeles ni pueden lo imposible; de cualquier manera que sea, esto es acabado sin ningún género de dubda, y tras haber ganado un reino, y tal, sin ningún encuentro, desgracia ni pérdida con tan poca sangre de los nuestros que no debe haber costado cien hombres más que cien mill, muy alegremente llevaremos en paciencia estas cargas, pues se ha cumplido con Dios, con el rey y con la patria de la manera que se ha hecho»¹⁴.

En todo caso, la acción en el Puente de Alcántara efectivamente puso término a la campaña militar: «con la jornada de ayer», escribió el duque, «se ha acabado lo de aquí, como se podía esperar de la justicia de V. Md.»¹⁵. Para Alba el asunto nunca había sido el resultado final, sino el tiempo por el que podría tardar y las consecuencias de dicha tardanza. Algunos días más tarde, escribió al rey: «[Dios] sea alabado, que por cierto, señor, grandes gracias se le deben de ver un negocio como este, que yo siempre, aunque no dudé de que se habría de acabar, pero temí la longura dél y que se hubiera de invernar con las armas en la mano, y vello esto todo acabado en un día, y que hoy se está en este reino tan sin poder imaginar que sea menester dispararse un arcabuz en todo él para tener V. Md.

¹⁰ Alba a Felipe II, Cascais, 1.8.1580, *CODOIN* 32, p. 347.

¹¹ «... la batalla (que llaman ellos batalla la escaramuza que yo digo a V. M. que tuvimos el día que desembarcamos)». Alba a Felipe II, Cascais, 1.8.1580, *CODOIN* 32, p. 349.

¹² Arceo a Zayas, Lisboa, 30.8.1580, *CODOIN* 32, p. 497.

¹³ Alba a Zayas, Lisboa, 19.1.1581, *CODOIN* 33, p. 454.

¹⁴ Prior don Hernando de Toledo a Zayas, Lisboa, octubre de 1580, *CODOIN* 31, pp. 229-230.

¹⁵ Alba a Felipe II, Belém, 27.8.1580, *CODOIN* 32, p. 471.

posesión dél y obediencia entera, y que esto se haya hecho en dos días menos de dos meses, que a 27 de junio salió este ejército de V. Md. de Cantillana, y a 25 de agosto a mediodía era todo de V. Md., que aun para llegar acá solamente de hacer el camino parece que era menester todo este tiempo»¹⁶.

Dada la limitada importancia bélica de la jornada, la dirección del duque se caracterizaba principalmente por la preparación cuidadosa, por la que en toda su carrera siempre se le conocía, la atención a la logística, la proceeduría, los transportes y la disciplina, asuntos que predominaban en su correspondencia desde los primeros momentos de su llegada a Llerena en la segunda mitad del mes de marzo¹⁷. Sobre todo Alba reconocía que el suministro era en sí mismo un arma de la guerra. A este respecto Portugal presentaba al ejército invasor dificultades inmensas de avituallamiento. Todo se tenía que procurar anticipadamente. Escribió el duque: «Me hallo negociando con el marqués de Auñón [el proveedor general] sobre lo de las vituallas y carruajes, y con [el ingeniero] Juan Bautista Antoneli para ir mirando por dónde se ha de encaminar esta vitualla, y la forma que se ha de tener para que no muramos todos de hambre, y que con nuestro desorden demos a los enemigos las armas para deshacernos; y es verdad, cierto, que es una de las cosas que, cuanto ha que traigo ejército del emperador, nuestro señor, y de S. Md., más me han fatigado la cabeza, porque no hallo cosa firme sobre qué reposarla; que en otros países poco o mucho siempre se halla en la campaña algo que comer, y hasta hoy pudo ningún príncipe avituallar su ejército sin vivanderos... y aquí señor... ni hay vivanderos ni los puede haber, y es fuerza de llevarlo todo con nosotros... demás desto los ministros que V. Md. tiene ay, descaminan los que vienen aquí con vituallas, y si los rebeldes quisiesen hazernos guerra no nos la podrían hazer mejor que esto... en otros exércitos de V. Md. que yo e governado no pasava trabajo sino con los enemigos, aquí pássole mayor con los amigos»¹⁸.

Con una comprensión fina de la psicología del soldado raso, entendía perfectamente que «comprar vino del dinero de V. Md., haviéndolo de traer de los lugares lexos de donde vamos, sería un gasto yntolerable, y avíase de comprar caro por V. Md. y dar caro a la gente, porque como sea de V. Md. no lo quieren en precio alto, y trayéndolo a vender el vivandero, aunque le pida 10 ducados por el arroba se los dan»¹⁹. Esta fue la situación a principios de abril, pero las dificultades del avituallamiento no se resolvieron. Todavía a mediados de octubre los problemas quedaban (al parecer) sin superar, y no cesaban las quejas: «la falta de las vituallas me va premiando y apretando de manera que no sé lo que he de hazer, ni dónde volver la cabeza; [digo] que aunque se reviente no abrá más que para quatro meses, y temo lo que se abrá de padecer de allí adelante... yo no puedo dexar de gritar por vituallas y dinero»²⁰. Sin embargo, la verdad es que después de casi cuatro meses de campaña todavía había vituallas para otros cuatro meses. El sistema no había fallado. Vemos aquí la técnica habitual del duque de emplear un lenguaje exagerado, hasta podemos decir colérico, como instrumento para conseguir sus propios fines, en este caso para incitar la movilización administrativa.

Si se ha dicho que una de las piernas sobre las que el ejército marcha es el estómago, la otra es la disciplina. Problema no menos difícil y no más fácil resolver, como admitió el Comisario General, Pedro Bermúdez: «Solo una cosa de mucha importancia y consideración hay que advertir, que es tan grande la desorden de los soldados deste ejército en robar y saquear sin consideración de amigos ni

¹⁶ Alba a Felipe II, Lisboa, 30.8.1580, *CODOIN* 32, p. 489.

¹⁷ La correspondencia sobre la jornada de Portugal con Felipe II, del Secretario de Estado, Gabriel de Zayas, y del Secretario de Guerra, Juan Delgado, se halla en el Archivo General de Simancas, secciones de Estado y de Guerra Antigua, recopilada en gran parte en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España* [*CODOIN*], principalmente en los tomos 32, 33, 34 y 35.

¹⁸ Alba a Delgado, Llerena, 2.4.1580, AGS GA 99, f. 45; Alba a Felipe II, Santa Lucía, 5.7.1580, AGS GA 99, f. 146.

¹⁹ Alba a Delgado, 11.10.1580, AGS GA 106, f. 26.

²⁰ Alba a Delgado, 11.10.1580, AGS GA 106, f. 26.

enemigos, que temo algún gran castigo de Dios; y es cierto que el duque hace lo que puede y es posible un hombre de su edad; pero se ejecuta tan mal como esto, por falta de los que imos cabo él, que en lugar de remediarlo somos los primeros en la desorden»²¹. Unas semanas más tarde el duque, junto al castillo de San Juan, escribió desesperado al rey sobre su incapacidad de remediar una situación que amenazaba agravar los sentimientos de los portugueses: «Tengo cerrado todo el campo, de día como de noche, tomado de mar a mar para que no pueda salir soldado a correr, porque no me bastan cuantas diligencias he hecho, cuantos he ahorcado, cortado cabezas, echado en las galeras para tene-llos en freno y empleados en ello cuantos hombres de cabo tengo en el campo, todo no me basta, porque es un motín general que a todos nos trae desatinados sin sabernos dar manos a remediarlo. Ayer se ahorcaron montones dellos, y cada día se hace... La mala ventura les ha metido en el cuerpo la mayor codicia que se ha visto en el mundo, y yo, cuanto ha que trato soldados, jamás me he visto en lo que agora me veo con ellos»²². En muchos aspectos, y típicamente, trataba a sus propios soldados delincuentes con mucha más severidad que a los adversarios portugueses que se hallaron forzados a someterse al rey español.

Por supuesto, la razón de la jornada era política —la reducción de Portugal y de sus pueblos a la obediencia a Felipe II—, por lo que necesitaba un equilibrio hábil de la amenaza y práctica de la fuerza, la que a fin de cuentas tenía que avalar el requerimiento para la sumisión, con la necesidad de evitar aumentar la resistencia y hostilidad a la sucesión española. Alba era muy partidario de la creencia (tan corriente en su día) en la eficacia de las alternativas: premio-castigo, blandura-dureza. Se le nota en la instrucción otorgada a sus enviados para tratar con las autoridades de Estremoz: «con toda la blandura y mejor semblante que pudiere, les dirá que yo vengo en nombre de S. Md. con este su felicísimo ejército a ponerle en posesión de este reino, habiendo Dios sido servido dalle el derecho después de la muerte del rey don Enrique; que los que vinieren como buenos vasallos a reconocer esto y dalle la obediencia, traigo mandato de S. Md. de recibillos con el amor y buena voluntad que deben ser recibidos los buenos vasallos fieles y reconocientes a su señor, y traigo las fuerzas que S. Md. ha sido servido encargarme para castigar a los rebeldes que no le prestaren la obediencia y el juramento que buenos vasallos deben prestar a su rey y señor natural, y concederles las gracias que S. Md. por un memorial envió a los gobernadores de que haría merced a todo el reino, reconociéndole por rey y señor, y que así se les dará a ellos, viniendo hoy por todo el día a dar la obediencia y prestar el juramento que deben»²³. Siempre iba con mucha cautela para obrar dentro del marco de las normas y leyes militares establecidas, y con equidad entre una parte y otra, pero al mismo tiempo con más flexibilidad, en casos particulares, de la que quizás algunos podrían suponer, si le parecía necesario para desviar motivos de resistencia o facilitar una salida aceptable.

Como generalísimo en Portugal, don Fernando se comportó muy diferentemente del duque de Alba de la leyenda negra y de la propaganda neerlandesa en Flandes. Dada la rendición pronta y voluntaria, Alba respondía generosamente: caso de Villa de Frontera, de parte de la cual pide al rey, «suplico sea servido hacelles la merced y gracia que merecen tan buenos vasallos conforme a lo que yo aquí les he ofrecido, conservándoles en sus privilegios y costumbres, concediéndoles lo que les puede tocar por la gracia y merced que V. Md. hizo a todo este reino en el mes de marzo pasado en las Cortes de Almeirim»²⁴. No obstante, aun habiendo resistencia, actuaba con discreción: caso de Montemor, donde permitió a los de la villa quedarse con sus armas, «porque son pocas, y la voz

²¹ Pedro Bermúdez a Delgado, Setúbal, 2.8.1580, *CODOIN* 32, p. 353.

²² Alba a Felipe II, junto a San Juan, 17.8.1580, *CODOIN* 32, p. 420.

²³ «Instrucción de lo que el señor D. Álvaro de Luna ha de hacer y tratar con el alcaide, juez y veadores del castillo y villa de Estremoz», 1.7.1580, *CODOIN* 32, p. 194.

²⁴ Alba a Felipe II, Santa Lucía, 5.7.1580, *CODOIN* 32, p. 199.

corriera, y fuera indignar a los demás, que harto basta la que tienen a la nación; y por este respeto les dije hoy que yo sabía que algunas personas que con poca consideración se habían movido a alterar esta villa, que en nombre de V. Md. les perdonaba lo pasado, como perdonaba todos los otros delitos que tocaban a V. Md., no siendo feos ni atroces, pero que de hoy en adelante cada uno mirase cómo vivía... y al juez dije aparte que tomasen aquellos que habían hecho la alteración y les diese una muy buena reprensión, y les significase que el que no viviese como había de vivir se procedería contra él»²⁵. Sensible a la reputación de «cruel» que le perseguía²⁶, hacía todo lo posible para evitar la necesidad de tomar las poblaciones por asalto y para obviar el saco y el derramamiento de sangre que haría inevitable una rendición tardía o rechazada. «Confieso a V. Md. que demás de lo que V. Md. me tiene mandado, a mí se me junta el cielo con la tierra de pensar si he de entrar en aquella ciudad [Lisboa] por fuerza y querría antes perder la vida que hacello»²⁷. Pidió por su propia cuenta perdón por los que habían servido a don Antonio: «Tengo por cosa indubitada que queriendo V. Md. hacer este perdón, haría un gran servicio a Dios estorbando tantos males... Yo, señor, no solamente no puedo dejar de ser de parecer que V. Md. lo haga, pero de suplicárselo de rodillas por lo que tengo dicho»²⁸. Se preocupaba también por las necesidades ordinarias de los naturales, por los problemas del avituallamiento que tocaban a estos tanto como a sus soldados, y por los requerimientos de la sementera para asegurar la próxima cosecha²⁹.

Efectuada la sumisión de Portugal, la última tarea del duque fue encabezar el gobierno interino del Reino mientras que llegase el Rey con la Corte desde su estancia en Badajoz, estancia prolongada hasta principios de diciembre por el contagio que puso en peligro la vida del rey y provocó la muerte de su cuarta esposa, la reina Ana. Era una responsabilidad para la cual ni se sentía bien preparado el duque, ni la que a tan avanzada edad le apetecía mucho. Como escribió a Zayas, «en lo del poder que v. m. dice platicaron esos señores, diga a v. m. y a ellos, que en ningún tiempo yo no quiero gobernar a Portugal, ni lo sabría hacer, porque el estar el hombre forzando día y noche su voluntad, aunque fuese de cabeza muy bastante (que la mía no lo es), no se podría acertar, y fuera de todo esto en ninguna manera del mundo podía convenir ponerse allí los ojos en esto»³⁰. En primer

²⁵ Alba a Felipe II, Montemor, 10.7.1580, *CODOIN* 32, p. 226.

²⁶ Alba a Felipe II, Cascais, 1.8.1580: «V. M. me mandó se hiciese ejemplo cortando las cabezas a los que se tomasen con las armas en la mano peleando contra V. M.; este mandato que V. M. me hizo, me acuerdo particularmente fue tratando deste D. Diego [de Meneses], y, aunque tengo este mandato de V. M., a mí se me hace cierto muy de mal derramar sangre de caballeros, y ganar el nombre que sin culpa mía esta nación ha querido darme de cruel; pero, como yo, señor, tuve siempre el negocio de V. M. por poco que fuese en él, muy delante de mis particulares, no sabría en ninguna manera del mundo echar por otro camino, viendo lo que V. M. me mandó», *CODOIN* 32, p. 349.

²⁷ Alba a Felipe II, junto a San Juan, 20.8.1580, *CODOIN* 32, p. 428.

²⁸ Alba a Felipe II, Veras, 15.8.1580, *CODOIN* 32, p. 409.

²⁹ Alba a Delgado, Llerena, 17.4.1580: «La resolución del tiempo en que se ha de mandar caminar la infantería, depende de lo que se acordare con el marqués de Santa Cruz, porque hasta entonces, ...no conviene sacarla de sus alojamientos, porque no anden destruyendo la tierra sin propósito, ni acercallos a la frontera, porque no nos coman la vitualla», *CODOIN* 32, p. 71; Alba a Felipe II, Estremoz, 3.7.1580: «No quiero dejar de dar a V. M. la enhorabuena de haberse habido esta villa y castillo sin sangre, y espero en Dios que todo sucederá desta manera. Yo voy en quanto pueda excusando las desórdenes, pero es esta gente tan miserable que de cuatro pepinos se lamentan como si tomasen a otro muy gran hacienda; a algunos voy dando alguna recompensa con que quedan muy contentos», *CODOIN* 32, p. 196; Alba a Felipe II, Montemayor, 11.7.1580: «Suplico a V. M. mande recoger muy bien y hacer a la villa alguna recompensa del daño que han recibido, porque aunque no ha sido notable, no pudieron dejarse de alojar la gente en los olivares y pomares, que es la principal hacienda que tienen, y siéntenlo de manera que no acaban de lamentarse, y no me maravillo, que es su principal hacienda», *CODOIN* 32, p. 232; Alba a Delgado, Belem, 26.8.1580: «No me escribe v. m. nada de lo que se ha hecho en las 100.000 fanegas de trigo que se habían de proveer en Campos y llevar a Galicia, y si no se ha dado orden para esto, conviene mucho que se haga con mucha brevedad, porque como escrivo a S. Md. aquí se antevé la necesidad grande que ha de passar este reyno este año y el que viene por no les aver quedado con qué sembran», *AGS GA* 105 f. 16.

lugar, no conocía el sistema de gobierno portugués: «Yo, señor, podré mal atender a esto, porque ni la orden de los tribunales, ni el estilo de acá, ni ninguna de las cosas de cuantas eran menester saber, ninguna noticia tengo dello, y tardaría mucho más en sabello que el tiempo que será menester para dar V. Md. otra orden, y un hombre con setenta y tantos años a cuestas ponerse ahora a oficio tan nuevo que sea menester deprender los nominativos dél, es vergüenza y impertinencia, y nunca las cosas que se deprenen en esta edad entran bien en la cabeza»³¹. Tampoco creía poder fiarse de los naturales, pidiendo al rey que le socorriese con la presencia de don Juan de Silva, conde de Portalegre, para reducir su dependencia total de los naturales para informaciones y consulta, «porque yo, señor, estoy sin un hombre con quien poder platicar la menor cosa del mundo, ascuras de todas las cosas, habiendo de informarme de los del país, ques una información muy sospechosa por los odios y envidias que esta nación tiene, que no lo niegan ellos, y mi cabeza tan flaca y acabada, como cabeza de 73 años que vive sobre la tierra»³². Su secretario, Arceo, reflejaba sin duda los sentimientos del duque en una carta a Zayas: «El duque, mi señor, ha quedado tan cansado... que no sé como ha tenido cabeza para sufrir tantas impertinencias y pesadumbres como las que esta gente tratan, que yo prometo a v. m. son harto peores de sufrirlos desarmados que armados, y que no sintió el duque tanto cansancio el día de la batalla como le ha sentido hoy»³³. No quería el de Alba más que poder dejar las responsabilidades de gobierno lo más pronto posible: «la venida de S. Md. conviene que sea tan breve que no haya necesidad de que yo tenga más autoridad de la que tengo para los negocios que yo aquí he de hacer, que han de ser casi como un agente, encaminando a que no paren los negocios ordinarios de justicia, gobierno y hacienda, y las cosas graves, consultándolas todas a S. Md. para que se despachen por la vía y forma que S. Md. entendiere convenir más a su servicio»³⁴.

La extensa correspondencia del duque entre febrero de 1580 y su muerte, el 11 de diciembre de 1582, sirve para mucho más que permitirnos reconstruir sus actividades en la jornada de Portugal y en el establecimiento del gobierno de los Austrias en el reino luso. Nos ofrece una entrada al carácter del hombre, a sus actitudes y modos de pensar, y a los principios que gobernaban sus acciones en el estadio último y más maduro de su vida. Por eso esta documentación nos permite acercarnos a los fundamentos subyacentes a su comportamiento político a lo largo de su carrera.

El centro de sus convicciones es la creencia convencional en la fuerza como instrumento del juicio y de la justicia de Dios: «Debemos dar gracias a Dios que puso en S. Md. la justicia y la fuerza, que por el acuerdo o por las armas él será servido que S. Md. goce del derecho que él le dió, y lo de las armas, cuando sea menester pasar adelante con ellas lo que humanamente se puede juzgar, ellas declararía la causa por S. Md., y si Dios fuere servido que sea por este camino, él lo

³⁰ Alba a Zayas, Lisboa, 10.9.1580, *CODOIN* 32, p. 573.

³¹ Alba a Felipe II, Lisboa, 30.8.1580, *CODOIN* 32, p. 491.

³² Alba a Zayas, Lisboa, 9.9.1580, *CODOIN* 32, p. 569.

³³ Arceo a Zayas, Lisboa, 11.9.1580, *CODOIN* 33, p. 10.

³⁴ Alba a Zayas, Lisboa, 5.9.1580, *CODOIN* 32, p. 550; Arceo a Zayas, Lisboa, 11.12.1580: «Yo digo a v. m. que el duque está muy mal aquí, y no sé yo crueldad en el mundo tan grande como hacer estar aquí a un príncipe como él... Por amor de Dios y por lo que v. m. quiere y desea al duque nos le saque de aquí luego, pues ningún beneficio le puede v. m. hacer mayor en su vida... y yo, por lo que la deseo y veo que conviene para que no le perdamos, acuerdo a v. m. esto, y se lo suplico con lágrimas», *CODOIN* 33, p. 324; Alba a Zayas, Lisboa, 12.12.1580: «En el silencio que por allá se usa conmigo se echará de ver lo poco que yo tengo aquí que hacer... Mire v. m. de la manera que me hallo, y sobre todo que no hay hombre que no diga ¿qué hace aquí el duque? ¿en qué entiende, estando ya el rey en el reino?», *CODOIN* 33, p. 330.

hace todo, y veremos claro que su voluntad suya seguirla y darle muchas gracias por ello»³⁵. Alba tenía un sentido casi medieval de la religiosidad de la fuerza, un sentido de la prueba de las armas como la voz de Dios y de la milicia como instrumento de su voluntad: «Doy infinitas gracias a Dios por haber sido yo el instrumento por donde se han conseguido... los buenos sucesos que aquí se han tenido»³⁶. El fin de la fuerza es el sostenimiento, no tanto de la «reputación», de que raramente habla, sino de la «autoridad». La «autoridad», en contraste con la reputación, es una calidad intrínseca, descendente, función de la jerarquía, por razón de la cual los superiores (las autoridades) son los que toman las decisiones y llevan la responsabilidad, y los menores los que tienen que actuar conforme a su posición. Así, la fuerza es instrumental, sujeta a fines políticos, esfera de militares que actúan conforme a las reglas generales de la justicia ejecutiva y se cargan con el peso del rigor, mientras que la gracia y la merced individuales son calidades discrecionales y prerrogativas de la realeza. Así, Alba actúa como militar estrictamente de acuerdo con el derecho militar, el derecho de guerrear, el *ius in bello*; es parte del rey, de Felipe II, ejercer las competencias de la realeza y disponer de la prerrogativa de la clemencia. «El hacer los rigores es a mí, y a V. Md. usar de su acostumbrada clemencia, y así lo hará con este caballero [se refiere al alcaide de Estremoz] cuando le pareciere tiempo»³⁷.

Porque la «autoridad» dependía del apoyo de la fuerza, era imprescindible mantener ilimitada la potencialidad del empleo de la fuerza sin que fuese socavada por capitulación, ruego, concesión, o por excesivas consideraciones jurídicas. El duque de Alba siempre era cauteloso sobre las desventajas de la negociación, que podía servir como excusa para la dilación, o para excluir la posibilidad de una intervención militar oportuna, poniendo así todo en riesgo. «Lo que yo quería evitar sería todo género de capitulación; procurallo he por todas las vías que pudiere»³⁸. «No dudo que todo el fin de los portugueses es dilación y negociación, y hasta agora no han visto por qué tomar otro camino; y es muy ordinario de los que no tienen caudal para la fuerza, tomar el camino de la negociación; pero quien tiene la fuerza, como S. Md., es necesario tome el que le conviene para acabar más presto sus negocios»³⁹.

Así, sentía una hostilidad fundamental hacia los políticos, los diplomáticos y los letrados, todos los cuales representaban actitudes que podían limitar la efectividad militar. «Y si los que están allí fueran el Próspero Colona y el Emperador... aún de muy mala gana viniera yo a que S. Md. aventurara a perder negocio ganado sobre sus palabras... y si ellos se engañan y no se acaba, ¿con lo que dicen se acabará? Será muy mala recompensa el daño que viene el decir ellos después, 'engañámonos, pésanos'»⁴⁰.

No menos importante para el duque fue proteger el uso de la fuerza contra un legalismo inadecuado y contra los procedimientos poco apropiados del derecho civil: «Hacer S. Md. gracia y perdonar después es muy bien, pero introducir apelaciones y vía ordinaria en los ejércitos no se puede hacer... que será una de las peores introducciones que se podrían hacer en la guerra, porque si se toma la vía ordinaria jamás se hará justicia, ni habrá sino demandas y respuestas y escritos, como las hay en las audiencias, y conviene muchas veces en la guerra cortar un hombre la cabeza, porque pisó el

³⁵ Alba a Zayas, Llerena, 27.4.1580, CODOIN 32, p. 100.

³⁶ Alba a Delgado, Lisboa, 31.8.1580, CODOIN 32, p. 499.

³⁷ Alba a Felipe II, Estremoz, 3.7.1580, CODOIN 32, p. 196.

³⁸ Alba a Felipe II, San Juan, 12.8.1580, CODOIN 32, p. 384.

³⁹ Alba a Zayas, Llerena, 15.4.1580, CODOIN 32, p. 65.

⁴⁰ Alba a Delgado, Uceda, 20.2.1580, CODOIN 32, p. 10.

sol, y pasado aquel trance no meresce un papirotazo; y no habrá hombre en el mundo que se atreva desta manera a traer un ejército bien gobernado, ni con la disciplina que conviene»⁴¹.

No es que rechazase lo jurídico —él mismo era perfectamente capaz de discutir puntos de derecho hasta con el renombrado jurisconsulto Luis de Molina, por ejemplo⁴²—, pero sí que priorizaba las normas y valores del derecho militar sobre los procedimientos del derecho civil. Observaba estrictamente las reglas tocantes al tratamiento de los enemigos, por ejemplo las que requerían la rendición de plazas sitiadas antes de que se emplazase la artillería, o que se desplegasen los sitiadores, o que se produjera el cambio de fuego, si quisiesen evitar el saqueo y la retribución legitimados por el *ius in bello*⁴³.

Para el duque, de acuerdo con la opinión ordinaria, dos instrumentos se podían utilizar para mantener la autoridad y establecer la obediencia: «En estos negocios», escribe, «hay dos maneras de ejemplos: la una, regular y acariciar mucho a los que enteramente vinieren a la obediencia, porque a su imitación lo hagan los demás; la otra, castigar con mucho rigor los pertinaces para ejemplo de los demás. Espero yo en Dios que de esto postrero no será menester usar, sino que han de venir todos con gran voluntad, dando a S. Md. lo suyo»⁴⁴. Sin embargo, nos da la sensación de que le valía más la ejemplaridad del castigo que la de la caricia, más la del miedo que la del amor, todo lo cual implica una cierta rigidez, quizás a veces una ferocidad, en la imposición de penas, tanto sobre sus propios soldados, como sobre los del enemigo: «Lo que yo, señor, principalmente pretendo es abreviar, para que primero que entre el invierno, V. Md. esté señor pacífico deste reino, el cual por amor se tiene ya muy bien visto que no han de hacer más virtud de la que el miedo les hiciere hacer, y este es menester ponerse, cuando la razón y la justicia lo demanda... y así me he resuelto de hacelle cortar mañana la cabeza y ahorcar al alcaide de la muralla del castillo con algunos tres o cuatro, y a los otros soldados todos, que serán hasta 40, echállos en galera»⁴⁵. El escape de don Antonio y la inesperada prolongación de la resistencia afectiva de los portugueses a la obediencia al rey de Castilla motivaron en el duque una frustración con la esperanza de ganar las voluntades y un énfasis cada vez mayor en el castigo, tanto para poner el freno del miedo a los obstinados como para dar satisfacción a los leales⁴⁶. No obstante, no estaba mal dispuesto

⁴¹ Alba a Delgado, Setúbal, 27.7.1580, *CODOIN* 32, pp. 327-328; Alba a Zayas, Lisboa, 16.9.1580: «Antes que se venga a él [el usar del perdón] se haya hecho castigo notable, y para hacer este castigo conviene poner personas y formar un tribunal para solas estas materias con su fiscal; cometello a un tribunal ordinario no convendría, porque nunca proceden los ordinarios en materias tan extraordinarias como estas con el calor y rigor que se debe proceder», *CODOIN* 33, p. 36.

⁴² Alba a Zayas, Talavera, 16.5.1580: «Lo que Molina dice que sería romper la guerra admitir las villas que vinieren a dar la obediencia, yo estoy de diferente opinión, si esta pendencia fuera con otro príncipe o persona libre, no hay duda que ocuparlos sus plazas sería meramente acto de hostilidad; pero que de los vasallos rebeldes se admitan los que quisieren venir a dar la obediencia, que esto sea romper guerra, yo no lo puedo entender así. Si ellos quieren tenerse por príncipes soberanos o república libre, razón tendrán de decirlo, pero no la tendrán de pensar que lo son, y faltándoles la calidad que podría hacer esta hostilidad, poco importa lo que ellos en su imaginación se forjasen, y por esto yo no dudaría de admitir en cualquier tiempo todas las que viniesen a hacer lo que deben», *CODOIN* 32, p. 147.

⁴³ Alba a Delgado, Cascais, 1.8.1580: «Hallé al castillo desta villa tan bravo que fue menester plantarle el artillería como se acabó de hacer hoy a las dos después del mediodía, y habiendo aguardado el cañón más de dos horas, quisieron los de dentro parlamentar, y no se les dio lugar a ello, mas de decilles que si querían rendirse que abriesen la puerta del castillo; hiciéronlo así», *CODOIN* 32, p. 344; Alba a Felipe II, del campo sobre la torre de San Juan, 11.8.1580: «Yo bien quisiera defender los burgos que no se saquearan, pero, como tengo escrito a V. Md., hallando enemigos en ellos y saliendo de allí arcabuceados, no fue posible», *CODOIN* 32, p. 378.

⁴⁴ Alba a Zayas, Llerena, 17.4.1580, *CODOIN* 32, p. 69.

⁴⁵ Alba a Felipe II, Cascais, 1.8.1580, *CODOIN* 32, p. 349.

⁴⁶ Alba a Zayas, Lisboa, 21.9.1580: «Es menester que se meta luego la mano al castigo, porque andan el mundo de bellacos por aquí tan desvergonzados como si no hubiesen hecho nada, y los malos se ríen ya del negocio y de mí, y los buenos dan gritos», *CODOIN* 33, p. 65; «Lo del perdón general, en la forma que ahí se dice, no me parece bien por ninguna parte que lo mire... En lo de Lisboa es verdad que es menester poner mucha justicia y muy buen gobierno, tanto que hay pocos días que no digan públicamente, viva el rey don Antonio; y la causa desto es no haber hasta ahora castigado a nadie, y por esto

a mitigar los castigos, aunque por imperativos políticos y militares antes que por consideraciones jurídicas o humanitarias. Desistió de ajusticiar al alcaide de Estremoz, a pesar de su obstinación, porque, aunque «las leyes de la guerra bien permitían el cortarle la cabeza; pero esta gente está tan remota de las costumbres della que pensarían que era rigor de las leyes de Castilla, y no ley tan justa, como quitar la vida al que aguarda los términos que este caballero ha guardado»⁴⁷. Siempre se justificaba el terror como un mal menor que abriese camino a la pacificación: «Tiénese por tan necesario enfrenarlos con un poco de miedo, que sin duda se vernía a mayores inconvenientes y derramar mucha sangre, si no se toma este camino»⁴⁸. «Si S. Md. pensase ganar agora la voluntad de los deste reino, engañarse, porque es menester primero enfrenallos a todos con el miedo, muy enfrenado no ha de ser con malos tratamientos, sino con uno o dos ejemplos como este, y castigo en particular que ha de preceder al perdón general; por este camino se hará de tal manera esto que digo, los temá S. Md. debajo del pie, sin que nadie ose hablar en su causa, y después de tenello desta manera han de venir las buenas obras y regalos»⁴⁹.

Pero lo que más destaca de la personalidad del duque de Alba es su marcado carácter de militar de profesión y su devoción práctica a la profesión de la milicia. El duque veía lo militar como estado aparte, con su propio fuero, reglas y normas. Tenía un fuerte sentido de la imprescindibilidad del profesionalismo militar y un profundo aprecio de las instituciones necesarias para la formación del buen soldado: la memoria corporativa de los tercios y compañías viejas, la importancia del soldado viejo como levadura para inculcar la pericia, la disciplina y el espíritu de cuerpo a los bisonños —así «se pueden contar todos por banderas viejas, y temá S. Md. milicia española vieja, que toda se puede contar por vieja... que con ella sola me atrevería yo a hacer la conquista, y mantendría S. Md. la milicia vieja desta nación para siempre, porque aquellas banderas son las reliquias solas que han quedado de la milicia después que nuestra nación tuvo nombre, y que por amor de Dios suplico a S. Md. sea servido creerme en esto, aunque no me crea otra cosa en mi vida... que una compañía de aquellas con sola el asta y un palmo de bandera hará los soldados leones»⁵⁰—. Y los «soldados leones» tenían que tener oficiales tan profesionales como aquellos mismos. El Gran Duque nunca apreció la aristocracia como virtud militar en sí: «son tan grandes los inconvenientes que se siguen de mezclar soldados viejos con oficiales que no son tan soldados como ellos, que en oliéndolos a estos no los estiman en un maravedí, y los huellan debajo de los pies, que es el camino por donde se viene más presto a destruir y acabar esta nación de cuantos pueden suceder entre ella»⁵¹.

El meollo de su concepción de la milicia como estado particular era la independencia de la justicia militar y la preeminencia de la jurisdicción extraordinaria de los bandos, los cuales «son leyes para lo de la milicia tan firmes e inviolables como cuantas escribieron Bártolo y Baldo»⁵². Pero cuidaba de la observancia de los bandos tanto para respetar los derechos de los soldados como para disciplinarlos. Así defendía el acceso de los soldados al botín en los casos justificados por el derecho de guerra: «a los soldados no se les puede quitar lo que es suyo, que los soldados que vienen peleando y siguiendo el alcance hasta Lisboa, lo que hallan en el camino es suyo, y así lo que tomaron de particulares se lo hago bueno»⁵³. Tenía opiniones fijas del valor de los soldados de las diferentes naciones, premiando a los españoles del ejército

todos piensan que están perdonados, y que por nada que hagan los han de castigar», Alba a Delgado, Lisboa, 29.9.1580, *CODOIN* 33, p. 87.

⁴⁷ Alba a Felipe II, Estremoz, 3.7.1580, *CODOIN* 32, p. 196.

⁴⁸ Alba a Zayas, Lisboa, 6.10.1580, *CODOIN* 33, p. 105.

⁴⁹ Alba a Zayas, Lisboa, 24.9.1580, *CODOIN* 33, p. 77.

⁵⁰ Alba a Delgado, Uceda, 23.2.1580, *CODOIN* 32, p. 18.

⁵¹ Alba a Zayas, Lisboa, 12.9.1580, *CODOIN* 33, p. 17.

⁵² Alba a Felipe II, Setúbal, 18.7.1580, *CODOIN* 32, p. 271.

⁵³ Alba a Felipe II, Belém, 26.8.1580, *CODOIN* 32, p. 466.

de Flandes y particularmente a los alemanes —«aunque se vendiere la capa, es necesario traerlos»—, despreciando a los italianos: «Italianos, por amor de Dios, S. Md. no traiga más, que será dinero perdido»⁵⁴.

Pero quizás la mejor indicación de su reputación como militar de profesión es el respeto recíproco del duque hacia el soldado profesional y de los mismos soldados hacia él. Una de las razones de su nombramiento como capitán general del ejército de Portugal, se dice, fue que se temía del descontento de los militares si no se le nombraba. Está dicho que, al llegar noticias de su fallecimiento, se lamentaron públicamente de que «ha muerto el buen padre de sus soldados»⁵⁵.

El duque de Alba se nos presenta en su pragmatismo, en su profesionalismo y en sus actitudes hacia la disciplina y el castigo, como representante característico del tipo de la mentalidad militar —en mi opinión tan importante como las mentalidades letrada, burócrata, burguesa, religiosa, sobre las que los historiadores han tenido tanto que decir—. El tipo militar —fácilmente reconocible al investigador con conocimiento de la documentación de los consejos y de las peticiones y memoriales particulares— me parece clave para entender las actitudes que entran en las deliberaciones y en la formación de las resoluciones políticas. Sin embargo, el tipo militar, por lo menos para la época moderna, se ha estudiado más bien como una caricatura literaria, el soldado fanfarrón, bombástico, cobarde, en la tradición de la comedia clásica romana. De hecho, como se puede imaginar, la realidad es bastante diferente.

El tipo militar, ejemplarizado en el personaje del duque de Alba, es mucho más complejo-aristocrático, más crudo; más que simplemente pragmatista, es instrumentalista; reglamentario, pero flexible; no adverso a verter la sangre, pero solo si el fin lo justificase. El tipo se identifica en el caso del duque de Alba particularmente en el lenguaje, en el discurso y habla, aspectos centrales para la identificación de los tipos sociales. Aunque el tipo del militar no es necesariamente incompatible con el mecenazgo de las artes y de las letras, directo o indirecto, dentro de las más de mil páginas de las cartas del duque escritas en estos años, no se encuentran citas, referencias, ni otra ninguna indicación de que las escriba un hombre imbuido de conceptos y nociones renacentistas o cultos. Típicamente el habla del duque se caracteriza por lo explosivo, lo exagerado, lo desenfrenado, lo incauto. Cuando un fraile franciscano, venido de Lisboa para pedir que no se saquee la ciudad, le dijo, «muy desvergonzadamente», que «Lisboa no haría sino lo que el rey don Antonio le mandase», le despertó al duque una cólera tal que «estuve por darme un puntillazo en las narices»⁵⁶. Cuando un enviado de don Antonio le dijo que también se había de dar por bueno todos los gastos que había hecho de la corona real: «A mí se me subió la mostaza a las narices, y echele con el diablo»⁵⁷. Respecto al mal estado de las vituallas, «verdaderamente a mí me congoja y me pudre la sangre de verlo»; «aunque se reviente no abrá más que para quatro meses... yo no puedo dexar de gritar por vituallas y dinero»⁵⁸. Respecto a la leva de reclutas particulares por las villas y ciudades: «yo aseguro a v. m. que de lo que hasta aora las villas han hecho es de tan gran daño a la empresa que si yo no estoy loco no podían ingleses ni franceses hazer mayor socorro a aquel Reyno»⁵⁹.

Lo que se nota, por ausente, en la correspondencia del duque, es alguna referencia a su experiencia como Gobernador en los Países Bajos. De lo que se acuerda de aquellos años son los soldados, y su profesionalidad y corporativismo. Fuera de eso, no hay más que una excepción, significativa, aunque oblicua, por la que podemos empezar a sentir el peso de aquel malogrado pasado sobre la conciencia del duque, cuando respecto al ajusticiamiento de don Diego de Meneses, escribió al rey, «a mí se me hace

⁵⁴ Alba a Delgado, Uceda, 20.2.1580, *CODOIN* 32, pp. 12-13.

⁵⁵ Citado por KAMEN, *The Duke of Alba*, p. 161.

⁵⁶ Alba a Felipe II, Cascais, 1.8.1580, *CODOIN* 32, p. 350.

⁵⁷ Alba a Felipe II, junto a San Juan, 20.8.1580, *CODOIN* 32, p. 429.

⁵⁸ Alba a Delgado, 11.10.1580, AGS GA 106, f. 26.

⁵⁹ Alba a Delgado, Llerena, 5.5.1580, AGS GA 99, f. 117.

cierto muy de mal derramar sangre de caballeros, y ganar el nombre que sin culpa mía esta nación ha querido darme de cruel» —acusación de que se le tachará más de una vez⁶⁰. Las memorias que tiene —o por lo menos las referencias que hace— son del tiempo del Emperador, de quien se ha dicho que el duque nunca pudo hablar sin lágrimas en los ojos, mientras que servía a Felipe II por obligación⁶¹. Es este sentimiento de obligación al servicio del Rey, o quizás mejor dicho al de la Corona, lo que le motiva; obligación que sobrepasa el orgullo, la congoja, incluso se puede decir el deber mismo.

La fidelidad fue para él la virtud política primordial, la que se debía respetar incluso en el caso de los portugueses leales desde el principio a don Antonio: «que estos nunca han jurado y reconocido a V. Md. por señor, si bien esto no los relleva de culpa para que V. Md. pudiese cortalles las cabezas y tomalles las haciendas, todavía lo tengo por diferente caso de rebelión de los que hubiesen jurado a V. Md., y esto me parece que es un particular que podría mover el ánimo de V. Md. para usar de su clemencia y benignidad, dejándolos con las vidas y con las haciendas»⁶². Es decir, para el duque de Alba la fidelidad no era solamente una disposición pasiva, que se limitaba a la mera obediencia. Había en ella algo que en su caso se puede identificar casi como paternal: «Cuando Dios quisiere hacemos tanto mal que nos faltase S. Md. y fuese menester yo para poner a su hijo en esta silla, la hacienda, el contentamiento y la vida y todo lo que un hombre puede tener en la tierra, todo lo pondré para allanárselo y ponérselo en término que si me quedase vida le pueda yo suplicar me deje ir a morir a mi rincón, y la obligación en que la ternura con que yo quiero a S. Md. me ha metido, es de manera que no solamente haría yo esto que digo por su hijo, pero lo haría por la menor voluntad de todas cuantas yo supiese que él había dejado en este mundo»⁶³.

A los 74 años ya no veía más salida. En septiembre de 1580 escribe al secretario Zayas: «Yo quedo cual v. m. podrá imaginar, pues me ha sobrado la vida hasta venir a verme en la congoja y fatiga que al presente me veo, que no sé como acierto a decir palabra, y creo que no acierto; plegue a la misericordia de Dios que él se sirva despertarnos en amenaza, sin descargar el azote»⁶⁴. Podemos dejarle entonces, ya viejo y cansado, aunque todavía le quedaba un par de años de vida, debilitada su acostumbrada autoridad, pero todavía llevado por la obligación primordial del deber de servicio a Dios y a su Rey, con un epitafio derivado de sus propias palabras, epitafio que él muy bien pudiera haber dirigido con mucha pertinencia a nosotros mismos y a todo nuestro oficio: «verá v. m. [escribe al secretario Delgado] ... de aquí no faltarán autores que escriban menudencias. V. m. me la haga de procurar que se me pida la quenta en grueso después de acabada la jornada, que yo la daré como S. Md. fuere servido; y si los hestoriadores tuviesen a sus cuestras esta máquina verían cuán diferente negocio es estar escribiendo a la sombra que tener a cargo negocios de tanta importancia»⁶⁵. Ha sido la suerte del Gran III Duque de Alba que son los historiadores los que, en la sombra, le han tomado la cuenta.

⁶⁰ Alba a Felipe II, Cascais, 1.8.1580, *CODOIN* 32, p. 349; Alba a Zayas, Lisboa, 8.10.1580: «Yo no me he metido al castigo, ni me meteré sin orden de S. M., porque sin hacerlo me tienen allá y acá por cruel, y yo aseguro a v. m. que, si cuando llegué aquí ahorcara una docena de bellacos de los de la ciudad (que hay muchos) y cortara las cabezas de cuatro o cinco de los que se prendieron en la batalla, que hablaran otro lenguaje y anduvieran de otra manera en favor de D. Antonio; pero, como han visto que no se les ha castigado por lo que han hecho, no se les da nada en continuar aquello», *CODOIN* 33, p. 111.

⁶¹ La observación es la de Brantôme, citada por KAMEN, *The Duke of Alba*, p. 158.

⁶² Alba a Felipe II, Veras, 15.8.1580, *CODOIN* 32, p. 408.

⁶³ Alba a Zayas, Lisboa, 10.9.1580, *CODOIN* 32, p. 573.

⁶⁴ Alba a Zayas, Lisboa, 9.9.1580, *CODOIN* 32, p. 563.

⁶⁵ Alba a Delgado, Montemor, 9.7.1580, *CODOIN* 32, p. 215.

FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO
Duque de Alba y cabeza de linaje



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

DE STIRPE GOTHORUM: LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO Y SU LINAJE HASTA DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO

Félix MARTÍNEZ LLORENTE
Universidad de Valladolid

Cuando el 29 de octubre de 1507 nace en Piedrahíta, cabeza de uno de los más importantes señoríos de su propiedad, el tercero de los vástagos de García Álvarez de Toledo y de Beatriz Pimentel, herederos de la Casa ducal, a quien se le impondrá el nombre de Fernando como homenaje al Rey Católico, felizmente retornado hacia un año al trono de su esposa en calidad de regente, su linaje había llegado a alcanzar en escasamente una centuria las más altas cotas de prestigio y encumbramiento en el seno de la nobleza castellana.

En su apellido Toledo, con el que serán conocidos a lo largo de los siglos, harán continua declaración del solar en el que radicaba su prosapia. Una ciudad, antigua capital del reino gótico, a la que habían venido vinculándose desde generaciones y de cuya primitiva definición institucional venían siendo protagonistas de excepción desde su recuperación para el mundo cristiano y su integración en el reino de León bajo el reinado de Alfonso VI de León (1072-1109), en mayo de 1085.

Sin embargo, resulta compleja la tarea de identificación de ese linaje de primera hora, de aquel que les proporcionaba no solo su adscripción y naturaleza nobiliaria sino sus primeros timbres de gloria en la defensa de la cristiandad y del reino. Una circunstancia ya apreciada por los primeros genealogistas de la Casa que propiciará la artificiosa construcción de una tan alta como improbable prosapia que tendría su principio en la figura de un supuesto personaje de regio linaje de nombre Pedro Comneno, familiar de los emperadores bizantinos Comnenos (1081-1261).

Las escuetas notas proporcionadas por Fernán Pérez de Guzmán sobre el primer señor de Alba de Tormes, don Gutierre Álvarez de Toledo (1376-1446), contemporáneo suyo, en su célebre obra biográfica *Generaciones y semblanzas*, nos proporcionan una de las más antiguas referencias escritas a tan legendario origen gentilicio, del que se hará eco el autor con cáustico escepticismo y escasa convicción¹. Poco

¹ «...Omne de grant linaje, que de parte de su padre fue de los de Toledo, que es un linaje de grandes e buenos caballos. Dizen algunos deste linaje e aun parece por alguna escritura, aunque en estoria auténtica non se falla, que vienen de un

más de media centuria más tarde, Fernando del Pulgar, al trazar el retrato literario del primer conde de Alba de Tormes, don Fernando Álvarez de Toledo (1398-1464), en sus *Claros varones de Castilla* (1486), pasará por alto dicha circunstancia, incidiendo tan solo en la antigüedad nobiliaria del linaje, al que vincula familiarmente, eso sí, con la caballería toledana más rancia².

Pero será el genealogista Gonzalo Argote de Molina (1548-1598) quien aprecie en los linajes mozárabes toledanos el origen último de algunas de las más significadas familias de la nobleza castellana, entre ellas la de los Toledo, en su celebrada *Nobleza de Andalucía* (1588), fijando en ocho el número total de parentelas que dispusieron de tal naturaleza³. Es más, con el ánimo de afirmar su noble condición personal, hará de todos ellos esforzados caballeros que habrían ejercido su profesión hasta en los tiempos de la ocupación amiri de la ciudad: «nunca dejaron la santa fe, ni perdieron su nobleza y caballería». Como «linage de los antiguos, ilustres cristianos, de linage de los godos, que el rey D. Alonso halló en Toledo cuando la ganó» calificará finalmente en otro apartado de su obra a los ancestros de D. Fernán Álvarez de Toledo, a la par que establece en «D. Esteban Illán, natural de aquella ciudad y señor de la Torre de San Román della» la cabeza dinástica⁴.

Solar toledano, ascendencia goda y lazos de sangre con la familia imperial bizantina serán los tres pilares básicos sobre los que comenzará a cimentarse, desde fines del siglo XVI, la crónica gentilicia del linaje Toledo. A ellos deberemos sumar un cuarto pilar, proporcionado por cierto manuscrito, datable entre 1580 y 1585, que lleva por título *Nobiliario de los reynos hispanos* –cuyos editores vinculan en su autoría al círculo de Esteban de Garibay, entre otros–, en el que se enuncia por vez primera a Esteban Illán, caballero mozárabe toledano, como cabeza de toda la parentela. Afirma el mencionado tratado genealógico nobiliario al hablar de la Casa de los Toledo:

TOLEDO. En Toledo asentó un caballero llamado don Esteban Illán, hermano del príncipe de Grecia, el cual casó altamente. En tiempo de éste quiso el rey de Castilla hacer pechar a los moradores de Toledo, y fue el rey en persona a efectuarlo y por consejo de

conde don Pedro, hermano del emperador de Constantinopla, que vino a España a la guerra e conquista de los moros» (PÉREZ DE GUZMÁN, F., *Generaciones y semblanzas*, ed. José Antonio Barrio Sánchez, Madrid, 1998, pp. 153-154). Siglos más tarde, Luis Salazar y Castro (1716) buscará apoyatura documental histórica para dicho Pedro entre los diplomas coetáneos, hallándola equivocadamente en la persona del conde Pedro Ansúrez, presente en la conquista de la ciudad del Tajo en 1085, a quien llegará a identificar con el supuesto príncipe bizantino: «Don Pedro, conde de Carrión, que vivía el año 1088 y tres antes se halló en la conquista de Toledo. Está recibido siglos ha que fue Príncipe griego y que nació el 8 de abril de 1053, hijo de Isacio Comneno César y nieto de Isacio Comneno, que tuvo el Trono Imperial de Constantinopla, año 1057» (SALAZAR Y CASTRO, L., *Índice de las glorias de la Casa Farnese*, Madrid, 1716, p. 587).

² «Don Fernand Álvarez de Toledo, conde de Alva, hijo de Garcí Álvarez de Toledo e nieto de Fernand Álvarez de Toledo, era de linaje noble de los antiguos cavalleros de aquella ciudad...» (PULGAR, F. de, *Claros varones de Castilla*, ed. Miguel Ángel Pérez Priego, Madrid, 2007, p. 115).

³ «Desde el tiempo que el rey D. Rodrigo último de los godos perdió a Toledo, hasta que el rey D. Alonso el VI la tomó a cobrar, en que pasaron cerca de 400 años, los caballeros cristianos godos que en aquella ciudad quedaron, nunca dejaron la santa fe, ni perdieron su nobleza y caballería, pagando a los reyes moros su tributo. Y no admirará a nadie esta grandeza y constancia de los españoles, si considerare que muchos años después (en tiempo del rey D. Juan el I) pasaron de África a Castilla los caballeros Farfanes, que tan lejos de su patria y en tan extraño reino conservaron su nobleza y ley por mayor discurso de años, padeciendo martirios y trabajos con los enemigos de la fe cristiana. Estos caballeros de Toledo, dicen, fueron ocho linajes, de quien descenden los apellidos de Toledo, Palomeque, Illán, Puertocarrero, Gudiel, Cervatos, Roelas y los Armildez, los cuales fueron parte para que el rey don Alonso quedase pacífico en el señorío de aquella ciudad. Fueron llamados por morar mezclados con los árabes, mixti arabes, como escribe el arzobispo D. Rodrigo en el libro 3 capítulo 21, y después mozárabes» (ARGOTE DE MOLINA, G., *Nobleza de Andalucía*, Sevilla, 1588; ed. Manuel Muñoz Garnica, Jaén, 1866, Libro II, Cap. XXXVI, p. 355).

⁴ *Ibidem*, Libro II, Cap. CCXXIV, pp. 691-694.

este don Esteban salieron al rey gran número de gente, y llevaban los privilegios en una lanza como bandera saliendo por el puente de Alcántara y entrando el rey por el otro en la iglesia mayor, donde llegó y vio a los más principales cubiertos de luto y preguntando por qué estaban así, le dijeron que eran los regidores y otros del gobierno, que encomendaban a Dios lo que no eran, parte para remediar su sino llorando su desgracia y así, movido el rey a compasión y al buen miramiento de los que allí estaban, condescendió a sus ruegos y les confirmó sus privilegios. Requerido este caballero para que pidiese alguna satisfacción del buen consejo que les había dado, no quiso ninguna, y ellos entonces en memoria de lo hecho hicieron pintarlo en lo alto de la bóveda de la iglesia mayor en directo de la capilla de San Ildefonso, que es hoy del cardenal don Gil de Albornoz, y allí se ve el retrato de don Illán con paramentos colorados y la cortapiasa de jaqueles azules y blancos encima de un caballo. Los de Toledo toman tres nombres: Álvarez, Juárez y García. Los Álvarez, que son los primeros, descienden de don Illán... Las armas son de tres maneras: los siete jaqueles azules son de los Álvarez de Toledo o descendientes de don Illán...⁵.

En este caso el caballero mozárabe Esteban Illán, sobre quien se hace recaer el origen último del linaje, aparece transformado en hermano de un supuesto príncipe griego –o bizantino, diríamos nosotros–, con el fin de aglutinar en una sola las historias familiares sobre la materia circulantes por aquellas fechas. La leyenda enunciada en el relato constituiría una de tantas adjudicadas al preclaro personaje toledano, algunas de ellas aún recordadas en la ciudad, como testimonió en su día Julio Porres⁶.

Se ha venido afirmando que detrás de muchas de nuestras leyendas existe, en ocasiones, un cierto trasfondo de verdad. Los nebulosos orígenes del linaje Toledo, aderezados de leyendas y relatos de la más variada naturaleza, no constituirían una excepción, incluida la presunta ascendencia imperial de sus más remotos ancestros. No olvidemos que, como refiere el gran historiador de las Cruzadas, Steve Runciman, en el cerco de Constantinopla anterior a su definitiva toma por los turcos, en 1453, compareció ante el emperador Constantino XI Paleólogo un noble castellano de nombre Francisco de Toledo, que se ofrecerá para la lucha invocando para ello su común parentesco en cuanto que «primos» y descendientes del emperador Isaac I Comneno (1057-1059), falleciendo finalmente en la refriega junto al monarca y sus fieles⁷.

Sea como fuere, lo cierto es que, por encima de cualquier otro origen gentilicio –improbable y de difícil probanza–, será la condición mozárabe de sus primitivos ancestros la que destacará más que ninguna y la que proporcionará carta de naturaleza a su progresiva e imparable ascendencia social en el reino castellano desde fines del siglo XII.

Han sido diversos los autores que en las últimas décadas han fijado su atención investigadora en el linaje Toledo y en sus más remotos orígenes frente a la nula atención dispensada por los más clásicos genealogistas hispanos en centurias anteriores. Ni Gonzalo Argote de Molina (1588)⁸, ni Alonso

⁵ *Nobiliario de los reynos hispanos. Manuscrito inédito del siglo XVI*, introducción y notas por Valentín Moreno; transcripción de Francisco Calero, Madrid, 2001, pp. 69-70; en el original, fol. 36r. Lamentablemente los editores no mencionan en lugar alguno el archivo o biblioteca del que procede el original de la obra.

⁶ PORRES MARTÍN-CLETO, J., «La calle de Esteban Illán», *Toletum*, 5 (1972), pp. 63-86; en concreto, pp. 64-66.

⁷ RUNCIMAN, S., *La caída de Constantinopla*, Madrid, 1973, pp. 99 y 156. Hay 2ª edición, Madrid, 1998.

⁸ *Nobleza de Andalucía*, Libro II, Cap. CCXXIV. Proporciona un escudo e imperfecto esquema genealógico que partiendo de Esteban Illán llega hasta Fernán Álvarez de Toledo, III Duque de Atiba.

López de Haro (1622)⁹, ni Luis Salazar y Castro (1702; 1716)¹⁰, ni Francisco Fernández de Béthencourt (1897-1910)¹¹ ofrecieron en su momento estudios rigurosos y completos no solo de los antepasados más remotos del linaje, sino tan siquiera de los más cercanos en el tiempo, desde su definitivo ascenso a la nobleza titulada a principios del siglo XV, exceptuando la obra de López de Haro.

Corresponde a Jaime Salazar y Acha la primacía en el análisis certero, exhaustivo y documentado de las primeras generaciones del linaje Toledo hasta el momento en que será encumbrado al escalafón de la nobleza titulada castellana, en el reinado de Juan II, en la persona de Fernando Álvarez de Toledo, tras un fulgurante y sorprendente ascenso propiciado por el cambio dinástico trastamarista. Su trabajo completa, matiza y da continuidad a otros tres magníficos estudios anteriores en los que se había incidido ya, en extenso, en el origen mozárabe familiar: hablamos de los artículos de Javier Rodríguez Marquina¹², Julio Porres Martín-Cleto¹³ y Balbina Martínez Caviro¹⁴.

Con la mirada puesta en los mismos y la apoyatura de la documentación coetánea, procederemos a continuación al estudio y análisis del linaje de los Álvarez de Toledo hasta el nacimiento del III duque de Alba, para lo cual distribuiremos nuestra exposición en tres periodos consecutivos y diferenciados de evolución gentilicia: uno primero que abarcaría desde los más remotos integrantes del abolengo familiar hasta la llegada a la jefatura del linaje de Álvaro Ibáñez (mediados del siglo XIII), nieto de Esteban Illán; un segundo periodo —el de los Álvarez de Toledo propiamente dichos— que desde este último llegaría hasta el primer señor de Valdecorneja y Oropesa, don García Álvarez de Toledo (1339-1370); y, finalmente, uno tercero —el del ascenso a la nobleza titulada— marcado en su inicio por la figura de Fernando Álvarez de Toledo (1407-1464), I conde de Alba de Tormes, y que se extendería hasta el III duque, don Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), ya en pleno uso del título ducal obtenido por su bisabuelo, don García Álvarez de Toledo y Carrillo, en 1472.

1. PRIMERA ÉPOCA: EL LINAJE DE LOS ILLÁN

A raíz de la conquista de la ciudad y reino de Toledo por el rey Alfonso VI de León —por vez primera se procede a la ocupación de una plaza habitada—, en mayo de 1085, la comunidad mozárabe allí asentada desde hacía siglos procede a incardinarse en las estructuras políticas, sociales y religiosas

⁹ *Nobiliario genealógico de los Reyes y Títulos de España*, Madrid, 1622, 2 vols. Dedicado a los Álvarez de Toledo como titulares del condado de Alba el cap. XI del tomo I (pp. 219-230), partiendo del primer titular del mismo.

¹⁰ Solo quedó en proyecto plasmado en un escueto índice —fechado en 1702— la elaboración de la que sería una completa historia genealógica del linaje, como puede comprobarse en su célebre Colección custodiada en la Real Academia de la Historia (*Excelencias de la Gran Casa de los Duques de Alba. Elegías de sus heroicos poseedores. Descripción de sus fértiles estados y noticias genealógicas de su esclarecida familia de Toledo*, sign. D-30, fols. 227-235). Por el contrario, en su posterior obra *Índice de las Glorias de la Casa de Farnese*, p. 587, acometerá la realización de un completo esquema genealógico, discutible en sus primeras generaciones.

¹¹ Su ambiciosa obra no irá más allá de la primera letra del alfabeto nobiliario, por lo que los Álvarez de Toledo quedarán fuera.

¹² «Linajes mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII», en *Genealogías mozárabes. Ponencias y comunicaciones presentadas al I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1981, pp. 11-64.

¹³ «La calle de Esteban Illán», pp. 63-86; «Nuevos datos sobre don Esteban Illán», *Toletum*, 5 (1972), pp. 155-163. Ambos trabajos fueron refundidos y ampliados en «El linaje de don Esteban Illán», en *Genealogías mozárabes. Ponencias y comunicaciones presentadas al I Congreso Internacional de Estudios Mozárabes*, Toledo, 1981, pp. 65-79.

¹⁴ «Una familia que dejó huella en el arte toledano: el linaje de Esteban Illán. De Illán Petrez a Gonzalo Petrez Gudiel», *Cuadernos de Arte e Iconografía*, V, (1992), pp. 249-287; «Sobre los ben Furon, señores de Ajofrin», en *Anales de Historia del Arte* n.º 4, Homenaje al Profesor Dr. D. José María de Azcárate y Ristori, 4 (1993-1994), pp. 441-453.

del reino norteño. Como ha tenido ocasión de destacar Francisco J. Hernández¹⁵, en modo alguno deberemos imaginar a la misma como un grupo social empobrecido y sumiso que desde el momento de la conquista y ocupación de la antigua capital visigoda hubiera pasado a ocupar el lugar reservado para las familias hispano-musulmanas. Lo más probable es que a la llegada de los ejércitos regios al frente de ese grupo, reconocido de continuo por las autoridades islámicas y dotado de una indudable personalidad jurídica y política, se encontrara un patriciado mozárabe, culto, respetado e influyente, integrado por alcaldes (o jueces) y otros oficiales que comenzarán a hacer aparición en la diplomática cristiana de primera hora, a los que el monarca recurrirá al objeto de que se hicieran cargo de la dirección gubernativa de la ciudad.

Esa incardinación política y social de la comunidad mozárabe en las estructuras del reino dispondrá, no obstante, de unas especiales características en el caso toledano, marcadas por su acentuada personalidad y el destacado protagonismo reconocido por el monarca a sus integrantes en la vida cotidiana de la urbe, que van desde su preferente acceso a los bienes, a la peculiar estructuración institucional del gobierno municipal —sustancialmente diferenciada en su oficialía de la desarrollada por homólogos concejos fronterizos cercanos—, que será mimética extensión de su antigua organización comunitaria¹⁶.

Respecto de lo primero, es probable que se aprovecharan las circunstancias de un más que razonable éxodo musulmán para incrementar las propiedades de que disponían, a la par que procedían a la ocupación de tierras dentro y fuera de las murallas urbanas, bien mediando compra o bien a través de la simple presura de *res nullius*. En cualquier caso, todas estas actuaciones recibieron, pocos años más tarde, la sanción definitiva del rey Alfonso VI en el texto del fuero gentilicio mozárabe del 1101, cuando se declare que *firmiter habeant semper quantas cortes et hereditates sive vineas ac terras hodie in suo iure retinent, et pro nulla exquisitione non perdant inde quicquam, nec pro nullo rege subsequente sive zafalmedina aut comite vel principe militie, de quanto hodie possident, quia pro meo iudicio vendicaverunt sibi in sempiternum*¹⁷. Merced a este privilegio, que sentará las bases para la permanencia y defensa de una comunidad mozárabe cohesionada más allá de la conquista, se vendrá a garantizar para el futuro la base económica y legal —no olvidemos que se les reconocerá expresamente también la aplicación preferente del *Liber Iudiciorum* entre sus miembros¹⁸— con la que su patriciado rector vendrá a asegurar tanto su fortuna, como su posición preeminente en los órganos gubernativos y su influencia ante el rey. Es más, el mozarabismo toledano llegará a ser consustancial a la propia ciudad hasta el punto que un fuero como el de 1101, del que serían beneficiarios los miembros e integrantes de dicho colectivo, llegará a extenderse en su aplicación a todos los habitantes de la urbe, con independencia de

¹⁵ HERNÁNDEZ, F. J., «Los mozárabes del siglo XII en la ciudad y la iglesia de Toledo», *Tolerum*, 16 (1985), pp. 57-124; en concreto, pp. 97 y ss.

¹⁶ GAUTIER DALCHÉ, J., *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX-XIII)*, 2ª ed., Madrid, 1989, pp. 107-121 y 344; ALVARADO PLANAS, J., «Los fueros de concesión real en el espacio castellano-mancheño (1065-1214): el fuero de Toledo», en *Espacios y fueros en Castilla-La Mancha (siglos XI-XV)*, Una perspectiva metodológica, coord. Javier Alvarado Planas, Madrid, 1995, pp. 91-139.

¹⁷ «Para que siempre posean con total garantía cuantas propiedades, viñas, herencias y tierras recuperan hoy en su derecho y para que no pierdan nada de cuanto hoy poseen según mi decisión por ninguna otra investigación ni por ningún otro rey sucesor mío ni por ningún zalmedina, conde o príncipe de la milicia y para que lo conserven a perpetuidad» (GARCÍA-GALLO, A., «Los Fueros de Toledo», en *Anuario de Historia de Derecho Español*, XLV (1975), pp. 341-488; el texto, pp. 459-462; ALVARADO PLANAS, «Los fueros de Toledo», pp. 123-125).

¹⁸ *Et si inter eos fuerit ortum aliquod negotio de aliquo iudicio, secundum sententiam in Libro iudicum antiquitus constitutum discutiatur* (Y si entre ellos surgiese algún pleito, resuélvase según las sentencias del *Liber Iudiciorum* establecido ya de antiguo) (Ibidem, precepto 4).

su origen gentilicio, tal y como establecerá el emperador Alfonso VII en 1155, aunque no suponga en principio la unificación de jurisdicciones¹⁹.

Pero cohesión y defensa corporativa de intereses gentilicios no significa endogamia perpetua. El patriciado urbano de Toledo —como ha tenido ocasión de destacar sagazmente F. J. Hernández—, constituido en grandes familias, integró una clase que mantendrá vivo el recuerdo de su mozárabía original, por muy reducida que esta se encontrase, ocupando los puestos más altos del gobierno urbano. Su progresiva asimilación en el marco de la cultura castellana dominante —en el más amplio sentido— por exigencias tanto del poder civil como eclesiástico, aunque conllevará el constante abandono de los patronímicos árabes y de la lengua coloquial árabe de la que habían hecho uso desde hacía centurias —que quedará relegada, tan solo, a la documentación privada que testimoniará sus negocios jurídicos hasta el siglo XIV—, además de la apertura familiar a otros linajes no propiamente mozárabes, no les impedirá conservar la cohesión de familia extensa anterior, muy próxima al modelo musulmán de estructura clánica²⁰.

Aunque en un principio su funcionalidad militar debió de ser nula o escasa —recordemos que el fuero mozárabe de 1101 vino, entre otros beneficios, a extenderles el privilegio de la caballería o lo que es lo mismo, a reconocerles la condición de caballeros villanos o infanzones²¹—, por haberse dedicado durante centurias a funciones profesionales radicalmente diversas, tras el otorgamiento foral alfonsino su lenta equiparación al estatuto jurídico de la nobleza castellana más acreditada comenzará a ser un hecho evidenciable, definitivamente sancionado en el texto refundido del fuero atribuido a Alfonso VII en 1118 y datado por García-Gallo en 1166, mediante la adición de una breve frase en el precepto 15 por la que se transforma al otrora caballero villano en auténtico noble: *et intret in mores militum*²². Al mismo debemos añadir otra serie de preceptos más recogidos por dicha refundición, a través de los que la equiparación se hará efectiva ya no solo en el ámbito jurídico, sino de la práctica cotidiana del reino²³, así como en otros privilegios algo posteriores en el tiempo —como la exención de portazgo y de décima, pergeñada por los *milites* toledanos hacia 1178 aunque adjudicando su autoría última al emperador Alfonso VII en 1137— que completará, con su definitiva confirmación regia posterior, el elenco de privilegios e inmunidades que dan cuerpo al estatuto jurídico nobiliario de los *milites* toledanos²⁴ invocado durante siglos, como testimonia la obra de Pedro Camino y Velasco *Noticia histórico-chronológica de los privilegios de las nobles familias de los mozárabes de la imperial ciudad de Toledo*, editada en 1740²⁵.

¹⁹ GARCÍA-GALLO, A., «Los fueros de Toledo», pp. 383 y 436-442; ALONSO MARTÍN, M.^a L., «La perduración del Fuero Juzgo y el derecho de los castellanos de Toledo», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XLVIII (1978), pp. 335-377; «Nuevos datos sobre el Fuero o Libro Castellano: notas para su estudio», *Anuario de Historia del Derecho Español*, LIII (1983), pp. 423-453; «Observaciones sobre el Fuero de los Castellanos y las Leyes de Nuño González», *Anuario de Historia del Derecho Español*, LV (1985), pp. 773-781.

²⁰ HERNÁNDEZ, «Los mozárabes del siglo XII», pp. 97-100.

²¹ *Et do eis libertatem, ut qui fuerit inter eos pedes et voluerit militare, et posse habuerit, ut militet* [Y les doy el derecho para que, el que sea peón y quiera ser caballero, cumpliendo los requisitos exigidos, lo sea] (GARCÍA-GALLO, p. 460).

²² «Y entre en el disfrute del estatuto de caballero» (GARCÍA-GALLO, A., «Los fueros de Toledo», pp. 444 y 476).

²³ Se trata del mandato regio de que los dones y beneficios que otorgara en un futuro a los de Toledo se distribuyesen entre todos los *milites* castellanos, mozárabes y gallegos proporcionalmente a su número (precepto 6), de lo que quedarían excluidos los francos al considerárseles eminentemente mercaderes, esto es, villanos. También el privilegio de inmunidad real *in quacunque terra imperio illius* aplicable a todas las propiedades que estuviesen de la mano de dichos *milites*, con prohibición expresa al sayón o merino regio de entrada en las mismas (precepto 19), al que debemos añadir la no pérdida de los prestimonios recibidos en la ciudad si se trasladaban a otra parte del reino, siempre y cuando dejasen en el lugar mujer, hijos u otro miles que sirviera por ellos (preceptos 11 y 12) (GARCÍA-GALLO, A., «Los fueros de Toledo», pp. 444, 474, 475 y 477).

²⁴ GARCÍA-GALLO, A., «Los fueros de Toledo», pp. 446-448.

²⁵ CAMINO Y VELASCO, P., *Noticia histórico-chronológica de los privilegios de las nobles familias de los mozárabes de la imperial ciudad de Toledo*, Toledo, 1740.

Una hidalguía, pues, de ámbito local –como otras muchas del reino–, asimilada a lo que José Antonio Dávila y García-Miranda ha venido en calificar como «hidalgos de gotera», o lo que es lo mismo, aquellos que gozaban de las exenciones y preeminencias de la hidalguía general en sus lugares de origen, pero no fuera de ellos²⁶.

Como destacado y conspicuo personaje integrante de uno de los más influyentes y antiguos linajes de primera hora de la comunidad mozárabe toledana, Esteban Illán ha venido siendo reconocido como cabeza visible y primigenia de una amplia parentela entre cuyos descendientes se encuadrarían los futuros duques de Alba. Ya vimos con qué palabras lo enunciaba la autoridad de Gonzalo Argote de Molina en 1588, invocando la erudición del maestro Álvaro Gómez de Castro, en su *Nobleza de Andalucía*:

*(Es) este linaje de los antiguos, ilustres cristianos, de linaje de los Godos, que el rey don Alonso halló en Toledo cuando la ganó, en el cual sucedió como consta por muchas escrituras árabigas que él ha visto, D. Esteban Illán, natural de aquella ciudad y señor de la Torre de San Román della...*²⁷.

Esteban Illán, de stirpe mozárabe, constituye una figura paradigmática de la adaptabilidad de dicha comunidad a las nuevas circunstancias, al igual que casi cuatro centurias atrás se habían islamizado en sus costumbres tras la ocupación del reino visigodo por los musulmanes. Era el cuarto de los, por lo menos, ocho hijos²⁸ de Julián o Illán Pérez de San Román, alguacil de Toledo en el reinado de Alfonso VII y de buena posición económica, como testimonian numerosos documentos entre los años 1137 y 1163²⁹. Conocido por tal *cognomen* –de San Román– por radicar en esta colación toledana sus casas y encontrarse en su iglesia el enterramiento familiar, debió fallecer en torno a esa última fecha –septiembre de 1163– en que hace donación a la iglesia catedral toledana de una viña en Alcardete, con el fin de dotar un aniversario por su alma, en la que roborarán en calidad de testigos diversos parientes, entre otros, sus hijos Esteban Illán y Domingo Illán, además de dos presbíteros de su parroquia³⁰. En su oficio de alguacil había venido a suceder, casi con total seguridad, a su padre, Petrus Iulianiz o Pedro Julián, a quien testimoniamos en fechas cercanas a la conquista, en el año 1099³¹, así como en el escatocolo del fuero de los mozárabes de 1101³², y que aún vivía en diciembre de 1125³³.

²⁶ DÁVILA Y GARCÍA-MIRANDA, J. A., «La nobleza e hidalguía de las familias mozárabes de Toledo», *Hidalguía*, 75, tomo LXVI (1966), pp. 257-278; en concreto, pp. 264-267. Vid. asimismo sobre la condición hidalga de la comunidad mozárabe toledana, LEBLIC GARCÍA, V., ARELLANO GARCÍA, M., *Los hidalgos en Toledo*, Toledo, 1987, pp. 16-20.

²⁷ ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*, Libro II, Cap. CCXXIV.

²⁸ En cierto diploma de donación de la villa de Siloe en favor de Illán Pérez por el emperador Alfonso VII, de abril de 1152, aparecen enunciados los hijos e yernos del beneficiario, a saber, Domingo Illán, Miguel Illán, García Illán, Esteban Illán y Félix Illán, además de sus tres yernos, miembros de destacados linajes mozárabes también. Menendo ben Lampader, Pedro ben Dasde y Juan Abau (MARTÍN RODRÍGUEZ, J. L., *Orígenes de la Orden Militar de Santiago (1170-1195)*, Barcelona 1974, doc. 17, p. 188). Un hijo más, de nombre Pedro, casado con María Domingo y repoblador de varias aldeas toledanas, ha sido identificado por Balbina Martínez Caviro («Una familia que dejó huella», p. 254).

²⁹ HERNÁNDEZ, F. J., *Los cartularios de Toledo*, Madrid, 1985, docs. 38, 39, 46, 47, 53-56, 59, 65, 66, 72, 77, 78, 83, 92, 100, 101, 107, 113, 114 y 138.

³⁰ Su hijo Domingo aparece testimoniado como «Domingo Sancti Romani», esto es, Domingo de San Román, por la colación solar del linaje. En la escritura se dice que Julián Pérez se hallaba «corporale infirmitate detentus» (HERNÁNDEZ, *Los cartularios de Toledo*, doc. 138). En todo caso, en julio de 1167, en cierta escritura de venta de una casa en la colación de Omnium Sanctorum de Toledo se declarará ya que la misma linda «con las tiendas de los herederos del alguacil don Illán Pérez» (GONZÁLEZ PALENCIA, Á., *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, 4 vols, Madrid, 1926-1930, vol. I, doc. 83, p. 59).

³¹ Se trata de un diploma del rey Alfonso VI, de febrero de 1099, por el que otorga una importante exención al monasterio de San Servando de Toledo. Se registra como «Petrus aluadir et alfarim, conf.» (Ibidem, doc. 9, p. 14).

³² «Petrus aluacit et maiorinus» (GARCÍA-GALLO, A., «Los fueros de Toledo», p. 461).

³³ «Petrus Iulianiz, testis» (GONZÁLEZ PALENCIA, Á., *Los mozárabes de Toledo*, vol. III, doc. 1012, p. 378).

Dos generaciones de alguaciles y alcaldes confluyen en Esteban Illán. Cuando Toledo es incorporada mediante capitulación al rey de León, este y sus oficiales se limitaron a aceptar el mantenimiento de una serie de familias al frente de las instituciones gubernativas y judiciales de la ciudad, reservando el nombramiento regio sólo para las más altas autoridades concejiles, que se mantendrán así sometidas a su más directo y exhaustivo control. Desde Alfonso VI a Alfonso VIII el puesto de responsable militar supremo de la ciudad –testimoniado bajo denominaciones como *Princeps Toletanae militiae*, *Alcaid o Tenens Toletum*– recayó indefectiblemente en significados representantes de los más importantes linajes nobiliarios del reino: los Castros y los Lara³⁴.

Por las mismas fechas la documentación mozárabe registrará de continuo menciones a *caides* o *alcaldes* que no coinciden en sus nombres con aquellos otros enunciados por la cancellería regia. Los mismos no serían sino valioso testimonio de aquellas personas que disponían de un rango elevado en las milicias concejiles de la ciudad –no el más alto rango establecido por el monarca o los Lara en la misma, reconocibles en ocasiones en el apelativo *mayor* que portan–, a los que, sin embargo, se vendrá a calificar con análogas o idénticas titulaciones a las recogidas en el caso de los representantes regio: *caides* o *alcaldes*, *zahalmedina*, *alguaciles* y *almojarifes*³⁵.

Tanto el padre como el abuelo de Esteban Illán habían ocupado puestos de responsabilidad al frente de la comunidad mozárabe –alcalde, alguacil e incluso *zahalmedina*, como aparecerá Illán Pérez confirmando el fuero de Oreja³⁶–, probablemente desde los años anteriores a la propia conquista (1085).

El golpe de suerte del linaje se producirá con ocasión del retorno de la ciudad al control del rey de Castilla, Alfonso VIII, en agosto de 1166, tras el periodo de dominio leonés (1162-1166) en que la población había permanecido sometida al teniente Fernando Ruiz de Castro, al servicio de Fernando II (1157-1188). El por entonces alguacil Esteban Illán debió colaborar de manera decisiva en la proclamación del monarca castellano en la ciudad –como testimonian relatos posteriores, fijando en la torre de San Román, su parroquia, el desencadenamiento definitivo de los hechos tras la proclama proferida en la misma por el tutor del rey-niño, Nuño Pérez de Lara³⁷–, siendo recompensado generosamente –o a esa conclusión podíamos llegar– por el rey Alfonso desde fechas inmediatamente posteriores, tanto en bienes como en oficios³⁸. Su relación con el monarca debió de consolidarse y aumentar con el tiempo

³⁴ HERNÁNDEZ, F. J., «Los mozárabes del siglo XII», pp. 100-104. Proporciona una completa lista de nombres con sus respectivas funcionalidades entre 1099 y 1202, con indicación de su estrecha vinculación con el rey o sus máximos representantes en la plaza.

³⁵ Por tal razón divergen las listas de cargos municipales que la Cancellería regia registra para el periodo entre 1166 y 1202 con las que para el mismo espacio de tiempo proporciona González Palencia (*Los mozárabes de Toledo*, IV, pp. 217-223; HERNÁNDEZ, «Los mozárabes del siglo XII», pp. 101-105 y 108-109).

³⁶ «Iulianus Pedrez, zahalmedina in Toletu, confirmat» (GARCÍA-GALLO, A., «Los fueros de Toledo», p. 471).

³⁷ GONZÁLEZ, J., *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, I, pp. 60-61 y 174-175. A pesar de su escepticismo respecto de lo afirmado por las fuentes, a las que otorga nulo crédito, lo cierto es que hay en el relato indicios suficientes para hacerlo creíble, como por ejemplo, la torre de la proclamación –San Román– tan vinculada al linaje, como hemos visto, ratificada por una fuente poco sospechosa de parcialidad como la *Crónica de la Población de Ávila*: «E después entró nuestro señor el rey la villa, con ayuda e con consejo de Estevan Yllán de Toledo e de su muger. E don Fernán Ruiz salió de la villa, e así se apoderó el rey don Alfonso de la villa» (HERNÁNDEZ SEGURA, A., *Crónica de la Población de Ávila*, Valencia, 1966, p. 30). En la última parte del relato coincidirá con los *Anales Toledanos primeros*, aunque precisando cronológicamente el momento en que aconteció: «Sacaron a Ferrand Royz de Toledo, e entró el rey don Alfonso en Toledo en XXVI días andados dagosto, día de viernes, era MCCIV (1066)». (PORRES MARTÍN-CLETO, Julio, *Los Anales Toledanos I y II*, Toledo, 1993, pp. 139-141).

³⁸ Recibirá el señorío de la Torre de Esteban Ambrán, cuatro tiendas propiedad del rey, las salinas de Peralejo y Abejares, los castillos de Zudarrahoz, Alvadalejo y Castrejón, además de la tenencia de las puertas del Cambrón y de Bisagra, en la ciudad. Igualmente, desde el 25 de octubre de 1166, figurará como alguacil (GONZÁLEZ, J., *Repoblación de Castilla la Nueva*, Madrid, 1976, II, pp. 78-79; MARTÍNEZ CAVIRÓ, «Una familia que dejó huella», p. 256).

hasta el punto de realizarle generosos préstamos de los que el rey Alfonso VIII hará manda de abono en su primer testamento de diciembre de 1204³⁹.

Bien como reconocimiento personal gratificador o como simple confirmación de lo ostentado por su familia desde hacía décadas, lo cierto es que Esteban Illán permanecerá como alguacil en Toledo desde 1166 a 1180 y desde mayo de 1181 —sucediendo a su cuñado el mozárabe Melendo ben Lampader— también como alcalde⁴⁰, cargos que ocupará ya a lo largo de su vida hasta su muerte, acaecida el 11 de noviembre de 1208⁴¹. De sus doce hijos conocidos, nacidos de dos matrimonios⁴², destacaremos a los cabezas de linaje, Illán Esteban —cuyos descendientes a través de su hija Solí se convertirán en condes de Orgaz⁴³, que fallecerá poco antes de 1226 en que se alude a él como fenecido⁴⁴— y Juan Esteban. Del primero nos consta que fue, al igual que el padre, alcalde y alguacil de Toledo, sucediendo a su progenitor en este último oficio en 1204⁴⁵, al frente del cual permanecerá hasta el final de sus días.

Es probable que a la muerte del hermano la jefatura del linaje recayera en Juan Esteban por ser el único de los supervivientes que no disponía de condición eclesiástica. Ocupará la alcaldía y alguacilía toledana, como queda dicho, al menos desde 1226 hasta 1254, ya bajo el reinado de Alfonso X (1252-1284), en que se le testimonia por postrera vez⁴⁶. De sus cinco vástagos —dos varones y tres mujeres— le sucederán al frente del oficio de alcalde sus dos hijos, de nombre Gonzalo Ibáñez o Iuanes y Álvaro Ibáñez o Iuanes⁴⁷.

Sin embargo, a diferencia de su progenitor, se les enunciará a ambos ya como «alcaldes mayores» de Toledo, indudablemente un rango superior en la oficialía concejil que supone un reconocimiento a los servicios prestados por sus antecesores. Es posible que Álvaro Ibáñez llegara a dicho oficio a resultas de la muerte de su hermano y tras asumir la jefatura del linaje, en marzo de 1241, pues no firmará con tal oficio hasta agosto de 1269⁴⁸, permaneciendo ya en el mismo hasta su fallecimiento, acaecido en fechas cercanas a 1272⁴⁹.

³⁹ GONZÁLEZ, *El reino de Castilla*, III, doc. 769, p. 344.

⁴⁰ GONZÁLEZ PALENCIA, *Los mozárabes de Toledo*, docs. 150, 326, 340, 738, 745 y 943; HERNÁNDEZ, *Los cartularios de Toledo*, docs. 206, 246 y 943; cfr. HERNÁNDEZ, «Los mozárabes del siglo XII», p. 120).

⁴¹ «Murió Esteve Illán, alcalde de Toledo, noche de S. Martín. Era MCCXLVI (1208)» (PORRES MARTÍN-CLETO, *Los Anales Toledanos*, p. 169).

⁴² Compartimos la opinión de Jaime Salazar y Acha respecto de la filiación correcta del linaje de Esteban Illán frente a la enunciada en su día por Balbina Martínez Caviro (vid. SALAZAR, *Orígenes históricos de un gran linaje*, pp. 30-36; MARTÍNEZ CAVIRO, «Una familia que dejó huella», pp. 261-269).

⁴³ MOLÉNAT, Pierre. «Des Beni Abd Al-Malik aux comtes d'Orgaz: le lignage de Gonzalo Ruiz de Toledo», en *Estudios sobre Alfonso VI y la reconquista de Toledo*. Actas del II Congreso Internacional de Estudios Mozárabes (Toledo, 20-26 Mayo de 1985), Toledo, 1988, tomo II, pp. 259-279; SALAZAR y ACHA, *Orígenes históricos de un gran linaje*, 31.

⁴⁴ Tanto Francisco J. Hernández como Balbina Martínez Caviro fijan su fallecimiento poco antes de noviembre de 1226 (HERNÁNDEZ, «Los mozárabes del siglo XII», p. 121; MARTÍNEZ CAVIRO, «Una familia que dejó huella», p. 270). Por el contrario Javier Rodríguez Marquina y Jaime Salazar y Acha se decantan por una muerte prematura en torno a 1209, sin aportar prueba de ello (RODRÍGUEZ MARQUINA, «Linajes mozárabes de Toledo», p. 31; SALAZAR y ACHA, *Orígenes históricos de un gran linaje*, p. 31). Creemos más factible la primera afirmación —muerte en torno a 1226— no solo porque le continuamos testimoniando en 1215 y fechas posteriores (HERNÁNDEZ, *Los cartularios de Toledo*, doc. 360; GONZÁLEZ PALENCIA, *Los mozárabes de Toledo*, doc. 465, año 1222), sino también porque hasta abril de 1226 no aparece como alcalde de Toledo, oficio que habría estado ocupado hasta el momento por su hermano (GONZÁLEZ, J., *Reinado y diplomas de Fernando III*, 3 vols., Córdoba, 1983, vol. II, doc. 215).

⁴⁵ GONZÁLEZ PALENCIA, *Los mozárabes de Toledo*, doc. 946.

⁴⁶ GONZÁLEZ PALENCIA, *Los mozárabes de Toledo*, doc. 590.

⁴⁷ SALAZAR y ACHA, *Orígenes históricos de un gran linaje*, p. 35.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 36.

⁴⁹ Así parece deducirse de una escritura de 10 de octubre de 1272 (GONZÁLEZ PALENCIA, *Los mozárabes de Toledo*, doc. 919).

Con él concluye todo un largo periodo de más de una centuria en el desarrollo histórico formativo del linaje que había tenido como marco político exclusivo de actuación los muros de la ciudad del Tajo. Sublimando su mozarabía original de la que apenas guardarán recuerdo vago, las miradas van a estar puestas, en adelante, en otros horizontes algo más alejados que los que definían la geografía toledana: nada menos que la Corte y la nobleza del reino.

2. SEGUNDO PERIODO: LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO

Álvaro Ibáñez constituye, sin ningún género de dudas, el eslabón a través del que enlaza el antiguo linaje mozarabe de los Illán con la nueva prosapia que culminará, a fines del siglo XV, aupándose a la más alta nobleza titulada de la Corona castellana. Si bien hasta fechas recientes se había dudado no solo de la veracidad de dicha conexión gentilicia⁵⁰ sino incluso de la propia existencia del personaje⁵¹, por cierto diploma proporcionado por Jaime de Salazar y perteneciente al fondo del condado de Luna, datado el 10 de noviembre de 1229, el asunto ha quedado definitivamente zanjado al proporcionar el mencionado instrumento hasta un total de cinco generaciones familiares del cuestionado, incluido él mismo⁵².

Le sucederá al frente del oficio de alcalde su primogénito, García Álvarez. Sin embargo, no debió de destacar en sabiduría y buen hacer en la dirección del cargo como sus predecesores, pues, como relata la *Crónica del rey Sancho IV* (1284-1295), en el año 1289 fue mandado ajusticiar junto a su hermano Juan Álvarez y otros por no haber atajado oportunamente las «muchas querellas de muertes e robos e fuerzas e furtos e otros males que fazian y», tras cuyo castigo ejemplar se apaciguó la ciudad⁵³.

Lejos de caer en desgracia, el linaje continuará su lento y progresivo ascenso. Aun cuando García Álvarez deja sucesión a su muerte —dos varones y una mujer—, sin embargo, la jefatura del linaje recaerá en los herederos del hermano que fuera ajusticiado a la par que él, Juan Álvarez. Un hijo de este último, que firmará ya como García Álvarez de Toledo desde 1326, asumirá el oficio tradicional de la familia —la alcaldía mayor de Toledo— en fechas posteriores al trágico deceso.

De la mano de García Álvarez de Toledo se produce la materialización de lo que se ha venido a denominar como *nobleza nueva* o, lo que es lo mismo, la ruptura entre los antiguos linajes dominantes en la Castilla de la Plena Edad Media y las nuevas Casas de magnates que aprovecharán los momentos de crisis por los que atraviesa la monarquía para obtener sustanciosos beneficios y auparse a altos puestos de la administración y gobierno de los reinos⁵⁴. Con el calificativo «nueva» no se quiere hacer referencia a una nobleza que se forme mediante la incorporación de gentes de condición personal no noble, sino a la naturaleza última de las rentas que sostendrán su posición. Si en el caso

⁵⁰ Para Francisco J. Hernández el eslabón que une los árboles gentilicios de los Illán proporcionados por Julio Porres «El linaje de don Esteban Illán», cuadro entre las págs. 80 y 81) con los de la familia de los Toledo defendidos por Balbina Martínez Caviro («Arte mudéjar en el convento toledano de Santa Isabel», *Al-Andalus*, 36, (1971), pp. 177-198; en pág. opuesta a la 180), resultaría «muy débil» «Los mozarabes del siglo XII», p. 119, nota 166).

⁵¹ Víd. al respecto RODRÍGUEZ MARQUINA, J., *Linajes mozarabes de Toledo*, o.c., p. 32, nota 5.

⁵² SALAZAR Y ACHA, *Orígenes históricos de un gran linaje*, p. 36, nota 125.

⁵³ *Crónica del rey don Sancho el Bravo*, ed. B.A.E., LXVI, Madrid, 1953, cap. VI, p. 82.

⁵⁴ MOXÓ, S. de. «De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media», *Cuadernos de Historia. Anexos de la Revista Hispania*, 3 (1969), pp. 1-120; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana en el siglo XV*, Valladolid, 1975; QUINTANILLA RASO, C., «La renovación nobiliaria en la Castilla bajomedieval: entre el debate y la propuesta», en *La nobleza peninsular en la Edad Media*, Madrid, 1999, pp. 255-296; también la obra colectiva coordinada por esta autora, *Titulos, Grandes del Reino y Grandeza en la sociedad política. Fundamentos en la Castilla medieval*, Madrid, 2006.

de la antigua nobleza dichas rentas procedían casi con exclusividad de los beneficios que producía la tierra bajo su titularidad, en el caso de la nobleza «nueva» dichos beneficios provendrán del ejercicio de una jurisdicción y de unas actividades políticas independientes de la posible posesión o dominio ejercido sobre la tierra, a las que se accederá por expresa concesión regia, que provoca la subrogación o delegación en el beneficiario de la regia *potestas*, haciéndosele partícipe del «señorío mayor» sobre la justicia y el gobierno. De esta forma el monarca se convierte en fuente última de su poder y ascenso, oportunamente aprovechado por una nobleza cada vez más ambiciosa y cortesana.

Por de pronto García Álvarez de Toledo va a contraer nupcias con una miembro del linaje de los Meneses, doña Mencía Téllez, hija de Tel o Tello García de Meneses, alguacil mayor de Toledo, y de doña María Gómez de Toledo, lo que supone una indudable y novedosa apertura gentilicia. No olvidemos que desde fines del siglo XIII los Meneses, con solar en Tierra de Campos, habían venido emparentando con la Casa Real castellana y portuguesa⁵⁵.

Dos de sus hijos, García Álvarez de Toledo y Fernando Álvarez de Toledo comienzan a destacar en la corte del rey Pedro. El primero, caballero de la Orden de Santiago –de la que llegará a ser elegido maestre en 1358–, participará activamente en diversas campañas militares, llegando a ocupar puestos de responsabilidad, tanto civiles –mayordomo del infante don Alfonso– como militares –patrón de la galera real; capitán general de la frontera con Aragón; capitán mayor y defensor de la ciudad de Toledo– por expresa concesión del rey Pedro I⁵⁶, además de recibir el señorío de Segura, aldea de Plasencia, y otros bienes conexos⁵⁷. Obtendrá, merced a su renuncia al maestrazgo santiaguista, la cesión de la plaza de Toledo y su incorporación a las filas trastamaristas que apoyaban al futuro rey Enrique II, desnaturalizándose del que hasta entonces había venido siendo su benefactor, el rey Pedro I, los primeros señoríos de consideración del linaje, Valdecorneja y Oropesa, además de 60.000 maravedís en «tierra cierta» y ciertas cantidades que había recaudado por mandato del rey Pedro, entre otras mercedes recogidas en tres reales cédulas de 30 de abril de 1366, confirmadas e incrementadas en 1369⁵⁸. Fallecerá en la defensa de Ciudad Rodrigo el 9 de marzo de 1370, tras haber legitimado (el 8 de junio de 1363) a los tres hijos habidos fuera de matrimonio –Fernando, Pedro y Mencía– a los que dejará en su testamento las villas de Oropesa, Jarandilla, Tornavacas y Cabañas, sentando así las bases para la formación del futuro señorío condal de Oropesa y su correspondiente Casa, que tendrá como primer titular al homónimo Fernando Álvarez de Toledo⁵⁹.

No menos destacadas fueron las preeminencias recibidas por su hermano, Fernando Álvarez de Toledo, de manos del Rey Cruel. Si en 1358 era caudillo de los escuderos del cuerpo del rey integrados por doscientos hombres a caballo y capitaneaba una galera regia en la guerra contra Aragón, en 1367 es nombrado alguacil mayor de Toledo y Notario Mayor del Reino de Toledo. Aun cuando permaneció fiel al rey Pedro hasta final de la guerra civil –defenderá Toledo frente a Enrique de

⁵⁵ MOXÓ, «De la nobleza vieja a la nobleza nueva», pp. 66-72; SALCEDO, M., *La familia Téllez de Meneses en los tronos de Castilla y Portugal*, Palencia, 1999.

⁵⁶ *Crónica del rey don Pedro I*, ed. B.A.E., LXVI, I, Madrid, 1953, pp. 494, 496, 500, 505, 514, 518, 524, 542 y 547.

⁵⁷ CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El Ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005, p. 30.

⁵⁸ CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, *Documentación medieval abulense en el archivo de la Casa de Alba*, Ávila 2000, docs. 1, 2 y 3. La donación será posteriormente ratificada de modo solemne por el rey Enrique II el 8 de junio de 1369 (MOXÓ, S. de, «Los señoríos. En torno a una problemática para el estudio del régimen señorial», en *Hispania*, 95 (1964), pp. 400-404). Recibirá también los lugares de Cabañas, Jarandilla y Tornavacas (CALDERÓN ORTEGA, *El Ducado de Alba*, p. 37).

⁵⁹ CALDERÓN ORTEGA, *El Ducado de Alba*, p. 38; GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, J. M.; MORENO TEJERO Á.; HERNÁNDEZ PIÑA, J. M., *Oropesa y los Álvarez de Toledo*, Toledo, 1985, pp. 14-31; GARCÍA SÁNCHEZ, J., *El señorío de Oropesa*, Albacete, 2007, pp. 199-285.

Trastámara incluso más allá de la muerte del rey legítimo—, la intervención de su hermano evitará su caída en desgracia ante el nuevo monarca⁶⁰. Es más, el fallecimiento de García Álvarez propiciará una mayor asunción de protagonismo para sí y su parentela. Además de heredar el señorío de Valdecomeja, será designado por el rey Juan I primer mariscal del reino de Castilla en 1382, falleciendo dos años más tarde en el cerco de Lisboa⁶¹. Sin ningún género de duda, de él descenderá de manera efectiva la que conocemos como Casa de Alba, que será acreedora en un corto espacio de tiempo de los más distinguidos títulos nobiliarios, principalmente tras la constitución, a título póstumo, por el rey Juan I, el 10 de marzo de 1385, del mayorazgo familiar que sobre las villas de Valdecomeja había establecido el tristemente fallecido⁶².

A su muerte, el II señor de Valdecomeja dejaba varios vástagos. El primogénito, García Álvarez, III señor, alcalde mayor de la Mesta (1396) y alguacil mayor de Toledo, que incrementará tímidamente sus estados con la villa de Bohoyo, cercana a las de Piedrahíta y El Barco, en 1401, tras haber emparentado por matrimonio con los señores de Rivadavia⁶³; Fernando Álvarez, primer señor de Higares, del que descenderá la casa señorial del lugar; o don Gutierre de Toledo, obispo de Palencia y arzobispo de Sevilla y Toledo, a quien se otorgará por el rey Juan II el señorío sobre Alba de Tormes en 1430, confirmado en 1434 y 1439, pieza fundamental en la evolución histórica del linaje y en su desarrollo patrimonial y político⁶⁴.

3. LA CULMINACIÓN DE UN ASCENSO: LA NOBLEZA TITULADA

Siguiendo la línea trazada por sus antecesores, el IV señor de Valdecomeja, Fernando Álvarez de Toledo, manifestará una especial querencia por la milicia. De gran espíritu guerrero, ocupará cargos relevantes en esta línea reinando Juan II como el adelantamiento de Cazorla o la capitanía general de la Frontera de Aragón y Navarra. Lo que no le impedirá ostentar otros más próximos a la tradición política del linaje como el de alguacil mayor de Toledo, el de merino mayor de Burgos, corregidor de Sevilla o el de copero mayor del rey Juan II o camarero mayor del príncipe de Asturias⁶⁵.

De su tío, el arzobispo Gutierre, heredará el señorío sobre Alba de Tormes, que este había obtenido en 1430, probablemente a su muerte, en 1446. Existía una estrechísima vinculación afectiva entre ambos que les había llevado a compartir experiencias políticas y militares entre 1420 y 1446, año en que fallece el prelado. Posiblemente por influencia de este último el rey Juan II otorgará el título condal para el señorío que el prelado ejercía sobre Alba, por privilegio de 25 de diciembre de 1439⁶⁶. Ello se unía a los incrementos patrimoniales que se habían materializado, de mano regia, en los últimos años, como la confirmación de Salvatierra (en enero de 1437), Cogolludo y Loranca (en julio de 1437), Villoria y Babilafuente (diciembre de 1437) y Miranda y Granadilla (enero de 1446).

⁶⁰ CALDERÓN ORTEGA, *El Ducado de Alba*, p. 37.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 38-39.

⁶² *Ibidem*, p. 41.

⁶³ *Ibidem*, pp. 41-42; SALAZAR Y ACHA, *Orígenes históricos de un gran linaje*, p. 42.

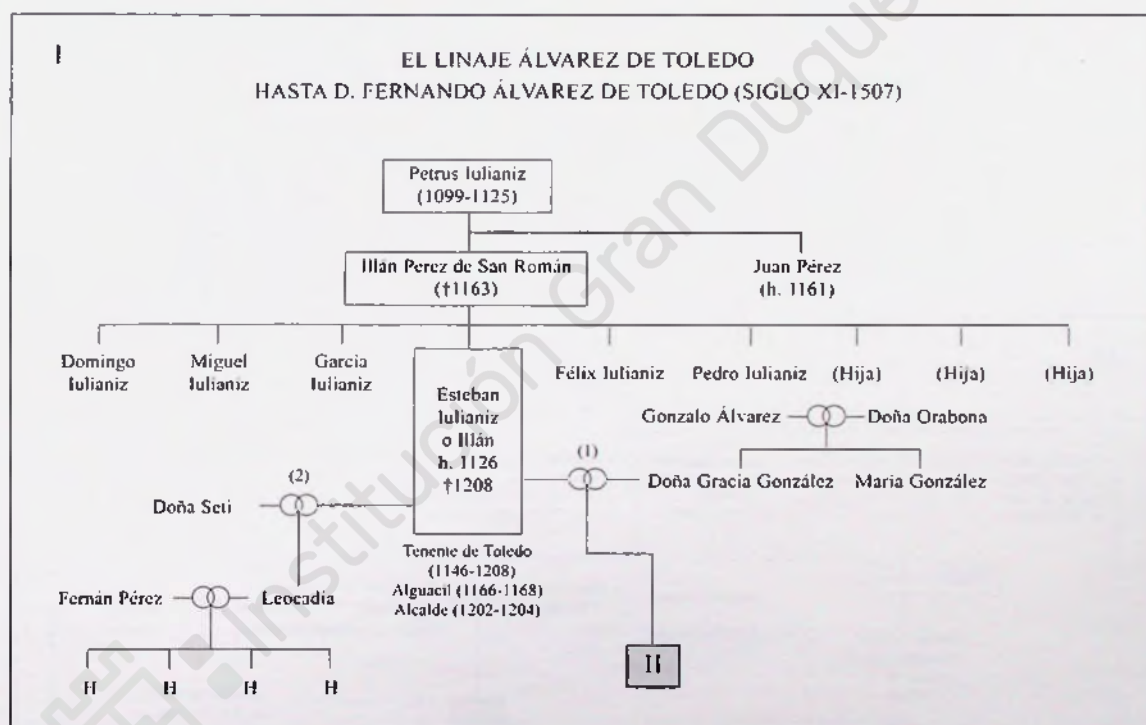
⁶⁴ Sobre su figura, vid. NIETO SORIA, J. M., *Un crimen en la corte. Caída y ascenso de Gutierre Álvarez de Toledo, señor de Alba (1376-1446)*, Madrid, 2006; CALDERÓN ORTEGA, *El Ducado de Alba*, pp. 43-48, 57 y 59.

⁶⁵ SALAZAR y ACHA, *Orígenes históricos de un gran linaje*, p. 42; CALDERÓN ORTEGA, *El Ducado de Alba*, pp. 55-58.

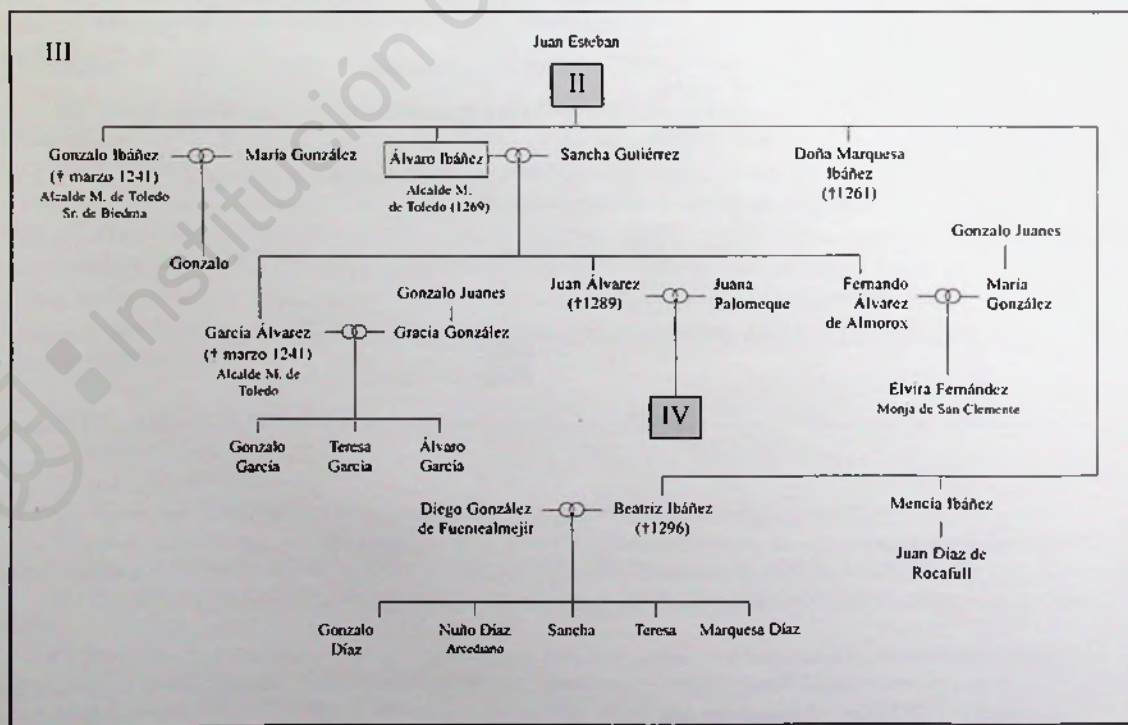
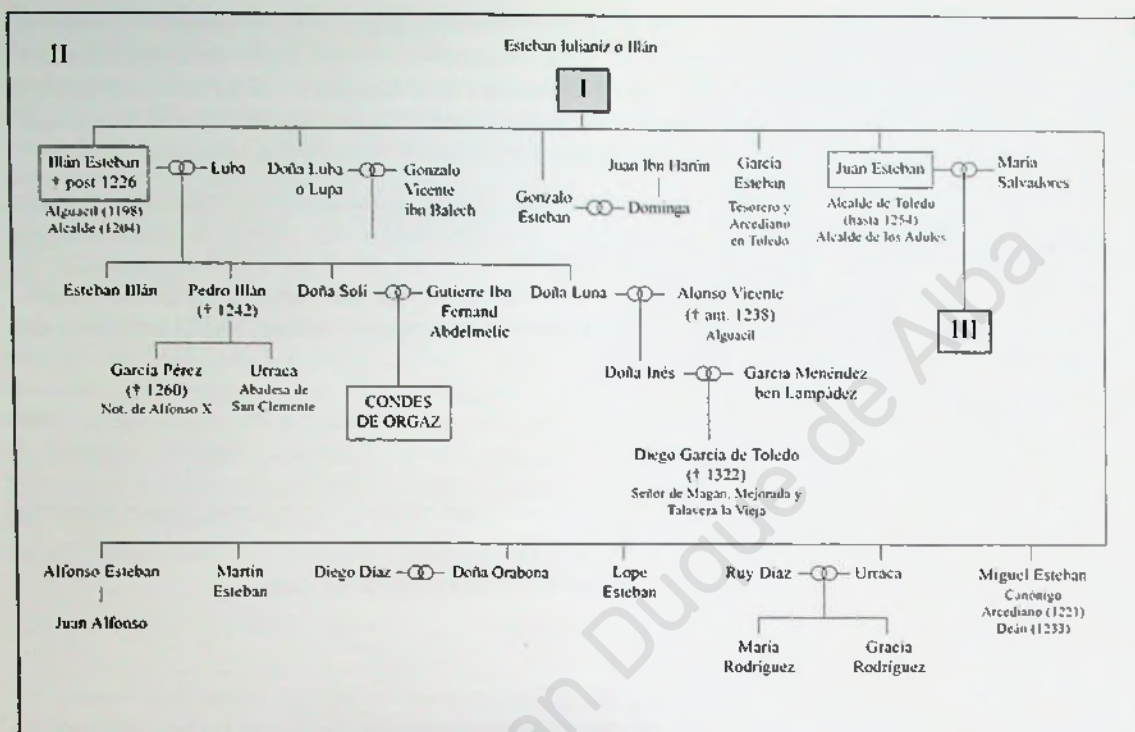
⁶⁶ Como ha tenido ocasión de destacar José Manuel Calderón, Fernando Álvarez de Toledo obtiene tan alta dignidad sobre la villa y tierra de la que su tío, Gutierre de Toledo, seguía siendo titular señorial, lo que constituye un hecho singular e inusitado (CALDERÓN ORTEGA, *El Ducado de Alba*, p. 60).

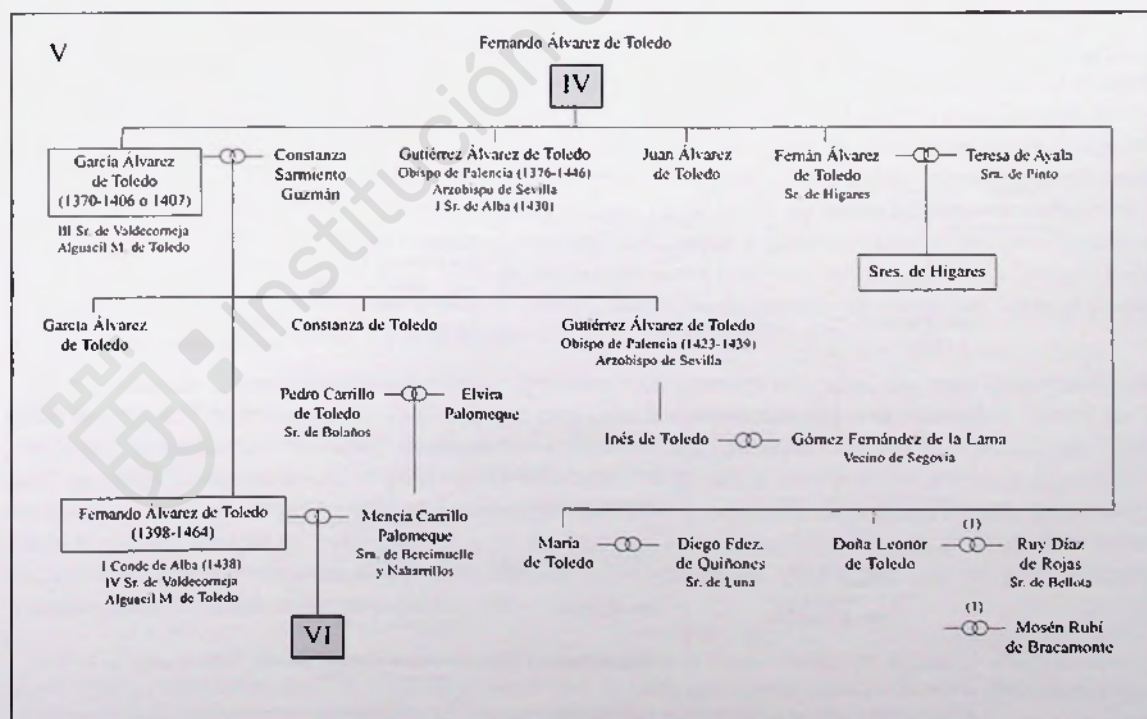
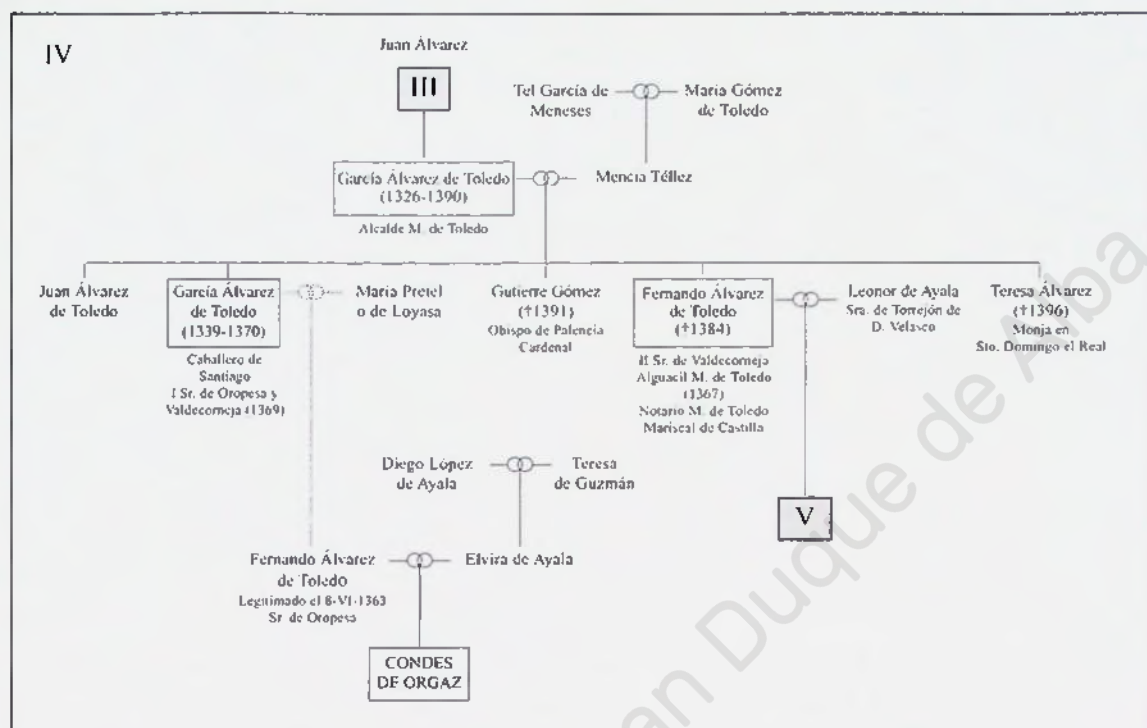
Por vez primera en Castilla una persona noble sin parentesco alguno con el monarca obtiene un título nobiliario, en este caso como recompensa a sus destacados servicios en la contienda contra el antiguo válido regio, don Álvaro de Luna. Ello no hace sino abrir las puertas de la más alta nobleza castellana a una persona y a un linaje que desde un ámbito local —el toledano— había venido escalando puestos en la administración del reino hasta gozar del favor y la amistad del soberano.

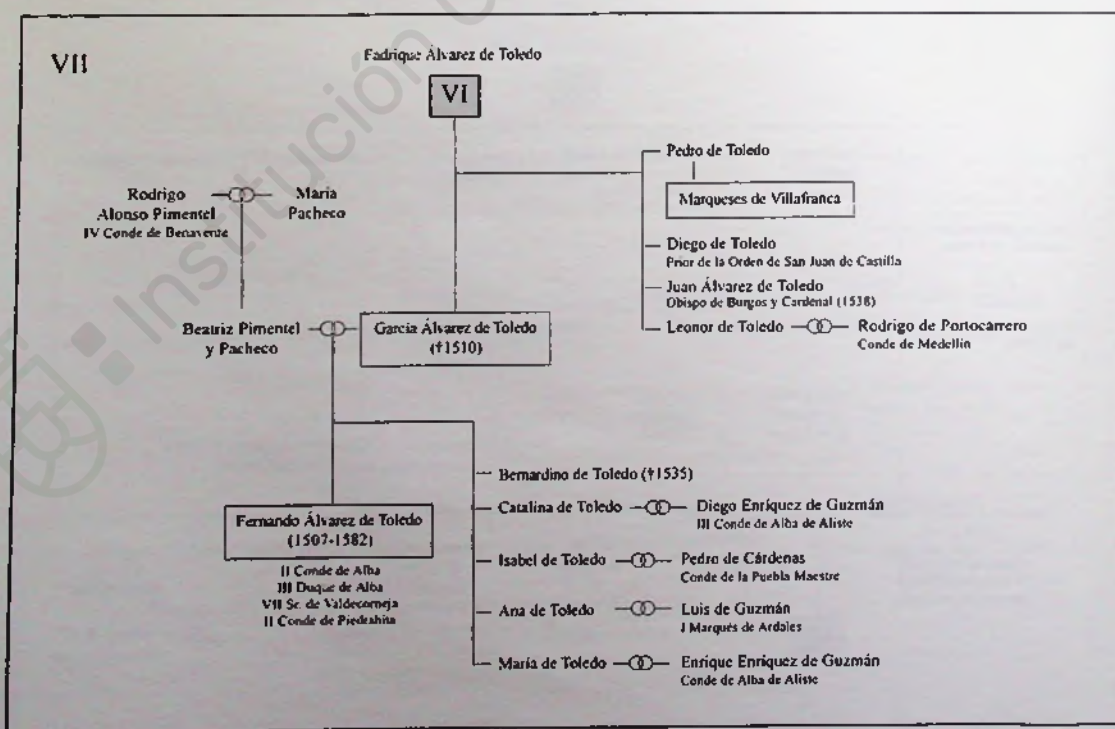
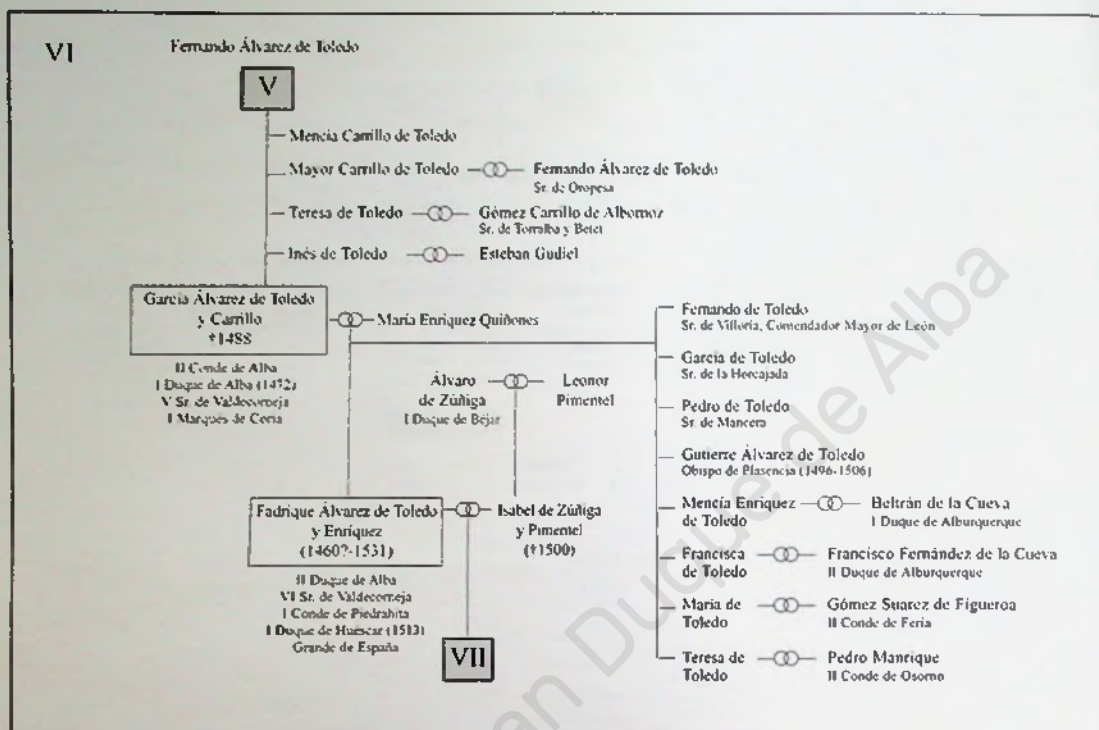
Casi cuatro décadas más tarde el proceso culminará, pese a serios contratiempos como la caída en desgracia del I conde entre 1446 y 1454, con un encumbramiento aún mayor: la concesión por Enrique IV de los títulos de marqués de Coria y duque de Alba por privilegio de 20 de diciembre de 1472⁶⁷. Merced a los mismos quedaban colmadas, por el momento, las más soñadas y anheladas ambiciones nobiliarias de un linaje que había tenido su modesto principio en la lejana Toledo de finales del siglo XI.



⁶⁷ CALDERÓN ORTEGA. *El Ducado de Alba*, p. 99.







EL GOBIERNO DE LA CASA DE ALBA (SIGLOS XIV-XVI)

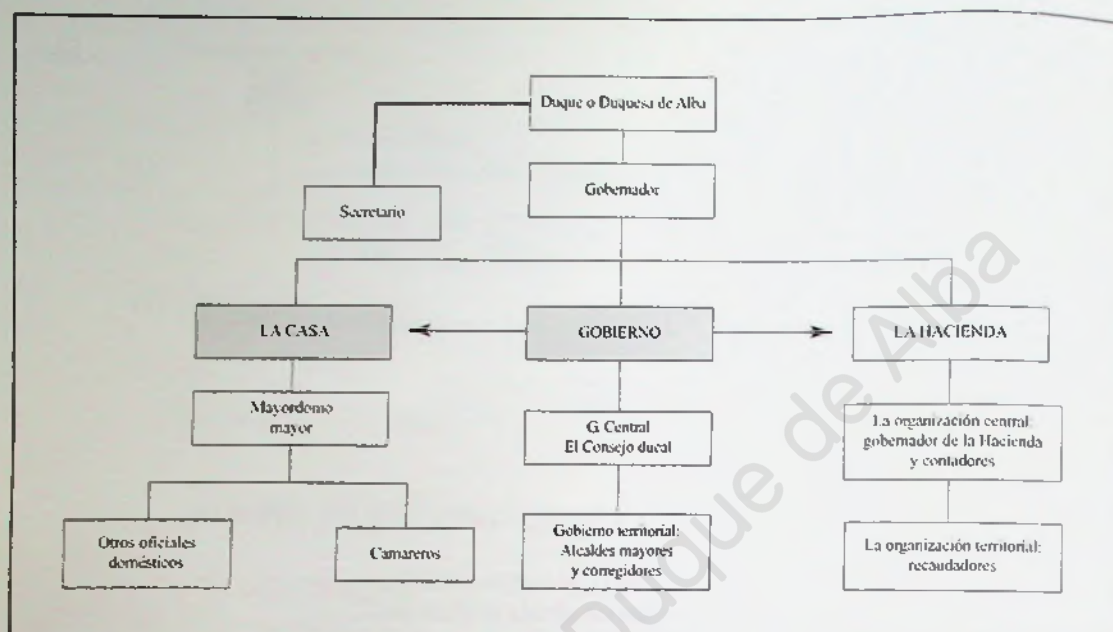
José Manuel CALDERÓN ORTEGA
Universidad de Alcalá de Henares

I. INTRODUCCIÓN¹

El gobierno de la Casa de Alba se articula en torno a tres pilares que sirven para sostener la compleja estructura, que alcanza al final el periodo objeto de nuestra atención una gran sofisticación, manifestada en la redacción de Ordenanzas de gobierno de la «Casa» y de la Hacienda, que constituyen el punto de llegada de un largo proceso evolutivo que había comenzado a mediados del siglo XIV; estos pilares van a ser, respectivamente, un ámbito gubernativo central y territorial, ambos íntimamente imbricados y con una subordinación absoluta del segundo hacia el primero, que se aprecia en la existencia del *consejo ducal* y en un desarrollado régimen de corregimientos; una organización hacendística eficiente y muy centralizada con sólidos mecanismos de control de la labor de arrendadores, recaudadores y mayordomos de rentas, imprescindible para el control de ingresos y gastos; y, finalmente, una organización doméstica que encauza el trabajo de unas 200 personas en el entorno familiar de los duques de Alba y que tienen a su cargo toda una serie de actividades, desde la adquisición de alimentos hasta el cuidado espiritual de las personas de los duques de Alba y de sus hijos y oficiales.

Al frente de estas distintas estructuras aparecen tres grandes oficiales, los más importantes de todo el esquema de gobierno de la Casa, que perciben los emolumentos más elevados, gozan de la confianza de los duques de Alba y desempeñan sus cometidos investidos de una gran autoridad. Estos son, en orden de importancia, el gobernador del estado señorial, el mayordomo mayor y el contador mayor, que al final del periodo objeto de nuestra atención recibirá el título eminente de gobernador de la hacienda, aunque en ocasiones va a producirse una acumulación de cargos en la misma persona, sin duda como consecuencia de su parentesco con el duque de Alba y, por qué no, por su amplio conocimiento del funcionamiento de la Casa.

¹ Este texto constituye una síntesis muy reducida de la monografía del autor, titulada *El ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial*, Madrid, 2005, que consideramos de referencia obligada para cualquier investigador interesado en la historia de la Casa de Alba durante la Baja Edad Media y el siglo XVI.



Al mismo tiempo, es necesario prestar atención a la figura del secretario, que durante los siglos XV y XVI va a experimentar un proceso imparable de acrecentamiento de competencias y de consideración institucional, paralelo al de sus homólogos reales, íntimamente relacionado con los anteriores oficiales, aunque no subordinado jerárquicamente a ninguno de ellos y que, en determinados momentos, va a proyectar su influencia de modo abrumador sobre el funcionamiento de las instituciones de gobierno de la Casa de Alba.

Para facilitar su conocimiento, vamos a considerar individualmente cada uno de estos ámbitos de gobierno.

2. EL GOBIERNO Y LA ADMINISTRACIÓN DE LA CASA DE ALBA

2.1. EL ÁMBITO CENTRAL

El mundo del señorío cubre una buena parte del mapa peninsular, ya que la Nobleza es la clase dominante y la mayor parte de sus miembros son herederos de aquella *Nobleza Nueva*, oficiales reales primero y desde el siglo XVI mercaderes enriquecidos, poseedores de señoríos dispersos o poco extensos casi siempre. Estos nobles, interesados principalmente en los rendimientos económicos de sus estados señoriales, venían delegando las tareas de gobierno en manos de un representante investido de amplios poderes, *alcalde mayor*, *corregidor*, dirán las fuentes. Sin embargo, el panorama es distinto cuando se trata de caracterizar la Alta Nobleza titulada, *duques*, *marqueses*, *condes*. En estos casos, la extensión de los señoríos es considerable, su dispersión también. Los titulares se encuentran inmersos en la política general del reino y la organización de sus estados se completa, surgiendo una instancia intermedia, superior a la del alcalde mayor y/o corregidor.

Este organismo de nueva creación recibe un nombre muy característico, *Consejo*, para significar cuál es el modelo que intenta imitar y a cuya imagen y semejanza se configura, —el Consejo

*real*². Las fuentes y algunos autores contemporáneos están conformes en señalar lo excepcional de la institución³, pero muy probablemente la realidad gubernativa que se crea, solo y exclusivamente en las principales casas señoriales, tiene una evidente justificación directamente relacionada con la extensión del estado, el número de sus habitantes, sus potenciales conflictos y, sobre todo, el volumen de rentas de los titulares, que pueda permitir el mantenimiento de varios *oidores letrados* que son sin duda oficiales muy bien pagados de la administración señorial. Conocemos de la existencia de estos Consejos en los estados del arzobispo de Toledo y de los duques de Medinaceli, Infantado, Osuna y Alba⁴, todos ellos incluidos entre los más ricos e importantes de los nobles castellanos y, muy posiblemente, nuevas investigaciones habrán de dar cuenta de la existencia de esta institución en los estados de los restantes *Grandes*⁵.

2.1.1. El gobernador

La primera persona que parece haber desempeñado dicho oficio fue el licenciado Pedro Ruiz de Villena, oidor de la Audiencia y Chancillería de Valladolid, nombrado gobernador de la tierra del duque de Alba cuando este presidió el Consejo real por la ausencia de Castilla de los Reyes⁶, que sin embargo no debió gozar de unas competencias tan extensas como en el futuro se atribuirán a los sucesivos gobernadores.

Mucho mejor conocida es la figura de Fernán Álvarez de Toledo, IV señor de Hígaes, mayordomo mayor y tío de Fadrique de Toledo. Fue nombrado gobernador general de todos sus estados cuando el duque viajó a Flandes acompañando al emperador en 1520 y aparece como verdadero titular, en virtud de los amplísimos poderes que le fueron otorgados. Primer firmante de todas las resoluciones del Consejo, nombraba mayordomos de rentas, recaudadores, etc.⁷ y su lugar en la gobernación del estado señorial no ofrece dudas, ya que la carta de poder de 1520 era sumamente expresiva, al concederle don Fadrique facultad para «poder poner y quitar oydores del Consejo, corregidores, regidores, alcaldes... E para que podades proveer e proveáis de jueces de residencia e recaudadores... E que podades averiguar las cuentas de todas mis tierras e hazienda que pertenezca en cualquier manera... E otrosí mando a mis hijos e nietos e alcaldes e corregidores... que vos tengan a vos el dicho mi tío

² Desde que el profesor DIOS, S. de, publicara su magnífico *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982, conocemos perfectamente las circunstancias históricas y el funcionamiento de la Institución, aunque parece evidente que a la hora de fijar una planta adecuada a las dimensiones de una gran casa señorial, debieron servir como modelos más adecuados los consejos de los príncipes de Asturias del siglo XV, es decir, el futuro Enrique IV y don Juan, hijo de los Reyes Católicos. Sobre este particular resulta de interés la obra de FRANCISCO OLMOS, J. M. de, *El príncipe heredero en las coronas de Castilla y Aragón durante la Baja Edad Media*, Madrid, 2000.

³ GUILARTE ZAPATERO, A., *El régimen señorial en los siglos XV y XVI*, Madrid, 1962, pp. 82-3 y 114.

⁴ Guilarte menciona la existencia de este organismo en los estados del arzobispo de Toledo y del duque de Medinaceli, con aportaciones documentales, en *El régimen señorial*, pp. 113-4. Para el consejo de los duques del Infantado, LAYNA SERRANO, F., *Historia de Guadalajara y sus Mendozas*, Madrid, 1941, I, p. 82 y para el caso de Osuna, se constata la existencia de una Audiencia, ubicada en la villa de Osuna, en ATIENZA HERNÁNDEZ, I., *Aristocracia, poder y riqueza en la España Moderna: La Casa de Osuna*, Madrid, 1987, p. 171.

⁵ El gran despliegue de la institución en el ámbito nobiliario corresponde, sin duda, a la Edad Moderna. Así CARRASCO MARTÍNEZ, A., *El régimen señorial en la Castilla Moderna: las tierras de la Casa del Infantado en los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1991, trataba con detenimiento su evolución histórica en dichos siglos, aun reconociendo un origen más antiguo. Igualmente, en los estados de los duques de Pastrana el consejo estaba perfectamente consolidado a mediados del XVI.

⁶ VARONA GARCÍA, M.^a A., *La Chancillería de Valladolid en el reinado de los Reyes Católicos*, Valladolid, 1981, p. 315.

⁷ Por ejemplo, el nombramiento de Pedro González Paniagua como mayordomo del pan de Valdecomeja, el 3 de agosto de 1529; Archivo Ducal de Alba (en adelante A.D.A.), C. 22, n.º 75⁸³.

Hernán Dálvarez de Toledo por mi gobernador de todas ellas e obedezcan en todo e por todo vuestras provisiones e mandamientos»⁸.

La duración del oficio de gobernador correspondía al tiempo que transcurriera durante las numerosas ausencias del duque don Fadrique, cesando automáticamente su desempeño cuando regresaba.

Consideración especial merece doña María Enriquez, mujer del III duque de Alba, ya que actuó como auténtica gobernadora durante las numerosas ausencias de su marido en servicio del emperador y de Felipe II, al nombrar y deponer oficiales y asumir competencias amplísimas en el gobierno del estado señorial aunque, evidentemente, con el consejo de oficiales de toda confianza como el citado Fernán Álvarez de Toledo o, posteriormente, Cristóbal de Mendoza.

En la documentación figura el famoso Pedro de Lagasca, que había regresado a España cubierto de gloria después de haber derrotado en Perú la rebelión de los Pizarro⁹. El III duque le otorgó una carta de poder el 24 de mayo de 1554 para reclamar deudas y salarios y, en general, para actuar como gobernador de los estados señoriales mientras durase su ausencia de España, cuando embarcó con su esposa acompañando al futuro Felipe II rumbo a Inglaterra y, más tarde, al viajar a Italia como virrey de Nápoles. Sin embargo, su autoridad debía estar mediatizada por la obligación de consultar al duque los problemas importantes que se presentaran¹⁰.

Nuevamente aparece un gobernador, durante la menor edad del V duque de Alba, el antes citado Hernando de Toledo, ya prior de San Juan. Su importancia fue considerable, pues tenía facultad para confirmar o destituir al gobernador de la hacienda¹¹ e, incluso, intentó imponer su voluntad para casar a su sobrino con una hija del duque de Alcalá¹².

Un ámbito muy característico de la actuación del gobernador era su actividad como presidente del consejo ducal, aunque la falta de documentación nos impida precisar las atribuciones de este cargo. Posiblemente, a la hora de caracterizarle institucionalmente, el duque de Alba debió tener en cuenta las Ordenanzas de 1390 que trataban de los presidentes del Consejo real, reconociéndoles competencias tales como dirigir las deliberaciones, dar la palabra a los consejeros y encauzar los debates, así como participar en la designación de corregidores y distribuir asuntos que no debían de acordarse en el pleno o que exigían un estudio particular de uno o varios consejeros¹³.

Los gobernadores documentados fueron presidentes del consejo en razón de dicho oficio, pero, al mismo tiempo, algunos de ellos continuaron actuando como tales incluso cuando el duque se encontraba al frente de la Casa y, en este sentido, el señor de Higuera va a figurar ininterrumpidamente en las resoluciones del Consejo desde 1515 hasta 1537.

⁸ 1520. Abril 26. La Coruña. A.D.A. C. 159, n.º 8.

⁹ Fue promovido al obispado de Palencia y conde de la Pernía. Era natural del Barco y la vinculación de su familia con los duques de Alba nos induce a pensar en unas fluidas relaciones del obispo con don Fernando de Toledo.

¹⁰ La escritura de nombramiento en A.D.A. C. 222, n.º 725. Se conserva una abundante correspondencia entre ambos, gracias a la cual el duque estaba puntualmente informado de la vida de sus estados y, desde Inglaterra e Italia, continuó enviando instrucciones. A.D.A. C. 65, n.º 58. Vid., FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, J. *Epistolario del III Duque de Alba*, Madrid, 1951, I, n.º 246, p. 266.

¹¹ 1585. Noviembre 22. Confirmación del dean de Calahorra hecha por el prior de San Juan; A.D.A. C. 144, n.º 3976.

¹² Real Academia de la Historia, en adelante, R.A.H. Colección Salazar, M-23, fols. 194 a 206.

¹³ DIOS, S. de. *El Consejo Real*, 1982, pp. 250-252.

2.1.2. Los consejeros

No existen noticias concretas que informen sobre el número exacto de los integrantes del Consejo de los duques de Alba durante el siglo XV. En la referencia documental más antigua, de 1484, figuraban las firmas del secretario, mayordomo y contador¹⁴; y, en años siguientes, nuevamente aparecen los mismos firmantes en unión de otras personas, de cuya condición de consejeros no cabe dudar. Este vacío informativo comenzará a llenarse en parte desde 1515, con referencias sobre los sueldos de los consejeros *letrados*¹⁵.

De la relación de nombres que figuran en sus resoluciones y teniendo presentes las tipologías de las Ordenanzas del Consejo real, pueden establecerse las siguientes categorías:

En primer lugar la de consejeros por razón de la dignidad de sus personas y de sus oficios. En este grupo habría que incluir a los grandes oficiales del estado señorial, secretario, contador, alcalde mayor, alcaide del alcázar de Alba y mayordomo mayor o camarero mayor. No son únicamente nombramientos honoríficos, ya que en algún momento han firmado resoluciones del Consejo, aparecen documentados desde época del primer duque, desempeñando los oficios también con su sucesor. Solamente su paulatina desaparición dejaría las manos libres a Fadrique de Toledo para ir modificando la estructura del Consejo.

La segunda categoría haría referencia a los llamados consejeros residentes de las Cortes de Toledo, quienes estaban incluidos en la nómina del Consejo ejerciendo efectivamente el oficio, grupo en el que habría que incluir a los consejeros letrados, que primero tímidamente y, más adelante, de manera exclusiva refrendarán las provisiones del Consejo desde 1522, después de la muerte de Ovalle y del licenciado Cornejo, últimos representantes del otro tipo de consejeros¹⁶. Su número, dos al principio, finalmente se establece con carácter definitivo en tres, como mínimo desde 1569¹⁷.

2.1.3. Otros oficiales

Además de los consejeros, en este organismo figuraban otros oficiales de menor categoría, siendo los más importantes los secretarios.

Durante la vida del secretario Rodrigo de Alcocer no aparecen referencias sobre la existencia de escribanos o secretarios del Consejo, por lo que probablemente esta función recaía en el citado personaje. Sin embargo, después de su muerte se produjo una completa disociación, al aparecer perfectamente documentado el secretario del duque y, de otra parte, el denominado secretario del Consejo —Francisco Pérez de Madrigal—, que figura también como escribano del Consejo.

Sus atribuciones eran prácticamente las mismas que las de los escribanos reales, refrendar las provisiones y mandamientos de los consejeros, dar fe de todos los actos que se realizasen ante ellos en el Consejo y, sobre todo, la actuación como secretario del despacho de sus negocios¹⁸, actividades plenamente

¹⁴ A.D.A. C. 301, *Libro Maestro*, fol. 988.

¹⁵ De ese año era una provisión del segundo duque, dirigida al contador Hernando de Villalón, comunicándole que había acrecentado en 10.000 maravedíes el sueldo del bachiller Salvador Armendáriz, oidor del Consejo y Audiencia; A.D.A. C. 22, n.º 756.

¹⁶ En este sentido, el licenciado Villena, que aparece firmando disposiciones desde 1488 hasta 1500, el licenciado Cristóbal de Toro en 1495, o el doctor Gonzalo Méndez de Villasandino, desde 1496 hasta 1499. Las últimas referencias del licenciado Cornejo son de 1512, mientras que la firma de Juan de Ovalle aparece en los documentos hasta 1522.

¹⁷ Ese es el número de oidores del consejo que figura en la nómina de sueldos de dicho año; A.D.A. C. 166, n.º 3.

¹⁸ DIOS, S. de, *El Consejo Real*, p. 326.

constatadas en el nombramiento por parte del III duque de Alonso Muñoz, disponiendo que habrían de pasar ante él todos los autos y descargos de sus antepasados, también los autos y escrituras de la Audiencia del Consejo, con derecho a un oficial que le ayudase y una cabalgadura a su costa¹⁹.

También se incluyen aquí una serie de oficios vinculados al Consejo, pero que pertenecen a la categoría más amplia de oficiales del estado señorial²⁰.

Puede mencionarse en primer lugar al promotor fiscal de todas las tierras y señoríos del duque de Alba, Juan de Portillo, confirmado en su oficio por el III duque, documento que informa que ya había desempeñado este cometido en época de don Fadrique, con unas competencias similares a las del procurador fiscal y promotor de la justicia del rey, actuando en defensa del patrimonio del duque de Alba²¹.

También se constata la existencia de un alguacil de Casa y Consejo, desarrollando funciones ejecutivas de justicia y policía²².

Sin embargo, pese a este carácter, existe constancia documental de este oficial sentenciando en un pleito entre Barco y Piedrahíta. El alguacil mayor fue comisionado, dio sentencia y amojonó. Su resolución no satisfizo a Piedrahíta, que se consideró agraviada y apeló al Consejo. En este organismo se designó al doctor de la Fuente que revocó la primera sentencia y estableció nuevas mojoneras²³.

El panorama de oficiales vinculados al Consejo puede completarse con la mención de ballesteros de maza y porteros.

Las obligaciones de ambos podrían resumirse en las siguientes: funciones de portería estricta, guarda de accesos de organismos administrativos, actuaciones como ordenanzas e introductores ante los mismos, funciones de mensajería y correo o actividades auxiliares de tribunales y órganos judiciales²⁴.

2.2. EL GOBIERNO TERRITORIAL

2.2.1. *El alcalde mayor*

Este oficial, de honda raigambre en Castilla, resulta de difícil tratamiento para el estado señorial de los duques de Alba, ya que su propia existencia y ámbitos de actuación plantean en ocasiones más interrogantes que respuestas. Sin embargo, no cabe duda de que desde fechas tempranas existió un oficial que ejercía por delegación alguna de las competencias atribuidas al titular del señorío, provisto de una formación adecuada y muy posiblemente no fuera otro que el alcalde mayor, cuya referencia más antigua es de 1438, correspondiendo a Juan Martínez de Tamayo, a quien Fernán Álvarez de

¹⁹ 1531. Octubre 23. Alba. A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 112.

²⁰ Condición puesta de manifiesto por DIOS, S. de, *El Consejo Real*, p. 332, que criticaba la clasificación que GAN GIMÉNEZ, P., hacía de estos oficiales en sus obras «El Consejo real de Castilla. Tablas cronológicas (1499-1568)», *Chronica Nueva*, I, (1968); y en *El Consejo real de Carlos V*, Granada, 1988, pp. 173 y 184-188.

²¹ 1532. Enero 8. Alba. A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 130-1. Actividad puesta de manifiesto por DIOS, S. de, *El Consejo*..., pp. 332-3 y TORRES SANZ, D., *La administración central castellana en la Baja Edad Media*, pp. 179-180. Existen testimonios que informan de la actuación del promotor fiscal del duque de Alba; así el 21 de julio de 1574, el licenciado Marco Antonio, oidor del consejo, pronunció una sentencia en un pleito que trataban de una parte Antón de Oviedo, promotor fiscal, y de la otra el corregidor licenciado Tierno y alcaldes ordinarios, regimiento y procurador general de San Felices, en razón de unos cortes que se hicieron en el monte. Condenó al corregidor y villa, cada uno a 4 ducados, la mitad para la Cámara y la mitad para gastos de la justicia y obras del hospital que se hace en la villa y también en costas procesales; A.D.A. C. 248, n.º 54^b.

²² A.D.A. C. 22, n.º 75¹⁰.

²³ *Ordenanzas del señorío de Valdecorneja* (en adelante *Ordenanzas*); A.D.A. *Manuscritos*, III, fol. 236.

²⁴ TORRES SANZ, *La administración*, pp. 270-272.

Toledo encomendó la realización de una pesquisa en razón de una querrela que enfrentaba al Barco y a su lugar de La Aliseda por el aprovechamiento de unas dehesas. Efectuada la pertinente averiguación, dio la razón a La Aliseda y, en adelante, los sucesivos titulares confirmaron su decisión²⁵. No cabe duda de que la presencia de este oficial era más antigua que la de entender la documentación conservada y, en adelante, encontraremos nuevas noticias relativas al citado Tamayo²⁶.

Esta primera época de existencia del alcalde mayor significó su máximo esplendor, ya que el señorío de Valdecorneja parece haber conocido la existencia de un alcalde mayor y dos o más personas, a los que las escasísimas fuentes existentes definen como corregidores²⁷, aunque posiblemente su auténtica naturaleza debía corresponder a la de simples tenientes o delegados del alcalde mayor²⁸.

Desde 1460 figura en la documentación un nuevo alcalde mayor, Álvaro de Herrera, del que se conserva la carta de nombramiento, que le reconoce amplísimas competencias²⁹, confirmadas a su sustituto, el bachiller Juan Rodríguez de Cueto, aunque en esa misma escritura parece vislumbrarse que su ámbito de actuación se extendía al señorío de Valdecorneja, Salvatierra, Villoria y Babilafuente³⁰. No obstante, fuera de su jurisdicción debieron quedar señoríos tan importantes como Alba de Tormes o Granadilla.

Curiosamente, a partir de ese momento se inicia un periodo de absoluta oscuridad en las noticias del alcalde mayor, desapareciendo de la documentación durante veinticinco años³¹.

Al parecer, desde la década de los setenta se produjeron importantes cambios en la organización territorial del estado señorial, con la extensión del sistema de corregidores, y el oficio de alcalde mayor, antaño tan prestigioso, se conservó con unas competencias desconocidas pero, sin duda alguna, muy reducidas.

En 1488 tuvo lugar un incidente de gran repercusión en el reino. Pulgar refiere que la Reina fue informada en Murcia de cómo un recaudador de los derechos del Servicio y Montazgo había sido apaleado por el alcalde mayor del duque de Alba y el alcaide de Salvatierra. Inmediatamente comisionó al licenciado Diego de Proaño, alcalde de su corte, para que hallase al culpable y ejecutase la justicia³².

Esta noticia presenta una íntima conexión con la carta fechada en Zaragoza el 6 de febrero de dicho año, ordenando a Proaño proceder contra los culpables de las injurias hechas en Abadía contra un pesquisidor que investigaba ciertos insultos a un peregrino³³. Ambos sucesos presentan suficientes

²⁵ 1438. Febrero 28. s. l. A.D.A. C. 168 n.º 1, fols. 184-187.

²⁶ En este sentido, el día 1 de septiembre de 1445 compareció ante el alcalde mayor Alfonso de Zayas, camarero del conde de Alba, solicitando traslado de una carta de merced de Juan II al conde del alguacilazgo de Ávila. Después de comprobar el documento, el alcalde dio la pertinente orden al escribano para realizar un traslado; CALDERÓN ORTEGA, J. M., *Documentación medieval abulense en el Archivo de la Casa de Alba*, Ávila, 2000, n.º 22, pp. 59-60.

²⁷ En una fecha temprana, 1434, se constata la presencia de un corregidor, Rodrigo Álvarez de Montemolin; LUIS LÓPEZ, C., *La comunidad de villa y tierra de Piedrahita en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*, Ávila, 1987, pp. 237-238.

²⁸ La única noticia que existe de este oficial informa de que era receptor del impuesto del *cornado de la cerca*, LUIS LÓPEZ, *La Comunidad*, p. 237-238.

²⁹ En su nombramiento, el conde le facultaba para *oír, ver, librar, determinar y sentenciar todas las causas, pleitos y negocios*... Asimismo ejercía el mando militar supremo después del señor de Valdecorneja; LUIS LÓPEZ, *La Comunidad*, p. 236.

³⁰ El nombramiento era de 1464. LUIS LÓPEZ, *La Comunidad*, p. 236. El silencio de las fuentes tal vez pudiera deberse al hecho de que el citado ejercía como lugarteniente de García de Toledo el oficio de alguacil mayor de Toledo desde el 28 de marzo de dicho año. A.H.N. *Nobleza*, Frias, Leg. 847, n.º 1.

³¹ Incluso un documento tan expresivo como el *Libro Maestro* no dedica ni una sola referencia a este oficial.

³² PULGAR, H. del, *Crónica de los Reyes Católicos*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla. III*, Madrid, 1953 (Biblioteca de Autores Españoles, LXX), p. 477.

³³ En este caso, el pesquisidor y el escribano que le acompañaba habían sido apaleados por gentes del duque de Alba. *Archivo General de Simancas* (en adelante A.G.S.), Registro General del Sello, vol. V, n.º 2.306, p. 335.

similitudes como para imaginar que trataran del mismo asunto; sin embargo, únicamente Pulgar da cuenta del final de la historia, al referir que el licenciado Proaño se valió de una estratagema, prendiendo al alcalde y ahorcándolo, en tanto que el alcalde mayor fue conducido ante la Chancillería de Valladolid, donde fue condenado a la amputación de una mano y a la pena de destierro del reino.

Resulta imposible determinar el verdadero alcance de la noticia pero, paradójicamente, el alcalde mayor experimentó en años siguientes una evidente revitalización dentro del esquema gubernativo del estado señorial, pues al menos desde 1500 aparece el bachiller Cornejo –alcalde mayor–, formando parte del consejo ducal y desarrollando importantes cometidos hasta 1523 en que desaparece de la documentación, aunque varios años atrás ya había dejado de figurar entre sus miembros³⁴. En adelante sus competencias recayeron en los oidores letrados del consejo³⁵.

2.2.2. Los corregidores

El profesor Bermúdez Aznar en su libro sobre el corregidor castellano dedicaba un capítulo a los corregidores señoriales, mencionando a reinas, príncipes, duques, condes, privados, que dispusieron de estos oficiales en sus señoríos³⁶. Entre ellos no incluía a los condes y duques de Alba de Tormes, pero no cabe duda de que habría que reservarles un lugar destacado como poseedores de extensos señoríos, cuya amplitud y lejanía y la ocupación de los titulares en la política general del reino les obligaría a utilizar los servicios de un agente que ejercitase en su nombre las competencias consignadas en el título constitutivo del señorío³⁷. Este fenómeno organizativo, puesto de manifiesto de forma similar para otras muchas casas nobiliarias estudiadas en los últimos años³⁸, desemboca en pleno siglo XV en la figura del corregidor, pre-existente en algunas villas o recién creado en otras, sirviendo como modelo lógico en su evolución la figura del corregidor real.

³⁴ Una noticia de dicho año informa de que el doctor Cornejo se encontraba en Granada pleiteando en nombre del duque de Alba con la ciudad de Huéscar. A.G.S., Memoriales de Cámara, C. 154. n.º 195.

³⁵ Curiosamente, el término de alcalde mayor, que había desaparecido de la terminología del consejo de los duques de Alba, se mantuvo en la documentación oficial para designar a ciertos oidores del consejo ducal y, así, distintas ejecutorias reales al referirse a algunos de estos oficiales, como Salvador Armendáriz o el alcalde Juan Ovalle, los definían explícitamente como alcaldes mayores desde principios de siglo hasta fechas tan avanzadas como 1540. Vid. Chancillería. Pleitos civiles, C. 257 n.º 3.

³⁶ BERMÚDEZ AZNAR, A., *El corregidor castellano durante la Edad Media, (1348-1474)*. Murcia, 1974, p. 236.

³⁷ GUILARTE ZAPATERO, *El régimen señorial*, p. 82.

³⁸ En los trabajos dedicados al estudio de estados señoriales, al tratar de los delegados del señor, pueden establecerse distintas categorías. En primer lugar la que tiende a identificar los oficios de alcalde mayor y corregidor como sinónimos, basándose en la equivalencia de competencias que suele atribuirse a ambos en los correspondientes nombramientos por ejemplo en ÁLVAREZ ÁLVAREZ, C., *El condado de Luna en la Baja Edad Media*, León, 1982, pp. 322-324, que constata la presencia de alcaldes mayores y corregidores, realizando idénticas funciones.

En otros estudios se señala la presencia de alcaldes mayores del señorío con amplias funciones jurisdiccionales, que no desembocan sin embargo en la figura del corregidor, por ejemplo AYERBE IRÍBAR, R., *Historia del condado de Oñate y señorío de los Guevara (s. XI-XVI)*, San Sebastián, 1985, pp. 457-77, QUINTANILLA RASO, C., *La Casa de Aguilar*, Córdoba, 1978, pp. 242-244; AGUADO GONZÁLEZ, F. J., *El ascenso de un linaje castellano en la segunda mitad del siglo XV: los Téllez Girón, condes de Ureña (El origen del señorío de Osuna)*, Madrid, 1991; o BECEIRO PITA, I., *El condado de Benavente en el siglo XV*, Benavente, 1998, pp. 244 y ss.

Un tercer grupo, por ejemplo, CABRERA MUÑOZ, E., *El condado de Belalcázar (1444-1518)*, Córdoba, 1977, pp. 253-256, que constata la presencia simultánea de corregidor y alcalde mayor, atribuyendo al primero una mayor dignidad, competente en apelaciones de sentencias del alcalde mayor del condado.

Y finalmente, podría reseñarse un cuarto grupo, que parece corresponder a los grandes estados señoriales, como la Casa de Osuna, en ATIENZA HERNÁNDEZ, *Aristocracia, poder y riqueza*, en que la figura del alcalde mayor parece que se conserva de forma residual, asumiendo funciones propias de los corregidores en caso de ausencia.

El sistema de corregimientos culminó en la década de los setenta del siglo XV, en época de García de Toledo. Como mínimo desde 1474 existían corregidores en casi todos los núcleos señoriales de la Casa: Alba, Granadilla, Coria, Piedrahíta, El Barco y las Cinco Villas y, más adelante, en San Felices y Salvatierra, culminando un proceso que con ligeros matices coincide con las diferentes circunscripciones territoriales en que se dividía el estado señorial a efectos hacendísticos y fiscales y que se mantuvo en las últimas adquisiciones: Castronuevo, Huéscar, Fuenteguinaldo y Puente del Congosto en el siglo XVI.

Un interesante aspecto es el que hace referencia a la personalidad de estos oficiales y al mayor o menor grado de capacitación jurídica. La falta de documentación impone serias restricciones para una evaluación aproximada del número de corregidores que sirvieron a los duques de Alba. Únicamente disponemos de una secuencia completa en el caso de Piedrahíta; en Alba y Granadilla, con alguna pequeña excepción, la sucesión cronológica es también satisfactoria. En los demás corregimientos existen noticias de los últimos años del siglo XV y desde el final de la década de 1520 y esta limitación motiva el establecimiento de dos grandes periodos.

El primero coincide con la generalización del sistema y un predominio absoluto de los caballeros, alguno de ellos del entorno íntimo del duque de Alba, como Diego de Verástegui, corregidor y alcaide del Barco y además maestresala y montero mayor; Álvaro de Villapecellín, alcaide del alcázar de Alba, miembro del Consejo y persona de confianza del duque, que le encomienda diferentes misiones, y otros muchos. Lógicamente, la falta de formación jurídica de estas personas hacía necesaria la presencia de alcaldes y lugartenientes con titulación apropiada.

El segundo, plenamente documentado en el siglo XVI, significa el triunfo de los corregidores con titulación jurídica. El proceso de sustitución de los caballeros se constata ya desde 1520 en Piedrahíta y Alba de Tormes. En los demás corregimientos comienzan también a aparecer letrados, haciendo innecesaria la presencia de un alcalde del corregidor. No obstante, esta tendencia no significó la desaparición de los caballeros; en Granadilla, Cristóbal de la Cuba desempeñó el oficio como mínimo desde 1520 a 1534³⁹, en Piedrahíta el III duque nombró en 1534 a Diego López de Zúñiga, su criado⁴⁰, y en Coria en 1533 a Tejeda⁴¹. En dichas ocasiones se les concedía facultad para designar lugartenientes letrados⁴².

2.3. LAS COMPETENCIAS DEL CONSEJO DE LOS DUQUES DE ALBA

2.3.1. *Asuntos de gracia y merced*

Era este un ámbito reservado para ser librado por el duque de Alba, referido a concesión de mercedes, tierras y tenencias, nombramientos y oficios de su casa, otorgamiento de perdones, franquicias, etc.

De estos asuntos, el relativo a los oficios es el que posibilitaba una mayor intervención del Consejo. La documentación muestra claramente que el nombramiento corresponde siempre al duque de Alba, o en su defecto al gobernador de sus estados, pero probablemente cuando se trataba de

³⁹ La referencia más antigua de este personaje, en A.D.A. C. 346 (A) n.º 47; y la más moderna de 22 de enero de 1534, en A.D.A. C. 168 n.º I, fol. 330.

⁴⁰ LUIS LÓPEZ, C., *Colección documental del Archivo Municipal de Piedrahíta (1372-1549)*, Ávila, 1987; *Ordenanzas antiguas...*

⁴¹ A.D.A. C. 168 n.º I, fol. 84r.

⁴² Así, por ejemplo, en los nombramientos de corregidores de Coria en 1531, en A.D.A. C. 168 n.º I, fol. 190v de Piedrahíta en 1534, *Ordenanzas*, II, fol. 99r y v. En esta última ocasión, cuando el corregidor se presentó ante el concejo para hacer el correspondiente juramento, nombró por su teniente al bachiller Villarroel.

oficiales que requerían una especial cualificación profesional, como corregidores, contadores, etc., el Consejo tendría una activa intervención consultando sobre quién debía elegirse⁴³.

En lo que se refiere a perdones, la intervención del organismo era poco activa e incluso en las ocasiones conocidas, estas disposiciones firmadas por el duque de Alba rectificaban anteriores sentencias del Consejo⁴⁴.

2.3.2. La vía gubernativa

2.3.2.1. El Consejo y las ordenanzas municipales

Los señores, en virtud de la jurisdicción *civil y penal, mero y mixto imperio*, asumen y ostentan una potestad de ordenanza, directa y sin intervención de los concejos, de la que hacían uso cuando convenía⁴⁵. La documentación existente presenta numerosas manifestaciones de esta facultad normativa de los señores, pudiéndose apreciar la intervención del Consejo ducal revistiendo diferentes modalidades.

En primer lugar, en el Consejo se confeccionaban directamente Ordenanzas como consecuencia de visitaciones de sus miembros a las villas o lugares del ducado. Entre estas pueden mencionarse las realizadas por los licenciados Armendáriz a San Felices y La Alberca, y Henao a Fuenteguinaldo en 1528; o del licenciado Marco Antonio a San Felices en 1574. El resultado fueron sendos cuadernos de Ordenanzas otorgadas por los duques, en los que se confirman en sus líneas maestras los capítulos establecidos por los visitadores⁴⁶.

En segundo lugar, Ordenanzas fruto de la actividad normativa de los propios concejos, que debían ser remitidas al Consejo, donde eran estudiadas y en su caso aprobadas o modificadas en alguno de sus puntos, alcanzando vigencia cuando el titular devolvía a las villas el texto de sus Ordenanzas. Si el duque se encontraba ausente era suficiente la sola firma de los consejeros. En este sentido podrían mencionarse las confirmaciones de Fernando Álvarez de Toledo y del licenciado Armendáriz de la Ordenanza de las viñas de Granadilla⁴⁷, de ganados en la Alberca⁴⁸ y Alba⁴⁹, firmadas por el duque don Fadrique, o de las ordenanzas de Granadilla de 1560, aprobadas por la duquesa doña María⁵⁰.

⁴³ El profesor DE DIOS distinguía dentro de los oficios de ciudades y villas los que correspondían a estas por fuero, en cuyo caso el Consejo real podía proceder a librar las cartas con su propio nombre y oficios y los que no se daban por confirmación, que precisaban la firma real; *El Consejo Real*, p. 346.

⁴⁴ Así, la provisión del duque de Alba de 27 de junio de 1530 perdonando a Alonso de la Torre, vecino de Salvatierra, una pena de destierro que le había sido impuesta por el Consejo, A.D.A. C. 168 n.º 1, fols. 80v-81.

⁴⁵ CORRAL GARCÍA, E., *Ordenanzas de los concejos castellanos. Formación, contenido y manifestaciones siglos XIII-XVIII*, Burgos, 1988, p. 40.

⁴⁶ Son conocidas las visitas efectuadas en 1499 en Piedrahíta por el doctor Villasandino y Juan de Ovalle, las de 1528 en San Felices y Granadilla por el licenciado Armendáriz, y Fuenteguinaldo por Henao; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 4-5; y en San Felices por el licenciado Marco Antonio en 1574. Las fechas de las Ordenanzas son, respectivamente, 1528. Julio 20 para La Alberca, A.D.A., C. 168, n.º 1, fols. 20-23; 1528. Abril 14 para Fuenteguinaldo y 1528. Julio 2 para San Felices, A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 12-20; y 1574. Julio 20 para San Felices, A.D.A. C. 248, n.º 54º.

⁴⁷ 1524. Agosto 30. Alba; A.D.A. C. 346, (A) n.º 57.

⁴⁸ 1530. Enero 9. Alba; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 74v-76v.

⁴⁹ 1529. Diciembre 14. Alba; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 72-74.

⁵⁰ 1560. Abril 4. Alba. Carta de la duquesa doña María, aprobando unas ordenanzas realizadas por la villa de Granadilla. Fueron vistas por el licenciado Juan del Vado y, consultadas con la duquesa, finalmente las aprobó; A.D.A. C. 346 (A), n.º 76.

El trámite de examen en el Consejo era un requisito imprescindible, cuyo incumplimiento estaba severamente castigado⁵¹.

El tercer supuesto contemplaba en la redacción de las ordenanzas la intervención de las autoridades municipales en unión de consejeros, lo que sin duda debía comportar una mayor rapidez, tratando tanto de cuestiones generales como particulares⁵².

Finalmente, también es evidente su intervención en la revisión de ordenanzas de los concejos, como consecuencia de peticiones presentadas por las villas interesadas en cambiar su contenido, siendo discutidas por consejeros y representantes y después de aprobada la modificación se notificaba⁵³, ó bien, la realización por el concejo de la revisión que luego se enviaba al Consejo para su necesaria aprobación⁵⁴.

2.3.2.2. Hacienda y gobierno de villas y lugares

El control de cuestiones hacendísticas y fiscales constituye uno de los principales ámbitos de actuación del Consejo en su relación con las villas, desplazando paulatinamente a otros oficiales específicos —los contadores—, a quienes previamente había correspondido. Así, podrían mencionarse varias provisiones remitidas por el mayordomo Fernán Álvarez y el contador Villalón a Granadilla, comunicando la cantidad que le correspondía a la villa y su tierra en el reparto del Servicio de Cortes de los años 1515, 1517, 1519 y 1520⁵⁵.

Cuando las noticias de estas actividades se hacen más abundantes son ya los consejeros los encargados del control de la actividad hacendística de oficiales⁵⁶ y concejos, de la que existen numerosas referencias, casos de San Felices⁵⁷, la Alberca⁵⁸, Abadía⁵⁹, Granadilla⁶⁰ o Salvatierra⁶¹.

⁵¹ La residencia efectuada en 1517 al corregidor de Granadilla nos informa de que el juez le había condenado con pérdida de oficio y 2.000 maravedíes por haber hecho ordenanzas y aplicarlas sin la confirmación del duque. No obstante, don Fadrique perdonó al infractor, pero estableció la obligación de enviar el texto de cualquier ordenanza al Consejo o a él personalmente, para que en el plazo de treinta días se viesen, examinasen y confirmasen, si procediera, sin vigencia en tanto no se determinase. 1518. Mayo 22. Alba. A.D.A. C. 346 (A), n.º 49.

⁵² Los ejemplos son numerosos, así la solicitud del concejo de Piedrahíta para que se aprobasen unas Ordenanzas redactadas por dos consejeros con acuerdo de justicias, procuradores y regidores: *Ordenanzas...*, I, fol. 87; la aprobación por Gutierre de Toledo de las Ordenanzas nuevas establecidas por dos consejeros y justicia, regidores, etc., de la misma villa, en LUIS LÓPEZ, *Colección Diplomática*, pp. 69-73; o una ordenanza sobre el comer de la bellota, otorgada por don Fadrique para Granadilla en 1530, después de elaborarse con el acuerdo de consejeros y representantes de la villa, A.D.A. C. 16, n.º I, fols. 257-260v.

⁵³ *Ordenanzas*, III, fol. 197v.

⁵⁴ 1529. Diciembre 14. Alba, A.D.A. C. 168, n.º I, fols. 72-74.

⁵⁵ 1515. Agosto 20. Alba. Comunicación a la villa de haberle correspondido pagar 39.100 maravedíes en el repartimiento de 150 cuentos, hecho en Burgos para 1515, y 1517: A.D.A. C. 346 (A), n.º 45.

1517. Julio 2. Alba. Id. id. de haberle correspondido 35.800 maravedíes en el repartimiento de 50 cuentos para el año 1517; A.D.A. C. 346 (A), n.º 47.

1519. Id. id. 51.800 maravedíes en el repartimiento de 200 cuentos para 1519, 1520 y 1521; A.D.A. C. 346 (A), n.º 50.

1520. Abril 13. Alba. Id. id. id., 48.427 maravedíes en el repartimiento de 200 cuentos durante 1520; C. 346 (A), n.º 52.

⁵⁶ Por ejemplo, una provisión del duque don Fadrique en que se mencionaba el alcance hecho a un receptor de penas de cámara, como consecuencia de la cuenta que le había hecho el licenciado Armendáriz; A.D.A. C. 168, fol. 11.

⁵⁷ 1528. Julio 4. San Felices. LUIS LÓPEZ, *Colección documental*, n.º 55.

⁵⁸ 1528. Julio 20. La Alberca. Mención de la toma de cuentas de los años 1526 y 1527, realizada por Armendáriz al concejo de la La Alberca, encontrando los gastos excesivos; A.D.A. C. 168, n.º I, fol. 22v.

⁵⁹ 1533. Diciembre 4. Abadía. Orden del duque al recaudador de Abadía, para llevar las cuentas de los propios de la villa al Consejo, donde habrían de ser examinadas; A.D.A. C. 168 n.º I, fol. 316.

⁶⁰ 1530. Enero 21. Alba; A.D.A. C. 168, n.º I, fols. 76v-77v.

⁶¹ 1527. Marzo 19. Alba; A.D.A. C. 22, n.º 751²⁵.

En todos los ejemplos anteriores se nos informa de cómo, en ocasiones, eran los oidores los que realizan la toma de cuentas, en otras las cuentas de los concejos se llevaban al Consejo según la ordenanza, donde eran estudiadas y, cuando las encontraban mal aplicadas o mal justificadas, se notificaba a las villas para que procedieran a la oportuna rectificación⁶².

Otro ámbito de actuación del Consejo, de importancia fundamental en la vida de villas y lugares, era el referido a visitaciones y averiguaciones de las peticiones de concejos y particulares. En este sentido el control es absoluto y se aprecia en múltiples manifestaciones, visitas muy minuciosas y extensas que dan como resultado la confección de ordenanzas⁶³, o visitaciones de carácter más restringido, en forma de averiguaciones como consecuencia de peticiones presentadas en el Consejo por villas y lugares⁶⁴.

2.3.2.3. Control de los oficiales señoriales

El control de la actividad de los oficiales se manifestaba de diversas maneras. En primer lugar, el examen de aptitud que algunos de ellos debían superar en el Consejo, como médicos o boticarios⁶⁵. Resulta también muy significativo el ejemplo de los escribanos públicos, de alguno de los cuales se conserva constancia documental⁶⁶.

En segundo lugar se encuentra el juramento que habían de realizar ciertos oficiales en el Consejo, como consecuencia de lo establecido en los títulos de nombramiento de sus oficios y así se conservan referencias de juramentos prestados por el contador⁶⁷, procurador de causas en el Barco⁶⁸ o promotor fiscal⁶⁹.

Sin embargo, además de lo anteriormente expuesto, existe otra esfera de actuación que constituye el cometido más característico y conocido del Consejo, el control de los órganos unipersonales y colegiados, a través de Residencias y Visitas.

⁶² Por ejemplo la carta del duque a Piedrahita el 21 de enero de 1530, en razón de la renta de la mcaja; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 76v-77.

⁶³ 1524. Agosto 30. Alba; A.D.A. C. 346 (A), n.º 57.

⁶⁴ Los ejemplos son numerosos y, por citar alguno de ellos:

a) Labrantíos, en el concejo de Acebo sobre olivares, 1528; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 31r-v.

Pastos en término de Piedrahita y El Barco, 1527; *Ordenanzas*, II, fols. 49v-50v.

Labranzas en Cerezo, en 1527; A.D.A. C. 346 (A), n.º 70.

b) Amojonamientos de dehesas en Granadilla en 1473; A.D.A. C. 346 (A), n.º 8.

c) Rentas, como la averiguación efectuada por el licenciado Armendáriz sobre valor de la renta de la barca de don Román en San Felices; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 11, 1528. Junio, s.f.

d) De exención de pechos y tributos de vecinos del cuerpo de la villa de Piedrahita, salvo la mitad de monedas y moneda forera en 1500; A.D.A. *Ordenanzas*, I, fols. 35v-6.

e) Solicitudes para vecindades con otras villas; A.D.A. C. 346 (A), n.º 77.

⁶⁵ Existe una noticia de 1531 que informa que el duque don Fadrique había nombrado al licenciado Juan Rodríguez, vecino de Alba, médico en Piedrahita. Ese mismo día fue examinado por el licenciado Valencia, médico del duque, que dijo ser hábil y suficiente; *Ordenanzas*, II, fols. 101-102v.

⁶⁶ 1574. Pedro de Torres escribió a Alborno, diciéndole que vino al Consejo y fue examinado y lleva la aprobación en las espaldas de la petición, firmada por Tomás Rodríguez, secretario del Consejo. Le dice que el mensajero le dará un real de a 8 de la provisión y confía en que le hará merced; A.D.A. C. 248, n.º 107.

⁶⁷ El 8 de octubre de 1525, el duque don Fadrique dispuso que en adelante Fernán Rodríguez de Castro, regidor de Piedrahita, fuera uno de sus contadores en unión de Francisco González, establecía su sueldo y ordenaba que los del Consejo recibieran el juramento, formalidad que cumplimentó el 10 de octubre ante los licenciados Armendáriz y Henao y el secretario del Consejo Francisco Pérez; A.D.A. C. 22, n.º 75.

⁶⁸ La escritura de nombramiento era de 15 de septiembre de 1533 y en ella se mencionaba que prestó juramento ante los del Consejo; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 286.

⁶⁹ 1532. Enero 8. Alba; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 130-131.

2.3.3. La actividad judicial

Configurado en época avanzada, cuando el Consejo real se ha convertido ya en tribunal superior del reino, su homónimo ducal nace plenamente constituido y con unas competencias amplias y características, como demuestran las escrituras de nombramiento de los letrados de este organismo: *Oidores del mi Consejo y Audiencia*; y, en esta consideración, el Consejo aparece como tribunal de segunda instancia, ante el cual podían ser apeladas todas las disposiciones de órganos inferiores, asumiendo competencias características de ambos, y erigido en tribunal superior para toda clase de pleitos y procesos recurridos. Se constituirá en tribunal normal en las apelaciones de sentencias de corregidores⁷⁰, conservándose alguna disposición dirigida a estos oficiales sobre la manera en que debían llevar los procesos en grado de apelación al Consejo⁷¹ o la forma en que debía procederse en las condenas de pena de muerte o de desmembramiento⁷².

Un supuesto frecuente de apelación era el de las sentencias de los jueces de comisión enviados a las diferentes villas para conocer en todo tipo de conflictos, que luego se resolvían en el Consejo⁷³, y también, una de las más características de todas, las apelaciones de las sentencias de los jueces de residencia⁷⁴.

2.3.4. Los recursos contra los actos del Consejo

Las disposiciones del Consejo no agotaban la vía ordinaria de justicia, ya que la decisión última correspondía al duque de Alba, que en la mayoría de los casos las confirmaba. Sin embargo existía la

⁷⁰ Así, carta de 21 de octubre de 1572 de Antonio de Lada a la duquesa en que le informa del envío de los procesos de Huéscar que en su parecer y del licenciado Benítez estaban muy mal sentenciados, y dice que el de la viuda que vendió el pan cocido fue muy bien revocado en el Consejo, también el del carpintero y, si fuera juez, condenaría al gobernador en las costas. Dice también que el Pedro de Ávila, y el licenciado Benítez le escribieron para que se enmiende y si no lo hiciera se le mande quién le haga residencia; A.D.A. C. 39, n.º 152.

⁷¹ Ordenanza para la villa de Piedrahita de 20 de marzo de 1496, disponiendo que en adelante tanto en las apelaciones al corregidor de la villa como al Consejo, la presentación del proceso se hiciera con el original y no se sacase en limpio como se venía haciendo hasta entonces en cada instancia judicial, corriendo a costa de la parte apelante; LUIS LÓPEZ, *Colección documental*, p. 111.

⁷² Orden de Fadrique de Toledo de 14 de julio de 1495, dirigida a Granadilla, para que ningún condenado en pena de muerte o desmembramiento pudiera ser liberado, suelto ni penado, sin expreso mandamiento del duque. Establecía que en el caso de encontrarse en la villa comunicaran con el Consejo para ordenar el duque hacer lo que procediera y, si se hallara fuera de ella, se le enviara el proceso de la causa concluso, excluida la sentencia definitiva, para verse en el Consejo y ordenar lo que fuese justicia; A.D.A. C. 346 (A), n.º 34.

⁷³ En este sentido, la sentencia de 5 de junio de 1522 de los oidores Fernán Álvarez, Juan de Ovalle y doctor Fernández, en razón de un pleito entre el concejo de Piedrahita y los procuradores y lugares de su tierra. Fue designado juez comisario el licenciado Armendáriz, que dictó sentencia en 22 capítulos. Piedrahita presentó apelación ante el Consejo donde se confirmó todo lo sentenciado por el juez y, además, alguna cuestión que había sido remitida para su conocimiento; *Ordenanzas*, II, fol. 65v-72.

⁷⁴ Posibilidad que al parecer no debía ser muy utilizada, ya que la conclusión para Piedrahita fue que los fallos eran favorables para los corregidores. «El juez los absolvía casi siempre y, en aquellas faltas en que eran claramente culpables, reservaba el fallo para el Consejo y este a su vez para el duque, o bien revoca el Consejo una condena del juez, reservando la sentencia definitiva para el duque»; LUIS LÓPEZ, *La Comunidad*, pp. 240-241. No obstante, no siempre era esa la conclusión general, por ejemplo, 1574. Abril 22. Madrid. De Antonio de Lada al duque. Le dice que dejó en Granada y Abadía por corregidor a Francisco de Coca. Sirvió bien al duque pero tuvo muchas terribilidades e impertinencias y la duquesa mandó tomarle residencia con Marco Antonio. La mayor parte de los testigos eran enemigos suyos, traídos a jurar de Plasencia, Casar y Montemayor. Su residencia se encontraba en Valladolid y después de ello dijeron a la duquesa que se había aprovechado en más de 3.000 reales y luego que se enteró Lada la escribió para que mandase una persona desasosonada que lo vea y en tanto que se difucida no tenga el duque mala opinión en que le han puesto sus enemigos; A.D.A. C. 39, n.º 173.

posibilidad de apelación ante el titular del ducado de alguna de las sentencias del Consejo, que se manifiesta sobre todo en el levantamiento de penas de destierro impuestas por los oidores⁷⁵.

Otra cuestión que se plantea es la referida al recurso contra los actos del Consejo en instancias superiores, concretamente ante los tribunales reales. La documentación conservada informa de la existencia de pleitos en la Chancillería de Valladolid entre el duque de Alba y algunos particulares, fundamentalmente antiguos recaudadores de rentas del estado señorial y por elevadas cantidades⁷⁶. Curiosamente, en una ocasión existe constancia documental de un pleito entablado contra el duque por un antiguo corregidor⁷⁷. Pero, sin duda, los recursos más sonados fueron los que afectaban a villas y ciudades, como el caso de San Felices⁷⁸ o Huéscar⁷⁹. En esa época existía ya un nutrido equipo de letrados defendiendo los intereses de los duques de Alba en los tribunales reales de justicia⁸⁰.

⁷⁵ 1534, Enero 12. Alba. Mandamiento de la duquesa doña María ordenando a Juan Jiménez, juez de la villa del Barco, ver la petición de un vecino para que se le alce un destierro e informe de la necesidad de la mujer e hijos del desterrado. A.D.A. C. 168 n.º 1, fol. 325 v.

⁷⁶ Sobre este particular existen noticias que informan de pleitos que, finalmente, se resolvieron en la Chancillería de Valladolid: por ejemplo el que enfrentó a Nuño de Quiroga, escribano de Alba, contra Rodrigo de Montalvo y Hernando de Villalón, camarero y contador del duque, y Catalina de Tovar. El asunto comenzó el día 12 de junio de 1514, cuando el citado Quiroga suscribió una carta de obligación y fianza de pagar a Montalvo 250.793 maravedíes de las libranzas que le fueran hechas en los perceptores de rentas del duque de 1511 a 1513. El día 23 de junio, Montalvo presentó un escrito ante Bartolomé Rodríguez, alcalde ordinario de Alba de Tormes, en el que acusaba el impago de Quiroga. El problema había surgido por discrepancias en relación a distintos mandamientos y el alcalde ordenó la ejecución en bienes de Quiroga y sus fiadores por los citados maravedíes. Inmediatamente después comenzó el pleito ante el citado alcalde, que finalmente dictó sentencia condenatoria contra Quiroga, ordenando el pago de los maravedíes. Fueron rematados los bienes de los fiadores y, como parte de ellos, el contador del duque vendió una heredad a la citada Catalina de Tovar. A continuación fue presentada apelación al Consejo del duque. Los oidores Ovalle y Armendáriz dieron sentencia definitiva ordenando devolver a la Tovar en el plazo de 9 días la heredad que había comprado y a Quiroga pagar los maravedíes que la anterior había dado por ella, así como la confección de una nueva cuenta de los libramientos que habían sido satisfechos. La sentencia llevaba fecha de 30 de abril de 1520 y no satisfizo ni a Quiroga ni a Catalina de Tovar, que apelaron a la Chancillería de Valladolid. Admitida a prueba, fueron designados nuevos contadores que examinaran las cuentas y el día 19 de agosto de 1522 fueron aprobadas. Meses más tarde, el 14 de marzo de 1523, los oidores pronunciaron sentencia definitiva, confirmando las actuaciones del Consejo del duque de Alba. Finalmente, la real ejecutoria que recogía todas las actuaciones fue expedida el 28 de mayo de 1523. *Chancillería. Reales Ejecutorias*, Leg. 361, n.º 34.

⁷⁷ Fue el caso de Diego López de Moreta, corregidor en Puente del Congosto desde 1554 hasta 1560, cuando fue rescindido.

⁷⁸ El problema radicaba en la elección de los oficios de la villa, en la que se requería la presencia del corregidor. Una Ordenanza del duque de 1528 intentó solucionar los agrios debates que venían produciéndose, al disponer la presencia del corregidor en la elección de los oficios, a lo que venían oponiéndose los alcaldes. El duque estableció un plazo de dos meses para que el concejo expusiera ante el Consejo la causa de su negativa y, en caso contrario, restablecía en su plena vigencia la orden del duque don García para que estuviera presente el corregidor; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 14r-v. Sin embargo, la Ordenanza no resolvió las diferencias entre San Felices y los duques de Alba, que continuaron mucho tiempo y culminaron en 1563, cuando la villa presentó en la Chancillería de Valladolid una demanda contra el III duque y, entre otras peticiones, exigía la ausencia del corregidor en las reuniones del concejo. Fue pronunciada sentencia en 1568 disponiendo que el corregidor pudiera entrar en consistorio, pero habría de salir cuando se tratara de alguna cosa referente a los duques. Para esta cuestión y pormenores del pleito, vid. TORIBIO DE DIOS, G., *Historia de la villa de San Felices de los Gallegos*, Salamanca, 1986, pp. 154 y ss. No obstante, continuaron las diferencias entre la villa de San Felices y los duques de Alba y, en 1574, el licenciado Marco Antonio, después de haber hecho una visita a la villa, escribía el 27 de julio de 1574 al duque, recomendando el envío de un «corregidor que sea más hombre y les vaya a las manos»; A.D.A. C. 248, n.º 54^v y d.

⁷⁹ La documentación informa de la existencia de un solicitador del duque, en los pleitos y negocios contra los *traidores* de la ciudad de Huéscar, que se trataba en el Consejo real; A.D.A. C. 22, n.º 75¹⁰⁹.

⁸⁰ Así, por ejemplo, en la Chancillería de Granada figura en 1528 como solicitador de pleitos Hernando de Quesada; A.D.A. C. 22 n.º 75¹¹⁶, en 1529 Hernando de Valera; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 47; en 1531 Juan Ruiz de Lasarte; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 120v; en 1555 Juan de Guzmán, vecino de Granada, cobrando 10.000 maravedíes. A.D.A. C. 142, n.º 39¹⁵; en 1566 Ciprián de León. A.D.A. C. 248, n.º 51; en 1574 Alonso de León, hijo del anterior, A.D.A. C. 248, n.º 50^v y d y Montoya en *Epistolario*, III, 2061; en 1586 Blas de Tapia, con un sueldo de 50.000 maravedíes, A.D.A. C. 192, n.º 2¹⁴².

2.4. COMPETENCIAS DE LOS CORREGIDORES

2.4.1. *Jurisdiccionales*

Las amplias facultades que se les atribuyen se contienen en las cartas de nombramiento y configuran al corregidor como juez ordinario, señalándose de forma pormenorizada su intervención en las distintas fases procesales en asuntos civiles y criminales⁸¹.

La actuación podía iniciarse a instancia de parte ó de oficio⁸², entendiendo en apelación de las sentencias de los alcaldes ordinarios y, en primer grado, en asuntos de importancia, siendo sus sentencias recurribles ante el Consejo del duque⁸³.

2.4.2. *Municipales y fiscales*

La actividad se extendía a los fundamentos de la organización local, promoción y gobierno municipal y gestión económica del concejo⁸⁴. Presidía las sesiones que se celebraban en los respectivos concejos,

En el Consejo real, como solicitador de pleitos en 1531 figura Alonso Ramírez; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 120; y en 1555 Juan de Alava, procurador en el; A.D.A. C. 73, n.º 11 (A1).

En la Audiencia y Chancillería de Valladolid, como solicitador en 1530 el doctor Pedro López de Alcocer; A.D.A. C. 22, n.º 75⁷²; en 1531 Gonzalo Rodríguez del Castillo, Juan del Portillo y licenciado Diego Flores; Juan de Oviedo, como mínimo desde 1558 hasta 1575, percibiendo 20.000 maravedíes; A.D.A. C. 222-⁷¹⁴ y C. 211, n.º 45 y en 1586, Francisco García de Ubago, 12.000 maravedíes; A.D.A. C. 192, n.º 26⁴.

⁸¹ «poder para conocer en causas civiles y criminales, de oficio o a pedimiento de partes... pueda oír, juzgar y librar y sentenciar los pleitos civiles y criminales...» Pueden servir como ejemplo numerosos nombramientos en Coria (1531), Fuenteguinaldo (1533), Granadilla (1531), El Mirón (1528) o Salvatierra (1531), así como también los de Piedrahíta contenidos en *Ordenanzas*, todos ellos en A.D.A. C. 168, n.º 1.

⁸² En este sentido, la Ordenanza del duque don Fadrique para la justicia de Fuenteguinaldo, disponiendo que tanto en los delitos públicos como en los privados procediera la justicia incluso no existiendo parte querellante, salvo en injurias de palabra livianas; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 4-5 o en el nombramiento de corregidor de Coria el 13 de diciembre de 1531, en que se señalaba explícitamente; A.D.A. C. 168 n.º 1, fols. 190-191v.

⁸³ En algunas ocasiones, como en San Felices, se conoce el mecanismo de actuación. El corregidor entendía en primera instancia los asuntos que se le presentaban y en apelación de las sentencias de los alcaldes de la villa. En las Ordenanzas de 1528, el duque dispuso que en los pleitos en primera instancia de cuantía menor de 500 maravedíes que conociera el corregidor, se pudiera apelar al consistorio: la justicia debía nombrar en el término de la ley dos regidores que en unión del corregidor vieran y sentenciaran la causa; A.D.A. C. 168, n.º 1 fol. 14. 1546. Enero 26. Merced de la duquesa a su criado Alonso Muñoz de 6.000 maravedíes, procedentes de la pena de pérdida de la mitad de los bienes de Juan Vicente, vecino de Navales, impuesta por el licenciado de Reina, corregidor de Alba, por haber matado a su mujer; A.D.A. C. 142, n.º 39²⁶. 1574. Agosto 12. San Felices. Mención de un pleito entre particulares y la villa en razón de haber llevado unas tierras y hecho prados y fue sentenciado en Valladolid, donde se dio carta ejecutoria ordenando dejarlas para pasto común so pena de 50.000 maravedíes, la mitad para la Cámara del duque y la otra mitad para propios. El corregidor, por contravenirla los culpables, la había ejecutado. Se comunicaba al duque que seguramente le acudirán para remitirles la pena; A.D.A. C. 248, n.º 20. Una carta de 30 de septiembre de ese año, dirigida al duque por Jerónimo de Paz, nos aporta más pormenores, ya que informa que cuando él fue corregidor de la villa en años pasados había sentenciado dicho asunto, siendo confirmada su sentencia en Valladolid y que en ese momento nuevamente se trataba pleito en el consejo; A.D.A. C. 248, n.º 76⁴.

⁸⁴ GONZÁLEZ ALONSO, B., *El corregidor castellano (1348-1808)*, Madrid, 1970, p. 106. En ocasiones se documenta el buen concepto que de la actuación de estos oficiales tenían las villas a su cargo; así, la carta de 25 de abril de 1574 de Fuenteguinaldo al III duque, congratulándose de su llegada después de su larguísima ausencia y pidiéndole favorecer al corregidor Rodrigo de Contreras, pues hacía mucho por la villa; A.D.A. C. 248, n.º 34. Petición enviada por el concejo de Sotoserrano el día 1 de noviembre de 1530, provisión del duque dirigida al corregidor de Granadilla para que vea la petición y haga información y sobre si causa perjuicio a alguna persona, el 12 de noviembre. Luego, información del corregidor preguntando a testigos y manda el día 30 de diciembre de 1530 al escribano de Sotoserrano lo escriba y mande al duque. El día 23 de marzo de 1531, orden del duque al corregidor, en que le manda que en consistorio se lea la investigación y se

en persona o por su lugarteniente, interviniendo también en el nombramiento de oficiales concejiles⁸⁵, ejecución de los mandamientos y provisiones de los duques, visitación de la tierra de los correspondientes corregimientos⁸⁶, hacer ordenanzas, revisarlas o modificarlas previa confirmación del titular del ducado⁸⁷, ordenar pesquisas a alguaciles y guardas cuando se cometían determinados delitos⁸⁸, etc.

También se constata la intervención de estos oficiales en materia fiscal y hacendística desde fechas tempranas, entendiendo en rentas concejiles⁸⁹, en la inspección de derramas⁹⁰ o de gastos del concejo⁹¹.

2.4.3. De orden público y militares

Las primeras se centran en el mantenimiento de la paz y orden urbanos, acudiendo al destierro de los causantes de alteraciones del orden público⁹².

Otra cuestión interesante es la referida a la actividad militar del corregidor en función de su misma titulación o por su condición en ocasiones de capitán o alcaide. Desde luego, parece que en el estado señorial el corregidor figura al mando de la organización militar de cada corregimiento.

provea sobre el asunto y lo que decidan se lo manden. Acuerdan que sean propios las rentas del castañar. Finalmente, el 7 de septiembre de 1531, provisión del duque autorizando lo del castañar y mandando al corregidor lo amojone; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 250-256v.

⁸⁵ Por ejemplo, la Ordenanza de don Fadrique de 1530 para la elección del procurador de la villa de Piedrahita; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 224. En Huéscar se planteó un problema en 1574 como consecuencia de la negativa del corregidor a dejar usar el oficio de alguacil mayor de la ciudad a Martín Izquierdo. Hubo de realizarse una información sobre la forma en que habían ejercido el oficio sus antecesores y todos ellos tenían facultad para poner tenientes y alcaldes de cárcel. El día 28 de junio, el solicitador Diego de Montoya pidió a Albornoz que escribiese al corregidor y le dijera que dejase ejercer el oficio. Este asunto se resolvió con gran celeridad, ya que el 25 de julio nuevamente Montoya escribía a Albornoz para darle las gracias por haber solucionado el asunto de Martín Izquierdo; A.D.A. C. 248, n.º 60 y C. 248, n.º 61b.

⁸⁶ En Piedrahita, hasta 1464 los señores de Valdecomeja visitaban personalmente su tierra antes de la feria. Desde 1488 la visitación la hacía la justicia y regidores y, a partir de 1525, se determinó qué personas eran las encargadas y el tiempo para su realización: justicia, un regidor, procurador de la villa, escribano del concejo y sexmero correspondiente, llevando el libro de visitas de años pasados; LUIS LÓPEZ, *La Comunidad*, p. 218.

⁸⁷ Entre los capítulos de la residencia del bachiller Henao, en 1518, se encontraba una condenación por haber hecho ordenanzas sin confirmación del duque. Se disponía que en adelante las ordenanzas se enviaran al Consejo o al duque para ser vistas, examinadas y confirmadas si procediera, en el plazo de treinta días, y mientras tanto no se usara de ellas; A.D.A. C. 346(A), n.º 49.

Para Alba, conocemos una reunión del consistorio, presidido por el corregidor, bachiller Diego Jiménez en 1529, para cambiar una ordenanza de 1470 sobre ganados y renta de la cuchara. El duque contestó a los doce días, mencionando la previa aprobación del Consejo y confirmándola; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 32-34.

Para Piedrahita, las más numerosas, conservadas en los libros de Ordenanzas de la villa, recogidas por LUIS LÓPEZ, *Colección documental*.

⁸⁸ Actuaciones muy numerosas y conocidas en Piedrahita, LUIS LÓPEZ, *La Comunidad*, pp. 239 y ss.

⁸⁹ Arrendamiento del primer duque a Granadilla y su tierra, en 1473, de ciertas dehesas, entre las condiciones figuraba la facultad del corregidor para entender en las rentas, pese a la pretensión en contrario del concejo; A.D.A. C. 346 (A), n.º 8.

⁹⁰ En este sentido, mandamiento del duque al corregidor de Granadilla en 1528, para entender en una petición presentada por el procurador de Aldeanueva, término de la villa, sobre exención de derramas; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 93v-94.

⁹¹ Un capítulo de las Ordenanzas para el concejo de La Alberca, en 1528, contenía la orden del duque al corregidor de Granadilla, para ver las cuentas de gastos de 1526 y 1527, oír y hacer justicia en los que recibieron maravedíes sin justificar; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 22v.

⁹² Por citar algunos ejemplos; carta del duque al corregidor de Piedrahita en 1478 para que alzase el destierro de ciertas personas si pagaran sus penas en cierto plazo; A.D.A. *Libro Maestro*, 971; o el mandamiento de la duquesa doña María en 1534 al juez del Barco para ver una de destierro impuesta a un vecino de la villa por jugar, haciendo información sobre la necesidad de la mujer e hijos del desterrado; A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 325v.

Resulta significativo en este sentido el alarde de jinetes realizado en 1494. Al frente de cada villa figura siempre el corregidor, que en ocasiones a su condición une la de alcaide; cuando los dos oficios están desempeñados por personas distintas figuran ambos y, si se trata de lugares en los que no existe corregidor, al frente de los jinetes aparece el alcaide o el alférez de la villa⁹³.

Predomina una tendencia encaminada a la acumulación de ambos oficios y hay algunos momentos en que el proceso se ha completado. Sin embargo, hubo notables excepciones; la primera de ellas corresponde a la misma capital del estado señorial —Alba de Tormes—. En esta villa, los alcaides del alcázar Alonso de Herrera, Álvaro de Villapellín y Juan de Ovalle desempeñaron ambos cometidos desde 1470 hasta 1520 y, a partir de esa fecha, se produjo una disociación completa, apareciendo personas distintas en los oficios⁹⁴.

La segunda corresponde al antiguo señorío de Valdecorneja, dividido en la década de 1470 en los corregimientos del Barco y Piedrahíta; en el primero de ellos existe la identificación de ambos oficios, mientras que en el segundo son desempeñados por personas diferentes. En los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI, nuevamente se agrupan en un solo corregimiento, el corregidor figura como alcaide del Barco, mientras que el de Piedrahíta recae en otra persona. Más adelante, cuando se produzca la disociación definitiva, en Piedrahíta el corregidor fue alcaide en alguna ocasión⁹⁵, en tanto que en El Barco y El Mirón los nombramientos recayeron en personas distintas.

Finalmente el caso de Huéscar, que siempre constituyó un caso extraordinario en relación a los esquemas imperantes en el estado señorial. Cuando las relaciones entre la ciudad y los duques discurren por cauces de tranquilidad, el gobernador asumía también la función de alcaide; en otras ocasiones fueron oficiales distintos⁹⁶.

2.5. EL CONTROL DE LA RESPONSABILIDAD

Como ponía de manifiesto el profesor González Alonso, la responsabilidad del corregidor era un aspecto importantísimo de la institución, reglamentado en numerosos pero oscuros preceptos⁹⁷. En la Casa de Alba el control de los oficiales no era descuidado, estando vigentes los tres procedimientos principales, Residencias, Visitaciones y Pesquisas.

El primero de ellos es el mejor estudiado⁹⁸ y consistía en la inspección judicial de los corregidores *después que expirasen sus oficios en los lugares donde los tuvieron*⁹⁹. Este mecanismo de control

⁹³ A.D.A. C. 61, n.º 7. Es una carpeta con 20 documentos que aportan una información muy completa de los continentes del estado señorial.

⁹⁴ El ya licenciado Henao como corregidor y Benito Fernández Maldonado como alcaide.

⁹⁵ Es el caso de Diego López de Zúñiga en 1534.

⁹⁶ Por ejemplo, el bachiller Juan Ruiz de Lasarte en 1528, los licenciados Egas y Manzanedo en 1559, el licenciado Marco Antonio en 1571. En otras ocasiones, el alcaide era independiente del gobernador, como en 1569, cuando fue enviado a la ciudad Francisco Pecellín, alcalde de Alba, para ayudar a prevenir los disturbios que pudieran surgir por la sublevación de los moriscos.

⁹⁷ GONZÁLEZ ALONSO, *El corregidor*, p. 97.

⁹⁸ Sigue siendo fundamental el estudio del profesor GONZÁLEZ ALONSO, B., «El juicio de residencia en Castilla. Origen y evolución hasta 1480», *Anuario de Historia del Derecho Español*, v. XLVIII (1978), pp. 193-247, que recoge aportaciones de las obras clásicas de Mariluz Urquijo, García de Valdeavellano, Latinde, Guilarte, etc. En el ámbito nobiliario, contamos con el interesante trabajo de CARRASCO MARTÍNEZ, A., *Control y responsabilidad en la administración señorial. Los juicios de residencia en las tierras del Infantado (1650-1788)*, Valladolid, 1991, que demuestra que este mecanismo de control se hallaba plenamente vigente en la Casa del Infantado desde 1520.

⁹⁹ En expresión de las Cortes de Toledo de 1480, recogida por GONZÁLEZ ALONSO, *El Corregidor*, p. 98.

era perfectamente conocido y aplicado en el estado señorial, apareciendo los componentes que definen la institución, nombramiento de jueces de residencia y testimonio de haberse realizado.

En primer lugar los jueces de residencia. Existen noticias de estos oficiales como mínimo desde 1510, al principio miembros del consejo, ejerciendo sus cometidos en Piedrahita¹⁰⁰. En adelante, las referencias se hacen más frecuentes, revistiendo dos modalidades, designación de oficiales a quienes se encomienda el cometido de forma específica¹⁰¹, o bien nombramiento de nuevos corregidores, que a su condición unen la de jueces de residencia de sus predecesores. Las averiguaciones una vez efectuadas se enviaban al Consejo, donde, después de hecha relación, se trasladaban al duque¹⁰².

La segunda cuestión es la referida a la realización efectiva, de la que se conserva un valioso documento sobre la residencia efectuada en 1517 por el licenciado Armendáriz, del Consejo del duque, al bachiller Francisco de Henao y demás oficiales de Granadilla¹⁰³.

De 1560 es otra residencia muy completa, que tuvo como objeto la gestión del corregidor de Puente del Congosto, Diego López de Moreta¹⁰⁴.

En cuanto a la duración de la residencia, se establecía el plazo normal de treinta días en los nombramientos¹⁰⁵, pero hubo situaciones en que disponía el duque de Alba una menor duración¹⁰⁶ o la modificación de alguna condición¹⁰⁷.

Existen ejemplos que informan que la realización de residencias no implicaba el final de la actividad de los corregidores, ya que algunos de ellos fueron sometidos a fiscalización y luego continuaron desempeñando normalmente sus cometidos.

El profesor Luis López escribía hace años, al analizar el ejemplo de Piedrahita, que «el juez les absolvía la mayoría de las veces, y en aquellas faltas en que son claramente culpables reservan el fallo

¹⁰⁰ 1510. 31 de agosto, Piedrahita; LUIS LÓPEZ, *Colección documental*, pp. 184-185.

¹⁰¹ 1531. Diciembre 3. Alba. Mandamiento del duque nombrando al bachiller Diego Sánchez como juez de residencia de Granadilla. Ordenaba al concejo recibirle el juramento, entregarle las varas de la justicia, acudirle con derechos y salarios, etc., y el corregidor, su teniente y alguacil debían estar presentes en la villa los treinta días acostumbrados; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 174v-175.

¹⁰² Los ejemplos son numerosos y, por citar algunos, la provisión del gobernador Fernando Álvarez y licenciados Henao y Armendáriz a Piedrahita, notificando la residencia efectuada por el corregidor, bachiller Vallejo a su antecesor en el cargo; *Ordenanzas...*, II, fols. 30-32; o nombramiento del III duque el día 27 de mayo de 1554, a favor de Diego López de Moreta como juez de residencia en Puente del Congosto antes de tomar posesión como corregidor de dicha villa; SÁNCHEZ GARCÍA, T., *La villa de Puente del Congosto y su tierra en el siglo XVI*, Salamanca, 2002, pp. 254-255.

¹⁰³ El juez, en las faltas en que aparecía claramente culpable el corregidor, condenaba o reservaba el fallo al Consejo y este al duque de Alba, que finalmente disponía. El día 22 de mayo de 1518 don Fadrique informó a la villa de los resultados de la residencia: en muchas de las condenaciones perdonó las penas impuestas al corregidor, siendo la más llamativa de las absoluciones la referida a una ordenanza hecha sin confirmación del duque, que había merecido la pérdida del oficio y 2.000 maravedíes de multa. En este documento aparecen igualmente numerosas irregularidades con unas penas que en ocasiones son confirmadas, reducidas o perdonadas; A.D.A. C. 346 (A), n.º 49.

¹⁰⁴ Sobre el asunto, vid. SÁNCHEZ GARCÍA, *La villa de Puente*, pp. 118 y ss.

¹⁰⁵ 1531. Diciembre 3. Alba. Del III duque, nombrando juez de residencia de Granada al bachiller Diego Sánchez. Manda al concejo le reciban juramento, le den las varas de justicia y le acudan con derechos, salarios, etc. Manda al corregidor de la Cuba, su teniente y alguacil estén presentes los treinta días a dar cuenta, razón y justicia con cualquiera que algo les quiera pedir y demandar. Haga pregonar y ordena las pesquisas secretas de cómo los oficiales usaron sus oficios; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 174v-175.

¹⁰⁶ 1531. Diciembre 13. Coria. Nombramiento del III duque a Diego de Tejeda del corregimiento de Coria, con poder para poner lugarteniente, sin descargar de residir dicho oficio; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 190v-191v.

¹⁰⁷ Por ejemplo 1574. Diciembre 22. Escritura de Tomás Rodríguez, secretario del Consejo, dando fe a petición del licenciado Paz, corregidor de Alba, de que en noviembre se recibió en el Consejo cierto poder del dicho a Pedro González, mayordomo de Alba, para su residencia por poderes; A.D.A. C. 211-217.

para el Consejo y este a su vez para el duque de Alba»¹⁰⁸. Tan tajante conclusión referida a los primeros años del siglo XVI debe ser matizada, por lo menos en 1560¹⁰⁹ y, sobre todo, en los años setenta, cuando existe abundante documentación, motivada, posiblemente, por el retorno del duque desde Flandes. Entonces, numerosas noticias informan de residencias de corregidores del estado señorial, realizadas con bastante severidad¹¹⁰; así, el licenciado Portillo escribió al secretario Albornoiz quejándose de que le habían hecho residencia «desde el día en que nació»¹¹¹, o Antonio de Lada al duque don Fernando acerca de la residencia del corregidor de Granadilla¹¹².

El segundo de los instrumentos de control perfectamente establecido, era el de las Visitaciones, que ha sido caracterizado como un procedimiento aleatorio que se efectúa puntualmente, sin adquirir los rasgos de sustancialidad e inevitabilidad, realizado cuando el corregidor se halla en la plenitud de sus facultades, extensiva a la totalidad de su gestión, siendo dudosa la capacidad ejecutiva de los visitantes¹¹³.

De las visitas conocidas, todas ellas tienen lugar en villas y lugares en los que se constata la presencia de corregidores ejerciendo sus cometidos, realizadas siempre por consejeros y, como consecuencia de las cuales, la confección de Ordenanzas, más tarde aprobadas por el duque¹¹⁴.

De 1499 es una noticia referida a Piedrahíta en que se hace mención de una visitación, y de 1528 visitas efectuadas a la tierra de San Felices, Granadilla y Fuenteguinaldo. Todas ellas tienen en común la circunstancia de ser realizadas por miembros del Consejo, en lugares de corregimiento y en épocas en las que se constata la existencia de corregidores. El resultado de la visita se concreta en la

¹⁰⁸ LUIS LÓPEZ, *La Comunidad*, pp. 380-381.

¹⁰⁹ SÁNCHEZ GARCÍA, *La villa de Puente*, pp. 118 y ss., escribe que en Puente del Congosto la situación se había vuelto insostenible como consecuencia de una serie de factores climatológicos negativos y, además, la mala gestión del corregidor, todo lo cual había inducido a sus habitantes a enviar al procurador general ante la duquesa para presentar una queja, fruto de la cual sería la carta de doña María Enríquez, de 20 de junio de 1560, nombrando un juez de residencia. Fuera esta la motivación o, tal vez, el control rutinario de un corregidor que llevaba ejerciendo sus cometidos en un mismo corregimiento durante los últimos 6 años, la cuestión es que el juez lo condenó en pequeñas penas que fueron ampliadas en el Consejo del duque.

¹¹⁰ Así, por ejemplo, la carta de Antonio de Lada a la duquesa el 8 de junio de 1571, de agradecimiento por el nombramiento como justicia y gobernador de Huéscar de Bocanegra, mencionando también la necesidad de tomar residencia al licenciado Marco Antonio; A.D.A. C. 39, n.º 139. Esta debió ser llevada a efecto y su resultado fue lo suficientemente positivo como para que el mismo licenciado fuera promocionado al consejo ducal.

¹¹¹ 1574. Junio. Alba. Del licenciado Portillo a Albornoiz, quejándose de que el licenciado Marco Antonio «le había hecho residencia de su vida desde el día en que nació». Al ser gran agravio pidió al procurador general de la villa se lo pidiese a Marco Antonio y al Consejo, y el oidor se descargó diciendo que así lo había mandado el duque; A.D.A. C. 248, n.º 52 (c).

¹¹² 1574. Abril 22. Madrid. De Antonio de Lada al duque. Le dice que dejó en Granada y Abadía por corregidor a Francisco de Coca. Sirvió bien al duque pero tuvo muchas *terribilidades e impertinencias* y la duquesa mandó tomarle residencia con Marco Antonio. La mayor parte de los testigos eran enemigos suyos, traídos a jurar de Plasencia, Casar y Montemayor. Su residencia se encontraba en Valladolid y después de ello dijeron a la duquesa que se había aprovechado en más de 3.000 reales y luego que se enteró Lada la escribió, para que mandase una persona desapasionada que lo vea y en tanto que se dilucida no tenga el duque la mala opinión en que le han puesto sus enemigos; A.D.A. C. 39, n.º 173.

¹¹³ GONZÁLEZ ALONSO; *El corregidor*, p. 98. El licenciado Marco Antonio, después de haber hecho una visitación a San Felices, escribía el 27 de julio de 1574 al duque, recomendando el envío de un «corregidor que sea más hombre y les vaya a las manos». A.D.A. C. 248, n.º 54 e y d.

¹¹⁴ Por ejemplo, 1528. Julio 20. La Alberca. Capítulos de las Ordenanzas de don Fadrique para La Alberca, después de la visitación hecha por Armendáriz, entre ellos la obligación para el teniente de corregidor de ir a visitar con un escribano las Majadas y a sus gentes y luego la relación se envíe al Consejo, también otro en que se dice que el licenciado Armendáriz tomó cuenta de los años 1526 y 27 de los gastos. El duque manda al corregidor de la Cuba que vea las cuentas, oiga y haga justicia de los que recibieron maravedíes sin justificar para que el concejo sea restituido dentro de dos meses; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 20-23.

confección de Ordenanzas, aprobadas por el duque, en las que se resuelven situaciones contenidas en las informaciones remitidas por los visitantes¹¹⁵.

Finalmente, el tercero de los mecanismos corresponde a la Pesquisa, procedimiento fiscalizador de los oficiales, colindante con la residencia y ante todo con la visita¹¹⁶.

Tampoco faltan noticias en la documentación utilizada, conocemos una referencia sobre una pesquisa realizada en 1476 por Martín Fernández de Pineda y el escribano Ruy Fernández, en la villa de Granadilla, durante 80 días, a razón de 100 maravedies cada día, pero la parquedad de la información impide precisar la naturaleza exacta de su cometido¹¹⁷.

3. LA HACIENDA

La hacienda fue una de las instituciones que sufrió una transformación más profunda durante la Baja Edad Media como consecuencia de las necesidades de las monarquías peninsulares. El oficial más emblemático, el contador, experimentó durante este periodo histórico un auge considerable, que le desligó de la tutela del mayordomo mayor, desplazando al antiguo tesorero mayor y culminando en la administración y control de una realidad tan compleja como la hacienda real¹¹⁸.

La amplitud de cometidos determinó la división en contadores mayores de hacienda y contadores mayores de cuentas, al ejercer la jefatura y el control, directa o indirectamente, de todos los niveles de la organización fiscal —tesoreros, recaudadores, receptores y demás funcionarios, hasta los arrendadores¹¹⁹—, desarrollando una evidente función jurisdiccional en asuntos concernientes a las rentas reales y sus recaudamientos, hasta erigirse en época de Enrique IV en instancia judicial exclusiva y suprema de los asuntos relacionados con estas materias, llegando a marginarse hasta el propio rey de la posibilidad de recurso jerárquico¹²⁰. Sin embargo la evolución no finalizaría ahí, pues el siglo XVI contempló la creación de un nuevo organismo, el Consejo de Hacienda, establecido por Carlos I para dotar a la hacienda castellana de un órgano consultivo que rigiese los destinos de la misma y que, además, estuviera dirigido por personas de su entera confianza. La institución trataba de ser la solución a complejos problemas, de entre los cuales destaca la dispersión y desorganización que regían las relaciones entre las contadurías y los órganos encargados de la recaudación¹²¹.

¹¹⁵ Son conocidas las visitas efectuadas en 1499 en Piedrahita por el doctor Villasandino y Juan de Ovalle y las de 1528 en San Felices y Granadilla por el licenciado Armendáriz, y en Fuenteguinaldo por el licenciado Henao. Las fechas de las Ordenanzas son, respectivamente, 20 de julio de 1528 para el concejo de la Alberca; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 20-23; 14 de abril de 1528 para Fuenteguinaldo; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 4-5, y 2 de julio de 1528 para San Felices; A.D.A. C. 168, n.º 1, fols. 12-20. 1574. Julio 20. San Felices. Capítulos realizados por el licenciado Marco Antonio oidor del Consejo y juez de comisión en la visita que hizo de las cuentas del concejo y depósito del pan (de varios capítulos); A.D.A. C. 248, n.º 54^a.

¹¹⁶ Caracterizado por el profesor González Alonso como «instrumento de inquirir la comisión de actos individualizados, llevados a cabo por oficiales determinados y concretos, conocidos en virtud de acusaciones ó denuncias previas»; CARRASCO MARTÍNEZ, *Control y responsabilidad*, pp. 149-51.

¹¹⁷ A.D.A. *Libro Maestro*, fol. 400.

¹¹⁸ TORRES SANZ, *La administración*, p. 225.

¹¹⁹ TORRES SANZ, *La administración*, p. 229.

¹²⁰ TORRES SANZ, *La administración*, p. 231.

¹²¹ Para la evolución del Consejo de Hacienda durante la Época Moderna, continúa siendo de gran interés la síntesis de BARRIOS PINTADO, F., *Los Reales Consejos. El gobierno central de la Monarquía en los escritores sobre Madrid del siglo XVII*, Madrid, 1988.

Para el ámbito señorial, afortunadamente, disponemos de interesantes estudios que aportan datos numéricos y tipologías de rentas y tributos, también otros trabajos importantes desde perspectivas socio-políticas durante el siglo XV¹²².

La Casa de Alba no constituye una excepción en este proceso, ya que las menciones a su estructura hacendística se hacen constantes desde el momento en el que inició su ascenso nobiliario. Esta progresión política y social fue acompañada, evidentemente, por un acrecentamiento considerable de las posesiones territoriales, señores de Valdecorneja, después condes y, finalmente, duques de Alba, marqueses de Coria, señores de Granadilla, San Felices, etc. De forma análoga, la organización hacendística se complicó, surgiendo la figura del contador como oficial principal y, paulatinamente, nacieron y se desarrollaron otros oficios como gobernador del estado señorial, gobernador de la hacienda, etc.

3.1. EL GOBERNADOR DE LA HACIENDA

La aparición de este oficio es tardía, de finales del siglo XVI, pero su origen se remonta a épocas anteriores, como evolución de otro oficial de gran tradición en el esquema hacendístico bajomedieval, el contador mayor.

Su desarrollo en la Casa de Alba parece haber estado en consonancia más con la personalidad del oficial que con la existencia de una denominación concreta del oficio y, así, encontramos en 1520 al contador mayor Hernando de Villalón, con una larga trayectoria al servicio del II duque de Alba, coexistiendo con otro oficial que recibía la simple denominación de contador¹²³.

Años más tarde figura en la documentación Juan de Isunza, de quien existen muy pocas noticias, que sin embargo informan de su gran importancia en el esquema hacendístico, pues figura como contador desde 1555 con un sueldo que era el más elevado de todos los oficiales¹²⁴.

En 1562 aparece investido de gran autoridad, como refiere la carta del III duque a su hijo Hernando de Toledo en la que se mencionaba que había ordenado a Isunza nombrar con carácter interino un recaudador en Huéscar¹²⁵.

La estancia del III duque en Flandes desde 1567 a 1574 tuvo una gran importancia en la evolución del oficio de contador mayor, ya que su mujer, doña María Enríquez, permaneció en España al frente del estado señorial y, en esas circunstancias, no tenía justificación la existencia de un gobernador, pero el duque dispuso la presencia de una persona al frente de la compleja organización hacendística y el elegido fue Gaspar Ortuño, deán de Calahorra. Su vinculación con la Casa de Alba venía de antiguo, pues había sido regidor de Piedrahíta y agente en Roma durante los primeros años sesenta¹²⁶. La fecha precisa

¹²² Resulta de un enorme valor la obra de conjunto de SANZ CUESTA, M. y otros, *Bibliografía de Historia de España. La Nobleza*, Madrid, 2001, donde se da cumplida información acerca de este y de otros ámbitos relacionados con la Nobleza española.

¹²³ 1520. Ordena el duque al contador mayor Hernando de Villalón asentar una merced del duque al convento de Sto. Domingo de Piedrahíta y la señale en las espaldas el contador Francisco Sánchez: A.D.A. C. 62-75 (92 y 93).

¹²⁴ Su sueldo era de 136.000 maravedíes en 1562; A.D.A. C. 211, n.º 32. Él va a ser quien actúe como representante del duque en todo lo referido a la venta de las alcabalas y tercias de Puente del Congosto y Peñaflores.

¹²⁵ Carta de 8 de octubre de 1562; *Epistolario*, I, n.º 517, pp. 545-546.

¹²⁶ La carta de nombramiento como regidor, firmada por la duquesa era de 14 de julio de 1547. *Ordenanzas*, II, fol. 117. En cuanto a su actuación como agente, las referencias más antiguas son de 1560, pero ya en 1564 se había procedido al relevo. Sobre noticias de su actividad en Roma, vid. A.D.A. C. 38, n.ºs 65 a 80.

de su nombramiento resulta desconocida, pero en 1569 ya aparece en unas cuentas con un sueldo de 150.000 maravedíes anuales, el más alto de todos los oficiales¹²⁷.

El retorno del duque de Alba en 1574 no parece que significara ninguna variación en la situación del deán de Calahorra, ya que continuó como contador mayor, con unos cometidos bien definidos, según se contiene en la confirmación del IV duque, Fadrique de Toledo, el día 17 de febrero de 1585. En ella le daba nuevamente el oficio al deán, «con el gobierno de la hacienda» y facultad para hacer arrendamientos y encabezamientos de la hacienda, rentas y heredades, tomar cuentas a las personas y oficiales con obligación de darlas, poder concluir las y fenecerlas, dar cartas de pago y finiquito. Ordenaba que todos los vasallos cumplieran sus mandados, acudiendo a sus llamamientos. Finalmente disponía que los oficiales y contadores asistieran con él las cosas tocantes a la hacienda y, las dudas que pudieran ofrecerse de derecho, las comunicara con uno del Consejo¹²⁸.

Ese mismo año era nuevamente confirmado por el V duque Antonio de Toledo y, poco después, para eliminar posibles problemas de competencias, recibía la dignidad de mayordomo mayor¹²⁹. Finalmente, años más tarde, sin duda con motivo de su muerte, don Antonio nombró gobernador de la hacienda al licenciado Gaspar González, tesorero y canónigo de Coria¹³⁰.

3.2. LOS CONTADORES

El contador tiene una cumplida representación en la Casa de Alba, donde aparece documentado como oficial que controla la administración fiscal, al asumir en su persona los cometidos de contadores mayores de hacienda y de cuentas, ejerciendo una amplia función jurisdiccional en la esfera de sus competencias¹³¹.

Desconocemos el momento en que estos oficiales aparecen en la documentación; sin embargo, la más antigua referencia que hemos encontrado es de 1441, año en el que figuraba como contador el bachiller Toribio Gómez de Bonilla¹³².

Entre sus cometidos, quizá el más llamativo por la transcendencia económica es el del arrendamiento de rentas y su problemática técnica, actuando frente a los arrendadores al establecer condiciones¹³³.

¹²⁷ A.D.A. *Nómina de oficiales*, C. 166, n.º 3.

¹²⁸ A.D.A. C. 142, n.º 3976.

¹²⁹ 1585. Diciembre 16. Lerín. Carta del V duque, haciendo mayordomo mayor al deán de Calahorra, gobernador de la hacienda; A.D.A. C. 142-3978.

¹³⁰ *Instrucción y orden que el Governador de mi hazienda, contadores, thesorero general de mi estado y secretario de mi contaduría que al presente son o por tiempo fueren, han de guardar para la administración, gobierno y buen recaudo, quenta y razón de mi hazienda* (en adelante *Instrucción*); A.D.A. C. 73, n.º 9, a la que nos referiremos con mayor extensión más adelante.

¹³¹ En este sentido, la *Instrucción* encomendaba la toma de cuentas mensual del gasto de la casa del duque al mayordomo, contador, veedor y escribano de raciones, y el contador en su libro debía sacar razón de lo que hubiera socorrido el tesorero (C.28).

¹³² LUIS LÓPEZ, *Colección documental*, pp. 40-41, n.º 7.

¹³³ Entre las numerosas referencias, pueden citarse algunas. 1473. Ordena el duque al contador Vergas determinar la petición de Pedro García Vizcaino, de hacerse cargo en solitario del recaudamiento de Coria; A.D.A. *Libro Maestro*, fol. 35.

1474. El contador y secretario rematan en nombre del duque las rentas de las alcabalas de Gargantalaolla, Torremenga y Pasarón; A.D.A. *Libro Maestro*, fols. 245-246.

1478. Intervención del contador en las condiciones generales del arrendamiento del Servicio y Montazgo del puerto de Abadía; A.D.A. *Libro Maestro*, fols. 988-989.

Otra actividad importante, equivalente a la de los contadores mayores de cuentas de la hacienda real, era la liquidación de cuentas con los oficiales fiscales y deudores de la hacienda ducal, siendo numerosos los ejemplos¹³⁴.

No debe olvidarse tampoco otro ámbito de actuación que la documentación atribuía a los contadores, realizar alardes periódicamente para controlar las soldadas de los caballeros, que adquiere especial relevancia en el periodo estudiado; guerras civiles durante la década de los sesenta y setenta, guerra contra los portugueses y partidarios de la Beltraneja durante los setenta, o, finalmente, la Guerra de Granada, que obligaría a los titulares del ducado a destinar grandes cantidades de dinero para pagar acostamientos¹³⁵.

Como complemento de ámbitos anteriores, podría encuadrarse la actividad judicial del contador en esferas de su competencia, formando parte del Consejo del duque¹³⁶.

La organización interna de la contaduría con su división en oficinas u oficios, salvando las lógicas diferencias, debía presentar similitudes con la de la Hacienda real¹³⁷, asentándose los libramientos de forma genérica en los libros o, cuando se trata de donaciones, en el libro de las mercedes, cometidos realizados por contadores menores a los que la documentación existente define como oficiales del contador o criados.

3.3. LOS TESOREROS

Las Partidas habían hecho dependiente a este oficio desde un punto de vista orgánico y funcional del mayordomo mayor, en tanto que en época de Enrique II, al conformarse la nueva organización de la Hacienda real, se produjo un desplazamiento del oficio de tesorero mayor, sustituido por otros oficios de nuevo cuño, los contadores mayores, que pasan a ocupar el primer lugar, y sus inmediatos subordinados los tesoreros, hasta los recaudadores, depositarios y pagadores, reestructurándose de acuerdo con su nueva caracterización de dependencia inmediata de los contadores¹³⁸.

El resultado final de este proceso se manifiesta de forma nítida en la Casa de Alba durante la segunda mitad del XV, cuando aparece perfectamente caracterizado el oficio de tesorero y pagador, desempeñado por Gonzalo García de Alba, cuyo cometido básico consistía en la satisfacción de los pagos originados por los gastos de gobierno, actividad que en cualquier caso no recaía en exclusiva en este oficial, sino que viene desempeñándose incluso en épocas coetáneas por otros

¹³⁴ Así, la carta del conde don García de I de mayo de 1472, ordenando al contador ir a la Puente del Arzobispo a tomar cuenta a Fernando de Barrientos de lo que había recibido y recaudado en rentas pasadas, indicándole lo que debía hacerse en su recaudación y administración; A.D.A. C. 62, n.º 42; o el finiquito de cuentas hecho al despensero Rodríguez en 1477, del tiempo que había servido el oficio; A.D.A. *Libro Maestro*, fols. 759-760.

¹³⁵ Puede servir de ejemplo la nómina de acostamientos correspondiente a 1474, en la que figuran 646 hombres de armas y 566 jinetes, que percibían respectivamente 3.000 y 2.000 maravedíes anuales cada uno; A.D.A. C. 144, n.º 67.

¹³⁶ Así, una sentencia de 1473 del contador y secretario en razón de un empeño de plata. Otra de 1474 sobre razón del arrendamiento de la dehesa de los echos de Piedrahíta; A.D.A. *Libro Maestro*; o, también, de 1475, en que el duque ordenaba al contador entender en un conflicto suscitado por Alfonso Cachorro, montero mayor del duque, recientemente destituido; A.D.A. *Libro Maestro*, 342.

¹³⁷ La Contaduría aparecía en 1476 dividida en ocho *oficias*, tres de cargo, llamados respectivamente oficio de rentas, oficio de relaciones y oficio de extraordinarios; mientras que los de data eran los de sueldos, tierras, tenencias, gastos militares, quitaciones y mercedes para gastos civiles; LADERO QUESADA, M. A., *La Hacienda real castellana en el siglo XV*, La Laguna, 1973, pp. 19-20.

¹³⁸ TORRES SANZ, *La Administración*, 215, n.º 19.

oficiales como camareros, receptores, arrendadores de rentas, que parece demostrar una descentralización económica inducida por motivos de operatividad, permitiendo una mayor rapidez en los pagos¹³⁹.

El oficio se ejercía de forma individual por las mismas personas durante largos periodos de tiempo pero, a diferencia de todos los demás, presenta una particularidad ya que, cada vez que se produce una ausencia prolongada del duque de Alba de España, se constata la presencia simultánea de varios de estos oficiales, el tesorero general del estado y uno o dos tesoreros *pagadores* acompañando al duque en sus viajes; durante las estancias en Inglaterra e Italia era tesorero general en Alba Francisco Arias¹⁴⁰ y en Nápoles Juan Paulo Bonet, natural del reino¹⁴¹, o en el gobierno de Flandes desde 1567 a 1574, cuando se documentan respectivamente Gregorio Díez de Rábago en España¹⁴² y Moscoso y Cano al servicio del duque de Alba¹⁴³.

Aproximadamente desde 1560 comienzan los recaudadores de Alba a ser nombrados también tesoreros generales del estado y custodios del arca de las tres llaves, tendencia que a finales de siglo aparece completamente establecida¹⁴⁴.

3.4. OTROS OFICIALES DE LA CONTADURÍA

3.4.1. *Secretarios de la contaduría*

Desde fechas tempranas se constata la presencia de auxiliares de los contadores, a los que la documentación denomina en ocasiones como oficiales del contador, o incluso criados, que realizan funciones delegadas como cobro de deudas y tributos y también pagos, en aparente confusión con los cometidos típicos del tesorero y pagador¹⁴⁵.

Ya en el siglo XVI se produce una mejor caracterización de estos oficiales; en 1508 aparece Francisco Sánchez, escribano de la reina y oficial de los libros¹⁴⁶; años después Juan de Portillo, vecino de Alba¹⁴⁷, confirmado en 1531 por el III duque¹⁴⁸ y posteriormente como escribano de la contaduría¹⁴⁹. Finalmente, desde la década de los sesenta, comienzan a figurar con la denominación que se perpetuará en el tiempo —secretario de la contaduría—, a cargo de la tenencia de los libros, percibiendo

¹³⁹ La documentación del *Libro Maestro* es sumamente expresiva, constatando una apreciable disminución de la actividad del pagador en un proceso muy claro, que tendría su punto de inflexión en 1477-1478. A partir de ese momento comienza un ascenso evidente, motivado sin duda por la necesidad de centralizar y poner coto a la falta de control en los pagos efectuados por camareros, criados del contador, receptores, etc.

¹⁴⁰ Nombrado el día 7 de enero de 1547 y despedido el 4 de marzo de 1556; A.D.A. C. 142, n.º 3931.

¹⁴¹ A.D.A. C. 73, n.º 117.

¹⁴² A.D.A. C. 166, n.º 3.

¹⁴³ El primero de ellos figura en un mandamiento de pago del duque, en Amberes el 2 de diciembre de 1573, para la compra de un caballo; A.D.A. C. 73, n.º 150; en tanto que el segundo en una escritura del duque otorgada en Bruselas el día 4 de ese mismo mes; A.D.A. C. 73, n.º 155.

¹⁴⁴ Como se constata en los ejemplos de Francisco de la Peña, que compatibiliza ambos oficios como mínimo desde 1586 hasta 1590, en que fallece; o de Juan Méndez, desde 1590 hasta 1609, año de su muerte.

¹⁴⁵ Así, Rodrigo de Valladolid, oficial del contador, documentado desde 1475, desarrollando todo tipo de cometidos; Juan de Robledo, criado del duque, asentando diferentes libramientos en los libros durante los últimos años del siglo XV; Cristóbal, criado del contador, efectuando pagos; o Juan de Portillo en la década de 1520.

¹⁴⁶ A.D.A. C. 22, n.º 7545.

¹⁴⁷ La escritura de nombramiento de 1527; A.D.A. C. 22, n.º 7565.

¹⁴⁸ De fecha 30 de octubre; A.D.A. C. 168, n.º 1, 110.

¹⁴⁹ Concretamente en 1550; A.D.A. C. 142, n.º 3938.

salarios elevados y desempeñando también el mismo cometido de promotores fiscales de los antiguos oficiales de la contaduría¹⁵⁰.

Finalmente, el esquema se completa con la presencia del portero, de aparición tardía, la primera referencia es de 1586, desempeñando sin duda funciones de portería estricta, guarda del acceso a la contaduría y actuaciones como ordenanza e introductor¹⁵¹.

3.4.2. Escribanos de rentas y raciones

La función de estos oficiales en el ámbito realengo consistía en dirigir los arrendamientos *por menudo* y tener a punto y enviar a la contaduría relaciones del valor de cada renta, que era casi siempre la fuente de información más importante para los contadores¹⁵².

Su presencia aparece también perfectamente documentada en el estado señorial, aunque las referencias más precisas corresponden a las épocas del II y III duques. Sabemos que Francisco de Amarilla era escribano de rentas de Coria desde 1531, en cuyo nombramiento se refiere que ante él habrían de pasar las escrituras y autos concernientes a las rentas¹⁵³.

En distintos momentos se constata la presencia de estos oficiales en los diferentes partidos, aunque el libro de sueldos de 1586 sólo menciona su existencia en El Barco, Huéscar, Piedrahíta, Puente del Congosto, San Felices y Salvatierra, lo que tal vez signifique que en otros lugares de gran tradición como Alba o Coria, se encontraran vacantes¹⁵⁴.

En cuanto a los escribanos de raciones, su aparición parece haber sido tardía, pues la primera referencia que hemos encontrado es de 1529 y, además, muy significativa ya que Francisco Fernández, hasta ese año despensero mayor, dejó el puesto para convertirse en escribano de raciones¹⁵⁵. En años siguientes, el oficio fue convirtiéndose en uno de los más importantes para el control del gasto doméstico, desplazando al antiguo despensero.

La *Instrucción...* le otorga una gran consideración, al investirle de amplias competencias en el ámbito doméstico. Estas pueden concretarse en varios aspectos; en primer lugar, el control de los oficiales, con la redacción de nóminas¹⁵⁶. En segundo lugar, el control del gasto, junto a los grandes oficiales, mediante la confección de los correspondientes libros¹⁵⁷. En último lugar, control de la actividad de muchos de los oficiales domésticos mediante visitas¹⁵⁸.

¹⁵⁰ La más antigua referencia de esta denominación es de 1563 y, en adelante, se utilizará en exclusiva, como se constata en la *Nómina* de 1586 y en la *Instrucción* de 1595.

¹⁵¹ A.D.A. C. 192, n.º 2, n.º 48.

¹⁵² LADERO QUESADA, *La hacienda*, p. 24.

¹⁵³ A.D.A. C. 168, n.º 1, fol. 165.

¹⁵⁴ A.D.A. C. 192, n.º 2.

¹⁵⁵ A.D.A. C. 22, n.º 7564.

¹⁵⁶ Era obligación suya la confección de una nómina general en la que debían figurar todos los criados que percibirían ración y quinción, para entregarla al duque cada cuatro meses (C. 56). También un libro donde asentar a los criados con el día en que entrasen y salieran y cuya paga correspondiese a la despensa (C. 53), y el control del gasto cuando realizaran alguna comisión por encargo del duque (C. 55).

¹⁵⁷ El escribano de raciones asentaba el memorial de gasto diario (C. 33), con el que acudía al duque para dar cuenta (C. 34) y, posteriormente, asentarle en el libro mayor (C. 34). También, junto a veedor, mayordomo y contador hacían cuenta en la escribanía de raciones del gasto mensual (C. 48).

¹⁵⁸ El escribano de raciones junto al mayordomo debía visitar al menos una vez al año distintas dependencias, como la botillería (C. 27), los dormitorios (C. 56) o la herrería (C. 57), tomando cuenta de los oficiales a su cargo, y, cuando fuera necesario, sustituir los elementos viejos o deteriorados.

Finalmente, como afirmación de la importancia del escribano, el duque ordenaba que el original de la *Instrucción* permaneciera en la escribanía de raciones¹⁵⁹.

También se constata la presencia de un escribano de raciones en la casa de Fadrique de Toledo, primogénito del III duque¹⁶⁰.

3.5. RECAUDADORES Y MAYORDOMOS DE RENTAS

La presencia de estos oficiales en la Casa de Alba es muy antigua. Existen referencias de recaudadores desde comienzos del siglo XV, ejerciendo sus cometidos en las distintas unidades o partidos en que aparece dividido el estado señorial a efectos gubernativos y fiscales, satisfaciendo diferentes cantidades que se cargaban en sus recaudamientos¹⁶¹. Con el discurrir del tiempo, a medida que continuó su expansión territorial, nuevos recaudamientos fueron uniéndose a los primitivos: Salvatierra, Alba de Tormes, Granadilla, etc.

Este proceso está perfectamente consolidado en la década de los setenta, cuando la documentación informa de la existencia de una serie de recaudamientos que coinciden con los distintos corregimientos, Piedrahíta con El Mirón, El Barco, Salvatierra, Alba, Coria, Granadilla, San Felices, Cinco Villas, Villoria y Babilafuente, Gargantalaolla con Torremenga y Pasarón, que sin embargo no permanecieron inalterables ya que su número osciló al ritmo de la política señorial y de las mercedes regias —muy escasas en el XVI—; Castronuevo, Fuenteguinaldo y Puente del Congosto compradas, y Huéscar donada por Fernando el Católico y doña Juana¹⁶².

En la documentación aparecen con mucha frecuencia oficiales que reciben el nombre de mayordomos. Los que ahora nos interesan no son los que desempeñaban funciones domésticas bajo la autoridad del mayordomo mayor, sino los que genéricamente se denominan mayordomos de rentas, con las mismas competencias de los recaudadores, caso de Castronuevo e incluso Huéscar, donde los recaudadores dejan de recibir ese nombre y comienzan a ser denominados mayordomos como mínimo desde 1583.

3.6. EL FUNCIONAMIENTO DE LA HACIENDA

La organización hacendística del estado de Alba parece responder a un esquema de actuación que se articula en fechas tempranas, en la década de los setenta y ochenta del siglo XV aparece plenamente configurado y los retoques que se producen durante el XVI vienen motivados más por especiales situaciones coyunturales —ausencia del duque, aumento del número de contadores, creación o desaparición de recaudamientos—, que por cambios conscientes en el sistema.

Cuando se trata de caracterizar la naturaleza y contenido de la actuación de recaudadores y mayordomos, los pormenores se describen de forma extensa en las correspondientes escrituras de nombramiento, relativamente abundantes en el siglo XVI:

¹⁵⁹ *Instrucción*, (C. 56). Ordenaba también que se realizaran tres copias, una para la contaduría, otra para el secretario y la última para el contador.

¹⁶⁰ En 1563 era Juan del Castillo; A.D.A. C. 211, n.º 20¹.

¹⁶¹ CALDERÓN ORTEGA, J. M., «Aportación documental para el estudio de una hacienda señorial: los Álvarez de Toledo, señores de Valdecomeja»; *Cuadernos Abulenses*, n.º 3 (1983), pp. 175-185, que trataba básicamente sobre una rendición de cuentas efectuada por Diego Alfonso, recaudador de El Barco, de lo que había gastado por mandado de Doña Constanza Sarmiento, viuda del III señor, durante los años 1414 a 1416.

¹⁶² La primera, comprada a Rodrigo de Vivero en 1489; la segunda, al mariscal Fadrique Manrique en 1505; y la tercera, a la Corona; en cuanto a Huéscar fue la recompensa a su actuación en la guerra de Navarra.

- Recaudar de arrendadores, fieles y cogedores de rentas, pechos, derechos, maravedíes, pan, etc., que estuvieran obligados a pagar.
- Facultad para arrendar rentas del partido y recibir pujas y posturas en ellas.
- Facultad para comparecer ante justicias eclesiásticas o seculares y solicitar y hacer todas aquellas cosas convenientes a la hacienda del duque¹⁶³.

Las obligaciones se concretaban básicamente en la necesidad de presentarse ante el gobernador de la hacienda y contadores dentro del plazo a dar cuenta y razón de todo lo que había estado a su cargo¹⁶⁴.

Sin embargo, resulta mucho más difícil caracterizar la actuación de los oficiales de la administración hacendística central. A diferencia de recaudadores y mayordomos, sus cartas de nombramiento son escasas y, además, poco expresivas. Sabemos que a Francisco Arias, nombrado tesorero en 1547, se le otorgó facultad para cobrar de recaudadores y otras personas los maravedíes que debieran y dar carta de pago, también para comparecer ante la justicia en los asuntos comprendidos en su ámbito de competencias, siendo su obligación principal dar cuenta y razón a los contadores cuando le fueran pedidas¹⁶⁵.

En cuanto a los contadores, sus nombramientos son sin duda los que menos noticias aportan. Existen muy pocas de estas escrituras y las menciones resultan muy genéricas, únicamente en una de ellas podemos leer que el II duque daba facultad al contador Rodríguez de Castro para entender en cosas tocantes a la hacienda y dar razón y cuentas de ella¹⁶⁶. Para terminar con las funciones de gobernadores del estado y gobernadores de la hacienda, estas eran básicamente las mismas, salvo la potestad del primero de ellos, no reconocida al segundo, de proveer en el nombramiento de oficiales¹⁶⁷, pudiendo sintetizarse en las siguientes:

¹⁶³ La facultad de arrendar las rentas de los partidos correspondía a los recaudadores y mayordomos, con la sola excepción de Alba y Castronuevo, en los que estas competencias recaían en los contadores.

¹⁶⁴ Se conservan cuatro interesantísimas hojas de rentas, de los años 1568 y 1569, del recaudador y mayordomo del pan de Alba, Francisco de Acevedo y Rodrigo de Tapia respectivamente, en las que de forma muy pormenorizada se describen las rentas, nombre de los arrendadores y condiciones de los arrendamientos y nómina de situados, con relación muy prolija de la cuantía del Cargo y Data; A.D.A. C. 166, n.º 1 a 3.

¹⁶⁵ Es el caso del tesorero Sotomayor, al servicio del III duque cuando viajó a Flandes en 1567. El citado tesorero murió durante el camino y la rendición de cuentas a su cargo se efectuó años después, en 1574, de regreso en España don Fernando Álvarez de Toledo y por los principales oficiales de la administración señorial; A.D.A. C. 166, n.º 4.

¹⁶⁶ La documentación del siglo XV suministra interesantes actuaciones de estos oficiales. En *arrendamientos*, 1473. Ordena el duque al contador Vergas determinar la petición de Pedro García Vizcaino, de hacerse cargo en solitario del recaudamiento de Coria; A.D.A. *Libro Maestro*, fol. 35; *liquidación de cuentas*, por ejemplo la carta del II conde, García de Toledo, al contador Vergas, ordenando fuera a la Puente del Arzobispo a tomar cuenta a Fernando de Barrientos de lo que había recibido y recaudado en las rentas pasadas, indicándole lo que debía hacerse en la recaudación y administración de ellas; A.D.A. C. 62, n.º 42; *alardes*, como se contiene en la nómina de acostamientos de 1474, con 646 hombres de armas y 566 jinetes, que percibían respectivamente 3.000 y 2.000 maravedíes anuales cada uno; A.D.A. C. 144, n.º 67; o conociendo en *pleitos de materia hacendística*, como la sentencia de 1473 de contador y secretario sobre un empeño de plata; A.D.A. *Libro Maestro*, fol. 53. Durante el siglo XVI encontramos al contador Villalón haciendo conciertos para el encabezamiento de alcabalas en algunos lugares, repartimientos entre villas del estado de servicios de Cortes, arrendamientos de rentas en las ferias de Piedrahíta, en 1517, revisando y autorizando las fianzas presentadas por los recaudadores y, por supuesto, firmando las cartas de finiquito de las cuentas presentadas por los recaudadores. En materia judicial perderán las competencias que había tenido en beneficio del Consejo.

¹⁶⁷ Así, el gobernador Fernán Álvarez de Toledo, ausente el II duque en Alemania y Flandes, proveyó el recaudamiento de Huéscar en 1520; A.D.A. C. 22, n.º 75¹⁰²; el de Salvatierra en 1522; C. 22, n.º 75¹²²; o el obispo de Palencia en 1554 deponiendo al administrador de las Encomiendas de Almorchón y Cabeza de Buey; A.D.A. C. 222, n.º 725.

- Facultad para hacer encabezamientos y arrendamientos de la hacienda ducal.
- Facultad para tomar cuentas a todos aquellos con obligación de darlas.
- Dar cartas de pago y finiquito de cuentas¹⁶⁸.

En cualquier caso, la organización hacendística central recibió una ordenación administrativa en 1595, cuando el V duque establecía una *Instrucion y orden para la administracion, gobierno y buen recaudo, quenta y razon de mi hazienda*¹⁶⁹.

La importancia de este documento ha sido puesta de manifiesto por uno de los principales especialistas de la Nobleza de Época Moderna, que consideró las Ordenanzas como el documento más antiguo de todos los que hasta entonces había localizado¹⁷⁰, encuadrándolo dentro de la política de reglamentos elaborados por los aristócratas para la conservación de casas y estados¹⁷¹. No obstante, no eran las primeras que establecía un duque de Alba, sino que venían a completar en el orden hacendístico las que había elaborado el III duque en 1578 para el funcionamiento de la casa en el estricto ámbito doméstico¹⁷².

En nuestra opinión, no constituyen las Ordenanzas un acontecimiento revolucionario en el funcionamiento de la hacienda señorial, ya que no son un punto de partida, sino más bien de llegada, la reglamentación de la práctica habitual en el desempeño de los oficios, sirviendo posiblemente de referencia en el momento de su confección las del Consejo de Hacienda de El Pardo, en 1593.

De su contenido pueden hacerse las siguientes consideraciones referidas al funcionamiento de la administración hacendística.

3.6.1. Lugar

Las reuniones se celebraban en la Contaduría, que era una dependencia del alcázar de Alba, de la que debían existir dos llaves, en poder respectivamente del gobernador de la hacienda y del secretario (C. 5).

3.6.2. Horarios

De mañana y tarde, de 7 a 10 de la mañana y de 3 a 6 de la tarde, desde Pascua de Resurrección hasta San Miguel, y el resto del año de 8 a 11 y de 2 a 5. No obstante, el horario podría prolongarse durante el tiempo necesario cuando se tratara de liquidar cuentas con recaudadores y tesorero general o si así lo estimara oportuno el gobernador en negocios particulares tocantes a la hacienda (C. 2).

3.6.3. Prohibiciones

En primer lugar, la absoluta prohibición de sacar libros y papeles de la Contaduría referidos a la hacienda su consulta debía realizarse previa petición al secretario, a cuyo cargo se encontraban

¹⁶⁸ Facultad plenamente reconocida en las escrituras de nombramiento, aunque en los casos que conocemos sea el duque en persona quien las otorga, pero con la correspondiente firma del gobernador.

¹⁶⁹ A.D.A. C. 73, n.º 9.

¹⁷⁰ ATIENZA HERNÁNDEZ, I. y SIMÓN LÓPEZ, M., «Patronazgo real, rentas, patrimonio y nobleza en los siglos XVI y XVII. Algunas notas para un análisis político y socio económico»; *Revista Internacional de Sociología*, 45, 1987. No obstante, existen unas Ordenanzas del V duque del Infantado en 1591 y que puntualmente recoge CARRASCO MARTÍNEZ, *El régimen señorial*.

¹⁷¹ ATIENZA HERNÁNDEZ, *Teoría y administración*.

¹⁷² *Instrucción*.

(C. 3), disponiendo la existencia de un libro en el que se hiciera inventario de papeles y escrituras de la Contaduría, numerados para facilitar su manejo (C. 4).

La segunda afectaba a las relaciones con otros oficiales implicados en cuestiones hacendísticas; prohibición de alojarse en las casas de recaudadores y mayordomos, o de estos en las de contadores (C. 17), y que los regalos enviados desde los estados del duque fueran directamente a la botillería (C. 18).

En tercer lugar, prohibición de que ninguno de estos oficiales pudiera entregar sumas de dinero, únicamente memoriales mensuales de gastos menudos (C. 13), tampoco de sueltas, bajas o esperas de recaudadores (C. 14). La recepción de dinero igualmente era objeto de consideración, ya que el tesorero general podía recibir cantidades previa libranza del duque e intervención del gobernador y contadores (C. 21); los contadores únicamente cuando se hallaren haciendo encabezamientos y ferias por el estado y recibieran dineros de los recaudadores. Llegando a Alba debían entregarlos al tesorero general para guardarlos en el arca. Ni tan siquiera las libranzas del duque eran eficaces para disponer del dinero si no se hubiera cumplimentado el requisito de la entrega al tesorero (C. 22).

3.7. COMPETENCIAS

3.7.1. *Toma de cuentas*

Constituye la actividad más evidente y conocida de los contadores. La Instrucción trata muy pormenorizadamente este particular por la enorme importancia que tenía en la vida del estado señorial.

Las Hojas de rentas de cada partido debían ser enviadas antes del día de San Miguel. Una vez recibidas, los contadores harían cuenta conforme a las leyes del cuaderno de alcabalas, acabar los cargos antes de finalizar el año y hacer relación de lo que pertenecía al duque en pujas y posturas (C. 2).

A lo largo de febrero y marzo, el tesorero general y los recaudadores comparecerían para dar sus cuentas, salvo algunos mayordomos y recibidores de ciertos estados castellanos como Huéscar y otros en Navarra y Cataluña, que por su lejanía daban cuenta cada dos años (C. 6), y el mayordomo todos los días del gasto del plato y despesa (C. 25).

Inmediatamente después de acabada la toma de cuentas se haría una relación de la hacienda –alcances del año pasado y rentas del presente–, así como de las obligaciones de pago, para hacer la consignación y distribución pertinentes (C. 7), cargándose en cuenta al tesorero general los alcances y suspensiones en las cuentas de los recaudadores (C. 8).

3.7.2. *Confección de nóminas*

Conocidas las disponibilidades, se procedería a la realización de nóminas con todo lo que se cargaba a los recaudadores en las rentas de sus partidos, lugares y plazos de los pagos, tanto de juros y situados (C. 9), cuanto de sueldos, limosnas o encargos (C. 10), firmadas de mano del duque, señaladas del gobernador y contadores, refrendadas del secretario y tomada la razón por uno de los contadores (C. 10); en caso de ausencia, bastaría la firma del duque y la toma de razón del secretario o contador (C. 12). Esta actividad se haría durante el mes de abril para que antes de finalizado, el tesorero general y los recaudadores las tuvieran en su poder (C. 11).

3.7.3. *Otras actividades*

Coincidiendo con la primavera debían comenzar los viajes de contadores por los distintos recaudamientos con el objeto de «encavezar o hacer rentas, ferias y otros negocios de mi servicio

y hacienda» (C. 35), dedicando las Ordenanzas varios capítulos a esta importante actividad, al establecer la cuantía de las dietas (C. 35), la forma de hacer ferias (C. 15), la prohibición de hospedaje en las casas de recaudadores y mayordomos (C. 17), y el manejo de dinero (C. 22).

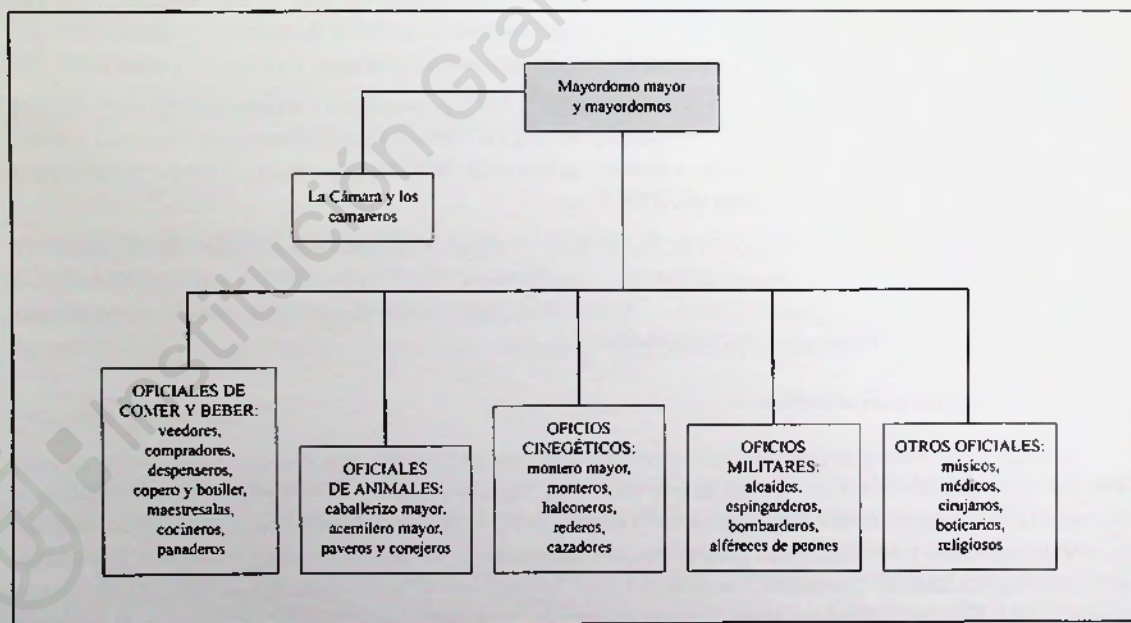
Finalizadas las anteriores actividades, los últimos capítulos se dedicaban a disponer la confección de inventarios de todo tipo; de bienes raíces (C. 26), de rentas (C. 27), de tercias, diezmos y novenos (C. 28), heredades (C. 29), no escapando de esta obligación el guardarropa y la recámara (C. 30), ni los oficiales domésticos (C. 32).

Existe un último ámbito referido a la forma en que debían hacerse las consultas al duque (C. 23) y la correspondencia con letrados y solicitadores, en materia de pleitos de jurisdicción y materia hacendística (C. 34).

3.7.4. El depósito del dinero

Constituye uno de los aspectos más importantes de la administración hacendística, concretándose en el arca de las tres llaves donde se depositaría todo el dinero que se fuera cobrando, a cargo del tesorero general. Una de ellas en poder del tesorero, la segunda del gobernador, y la tercera en poder del contador más antiguo, siendo necesaria también la existencia de un libro donde asentar todo lo que entrare y saliere (C. 16)¹⁷³.

4. LA «CASA» DE LOS DUQUES DE ALBA



¹⁷³ Se conservan varias referencias del famoso arca, que se encontraba en la recámara del alcázar. Una noticia de 1531 informa que estaba a cargo del alcaide; A.D.A. C. 22, n.º 75¹⁶. Más adelante, otra información de 1553 manifiesta que el arca tenía dos llaves, a cargo del recaudador de Alba; C. 165, n.º 43. El 28 de noviembre de 1558 la duquesa de Alba hacía al recaudador de Alba, Pedro de Ávila, responsable, con facultad para cobrar de recaudadores y mayordomos los maravedíes que debieran, dando carta de pago, con sueldo de 10.000 maravedíes; A.D.A. C. 169, n.º 141⁶⁵. Finalmente, el *Reglamento* de 1595 nos informa de que la custodia del dinero era obligación del tesorero general, al mismo tiempo recaudador de Alba.

En el ámbito doméstico, el estado señorial de los duques de Alba experimentó un fenómeno inducido por el afán de imitación del modelo existente en la Casa de los reyes de Castilla y paralelo al de otros linajes nobiliarios castellanos.

El tamaño de estas *casas* nobiliarias aparece normalmente en íntima relación con el volumen de rentas de los estados señoriales y, aunque la ostentación es un fenómeno humano y de todas las épocas, no parece que los duques de Alba desarrollaran una organización doméstica más amplia que la permitida por el volumen de rentas de los señoríos y sus obligaciones de linaje. Evidentemente, cuando sus antepasados los señores de Valdecorneja comenzaron su larga carrera nobiliaria en el siglo XIV, debieron disponer de un esquema doméstico sencillo, tal vez un mayordomo, un camarerero, un dispensero, un capellán, algunos pajes y otros oficiales subalternos, que iría acrecentándose a lo largo del tiempo hasta desembocar en el siglo XVI en un esquema perfectamente configurado, con más de 200 servidores en todos los ámbitos de gobierno.

La organización doméstica de la Casa de Alba presenta un elevado nivel de sofisticación, fácil de entender ya que sus titulares siempre demostraron mucho interés por las cuestiones protocolarias y, además, eran buenos conocedores de la organización de la Casa real, pues no conviene olvidar que desde el siglo XIV los señores de Valdecorneja desempeñaban el oficio de camarero de la reina, al que vino a sumarse el de camarero de la Casa del Príncipe de Asturias y, sobre todo, ya en el siglo XVI, el de mayordomo mayor de la Casa del Rey. De hecho, tradicionalmente viene considerándose que fue el III duque de Alba, desde su cargo en palacio, el que adecuó a la realidad española la etiqueta borgoñona, siendo además un pozo de erudición, al que se consultaban las dudas que surgían en cuestiones de protocolo.

4.1. EL MAYORDOMO MAYOR Y LOS MAYORDOMOS

El mayordomo era el jefe de la casa real y nobiliaria. Oficio de antigua raigambre altomedieval, fue uno de los que sufrieron transformaciones más profundas a lo largo de la Edad Media desde su origen etimológico como jefe de la Casa del Rey, acentuando esa jefatura en una sola dirección económica, proceso que continuó durante la Baja Edad Media, determinando su reducción competencial progresiva a funciones esencialmente domésticas, al frente de una organización económico-administrativa, de la que escapaban otros grandes oficiales, como contador, camareros, tesorero, etc.¹⁷⁴.

Este proceso se aprecia también en la Casa de Alba, ya que el oficio de mayordomo mayor durante el siglo XV parece difuminarse, aunque figura acaudillando las tropas del duque enviadas a la frontera de Granada. Fue privilegiado en varias ocasiones por la munificencia de su señor y disfrutaba de unos emolumentos y una consideración social que le situaban a la cabeza de los oficiales de la casa ducal.

Sin embargo, el oficio experimentó en los primeros años del siglo XVI un fenómeno de revitalización. Baste recordar que el ya mencionado señor de Hígaras era mayordomo del II duque don Fadrique cuando fue nombrado gobernador y también Cristóbal de Mendoza, mayordomo mayor del III duque en las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo XVI, cuya actuación en los años de gobierno del obispo Lagasca constituye un claro antecedente de lo que más adelante será el oficio de gobernador de la hacienda¹⁷⁵.

¹⁷⁴ La naturaleza, evolución, competencias y atribuciones aparecen perfectamente definidas en la obra de TORRES SANZ, pp. 76-82; vid. también, SALAZAR Y ACHA, J., *La Casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid, 2000, pp. 175 y ss.

¹⁷⁵ En este sentido, vid. *Epistolario*, I, en que se recoge la carta de 22 de julio de 1555 dirigida por el duque a Mendoza, que da cumplida información sobre alguno de sus cometidos: «la relación de la feria y de todo el ser de la hacienda holgaré mucho señor, que me enviéis para ver de la manera que está y lo que tengo, muy particularmente», n.º 245, pp. 263-66.

Por debajo aparecen una serie de personas que reciben genéricamente el nombre de mayordomos, en una esfera funcional mucho más reducida, ya que asentaban en los libros las raciones de los oficiales¹⁷⁶, disponiendo los libramientos que debía materializar el despensero, cargo directamente dependiente del mayordomo¹⁷⁷.

4.2. LA ACTIVIDAD DE LOS MAYORDOMOS

La interesante instrucción de 1579 *La instrucción que mi mayordomo y contador y los demás oficiales de mi Casa han de tener y guardar para el buen gobierno y administración della y de mi hacienda*¹⁷⁸, suministra valiosas noticias sobre la actividad de los mayordomos, que sin duda no debía suponer cambios revolucionarios en lo que había sido el gobierno de la Casa durante los años anteriores, al frente de la esfera doméstica y con cometidos muy amplios¹⁷⁹, entre los cuales aparecía como más característico el control del gasto del plato y despensa¹⁸⁰, que incluso trascendían al ámbito privado de la vida de los oficiales y criados¹⁸¹, aunque la Cámara había quedado fuera de su esfera de competencias en un proceso claramente perceptible desde un siglo antes.

5. LOS SECRETARIOS DE LOS DUQUES DE ALBA

Este oficio es, sin duda, el que va a experimentar una mayor y más brillante evolución institucional hasta culminar en la figura del secretario de la España Moderna.

Curiosamente, no era un oficio de honda raigambre en el esquema administrativo castellano medieval, ya que no apareció con las características que le son propias hasta bien avanzado el reinado de Juan II¹⁸², pese a que las primeras referencias de secretarios correspondan a épocas muy anteriores¹⁸³. La nota distintiva de estos oficiales sería sin duda el alto grado de confianza que disfrutaban como consecuencia de su cercanía a la persona del rey.

¹⁷⁶ En el siglo XVI esta labor correspondía al escribano de raciones.

¹⁷⁷ TORRES SANZ, *La Administración*, 82. Esta actividad, sin duda la fundamental, se evidencia claramente en la Casa de Alba en 1479, cuando se ordenaba a Álvaro de Lozana dar a Pedro de Cantalapiedra los libros de la Despensa, cera u otros cualesquiera de la hacienda del duque que obraban en su poder desde la época en que fue mayordomo, e igualmente enviada a Juan Pantoja, que desempeñó idéntico puesto; A.D.A. *Libro Maestro*, fol. 1281; o en 1497, cuando el duque ordenaba asentar al comendador García Álvarez de Toledo, su mayordomo, las raciones de la Caballeriza en los libros de la Despensa; A.D.A. C. 157, n.º 384f.

¹⁷⁸ *Biblioteca Zabálburu*. C. 218, n.º 168.

¹⁷⁹ Entre ellos, podemos mencionar los siguientes; control de la llegada y salida de los oficiales y actividad del botiller y despensero por medio de los veedores (C. 21); supervisar la labor de los maestresalas (C. 25); control mediante visitas mensuales de cocinas, botillería y despensa, cuidando de que todo estuviera limpio y en orden (C. 27).

¹⁸⁰ Todos los días, a la hora de Avemaría, debían reunirse el mayordomo, veedores, escribano de raciones y oficiales de boca, hallándose presentes el comprador, despensero y botiller con sus libros para ver el gasto, siendo refrendado por mayordomo y veedores. (C. 33) y, una vez al mes, en unión del contador debían hacer memoria del gasto durante ese periodo de tiempo (C. 48).

¹⁸¹ La *Instrucción*, disponía que, en el supuesto de que la amonestación del capellán no bastase para que los criados enmendaran su mala vida, debían acudir al mayordomo y, si tampoco fuera suficiente, debían avisar al duque para que él dispusiera personalmente caso de ser gentilhomme o persona de calidad, pero si fuera mozo de oficio o de caballo pudiera despedirle el mayordomo, aunque consultando primero al duque (C. 3). También debían procurar que ni los mulateros ni otros criados de la Casa se pusieran en camino los días de fiesta y, en el supuesto de que fuera ineludible, debía ordenarles asistir a misa entera (C. 20).

¹⁸² BERMEJO CABRERO, J. L., «Los primeros secretarios de los Reyes», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 35, (1975), pp. 131-148.

Un vacío documental de muchos años impide precisar con detalle la evolución del oficio de secretario y, ni tan siquiera, deducir si sus competencias durante los años de gobierno del III duque en Nápoles habían trascendido del simple ámbito privado. Posiblemente, una organización virreinal de tanta raigambre debía estar lo suficientemente desarrollada y organizada como para hacer muy difícil la intromisión de este oficial dentro del esquema de gobierno, al tiempo que serían necesarias unas cualidades de las que tal vez carecieran los secretarios del momento¹⁸³.

Estas *prendas* personales sí aparecen de forma depurada en el secretario Juan de Albornoz¹⁸⁵, cuya importancia junto al III duque es equiparable a la de los grandes secretarios reales y, como ellos, su figura fue agigantándose hasta alcanzar una dimensión e importancia que no escapó a sus contemporáneos.

Albornoz era ya secretario del duque cuando este emprendió el viaje a Flandes y como tal figura en la nómina de oficiales que le acompañaban¹⁸⁶. No sabemos si de forma consciente o por las necesidades del momento, fue el máximo responsable de la administración doméstica de su señor, controlando ingresos y gastos¹⁸⁷. En general, su actuación durante el tiempo de estancia en tierras extranjeras debió ser muy controvertida y calificativos como corrupto han sido utilizados para definirle, también que sus relaciones con otros altos oficiales de la administración financiera como Lixalde, Curiel o Ibarra no eran precisamente cordiales¹⁸⁸. Resulta muy difícil pronunciarse acerca de si las acusaciones de corrupción tuvieran que ver únicamente con el enriquecimiento personal o, también, con la utilización de medios heterodoxos para allegar fondos con los que pagar a las tropas, ya que es evidente que una persona que controlaba la organización gubernativa y el acceso al duque no debía contar con muchas simpatías¹⁸⁹. En cualquier caso, una ojeada a la correspondencia

¹⁸³ En su clásica obra, el profesor ESCUDERO LÓPEZ, J. A., *Los secretarios de Estado y de Despacho*, 2ª ed. Madrid, 1976, vol. I, p. 3, menciona al secretario Pelayo refrendando un privilegio de Alfonso VI de 1095; o TORRES SANZ, *La administración*, p. 116, a otros secretarios en tiempo de Alfonso VII.

¹⁸⁴ En este sentido, existe un interesantísimo documento que informa de los papeles que tenía en su casa Ventosa, secretario del duque durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, que fueron entregados el 27 de agosto de 1568 al secretario Diego González Gante por el capitán Diego de Bazán. En total eran 27 legajos de los años en los que el citado sirvió al duque, e informan del poco cuidado que existía entonces al organizar un archivo de documentación, ya que entre los citados papeles figuran las instrucciones autógrafas del emperador para la gobernación del reino cuando abandonó España en 1543, escrituras referidas al oficio de mayordomo mayor del duque y sus diferentes cometidos en Alemania e Italia, cartas referidas al gobierno de la Casa de Alba y abundante correspondencia con reyes y gobernantes.

¹⁸⁵ MALTBY, W. S., *El gran duque de Alba*. Madrid, 1985, p. 182, caracterizaba a Albornoz como «hábil, ingenioso y ávido de trabajo, estaba más que dispuesto a aligerar el peso que soportaba su señor. Su afecto por el duque era auténtico, pero no era hombre para dejar pasar la riqueza y la influencia que tal amistad podía acarrearle».

¹⁸⁶ En la citada nómina aparecen los secretarios Albornoz con un sueldo de 30.000 maravedies y Diego González, percibiendo 24.261; A.D.A. C. 166, n.º 35.

¹⁸⁷ Así, 1573, Noviembre 7. De Albornoz a Martín de Unceta pague a Jerónimo de Arceo 4.000 escudos que ha prestado a Bartolomé de Pangua, para gastos de la Casa del duque y tome la carta de pago que Pangua dio a Arceo. A.D.A. C. 73-193.

¹⁸⁸ «En octubre de 1569 Albornoz estaba convencido de que Ibarra había preparado informaciones contra él, que serían llevadas a España y presentadas ante los tribunales». MALTBY, *El gran duque*, p. 183. Este oficial tenía un largo historial de servicio al duque de Alba, con quien había servido en Italia. La opinión del duque hacia su persona entonces se puso claramente de manifiesto en una carta que dirigió a Felipe II el 10 de enero de 1556 desde Génova «buelba luego a servir un hombre que no se puede vivir sin él... y no ayara tantos hombres que no haga falta uno que yo digo a V.M. que de su calidad yo no se ninguno en todos sus vasallos»; A.D.A. C. 63, n.º 68.

¹⁸⁹ 1571, Agosto 26. Bruselas. De Albornoz a la duquesa. Le dice que le manda relación de lo que valió la plata luego de beneficiada; también, que había pedido licencia al duque para mandar 60.000 ducados para cumplir los débitos que tiene en las ferias, por mano de los Fúcares 30.000, por la de los Chetz 24.000, los 6.000 que faltan enviará por otra y 2.400 de más de lo que ha hecho cargar al tesorero en el libro de Diego González; A.D.A. C. 64-26; *Epistolario*, II, n.º 1405.

de Albornoz durante el tiempo de gobierno de su señor pone de manifiesto que todos sabían que la mejor manera de acceder al duque era mediante los buenos oficios del secretario¹⁹⁰.

Después del retorno a España su influencia se hizo sentir de forma abrumadora en el gobierno de la Casa de Alba ya que, en adelante, oficiales y otras personas le escribían para interesarle en problemas personales, suponiendo que su intervención podía ser decisiva en su resolución¹⁹¹.

Hasta el momento de su muerte, aparece como verdadero gobernador del estado, por encima de organismos y oficiales que siempre habían tenido una gran consideración y al que unos y otros se dirigen directamente, interviniendo en asuntos que anteriormente habían sido competencia de contadores¹⁹² o de oidores del consejo¹⁹³, aunque nunca perdió su carácter primero de secretario¹⁹⁴.

Albornoz murió en Portugal en 1580, cuando acompañaba al III duque en su conquista. En adelante, va a figurar como secretario Jerónimo de Arceo, al servicio del III duque durante los años de su gobierno en Flandes¹⁹⁵. En 1579 era secretario del duque durante su destierro en Uceda¹⁹⁶ y, después de la muerte de Albornoz, aparece como secretario principal en Portugal¹⁹⁷, conservando el oficio en época del IV y V duques de Alba y percibiendo emolumentos muy elevados, aunque no parece que llegara a alcanzar la influencia de su antecesor, quizá porque en esos años la gobernación del estado señorial fue desempeñada por una personalidad de la talla del prior don Hernando de Toledo.

6. CONCLUSIONES

El Consejo de los duques de Alba fue instituido por García de Toledo, pero su gran desarrollo y plena caracterización se producen a lo largo de los cuarenta y tres años de la titularidad del duque don Fadrique, época de considerable actividad gubernativa y judicial de este organismo. Desde fechas tempranas conocerá la existencia de la figura del presidente -gobernador del estado señorial durante

¹⁹⁰ En este sentido, resulta sumamente expresiva la correspondencia de Albornoz con el secretario Gabriel de Zayas; también con la duquesa doña María y con Antonio de Lada para informar del estado de salud del duque.

¹⁹¹ Las referencias son numerosísimas, pero por citar algunas de ellas: 1574. Carta de Silvestre González del Ojo a Albornoz en que le da las gracias por avisarle de la merced que le hizo el duque de la judicatura y se la enviase luego al Consejo, los cuales le dijeron que harían la provisión para que la firme el duque, le suplica le haga merced también del acrecentamiento y la merced de la alcaidia de Granada; A.D.A. C. 248, n.º 39.

¹⁹² En este sentido, la liquidación de las cuentas del tesorero Sotomayor, muerto el 4 de agosto de 1567, de camino hacia Flandes. Hubo que esperar al regreso del duque a España, siendo realizadas por Antonio de Lada, Juan de Albornoz y el tesorero Pedro de Ávila, en presencia de Antonio de la Fuente, secretario de la Contaduría.

¹⁹³ 1574. Julio 25. Huéscar. Escribe Diego de Montoya al secretario Albornoz, informando de las cosas de la ciudad, entre ellas le da las gracias por haber solucionado el asunto del alguacil Martín Izquierdo. Le ruega también se favorezca la pretensión del licenciado Henares de renunciar un regimiento en su hijo, llamado Miguel Henares casado con una hija del bachiller Muñoz, que también fue regidor; A.D.A. C. 248, n.º 61^b.

¹⁹⁴ 1577. Diciembre 30. Madrid. Manda el duque a los contadores asentar en los libros por alcaide del Carpio a Francisco de Ávila, hijo de Gonzalo de Ávila, y, después de su muerte, su mujer Ana de Ávila le pidió el traspaso. Refrenda Juan de Albornoz; A.D.A. C. 142, n.º 39⁶⁷.

¹⁹⁵ 1573. Septiembre 7. Manda Albornoz a Martín de Unceta dar a Jerónimo de Arceo 4.000 escudos que ha prestado a Bartolomé de Pangua, para gastos de la Casa del duque, y tome la carta de pago que Pangua dio a Arceo; A.D.A. C. 73, n.º 193. Sin duda era pariente del doctor Arceo de Herrera, agente del III duque en la corte romana desde 1571 a 1579 y resulta probable que entrara al servicio del duque por su mediación.

¹⁹⁶ 1579. Mayo 2. Uceda. A.D.A. C. 265, n.º 1, en dicha escritura se menciona que Arceo era de edad de unos treinta años.

¹⁹⁷ 1583. Mayo 14. Alba. Manda la duquesa al tesorero Jerónimo de Terrazas pagar al secretario Arceo, secretario que fue del duque, 500 reales que dio en Lisboa a fray Luis para pagar al dueño de una casa en que estuvieron criados y trigo del duque. Mismo día, carta de pago de Arceo; A.D.A. C. 211, n.º 302.

las frecuentes ausencias del titular-, y la paulatina sustitución entre sus miembros de los consejeros políticos por un esquema más adecuado de *oidores letrados*.

Lógicamente el Consejo real fue el modelo organizativo para el desarrollo de la institución, dada la condición de consejeros reales de los duques de Alba, extrayendo las pautas para su posterior aplicación en el estado señorial.

En cuanto a los corregidores, el sistema parece que funcionaba mejor en el ámbito señorial que en el realengo, ya que la menor extensión territorial y la cercanía relativa de los núcleos de poder posibilitaban un más rígido control por parte del duque de Alba sobre sus corregidores. Las noticias son muy escasas, pero no informan de graves diferencias ni tampoco de quejas. Probablemente la actuación de los corregidores discurría por unos cauces de normalidad que dieron lugar a situaciones como la del bachiller y después licenciado Francisco de Henao, corregidor de Granadilla, donde fue residenciado en 1517 y condenado en diversas penas graves. En 1522 figura como corregidor de Alba de Tormes, y en 1525 promocionado al Consejo; Cristóbal de la Cuba, corregidor durante 14 años en Granadilla y residenciado en dos ocasiones, o el ejemplo del bachiller Pablo Vallejo, corregidor de Piedrahíta durante 1521-1523 y 1525-1528, residenciado e inmediatamente después nombrado corregidor en El Mirón.

Finalmente, en el caso de los secretarios, se operó un fenómeno paralelo e inducido también por el ejemplo de sus homólogos reales, existiendo el depurado ejemplo de Juan de Albornoz con el III duque. Curiosamente, en las épocas en las que desempeñó el gobierno la duquesa doña María o alguno de los gobernadores, los secretarios no desbordaron sus cometidos tradicionales.



Institución Gran Duque de Alba

LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO EN LA ORDEN DE MALTA

Ángela MADRID Y MEDINA

1. LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO EN LAS ÓRDENES MILITARES

No voy a insistir en el papel que las Órdenes Militares han jugado en la Historia de España, desde todas sus dimensiones: la propiamente militar, la institucional y hasta la humanitaria con la creación y sostenimiento de hospitales, lo que en la de San Juan de Jerusalén constituye su razón de ser precisamente.

Podríamos hacer desfilar una galería de personajes importantes que han vestido su hábito. A algunos puede haberles servido de promoción, pero también es cierto que los monarcas han depositado su confianza en caballeros de las Órdenes.

Los Reyes Católicos eligieron entre estos para puestos de gobierno, administración, ejército o justicia, confiados en la integridad que encontraban en los miembros de las órdenes de caballería.

La familia de los Álvarez de Toledo no iba a ser ajena a esa presencia. De entrada, encontramos rigiendo los destinos de la Orden de Santiago a García Álvarez de Toledo, primer señor de Oropesa y Valdecorneja, que ocupó el maestrazgo en el difícil momento de la guerra civil de Castilla que terminó con la muerte de Pedro I, instaurándose la dinastía Trastámara¹.

Otros miembros de la familia aparecen en órdenes hispánicas, como la de Calatrava. Una presencia decisiva vamos a encontrar en la Orden de San Juan. En ella dedicaremos nuestra atención aunque sea de manera breve, a algunos caballeros tan allegados al III duque de Alba como su propio hijo don Fernando en la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén de Rodas y de Malta.

¹ Elegido en 1359 con el apoyo de la mayoría de los caballeros, era también el maestre de Pedro I, mientras que los seguidores de su medio hermano, Enrique de Trastámara, elegían a Gonzalo Mejía, comendador mayor de Castilla. Don García combatió contra Aragón y en Granada (batallas de Linuesa y Guadix). Dejado por el rey en la defensa de Toledo, a la vista de los acontecimientos, se impuso el criterio del alcalde de la ciudad (Diego Martínez de Toledo) de entregarse al pretendiente. Finalmente, a petición de Enrique II, renunció al maestrazgo en favor de Mejía, compensándole el nuevo rey con Oropesa y Valdecorneja.

Protagonistas tanto en la defensa de esta isla frente a los ataques turcos, como en España, desde su posición de grandes priores de Castilla y León, dignidad que recayó sucesivamente en distintos miembros de la familia, entre ellos Diego de Toledo y, especialmente, Fernando de Toledo, de estrecha relación familiar con el Gran Duque.

2. EN MALTA

Dentro de la Orden de San Juan, en efecto, los Toledo aparecen con frecuencia. Por eso, no podemos preterir, aunque sea de pasada por tratarse de otra rama, la actuación decisiva del marqués de Villafranca, don García de Toledo, virrey de Sicilia, en momentos de tanta trascendencia para la Orden como el asedio de Malta. Aunque también en los asuntos del Mediterráneo encontramos al antes mencionado prior frey Diego de Toledo, tío del Duque.

Conocida es la trascendencia del papel que la Orden de San Juan desempeñó desde sus asentamientos de Rodas y Malta. Era el principal bastión frente a los turcos e, incluso, ejercía una función encaminada a evitar los ataques de corsarios y piratas en el Mediterráneo², aparte de su función hospitalaria.

No se escapó esta importancia al rey Fernando el Católico, que a la vez que deseaba frenar a los otomanos estaba preocupado en cerrar el Mediterráneo occidental por intereses mercantiles. Por todo ello y por sus relaciones con la Orden, en el asedio turco de Rodas de 1480 atiende la petición de ayuda del maestre frey Pedro Aubusson. Entonces los invasores son rechazados.

No llegó, en cambio, a tiempo la ayuda de Carlos I en el ataque de 1522. Tras resistir durante seis meses, los sanjuanistas con su maestre frey Philippe de Villiers tuvieron que abandonar la isla el 1 de enero del año siguiente.

La intervención de priores españoles de la Orden de San Juan es decisiva. El 23 de julio de 1523 el prior frey Antonio de Zúñiga, que compartía el priorato de Castilla y León con Diego de Toledo, dirige desde Puzor una carta al emperador informándole del viaje, dentro de su periplo tras la expulsión de Rodas, del maestre Villiers d'Isle Adam, a la vez que le solicita amparo para los hospitalarios: «y suplicалemos faborezca y anpare que del todo no se pierda esta Religión»³.

Frey Diego de Toledo, por su parte, es uno de los embajadores que, junto a fray Tadino Martiniego y el capellán Antonio Bosio, envió el maestre en octubre del mismo año solicitando al emperador expresamente el archipiélago maltés para la Orden.

Accediendo a la petición lo concede el monarca, pero con una cláusula de juramento de fidelidad, que atentaba contra la soberanía de los sanjuanistas, algo que puede explicarse por la reserva que el monarca español pudiera tener ante el hecho de que tanto Villiers, como la mayoría de sus predecesores fueran franceses⁴.

De hecho, pocos días después, desde Roma, el duque de Sesa, Luis Fernández de Córdoba, le dirige una carta en la que le invita a reflexionar sobre la inconveniencia para sus intereses de entregar la isla al maestre ya que, según él, era partidario del rey Francisco I de Francia⁵.

² FONTENAY, M., «Les chevaliers de Malte dans le «corso» méditerranéen au XVII^e siècle», en *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental*, Madrid, 1989, pp. 369-395.

³ RAH. Salazar. A-28, fol. 438.

⁴ PAU ARRIAGA, A., *La soberana Orden de Malta*, Madrid, 1996.

⁵ RAH. Salazar. A-29, fol. 299. En este devenir el I duque de Luna, Juan de Aragón, se dirige en 1524 a Carlos I informándole de la convocatoria del maestre frey Philippe de Villiers donde piensa que tratarán sobre el futuro asentamiento de la Orden, prefiriendo unos Niza y otros Malta. RAH. Salazar. A-33, fol. 202r-v.

Finalmente, en 1530, Carlos I, como rey de España y de Sicilia hace donación de las islas de Malta y del Gozo, además de Trípoli, a la Orden que pasará a denominarse desde entonces de Malta. Los sanjuanistas debían presentar al virrey anualmente el día de Todos los Santos un halcón vivo⁶.

El famoso halcón maltés, que tanta literatura ha desarrollado, no era algo inusual. Años atrás (1518) el emperador agradecía al maestro de Rodas frey Fabricio de Carreto el envío de doce halcones y, lo más importante de la carta, le solicitaba información sobre los turcos⁷.

Ciertamente la intervención de don García de Toledo fue decisiva en la defensa de Malta. Don García de Toledo Osorio, IV marqués de Villafranca, por muerte de su hermano mayor, caballero de Santiago, virrey de Sicilia y capitán general de la armada española, venía gozando de enorme prestigio.

Con anterioridad había sido, como ocurriría con el prior frey Fernando, virrey de Cataluña. Y el II duque de Alba, don Fadrique, virrey de Nápoles, el 7 de marzo de 1557 en Nápoles lo nombra su lugarteniente con plenos poderes:

Siendo necesario para resistir a las fuerzas con que los enemigos de su majestad bienen a ofender este Reyno, que una persona principal de mucha confianza y experiencia salga a visitar y assegurar las plazas de importancia de él i juntar el número de toda gente de guerra que se tiene para acudir con él donde sea menester.

Y hallandos ocupado en hacer otras cosas y prouisiones del seruicio de su majestad, nos ha parescido de hacer elección para ello de vos, el ilustre don Garcia de Toledo, sabiendo la práctica y experiencia que tenéis para hacerlo⁸.

El asedio de Malta ya ha sido estudiado, resultando la postura de don García objeto de controversia, reprochándole algunos la lentitud en el envío de ayuda. Historiadores solventes han reivindicado su actuación. En su momento ya la justificó Braudel⁹.

Lo harán también historiadores de la Orden de Malta, como Pau Arriaga que destaca que, ante la falta de apoyo de otras potencias como Francia e Inglaterra, la ayuda eficaz fue la española, con don García de Toledo, «considerado en su época el más importante caudillo militar de España»¹⁰. Aunque quizá la mejor defensa viene de una frase del propio III duque de Alba pronunciada en 1562 de forma escueta y expresiva: «la gente de guerra no se junta como canónigos en cabildo»¹¹.

El protagonismo del Mediterráneo se había hecho patente entre 1559 y 1565, en que España tiene que hacer frente a berberiscos y a turcos, fuerzas independientes entre sí, pero que se prestaban apoyo mutuo.

De 1561 a 1564, mientras se esfuerzan por rechazar a los corsarios, se observa cómo los turcos se arman, aunque no atacan. El monarca español está al tanto de ello y el último de estos años, el 10 de febrero, nombra a don García capitán general del mar Mediterráneo y Adriático e inicia los preparativos de la defensa. De todo lo que informa al maestro frey Jean de la Valette desde Valencia el 16 de abril de 1564:

⁶ El expediente del Archivo Histórico Nacional está recogido por CÉSPEDES Y DE ARÉCHAGA, V., «Reconocimiento del emperador en la ayuda naval prestada por la Orden de Malta», en *La Orden de Malta, la mar y la Armada*, Madrid, 2002, p. 66.

⁷ RAH. Salazar. A-18, fol. 12.

⁸ Ibidem. M-17, fol. 11r-v.

⁹ BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Vol. II, Madrid, 1980.

¹⁰ PAU ARRIAGA, A., *La soberana Orden de Malta*, p. 163.

¹¹ Lo recoge MANGLANO BALDOVÍ, V., «Algunos errores sobre el gran socorro de Malta en 1565», en *Actas del Primer Simposio Histórico de la Orden de San Juan en España*, Toledo, 2003, p. 247.

Muy reuerendo y de gran Religión maestro del Conuento y Orden de San Juan de Iherusalem, nuestro muy caro y muy amado amigo: Por diuersos auisos que se an tenido antes de agora de Levante hauemos entendido que el turco, común enemigo de la Christiandad, preparaua y ponía a punto vna guerra y poderosa armada para uenir sobre la Goleta, Malta o Orán y procurar de llevar alguna de estas plazas, que todas son de la ymportancia que véis, a la Christiandad y hacer otros efectos en daños de ellas.

Y aunque después, por vltimas cartas que ay, parece que no se esfuerzan tanto los dichos auisos, tiene tan a punto todas las cosas de la mar y queda tanto tiempo para poderlas poner en orden y salir con la dicha armada, que he determinado para obrar esto y que la Christiandad no reciba daño, ni Nuestro Señor y estados y los de nuestros amigos y confederados, de preuenirlos desde luego para resistir y ofender al dicho turco.

Y en caso de que no viniese, mirar los efectos que se podrían hacer en seruicio de Dios, nuestro señor, y en daño suyo. Y así hauemos mandado juntar todas nuestras galeras y enbiamos pedir a la señoría de Génova, duque de Saboya y Florencia las suyas por este verano, porque si andubiesen diuididas, no solamente podría hacerse con ellas efecto, pero estarían a peligro de perderse y de subceder otros ymconuenientes.

Y siendo uos y esse Conuento tan aficionados nuestros y celos (sic) del bien público, nos ha parecido por la misma causa rogaros afectuosamente, como lo hacemos, tengáis por bien de prouer y dar toda la orden que las galeras de essa Religión se aderecen y pongan a punto para pelear y nauegar y que se junten con nuestra armada para el tiempo y en la parte que os auisará don García de Toledo, visorey de Cathaluña, a quien hauemos proueydo del cargo de nuestro capitán general del Mar Mediterráneo y Adriático y ordenado que tenga especial cuydado de mirar por las cosas de essa Religión como por nuestras propias, conforme a la obligación que para ello tenemos. Siendo cierto que uos y esse Conuento le correspondéis en todo lo que se ofreciere y conbiniere, como lo esperamos y sea¹².

Pese a la rapidez de movimientos de la armada turca, en España y por parte de frey García de Toledo, pues, la información con que se contaba era bastante precisa, como se observa en la correspondencia.

Sin entrar en detalles ya conocidos, recordar que la defensa de la isla de Malta se produjo en 1565. Tenía la misma gran importancia como freno, ya que de haber caído la isla no solo Italia, sino también España, en un momento en que los moriscos de Granada se agitaban, habría peligrado.

Defendida Malta por el maestro La Valette, se salvó desde luego por la heroicidad de sus defensores, pero también por la ayuda enviada por don García de Toledo. Aunque era entonces ya un hombre mayor y cansado, con la salud quebrantada por la gota y el reumatismo, no parece que en ningún caso actuase con negligencia.

Toda vez que, además, cuando el 9 de abril de 1565 acudió a inspeccionar las defensas de la isla, visita previa al *gran asedio* de cuatro meses de duración al que la sometió Solimán, dejó allí a su hijo Fadrique.

Se ha considerado a Villafranca hombre íntegro, inteligente y ordenado. Con gran experiencia en el mar, donde inició su carrera con dos galeras de su propiedad, comandando con 21 años una escuadra¹³. Actuó, pues, el virrey con prudencia, considerando que tampoco podía perder la armada española ante la potente flota turca.

¹² AHN. Salazar, M-24, fol. 140r-v.

¹³ BRAUDEL, *El Mediterráneo*, II, p. 483.

Los *socorros*, si prescindimos de tres intentos más, sin éxito, fueron dos. El primero es el llamado «pequeño socorro» de 4 galeras con unos 600 hombres mandados por Juan de Cardona, general de las galeras de Sicilia.

Las galeras, por lo demás, que empezaron a construirse en Rodas eran «el buque por excelencia de los caballeros de Malta», con el que, con frecuencia tenían que enfrentarse en combate desigual frente a tres o cuatro buques enemigos del mismo tipo¹⁴.

El otro, es el «gran socorro», con 60 galeras y unos 9.000 hombres que desembarcaron el día 7 de septiembre de 1665, que estuvo al mando del propio virrey don García de Toledo.

En esta defensa participaron también caballeros de la Orden de Santiago, como Juan de la Cerda. Acudieron nobles¹⁵ y voluntarios, muchos de ellos parientes y amigos de los sitiados, entre los que había unos 200 caballeros de Malta.

A diferencia de Rodas, Malta se salvó. Eso sí con cuantiosas pérdidas humanas. Algunos de los que encontraron la muerte eran caballeros de Santiago, muchos sanjuanistas. Entre las víctimas, a causa de un cañonazo recibido en el fuerte de San Telmo, se encontraba don Fadrique de Toledo, caballero de Malta, hijo del propio virrey¹⁶.

3. LA FAMILIA DEL III DUQUE DE ALBA EN EL PRIORATO DE CASTILLA Y LEÓN

Otro de los centros de actuación de la familia del Gran Duque de Alba dentro de la Orden de San Juan es el Priorato de Castilla y León, donde vivieron y actuaron de forma destacada frey Diego y frey Fernando de Toledo.

Los de Alba acabaron imponiéndose al frente del codiciado Priorato, no solo por las rentas que pudiera aportar sino por la dignidad que significaba a la casa de Béjar, con conflicto de por medio.

El resultado es que frey Diego tuvo que compartir el mismo con frey Antonio de Zúñiga, mientras que el hijo de nuestro III duque hubo de hacer lo propio con don Antonio de Toledo¹⁷.

Historias locales y del priorato dan como hermanos a los tres priores del mismo apellido. Algo, por otro lado que no sería posible cronológicamente, como tampoco lo era que el V duque de Alba, don Antonio, pudiera ser prior de Malta.

Pensamos que debe de tratarse de Antonio Enríquez de Toledo, caballerizo mayor de Felipe II¹⁸, hijo de Diego Enríquez, II conde de Alba de Liste, y de Leonor de Toledo, hija también de don Fadrique, II duque de Alba. Por lo que el parentesco del prior con el III duque era de primo hermano, por línea materna. Muerto en 1579 dejó menos huella en el territorio que sus dos parientes.

¹⁴ O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, H., «La soberana Orden de Malta y el mar», en *Actas del Primer Simposio*, p. 241.

¹⁵ Conocemos peticiones de agregarse a la escuadra. En la correspondencia manejada la solicitud (Módena, 19 de junio de 1565), del III duque de Urbino, Francisco María de Róvere y Gonzaga, de incorporar al conde Antonio de Thiene di Urbino a las tropas que deben entrar en Malta. AHN. Salazar. A-50, fol. 1r-v.

¹⁶ MORENÉS Y MARIÁTEGUI, C., «Santiaguistas, sanjuanistas y otros españoles en el gran asedio de Malta de 1565», en *II Jornadas de la Orden de San Juan*, Ciudad Real, 1999, pp. 217-252.

¹⁷ Puede verse también en las *Relaciones Topográficas de Felipe II*. Las del Reino de Toledo fueron publicadas por VIÑAS, C. y PAZ, R., Madrid, 1951. De las de Ciudad Real hay una edición más reciente de F. J. CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, San Lorenzo del Escorial, 2004.

¹⁸ En el ejercicio de este cargo se conserva «la orden e instrucción que dio el señor prior don Antonio de Toledo al ayo de los pajes de su magestad, siendo él su cauallerizo maior, del modo cómo se haúa de gouernar la casa y tener en buena disciplina los pajes» en 1592. RAH. Salazar. K-58, fols. 184v a 191.

Ciertamente el Priorato, también llamado de Consuegra, es un compacto y extenso territorio de la milicia sanjuanista, a caballo entre las actuales provincias de Toledo y Ciudad Real, con capital en Consuegra durante el periodo medieval y posteriormente en Alcázar de San Juan.

Abarcaba treinta y cinco pueblos y lugares, de los que algunos están hoy despoblados¹⁹, y ocho castillos, distribuidos en los montes, en la línea del Guadiana y al sur, siendo el más importante el de Consuegra.

El siglo XVI resulta de gran interés para el territorio, en gran medida debido a las iniciativas de sus grandes priores. A lo largo de la centuria don Diego y don Fernando llegan a diversos acuerdos con el arzobispado de Toledo sobre competencias recíprocas. Se crean parroquias, se fundan monasterios y se conceden privilegios de villazgo.

La autonomía y el desarrollo económico que van adquiriendo estas villas las lleva a entrar en competencia y litigar con los grandes priores, llegando los recursos hasta la Real Chancillería de Granada. El Archivo Histórico Nacional guarda un número elevado de ejecutorias ganadas por estos, especialmente en tiempos de frey Fernando, en el alto tribunal²⁰.

Pero se ocupan también nuestros protagonistas de la mejora de los pueblos, incluso con obras hidráulicas, y, desde luego, no desatienden la función específica de la Orden a la que pertenecen: la asistencial, con una manifiesta preocupación por el convento y hospital de Santa María del Monte y el hospital de Consuegra.

3.1. EL PRIOR FREY DIEGO DE TOLEDO

Frey Diego de Toledo, general del Rosellón, era hijo del II duque de Alba²¹, Fadrique Álvarez de Toledo, y de su mujer, Isabel de Zúñiga. Tío carnal, por tanto, del Gran Duque, como hermano de su padre, el marqués de Coria.

La Orden de San Juan de Jerusalén, en cuanto a estado soberano, cuyo maestre residía en Rodas y después en Malta, quedó al margen del proceso de incorporación a la Corona de los maestrazgos de las órdenes militares españolas.

Ello no impide que los monarcas intervengan en el nombramiento de priores. Es lo que ocurre, precisamente en la disputa por el priorato de Castilla y León entre Antonio de Zúñiga y Diego de Toledo.

El primero de ellos, emparentado con el que también fuera prior, Álvaro de Zúñiga, enfrentándose a Juan de Valenzuela, obtuvo del Papa la dignidad prioral a espaldas del rey Fernando el Católico y, según este en carta dirigida a su embajador en Roma en 1514, a cambio de dinero²².

Los Reyes Católicos habían obtenido del español Alejandro VI el nombramiento de prior a favor de Enrique de Toledo. En la correspondencia que el monarca Fernando dirige al citado embajador se

¹⁹ Se trata de Consuegra, Mora, Manzaneque, Camuñas, Villacañas, Madrideros, Alcázar de San Juan, Quero, Tembleque, Turleque, Villafranca de los Caballeros, Yébenes de San Juan, el castillo de Guadalerzas, Las Labores, Puerto Lápice, Lillo, Dancós, Azuqueca, Olmeña, El Romeral, Los Hoyos, El Campillo, Arenas de San Juan, Villarta de San Juan, Argamasilla de Alba, el castillo de Peñarroya, Villacentenos, Valdecañas de Algodor, Villaverde, Ruidera, Urda, Tirez, Herencia y Alpozadiel. MARTÍNEZ DÍEZ, G., *La cruz y la espada*, Barcelona, 2002, p. 152.

²⁰ AHN. Índices, 176. San Juan. Inventarios antiguos. Del año 1610.

²¹ RAH. Salazar. D-30, fol. 252.

²² HUERTA GARCÍA, F., et alii. *Herencia y la Orden de San Juan (siglos XIII-XX)*, Ciudad Real, 1991, p. 38.

aprecia la diplomacia desplegada ante el Vaticano para obtener el Patronato Real sobre la Orden hospitalaria, reclamando la posibilidad de proponer dignidades.

Su petición la apoya en dos bulas. Por la primera, concedida al maestre de la Orden, los papas renunciaban a la provisión de prioratos. Por la segunda, los reyes de Castilla cuando obtuvieron la potestad de proveer cargos en los maestrazgos de las órdenes hispanas, lo hicieron también con la facultad de realizarlo con el Priorato de Castilla de los sanjuanistas.

En medio de esto aparece el interés real de conseguir que ocupe este priorato frey Diego de Toledo, a quien el rey Fernando el Católico consideraba más fiel que Zúñiga, también porque es «de nuestra sangre»²³.

Aquel, naturalmente, no acepta verse desposeído de la dignidad, conflicto que hereda Carlos I, quien se dirige al regente, cardenal Cisneros, y a Adriano de Tiuselo, obispo de Tortosa y después papa Adriano VI, tratando del asunto, en busca de una solución²⁴.

El maestre de la Orden, por su parte, promete al rey Carlos en 1522 a través de su embajador en Roma, el duque de Sesa, que a su regreso de una peregrinación a Loreto para agradecer a la Virgen «que se salvó de Rodas», tratará con él de las diferencias existentes entre los priores de Castilla y León de la Orden de San Juan, Antonio de Zúñiga y Diego de Toledo²⁵.

Ambos personajes, mientras, actúan como priores. Frey Diego, precisamente en su condición de gran prior, es uno de los embajadores enviados por el maestre Felipe Viliers de l'Isle Adam ante el rey de España para explicarle la situación de la Orden, como hace saber al monarca en 1522 desde Roma²⁶.

La relación de Zúñiga con el emperador, por lo demás, es fluida. El 20 de julio de 1523 desde Puzor dirige una carta a Carlos en la que le ruega dé amparo a la Orden, llamada de Rodas todavía²⁷, que buscaba un lugar en el que asentarse tras ser expulsada de la isla.

Carlos I, antes de adoptar una decisión a favor de Zúñiga o de Toledo, pide a Cisneros y al obispo de Tortosa, ambos miembros de su Consejo, que realicen una gestión diplomática ante el duque de Alba y su hijo, el prior, porque, después de oír a ambos priores, había ordenado a estos que entregasen las villas, fortalezas, rentas y jurisdicción del Priorato. Y aunque don Diego no lo ha hecho entiendo que:

*... devíamos, olvidando lo susodicho y acordándonos de los servicios que el dicho Duque de Alba y por su hijo y por sus antepasados, tornarles a escribir en creencia vuestra y a vos encargar y mandar que de nuestra parte luego, como esta recibiereis, en presencia de dos o tres personas de títulos eclesiásticos y seglares y de un secretario del nuestro Consejo, les dixéredes que les encargávamos y mandávamos que cumplan lo que por las dichas nuestras cartas hemos escrito*²⁸.

Finalmente el emperador Carlos, por Real Cédula dada en 1518 en Valladolid, adoptó la decisión salomónica de dividir en dos el Priorato: el de Castilla y el de León. Frey Diego de Toledo sería gran prior del último.

²³ Ibidem, p. 38.

²⁴ RAH. Salazar, M-158, fols. 23v a 26.

²⁵ Ibidem. A-45, fol. 217.

²⁶ Ibidem. Apéndice B.

²⁷ Ibidem. A-28, fol. 438.

²⁸ Ibidem. M-158, fols. 23v a 26.

De esta forma Zúñiga se quedaba con las villas de Consuegra, Madridejos, Camuñas, Urda, Tembleque, Turleque, Villacañas, Herencia, Villarta y Arenas (en la actual provincia de Toledo en su mayoría).

Mientras que a don Diego correspondían las de Alcázar, donde puso la cabecera incorporando a su nombre «de San Juan», Argamasilla, Quero y Villafranca de los Caballeros²⁹.

Ya en el cargo contó con el respaldo del gran maestro, que en 1531 le concede la total administración de los bienes que habían pertenecido a las órdenes internacionales del Temple, hacía tiempo desaparecida, el Santo Sepulcro y San Lázaro, que nació para el cuidado de los leprosos, así como «ancianidades, beneficios y oficios en Castilla, León, Aragón, Valencia, Navarra y Cataluña»³⁰.

En esa línea el prior suscribe un convenio con Juan Vázquez de Acuña, III señor de Valdegena, en Zamora, el año 1541 sobre la capilla mayor de la iglesia de la Magdalena de dicha ciudad³¹.

En el aspecto espiritual no es de extrañar que estos priores apoyen y favorezcan la creación en el territorio de monasterios franciscanos, que en gran medida se instalaron en La Mancha gracias a él³². Los sanjuanistas en lo religioso siguen la regla de San Agustín, tercera de las órdenes mendicantes. Lo que otorga una afinidad entre ellos.

De esta manera, en el convento de San Francisco de Alcázar de San Juan figura un epígrafe que deja constancia de esta colaboración:

*Esta es la Casa del Señor, firmemente edificada por mandado del ilustrísimo Señor don Diego de Toledo, Prior de Castilla, siendo Papa Clemente VII y Carlos V, Príncipe de las Españas. Año 1532: día 2 de marzo*³³.

En el ejercicio del gobierno frey Diego de Toledo hubo de recurrir, con éxito en el resultado, a la Chancillería de Granada para el mantenimiento de los derechos priorales tanto con Consuegra como con Alcázar de San Juan.

Contra Alcázar en 1534 sobre hornos³⁴. Seis años más tarde para poder tomar las cuentas a los oficiales del Santísimo Sacramento y hospital y a las demás cofradías. Y nueve después contra el mayordomo de la tercia del pan³⁵. Contra Consuegra «sobre los capítulos sentenciados por el licenciado Quintana» (28 de junio de 1548)³⁶.

Resultado favorable vuelve a obtener en un pleito contra Alcázar «sobre dexas alcalde mayor quando saliese el gouernador de la dicha villa». En Granada a 26 de mayo de 1554³⁷. Además de en otro el 11 de agosto de 1557 contra Consuegra «para que el gouernador de los priorazgos les pueda tomar cuentas en cada vn año»³⁸.

²⁹ AGUIRRE, D., *El gran priorato de San Juan de Jerusalén en Consuegra, en 1769*, Toledo, 1973, p. 149.

³⁰ GUERRERO VENTAS, P., *El gran priorato de San Juan en el Campo de la Mancha*, Toledo, 1969, p. 201.

³¹ RAH. Salazar. D-14, fols. 463-465.

³² Puede verse ABAD, A., «Los franciscanos en el Gran Priorato de San Juan en La Mancha», en *Actas del Primer Simposio*, pp. 213-321.

³³ ABAD, «Los franciscanos», p. 214.

³⁴ AHN. Índices, 176. San Juan. Inventarios antiguos. Del año 1610, fol. 47v.

³⁵ Ibidem. Fol. 67.

³⁶ Ibidem. Fol. 47v.

³⁷ Ibidem. Fol. 38r-v.

³⁸ Ibidem. Fol. 38v.

Más genérica es la sentencia de la audiencia granadina, de 15 de diciembre de 1535, en la que «declara tocar a la dignidad prioral el diezmo entero de sernas y dehesas»³⁹.

Pero la obra que le ha inmortalizado es el denominado *Canal del Gran Prior*. Se trata de la obra de ingeniería hidráulica más antigua realizada sobre el río Guadiana. El historiador local Beño atribuye su traza primitiva al siglo XIV, debiéndose a fray Fernando Rodríguez⁴⁰. Aunque el responsable de la definitiva canalización para evitar las inundaciones de Argamasilla de Alba será el prior Diego de Toledo, que es precisamente el fundador de la villa:

... este pueblo se llama al presente Argamasilla de Alba...; y decirse la villa de Argamasilla de Alba es porque se fundó siendo prior de San Juan don Diego de Toledo, antecesor de don Antonio de Toledo, que de presente es, y por ser el dicho don Diego de la casa de Alba los pobladores le dijeron Argamasilla de Alba⁴¹.

Efectivamente fray Diego de Toledo trasladó allí la población desde La Moraleja en 1535 por los problemas que planteaba el río Guadiana, porque «se suele derramar la madre del río», según las *Relaciones Topográficas*.

Pero, don Diego es consciente de las obligaciones asistenciales de la Orden y se ocupa también de favorecer el convento y hospital de Santa María del Monte, atendiendo una petición de su prior, el bachiller frey Francisco Díaz Guerrero⁴².

El origen⁴³ del conjunto de Santa María podemos situarlo en la serie de acuerdos adoptados el 21 de marzo de 1447 en un capítulo provincial del Priorato de Castilla y León, presidido por el prior frey Gonzalo de Quiroga, a quien se debe también la fundación del hospital de Consuegra⁴⁴.

Desde el principio gozó del apoyo y respaldo de los maestros. Por su parte, el gran prior don Diego entendiendo que «el monasterio no se podría sustentar si no fuese favoreciendo e ajudando, es nuestra voluntad de hacelle merced de las dispullas e hacienda que quedare e fincare de los freiles, priores e capellanes de dicha religión del señor San Juan al tiempo de su fin y muerte». Lo que firma el 15 de julio de 1533 en Consuegra⁴⁵.

3.2. EL PRIOR FREY ANTONIO DE TOLEDO

La división del priorato tenía validez solo mientras viviese Diego de Toledo, pero se prolongó con Antonio de Toledo y Fernando de Toledo. A la muerte de Antonio de Zúñiga ocupó el priorato de Castilla Fernando de Toledo, mientras que tras el fallecimiento de Diego de Toledo, en el de León le sucede Antonio, que en alguna documentación aparece junto a Bernardino de Toledo.

La situación permaneció así hasta que el maestro Juan de la Valette, en un consejo general celebrado en Malta en 1566 dispone que a la muerte de uno de los dos priores el Priorato se unifique⁴⁶.

³⁹ Archivo General de Palacio (en adelante AGP). Papeles del infante don Gabriel. Secretaría, leg. 760.

⁴⁰ BEÑO GALIANA, P. A., *Argamasilla de Alba*, Ciudad Real, 1982, p. 33.

⁴¹ CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, *Ciudad Real*, p. 107.

⁴² AGP. Infante don Gabriel. Secretaría, leg. 347.

⁴³ BARQUERO GOÑI, C., «El proceso de formación del convento hospitalario de Santa María del Monte», *Anales Toledanos*, XXXVII (1999), pp. 53-65.

⁴⁴ MADRID MEDINA, Á., «La Orden de San Juan de Jerusalén en La Mancha: su proyecto hospitalario», en *II Jornadas*, pp. 37-52.

⁴⁵ AGP. Infante don Gabriel. Secretaría, leg. 347.

⁴⁶ HUERTA GARCÍA, *Herencia*, p. 39.

Al margen de actuaciones de don Antonio fuera del mismo, como las instrucciones dadas en 1574 al furrier mayor de la caballeriza del rey⁴⁷, nos lo encontramos como prior de Argamasilla de Alba en 1575⁴⁸ y ganando el mismo año una ejecutoria más en la Chancillería de Granada «contra el concejo de la villa de Alcázar de Consuegra sobre haçer molinos en la riuera de Guadiana»⁴⁹.

En sus relaciones con los franciscanos, el convento de Santa Clara y de la Concepción del mismo lugar es una fundación que se hizo posible también gracias al apoyo del prior don Antonio de Toledo, que el 23 de mayo de 1564 procedió a ceder la ermita bajo la advocación de la Inmaculada y concedió privilegio para levantar en ella una casa para religiosas terciarias⁵⁰. Y, desde luego, tampoco se desentendió de Santa María del Monte.

4. FERNANDO DE TOLEDO

Don Fernando («Hernando» en muchos documentos) de Toledo fue el primero y más querido de los hijos del Gran Duque, aunque por haberlo tenido fuera de matrimonio no pudiera acceder al título.

Siguiendo la tradición medieval española, sin embargo, en que, a diferencia de otros países de Europa, estos hijos eran plenamente aceptados, y debido a sus indudables méritos personales, llegó a ocupar un puesto de relevancia en las épocas de Carlos I y Felipe II.

Cristophoro Passini nos ha dejado su imagen en un mural del palacio ducal de Alba de Tormes sobre la campaña de Mühlberg. Delgado, de nariz fina, ojos grandes y mirada penetrante e inteligente, es como aparece también en una reproducción que en 1903 recoge su biógrafo Ángel Salcedo.

En esta lo vemos como gran prior de San Juan, con la cruz blanca patada y hendida en sus brazos en el pecho y la inscripción «Don Hernandvs magnvs prior Hispaniae Albani dvicis filius»⁵¹.

Desde luego frey Fernando no es en modo alguno un personaje secundario de la Historia de su tiempo. Merecería la pena, por ello, que se actualizase la biografía que hace más de un siglo le dedicó Salcedo.

Se ha venido discutiendo la autoría de Lope de Vega en la obra *El valor de Manta*, no así con respecto a la conocida como *La Aldegüela*, *Más mal hay en la Aldegüela de lo que suena*, *El Hijo de la Molinera* o *El Prior de Malta*, aludiendo todos estos títulos al origen y a la dignidad que ocupó don Fernando.

La comedia nos narra su nacimiento hacia 1557 en La Aldegüela, cerca del Barco de Ávila, de una bella serrana llamada María, hija de un molinero, siendo todavía soltero el III duque. Así mismo nos cuenta el impacto que causó en él el intrépido joven en la corrida de toros celebrada a su regreso a España en las fiestas del Barco.

Una vez reconocido por el duque, su hijo se integra perfectamente en la familia. Se encuentra al lado de su padre cuando este muere e interviene en asuntos familiares de importancia. Él es también, por ejemplo, quien en 1590 (23 de julio) informa al V duque del Infantado de la imposibilidad de concertar el matrimonio entre Mencía de Mendoza y Antonio Álvarez de Toledo, V duque de Alba de Tormes⁵², toda vez que su sobrino estaba casado con anterioridad.

⁴⁷ RAH. Salazar. K-58, fols. 173-182v.

⁴⁸ *Relaciones*, I, p. 107.

⁴⁹ AHN. Índices, 176. San Juan. Inventarios antiguos. Del año 1610, fol. 31.

⁵⁰ ABAD, «Los franciscanos», p. 215.

⁵¹ SALCEDO RUIZ, Á., *Un bastardo insigne del Gran Duque de Alba*, Madrid, 1903.

⁵² RAH. Salazar. M-26, fol. 44.

Elevado por el Gran Duque al rango que le correspondía, se ve inmerso en la actividad militar y política de la época. En Alemania, participando en la batalla de Mühlberg. En los Países Bajos, acompañando al III duque. Escoltando a la futura reina Ana de Austria⁵³, la cuarta y última mujer de Felipe II, o al mando de la caballería en la batalla de Alcántara en 1580, cuando este monarca accedió al trono de Portugal.

De esa actividad al margen del Priorato, sin embargo, nos da idea de su carácter, como también algo de su gestión, una correspondencia dirigida a Lope de Acuña y Avellaneda, del Consejo del rey en el ejército de Flandes.

Le escribe una carta desde Bruselas el 30 de abril de 1569 en la que da instrucciones para que se eviten excesos cometidos por las tropas y paguen estas lo que consumen en el lugar donde se encuentren:

Por la carta de vuestra merced de 22 del presente y la de Juan Baptista del Monte, la qual y la del fraile de la compañía de don Çésar bueluo aquí, he entendido la bellaquería que ha hecho el teniente Juan Baptista del Acqua, que para la figura en que yo le tenía no me ha sido novedad y daría qualquier cosa porque los soldados que le fueron en su seguimiento le huviesen cogido. Auisemelo vuestra merced, porque si no, quiero que el duque scriua al rey de Francia sobre ello, de manera que pueda auer el castigo que mereçe.

Y vuestra merced aduierta al Juan Baptista y a los demás capitanes que hizieron sus compañías en Francia que tengan cuenta con sus soldados porque no se les vayan, que de la bondad del Juan Antonio se puede sperar qualquier ruin trato.

Y si lleuo a los de Menin algún dinero, vuestra merced ordene a Juan Baptista lo pague. Que claro es que los capitanes están obligados a las semejantes faltas de sus oficiales, pues ellos le cometen el cargo o negociación que toca a dineros.

Dizenme que en aquella y otras tierras do ay cauallería y particularmente en Tielt no pagan los soldados lo que comen, que lo hazen de tan mala manera que los naturales quedan notablemente engañados. Y assí conuiene que vuestra merced scriua a todos los capitanes que ordenen a sus soldados que satisfagan lo que les dieren, conforme a los precios que tubieren hechos, pues son tan limitados. So pena de que sin aceptar excusa haurán de pagar ellos todo lo que las tierras dixeran deuérseles y que les sirua por vltimo auiso⁵⁴.

En estrecha relación con el III duque de Alba el 10 de agosto del mismo año comunica a Lope de Acuña que su padre había mandado que la compañía de caballos tome las contribuciones en dinero y no en especias⁵⁵.

Como virrey de Cataluña el prior frey Fernando de Toledo se esforzó por poner orden en el territorio, combatiendo con eficacia el bandolerismo. Como comprobamos por su abundante correspondencia.

En 1571, por ejemplo, se disculpa por no comunicarse con mayor frecuencia ante Bernardo de Bolea, señor de Siétamos y vicescanciller del Consejo de Aragón, prometiéndole hacerlo «más a menudo que por lo passado, que por mis ocupaciones he diferido hasta agora la respuesta de las dichas cartas»⁵⁶.

⁵³ En el verano de 1570 dirige cartas desde Amberes y Baluque a Lope de Acuña y Avellaneda, trasladándole la orden del Duque para que se prepare a recibir a la reina. RAH. Salazar y Castro. A-66, fol. 389. O informándole del viaje del mismo para recibir a doña Ana de Austria. Ibidem. A-66, fol. 401.

⁵⁴ Ibidem. A-66, fol. 423.

⁵⁵ Ibidem. A-66, fol. 366.

⁵⁶ Ibidem. A-66, fol. 409.

Sin embargo, es abundante la correspondencia de 1571 a 1578 dirigida desde Barcelona a Bernardo de Bolea; y al propio Felipe II muestra preocupación en Cataluña por los desórdenes, por la falta de colaboración de las autoridades locales y por el menoscabo de su autoridad y la del rey.

Así en 1571 (2 de noviembre) expresa sus deseos de que finalicen los desórdenes en Aragón⁵⁷, en 1573 (8 de octubre) se queja del mal estado en que se encuentra el gobierno, no pudiendo confiar para solucionarlo en ningún miembro del Consejo de la Generalidad⁵⁸.

Desde Perpiñán, donde se encuentra el 21 de junio de 1575, informa a Bolea que «la Generalidad de Cataluña cada día se entromete más en cercenar las regalías y preeminencias reales»⁵⁹. Ya en Barcelona, el 3 de septiembre del mismo año habla de las diferencias entre diputados y consejeros del Principado y de la falta de respeto a su cargo de virrey por parte de estos últimos⁶⁰. Y todavía en 1578 (19 de septiembre), se dirige a Felipe II en el sentido de que «la autoridad real se va viendo despreciada» por las autoridades catalanas⁶¹.

De todas formas su gestión como virrey es bastante positiva. Además de hacer construir el canal del Segre a la Plana de Urgell, combatió con eficacia el bandolerismo. El 18 de diciembre de 1571 comunica desde Barcelona a Bernardo de Bolea que:

*Cada día se van cogiendo y justiçando en este Reyno los ladrones que lo inquietauan. Y el otro día me vino a las manos el traginer, cabeça de vna quadrilla de ellos. Pero ya dará poca pesadumbre a los pasajeros*⁶².

Aunque en 1574 (8 de octubre) también lo vemos quejarse de la escasa colaboración que encuentra en las autoridades catalanas para erradicar la delincuencia y el bandolerismo⁶³.

Gozó, sin duda, don Fernando de la confianza y el respeto de su padre y del reconocimiento del propio monarca, quien a la muerte del Gran Duque hizo que pasara a formar parte del Consejo de Estado, confianza que pone también de manifiesto Felipe II en 1587, por una cédula de 11 de enero, cuando lo nombró capitán de las gentes de armas, por fallecimiento de Fadrique Enríquez:

Don Phelipe, etc. Mis capitanes mayores: Saued que acatando lo mucho y bien y continuadamente que el prior don Fernando de Toledo me ha seruido, es mi voluntad de le tomar y recibir por mi capitán de gente de armas, en lugar y por vacación de don Fadrique Enríquez, difunto.

*Porque aya y tenga de mi con la dicha compañía en cada vn año los mismos maravedís de sueldo que él avia y tenía con ella... desde 15 de julio del año próximo pasado de 1586... Mando a la gente de la dicha compañía... que como al tal le obedezcan, honren y acaten y le sean guardadas todas las honrras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, exenciones, preheminencias... todo bien y cumplidamente*⁶⁴.

⁵⁷ Ibidem. A-49, fol. 122.

⁵⁸ Ibidem. A-49, fols. 208-209.

⁵⁹ Ibidem. A-49, fol. 379.

⁶⁰ Ibidem. A-49, fol. 381.

⁶¹ Ibidem. A-49, fol. 477.

⁶² Ibidem. A-66, fol. 409.

⁶³ Ibidem. A-49, fols. 138 y 139.

⁶⁴ Ibidem. M-13, fols. 86v y 87.

Con todo la dimensión del personaje que deseo destacar es la de caballero de la Orden de Malta y *Gran Prior de Castilla*, dignidad de la que debió gozar desde 1564 a 1591 en que se produjo su muerte⁶⁵.

También aquí las *Relaciones Topográficas* se hacen eco de ello. Las de Arenas, el 3 diciembre de 1575:

... este pueblo y villa de Arenas tiene por señor y dueño de ella don Fernando de Toledo, prior de San Juan en la parte de Castilla, y que siempre han sido señores de este pueblo los señores jueces de San Juan...⁶⁶.

Las de Herencia (18 de diciembre de 1575), además, nos aportan datos sobre la hospitalidad:

... esta villa... está en el priorazgo de San Juan de Castilla y es hospital de todas y el señor de ella es don Fernando de Toledo, visorey que es al presente de Cataluña...⁶⁷.

... una capilla en el hospital de Nuestra Señora de la Concepción que es donde se acogen los pobres mendicantes...⁶⁸.

En algún caso no concretan: «... esta villa tiene sus circuitos propios suyos, donde tiene sus heredades de viñas y labores de pan, y su jurisdicción... y en el priorazgo de San Juan que tiene don Antonio, don Fernando»⁶⁹.

En el plano eclesiástico frey Fernando de Toledo tiene que hacer frente al contencioso que mantenían el arzobispo de Toledo y los priores sobre diezmos. En este sentido el prior y el arzobispo Fernando de Quiroga llegaron al acuerdo de poner en práctica las decisiones anteriormente adoptadas por el Consejo de Castilla y la Rota Romana.

Lo que no puso fin al conflicto, ya que ese mismo año se firma otra nueva concordia, que tampoco sirvió para resolver definitivamente los problemas sobre competencias⁷⁰, que ya venían de atrás y todavía tardarían en solucionarse.

Con las excepciones de ancianidad, privación de hábito o cárcel perpetua, estos priores gozaban de jurisdicción eclesiástica, jurisdicción civil y criminal, mero y mixto imperio y dominio útil sobre las posesiones del Priorato.

El gran prior tenía, asimismo, a su cargo el gobierno y la administración del Priorato y, algo muy importante, desempeñaba una función subsidiaria. Y en el caso de nuestro personaje, pese a la cantidad de cargos, parece que se preocupó por residir lo que pudo en el señorío sanjuanista, dejando en el mismo amplia huella.

En el gobierno del Priorato tiene que hacer frente a las pretensiones de alguna que otra villa y sus vecinos y hubo de ocuparse de la delimitación de términos con la Orden de Santiago, siempre llamados a entenderse. Ante esta situación, y como sus antecesores, solicita una serie de ejecutorias a la audiencia granadina, que le son concedidas.

Algunas referentes a la ganadería, como la de 10 de marzo de 1571 sobre el pago de la asadura de la villa de Yébenes y Zuqueca⁷¹. O «contra los alcaldes mayores entregadores para que no se

⁶⁵ AGP. Infante don Gabriel. Anexo, leg. 8.

⁶⁶ *Relaciones. Ciudad Real*, I p. 96.

⁶⁷ *Ibidem*, II, p. 320.

⁶⁸ *Ibidem*, II, p. 326.

⁶⁹ *Relaciones. Toledo*, I, p. 510.

⁷⁰ *Símpoio*, pp. 555-558.

⁷¹ AHN. Índices, 176. San Juan. Inventarios antiguos. Del año 1610, fol. 38v.

entremetan los ganados mestenos y mostrencos» y contra «vn alcalde mayor entregador sobre vna yegua mostrenca» (6 de julio de 1591)⁷².

También sobre el cobro de diezmos. El 19 de octubre de 1579 sobre los de Puebla de don Fadrique en su favor contra dicha villa y la Orden de Santiago⁷³.

Nueve años atrás había ganado otra sobre el mismo tema «contra los vecinos de dicha villa Francisco Hernández Çurdo y consortes»⁷⁴, lo mismo que el 8 de marzo de 1572⁷⁵. O contra los vecinos particulares de la Puebla el 3 de diciembre de 1530 (*sic*)⁷⁶. Y, generalizando, encontramos una sobre los bienes y rentas del Priorato de Castilla de 11 de marzo de 1579⁷⁷.

Referentes a la propia jurisdicción del lugar, siendo así que de nuevo el 11 de octubre de 1581 contra los alcaldes mayores de Los Yébenes, Juan de Cárdenas y Alonso García de Gaspar, obtiene una ejecutoria sobre la jurisdicción de la villa⁷⁸. Una ejecutoria más de 16 de noviembre de 1584 sobre la conservación de la dehesa de Torres y Borregal⁷⁹.

Tuvo que hacer frente, además, a un contencioso antiguo con la Orden de Santiago. Había acusado ésta a la del Hospital de haberse apropiado de términos comunes en Villacañas, Consuegra y Puebla de don Fadrique.

El alto tribunal «absolvió de la dicha demanda a el enunciado señor frey don Diego de Toledo y a su sucesor, el dicho señor don Fernando de Toledo y a los citados conzejos y consortes» el 5 de septiembre de 1569, habiendo también visto delimitaciones medievales de términos⁸⁰.

Con objeto de evitar la corrupción administrativa en el Priorato, en 1585 comisiona al licenciado Salto de Molina «para la toma de cuentas de propios, pósitos y otras cosas en las villas de dichos Prioratos».

«Don Fernando de Toledo, gran prior de San Juan en los reinos de Castilla y León, lugarteniente general del gran maestre de la Religión Yherosolimitana...» se dirige al licenciado:

Sabed que he sido ynformado que en las villas de Alcázar y Consuegra e las demás villas e lugares de los dichos mis prioratos de Castilla y León ha auido y ay muchos exçesos en la administración de los bienes propios y rentas, sisas y repartimientos y administración de los pósitos y alhóndigas. Y que de esto ha venido e viene a los pósitos y conzejos de las villas e lugares e vecinos pobres daño. Y queriendo sean guardadas las leies e pramáticas de estos reinos...

Tiene conocimiento de que los justicias, regidores y oficiales «an hecho fraudes e tenido e tienen entre sí dineros de los dichos pósitos e concejo e repartido el pan del dicho pósito entre sí, de manera...».

Al respecto ordena abrir una investigación para averiguar cuánto es lo malversado y en qué han gastado los maravedís, mandando al licenciado Salto que vea «los libros, padrones e hijuelas por donde lo an cobrado».

⁷² Ibidem.

⁷³ Ibidem, fol. 45.

⁷⁴ Ibidem.

⁷⁵ Ibidem.

⁷⁶ Ibidem, fol. 57v.

⁷⁷ Ibidem, fol. 67.

⁷⁸ Ibidem, fol. 47.

⁷⁹ Ibidem, fol. 47v.

⁸⁰ AGP. Infante don Gabriel. Secretaría, leg. 760.

Por sentencia del 18 de noviembre de 1586, aparte de cualquier otra medida, manda devolver lo confiscado y que se realice un seguimiento, investigando posteriores actuaciones y castigando a los culpables de delitos⁸¹.

Como a su antecesor y tío, frey Diego de Toledo, le preocupó el problema del agua, motivo por el que autoriza su abastecimiento a Argamasilla de Alba, la villa que adoptó el apellido del linaje⁸².

Mantiene en lo espiritual el gran prior don Fernando las estrechas relaciones con los franciscanos. En Consuegra, que pese a haber perdido la capitalidad del Priorato a favor de Alcázar de San Juan en el siglo XVI muestra signos de prosperidad⁸³, fue donde dio licencia para que a las afueras de la ciudad se levantara un pequeño convento de franciscanos bajo la advocación de San Pedro de la Vega⁸⁴.

Se debe, igualmente, al prior la creación del convento de Carmelitas Descalzas de Consuegra, que se fundó el 3 de mayo de 1597. Don Fernando, accedió a la petición de las beatas Juana Legizano y Pascuala Martínez y ofreció un censo de 12.000 ducados, joyas y rentas para cuatro capellanes.

Cuando le sobrevino la muerte en Madrid, había dejado en su testamento dispuesto que se cumpliera lo prometido para el convento, a condición de que lo enterraran en la capilla mayor de la iglesia⁸⁵.

*En esta villa, insiste el historiador del XVIII Aguirre, han residido muchos Grandes Piores; de los que dejaron más memoria fueron don Fernando de Toledo, que está enterrado en las Monjas Carmelitas*⁸⁶.

Es posible que frey Fernando en sus viajes hubiera pasado algún tiempo en la isla de Malta, lo que le permitiría imbuirse más del espíritu hospitalario de los sanjuanistas. En una Orden como esta resultaba prioritario, de hecho era su esencia, atender necesidades asistenciales dirigidas a pobres y enfermos con una red de hospitales en España, mayor o menor, según las épocas.

Desde luego él no fue ajeno a la función que da a la misma su razón de ser y cuenta para desarrollar esta vocación con los hospitales Consuegra y Santa María del Monte. Con respecto a este último el maestre Jacobo de Milly en su bula de 1454 disponía que:

*quod prior et fratres dicti monasterii teneantur et debeant ordinare et facere prope dictum monasterium sive in dicto monasterio quoddam hospitale fulcitum rebus necessariis, in quo infirmi et pauperes peregrinantes, refrigerium, refocillationem, recreationem et medellam inveniant ad honorem omnipotentis Dei et praefati beatissimi Ioannis Baptistae, patroni nostri et iolatum pauperum, quorum custodes sumus*⁸⁷.

La preocupación de frey Fernando de Toledo por el convento, único en España, en el que se atendían también necesidades formativas, dando una buena preparación a capellanes para que sirvieran determinadas iglesias sanjuanistas, y por el hospital es constante.

⁸¹ Ibídem. Contaduría, leg. 582.

⁸² Ibídem. Contaduría, leg. 188.

⁸³ JIMÉNEZ DE GREGORIO, F., *Diccionario de los pueblos de la provincia de Toledo hasta finalizar el siglo XVIII: población, sociedad, economía e historia*, Toledo, 1962, I, p. 243.

⁸⁴ ABAD, «Los franciscanos», p. 215.

⁸⁵ SALCEDO RUIZ, *Un bastardo*, p. 28.

⁸⁶ AGUIRRE, *El gran priorato*, p. 77.

⁸⁷ Lo recoge BARQUERO GOÑI, «El proceso de formación», p. 61.

Desde Malta el 15 de julio de 1588 el maestre Hugo de Loubens Verdalla se dirige al «ilustrísimo ac venerando religioso in Christo notris preclarissimo fratri don Ferdinando de Toledo» otorgando una bula sobre asuntos de la vida del convento, como la elección de priores⁸⁸.

Idea más pormenorizada nos da una visita de 1586, que publica González Carballo⁸⁹, conservada en el archivo de la Orden en Malta, que a su vez recoge el estado de cuentas de otras anteriores realizadas por visitadores del gran Prior.

Entre las posesiones de Santa María se conservaba una casa en Consuegra «para Enfermería»⁹⁰. Durante el priorato de Antonio y Fernando de Toledo aquel convento fue visitado en 1577 (por encargo de don Antonio), del 22 de diciembre de 1578 al 20 de agosto de 1579, del 31 de mayo de 1579 al 23 de diciembre de 1580, entre esta última fecha y el 18 de febrero de 1582.

Mandados los visitadores por frey Fernando entre el 26 de octubre de 1583 y el 17 de noviembre de 1584. Desde este día al 22 de marzo de 1586, de éste al 11 de octubre del mismo año, más una cuenta del pan que se tomó el 11 de octubre de 1586. Todo lo cual da idea de la importancia concedida al monasterio⁹¹.

Los treinta frailes conventuales hablan de un crecimiento constante. El conjunto estaba formado de convento, iglesia y hospital. En la iglesia había varios altares, situándose en el mayor el Sagrario. Destacaba una bella imagen de la Virgen en un templete de plata sobredorada.

La vitalidad de Santa María del Monte es constante. Esta pujanza se advierte avanzado incluso el siglo XVIII, en que, según Aguirre:

*Es muy numeroso el concurso de pobres que diariamente sustenta este Sacro Convento, así de las Villas de su contorno, como de toda España y fuera de ella, que frecuentemente he visto, a todos se les sirve dos comidas decentes proporcionándoseles el tránsito y a los enfermos la curación en su Hospital*⁹².

Porque, siguiendo la normativa hospitalaria del maestre Juan de Lastic para el cuidado de los enfermos, hay también que «buscar los deuottos asados». Y, después de recurrir a Dios y a la «expertísima y utilísima arte de la medicina, impartida por médicos honrados de ciencia... honestos y modestos y experimentados, los cuerpos son mejores tanto más han en provechosos comeres, como es pan, vino, pollos y gallinas»⁹³.

Ni siquiera estas actividades humanitarias llegaron a impedir que, aun antes de la ley general de Mendizábal, el convento hospitalario de Santa María del Monte, mediante otra ley de 1820, fuera suprimido y desamortizado⁹⁴.

Por lo que se refiere a la familia que nos ocupa, dejaron en el Priorato de Consuegra un profundo recuerdo. Y frey Fernando de Toledo, el hijo del que seguramente debió sentirse orgulloso el Gran Duque de Alba, decidió, incluso, quedarse en él para siempre.

⁸⁸ AGP. Infante don Gabriel. Secretaría, leg. 347.

⁸⁹ GONZÁLEZ CARBALLO, J., «La Orden de San Juan: el convento de Santa María del Monte de Consuegra y su colegio mayor de Salamanca», *Espacio y Tiempo*, 19 (2005), pp. 79-89.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 86.

⁹¹ *Ibidem*, pp. 87 y 88.

⁹² AGUIRRE, *El gran priorato*, p. 87.

⁹³ AHN. Órdenes Militares. Libro 1525. Segunda Partida.

⁹⁴ MARTÍNEZ DÍEZ, p. 279.

LA CASA DE ALBA EN LA *SUMMA DE VARONES ILUSTRES* DE JUAN SEDEÑO

José Antonio BERNALDO DE QUIRÓS MATEO

I.E.S. Jorge Santayana (Ávila)

Miembro de número de la Institución Gran Duque de Alba

1. JUAN SEDEÑO Y SU OBRA

Juan Sedeño fue contemporáneo del Gran Duque de Alba y, como él, natural de la provincia de Ávila. En su obra *Summa de varones ilustres* relata la biografía de 224 personajes célebres. Mi intención en las siguientes páginas es revisar la presencia de la Casa de Alba en esta obra.

De Juan Sedeño se sabe bastante poco. Fue natural y vecino de Arévalo, y parece que abogó. La obra de la que nos vamos a ocupar es la tercera y última de las que se le pueden atribuir. Anteriores a ella son unos *Coloquios de amor y bienaventuranza* (folleto de 1536)¹ y una *Tragicomedia de Calisto y Melibea, nuevamente trovada y sacada de prosa en metro castellano* (Salamanca, por el impresor Pedro de Castro, 1540). Esta segunda obra ha conseguido una difusión muy notable, al haber sido analizada por multitud de celestinistas, en busca de indicios o datos sobre el texto de *La Celestina*, puesto que Sedeño siguió un ejemplar de la magna obra desconocido en la actualidad².

La *Summa de varones ilustres* fue publicada en enero de 1551, en Medina del Campo, por el impresor Diego Fernández de Córdova, a costa de Johan Despinosa. Debió de tener cierto eco, pues to que logró una segunda edición corregida (Toledo, por Juan Rodríguez, 1590).

Aunque desde fecha remota (al menos desde Nicolás Antonio) se le ha confundido con otro Juan Sedeño, traductor de obras italianas —confusión que aún perdura en enciclopedias y publicaciones

¹ Editados modernamente por Pedro M. Cátedra (Barcelona, 1986).

² La versificación de Sedeño ha sido editada por Miguel Marciales (Mérida, Venezuela, 1971) y Lorenzo Blini: *Il rifacimento in versi de La Celestina ad opera di Juan Sedeño: edizione interpretativa, introduzione e note* (Tesis inédita, Universidad de Roma «La Sapienza», 1998-1999).

diversas—, parece claro que se trata de dos personas distintas, como han manifestado Menéndez Pelayo³, Pedro M. Cátedra⁴ y Jesús Graciliano González Miguel⁵.

2. ATENCIÓN A LA CASA DE ALBA EN LA *SUMMA DE VARONES ILUSTRES*

Los titulares de la Casa de Alba anteriores a Juan Sedeño son, como es bien conocido, los siguientes:

- Gutierre de Toledo, primer señor de Alba (1430);
- Fernando Álvarez de Toledo (sobrino del anterior), que heredó los señoríos de Alba y de Valdecorneja y fue elevado a la categoría de conde de Alba (1439);
- García de Toledo (hijo del anterior), primer duque de Alba (1472);
- Fadrique Álvarez de Toledo (hijo del anterior), segundo duque de Alba (1488);
- García de Toledo (hijo del anterior), que falleció en la expedición de Los Gelves, en 1510, sin llegar a ostentar el título de duque;
- Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba, que en 1531, por la muerte de su abuelo don Fadrique, accedió al ducado con tan solo 24 años.

Se trata, como es bien visible, de un impresionante plantel de hombres de armas que poco a poco fueron escalando las más altas posiciones en la vida militar y política española. Sin embargo, Juan Sedeño sólo le dedica un capítulo exclusivo al primer conde de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo —tatarabuelo del Gran Duque de Alba—, que falleció en 1464. En cambio, sobre los duques de Alba primero y segundo (don García y don Fadrique) solamente incluye algunas referencias dispersas. Esto no parece muy lógico, dado que son personajes de relieve aún mayor que el del conde de Alba. Don Fadrique, por ejemplo, llevó a cabo la ocupación de Navarra por orden del rey Fernando el Católico. Sin embargo, probablemente no tienen un capítulo específico porque Sedeño no lo encontró ya redactado en ningún libro, mientras que sí encontró el capítulo del conde de Alba ya realizado por Fernando del Pulgar. Por su parte, el Gran Duque de Alba, como comentaremos más adelante, está ausente de la *Summa*.

3. EL CAPÍTULO DE LA *SUMMA* DEDICADO AL PRIMER CONDE DE ALBA

Se encuentra en el Título Sexto (letra F, capítulo IX, folios CLXIII —recto y verso— y CLXIV —recto—). Lleva por título «Que cuenta las singulares hazañas y altas proezas de don Fernando Álvarez de Toledo, conde de Alba de Tormes, y las tierras que ganó de los moros y victorias que alcanzó». Ocupa una extensión que se puede considerar normal dentro de la obra, lejos de los muchos folios que Sedeño dedica a figuras de gran relevancia como Aníbal, Julio César, Fernando el Católico, etc.

La mayor parte de los personajes de la *Summa* son reyes o miembros de la más alta nobleza. El primer conde de Alba, aunque de noble estirpe, ganó su título por sus propias hazañas. De ahí que Sedeño dedique algunas líneas iniciales a justificar su presencia en la obra: la virtud merece el premio de permanecer en la memoria de las gentes⁶:

³ *Orígenes de la novela*, Madrid, 1943, pág. 18.

⁴ En la edición citada, pp. 14-19.

⁵ «Juan Sedeño, controvertido traductor de obras clásicas italianas». *Livius: Revista de estudios de traducción*, 3, (1993), pp. 97-114.

⁶ Sigo el texto de la primera edición, respetando la ortografía del autor excepto las mayúsculas. Puntuo y acentúo conforme al uso actual.

Don Fernando Álvarez de Toledo, conde de la villa de Alva, que es en la ribera del río de Tormes, para que dexada por algún breve intervalo la relación y orden de la grandeza de los reyes y príncipes parezca que no quedan olvidados los excellentes cavalleros ni pasada en silencio la orden de sus claros hechos (no será con justa razón apartado de la memoria de los famosos), antes meresce ser contado entre ellos para que como a grande exemplo de fortaleza le alcance alguna parte de los gloriosos títulos que a los varones claros de nuestra nación son devidos. Pues assí por la claridad de su antiguo linaje como por el resplandor de sus virtudes es digno de ello.

Terminado este exordio, comienza el relato de su vida y hazañas. Como el propio Sedeño advierte, los datos en él recogidos proceden de los *Claros varones de Castilla*, de Fernando del Pulgar (al igual que otros capítulos dedicados a caballeros castellanos). Y aunque le sigue muy de cerca, se aprecia que intenta conseguir una posición de equilibrio entre el historiador que respeta a su fuente, reproduciendo con exactitud los datos y los detalles, y el escritor que muestra su propia libertad y estilo, en forma de modificaciones, supresiones y ampliaciones. La comparación de dos fragmentos será suficiente para poder establecer algunas consideraciones:

Fernando del Pulgar⁷

acaesció que entrando una vez en el reino de Granada con toda la gente de su capitania a fazer guerra a una tierra que dizen el Exerquia, que es cercana a la mar; e confina con la ciudad de Málaga, como fue sentido por los moros que en aquellas partes moran, juntáronse grand multitud dellos, e antes que se pudiese proueer, le cercaron por todas partes en un valle tal, que segund la disposición de la tierra no podía salir; saluo peleando por un lugar muy estrecho, e con grand daño suyo e de las gentes de su capitania. Veyéndose cercado este capitán, por la una parte de la mar; por la otra de las sierras, e que los enemigos se le llegauan, e auían tomado aquel paso por do podía saluar su gente, conosciendo aquel peligro, e visto cómo su gente desmayaua, no se le amortiguó el ánimo en el tiempo de terror; como faze a los couardes; mas despertó esfuerço de valiente capitán, como

Juan Sedeño

entrando este cavallero un día con toda su gente en el reyno de Granada a hazer daño en cierta parte dél llamada la Axarquía, cerca de Málaga, fu este sentido por los moros de aquellas comarcas; acontesció que unos por quitar a los cristianos la cavalgada que llevaban, y otros por vengar la enemistad antigua que esta gente tiene contra los siervos de Hiesus, se juntó tan grande número de ellos y con tal brevedad que antes que don Fernando se pudiesse recoger le tenían cercado en un valle que en aquella parte se hazía entre ciertos montes: de donde por la disposición de la tierra no podía salir sino por un cierto lugar muy estrecho, y aquello havía de ser peleando y con gran peligro de su persona y gente. Viéndose pues este singular capitán por una parte cercado de la ribera del mar y por otra de grandes alturas de sierras, y que los enemigos se le venían acercando y

⁷ Sigo la edición de Jesús Domínguez Bordona en Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, Madrid, 1969 (4ª ed.), pp. 48-54.

fazen los varones fuertes e fabló a sus gentes: «Caualleros —dixo él—, en tal lugar nos ha puesto la fortuna que si somos couardes tenemos cierta la muerte y el cativerio, e si somos esforçados podrá ser cierta la vida e la honrra. Yo —dixo él— elif[j]o antes pelear para nos saluar si podiéremos, que rendirnos para ser catiuos como piensan los moros». E juntando a grand priesa la obra con las palabras, se apeó del cauallo con fasta treinta hombres de armas, e púsose con ellos en aquel portillo, e mandó salir por él toda su gente; e él, con aquellos treinta, peleando con los moros, e sufriendo por todas partes grand multitud de saetadas e lançadas e otros golpes de piedras, daua priesa con gran ardi-deza a una parte para se defender; e a otra para ofender e ferir en los moros, faziendo logar para que pasase toda su gente; la cual peleaua con los moros que fallaua delante, e aquel caya muerto que menos esfuerço tenía peleando. E así duró aquella priesa por espacio de tres oras, en las cuales murieron e fueron feridos muchos de una parte e de la otra. E al fin el conde, vista ya su gente en logar seguro, caualgó a cauallo e salió él e los que con él estauan por pura fuerça de armas e de coraçón de aquel gran peligro en que la fortuna le auia metido. E ciertamente vemos por experien-cia que así como el miedo derriba al couarde, así pone ánimo al omne esforçado; e como el cometer e el durar en las lides son dos atos pertenescientes a la virtud de la fortaleza, e para el durar en la obra conuenga tener buen tiento, por cierto las claras fazañas deste cauallero nos mostraron que touo gracia singular para usar de lo uno e de lo otro, de cada cosa en sus tiempos.

30

35

40

45

50

55

60

65

70

75

le tenían ya tomada aquella sola salida que está dicha (conoscido que por el peligro desmayavan sus guerreros) no por esto le falleció la grandeza de su ánimo como a covarde; antes se avino en él como en fortíssimo capitán; y quiriendo con prudentes palabras acompañadas de animosidad esforçar a los suyos, les dixo: «Ya veys, o cavalleros, cómo somos venidos a tal estado que de la flaqueza y covardia no podemos ni nos conviene esperar sino la muerte o (a bien librar) captiverio; y por el esfue[r]ço podríamos assegurar las vidas, la libertad y la honrra que tenemos en el riesgo y aventura que veys. Yo sería de parescer que devemos pelear por nos salvar si pudiéremos, antes que rendimos para ser captivos destos bárbaros como ellos piensan». Con las quales palabras puso tanto ánimo en toda su gente que cada uno por sí dava ya claras muestras del desseo que habían concebido de venir a las manos con los enemigos. De manera que consideradu por él la nueva virtud de sus guerreros, apeándose de su cavallo con hasta treynta hombres de armas que le acompañaron, se puso peleando con los moros en el passo de la salida que ellos le habían tomado, lo qual hizo con tanta braveza y esfuerzo que con el espanto que puso a los infieles fue la salida desembaraçada y libre a su gente para poder salir salva y segura en tanto que él y sus treynta compañeros peleavan. Esta priessa duró por espacio de más de dos horas en que muchos de los sarracenos y algunos de los christianos perdieron las vidas. Hasta que, visto por don Fernando Álvarez que su gente yva ya segura, cavalgaron él y sus compañeros y peleando a dura fuerça salieron de aquel peligro.

La imitación es evidente: Sedeño relata los hechos en el mismo orden; emplea muchas veces las mismas palabras y reproduce con exactitud los mismos datos: el lugar cercano a Málaga, la disposición del terreno, la muchedumbre de musulmanes, el discurso del conde, el número de caballeros con que defiende la retirada de los suyos... Hasta ahí la actitud del historiador. Veamos ahora, en las diferencias, la actitud del escritor:

- Sedeño suprime las reflexiones personales de Pulgar acerca del valor en el combate (líneas 65-78); probablemente con buen criterio, ya que se trata de reflexiones basadas en la experiencia de un guerrero que ha vivido en los campos de batalla; experiencia que –es una suposición– Sedeño no tuvo.
- Por la misma razón, la plasticidad con que Pulgar describe el combate cuerpo a cuerpo (43-55) no halla correlato en Sedeño, que elimina esa parte de la narración.
- Por el contrario, Sedeño intercala unas líneas (7-11) donde detalla las motivaciones de los musulmanes para su ataque, aspecto que, por su obviedad, no es mencionado por Pulgar. Lo mismo ocurre en las líneas 50 a 55, donde intercala un pasaje –de evidente raigambre literaria– sobre los efectos que el discurso del conde tiene en sus guerreros, pasaje que no hallamos en Pulgar.
- Aunque sigue tan de cerca a su modelo, Sedeño tiende a ornamentar más su expresión, haciéndola más próxima a sus modelos literarios clásicos. Véase como muestra las sutiles modificaciones que introduce en el discurso del conde de Alba (líneas 29-38 de Pulgar y 37-50 de Sedeño), más directo y breve en el caso de Pulgar y más amplio y adornado en el caso de Sedeño. Este recurre al empleo de la interjección *oh* («Ya veys, o cavalleros»), la frase amplia («yo sería de parescer», frente a «Yo elijo», de Pulgar), la mayor presencia de duplicaciones («la muerte y el catiuerio», «la vida e la honrra», en Pulgar; «la flaqueza y covardía», «no podemos ni nos conviene», «la muerte o captiverio», «las vidas, la libertad y la honrra», en Sedeño).
- Como ocurre en otros capítulos de la *Summa*, Sedeño se expresa con bastante arcaísmo. Ello se debe a la antigüedad de los textos que toma como fuentes, que operan no solo como proveedores de datos, sino también como modelos idiomáticos. En este texto, Sedeño mimetiza la conocida predilección de Pulgar por el participio absoluto (Pulgar, líneas 22, 23, 60; Sedeño, líneas 29, 56, 73).

4. REFERENCIAS A DON GARCÍA Y DON FADRIQUE, PRIMEROS DUQUES DE ALBA

Se encuentran en el capítulo dedicado al rey Fernando el Católico, en el que Sedeño sigue a diversos cronistas.

A don García, Sedeño le cita entre los nobles que juraron fidelidad a los Reyes Católicos en Segovia (fol. CLXVI, verso) y entre los caballeros convocados por el rey Fernando para la batalla de Toro (fol. CLXVIII, verso). Poco después (fol. CLXIX, recto) indica que el rey Fernando dio al duque de Alba el mando de la segunda escuadra del ala derecha de su ejército en la citada batalla y que (fol. CLXIX, verso), después de la batalla, le encargó, junto al cardenal de España, «recoger los despojos de los muertos» (despojos que luego mandó restituir al rey de Portugal).

Sobre don Fadrique, Sedeño recoge diversos datos referidos a la guerra de Granada y a la toma de Navarra. Así (fol. CLXXVII, recto), en la toma de Loja:

mandó el rey don Fernando que en tanto que los reales se assentavan en los lugares oportunos, fuessen combatidos los arravales, que eran una gran parte de la ciudad. De cuyo combate encargó el principio a don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alva, donde después de muchos trances quedaron los christianos vencedores y el rey moro se partió aquella noche secretamente.

Y en el sitio de Vélez Málaga (fol. CLXXVIII, verso) «mandó a don Fadrique de Toledo, capitán de su guarda, que luego combatiessse el arrabal».

Sobre la conquista de Navarra, comenta Sedeño (fol. CLXXXII, verso):

embrió a don Fadrique de Toledo, duque de Alva, con bastante exército que conquistasse aquel reyno, y este siéndole luego entregada la ciudad de Pamplona, cabeça y silla de la provincia, y entrando en ella domingo a veynte y cinco de julio en la fiesta del apóstol Sanctiago del año del Señor de mill e quinientos y doze, se apoderó en pocos días de todo lo restante de aquel principado.

5. AUSENCIA DE REFERENCIAS EN LA SUMMA AL GRAN DUQUE DE ALBA

Antes de que Juan Sedeño publicara su libro (1551, como ya hemos dicho), el Gran Duque de Alba ya tuvo ocasión de participar en numerosos hechos notables, como su destacadísima intervención en la batalla de Mühlberg (1547). A pesar de ello, Sedeño no lo menciona. La razón, sin embargo, parece bastante sencilla: en la *Summa* no aparecen personajes vivos contemporáneos de Juan Sedeño; ni siquiera el emperador Carlos.

Probablemente, Juan Sedeño sólo se sentía seguro cuando disponía de alguna fuente escrita que considerara fiable. Y así, sigue a escritores principalmente de la antigüedad o medievales. Es cierto que también encontramos entre sus fuentes a algunos autores del siglo XVI (Andrés Laguna, Antonio de Guevara, Erasmo, Florián de Ocampo, Lucio Marineo Sículo y Pero Mexía); pero no son autores donde pudiera encontrar datos sobre el Gran Duque. Sin duda que Juan Sedeño tuvo abundantes noticias sobre él, pero probablemente la mayoría procedían de fuentes orales; y el escritor, consciente de la poca fiabilidad de las noticias transmitidas por esta vía, decidió no incluirlas en su obra.

BIOBIBLIOGRAFÍA DEL III GRAN DUQUE DE ALBA
DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y PIMENTEL.
HOMENAJE EN EL V CENTENARIO DE SU NACIMIENTO,
EN LA VILLA DE PIEDRAHÍTA.

Fernando DELGADO MESONERO

Catedrático jubilado de E. M.

Miembro de Número de la Institución «Gran Duque de Alba»

I. LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO. SEÑORES DE VALDECORNEJA.
OROPESA Y DUQUES DE ALBA

Apellido de ilustre abolengo y estirpe goda. De familia nobiliaria castellana, cuyo tronco fue Illán Pérez, alguacil mayor de Toledo, que murió en 1139. Su chozno, García II Álvarez de Toledo, ocupó el mismo cargo, cuyo hijo, García (III) Álvarez de Toledo, fue el Primer señor de Oropesa y Valdecorneja.

Históricamente esta zona ha estado sometida a invasiones que le han dado su propia personalidad. Los vettones fueron sus primeros habitantes. En El Barco lo fueron también, y, en el lugar donde actualmente se asienta el castillo, existió un castro vettón, considerado el primitivo núcleo de la población.

Valdecorneja, extensa comarca vettona, como una «Mancomunidad de Tierras». Posteriormente habitada por los pueblos que se asentaron en la península. En las excavaciones que hace años se realizaron en la Vega, se encontraron vestigios romanos, árabes y visigóticos. Quedan algunos restos significativos de estas culturas. Del paso de los romanos nos hablan calzadas que sirvieron luego como sendas para la trashumancia, puentes, acueductos, fuentes... De la presencia árabe en la localidad dan testimonio los numerosos pozos de agua dulce que se construyeron en el interior de la muralla, para resistir en caso de asedio. Por fin, desde la conquista del conde Fernán González, fue de nuevo cristiana (918).

Era un extenso territorio entre montañas que llegó a formar durante la Reconquista un codiciado feudo incorporado a las coronas de León y Castilla que, Alfonso VI el Bravo, donó a su hija Urraca y a su yerno don Raimundo de Borgoña.

En la Edad Media la nobleza dejó sus vestigios en esta zona: palacios, iglesias... Los linajes de Valdecomeja, Álvarez de Toledo, Pimentel... y, en la Edad Moderna, los Alba, hicieron de este lugar su residencia habitual, marcando política, social y económicamente la vida y el futuro de estas tierras hasta el siglo XIX.

Piedrahíta, junto con El Barco, El Mirón y La Horcajada, es una de las cuatro villas del estado. La tierra de Piedrahíta la comprendían sus cuartos de lo Llano, de la Ribera y de la Sierra, con los lugares siguientes: San Miguel de Comeja, Navaescorial, Santiago del Collado, Hoyorredondo, Aldehuela, Avellaneda, Horcajo, Zapardiel, Navalperal, Navacepeda, Herguijuela, Hoyo del Espino, Hoyo del Collado, Navarredonda, San Martín del Pimpollar, Garganta del Villar y San Martín de la Vega¹.

Fue residencia temporal de doña Sancha, esposa de Sancho III. Enrique I por poco tiempo fue el V señor de Valdecomeja. Fue Corte y palacio residencial de su hermana la reina doña Berenguela de Castilla y León, «la Grande», a quien su padre Alfonso VIII, dio el castillo de Piedrahíta y que cedería para iglesia con la obligación de que se hicieran los dos primeros viernes de cuaresma un responso cantado por su alma poniéndose un túmulo con una corona de plata.

Doña Berenguela fue una de las dos esposas de Alfonso IX de León, madre de San Fernando (que probablemente nació en esta villa), a quien cedió el trono de Castilla. Siguió siendo posesión real, con Alfonso X el Sabio, en 1258, y su hermano el infante Felipe; con Sancho IV hasta 1295 y su esposa doña María de Molina; con el infante don Alonso, en 1310; y con Fernando IV (+1312). A estos les sucedieron don Lope de Haro, don Diego López Díaz, el infante don Felipe, hijo de Sancho IV el Bravo, don Alfonso XI, don Sancho, señor de Cabrera, hijo bastardo de Alfonso IX; hasta que Enrique II de Trastámara, el 11 de mayo de 1366, concediera a don García (III) Álvarez de Toledo el señorío de Valdecomeja y de Oropesa, como compensación por ceder el maestrazgo de Santiago a favor de don Gonzalo Mexía, y en señal de gratitud le hace donación, por este y otros servicios prestados a la Corona, de los señoríos de Oropesa, Cabañas, Valdecomeja y Jarandilla. Cabe destacar entre los títulos de don García (III) Álvarez de Toledo que fue mayordomo mayor de la reina doña Juana, esposa de Enrique II.

A su hermano Fernando —según un documento fechado el 21 de marzo de 1370 en Medina del Campo— se le concedió el señorío de Valdecomeja con todos sus términos para que fundara mayorazgo, siendo este personaje el precursor de la casa de Alba, que se fundaría como condado en 1439, por Juan II, y que se convertiría en ducado en la persona de don García (V) Álvarez de Toledo.

Así, la familia Álvarez de Toledo fue dueña del señorío. Don García (III) Álvarez de Toledo fue el primer señor, no regio, del codiciado territorio de realengo. (Piedrahíta, El Mirón y Barco de Ávila, con los pueblos de sus respectivos partidos, pertenecían al reino de León, que estuvieron segregados de nuestra provincia e incorporados a la de Salamanca en la división territorial de 1785 y reincorporados a la de Ávila en 1833).

Los sucesivos señores de Valdecomeja desempeñaron diversos cargos palatinos en las cortes de Juan II y Enrique IV y apoyaron con sus armas las causas monárquicas, al mismo tiempo que afianzaban su posición social y la de sus descendientes mediante acuerdos matrimoniales. Fernán Álvarez de Toledo, nieto del primer señor de Valdecomeja, obtuvo de Juan II por mediación de don Álvaro de

¹ Véase la encantadora descripción de Piedrahíta del doctor Juan Bravo de Piedrahíta, célebre médico, catedrático de Salamanca, en su Dedicatoria al tratado *De simplicium medicamentorum preparatione Libri II qui Ars Pharmacopea dici possunt* (Salamanca, 1591 y 1592), que reproduce íntegra en su *Historia del Señorío de Valdecomeja en la parte referente a Piedrahíta* (Ávila, 1922), el catedrático y rector de la universidad de Valladolid don Jesús Lunas Almeida.

Luna el condado de Alba de Tormes; don Fernán poseía también los señoríos de Fuenteguinaldo, Salvatierra, Coria, Huéscar, Granadilla, Abadía, Castronuevo, Piedrahíta, El Barco, La Horcajada, El Mirón, etc., por lo que controlaba un vasto territorio, desde los límites con Portugal y el norte de Extremadura hasta la sierra de Gredos.

I.1. SEÑORES DE VALDECORNEJA

García (III) Álvarez de Toledo (hijo de García II), fue el primer señor de Oropesa y Valdecorneja, fallecido en 1370, a consecuencia de la infección de una herida sufrida en el cerco de Ciudad Rodrigo en unión de los Reyes. Su sucesor, Fernando (I), será el segundo señor de Oropesa, a quien suceden los condes de Oropesa (rama extinguida en 1619) y los señores de Cebolla y Villalba, apellidados López de Ayala (rama que se extinguió en el siglo XVI).

Fernando (I) Álvarez de Toledo, hermano del anterior (García III), fue el II señor de Valdecorneja, primer mariscal de Castilla, fallecido en 1384.

García (IV) Álvarez de Toledo, III señor de Valdecorneja, fallecido en 1406-1407.

Fernando (II) Álvarez de Toledo, IV señor de Valdecorneja y I conde de Alba, fallecido en 1460.

García (V) Álvarez de Toledo, V señor de Valdecorneja, II conde de Alba es, desde 1472, el I duque de Alba, I marqués de Coria y I conde de Salvatierra. Se alistó en el ejército de los Reyes Católicos en la campaña de 1482. Estuvo en la batalla de Toro. Tomó varias poblaciones de la Vega granadina. Se distinguió en el cerco de Baza y Granada. Los Reyes le recompensaron nombrándole duque y, además, entregándole la ciudad de Huéscar. Le nombraron capitán general de Cataluña. Logró la devolución del Rosellón a Fernando V de Aragón. Murió en 1488. Tuvo cuatro hijos: Fadrique I, que le sucede en el ducado de Alba; Fernando, cuyos sucesores son señores de Villoria y condes de Ayala (rama extinguida en 1713); García, primer señor de La Horcajada y Bohoyo (rama que se extingue en el siglo XVII); y Pedro, señor de Mancera, y sus sucesores marqueses de Mancera, Grandes de España y de Belvis (rama extinguida en el s. XVII).

Fadrique (I) Álvarez de Toledo, VI señor de Valdecorneja y II duque de Alba, que participó junto a los Reyes Católicos en la guerra de Granada. Virrey de Navarra, defensor de Pamplona, mariscal de Castilla y general de confianza de Fernando el Católico. Tuvo 5 hijos: García VI, casado con Doña Beatriz de Pimentel (padres del III duque de Alba); Pedro, que formó la rama de los duques de Fernandina y con quien se inicia el marquesado de Villafranca del Bierzo, virrey de Nápoles, que muere en 1553, de cuya rama suceden los marqueses de Tavera y el ducado de Medina-Sidonia, etc.); don Diego, prior de la Orden de San Juan; don Juan, cardenal en Roma, y doña Leonor.

Por línea dinástica le hubiera correspondido ser tercer duque a García (VI), mas este murió en una campaña en Gelves, en África, en 1510, por lo que el título ducal pasó del abuelo don Fadrique a su nieto Fernando (III), varón primogénito de García (VI), al fallecer el abuelo, en 1531.

Fernando III Álvarez de Toledo y Pimentel, «el Grande», les sucede, pues, como III duque de Alba, VII señor de Valdecorneja, II conde de Piedrahíta.

Sus sucesores ostentaron el título de señores de Valdecorneja, Oropesa, condes de Piedrahíta y duques de Alba.

En años posteriores se sucederán por riguroso orden cronológico:

- Fadrique Álvarez de Toledo y Enríquez de Guzmán, IV duque de Alba, VIII señor de Valdecorneja y III conde de Piedrahíta. Casó tres veces pero no dejó descendencia, pues el

hijo de su tercera esposa, la hija del marqués de Villafranca, a quien llamaron Fernando, murió siendo niño. Don Fadrique muere en 1586. La duquesa viuda parece ser que figuró como titular unos años, respetada por su cuñado y sobrino hasta el momento conveniente.

- Antonio (I) Álvarez de Toledo y Beaumont, V duque de Alba, IX señor de Valdecorneja y IV conde de Piedrahíta de 1611 a 1639. Sobrino de don Fadrique. Era nieto del Gran Duque de Alba, hijo mayor del segundo hijo legítimo de don Fernando Álvarez de Toledo, don Diego, que se casó con doña Brianda de Beaumont. Virrey de Nápoles, consejero de Estado y mayordomo mayor del rey Felipe III, que viajó a Ávila y concedió al duque el Toisón de Oro.
- Fernando (IV) Álvarez de Toledo y Mendoza, VI duque de Alba, X señor de Valdecorneja y V conde de Piedrahíta, hasta 1667.
- Antonio (II) Álvarez de Toledo y Pimentel, VII duque de Alba, XI señor de Valdecorneja y VI conde de Piedrahíta, hasta 1690. Condestable de Navarra, virrey de Nápoles y presidente del Consejo de Italia. El rey Carlos II le concedió el Toisón de Oro.
- Antonio (III) Álvarez de Toledo y Beaumont, VIII duque de Alba, XII señor de Valdecorneja y VII conde de Piedrahíta, desde 1701 hasta finales del siglo.
- Antonio (IV) Álvarez de Toledo Guzmán, IX duque de Alba, XIII señor de Valdecorneja, VIII conde de Piedrahíta y duque de Solferino, que casó con doña Isabel Zacarías Ponce de León. No tuvieron descendencia. En su época ocurre la Guerra de Sucesión y, concretamente, en diciembre de 1706, tuvo lugar la famosa batalla de Piedrahíta, defendida heroicamente por sus habitantes y que valió a la noble villa añadir a sus viejos títulos, el de Muy Heroica y Muy Leal.
- Francisco Álvarez de Toledo Guzmán, X duque de Alba, XIV señor de Valdecorneja y IX conde de Piedrahíta, quien sucedió a su sobrino, en 1711.
- María Teresa Álvarez de Toledo Guzmán y Haro, XI duquesa de Alba, XV señora de Valdecorneja y X condesa de Piedrahíta de 1739 a 1755. Contrae matrimonio con don Manuel de Silva, conde de Galve, perteneciente a la casa del Infantado y por este hecho la casa de Alba entronca con la casa de Silva.
- Fernando de Silva y Álvarez de Toledo Guzmán, XII duque de Alba, XVI señor de Valdecorneja y XI conde de Piedrahíta, en 1755. Casó con doña María Bernarda de Portugal, hija de los condes de Oropesa. Fue militar y político en los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III; embajador en Francia de 1746-1749, en la Corte de Luis XV; amigo de J. J. Rousseau y uno de los instigadores de la caída de Ensenada y Rávago, en el reinado de Fernando VI. Capitán general, mayordomo mayor de Carlos III y decano del Consejo de Estado. A él pertenecía cuando en un Consejo Extraordinario se decretó la expulsión de los Jesuitas, en 1767. Cayó en desgracia y se retiró a Piedrahíta. Llegó a ser director de la Real Academia Española desde 1754 hasta su muerte. Él fue quien mandó construir el bello palacio. Murió en 1776.
- María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo Guzmán, XIII duquesa de Alba desde 1776. Nieta del anterior, pues su padre, don Francisco de Paula Silva y Álvarez de Toledo, que hubiera sido el heredero del ducado, murió en 1770. Casó con don José María Álvarez de Toledo Gonzaga y Osorio, primogénito de los marqueses de Villafranca, duque de Medinasidonia, primogénito de los marqueses de Villafranca. Murió en 1802. Al no dejar

descendencia, esta rama se extingue. El señorío con sus rentas, derechos y bienes revirtió en la Corona en 1804. El alcalde mayor de la villa dio posesión al delegado del Gobierno, don Francisco de Zúñiga y Barbosa. «Y la Corona Condal Piedrahitense quedó suspensa en un ideal de mujer... que tuvo ángel».

La Duquesa fue mecenas de la que el catedrático Manuel Ruiz Lagos llamó «Segunda Escuela Salmantina», «grupo angustiado, que sólo en la sátira negra y el humor encuentra su propia defensa» y que se afina y desarrolla entre Piedrahíta y Ávila grupo de literatos que preferían tener sus reuniones en residencias veraniegas alejadas de toda sospecha e intriga. El palacio versallesco de la duquesa de Alba, immortalizada por los pinceles de Goya y retratada en sus escritos por José Somoza: «La persona de quien hablo, María Teresa de Silva, en quien la naturaleza había personificado tan hermosamente la beneficencia... Mas la naturaleza de este ser era respecto del bien, lo que la de los metales respecto del imán». (En «Memorias de Piedrahíta»). Benéfica, donairoso, mecenas de la cultura, alegre y tiernamente humana. Su palacio de Piedrahíta, répito, era un lugar apropiado al que acudieron herederos de los Alcino, Berilo, Fileno y Batijo, etc., como Quintana, Meléndez Valdés, Goya, Bails, Chatteaubriand, José Iglesias, Condado, Álvarez Cienfuegos, Juan Nicasio Gallego, Sánchez Barbero, Alberto Lista, Somoza... Todos ellos cantarán a la Duquesa en la segunda mitad del siglo XVIII y por ellos vivirá en las letras españolas con los nombres de «Celmira» o de «Lesbia»².

Al morir la duquesa Cayetana, en 1802, pasó el ducado de Alba con todos sus títulos a la casa de Berwick, a manos de su pariente Carlos Miguel Fitz-James Stuart con quien se inicia la actual casa de Alba, relacionada con Inglaterra, Escocia e Irlanda, como puede verse en el actual escudo de esta noble Casa.

Duque de Alba de Tormes es un título nobiliario hereditario que Enrique IV de Castilla otorgó a García (V) Álvarez de Toledo, al convertir el condado de Alba en un ducado, en 1472, que hoy en día, y desde hace más de 500 años, es uno de los principales títulos de España y el que le da nombre a la Casa de Alba, como propietaria del mismo.

La Casa de Alba hizo de Piedrahíta un centro cultural importante. Estuvo fortificada, aunque poco queda de sus murallas. El palacio de los duques de Alba, de mediados del siglo XVIII, es un ejemplo de barroco clasicista francés con un gran patio de honor y un amplio jardín. En él pasaron algún tiempo célebres ilustrados como Jovellanos, Ramón de la Cruz y Francisco de Goya, que aquí pintó los cartones para tapices de La Vendimia y La Siega, donde se refleja la atmósfera única de la sierra de Gredos. Incendiado en 1808 por las tropas francesas, fue reconstruido después y convertido en un centro cultural y docente, y en sus jardines se ha construido modernamente el I. E. S. «Gredos».

Otros personajes históricos nacidos en esta tierra son Juan del Barco, integrante de la Santa María, una de las carabelas de Cristóbal Colón, y Juan Maldonado y Ordóñez de Villaquirán, fundador en Venezuela de la villa de San Cristóbal.

A partir de la página 144 del *Reportaje de Piedrahíta*, obra publicada en 1969 en Ávila por la Institución Gran Duque de Alba, y cuyo autor es Juan Grande Martín, se citan otros nombres de sacerdotes, funcionarios, políticos, militares, médicos, escritores y periodistas ilustres, de los siglos XV al XXI de esta villa, a cuya lectura remitimos. Varios de estos importantes nombres, hijos de esta comarca abulense, quedarán recogidos en mi *Diccionario Bio-bibliográfico de Autores Abulenses*.

² BONMATÍ DE CODECIDO, F., *La duquesa Cayetana de Alba maja y musa de D. Francisco de Goya*. Valladolid, 1940.

2. FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y PIMENTEL

Don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, fue el más famoso, por eso llamado «El Gran Duque de Alba». Desde 1531, año en que muere su abuelo, don Fadrique, es tercer duque de Alba, con Grandeza de España, que es la dignidad máxima de la nobleza española, inmediatamente después de la de infante de España, la que corresponde a los hijos del Rey y a los hijos de los príncipes de Asturias. Los Grandes de España son considerados como los sucesores de los antiguos ricos-hombres de los reinos de Castilla y de León así como de las coronas de Aragón y de Navarra, y es, en sí misma, la más elevada dignidad nobiliaria que existe en España y en Europa.

Sucede a don García VI, a quien por línea dinástica le hubiera correspondido ser el tercer duque, mas este murió en una campaña en África en 1510, por lo que, el título ducal pasó a su hijo Fernando, su primogénito, directamente de su abuelo don Fadrique, al fallecer este, en 1531.

Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel es, pues, el III duque de Alba, señor de Huéscar, Galisteo y Montoro; conde-duque de Olivares, marqués de Carpio, Elche, Coria y Villanueva del Río, conde de Lerin, Osorno, conde (II) de Piedrahíta, Morente, Salvatierra...

«La Muy Antiquísima, Muy Leal y Muy Noble» villa de Piedrahíta, «La Perla del Valle del Corneja», la «Arcadia de Ávila», «merece elogio, pues fue Corte en los siglos pasados» y porque fue la cuna del gran militar y político español que nació en el castillo de la villa, el 29 de octubre de 1507, en la provincia de Ávila, y a quien bien podían aplicarse los versos con los que elogia Lope de Vega al nieto del Gran Duque y V duque de Alba, don Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont, a quien él sirvió como secretario:

«De tal sol nació mi llama
y de tal Alba salí
y a mi rey tan bien serví
que fue la envidia mi fama.
Sin ver jamás rostro al miedo
hice con mi esfuerzo solo
sonar con Austria su polo
y los dos con mi Toledo».

Era hijo de García Álvarez de Toledo y de Beatriz Pimentel, y nieto de Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba. Huérfano desde los tres años; educado, al igual que sus hermanos, bajo el cuidado de su abuelo don Fadrique. Dirigieron su formación el humanista Juan Luis Vives, el italiano Severo Varini, el benedictino siciliano Bernardo Gentile y, desde 1520, fueron sus ayos los poetas Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, que fue amigo, compañero y biógrafo poético en los primeros años de su vida y sus campañas.

Su dedicación a las armas fue constante desde muy joven, hasta el punto de que con tan solo 6 años acompañó a su abuelo a Navarra con el ejército que la tomó. En 1524, cuando contaba 17 años, se unió, sin el permiso familiar, a las tropas del condestable de Castilla, Íñigo, que sitiaron y rindieron la plaza de Fuenterrabía, ocupada por franceses y navarros. Por su intervención en la exitosa contienda fue nombrado gobernador de Fuenterrabía.

Se casó en 1527 con su prima María Enríquez, hija de Diego Enríquez de Guzmán, III conde de Alba de Liste, con la que tuvo cuatro hijos y una hija: don García Álvarez de Toledo (1530-1548); don Fadrique Álvarez de Toledo, IV duque de Alba; don Diego Álvarez de Toledo (?-1583), conde de Lerin, casó con Briande de Beaumont (1540-1588); don Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont,

V duque de Alba, y doña Beatriz Álvarez de Toledo, que casó con don Álvaro Pérez d'Osorio, marqués de Astorga. Además don Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), tuvo antes de su matrimonio su primer hijo, un hijo bastardo que fue fruto de una relación con una molinera de la cercana localidad de La Aldehuela. Reconocido antes de 1546, participó en varias batallas europeas y fue Gran Prior de Castilla. Lope de Vega escribió una comedia, *El Aldehuela*, sobre este personaje y su reconocimiento por el Duque en una fiesta de toros, en la plaza de El Barco de Ávila.

Don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel estuvo siempre al servicio de los monarcas españoles, bien fuese de Carlos I, al principio, o bien de Felipe II, después. Siendo ya duque de Alba, acudió en 1532 a la llamada del emperador Carlos V, participó en las campañas de Alemania y marchó a Viena, acompañado de su amigo Garcilaso de la Vega, para defenderla del acoso otomano. A la vista del formidable ejército imperial, de más de 200.000 hombres, los turcos levantaron el asedio.

Marchó luego a luchar a Túnez. A primeros de junio de 1535 embarcó en Cagliari con el contingente militar que mandaba el marqués del Vasto. El 14 de julio cayó la fortaleza de La Goleta y, una semana después, ocuparon la propia ciudad de Túnez, defendida por Barbarroja.

En 1547, junto al Emperador, tuvo que enfrentarse a las fuerzas protestantes de la Liga de Esmalcalda; el duque de Alba estaba al mando de los Tercios españoles que intervinieron en la batalla de Mühlberg, a orillas del río Elba. El Duque fue uno de los comandantes que más se distinguieron en aquella ocasión en la que la arcabuceria de los tercios españoles desempeñó un papel destacado. La victoria fue de las armas imperiales.

El primer servicio personal que prestó a Felipe II fue acompañarlo a Inglaterra con motivo de su matrimonio con María Tudor, siendo uno de los quince grandes de España que asistieron a la ceremonia, en la abadía de Winchester, el día 25 de julio de 1554.

Desde el comienzo del reinado de Felipe II gozó de gran influencia ante el monarca y encabezó el grupo más intransigente, que, en lucha con los ebolistas, encabezados por los Mendoza y los Éboli, intentó imponer sus criterios en el Consejo de Estado. Ambos grupos se disputaron el poder durante el reinado de Felipe II y quedaron plenamente enfrentados al producirse las revueltas de los Países Bajos. Los alistas se mostraron partidarios de una política de fuerza frente a los métodos flexibles preconizados por los ebolistas³.

Al año siguiente se aviva en Italia el conflicto entre Francia y España; el duque de Alba es enviado allí como capitán general, gobernador de Milán (1555). El recién nombrado Papa, Pablo IV, enemigo visceral de los Habsburgo, incita a Enrique II de Francia a expulsar a los españoles de Italia, une sus propias tropas a las del francés y, en julio de 1556, declara a Felipe II desposeído de su título de rey de Nápoles. El Duque no esperó más y se dirigió a Roma al frente de 12.000 soldados. Ante tal amenaza, el Papa pidió una tregua parlamentada, tiempo que aprovechó para que un ejército francés, mandado por Francisco de Guisa, entrase por el norte de Italia y marchase hacia Nápoles. Las tropas papales fueron arrolladas por las españolas y el duque de Alba entró victorioso en Roma en septiembre de 1557. El Papa solicitó la paz y la obtuvo. Se le nombró virrey de Nápoles desde 1556 a 1558.

En 1566 hubo revueltas y desórdenes en los Países Bajos causadas por los herejes calvinistas. Para atajarlas, Felipe II envió al duque de Alba al mando de un poderoso ejército que llegó a Bruselas el 22 de agosto de 1567. En 1567 es nombrado gobernador en los Países Bajos, en Flandes. Pocos días después, el 5 de septiembre, estableció el «Tribunal de los tumultos» (popularmente conocido como «Tribunal de la sangre») para juzgar a los responsables de los disturbios del año anterior.

³ ELLIOT, J. H., *La España Imperial, 1476-1716*, Barcelona, 1965.

El tribunal actuó con extraordinario rigor y fueron muchos los ajusticiados, entre los que se contó el propio conde de Egmont, general católico al servicio de Felipe II que estuvo al frente de la caballería que venció a los franceses en la batalla de San Quintín. El mantenimiento de las tropas llevadas a Flandes acarreaba cuantiosos gastos económicos que forzaron al duque a imponer nuevos tributos a la población. Algunas ciudades, entre ellas Utrecht, se negaron al pago del «diezmo» y se declararon en rebeldía. Las acciones militares fueron constantes y la situación política no mejoró en modo alguno. Ante este fracaso, Felipe II le relevó de su misión y dispuso su retorno a España en 1573.

Vuelve a la Corte, como asesor de su Majestad, y acompaña hasta Madrid a la nueva esposa del rey Felipe, doña Isabel de Valois.

Don Fadrique, hijo del duque de Alba, había dado promesas de matrimonio a Magdalena de Guzmán, pero no las cumplió, lo que le costó el arresto y encarcelamiento en el castillo de La Mota, en Medina, en 1566. Al año siguiente fue puesto en libertad para que pudiera marchar con su padre a Flandes, prestando servicio en el ejército. Fadrique, con el apoyo de su padre, se había casado en secreto con María de Toledo, hija de García de Toledo, marqués de Villafranca y virrey de Sicilia, primo del duque de Alba, en 1571. Cuando al regreso del Duque y su hijo a Madrid, en 1574, se conoció lo sucedido, el rey ordenó abrir un proceso que concluyó en 1579 con la condena a prisión de Fadrique, que fue confinado de nuevo en el castillo de La Mota, y el destierro de la corte y exilio a Uceda al propio duque de Alba.

Fue rehabilitado en 1580, cuando Felipe II, que optaba al trono de Portugal, precisó otra vez de sus servicios para neutralizar militarmente las pretensiones monárquicas del portugués don Antonio, prior de Crato. Venció al ejército portugués del general Diego de Meneses y entró triunfante en Lisboa, despejando el camino para la llegada de Felipe II. En 1580 es nombrado condestable de Portugal, por defender los derechos de sucesión de Felipe II, y recibe el Toisón de Oro. Hay que destacar que tuvo una gran admiración y amistad con santa Teresa.

Su divisa era «Deo Patrum Nostrum». «Su vida fue de mártir y su muerte de santo», escribía la duquesa de Alba a la marquesa de Velada, comunicándole su fallecimiento ocurrido en Lisboa, siendo virrey de Portugal, el 11 de diciembre 1582, auxiliado por fray Luis de Granada, quien habló después de las virtudes imperiales del Duque⁴.

Está sepultado en el convento dominico de San Esteban de Salamanca —«Aquí yace el más grande genio militar hispánico, en la quietud hermana de las Letras y las Armas a la espera de la resurrección de los muertos»—, a donde fue trasladado desde el convento de San Leonardo, de Alba de Tormes.

3. BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL GRAN DUQUE DE ALBA

Es muy abundante la bibliografía que existe en todo el mundo sobre el Gran Duque de Alba. En numerosos libros existen además reseñas bibliográficas de lo más importante a todos los niveles. En cinco apartados diferentes: escritos del Duque; documentación en archivos; biografías; estudios y programas de dos congresos celebrados hasta el momento en España, recojo cuanto tengo recopilado sobre este ilustre personaje abulense en orden cronológico.

⁴ LUIS DE GRANADA (O. P.), *Obras de fray Luis de Granada*, Ed. Justo Cuervo, Madrid, 1906, XIV, pp. 484-489.

3. 1. ESCRITOS DEL DUQUE

- *De los Capítulos otorgados a la ciudad de Pamplona en nombre del Rey Católico, cuando dicha ciudad se entregó.* Manuscrito en la Real Academia de la Historia, s. l.: s. n., s. d.
- *Del Duque Dalua para la Santidad de Paulo 4^o.* Fechado en Nápoles el 21 de agosto de 1556. Códice del siglo XVI. En Biblioteca Nacional Madrid, Sección Ms/9.393, fols. 8-9.
- *Carta del Duque de Alua Al Papa Paulo IV sobre la Guerra de Roma de 22 de agosto de 1556 a^o.* Biblioteca Nacional Madrid, Sección Ms/ 9.442.
- *Bando en la guerra contra el Papa Paulo IV.* Publicado en el campo junto a Guillianova a 5 de junio de 1557. Hay una copia de ese escrito, en italiano, en la Biblioteca Nacional de 1557.
- *Bando en francés publicado en nombre del Rey.* Bruselas, 12 de enero de 1567. Hay una copia de este documento en la Biblioteca Nacional.
- *Carta siendo capitán general, luego regente y gobernador General de los Países Bajos, al Embajador en Roma el abulense Juan de Zúñiga sobre lo que se ha de hacer para sacar fruto de la victoria de Lepanto.* Bruselas, 17 de noviembre de 1571, en CODOIN, t. III. p. 292.
- *Libellus Supplex Imperatoriae Magestati caeterisque Sacri Imperii.* 1571. Londini. Apud Joan Daiem.

Véanse también:

- *Epístolas del Gran Duque de Alba.* Tomo 62 de la BAE.
- *Epistolario del III Duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo.* Publicado por D. Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó Portocarrero y Osorio. Madrid, 1952.

Además de sus bandos, órdenes, recomendaciones, nombramientos, etc. es del mayor interés el amplio epistolario del Gran Duque de Alba. El Dr. C. M.^a Ajo, en su *Bibliografía de la Historia de Ávila*, tomo VII, páginas 205 y siguientes, recoge más de 230 cartas dirigidas a S. M., a otros reyes y magnates, a don Juan de Austria, a personajes relevantes, a Sancho Dávila, Fray Luis de Granada, etc.

Recogemos como muestra algunos de estos escritos:

- *Carta del Duque de Alua al Conde de Portalegre sobre el casamiento de su nieta con el Embaxador Juan de Silva.* San Lorenzo el Real, 23-VI-1577. En la Biblioteca Nacional, Sección Ms/9.087, fol. 171.
- *Carta al rey D. Sebastián, cuando pasó a África.* Fechada en Madrid el 6 de julio de 1578. Manuscrito en la Real Academia de la Historia.
- *Correspondance du Duc d'Albe sur l'invasion du Comte Louis de Nassau en Frise, en 1568, el les batailles de Heyligerlee et de Gemmingen,* publiée par M. Gachard. Bruxelles, 1850.
- «Correspondencia con Felipe II y otros personajes, sobre la conquista de Portugal». *Colección de documentos inéditos* de Pidal y Salvá. (V. C. Almirante). Tomos 32 a 35.
- *Carta del Duque de Alba al Obispo de Palencia.* Alba, Fernando Álvarez de Toledo, Duque de. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Cristóbal Colón. Catálogo: Fuentes y documentos Historia. Sección de Historia. «Isabel I, La Católica. Cristóbal Colón».
- *Carta del Duque de Alba para el Rey.* Alba, Fernando Álvarez de Toledo, Duque de. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Cristóbal Colón. Catálogo: Fuentes y documentos Historia. Sección de Historia. «Isabel I, La Católica. Cristóbal Colón».

- *El Duque de Alba a Fernando de Vega, Presidente de la Orden de Santiago*. Alba, Fernando Álvarez de Toledo, Duque de. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Cristóbal Colón. Catálogo: Fuentes y documentos Historia. Sección de Historia. «Isabel I, La Católica. Cristóbal Colón».
- *El Duque de Alba a Rodrigo Niño*. Alba, Fernando Álvarez de Toledo, Duque de. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Cristóbal Colón. Catálogo: Fuentes y documentos Historia. Sección de Historia. «Isabel I, La Católica. Cristóbal Colón».
- «Carta escrita a Don Juan de Austria sobre el modo de hacer la guerra a los moros»; en Bauer y Landauer, *Apuntes*, Madrid, 1922, que la cogió de Navarrete, *Biblioteca marítima española*, p. 390.
- «Dos cartas del - a Ruy Gómez de Silva (Sobre asuntos de Italia)». *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, Madrid, 4 (1874), pp. 425-429.

3.2. DOCUMENTACIÓN EN ARCHIVOS

- Archivo de la Casa de Alba: *Libro maestro*.
- Archivo Histórico Nacional: *Series de los más importantes documentos II*, pág. 423. B/ 3149.
- *Relación muy verdadera del encuentro y rompimiento q. en el Reyno de Nápoles se ha hecho en el campo del rey de Francia, y de la muerte de Mossior de Guisa su general: Cuenta así mismo de cómo el Sancto Padre y él están concordados*. S. l., s. n., s. a. Es una carta de Fuenterrabía a Valladolid, [5-VII]; reed. con facsimil del título bajo el escudo Imperial de águila bicéfala, por Paz y Meliá.
- Archivo Municipal de Piedrahíta: *El Fandiño*. En noviembre del 2005, don Raimundo Moreno Blázquez en colaboración con el Ayuntamiento de Piedrahíta ha editado el famoso libro becerro en el que se recogen datos, episodios e información recopilada por el dominico del convento de Santo Domingo, don Gaspar Faldiño o Fandiño a quien el concejo de la villa encomendó tan importante trabajo y que recoge un índice razonado de todos los documentos del Archivo. Libro en folio, de importancia y de valor incuestionable, resto salvado del destruido archivo⁵.
- ANDREA, Alexandro. *Della guerra di campagna di Roma, et del regno di Napoli, nel pontificato do Paolo IV l'anno: MD: LVI et M:D :LVIII*. Venecia. Gio Andrea Valuassori, 1560.
- LUIS LÓPEZ, Carmelo, *Colección documental del Archivo Municipal de Piedrahíta (1372-1549)*, Ávila, 1987.
- LUIS LÓPEZ, Carmelo, *Catálogo del Archivo Municipal de Piedrahíta (1372-1500)*, Ávila, 1989.
- AJO GONZÁLEZ, Cándido M.^a, *Historia de Ávila y de su Diócesis... Bibliografía Crítica...*, Ávila, 2004, VII, pp. 205-213 y 787-788.

⁵ *Enciclopedia Espasa-Calpe*, tomo IV, pp. 1.045-1.049.

3. 3. BIOGRAFÍAS

«Carta a doña María Enriquez: carta consolatoria en la muerte de su marido, don Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba». Lisboa 15 de diciembre 1582. De LUIS DE GRANADA (O. P.). *Virtudes imperiales del Duque*⁶.

En el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, en la sesión del día 24 último recibió la Academia, con sumo aprecio, el tomo XIV de las *Obras de Fray Luis de Granada*; edición crítica y completa del que es editor el erudito y diligente investigador el Rvdo. P. Fray. Justo Cuervo... Contiene, en efecto, este importante volumen, además de otros tratados... sesenta cartas del mismo Fr. Luis, dirigidas a varios personajes. Y la más importante la dirigida a la Duquesa de Alba... Esta carta, señalada con el n.º 39, se recoge también, en el epistolario personal del Duque, en las páginas 96 y ss. del tomo XIX de las *Obras completas de Fray Luis de Granada* (Ed. Dominicos de Andalucía y la Fundación Universitaria Española de Madrid, con nota crítica de Álvaro Huerga y prólogo de Antonia Garrigues y Díaz Cañabate). Está aún en prensa el tomo XL que corresponde a los índices. Es la más completa edición que supera a todas las anteriores incluidas las del P. Cuervo y su traducción edición francesa de Bareille (París) (1868-1872).

En la nota crítica de Álvaro Huerga a esta carta, dice: «al hacer pequeña historia del epistolario hay que hacer mención destacada del Licenciado Luis Muñoz quien en *Vida y virtudes del V. P. Fr. Luis de Granada*, Madrid, 1639, destacó una serie de cartas «inclusas» en la citada obra, páginas 216-219, en la que divulgó esta carta». Y el autor de la nota crítica la destaca con estas palabras: «Entre esas cartas se lleva la palma la «consolatoria» a la Duquesa de Alba en la muerte de su marido don Fernando Álvarez de Toledo. La epístola es literariamente una pieza maestra y efectivamente un subido elogio fúnebre del Gran Duque...».

De este documento hay copias manuscritas en la Biblioteca Nacional de Madrid y en la de la Real Academia de la Historia. Traducciones italianas en la Citta de Vaticano, Biblioteca Apostólica Vaticana: Urb. lat. 409, ff. 51r-52v; Bolona Archivio Isolani, leg. 39, F 8-39, y las siguientes ediciones españolas:

- MUÑOZ, Luis, *Vida del V. P. Maestro Fr. Luis de Granada*, Madrid, 1639, fols. 216r-219v.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino, «Una carta de fray Luis de Granada». *La Ciencia Cristiana*, 6 (1878), pp. 552-557.
- LUIS DE GRANADA (O. P.). *Obras de Fray Luis de Granada*, ed. Justo Cuervo, Madrid, 1906, XIV, pp. 484-489.
- DOMÍNGUEZ ARÉVALO, Tomás, «Carta sobre el Duque de Alba y su muerte ejemplar», *La Ciencia tomista*, I (1910), pp. 417-438.
- CUERVO, Justo, *Historiadores del convento de san Esteban de Salamanca*, Salamanca, 1914, I, pp. 421 y ss.

⁶ LUIS DE GRANADA (O. P.). *Obras de Fray Luis de Granada*. CUERVO, Justo (ed.). Madrid: Imp. Viuda e Hija de Gómez Fuentenebro, 1906, 14 v. Este religioso dominico, catedrático y escritor, nace en Folgueras (Pravia - Asturias) el 6 de julio de 1859. Al finalizar la carrera eclesiástica en el convento de San Juan Bautista de Corias (Cangas de Narcea), se traslada a Salamanca para estudiar Filosofía y Letras. Doctorado en esa disciplina, se dedica a la enseñanza en varios centros docentes de la Orden de Santo Domingo, a la vez que publica numerosos estudios relacionados con la vida y obra de fray Luis de Granada. Muere el 28 de diciembre de 1921 en Salamanca.

Por su excepcional importancia considero del mayor interés reproducir esta carta (y destaco en cursiva las ideas más importantes) a fin de que sirva para enmendar la leyenda negra (que ha conseguido que muchos españoles se sientan amilanados culpables), vertida también sobre el Gran Duque y, de alguna manera, reivindicar su memoria. ¿Que tiene luces y sombras? De acuerdo. ¿Y quién no las tiene? El P. Granada su confesor, alentó el espíritu y recibió los últimos suspiros del Gran Duque. Si jamás tuvo miedo a la muerte este llamado «Duque de Hierro» por un historiador moderno, tampoco lo tuvo en la hora solemne en que este buen cristiano se preparaba, a cara descubierta, a su batalla definitiva, antes de enfrentarse al Juicio del Supremo Juez.

Don Fernando Álvarez de Toledo, no fue un monstruo, sino un hombre, «Tamen homo», pero consecuente; que cumplió religiosa y lealmente con sus obligaciones de conciencia. Fue un hombre que quiso y supo morir como buen cristiano. Porque, como dijo el poeta:

«La ciencia más consumada
es, que el hombre bien acabe,
pues al fin de la jornada,
aquel que se salva sabe,
y el que no, no sabe nada».

La carta dice así:

«Excelentísima señora: La gracia y la consolación del Espíritu Santo sea siempre con Vuestra Excelencia.

Los que conocimos a este Príncipe que nuestro Señor sacó de este destierro y llevó a su gloria para darle el premio de tantos trabajos como padeció en servicio de su Iglesia, aunque sentimos la común pérdida de tal persona, pero téplase este dolor considerando la vida que vivió, y la manera con que la acabó: porque tal fue lo uno y lo otro. Que nos da a todos una tan cierta esperanza de su salvación, como si la viéramos con los ojos. Solamente hemos sentido la parte del dolor que cabe a Vuestra Excelencia. Mas este señor, antes que Dios le llevase nos certificó que nuestro Señor le había de ayudar en este trabajo. Y, cierto, él tuvo mucha razón de esperar esto de V. E., porque considerando su prudencia y las grandes obligaciones que tiene a nuestro Señor, verá cuánta razón tiene de ofrecer este sacrificio por los grandes beneficios que de él tiene recibidos, uno de los cuales es haber sido la señora más bien casada que ha habido en nuestros tiempos, y ser ella único ejemplo y dechado de amor y paz entre los casados.

Otro beneficio fue haberle dado Dios por compañero de esta peregrinación uno de los más valerosos, más virtuosos y más católicos señores que ha habido en nuestros tiempos, y tal, que si nuestro Señor concediese a V. E. facultad para escoger en todo el mundo un hombre con quien casar, es cierto que no escogiera otro más calificado ni más bien casado que el que le dio.

Otro beneficio es haberle Dios conservado cincuenta y tantos años: porque si divierte los ojos por todas las señoras casadas en España, y viere cuán limitada fue la vida de sus maridos, hallará muchas viudeces muy tempranas, y muy pocas casadas que tan largo espacio lo fuesen como Vuestra Excelencia. Y junto con esto los peligros de que nuestro Señor le ha librado, andando siempre entre arcabuces y tiros de artillería cincuenta y tantos años ha que trató las armas, y que nunca rehusó los mayores peligros, que es un género de milagro. Y esto por haber inclinado nuestro Señor sus oídos a las devotas oraciones, misas y plegarias de V. E. para conservarlo en medio de tantos peligros. Pues ¿no será razón que

padezca Vuestra Excelencia algún trabajo por quien tantos y tales beneficios le ha hecho? ¿No será razón decir agora lo que el santo Job a su mujer, que le reprehendía: «si habemos recibido tantos bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos agora estos trabajos que Él nos envía?» (Job, 2, 10). No quiere el Eclesiástico que tengamos la mano abierta para recibir y estrecha para dar (C. Si 4, 36). Y mucho menos lo quiere Dios, sino, pues que tuvimos la mano abierta para recibir lo que nos da, la tengamos también abierta para dárselo cuando nos lo pide.

Mas no se acaban aquí los beneficios divinos: otro queda mucho mayor, que es tener V. E., que tan familiarmente lo trataba, tan grandes prendas de su salvación, las cuales tenemos también nosotros, y más particularmente yo, que tuve cargo de su conciencia desde que entró en esta ciudad. Y es verdad, cierto, que las más veces que lo confesaba salía confuso y avergonzado de mirarme a mí, y por otra parte ver su compunción y devoción, y sus lágrimas, y las palabras que decía, y el sentimiento de las cosas de nuestro Señor; y aquella tan grande determinación que tenía de no hacer cosa que fuese pecado mortal, lo cual encarecía él diciendo que ni a trueque de ir al cielo, si esto fuera posible, haría un pecado mortal: y esto no por temor de las penas del infierno, que nada le movía, sino por los beneficios que había recibido de nuestro Señor, y por Su Bondad, lo cual nunca se le caía de la boca.

Y porque algunos le tenían por demasiadamente entero en la ejecución de la justicia, me certificó muy de verdad que no le remordía la conciencia de haber en toda su vida derramado una gota de sangre contra su conciencia, y que cuantos degolló en Flandes era por ser herejes y rebeldes.

Pues ¿con qué palabras explicaré aquellas tres finezas y virtudes que declaró a Su Majestad en esta dolencia? Porque entre otras palabras, dijo así: yo estoy, señor, para partirme de esta vida, donde nadie puede dejar de decir verdad. Tres cosas diré a Vuestra Majestad: la una es que nunca se ofreció negocio vuestro, por pequeño que fuese, que no le antepusiese al mío propio, aunque fuese interesantísimo; la segunda es que mayor cuidado tuve siempre de mirar por vuestra hacienda que por la mía, y así no soy un cargo a vos ni a ninguno de vuestros vasallos de un solo pan; la tercera es que nunca os propuse un hombre para algún cargo que no fuese el más suficiente de cuantos yo conocí para ello, pospuesta toda afición.

Tres cosas son estas que las podemos contar por tres maneras de milagros; porque ¿cuándo en tantos años de capitán general, donde tuvo por soldados a tres emperadores y a un caballero que después fue Papa, se vio tal virtud, tal lealtad, tal templanza en tan grande fortuna?

Pero dejo aparte estas tres virtudes imperiales, y vuelvo a las espirituales.

Confesaba y comulgaba cada mes, y las fiestas principales, y todos los días que nuestro Señor le había dado alguna señalada victoria. Y así comulgó este agosto pasado el día de Nuestra Señora, que es a 15, y luego a los 25, que fue la victoria de la batalla de esta ciudad, y luego el día de Nuestra Señora de septiembre.

Y por ser tan vecinas estas comuniones, y ser él tan humilde, no lo osó él hacer sin pedirme para ello consejo.

Comulgaba también todos los años la víspera de San Francisco, en merced que Dios le había hecho en darle por compañera de sus trabajos a V. E.

Tenia su oración cada noche por largo espacio ante un crucifijo que tenía, quejándose de sí mismo cuando le faltaba la devoción y se le derramaba el corazón. Y diciéndole yo que no se acongojase, porque el reposo de la contemplación no era para persona de tantos negocios y discurso como él tenía, respondió que viviera muy desconsolado si le quitasen la esperanza de poder llegar algún tiempo a esta manera de ejercicio.

Y porque en las enfermedades no podía tomar este tiempo para la oración y meditación, usaba de unas breves oraciones que llaman jaculatorias, aun cuando estaba hablando con los que le visitaban; y decíanme que le iba muy bien con ellas. Y estando en la mayor flaqueza de la enfermedad, preguntándole yo que si usaba de estas breves oraciones, díxome que sí, aunque con mucha flaqueza; mas que la bondad de nuestro Señor le esforzaba a que el peso de la enfermedad no bastase para oprimir estas memorias de nuestro Señor.

Vea Vuestra Excelencia cómo se podían hallar estos ejercicios en quien siempre trataba las armas, sino en un santo rey David.

Enviábame cada mes quinientos reales para que los repartiese en tres viudas pobres, y decíame que no cerrase la puerta a cuantas viniesen. Y diciéndole yo que, por tener deudas, no le apretaba por limosnas, respondió él: ¿yo no compro un caballo por mil ducados? Eso no me pone en necesidad. Y el día que expiró, él mismo de propia voluntad, sin acordárselo nadie, se acordó de los pobres y, no pudiendo casi hablar, mandó a don Hernando que me dejase limosnas para otros dos meses, que eran mil reales.

Esto digo que pasó por mis manos, que la largueza de las limosnas que él toda la vida hacía a sus vasallos, y las que dejó por su fallecimiento a pobres y para que haya pósitos de pan en todas sus tierras. V. E. lo sabe mejor que yo.

Y cual fue la vida, tal el término de ella: porque en treinta y tres días que duró la enfermedad, comulgó cuatro veces, y las tres de ellas estando ayuno, porque guardaba la obligatoria, que se pueda recibir sobre comida, para más cerca de su tránsito. Y así le cumplió nuestro Señor este deseo, y este día le recibió y llevó por compañero de este destierro. Y al tercer día que estuvo enfermo, no aguardó más para confesarse: y en una de estas confesiones hizo un coloquio con nuestro Señor con tales palabras y consideraciones, que bastaban a convertir un gran pecador; mas yo no tengo memoria de tantas cosas como allí dijo, sino de la suma de todas ellas, la cual era que si no había de seguir otra manera de vida que la que hasta allí había tenido, que no quería más vida; y así la acabó con grandísima conformidad con la voluntad de Dios, diciendo con grande ánimo: ¡vamos! y dando gracias al señor don Hernando, que le dijo que ya se podía aparejar para la partida, como él contará a V. E., [expiró].

Vea, pues. Ahora V. E. qué se puede esperar de tal vida y de este acabamiento tan glorioso: y con este junte otra señal de su predestinación, que es el gusto y la consolación que recibía en hablar de nuestro Señor, cual nunca yo he visto a personas de su calidad: porque cada vez que venía a confesarle, habíamos de estar dos o tres horas hablando en esta materia, aunque muchas veces estuviere con dolor de cabeza.

Todas estas cosas bien consideradas son bastantes para mitigar el dolor de esta pérdida, si se pueda llamar pérdida tan grande ganancia para la persona que se ama. Vemos que cuando está un vaso de agua al fuego, no le solemos tomar por la parte que quema, sino por la que está fría: y pues este caso tiene cosas que dan dolor, y otras que dan consolación, que son las que aquí están referidas, trabaje V. E. por poner los ojos en las cosas que la han de

consolar y mover a dar gracias a nuestro Señor, y apártelos de las que la han de desconsolar e impedir la conformidad que debe tener con la voluntad de quien esto ordenó.

Las personas que piden alguna cosa prestada a sus amigos, dos veces les dan las gracias por ella: la una, cuando la reciben de su mano; y la otra, cuando a cabo de cierto tiempo se la vuelven; y tanto más, cuando más largo espacio se han servido de ella, porque entonces más de corazón dan las gracias. Pues bien sabe V. E. que la vida de los casados no es de juro y de propiedad: prestada es por cierto tiempo, por el cual se casa una criatura mortal con otra mortal.

Y pues V. E. dio ya gracias a nuestro Señor cuando le prestó y concedió la vida de este señor, *ahora está obligada a darle mayores gracias*, cuando le vuelve a dar lo que le prestó, pues bien sabe que casó con hombre mortal, y no inmortal; y que la ley de los casados es que necesariamente el uno haya de ver el fin del otro, y que se recompense el alegría del casamiento con la tristeza del día del acabamiento, *pues en solo el cielo hay alegría sin tristeza*, mas en esta vida anda mezclado lo uno con lo otro, antes muchas veces el fin de un placer es el principio de un pesar, como V. E. lo habrá experimentado, y ahora de fresco lo experimentó, cuando apenas era acabada la alegría del nacimiento del nietecito cuando sucedió la dolencia de su agüelo; porque estas son las pensiones de esta vida mortal. Así que ahora es tiempo de dar gracias cuando volvemos el depósito que nos encomendaron y, como dice san Hidrónimo, *no tengamos pena por lo que perdemos, sino alegría por lo que recibimos*.

Dirá V. E.: Bien entiendo esto, mas quisiera yo que lo llevara Dios en su casa, y servirle yo en su dolencia.

¿Dónde podía él, señora, más honrosamente acabar que en su oficio? *Su oficio fue gastar toda su vida en defender unos reinos y conquistar otros. Pues, ¿dónde le podía tomar más naturalmente su fin, que acabando la vida en su oficio?* Y aunque V. E. se hallara presente, fuera la mejor enfermera de su dolencia, pero sepa cierto que ninguna falta hizo su ausencia, porque estos señores *sus sobrinos le sirvieron como hijos a padre*, con tanto amor y cuidado de noche y de día, acostándose vestidos para acudirle cada vez que llamaba, que cuanto a esto ninguna falta hizo su ausencia. Y tengo por cierto haber ordenado esto nuestro Señor, porque no pudiera dejar de recibir mucha desconsolación teniendo a V. E. presente: porque así me lo significó él cuando supo que se ponía en camino para venir a verle: Porque él me había dicho que aunque allí donde estaba *sentía muy tiernamente la pena de V. E.*, mas que por otra parte esforzaba Dios tanto su espíritu, que con este esfuerzo vencía esta ternura: lo que por ventura no fuera si aquí viera sus lágrimas.

Resta pues, que V. E. haga ahora lo que san Hidrónimo escribe a santa Paula, la cual, habiendo sentido tan agramente la muerte de su marido, viéndose ya libre de esta aflicción, de tal manera se entregó a nuestro Señor como si siempre deseara esta libertad. Y aunque él por sus méritos y calidad y por la mansedumbre y paciencia con que sufrió esta enfermedad, es de creer que está libre de penas del Purgatorio, pero *V. E. viva para pagarle el extraño amor que siempre le tuvo, haciendo bien por su ánima: el cual amor era tan grande, que deseaba él que V. E. acabase primero, aunque fuera para él muy agrio trago, por excusarle la pena que había de recibir si él fuera delante*.

Más de un mes antes de su enfermedad le comencé yo a prevenir para esta jornada, diciéndole que ya era tiempo de aparejarse para ella, pues la edad y los achaques de ella esto pedían. Y así lo entendió él muy bien, como V. E. con un poco de prudencia lo entenderá, y dará gracias a nuestro Señor porque Él lo dispuso de otra manera que él lo deseaba, pues

más justo es querer nosotros lo que Él quiere, que querer Él lo que nosotros queremos; y más razón es conformarse nuestra voluntad con la suya, que la suya con la nuestra.

El cual la excelentísima persona y estado de V. E. conserve con favores del cielo, y la esfuere y consuele en este trabajo. De Lisboa, 15 de diciembre de 1582. Fray Luis de Granada».

- OSSORIO, Antonio, *Ferdinandi Toletani Albae Ducis vita et regestae*, S. I; s. n., 1669, (Salmantica, Melchor Estévez). 2 v., 8º.

También se presenta la original latina como si fuera anónima la obra.

Se tradujo al francés con el título *Histoire de Ferdinand-Alvarez de Toledo, premier du nom, Duc d'Albe*. Á Paris, Chez Jean Guinard, Imprimerie de J. B. Cusson, 1698, 2 vols. 8º, 8, hs.+551 pp. + 4 ha, 588 pp. Se desconoce el traductor.

- RUSTANT, Joseph Vicente de, *Historia de don Fernando Álvarez de Toledo (Llamado comúnmente el Grande) Primero del nombre, Duque de Alba. Escrita y extractada de los más verídicos Autores*. Madrid: Imprenta de D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, 1751, 2 vols. Es una traducción castellana de la traducción francesa del original latino.
- OSSORIO, Antonio, *Vida y hazañas de D. Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba*, traducción de José López de Toro, edición y prólogo del Duque de Alba, Madrid, Blass, 1945. Esta es traducción directa del latín.
- BERWICK, CARLOS, XXVI Duque de Alba, *Documentos escogidos que ilustran la vida del Duque de Alba*.
- ALBA, Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, duque de, *Contribución al estudio de la persona del III Duque de Alba*, Madrid, 1919.
- ALBA, Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, duque de, «Biografía de Doña María Enriquez, mujer del Gran Duque de Alba», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1947, pp. 7-13.
- AGUILERA Y GAMBOA, Enrique, *Doña María Enriquez de Toledo, mujer del (Gran) Duque de Alba*, Madrid, Sociedad de Excursiones, 1900.
- MALTBY, William S., *Alba: A Biography of Fernando Álvarez de Toledo, Third Duke of Alba 1507-1582*, London: University of California Press, 1983.
- MALTBY, William S., *El gran Duque de Alba: Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*. Madrid, Turner, 1985. Una nueva edición de esta obra apareció hace poco más de un año, en septiembre del 2007, con prólogo de Jacobo de Siruela, con la misma traductora, editado por Atalanta. William S. Maltby es profesor emérito de Historia de la universidad de Missouri, en San Louis y ha escrito numerosas obras de investigación histórica, como por ejemplo *El reinado de Carlos V* (2002).
- KAMEN, Henry, *El Gran Duque de Alba: soldado de la España Imperial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004. Este autor ha sido profesor en universidades de España, Gran Bretaña y Estados Unidos. Profesor invitado de la de Chicago y autor de estudios fundamentales de sobre Historia de Europa en la época moderna
- GARCÍA PINACHO, M.ª Pilar (ed.), *Los Álvarez de Toledo. Nobleza viva*, Valladolid, Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León, 1998.

- LUENGO, O., GONZALO, A., *Árbol Genealógico de parte de la nobleza europea*, donde se encuentra el árbol genealógico completo de los duques de Alba, desde el siglo XI..., 2006.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *El Duque de Hierro. Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba*, Madrid, Espasa Calpe, 2007. Una nueva obra que recoge los avatares del duque de Alba durante los reinados de Carlos V y Felipe II. Un contexto privilegiado, la España imperial del siglo XVI, en el que Alba desempeña uno de los principales y más controvertidos papeles de la época. Manuel Fernández Álvarez es profesor emérito de la universidad de Salamanca, miembro de la Real Academia de la Historia, premio Nacional de Historia en 1985. Bien conocido por sus estudios históricos sobre la Edad Moderna. Medalla de Oro de la Ciudad de Salamanca y Premio de Ciencias Sociales de Castilla y León.

3. 4. ESTUDIOS

- MARTÍN ARRÚE, Francisco, *Campañas del Duque de Alba: estudios histórico-militares*, Toledo, Imprenta y librería de Fando, 1879.
- MARTÍN CARRAMOLINO, Juan, *Historia de Ávila, su provincia y obispado*, Madrid, Librería Española, 1872-1873, 3 vols.
- Yanguas y Miranda, José, (ed.), *Historia de la conquista del Reino de Navarra por el Duque de Alba*, Pamplona: [s. n.], 1843.
- CID Y FARPÓN, Leoncio, «El monumento a las Grandezas de Ávila. Un error y una injusticia», *El Heraldo de Ávila* (15 de octubre de 1896). Se lamenta de que no se halla incluido el nombre Gran Duque de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo, por achacársele las presiones para que fuera devuelto a Alba de Tormes el cuerpo de Santa Teresa.
- LUNAS ALMEIDA, Jesús, *Historia del Señorío de Valdecorneja en la parte referente a Piedrahita*, Ávila, Senén Martín, 1922. Hay una segunda edición también impresa en Ávila, en 1930.
- FUENTE ARRIMADAS, Nicolás de la, *Fisiografía e historia de El Barco de Ávila*, Ávila, Imprenta de Senén Martín, 1925-1926, 2 vols. De esta obra hay una edición más moderna, acompañada de la primera edición resumida del manuscrito del siglo XVII, *Grandezas, antigüedad y noblezas del Barco de Ávila y su origen*, de la que es autor otro ilustre barcense, don Luis Álvarez, y cuyo manuscrito se halla en la B. Nacional de Madrid. Edición realizada a expensas del Excmo. Ayuntamiento de El Barco de Ávila, a quien cedió generosamente la familia de D. Nicolás los derechos de autor. Dicha obra se presentó en el Salón de Actos del Ayuntamiento, el día 22 de enero, de 1983 en una solemne sesión. La obra es esta:
- ÁLVAREZ, Luis, *Grandezas, antigüedad y nobleza del Barco de Ávila y su origen*; FUENTE ARRIMADAS, Nicolás de la, *Fisiografía e historia del Barco de Ávila*, (ed. facs. José Luis Gutiérrez Robledo), El Barco de Ávila, Ayuntamiento, 1983.
- SUBIRÁ, José, *La Música en la Casa de Alba*, Madrid, [s. n.], 1927.
- GRANDE MARTÍN, Juan, *Reportaje de Piedrahita*, Ávila, Instituto de Estudios e Investigaciones Abulenses Gran Duque de Alba, 1969.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, «Una aportación documental para el estudio de una hacienda señorial: los Álvarez de Toledo, señores de Valdecorneja», *Cuadernos Abulenses*, 3 (1985), pp. 175-183.

- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, «Médicos, arrendadores y prestamistas judíos en la Casa de Alba en el siglo XV», en *Proyección de España en sus tres culturas*, Valladolid, 1993, V, pp. 31-37.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, «Aspectos políticos del proceso de formación de un estado señorial: el ducado de Alba y el señorío de Valdecorneja. (1350-1488)», *Cuadernos Abulenses*, 23, (1995), pp. 11-116.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, «El gobierno y la administración de un estado señorial: el Consejo de los Duques de Alba (1484-1531)», en *La España medieval*, 19 (1996), pp. 311-346.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, *Documentación medieval abulense en el Archivo de la Casa de Alba*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2000.
- CALDERÓN ORTEGA, José Manuel, *El Ducado de Alba. La Evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un Estado Señorial (Siglos XVI-XVII)*, Madrid, Dykinson, 2005.
- LUIS LÓPEZ, Carmelo, «El proceso de señorialización en el siglo XV en Ávila. La consolidación de la nueva nobleza», *Cuadernos Abulenses*, 7, (1987), pp. 53-66.
- LUIS LÓPEZ, Carmelo, *La comunidad de Villa y tierra de Piedrahíta en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1987.
- LUIS LÓPEZ, Carmelo, «Un enfrentamiento entre dos señoríos: Valdecorneja y el señorío del Obispado de Ávila a principios del siglo XV», *Cuadernos Abulenses*, 29 (2000), pp. 139-172.
- LUIS LÓPEZ, Carmelo, *Poder y privilegio en los concejos abulenses en el siglo XV. La documentación medieval abulense de la Sección Mercedes y Privilegios del Archivo General de Simancas*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2001.
- SANTOS CANALEJO, Elisa Carolina de, «Piedrahíta, su comunidad de villa y tierra y los Duques de Alba en el siglo XV», en *La España medieval*, 9, (1986), pp. 1.141-1.174.
- SANTOS CANALEJO, Elisa Carolina de, «El Archivo Municipal de Piedrahíta: tipología documental bajomedieval en una villa del Duque de Alba y cabeza de una Comunidad de Villa y Tierra», *Anuario de Estudios Medievales*, 18, (1988), pp. 11-22.
- SÁNCHEZ BENITO, José M.^a y MORALES MUÑIZ, M.^a Dolores, «La implantación de la Hermandad general en tierras de la nobleza: los estados del duque de Alba (1476-1479)», en *La España Medieval*, 16 (1993), pp. 265-286.
- ELLIOT, J. H., *La España Imperial, 1476-1716*, Madrid, Vicens-Vives, 1965.
- ALBA, Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, duque de, «Un retrato desconocido del Gran Duque de Alba», *Arte Español*, 14 (1943), 3 ss. y 16 (1946) pp. 85 y ss.

3.5. PROGRAMAS DE CONGRESOS

La universidad de Salamanca dedicó en verano de 2007 dentro de los Cursos Internacionales para Profesores de Español a recordar la figura del Gran Duque de Alba uno titulado: «Déste cuya excelencia el mundo canta, «Literatura y cultura en la época del Gran Duque de Alba» (del 16 al 20 de julio de 2007), dirigido por el doctor Jacobo Sanz Hermida, de la universidad de Salamanca, con el siguiente

contenido: «Revisión de las facetas más emblemáticas de este personaje y de los aspectos más notables del Renacimiento: la formalización del castellano como lengua del Imperio, el coleccionismo nobiliario, la educación humanística, el género epistolar, el petrarquismo, la narrativa realista, la renovación del teatro, la música cortesana, la literatura edificante, el ejercicio del poder femenino».

Esperamos ver publicadas las charlas o conferencias de las siguientes intervenciones:

- Presentación del Curso. Prof. Dr. Jacobo Sanz Hermida (Universidad de Salamanca), «La educación de un Gran Duque y Doña María Enríquez y Toledo celosa promotora de la Casa Ducal».
- Prof. Dr. Bienvenido Morros (Universidad Autónoma de Barcelona), «El Gran Duque y los poetas del Renacimiento (I y II)».
- Prof. Luis Gómez Canseco (Universidad de Huelva), «Benito Arias Montano y el Gran Duque: encuentros y desencuentros (I y II)».
- Dra. Almudena Pérez de Tudela (Patrimonio Nacional), «Coleccionismo y mecenazgo cortesano en la España de la segunda mitad del siglo XVI: el III Duque de Alba (I y II)».
- Prof. Dra. Rosa Sanz Hermida (Escuela Superior de Arte Dramático de Castilla y León-Crítico musical de ABC), «Fastos musicales en la corte ducal (I y II)».
- Prof. Dr. Gonzalo Santonja (Universidad Complutense-Instituto Castellano y Leonés de la Lengua), «El Lazarillo castigado (I y II)».
- Prof. Dr. José Luis Herrero Ingelmo (Universidad de Salamanca), «Nuevas palabras en la lengua del imperio («Un susurro de abejas que sonaba») (I y II)».
- Prof. Dr. Miguel Marón García-Bermejo Giner (Universidad de Salamanca), «Mecenazgo literario o legitimación y propaganda: las dos caras de la política artística de la Casa de Alba (I y II)».
- Prof. Dra. Nieves Baranda Leturio (UNED), «La letra pequeña de la historia o la vida desde las cartas en tiempos del Gran Duque (I y II)».
- Prof. Dr. José Adriano de Freitas Carvalho (Universidade do Porto), «La vida que vivió y la manera con que la acabó: los testimonios de fray Luis de Granada sobre el duque de Alba (1580-1582) (I y II)».



Institución Gran Duque de Alba

LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO Y LOS ORÍGENES DEL SEÑORÍO DE VILLAFRANCA DEL BIERZO

Alfonso FRANCO SILVA
Universidad de Cádiz

A fines del siglo XVII, uno de los linajes más poderosos de la nobleza española, los Álvarez de Toledo-Osorio, no conservaba la memoria de sus orígenes. El séptimo marqués de Villafranca del Bierzo, don Fadrique Álvarez de Toledo-Osorio, necesitaba conseguir la grandeza del reino que, sorprendentemente y hasta esa fecha, la familia no había conseguido. Contrata entonces al mejor genealogista de la época, don Luis de Salazar y Castro, a fin de que trabajase en sus archivos, pusiese orden en sus fondos y elaborase una historia de los orígenes de su linaje y, sobre todo, de los servicios que su familia había prestado a la monarquía española. El trabajo que redactó Salazar y Castro, magnífico como todos los que escribió, se publicó en Madrid en 1704. Los marqueses de Villafranca, tras recibir la grandeza de España, quedaron muy satisfechos del trabajo realizado por el insigne genealogista.

En ese libro Salazar traza un minuciosísimo relato de los orígenes del linaje, remontándose, desde luego con cierta exageración, hasta el siglo IX y finalizando la descripción de los diversos personajes de la familia en el siglo XVII. Había que complacer al aristócrata que le pagaba. Casi todos los cronistas de la nobleza de los siglos XVII y XVIII escriben a sueldo y saben que aquellos que les pagan van a leer sus historias—al menos se supone—, y si estas narraciones cuentan grandiosas hazañas de sus antepasados serán de su agrado, y premiarán al que así las escriban, y en cambio no gustarán de aquellas que no les presenten episodios fabulosos e imaginativos. Por ello, no debe extrañarnos que todos, casi sin excepción, recurran más a su imaginación que a las crónicas de la época en que vivieron los caballeros que describen. De aquí los hechos inventados, exagerados, magnificados, los personajes gloriosos y enaltecidos hasta extremos increíbles. Había que dejar en buen lugar a sus biografiados, de ello dependía en buena parte el sustento y la fortuna del cronista. Hay, no obstante, tras la inmensa hojarasca de episodios legendarios un fondo de verdad, unos hechos ciertos, unos personajes plenamente históricos que hay que intentar siempre describir.

Precisamente, el objetivo de esta conferencia no es otro que mi serio intento de descubrir la verdadera historia de este linaje hasta que está plenamente consolidado en los comienzos de la modernidad.

Reconstruir y evocar la historia real del linaje Toledo-*Osorio* es una empresa ciertamente difícil, sobre todo por los problemas que plantea el análisis de las fuentes. Y no precisamente por la carencia de ellas, pues en el caso que nos ocupa son, por fortuna, abundantes —aunque nunca serán suficientes—, en especial las *Crónicas Reales* y las historias nobiliarias. La dificultad radica, a nuestro entender, sobre todo en la naturaleza particular de estas fuentes. Si, por una parte, faltan por completo documentos originales procedentes de esta familia hasta mediados del *siglo XIV*, y aun así los que han llegado hasta nosotros de este último periodo son bien escasos y excesivamente parcos, por otra parte, las crónicas impresas no logran, por lo menos hasta la segunda mitad del *siglo XV*, proporcionarnos una información coherente y real, pues, como ya he indicado, abundan más en noticias fabulosas carentes las más de las veces de veracidad. De aquí las dificultades y esfuerzos para lograr nuestro empeño, pues nos faltan algunas piezas importantes que nos ha sido imposible hallar; podríamos decir finalmente que nos faltan y, al mismo tiempo, nos sobran muchas cosas.

Aunque, según Salazar y Castro, el linaje *Osorio* arranca del conde *Osorio Gutiérrez*, que vivió en el *siglo X*, y que fue tronco de las dos ramas de la familia que se separaron en el *siglo XIV* —los *Osorio-Villalobos* que serían en el *siglo XV* condes de *Trastámara* y marqueses de *Astorga*, y los *Osorio-Toledo* que serían también a fines de esa centuria marqueses de *Villafranca del Bierzo*, rama de la familia de la que vamos a tratar, pues la otra, poderosísima en los reinos de *Galicia* y *León*, pese a algún que otro meritorio trabajo como el de *José Antonio Martín Fuertes*, tristemente desaparecido hace algunos años, en general, todo el linaje *Osorio* está por reconstruir, al menos, hasta mediados del *siglo XIV*. Pues bien, aunque arrancaran del *siglo IX*, el primer personaje del que la documentación nos informa con plena certeza es don *Pedro Álvarez Osorio*, adelantado mayor del reino de *León*, a mediados del *XIV*. Un hermano de don *Pedro*, llamado *Alvar Rodríguez Osorio* fue el padre de don *Pedro Álvarez Osorio el Bueno*, primer señor de la *Cabrera* y de las tierras de la *Ribera de León*, cabeza del linaje que, *siglo* y medio más tarde, llegaría a convertirse en marqueses de *Villafranca*.

Este personaje pudo llegar a ser señor de vasallos y promocionar a su familia apostando por *Enrique de Trastámara* en la guerra que le enfrentaba a su hermano *Pedro el Cruel*. Participó después, tras el triunfo de la nueva dinastía, en la insensata aventura portuguesa de *Juan I* que le llevó a la derrota en la batalla de *Aljubarrota*. La colaboración en la empresa portuguesa fallida y, sobre todo, la necesidad de contar en los reinos de *León* y *Galicia* con elementos fieles a la nueva dinastía, llevaron a *Juan I* a concederle en 1388 nada menos que las tierras de la sierra de la *Cabrera* y la *Ribera leonesa*, territorios estos que hasta el *siglo XIV* habían formado parte del monasterio de *San Pedro de Montes*. El segundo monarca de esta dinastía cedió esos señoríos a *Pedro Álvarez Osorio*, junto con la *ribera de Urbia* y los castillos de *Peñarramiro*, *Peñabellosa* y *Cornatel*, con todos los derechos jurisdiccionales, excepto las tercias, moneda forera, alcabalas y mineros de oro y plata que, como siempre, las reservó para la Corona.

El fundador del linaje utilizó la estrategia matrimonial para ampliar los dominios iniciales. En una fecha incierta, don *Pedro* casa con doña *Constanza de Valcarce*, que le aportó importantes territorios en la comarca del *Bierzo gallego*: *Balboa*, *Corullón*, *Valcarce* y *Matilla*, que desde entonces pasarían a formar parte del linaje.

Don *Pedro* falleció hacia 1403 y le sucedió su hijo, *Rodrigo Álvarez Osorio*, del que sabemos muy poco, pero que, siguiendo la estrategia de todo linaje nobiliario y la de su propio padre, contra-jo un matrimonio aún mejor que el de este último (su progenitor). En efecto, enlaza nada menos que con una mujer perteneciente al poderoso linaje de los *Enríquez*, emparentados muy directamente con la realeza. Aldonza, que así se llamaba la señora, era hija del almirante don *Fadrique*, abuelo materno de *Fernando el Católico*. Este matrimonio permitiría a un noble rural como don *Rodrigo* entroncar con la más alta nobleza castellana, escalar puestos importantes dentro de la misma y facilitar, para lo

que nos interesa, la futura grandeza territorial del linaje. Así pues, la familia Osorio va progresivamente perfilándose como una de las ramas de la gran nobleza gallego-leonesa del siglo XV.

Don Rodrigo tuvo una vida larga, como casi todos los Osorio, pues falleció en 1430 dejando tres hijos: Pedro —el futuro conde de Lemos—, que le sucedió en todos sus señoríos, don García Enríquez, que fue arzobispo de Sevilla, y don Alonso Enríquez, obispo de Trigo; estos dos últimos tomaron el apellido de su madre, mientras que el primogénito y sucesor adoptaría el del linaje paterno.

Hasta ahora hemos asistido al lento nacimiento de un señorío formado por un núcleo inicial, la sierra de la Cabrera y la Ribera leonesa, y unos territorios en el Bierzo que fueron adquiridos por matrimonio: Balboa, Valcarce, Corullón y la villa de Matilla de Arzón con sus aldeas de Valdemoro, Andanzas, Moscas, Pobladura de Pelayo García y la mitad de los vecinos de Pobladura del Valle.

Este es el patrimonio que hacia 1430 recibe el tercer vástago del linaje y será este personaje precisamente quien consiga formar, en gran parte también por la estrategia matrimonial, el patrimonio más extenso que logrará tener la familia. A partir de la cuarta década del siglo XV, la historia del linaje va a tomar unos derroteros distintos, gracias a la inteligencia, habilidad, oportunismo y tesón de un gran personaje, personalidad interesante y también falta de escrúpulos, don Pedro Álvarez Osorio, el conde de Lemos.

I. UNA HERENCIA INESPERADA: EL CONDADO DE LEMOS

La documentación que he manejado manifiesta que don Pedro Álvarez Osorio, tercer señor de Cabrera y Ribera, había recibido un patrimonio que le proporcionaba anualmente una renta de 1.500.000 mrs. No se trataba de un gran señor, aunque poseyese numerosos territorios. Había recibido una buena educación, pues había aprendido gramática y otras ciencias —dicen los documentos sin especificar de cuáles se trataban— con el doctor Diego de Zamora, vecino de Salamanca. Pero era un noble con escasos recursos que de nuevo recurre a la estrategia matrimonial para acrecentar sus dominios. Y lo encuentra en el último vástago de uno de los más poderosos linajes de los reinos de Galicia y León, Beatriz Enríquez de Castro, hija de don Pedro Enríquez —sobrino de Enrique II— y de la última heredera de los Castro, Isabel Ruiz de Castro, linaje este que tras la implantación de la dinastía Trastámara había caído en desgracia por su fidelidad al rey legítimo, Pedro I. Don Pedro Enríquez era un señor todopoderoso en el reino de Galicia y en especial en el Bierzo; entre las villas y tierras muy extensas que formaban parte de su patrimonio se hallaban Ponferrada, Villafranca de Valcarce —hoy Villafranca del Bierzo—, Lemos, Sarriá, Trastámara, Triacastela, etc. La mayor parte de estos señoríos los heredó a la muerte de don Pedro, su hijo Fadrique, que fue elevado a la dignidad de duque de Arjona por su primo Juan II. Don Fadrique caería en desgracia ante Juan II en 1429 cuando apoyó la causa de los infantes de Aragón frente al propio monarca y a su privado don Álvaro de Luna. En consecuencia, como sucedió con todos los nobles que habían jugado a favor de los infantes, todos sus señoríos fueron confiscados.

Doña Beatriz quedó, por tanto, como única heredera de su hermano y de su familia pues no quedaban otros descendientes. Era monja en el monasterio de Santa Clara de Toledo, pero pronto abandonó el convento decidida a recuperar su herencia. Necesitaba una persona poderosa para que le ayudase en su empeño y la encontró en el señor de Cabrera, don Pedro Álvarez Osorio. De nuevo una boda iba a fortalecer el patrimonio de los Osorio y esta vez de manera sustanciosa. Algo, por tanto, muy tradicional en la trayectoria del linaje. El matrimonio se celebró en agosto de 1432 sin que ambos cónyuges hubiesen conseguido la dispensa pontificia, pues eran parientes en tercer grado. Doña Beatriz llevaba como dote su hipotética herencia y don Pedro le dio en arras la cantidad de 10.000 doblas;

para garantizar su pago, pues no tenía en ese momento ese dinero, tuvo que hipotecar la fortaleza de Corullón y otras aldeas. Al año siguiente conseguirían la dispensa pontificia y el obispo de Astorga les levantó la excomunión.

Desde entonces, el principal objetivo del matrimonio será la recuperación del patrimonio de doña Beatriz. En 1434 Juan II decidió restituirles todos los bienes que le habían sido confiscados excepto Arjona, Arjonilla y el condado de Trastámara, condado este que el monarca había concedido a la otra rama del linaje, los Osorio-Villalobos. De todas formas, y a pesar de la licencia real, no era fácil recuperar unas villas y tierras que habían caído, tras la derrota de los infantes de Aragón y sus partidarios, en poder de personajes tan poderosos como el privado del rey, Álvaro de Luna, y el arzobispo de Santiago. Había que llegar a un acuerdo con estos señores y pagarles, por consiguiente, una compensación por la renuncia a esas posesiones. Además, había que conseguir dinero del que no se disponía en aquel momento, si se quería recuperar parte del patrimonio perdido. Hubo que esperar varios años para que el matrimonio pudiese realizar ese ambicioso y legítimo proyecto. La coyuntura solo se lo pudo permitir en las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XV, aprovechando las dificultades por las que estaba atravesando en sus tierras gallegas el arzobispo de Santiago y desde luego la caída en desgracia de don Álvaro de Luna en 1453.

La primera villa que fue recuperada fue Villafranca del Bierzo. A comienzos del mes de enero de 1445 el arzobispo de Santiago, don Lope de Mendoza, vendió a Pedro Álvarez Osorio esta villa por un juro de heredad de 52.500 mrs.

Ponferrada no hubo necesidad de rescatarla, pues desde el principio se hallaba en poder de doña Beatriz. Pero sí Monforte de Lemos y Sarriá, que se recuperaron en 1458. En efecto, en ese año, un hijo bastardo de don Álvaro, llamado Pedro de Luna, vendió al señor de Cabrera esas tierras situadas en el obispado de Lugo, junto con Triacastela y varios pueblos más, por 1.500 doblas, territorios estos que constituían el último vestigio del antaño poderoso patrimonio del linaje de los Castro.

Con estas adquisiciones podía darse por terminado el proceso de recuperación de los bienes secuestrados del duque de Arjona, y el patrimonio del linaje, que había crecido extraordinariamente, se estabiliza ahora, pues las compras posteriores, salvo Cacabelos, no tendrán la importancia de estas.

Así pues, con esta base territorial tan amplia no le sería difícil a don Pedro conseguir de Enrique IV, necesitado de una base de apoyo fuerte en Galicia, la titulación de conde de Lemos, como consorte de doña Beatriz, heredera de esta antigua Casa.

Ya antes de conseguir la herencia de su esposa, don Pedro había ampliado su patrimonio con otras adquisiciones de villas y tierras. En 1431 logró que el monasterio benedictino de San Julián de Samos le cediese en foro por 26.000 mrs. los lugares de Soto Valcarce, Vilela, Villar de Palos, Dragonte, Soto de Parada, Villasunde, la Vega, Balboa, Moldes, Hermide, Portela, Soto Ganso, etc.

Consiguió también que las monjas del monasterio de San Guillermo de Villabuena le cedieran también en foro por tres vidas los lugares de Villabuena de Henzo, Arborbuena, los dos Valtuilles, la Válgonia, Quilos, Cubelos y Cudellino.

Y una nueva adquisición vino a sumarse a las anteriores. El patrimonio de su esposa lo hacía posible. En 1458, el arzobispo de Santiago, don Rodrigo de Luna, le cedió la villa de Cacabelos como recompensa por la ayuda que el conde de Lemos le había prestado en la guerra que el prelado había sostenido contra el conde de Trastámara —otro Osorio, no lo olvidemos—, que le había tomado por las armas Santiago y otras villas del arzobispado.

Desde entonces don Pedro Álvarez Osorio se convierte en uno de los señores más poderosos de los reinos de Galicia y León. Todo poder en ambos reinos, especialmente en el de Galicia, desde el

rey hasta el arzobispo de Santiago tenía que contar necesariamente con él. Unos años antes, en Ponferrada, don Pedro y su esposa crearon mayorazgo de todo su extenso patrimonio para que lo heredara su único hijo varón, llamado Alonso Osorio. Sin embargo, la diosa Fortuna, que tanto le había sido propicia hasta entonces, le fue a partir de ahora adversa. Los dos hijos del matrimonio, Alonso y María, fallecerían antes que su padre. Solo quedaba del linaje un niño bastardo, Rodrigo, que al parecer era hijo de don Alonso y nieto por tanto del conde, aunque algunos le han atribuido la paternidad a este último. Sin embargo, yo pienso que era hijo de don Alonso, pues, si no era así, no se explica que don Alonso lo reconociese como hijo en su testamento y lo dejase, por tanto, como heredero universal suyo.

La muerte de su único hijo, en 1467, dejó al conde de Lemos desconcertado y seriamente preocupado por el futuro de su linaje y de su patrimonio. El único heredero del linaje era un niño bastardo nacido en la fortaleza de Cornatel de una moza, natural de Villafranca, llamada Mayor de Valcarce. El conde, falto de sucesión, se apresuró a conseguir para él la legitimación por bula apostólica, pese a los orígenes oscuros de su madre. Don Pedro se veía obligado a adoptarlo por ser el único heredero que le quedaba vivo, porque esa era la voluntad de su hijo y porque, además, en el siglo XV era un hecho normal el reconocimiento de la bastardía, ya que la misma dinastía Trastámara era bastarda y muchos otros nobles tenían orígenes bastardos.

De todas formas, para asegurar aún más el porvenir de su linaje, don Pedro decidió contraer nuevo matrimonio, y lo hizo un año después de fallecer su hijo, en 1468. La elegida era una viuda joven, María de Bazán, hija de don Pedro Bazán, vizconde de Valduerna y señor de La Bañeza, y de doña Mencía de Quiñones, hermana del merino mayor de León, Pedro de Quiñones. Enlazaba así con dos poderosos linajes del reino de León. De este matrimonio el conde tuvo cuatro hijas: Juana, María, Mencía y Constanza Osorio.

La numerosa descendencia que el conde había logrado conseguir cuando ya era un hombre que se acercaba a la ancianidad, parecía prometer un futuro seguro y tranquilo para su linaje. No fue así, sin embargo, como vamos a ver de inmediato.

Antes de que se produjesen estos hechos, y coincidiendo aproximadamente con su segundo matrimonio, el conde de Lemos tuvo que enfrentarse a graves problemas que ensangrentaron el reino de Galicia. El más serio de todos ellos fue la sublevación de las Hermandades gallegas, movimiento conocido con el nombre de los Irmandiños que, desde un primer momento, tuvo un marcado carácter antis señorial. Don Pedro, como otros muchos nobles amenazados por la rebelión, se vio involucrado desde el principio. Las Hermandades fueron vencidas tras una larga lucha que para el conde significó graves pérdidas y numerosos gastos.

Sin embargo, la victoria sobre las Hermandades también iba a traer como resultado un incremento de la hacienda de los Osorio. En compensación por las pérdidas y gastos que le había ocasionado la guerra irmandiña, Enrique IV le concedió un juro de 698.000 mrs. situados en las alcabalas de varias villas gallegas. Al mismo tiempo, el conde se anexionó la tierra de Arganda, que le fue arrebatada a su último propietario, Alvar Sánchez, por haber participado activamente en las Hermandades y haber contribuido al cerco de Ponferrada. También incorporó al patrimonio Posada del Río y Campelo, y más tarde la tierra de Trives, la Peña de Santa Marina y la Puebla de Burullón. Todo ello convertía a don Pedro Álvarez Osorio, como afirma Hernando del Pulgar, en el mayor señor del reino de Galicia, opinión que confirman Zurita y Rades de Andrade. Desde 1430, don Pedro había ido logrando, con grandes dificultades a veces, labrarse un gran patrimonio. Era merecedor, por tanto, de los títulos que le otorgaban Pulgar y Zurita. Su muerte, en 1482, en el castillo de Cornatel, a pesar de su avanzada edad — rondaba los ochenta años — cogió de improviso a todos sus familiares. Su esposa, María de Bazán, no había podido

aún asegurar el futuro de sus cuatro hijas. Su nieto bastardo, don Rodrigo, era el legítimo heredero y, como tal, se dispuso a cobrar su herencia. Doña María se resistió a entregar la hacienda de su esposo que, según ella, correspondía por mayorazgo a su hija primogénita. El conde de Lemos moría dejando tras de sí una complicada herencia que iba a convertirse en un polvorín.

1.1. LA DIVISIÓN DEL PATRIMONIO

Al morir su abuelo, don Rodrigo, el bastardo legitimado por el conde, reclamó el patrimonio integro de su abuelo, animó a sus huestes y se apoderó rápidamente de las fortalezas de Corullón y, sobre todo, de Ponferrada, la más importante posesión del linaje. Poco después, tomó como prisioneras a doña María y a doña Mencía, hijas del conde, poniendo sitio al castillo de Cornatel, en el que se hallaban recluidas la condesa viuda y su hija Juana. Esta política de hechos consumados cogió de sorpresa a doña María de Bazán que no tuvo más remedio que, cercada por las tropas de don Rodrigo, echarse en manos del conde de Benavente, con quien había concertado, unos años antes, el matrimonio de su hija Juana con el segundogénito de Benavente, Luis Pimentel. Doña María solicitó la ayuda de Benavente invocando el matrimonio de Juana con Luis y la promesa de una magnífica herencia para su hijo. Ante tales perspectivas, el conde de Benavente armó tropas y acudió en auxilio de doña María. Benavente pretendía en primer lugar derrotar al bastardo para después controlar la transmisión de la herencia y administrar así el patrimonio de su nuera. He aquí sus objetivos. La tarea era difícil, desde luego, pero prometía una buena recompensa y Benavente se lanzó a ella con todo su poder. Una verdadera guerra estalló entonces en Galicia que tuvo repercusiones y consecuencias muy graves para las tierras del Bierzo. Los vasallos del señorío se dividieron: las villas gallegas y Ponferrada reconocieron como señor a don Rodrigo. El bastardo, autotitulado conde de Lemos, lucharía sin tregua contra Benavente. Varias batallas se sucedieron sin que ninguna de ambas partes pudiese reivindicar la victoria sobre la otra.

Tuvieron que intervenir los Reyes Católicos para parar la guerra. Presionado por el rey Católico, don Rodrigo firmó una tregua con Benavente y accedió a dejar el pleito sucesorio en manos de unos jueces nombrados por el monarca.

A partir de este momento, una auténtica montaña de papeles se acumuló en las manos de los jueces. El Archivo Ducal de Medina Sidonia contiene más de quince legajos sobre el pleito. Se trataba de averiguar quién era el bastardo, cuáles eran los orígenes familiares de su madre, si fue o no legitimado y si el viejo conde le había nombrado heredero. Al mismo tiempo se intentaba conocer el conjunto del patrimonio y las genealogías familiares que probaban la vinculación de don Rodrigo a la familia Osorio-Castro. Don Rodrigo pretendía que la herencia íntegra le correspondía a él como heredero legítimo de su padre, don Alonso, y también por haber sido reconocido como sucesor por su abuelo, el conde de Lemos, al darle antes de morir la posesión de algunas fortalezas. Estos argumentos eran ciertos, puesto que don Pedro le había nombrado sucesor en su testamento. Doña Juana Osorio, la primogénita del segundo matrimonio, solo era heredera de las villas y tierras que el conde había comprado durante su segundo matrimonio. El único heredero del patrimonio era, por tanto, don Rodrigo. Esta era la realidad, aunque los documentos interesados del archivo le calumnien y no le concedan crédito para ello. La voluntad del fundador de un mayorazgo era ley: Rodrigo había sido declarado sucesor por su abuelo. Esta es también la razón por la que don Rodrigo, el futuro conde de Lemos, patrimonio este bien estudiado por Eduardo Pardo de Guevara, no se conformase y luchase para tratar de conseguir lo que en justicia le correspondía.

Presionados por el conde de Benavente y, sobre todo, por los Reyes Católicos —en especial la reina—, los jueces dictaron sentencia en junio de 1484. Dos votos a favor del bastardo, otros dos para

doña Juana y un tercero que se declaró neutral. Los Reyes Católicos adoptaron entonces una solución salomónica que solo a Benavente podía contentar: dividir el patrimonio entre ambos pretendientes; las villas y tierras gallegas quedarían para don Rodrigo, y todo lo que había formado el patrimonio del Bierzo lo recibirían doña Juana y su esposo, Luis Pimentel. El título de conde de Lemos –al hallarse esta villa en la hacienda que le correspondía– lo ostentaría don Rodrigo por concesión especial de los monarcas.

Con esta solución, por tanto, el pleito parecía zanjado definitivamente, aunque don Rodrigo no se daría por satisfecho, pues, años más tarde, aprovechando que los Reyes Católicos se hallaban enfrascados en la guerra de Granada, se lanzó de nuevo a la lucha ocupando Ponferrada en 1486. Fue una aventura insensata, pues el poder de los Reyes Católicos, tras ganar la Guerra de Sucesión, se hallaba ya consolidado y don Rodrigo, tras una breve guerra, no tuvo más remedio que ceder y acatar los mandatos de los Reyes Católicos.

La guerra entre ambos pretendientes por la herencia de los Osorio tuvo aún un epílogo de enorme importancia para el patrimonio. Los Reyes Católicos se aprovecharon de la debilidad de ambos contendientes y, desde luego, de su intervención a favor de doña Juana y de Luis Pimentel para hacerse con una fortaleza a fin de evitar futuros disturbios nobiliarios: Ponferrada. Doña Juana recibió de los monarcas por la venta de Ponferrada –venta verdaderamente forzada, aunque a doña Juana le vino bien el dinero para pagar deudas y lo que le correspondía a sus hermanas por la herencia de su padre y también la dote de su madre– 23.000.000 de mrs., cantidad que demuestra la importancia que se le concedía a esa fortaleza y villa. Doña Juana perdía así Ponferrada pero al mismo tiempo, como compensación, en parte por la venta de esa villa y en parte también por la pérdida del título de condesa de Lemos, recibía en el mismo año de la venta –1486– de los Reyes Católicos el título y dignidad de marquesa de Villafranca del Bierzo.

En 1490, doña Juana dio a luz a su única hija, María Osorio Pimentel, un año antes de morir, pues falleció en Mayorga en 1491, dejando a esa hija en su testamento como heredera de las villas y tierras que formaban el marquesado de Villafranca. Como era menor, se encargó de la tutoría su padre, Luis Pimentel, que también murió pronto, en 1497, al caer desde una terraza cuando se hallaba en Alcalá de Henares, quedando doña María bajo la tutoría de su abuelo el conde de Benavente. Había que casar a doña María, pues se necesitaba un varón que se encargase del gobierno y administración de los señoríos. Doña María era un magnífico partido; no era de extrañar que le saliesen varios pretendientes. El más importante, y por el que se inclinó el rey Católico, fue un hijo segundo del duque de Alba –personaje de la máxima confianza de don Fernando–, Pedro de Toledo, con el que la joven marquesa casó a los quince años, en 1505. Pero esta es ya otra historia que otros colegas contarán en este coloquio. Yo ya he terminado, pues a partir de ahora el patrimonio se estabiliza y el linaje Osorio-Toledo alcanzará el cenit de su poder y de su prestigio social. Muchas gracias.

Esta ponencia se basa fundamentalmente en mi trabajo *El Señorío de Villafranca del Bierzo (siglos XIV y XV)*, recogido en mi libro *La Fortuna y el Poder*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1996, pp. 17-134. En él encontrará el interesado las notas y el apartado bibliográfico y documental en que se fundamenta este texto.

NOTAS HISTÓRICO-JURÍDICAS EN TORNO A ALGUNAS DISPOSICIONES TESTAMENTARIAS DEL III DUQUE DE ALBA

Juan Jacinto GARCÍA PÉREZ
Magistrado

Con ocasión del V Centenario, en este año de 2007, del nacimiento del III duque de Alba, considerado por la historiografía moderna como el soldado o militar español más famoso de la gran época del Imperio hispano, sirviendo y vinculando su suerte, primero, a Carlos V y luego a su hijo Felipe II, nos ha parecido que su discutida figura puede enfocarse desde la perspectiva del simple hombre, —Fernando Álvarez de Toledo—, a la vez importante caballero y noble, que, acercándose al fin de sus días, expresa en algunas de sus disposiciones testamentarias, a modo de recapitulación, algunas claves para entender su vida y trayectoria política, militar y familiar.

Fue él mismo quien, en momentos de desesperación, cual ocurrió en 1572, agobiado por la situación económica y militar frente a la causa orangista, llega a escribir sobre su estado que: «casi me serviría de testamento lo que aquí digo, que en los testamentos los hombres pierden la vergüenza al mundo...».

Dados los límites de extensión impuestos para las comunicaciones libres presentadas en este Congreso, nos vamos a limitar al resumen de los aspectos más importantes de su contenido, los que, no obstante, vendrán con mayor amplitud desarrollados por escrito en ulteriores trabajos¹.

En este sentido debemos referirnos a las disposiciones de última voluntad contenidas en el testamento cerrado presentado ante escribano, en fecha 6 de marzo de 1580, en la villa de Alcalá de Henares, es decir, a los pocos días de la comisión y encargo que le señaló el rey Felipe II de ponerse al mando de la fuerza armada eventualmente expedicionaria a Portugal, y en codicilos o memoriales posteriores de 21 de noviembre de 1582, redactados ya en Lisboa a las puertas de su muerte.

¹ En efecto, estamos preparando un trabajo más acabado, que detalle más ampliamente todos y cada uno de los puntos esbozados en esta comunicación, con el aparato crítico-doctrinal correspondiente. Y debe quedar ya constancia escrita de nuestro agradecimiento al Dr. Calderón Ortega, archivero de la Fundación «Casa de Alba», por habernos proporcionado una copia de los instrumentos testamentarios a que aludimos en la misma.

El acta del otorgamiento notarial del testamento reúne sintéticamente todos los requisitos de validez exigidos; porque, entre otras cosas, el escribano autorizante, Luis Díaz, como notario público del número de aquella villa, identifica a los otorgantes y cualifica su habilidad para testar: *...estando buenos y sanos en su juicio y entendimiento natural, tal qual Dios, nuestro señor, fue servido dárselo...*².

Como el Gran Duque muere a finales de 1582 y su hijo Fadrique, IV duque de Alba, apenas transcurridos 3 años y, a su vez, el hijo de éste, Diego al año siguiente de la propia (en 1583), prácticamente todos sus propósitos y deseos post mortem van a quedar en manos de su siguiente sucesor, su nieto Antonio Álvarez de Toledo, hijo de Diego, V duque de Alba.

1. NOTAS CARACTERÍSTICAS DESDE EL PUNTO DE VISTA JURÍDICO

Las principales notas que resaltan en aquel testamento son: 1º, su carácter MANCOMUNADO; y 2º, su carácter CERRADO; es decir, otorgado por el Duque en mancomún con su esposa, doña María de Toledo, en escrito secreto (lo que confirma el escribano al decir que: *...entrambos a dos, juntos, de una conformidad, dieron a mí, el dicho escrivano y notario, una scriptura cerrada y sellada con el sello de sus armas, y dixerón que lo que dentro della está scripto en quarenta y tres planas de papel de pliego entero..., rubricadas de sus manos y rúbricas, y la húltima firmada de sus nombres, es su testamento, húltima y postrimera voluntad, en el qual dixerón que tienen nombrados herederos, albaceas y testamentarios y quieren y es su voluntad que todo lo susodicho es y sea su testamento, húltima y postrimera voluntad, y como tal quieren que se guarde y cumpla y execute, sin que falte cosa alguna de todo lo en él contenido...*

2. CONTENIDO ATÍPICO DEL MISMO: DISPOSICIONES TESTAMENTARIAS VINCULADAS A LA FE RELIGIOSA, CLÁUSULAS CONFESIONALES DECLARATORIAS, ETC.

Las disposiciones relativas a la propia fe religiosa de los testadores, y a la forma en que deseaban que se llevaran a cabo sus exequias y honras fúnebres, aunque sin carácter jurídico propiamente dicho, consumen muchas hojas del testamento y presentan una trascendencia práctica muy relevante; en este punto destacan el empleo de cuantiosos recursos económicos y bienes que los duques dejaron para sufragios y obras piadosas en beneficio de sus almas, partiendo de la concepción arraigada en la tradición española del momento de que con tales obras piadosas y sufragios las almas quedan liberadas

² El escribano público de número de tal villa, Luis Díaz, recoge, como era frecuente, la mención a la expresa revocación de cualquier disposición testamentaria anterior y a que la apertura y publicación de su testamento, conforme a Derecho, no se llevaría a cabo hasta la muerte de al menos uno de ellos, con presencia del otro.

Utilizaron los duques un amanuense para su redacción: Baltasar Ordóñez de Villaquirán, aunque rubricaron todas las hojas del mismo en su parte inferior y firmaron la última. Y se citan como testigos del acta de entrega y otorgamiento a Gaspar de Bullón, Gonzalo de Tóroles, Diego de Aldana, Hierónimo de Ocaraz, Antonio de Valcázar, Gaspar Nieto, Hierónimo de Aello y Baltasar de Atienza, criados de los duques.

Y el codicilo y el memorial a los que nos referimos son redactados el 21-11-1582 en Lisboa. El codicilo fue otorgado y confeccionado exclusivamente por el duque, en el que menciona, en primer lugar, la existencia del testamento de 6-3-1580, como era lógico y de prever, pero, además, que en la dehesa de Cantillana, a una legua de la ciudad de Badajoz (estaba, desde luego, a la espera de cruzar la raya o frontera de Portugal) el 16 de junio de 1580, había otorgado otra escritura de codicilo ante el escribano público y de número de la ciudad de Badajoz, Jerónimo de Soler, en favor de la duquesa, manifestando que su testamento sigue en vigor.

Ambos, otorgados muy pocos días antes de su muerte, los realiza estando ya enfermo en la cama, si bien asevera estar sano de memoria. Suponen nuevas disposiciones de última voluntad que complementan el testamento y el codicilo o memorial de Cantillana.

antes de las penas que, según la religión católica, deben afligirla hasta que alcancen la total limpieza y pureza que exige el encuentro con Dios, etc.

Algunos datos iniciales: la invocación y encomienda de sus almas a la Santísima Trinidad, a la Virgen María, a San Pedro, a San Pablo, a Santiago, patrón de España, y a San Andrés, patrón de la Orden del Toisón...; la protesta de vivir y morir confesando la santa fe y religión cristiana católica, con expresa y prolija súplica de perdón de sus culpas y ofensas, etc.³

Se dispone, a rasgos generales, la organización del entierro y las honras fúnebres, el lugar y modo de enterramiento, el número de misas a celebrar por sus almas y los numerosos lugares concretos de celebración, el pago y limosnas por ellas, las donaciones pro ánima (como, por ejemplo, la vestidura de 200 pobres), etc., bajo criterios personales y de prestigio social, dejando su ejecución en gran medida en manos de sus herederos; con formulismos estandarizados para validar la significación espiritual del testamento, reflejo de la mentalidad sacralizada entonces imperante.

En realidad, las cláusulas más importantes van referidas a su lugar de enterramiento, claramente determinado en el convento de San Esteban de Salamanca, cuyo mecenas fue su tío fray Juan Álvarez de Toledo.

En efecto, una de las primeras disposiciones más importantes es la relativa a su LUGAR DE ENTERRAMIENTO. Recordando su condición de patrono de la capilla mayor del convento de San Esteban de Salamanca, que le fue facilitada por su tío Juan Álvarez de Toledo, el Cardenal, quien inició la construcción de la misma, rechazando la posibilidad de otros lugares, disponen que en esa capilla sean enterrados y lo hacen con la siguiente manda: *...ordenamos que nuestros cuerpos sean sepultados en la capilla mayor del dicho monasterio, al qual sean llevados desde donde quiera que muriéremos...*; y llegan a disponer, incluso, la forma de su traslado (con cruz, alumbrados con hachas y acompañados de los religiosos y clérigos que discrecionalmente fijaren los testamentarios; depositando sus restos por la noche en una iglesia, celebrando responsos y misa de réquiem por la mañana, etc.).

Pero, como la capilla mayor en la que disponían ser enterrados en tales fechas no estaba acabada, los duques se comprometieron a terminar sus obras en vida, y, en último término, concertarse con el Prior de San Esteban para el otorgamiento a este monasterio de una donación de 20.000 ducados, de cuyas rentas saldrían los recursos financieros necesarios para acabar las obras de aquella capilla.

Por otra parte, y de manera subsidiaria, introducen una cláusula subsiguiente con el fin de asegurar su enterramiento en la capilla, cual la de disponer que sus albaceas y testamentarios vengán obligados a entregar al monasterio de San Esteban los señalados 20.000 ducados, acordando con el mismo

³ La pertenencia del Duque a la Orden del Toisón queda resaltada en el testamento de inicio en el propio encabezamiento junto a las encomendaciones y profesiones de fe previas a Dios, etc., y, por ello, más adelante, ordenará a su hijo don Fadrique la devolución al Rey, como jefe y cabeza de la Orden del Toisón, del collar grande de oro de dicha Orden que poseía, tal y como era obligado una vez moría el condecorado.

Como se dice, tras la invocación religiosa acostumbrada en este tipo de documentos, los duques dejan constancia —contenido entonces típico de los mismos— de su disposición de salud mental y corporal para testar (*...estando en salud, con la memoria, juicio y entendimiento que por su infinita bondad le plugo darnos...*) y de su acendrada profesión de catolicismo (*...protestando ante todas cosas, como por la presente protestamos, de bivar y morir confessando nuestra sancta fee y religión cristiana, como lo confessamos, según y de la manera que la tiene y confiesa nuestra sancta madre Yglesia Cathólica romana...*), con encomienda de sus almas a Dios y con expresa petición de perdón de sus culpas y ofensas que contra Él puedan haber cometido y hecho, con solicitud de intercesión a la Virgen y determinados Santos (Pedro, Pablo, Santiago y el citado Andrés). Y justifican el porqué otorgaron testamento mancomunado: *...por querer conservar en la muerte la paz, conformidad y unión de voluntades con que por la misericordia de Dios avemos vivido.*

todo lo conducente para finalizar la capilla, para que los entierros fueran efectivos, para el levantamiento de las estatuas en las sepulturas, etc., llegando a anunciar en el testamento la redacción de una memoria próxima a modo de complemento y detalle de esta cláusula testamentaria⁴.

Y, en su defecto, si la duquesa no pudiese hacerlo, le encarga este cometido a su hijo, el gran prior Hernando (muestra de la especial confianza que tenía en su hijo natural), al marqués de Velada, a don Fernando de Toledo y a don Sancho de Ávila, sus hermanos (por tanto, 3 sobrinos suyos) junto con las personas que la duquesa designara, apoderando a todos ellos especialmente⁵.

Una disposición anexa a la anterior, y que rememora los tiempos de la gobernación y capitánía general del Duque en Flandes, se concreta en el mandado de este relativo a que el breve que le otorgó el papa Pío V, concediéndole el estoque y capelo bendecido, estos y aquel *...se ponga y quede siempre en poder de los frailes de aquella casa*.

Al igual, la duquesa también dona al mismo convento la rosa bendecida que le remitió el papa Pablo V, cuando su esposo era virrey de Nápoles y gobernaba Italia: *...haviéndose hecho las paces con su Santidad*. Con ello estaban haciendo mención al celebre episodio de la renuncia a entrar violentamente en Roma⁶.

Son importantes, asimismo, las DISPOSICIONES SOBRE SUS FUNERALES: Con carácter general recomiendan a todos sus testamentarios y de modo muy especial al sucesor, su hijo Fadrique, que haya moderación y ningún exceso en los lutos y pompas fúnebres, porque *...nuestra voluntad es que todo se convierta en sacrificios y obras pías que redunden en servicio de Dios, nuestro señor, y en satisfacción de nuestros pecados y beneficios de nuestras almas*.

Las mandas pías, post mortem, relativas a misas ordinarias, novenarios, vigiliias, etc., con las consiguientes limosnas, son numerosas y prolijas. Simplemente, citamos los monasterios, conventos e iglesias de sus estados a las que se dirigen, aparte de la cláusula general de celebración de 10.000 misas, tras su fallecimiento, por cada uno de ellos, con el reparto de las limosnas propias de tales casos. De modo específico se mencionan: las iglesias de los conventos de San Esteban y de San Francisco de Salamanca; las de los monasterios de San Francisco, San Leonardo y el convento de la Madre de Dios de su villa de Alba (donan a cada uno de ellos para misas 37.500 maravedís); monasterio

⁴ Y, al respecto, el duque, en el Codicilo de Lisboa de 1582, a las puertas de su muerte, lleva a cabo determinadas concreciones. Así, en relación al concierto con el monasterio de San Esteban referido al acabado de la capilla mayor y el levantamiento de su sepulcro, y a la entrega de los 20.000 ducados de renta para la financiación de las obras; al concierto con la Universidad de Salamanca; y sobre el lugar y forma exactas de la colocación en tal capilla del estoque, bonete y la rosa y de sus banderas y armas, etc., detalla cómo quiere que se haga todo ello: si le sobrevive la duquesa, que esta tenga perfecta libertad para disponerlo todo y concertarlo como le guste y le parezca.

⁵ La voluntad del Duque no se vio cumplida –solo de modo parcial– hasta 1619, cuando su sucesor el duque don Antonio Álvarez de Toledo, su nieto, ordenó trasladar sus restos –que previamente fueron llevados a Alba de Tormes desde Lisboa– a la iglesia de San Esteban en cortejo suntuoso y espectacular. Su deseo de ser sepultado junto a la Duquesa en la capilla mayor del dicho monasterio, para culminar la construcción de la dicha capilla, les llevó a ordenar la entrega al prior, frailes y convento del dicho monasterio de la suma de veinte mil ducados, para con sus rentas acabarla.

A la postre, fue procelosa su definitiva ocupación, ya que, primero, se colocaron los restos del Duque en el presbiterio de la iglesia, para luego en 1895 cuando se hizo un mausoleo a la izquierda del altar colocarle allí, adonde ha estado hasta que se reformó todo el presbiterio en 1968, para cumplir con las normas del Concilio Vaticano II. Desde 1968 y de acuerdo con la casa de Alba se decidió enterrarle en una capilla contigua a la Iglesia, pasando un tiempo también en un féretro de plomo en el llamado panteón de los teólogos.

⁶ Asimismo, en el testamento introducen una manda pía, que si bien concretarán en un memorial particular de mandas y legados de carácter piadoso a firmar a posteriori, consistente en la confección de un candelero de plata que pese cien marcos, en el que se coloque una vela de cera que arda perpetuamente delante del santísimo sacramento de la capilla mayor del repetido monasterio de San Esteban.

de San Francisco de su villa de Coria (20.000 maravedís); monasterio de Santo Domingo de Piedrahíta (37.500 maravedís); monasterio de monjas de Aldeanueva, cerca de la villa del Barco de Ávila (75.000 maravedís)⁷; monasterio de Santa Catalina de Sena de la villa de Vera de Plasencia (otros 37.000 maravedís).

En el codicilo de 1582 se añade la celebración de un novenario de misas y sufragios por su alma en su ciudad de Huéscar, en el monasterio de Santo Domingo, con aportación de una limosna de 37.500 maravedís y otra de la misma cantidad, con vigilia, para el monasterio de monjas de dicha ciudad.

Por último, les encarga protejan a dichas casas *...porque por su sanctidad y devoción y por las oraciones de los buenos religiosos que siempre ha havido en ellas avemos sido muy ayudados en todos nuestros negocios y yo, el dicho duque, en todos mis peligros de mar y tierra, paz y guerra.*

Como anticipamos, son numerosas las DISPOSICIONES PÍAS EN FAVOR DE LOS POBRES Y LAS ÓRDENES RELIGIOSAS. Así, ordenan que el día de su enterramiento «vistan» a 100 pobres, con preferencia de los naturales de sus tierras, dejando a sus testamentarios total libertad para la ejecución de lo ordenado⁸.

En cuanto a la atención y ayuda a determinados monasterios de sus estados es significativo el encargo que dirigen al sucesor en el ducado (don Fadrique) para que ponga especial cuidado y favorecimiento de los citados monasterios de Alba, Coria y Piedrahíta (en este último caso por dos motivos especiales: la devoción particular que al monasterio de Santo Domingo tuvo siempre el II Duque, don Fadrique, abuelo de don Fernando; y por ser el lugar de entierro de sus principales antecesores en el linaje).

Al respecto del linaje, asimismo, recuerdan al sucesor que se preocupe especialmente de sus tías Isabel y Bernardina, monjas, y restantes familiares de la casa, y de que siga proveyendo de trigo y aceite al monasterio de Aldeanueva⁹.

Y no olvidan a los restantes monasterios y conventos de su tierra, al establecer una cláusula general de favorecimiento, en la que puede leerse: *...y que en todos los otros monasterios de frayles y monjas de toda nuestra tierra se hagan por nuestras almas los sacrificios y den las limosnas que pareciere a nuestros testamentarios, de manera que no quede ninguno a quien no se haga limosna particular, para que no dexemos de participar de las oraciones, sacrificios y sufragios de cada uno...; ni que sus sucesores en el ducado...reverencien mucho las religiones y favorezcan todo el estado monástico, assi*

⁷ Es de anotar que aquí la donación se aumenta por la devoción especial que desde su fundación tuvieron los señores de Valdecorveja con este centro religioso, el cual siempre tenía encomendados a los duques, rezando especialmente por ellos, en agradecimiento por la atención económica que estos les venían dispensando, etc.

⁸ En el apartado de limosnas, en el codicilo de 1582 verifica el Duque determinadas modificaciones, sobresaliendo la referida a la destinada a sus vasallos pobres, en poder de su camarero Diego de Aldana, quien pasados dos años había gastado 6.000 reales por necesidades de su cámara, en vista de lo cual ratifica el reparto de los susodichos 6.000 reales a discreción de la duquesa o de quien esta designare.

⁹ No puede dejarse de mencionar respecto del monasterio de San Leonardo de Alba de Tormes la cláusula específica dirigida a garantizar no solo la viabilidad futura del mismo, sino incluso su acrecentamiento y prosperidad, para lo cual se ordena la compra de sus bienes de hasta 100.000 maravedís de juro o censos, etc., para que el rédito de todo ello se deposite en un cofre a disposición del prior y el oidor más antiguo de don Fadrique, comprando con ello más juros o censos hasta alcanzar la suma de 200.000 maravedís de renta; los cuales habrían de quedar vinculados, por juro de heredad, a favor del monasterio, cumpliendo determinadas condiciones (celebración de misas perpetuas por sus almas y por las de todos los de su casa allí enterrados, etc.).

Particular mención realiza la Duquesa a su hijo primogénito premuerto, don García de Toledo, recordando el mantenimiento de la misa que en su memoria se venía celebrando en aquel monasterio y que en el futuro, con base en aquel concierto, debía seguir celebrándose.

de hombres como de mujeres, procurando siempre su recogimiento y quietud, y que bivan en gran observancia de la regla de su orden, y que para esto los visiten, amen, honren y favorezcan por sus personas y los ayuden con sus limosnas.

En definitiva, ordena a su hijo y sucesores reverenciar mucho las religiones y favorecer todo el estado monástico, animándoles mucho al servicio de Dios, encargándoles siempre que rueguen a Dios por sus almas y las de sus antecesores en el señorío de la Casa.

Es importante el contenido piadoso de este testamento, de ahí que recoja donaciones «pro ánima», bajo la idea de que las mismas pueden ayudar al testador a conseguir un acceso más fácil a la vida celestial y a conseguir una «tranquilidad de conciencia», constituyendo la manda piadosa una compensación para ambos mundos y que el testamento se transforme en una especie de «pasaporte a la eternidad», conforme a las mentalidades y contenidos ideológicos propios de la alta nobleza castellana del momento. Desde esta perspectiva, el testamento cumple el fin de «confesión vital», aparte de dar respuesta a las necesidades económicas y sociales propias del mismo, esto es, asegurar y dar solución legítima a la distribución y partición de los bienes materiales del testador entre sus deudos y allegados.

3. DISPOSICIONES FAMILIARES Y DE CARÁCTER POLÍTICO

Contiene varias normas programáticas como la de exigir a sus descendientes directos, sus hijos Diego, Bearíz y Fadrique —este último su sucesor en la casa—, que no reclamen nada en contra de lo que dispone en su testamento y restantes documentos sucesorios, manifestaciones trascendentes de tipo moral y trascendencia jurídica, como el apoyo a la servidumbre, etc.

Hay otra serie de declaraciones programáticas de los testadores de contenido ideológico-político, propias de unos nobles de la condición y cualidad del III duque de Alba y su esposa, estableciendo para el sucesor en la causa claras pautas de conducta en sus relaciones con la corona y el rey (lealtad a la corona; suplica al rey Felipe dé amparo a sus familiares directos y enaltezca a su casa y estado).

3.1. MENCIÓN A LA BATALLA DE MÜHLBERG

Con ocasión de ordenar y vincular al monasterio de San Leonardo de Alba de Tormes la celebración de las misas, etc., a las que en su momento hicimos referencia, el III Duque añade el mandato, con minucioso detalle, de la celebración solemne de otra misa perpetua y cantada, cada 24 de abril, sin reparar en gastos —pues libra una manda de 4.000 maravedís de juro o censo, más otros 500 de limosna para cada año—, en memoria y recuerdo de la batalla ganada el 24-4-1547 a la Liga de Esmalcalda.

Y con ello aprovecha para reafirmar los trascendentes servicios que prestó al emperador Carlos en dicha batalla, aduciendo que *...aquella tan memorable e ymportantissima jornada en que el emperador Carlos V, rey nuestro señor, de gloriosa memoria, siendo yo el dicho duque su capitán general, sirviéndole como le serví en ella con el favor y ayuda de nuestro señor, se ganó la batalla al duque Juan Federico de Sajonia, cabeça de los herejes lutheranos que se revellaron en aquel tiempo contra nuestra sancta madre Yglesia Cathólica romana, lebandándose también con la mayor parte de la germanía contra su Majestad. En la qual fue presso el dicho duque Juan Federico y con su prisión se allanaron y pacificaron mucho las cosas de la religión y las que tocavan a la ovediencia que en aquellas provincias tenían perdida a su Magestad, en lo qual Dios nuestro señor y la sede apostólica y cathólica yglesia romana, nuestra madre, y su magestad recibieron de mí, el dicho duque, particular servicio.*

Aquí, el Gran Duque de Alba no disimula su orgullo y se atribuye un protagonismo principalísimo en tales hechos de guerra, a los que caracteriza en su doble dimensión de guerra religiosa (extirpación de la herejía protestante) y política (sofoco de los intentos de rebelión e independencia del emperador).

4. DISPOSICIONES ESENCIALES DE TIPO ECONÓMICO SOBRE LOS BIENES DE LOS TESTADORES

4.1. DISTRIBUCIÓN Y REPARTO DE BIENES. LAS LEGÍTIMAS DE LOS HEREDEROS

Dejando a un lado, por el momento, el nombramiento y designación de Fadrique como sucesor en la casa, en el testamento los duques llevan a cabo la distribución de las legítimas estrictas, en la siguiente forma: en relación a su hija Beatriz, a la que casaron con el marqués de Astorga, Álvarez Pérez Ossorio, ponen de manifiesto que por virtud de las capitulaciones matrimoniales concertadas entre el Duque y el padre del novio (referido marqués) entregaron en concepto de dote a este 50.000 ducados, así como determinadas joyas y vestidos, con la consecuencia de que su referida hija Beatriz en su momento renunció y tiene renunciada la legítima que como su heredera podía pertenecerle de sus bienes y herencia, y, al tenerla aceptada, en definitiva, dicha legítima la tiene ya cobrada con el importe de la dote y joyas recibidas en el momento de su casamiento, etc.¹⁰.

El heredero primogénito es, pues, mejorado económicamente con la finalidad de engrandecer su casa y ampliar el mayorazgo.

Otro tanto ocurre por lo que se refiere a su hijo Diego, cuando casó con Brianda de Beaumont, condesa de Lerín. En las capitulaciones matrimoniales suscritas entre el Duque y el padre de Brianda, el condestable de Navarra, se acordó el pago al nuevo matrimonio de sus hijos de la suma de 80.000 ducados y otros 4.000 de rentas anuales, situadas en las rentas de la ciudad de Coria y en otros bienes del mayorazgo (de estos últimos, 2.500 eran para una hermana de Brianda, llamada Francisca de Beaumont y Cardona, condesa de Luna, y los otros 1.500 para otra hermana, María de Beaumont)¹¹.

Además, con cargo a los bienes de la herencia los duques dejan un legado particular y específico a cada uno de sus hijos, Diego, Fadrique y Beatriz, integrado de una pieza de plata *...a cada uno del valor y calidad que les pareciere a los testamentarios*.

Ahora bien, designado en el testamento don Fadrique como su sucesor y futuro titular del mayorazgo de la casa, los duques, aparte de exigirle a este hijo que se contente con dicha pieza en lugar y satisfacción de la legítima que le había de pertenecer en los dichos sus bienes y herencia por su fallecimiento, le indican que le han hecho gracia y donación por vía de aumento de mayorazgo de todos

¹⁰ Consecuentes con ello, ordenan a su hija y sucesores que se den por contentos y satisfechos en recompensa y paga de lo que les podría y puede pertenecer de legítima de nuestros bienes, en lo que dicho es, le prometimos y mandamos y tenemos pagado para su dote, y que no les sea dado ni pagado otra cosa alguna por la dicha razón, ni en otra manera especialmente por tener (como tenemos) dispuesto de todos nuestros bienes libres con facultad real en favor de don Fadrique de Toledo, nuestro hijo, y de los sucesores en nuestra casa.

¹¹ Por eso, afirman que ya han pagado los 80.000 ducados y a su hijo le han puesto en el estado que tiene: *...de manera que es mucho más esto que quanto le podía pertenecer de nuestros bienes y herencia. Por ende, queremos y le encargamos que contentándose con los dichos ochenta mil ducados no pretenda ni quiera pedir otra cosa alguna de nuestros bienes y herencia, por razón de su legítima, ni en otra manera, y en caso que lo pretenda o alguno de sus herederos y sucesores, mandamos que no le sea dado cosa alguna, usando, como usamos, para este caso y en todos los semejantes de la dicha facultad real en virtud de la qual, usando della, avemos dispuesto todos los dichos nuestros bienes y herencia en favor del dicho don Fadrique, nuestro hijo, y de todos los herederos y sucesores en nuestra casa perpetuamente.*

los bienes que tiene aceptados, y, en consecuencia, ponen en conexión e imbrican esta escritura de carácter sucesorio con la escritura pública que habían otorgado apenas cinco años antes en Madrid (el 17-10-1575) en la que ratificaron y aumentaron considerablemente el mayorazgo en favor de aquel y de sus posteriores sucesores.

Ratifican ahora en el testamento que debe de cumplirse perpetuamente sobre los bienes incorporados al mayorazgo, confirmando la fuerza y vigor de aquella escritura de aumento, pero aprovechan para establecer unas adiciones: exención de la disposición de la escritura de aumento de mayorazgo referida a 20.000 ducados que se reservaban para el cumplimiento de sus testamentos y otros descargos; exención de los 20.000 ducados que mandan en este testamento entregar al monasterio de San Esteban de Salamanca, para la terminación de su capilla mayor, y los desvinculan y los sacan de aquel mayorazgo; como también desvinculan un cuento y 400.000 maravedís más, que mandan por el testamento sean en favor del monasterio de San Leonardo de Alba, para poder ejecutar la manda ya dicha; al igual que sacan y desvinculan otros 30.000 ducados, para donación a memoria perpetua, para los pobres de sus tierras y estados, lo que concretarán en una escritura pública a la que se remiten¹².

Por último, el Duque en este codicilo no se olvida del hijo de la molinera (el prior Hernando), pues además de rogarle encarecidamente que se ejecute y lleve a cabo todos los conciertos relativos a su lugar de enterramiento y exequias, le señala que los 20.000 ducados que reconoce le debe (se los ofreció con motivo del casamiento de su hermanastro Diego con la condesa de Lerin) y que le ha ofrecido pagárselos siempre que se le han pedido, que los dedique al cumplimiento de tales disposiciones relativas al lugar de entierro y que lo deje todo bien resuelto, como de él espera, añadiendo que todos los detalles los conocen la propia duquesa y sus vecinos.

Sin duda, aprovecha el codicilo el duque para hacer profesión del cariño que ha tenido sobre este hijo y de la confianza que siempre ha tenido en su persona.

4.2. LAS DEUDAS PENDIENTES Y FUTURAS

Es muy interesante en el complejo de relaciones familiares el reconocimiento de deuda que el Duque hace en este testamento, derivado del entramado de cuentas pendientes de su abuelo, don Fadrique, y su tío carnal, el marqués de Villafranca.

Recuerda el Gran Duque de Alba que su abuelo y mentor, en su testamento, le impuso una manda consistente en el pago a su tío Pedro Álvarez de Toledo, virrey de Nápoles, marqués de Villafranca, de una importante cantidad en metálico en un determinado plazo. En consecuencia, el Duque, en el testamento objeto de estudio, manifiesta, primero, que en cumplimiento de lo dispuesto por su abuelo, al que sucede en la casa de Alba, entregó a su tío, a cuenta para el pago total, la suma de 6.000

¹² Como prevención del caso de que no redactaran las memorias testamentarias particulares en este punto, se cuidan de señalar que la donación de los 30.000 ducados en favor de los vasallos pobres de sus estados la ordenarán determinados albaceas, en concreto, su sobrino el marqués de Velada, su pariente don Agustín Álvarez de Toledo, fray Cristóbal de Alcalá y Juan Patiño, los que ya habían recibido las instrucciones oportunas. Y como en la misma fecha del testamento es otorgada la escritura para esta obra pía, al final se añade la cláusula complementaria por la que su secretario, Juan de Alborno, junto con el marqués de Velada, fray Cristóbal de Alcalá, Agustín Álvarez de Toledo y Juan Patiño, serán los encargados de su ejecución y cumplimiento.

Constituyen, por tanto, desvinculaciones de sus bienes, quedando determinada claramente la institución del mayorazgo y del heredero y la exclusión de la herencia de los bienes finalmente vinculados a tal mayorazgo. Y en el codicilo de 1582 ratifica el Duque que el collar de la duquesa, que venía vinculado perpetuamente al mayorazgo, aunque en el interin había sido modificado (añadido de un diamante, por un lado, retirada de unas esmeraldas, por otro), debía seguir vinculado al mayorazgo y no debía plantearse duda alguna respecto a que se trataba del mismo collar.

ducados; segundo, que su tío le había demandado y reclamado otras cosas más por las que en recompensa hizo aquel la manda y, tercero, que, en consecuencia con ello, y con la mira puesta en dar fin a la contienda y que quedara cumplida acabadamente la voluntad del abuelo, ya intentó en su día un acuerdo con su primo, también llamado Fadrique, hijo y sucesor del citado marqués, por virtud del cual se diese por pagada la manda del abuelo común con la entrega de aquellos 6.000 ducados.

Pero, como lo cierto era que aún venía pendiente, en la Audiencia de Valladolid, la resolución del pleito familiar de las dos casas (Alba y Villafranca), comenzado a instancias de don Pedro, continuado por el hijo de este, don Fadrique, y al morir este, por su sucesor, don García de Toledo, y que fracasó en su intento de que este último renunciara al pleito y se arreglaran amistosamente como familia que eran, el III duque de Alba en el testamento que analizamos, finalmente, encomienda a sus albaceas y testamentarios que *...no pudiendo concluirlo ni resolverlo sin pleyto ni diferencia, que se continúe y prosiga el dicho pleyto que pende en la dicha real audiencia de Valladolid, con el cuidado y diligencia que conviene y se pague al Sr. D. Pedro lo que pareciere devérsele, conforme a la última sentencia que se diere y pronunciare cerca del dicho negocio, declarando (como lo declaramos) que nuestra voluntad nunca fue, ni ha sido, dilatar ni retener la satisfacción y paga de lo susodicho y que menos es se dilate ni detenga después de nuestros días.*

Claramente se deduce de tales manifestaciones que el III Duque, aunque preocupado por el litigio o contencioso económico que le enfrentaba a tan poderosa rama de su mismo linaje, no terminaba por acceder a las pretensiones de esta y se remite a lo que resulte, bien en su vida, o después de ésta, de la respuesta judicial definitiva en el pleito pendiente, imponiendo a sus ejecutores testamentarios que la acaten y la cumplan prontamente¹³.

Era cláusula de estilo en todo testamento la del reconocimiento de deudas futuras: en nuestro caso en ella, en descargo de su conciencia, se ordena que para el caso de que tras su muerte se les reclamara a los duques el cumplimiento de alguna obligación, en los tres años posteriores a su muerte, tales reclamaciones fueran examinadas, en su caso, por el duque sobreviviente (él o ella) junto con el oidor más antiguo del consejo del futuro duque don Fadrique, falleciendo primero el duque, el prior del monasterio de San Leonardo de Alba de Tormes y el guardián del monasterio de San Francisco de la misma; los cuales, dictaminarán sobre su existencia y obligado cumplimiento.

Para el caso de cumplimiento y satisfacción de deudas, será el cónyuge supérstite el que las cumplirá o dejará satisfechas; y muertos los dos, corresponde tal misión a los albaceas y testamentarios designados.

4.3. LOS LEGADOS CONCRETOS EN FAVOR DE FAMILIARES, SERVIDORES Y CRIADOS

No podía faltar entre las disposiciones sucesorias examinadas la concreción de cláusulas referidas a los legados dejados a sus servidores y familiares. De hecho, ya en el testamento anticipan la

¹³ En otro apartado del testamento, mediante un otrosí, rinde cuentas el Duque, por decirlo de alguna manera, de su cargo de administrador de las encomiendas de sus hijos Fadrique y Diego (condestable de Navarra), durante la minoría de edad de ambos, para dejar constancia y declarar que no viene obligado a recompensarles en modo o manera algunos por las rentas y frutos que gozó por tal administración, ordenando que nada se reconozca en dicho sentido y en la confianza de que aquellos nada reclamarán al respecto.

Otras deudas con terceros son posteriormente reconocidas en el codicilo de 1582 una de ellas contraída con Francisco de Portillo, ascendente a 850.807 maravedís, a liquidar en Madrid con los dineros que le vengan de las Indias el dicho año de 1582, al contado, o bien tras su muerte; y la otra con Luys Neve, lisboeta, pagador de la gente de guerra, por 1.000 ducados que le prestó para el gasto ordinario de su Casa, al que se le debe satisfacer la deuda en Lisboa o donde quisiere, cobrándose su cédula.

fijación de determinados legados en favor de tales servidores y criados mediante los oportunos memoriales y disposiciones particulares, que van a concretarse en el codicilo y memorial, que examinaremos más adelante.

En el testamento se limitan a ordenar a sus sucesores: 1) que guarden y cumplan el «memorial» que anticipan llevarán a cabo, como parte inseparable y complementaria del mismo testamento; 2) que, en todo caso, a los criados que tras su muerte dejen el servicio del ducado y vuelvan a sus casas se les paguen las «quitaciones» que se les deban en tal momento y se les paguen los legados que se dicen: de manera especial es distinguido en este testamento el camarero del Duque, Antonio de Lada, que ya había fallecido, por cuanto sin esperar al memorial u otra disposición sucesoria, ordenan ya que a los herederos del citado Antonio no se les exija cuenta alguna de lo que había recibido de los duques, para el mantenimiento de su cámara, pues confiaban en que fue fiel, leal y correcto en la administración y gestión de la misma, por lo que *...dan por libres y quitos (a los sucesores) de todo lo que fue a cargo y entró en poder del dicho Antonio de Lada;* y 3) a don Fadrique, como sucesor en aquel, le encargan el favorecimiento, entrada en su servicio y buen trato a aquellos de sus criados que, tras su muerte, quieran seguir sirviendo a la Casa de Alba.

En desarrollo de lo ya dispuesto en el testamento y que acabamos de resumir, el duque en el codicilo de 1582, dispone lo siguiente: 1. Lega a su pariente Agustín Álvarez de Toledo —por el amor y cariño que le ha tenido— un diamante, rubí o joya de hasta 500 ducados, para que de su parte lo regale a María, su mujer; 2. Ordena que a su sobrino Hernando de Toledo y Ávila se le siga pagando la pensión de 30 ducados mensuales hasta el fin de su vida, mientras que no disfrute de otra merced del rey igual, sin que sea simple acrecentamiento¹⁴; 3. También ordena se le pague a su sobrino García de Cárdenas una pensión vitalicia de 25 ducados al mes, con las mismas provisiones que a su sobrino Hernando; 4. Ordena determinadas mandas en favor de sus criados, a enumerar en un memorial aparte firmado de su mano¹⁵.

En conclusión, esta parte material contiene cláusulas materiales y económicas que inciden en los destinatarios de la herencia, en la familia del testador y en su entorno, y en los grupos sociales que normalmente han rodeado en su vida a los testadores.

4.4. LAS «CUENTAS» DEL GRAN DUQUE CON LA CORONA REAL

Quejoso siempre el Duque del trato recibido de la Corona imperial en materia de dineros, ya desde junio de 1551, se vislumbra en su testamento la estampa de un hombre semi-arruinado como el César

¹⁴ Eso sí, una vez fallecido, que todo vuelva al mayorazgo. Además, a este sobrino, para ayudarle a pagar sus deudas le dona —por una sola vez— 1.000 ducados (son 375.000 maravedís), suma a detraer y deducir de las primeras remesas de dinero que vengan de las Indias, provenientes de las rentas que su Majestad le concedió en el Perú.

¹⁵ Por poner otro ejemplo, en el primer codicilo acuerda que se pagara a Roque, criado del Prior, su hijo, 100 ducados por el trabajo de enseñar a Hanz, su criado, a limpiar tapicerías. En realidad, es en el segundo codicilo o memorial lisboeta de unos días antes de su muerte, aunque de la misma fecha que el otro, en donde el Duque dota de contenido a la cláusula del testamento en la que se anunciaba el señalamiento de gratificaciones a sus criados y servidores; cláusula reproducida en un capítulo del codicilo otorgado el mismo día ante el escribano Juan de Ocio Salazar.

Del listado numeroso de todos ellos, de su puño y letra, se deduce que no fue cicatero con sus fieles servidores y que además del pago de sus salarios ordenó el pago de dos mensualidades más y otros estipendios (para los que quisieran marcharse de la Casa y dejar el servicio; en terminología actual diríamos que les concede una buena indemnización por despido; mientras que ordena que para los que quisieren quedarse se les mantenga en dicho servicio, ahora de la duquesa y su hijo Fadrique).

¹⁶ Es conocido el contencioso y sus particulares «cuentas» con Carlos V, el cual, curiosamente, también años antes en su testamento de 6-6-1554 mostró su preocupación por este mismo tema. Como ha recordado M. Fernández Álvarez, el emperador reconoció la merced que Carlos V le hizo al Duque de perpetuarle el juro de un millón de maravedís sobre las rentas de

Carlos, su emperador, apesadumbrado por el pago de deudas inevitables, derivadas del empleo continuado y cuantioso de recursos para financiar sus campañas de guerra; y asociado al interés en la recuperación de su patrimonio, en especial el rescate de las rentas reales concedidas por merced de la Corona¹⁶.

En su testamento, don Fernando Álvarez de Toledo realiza varias y muy significativas referencias de los servicios prestados por su linaje a los reyes y la remuneración de los mismos obtenida a cambio.

Una de ellas, parte de la premisa de recordar que Fernando el Católico ya hizo merced en favor del mayorazgo de la casa de Alba de un cuento de maravedís anuales de juro perpetuo, como recompensa y remuneración de los servicios y muerte de su padre don García de Toledo (*...muerto por los ynfieles en servicio de Dios, nuestro señor, y de sus altezas en los Gelbes...*, dice el Duque, en la única alusión a tan luctuoso suceso en el que pereció parte de la flor y nata de la nobleza castellana), y de recordar, también, que Carlos I la confirmó, aunque después la revocó en el sentido de darle un carácter temporal y solo subsistente durante la vida del dicho duque (así lo extrae de las disposiciones del testamento de don Fadrique, su abuelo).

A continuación, el Gran Duque de Alba reconoce que primero su repetido abuelo y luego él mismo cobraron el cuento del citado juro por dicho privilegio, pero, de seguido, señala que al aceptarlo así, *no fue su intención ni voluntad perjudicar en ello a la dicha nuestra casa y mayorazgo, aunque lo pudiera hazer*.

Es más, deja claro que siempre ha tenido y tiene intención de pedir y suplicar a su majestad la renovación y aprobación del cuento con la inicial naturaleza perpetua y, en ese sentido, encomienda a su hijo Fadrique y a los sucesores de este, en defensa de los intereses de la casa ducal, que *...supliquen al rey que confirme esa merced con carácter perpetuo..., pues el juro es de la casa y mayorazgo... y no hubo motivo para revocar la merced, sino nuevos servicios para confirmarla*¹⁷.

La queja y lamento del Duque en estas relaciones con la casa real es evidente, al considerarse desfavorecido, ya que en otros pasajes del testamento insiste en que la revocación no debió hacerse, y que él nunca intentó perjudicar a su casa y mayorazgo, siendo así que no tuvo más remedio que aceptarla; hasta el punto de remitirse a la ya citada cláusula del testamento de Carlos I, en la que consta que en recompensa del juro perpetuo le hizo merced a él de 51 cuentos de ayuda de costa que le situó en Perú, contradiciendo, ahora, el duque que esa merced fue *...en recompensa de los servicios y gustos que hize en la jornada de Alemania y no por otra causa como se dize y reza la cédula de merced de la dicha ayuda de costa sin hazer memoria del dicho juro, ni aver yo entendido que su magestad la tubiese de hazerme la dicha merced en su recompensa, ni jamás aver oído que la dicha merced se hubiese hecho en recompensa hasta que lo ví por la cláusula del dicho su testamento*.

Finalmente, el Duque, en su testamento realiza una petición expresa al rey Felipe II, por la cual, teniendo en cuenta los servicios prestados a su padre, a él mismo, y los que le promete (por *...la recuperación del reino de Portugal...*, para la que ya había sido nombrado capitán general de su ejército), si le sobrevive la duquesa, mire por ella, y sobre todo la favorezca y también haga merced a sus hijos Fadrique y Diego y a su nieto, el marqués de Astorga, hijo de su hija Beatriz.

las Indias, que después de la guerra contra la liga de Schmalkalden y para premiar sus servicios en dicha persona le había con-signado la fabulosa suma de 136.000 ducados sobre las rentas de las Indias (51.000.000 de maravedís), ordenando el emperador que se rasgara el juro que la Casa ducal de Alba venía disfrutando.

¹⁷ Adyacente y precisamente del mismo tenor en la conservación de los privilegios otorgados al mayorazgo, resulta la encomienda al sucesor y sucesores futuros de que pongan mucha atención y cuidado en mantener y ejercer adecuadamente el privilegio (patronazgo) que el papa Paulo IV le concedió, relativo a la provisión de toda la renta eclesiástica de sus estados y señoríos; cesión de la sede apostólica en su favor para la designación de las canonjías, dignidades y otros beneficios eclesiásticos, etc., confirmada por los siguientes papas Pablo V y Gregorio XIII.

En contraprestación, el Gran Duque ruega a su esposa y manda a sus hijos y nietos que sirvan bien al rey, y que sigan su mismo ejemplo y el de sus antecesores. Una vez más, la idea de servicio a la corona se patentiza en el testamento.

Por otra parte, en el primero de los codículos confeccionados en Lisboa se contiene una declaración muy interesante del Duque relativa a su época de gobernador en Flandes, mediante la cual trata de dejar claro que los beneficios obtenidos de su cargo provinieron de su trabajo¹⁸, y que en su comisión de gestión y pago de la gente a su servicio fue cuidadoso con los fondos que recibió del rey, a pesar de lo cual manda se restituya a este la suma de 1.000 ducados.

Y saca la cuenta final de la deuda que según él mantiene el rey, ascendente a 341.000 ducados más la villa perpetua en Flandes, al que le pide formalmente que la liquide con la duquesa, con el fin de que esta y sus testamentarios cumplan el testamento y desempeñen el mayorazgo, al que califica de muy consumido y empeñado. Invoca para ello *...tantas y tan continuas jornadas que he hecho en servicio del emperador Carlos Quinto y del rey Felipe II.*

El lamento del Duque se agranda cuando en otro apartado de esta postrimera disposición sucesoria afirma que desde que salió de su «apartamento» de Uceda¹⁹ para servir al rey en lo de Portugal ya ha gastado más de 80.000 ducados, pagando intereses, sin haber recibido a cambio ningún sueldo o gratificación, por lo que, aunque no sea ya para él, sino para su mujer, pide que la recompense con una merced *...conforme a su cualidad y a la necesidad con que queda para sustentar su estado y casa.*

5. CLÁUSULAS FINALES FORMALES (NOMBRAMIENTO DE TESTAMENTARIOS)

Designan en el testamento un grupo encabezado por familiares y allegados para ejecutar sus últimas voluntades, por la necesidad de nombrar a personas de plena confianza, que se encarguen del total y correcto cumplimiento de tales disposiciones testamentarias.

Los designados son estos: el cónyuge superviviente, Sancho Busto de Villegas (obispo de Ávila), el marqués de Priego, su sobrino el marqués de Velada, el hermano de este, Sancho de Ávila (deán de la iglesia de Coria), fray Cristóbal de Alcalá (General de la Orden de los Jerónimos), los priores de los conventos de San Esteban y San Jerónimo de Salamanca, el guardián de San Francisco de la misma, Agustín Álvarez de Toledo, de su familia, y Pedro Núñez de Toledo, hermano de este último, arcediano de Valencia.

Y como ejecutores testamentarios especiales, de la máxima confianza de los duques, los cuales en el testamento figuran como conocedores de su patrimonio, aparecen, cómo no, su fiel y querido secretario Juan de Albornoz y su contador Juan Patiño, a los que se les da poder para el cumplimiento y pago de lo dispuesto en el testamento y la realización del correspondiente inventario de bienes.

¹⁸ Dice así: *Iten, declaro que quando en Flandes yo tomé a mi cargo el gobierno de aquellos estados el año de mill y quinientos y sesenta y siete, yéndose madama de Parma a su casa me pidió le hiziese pagar el sueldo de governador dellos todo el tiempo que se detuviese en el camino hasta llegar a su casa, y haviéndolo comunicado con los consejeros de su magestad en aquellos estados me dixerón todos que era cosa husada y guardada con todos los gobernadores y así se libró lo que hubo de aver, y de la misma manera me hiziese yo librar lo que me tocó de mi sueldo de governador y capitán general de los dichos estados todo el tiempo que estube en el camino hasta llegar a Madrid y lo cobré; declárola assý para que si en algùn tiempo quisieren poner dificultad en pasarlo en quenta se entienda la rrazón por donde yo me libré el dicho sueldo.*

¹⁹ Como es suficientemente conocido, destierro propiciado por haber contraído don Fadrique, marqués de Coria, matrimonio con su prima María de Toledo, contrariando la voluntad de Felipe II y desairando, a la postre, a Magdalena de Guzmán, con la que se había prometido en 1566, etc.

Pero, cobra especial importancia el papel del cónyuge sobreviviente, con capacidad para ejecutar el testamento del fallecido, con o sin ayuda de los albaceas testamentarios²⁰.

Finaliza el testamento con la tradicional cláusula revocatoria de testamentos y codicilos anteriores y que valga este testamento, o, al menos, como codicilo u otra última voluntad. En el codicilo de Lisboa de 1582 se reproduce la fórmula, ratificando la vigencia de dicho testamento y los añadidos que en el codicilo de Cantillana antes vinieron a establecerse²¹.

6. REFLEXIÓN FINAL

Si el sentido del testamento castellano del siglo XVI estaba encaminado al objeto de alcanzar determinadas prioridades, por un lado, la preocupación por el alma, siendo un salvaconducto para el cielo; por otro, la preocupación por los bienes materiales mediante su correcta y adecuada distribución y reparto entre los beneficiarios del testador, sin duda, el testamento del General de los ejércitos imperiales buscó también ese equilibrio entre lo temporal y eterno, tratando el Duque, con él, sobremanera, el realce y supervivencia a toda costa de su casa y estado tras su azarosa y polémica vida.

²⁰ La lectura del apartado esencial de este documento revela que se deja en manos de determinados testamentarios de la mayor confianza la ejecución de determinados actos y disposiciones, cual, por ejemplo, todo el enterramiento, exequias, etc., con otorgamiento de poderes para la venta de bienes, prescindiendo de los hijos-herederos. Y formulan una petición y ruego especial a los testamentarios de que cumplan bien y fielmente lo dispuesto en su testamento, así como el buen cumplimiento y ejecución de la escritura de donación y aumento de mayorazgo, dado que fueron nombrados para la ejecución de esta última los tres preladados de los tres conventos de Salamanca junto con el marqués de Velada.

En el codicilo de 1582 aumenta el duque la gratificación concedida a los priores de San Esteban y San Jerónimo de Salamanca y al guardián de San Francisco, pues por asistencia a las juntas que tuvieran conducentes a la ejecución de su testamento la sube de 50 a 80 ducados.

A mayor abundamiento, diremos que en dicho codicilo el Duque vuelve a designar testamentarios ejecutores de su voluntad sucesoria y llama al cargo a su hijo, el prior Hernando de Toledo, al marqués de Velada y a Hernando de Toledo (sus sobrinos), al padre fray Cristóbal de Alcalá, al licenciado Pardo, de su consejo, además de los ya designados en el testamento mancomunado de marzo de 1580.

A su vez, nombra secretario de las actuaciones que lleven a cabo sus testamentarios para la ejecución del testamento y codicilo señalados a Alonso de Loaysa; a todos los cuales otorga poderes plenos al efecto, con un solo límite: mientras le sobreviva la duquesa, los testamentarios no podrán usar de estos poderes sin el previo consentimiento de doña María (en verdad la verdadera dueña, para la ejecución libre de las disposiciones sucesorias de su egregio esposo).

²¹ Debemos, en realidad, distinguir entre el codicilo, propiamente dicho y un codicilo o memoria testamentaria, ambos de 21 de noviembre de 1582, siendo indiscutible que constituyen un apéndice complementario, una adición posterior al testamento válido de 6 de marzo de 1580. No suponen, en ningún caso, de una manera clara una revocación parcial o modificación del testamento, porque no se observan incompatibilidades sustanciales de las cláusulas del codicilo y de la memoria testamentaria de noviembre de 1582 con el contenido del testamento de marzo de 1580.

Su contenido, el del primero, es muy amplio, sin embargo, se reconduce fundamentalmente a la ordenación de los legados. La memoria testamentaria es más breve, pero ambos instrumentos debieron ser protocolizados; así el último se hizo por el prior de San Juan, hijo natural del Duque, ante el corregidor de la villa de Alba, en fecha 17 de enero de 1583.



LA RESIDENCIA DEL III DUQUE DE ALBA EN PIEDRAHÍTA

Raimundo MORENO BLANCO
Centro Asociado de la UNED en Ávila

Tras la donación de Valdecorneja a los Álvarez de Toledo en 1366, no tardó la familia en construirse una casa fuerte en la villa, entonces la principal del señorío. De hecho consta que en 1370 el rey Enrique II ya había dado autorización a los señores para llevar a cabo la edificación de su castillo en Piedrahíta, localidad en la que por entonces residían¹. Esta fortaleza se encontraba situada al sur de la población, concretamente en la zona que hoy ocupa el patio delantero del palacio de los duques de Alba, cerca de su entrada principal, como demostraron las excavaciones realizadas a comienzos del presente siglo².

Poco es lo que se conoce de su construcción, si bien parece que tuvo planta cuadrangular con torres circulares en los ángulos, al modo de la del vecino castillo de Barco de Ávila, y que estaba rodeado por una cava de 276,32 m de perímetro³ (Fig. 1). A mediados del siglo XVIII, en enero de 1753, se le describe en el Catastro de Ensenada como un edificio con su interior totalmente demolido, del que solo se conservaban los muros de caja, por lo que se encontraba inhabitable. Se hallaba inmerso en el casco urbano y lindaba con su huerto por el este, calles públicas por el norte y oeste, y pastos comunes al sur. Tenía un frente de treinta y ocho varas -31,73 m- y fondo de cuarenta y media -33,81 m-⁴, con lo que sus medidas serían muy similares a las del mencionado castillo de El Barco que cuenta con 35 m de frente por 39 m de fondo⁵. Probablemente su estructura y materiales tampoco diferirían en mucho de las barcenses, siendo pieza fundamental del sistema defensivo de la villa, junto a las murallas y a la iglesia parroquial.

¹ CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El ducado de Alba: la evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005, p. 158.

² Sobre ellas ver: CABALLERO ARRIBAS, J.; DÍAZ DE LA TORRE, J. y MARTÍN DÍAZ, S., «El castillo de Piedrahíta (Ávila). Una presencia siempre intuida», *Castillos de España*, 126, (2002), pp. 21-30.

³ LUIS LÓPEZ, C., *La comunidad de Villa y Tierra de Piedrahíta en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*, Ávila, 1989, p. 115.

⁴ Archivo Histórico Provincial de Ávila (en lo sucesivo A. H. P. AV.), Catastro de Ensenada, registro seglar, fols. 314-315v.

⁵ GÓMEZ-MORENO, M., *Catálogo monumental de la provincia de Ávila*, 3 vols., Ávila, 2002, I, p. 334.

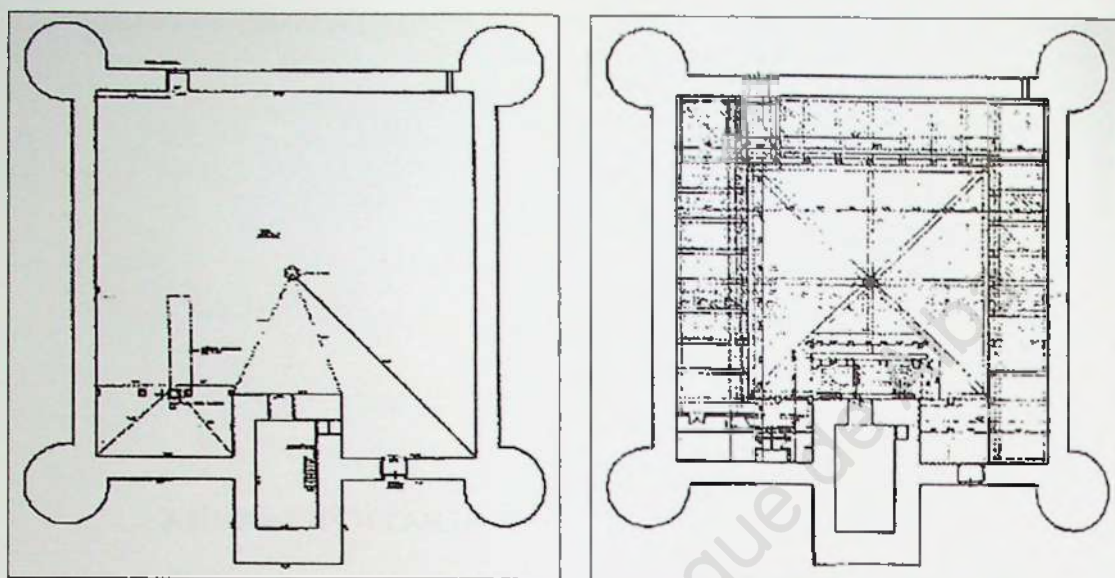


Fig. 1.- Plantas del castillo de Barco de Ávila, según Bretón Dellmans. A la izquierda en su estado actual, a la derecha con una hipotética reconstrucción interior. En su aspecto general debió diferir en poco la fortaleza de Piedrahíta.

Los alcaides de la fortaleza pertenecían a las familias nobles, en especial a los Villapeceñin y Cárdenas en época moderna —estirpe muy ligada a la casa de Alba, ostentando parecidos puestos en otras localidades como Alba de Tormes o Puente del Congosto— y que en muchos casos tomaban el cargo de padres a hijos⁶. Desde el periodo bajomedieval eran nombrados por el titular del señorío, ostentando categoría de regidor y presidiendo el consistorio no estando presente el alcalde mayor o el corregidor. Al generalizarse el nombramiento de corregidores en Piedrahíta, el cargo de alcaide de la fortaleza se unió a él. El periodo de mandato era indefinido, marcando su duración el señor de Valdecomeja. En su nombramiento debían jurar ante el consistorio que no entregarían la fortaleza de no ser por mandato de los Álvarez de Toledo. Quedaban al mando de las tropas y organizaban el sistema de defensa de las torres, antepuertas y foso del castillo⁷.

Al igual que recoge Gutiérrez Robledo para el de Barco, el castillo piedrahitense se incluiría entre los casos en que las fortificaciones no protegen exclusivamente un estado señorial, sino que responden a estrategias más amplias de dominio territorial. Ejemplos de este tipo serían las vías militares protegidas por las atalayas islámicas en Soria, las fortificaciones de centros neurálgicos del reino en la época de los Reyes Católicos (casos como La Mota de Medina del Campo, Simancas o Arévalo), los castillos que aseguraban el control de las cañadas de La Mesta en la meseta sur entre los aliados de los Zúñiga (Miranda del Castañar, Béjar, Plasencia, Valverde de la Vera, Santibáñez de Béjar o Cespiedosa) y los aliados de los duques de Alba (Salvatierra, Coria, Granadilla, Piedrahíta, Barco de Ávila, Aunqueospese, Puente del

⁶ Archivo Histórico Nacional: Sección Nobleza, fondo Castrillo, C. 2. D. 13. Se encuentran más nombramientos de alcaides de la fortaleza entre los siglos XVI y XVIII en el mismo fondo en las siguientes signaturas: C. 2. D. 9 —a favor de Francisco Villapeceñin Tamayo, 23 de mayo de 1565—; C. 2. D. 20 —a favor de Álvaro Villapeceñin, 24 de septiembre de 1599—; C. 2. D. 25 —a favor de Álvaro Villapeceñin, 5 de diciembre de 1657—; C. 3. D. 21 —a favor de Álvaro Villapeceñin y Cárdenas por renuncia de su padre Francisco Villapeceñin, 25 de abril de 1709—; C. 3. D. 37 —a favor de Francisco Javier Villapeceñin y Cárdenas, 28 de julio de 1749—.

⁷ LUIS LÓPEZ, *La comunidad*, p. 254.

Congosto o Jarandilla de la Vera)⁸. Además Cobos y Castro insisten en que los estados de los Álvarez de Toledo se extendían en la segunda mitad del siglo XV por las actuales provincias de Salamanca y Ávila, incluyendo por tanto entre sus posesiones los castillos de Alba de Tormes, El Carpio, Salvatierra, San Felices de los Gallegos, El Barco de Ávila, El Mirón, Castronuevo y Piedrahita⁹.

Para conocer las primeras noticias de la fortaleza piedrahitense hay que esperar hasta comienzos del siglo XV, cuando se la menciona con motivo de un acuerdo fiscal de los pecheros con el duque don García en 1406¹⁰. A mediados de siglo vuelve a aparecer mencionada en distintos documentos con motivo de los secuestros de las villas pertenecientes a los duques de Alba en 1453¹¹; y poco más tarde, hacia 1456, cuando en un reparto en la tierra con motivo de distintas reparaciones en la muralla se habla del vergel del palacio, que estaría situado al sur o al este de él atendiendo a la descripción del Catastro de Ensenada. En la década de 1470 se realizan las primeras obras de reforma en su fábrica, al igual que en los castillos de Barco de Ávila y Alba de Tormes, interviniéndose en este caso en las caballerizas y la despensa¹².

En el siglo XVI, durante el gobierno del III Duque, se hace mención a la huerta del castillo en 1541, año en que se pretendía reparar la conducción de agua que abastecía la fuente de la plaza mayor y que pasaba por ella, para lo que la duquesa dio su permiso siempre que no se «desvaratara cosa alguna»¹³. De la última década del siglo data un documento en el que se nombra «palacio» a la casa de los Álvarez de Toledo¹⁴. Esta simple nomenclatura es un dato relevante atendiendo a la fecha y a las obras que en sus otras fortalezas habían llevado a cabo los duques, con el fin de transformar en palacios renacientes aquellas posesiones que habían nacido como alcázares, dada la falta de funcionalidad para la época de una vivienda de raíz castrense, a lo que se unía sin duda un cierto deseo de ostentación. En este sentido baste recordar las importantes transformaciones que experimenta el castillo de Alba de Tormes desde finales del siglo XV con las intervenciones, entre otros, de Juan Guas, por lo que no parece extraño que algo similar ocurriera en el caso de Piedrahita, si bien en menor medida (Fig. 2). En cuanto al mobiliario interior poco se puede aportar, únicamente se ha conservado un pequeño inventario fechado el 5 de septiembre de 1596 con distintos bienes de la duquesa, algunos de plata, que se encontraban en la fortaleza y que en su gran mayoría eran útiles domésticos. Entre ellos destacaban ocho candeleros grandes y uno pequeño, treinta platos, treinta y seis trinchos, dos jarras de pico, dos braseros de mesa, tres aceiteras, etc., todo de plata¹⁵.

Ya en el siglo XVII, en 1663, se decide por parte del Ayuntamiento reparar las caballerizas que poseía el duque en la villa y que probablemente fueran las pertenecientes al castillo, en las que se guardaban las maderas necesarias para cerrar la plaza mayor en las corridas de toros. Para ello el carpintero Francisco Hernández había de deshacer todos los tejados renovándolos por completo y dejándolos a teja vana, hacer una nueva pared y colocar unas puertas de pino. Por ello el maestro cobraría quinientos treinta reales más

⁸ GUTIÉRREZ ROBLEDO, J. L., *El Barco de Ávila arquitectura y arte*, Ávila, 2004, p. 51.

⁹ COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J., *Castilla y León. Castillos y fortalezas*, León, 1998, p. 31.

¹⁰ AJO GONZÁLEZ Y SAINZ DE ZÚÑIGA, C. M., *Historia de Ávila y de su tierra toda*, vol. V, Ávila, 1994, p. 384: «...el 1 de junio de 1406 «estando en el alcázar» de la villa ante el señor de Valdecorneja, don García...».

¹¹ CALDERÓN ORTEGA, J. M., *Documentación medieval abulense en el archivo de la Casa de Alba*, Ávila, 2000, docs. 38, 40, 43 y 45.

¹² CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El ducado de Alba*, pp. 375 y 393.

¹³ MORENO BLANCO, R. (ed. e int.), *Libro Fandiño, libro nuevo de becerro de la villa de Piedrahita*, Madrid, 2005, fol. 82.

¹⁴ A. H. P. AV. Protocolo 4.783, fol. 174v.

¹⁵ A. H. P. AV. Protocolo 4.793, sin foliar.



Fig. 2.- Castillo de Alba de Tormes, grabado de Paul-Gustave Doré hacia 1862. En la fachada se aprecian los dos pisos de arquerías renacentes con que se transformó la fábrica medieval.

los materiales que le hiciesen falta¹⁶. Cuatro años más tarde se volvía a intervenir en las caballerizas y casas accesorias del castillo. En esta ocasión fueron los carpinteros Juan Ruan y Juan González de la Cruz los que se obligaron a realizar las obras por un total de ciento ochenta reales. Se debían cerrar dos portillos, uno que daba a la calle pública y otro al corral, se habían de poner dos pies derechos para sustento de las cubiertas y recoger el portal y desmontar su escalera¹⁷.

Pese a conocer estas obras en dependencias secundarias, no existen datos sobre el estado general del castillo durante el siglo XVII, si bien hay que pensar que paulatinamente se fue abandonando hasta llegar en estado de ruina a mediados del siglo XVIII. Entonces, se sabe que era un edificio que había perdido por completo su utilidad, terminando de desaparecer con las obras del nuevo palacio de los duques.

Como se ha dicho, volvió en parte a la luz, aunque por breve espacio de tiempo, hace escasos años. Con motivo de las obras de reestructuración del patio de armas del palacio se creyó conveniente la realización de un seguimiento arqueológico de los trabajos de movimientos de tierras que pudieran afectar al subsuelo de un conjunto palaciego de marcado carácter histórico y en el que al decir de los arqueólogos era patente, por las ondulaciones del terreno, que existían restos soterrados.

Las excavaciones dieron como resultado la aparición de paramentos correspondientes a dos momentos históricos distintos bien diferenciados. Por un lado surgió un muro de mampostería de granito trabado con mortero de cal de unos 25 m. de longitud por 1,20 de anchura. En su trazado aparecía un cubo macizo en su interior. Por otro, aparecieron otros dos paramentos que, partiendo desde la puerta principal

¹⁶ Archivo Municipal de Piedrahíta (en lo sucesivo A. M. P.). Legajo sin numerar, cuaderno de villa de los años 1661-1667, notario Francisco Fernández Nogales, sin foliar.

¹⁷ A. H. P. AV. Protocolo 4.947, legajo de 1667-1669, fols. 12-12v.

del palacio, se dirigían hacia el interior con traza ascendente, lo que hizo pensar en una posible rampa. Su fábrica era bastante vasta y sin argamasa por lo que su estructura parecía bastante endeble. Medían unos 8 m de longitud. Al relacionarse estrechamente el primer gran muro con el cubo permitió a los arqueólogos relacionar el conjunto con una estructura de carácter defensivo, lo que unido a la documentación existente sobre la presencia de un castillo hacía que se valorase lo excavado como vestigios de tal conjunto. Las restantes estructuras, cuya fábrica y situación eran claramente diferentes, se pensó que correspondían a un momento posterior, relacionado con la obra del palacio del XVIII.

El seguimiento de los muros no se pudo realizar completamente ya que las amplias dimensiones de estos excedían el solar objeto de la intervención, lo que imposibilitó conocer en su totalidad la planta del castillo y su relación con la muralla, si bien fueron apareciendo otros restos relacionados con la fábrica de este edificio y del posterior palacio, incluyendo una galería subterránea.

En el transcurso de las excavaciones surgieron dos torres (Fig. 3). El primer torreón aparecido contaba con una longitud de este a oeste de 5,05 m por 4,50 de norte a sur. Se rebajó en él una potencia de terreno de 60 cm pudiéndose verificar cómo hasta esa cota se trataba aún del alzado mismo y no de cimentación. Su orientación era ligeramente de noreste a suroeste, estaba construido con mampostería dispuesta a espejo y revocada parcialmente con mortero de cal. La segunda torre era de mayores dimensiones, también orientada de noreste a suroeste y medía 6,70 m, mientras que el lado opuesto era de 7,10 m. En este caso sólo se rebajaron unos 50 cm tratándose igualmente de alzado y no de cimentación todo lo aparecido. Su fábrica era de mampostería de granito ligada con mortero de cal, aunque en este caso al interior tenía partes huecas rellenas con tierra, como lo que pareció el hueco de una escalera de caracol. También existía otra zona vana en torno a otra estructura rectangular que avanzaba desde el noroeste y que englobaba de forma circular el torreón. Podría tratarse de otra escalera de caracol (Fig. 4).

En suma, y como ya entonces se apuntó, destaca el buen estado de conservación de los restos del castillo, pudiéndose seguir su planta a la perfección así como la disposición de sus diferentes elementos. Hay que tener en cuenta que no se excavó a bajas profundidades ni en lo que sería la zona interna, por lo que cabe esperar que una excavación más exhaustiva aclarase en buena medida todas las interrogantes que aún se ciernen sobre la construcción medieval.

Tras esta exhumación cabe replantearse la situación de la fortaleza con respecto a las murallas, teniendo en cuenta que los estudios realizados hasta la fecha no pudieron contar con la información de primera mano que esta ofrece¹⁸.

¹⁸ Del origen y reformas de las murallas hasta el siglo XVI han escrito distintos autores:

AJO GONZÁLEZ Y SÁINZ DE ZÚÑIGA, *Historia de Ávila*, V, pp. 381-425.

– *Historia de Ávila y de su tierra toda, de sus hombres y sus instituciones, por toda su geografía provincial y diocesana*, VI, Ávila, 2000.

LUIS LÓPEZ, C., *Colección documental del archivo municipal de Piedrahita (1372-1549)*, Ávila, 1987.

– *La Comunidad*, pp. 51-80. De especial importancia.

– *Catálogo del archivo municipal de Piedrahita (1372-1500)*, Ávila, 1989, docs. 96, 117, 166, 185, 229, 235, 243, 249, 272, 330, 354, 357, 557, 570, 597, 600, 665, 729, 730, 894, 929, 939, 944.

– *Catálogo del archivo municipal de Piedrahita del siglo XVI (1501-1530)*, Ávila, 1989.

– «Las fortificaciones urbanas bajomedievales abulenses: el ejemplo de Piedrahita», en GUTIÉRREZ ROBLEDO, J. L. y NAVASCUÉS PALACIO, P. (eds.), *Actas del primer congreso de medievalismo y neomedievalismo en la arquitectura española*, Ávila, 1997, pp. 207-215.

– «El señorío de Valdecomeja», en SER QUIJANO, G. DEL (coord.) *Historia de Ávila III*, Ávila, 2006, pp. 317-319.

SANTOS CANALEJO, E. C. DE, «Piedrahita, su Comunidad de Villa y Tierra y los duques de Alba en el siglo XV», *En la España Medieval*, V, (1986), pp. 1.145 y 1.151.

– *La historia medieval de Plasencia y su entorno neohistórico: la sierra de Béjar y la sierra de Gredos*, Cáceres, 1986, pp. 129-132 y 140.



Fig. 3.- Restos del castillo de Piedrahita exhumados en las excavaciones realizadas en el año 2000.



Fig. 4.- Vista de los restos desde el sureste. En primer plano se aprecia una de las torres circulares que se disponían en los ángulos, al igual que en los castillos de Barco de Ávila y Alba de Tormes (Fotografías de Jesús Caballero, Jorge Díaz y Santiago Martín).

El primer trazado de la muralla piedrahitense formaba una figura cuadrangular cuyos lados menores quedaban dispuestos a norte y sur con un perímetro de unos 1.250 m, delimitando en su interior una extensión de 11,5 hectáreas aproximadamente¹⁹. Al igual que en el caso de Barco de Ávila la formaban muros no muy altos y estaba construida con materiales que fácilmente se encontraban a pie de obra: una tosca mampostería con la que se mezclan piezas más grandes y ripio, todo rejuntado con mortero de cal que también llagueaba las juntas, a excepción de las puertas donde se debía emplear, al menos en partes, la sillería a juzgar por las hiladas que se conservan en los restos de las puertas de Barco y de Ávila.

En el momento de su construcción estaba almenada y no contaba con torreones más que en los accesos, con lo que su primera imagen debió ser bien sobria y desornamentada. En los ángulos del cuadrilátero se abrían las distintas puertas, dando salida a los caminos que unían la villa con Ávila, El Mirón, La Horcajada y El Barco, quedando remetidas de la línea de defensa a fin de poder acosar por la espalda al enemigo. De la de El Barco se han conservado algunos vestigios en forma de varias hileras de sillares que debieron pertenecer al apeo norte de uno de sus arcos, repitiendo la fábrica de la puerta de El Ahorcado en la cerca barcense. El mismo tipo de materiales se debieron emplear en la puerta de Ávila, mampuesto para los cubos y sillería para los arcos y jambas, a la que igualmente parecen pertenecer algunos sillares que se encuentran en su antigua ubicación, aunque en este caso pertenecerían al apeo sur. En opinión de Luis López, a estas se unía un postigo en el lienzo occidental, que identifica con el existente en la actualidad junto al claustro de la parroquial.

Según prueba documentalmente el mismo autor, en el siglo XIV se abriría en el lienzo meridional la puerta Nueva de la villa que unía la plaza mayor con el castillo de los duques por medio de la calle de la Fortaleza. Justificaba la situación extramuros del castillo de los Álvarez de Toledo por la frecuencia de las rebeliones ciudadanas en los siglos XIV y XV de las que los señores habían de protegerse. Anteriormente De Santos Canalejo no citaba la mencionada puerta Nueva y, según el plano que ofrece de la población, supone intramuros la residencia de los señores de Valdecomeja²⁰, a diferencia del anterior.

Ambos autores, basándose en el plano de Coello, coinciden en que el lienzo meridional arrancaría formando un arco hacia el sur desde ambos vértices. Para los dos se repite el trazado cerca de la puerta de Ávila, siguiendo por el sur la manzana en que actualmente se encuentran varias viviendas, con fachada a la calle Somoza, y que se interrumpe en las proximidades del patio delantero del actual palacio. A partir de allí De Santos incluye el castillo en el perímetro amurallado y Luis López continúa con un arco de curva homogénea hasta la puerta de Barco situándolo fuera del recinto. Efectivamente, por los restos que se han conservado el lienzo parece continuar dibujando esta curva, ya que se aprecian restos desde la Torre del Reloj, frente al paredón del palacio, siguiendo la trasera de las viviendas y yendo a parar a la mencionada puerta.

Con la exhumación de los restos del alcázar quedó definida su posición exacta, si bien no se resolvió el problema de la relación con las murallas debido a que la excavación se ciñó a una porción del recinto del patio, perdiéndose con ello una magnífica oportunidad para conocer el trazado completo del lienzo sur. Observando la zona mediante fotografía aérea, y a la espera de una nueva y más amplia intervención arqueológica, todo parece indicar que si se acepta como parte del trazado la zona próxima a la puerta de Ávila y como continuación los restos cercanos a la de Barco, la cerca debía ser tangente a la fortaleza al igual que sucede en Barco de Ávila o Alba de Tormes como ejemplos cercanos

¹⁹ El dato es de LUIS LÓPEZ, *La comunidad*, p. 88. Félix Benito Martín la reduce a 9 hectáreas en *La formación de la ciudad medieval*, Valladolid, 2000, p. 110.

²⁰ SANTOS CANALEJO, «Piedrahita, su Comunidad», p. 1.151.

de entre otros muchos, salvo en el caso de que los muros trazaran un brusco quiebro que a priori no parece probable (Figs. 5 y 6).

Por tanto esta disposición tangente no sería anómala en la región ni en las construcciones de la familia Álvarez de Toledo, como se ha visto, corroborando además la idea de Cobos y Castro de que los castillos construidos ex novo sobre villas previamente fortificadas buscaron a menudo engarzarse en la muralla, no tanto para reforzar las defensas de la villa como para disponer de la posibilidad de entrar y salir del castillo de forma independiente²¹. Igualmente no contradice esa posición las palabras de Quadrado: «Cerraba entre las dos puertas el recinto y constituía su testera el alto alcázar...»²².

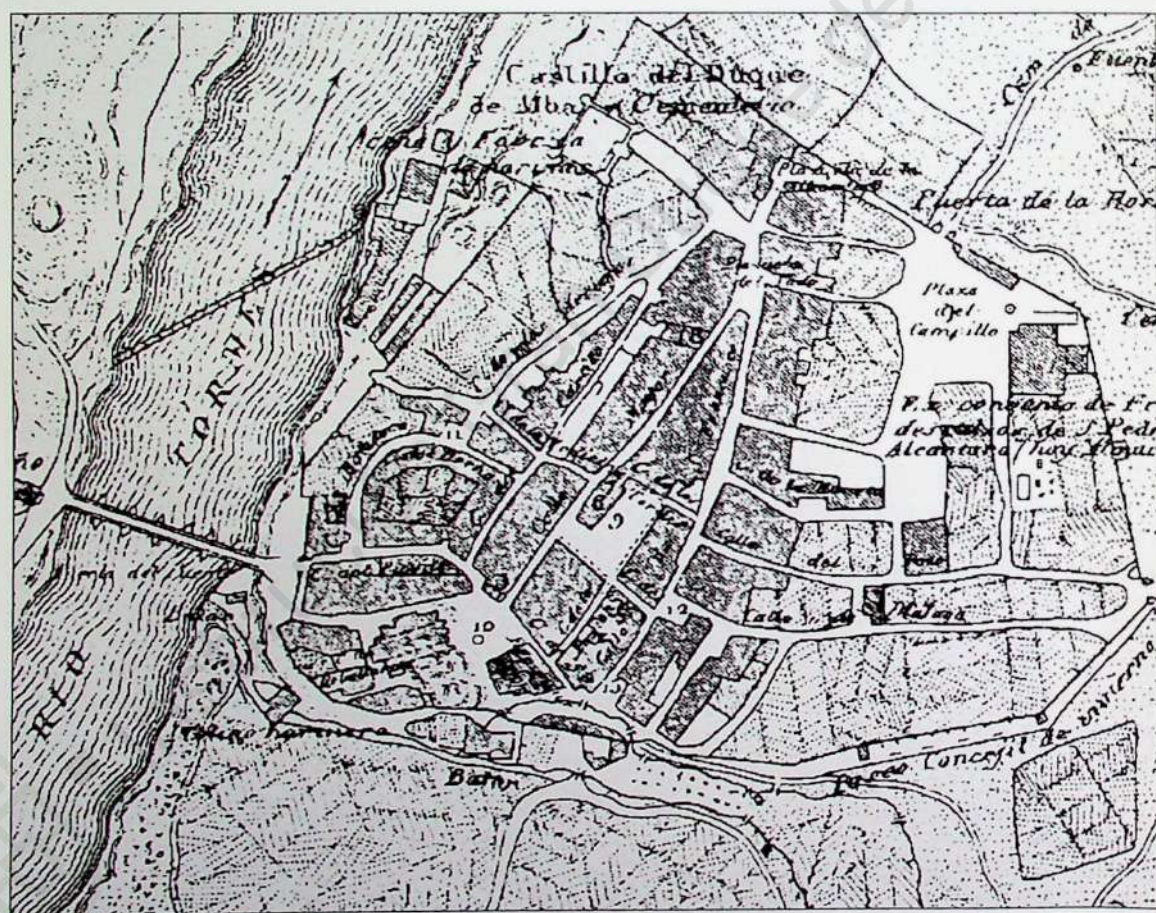


Fig. 5.- Plano de Barco de Ávila de Francisco Coello realizado a mediados del siglo XIX, donde se muestra la disposición tangente de la fortaleza con respecto a la muralla.

²¹ COBOS y CASTRO, *Castilla y León: castillos*, p. 26.

²² QUADRADO, J. M., *Salamanca. Ávila, Segovia*, edic. facsimil, Barcelona, 1979, p. 471.



Fig. 6.- Dibujo de A. Van den Wungaerden de Alba de Tormes (c. 1570) en que se observa cómo la muralla alcanzaba el castillo de los Álvarez de Toledo.

 Institución Gran Duque de Alba

VIAJE DEL GRAN DUQUE HACIA SU REPOSO FINAL EN LA CIUDAD DE SALAMANCA Y SEPULTURA

Antonio OSUNA FERNÁNDEZ-LARGO
Profesor de Universidad jubilado

Cuando el duque Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, recibió el mandato real de ponerse al frente de un ejército que hiciera valer en Portugal los indiscutibles derechos sucesorios de Felipe II a aquella corona, y antes de recibir la investidura de capitán general de la expedición, tomó la decisión de otorgar, junto con su esposa doña María Enríquez de Toledo, de la que se despedía antes de emprender la batalla y a la que no volvería a ver, testamento cerrado en Alcalá de Henares el 6 de marzo de 1580. El Duque y su esposa dejaban establecido que su sepulcro sería el convento de San Esteban de Salamanca. El matrimonio se obligaba a ayudar a dar fin a las obras de la iglesia al menos con veinte mil ducados y expresaba su voluntad de ser ambos enterrados en la capilla mayor de este convento, disponiendo que sus cuerpos fueran llevados a ella desde cualquier lugar donde les sorprendiera la muerte. Estando después el duque gravemente enfermo en Lisboa y sintiendo su muerte cercana, redactó un codicilo el 25 de noviembre de 1582, reiterando ese mismo deseo y donaciones de sus bienes. Murió el duque el 11 de diciembre acompañado en su lecho por su hijo bastardo Hernando de Toledo, pero con el dolor de no ver a su querida esposa, que por entonces ya padecía grave dolencia. Esta le sobrevivió solo once meses. Y antes de morir también otorgó codicilo confirmando las anteriores donaciones y dejando al convento obras de arte y valiosas joyas, como la rosa de oro regalada por el papa Paulo IV, para así compensar la enemistad e inquina que este Papa siempre había mostrado con los españoles.

Sin embargo, el cumplimiento de las últimas voluntades se retardó varios años. Había varias dificultades: estaban por terminar el presbiterio y el cimborrio de la iglesia, no era fácil consensuar el patronato de las nuevas capillas del crucero con las familias, como los Bonal, Anaya y Limoges, que tenían derechos adquiridos en la anterior iglesia y había que dar forma jurídica al patronato que la casa de Alba pretendía sobre toda la iglesia.

En 1619 las cosas habían mejorado: la iglesia estaba terminada, se disponía de una cripta amplia sobre la que ninguna otra familia tenía derechos adquiridos y el convento tenía un interlocutor de la

casa de Alba en muy buenas disposiciones. Este era don Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont, nieto del Gran Duque y que en la dinastía ostentaba el título de V duque de Alba. Acudió al prior de San Esteban mostrando su deseo de dar cumplimiento a los testamentos del Gran Duque y su esposa, al mismo tiempo que instaurar el patronato de la casa de Alba sobre la iglesia.

El traslado de los restos del duque y sus familiares a la iglesia de San Esteban constituyó una efeméride notable en la historia de la ciudad de Salamanca y un acontecimiento que marcó indeleblemente el convento de San Esteban, cuyos historiadores dieron fe minuciosa de ello. Creemos de interés sacarlo ahora a luz en el año del centenario del Gran Duque para recuerdo de todos los salmantinos¹.

El duque don Antonio se dispuso a cumplir la cláusula del enterramiento de su abuelo el Gran Duque, que encontró en él «fácil expedición», como reconoce el prior en una carta. El mediador y organizador de los fastos de la sepultura fue el prior de San Esteban. El duque de Alba y condestable de Navarra despachó cédulas convocando las autoridades de las villas adonde se extendía el señorío de la casa: Alba, Valdecorneja, Piedrahíta, Barco, marquesado de Coria, condado de Salvatierra, señorío de Saelices y el extenso terreno de Granadilla. No hubo tiempo para invitar a vasallos de Huéscar ni de Lerín. El prior fue encargado de tramitar la petición al cabildo de Salamanca para que autorizase el acto de sepultura y, tras su petición, ofrecer la iglesia de San Esteban para todos los actos de sepultura y funeral. También tramitó la invitación ducal a las autoridades de la ciudad, quienes designaron como representantes oficiales a todas las ceremonias a don Diego Pareja, corregidor elegido de la villa, y a los comisarios don Rodrigo Godínez y don Diego Moreta Maldonado.

El día escogido para este acontecimiento fue el miércoles 13 de noviembre de 1619. En el monasterio de San Leonardo de Alba se prepararon las urnas funerarias para trasladarlas a Salamanca. Los restos del Gran Duque don Fernando habían sido traídos desde Lisboa y estaban colocados bajo un dosel de brocado morado en el lado de la epístola del presbiterio. En la pared frontal su viuda había colgado el retrato de Tiziano, que hoy todavía podemos admirar en el palacio de Liria. Abrieron la caja delante del duque para que certificara el hecho y él tuvo un gesto de respeto y honra a los restos de su abuelo. La caja estaba forrada por dentro de tela de carmesí y, al exterior, de rico brocado con una cruz bermeja. A continuación se preparó la caja de su esposa, doña María Enríquez, hija de los condes de Alba de Aliste, que había sido sepultada en las gradas del altar mayor, bajo el dosel del duque, su marido. Sus huesos se depositaron en una caja revestida de carmesí que metieron en otra mayor. Una tercera caja, similar a la anterior, se preparó para los restos de la madre de don Antonio, doña Brianda de Beaumont, condesa de Lerín, que, por ser hija única y heredera del condestable de Navarra y conde de Lerín, añadió estos títulos a la casa de Alba que se acumularon por primera vez en don Antonio. Una cuarta caja se preparó para la esposa de don Antonio, doña Mencía de Mendoza Enríquez de Cabrera, recientemente fallecida y cuyos restos no habían sido corrompidos todavía por las humedades invernales ni el duro estío de las tierras castellanas, a pesar de que en su testamento prohibió que se la embalsamara con mirras y áloes. Don Antonio hubiera deseado llevar también a su

¹ El historiador que más detalladamente nos transmitió aquel acontecimiento es BARRIO, J., *Primera parte de la Historia del Convento de San Esteban de Salamanca*, en *Historiadores del Convento de San Esteban de Salamanca*, ed. Justo Cuervo, Salamanca, 1914, II, cap. LI, pp. 826-835. Esta historia está escrita en el primer tercio del siglo XVIII y es de gran precisión y esmero en sus datos y está redactada a modo de historia analítica. En lo referente a este tema dice haber copiado una detallada Memoria del traslado de los restos del Duque que se conservaba en el convento, pero que luego se perdió. Un relato también amplio está publicado en *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXXV, Madrid, 1859, pp. 361-378; *Noticia de la translación del cuerpo del duque de Alba desde el convento de San Leonardo de Alba de Tormes al de San Esteban de Salamanca*. Es la edición de un manuscrito encuadernado en pergamino, existente en la Casa de Alba. Los datos que aporta son los mismos que los de José Barrio y en muchos párrafos coinciden literalmente, lo cual convence de que está redactado teniendo a la vista el mismo texto que usó Barrio. También hay una escueta narración de los hechos en VILLAR Y MACÍAS, M., *Historia de Salamanca*, Salamanca, 1887, II, pp. 506-511.

padre, don Diego de Toledo, pero encontró mucha oposición por parte de quienes habían sido sus vasallos y a quienes había engrandecido con los estados y el escudo de Navarra.

Tras la misa solemne en el monasterio jerónimo de San Leonardo, oficiada por los monjes del monasterio reforzados con los que llegaron del convento de N.^a S.^a de la Victoria en Salamanca, a la una de la tarde hora solar de aquel memorable día se puso en camino la comitiva. El duque iba acompañado de su hijo don Fernando, del conde Ayala, de don Antonio de Toledo, de don Pedro de Toledo y de muchos caballeros salmantinos de noble estirpe. Los protegía la casa del duque compuesta de casi doscientos vasallos en pleno: los pajes con sotana y una chía colgando de los hombros y los criados de luto con loras y la chía sobre la cabeza. La presencia de las órdenes religiosas beneficiadas por el duque se dejaba destacar. Ante todo, los dominicos habían enviado representantes hasta un número de setenta de los conventos del patronazgo de los Alba: San Esteban de Salamanca, Piedrahíta, Santa Catalina de la Vera, San Juan de Letrán de Saelves. Pero también de las órdenes y conventos de jerónimos y de franciscanos de Alba y de San Francisco de Salamanca. Al final de la comitiva iban las cuatro cajas mortuorias cargadas sobre acémilas conducidas por pajes de a pie y con cuatro hacheros en las esquinas de las andas con sus hachas encendidas. El cuerpo del Gran Duque iba cubierto de las insignias y estandartes de sus proezas y acompañado de dos caballeros: don Antonio de Toledo con el estoque sobre el hombro y don Pedro de Toledo con el capelo ducal, ambas insignias pontificias con las que le honró en vida el santo papa Pío V. Tras el cuerpo, un paje portaba el estandarte de Capitán General que era el título ostentado en vida.

La inusitada comitiva inició su camino por la ribera y, rodeando la villa de Alba, cruzaron el puente hacia Salamanca. Caminaban en silencio, con el ánimo embargado de respeto y honra a los restos que portaban. Al frente de la comitiva iba el duque don Antonio sobre un caballo de color blanco y de riguroso luto. A las cinco y media de la tarde cruzaron el puente romano y subieron la rampa hasta alcanzar la puerta del Río. Allí fueron recibidos por las autoridades de la ciudad presididas por su corregidor don Diego Pareja, acompañado de alguaciles, escribanos, porteros y demás oficiales. Se convino que la comitiva había de entrar por la puerta de Zamora, pues por allí pasaban los reyes en sus visitas a la ciudad. Se encendieron muchas hachas, que, unidas a las del cortejo, pasaban de doscientas, dando así a la comitiva una visión de reguero de luz en medio de una noche oscura, como corresponde a esa altura de tiempo en estas latitudes. Las campanas de más de setenta iglesias repicaban a plena potencia y hacían sobreceder el paso de la fúnebre comitiva que cruzó la plaza del Mercado, calle de Sordolodo, torció por la Rúa a la calle de Albarderos e hizo alto en la parroquia de San Adrián, iglesia gótica de la que hoy nada queda. La comitiva recorría el camino zigzagueando por tortuosas calles y altibajos del terreno. Muchos de los asistentes pensarían en sus adentros que todo aquello era otorgar al Gran Duque una entrada triunfal que se le había hurtado tras la victoria en Portugal —no sin culpabilidad del celoso rey Felipe II— en vida y después de muerto.

Hacía ya tiempo que en la plaza anterior al convento de San Esteban esperaba la comunidad dominicana en pleno tras la cruz y acólitos. En ese atrio, descendiendo de San Adrián y entre Santa María y las Dueñas, se juntó lo más granado del brazo seglar y el eclesiástico, que como dice un cronista, «si están unidos tienen subidos quilates y mutuamente se hermosean». El brazo eclesiástico se componía de setenta y cinco prebendados, diez dignidades, veintiséis canónigos, veintinueve racioneros, veinticinco capellanes y veinticinco mozos de coro. Los capellanes llevaban sobrepelliz, los prebendados capas de oro y, al frente de todos, el obispo don Francisco de Mendoza y Guzmán con pluvial y mitra dorada. Mucho dinero tuvo que gastar el duque para costear los servicios de tanto personal cualificado.

A todos los recibió la comunidad de religiosos dominicos de San Esteban. Aquellos frailes desbordaban de gozo, no obstante celebrar un funeral, y su prior creía que con esta ceremonia en honor de la

casa de Alba se terminaban largos años de desencuentro con sus titulares y en adelante se podía esperar mucho del nuevo patronazgo de la casa sobre el convento, aunque en esto se equivocaba no poco.

Quedaba todavía la mayor sorpresa de aquel memorable día. Hacia las ocho y media de la noche, y ya en total oscuridad, se abrieron las puertas de la iglesia de San Esteban y apareció en toda su majestuosidad el grandioso catafalco levantado en el crucero de la nueva iglesia, que brilló en todo su esplendor al encender los hachones y velas «hasta poner en duda la intensa claridad del día», como dice un relator de aquella efeméride, sacando rayos deslumbrantes de los negros crespones del mausoleo. En aquel día se consumieron dos mil seiscientos veinticinco libras de cera en hachas y velas de a libra. Tamaño conjunto de luces brillando hacía que el catafalco pareciera una montaña iluminada desde la falda hasta la cumbre. El monumento había sido levantado siguiendo el plano ofrecido por el ensamblador Antonio González Ramiro, quien desde hacía tiempo había trazado un dibujo minucioso de un mausoleo ideal, pero que nadie se había atrevido a ejecutar por lo costoso de la obra, ni siquiera el mismo rey en las variadas ocasiones de celebrar funerales de reinas o príncipes, pues en Madrid no había iglesia con suficiente capacidad. Consta el catafalco de un tablamento de ocho pies de alto que ocupaba casi el mismo espacio de la base del cimborrio dejando solo unos pasillos laterales para los ministros. Sobre el tablado se levantó el túmulo de noventa pies de alto y treinta y seis de base. Se componía de tres cuerpos o pisos escalonados. Los grandes ventanales del crucero y del cimborrio se cubrieron de crespones negros para que la misma luz apareciera enlutada. Las paredes no pudieron cubrirse, pues no había tela suficiente, pero la misma blancura fría de sus paredes ya era un modo de luto, ya que el blanco era también de antiguo color de luto en España. Todo el conjunto produjo una honda y duradera impresión en los presentes, pues se trataba de un entramado «que pedía largos años para gozarse y portentoso para solo un día». Pero muchos ni tan siquiera un día pudieron gozar tan refulgente belleza, pues la iglesia se abarrotó de personas y muchos quedaron fuera; incluso las verjas que separaban el crucero de la nave central se tambaleaban por el empuje de los asistentes y «se estremecían algún tanto» por la carga que hacía la gente, por lo cual tuvieron que intervenir el corregidor y los alguaciles despejando a la gente y poniendo orden. En el primer cuerpo, al que se ascendía por ocho gradas, estaba puesta una mesa cubierta de brocados y terciopelos negros, en la que se depositaron las cuatro cajas.

La ceremonia de la sepultura definitiva fue extraordinariamente solemne dentro de su severidad. El coro de los prebendados se situó en la parte del crucero separado por una barbacana; el pueblo seguía la ceremonia a sus espaldas «como es razón que esté el brazo secular respecto al eclesiástico». El duque don Antonio al llegar al presbiterio admiró el catafalco y subió acompañado por la regia escalera denominada hoy de Soto, hasta el balcón o tribuna en el crucero y, tras una celosía y sentado en un sillón forrado de terciopelo, siguió la ceremonia con los ojos cargados en lágrimas y llanto irreprimido. El coro cantó la vigilia solemne con responsorios en música polifónica que duró hora y media. Al terminar esta, el señor Obispo procedió al entierro. Se hizo entrega de los cuatro ataúdes al P. Prior levantando acta y, a continuación, estos y los restos del dominico cardenal Juan Álvarez de Toledo, que hacía tiempo habían sido traídos desde Roma donde falleció, se bajaron por una puerta situada en el lado del evangelio y por la que se descendía a la cripta donde fueron depositados. El cardenal Juan de Toledo había fallecido en Roma el 15 de septiembre de 1557, a los 67 años de edad. En su testamento había dispuesto ser enterrado en la iglesia de San Esteban de la que era fundador. Tras el responsorio acostumbrado y al último «Amén», se cerró la puerta.

Es costumbre afirmar en los sepelios de personajes ilustres que aquel día se dio reposo eterno a sus restos. Y esto se afirmó también en el sepelio del Gran Duque, pero, una vez más, la historia dio el mentis a ese tópico. Ofrecemos a continuación la historia de las vicisitudes del sepulcro del Gran Duque cuyos restos nunca salieron ya del convento en que quiso descansar hasta el final de los tiempos.

Los restos del Gran Duque y sus cinco familiares fueron depositados en la cripta debajo del presbiterio recién terminada por aquellas fechas. En 1622 don Antonio Álvarez de Toledo, el V duque que había dado sepultura allí a su esposa y madre, hizo escritura de patronato sobre la capilla mayor y asignó una renta de 500 ducados anuales —que se añadían a los otros 500 ducados de contribución de su madre— para que en el espacio de cuarenta años se construyera el retablo del altar mayor y una capilla en la cripta para que allí pudieran celebrarse misas por los difuntos. Lo importante de aquella escritura es que en su virtud la casa de Alba adquirió el patronato del convento y no solo de la capilla mayor y del crucero, que era lo único que contemplaban los contratos efectuados tras la muerte del Cardenal².

Pasaron más de cincuenta años hasta que el prior de la casa, fray Gonzalo Mateo, al tiempo que José Churiguera estaba levantando el admirable retablo que hoy podemos contemplar, contrató dos maestros de cantería para hacer de nuevo la cripta o bóveda para los enterramientos debajo del altar, que tendría unas dimensiones de 26 pies de largo por 10 de ancho y la bóveda de medio cañón de ladrillo. La cripta tenía una novedad, que era el acceso a través de dos puertas de sillería, una al lado de la epístola y otra al lado del evangelio. Se elevaban hasta la altura de la base del altar y su frente y las jambas estaba cubiertas de madera con hojas en armonía con la decoración vegetal del estilo de las volutas del retablo. Su autor era el mismo José de Churiguera. Las gradas de piedra que se hicieron nuevas para el retablo se recortaban en sus extremos para dar acceso a las puertas. El conjunto era un acierto, pues contribuía a dar formas redondas al espacioso presbiterio y confería esbeltez al mismo retablo, como puede apreciarse en las fotos que se conservan del presbiterio. Las puertas estaban coronadas por dos estatuas de los mártires San Lorenzo y San Esteban. Son hechura posterior de Luis Salvador Carmona. Estas son lo único que actualmente se conserva en dos nichos abiertos en las paredes laterales del presbiterio. La obra de la cripta, el suelo y las dos puertas de ingreso parece que se terminó el 12 de septiembre de 1692 y su coste ascendió a 6.966 reales, que sufragó el P. fray Pedro de Mantilla, confesor de Carlos II, y a cuyos buenos oficios se debía la venida de la familia Churiguera a Salamanca, que tanto esplendor daría con sus obras a esta ciudad³.

Casi dos siglos después, con ocasión del IV Centenario del Descubrimiento de América, la ciudad de Salamanca revivió todos los acontecimientos en que la ciudad ejerció algún protagonismo en aquella gesta. Entre ellos, estaba el apoyo que los religiosos del convento de San Esteban habían prestado a Cristóbal Colón para que prosperara su proyecto, notoriamente a través de su prior, fray Diego de Deza. Estos acontecimientos hicieron que la casa de Alba recordara también la presencia de los restos del Gran Duque en dicho convento y tomara la iniciativa de hacer un monumento sepulcral para albergar especialmente sus restos. La obra se llevó a cabo merced a los oficios de don Carlos María Fitz-James Stuart y Portocarrero, que ostentaba el título de XVI duque de Alba y IX duque de Berwick, personaje muy presente en la corte de Alfonso XII y asiduo también de la corte de Inglaterra, que ocupó también escaño en el Parlamento como grande de España. Estaba casado desde 1877 con doña María del Rosario Falcó y D'Adda, XXI condesa de Siruela, quien con gran probabilidad fue quien impulsó la iniciativa de engrandecer la memoria del Gran Duque.

El arquitecto encargado de levantar el monumento sepulcral fue el marqués de Cubas. El mausoleo se construyó en 1893. Era de mármol y figuraba un arcosolio gótico terminado en flecha y adornos laterales inspirados probablemente en los contrafuertes de la iglesia. El frontispicio constaba de

² Así lo afirma el historiador José Barrio: «El patronato, con todo, se venía a reducir a la capilla mayor y crucero, a que aún en este tiempo no se había dado debida perfección. Finalmente, por los años 1622 se dio el patronato de todo el Convento a estos Señores con esta ocasión». *Historiadores del convento de San Esteban*, II, p. 713, n. 9.

³ Cf. sobre estos detalles de la construcción del retablo: RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A., *La iglesia y el convento de San Esteban de Salamanca*, Salamanca, 1987, pp. 68 y ss.

un arco rebajado al que se superponía un arco conopial. Del arco en su interior colgaban adornos angrelados. El arcosolio estaba flanqueado por dos columnas terminadas en pináculos y sustentando estatuillas que representaban las virtudes cardinales bajo doseletes de encaje. La parte alta de las columnas estaba enlazada por una cornisa con un decorativo trazado de malla que cierra el mausoleo a modo de conopeo. En el interior del arco iba el sepulcro apoyado en dos perros guardianes y con el epitafio en caracteres góticos del duque y sobre él el galero y el estoque de general imperial, que le habían sido concedidos por el Papa. Por encima y en la misma pared estaban grabados los escudos del duque y la duquesa presididos por la corona ducal y rodeados del toisón de oro. En dos columnas a los lados de los escudos se leían los nombres de las grandes batallas y conquistas realizadas por el Gran Duque: Fuenterrabía, Hungría, La Goleta, Túnez, Rosellón, Ingoldstadt, Mühlberg, Milán, Nápoles, Cívitella, Ostia, Bruselas, Groningem, Mons, Harlem, Alcántara y Lisboa. El conjunto del mausoleo resultaba ecléctico y arcaizante y no homogéneo con el resto del presbiterio, aunque esto fuera de menor importancia.

El sepulcro se erigió a expensas de la casa de Alba. Estaba colocado en la pared del lado del evangelio del presbiterio de la Iglesia, cerca de la puerta de entrada a la cripta donde hasta ese momento habían estado sus restos y al lado de la puerta de entrada a la capilla de las reliquias. Se inauguró oficialmente el sábado 8 de junio de 1895. Presidieron el duelo el duque de Alba, que vestía el hábito de Calatrava, los duques de Tamames y Montellano y el marqués de la Mina. Asistieron como invitadas las autoridades civiles del Gobernador, la Universidad, el Instituto, el Ayuntamiento, Diputación, y autoridades militares, nobles irlandeses, clero y demás representaciones. También estuvieron presentes las autoridades eclesiásticas y no faltó la prensa local. Todos ellos ocupaban puestos en el crucero delante de la verja y en bancos en forma de coro mirando al presbiterio. Tras la verja asistió numeroso público que siguió con atención la ceremonia. La duquesa de Alba y la vizcondesa de Bahía Honda tenían unos reclinatorios en el presbiterio enfrente del panteón.

En la ceremonia se llevaron los restos del Gran Duque de la capilla contigua de las reliquias, a donde habían sido trasladadas desde la cripta, y se depositaron en el nuevo mausoleo. El acto de inhumación de los restos del Gran Duque estuvo presidido por don Carlos María Fitz-James Stuart, que vestía el hábito de Calatrava. En la ceremonia la capilla de la Catedral interpretó una melodía de Mercadante, la *Meditación* de Lozano y las *Lecciones* de Calahorra. Y ocupó la sagrada cátedra el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis, don Tomás de Cámara y Castro, de inolvidable memoria en esta ciudad. Algún periódico publicó un extracto de la oración fúnebre. Comenzó diciendo que su propósito no era una oración fúnebre, pues las obras y actos gloriosos del Duque eran tan notorias para todos que de por sí constituían una alabanza bien conocida. Y si algo había que llorar y lamentar es que las grandes hazañas de aquellos tiempos se hayan olvidado en nuestros días. Terminado su discurso, se procedió a trasladar las cenizas del duque al nuevo panteón y el Prelado rezó un responso por su descanso eterno.

Con ocasión de las reformas litúrgicas introducidas por el concilio Vaticano II hubo que hacer importantes cambios en la cabecera de la iglesia de San Esteban en unas obras llevadas a cabo en 1968. Entre ellas, destacaba el adelantar la mesa del altar y liberarla de la base del retablo con la que estaba unida. Para que ocupara un lugar prevalente en el presbiterio se imponía elevar casi un metro todo el presbiterio, de modo que el mausoleo del duque, que estaba a la altura del suelo anterior, tuvo que ser retirado y destruido. No se consideró oportuno, ni estéticamente (se trataba de un mausoleo neogótico y anacrónico) ni funcionalmente, elevarlo a la nueva altura del suelo. Solo se trasladó el féretro de plomo con sus restos al Antiguo Capítulo del convento, en el mismo lugar donde curiosamente habían descansado durante años los restos de su tío el cardenal, esperando sepultura definitiva en la iglesia que él había construido. Allí reposaron los restos hasta que se encontrara solución a un nuevo mausoleo.

Tras diversas tentativas y proyectos entre la casa de Alba y la comunidad religiosa, se convino que el destino de los restos sería la primera capilla del lado de la epístola, que es en la actualidad acceso a la iglesia desde la sacristía.

La Excm. Diputación de Salamanca pagó las costas del nuevo mausoleo, que se elevaban a ocho millones de pesetas, con ocasión del Centenario de la muerte del Duque.

El viernes 25 de marzo de 1983, fiesta de la Anunciación, fue la inauguración del nuevo mausoleo del Duque, a las 13 horas. Poco antes fue la recepción del Capitán General a las puertas del templo. El acto estuvo presidido por don José Manuel García Verdugo, Presidente del Consejo General de Castilla y León y el Capitán General de la VII Región Militar, don Ignacio Soteras Casamayor. Estuvieron presentes el duque y la duquesa de Alba con sus hijos y demás autoridades civiles de aquel momento. Todos fueron recibidos a las puertas del templo por las tropas del Regimiento Santiago número 1 y más tarde por una escuadra de legionarios del Tercio de la Legión «Gran Duque de Alba», de Ceuta, que llevó a hombros la caja con los restos cubierta con el pendón de la casa de Alba desde la Antigua Sala Capitular del convento pasando por el claustro y saliendo por la logia del convento para entrar a la iglesia hasta el presbiterio. Un legionario portaba la celada de la armadura del Duque sobre un cojín azul. Se celebró un responso dirigido por el prior del convento, y con intervención del coro universitario Tomás Luis de Victoria. Se pasó a levantar acta del acontecimiento por el notario *ad casum* del obispado, Juan Luis Acebal, O. P. Y a continuación se depositaron los restos del Duque en el nuevo mausoleo acompañados de un pergamino que hacía memoria de este acontecimiento.

El mausoleo donde se depositaron los restos del Gran Duque está en el altar de la capilla de los Boal, que los religiosos llamaban de los Mártires por estar dedicado a los mártires de este convento durante la guerra civil española, algunos de los cuales serán beatificados por Benedicto XVI en los próximos días. Su diseño se debía al arquitecto Fernando Chueca Goitia, hoy ya fallecido. Este arquitecto es el autor de la terminación de la catedral de la Almudena y celebrado escritor de temas de arte e historia. Es curioso que el autor del anterior mausoleo, el marqués de Cubas, fuera también el autor del primer proyecto de la Almudena. Los materiales usados fueron piezas de mármol de Alicante y piedra de Villamayor. La estructura es de tipo renacentista y recuerda algunos mausoleos de El Escorial. Es un cuerpo rectangular limitado por dos columnas de mármol jaspeado y terminado en frontón cortado con el escudo del duque. Sobre el sepulcro una efigie de medio cuerpo del duque de bronce, copia de un original en poder de la Casa de Alba. En el sepulcro están recogidos unos versos de Lope de Vega: *A este guión hacen salva / Todas aquestas banderas / Nubes de sol extranjeras / Que rompió saliendo el Alba / Mas puestos en otro oriente / De su luz los rayos grandes / Francia, Italia, África y Flandes / Volvieron a alzar la frente*. No olvidemos que el ilustre poeta fue protegido por don Antonio Álvarez de Toledo, V duque de Alba, y vivió como gentilhombre en la corte de Alba de Tormes en los años en que fue desterrado de la Corte por el escándalo de sus amores adulterinos.



Institución Gran Duque de Alba

UN JUICIO DE RESIDENCIA EN 1560 EN LA VILLA DE PUENTE DEL CONGOSTO

Tomás SÁNCHEZ GARCÍA
Doctor en Historia Moderna

1. INTRODUCCIÓN

La villa de Puente del Congosto, que desde 1833 pertenece a la provincia de Salamanca, cuando fue comprada por el duque de Alba en 1540, pertenecía a la de Ávila. A partir de esta fecha, el Duque adquirió la jurisdicción civil y administrativa de dicha villa. Él, como señor de la villa, nombraba gobernadores para que la administraran, de acuerdo con las condiciones establecidas en el documento de compraventa, siguiendo las pautas ya marcadas por la Orden de Calatrava, a quien habían pertenecido anteriormente la villa y su tierra.

El duque de Alba, ocupado principalmente en funciones de estado, acompañando al Emperador, delegó el gobierno de todos los territorios en gobernadores generales y en gobernadores particulares de las principales villas. Además funcionaba un Consejo Judicial constituido por personas relevantes elegidas por el Duque para administrar justicia en los casos conflictivos. Sin embargo, a veces, los oficiales del Consejo posponían las decisiones de imposición de penas, para que fuera el Duque quien resolviera y sentenciara algunas de las apelaciones presentadas.

Uno de estos conflictos se produjo en la villa de Puente del Congosto, en 1560, y es del que vamos a tratar en este trabajo.

2. ORGANIZACIÓN JURÍDICO-ADMINISTRATIVA EN LA VILLA

No hemos encontrado escrituradas las ordenanzas de convivencia de la villa, pero por las manifestaciones de los testigos que declararon en 1560 hemos conocido las obligaciones de las autoridades, tanto del gobernador como de los oficiales del ayuntamiento y de ellas destacamos las siguientes:

2.1. OBLIGACIONES DEL GOBERNADOR O DEL TENIENTE DEL GOBERNADOR

- a) Controlar los términos del concejo, al menos una vez al año.
- b) Visitar las aldeas y los lugares públicos, como tabernas, mesones, carnicerías, abacerías, etc., tratando de que estuvieran limpios, abastecidos, con buenos precios y con las pesas y medidas adecuadas.
- c) Procurar que hubiera arancel y tablas de derechos de jueces, escribanos y alguaciles, y que se aplicaran.
- d) No comprar ni vender ganados, ni casas o heredades, en el término de su jurisdicción.
- e) No llevar sus ganados a pastar en los baldíos concejiles ni arrendar los bienes «propios» del concejo.
- f) Velar por la buena convivencia de los vecinos, evitando atentados contra la moralidad, castigando los amancebamientos, etc.

2.2. OBLIGACIONES DE LAS AUTORIDADES DEL CONCEJO

- a) Visitar todos los años las majadas, las roturas, los términos concejiles y los terrenos propios y comunes del concejo, así como las fuentes públicas del campo, denunciando y castigando a quienes los usurparan o hicieran mal uso de ellos.
- b) Poner guardas en los montes para evitar la poda o destrucción de los árboles por los vecinos comarcanos.
- c) No pujar ni directa ni indirectamente en los arrendamientos de los terrenos propios del concejo.
- d) Los escribanos no podían arrendar los bienes comunes del concejo para su aprovechamiento personal, ni ser receptores de los diezmos.
- e) Al procurador general también le estaba prohibido arrendar las alcabalas del concejo.

Nos hemos limitado a presentar las obligaciones que tenían las autoridades de la villa, pues las acusaciones que se presentan por parte de su procurador son contra ellos.

3. CAUSAS DEL PROCESO

A mediados de siglo, en 1554, las arcas municipales presentaban un balance positivo de 37.957,50 mrs., y con este remanente y unas perspectivas que los oficiales del concejo vislumbraron halagüeñas, acordaron construir una horca de piedra, pues la anterior era de madera y tenían que sustituirla periódicamente, así como adquirir un reloj mecánico que marcara y sonara las horas.

El 19 de junio de 1555, decidieron encargar la construcción de la horca por considerar que sería un medio disuasorio para quienes intentaran delinquir, pues «era un árbol donde se hacía el fruto de la justicia», aunque en la villa rara vez se cometían delitos que merecieran la pena capital. El presupuesto ascendía a 10.712 mrs.

En 1556 el concejo determinó la adquisición del reloj mecánico para la torre de la iglesia, cuya compra ya se había tratado en 1520, pero no había podido efectuarse por falta de fondos. En esta ocasión concertaron con el maestro Juli y con Hernando de Palacios, vecinos de Zamora, su construcción por un importe de 59.200 mrs.

Pronto tuvieron necesidad de empezar a abonar los primeros plazos de la horca y del reloj, pero las arcas municipales eran ahora deficitarias, a causa de la situación económica por la que atravesaba su economía y tuvieron que tomar prestados algunos dineros de la alhóndiga.

Los años 1555, 1556 y 1557 fueron especialmente calamitosos, a causa de las malas cosechas. Los precios de los alimentos básicos se encarecieron; la falta de alimentos produjo muchas enfermedades y muertes. Muchos vecinos se ausentaron de la tierra, trasladándose algunos a Andalucía.

Cuando en otras ocasiones se había dado una escasez de cereal a causa de las malas condiciones climáticas, se acudía a la alhóndiga, donde se había depositado cereal, trigo y centeno, que se vendía entre los vecinos a precios razonables. Pero en esta ocasión la alhóndiga no había podido adquirir el cereal porque, por orden del ayuntamiento, se habían cedido sus dineros para el pago de los plazos de la horca y el reloj.

Por otra parte, la alhóndiga prestaba también al consistorio dinero para abonar los dos primeros tercios de las alcabalas, importe que se le devolvía al recaudar las tercias.

Añadamos también a todo esto que, en estos años y en otros anteriores, los terrenos concejiles fueron arrendados a los oficiales del concejo, e incluso algunos gobernadores habían comprado fincas, habían negociado con ganado lanar y se habían beneficiado de los terrenos comunes. Los montes estaban desprotegidos, porque no había dinero para contratar guardas. Se cometían actos de prevaricación y también se apreciaba cierta permisividad en el amancebamiento de algunos clérigos.

Toda esta situación, producida por el desgobierno de las autoridades, fue la causa de que el procurador general de villa y tierra presentara una denuncia ante la duquesa de Alba. Esta, por encontrarse su esposo en el extranjero, en su ausencia, envió con fecha 20 de junio un escrito a las autoridades del concejo, instándoles a que recibieran como juez de residencia a don Antonio de Segovia, quien debía investigar la conducta de todos los cargos administrativos de la villa desde 1554.

El 21 de junio el juez de residencia, después de haber jurado su cargo, en presencia del gobernador don Diego López de Moreta y demás oficiales del ayuntamiento, recibió las varas de la justicia.

El citado juez de residencia investigó la forma de gobierno desde 1554 hasta 1560 y para ello, además de consultar los libros de cuentas del consistorio y de los escribanos, preparó un interrogatorio de 34 preguntas. En este cuestionario se interesaban distintos temas conflictivos: la existencia de un arca debidamente protegida por tres llaves para la custodia de los documentos del consistorio; la administración de las alcabalas y las tercias; los repartimientos que se hacían entre los vecinos, los donadíos que se habían concedido; la vigilancia y cuidado de los términos del concejo, sus calzadas, caminos y montes; el aprovisionamiento de alimentos a precios razonables ajustados al arancel; los castigos aplicados a los amancebados, alcahuetas, hechiceras, adivinos, etc.

Para la información de las cuestiones apuntadas en el interrogatorio se solicitó la presencia de 15 testigos, vecinos de la villa y las aldeas de la tierra. Además se había abierto una audiencia pública, para que cualquier vecino pudiera acudir como acusador particular contra cualquiera de las autoridades de la villa y tierra. Algunas de estas demandas públicas fueron presentadas por el escribano Hernán Sánchez, el día 24 de julio de 1560. Contra el gobernador no había quejas, pero sí las hubo contra Lorenzo de la Torre, vecino de la villa, quien en ausencia del gobernador ejerció como su teniente. Felipa Díaz, una mujer viuda, le acusó de haberse apropiado de unos trozos de unas fincas suyas que lindaban con otra tierra de Lorenzo de Torres. Juan Martín, vecino de La Casilla, lugar de El Tejado, le acusó de haberle dado de palos, haciéndole sangrar el día del Corpus último, así como de haberle quitado una red, con la que pescaba, haberse apropiado de la pesca y haberle obligado a pescar para él. Diego Gutiérrez, vecino de Puente del Congosto, había ido a pedirle que le pagara el

suelo de dos años que le debían como guarda de los montes, y Lorenzo de la Torre le había insultado, llamándole loco, viejo y majadero, y además le había metido preso en la cárcel de la villa. Francisco Rollán le acusó de haberle pegado tres o cuatro cojinetes y de arrastrarle por una pierna, maltratándole de palabra. Todos estos son ejemplos de un abuso de autoridad. Hubo otras demandas recogidas por Francisco de Ávila, el otro escribano.

Una vez contestadas las distintas preguntas del interrogatorio y vistas las demandas públicas, don Antonio de Segovia presentó las acusaciones contra el gobernador, el teniente de gobernador y los demás oficiales. Estos alegaron en su defensa los descargos correspondientes mediante un interrogatorio alternativo, preparado por cada uno de ellos y contestado por sus propios testigos.

Además de las acusaciones presentadas y de la sentencia dictada por el juez de residencia, este, con objeto de evitar futuras injusticias, mandó escribir en el libro becerro del consistorio, entre otros, los siguientes mandatos:

- a) Que de la alhóndiga no se prestase ni diese dinero para otros gastos ni necesidades del consistorio, salvo si se tuviera licencia del Duque. Que se siguieran abonando los dos tercios para el encabezamiento de alcabalas y tercias.
- b) Que solo se diesen donadíos para construir casas y no para huertos, corrales, amealeras ni herrenes y que los que se hubieran dado se debían devolver.

Había otros mandatos específicos sobre temas muy concretos, en los que se determinaba la consulta al Duque para su aprobación.

4. SENTENCIA DICTADA POR LOS CONSEJEROS DEL DUQUE

A pesar de las razones expuestas y de las alegaciones de los oficiales presentándose como hombres agricultores, ignorantes, que habían seguido las costumbres del concejo, desconociendo que lo que habían hecho estaba prohibido, los consejeros del Duque dictaron sentencia en estos términos:

4.1. CONTRA EL GOBERNADOR DIEGO LÓPEZ DE MORETA

- a) Se le condenaba por haber llevado unas yeguas y algunas ovejas que había comprado a los terrenos baldíos del concejo. Así mismo se le prohibía que llevase su ganado a pacer a las fincas del Duque.
- b) Se le consideraba culpable por haber arrendado unos prados para sus yeguas y se le prohibía que arrendase por sí o por otros los prados concejiles o particulares.
- c) Por no estar protegida el arca del concejo con tres llaves, se le condenaba al pago de 100 mrs. para los propios del concejo y a poner las dos cerraduras que faltaban. También se debería anotar en el libro de los presos el nombre del reo, las causas por las que se le juzgaba y la sentencia dada.
- d) En cuanto al tema de los gastos de la horca y del reloj, los jueces los calificaron de excesivos e innecesarios, por lo que le condenaron al pago de 9.000 mrs. en un plazo de nueve días, para los gastos del concejo, y permitieron que el consistorio exigiera a los oficiales culpables de la contratación de estas obras lo que creyeran oportuno. Además se prohibía que el concejo contratara gastos extraordinarios sin consentimiento del Duque.

- e) También se le consideraba culpable de permitir que el concejo utilizara el dinero de la alhóndiga para el abono de sus gastos, aunque no se le impuso ninguna pena por esto.
- f) Se le condenó al pago de 500 mrs. para la Cámara del Duque y otros 500 mrs. para la prosecución de la justicia del concejo por haber consentido el amancebamiento de los clérigos.

Por lo demás se consideraba que había sido un buen gobernador. Pero este, sintiéndose agraviado por esta sentencia de los consejeros del Duque, comunicó su intención de apelar ante la justicia real.

4.2. CONTRA LORENZO DE LA TORRE, TENIENTE DE GOBERNADOR

- a) Se le condenaba a restituir al concejo un trozo de tierra que había tomado para añadirlo a una finca suya.
- b) Asimismo se le consideraba culpable por haber ordenado el derribo de un horno que le molestaba, en un acto claro de prevaricación, y por haber consentido que el importe del cereal de las tercias se empleara para gastos del concejo.
- c) En cuanto al amancebamiento de los clérigos, se le condenaba a pagar 500 mrs. por consentirlo, sin haber castigado a las mancebas.

4.3. CONTRA LOS ALCALDES Y OTROS CONCEJALES DEL CONCEJO

- a) En relación con el empleo del dinero de las tercias y de la alhóndiga, así como de los gastos extraordinarios de la horca y el reloj, se les consideraba culpables y se permitía a las autoridades actuales de la villa que solicitaran, tanto a los oficiales que aprobaron las obras como a sus herederos, las cantidades que creyeran oportunas y se ajustaran a derecho para sufragar dichos gastos.
- b) A Francisco Cabrero, alcalde en 1559, que había cobrado indebidamente unos impuestos del vino en beneficio propio, se le condenó al pago del doble de lo recibido, para la Cámara del Duque.
- c) A Diego Hernández Castaño, alcalde en 1560, se le impuso una pena de 200 mrs. por haber arrendado, junto a otros vecinos, parte de un terreno concejil.
- d) El regidor de El Tejado durante el año de 1560 fue también condenado a pagar la diferencia entre lo subastado por el concejil de Majadasviejas y el valor real de la renta.
- e) A Alonso Hernández de Cuéllar, procurador general de la villa en 1560, que había arrendado las alcabalas y otras rentas del concejo, se le consideró culpable y se reservó al Duque la pena que se le debía imponer.

4.4. CONTRA LOS ESCRIBANOS

- a) A Francisco de Ávila, que había sido receptor de los diezmos, se le prohibió que desempeñase esa función, y se reservó al Duque la pena que se le debía imponer.
- b) A Hernán Sánchez se le prohibió arrendar los prados del concejo para su ganado.

5. CONCLUSIÓN

Así, en líneas generales podemos conocer los mecanismos legales que poseían los vecinos de la villa y tierra para hacer valer sus derechos ante un abuso de poder de los oficiales del concejo. La justicia de los consejeros del Duque, a la que apelaron, tanto el gobernador como los demás oficiales, fue más severa que la del juez de residencia, condenando actos y personas que este había absuelto. Observamos también la importancia del Duque, su señor, en todo el proceso, reservando a su persona la decisión de asuntos delicados en relación con los escribanos y algunos oficiales del concejo. También quedan supeditados al permiso del Duque el uso que el gobernador pueda hacer de sus propiedades y la aceptación de los gastos extraordinarios del concejo. Los usos y costumbres de los vecinos ceden el paso a las leyes generales que rigen en Castilla.

EL GOBIERNO DE LA MONARQUÍA



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

EL GOBIERNO DE LA MONARQUÍA EN TIEMPOS DEL III DUQUE DE ALBA

Emiliano GONZÁLEZ DIEZ

Universidad de Burgos

1. A MODO DE PREVENCIÓN CONCEPTUAL

Las páginas que siguen pretenden reflejar la planta y la estructura funcional del gobierno supremo de la Monarquía sujeta al tramo temporal de la vida de don Fernando García de Toledo, III duque de Alba, desde su venida a este mundo en las tranquilas tierras abulenses de Piedrahíta, bañadas de sombra y agua y protegidas por el mural de Gredos, en otoño de 1507, hasta el fin de sus días en la Lisboa de la Corona de los reinos de España el 11 de diciembre de 1582. Setenta y cinco años de la principal figura de la primera casa nobiliaria de España que transcurren entre los dos grandes reinados de la Monarquía Universal y Católica de los Austrias, mayores en poder, en autoridad y con un territorio que abrazaba todos los mares del orbe.

Son los años centrales de los reinados de Carlos I y Felipe II donde la noción bodiniana de soberanía¹ como construcción racional del Estado ha triunfado en todo el orbe europeo². Dicho lo anterior, queremos advertir que deliberadamente eludimos la fecunda e interesante querella conceptual acerca del ordo del Estado, adjetivado de Moderno, porque resulta ser una cuestión bastante compleja, y ni ésta es la sede académica adecuada ni el encargo de estas líneas nos permite profundizar sobre la noción teórica del Estado y sobre todo analizar sus raíces y naturaleza histórica, es decir, su construcción material.

¹ En 1590 en una imprenta de Turín, Gaspar de Añastro vertió al castellano de forma temprana la obra de Jean Bodin bajo el título de *Les six livres de la République*. Ello va a contribuir a la difusión de su concepto que él traduce por *autoridad soberana* en suelo hispano, haciéndolo suyo después la mayoría «intelectual» de la época: Castillo de Bobadilla, Ramírez de Prado, Juan de Santa María, Martín Rizo y un largo etcétera. BERMEJO CABRERO, J. L., «Orígenes medievales de la idea de soberanía», *Revista de Estudios Políticos*, (1975) pp.200-290.

² NÄF, W., *La idea del Estado en la Edad Moderna*, trad. F. González Vicén, Madrid, 1947. HINTZE, O., «Esencia y transformación del Estado Moderno», en *Historia de las formas políticas*, Madrid, 1968, pp. 293-322. GARCÍA PELAYO, M., «Federico II de Suabia y el nacimiento del Estado moderno», en *Del mito y de la razón en la historia del pensamiento político*, Madrid, 1991, pp. 1.119-1.170.

Pero tampoco queremos pasar de soslayo al respecto y por ello apuntemos al menos las tendencias. Somos conscientes de que estamos ante una vieja y antigua polémica que ha cobrado actualidad conforme la realidad política ha abierto nuevas experiencias no exentas de contradicción ante la opinión pública. Esta controversia no encuentra relevancia alguna entre los pensadores políticos de finales del quinientos y de la siguiente centuria, pues en conjunto cuando hablan de Estado lo hacen equivalente a Comunidad política³. Mientras otros, de la preeminencia de Niccolò Maquiavelo, optan por identificarlo con la República o el Principado.

Ha sido la historiografía más contemporánea la que ha abrazado un abanico de posiciones doctrinales que reducimos por vía de síntesis a dos. De una parte, hacemos mención de aquellos que utilizan el concepto de Estado con un carácter tan amplio como general, aplicable a cuantos escenarios históricos existieron con anterioridad al siglo XV⁴, y de otra, nos referiremos a los otros, que alejados de postulados tan vagos como indeterminados, afinan y precisan su concepción con matices diferentes para reservar tal expresión a realidades históricas más singulares y concretas⁵.

Dicho esto, nosotros por convicción y por comprensión histórica nos situamos en la conveniencia de ajustar el nombre y la cosa a un tipo peculiar de organización política que eclosiona a finales del XV en Europa después de un largo proceso de maduración institucional en el que por fin el poder político alcanza la emancipación de otros poderes temporales mayores, Iglesia e Imperio, y también menores, señoríos, municipios y otras corporaciones sociales, bien porque se apropia de él, bien porque lo dirige o al menos porque lo interviene⁶.

Con anterioridad a estas circunstancias, en el Medioevo, nos encontramos con una organización política denominada *poliarquía feudal* basada en estructuras políticas con contrapesos, con una Monarquía tan débil como dependiente de otras organizaciones políticas superiores, haciendo frente a una constante tensión interna auspiciada por los estamentos sociales privilegiados con el auxilio coyuntural de las oligarquías urbanas. Igualmente constatamos un derecho localista y disperso incompatible con una legislación regia de vigencia general y centralizada; con la indeterminación de los espacios de jurisdicción y con un largo etcétera de factores renuentes a la idea de un Estado fuerte, integrador e independiente que cuestiona su propia existencia⁷.

A partir de estos siglos, la Monarquía a través de sus titulares va marcando una tendencia alcista y recorre un camino hacia el fortalecimiento de su poder. Todo ello facilitará esa instancia superior individualizada en el monarca, cabeza directora del Estado, que se arroga el poderío real absoluto y

³ Dentro de una categoría moralizante y ya en suelo nacional, Diego Saavedra Fajardo abogaba por el surgimiento del Estado como superador de la enemistad y del odio entre los hombres.

⁴ Recordar simplemente los títulos de los trabajos de finales del XIX y primera mitad del siglo XX de Gierke, Von Bellow, Mitteis, y ya en España Manuel Torres López con su «Estado Visigodo»; todos ellos militan en la opción de vincular la existencia del Estado a cualquier organización política u ordenación institucional de un pueblo sujeto a un gobierno político.

⁵ A este respecto reivindicamos la línea marcada en 1947 por Hermann Heller en su *Teoría del Estado* o la teoría constitucional más próxima a nuestros días de Jellinek.

⁶ Al decir del profesor Maravall, el Estado no es una entidad natural sino un artificio humano. MARAVALL, J. A., *Estado moderno y mentalidad social. Siglos XV-XVII*, Madrid, 1986, I, pp. 33-86. En esta línea ya N. Maquiavelo sitúa al *Príncipe* como verdadero motor y creador del Estado. Mas siendo cierto lo del príncipe renacentista, no debemos concebirlo como el único y decisivo factor en orden a la configuración del aparato estatal. Igualmente resulta problemática por contraste la posición defendida por MORALES MOYA, A., «El Estado absoluto de los Reyes Católicos», *Hispania*, 129 (1975) pp. 76-119.

⁷ TOMÁS Y VALIENTE, F., «El gobierno de la Monarquía y la administración de los reinos en la España del siglo XVII», en *La España de Felipe IV*, Historia de España dirigida por José María Jover, Madrid, 1982, pp. 4-5. Hoy ha cobrado fuerza en los círculos científicos la noción weberiana de Estado como comunidad humana que dentro de un territorio reclama para sí el monopolio legítimo de la violencia. WEBER, M., *Economía y Sociedad*, 2ª ed. México, 1964, II, pp. 1.056-1.060.

que además actúa a través de un conjunto de instituciones, emergentes unas, rehechas otras, y, por último, de una red burocrática servida por cientos de oficiales públicos⁸. Pero más que la forma de ejercicio del poder, nos interesa subrayar esa organización jurídico-política distinta; insistimos, en la conformación de un poder político indiscutible por encima de otros poderes actuantes, y lo que al final destaca es sobre todo el conjunto, es decir, el resultado y sus efectos.

Lo significativo es definir la peculiaridad de ese aparato institucional de poder que va a prolongar su vitalidad hasta el absolutismo borbónico; un Estado, por cierto, que algunos identifican con la misma persona del monarca que lo encarna⁹. Así el rey corporeiza ese *Estado estamental*, calificado de tal suerte por el profesor Werner Nāf¹⁰, y que se caracteriza por el dualismo abstracto de un Príncipe en plena hegemonía y por la continuidad de los derechos y poderes de los reinos. Un Estado tranquilo, en aparente cohabitación inestable, con una relación de fuerzas heredada y compuesta por una Monarquía limitada formalmente por los brazos sociales, pero que en su interior estaban incubados antagonismos y enfrentamientos que preludian el que va a ser en definitiva el triunfo indiscutido del poder del monarca. El rey logra imponerse y prevalecer por encima de las instituciones representativas de los reinos que pierden intensidad y fuerza política.

A fin de cuentas, más allá de la querella de palabras, voceadas por legistas, teólogos, letrados y consejeros regios, están las leyes, la estructura institucional y la práctica de gobierno. La Monarquía por ese proceso de evolución está ganando en poder a los reinos y a los poderes fácticos de los estamentos privilegiados. Son los hechos de la realidad vivida día a día y de los que no nos podemos sustraer ni camuflar por un idealismo exacerbado que todo lo desvanece.

Ya para las fechas de este gran servidor de la Monarquía, que fue el III duque de Alba, nos hallamos en plena eclosión de un Estado monárquico¹¹ bajo el poder único y directo del rey que explicita y afirma la antigua *summa potestas* en cuantas ocasiones se le presentan a lo largo de su reinado. En efecto, ni los convulsos sucesos azarosos que sufren tanto el César Carlos¹² como su hijo Felipe¹³, no interfieren para nada en el esfuerzo consciente y constante de ambos de profundizar en las bases de un

⁸ En este sentido Gregorio López Madera, pensador político y jurista, que proyectará su vida profesional en el ámbito de la superior administración: primero como fiscal en la Chancillería de Granada, luego en la Contaduría mayor de Hacienda, alcalde de Casa y Corte y finalmente Consejero de Castilla, emplea la noción de poder absoluto y supremo cuando a los reyes de España les llama príncipes soberanos «solamente por no reconocer ni tener en su señorío superior alguno ... y que en lo temporal que no aya otro intermediario entre Dios y ellos». LÓPEZ MADERA, G., *Excelencias de la Monarchia y Reyno de España*, obra publicada en 1597. Manejamos la edición del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, con un documentado y muy interesante estudio introductorio del prof. José Luis Bermejo Cabrero, Madrid, 1999, pp. XI-LXI.

⁹ Al observar el profesor Tomás y Valiente que la figura dominante y determinante del Estado es el rey, sostenía por extensión el empleo de la noción de *Estado absoluto*, como concepto jurídico-político verificado en el examen de los hechos históricos, mas que la utilización de otras desafortunadas e imprecisas expresiones como *Estado del Renacimiento*, *Estado de la Contrarreforma* o *Estado del Barroco*, vinculadas todas ellas a categorías tan parciales como culturales. TOMÁS Y VALIENTE, F., «El gobierno de la Monarquía», pp. 8-9.

¹⁰ La segunda fase, coincidente con las centurias XVII y XVIII, lo llama *Estado monárquico absoluto*, NĀF, *La idea del Estado*, pp. 12-17. Esta posición ha sido muy objetada acertadamente por otros historiadores, especialmente entre nosotros, por J. A. Maravall que niega desde la doble distinción de dos formas de Estado hasta reconocer la misma jerarquía al binomio derechos del rey-derechos del reino. MARAVALL, *Estado moderno y mentalidad social*, I, pp. 288-290.

¹¹ No olvidemos que el Estado como organización política es mucho más que la Monarquía, forma política de gobierno, pues acoge en su seno otras instituciones jurídico-públicas. Resulta muy útil las páginas de BERMEJO CABRERO, J. L., *Aspectos jurídicos e institucionales del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1985.

¹² CRESPO LÓPEZ, M. y PORTUGAL GARCÍA, O., *El imperio de Carlos V. Cuatro ensayos*, Madrid, 2001, pp. 87-101. RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «El ocaso del Imperio carolino», en *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 47-49.

¹³ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. y DÍAZ MEDINA, A., *Los Austrias mayores y la culminación del Imperio (1515-1598)*, Madrid, 1987. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998.

poder regio fuerte y concentrado que lucha contra todo y contra todos por ser superior y por desligarse de cualquier mecanismo jurídico institucionalizado que pudiera limitar su potestad y voluntad.

No sentenciamos, pues los acontecimientos no nos permiten forzar los deseos, pero la gestión y el balance de sendos reinados dibujan una nítida tendencia que sin duda se refuerza de forma eficiente, y como tal disposición está *in fieri*, es decir, en pleno crecimiento y progreso vital.

2. EN EL PRINCIPIO, LA MONARQUÍA

El punto de partida de esta complicada realidad es el de unos monarcas y el de una Monarquía única, real, legítima, fuerte y soberana¹⁴, constituida por una comunidad de reinos y territorios que son enumerados como símbolos de jurisdicción y títulos de dignidad en los preámbulos documentales de los más solemnes actos de gobierno. Todos ellos expresan igualmente sin reservas la más genuina tradición histórica y cultural vivida secularmente por los pueblos de España¹⁵.

Algunos están integrados en superestructuras políticas, las Coronas, que han sabido mantener las estructuras precedentes y su derecho particular. Otros ya por aquel entonces habían perdido sus instituciones propias para incorporarse como voz sometida a la realeza, como fue el caso de Castilla. Un solo Estado, una sola Monarquía y un único soberano que tuvo la habilidad de practicar una política permeable de trasvase e influencias de las instituciones entre los distintos reinos¹⁶.

Es decir, la Monarquía católica, calificada de esta suerte por su transparente posición ideológica, estaría configurada a los ojos de los contemporáneos como una formación política compuesta por diferentes entidades en las que se conjugaba la diversidad de reinos, cada uno con sus *constituciones* legales conservadas, y su peculiaridad institucional, pero con el sentido de pertenencia a una unidad expresada en ese conjunto de pueblos y territorios. Los súbditos están sometidos a un rey soberano y además aparecen convencidos de participar en un destino común; de tal suerte que este vasto escenario europeo, americano y oriental que alcanzará la jurisdicción de la Monarquía Universal determinaría el encaje de una distinta y más compleja Administración central del Estado¹⁷.

¹⁴ Expresiones sobre la naturaleza del poder del monarca las encontramos en boca de los procuradores de las Cortes castellanas: «todas las leyes e los derechos tienen so sí, porque el su poderío non ha de los omes, mas de Dios». La potestad de dar leyes es la marca fundamental de la soberanía, IGLESIA FERREIRÓS, A., *La creación del Derecho. Una historia del Derecho español*, Barcelona, 1988, II, p. 572.

¹⁵ SÁNCHEZ MARCOS, F., «La concepción de España, como realidad plural, en la historiografía catalana del Barroco: algunas aportaciones», en *Monarquía, Imperio y pueblos en la España Moderna*, Alicante, 1997, pp. 781-791.

¹⁶ LALINDE ABADÍA, J., «La creación del Derecho entre los españoles», *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXXVI (1966) pp. 301-377.

¹⁷ MARAVALL, *Estado moderno y mentalidad social*. COLÁS LATORRE, G. y SALAS AUSENS, J. A., *Aragón en el siglo XVI. Alteraciones sociales y conflictos políticos*, Zaragoza, 1982. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., «Los Austrias mayores: ¿Monarquía autoritaria o absoluta?», en *XVI^o Congrès International des Sciences Historiques*, Stuttgart, 1985, II, pp. 423-425. Del mismo autor, *Carlos V, el César y el hombre*, 2ª ed., Madrid, 1999 y *Felipe II y su tiempo*. FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Fragmentos de Monarquía*, Madrid, 1992; del mismo, «Monarquía, Imperio y pueblos en la España Moderna», en *Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Alicante, 1997, pp. 3-23. RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *Un imperio en transición. Carlos V y Felipe II y su mundo, 1551-1559*, Barcelona, 1992. GARCÍA CÁRCCEL, R., *Felipe II y Cataluña*, Valladolid, 1996. DIOS, S. de, «El absolutismo regio en Castilla en el siglo XVI», *Ius Fugit*, 5-6 (1997) pp. 53-236. SARASA, E. y SERRANO, E., *La Corona de Aragón y el Mediterráneo siglos XV-XVI*, Zaragoza, 1997. COLÁS LATORRE, G., «Felipe II y los reinos hispánicos», en *Felipe II y su tiempo. Actas de la V Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Cádiz, 1999, I, pp. 233-275. LYNCH, J., *Los Austrias, (1516-1700)*, Barcelona, 2000. HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «El reino de Nápoles y el dominio de Italia en el imperio de Carlos V (1522-1532)», en *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, pp. 111-153. BELENGUER, E., *La Corona de Aragón en la Monarquía hispánica. Del apogeo del siglo XV a la crisis del XVII*, Barcelona, 2001.

Más allá de la confusa ordenación de los títulos mayores en la persona de Carlos I que llegó a acumular los de soberano de los Países Bajos, 1506; Rey de las Españas, 1516; Rey de Nápoles y Sicilia, 1516; Archiduque de Austria, 1519; Rey de Romanos, junio de 1519 y Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en 1520, él reconocía que ningún súbdito debiera sentirse preterido, fuera de la excepción de anteponer la dignidad imperial: «por ser la más alta e sublime que Dios instituyó en la tierra», y además expresamente afirma su determinación de respetar la libertad de los reinos de España, de no reconocer superior y de expresar su independencia respecto del Papado¹⁸.

Esta declaración de principios no colisiona para nada con su compromiso político, que le hace familiar, de gobernar de acuerdo con la voluntad divina promoviendo la Fe Católica y su defensa a ultranza frente a la Reforma¹⁹. Estos intereses confesionales impostaron los objetivos políticos del gobierno de Carlos I y fueron intensificados sobremanera por Felipe II (1556-1598)²⁰ en todas las acciones públicas y privadas de la Monarquía. En sus compromisos de gobierno se acomuna la observancia de la ley divina con la ley positiva, sin que para ello abdique de sus responsabilidades regias de cumplir con la voluntad de Dios, como señala Domínguez Ortiz²¹, y muestre a las claras la misión espiritual de defender y propagar la fe católica con la espada por encima de cualquier otra obligación y como tarea prioritaria del Estado²².

Ni que decir tiene que para estas fechas la Monarquía hereditaria como forma de gobierno seguía gozando del máximo respeto en la sociedad estamental. A la experiencia y tradición, ya de por sí argumentos de autoridad, se añadirán otros de tipo simbólico contruidos sobre idea de reproducir la excelencia de la unicidad divina aquí en lo terrenal; de ahí que resulte lo más semejante a ese esquema ideal o figurativo de que la Comunidad política quede en manos de una sola cabeza de autoridad, eso sí una autoridad eminente e indiscutible, una suprema autoridad que ostente la dirección superior del poder²³.

El monarca es el titular de la soberanía y por ello rige el reino con la máxima autoridad sin depender de otros reyes, «porque no admite otro mando y señorío superior con el suyo»²⁴. Esta idea supone la

¹⁸ LÓPEZ MADERA, G., *Excelencias de la Monarquía y Reino de España*, edición y estudio de José Luis Bermejo Cabrero, Madrid, 1999, pp. 26-43.

¹⁹ MESTRE, A., «La heterodoxia religiosa. Los exiliados protestantes», en *Disidencia y exilio en la España Moderna. Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, I, Alicante, 1997. GARCÍA CARCEL, R., «La significación cultural de Felipe II. El revisionismo actual», en *Felipe II y su tiempo*, Cádiz, 1999, I, pp. 375-398. PELLISTRANDI, B., «L'Espagne comme puissance catholique. La politique de Charles Quint et de Philippe II selon les historiens français du XIX^e siècle», en *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos del siglo XIX*, Madrid, 2000, II, pp. 195-215. ALDEA VAQUERO, Q., «Felipe II. Política y religión», en *La Monarquía de Felipe II*, Madrid, 2001, pp. 65-106.

²⁰ Fue soberano de los Países Bajos y de Nápoles en 1554; rey de España y Sicilia desde 1556. Vid. BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, 1976. ECHEVARRÍA, M. Á., *Flandes y la Monarquía hispánica. 1500-1713*, Madrid, 1998, especialmente pp. 72-148.

²¹ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias*, 8^a ed., Madrid, 1981, pp. 292-295.

²² En la tradición moralista que se inaugura en el Quinientos, la Monarquía española fue el paladín de la Contrarreforma a ultranza por todo el orbe conocido frente a la herejía protestante esparcida por Europa. Al punto, en este ámbito de los principios de la conveniencia política, que ya indicara Maquiavelo, el Príncipe debe seguir el bien, pero sin descuidar la necesidad de conservar el poder y ejercerlo con eficacia. Estaríamos ante la construcción de la razón de Estado. MEINECKE, F., *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Madrid, 1959. En esta sabiduría pragmática del éxito imperante en Europa, la política es entendida como una esfera autónoma del pensamiento con su coherencia y causalidad entre medios y fines, sin subordinación a la religión y moral católica. TIerno GALVÁN, E., *El tacitismo en las doctrinas políticas del siglo de oro español*, Madrid, 1971, pp. 12-93.

²³ Son muchos los textos literarios certeros y sentenciosos que aluden a esa reducción a la unidad y defensa de la Monarquía, desde el tantas veces citado López Madera a Castillo de Bobadilla en su *Política para corregidores y señores de vasallos*, Madrid, 1597.

²⁴ LÓPEZ MADERA, *Excelencias de la Monarquía*, capítulo II, «monarca es el que no reconoce superior», pp. 27-28.

reserva del nombre de monarca a aquel que preside la Monarquía²⁵. Así logran estos príncipes renacentistas, enfrascados en todas las empresas militares habidas y por haber, conciliar la independencia frente al poder eclesial con los fines político-religiosos de la Contrarreforma, mantenidos con denuedo como mejor defensa de la Monarquía española y con el objeto de ejercer la autoridad y aplicar la justicia²⁶.

Pero además acumula el título de Majestad, lo que le coloca en un plano de casi deificación de su persona y así lo contemplan a Carlos I sus súbditos: «que es segundo después de Dios»²⁷. En efecto, la atribución de esa *maiestas*, concerniente a la superioridad de poder y originariamente atribuida al Emperador, se traduce en el uso cancelleresco de títulos de máxima dignidad: Sacra, Cesárea y Real Majestad que seguirá utilizando Felipe II, aunque en sentido estricto ya no era emperador como lo fuera su padre, quizá como trasunto y para subrayar su vocación de señorío soberano y superior en lo temporal no subordinado ni siquiera al propio Emperador.

Y a la cabeza de la Monarquía, que rebosa un alto grado de antigüedad histórica, fundamento de prevalencia dignital, que no reconoce supremacía política en el concierto internacional²⁸ y que sobre todo brilla en primacía y precedencia de honor respecto a sus homólogas de Inglaterra y Francia, se encuentra el monarca, vértice de las Coronas y símbolo material del poder político. Unas Coronas compuestas, fuertes y grandes, como lo fueron Castilla, Aragón y Portugal, fundidas en una única Monarquía de España cuyo nombre pasea por todo el orbe conocido. Es este el sentido político que emplea la literatura política representada por López Madera, Jerónimo Osorio y Diego Valdés y por los escritores del barroco como Quevedo y Gracián; por cierto ya muy lejos de la categoría bajomedieval de sujeto jurídico-público de derechos patrimoniales, señoriales y jurisdiccionales no separado de la persona física del monarca, que es a su vez el legítimo titular de esos derechos perpetuos y originarios de la Corona²⁹.

Es claro, pues no necesita mucha glosa, que el poder de la Monarquía austracista se residenció con mayor apego en la Corona de Castilla que en el resto de las Coronas; no en vano por aquel entonces nos encontrábamos con una Castilla próspera, granero de la Monarquía, destino de las grandes plazas de ferias, desde aquí se canalizaba todo el oro y plata americanos, además poseía una envidiable vitalidad demográfica y por si esto ya no fuera suficiente el castellanismo institucional no supuso ningún contratiempo al poder regio, salvo los episodios de las Comunidades y de los moriscos.

²⁵ Sabemos que el César Carlos leyó la obra de Maquiavelo y que el *Príncipe* fue editado al castellano por Juan Lorenzo Olevani en 1552 y 1555. El siciliano español Lucio Marineo Sículo entona cánticos de alabanza a este país y a su Monarquía en su obra *De las cosas memorables de España*, publicada en versión castellana en 1533. Cobra una cierta relevancia esta línea apologética y exaltatoria de la evolución histórica de España, que fue seguida por Pedro de Medina en el *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Sevilla, 1548, y por Juan Vaseo en su *Chronica rerum memorabilium Hispanie*, estampada en 1552. La *Laudatio Hispaniae* seguirá ocupando páginas, como si de una moda se tratara, en los *XL libros del Compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reynos de España* de Esteban de Garibay dados a la imprenta en Amberes en 1571. Una publicista elogiosa e intencionada de ganar el favor regio que se expresa convenientemente en capítulos estructurados. Concluamos este somero apunte aludiendo, cómo no, al jesuita padre Juan de Mariana con su *Historia general de España*.

²⁶ PIERSON, P., *Felipe II de España*, Madrid, 1984. PARKER, G., *Felipe II*, Madrid, 1991. MARTÍNEZ MILLÁN, J. y CARLOS MORALES, C. J. de, *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía hispánica*, I, Valladolid, 1998. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *Felipe II y su tiempo*. COLÁS LATORRE, «Felipe II y los reinos hispánicos», pp. 233-275. KAMEN, H., *Felipe de España*, Madrid, 1997. VV.AA., *Felipe II. Un monarca y su época. La Monarquía hispánica*, Madrid, 1998.

²⁷ LÓPEZ MADERA, *Excelencias de la Monarchia*, capítulo II, «monarca es el que no reconoce superior», p. 27.

²⁸ No faltaron desavenencias con ocasión de las precedencias en las reuniones internacionales. Vid. MARTÍNEZ MILLÁN y CARLOS MORALES, *Felipe II (1521-1598)*, pp. 92-93.

²⁹ GARCÍA PELAYO, M., «La Corona. Estudio sobre un símbolo y un concepto político», en *Del mito y de la razón*, pp. 1.041-1.072.

Además evidenció una lealtad y servicio al rey sufragando con hombres e impuestos, hasta el hastio, toda la política exterior de Carlos I y de Felipe II de compromisos dinásticos y de largas guerras *urbi et orbi*. Aquí radica el protagonismo castellano y la preferencia regia de asentar su Corte y sus Consejos en suelo tan afecto y solidario, que convirtió a Madrid en silla del Imperio; pero como contrapunto también su desgracia y pobreza, especialmente la de los pecheros, ante la desproporcionada e insaciable presión fiscal respecto de los súbditos de otras Coronas que se perrecharon bajo la trinchera de sus instituciones³⁰.

Más el resultado de este siglo de venturas y proyectos de los más nobilísimos príncipes de Europa³¹ encaja en una hegemonía Monarquía parangonada a las más excelentes de su tiempo³², de mucha nobleza y excelsa prosapia dinástica, nada más ni nada menos que la *Augustísima Casa de Austria*, que no solo proyectó unidad y fuerza política, una enorme riqueza material, sino, esto sí que se visualiza por los contemporáneos, el liderazgo de cuantas gruesas empresas bélicas le salieron al paso³³.

Con especial énfasis estamos describiendo la potencia de una Monarquía autoritaria, no tutelada por la gran nobleza, responsable del mantenimiento de la paz en Europa, titular de los Países Bajos, feudo del Sacro Imperio Germánico, dotada de un sentido universalista y ecuménico que será envidiada y temida. En consecuencia, la Monarquía de aquellos tiempos se asienta en una formación política única e inigualable con valores sobreañadidos de excelencia y notoriedad.

Era la hora de actuar el ejercicio de la soberanía, ese poder perpetuo y absoluto que indicaba Bodin en su *Repubblica* con instrumentos racionales y medios proporcionados para alcanzar los fines de gobierno³⁴. Un poder absoluto, que según caracterización de Gregorio López Madera en una línea

³⁰ Fue la Castilla exhausta de los sectores populares y humildes quienes soportaron estoicamente unas desproporcionadas exacciones fiscales, muy superiores a los navarros, aragoneses, catalanes, valencianos y mallorquines, y que les empujó hasta la postración. Todo se justificaba para hacer frente a los gastos de guerra que junto a los estragos del crédito privado, abducidos para financiar las empresas militares, fueron demoledores para la economía castellana que entró en una fase de empobrecimiento y dura recesión. Vid. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «La desigualdad contributiva en Castilla durante el siglo XVII», *Archivo de Historia de Derecho Español*, XXI-XXII (1951-1952) pp. 1.222-1.272. HERNÁNDEZ, B., «La contribución de los reinos a las finanzas de Imperio. Cataluña, Nápoles y Flandes en el reinado de Carlos V», en *El Imperio de Carlos V*, pp. 185-211.

³¹ López Madera glorificará la Monarquía de Felipe II con apostillas panegíricas y encendidas acerca del Rey Prudente: «...señor del más antiguo reino del mundo, amador de la equidad y la justicia, favorecedor de las letras, conservador de la paz, poderosísimo y riquísimo monarca, superior de todos los mayores y excelsos príncipes...», LÓPEZ MADERA, *Excelencias de la Monarchia*, passim.

³² En últimas fechas han surgido análisis tan reflexivos como críticos sugiriendo la interpretación de esa Monarquía tan poderosa como «un imperio de por sí» que en el haber diario habría sustituido al modelo imperial tradicional. Vid. FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., «El reinado de Felipe IV. Reformación de la Monarquía y Guerras de España», en *Actas de las Juntas del Reino de Galicia*, Santiago de Compostela, 1997.

³³ Un escenario singular de este compendio de puntos de vista de gran resonancia internacional lo encontramos en las controversias y disputas habidas a tenor del Concilio de Trento, donde no solo brilló la oratoria sólida y argumentada de Alonso de Cartagena sino la intervención de un jurista práctico y muy versado al gusto humanista como fue Fernando Vázquez de Menchaca con contundentes planteamientos pegados a los hechos que puso por escrito en tres libros en 1564 con el título *Controversiarum illustrium aliarumque vso frequentivm* que fueron objeto de comentario por Fernández Albaladejo. Vid. FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Fragmentos de Monarquía*, Madrid, 1992, pp. 176-180.

³⁴ A tal fin el tratadista francés, que conocía la doctrina jurídica de Bartolo y Baldo, ordena y expone los derechos regios inherentes a la Majestad o los indicadores de la soberanía; una relación que ganó fortuna por su reiteración en posteriores escritos: el poder del monarca es superior al derecho, la facultad de declarar la guerra y acordar la paz, crear, nombrar y destituir a sus principales magistrados, oficiales y consejeros, la potestad de la justicia, el ejercicio del derecho de gracia y de excusar la aplicación de la ley, la exigencia del juramento de fidelidad a sus súbditos, la regalía de moneda y el derecho de imposición tributaria.

tradicional marcada por alguna decretal, vincula a la libertad de contención a las leyes y a los dictados de la justicia³⁵.

Todo ello nos retrotrae a la gran cuestión acerca del contenido del poder soberano, donde legistas, canonistas, teólogos y tratadistas políticos invirtieron muchas horas y colmaron muchos pliegos de negro sobre blanco sobre el contenido del poder político y sus límites. Nos referimos al viejo debate de la nota caracterizadora de si esa suprema potestad regia estaría en la superioridad respecto de la ley; es decir, de la voluntad de un príncipe desligado del derecho positivo que cobra realismo en un ambiente de divergencias religiosas, intrigas políticas, disensos nobiliarios, amenazas externas, conflictos sociales, lucha por el control y afirmación del poder real que reinaba en toda Europa³⁶.

Todo un conglomerado de querellas y contiendas que no cabe duda favorecieron la construcción doctrinal de un argumentario centrado en cerrar cualquier boquete que pusiera fin a las experiencias recientes de ausencia de fortaleza y unidad de la Monarquía y sobre todo acabar con un poder regio coyunturalmente sometido a entredicho para elevarlo por encima de los intereses estamentales y de los propios súbditos, haciéndole infranqueable y señor único de una serie de poderes superiores, perpetuos, incuestionables, inalienables e imprescriptibles.

«...Muy necesario es que los que son señores supremos no estén de ninguna manera sujetos al imperio de otros, sino que puedan dar la ley a los súbditos y anular y deshacer las leyes inútiles para formar otras...»³⁷.

Así pues y a nuestro entender, el complejo conceptual de la soberanía bodiniana es el precipitado de todo un movimiento jurídico-doctrinal, tejido especialmente por los legistas comentaristas, que fueron los que a partir de la concepción prestada por el derecho romano en el texto de Ulpiano, recogido en Digesto, I,3,31,³⁸ lograron por vía extensiva y de servicio político una razonada afirmación aplicada al ámbito público y a la potestad superior e independiente de los monarcas bajomedievales, equiparándoles a *reges superiores*.

En esta tarea suministraron argumentos para legitimar y amparar no solo la supremacía sobre el derecho vigente sino el pretexto del incumplimiento de las leyes y de sus actos de gobierno³⁹. Y sobre este trasunto no faltarían otros insignes y sobresalientes pensadores, militantes en la llamada segunda escolástica que, llevados del respeto a la tradición y a la continuidad de pensamiento, mantuvieron una actitud desconfiada y combativa, pronunciándose por la distinción tomista de la sujeción a la *vis directiva* u orientación moral y dirección de conducta sugerida por la norma legal⁴⁰.

³⁵ Ya el prof. Bermejo Cabrero, con la escurrosidad científica que le caracteriza, señala cómo el término de soberanía sí se utiliza en la obra de López Madera en el índice de términos con que encabeza su obra, aunque con erratas tipográficas. Vid. LÓPEZ MADERA, *Excelencias de la Monarquía*, p. XL1.

³⁶ ELLIOT, J. H., *La Europa dividida 1559-1598*, Madrid, 1973. Del mismo autor, *España y su mundo (1500-1700)*, Madrid, 1990, pp. 27-49. CRESPO LÓPEZ y PORTUGAL GARCÍA, *El imperio de Carlos V*, pp. 106-127.

³⁷ En *Les six livres de la République* de Bodin nos habla de una autoridad absoluta, única, suprema, perpetua, inalienable, imprescriptible e indelegable. BERMEJO CABRERO, J. L., *Orígenes medievales de la idea de soberanía*, *Revista de Estudios Políticos*, (1975) pp. 200-201. Ello suponía, a tenor de su posición doctrinal, que el Príncipe está no solo exento del cumplimiento de los compromisos legislativos de sus predecesores sino de las que él mismo sancionara y promulgara.

³⁸ *Princeps legibus solutus est*, el fragmento refiere una cláusula del orden privado atinente a que el Príncipe en cuanto persona física se encontraba excluido de los requisitos de capacidad y forma exigibles al resto de los ciudadanos para ciertos negocios jurídicos.

³⁹ Alberico de Rosate tuvo un gran protagonismo en esta cuestión proponiendo una categorización dual: *potestas ordinata et limitata* y *potestas absoluta o plenitudo potestatis*, al objeto de analizar las facultades regias en referencia a las leyes.

⁴⁰ Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Azpilcueta, Covarrubias, Mariana y un innumerado etcétera mantuvieron la sumisión regia a la disposición moral de la norma.

Pero fuera de especulaciones doctrinales derivadas del terreno de lo opinable y de posturas ideológicas interesadas, nos hallamos en el terreno de la praxis política que diariamente interpreta el poder regio como lucha política y como arma legitimadora de cualquier acción de fuerza, venga de cualquier sector político, y que triunfará definitivamente a finales de siglo. Estamos ante dos monarcas que no confirman superior, salvo a Dios, y en este punto tanto Carlos como su hijo Felipe son considerados príncipes con capacidad para hacerse obedecer incondicionalmente por todos sus súbditos y más ante una visible e imparable pérdida de autoridad moral de la Iglesia⁴¹.

En esta composición de la imagen ideal de la figura regia, resulta refulgente el modelo del buen príncipe político y cristiano quien, aun pudiéndolo todo por ser soberano, actúa con amor y temor de Dios porque así será premiado por sus servicios al fin de sus días⁴². Es la conciencia moral que preside la centuria de ambos monarcas y que les conduce como segura garantía en toda su gobernación regia. Otra cuestión será el realismo pragmático del ejercicio cotidiano del poder que en multitud de ocasiones demanda una moral acomodaticia según la ocasión.

Lo primero y principal es la realeza, enjuiciada por lo general por la historiografía de la época con vocación panegirista y elogio sin límites describiendo las singularidades de su personalidad y los grandes desafíos políticos⁴³. Son monarcas que reinan y gobiernan. No solo están preocupados por los asuntos de Estado sino que se interesan e involucran en su marcha y ejecución, especialmente Felipe II. Un buen ejemplo de lo que estamos indicando es la actitud responsable y hasta puntillosa del rey prudente quien con ocasión del nombramiento del oficio más alto y excelente de la Monarquía en la persona de Diego Covarrubias de Leyva, presidente del Consejo Real de Castilla en 1572, en una instrucción posterior le indica con detalle cuáles son las obligaciones asumidas por su cargo. Felipe II no sólo se interesa por el cotidiano gobierno sino que descende a los problemas.

Carlos I, que de los cuarenta años de trono español pasó sólo dieciséis en solar hispano, es ante todo un soldado emperador, viajero, poliglota, enérgico y a la vez melancólico, pero ello no invalida su resolución firme y atención a la preparación de las campañas militares como la de 1547 de Mühlberg aleccionando a sus arcabuceros, o presidiendo el asalto de las fortalezas de los príncipes protestantes alemanes de la Liga de Schmalkalden o estudiando con arrojo la cruzada contra el turco, limpiando el Mediterráneo de corsarios en las campañas de Túnez de 1535 y de Argel de 1541, o meditando la intervención en Italia que tanto defendía entre otros el duque de Alba por el interés estratégico para la defensa de la cuenca mediterránea central y occidental⁴⁴. Entre las

⁴¹ STRADLING, R. A., *Europa y el declive de la estructura imperial española 1580-1720*, Madrid, 1992, pp. 43-52.

⁴² Esa especie de *Espejos de Príncipes*, circulantes en las cortes europeas, ponían el acento en el cultivo de las virtudes cristianas por parte del Príncipe y en la preparación intelectual para el buen gobierno. Un buen ejemplo es la obra del portugués Jerónimo Osório con *De regis institutione et disciplina* y ya a principios de siglo –1602– Diego Valdés con *De dignitate regum regnorumque Hispaniae*. En el siglo del Barroco se extraerán las últimas consecuencias de este moralismo recomendable que sujeta la bondad de los reyes a la voluntad de Dios frente a la razón de Estado, como así se expresa en 1616 Francisco de Quevedo contundentemente en su *Política de Dios y gobierno de Cristo* exhortando a *Imitad a Cristo* como fórmula que modula la conciencia moral del rey y como límite al poder absoluto. Los *tacitistas* del estilo de Álamos de Barrientos en sus *Aforismos políticos a la obra de C. Tácito* y Diego Saavedra Fajardo con sus máximas y sentencias en *Idea de un Príncipe político cristiano representado en cien empresas* pretenden configurar la política como sedimentación histórica, por cierto no con mucho éxito.

⁴³ Cronistas y pensadores se afanan en esta tarea de recordar lo más sobresaliente y magnificar los grandes hechos del reinado: Pavia, Túnez y Lepanto para que entraran gloriosamente en el reino de la posteridad; Pedro de Mejía, Alonso de Santa Cruz, Cabrera de Córdoba, Palacios Rubios, Galindez de Carvajal, Gregorio López Madera, Luis de Ávila y Zuñiga, Alfonso de Valdés, Fray Antonio de Guevara son un buen ejemplo.

⁴⁴ GÉORIS, M., *Charles Quint. Un César catholique*, Paris, 1999, pp. 67-133. ERLANGER, Ph., *Carlos V*, Madrid, 1999, pp. 229-257. BLOCKMANS, W., «Unidad dinástica, diversidad de cuestiones», en *El Imperio de Carlos V. Procesos de agitación y conflictos*, pp. 29-45.

peculiaridades de su carácter destacamos su conducta parca en palabras, medurado en sus costumbres y dotado de un profundo amor a la justicia y a la guerra, pero también centrado en sus deberes de gobierno⁴⁵.

Conocida es la imagen de Felipe II, duque de Milán en 1546, rey de Nápoles en 1554 y dos años después su padre le cedía los reinos de España y las posesiones indianas. Resultó ser persona muy reservada y poco dotada para la oratoria pública como lo había sido su padre⁴⁶. Sin embargo, él simboliza el arquetipo de rey burócrata envuelto en papeles, leyendo oficios y siempre en el trájín del despacho, bien *a boca*⁴⁷, bien en el duro quehacer de dar forma escrita a cuantas cuestiones de la maquinaria administrativa se le planteaban. Es un monarca que está en todo lo que acontece en sus reinos. Gusta y se aficiona al gobierno de secreto de gabinete, lejos del contacto popular y de los encuentros con otros monarcas y altos personajes de la Cristiandad que en su largo reinado se contabilizan con escasez.

Es por lo que consciente de su inseguridad, frecuente de modo circunspecto y reservado la vía epistolar. Es conocida la estampa recurrente que el propio Boccallini inmortaliza con ese estandarte, cuyo emblema es una pluma de escribir, acompañando entre otros al monarca en su entrada triunfal al Parnaso⁴⁸. Una actividad oficinesca intensa que ha rendido miles de diplomas, memoriales, ordenanzas, instrucciones y un sinfín de legajos y papeles, ciertamente censurada acremente no sólo por sus coetáneos, como Luis Manrique o Ibáñez de Santa Cruz, sino por historiadores del siglo pasado, tal como denunciaba Rafael de Altamira con tintes de ineficacia, lentitud y manía absorbente que le alejaba de los principales quehaceres de la Monarquía⁴⁹.

Fuera de esta línea crítica, hoy se pone en valor esta disposición de ánimo y minuciosidad del monarca Prudente siempre atento, primero a conocer los problemas en primera persona mediante la lectura de memoriales y peticiones que le hacían llegar los distintos secretarios⁵⁰, y luego aplicado a redactar cartas, anotar consultas, enviar billetes y despachar cualquier papel sometido a sus reales manos relativo al orden político-administrativo. Sin duda, esa vasta masa de papeles es el gran laboratorio que refleja las causas y efectos del poder mismo; es un testimonio sin igual de la acción de gobierno que le ha sobrevivido al autor y del que se conservan muchas de sus anotaciones y referencias escritas⁵¹.

Ambos son amantes de su tarea de reyes, lejanos del ocio, de la indolencia y de la abulia, como apuntaría más tarde Quevedo en el sentido de carga y trabajo, recomendando moralmente el escritor

⁴⁵ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Carlos V, el César y el hombre*, 2ª ed., Madrid, 1999.

⁴⁶ Aún se recuerdan los grandes discursos de la Corona pronunciados por el César Carlos en ocasiones solemnes con motivo de la Dieta imperial de Worms en 1521 o ante la corte pontificia de Roma en 1536 y frente a la asamblea de los Estados Generales de los Países Bajos en Bruselas en 1555.

⁴⁷ B. N., ms. 8.133, da cuenta de un escrito de Pablo de Mendoza de 1583, *Del Regimiento y buen gobierno del rey y príncipe cristiano, según doctrina de Santo Tomás*, en que el autor recomendaba al monarca oír más que escribir y leer; citado por GARCÍA CÁRCCEL, R., «La significación cultural de Felipe II», p. 382, nota 8.

⁴⁸ BOUZA, F., *Del escribano a la biblioteca*, Madrid, 1992.

⁴⁹ A este respecto observamos una cesura entre los apologistas que concentran sus elogios en señalar al monarca como un hombre de Estado, con gran capacidad para atender tanto las cuestiones gruesas como las menudas, lo sustancial y lo adjetivo; mientras que los detractores ponen el acento en su incapacidad para delegar competencias, su falta de discriminación de los asuntos domésticos de los públicos, la ausencia de discernimiento de las cuestiones esenciales de las circunstanciales, y además le critican por el enfermizo grado de desconfianza de su entorno colaborador.

⁵⁰ Siguiendo la documentada obra de ESCUDERO LÓPEZ, J. A., *Felipe II: El rey en el despacho*, Madrid, 2002, pp. 10-12, podemos advertir la forma de despacho del rey y el papel activo de sus distintos secretarios privados y de los distintos Consejos.

⁵¹ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, pp. 535-549.

el esfuerzo y la vigilia ya «que los cetros piden más sudor que los arados»⁵². En esta celebrada metáfora pudiéramos comprender que el llamado *oficio regio* debiera ser entendido como un servicio objetivado a la protección y defensa de los súbditos. Tanto uno como otro hacen explícita reserva del mando, de la dirección superior de la Monarquía, dejando para consejeros y otros oficiales la ejecución.

3. LA GESTIÓN SUPERIOR DEL PODER Y LOS SECRETARIOS DEL REY

Ya Baltasar Gracián puntualmente señalaba en *El Político* «que el gran empleo de reinar no puede ejercerse a solas». Esta era ya una máxima que circulaba por toda la sociedad cortesana de los Habsburgos, donde la pompa y el ceremonial eran tan exquisitos como emulados por las otras cortes europeas. Desde el cuarto del rey se proyectaba una larga estela de poder administrativo que tomaba cuerpo en esa legión de nobles que no hacían otra cosa que privar con mayor o menor fortuna, bien cultivando la adulación y la lisonja complaciente del rey, bien por el apoyo personal reforzado por los méritos de servicio y del talento para acceder al poder.

A fin de cuentas el engrandecimiento del poder condujo irreversiblemente a una administración más numerosa y compleja con instituciones permanentes en las que se residenciaba la encomienda de gestión y la dirección de la política diaria. Nos referimos especialmente a los Consejos y secretarios, sistema neuronal de la Monarquía, que sintetizan en buena manera la urdimbre de la Monarquía. Es la gestión superior que sobrepasa las propias de los reinos, aunque sus resoluciones les afecta e interfiere.

Con especial protagonismo en este esquema institucional, aparecen en la escena palaciega los secretarios regios sin interrupción temporal entre unos y otros. En su tiempo constituyeron una pieza esencial del engranaje en la mecánica del despacho. Aunque sus orígenes se remontan al tardomedievalismo, su eclosión y arraigo en la estructura administrativa así como la concreción de sus perfiles institucionales tienen lugar en el Quinientos⁵³.

Antes de entrar en la secuencia de las personas con sus paréntesis y transiciones, conviene observar algunas puntualizaciones. De principio el título de nombramiento de secretario por el monarca es de oficial real y podría ser considerado como un *nomen honoris* sin conllevar oficio público alguno adscrito a la Administración central. Estaríamos más bien ante un título de confianza regia que podía conllevar el disfrute de una renta estimada en 100.000 maravedíes o simplemente el sobrenombre de la distinción⁵⁴.

Siguiendo el trabajo enunciado del profesor Escudero López, que se nos revela seguro y bien documentado, los secretarios regios durante esta centuria presentan una tipología ternaria: unos son simples títulos de gracia y nombradía con retribución o sin ella; de menor rango y las más de las veces son secretarios ocasionales. Un segundo grupo lo conforman los secretarios de los distintos Consejos y de algunas Juntas, entre los que descuella el secretario de Estado, verdadero confidente regio, hasta el punto que es el ojo visible del monarca en este Consejo y el personaje más influyente⁵⁵. Todos en

⁵² *Política de Dios y gobierno de Cristo*, Madrid, 1966, cap. XIII.

⁵³ Aunque el estudio se centre en esta figura orgánica durante el siglo XVIII, este trabajo en cuatro volúmenes resulta de necesaria consulta. Vid. ESCUDERO LÓPEZ, J. A., *Los secretarios de Estado y del Despacho*, 2ª ed., Madrid, 1976, 4 vols..

⁵⁴ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, p. 49.

⁵⁵ Protagonista esencial del Consejo de Estado y una figura clave de la Administración. De enorme fuerza política en un Consejo que es considerado como el más excelente de la Monarquía, y es en este siglo cuando se despliega en toda su plenitud y vigor esta institución.

su conjunto encarnan el elemento humano clave de la buena marcha del funcionamiento del gobierno con su sacrificada dedicación. Y por último, pero no por ello los menores, los secretarios privados depositarios del afecto y de la confianza regia que despachan a diario con el monarca y forman parte de su más íntimo entorno personal⁵⁶.

El perfil social de estos colaboradores reales guarda por lo general una común pertenencia a los grupos de mediana condición social, de la pequeña burguesía urbana letrada⁵⁷, no se extraen de las encumbradas parentelas aristocráticas, y destacan por su industria en la tarea de mover y despachar papeles y en la experiencia de oficios inferiores. Presentan especiales relaciones de parentesco con familiares al servicio burocrático, y a cuya sombra se irán formando y adiestrando en el oficio. De tal suerte que semejan estirpes cerradas con apellidos ilustres: Eraso, Pérez, Idiáquez, etc., capaces de imponer usos propios y formas de despacho a cuya adscripción estas personas se acogen para introducirse en el oficio.

Baste recordar aquí, no con afán enumerativo sino de síntesis, que al repasar la nómina de personas que ocupan alguna secretaría del rey durante esta centuria, no podemos obviar a Francisco de los Cobos, que de secretario del rey pasó a secretario de Estado coincidiendo con el nombramiento de Carlos I como emperador el 24-X-1529. Antes y después como secretario de Estado (1529-1556) fue siempre el predilecto del César y el más íntimo hombre de confianza⁵⁸. Compartió gobierno con el todopoderoso consejero flamenco Nicolás Granvela, al que le sigue aquí en la Península un familiar suyo de nombre Juan Vázquez de Molina, para emerger en los asuntos de Europa la estrella fulgurante de la *escuela vieja y sabia* de Francisco de Eraso, como la calificaba el cronista Cabrera de Córdoba⁵⁹. Luego y ocasionalmente fue designado Alonso de Idiáquez secretario privado. Mientras, se nombraría en el Consejo de Estado durante un decenio a Gonzalo Pérez (1556-1567), fecha esta última en que el Rey Prudente, dado el volumen de asuntos, fracciona la secretaría de Estado en dos áreas: Norte e Italia; estructura orgánica y funcional que pervivirá durante el gobierno de los Austrias menores⁶⁰.

Tras la pérdida de confianza de este y consiguiente caída, toma protagonismo el entorno de la privanza del cardenal Diego de Espinosa⁶¹ y en un escenario de intrigas y pugnas cortesanas, cobrarán especial relieve con Felipe II otros personajes: Pedro del Hoyo, en el ramo de obras y bosques, Martín de Gaztelu, su sucesor, que ya había desempeñado la secretaría privada con el Emperador. Ahora añade a las competencias anteriores las de Patronato y Órdenes militares; Juan Delgado, secretario de Guerra y Antonio de Eraso, secretario del Consejo de Indias⁶².

A esta fase de esplendor corresponde igualmente la secretaría del Consejo de Italia desempeñada por Gabriel de Zayas y la de Estado por el enigmático y tortuoso Antonio Pérez⁶³, cuyos episodios

⁵⁶ CUESTA, L. y ZAMORA, F., «Los secretarios de Carlos V», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIV, 2 (1958). ESCUDERO LÓPEZ, *Los secretarios de Estado y del Despacho*, III, pp. 325-330.

⁵⁷ En este aspecto conviene recordar que tanto Francisco de los Cobos como presumiblemente Mateo Vázquez fueron ambos de condición plebeya. Vid. KENISTON, H., *Francisco de los Cobos. Secretario de Carlos V*, Madrid, 1980.

⁵⁸ Fue nombrado secretario del rey el 12 de diciembre de 1516, desde los primeros momentos de la llegada de Carlos I. Vid. ESCUDERO LÓPEZ, *Los secretarios de Estado y del Despacho*, I, p. 52.

⁵⁹ CARLOS MORALES, C. J. de, «El poder de los secretarios reales: Francisco de Eraso», en *La Corte de Felipe II*, Madrid, 1994, pp. 107-148.

⁶⁰ ESCUDERO LÓPEZ, *Los secretarios de Estado y del Despacho*, I, pp. 134-136.

⁶¹ FERNÁNDEZ CONTI, S., *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispánica en tiempos de Felipe II (1548-1598)*, Valladolid, 1998, pp. 102-104.

⁶² ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, pp. 10-11.

⁶³ MARAÑÓN, G., *Antonio Pérez (el hombre, el drama, la época)*, 8ª ed., Madrid, 1969, 2 vols. MIGNET, F., *Antonio Pérez y Felipe II*, Madrid, 1983; reed. Madrid, 2001.

marcarán la política nacional e internacional de esta segunda mitad de siglo y su fulminante salida provocó una nueva etapa de predominio flamenco con Antonio Granvela y la inserción de un poderoso estirpe de secretarios vizcaínos con ejemplos tan palmarios como los Aróstegui o la saga de los Idiáquez.

Junto a estos, otros secretarios de confianza aparecen en el círculo privado del monarca. Trabajan directamente con el rey a boca y por escrito. Y su significación dentro de la alta política es proporcional a la intensidad de la relación con el monarca. Son las figuras de Mateo Vázquez, omnipresente secretario en juntas y en cualquier asunto de reserva que siempre estará a la sombra del monarca durante 18 años de su ejercicio de 1572 a 1591⁶⁴, o los cinco años de Antonio Gracián (1571-1576) o el trienio de Sebastián de Santoyo (1585-1588).

Más allá de los factores personales ya apuntados, interesa reseñar el régimen y modelo de trabajo. A menudo se desarrollaba por escrito en lo que afectaba a la tarea de los secretarios de los distintos consejos, quienes producían consultas, memoriales, oficios, confección de resúmenes y extractos, dictámenes y otros escritos de la gestión propia de sus respectivos organismos. Toda esa masa de correspondencia, representada por cartas y billetes, llegaba al monarca que la lee y anota personalmente las respuestas y recomendaciones, a veces con excesiva prolijidad detallando circunstancias menores o transversales. En ello Felipe II consumió muchas horas sin descanso ni horario, *devorando* esas montañas de papeles que le llegaban de los covachuelistas para rubricar de su propia mano las mercedes y órdenes generales.

Otros secretarios disponían de la opción del despacho a boca, es decir, de palabra, lo que suponía una comunicación directa y un encuentro personal con el rey donde el secretario evacuaba de viva voz el parecer regio ante sus consultas y redactaba la oportuna contestación a los negocios corrientes de particulares y otros temas de mayor calado público planteados⁶⁵.

Aparte del poder inconcreto que simbolizaba la relación personal y directa con el rey y dentro del grado de imprecisión y generalidad previstos en las Instrucciones reales, sin embargo, por representar los canales de transmisión regia y de los Consejos entre sí, en conjunto podemos atisbar que sus atribuciones oficiales resultan bastante heterogéneas, ya que van desde la elaboración y refrendo de todo tipo de documentos reales: cartas, pragmáticas, provisiones, cédulas, albalaes, memoriales, etc., a las funciones de asistencia y compañía en cuantos viajes y desplazamientos fuera de la Corte interviniera el monarca, y aquellas otras delimitadas por los distintos Consejos que les exigía formalmente entre otras obligaciones, aparte de garantizar el buen orden interno de las sesiones, hacer llegar a todos los consejeros los memoriales objeto de estudio, redactar las consultas y elevarlas si cupiera el caso al monarca⁶⁶. En ese punto, el secretario de Estado, dada la frecuente ausencia regia, gozaba de la facultad de convocación extraordinaria del mismo cuando discrecionalmente entendiera el apremio y gravedad de los asuntos sometidos a su consideración.

Fueron hombres de una gran importancia y de una enorme eficacia administrativa al servicio de la Monarquía que van a ser desplazados por la irrupción inopinada y beligerante del régimen de validos con Felipe III⁶⁷. Como un cómputo aproximado de estos secretarios del rey podemos alcanzar un número variable de 12 a 39 durante el reinado de ambos monarcas, para incrementar la cifra en el

⁶⁴ ESCUDERO LÓPEZ, *Los secretarios de Estado y del Despacho*, I, pp. 182-194.

⁶⁵ Entre otros, los secretarios de los Consejos de Estado y Guerra y el de Obras y Bosques. Vid. ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, p. 51.

⁶⁶ ESCUDERO LÓPEZ, *Los secretarios de Estado y del Despacho*, II, pp. 463-517.

⁶⁷ TOMÁS Y VALIENTE, F., *Los validos en la Monarquía española del siglo XVII (Estudio institucional)*, 2ª ed. Madrid, 1982.

siglo XVII hasta alcanzar los 187 en tiempos de Felipe IV⁶⁸; pero ya por entonces estábamos en los epígonos del modelo de secretaría con una imagen profundamente deteriorada fruto de la venalidad y de la degradación del oficio que formalmente sólo conservaban el nombre y la pluma.

4. EL CORAZÓN DEL GOBIERNO: LOS CONSEJOS Y JUNTAS DEL REY

A pesar de que la estructuración política había hecho grandes progresos en concentrar el poder en manos regias, sin embargo, no paso inadvertida a la Corona «el peso de los negocios públicos» y la necesidad de ampliar y reorganizar, en unos casos, y crear, en otros, órganos de gobierno conforme surgía la desmesura imperial en extensión de tierras y gentes lejanas de la Corte que requerían el control y la administración de los asuntos públicos más importantes. En el fondo latía la idea de que los problemas de los súbditos, independientemente de su naturaleza y vecindad administrativa, son comunes y participan de una misma pertenencia unificadora. A ello va a responder un enorme complejo institucional de gobierno que mantuvo en pie todo el edificio de la Monarquía⁶⁹.

Esto se produjo tras perder las Coronas de Aragón y Castilla la fuerza institucional como superestructuras políticas intermedias de la que habían gozado durante la Edad Media. Ahora el monarca actúa directamente sobre los reinos y señoríos y en esta vinculación de la Monarquía, las estructuras políticas que se configuran en el Quinientos lo hacen alrededor del rey y por encima de los intereses de los reinos, aunque indirectamente puedan afectarles. Son ese cuerpo de intereses que desborda lo propiamente regnicola para los que avoca el monarca una gestión personal, directa y superior⁷⁰.

En este esfuerzo de racionalización llevado a cabo hacia el absolutismo político durante esta centuria, un espléndido banco de pruebas llegó a representar el régimen polisinodial de Consejos dotados de competencias político-gubernativas, con poder directo sobre cada uno de los reinos, dependientes del monarca, centralizados en su regia persona y fijados en la Corte, excepto el navarro⁷¹.

Este complejo institucional compuso una instancia superior de gobierno común a todos los reinos, aunque en unos aparece más rematada esta caracterización por su especialización competencial (Estado, Hacienda, Cruzada, Inquisición), mientras que en otros su función y ajuste a la base territorial (Castilla, Aragón, Navarra, Indias, Italia, Flandes y Portugal) puede desvirtuar su particularismo: sin embargo, es más aparente que real, ya que es mayor lo que les une al conjunto del sistema como su subordinación regia, una estructura orgánica y funcional pareja, la participación de sus miembros en varios de ellos, que lo que les separa⁷².

⁶⁸ ESCUDERO LÓPEZ, *Los secretarios de Estado y del Despacho*, III, pp. 701-713.

⁶⁹ Adelantamos que por razón de estudio excluimos en esta síntesis cualquier referencia a la diplomacia y al soporte humano de embajadores permanentes en Roma, Venecia, Génova, París, Londres, Viena y Lisboa, así como al ejército, los dos grandes brazos de la política exterior. Ni que decir tiene que las instituciones de los reinos (Cortes, Diputación y Generalidad), que algunas dependen del rey pero no residen en la Corte, quedan también fuera de nuestra atención.

⁷⁰ ESCUDERO LÓPEZ, J. A., «Orígenes de la Administración central borbónica», en *Administración y Estado en la España Moderna*, Valladolid, 1998, pp. 43-44.

⁷¹ SALCEDO IZU, J., *El Consejo Real de Navarra en el siglo XVI*, Pamplona, 1964.

⁷² Después de la insatisfactoria historiografía del siglo XIX por razón de los desfigurados enfoques sobre la función de los consejos y cuando no por elementales errores advertidos en los trabajos de Manuel Danvila y Collado, Fernando Cos-Gayón y Manuel Colmeiro, ya en tiempos recientes han aparecido exposiciones monográficas más rigurosas y precisas. Así anotamos las obras de RIBA GARCÍA, C., *El Consejo Supremo de Aragón en el reinado de Felipe II. Estudio y transcripción de los documentos originales e inéditos de este Consejo existentes en el Museo Británico*, Madrid, 1915. SCHÄFER, E., *El Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*, Sevilla, 1935-1947, 2 vols.; reimp. Nendeln-Liechtenstein, 1975. CORDERO TORRES, J. M., *El Consejo de Estado*, Madrid, 1944. Más recientemente LALINDE ABADÍA, J., «El vicecanciller y la presidencia del Consejo Supremo de Aragón», *Anuario de*

Con un origen en la antigua curia medieval o junta palaciega, los Consejos de los reinos habían perdido para estas fechas la dimensión política de órganos consultivos asesores del rey para paulatinamente pasar a ocuparse del gobierno y de la justicia, excepto los de Guerra y Estado, ambos presididos por el monarca y con reserva de asuntos supremos. La dificultad reside en percibir la transición de su naturaleza interna, del cambio de órganos consultivos a ejecutivos dotados de jurisdicción ordinaria, en detectar las causas de acumulación de funciones, los modos y ritmos de ese proceso discontinuo en que se produjeron así como identificar los efectos.

Igualmente conviene subrayar que durante el gobierno de Consejos o *Polisinodia*, nos encontramos con cuatro fenómenos generales que ilustran el proceso de cambio sistemático y que adelantamos por su significación: de una parte, la continuidad y potenciación de los Consejos bajomedievales del reino de Navarra y de las Coronas de Castilla y Aragón. En segundo término, el desglose y nacimiento hacia la mitad del siglo de otros consejos distintos de su originaria matriz. Lo que antes habían constituido secciones especializadas en su seno ahora se segregan y forman órganos autónomos. Así del Consejo de Castilla se crea primero el Consejo de Indias, y luego de estos se fraccionan los dos Consejos de Cámaras respectivos. En esta operación de partición entra el de Aragón del que se desprende Italia. Un tercer apartado viene determinado por la creación *ex novo* de otras estructuras organizativas para atender lógicamente la incorporación de nuevos territorios (Flandes, Portugal) o acoger la entidad unitaria de asuntos concernientes al gobierno de la Monarquía (Estado, Guerra, Órdenes, Santa Cruzada e Inquisición). Y por último, la agregación al régimen de consejos de otros órganos o juntas menores en tiempos de Felipe II⁷³.

Fuera de la multiplicación de estos órganos pluripersonales y colegiados con capacidad para adoptar decisiones ejecutivas de gobierno y justicia, que alcanzó a finales de siglo el número de catorce, su conjunto compone un todo, una estructura sistemática y real al compartir unos principios políticos y jurídicos comunes que no se desfiguran ni rompen por la dependencia funcional de unos sobre otros ni por la distinción de principales o inferiores ya que todo el complejo forma el armazón cardinal del Estado, es decir, del gobierno de la Monarquía. La verdadera razón de estos Consejos radica en que son la máquina administrativa de la Monarquía, a ellos se remítan informes, peticiones,

Historia del Derecho Español. XXX (1960), pp. 175-248. REAL DÍAZ, J. J., «El Consejo de Cámara de Indias: génesis de su fundación», *Anuario de Estudios Americanos*, XIX (1962), 725-758. GIBERT, R., *El antiguo Consejo de Castilla*, Madrid, 1964. SALCEDO IZU, *El Consejo Real de Navarra*, VV.AA., *El Consejo de las Indias en el siglo XVI*, Valladolid, 1970. HERNÁNDEZ ESTEVE, E., *Creación del Consejo de Hacienda de Castilla (1523-1525)*, Madrid, 1983. ESCUDERO LÓPEZ, J. A., «Los orígenes del Consejo de la Suprema Inquisición», en *Archivo de Historia del Derecho Español*, LIII (1983), 237-288. Del mismo, «La creación del Consejo de Portugal» y «El Consejo de Cámara de Castilla y la reforma de 1588», en *Administración y Estado en la España Moderna*, Valladolid, 1999, pp. 125-134 y 467-482. GARCÍA-GALLO, A., «El Consejo y los secretarios en el gobierno de las Indias en los siglos XVI y XVII», en *Los orígenes españoles de las instituciones indianas. Estudios de Derecho Indiano*, Madrid, 1987. DIOS, S. de, *El Consejo Real de Castilla (1385-1522)*, Madrid, 1982. Del mismo autor, *Gracia, Merced y Patronazgo Real. La Cámara de Castilla entre 1474-1530*, Madrid, 1993. BARRIOS PINTADO, F., *El Consejo de Estado de la Monarquía española. 1521-1812*, Madrid, 1984. GAN GIMÉNEZ, P., *El Consejo Real de Carlos V*, Granada, 1988. MARTÍNEZ MILLÁN, J. y CARLOS MORALES, C. J. de, «Los orígenes del Consejo de Cruzada (siglo XVI)», *Hispania*, LI, 179 (1991) pp. 901-931. ARRIETA ALBERDI, J., *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707)*, Zaragoza, 1994. CARLOS MORALES, C. J. de, *El Consejo de Hacienda de Castilla. 1523-1602. Patronazgo y clientelismo en el gobierno de las finanzas reales durante el siglo XVI*, Valladolid, 1996. FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispánica*, RIVERO, M., *Felipe II y el gobierno de Italia*, Madrid, 1998. EZQUERRA REVILLA, I., *El Consejo Real de Castilla bajo Felipe II. Grupos de poder y luchas faccionales*, Madrid, 2000. RODRÍGUEZ BESNÉ, J. R., *El Consejo de la Suprema Inquisición. Perfil jurídico de una institución*, Madrid, 2000. GÓMEZ RIVERO, R., «Cámara de Castilla (1588-1598)», en *Archivo de Historia del Derecho Español*, LXX (2000), pp. 125-194. DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J. C., *El Real y Supremo Consejo de Guerra (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 2001.

⁷³ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: el rey en el despacho*, pp. 36-37.

memoriales y quejas de cualquier súbdito y punto del imperio y de ellos partían instrucciones, consultas, respuestas a otros oficiales y decisiones de todo tipo⁷⁴.

Su gran y múltiple poder no es propio, es ajeno por ser un poder delegado del foco emisor, que no es otro que el del monarca, cabeza del Estado, y los límites que tendrán serán los que establezca de forma regulada en cada caso aquel a través de las ordenaciones internas que implante para cada consejo o de las Instrucciones generales despachadas a los distintos presidentes. Los consejos representan por tanto la corporeización de la Monarquía y son sus brazos ejecutores en diversos campos y materias⁷⁵. Por ello no debe extrañar que les veamos asesorando en competencias propias, administrando justicia judicialmente o resolviendo las controversias gubernativas no contenciosas o incluso promulgando normas legales de mayor o menor alcance.

Pero sobrevolando la abundante literatura domeñada por la retórica o el cántico encomiástico sobre la bondad y el alto servicio de los Consejos⁷⁶, estaba la otra mirada amarga y realista de la opinión popular. Es el envés de la moneda contemplado por los administrados que les observa ante todo como centros de poder integrados por hombres de carne y hueso. Ciertamente me refiero al hecho de que en su seno se van a dar cobijo los intereses de los grupos más privilegiados⁷⁷, los de siempre, la gran nobleza y las dignidades eclesiásticas que suele acaparar las presidencias y acumular varias consejerías, y los recién incorporados, ese cortejo de letrados que aspiraban en su fuero interno al ennoblecimiento. A todos ellos los monarcas colmarán de favores y distinciones porque les considera su corazón y brazos y el apoyo necesario para consolidar la Monarquía.

Llegados a este punto debemos distinguir dos grandes grupos de consejos: los de base territorial con una delimitación geográfica determinada y atribuciones diversas, y los consejos especializados por razón de la materia y por llevar consigo asuntos homogéneos. Esta bipartición clásica adolece de una gran imprecisión e indiferenciación ya que no cuenta con el doble carácter de los consejos materiales, en su proyección concreta a Castilla o a toda la Monarquía, y además olvida especialmente la singular naturaleza de los Consejos de Cámara o el no menos peculiar de Navarra. Es por ello que sin hacer profesión de fe, asumimos la categorización del profesor Escudero por entender que es más explicable y ajustada a las particularidades de cada uno, aunque puede correrse el riesgo de encerrar una simple enumeración. Vayamos al examen somero de cada uno⁷⁸.

El CONSEJO DE ESTADO, creado en 1521 a instancias del canciller Gattinara y reorganizado por Carlos V en Granada cinco años después el 1 de julio de 1526 para dar entrada a españoles en sustitución de la

⁷⁴ TOMÁS Y VALIENTE, «El gobierno de la Monarquía», pp. 127-128.

⁷⁵ Siglos después recordaba un regalista convencido, Melchor de Macanaz, que la jurisdicción que ejercen todos los Consejos es delegada y que no se puede «despreciar las leyes fundamentales destes reynos, que atribuyeron toda la suprema potestad a una sola persona», porque de lo contrario sería tener un Consejo del reyno y no del rey. Melchor de Macanaz, *Explicación jurídica e histórica de la consulta que hizo al Consejo de Castilla el rey N. Señor...*, citada por TOMÁS Y VALIENTE, «El gobierno de la Monarquía», p. 129.

⁷⁶ Es la perspectiva seguida por López Madera con una escritura penetrada de exaltación y de una profunda elevación respecto del papel de los Consejos o la línea moralizante pintada por Juan de Herrera.

⁷⁷ El propio duque de Alba, experimentado hombre de armas que fue capitán general en Milán, virrey de Nápoles, después de algunas aspiraciones frustradas por el poderoso Ruy Gómez de Silva y el partido ebolista logró ser consejero del importante y decisivo Consejo de Estado. Vid. FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispánica*, pp. 80-84.

⁷⁸ Escudero estructura los diversos Consejos en cinco grandes grupos: de competencia en toda la Monarquía (Estado, Guerra e Inquisición), de gobierno de los diversos territorios (Castilla, Aragón, Indias, Italia, Flandes y Portugal), la excepción de Navarra, el Consejo de Cámara de Castilla, los Consejos de administración predominantemente castellana (Órdenes, Cruzada y Hacienda). Vid. ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: el rey en el despacho*, p. 37.

camarilla flamenca, es el Consejo más excelente de la Monarquía por su superioridad y el principal por representar su institucionalización más acabada, ya que le pertenece al monarca y por tal le preside, aunque habitualmente no asistía⁷⁹. Fue el gran soporte consultivo de la Monarquía concebido como el órgano asesor supremo para el estudio y orientación de la política general del Estado.

Su carácter fue estrictamente político y la universalidad de su tarea le concibió la primacía en el rango polisinodial al punto de convertirse en el organismo fundamental e idóneo para el examen y asesoramiento de todo lo concerniente a la política exterior. Además se arrogaba entre sus competencias la dimensión de consulta en lo atinente a la paz y la guerra, las ligas y treguas, matrimonios de reyes y príncipes, toda la comunicación diplomática con el extranjero, la preparación de informes de las más gruesas cuestiones de Estado como el nombramiento de altos cargos o la ocupación y asedio de nuevos reinos y territorios. Todo se trataba en él con el objeto de formar la voluntad regia para que en último extremo fuera el monarca quien decidiera. Esto quiere indicar la ausencia de potestad resolutoria en el Consejo y su faceta asesora es la que condensa su actividad.

Sabemos que tanto Carlos I como Felipe II hicieron uso ordinario y a veces con reiteración de su primer Consejo presidiendo sus sesiones. Sin regulación normativa tasada ni en cuanto al número de consejeros, funcionaba con una gran flexibilidad actuando sobre un amplio cuadro de materias que solo tenían en común su relación con la política exterior y con un estilo asentado. Hasta 1567 contó con una secretaría que fue dividida en dos, una para el Norte y la otra para Italia.

Este organismo se consideró la *corporación natural* de los grandes de España y de los nobles de privilegio y virtud, donde se acogieron las personas de experiencia en la política o en la guerra: virreyes, gobernadores, capitanes generales y otros individuos de igual principalidad de la Monarquía. En esta línea fue legítima la aspiración del duque de Alba que pudo ver cumplida después de fracasados intentos⁸⁰.

Una característica, que reflejará su comunión con los asuntos de guerra, fue que sus miembros serán consejeros natos del Consejo de Guerra dados los perfiles y viscosidad de las cuestiones de Estado y Guerra.

El CONSEJO DE GUERRA es otro de los Consejos supremo y general de la Monarquía. Complementario del Consejo del Estado, aunque de rango menor y dependiente del anterior, igualmente en el papel lo presidía el rey. Aunque existía en 1523 ó 1524, hasta julio de 1526 no se organiza fehacientemente con un número indeterminado de miembros, expertos en asuntos castrenses, al que se unieron los consejeros de Estado.

En él se residencian no solo los asuntos de la preparación y desarrollo de la guerra, composición de armadas y construcción de galeras, fabricación de armas, edificación y custodia de presidios y fortalezas sino todos los expedientes de propuesta para la provisión de los empleos militares. Contó con una única secretaría que fue desdoblada por Felipe II, dejando una para Mar y otra para Tierra⁸¹.

Una faceta significativa resultó su competencia judicial procedente de que los miembros de la milicia disfrutaban de la condición de aforados y por este fuero militar las acciones civiles y penales de los consejeros y oficiales del Ejército estaban sujetas a la jurisdicción del Consejo.

⁷⁹ CORDERO TORRES, *El Consejo de Estado*. FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispana*, especialmente pp. 238-248. La obra reciente de BARRIOS PINTADO, *El Consejo de Estado de la Monarquía española*, resulta muy crítica y rigurosa. ESCUDERO LÓPEZ, J. A., «El gobierno de Carlos V hasta la muerte de Gattinara. Canciller, consejos y secretarios», en *El Imperio de Carlos V*, pp. 83-96.

⁸⁰ FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispana*, pp. 80-84.

⁸¹ Contamos con el reiterado trabajo de FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispana*, pp. 251-269; y la obra de DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J. C., *El Real y Supremo Consejo de Guerra (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 2001.

El CONSEJO DE LA INQUISICIÓN o La Suprema es el máximo órgano central del gobierno del Santo Oficio. Su acta de nacimiento data de 1488 y estuvo presidido por el Inquisidor general, que figuraba como la máxima autoridad de la institución y era elegido por el rey y nombrado por el Sumo Pontífice; un signo inequívoco de la instrumentalización política del mismo.

Su organización –presidente y cinco consejeros–, funcionamiento y competencias vinieron reguladas expresamente por diversas Instrucciones en su dimensión de tribunal superior. Además su actividad se centraba en la dirección y gobierno de todo el aparato inquisitorial y especialmente fiscalizaba los tribunales provinciales y resolvía la provisión de las plazas⁸².

Dispuso de tres secretarios: los internos del Consejo con dos secciones: Castilla y Aragón-Navarra e Indias; un segundo secretario privado del rey para las cuestiones del Santo Oficio y una tercera secretaría de la Cámara del Inquisidor General⁸³.

Como consecuencia del proceso centralizador impulsado definitivamente por los Reyes Católicos, uno de los instrumentos más eficaces de esta política fue el CONSEJO REAL DE CASTILLA⁸⁴. Consejo de base regnicola y «columna de nuestros reinos» como lo consideró el Emperador en 1543. Es el primero en precedencia de dignidad en el ceremonial de la Corte no sólo por su antigüedad, argumento de por sí contundente para la época, sino por el gran poder que ostentaba y que observamos en varios aspectos: La Corona de Castilla es la más potente de la Monarquía por su vitalidad económica y demográfica; el presidente del Consejo por su preeminencia lo es asimismo de las Cortes y del Consejo de Órdenes y a veces miembro del Consejo de Estado, por ello era estimado como el primer magistrado del Estado tras el monarca; sus miembros solían acumular la condición de consejeros en los consejos de Cámara, Cruzada, Hacienda, Guerra, Órdenes, Inquisición y de la Mesta; inspeccionaban las Chancillerías y Universidades y no faltaba ocasión para ser designados embajadores extraordinarios.

Al ser algo tan codiciado no faltaron pugnas y conflictos despertados entre los sectores sociales para poder ingresar en él. Desde la posición recalcitrante de los nobles y eclesiásticos, apoltroñados en él por considerar que era un *derecho histórico*, hasta la presión de letrados y juristas para hacerse un hueco en su interior. Expectativas que gracias a Dios se vieron atendidas con la reforma de 1480 y reafirmadas con la voluntad política de los Austrias al dar al Consejo Real un contenido más técnico y profesional, valorando preferentemente la formación y la pericia jurídica⁸⁵. Ya no había vuelta atrás en la composición de dieciséis letrados y consejeros que determinó Felipe II en 1598.

Al hacer balance del por qué de este repertorio de prebendas y del tratamiento de alteza en los despachos o de majestad en las consultas, máximas distinciones reservadas al soberano como si acaso pretendieran rivalizar con él, encontramos las razones en sus amplias y extensas atribuciones de orden gubernativo, judicial –tribunal supremo– y especialmente legislativo que no conocían parigual.

⁸² ESCUDERO LÓPEZ, «Los orígenes del Consejo de la Suprema Inquisición», pp. 237-288. RODRÍGUEZ BESNÉ, *El Consejo de la Suprema Inquisición*.

⁸³ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, pp. 38-39.

⁸⁴ Reorganizado en 1480 por los Reyes Católicos en las Cortes de Toledo y ajustado por las Ordenanzas de Felipe II de 14 de febrero de 1598. GIBERT, *El antiguo Consejo de Castilla*, Madrid 1964. GAN GIMÉNEZ, *El Consejo Real de Carlos V*. DE DIOS, *El Consejo Real de Castilla*. EZQUERRA REVILLA, *El Consejo Real de Castilla bajo Felipe II*.

⁸⁵ Solían culminar su carrera profesional después de ejercer oficios de regidores, corregidores, escribanos, oidores de Audiencia, alcaldes del crimen, fiscales en otros consejos. Un *cursus honorum* de progreso para alcanzar por fin la primicia más buscada.

Estructurado en salas de gobierno y justicia, que desde 1598 fueron cuatro, ello no suponía una nítida y precisa delimitación y distinción entre lo gubernativo y lo contencioso; más bien lo característico del Antiguo Régimen fue la unicidad del poder y su indivisión. Solía reunirse el plenario con el rey en la denominada consulta de los viernes, celebrada con una gran solemnidad para despachar las consultas de los asuntos importantes –proyectos de reforma, juicios de residencia, etc.– y en especial aquellos que acarreaban dispensa o derogación de ley o promulgación de una nueva norma legal.

Quisiera poner la atención en la competencia legislativa del Consejo por delegación regia que era desarrollada las más de las veces por el mismo, bien por vía indirecta, haciendo suyas las peticiones del rey o de las Cortes y redactando el contenido de la norma previamente estudiada, bien por la vía más directa de los Autos Acordados.

Este conglomerado de competencias expresa de la mejor manera posible la importantísima tarea de gobierno y justicia que desarrollaba este órgano unitario, de ahí el cuidado que el propio monarca Felipe II mostró a la hora de designar a personajes relevantes para ocupar la presidencia del Consejo.

El CONSEJO DE ARAGÓN fue una réplica del castellano aunque en un segundo lugar. Reorganizado por pragmática de 14 de noviembre de 1494, de nuevo se ordenó y reformó en 1543. Constaba de una planta formada por un vicecanciller, que hacía las veces de presidente, y por seis regentes, dos por cada reino y Principado que componían la Corona. Todos debían ser letrados y uno de ellos actuaba como tesorero general de la Corona que solía suplir al vicecanciller en cuestiones de gracia. También se sumaba al Consejo un protonotario, responsable de la Cancillería, su lugarteniente y un abogado del fisco⁸⁶.

El vicecanciller era un jurista sobresaliente y natural de Aragón y representaba la defensa de los fueros, usos y libertades de los reinos frente a la Monarquía. Asimismo contaba el Consejo con un número elevado de secretarías, tantas como territorios peninsulares (Aragón, Cataluña, Valencia) e insulares (Mallorca, Sicilia y Cerdeña) integraban la Corona. Luego en 1587 se añadió otra más para las tierras de la orden militar de Montesa.

Sus competencias, proyectadas por el conjunto político de tierras de la Corona, acogían las materias de gobierno, justicia, hacienda, provisión de oficios y demás mercedes. Todo excepto guerra.

El CONSEJO DE INDIAS. En el inicio las cuestiones indianas quedaron bajo la jurisdicción del Consejo de Castilla y en función de sus atribuciones eran de ordinario despachadas por el citado organismo. Fue el volumen de asuntos lo que justificó su segregación y la decisión de instituir una entidad distinta y separada con capacidad autónoma.

Con la incertidumbre de las fechas, 1523 ó 1524, se erigió el Consejo de Indias y se nombró como primer presidente al eclesiástico Fray García de Loaysa, confesor del monarca, general de los dominicos, Inquisidor General y luego arzobispo de Sevilla⁸⁷.

⁸⁶ RIBA GARCÍA, *El Consejo Supremo de Aragón*. LALINDE ABADÍA, «El vicecanciller y la presidencia del Consejo Supremo de Aragón». ARRIETA ALBERDI, J., *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707)*, Zaragoza 1994. BALTAR RODRÍGUEZ, J. F., *El protonotario de Aragón. 1472-1707. La Cancillería aragonesa en la Edad Moderna*, Zaragoza, 2001; del mismo autor, «Las negociaciones del Consejo de Aragón en el siglo XVI», *Anuario de Historia de Derecho Español*, LXXI (2002), 267-313.

⁸⁷ Es muy recomendable el fundamental trabajo de SCHÄFER, *El Consejo Real y Supremo de las Indias*. El profesor Demetrio Ramos adelanta a 1522 la fecha de creación del Consejo. Vid. RAMOS, D., «El problema de la fundación del Real Consejo de Indias y la fecha de su creación», en *El Consejo de Indias en el siglo XVI*, Valladolid, 1970, pp. 11-48.

Competente en todos los negocios de gobierno y justicia de ultramar en las tierras descubiertas y por descubrir, este Consejo atravesó en tiempos de Felipe II por una fase de cierta crisis que derivó en un control provisional puesto que se puso al frente del mismo a una nueva autoridad Diego de los Cobos, Gran Canciller de las Indias e hijo del importante secretario Francisco de los Cobos⁸⁸. Asimismo y también durante el gobierno filipino, después de perder atribuciones a favor del Consejo de Hacienda, fue objeto de muchas pesquisas, visitas y residencias ante las denuncias por abuso de los oficiales y como pretexto de continuos problemas y conflictos entre la presidencia y el secretario Juan de Ibarra que provocó entre otras consecuencias el desgajamiento del Consejo de Cámara en 1600 a instancias del duque de Lerma.

El CONSEJO DE PORTUGAL, establecido por Felipe II en 1582, tras la incorporación de la nueva Corona a la Monarquía y después de las reclamaciones de las Cortes de Thomar, cumplió un papel similar al de Castilla y Aragón, es decir, de órgano político de engarce entre el monarca y sus súbditos lusitanos.

Con sede en Madrid, la planta venía formada por seis personas: un prelado o alta dignidad eclesiástica, un distinguido experto en finanzas o veedor de hacienda, un secretario, un canciller y dos jueces o desembargadores⁸⁹. A ellos se sumaba el aparato burocrático del Consejo formado por dos escribanos de hacienda y otros dos de Cámara. A todos se les exigía naturaleza portuguesa.

La gestión se circunscribía a materias de gobierno, justicia, asuntos de Estado y guerra; estas dos últimas fueron objeto de vigilancia y de mucha desconfianza en Madrid, de ahí el papel tan importante que jugó en la Corte un personaje como el diplomático Cristóbal de Moura, que se granjeó una gran confianza regia.

La segregación de Portugal de la Monarquía Católica en 1640 marcó su fin. El Consejo portugalense prácticamente desaparece de la escena polisinodial, aunque oficialmente habrá que esperar al Tratado de Lisboa de 1668 para cerrar formalmente este capítulo.

El CONSEJO DE FLANDES fue creado por decreto de 7 de enero de 1588 por el Rey Prudente para el gobierno de los Países Bajos y el Franco Condado, mientras en Bruselas existía un Consejo Privado.

Se sugiere la hipótesis original de la razón de su erección a que durante el gobierno de Luis Requesens y como contrapunto a la dura política de represión llevada a cabo por don Fernando Álvarez de Toledo con motivo de las revueltas calvinistas y desórdenes de 1566⁹⁰ se intentó la posibilidad de constituir una especie de consejo asesor del monarca con naturales de país. Ante el fracaso tomó cuerpo el modelo oficial que se suspendió cuando las Provincias Unidas pasaron a manos del archiduque Alberto y la infanta Clara Isabel Eugenia⁹¹. De nuevo fue restablecido en 1627 como Consejo Supremo de Estado de los Países Bajos y Borgoña, hasta su desaparición definitiva el 29 de marzo de 1702, trasladando el conjunto de su archivo a la Secretaría de Estado del Norte.

El CONSEJO DE ITALIA surgió a la vida administrativa de la Monarquía universal en el tramo de 1555 a 1562, con gran probabilidad en julio de 1558 fruto de su desgajamiento del Consejo de Aragón,

⁸⁸ GARCÍA-GALLO, A., «El Consejo y los secretarios en el gobierno de las Indias en los siglos XVI y XVII».

⁸⁹ ESCUDERO LÓPEZ, «La creación del Consejo de Portugal».

⁹⁰ Llegado a Bruselas en agosto de 1567, a los pocos días estableció el «Tribunal de los tumultos» para juzgar a los responsables de los disturbios callejeros, corriendo mucha sangre de los ajusticiados. Vid. ECHEVARRÍA, M. A., *Flandes y la Monarquía hispánica*. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *El duque de hierro: Fernando Álvarez de Toledo. III duque de Alba*, Madrid, 2007. KAMEN, H., *El gran duque de Alba*, 4ª ed., Madrid, 2007. MALTBY, W. S., *El gran duque de Alba. Un siglo de España y de Europa (1507-1582)*, 2ª ed., Madrid 2007.

⁹¹ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, p. 42.

según defiende la historiografía clásica, aunque parece llegado el momento, y después de recientes investigaciones, de plantearse nuevas vías interpretativas fuera del lugar común de una secesión des-centralizadora y optar por una decisión de política estatal de constituir un nuevo organismo político independiente separando los territorios italianos hasta entonces integrados en la Corona de Aragón⁹².

Lo cierto es que se establece con jurisdicción en los reinos de Nápoles y Sicilia y en el ducado de Milán. Como consecuencia de esta realidad territorial, el Consejo se formó con seis representantes llamados regentes, tres españoles y tres italianos, uno por cada territorio enumerado arriba, y un presidente. Contaba una única secretaría que en 1595 se subdividió en tres, teniendo en cuenta cada uno de los territorios italianos donde el Consejo extendía su competencia.

El CONSEJO REAL DE NAVARRA para algunos atípico y peculiar por la excepción que rompe la norma al radicar su sede en Pamplona, fuera de la habitual del resto en Madrid. Fue el respeto a su incorporación a Castilla en 1512 lo que movió al rey Fernando el Católico para ganarse el afecto de sus nuevos súbditos. En una segunda fecha de 1525 fue reorganizado por Carlos I determinándose entonces una planta de un presidente, seis consejeros, naturales del reino, y el resto, el personal del aparato administrativo compuesto de secretarios, relatores, porteros y un largo etcétera⁹³.

Una característica singular de su funcionamiento era la participación del virrey en el Consejo, empero la presidencia recaía en el regente que a su vez fue designado y nombrado por el monarca⁹⁴.

Al igual que los otros consejos territoriales obtuvo un abanico muy amplio de competencias gubernativas, judiciales –Tribunal superior del reino– y también legislativas fuera de las propias de las Cortes dictando provisiones acordadas con el virrey que se promulgaban anualmente en forma de Ordenanzas.

Resultado de la reforma señalada de 1525 se dispuso de cuatro secretarios con funciones parejas a las realizadas por los escribanos en la Corte Mayor y los dos notarios en la Cámara de Comptos⁹⁵.

El CONSEJO DE CÁMARA DE CASTILLA, es el canal institucional más íntimo y reservado del rey. Se separó de su madre nutricia, el Consejo Real de Castilla, en 1518 para un despacho autónomo que se proveía por expediente y sin audiencia de interesado ni posibilidad de recurso.

En su seno se tramitaba, valoraba y decidía conforme a derecho todos los aspectos delicados que afectaban entre otras asuntos a las relaciones Iglesia-Estado, lo referente al *ius patronatus*, patronato eclesiástico, además de aquellos contenidos ejecutivos del derecho de gracia regia en cuestiones penales y todo lo perteneciente al resto de prerrogativas reales no reguladas legalmente, especialmente en materia de merced y nombramiento de consejeros, magistrados y altos oficiales de gobierno y justicia⁹⁶.

Compuesto inicialmente por el presidente del Consejo Real y tres consejeros del afecto regio, fue reestructurado por Felipe II en 1588 en tres secretarías que seguían las rúbricas de la triple actividad: Gracia, Patronato y Justicia⁹⁷. Por la primera se resolvían las peticiones de perdón, indultos, creación de mayorazgos, licencias de naturalización, provisión y renunciaciones de oficios de pluma y

⁹² RIVERO, *Felipe II y el gobierno de Italia*.

⁹³ SALCEDO IZU, *El Consejo Real de Navarra*.

⁹⁴ El rey solía aprovechar la ocasión para nombrar a un castellano.

⁹⁵ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, p. 43.

⁹⁶ ESCUDERO LÓPEZ, «El Consejo de Cámara de Castilla y la reforma de 1588», GÓMEZ RIVERO, R., «Cámara de Castilla (1588-1598)».

⁹⁷ DE DIOS, *Gracia, Merced y Patronato Real*.

gobierno, ventas de los mismos y otros asuntos semejantes. Ya en la segunda iban los empleos eclesiásticos sujetos al patronato regio, y por la tercera se tramitaban todo lo atinente a los oficios de jurisdicción.

El CONSEJO DE ÓRDENES por su peculiaridad fue erigido en época de los Reyes Católicos, en el bienio de 1494-1495, después de que los maestrazgos de las tres órdenes de caballería: Santiago, Alcántara y Calatrava pasasen entre 1488 y 1498 a los bienes personales de los reyes y se incorporasen en definitiva a la Corona en 1523 para convertirse en un órgano permanente⁹⁸.

Por su naturaleza le correspondió el gobierno y la justicia de los territorios de las órdenes caballerescas castellanas y a partir del siglo XVIII la aragonesa de Montesa. Se organizó en dos salas: la de Santiago y la de Calatrava-Alcántara presididas por los caballeros de Santiago y Calatrava, respectivamente. También contó con dos secretarías. Además del nombramiento de las encomiendas y demás beneficios de las órdenes, desde 1609 agregó la jurisdicción de las causas criminales y mixtas con los caballeros de hábito⁹⁹.

El CONSEJO DE LA CRUZADA fue creado posiblemente a principios del siglo XVI para recaudar fondos con cargo a las tres gracias de la Iglesia que el Papa Julio II concedió en 1509. La bula de la cruzada para contribuir a que el Emperador hiciera frente al turco defendiendo la Cristiandad; el subsidio o ayuda de Roma que se aplicaba al mantenimiento de una flota de galeras y el excusado que suponía el diezmo mayor por cada parroquia¹⁰⁰.

Con jurisdicción en Castilla y Aragón, el Consejo, según Instrucción de 1554 y Ordenanza de 1573, estaba formado por un Presidente a título de Comisario General con doble jurisdicción delegada, temporal del rey y espiritual del Papa¹⁰¹, tres oidores juristas de los Consejos de Castilla, Aragón e Indias, dos contadores para la gestión de hacienda, un fiscal y un secretario. Administraba justicia en los pleitos de asuntos propios.

El CONSEJO DE HACIENDA, donde se domicilia el importante capítulo fiscal de ingresos y gastos de la Monarquía, fue fundado en febrero o marzo de 1523, reordenado en 1525 y periódicamente reorganizado a lo largo de este siglo.

A tenor de las Ordenanzas expedidas en El Pardo el 16 de octubre de 1593, el Consejo de Hacienda aparecía, según la letra de la norma, configurado con un presidente, dos miembros del Consejo de Castilla, dos contadores, un secretario y el resto del personal de ejecución del servicio. Junto a los consejeros habitualmente están los tenientes de la Contaduría Mayor y el tesorero general.

Por ser el sostén financiero del Estado, estaba encargado de la administración, beneficio y cobranza de la Real Hacienda de la Monarquía. Sus competencias no sólo se encerraban en el control de los impuestos, rentas y subsidios, proposición de proyectos de reforma y arbitrios para una mejor recaudación, tramitación de expedientes financieros y la fiscalización de gastos, sino que tenía reconocida funciones judiciales actuando entonces como tribunal supremo en los litigios ocasionados por la recepción de las rentas¹⁰².

⁹⁸ POSTIGO CASTELLANOS, E., *Honor y privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Órdenes y los caballeros de hábito en el siglo XVII*, Valladolid, 1988.

⁹⁹ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, p. 45.

¹⁰⁰ MARTÍNEZ MILLÁN y CARLOS MORALES, «Los orígenes del Consejo de Cruzada».

¹⁰¹ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, p. 45, nota 38, da cuenta de un manuscrito que ofrece la lista de comisarios generales en el reinado de Felipe II.

¹⁰² HERNÁNDEZ ESTEVE, *Creación del Consejo de Hacienda de Castilla*. CARLOS MORALES, *El Consejo de Hacienda de Castilla, 1523-1602*.

Constatada su complejísima y cambiante estructura, sin embargo, debemos destacar su proyección universal.

Como regla general de la burocracia administrativa, los órganos superiores tienden a reproducirse en otros inferiores; y así observamos cómo en este sistema de Consejos se verifica ese principio general, emergiendo a la superficie otros órganos colegiados que son las Juntas, primero con carácter coyuntural y episódico para solucionar problemas marginales o de discutible asignación entre dos o más Consejos, pero luego y a la larga algunas se consolidan de forma estable y se abren hueco en el régimen de gobierno de la Monarquía¹⁰³.

Formadas con algunos miembros de los Consejos en número reducido y con una menor infraestructura burocrática, la mayoría va a perecer en la travesía administrativa, pero otras muchas duraron siglos.

La experiencia juntera resulta temprana al vincularse al deber de consejo al monarca que fructifica en 1498 con los Reyes Católicos en la llamada Junta de Comisiones para asesorar en los conflictos jurisdiccionales entre los Consejos de Castilla y Ordenes u otras para Indias¹⁰⁴.

En tiempos de Rey Prudente contamos con una serie de juntas ya funcionando de todo tipo, descollando por su longevidad la Junta de Obras y Bosques Reales de 1556 que al frente de un secretario conocía de la conservación y mejora de los bosques, jardines, reales sitios, alcázares y palacios del patrimonio real¹⁰⁵. Esta Junta disfrutó de jurisdicción especial con jueces privativos.

Fuera de ella, surge una tupida red de juntas especiales de gobierno o de Estado a modo de segundo escalón de los Consejos. Así la denominada Junta Magna en 1568 para los problemas de los encomenderos indianos o la Junta Grande creada en 1585 ó 1586 sin competencias concretas por lo que su actuación se proyectaba con carácter universal a todos los asuntos de gobierno¹⁰⁶ y otras especiales y de carácter tan heterogéneo como específico dedicadas al cuidado y auxilio del príncipe Carlos o la formada en los Países Bajos para controlar los excesos del duque de Alba o los problemas espinosos de la sucesión portuguesa creada en febrero de 1579 o la Junta de prelados (1564 y 1582) y la de Reforma de 1566 para los asuntos de los moriscos.

Siguieron proliferando nuevas que surgieron al socaire de cuestiones financieras puntuales de la Contaduría Mayor que más tarde se mudó por la Junta de la Armada del Mar Océano o la Junta de Medios de 1560 y la de los Presidentes de los Consejos de 1573. Algunas también quedaron vinculadas a las funciones palatinas de alojamiento de la Casa Real como la Junta de vestir la Casa que se desenvuelve en la difusa frontera de lo público y lo privado. Acerca de lo militar se formó una Junta de Milicias en 1588 y en esta confusión de la diversidad a finales de la centuria se crearon la Junta sobre las cosas de Aragón para discernir sobre la situación del reino en 1591, la Junta de Cortes para estudiar lo relativo a la convocatoria y celebración de las mismas, la Junta de Arbitrios en 1598 y la Junta de Policía de Madrid para la capital de la Corte¹⁰⁷.

¹⁰³ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, D., *Las Juntas ordinarias. Tribunales permanentes en la Corte de los Austrias*, Madrid, 1995. BALTAR RODRÍGUEZ, J. F., *Las Juntas de gobierno en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*, Madrid, 1998.

¹⁰⁴ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, D., *El deber de consejo en el Estado Moderno. Las Juntas «ad hoc» en España (1474-1665)*, Madrid, 1993.

¹⁰⁵ La cuestión de su fundación es un tema sin aclarar, pues al principio del reinado de Felipe II actuaba un secretario para estos asuntos y sólo al final de su gobierno se habla de un Consejo de Obras y Bosques. Vid. DÍAZ GONZÁLEZ, F. J., *La Real Junta de Obras y Bosques en la época de los Austrias*, Madrid 2002, pp. 39-48.

¹⁰⁶ ESCUDERO LÓPEZ, *Felipe II: El rey en el despacho*, p. 48.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 49.

Todo este marasmo componía un cuadro compulsivo de desorden y desconcierto que declaraba abiertamente la crisis en que estaba sumido el sistema de Consejos y consejillos con soluciones un tanto descabelladas.

Las ambiciones personales, las disfunciones y las fricciones indeseables en la mecánica de funcionamiento de los Consejos se habían hecho patentes, solo había que esperar a que el Barroco profundizara en el cansancio, en la hipertrofia del sistema polisinodial para facilitar la imparable caída. El régimen de Consejos se vino abajo al punto de ser sustituidos por la Secretaría de Despacho, despedazada en varias secciones que toman para sí los nombres de las materias que gestionan. Estamos ya en el amanecer de la nueva planta de la Administración superior de los Borbones.

LA ESCUELA MILITAR DEL III DUQUE DE ALBA: EJEMPLO, DOCTRINA Y REFERENCIA HISTÓRICA

Hugo O'DONNELL, DUQUE DE TETUÁN
Real Academia de la Historia

I. HERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO PIMENTEL, DE SOLDADO A GENERAL Y MAESTRO EN LA MILICIA

La trayectoria militar del III duque de Alba de Tormes es muy larga y conocida. A los 13 años recitaba de memoria el *De re militari* de Vegetio, pero debemos establecer como inicio de la misma el año de 1524 cuando, cuatro años después, hizo sus primeras armas a las órdenes del condestable de Castilla, don Íñigo Fernández de Velasco, en la defensa de Fuenterrabía contra franceses. Fue esta la manifestación temprana de una formación basada en los antiguos ideales de su sangre, inseparables de la guerra y del servicio y lealtad a la Corona. Consciente desde entonces del deber que exigía como contrapartida su cuna, le señala Gracián como «señor más por naturaleza que por merced» aunque sin olvidar aquella con orgullo insoportable para muchos: «Fue grande y nació para mayor, que aun en el hablar no pudo violentar este natural imperio»¹, señalando junto con su don de mando, su arrogancia, tan altiva, que únicamente se sometería a su Rey. El término de su carrera de soldado coincide con el de su propia vida, ya que murió, respetado por su inigualable capacidad militar y prácticamente con la coraza puesta, tras «haberle sobrevenido cámaras y calentura lenta»², en una quinta de Thomar, en plena ocupación de Portugal, el 11 de diciembre de 1582. Estamos hablando por lo tanto de 58 años de servicios militares al Emperador y a Felipe II, casi interrumpidos, ya que no podemos excluir de esta condición los años cortesanos iniciados en 1558 en los que ejerció de presidente del Consejo de Guerra como parte del de Estado, aceptado por todos como el asesor militar decisivo³.

¹ GRACIÁN, B., *El Héroe*, Amberes, 1669, primor XIV, p. 555.

² El cardenal Granvela al secretario Cristóbal de Salazar, Madrid, 10 de diciembre de 1582. *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (CODIN), Madrid, 1859, Tomo XXXV, p. 356.

³ «In matters of war indeed Alva always had a decisive voice». RANKE, L. *The Ottoman and the Spanish Empires in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. London, 1843, p. 42.

A la hora de dar unas pinceladas sobre su figura como renovador del Ejército, evidentemente debemos partir del momento en el que obtiene un mando independiente y puede imponer su criterio a la generalidad. Esto no ocurre en la primera década de su militancia desde su gobierno de Fuenterrabía (1525) hasta la campaña de Francia de 1536, pasando por sus mandos y comisiones en la de Hungría contra los turcos (1531), en la que ya es III duque de Alba, y conquista de Túnez (1535), y en los que sin embargo adquiere la experiencia y nombradía precisas para la carrera brillantísima a la que estaba destinado. Recoge Gómez de Arteche que en su segunda campaña, la de Hungría, eminentemente estratégica, ya hubo quien en un consejo presidido por el Emperador, dijera que aquel joven sería el mejor capitán de su tiempo⁴. A partir de ese momento sólo detentará mandos de general en jefe de ejército y cabría pensar en llegado el momento en que aplicó su forma de concebir la milicia, lo que sin duda venía llevando a cabo desde antes a menor escala. Sin embargo, su patente de capitán general de las tropas de la frontera de Perpiñán obtenida en 1542, a sus 35 años, tras la intención de anexión de los territorios al norte de los Pirineos por parte del delfín Enrique de Francia (el futuro Enrique II), ejercida desde defensas estáticas, no precisó una reorganización obligada en un ejército de operaciones. Esta es la época de la primera relación, distanciadísima, entre un humilde piquero, Sancho de Londoño, el futuro codificador resumido de sus normas orales y sus bandos, y el general venturoso. Tampoco el encumbramiento de Alba, más honorífico que efectivo por no darse ocasiones de leva masiva, como Capitán General de las coronas de Castilla, Aragón y sus fronteras que tuvo lugar en junio del año siguiente, parece que pudiera haber dado lugar a la reforma que le haría famoso.

Su nombramiento como capitán general del Ejército imperial para las campañas del Danubio y del Elba contra la Liga de Smalkalda, culminación operativa de cualquier «cursus honorum» castrense, y reconocimiento indubitado de sus talentos militares por Carlos V, tampoco debe considerarse como el momento de madurez de su práctica, más que de su doctrina, pero sí aquel en el que, por primera vez, puede compaginar en su trabajo de jefe de combatientes sus ideales religiosos y sus lealtades militares. La gloria del paso del Elba y la victoria de Mühlberg (24 de abril de 1547), que se le deben en buena parte, así como su actuación en el sitio de Metz, cinco años después (1552), reparadora hasta lo posible de los errores ajenos, no se le pueden imputar del todo, porque su personalidad y capacidad de disposición se vieron muy mermadas ante la omnipresencia activísima y eclipsadora del Emperador. A pesar de todo y en el orden interno de las tropas puestas bajo sus órdenes, el Duque pudo identificarse especialmente con los tercios de veteranos españoles y estos con él. Alba convirtió en esta época a los tercios españoles en *nerbo de la infantería* del ejército imperial, potenciando las armas de fuego —arcabuces—, creando compañías exclusivas de arcabuceros e intercalando arcabuceros y piqueros en las compañías de picas hasta llegar a un tercio de los primeros en las segundas⁵. Cuando el Emperador pronunció la frase «La suerte de mis batallas ha sido decidida por las mechas de mis arcabuceros españoles»⁶, estaba pensando sin duda en Alba. A este momento y a nuestro protagonista corresponden ya en justicia el inicio de lo que se ha dado en llamar «la revolución militar de la edad moderna» que otros, en especial anglosajones y holandeses, suelen retrasar al siglo XVII⁷.

⁴ GÓMEZ DE ARTECHE, J., «Campañas del Duque de Alba», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, V, (1884), p. 295.

⁵ LONDOÑO, S. de, *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado* (1594), Madrid, 1992, p. 35.

⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *El duque de hierro: Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba*, Madrid, 2007, p. 57.

⁷ GONZÁLEZ DE LEÓN, F., «Doctors of the Military Discipline: Technical Expertise and the Paradigm of the Spanish Soldier in the Early Modern Period», *Sixteenth Century Journal*, Truman State University, Kirksville, USA, 27, nº. 1 (Spring, 1996), pp. 61-85.

Como virrey, gobernador y capitán general de Nápoles (1555-1558), tuvo esta vez plena ocasión de preparar a su estilo el ejército que al año siguiente no esperó a que el enemigo francés, infiel al tratado de paz de Vaucelles por incitación del Papa, llegase hasta él, sino que tomó la iniciativa y marchó hacia Roma en septiembre de 1556, derrotando también a las tropas de Paulo IV y solventando definitivamente la disputa hispano-francesa por Italia. El resonado triunfo en diversos encuentros campales y en la defensa de Civitella del Tronto en la primavera de 1557 frente al duque de Guisa, mostraron definitivamente la enorme capacidad organizativa y táctica de Alba, la óptima utilización de una máquina de guerra adiestrada personalmente y el control sobre la tropa que evitó un nuevo saco de Roma como el de 1527, tras la retirada de las fuerzas francesas. También se caracterizó, sin embargo, esta campaña por no conceder cuartel al enemigo resistente, práctica corriente en la época, pero tan distinta al actual Derecho de guerra y de la que hizo el duque de Alba un uso demasiado extendido tendente a crear una atmósfera de terror y a minar la moral de los mercenarios al servicio del enemigo. Otras dos características que serán habituales de la actuación militar del duque de Alba aparecen ya en esta guerra de Italia: la actitud de no combatir, aun en momentos y ocasiones que otros creen ser oportuno, y el de economizar al máximo la sangre de sus soldados que resume Gómez de Arteche en la arenga en la que manifestó no querer jugar un reino por una casaca recamada de oro, la de Guisa⁸.

El miedo que debía causar a sus enemigos y el respeto que debía inspirar a los suyos, probada su efectividad en una ya larga serie de victorias, pasaron a ser sus compañeros inseparables. Ya puede, pues, hablarse del «método ducal» y su figura, severa y autoritaria, se convirtió en mítica. Sus actos, transmitidos de boca en boca por sus propios hombres, permanecerían vivos en la memoria de las unidades a su mando, especialmente en el Tercio de Nápoles; pero no se volverá a oír la voz del Duque sobre la soldadesca hasta casi diez años más tarde en que el mismo autor y protagonista querrá verla reflejada en forma de ordenanza para la posteridad.

2. CAPITÁN GENERAL EN FLANDES. EL PODER POLÍTICO EN BENEFICIO DEL MILITAR

Al trienio bélico 1556-1559 siguió casi una década de actividad militar más reducida en la que los tercios de españoles volvieron a desempeñar sus habituales cometidos de guarnición en los reinos italianos y don Hernando Álvarez de Toledo, ocupado con su empleo de Mayordomo Mayor del Rey, encargado de las enojosas funciones públicas de la corte, había pasado a esta a encabezar como consejero el partido intransigente y belicoso opuesto al conciliador del príncipe de Éboli respecto a los sucesos que venían acaeciendo en Flandes desde ese mismo año, fiel a su criterio político-militar. Esas dos «sectas», albistas y ebolistas de las que nos habla el veneciano Tiépolo, quien en su informe como embajador ordinario de su República detecta el peso inicial mayor de Ruy Gómez de quien afirma que tiene *il maneggio supremo* de los asuntos de Estado, lo que no ocurre en ese momento (principios de 1565) con Alba a quien «El rey le manifiesta mucho aprecio, pero no le hace mucho caso. Su autoridad está por tierra...»⁹, pese a haber sido el año anterior, en opinión de Kamen, el político más consultado sobre asuntos de Flandes¹⁰.

En septiembre de 1566 tuvo noticia Felipe II de la furia iconoclasta calvinista flamenca del mes anterior, el «Beeldenstorm», en la que fueron saqueados y destruidos más de 400 iglesias y conventos,

⁸ GÓMEZ DE ARTECHE, J., «Campanas del Duque de Alba...», p. 296.

⁹ «Il re mostra buona volontà, ma non l'adopera molto. Non hà autorità, e è per terra», TIÉPOLO, A., «Relazione delle cose di Spagna», Madrid, Biblioteca Nacional, Ms. 1.203, fol. 277.

¹⁰ El grueso de las consultas del año 1563 sobre Flandes y que se conservan en la Sección de Estado, Leg. 143, del Archivo General de Simancas (A. G. S.) se hizo a Alba. KAMEN, H., *Felipe de España*, Madrid, 1998, p. 88.

algunos en la propia Amberes, centro financiero y comercial de primerísima magnitud desde 1500, sin que las autoridades locales pudieran o quisieran impedirlo. Esto, mucho más que la previa insumisión de Spa de los señores que sostenían la revolución, la «Remonstrance»: Guillermo de Nassau, el conde de Hoorne —miembros del Consejo de Estado de Flandes—, Hendrik van Brederode y el conde de Hoogstraten, le decidió a posponer su viaje como soberano conciliador, proyectado desde 1563, hasta la pacificación total de los Estados optando de un plumazo por la «ultima ratio regis» propuesta por los «albistas»: crear una importante fuerza militar en Flandes que sofocase la rebelión, mediante el rearme del gobierno de Margarita de Parma, levantando tropas nativas y contratando mercenarios en Alemania y Suiza, a la que habría de sumarse el refuerzo de tropas españolas que no acabarían llegando a su destino sino justo un año después. En la opinión de la duquesa de Parma, contraria a la expedición de fuerzas españolas y a los conocidos métodos de su general, la primera de las dos medidas hubiera probablemente bastado para la pacificación, especialmente tras vencer el Ejército Real de las Diecisiete Provincias por sí solo a las fuerzas señoriales sublevadas junto a Amberes el 13 de marzo de 1567; pero para entonces la maquinaria bélica estaba en pleno movimiento y no era posible pararla ni hacerla retroceder pues la llegada de esta noticia a España vino a coincidir con la partida desde Cartagena del contingente reclutado en España y de su general (27 de abril), que en cualquier caso podría culminar el trabajo iniciado por la Regente, de cuya eficacia se dudaba.

El duque de Alba, marqués de Coria, conde de Piedrahita, señor de los estados de Valdecomeja y de Huéscar, cabeza de la casa de Toledo, caballero del Toisón, el soldado más destacado de Europa, era además un noble culto que hablaba francés, italiano y algo de alemán y que se había relacionado con los magnates de Europa, especialmente con los flamencos. Reunía muchos requisitos para mandar el ejército represor que debía enviarse, ya que a su condición de excelente general con experiencia política unía el hecho de ser el principal valedor de la fuerza de las armas y el más fiel intérprete de los deseos actuales de Felipe I, que en esta materia y momento coincidían con los suyos. Cuatro años más tarde reconocería este papel: «Yo, señor, fui el que aconsejé a S. M. tomase este camino tan honrado (el de la guerra)...»¹¹.

Se barajaron sin embargo también otros nombres como el del duque de Saboya, Emanuel Filiberto «Testa di Ferro», o el de Parma, Octavio Farnesio, esposo de la regente Margarita, quienes en los primeros sondeos alegaron la necesidad de atender a sus propios estados. Tras la reunión del Consejo de 29 de octubre de 1566 en que se decidió la intervención militar, se promulgó en la misma fecha del mes siguiente el decreto por el que ordenaba que el duque de Alba encabezara un gran contingente de tropas veteranas con destino a los Países Bajos. Su principal misión era restaurar la paz y el orden como paso previo y condición indispensable para la llegada del Rey.

Pese a haberse acariciado en primer lugar las dos alternativas citadas en el mando, y pese a la edad de Alba, 60 años, avanzada para la época, y su salud precaria, Edgar Quinet señaló con acierto en su día que el mérito del rey de España estribó en elegir el instrumento que mejor convenía a sus propósitos. Alba disponía de cuanto Felipe poseía de inteligencia y de pasión y de cuanto le faltaba. En su correspondencia mutua se observa a dos hombres absolutamente concordes con el objetivo a lograr «y es el servidor el que casi siempre dicta la resolución a tomar al amo»¹². Parecía finalmente

¹¹ El Duque de Alba a don Diego de Espinosa, Nimega, 12 de agosto de 1570. ALBA, Duque de (ed.), *Epistolario del III Duque de Alba, Don Fernando Álvarez de Toledo*, 3 vols., Madrid, 1952, I, p. 404.

¹² «Le mérite du roi d'Espagne avait été de choisir l'instrument qui convenait le mieux alors à ses desseins. D'Alba avait tout ce que Philippe II possédait d'intelligence et de passion, et tout ce qui lui manquait. Dans leur correspondance, on voit deux hommes parfaitement d'accord sur le but, et c'est le serviteur qui dicte presque toujours la résolution du maître». QUINET, E., «Marnix de Sainte-Aldegonde», Collection «Bibliothèque d'un homme de goût», Fondation de la République des Provinces-Unies. Paris: Adolphe Delahays, libraire, 1854, p. 22.

la persona más adecuada para hacer frente a la represión de los sublevados, financiar el coste de la guerra y articular la colaboración del territorio. Para reforzar su misión militar, más que a la inversa, se le daría también al Duque la dirección política, siendo nombrado «Lugarteniente y Capitán General de Su Majestad y su Gobernador en los estados de Flandes» aunque en el primer cargo tomó posesión el mismo año de los tumultos y para el segundo, para la entrega de la jurisdicción civil, se esperó a 1567, decidida ya la sustitución de la duquesa Margarita de Parma en los Países Bajos. En aras de la mayor efectividad posible el mando militar le fue otorgado prácticamente sin restricciones, «con los mayores poderes y autoridad que hasta allí había tenido ningún general»¹³, aunque con numerosas instrucciones entre las que se contaban no pocas sobre disciplina y orden de las tropas¹⁴. Sería en el teatro de operaciones de Flandes donde el concepto y la doctrina militar de Alba acabarían perfeccionándose y aplicándose en bandos y placartes y en el tratado de Sancho de Londoño, dando lugar a que sus soldados pudiesen gloriarse de haberse formado en su «escuela militar». La campaña de Portugal (1580-81) no sería más que el colofón, también brillante, de algo ya madurado y experimentado.

3. LA FORMACIÓN Y ENVÍO DEL CUERPO EXPEDICIONARIO. OBRA EJEMPLAR DE ALBA

Desde el momento en el que se adoptó la decisión real, el Consejo de Guerra, dirigido por el duque de Alba, preparó durante ocho meses el plan modélico del ejército expedicionario para Flandes cuyos aspectos estructurales y logísticos servirían de pauta para todo el periodo de dominación española en los Países Bajos y que pudo superar las enormes dificultades que planteaba la formación y transporte de la fuerza:

- Debía ser un cuerpo suficiente de tropas veteranas, capaz de enfrentar cualquier superioridad numérica de los sublevados. Los únicos soldados de estas características estaban en los tercios fijos de Italia, donde se encontraba la mayor parte del ejército de guarnición.
- Debía de tratarse de españoles, ya que habrían de constituir el «núcleo fiel» de tanto mercenario extranjero y nativo valón o flamenco, siempre bajo sospecha. De nuevo la cantera se situaba en Italia, en los tercios viejos de españoles, teóricamente formados exclusivamente por miembros de esta nación.
- No podía sin embargo desguarnecerse Italia ante la amenaza turca o berberisca, por lo que, si se enviaban tropas desde allí, habría que sustituirlas por otras enviadas desde España.
- El camino por mar, empleado durante las décadas anteriores para mandar hombres y dinero desde las costas cantábricas a los Países Bajos estaba vedado ya que el dominio local naval holandés empezaba a ser patente y se dudaba con razón de la actitud de Inglaterra. El apresto de una gran armada de protección «contra todos» podría retrasar el envío de tropas en más de un año.
- El camino terrestre a través de Francia estaba supeditado a un dudoso «placet» basado en una buena voluntad inexistente; se intentaría hasta el último momento que Carlos IX permitiera un desembarco en Marsella y el salvoconducto para cruzar de sur a norte Francia, pero este lo acabaría negando, suspicaz de que esa fuerza se dirigiera contra el corazón de su reino.

¹³ Relación de los servicios del Duque de Alba. *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba, los publica la Duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela*, Madrid, 1891, p. 143.

¹⁴ Papeles reunidos para entregar copias al Duque de Alba, cuando fue a Flandes, sobre remedio de aquel país. A.G.S., Estado, legajo 531, fols. 1 y ss.

- Aunque las Cortes convocadas el 18 de diciembre habían votado además de un servicio ordinario de 300 millones de maravedies, otro extraordinario de 150 millones, pensado para estos proyectos, una vez en los Estados Bajos tendría que valerse Alba de recursos locales para el mantenimiento habida cuenta de la pésima situación de la Hacienda real. A este reto respondería el impuesto del diez por ciento sobre la venta de bienes muebles que se denominó el «décimo penning», cuya reacción sería aprovechada por la propaganda de los rebeldes¹⁵, y que, al no tener éxito, hubo de ser sustituida por una suma a tanto alzado reunida por las Provincias.

El transporte de las tropas se solucionó mediante la creación de una vía terrestre a través de territorio propio o aliado que cubría el espacio de 1.000 Km. que distaba el Milanesado de Flandes y que hoy conocemos como «Camino Español», desde que en 1972, Parker, el primero y más completo de sus estudiosos, popularizase un término por el que ya se conocía por tradición entre conteses y loreneses: «le chemin des espagnols»¹⁶. Esto obligó a llevar a cabo una inmediata gestión diplomática con los duques de Saboya y de Lorena, que incluía compensaciones ante los posibles daños que pudieran ocasionar los transeúntes y un despliegue de medios para cubrir con puestos de mantenimiento y socorro las diferentes etapas a cargo de oficiales comisionados. Uno de los hitos de logística militar más señalados de la Europa moderna que en gran medida se debe a Hernando Álvarez de Toledo que desarrolló y puso en práctica, adaptándola a un ejército, la idea original del cardenal Antonio Perrenot de Granvela —otro belicista de su propio partido— pensada tres años antes para la comitiva real que debía llevar a Felipe II a Flandes (pese a que este prefería la ruta alemana a través del Imperio), proyecto del que se acabaría desistiendo.

Alba, con su Comisario General, Francisco de Ibarra, trazó el itinerario definitivo sobre mapas pormenorizados, envió ingenieros y zapadores para abrir, reparar y ensanchar los caminos transalpinos, hasta el desfiladero de Mont Cenis, localizó los vados, armó los puentes precisos o alquiló los lanchones para el transbordo, estableciendo las localidades que debían alojar —nunca por más de dos noches— a los transeúntes, y contrató guías. Creó en suma un prodigio de logística, bordeando territorios hostiles, que mantuvo la presencia española en los Países Bajos, con alguna modificación, hasta 1622, durante los 80 años de guerra. Al esfuerzo administrativo y técnico, hubo por supuesto que añadir el político y el diplomático, ya que muchas zonas de paso no estaban bajo control directo de la Corona española.

La solución dada a los problemas que planteaba la creación y estructura del ejército itinerante no fue menos oportuna ni brillante. Consistió en que cada uno de los tercios de Italia: Lombardía, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, produjese, como la mitosis celular, un tercio «gemelo» en el que cada compañía contase con veteranos, encargados de enseñar a los bisoños, y con nuevos reclutas enviados desde España que suplirían las vacantes de los tercios viejos y nuevos. Los nuevos tercios conservarían la denominación y condición de sus generadores, incluida la honorífica consideración de «viejos» aunque una vez en Flandes adoptaron apelativos propios como el de *vivanderos* y *sacristanes* del tercio de Sicilia, o el de *almidonados* y *pretendientes* del de Lombardía, ostentando por igual, sin complejos y con todo derecho, su tradición, glorias y estructura.

Los efectivos procedentes de Sicilia, Nápoles y Cerdeña llegaron por mar a Génova a finales de diciembre de 1566, transportados por las escuadras de los reinos respectivos. A las compañías

¹⁵ El conde de la Marck, cabecilla de los «Gueux» en la toma de Brielle (1 de abril de 1572) haría pintar en sus banderas reclutadoras diez roeles de oro, emblema del impuesto de la odiada «Décima».

¹⁶ PARKER, G., «The Army of Flanders and the Spanish road, 1567-1659: The logistics of Spanish victory and defeat in the Low Countries' Wars» University Press (Cambridge Eng), 1972.

napolitanas, embarcadas en Puzzole en las galeras de don García de Toledo, siguieron las de Sicilia y de Cerdeña. Pasaron a Milán, establecida como zona de reunión general —plaza de armas— donde se reunieron con las del tercio de Lombardía, bajo el mando de Sancho de Londoño, y donde el gobernador, Gabriel de la Cueva, V duque de Albuquerque, les asignó los lugares de internada y les equipó de armamento y ropas hasta que llegasen de España los reclutas del capitán general y se abriesen los pasos alpinos al tránsito en la primavera siguiente. Alba, desde España, seleccionó sus respectivos maestros de campo: Alonso de Ulloa, Julián Romero de Ibarrola, Gonzalo de Bracamonte y Sancho de Londoño, coprotagonista este último de estas líneas y que acababa de llegar al Milanesado. Siguiendo el criterio de reforzar las unidades de armas de fuego de su nuevo capitán general, de las diez compañías de este tercio, cuatro se armaron con arcabuces¹⁷. Don Hernando de Toledo embarcó en Cartagena en las galeras de Doria (10-V-1567) y con él los reclutas destinados a cubrir las vacantes en las guarniciones italianas distribuidos en dos tercios temporales que al llegar a la Lombardía en el mes de marzo fueron integrados en los de nueva formación o remitidos a las guarniciones correspondientes.

4. LA IMPRONTA DEL III DUQUE DE ALBA EN LA DISCIPLINA Y ORGANIZACIÓN DE SU EJÉRCITO

Al tomar el mando general, Alba pudo detectar los estragos que en la disciplina había producido la larga etapa de paz —«Italia mi ventura»— que con algún breve intervalo vivió la mayoría de la tropa. Debíó ocurrir de una forma ostensible a sus ojos de avezado veterano en San Damiano d'Asti, cerca de Alessandria, en la revista general previa a la conducción de esta fuerza a los Países Bajos, el 2 de junio de 1567, donde este severo jefe decidió restaurar el orden desde el primer momento, al contemplar la tropa de *muchachos imberbes y descalzos* y faltos de entrenamiento¹⁸. Sancho de Londoño iniciaría su conocido *Discurso* con una referencia a esta etapa anterior al mando del Duque: «No se debe dudar, que la larga paz, y poco ejercicio del arte militar ponga en olvido su buena disciplina...»¹⁹. La marcha que finalizaría en Bruselas el 22 de agosto comenzó el 8 de julio.

El nuevo «estilo militar», aplicado fundamentalmente a la infantería española y basado en la uniformidad de conductas, en la obediencia, el honor, la camaradería y la eficiencia, que se predicaban de épocas pasadas, se vería indeleblemente marcado por la indole de su jefe: austero, severo, valiente, altivo... Durante y después de su mandato se hablaría de *la severidad de sus órdenes* y del *rigor de su disciplina* de los que él mismo se sentía orgulloso: «que todos finalmente queden enterados de la inseparable union, que entre si tienen, mi govierno con la disciplina, y la disciplina con mi govierno»²⁰. Su manera de hacer las cosas trascendería de su mandato, sus estructuras y sus bandos servirían de referente a las futuras ordenanzas generales o particulares, y hasta las decisiones sobre incidencias anecdóticas sometidas a su criterio, saldrían a colación en las ocasiones, como sucede con los jefes ejemplares y míticos. Don Hernando Álvarez de Toledo fue *el Fabio español* para Guido Bentivoglio, porque, como Quinto Fabio Máximo en su duelo con Aníbal, supo mantener sus tropas cercanas al ejército enemigo, hostigando a este constantemente en una guerra de desgaste, mereciendo como el romano el apodo de «Cunciator», «el que retrasa»²¹. *Maestro y catedrático del arte militar*

¹⁷ SOTTO y MONTES, J., «Los Grandes Tercios Viejos de la Infantería Española», *Revista de Historia Militar*, 11 (1962), p. 47.

¹⁸ El Duque de Alba a don Diego de Espinosa, 1 de junio de 1567, ALBA, *Epistolario del III Duque de Alba*, p. 647.

¹⁹ LONDOÑO, «Discurso», p. 27.

²⁰ Recogido por BENTIVOGLIO, G., *Guerra de Flandes*, Madrid, 1643, p. 69.

²¹ BENTIVOGLIO, *Guerra de Flandes*, p. 69.

al decir de Francisco Dávila Orejón, pertenecía también en opinión de este último tratadista tardío al selecto grupo de generales de todas las épocas de los que «pocas son las historias (que corren desde sus tiempos) que no estén ricas de sus memorias, y ilustradas de sus proezas»²². Sus contemporáneos reconocieron la inmensa capacidad militar que abarcaba todos los aspectos de quien «Dios hizo para ser padre de la Patria debido a su incomparable experiencia sobre las demás cualidades... (que le llevaron a realizar) las más arduas, y altas empresas que en el mundo se han ofrecido... No tenía aquella edad Capitan mas consumado que el Duque de Alva; ni que menos aventurasse los sucesos de las armas a las incertidumbres de la fortuna»²³. Gracián por su parte no duda de incluirlo entre los héroes de su tiempo: «Estaba el mundo lleno de las proezas del que fue alba del mayor sol, digo de las vitorias de don Hernando Álvarez de Toledo y con llenar un mundo, no mediaban su gusto... en cuarenta años de vencer»²⁴.

Abierto el «camino imperial» por la diplomacia y la logística, los ocho mil ochocientos infantes españoles y mil doscientos jinetes ligeros, españoles e italianos (incluidos albaneses en este concepto) que llegarían a los Países Bajos²⁵, iniciaron la jornada de Lombardía a Flandes, cruzando los Alpes por el Mont Cenís, discurriendo por los valles de Saboya y atravesando el Ródano y los bosques del Franco Condado y Lorena, hasta las Ardenas y Thionville en Luxemburgo, donde fueron recibidos por los ministros de Margarita de Parma, en sesenta y ocho jornadas. Durante esta marcha, don Hernando pudo imponer la disciplina a través de los bandos que, como general, le correspondía publicar, consiguiendo alcanzar en poco tiempo un grado desconocido de obediente eficacia y moral que permitió realizar la hazaña entre territorios enemigos en ausencia de bajas, desertiones y atropellos a la población local: «sin que se sintiese falta, ni se hiciese desorden alguno», aunque como excepción que confirma la realidad de tan extraordinario buen comportamiento se cita el robo de un solo camero en las últimas etapas lorenasas²⁶. La comparación entre las dos muestras tomadas en 1567, la de Alessandria y la llevada a cabo un mes después en la etapa de Lons-le-Saulnier prueba con carácter excepcional la práctica ausencia de desertiones.

En el campamento lorenés de Metz fueron a visitarlos nobles franceses y con ellos el cronista Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, por quien sabemos que la fuerza iba acompañada por un impresionante tren que contaba con un gran número de meretrices que el cinismo del francés equipara al de soldados, y que Alva, como todos los generales de su tiempo, se veía obligado a consentir para evitar desórdenes. Aunque en número se nos antoja desmesurado, Sancho de Londoño, que se convertiría en el glosador de sus bandos de guerra, señalaría: «que haya al menos ocho mujeres por cien soldados, que pues las repúblicas bien ordenadas permiten tal género de gente por excusar mayores daños»²⁷. En otro orden de cosas también llamaron la atención del francés, unos arrogantes mosqueteros que para caminar no portaban su arma, sino solo en la guardia, la parada y el combate; nueva técnica y nueva práctica que le iba a ser de enorme beneficio al general español²⁸, ya que este arma de fuego, más potente, el mosquete apoyado sobre horquilla de madera, hasta entonces utilizado únicamente en la defensa de parapetos, pasó a ser útil defensa de las formaciones de marcha y de combate frente a los ataques imprevistos de jinetes «reiters», ocultos en los abundantes bosques de Flandes.

²² DAVILA OREJÓN, F., *Excelencias del Arte Militar y Varones Ilustres* (1683), Madrid, 2004, p. 127.

²³ BENTIVOGLIO, *Guerra de Flandes*, p. 69.

²⁴ GRACIÁN, *El Héroe*, prólogo, p. 542.

²⁵ LAFUENTE, M., *Historia General de España*, Madrid, 1862, VII, p. 118.

²⁶ LONDOÑO, *Discurso*, p. 24.

²⁷ LONDOÑO, *Discurso*, p. 41.

²⁸ BRANTÔME, P., *Oeuvres Completes*, 7 vols., Paris, 1822-23. Vol. I. «Vies des Hommes Illustres et Grands Capitaines Étrangers», Discurso IV, «Le grand duc d'Albe», p. 60.

pasando un destacamento lineal o «guarnición» a vanguardia. Don Hernando ordenó que cada compañía dispusiera de 15 mosqueteros, dispuestos en la primera fila del despliegue del flanco amenazado²⁹. Para completar los que le faltaban y conservar otros de respeto hasta el número de mil, mandaría fabricar mosquetes en Flandes a Jacques le Roy «que ayan de tirar y tiren una onza de pelota holgazaz»³⁰. En materia también de armamento, el duque de Alba volvería a reintroducir la «pica gruesa» de 26 palmos de vara española, de acuerdo con las medidas que Sancho de Londoño establece, pese a ser los españoles «hombres pequeños y de poca fuerza»³¹ y gracias a una nueva forma de arbolarla y valerse de ella. Las espadas, por su parte, exigiría que no fuesen excesivamente largas dificultando el combate cuerpo a cuerpo³².

Una vez en los Países Bajos, esta milicia itinerante tuvo oportunidad de aprender los pormenores de la escuela práctica del combate y de la vida alojada o campamentaria: de guardias y rondas, caminar en la orden, estar en escuadrón, escaramuzar, calar las picas, hacer cara, abrir la trinchera, henchir el cestón... Cada unidad en su zona de acantonamiento: el Tercio de Nápoles en las proximidades de Gante, el de Lombardía en Lierre, junto a Amberes, el de Sicilia en Bruselas y el de Cerdeña en Enghien. El propio duque de Alba pudo dedicar todo su tiempo a supervisar esta capacitación durante el periodo en que no ejerció o no quiso ejercer sus funciones políticas «hasta que se fue Madama de Parma dos meses y medio o tres...»³³, realmente fue el 13 de octubre de 1567, por deferencia hacia la Infanta-Duquesa. Finalizada la paz abruptamente, se dispuso a camppear juntamente con el principal de sus colaboradores, el ingeniero Quiappin Vitelli, asociación bipersonal de la que solía afirmar el Duque que formaba un buen maestro de campo general «porque resolviendo el por sí mismo la menor cosa, el Viteli despues de todas sus resoluciones, era puntual y diligente executor»³⁴.

5. LA CAMPAÑA DE 1568. EXPONENTE MÁXIMO DE UN SISTEMA

En su mandato de más de seis años en Flandes (22 de agosto de 1567-19 de diciembre de 1573) fue donde el duque de Alba encontró junto con su más importante responsabilidad política, su mayor desafío militar. En lo político fracasó o le hicieron fracasar porque como señala su antagonista Orange: «¿Es creible que ninguno que conoziese tan bien como el duque de Alba el carácter del rei, i que en toda ocasion i tiempo a sido tan cuidadoso de agradarle, se ubiera arriesgado á enzender una guerra zibil, tomando de su propia autoridad una proibenzia tan tiránica como aquella?»³⁵. En lo militar, que es lo que analizamos, triunfó sin paliativos en su cometido, dadas las circunstancias que fueron variando paulatinamente, y aunque no fuese esta solución la que se demostró oportuna.

²⁹ La introducción del mosquete en 1567 la refiere como novedad Bernardino de Mendoza en sus *Comentarios...*, recordándola y explicándola. SOTTO y MONTES, J., «Los Grandes Tercios Viejos», p. 41.

³⁰ Copia del asiento hecho en Bruselas el 31 de enero de 1569. A. G. S., Contaduría Mayor de Cuentas, 2ª Época, leg. 13, s.f.

³¹ LONDOÑO, *Discurso*, p. 33.

³² «Las espadas de todos en la guerra no deben ser más largas, de cuanto con facilidad se puedan desenvainar trayéndolas ceñidas sobre lo alto del muslo...», LONDOÑO, *Discurso*, p. 35.

³³ Relación de los servicios del Duque de Alba en *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba* los publica la Duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela, Madrid, 1891, p. 144.

³⁴ BRANCACCIO, L., *Cargos y preceptos militares para salir con brevedad famoso y valiente soldado, assi en la infantería, Cavallería, como Artillería: y para saber guiar, alojar, y hazer combatir en varias formas un exercito, defender, sitiar, y dar assalto a una Plaza*, Barcelona, 1639, fol. 122r-v.

³⁵ ORANGE, G. de, «Extracto de la apolojía que el príncipe de Oranje dirigió á los Estados de las probinzias confederadas, con motivo del edicto de proscripzió publicado por el rei de España en 1580». Recogido por WATSON, R., *Historia del reinado de Felipe II, rei de España*, 2 vols., Madrid, 1822, II, pp. 436-459.

Durante el ejercicio de su mando como capitán general de los Países Bajos se distinguen dos momentos bélicos bien definidos: el inicio de la guerra que culmina con la pacificación total, aunque temporal, de los Países Bajos (campanas de Frisia y Brabante de 1568); y la nueva invasión, en la primavera 1572, también en doble frente, desde el sur tomando ciudades del Hainaut (Luis de Nassau), y desde el este, ocupando zonas más extensas de Holanda, Zelanda, Güeldres y Utrecht (Orange). Esta última se llevó a cabo contando con el apoyo de los hugonotes franceses y de los «mendigos del mar» a partir de la toma de Brielle en la desembocadura del Mosa, en 1571, a la que siguió la de Flesinga. El genio director de Alba brilló en ambas, y en ambas se consiguieron los máximos éxitos militares posibles, pero a la hora de analizar los métodos de don Hernando resulta mucho más instructiva la primera, ya que en realidad el mando directo sobre la infantería española lo había delegado durante la segunda en su hijo don Fadrique, también competente, aunque más severo aún que su padre. La campaña de 1572 tuvo el gran mérito de iniciarse desde un punto en el que casi todo se había perdido debido al apoyo popular con que en esta ocasión contó Orange tras la obligada pero mucho menos exitosa política recaudatoria del duque de Alba. La necesidad de autofinanciarse, no pudo ser satisfecha fracasando las medidas que Felipe II aprobó e hizo propias: «El derecho de la décima que el duque de Alba con mi consulta y voluntad ha impuesto en aquellos estados, es tan necesario para el entretenimiento de la gente de guerra y otros gastos forzosos, que de ordinario se han de hacer para su propia conservación, e seria imposible contenerlos de otra»³⁶. Esto trajo consigo también el resquebrajamiento de la «Disciplina», concebida en el sentido que más adelante señalaremos, y la sucesión de los amotinamientos a los que, sin embargo, Alba supo manejar mejor que sus sucesores, porque en el conocimiento de cómo tratar a los soldados era un maestro.

La llegada del ejército a Flandes en 1567 no produjo de inmediato la guerra, ya que Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, erigido en cabeza militar de la sublevación, antagonista principal de Alba, se encontraba en Alemania preparando un ejército invasor que partió en dos divisiones, una, acaudillada por su hermano Luis de Nassau, con la que se invadió Frisia, y otra, de mayor fuerza, que conducida por él mismo en octubre, siguió a la anterior penetrando en esta ocasión por la parte de Brabante. La reacción española de 1568 constituye el mejor laboratorio de análisis para comprender la genialidad militar de Hernando Álvarez de Toledo, su enorme superioridad sobre sus oponentes y la forma de estructurar, táctica, orgánica y estratégicamente, sus fuerzas. Diferentes en su composición, entidad, mando y circunstancias, empleó dos tácticas distintas con cada una de las agrupaciones enemigas. Contra los invasores de Frisia buscó y acabó encontrando el momento ideal para el encuentro y aniquilamiento de la amenaza. Maniobrando con rapidez, pudo llegar a tiempo para recibir a Orange, eludiendo en esta ocasión el combate frontal y prefiriendo una guerra de movimientos por Brabante, Henau y Namur, de marchas y contramarchas, de «campos volantes» y ataques sorpresivos en los momentos más oportunos y de corte de suministros, que acabó por hacer desvanecer el ejército rebelde. Tan sincronizada, perfecta y útil resultó la campaña, que el Rey le escribió a Alba en noviembre de 1567: «las manos os quedan libres»³⁷ por lo que este creyó que había cumplido sobradamente el encargo real y solicitó por vez primera su regreso triunfal a España³⁸. El cardenal-tratadista Guido Bentivoglio centra el «arte» y éxito de esta etapa en: «Alojar siempre con gran ventaja; tener la gente en gran disciplina; cansar al enemigo; reducirle á estrechez; vencerle las mas vezes sin pelear; ó pelear con poca sangre de los suyos, y con mucho derramamiento de la enemiga...»³⁹ aciertos que no se consiguen sin contar con gente entrenadísima.

³⁶ El Rey al Duque de Medinaceli, Aranjuez, 26 de abril 1572. CODOIN, Tomo XXXV, pag. 568.

³⁷ El Rey al Duque de Alba, recogido en CODOIN, Tomo LXXV, p. 20

³⁸ WOLF, J. G. C. de, «Burocracia y tiempo como actores en el proceso de decisión. La sucesión del gran duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos», *Cuadernos de Historia Moderna*, 28, (2003), pp. 102-103.

³⁹ «Máximas del Duque de Alva en hazer la guerra». BENTIVOGLIO, *Guerra de Flandes*, p. 69.

Todo se había conseguido mediante la «Disciplina». El concepto moderno de disciplina como «regular, observancia de las leyes y ordenamientos de la profesión o instituto» se nos antoja corto frente al del siglo XVI que, junto con una disposición anímica general hacia al acatamiento de las órdenes, obtenido con entrenamiento moral, prevé, no solo la obediencia formal de las mismas, sino un conocimiento en el campo técnico que permite su cumplimiento puntual y eficaz. Un soldado «disciplinado» es un soldado «plático» porque, como señala Sancho de Londoño, el maestre de campo del tercio de Lombardía: (conviene tener) «una milicia ordinaria tan bien ejercitada y regulada, que con ella se consiga lo sobredicho» (la obediencia), concebida como «obedecer, no turbar orden, ni desamparar lugar»⁴⁰. No se llegó sin embargo al máximo nivel operativo sin algunas previas decepciones que no se refirieron a la capacitación técnica ni al valor de los soldados españoles, sino a la disciplina en su sentido estricto o acatamiento puntual de las órdenes. Todos los casos, individuales o colectivos, se atajaron por el duque de Alba con severidad y todos tuvieron lugar en esta etapa primera.

Aunque, como hemos visto, la marcha desde Italia se produjo sin incidentes, poco tiempo después, a principios de 1568, se dieron aislados quebrantamientos de la ordenanza que el duque de Alba corrigió de un modo muy personal y efectivo: haciendo partícipe a la unidad de los transgresores, cuyo honor y buen nombre quedaba afectado: «se hizo aquí un castigo para ejemplo,... hicelo para darles cuan mal caso era, y que fuesen ellos mismos los jueces...»⁴¹, con lo que consiguió identificar a sus hombres con su severo sistema punitivo, cediendo de su centralismo y de las atribuciones de los auditores en favor del mando militar concreto ya que: «los Maestros de Campo son jueces de sus tercios, y en nombre de ellos se deben pronunciar las sentencias, refiriendo en ellas, que se dan con consulta de sus asesores»⁴², y la ejecución a los compañeros de armas de los reos. Convencido de que «la disciplina y la paga regular ganan más campañas que las batallas campales»⁴³, no cedería sin embargo el control sobre las pagas y las muestras de presencia y armamento en manos de veedores, pagadores y comisarios. Su secretario, Juan de Alborno, asumió, de orden de su señor estas funciones y «quitó libertad a los dichos Veedor General y contadores de nombrar las personas que havían de yr á tomar muestra á la gente de guerra»⁴⁴.

La primera prueba mayor de combate tras la invasión de Luis de Nassau en Frisia se produjo con resultados negativos en el encuentro de Heyligherlee (13-V-1568) en el que el Tercio de Cerdeña antepuso el deseo incontenible de venir a las manos al necesario freno del orden de combate. Desamparó el escuadrón, por lo que, aunque sin ceder ninguna bandera, sufrió bajas absolutamente intolerables, perdiéndose la jornada y la vida del conde de Arhemberg. Alba no estaba al mando y la desobediencia había sido consentida por su maestre de campo, Gonzalo de Bracamonte, a quien achacaban falta de decisión en llegar al cuerpo a cuerpo, por lo que este optó por no impedir la ruptura del cuadro frente a la doctrina de su capitán general ya que (el tener) «la tal gente en orden es el fundamento del vencer»⁴⁵. Motley comenta al respecto que el maestre de campo «consintió el valor irracional de sus soldados ya que no sabía, como lo sabía Alba, no moderarlo ni desatenderlo»⁴⁶. Bernardino de

⁴⁰ LONDOÑO, *Discurso*, pp. 27 y 55.

⁴¹ Alba al Rey, Bruselas 6 enero 1568, CODOIN, Tomo XXXVII, p. 83.

⁴² LONDOÑO, *Discurso*..., p. 39.

⁴³ Recogido por ALONSO BAQUER, Miguel: «Don Fernando Álvarez de Toledo Tercer Duque de Alba, Semblanza militar 29-X-1507 Piedrahita-12-XII-1580 Lisboa», en GARCÍA PINACHO, M. P. (ed.), *Los Álvarez de Toledo. Nobleza viva*, Segovia, 1998, p. 98.

⁴⁴ «Papel escrito contra los procedimientos del Duque de Alba, y los de su hijo Don Fadrique de Toledo y su secretario Alborno (1570)» en *Relacion de los servicios del Duque de Alba*, p. 94.

⁴⁵ LONDOÑO, *Discurso*, p. 30.

⁴⁶ MOTLEY, J. L., *The rise of the Dutch Republic*, London, 1886, II, p. 188.

Mendoza parece referirse a este mismo hecho cuando pontifica: «el desseo de poner las manos en los enemigos de los soldados era lo que les tocaba, y a los generales vencer» distinguiendo la diferente actitud de un soldado y de un jefe que debe encaminar los instintos aprovechables al objetivo final⁴⁷, mientras que Londoño también recuerda la natural osadía de la nación española, puntualizando «cierto es que peleara mejor en orden que fuera de ella, y guiada por sus caudillos, que desmandada»⁴⁸.

No sin antes emplear al tercio de Cerdeña en el desquite y ante los abusos protagonizados por algunos soldados contra civiles, el duque de Alba optó por tomar una medida sin precedente, la de «reformarlo» disolviendo las compañías de este tercio «viejo» entre las de los demás, pese a tener entre sus lauros el levantamiento del asedio de Malta en la campaña mediterránea de 1565. Alba escribió con esta ocasión al Rey justificando la medida: «Yo lo hice por no tener aquella estatua en pie que pudiesen decir que españoles habían huido sin orden»⁴⁹.

A finales de julio de 1568, 15 banderas del tercio de Nápoles recibieron la orden de desplazarse a Groninga, en la Frisia invadida por Luis de Nassau, mientras que las restantes quedaban de guarnición en el castillo de Gante. En la primera etapa Bruselas-Malinas, en plena marcha, un sargento hizo salir de las filas, seguramente por mal comportamiento, a un soldado que ante este castigo afrentoso le plantó cara y echó la mano al pomo de su espada. No lo conocía porque no era de su compañía, pero debía saber que era sargento y que cumplía con su misión ya que usaba alabarda. Narra Bernardino de Mendoza en otra de sus obras que, preso y llevada su causa ante el duque de Alba, este le hizo colgar y exponer el cuerpo en la plaza de Malinas por donde había de pasar la unidad con un cartel «por desobediente a los oficiales»⁵⁰, aunque sus mandos intercedieron sin éxito por su vida, pareció a todos que era digno de castigo ejemplar su desplante, pues ya Londoño había escrito: «Que todos los soldados caminando, y en los escuadrones obedezcan a cualquier oficial en cuanto a guardar orden y lugar, aunque no sean sus Capitanes, Alféreces, ni Sargentos, so pena del castigo, que sus mismos oficiales pueden darles infraganti, el cual les pueda dar cualquier otro oficial hallándoles fuera del orden, o desobedeciendo en él»⁵¹. Fue la última y mayor de las «demostraciones» del Duque, antes de que se recondujese la furia y el valor a la disciplina, dando lugar al resto de la ejemplar campaña de Frisia de ese año, en la que venció pronto y por completo, el 13 de julio, a Luis de Nassau a las puertas de Groninga, produciéndose el 21 de julio en Jemingen la mayor y más sonada de la larga serie de batallas, combates y acciones en las que, en inferioridad numérica, obtuvo don Hernando la victoria, lograda mitad por mitad por el acierto de las órdenes y por la intrepidez, exactitud y rapidez de su cumplimiento. El combate de Libertange (21-X-1568), al sur de Tirlemont, junto al río Kleine Geet dio término por su parte al fantasmagórico ejército del «Taciturno» moralmente derrotado de antemano por otros medios. El reconocimiento de la aptitud del jefe español vendría del propio papado al otorgarle la espada y el capelo de defensor de la República cristiana; el de la triunfal máquina militar puesta al tope de su eficacia perduraría en el recuerdo de las unidades sucesoras. Los motines por falta de pagas que sobrevendrían después, corresponden a otro momento.

Tan corto espacio de tiempo había bastado para renovar espiritual y materialmente la tropa española. Algunos de sus oficiales criticaron su campaña⁵², de lo que se quejó amargamente a Felipe II: «no se contentan con que se haya ganado una victoria, sino que cada uno desearía que se hubiera

⁴⁷ MENDOZA, B. de, *Comentarios de don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en las Guerras de los Payses Baxos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*, Madrid, en 1592, pp. 435r-436v.

⁴⁸ LONDOÑO, *Discurso*, p. 29.

⁴⁹ Alba a Felipe II, Maestrich, 1 de septiembre 1568, CODOIN, Tomo XXXVII, p. 367.

⁵⁰ MENDOZA, B. de, *Theórica y práctica de Guerra*, Madrid, 1595, p. 418.

⁵¹ LONDOÑO, *Discurso*, p. 61.

⁵² MALTBY, W. S., *El gran Duque de Alba*, Madrid, 2007, p. 289.

hecho del modo que a él le parece mejor» y trató de justificarla⁵³, pero lo cierto es que la dirección de las operaciones militares en Flandes obtuvo el reconocimiento mayoritario por parte de sus contemporáneos, incluido el propio Rey. Enviado en 1572 el duque de Medinaceli a sustituir a Alba, recibió el primero severas instrucciones de no inmiscuirse hasta que terminase sus operaciones militares⁵⁴. Aunque el nombramiento de don Juan de la Cerda, IV duque de Medinaceli, anteriormente virrey de Sicilia y de Navarra, despertó grandes esperanzas entre los partidarios de la contemporización, hasta el punto de que su título se parafraseó en «medicina coeli»⁵⁵, el sucesor acabaría siendo Luis de Requeséns y Zúñiga, comendador mayor de Castilla en la orden de Santiago, que intentó borrar la memoria de Alba. Comenzó por retirar su estatua de quince pies de altura de la plaza de armas de Amberes, fabricada con el bronce de los cañones fundidos tomados al enemigo y con el lema en griego «EL ALBA DESTRUCTURA DEL MAL», que como indica Cabrera de Córdoba, molestó tanto a los flamencos como a la facción cortesana opuesta al Duque⁵⁶, anulando además todas las ventajas militares que este había conseguido, con la retirada de los Tercios en 1573, cuando ya sus tropas habían vencido en el sur a los rebeldes que sitiaban Mons, mientras en el norte don Fadrique había tomado las ciudades de Malinas, Zutphen y Naarden y finalizado exitosamente el asedio de Haarlem (12 de julio de 1573), una victoria que pretendía ser «previa a la indulgencia»⁵⁷. Lo que caracterizaría este periodo del gobierno de Alba serían los sitios, tan numerosos e importantes, de ciudades rebeldes a las que, pese a su fuerza, ordenó expugnar, consciente de que no disponían de tropas veteranas: «lo que defiende las plazas no son las murallas, sino la gente... por muchas y grandes murallas que tenga, si no tiene la gente que ha menester y van de ventaja, viene el suceso al contrario...»⁵⁸. En estas postreras campañas los españoles habían mantenido su espíritu y versatilidad que les daban tan gran superioridad sobre sus enemigos. Las «encamisadas» que Alba aprendiera del marqués de Pescara y los golpes de mano se habían prodigado, actuando los soldados como jinetes, zapadores y minadores, quedando confirmada la flexibilidad de los combatientes españoles por su extraordinaria capacidad para intercambiar funciones tácticas⁵⁹. De 1570 data en realidad la primera utilización de dragones –infantes a caballo– de la historia moderna, 60 años antes de que se le atribuyeran a Gustavo-Adolfo de Suecia⁶⁰.

6. EL TESTIMONIO ESCRITO DE LA NORMATIVA DE ALBA

El duque de Alba fue en buena parte fabricante de su propia leyenda. Estaba también convencido de haber creado una escuela práctica nueva del arte de la guerra en la que había instruido a sus tropas; «¿quien de los soldados viejos, y en particular los de mi nación se halla en este exercito, ò compañero que no aya seguido en la guerra las mesmas vanderas, ò subdito no aya aprendido el arte militar en mi escuela?»⁶¹. Sus capitanes también lo creían y así Julián Romero increpó a los amotinados tras la

⁵³ Alba a Felipe II, 23 de noviembre 1568. CODOIN, Tomo IV, pp. 506-514.

⁵⁴ «Orden al Duque de Medinaceli para que mientras el de Alba estuviere en Flandes fuese Gobernador y capitán general de ellos, no entremetiéndose aquél en ningún asunto hasta que éste le resignase el gobierno». A. G. S., Estado, Leg. 553, fols. 1 y ss.

⁵⁵ WOLF, «Burocracia y tiempo como actores en el proceso de decisión», pp. 110-111.

⁵⁶ CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Don Felipe segundo rey de España*, Madrid, 1619, p. 531.

⁵⁷ ALONSO BAQUER, «Don Fernando Álvarez de Toledo...», p. 94.

⁵⁸ Recogido por GARCÍA HERNÁN, E., *Milicia General en la Edad Moderna. El Batallón de Don Rafael de la Barreda y Figueroa*, Madrid, 2003, p. 58.

⁵⁹ PUDDU, R., *El soldado gentilhomme*, Barcelona, 1984, p. 224, nota 116.

⁶⁰ SOTTO Y MONTES, J., «Organización militar española de la Casa de Austria», *Revista de Historia Militar*, 18 (1965), p. 85.

⁶¹ Arenga de Rolde, BENTIVOGLIO, G., *Guerra de Flandes*, p. 68.

rendición de Haarlem en el verano de 1573: «¿Que temeridad os lleva? ó por mejor decir, ¿que frenesí? ¿Estos desordenes se aprenden en la escuela militar del Duque de Alba?»⁶². Eguiluz temía que esta doctrina se olvidase: «Y no tendran en memoria la escuela del excellentissimo Capitan General nuestro, que ha sido muchos años, don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba»⁶³, y cuando Francisco Valdés, mando militar también con Alba, redactó su *Diálogo Militar* que publicó en 1578 dedicándolo a don Fadrique de Toledo, lo hizo a modo de coloquio entre el capitán Alonso de Vargas y Sancho de Londoño, consciente también de que estaba sentando la doctrina de la escuela militar forjada a través de dos de los jefes más caracterizados del Duque. En nuestros días, el general Alonso Baquer, confirma que había fundado una escuela de estrategia distinta de la hispano-italiana⁶⁴.

Don Hernando cuidó de que las ordenanzas para sus tropas, sus decisiones verbales y las soluciones obtenidas de propia y ajena experiencia se reflejaran por escrito, en la esperanza de que pudiera hablarse de un antes y un después de su sistema, aunque alguno de sus más ligados, adulador, quisiese liberarle del punto vanidoso: achacándole un deseo de comprobar el éxito de sus enseñanzas: «más creo que por entender, que es lo que cada uno en tan excelente escuela ha aprendido, que por advertencia ni recuerdo»⁶⁵. Una vez asentado en el palacio real de Bruselas, bajo la protección del inmediato Tercio de Sicilia, después de su *felicitísima llegada*, encargó a un veterano, fiel y erudito subordinado, el maestro de campo Sancho de Londoño, que lo era del tercio de Lombardía y había llegado a su grado como protegido suyo, escribir un «discurso»; es decir, un breve tratado con lo más fundamental para organizar disciplinadamente una fuerza combativa en los tres aspectos: orgánico, táctico y logístico, a través de las figuras jerárquicas responsables de los mismos. Londoño, además de «hechura» de Alba era uno de sus principales generales y gozaba de concepto de valeroso militar y de afortunado, ya que nunca recibió herida grave alguna, y era un buen literato:

*Yo profesé, como sabéis, la espada,
mas nunca aborrescí la pluma
que no le diese alguna trasnochada*⁶⁶

Él hubiera deseado mostrar su erudición aún más de lo que lo hizo y extenderse en comparaciones históricas muy del gusto de los más ilustrados entre los capitanes de su época, pero Alba era un hombre práctico y le encomendó exclusivamente relatar «difusamente todo lo que se ha tratado, y podría tratar..., habiendo de ser breve»⁶⁷. En realidad pretendió cortarle las alas eruditas, aunque no lo consiguió del todo. El Duque mandó redactar su ordenanza para que hubiera testimonio escrito de su labor, dirigida más a los lectores del futuro que a los soldados del momento porque como señaló su cualificado amanuense: «las (cosas) que por utilidad de la cosa pública se escriben, son más durables, no sólo se debería reducir la buena disciplina, mas ponerla en escrito». Para llevar a cabo su doble misión de gobernador y de capitán general —política y militar— se había rodeado don Hernando de sendos consejos a los que había ordenado escribir las resoluciones para tenerlas presente como jurisprudencia viva. Este prurito de dejar testimonio escrito de su labor o la de sus asesores en cualquier aspecto se manifiesta en los múltiples informes y conjuntos de documentos que, en forma de manuales, gustaba siempre de llevar consigo.

⁶² BENTIVOGLIO, *Guerra de Flandes*, p. 11.

⁶³ EGUILUZ, M., *Discurso y regla militar, Dirigido al Rey don Felipe nuestro señor*, Amberes, 1595, p. 34.

⁶⁴ ALONSO BAQUER, M., «Don Fernando Álvarez de Toledo», p. 98.

⁶⁵ LONDOÑO, *Discurso*, Dedicatoria-preámbulo, p. 24.

⁶⁶ Poema de Londoño recogido por GARCÍA MORALES, J., «Trasnochadas de la pluma, de don Sancho de Londoño (Manuscrito desconocido de la Biblioteca Nacional)», en *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, Gran Canaria, 2 vols., 1975, I, pp. 637-660.

⁶⁷ LONDOÑO, *Discurso*, Dedicatoria-preámbulo, p. 24.

El encargo tuvo lugar el 11 de enero de 1568. En tres meses terminó Londoño su cometido, durante los cuales tuvo lugar el adiestramiento de los tercios antes de entrar en combate, «porque más fácil es instituir y adoctrinar nuevos soldados, que reducirlos una vez rebutados». Aún no se habían producido los primeros encuentros ni la labor del duque de Alba había llegado a su culmen del «no saber ser vencidos» ni sacar consecuencias de sus errores. El 8 de abril culminó la obra de Londoño en Liera, trabajo que, dedicado a la disciplina militar, «fundándose en obediencia, principal parte de la tal disciplina»⁶⁸. En 1596 se publicó como *Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado*⁶⁹, aunque originariamente debió de titularse *Forma de reducir la infantería a mejor estado* que era lo que pretendía con sus medidas don Fernando Álvarez de Toledo. El título posterior corresponde a la fecha de la publicación, cuando hacía casi dos décadas que Londoño había fallecido, ya que sobrevivió sólo un año escaso a su trabajo que por lo tanto se refería a personajes y normas pretéritas y en parte olvidadas.

Conociendo a su jefe y teniendo amplia experiencia de su forma de mandar y de sus deseos, redactó el *Discurso* en dos partes; una de ellas dedicada a la realidad del ejército de nuevo cuño formado ya por Alba o que él va a acabar formando, revestida de florituras histórico-míticas que justifican en el pasado la nueva organización y en un marco utópico de unidades infladas ¡compañías de 300 hombres!. La otra es la ordenanza general, válida para todas las épocas a la que deberían ajustarse según Londoño y según don Hernando, es en realidad un bando simple de capitán general, de los hechos públicos mediante pasquín escrito en los cuerpos de guardia y divulgado entre los analfabetos por el pregonero y atambores, antes de cualquier empresa o asentamiento campamentario.

Alba quería que un reconocido entendido, ya que el mero hecho de haber sido elegido por él descartaba y hace «difícil elección de persona inmerita», uno que «en tan excelente escuela ha aprendido», alguien que por su larga y rica hoja de servicios y por su preparación «debería saber la disciplina militar», dijera aue se debía hacer lo que él ya había hecho o se proponía hacer, casi un «negro» literario y entendido, ya que el propio don Sancho se reconoce «hechura de V.^a Señoría»⁷⁰ y un buen colaborador en momentos decisivos como en la batalla de Dalheim, en los que el Duque «gustaba de oír mi parecer» y en otros de su intensa relación mutua⁷¹. Alguien que acabó diciendo algo distinto tal vez de «El orden de lo que yo quisiera decir..., un inquiridión, o breve compendio, en que todos los soldados que supiesen leer viesan, y los demás oyesen leer la buena disciplina militar, y muchas partes de ella que he dejado de tocar, y algunas he tocado sucintamente»⁷². García Hernán quiere ver incluso en las estrofas intercaladas del texto una regla nemotécnica para que los soldados aprendieran de memoria estas primeras ordenanzas de la infantería, tarareándola durante las marchas⁷³. Por ello creemos que el *Discurso* de Londoño es fundamental para comprender la labor de Alba en la reforma de la infantería española.

Al escoger este texto para explicar algo de la reforma de Alba se corre sin embargo el riesgo, que asumimos, de que es muy probable en muchos casos que lo que en él se establece responda a un ideal, a

⁶⁸ LONDOÑO, *Discurso*, pp. 67, 66 y 24.

⁶⁹ *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado, por D. Sancho de Londoño, Maestre de Campo. Dirigido al ilustrísimo y excelentísimo príncipe y señor D. Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, etc., Lugarteniente General de Su Majestad y su Gobernador en los Estados de Flandes*, en Bruselas en Casa de Roger Velpius en el Águila de Oro cerca de palacio 1596.

⁷⁰ LONDOÑO, *Discurso*, Dedicatoria-*preámbulo*, p. 23.

⁷¹ Recogido por GARCÍA HERNÁN, E. «Don Sancho de Londoño. Perfil biográfico», *Revista de Historia Moderna*, 22 (2004), pp. 61-86.

⁷² LONDOÑO, *Discurso*, p. 67.

⁷³ GARCÍA HERNÁN, E., *Don Sancho de Londoño*, p. 86, nota 12.

una declaración de principios, a un programa ordenado y bendecido por el Duque, a un texto destinado en principio a completar el entrenamiento práctico de la oficialidad de los tercios enviados a Flandes, en pleno periodo de instrucción. Por lo tanto distante de una realidad constatada en muchos de sus aspectos. Por otra parte, dada la temprana fecha de la redacción del *Discurso*, la reforma no había tenido ocasión más que de iniciarse, y muchas de las lacras detectadas del sistema tradicional no llegarían a depurarse nunca, siendo motivo de reiterativa incidencia de los tratadistas militares posteriores. A veces se puede comprobar fehacientemente que lo que preconiza nunca pudo llevarse a cabo pese a constituir uno de los más fervientes deseos del autor, y probablemente también de su general. Tal es el caso de exigir juramento expreso y solemne a los soldados españoles de obedecer y no desamparar sus banderas, como se hacía con los alemanes, porque en caso del alistamiento simple «de no estar obligados como los antiguos a la religión del Sacramento, tienen por cosas ligeras, hacer lo contrario...». Considerado como privilegio de súbditos y vasallos «que asentándose en los libros del Rey, en el número de los que llevan su sueldo, tácitamente han hecho juramento más solemne...»⁷⁴, nunca prosperaría la propuesta. Hechas estas salvedades, hay mucho de aprovechable en el *Discurso* para conocer, deducir y entrañar, a veces entre líneas, algunas características de la reforma del duque de Alba.

7. ALBA ARTÍFICE DE ESTRUCTURAS Y LUGARTENIENTE REAL

El empleo masivo de fuerzas de infantería en los Países Bajos y la utilización frecuente de las tropas españolas de los tercios como un conjunto dentro del Ejército, obligó a perfeccionar los sistemas de integración y coordinación de las unidades básicas en las superiores, fueran estas orgánicas o tácticas, o ambas cosas a la vez. Básicamente desarrollada ya la estructura a nivel compañía, se procuró llevar a cabo este cometido mediante la definición más concreta y potenciación de los empleos que, inspirados en las llamadas «nueve plazas de la primera plana», excepción hecha del barrachel de campaña, respondían ya de hecho a todos los aspectos, necesidades y «servicios» de la vida militar. La generalización de las funciones de estos «oficiales menores», había creado ya a nivel de fuerza conjunta los «oficiales generales o mayores», ministros a las órdenes directas del maestro de campo o del general. Para la actuación conjunta y específica, los «oficiales menores» de cada compañía, dependientes en lo privativo de su capitán correspondiente, habían pasado a ser de una forma natural subalternos de los «mayores», dando origen a una doble línea de mando con sus inevitables conflictos. Estos se habían incrementado al surgir la figura de los «tenientes» y ayudantes con poca cualificación militar y social o ninguna, y al darse con frecuencia estos empleos a nivel ejército («generales») a extranjeros.

Que los músicos se coordinasen y fuesen aleccionados por el atambor mayor, los capellanes por el clérigo del tercio, o los barberos por el cirujano, y lo correspondiente en el nivel superior, no debió de representar mayor problema. Más conflictivo y de mayor relevancia debió de haber resultado la vinculación logística de los furrieles mayores y de los sargentos mayores con los sargentos de las compañías y los ayudantes de este en los aspectos tácticos y logísticos —cabos de escuadra y furrieles—. Las soluciones que se dieron fueron diversas: la principal fue la de dotarles de patente del capitán general de la que hasta entonces en muchos casos carecían «no criarlos a requisición de los que a cada paso les han de mandar», proporcionando así continuidad y solera al empleo y también publicidad: «bastando señalarles el sueldo, y ordenar a los oficiales de él se le asienten y libren y paguen como y quando a los demás oficiales y soldados de los tercios»⁷⁵. En definitiva, dando a la plana mayor del tercio un carácter oficial del que hasta entonces carecía.

⁷⁴ LONDOÑO, *Discurso*, p. 28.

⁷⁵ LONDOÑO, *Discurso*, p. 40.

Otra fue la de que la transmisión de las órdenes de los oficiales mayores a sus dependientes en las compañías se llevara a cabo por el conducto de sus mandos militares naturales y no directamente, de forma que estos —capitanes y alféreces— no pusiesen trabas ni pudiesen alegar ignorancia. En el caso de los sargentos mayores que taxativamente habían de «recibir las órdenes de sus Maestros de Campo, y darlas a los Capitanes, oficiales y soldados de los tercios», se les dio la posibilidad de compartir con los oficiales militares de la compañía las atribuciones de «castigar con las ginetas o bastones, o con las espadas, si la inobediencia o desorden requiere el castigo en fragancia, y si no prender para que por justicia se castiguen» dándoles mando efectivo en las ocasiones «pues a ellos toca poner la gente en orden para caminar, según por donde, y en escuadrones para pelear, según en donde...»⁷⁶. Incluso se llegó a privar del mando efectivo de sus unidades, a capitanes y alféreces por no facilitar la labor de los anteriores, reducida la de estos últimos en ocasión de combate a ocupar líneas aparte del escuadrón, los primeros a vanguardia, en la denominada «hilera de los guzmanes», junto con otra gente «particular» y la de los segundos a hacer tremolar sus banderas en el cuadro central del escuadrón. Para que no hubiese ningún género de duda, Londoño apostilla que las órdenes de los sargentos mayores y de sus ayudantes deben acatarse como las de los maestros de campo «en cuyo nombre se ha de entender que dan las órdenes, y por eso han de ser obedecidas, como si los mismos Maestros de Campo en persona las diesen»⁷⁷. Pese a todo aún habría que esperar un siglo más a que la figura del sargento mayor, del sargento de batalla y del sargento mayor general, adquiriesen el relieve máximo, ocupadas por personas de grandes conocimientos y rango, dotadas al menos de patente y condición de capitán. Al siguiente siglo habría que esperar también para que los demás oficiales mayores menos importantes recibiesen también patente.

La estructura militar de la compañía constituyó el centro de la reforma, especializándose los mandos de una forma acorde con las técnicas, las tácticas y el armamento impuestas por el criterio del gran innovador que fue don Hernando de Toledo quien atribuyó a las figuras del capitán, del alférez y del sargento competencias separadas asignándoles responsabilidades propias, por encima de su obligada condición de «oficiales para todo» y por lo que respecta al alférez y al sargento de meros «oficiales delegados» del capitán.

Alba actuó más como lugarteniente del Rey (con poderes omnímodos) que como capitán general (con algunas restricciones tradicionales). En el nombramiento de los capitanes se seguían dos sistemas: si se trataba de cubrir las vacantes del Ejército, el capitán general era el competente, pero en el nombramiento de los capitanes reclutadores de nuevas compañías en España la competencia correspondía normalmente al Consejo de Guerra con independencia del lugar a las que se destinase. En estos últimos nombramientos se hacían valer las influencias de los aspirantes —capitanes y alféreces reformados y jóvenes nobles— que ante la proximidad de la recluta atosigaban a la Corte con sus memorias. Una vez en el destino, el general siempre podía reformar sus compañías so capa de «rehinchir» las demás, como haría Alejandro Farnesio con la mayoría de las enviadas en 1586 para la Jornada de Inglaterra. Curiosamente, Londoño no reclama para el capitán general ambas preeminencias, sino que, cauto, señala que «el que los eligiere», debía seleccionar entre los conocidos por él mismo «o por información bastante de personas fidedignas de la misma profesión», con lo que pretende apartar el influjo de secretarios, cortesanos y golillas, «que mal puede abonar el que no lo es, al soldado»⁷⁸. Un general de la personalidad y peso del duque de Alba no tuvo de hecho el menor problema en nombrar a unos y otros capitanes particulares, dando por sentado su atribución respecto a los más dudosos, los reclutadores de los 2.000 hombres que solicitó como primer refuerzo del cuerpo expedicionario y que

⁷⁶ LONDOÑO, *Discurso*, p. 38.

⁷⁷ LONDOÑO, *Discurso*, p. 38.

⁷⁸ LONDOÑO, *Discurso*, p. 27.

le fueron enviados por mar desde Santander con el duque de Medinaceli: «Yo enviaré de acá las personas que las levanten, que traigo hombres en quien será muy bien empleado»⁷⁹. Alba se atribuyó la facultad de nombramiento de los mandos de confianza, en esto consistió uno de sus mayores aciertos y por lo que fue objeto de las críticas más acervas de sus contemporáneos. El nombramiento de su hijo Fadrique como capitán general de la infantería, como primer paso para ponerlo como sucesor también en el gobierno, fue muy comentado, especialmente por el hecho de que para esto Alba le cediese el mando militar⁸⁰. La actuación de don Fadrique respondió sin embargo plenamente a las esperanzas paternas, como también las promociones nepotistas para la sucesión en el mando del tercio de Nápoles en don Rodrigo de Toledo (su sobrino) y de Lombardía en don Hernando de Toledo (a la vez su primo segundo, sobrino y cuñado), a los que el secretario Gabriel de Zayas consideraba «mozo de poca experiencia», y, «también mozo», respectivamente, para cargos tan principales⁸¹ y que sin embargo se comportaron con valor y competencia reconocidos. Calvete de Estrella celebra en su *Encomio* que siempre supo Alba elegir a los mejores:

...A estos
son los que buscas, estimulas, amas,
alabanzas prodigas y a cada uno
en su puesto colocas. Generoso
propones, determinas y concedes
al soldado abundantes recompensas.
Así dispuestos para toda clase
de empresas, por difíciles que sean,
y llenos de lealtad y de bravura
siempre los tienes...⁸².

Sancho de Londoño, escribiría sobre esta elemental estrategia: «por castigar justamente no viene el Superior a ser aborrescido, y por premiar con razon vendra a ser amado»⁸³. De esta forma obtuvo Alba una lealtad personal de suma importancia para un jefe ya de por sí admirado y temido aunque este clientelismo provocase suspicacias sobre «si las provisiones de cargos de maestros de campo, compañías y otros oficios... han sido canonicas o no»⁸⁴.

Aunque la nueva ola de disciplina y eficacia impuesta por Alba afectó a todos los aspectos, estimulando la emulación y la moral de triunfo, su éxito se debió en buena parte, y como hemos indicado, a una acertada reestructuración interna de la unidad básica, la compañía, encarnada en los oficiales «naturales» encargados de reconducirla con nuevos criterios de mando, de distribución de funciones, de tácticas, de técnicas y de uso de un armamento, nuevo o adaptado al medio, impuestos por el gran innovador que fue don Hernando de Toledo. La utópica sucesión natural en el mando, solo válida para los periodos de vacancia, no se practicaría en este periodo sino como una vía más de cubrir los empleos, pero no la única. La existencia de oficiales reformados beneméritos como entretenidos, y de aventureros y camaradas nobles y meritorios, obligaría, con toda justicia, a tenerlos también presentes por

⁷⁹ Alba al Rey, Luxemburgo 8 de agosto 1567. CODOIN, Tomo XXXVII, p. 17.

⁸⁰ WOLF, «Burocracia y tiempo como actores en el proceso de decisión», p. 117.

⁸¹ Copia de carta autógrafa del secretario Zayas al doctor Velasco, Madrid, 14 de agosto de 1571. Estado, legajo 550, en CODOIN, Tomo XXXV, p. 407.

⁸² CALVETE DE ESTRELLA, J. C., *Excellentis et Magnanimum Principem Ferdinandum Alvarum Toletum Albae Ducem, Encomium* (1573), traducción de José López de Toro, Madrid, 1945, p. 77.

⁸³ LONDOÑO, Sancho de: «Discurso...», p. 85.

⁸⁴ «Relacion de los servicios del Duque de Alba», p. 96.

el capitán a la hora de cubrir las vacantes internas. Son tiempos en los que todavía en la infantería «anda siempre mucha gente noble y principal», también en las bases, situación que debe conservarse, permitiéndosele conservar caballos, bagajes y criados, «De Manera que de quitar tales comodidades, se seguiría faltar la nobleza, que es el nervio de la Infantería Española»⁸⁵, palabras de Londoño que en tanto se parecen a las del propio duque de Alba: «es gran bien haber gente noble en esta infantería»⁸⁶. Y aunque el maestre-tratadista sólo se refiere a darles también cierta preferencia a caballeros e hidalgos en las ventajas ordinarias (no las concedidas por motivo del armamento), no nos cabe duda de que estos fueron candidatos preferidos para los empleos de oficial y de que esta realidad, tendente a prestigiar la carrera de las armas, no fue objeto de crítica en su tiempo. Londoño sin embargo se manifiesta más partidario de la meritocracia y de la antigüedad –por partes iguales–, limitándose a aconsejar «Si el capitán particular quiere ser amado de sus soldados» que nombre alférez, sargento o cabo de escuadra al que más lo merezca, y de una manera automática, «cuando faltare el Alférez de la bandera, al Sargento, y la gineta al más benemérito Cabo de escuadra y la escuadra a tal soldado, que de mano en mano merezca la gineta, la bandera, y la compañía»⁸⁷. Pese a esta afirmación y por lo que respecta al posible reemplazo del desaparecido alférez por parte del anterior sargento, hay que considerar que en el momento los grados y empleos de capitán y alférez –teniente en la caballería– son empleos de caballero, «hombre de honra»; sargento es el técnico que tiene que llevar a cabo menesteres menos apreciados socialmente y, por lo tanto, mucho menos pretendidos por estos. A esto hay que añadir el hecho de que la diversidad tan notoria de funciones no hacía a los sargentos los opositores idóneos al ascenso directo a alférez e indirecto a capitán. Consciente de ello, Londoño ve como conveniente que, como hipotéticamente se hacía en tiempos pasados, «si el capitán muere peleando... que se de al Alférez la compañía, más aún de cualquier manera que faltase, no habiendo deméritos...», porque en «tal caso gratitud y razón, (lo) quieren, pero atempera su anterior afirmación respecto al sargento, señalando «todas las demás cosas se proveían en los que las merecía sirviendo»⁸⁸.

No tiene por qué desprenderse de todo esto que abundasen en este momento y aspecto las injusticias en perjuicio del servicio que parecen corresponder a épocas posteriores en las que llegaría incluso a sugerirse, por Jiménez de Urrea y por Marcos de Isaba, la supresión de toda capacidad decisoria del capitán respecto al nombramiento de sus subalternos y de la de este por el capitán general en caso de vacante, pidiendo el primero que por sistema los pagadores «no paguen ni sienten plaza de alférez a quien, para ello, no saquen de sargento»⁸⁹, y el segundo, invitando revolucionariamente al sargento a alzar el brazo derecho con la bandera cuando muere el capitán y el alférez se hace cargo de la compañía, y a entrar al cabo de escuadra más antiguo en la plaza del sargento⁹⁰.

En todo caso, es ahora cuando se inicia la tendencia a conservar la atribución del capitán que culminará con la sentencia de Marcos de Isaba antes citada, quien escribe en pleno siglo XVII, pero que conoce también esta época por haberse iniciado en la vida militar en la década de los 50 del siglo anterior, y que en otra ocasión se frena en lo anteriormente dicho: «(el capitán) ha de hacer un alférez y un sargento muy prácticos en el arte cursados y sus cabos de escuadra diligentes y experimentados y con estos ha de dar comienzo en el oficio»⁹¹, atribución referida exclusivamente al momento constitucional de la compañía. Para cubrir las vacantes, la potestad del capitán se verá cada vez más mediatizada por

⁸⁵ LONDOÑO, *Discurso*, p. 41.

⁸⁶ Alba al Rey, Yemecon, 22 de junio 1568, en CODOIN, Tomo XXX, p. 450.

⁸⁷ LONDOÑO, *Discurso*, p. 64.

⁸⁸ LONDOÑO, *Discurso*, p. 65.

⁸⁹ JIMÉNEZ DE URREA, J., *Diálogo de la Verdadera Honra Militar* (1566), Madrid, 1992, p. 181.

⁹⁰ ISABA, M. de: *Cuerpo Enfermo de la Milicia Española* (1594), Madrid, 1991, p. 149.

⁹¹ ISABA, *Cuerpo Enfermo de la Milicia Española*, p. 148.

la necesidad de «dar salida» y aliciente a la vida militar por vía de promoción interna, cuando, por otra parte, el Ejército ha dejado ya de ser una profesión atractiva para la nobleza media, lo que debió de redundar sin embargo en que el grado de sargento no se desairase como antaño por no considerarse «caballeresco».

En el periodo de Alba se observa una disminución de la autoridad y competencias del capitán en beneficio de la del capitán general y de los mandos generales, como ya hemos indicado, circunstancia en parte intencional y justificada con la necesaria cohesión de las grandes unidades, y en parte debida al carácter autoritario del General. Como en el futuro no hay certeza de contar de un jefe como Alba, y por otra parte se hace necesario contar con el beneplácito de sus compañeros de armas, Londoño denuncia esta situación de poca autoridad y poder de decisión que trasciende a los mandos inferiores, indicando a su mentor: «los generales aumentan la suya con darla a sus inferiores,... dignándose V. Excelencia de meter su mano en ello...»⁹².

Desde el punto de vista táctico, la idea que presidió la nueva organización se basó en la armonía entre la unidad combativa y el mando basada en el paternalismo y en la disciplina, manteniendo una cercana relación con la tropa —«nobles señores»— sin mermar de su mitificación justiciera. Alba permitía lo que no mermaba el poder combativo: «delante del eran bien vistas las colores, y que su persona de ordinario en todas las ocasiones que se hallava traya el vestido de azul muy claro hasta el sombrero que se ponía en la cabeça, y con muchas plumas para ser conocido»⁹³. Londoño sigue su ejemplo: «Ningún vestido que de su sueldo hizieren se les debe prohibir ni quitar aunque aya pramaticas que todas las otras gentes lo vedan»⁹⁴.

El duque de Alba, reforzó las unidades haciéndolas más potentes, facilitando su mando sin perder homogeneidad y entrenándolas para campañas rápidas y efectivas, con el menor número de bajas posible. Londoño en este mismo sentido valora la rapidez en los desplazamientos relacionada con el nivel de adiestramiento de la tropa, proponiendo las tablas de ejercicio que se consideraban válidas desde tiempos de los romanos⁹⁵. Alba se esforzó además en la organización de sus ejércitos de manobra, que dispusieron de fuertes núcleos de combate suficientemente autónomos, precedentes de las brigadas de infantería del siglo XX⁹⁶. Londoño, abundando en la idea de su jefe de reforzar las unidades, va más allá: «Cada tercio debería al menos ser de tres mil hombres, y tener como las legiones, todo lo necesario en un ejército», a la vez que muestra las características de los tercios, hasta cierto punto autosuficientes, o al menos mucho más que lo habían sido y que podían defenderse solos: «A cada tercio puede ocurrir necesidad de hacer con solo sus soldados escuadrón, en que las banderas, el bagaje y todos ellos se reparen de caballería, o mayor número de Infantería»⁹⁷. El genio militar de Alba se cimentó también de esa «larga experiencia le hacía penetrar en las intenciones del adversario» de la que nos habla Quatrefages⁹⁸.

Sancho de Londoño aprovechó el encargo de Alba para poner mucho de su cosecha, que no en vano su General le consideraba «el gran Maestro de la guerra», como atestigua Mosquera de Figueroa⁹⁹, motivo por el cual probablemente el Duque no hizo que se publicase su trabajo durante su mandato, pese

⁹² LONDOÑO, *Discurso*, p. 66.

⁹³ EGUILUZ, *Discurso y regla militar...*, p. 34.

⁹⁴ LONDOÑO, *Discurso*, p. 45.

⁹⁵ LONDOÑO, *Discurso*, pp. 43-44.

⁹⁶ SOTTO Y MONTES, J., *Organización militar española de la Casa de Austria*, p. 94.

⁹⁷ LONDOÑO, *Discurso*, p. 40.

⁹⁸ QUATREFAGES, R., *Los Tercios Españoles (1567-77)*, Madrid, 1979, p. 124.

⁹⁹ MOSQUERA DE FIGUEROA, C., *Comentario en breve compendio de disciplina militar*. Madrid, 1596, fol. 116.

a que sus amigos lo conociesen, como atestigua Luis de Barrientos: «yo conocí muy particularmente al Autor, de soldado, Capitán, y Maestro de campo, y fuimos camaradas, y desde entonces tengo noticias de este libro»¹⁰⁰.

Para Londoño, el perfecto capitán es justo en los ascensos, premios y ventajas que otorgue: afable, aunque «con la autoridad necesaria, a que no se le pierda respeto», entendido, fiable y observador de la disciplina «mejor que ninguno de sus inferiores»¹⁰¹. No da nombres, pero en cualquier caso, no cabe duda de que al dibujar el retrato del general ideal y las condiciones para serlo: «se requiere gran experiencia, y entender el arte militar mejor que los demás... también se requiere, además de prudencia, inteligencia, integridad y fidelidad...»¹⁰² lo hizo del propio duque de Alba, reconocido incluso por uno de sus enemigos políticos, el secretario Zayas, quien quiso meter su pluma en el epitafio del Gran Duque en 1582, subrayando sus virtudes militares: «animi, consilio, prudentia, et admirabili auctoritate apud omnes»¹⁰³.

¹⁰⁰ LONDOÑO, *Discurso*, Aprobación.

¹⁰¹ LONDOÑO, *Discurso*, p. 65.

¹⁰² LONDOÑO, *Discurso*, Dedicatoria-preámbulo, p. 24.

¹⁰³ Minuta del epitafio para el duque de Alba, año 1582, enmendado por Zayas. A. G. S., legajo 428, en CODOIN, Tomo XXXV, p. 360.

 Institución Gran Duque de Alba

«ROMARCHIA»: LA MONARQUÍA CATÓLICA Y LA TEOLOGÍA POLÍTICA

José María INURRITEGUI

Universidad Nacional de Educación a Distancia

La elevación del duque de Alba al virreinato de Nápoles y a la capitania general de Milán primero, y a la dignidad de gobernador de los Países Bajos después, admite una cierta lectura vinculada. Fragmentos mayúsculos del momento de madurez de su intenso itinerario biográfico, limpiamente pueden hilvanarse y engarzarse por su estrecha relación con la fragua y con el fruto de la compleja e intrincada serie de acuerdos y convenciones familiares que recién atravesado el meridiano del Quinientos encauzaron la sucesión de Carlos V¹. Así encuadrada su activa vida política, no solo nos brindaría el *momento italiano* la más diáfana encarnación de la decisiva labor de medición que Alba desplegó en la ardua tarea de fijación del entramado territorial del que había de hacerse cargo el futuro monarca hispano. El controvertido *momento flamenco* nos pondría después sobre la pista de la genuina identidad confesional que el imaginario cultural hispano entonces modeló para afrontar y disolver el pesado lastre derivado precisamente de una cierta indefinición política consustancial a la heterogénea naturaleza del propio conglomerado territorial en última instancia heredado².

Pese a la profunda huella que la inconfundible personalidad política y militar de Fernando Álvarez de Toledo imprimió en su abrupta escenificación y descarnada fisonomía, el modo de gobierno adoptado ante la apertura de la rebelión de los *estados de Flandes* constituía al fin y al cabo una magnífica ilustración de la manera determinante en que la semántica política de la teología católica incidía ya a esas alturas en la propia comprensión y materialización de los fundamentos constitutivos de una monarquía así *católica*³. Su más honda sustancia obedecía en realidad a la necesidad de afrontar el reto planteado por la invocación desde posiciones de implicación *politique* de un horizonte de

¹ Cfr., RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992.

² Cfr., FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Fragmentos de Monarquía*, Madrid, 1992, pp. 60-85.

³ INURRITEGUI, J. M., «Hércules y el minotauro. La paz de Flandes y la razón católica de religión» en *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, Madrid, 1998, V, pp. 233-252.

tolerancia y convivencia confesional sin detrimento de un orden civil en el que la lealtad y la obligación política quedaban así despojadas de cualquier connotación e impronta religiosa⁴. Es más, la mirada sumamente crítica que desde el observatorio de Flandes dispensó el duque de Alba al proceso de afirmación *imperial* de la Inglaterra anglicana, o a las ideas de paz religiosa que sobre ciertas nociones de concordia venían entonces haciéndose presentes en Francia, rinde buena y puntual cuenta de los términos confesionales en que la monarquía concebía no solo su unidad interna sino también su vocación de dominio universal⁵. Y en cierto modo y manera incluso bastaría la llamada en causa de la culminación de su posterior *jornada de Portugal*, la incorporación a la monarquía de un nuevo reino sin que su orden territorial propio y privativo sufriese ninguna modificación sustancial, para acreditar el modo natural en que esa unidad confesionalmente entendida se conjugaba con un orden interno singularizado por la ausencia de un derecho de naturaleza territorial común a la constelación de reinos a los que agregadamente representaba el rey católico⁶.

Sin duda esa fisonomía bifronte de la monarquía, en la que el rastro de la pluralidad se perdía y desaparecía definitivamente al adentrarse en los dominios de la religión católica, no constituía en sentido estricto ninguna novedad. Frente a posiciones más políticas y vías de comprensión de la república del reino como las que pudieran estar representadas por el humanismo cívico, la primacía de una confesión y la ausencia de una política, de cualquier forma de concepción de una vida política que pudiera vislumbrarse en el horizonte de la época, ciertamente habían sellado su más honda sustancia identitaria ya en la frontera del Quinientos. Con sus implicaciones bien sustantivas en el orden compositivo interno, la decidida cancelación de cualquier vía de desarrollo de una cultura cívica, y la desaparición históricamente fundada de una *constitución de libertades*, confluyeron en aquel preciso momento con el posicionamiento primario y excluyente conferido a la catolicidad en un contexto interno de clarificación y cierre confesional. Una posición intrínsecamente confesional así se asumía al tiempo que la unión dinástica de las coronas de Aragón y Castilla se reforzaba y redimensionaba con la titulación de *Rey y Reina Católicos de las Españas* otorgada en 1496 por el pontífice Alejandro VI a Isabel y Fernando⁷. Pero la misma de inmediato se vio en la obligación de afirmarse. La formación de unas confesiones lo reclamó recién inaugurado el Quinientos. Unos símbolos de identidad religiosa y eclesial entonces concurren en la escena europea y procuraron imponerse⁸. Y en esa dinámica, y en ese debate, la monarquía participó y se definió.

⁴ Cfr. VAN GELDEREN, M., *The political thought of the Dutch Revolt, 1555-1590*, Cambridge, 1992 y DARBY, G. (ed.), *Origins and Development of the Dutch Revolt*, London, 2001.

⁵ Para ambos procesos, cfr., POCOCK, J. G. A., *La ricostruzione di un impero. Sovranità britannica e federalismo americano*, Roma, 1996, pp. 3 y ss., y HOLT, M. P. *The French Wars of Religion, 1562-1629*, Cambridge, 1995, pp. 50-98, y para la posición ante los mimos del duque de Alba, PARKER, G., *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, 1989, pp. 117 y ss.

⁶ CLAVERO, B., «Anatomía de España. Derechos hispanos y derecho español entre fueros y códigos», en CLAVERO, B., GROSSI, P. y TOMÁS Y VALIENTE, P., (eds.), *Hispania, entre derechos propios y derechos nacionales*, Milán, 1990, pp. 47-86, y GIL PUJOL, X., «Un rey, una fe, muchas naciones. Patria y nación en las España de los siglos XVI-XVII», en ÁLVAREZ OSORIO y GARCÍA, B. J., (eds.), *La monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid, 2004, pp. 77-92.

⁷ Cfr., FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., «Católicos antes que ciudadanos. Gestación de una Política Española en los comienzos de la Edad Moderna», en FORTEA PÉREZ, J. I., (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (S. XVI-XVIII)*, Santander, 1997, pp. 103-127, con el contrapunto de POCOCK, J. G. A., *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, 2002.

⁸ Cfr., REINHARD, W., «Konfession und Konfessionalisierung. Die Zeit der Konfessionen (1530-1620) in einer neuen Gesamtdarstellung», *Historisches Jahrbuch*, 114 (1994), pp. 107-124, y SCHILLING, H., «La Europa de las iglesias y las confesiones», en BUSSIÈRE, E., DUMOULIN, M. y TRAUSCH, G., (eds.), *Europa: el pensamiento y la identidad europea de la antigua Grecia al siglo XXI*, 2001, pp. 79-108.

Lo hizo con la espada, en la arena política y militar, al modo y manera del duque de Alba. Pero también y sobre todo con las letras, al estilo dicho *neoescolástico*, el alumbrado en la Universidad de Salamanca con las *Relectiones Theologicæ* de Francisco de Vitoria, enriquecido luego por el *De iustitia et iure* que Domingo de Soto publicaba justa y nada casualmente cuando un Imperio se encontraba en transición, y que alcanzó su supremo esplendor un puñado de décadas después en el cuerpo del *Tractatus de Legibus ac Deo Legislatore* de Francisco Suárez⁹. Eslabones de una misma cadena, puede entonces que la lectura de esa poderosa literatura nada nos aporte sobre la precisa figura del duque de Alba. Pero también parece evidente que difícilmente llegaríamos a contextualizarla con propiedad si cayésemos en la tentación de ningunear aquellos firmes principios y categorías religiosas que sellaron el núcleo más fecundo del propio entendimiento católico de la monarquía y su acomodación en una *Respublica Christiana*¹⁰.

11

La subordinada posición frente a la religión que correspondía a cualquier otra esfera de normatividad en el singular modelo de organización de la comunidad política adoptado por una monarquía así católica afloraba con suma naturalidad en el comentario que en su *De legibus* dedicaba el jesuita Francisco Suárez a la clásica trinidad conformada por la *iustitia*, la *oeconomia* y la *monastica*:

Puede distinguirse un triple gobierno moral humano: uno político que se refiere al gobierno de la ciudad y de la comunidad perfecta; otro económico que se refiere al gobierno de la familia o de la casa; el tercero puede llamarse propio de cada uno para consigo mismo, el cual puede llamarse monástico, como quien dice que abarca el gobierno de uno solo. El poder civil por su naturaleza se ordena al gobierno político... y por eso de suyo no dirige el gobierno económico fuera de aquello que redimda en bien común de la ciudad y que puede impedirlo o fomentarlo; lo demás que toca a la familia particular lo ordenan no las leyes civiles sino cada padre de familia con su prudencia. En una proporción y por una razón semejante, a las leyes civiles no les toca la dirección monástica, ni la honestidad de los particulares en cuanto tales, sino que estas leyes únicamente establecen la rectitud moral que es necesaria o muy útil para el bien civil. Para la felicidad natural de cada hombre como persona particular tampoco basta la virtud civil sino que se necesita la integridad moral con la debida orientación hacia Dios en el grado que dicta la luz natural¹¹.

Sin ir más lejos, los propios mecanismos de integración y los elementos vertebradores del orden político no se entendían reclusos en las fronteras del derecho. Al menos de un preciso poder, el de la

⁹ Cfr., la introducción de A. Paguen a Francisco de Vitoria, *Political Writings* (A. Paguen y J. Lawrence eds.), Cambridge, 1991; VAN GELDEREN, M., «From Domingo de Soto to Hugo Grotius: Theories of Monarchy and Civil Power in Spanish and Dutch Political Thought, 1555-1609», *Pensiero Politico*, 23 (1999), pp. 186-206; y OIFFER-BOMSEL, A., «Système politico-juridique, philosophie et théologie dans le *Tractatus de legibus ac deo legislatore* de Francisco Suarez», en MOLINIÉ, A., MERLE, A. y GUILLAUME-ALONSO, A., (eds.), *Les jésuites en Espagne et en Amérique*, Paris, 2007, pp. 179-203.

¹⁰ FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., *Materia de España*, Madrid, 2007, y CLAVERO, B., *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*, Milán, 1991.

¹¹ SUÁREZ, F., *De Legibus ac Deo Legislatore*, Coimbra, 1612, lib. III, cap. XII, n. 8 (que manejo por la edición de L. Perceña, Madrid, 1971). Sobre el texto y para las cuestiones que aquí interesan, cfr., PEÑA, J., «Souveraineté de Dieu et pouvoir du prince chez Suárez», en CANZIANI, G., GRANADA, M. A. y ZARKA, Y. CH. (eds.), *Potentia Dei. L'onnipotencia divina nel pensiero dei secoli XVI e XVII*, Milán, Franco Angeli, 2000, pp. 195-213 y J.F. Courtine, «Théologie morale et conception du politique chez Suárez», en GIRAD, L. y DE VAUCELLES, L., *Les Jésuites à l'âge baroque (1540-1640)*, Grenoble, 1996, pp. 261-278 y VIEIRA, M. B., «Francisco Suárez and the Principatus Politicus», *History of Political Thought*, 29, 2 (2008), pp. 273-294.

patria potestas, podía predicarse que escapaba en sentido estricto al ordenamiento jurídico. Frente al poder civil o a los poderes corporativos, que actuaban todos regidos por el *ius*, es decir como *iurisdictiones*, cabía consignar —y así reivindicar— la presencia y vigencia en el ámbito de la *res familiaris* de una facultad de administración, de *gubernatio*, al margen de la *iurisdictione*, no sujeta pues al derecho¹². Espacio ajeno al dominio de una *ley civil*, su ordenamiento pendía directa y específicamente de unas virtudes, tampoco precisamente civiles, situadas por delante de la justicia: las teologales. En la religión y no en el derecho se resolvía pues la cuestión.

Semejante consagración y abierto reconocimiento de los fundamentos doctrinales de la religión católica como simiente que proporcionaba la estabilidad al orden social encerraba obviamente implicaciones bien decisivas¹³. Ante todo, concebida la religión como una suerte de obligación constitucional, en la llamada de atención sobre la centralidad de la virtud moral se contenía y resolvía toda una precisa concepción de la *libertad*. Una *libertas personalis* que resultaba ser, por contenido, impronta y determinación, exclusivamente moral y nada política, materia antes de conciencia que de legislación. Una libertad así fundada sobre las obligaciones dispuestas por una ley moral respecto a la cual la legislación humana quedaba subordinada. La evidente cancelación de una actividad *política* individual que entrañaba semejante definición no alcanzaba sin embargo a otros cuerpos sociales. Francisco Suárez dejaba constancia al respecto. En la *familia* sí cabía una *política*. Tanto en el fondo como en la forma venía a decirse que las decisiones referidas al *gobierno económico*, a su bien común, procedían de la *prudencia* del *paterfamilias*, pendían del *arbitrium* del padre de familia. Y la precisión significa, pues, cuestión ya de *lenguaje*, contenía y encerraba connotaciones que trascienden el propio ámbito doméstico.

Categoría fundamental de un sistema, en la urdimbre conceptual de la cultura hispana moderna *familia* no se entendía y asimilaba exclusiva y excluyentemente con el grupo familiar. Entre otros sujetos, en la época igualmente se retratan e interiorizan en clave familiar unas corporaciones religiosas. Pero además la propia *respublica*, toda ella, constituía en aquel horizonte intelectual una *familia*, podía y no dejaba de ser concebida como *familia* del príncipe¹⁴. Ese era el *lenguaje* de un tiempo y una cultura. Y con él trabajaba Suárez. Con él despliega su paisaje. Resultaba ser moneda específica de un discurso que tampoco requería acuñación. Circulaba con naturalidad ya en los textos del momento. En páginas como las de la *Historia de lo sucedido en Escocia e Inglaterra* que publica Antonio de Herrera en Madrid en 1589, animando allí la caracterización de Felipe II como «padre de sus súbditos», padre así *económico* de una familia constituida por su reino, por toda su república. Una asimilación del príncipe con el *paterfamilias* indisociable por lo demás del reconocimiento primero y primario del modelo de organización doméstica como núcleo del modelo de organización de la república. Verdadero fundamento *constitucional* del sistema, en la fecha convenientemente se recitaba. Sin más, en el *proemio* de la *Política para Corregidores* de Jerónimo Castillo de Bovadilla que aparecía en Madrid en 1597: «Equipárese la Política a la Economía, que trata del gobierno de la casa, porque la familia bien regida es la verdadera imagen de la República, y la autoridad doméstica semejante a la autoridad suprema, y el justo gobierno de la casa es el verdadero modelo del gobierno de la República».

Fijación de un sistema de relación y organización política fundado en el modelo doméstico, el brillo de la superficie del enciclopédico *Tractatus* filtraba de un modo sagaz, por lo económico, el fulgor

¹² HESPANHA, A.M., *La Gracia del Derecho*, Madrid, 1993, y VALLEJO, J., *Ruda equidad, ley consumada*, Madrid, 1992.

¹³ BODEI, R., *Ordo amoris*, Valladolid, 1998, y HESPANHA, A.M., «La senda amorosa del derecho», en PETIT, C. (ed.), *Pasiones del jurista*, Madrid, 1997.

¹⁴ FRIGO, D., *Il padre de famiglia. Governo della casa e governo civile nella tradizione dell'«oeconomica» tra Cinque e Seicento*, Roma, 1985.

de unos cimientos bien asentados. Presupuesta la equivalencia entre la república y la *res familiaris*, la mención de una genuina fórmula de *gubernatio* consustancial a la posición del *paterfamilias* abiertamente habilitaba la posibilidad de facultar al príncipe con idéntico género de *potestas*, con una potestad ubicada por definición fuera de las coordenadas de la *iurisdictio*. Cursar así la citación de una *prudencia*, la del padre de familia, y consignar su singular patrimonio, la adopción de las decisiones referidas al bien común del grupo familiar, permitía deducir que las decisiones referidas al bien común de la república, del cuerpo político, naturalmente habían de arraigar en la *prudencia* del príncipe, en su *arbitrium*. En otras latitudes del *Tractatus* la resultante de la ecuación ya se hacía además explícita. Nada casualmente en el capítulo tercero del libro primero, en el cual se desgrana la fisonomía y naturaleza de la ley civil, de aquella precisa *ley* cardinal en el despliegue de un *gobierno político*: «Así que la ley humana es obra del hombre, la cual a las inmediatas procede de su poder y prudencia, y ha sido impuesta a los súbditos como regla y medida de sus obras». Por lo demás, a la altura de 1612 tampoco era cuestión urgente y necesaria introducir una constatación expresa. Medio siglo antes, desde otro centro neurálgico de la geografía universitaria de la teología católica, desde Salamanca, y en el marco de un tratado *De Iustitia et Iure*, Domingo de Soto ya se había ocupado de proporcionar la cifra del asunto, de situar la *prudencia gubernativa* en sus justos términos: «gobernar es oficio y función de la prudencia»¹⁵.

Con la despolitización del cuerpo político que comporta la excluyente adscripción de la prudencia a la cabeza, al monarca, era este un supuesto de fondo con el que por tanto ya venía haciendo sus cuentas la cultura hispana desde mediados del Quinientos. Suárez, componiendo una exposición de conjunto propia, iluminando con su mirada personal toda una comprensión constitucional¹⁶, no hacía sino retomarlo. Un *Tractatus de Legibus*, su autorizado y pertrechado autor, operaba así asumiendo por principio la existencia de un espacio sin derecho, patrimonio de la *patria potestas*, de su sujeto, el padre de familia, y como tal, del príncipe. De ello sin embargo no se deduce la figuración de un *paterfamilias* que pudiera nominarse *absolutus*, ni por supuesto, y correlativamente, un príncipe *absoluto*, fuera de la ley, de su radio de acción. Antes al contrario. Domingo de Soto en su *Carolopedia* apunta ya en dirección bien distinta: «Absoluta potestas non est Principis Christiani»¹⁷. Y en su estela convenientemente recuerda Suárez la existencia y naturaleza de unas reglas del juego, de unos cánones y códigos *constitucionales*, los propios de la religión católica. Al *ius*, al derecho así subordinado frente a otras esferas de normatividad, competían otras cuestiones. Y fundamentalmente la composición de unos derechos en plural. Con pertinente remisión a San Agustín, la propia definición y comprensión de la *ley civil* manejada por el teólogo jesuita —todavía en aquel capítulo tercero del libro primero al que antes aludíamos— se ocupaba de ilustrarlo: «es la que se ordena al gobierno político de la ciudad, a la tutela de los derechos temporales y a la conservación de la república en la paz y en la justicia»¹⁸.

Unos derechos, dichos *temporales* y garantizados por el *ius*, por esta vía comparecían ubicados en la órbita de un derecho en singular del que se hacían derivar pero que los desconoce como premisa. Y con ellos concurre lógicamente la sombra de unos sujetos, de aquellos sujetos que ostentan su

¹⁵ SOTO, D. de, *De Iustitia et Iure*, Lyon, 1559 —que cito por la edición del Instituto de Estudios Políticos (Madrid, 1968)— lib I, cap. II, art. I. Y cfr., FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P., «Espejo de Prudencia», en *La Monarquía Hispánica. Felipe II, un monarca y su época*, Madrid, 1998, pp. 69-80.

¹⁶ Y para el sentido en el que aquí se viene empleando el concepto de *constitución*, cfr., HESPANHA, A. M., «Qu'est-ce que la constitution dans les monarchies ibériques de l'époque moderne», *Themis*, 1-2 (2000), pp. 5-18.

¹⁷ SOTO, *De Iustitia et Iure*, IV, iv, i.

¹⁸ SUÁREZ, *De Legibus*, I, iv, 20.

titularidad, los *status*, pues son derechos —los que ocupan a Suárez y contempla la cultura que representa— que se conciben y operan como capacidades y facultades sociales y por tanto no precisamente individuales. Toda una literatura a la que le ocupaba la *Bildung*, la formación e institución de los miembros del cuerpo político, se desenvolvía con esas categorías, al modo de la *Philosophía Moral de Principes* de Juan Torres (Burgos, Felipe Iunta, 1597), que se decía en subtítulo compuesta para su buena crianza y gobierno y para personas de todos los estados. Titulares de unos derechos, eran los estados, las situaciones sociales relevantes para el orden constituido, quienes configuraban el sujeto y componente primario de la república, de una comunidad política cuyo orden interno, cuya coherencia, así reconocidamente pasaba por la armónica articulación de aquellas unidades menores, de unos cuerpos y estados dotados de su particular estatuto jurídico-político. El subtítulo de Juan Torres no podía ser más evidente al respecto. Sus *personas* nos remiten a unos *estados*. En el horizonte de una pluralidad social de facultades la *persona individua* exclusivamente se contemplaba como mimbres y miembro de algún *estado*, es decir, agrupada dentro de un conjunto que goza de la misma posición en cuanto a derechos y deberes. Precisamente solo despojada de su remisión al individuo humano, y vinculada a posiciones figuradas por el orden establecido, correspondía a la *persona* una titularidad jurídica¹⁹. Y esa *persona ficta* o *persona imaginada* ya podía ser entonces el fisco o la propia *maiestas*, *persona distinta que vive en el Rey* que decía Luis Valle de la Cerda en sus *Avisos en Materia de Estado y Guerra* (Madrid, Pedro Madrigal, 1599).

En las coordenadas de una lógica corporativa y estamental, así se entendía el derecho y así quedaba acotado su universo, en la composición de los derechos de unos *estados* aferrados a formas comunitarias de gestión de su posición. El papel más relevante le estaba sin embargo vedado. Competía a la religión, a la religión católica. La teología imponía entonces sus principios y sus concepciones, comenzando por la propia comprensión del orden jurídico, por su percepción del mismo como reflejo de un orden natural de determinación divina²⁰. El título del *Tractatus*, que se decía *de Legibus ac Deo Legislatore*, no podía ser más elocuente al respecto. Y su *proemio* tampoco. Bajo denominación formal tan neutra como habitual —*subiectum & rationem totius operis continens*— la primacía de la teología frente al derecho constituía su nudo argumental. No se trataba además de justificar y legitimar la adopción de un prisma teológico en la disección y recorrido por unas *leyes*. La constatación y reivindicación lo eran de orden mayor. Lo que en verdad interesaba asentar como premisa era la competencia exclusiva que sobre la materia correspondía a la teología. Y así se hacía: «el tratado de todas las leyes pertenece a la teología, pues tocándola a ésta considerar a Dios como legislador, y siendo Dios legislador universal inmediata o virtualmente, según la expresión de los filósofos, la teología debe tratar de todas las leyes».

Si desde los primeros momentos del Quinientos el acento puesto en la perfección y naturalidad de la organización política generaba la posibilidad de concebir y legitimar la pretensión de sustraer su propia jurisdicción de cualquier hipoteca de carácter religioso, esta era la respuesta de una cultura católica: la afirmación, por principio, de una materia *theologica*. Esa resultaba ser la intención, desde luego nada gratuita ni casual, del *proemio* de Suárez a su *Tratado*: neutralizar la pretendida desconexión de la teología con la materia antropológica y el universo político operada fundamentalmente por el humanismo *cívico*. Idéntica pretensión, e idéntico contexto, que por lo demás ya venía animando desde mediados del XVI a los teólogos de la Universidad de Salamanca en sus intervenciones

¹⁹ CLAVERO, B., *Tantas personas como estados. Por una antropología política de la historia moderna*, Madrid, 1986.

²⁰ GROSSI, P., *El orden jurídico medieval*, Madrid, 1996 y BRIESKORN, N., «Lex aeterna. Zu Francisco Suárez' *Tractatus de legibus ac Deo Legislatore*», en GRUNERT, F. y SEELMANN, K. (eds.), *Die Ordnung der Praxis. Neue Studien zur spanischen Spätscholastik*, Tübingen, 2001. pp. 49-74.

genéricamente tituladas *De iustitia et iure*. Introducir entonces, y todavía en el *proemio*, una caracterización de la ley en términos de *vínculo de la conciencia* obedecía a esa lógica y permitía asentar un dato antropológico decisivo para una cultura constitucional: que al analizar el orden de la república no era de individuos de lo que se trataba sino de cuerpos y almas, esto es, de seres teológicamente concebidos. Ciudadanos así católicos, por ello convenía dejar constancia de que su compromiso con los diversos órdenes, privados y públicos, en los cuales se encuentra socialmente implicado o inmerso, resultaba ser de carácter confesional y naturaleza intrínsecamente religiosa: «la fe católica no solo enseña hasta qué punto hay que obedecer a Dios cuando manda sobrenaturalmente, sino también qué es lo que prohíbe, manda o permite la naturaleza, y hasta qué punto se debe obedecer a las autoridades, y por eso nos pone ante la vista hasta qué punto hay que someterse a las leyes civiles y eclesiásticas». Retrato preciso de un orden social católico, el compromiso con la fe así devenía en garante de la estabilidad y perfecta arquitectura de la sociedad civil. Y como a la teología se reconocía competencia exclusiva en la materialización de los principios dados por la religión –«de estos principios de la fe al teólogo toca deducir lo que se debe pensar de esta o aquella clase de leyes»– lógicamente solo a ella se adscribía la figuración y determinación del orden *constitucional*.

Supuestos propios de una teología, del pensamiento teológico que identifica al tomismo moderno²¹, la concepción del ordenamiento político devenía por principio pretensión de imitación de un orden universal trazado por la voluntad divina. Cuestión de *leyes*, y el plural de nuevo significa, un *Dios legislador* y una *ley divina* configuraban el marco de referencia y la vía de acceso para acometer la definición del orden civil comunitario, para fijar así la posición del príncipe y la entidad y esencia de la *ley civil*, siempre con la *ley natural* como eslabón de engarce. Inmersa en un espectro jerarquizado, consideración exenta y autónoma para la ley humana no se contemplaba. Encontraba ubicación, y la acomodaba una teología, en un horizonte incardinado por una *ley* dicha «eterna pues existe en Dios mismo», vertebrado por una ley natural, confesionalmente entendida, «que propiamente dicha es la que reside en la mente humana para discernir lo bueno de lo malo», y sobre la cual se predica «que procede de Dios como quien infunde por sí mismo la gracia y la misma luz sobrenatural, y además dirige en cada momento a los hombres con el auxilio de la gracia excitante y adyuvante para que pongan en práctica los dictámenes de esa ley». Enraizada así en un género de legislación no humana de raíz religiosa y signo moral, y vinculada a la misma, era como exclusivamente adquiría carta de naturaleza en el relato teológico –que con tanta autoridad recitaba Suárez– una especie de *ley civil*, aquella «que originariamente se deriva de algún modo de la ley eterna» y que únicamente se decía «humana porque ha sido compuesta e impuesta por los hombres inmediatamente»²².

Presupuesto un universo articulado sobre el molde de la *ley divina*, su mimética reproducción implicaba un preciso entendimiento del orden jurídico y así toda una genuina comprensión de la globalidad del orden social, toda una concepción del dominio político fundada sobre la figura del príncipe. Derivado de aquel principio universal, el retrato de la sociedad política bajo forma de orden jerárquicamente estructurado y culminado por el poder del príncipe contenía además la llave y la clave de toda una filosofía política. En la medida que el orden social, siempre en el cuadro de una teología, se entendía concebido por el designio divino ya antes de su formal consagración por parte de los hombres, predeterminado entonces por la *ley natural*, la legitimación conferida a ese poder del

²¹ Cfr., FERRARO, D., *Itinerari del volontarismo*, Milán, 1995; BRETT, A. S., *Liberty, right and nature. Individual rights in later scholastic thought*, Cambridge, 1998, pp. 123-204 y STONE, M. W., «The Scope and Limits of Moral Deliberation: *ratio recta*, Natural Law and Conscience in Francisco Suarez», en NAUTA, L. y PÄTZOLD, D. (eds.), *Imagination in the Later Middle Ages and Early Modern Times*, Leuven, 2004, pp. 35-57, con el posible contrapunto de una reordenada biografía del fundador: FINNIS, J., *Aquinas. Moral, political and legal theory*, Oxford, 1998.

²² SUÁREZ, *De Legibus*, I, iii.

príncipe precedía, lógica e históricamente, incluso al propio momento de su encarnación institucional, al primer tiempo político del reino, al *pacto fundacional* y constituyente de la comunidad política. La misma terminología contractual adoptada —en la que por supuesto no encuentra cabida ni acomodo la percepción de una *perfect community* figurada desde posiciones de implicación conciliarista— profundizaba en esa línea y cerraba el nudo argumental. Procedía a la especificación de una *potestas* que, independientemente de su gestación, escapaba en su determinación más profunda a los propios integrantes de la comunidad: «supuesto el traspaso de este poder a la persona del rey, ya este hace las veces de Dios y el derecho natural obliga a obedecerle, de la misma manera que cuando una persona particular se vende y entrega a otro como esclavo, esa propiedad tiene su origen sencillamente en los hombres, pero, supuesto el contrato, el siervo por el derecho divino y por el humano está obligado a obedecer a su señor»²³. Frente a la interiorización del pacto en términos de *concesio imperii*, el *Tractatus de Legibus* así proponía e imponía el entendimiento de una radical *translatio imperii*, de una transmisión del poder de la comunidad al gobernante que además, una vez acontecida, resulta inexorable. Verdadero *topos* de una precisa cultura constitucional, de inmediato reaparecía en otras páginas de Suárez, las de una *Defensio Fidei*, con motivo del tratamiento de la *lex regia*. Y de nuevo se recibía idéntico *catecismo constitucional*, pues, de acuerdo con el entendimiento omnipresente de la sociabilidad como un dato natural y preconstituido, afirmar que la *lex regia* era «*pactum societatis humanae*» ante todo significaba que el *pactum societatis* debía interpretarse en términos de *pactum subjectionis*, de un contrato de poder antes que de un contrato de sociedad.

En el príncipe y la *ley civil* se sustentaba el correcto funcionamiento de la comunidad política. La unidad y la paz de la *respublica*, su bien común, se hacía derivar de la sumisión del súbdito a la voluntad del soberano. Virtud propia del individuo era pues el cumplimiento de las obligaciones impuestas por el príncipe, dictadas por la ley, por una «ley que incluye ya en sí misma un precepto de obediencia» según decía Domingo de Soto en su *De Iustitia et Iure*²⁴. Libertad, al margen de la libertad de conducta que la religión requiere, no cabía para el católico ciudadano en aquel orden político. Fundamento del sistema resultaba ser otro: la *obediencia*, un género de obediencia que arraiga en la conciencia, un deber así confesional. Por ello mismo la norma de «obedecer y cumplir siempre los mandatos reales» no se formulaba en términos absolutos. Excepciones habían. Categóricamente lo declara Soto —«las leyes que se oponen inmediatamente al bien divino no pueden obligar nunca»²⁵— y pormenorizadamente las registra Castillo de Bovadilla en su *Política para Corregidores* (lib. II, cap. x): «si el Rey mandase algo contra conciencia...si el mandato fuese contra la fe...cuando el rey mandase algo contra la ley natural». Otras salvedades luego las seguían, referidas a la centralidad de la *justicia conmutativa*, pero estas tres eran las primeras, certificando la impronta antes religiosa que jurídica del orden social. De un orden que situaba en la obediencia al príncipe el verdadero perno *constitucional* por la propia primacía que otorgaba a la *civitas* frente al *civis*: «Toda parte —y de nuevo es cita de Domingo de Soto²⁶— naturalmente está ordenada a su todo, como lo imperfecto a lo perfecto. Cada uno de los ciudadanos es una parte de la ciudad; por tanto la ley que los agrupa a todos debe de ordenarlos al bien común de la ciudad, de la misma manera que están ordenados al servicio de un organismo todos los miembros que la componen». De un orden que así, y en definitiva, pendía del príncipe, pues en la concepción de la *ley civil* únicamente contaba la voluntad del monarca, siempre dentro de los límites del *ius naturale* y de las restricciones con las que la cultura del *ius commune* contempla la *absolutio legis* del *princeps*.

²³ SUÁREZ, *De Legibus*, III, iv, 6.

²⁴ SOTO, *De Iustitia et Iure*, I, vi, iv.

²⁵ SOTO, *De Iustitia et Iure*, I, vi, iv.

²⁶ SOTO, *De Iustitia et Iure*, I, i, ii.

El tomismo moderno descubría sus cartas. Al reconocer en la *ley civil* el fundamento exclusivo de la política cursaba una apuesta de significado y calado *constitucional* tan novedoso como decisivo. Procedía con su formulación a una crucial recalificación de los términos que tradicionalmente habían venido cifrando el vínculo y relación entre la *ley natural* y la *ley civil* o *ley positiva*. A diferencia del planteamiento original de la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino, la correspondencia inmediata entre los preceptos humanos y las normas naturales, Soto o Suárez predicaban que la intencionalidad que infundía y animaba la *ley civil* pasaba por explicitar el dictado de la *ley natural* y no solo por hacerla explícita. La sentencia de Domingo de Soto sentaba cátedra y marcaba las distancias: *aunque la ley humana brote de la natural no por esto ha de igualarla literalmente*²⁷. Formalmente al menos el vínculo podía mantenerse, y así también la comunicación con una *ley eterna*: «si bien nos gobernamos por la ley eterna, este gobierno, sin embargo, se ejecuta mediante la ley natural, que es una participación de aquella»²⁸. Una *ley natural*, en cuanto fundamento moral y prescripción de lo intrínsecamente bueno, por cuestión de fe y salvación conservaba su ascendencia sobre la *ley civil*, pero perdía su inmediato carácter referencial para el orden político. Solo una *ley positiva*, y con ella el dictado del príncipe, venía a identificarse como principio normativo de la sociedad política.

Se trataba de una variante precisa y calculada la que así se introducía respecto a la letra de la *Suma Teológica*, respecto al dictado de aquel concreto texto que —unido al depósito doctrinal y dogmático patristico— conformaba el núcleo de una tradición desde cuyo reclamo se afrontaba la restitución de la centralidad de la teología. Una reformulación que obedecía y respondía además a las urgencias de un contexto intelectual irremediabilmente diverso del que ocupaba y preocupaba a Tomás de Aquino en su composición. La propia necesidad de reivindicar la primacía de una teología, encauzada mediante la recuperación de la *Suma Teológica*, partía ya de un singular contexto condicionado por la recepción de la ética y la política aristotélica operada por el humanismo, por su radical convicción de la continuidad y validez en el tiempo del cuerpo filosófico que desde la Antigüedad se ocupaba de las costumbres, el gobierno de la comunidad política y la vida civil. Pero a su vez un nuevo contexto, el derivado de la fractura de la *Christianitas* y así de cerrada impronta confesional, impedía a la inteligencia católica una lectura y aplicación lineal de los supuestos contenidos en la *Suma*. Los nudos doctrinales contemporáneos, con su incidencia capital en la definición del dominio político, difícilmente admitían solución con el recurso a una sola *auctoritas*. Y en esa coyuntura la salida fundamentalmente se vislumbraba en la incorporación de esquemas propios del agustinismo político sobre las fórmulas conceptuales del aristotelismo teológico y político. Una opción, por lo demás, nada gratuita pues frente a los planteamientos luteranos solo en el *voluntarismo* propio de la tradición agustiana venía reconociéndose que la ley civil podía imponer preceptos no previstos en la ley natural. Razón y motivación de fondo de una *traición*, de la infidelidad hacia la *Suma* suscitada por la necesidad de acomodarse a un específico contexto, la conversión de la *ley civil* en fundamento de la obligación política devenía así, por este cauce, en principio *constitucional*. Reconvertido el soberano en exclusivo y excluyente principio de orden dentro del dominio político, abierto en definitiva un espacio propio para la *política*, la *constitución católica* terminaba por tanto consagrando la despolitización del *cuerpo* con la reclusión de la *política* en la *cabeza*.

Por supuesto la *política* que así convocaba y saludaba la neoescolástica castellana no era una *política* en su entendimiento clásico, concebida como un bien en sí mismo, auténtico y genuino bien común. Resulta ser precondition para un bien superior y eterno, conectada en este sentido con la religión y dependiente del flujo de la *gracia*²⁹. *Política* indisociable de una concepción de ciudadanía que

²⁷ SOTO, *De Iustitia et Iure*, I, vi, vii.

²⁸ SOTO, *De Iustitia et Iure*, I, iv, i.

²⁹ Cfr., FERNÁNDEZ ALBALADEJO, *Materia de España*, y IÑURRITIGUI, J. M.^a, *La Gracia y la República. El lenguaje político de la teología católica y el Príncipe Cristiano de Pedro de Ribadeneyra*, Madrid, 1998.

prima la actividad intelectual, el conocimiento de la ley natural, y como tal pertinente para una antropología teológica que asume «las razones por las que la vida contemplativa es preferida a la activa»³⁰, que sanciona la desvinculación del individuo respecto a la *polis* y lo ubica primeramente en el seno de la *respublica christiana*. Mientras que «una ley civil cualquiera no tiene más fin que hacer buenos ciudadanos», y Domingo de Soto se encargaba de recordarlo, «los que obedecen a las leyes natural y divina no son sólo buenos ciudadanos sino también hombres de vida íntegra»³¹. En cuestión de *ciudadanía*, frente al *buen ciudadano*, por delante de quien *solo* es buen ciudadano, comparecía el *católico ciudadano*. La religión católica imprimía la verdadera condición cívica. El *civis* antes que miembro e integrante de una *civitas* lo era de la *civitas peregrinans*, de una Iglesia. Y lo era por mandato ya de un *catecismo*, o de los *Comentarios* al mismo que suscribía Bartolomé Carranza: «de esta Iglesia habemos de procurar ser todos ciudadanos»³².

Consecuentemente, si por un lado asomaba un nada velado reconocimiento de la autonomía de la *ciudad política*, un espacio *político* para el príncipe y la *ley civil*, por otro la propia comunidad política, la monarquía, no dejaba de insertarse en un cuadro jerárquico que, sin limitar su jurisdicción, salvaguardaba mejor la finalidad última del hombre. La primacía del legislador en la constitución de la ciudad terrena reproducía la primacía de Dios en el orden de la creación, pero con la siempre indispensable mediación de la autoridad espiritual, la pontificia, a quien competía la tutela del fin último al que todo organismo político había de orientarse. Sin quebrarse con ello la autonomía del dominio político se cerraba así la subordinación de lo terreno a lo espiritual: «una república humana, aun considerada en estado de pura naturaleza, necesita de unión y conformidad en el conocimiento y culto del verdadero Dios, luego necesita también de un poder que la gobierna en orden a ese fin»³³. La monarquía irremediablemente pasaba a formar parte de un orden mayor, de una *respublica christiana* en la que si bien a los *principes seculares* se les reconocía la condición de *membra* era sin embargo a la cabeza a quien correspondía el control último de ese sistema de poder. La invocación de una *potestas* indirecta —de la capacidad de intervención pontificia en cuestiones espirituales aparejada a la afirmación de la doble condición del Papa como *princeps secularis* y *pastor universalis*— cuadraba todo un sistema de pensamiento, toda una comprensión *constitucional* y constituyente de la *república civil* en el seno de la *república eclesiástica*, en las coordenadas de una Iglesia interiorizada como *cuerpo místico* al tiempo que institución jurídica y visible³⁴. Con el discurso de unos *politiques* ahora por contexto, «que el poder seglar y el derecho civil lo que busca directa y primariamente es la estabilidad política y su conservación»³⁵, tal era la jerarquía reconocida en el interior de la *respublica christiana*. Una dualidad de potestades que ni contradecía la unidad del cuerpo monárquico ni neutraliza la valencia *política* del príncipe secular pero que obligaba a delimitar ámbitos de competencia —«el poder civil no se extiende al fin espiritual o sobrenatural de la vida futura ni siquiera en los príncipes cristianos»³⁶— y a arbitrar oportunos expedientes de composición.

³⁰ SOTO, *De Iustitia et Iure*, III, ii, viii. Y cfr., para ajustar las distancias, POCOOCK, J. G. A., «The Ideal of Citizenship since Classical Times», *Queen's Quarterly*, 99, I (1992), pp. 33-55.

³¹ SOTO, *De Iustitia et Iure*, I, ii, i.

³² *Comentarios del Reverendísimo Sr. Fray Bartolomé Carranza de Miranda, Arzobispo de Toledo, sobre el Catecismo Cristiano*, Amberes, 1558, fols. 124r-133v. Y cfr., al respecto, IÑURRITIGUI, J. M., «Providencia, gracia y virtud: el discurso católico en tiempo de tribulación», en BERNARDO ARES, J. M. de, (ed.), *El Hispanismo Angloamericano: Aportaciones, problemas y perspectivas sobre Historia, Arte y Literatura españolas (siglos XVI-XVIII)*, Córdoba, 2001, II, pp. 979-994.

³³ SUÁREZ, *De Legibus*, IV, ii, 3.

³⁴ PRODI, P., *Il Sovrano Pontefice. Un corpo e due anime: La monarchia papale nella prima età moderna*, Bolonia, 1982 y CLAVERO, B., *Institución histórica del derecho*, Madrid, 1992, pp. 45-60.

³⁵ SUÁREZ, *De Legibus*, III, xii, 2.

³⁶ SUÁREZ, *De Legibus*, III, xi, 9.

III

Promovida como cuerpo doctrinal unitario, bajo forma de interpretación y comentario de unas autoridades universalmente celebradas pero en realidad, y sin apego hermeneútico alguno, sometidas a una contextualizada lectura, la semántica política de la teología católica concluía así integrando a la monarquía hispana en la disciplina de un orden que le trascendía. Era ya constitucional y constitutivamente una *monarquía en Iglesia*. Una *monarquía en monarquía*, si se prefiere y asume el vocabulario contemporáneo, el depósito conceptual con el que Juan de Pineda redactaba su *Monarquía Eclesiástica* (Salamanca, Juan Fernández, 1589). O una *Monarchia* en *Romarchia* que diría el anglicano Ackworth al componer su *De visibili Romarchia contra Nicholas Sanderi Monarchia*. Y al fin y al cabo el *De Visibili Monarchia* que Nicholas Sanders componía y publicaba en Lovaina en 1572, y que Ackworth recensionaba con tanta lucidez y perspicacia, ya no veía en el duque de Alba un mero gobernador sino un *divino Hércules*³⁷.

³⁷ SANDERS, N., *De visibili Monarchia Ecclesiae Libri Octo*, Lovaina, 1571. Y cfr. TUTINO, S., *Law and Conscience. Catholicism in Early Modern England, 1570-1635*, Aldershot, 2007, pp. 21 y ss.

EL PENSAMIENTO MILITAR EN LA ÉPOCA DEL III DUQUE DE ALBA, DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO

Juan Antonio SÁNCHEZ BELÉN

Universidad Nacional de Educación a Distancia

I

Las revueltas de los Países Bajos en 1566¹ decidieron a Felipe II, en oposición a la camarilla palatina de Ruy Gómez de Silva², a enviar un ejército que apaciguara el territorio y restituyera la autoridad real, muy menoscabada desde la expulsión del cardenal Granvela en 1564, contra quien se había pronunciado la nobleza local, incluidos los miembros más leales al monarca español, como el conde de Mansfeld³, por el poder y la influencia que había tenido en Bruselas, donde ejercía como consejero de la gobernadora Margarita de Austria, duquesa de Parma, y desde donde impulsó, entre otras medidas, la reforma eclesiástica ordenada por el soberano, con acuerdo del Pontífice, en los meses

¹ Una buena síntesis sobre las revueltas en los Países Bajos en tiempos de Felipe II sigue siendo la de PARKER, G., *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, 1989.

² De la existencia de estas camarillas enfrentadas ya se ocupó MIGNET, F., *Antonio Pérez y Felipe II. Entre la leyenda negra y la historia*, Madrid, 2001 (es la traducción de la segunda edición francesa de 1846; la primera se editó el año anterior). Mucha más información y mejor documentada se encuentra en los estudios de LAGOMARSINO, P. D., *Court Factions and the formulation of Spanish Policy towards the Netherlands (1559-1567)*, Cambridge, 1973, y de MARTÍNEZ MILLÁN, J., «Elites de poder en tiempos de Felipe II (1539-1572)», *Hispania*, XLIX/171 (1989), pp. 111-149. Para algunos personajes importantes de estos años, como el secretario Francisco de Eraso o el confesor real, se puede consultar J. MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.), *La corte de Felipe II*, Madrid, 1994.

³ SÁNCHEZ BELÉN, J. A., «Lealtades contrapuestas: la familia del conde de Mansfeld durante la sublevación de los Países Bajos en tiempos de Felipe II», en PEREIRA IGLESIAS, J. L. y GONZÁLEZ BELTRÁN, J. M. (eds), *Felipe II y su tiempo. Actas de la V Reunión científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Cádiz, 1999, pp. 341-348. Es interesante recordar que el cardenal Granvela había casado en 1549 a su hermano Tomás de Perrenot, señor de Chantonnay, con Elena de Brederode, hermana de la primera esposa del conde Pierre-Ernest de Mansfeld y de Enrique de Brederode, uno de los principales enemigos del cardenal Granvela en la década de 1560, quien participará activamente contra Felipe II apoyando el bando del príncipe de Orange (DURME, M. van, *El cardenal Granvela (1517-1586)*, Madrid, 2000, p. 99 –se trata de la reedición castellana de 1955–).

finales de 1559⁴. La persona elegida para esta operación de castigo fue el III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, partidario, por otro lado, de aplicar drásticas acciones contra los súbditos flamencos, cada vez más alborotadores y levantiscos⁵, pero cuando su ejército se pone en marcha desde Italia la situación política se había tranquilizado, pues las revueltas iconoclastas de los calvinistas, que se habían extendido por el territorio en 1566, fueron sofocadas por Margarita de Austria, secundada a tal efecto por los grandes señores flamencos, restituyéndose en sus iglesias a los sacerdotes católicos y a los monjes en sus monasterios, motivo por el cual se impetró, sin éxito, a Felipe II que suspendiera la misión del duque de Alba⁶.

Es conocida de todos la actuación política del III duque de Alba en los Países Bajos, y también su fracaso, en el que influyeron varios factores, algunos de índole personal (por ejemplo, permitir «que afloraran sus sentimientos personales» en determinados asuntos) y otros simplemente políticos: el carácter transitorio y algo ambiguo de su autoridad y el verse obligado a organizar el gobierno de las provincias tras la dimisión de la gobernadora Margarita de Austria, y ello en una coyuntura nada favorable, con unas instituciones locales desprestigiadas ante Felipe II y con una población que desconfiaba de un gobierno de mayoría castellana⁷. Pero hay todavía otro elemento fundamental que conviene tener en cuenta: la influencia de Maquiavelo en lo relativo al concepto de Estado que tenía don Fernando Álvarez de Toledo. Y es que el florentino, a la hora de pensar el Estado, había tenido muy en cuenta el modelo de orden militar que en su día había trazado en el *Arte de la Guerra*; por eso lo concibe como un orden estable, aunque dinámico en sí mismo, cuya estabilidad solo se consigue ordenando el movimiento, o lo que es igual, enderezándolo hacia una sola dirección⁸. Y en torno a esta idea gira también el pensamiento político del III duque de Alba, pero con una particularidad, o así lo parece: que identifica el orden político con el orden de la milicia y equipara, por tanto, el orden civil y político al existente en un campamento militar, cuando Maquiavelo se limitaba a exponer que el

⁴ Sobre el cardenal Granvela, además del clásico trabajo de M. van Durme ya mencionado, hay que citar el libro de JONNEKIN, G., *Le cardinal de Granvelle: un destin européen au XVI^e siècle*, Dole, 1989.

⁵ La mejor biografía sobre el III duque de Alba sigue siendo la de, MALTBY, W., *El gran Duque de Alba. Un siglo de España en Europa (1517-1581)*, Madrid, 1985. Aparte de esta obra ya clásica hay que citar dos biografías recientes: FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *El duque de hierro Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba*, Madrid, 2007 y KAMEN, H., *El gran duque de Alba*, Madrid, 2004. Bernardino de Mendoza escribe que el duque de Alba era consciente de la dificultad de su misión y de los riesgos que conllevaba para su reputación, en el caso de fracasar, pero que, no obstante, la aceptó como en su día asumió la represión del luteranismo en las guerras de Alemania a partir de 1547: «Pues entendiéndolo bien, como quien era tan gran soldado y prudente capitán, cuántos inconvenientes y peligros se ofrecían en lo del camino y paso de la gentes por la Saboya y formar el ejército, que quien lo mirare advertidamente y con cuidado verá ser hartos y muy evidentes, sin el que entonces había cuando el Duque se resolvió de entrar en los Estados, por estar tan alterados y donde hay tantas plazas y tan fuertes, era de gran consideración poner en este riesgo y aventura lo que tenía en muchos años ganado siguiendo la profesión de soldado, en la cual todos los que la continúan juegan siempre en los ojos del mundo a resto abierto; pues si vienen a perder una victoria o jornada, no les admite la gente en descargo della las que han ganado, atribuyendo por el último suceso haber sido los pasados más buena fortuna que prudencia en el ejercicio de la guerra para el guiarlos; consideración en que no reparó el Duque, obedeciendo a su majestad, por ser jornada tan en servicio de Dios y suyo y defensa de la fe, confiando sería nuestro Señor servido de darle favor y fuerzas con que pudiese oprimir los enemigos de ella, como lo hizo, en el principio de inventarse estas sectas y herejías, siendo ministro de Carlos V y su capitán general en la guerra de Alemania el año de 1547» (MENDOZA, B de, *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos desde el año de 1567 hasta el de 1577*, Madrid, 1948, Biblioteca de Autores Españoles, t. XXVIII, pp. 389-560. La referencia en la página 402 a. Sobre el personaje es conveniente la consulta de JENSEN, D. L., *Diplomacy and dogmatism. Bernardino de Mendoza and the French Catholic League*, Cambridge (Mass), 1964 y el reciente estudio de CABAÑAS AGRELA, J. M., *Don Bernardino de Mendoza, un escritor-soldado al servicio de la monarquía católica (1540-1604)*, Guadalajara, 2001.

⁶ PARKER, *España y la rebelión*, pp. 72-76 y 100.

⁷ MALTBY, *El gran Duque de Alba*, pp. 176-178.

⁸ CONDE, F. J., *El saber político en Maquiavelo*, Madrid, 1976, pp. 95-98. Más reciente es el estudio de PASTOR PÉREZ, M. A., *El Arte de la simulación: estudio sobre ciencia y política en Nicolás Maquiavelo*, Sevilla, 1994.

orden político se mantenía por la existencia del orden militar. Quizás su experiencia como soldado pudo contribuir a reforzar este planteamiento, sobre todo si los éxitos obtenidos en la organización militar venían, aparentemente, a darle la razón.

Precisamente es en el terreno militar donde sobresalen sus dotes de estratega y también donde desarrolla al máximo las ideas de Maquiavelo sobre la milicia: en sus decisiones no deja nada al azar, especialmente durante el tiempo que estuvo en los Países Bajos, consciente en esos años de que el ejército que comandaba era el único garante de su salvaguardia y de que su posición como representante de Felipe II no se tambaleara en un territorio invadido y sojuzgado por la fuerza de las armas. Buena prueba al respecto son las disposiciones que establece en orden a su viaje desde Italia: los 8.646 soldados de infantería —8.780, según Bernardino de Mendoza—, los casi 1.200 soldados de caballería, los criados, el personal encargado de transportar el equipaje y todas las personas que normalmente acompañaban a la tropa en sus desplazamientos, cuyo número rondaría en torno a unos 6.000 individuos y 1.800 animales de tiro⁹, exigían unas provisiones que solo una cuidada intendencia podía abastecer debidamente. Por eso, además de contratar guías de las localidades por las que iba a transitar, y de ordenar con bastante antelación que se elaboraran mapas del terreno y que se construyeran puentes sobre los ríos, el duque de Alba y Francisco de Ibarra, su comisario general, establecieron a lo largo de la ruta, como ya lo hicieran los franceses en 1551 en el valle de Maurienne, una serie de *étapes* o depósitos de abastecimiento separados entre sí por una jornada de viaje¹⁰. Con todo, estas disposiciones hubieran sido infructuosas —y así lo subraya uno de sus partidarios— de haberse retrasado la jornada por cualquier motivo, sobre todo por algún ataque del enemigo:

«porque con estorbar un día el paso, cosa de poca dificultad y que se podía hacer en tantas partes y sitios, viniera a morir toda la gente de hambre a causa de no estar los lugares por donde se hacían las jornadas avituallados más de para una noche, siendo difícil el proveerlos por más tiempo por la esterilidad de la tierra y haberse de recoger en ellos las vituallas de muchos días atrás, trayéndolas de acarreo»¹¹.

Si el avituallamiento de la tropa era un asunto importante, también lo era mantener la disciplina de los soldados. Y la mantuvo férreamente en esta ocasión: porque a pesar de la dureza del camino y de lo ajustado de las provisiones, no se produjeron

«desórdenes en las tierras y alojamientos [...] por venir los soldados con tan buena disciplina, que no deja de ser de consideración en los viajes que hace la gente de guerra, en quien se ven de ordinario desórdenes, cuando no pasan a excesos, no habiendo sucedido otra que a la salida de Loraine ahorcarse un soldado arcabucero a caballo por haber ido él y otros dos de la compañía a tomar unos cameros, y viniendo la queja al Duque los mandó ahorcar, y se volviesen los cameros al villano o se los pagasen cuando no estuviesen vivos; y aunque algunos criados y justicias del duque de Loraine que guiaban la gente le pidieron les perdonase, a su intercesión les concedió la vida de dos, y que se ahorcase uno por el buen ejemplo, echando suertes entre los tres, la cual cayó en el que los había provocado al robo»¹².

No puede sorprender, por tanto, que el asunto de la disciplina militar sea uno de los que más obsesionaron al duque de Alba durante su mandato en los Países Bajos españoles. Por eso, poco tiempo después de su instalación en Bruselas solicitará diversos informes a militares cualificados de su

⁹ PARKER, G., *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659*, Madrid, 1976, p. 126.

¹⁰ PARKER, *El ejército de Flandes*, p. 127.

¹¹ MENDOZA, *Comentarios*, p. 406 a.

¹² MENDOZA, *Comentarios*, p. 406 b.

entorno sobre los medios más convenientes para mantener un ejército disciplinado capaz de asegurar la empresa para la que había sido nombrado. Uno de estos personajes fue Sancho de Londoño, capitán del tercio de Lombardía que le acompañó a los Países Bajos en 1567, quien el 8 de abril de 1568 concluye un *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, obra que, sin embargo, no será editada hasta 1593¹³; coetáneo suyo, el alférez Martín de Eguiluz escribió asimismo el tratado *Milicia, discurso y regla militar*, que será editado juntamente con el escrito ya mencionado de Londoño¹⁴. Y son obras cuya publicación a finales del siglo XVI, muchos años después de haber sido escritas, coincide en el tiempo, y no es una casualidad, con una proliferación de escritos sobre esta materia en el occidente europeo motivada, en gran medida, por las reformas que Mauricio de Nassau había acometido en el ejército de las Provincias Unidas con el objetivo de frenar el avance español, aunque muchas de ellas fueran un simple traslado o una mera adaptación de las que estaban en vigor en los tercios de Felipe II en Flandes, especialmente en lo que se refiere al principio de subordinación a la jerarquía y a la disciplina militar¹⁵.

II

De la importancia que se daba a la obediencia en el ejército hay una excelente referencia en el *Discurso* de Sancho de Londoño: «Pues es claro que de una bien regulada Milicia pende la observancia de las leyes divinas y humanas, y los prósperos o adversos sucesos de las guerras, la quietud y seguridad de los reinos y de los Reyes»¹⁶. El propio duque de Alba, según Bernardino de Mendoza, arengó en cierta ocasión a sus tropas en este sentido, indicándoles de «cuánta más importancia era para los soldados guardar la orden que el pelear, pues con ella es solo con lo que la gente de guerra venía a hacerse invencible, que es su blanco y ultimado fin de la milicia»¹⁷.

Nada nuevo, por otra parte: ya en 1521 Nicolás Maquiavelo, en el *Arte de la Guerra*¹⁸, dedicaba especial atención al orden y la disciplina de los soldados. Y ello es así porque a través de la

¹³ LONDOÑO, S. de, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, Madrid, 1593 (Hay ejemplares en la Biblioteca Nacional de Madrid, R/11.700(2), R/12.732(2), R/1.588(2); Real Academia Española, S. Coms. 5-B-5; Biblioteca Central Militar (Instituto de Historia y Cultura Militar), 1593-1 y 1592-1(2); Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona, 860.8 Lor; y Biblioteca Pública del Estado de Palma de Mallorca, 20.376(2)). Una segunda edición de la obra de Londoño y de otros autores en *Breve recopilación de los tratados de Don Sancho de Londoño, y de otros autores graues acerca de lo que se usa agora en el arte militar recopilados por el Sargento Francisco Leugim*, Valencia 1596 (Hay ejemplar en la Real Academia de la Historia, 2/3.312). El texto manuscrito, fechado en 1568, se localiza en la BNM, Mss/10.487, h. 1-48v. En este manuscrito se recoge otro escrito de Londoño: *Colloquio familiar y militar entre Londoño y Bargas, en el cual se discurre y trata todo lo que se requiere para bien exercitar el oficio de sargento mayor* (h. 49-82v). El *Discurso* de Londoño ha sido reeditado por el Ministerio de Defensa en 1992.

¹⁴ EGUILUZ, M. de, *Milicia, discurso y regla militar / del alférez Martín de Eguiluz... dividida en dos libros*, Madrid, 1592 (Hay ejemplares en la Biblioteca Pública del Estado de Palma de Mallorca, 20.376(1); Biblioteca Central Militar (Instituto de Historia y Cultura Militar), 1592-1(1); Biblioteca Nacional, R/11.700(1), R/4.073, R/12.732(1), R/15.885(1); Real Academia de la Historia, 1/1546; Real Academia Española, 37-IV-6 y S. Coms. 5-B-3; Biblioteca del Parlamento Vasco, A21-17). Ha sido reeditado recientemente por el Ministerio de Defensa.

¹⁵ THOMPSON, I. A. A., «Los ejércitos de Felipe II: del tercio a la milicia», en *Las sociedades ibéricas y el mar. II. La Monarquía. Recursos, organización y estrategias*, Lisboa, 1998, p. 483. Acerca de las innovaciones militares españolas desde la época de los Reyes Católicos hasta la Ordenanza de Génova de 1536, conviene consultar el libro de QUATREFAÏES, R., *La revolución militar moderna. El crisol español*, Madrid, 1996.

¹⁶ LONDOÑO, *Discurso*, p. 28.

¹⁷ MENDOZA, *Comentarios*, 420 a.

¹⁸ La obra, editada por primera vez en 1521 en Florencia, fue traducida al castellano por Diego de SALAZAR con el título *Tratado de re militari: tratado de caualleria hecho a manera de diálogo... entre... Don Gonçalo Fernández de*

disciplina se lograba que los soldados acoplasen sus movimientos entre sí «como si fuese un cuerpo sólido»¹⁹ capaz de andar en todas las direcciones, hacia delante y hacia atrás, a derecha e izquierda, hacia arriba o hacia abajo, sin que jamás se altere el orden. Claro es que en estas fechas, por fortuna, las unidades militares eran entidades de una cierta homogeneidad y no meros agregados de huestes como en la Edad Media. Empero, la observancia por los soldados de la disciplina, fundamental al entrar en combate, pero también en los desplazamientos y en las acampadas²⁰, solo es posible, en opinión de Maquiavelo, si existe una organización jerárquica en el mando con cometidos específicos (un coronel o maestre de campo general para cada escuadrón, un capitán para cada compañía y un cabo para cada escuadra) y si se dota a esta organización de un sistema sencillo y comprensible tanto en lo que se refiere a la identificación de los mandos («que el capitán y los cabos tengan penachos diferentes y conocibles»²¹) como a la transmisión de las órdenes, en este caso mediante el uso de banderas, tambores y trompetas, cuyo lenguaje es preciso enseñar a los soldados: «es menester que deprendan a estar en las órdenes y a obedecer a las señales y a los atambores y trompetas y a la voz del capitán»²².

Esta idea la compartía el III duque de Alba, según se deduce de la respuesta que da a los oficiales de su ejército en 1668 con ocasión de la desobediencia de un soldado a cumplir la orden dada por su sargento. Y es que frente a los defensores del soldado, que justificaban su negativa a ejecutar el mandato porque no había reconocido a su superior, el Duque les contradijo asegurando que

Cordoua... y Don Pedro Manrique de Lara..., publicada en 1536 en Alcalá de Henares (Hay ejemplares en Madrid en la BNM, R/16496; Real Academia de la Historia, I/1186; Real Academia Española, R-107; Biblioteca del Senado, 41918; Biblioteca Central Militar (Instituto de Historia y de cultura militar), 1536-1; y en Santander en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, sig. 306). El texto de Salazar fue reeditado en 1590 en Bruselas en la casa de Roger Velpins (Hay ejemplares en Madrid, en la Biblioteca Central Militar (Instituto de Historia y Cultura Militar), I.590-3; en la Biblioteca Nacional, R/4.558 y R/16.496; y en la Real Academia Española, 22-VII-25) En 2000 el Ministerio de Defensa ha vuelto a reeditarla en una cuidada edición de Eva Botella Ordine. En cuanto a las traducciones modernas del *Arte de la Guerra* es preciso mencionar la de 1995 de la editorial Tecnos y la de 2005 de la editorial Alba Libros.

Diego de Salazar afirma en el Prólogo que ha tomado algunas ideas del florentino, con lo que se atribuye la autoría del libro, pero la mayoría de los estudiosos de este tratado sostienen que en realidad se reproduce literalmente el texto de Maquiavelo (CAMPILLO, A., *La fuerza de la razón. Guerra, Estado y ciencia en los tratados militares del Renacimiento, de Maquiavelo a Galileo*, Murcia, 1986, pp. 35-36; PUIGDOMÈNECH, H., *Maquiavelo en España*, Madrid, 1988, p. 95). Por el contrario, Eva Botella Ordine, en la edición ya mencionada de esta obra, afirma que no se trata de una simple traducción. El *Arte de la Guerra* de Maquiavelo, junto con el resto de su obra publicada en italiano, fue difundido también en España en sus ediciones de Ginebra y Florencia de 1550 (Hay ejemplares en Madrid en la BNM, R/5.330, R/10.358 y R/27.514 y en la Biblioteca Histórica Municipal, I/146; así como en Santander en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, 344). Finalmente, hay que decir que en el año en que salió de la imprenta el libro de Maquiavelo lo hizo también el de G. B. della VALLE (titulado *Vallo libro continente appartenente a capitani retener & fortificare una Città con bastoni, con novi artificij de fuoco aggiunti ... & de espugnare una Città ...*, que fue asimismo conocido en España, donde se localizan al menos dos ediciones venecianas, una de 1529 y otra de 1535 (Biblioteca Nacional de Madrid, R/21.088(1); y Biblioteca Central de la Universidad de Granada, A-42-290(1)).

¹⁹ SALAZAR, D. de, *Tratado de re militari: tratado de cavalleria hecho a manera de dialogo... entre... Don Gonçalo Fernandez de Cordoua... y Don Pedro Manrique de Lara...* [Alcalá de Henares], 1536. Cito por el ejemplar que se conserva en la BNM, R/16.496, fol. 18.

²⁰ En este sentido Nicolás Maquiavelo expone que una vez elegido el lugar donde ha de acampar la tropa, se trace un cuadrado y se divida en cuatro cuadrados, destinando cada uno a un escuadrón. Y este cometido debe encargarse a un personal cualificado: «Los que han de señalar y partir estos alojamientos conviene que sean hombres bien prácticos y buenos arquitectos, porque súbito que el capitán haya elegido el lugar le sepan dar la forma y dividir las calles y alojamientos con cuerdas y astas, y con tal práctica que luego sean ordenados y partidos» (SALAZAR, *Tratado de re militari*, fols. 52-52v).

²¹ SALAZAR, *Tratado de re militari*, fol. 18.

²² SALAZAR, *Tratado de re militari*, fol. 15v.

el soldado debía de haberle obedecido sólo con ver que quien le ordenaba iba con alabarda y sin coselete, «por no traer en la infantería española desarmado semejante arma sino los sargentos»²³.

Si desobedecer una orden del superior era una acción severamente sancionada aun en tiempo de paz –y en el caso citado lo fue con la pena de muerte–, también lo era abandonar sin licencia la compañía a la que se pertenecía o instigar a otros a hacerlo con o sin engaño²⁴, pues en última instancia tales castigos perseguían erradicar entre la tropa conductas análogas de peligrosas consecuencias en el supuesto de producirse durante una campaña militar, porque sin disciplina –son palabras de Maquiavelo–

«los hombres feroces y desordenados son más fáciles de vencer que los tímidos ordenados, porque la orden quita de los hombres el temor y la desorden descabeza la ferocidad»²⁵.

Precisamente, una de las primeras derrotas del ejército español al comienzo del mandato del duque de Alba en los Países Bajos tuvo lugar a causa del desorden de los soldados que estaban al mando del conde de Aremberg, quien fue incapaz de retenerlos y de evitar que se lanzaran sin cautela contra el ejército de Luis de Nasau, el cual, además, se encontraba en una mejor posición estratégica, de tal modo que el ataque se saldó con la victoria de los rebeldes y la muerte, a manos del enemigo, del conde de Aremberg, para disgusto y pesadumbre del duque de Alba²⁶. Algún tiempo después, y en unas circunstancias parecidas, don Fernando Álvarez de Toledo tuvo que arengar a sus soldados –así lo pone de manifiesto Bernardino de Mendoza– para que no se lanzaran al ataque de manera desordenada animados de su deseo de combatir al enemigo, resaltando

«de cuánta más importancia era [...] guardar la orden que el pelear, pues con ella es solo con lo que la gente de guerra venía a hacerse invencible, que es su blanco y último fin de la milicia, conservándose asimismo con ella todas las cosas que perecen cuando les falta; particular

²³ MENDOZA, B. de, *Comentarios*, p. 418 b. Y para aclarar al lector sobre este punto escribe seguidamente: «Las alabardas que hay en la milicia española son los coseletes de las compañías de arcabuceros, no trayéndola otra persona que los sargentos sin armas. Y para cumplir con la orden de la milicia en el presidio o otra parte donde estén sus compañías, los alíerces y sargentos han de traer detrás de sí criados con las alabardas; por donde se ve, si bien no los conozcan, el ser oficiales, y los capitanes un paje con la jineta. Los maestros de campo puedan traer bastón, y lo mismo los sargentos mayores de los tercios y los capitanes de campaña, que son barracheles y prebostes, aunque los traigan, han de ser pintados de las colores del general para que se conozca la diferencia del cargo» (*Ibidem*, p. 418 b).

²⁴ En este sentido Bernardino de Mendoza refiere un suceso acaecido con motivo de haber aceptado el rey de Francia la ayuda del ejército de Flandes para combatir a los hugonotes: «Con el ir esta caballería de los Países [Bajos] en Francia y algunos caballeros particulares con ella, deseosos de buscar la guerra, tomaron ocasión algunos soldados el sonsacar gente de las banderas para llevar en Francia movidos de la esperanza de que los harían capitanes della luego como llegasen en aquel reino. Dándose en esto tan buena maña que tenía un caballo ligero apalabrados número de soldados, y en particular de las banderas que alojaban en Bruselas, prometiéndose el ser caudillo dellos; lo cual, entendido por los capitanes, prendieron el caballo ligero y otros dos de los más culpados, significándolo al Duque, que dijo al maestre de campo y capitanes que en aquel caso él no tenía qué tratar, sino remitirse a ellos, a quien de razón tocaba el ser jueces y mostrar el sentimiento que pedía el castigar a los que procuraban que sus soldados desamparasen las banderas de su rey por ir a servir sin licencia a otro Príncipe. El maestre de campo [...] y capitanes condenaron a los tres soldados a arcabucearlos o pasarlos por las picas, pena que la infantería española acostumbra dar cuando el delito del soldado es de calidad que merece que toda la nación en general se resienta dello» (*Comentarios*, pp. 409b-410 a).

²⁵ SALAZAR, *Tratado de re militari*, fol. 15v.

²⁶ El episodio lo menciona MENDOZA, B. de, *Comentarios*, pp. 414-416. Respecto al sentimiento del duque de Alba por la muerte del conde de Aremberg, Bernardino de Mendoza escribe lo siguiente: «...el Duque sintió grandemente la muerte del conde de Aremberg, por ser personaje de tanto valor y experiencia en la guerra: prensas que no podían dejar de ser de gran momento, ayudadas del mucho celo que tenía en las cosas del servicio de su majestad, como leal vasallo, para adelantarlas en los Estados, y en particular viéndose muestras de acometerlos los rebeldes por tantas partes, que hacía sentir mucho más la pérdida de su persona» (*Ibidem*, p. 417 b). El informe del duque de Alba a Felipe II, fechado el 9 de junio de 1568, se localiza en *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (CODIN)*, Madrid, 1842-1895, tomo 37, pp. 273-280. Refiere también este acontecimiento MALTBY, *El gran duque*, p. 201.

en que habían de estar más advertidos que otros los españoles, cuyo esfuerzo era tan conocido de todas las naciones, no siendo necesario que sus capitanes les animasen con palabras ni persuasiones para el combatir cuando se les ofrecía alguna ocasión donde hacerlo»²⁷.

Esta era también la opinión de Sancho de Londoño: siendo la natural inclinación de la «nación española» —es decir de los soldados españoles— la de «pelear por ganar honra siempre que se ofrece la ocasión, cierto es que peleará mejor en orden que fuera de él, y guiada por sus caudillos, que desmandada»²⁸. En la misma línea se pronuncia Bernardino de Mendoza, quien recomienda a los oficiales que mantengan controlado el ímpetu de la tropa, pues si «los soldados, de ordinario, quieren combatir para aventajarse y ganar honra, mostrando su esfuerzo», los capitanes y generales deben procurar vencer al enemigo con las menores pérdidas posibles en hombres y en armamento:

«no combatiendo cuando la ventaja del sitio, puesto o demostración que hace el enemigo no le convide para ello o cuando el socorrer plaza, ganar paso o alojamiento, estrechar de vitualla a su enemigo o tenerlas para su campo no le obliga, o siéndole forzoso buscar a su enemigo y romperle por depender del hacerlo su conservación. Y así conviene tener entereza y pecho los generales para no dar oídos a los pareceres de sus soldados si la razón no obliga a ello. Pues por hacerlo muchos, dejándose llevar de las voces de su ejército, le han perdido; y esto porque jamás capitán se dejó vencer de ellas, olvidándose de las consideraciones tocadas, que no lo fuese de su enemigo»²⁹.

Por este motivo, otro experimentado militar, Jerónimo Jiménez de Urrea, llegará incluso a sugerir que si un soldado, deseando ganar honra y ascender por su valor a cargos principales en el ejército,

«saliese a reconocer el campo enemigo o la fortaleza que tuviesen cercada sin orden de su capitán, o reconociéndola como un buen soldado fuese herido de forma que ya no pudiese servir más para la guerra, no solo su capitán o rey no estarían obligados a recompensarle y favorecerle [...] sino que merecería castigo por haber pasado los guardias y centinelas sin licencia y porque el soldado tiene obligación de no dejar sin orden su bandera»³⁰.

Para Sancho de Londoño, sin embargo, el problema de mantener la disciplina militar —conviene recordar que su texto data de 1568 y que, por consiguiente, se anticipa en el tiempo a las críticas de Bernardino de Mendoza— no reside tanto en las acciones de unos pocos soldados émulos de gloria y de riqueza, como, en último término, en que se ha trastocado la autoridad de los mandos militares:

«El maestro de campo, que solía tener autoridad de tribuno y prefecto de legión, tiene menos que tenía un capitán sencillo en tiempos de nuestros pasados. A los capitanes no se les permite usar de la que les toca, y de ahí nace que sus alféreces, sargentos, cabos de escuadra ninguna tienen»³¹.

²⁷ MENDOZA, *Comentarios*, p. 420a-420b.

²⁸ LONDOÑO, *Discurso*, p. 29.

²⁹ MENDOZA, *Comentarios*, p. 436 a.

³⁰ JIMÉNEZ DE URREA, J., *Diálogo de la verdadera honra militar*. Madrid, 1992, p. 121. La obra fue editada en Venecia en 1566 por Juan Grifón (Hay ejemplares en la Real Academia de la Historia, 1/3163; y en la Biblioteca del Musco Cerralbo, en Madrid. XXIV-4606). Sobre el personaje y su obra se puede consultar el libro de P. GENESTE, *Le capitaine-poète aragonais Jerónimo de Urrea, sa vie et son oeuvre, ou Chevalière et Renaissance dans l'Espagne du XVI^e siècle*, Paris, 1978.

³¹ LONDOÑO, *Discurso*, p. 37.

Las ideas de Nicolás Maquiavelo tuvieron una rápida acogida en toda Europa, difundiéndose en las décadas siguientes en un buen número de tratados militares³². En estos escritos se reconoce la superioridad de la infantería sobre la caballería, la necesidad de un ejército nacional permanente —algunos autores, empero, se abstienen de pronunciarse al respecto³³—, el papel decisivo de la artillería y de las fortificaciones³⁴, y, sobre todo, la importancia de la disciplina. Y es en las páginas consagradas a este asunto donde los tratadistas españoles, en su mayor parte procedentes de la milicia, vierten a finales del siglo XVI sus críticas más aceradas contra la corrupción en el ejército, visible en el modo en que se administra el caudal público y en el sistema utilizado en los ascensos y nombramientos de los mandos militares, origen, para ellos, de las derrotas sufridas en los campos de batalla. Así, Bernardino de Mendoza —y con él Marcos de Isaba— se muestra partidario de que se concedan los cargos militares a individuos que hayan sobresalido en la milicia y seguido un *cursus honorum* (de soldado a cabo de escuadra, sargento, alférez, capitán, maestre de campo general, alcaide o castellano), tendencia que en las postrimerías del Quinientos comenzaba, sin embargo, a ser excepcional, apreciándose por este motivo una progresiva degradación en la jerarquía militar, sobre todo en los capitanes³⁵ —de aquí, por tanto, que Diego de Álava publicara en 1590 un tratado resaltando las cualidades personales y los conocimientos que debía poseer un capitán³⁶—, muchos de los cuales ocupaban

«por favor e intercesión de deudos cargos que no merecían por su experiencia en aquel ejército y servicios hechos, desesperándose los que los tienen de ver adelantados y ellos atrás, de suerte que la esperanza [...] se les acaba por el favor y negociación que tienen otros»³⁷.

³² Para España, J. M. López Piñero recoge una selección bibliográfica en su libro *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1979. También puede consultarse, a pesar de contener algunos errores significativos, el repertorio de CORREA CALDERÓN, E., *Registro de arbitristas, economistas y reformadores españoles (1500-1936)*, Madrid, 1981. Respecto a la difusión del resto de la obra de Maquiavelo en nuestro país, PUIGDOMENECH, H., *Maquiavelo en España*.

³³ Es el caso de Bernardino de Mendoza, pues aunque parece mostrarse partidario de un ejército nacional en la medida en que los soldados se hallan más unidos a causa del idioma común y de la común conservación, toda vez que «los mayores imperios que han pasado se acrecentaron y conservaron guerreando con los soldados de su propia nación», remite al parecer de los capitanes generales el asesorar al príncipe sobre las ventajas y los inconvenientes de que exista un ejército nacional y permanente (*Theórica y práctica de guerra...*, Madrid, 1595, pp. 47-48. Citamos por el ejemplar de la BNM, R/5.012. Hay, al menos, otra edición de 1596 en Amberes y una traducción al italiano publicada en Venecia en ese mismo año, reeditada en 1602. Juan A. Sánchez Belén y J. C. Saavedra Zapater han publicado una reedición del texto de 1595 en Madrid, en el Ministerio de Defensa, en el año 1998). Por el contrario, Marcos de Isaba atribuía el fracaso militar a «no tener gente pagada [...] que de noche y de día tome las armas para lo que se les mandare» (*Cuerpo enfermo de la milicia española*, Madrid, 1594. Citamos por el ejemplar de la BNM, R/15.249, fols 6v-7. Hay otros ejemplares de esta edición en la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza, H-6-128; en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, en Santander, 29.725; en la Real Academia de la Historia, 2/11544 y 1/1625; y en la Real Academia Española, S. Coms. 6-B-166. Hay también una edición reciente publicada en Madrid en 1991 por el Ministerio de Defensa).

³⁴ Uno de los mejores tratados al respecto es el de LECHUGA, C., *Discurso... en que se trata de la Artillería y de todo lo necesario a ella con un tratado de fortificación y otros advertimientos*, Milán, 1611, obra que fue reeditada también en Milán en 1621. La edición consultada es la publicada en Madrid en 1990 por el Ministerio de Defensa. Cristóbal Lechuga fue autor además de un *Discurso... en que trata del cargo de Maestro de Campo General y de todo lo que de derecho le toca en el ejército*, Milán, 1603.

³⁵ THOMPSON, «Los ejércitos de Felipe II», p. 493; QUATREFAGES, *Los tercios*, pp. 40-44 y 295-304; PARKER, *El ejército de Flandes...*, pp. 201-230.

³⁶ ÁLAVA Y VIAMONT, D. de, *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería*, Madrid, 1590. Hay edición en Madrid del Ministerio de Defensa publicada en 1994.

³⁷ MENDOZA, *Theórica y práctica de guerra*, pp. 53-54.

La falta de premios y de reconocimiento, no ya a quienes han destacado en la batalla, incluida la concesión de hábitos militares³⁸, sino a quienes han optado por la carrera militar, es de suma gravedad si se desea disponer de un ejército poderoso y disciplinado; punto este que adquiere gran énfasis en los escritos de Jiménez de Urrea y Sancho de Londoño. En efecto, el primero, en su *Diálogo de la verdadera honra militar*, dirige sus dardos contra los ascensos y honores militares concedidos al favor y a la negociación, pero no al mérito, y ello porque semejante práctica redundaría de manera negativa en la disciplina militar, en «la poca obediencia y el perder la vergüenza al mundo», así como en el interés de la gente común, pero también de las elites ciudadanas y de la pequeña nobleza local, hacia la milicia, pues por la

«poca consideración de los generales no vienen ya a Italia particulares hombres de España, entendiendo cuán pocos buenos soldados suben por sus servicios a mayor grado, y que ya no dan bandera, jineta ni escuadra, sino a sus criados o a parientes de sus privados o a quien sabe negociar con ellos»³⁹.

De aquí, en definitiva, que Jiménez de Urrea proponga que los oficiales se inicien desde los puestos más bajos y se promocionen a los mejores gracias a sus méritos, y que «el rey repunte a la gente de guerra favoreciéndola y encomendándola mucho a sus pueblos, dándoles autoridad en ellos», ya que «teniendo los pueblos en poco a la gente de guerra, suelen venir escándalos mayores»⁴⁰.

Sancho de Londoño, a su vez, se pronuncia en unos términos muy parecidos en su *Discurso*:

«A los hombres que salen de sus tierras y casas a trabajar y derramar sangre y morir por su patria, por su ley y por su Rey, no solamente se debe guardar los privilegios y exenciones que los antiguos les concedieron y guardaron, pero aún darles más por animarlos a entrar en tantos peligros y trabajosa profesión, a la cual, si no tirase la esperanza de la honra y provecho, sólo acudirían los que no pudieren hacer otra cosa»⁴¹.

Por este motivo es partidario de que se conceda exención fiscal a los militares, que se les aplique, como ya se hacía a los miembros del clero y a los criados de las casas reales, una jurisdicción privativa al margen de la ordinaria —«la jurisdicción de los Maestres de Campo no se termina con territorios, porque es sobre las personas y se extiende a donde quiera que los soldados de sus tercios se hallaren»—, y que se autorice a los soldados de asiento y en tránsito el poder llevar armas de fuego —hay que recordar que estaban prohibidas por las leyes del reino—, así como que se les permita adquirir y usar trajes y objetos suntuarios a pesar de lo legislado al respecto, por ser «bienes castrenses, de los cuales pueden disponer a su beneplácito»⁴².

³⁸ «Ganándose la batalla, Vuestra Alteza ha de [...] honrar a los vivos que le han servido en ella con esfuerzo y a los muertos con osadía y valor, por quien se han de hacer honras y sufragios, haciendo merced a sus hijos y herederos [...], mostrando sentimiento del haber faltado a Vuestra Alteza cualquier cabeza del ejército» (MENDOZA, *Teórica y práctica*, p. 173). Poca repercusión tuvo este tipo de consejos: un estudio dedicado a la concesión de hábitos de la Orden de Santiago a vascos navarros entre 1580 y 1620 demuestra que solo el 29 por ciento de los agraciados había desempeñado la profesión militar, siendo todos ellos, además, de ilustre nacimiento (LAMBERT-GORGES, M., *Basques et navarres dans l'Ordre de Santiago (1580-1620)*, Paris, 1985, pp. 157-181). En cuanto a las honras y sufragios por el alma de los soldados, no parece ser que se arbitrara alguna resolución de carácter general hasta el último cuarto del siglo XVII. Así, al menos, se desprende de la lectura de FRESNEDA, F. J. de, *Sermón fúnebre en la Real fundación de las exequias militares que de orden de Su majestad se celebraron en la iglesia del Colegio Imperial de la compañía de Jesús de esta Corte el día 16 de noviembre de 1681...*, Madrid, Citamos por el ejemplar de la Biblioteca Pública de Ciudad Real, FA 398 (2).

³⁹ JIMÉNEZ DE URREA, *Diálogo*, p. 180.

⁴⁰ JIMÉNEZ DE URREA, *Diálogo*, pp. 181-182.

⁴¹ LONDOÑO, *Discurso*, p. 44-45.

⁴² LONDOÑO, *Discurso*, p. 45.

Y grave es también la cicatería en los haberes de los soldados y de los oficiales, como lo denuncia el propio Londoño en términos nada equívocos:

«Son muy pocos los soldados que tienen doble sueldo, mereciéndolo muchos, por la mucha nobleza y gente particular que entre la infantería española suele haber. Los que tienen algo más que el sueldo sencillo, el día que atienden a cualquier género de oficio lo pierden, sin distinción que lo hayan habido por merced de servicio hecho, por entretenimiento, siendo justo que la merced hecha por servicios antecedentes no se pierda por atender a oficios [...]. Las otras ventajas ordinarias, que debería haber para entretener la nobleza y nervio de la infantería deberían proveerse por orden de los capitanes, que deben conocer mejor que otros sus soldados y sabrán cuáles de los que se oponen, cuando las tales ventajas vacan, deben ser preferidos por haber servido más tiempo o mejor en la compañía. De proveerlas así se seguirá que los soldados servirán mejor, serían más obedientes a sus capitanes, no buscarían otros medios»⁴³.

Escasos sueldos, honores preteridos y desprestigio social provocan juntamente dos consecuencias muy perjudiciales: por una parte, la falta de disciplina militar, al quebrarse el mutuo respeto y confianza que debe darse entre los soldados y sus capitanes, esencial para el éxito de las acciones bélicas⁴⁴, y cuya manifestación más radical es el amotinamiento de la tropa —la fama de los tercios españoles, pese a los frecuentes motines que protagonizan en la segunda mitad del siglo XVI⁴⁵, residía precisamente en ese pacto no escrito, según puso de relieve en 1590 Roger Williams en *A Briefe discourse of Warre*⁴⁶—; por otro lado, la apropiación indebida de los salarios de los soldados por sus capitanes, cuando éstos no procedían a falsificar el número de plazas a su cargo, incrementándolas nominalmente para así aumentar sus ingresos:

«Para que no hurten plaças los capitanes de las milicias ordinarias de Vuestra Alteza, que es con gran inconveniente y de que nacen muchos que se pueden mal encarecer, pues el menor entre ellos es la pérdida de dinero, mande Vuestra Alteza crecer el sueldo a los capitanes, oficiales y soldados de suerte que se puedan sustentar y servirle bien armados, según su cargo, y eso por forma de ayuda de costa, ventaja u otra alguna, gobernándose en el aumento del sueldo según la calidad de la provincia donde reside la guarnición, clima de ella, abundancia o falta de vituallas, haciéndoles ser honra el no hurtar las plaças [...] y quedar por infame el capitán y oficial que diere fe tener más soldados de los que siguen la bandera realmente»⁴⁷.

También Marcos de Isaba se ocupa en su libro de estos fraudes, por los que algunos funcionarios fueron debidamente sancionados sin que su ejemplo sirviera para erradicarlos, sobre todo a medida que fue decayendo el interés por la milicia al compás de las dificultades financieras de la Corona⁴⁸, y así lo plantea antes de entrar en la materia, ya que la obra aborda, entre otras cosas, el

⁴³ LONDOÑO, *Discurso*, p. 37. Sobre los sueldos de los soldados y oficiales, PARKER, *El ejército de Flandes*, pp. 201-202, y QUATREFAGES, *Los tercios*, pp. 216 y 237-248.

⁴⁴ Bernardino de Mendoza, años más tarde, haciendo suyas las palabras de Nicolás Maquiavelo, considera decisivo que en toda acción de guerra el capitán pueda confiar en sus soldados y estos en su capitán. «prometiéndose que le serán tan prontos al ejecutar cuanto ellos el ser capitán prudente para saberlos mandar» (*Teórica y práctica*, p. 31).

⁴⁵ Se calcula que entre 1572 y 1607 se produjeron en el ejército español en los Países Bajos más de cuarenta y cinco motines, de los cuales algo menos de la mitad —veintiuno— tuvieron lugar a partir de 1596 (PARKER, *El ejército de Flandes*, pp. 231-254).

⁴⁶ Citado por THOMPSON, «Los ejércitos de Felipe II», p. 481.

⁴⁷ MENDOZA, *Teórica y práctica*, p. 56.

⁴⁸ PARKER, *El ejército de Flandes*, pp. 331-338. Para las finanzas de Felipe II, a los trabajos iniciales de RUIZ MARTÍN, F., «Las finanzas españolas durante el reinado de Felipe II», *Cuadernos de Historia*, Madrid, 1968, y de ULLOA, M., *La hacienda real de Castilla en el reinado de Felipe II*, Madrid, 1977, hay que mencionar los de FORTEA PÉREZ, J. I.,

«gran gasto y detrimento que el Patrimonio Real padece por quien y cuáles personas [...], los fieros, quiebras, hurtos, juramentos y ofrecimientos que los capitanes y pagadores inventan en las muestras y pagamentos que se ofrecen [...], la gran copia de soldados que el capitán firmó en el pie de la lista y armas que en su compañía tiene y los pocos y falta que hay cuando son menester ocuparlos en algún trabajo o servicio»⁴⁹.

Hasta del botín que corresponde a los soldados llegan a apropiarse los capitanes, motivo por el cual Bernardino de Mendoza dedica algunas páginas a este aspecto, llegando a poner de manifiesto que todos, desde el rey hasta el último soldado, deben percibir su parte de la presa:

«Puesta la presa en salvo se ha de repartir según la costumbre que se tiene en la plaza y la que guarda cada nación. Porque en unas se da el quinto al príncipe, sacando joya el general o gobernador, dividiendo la resta entre toda la gente a proporción de los sueldos, de suerte que les cabe igual parte al capitán, oficial y soldado que quedó de guardia en la plaza como al que fue a correr. Entre otras naciones tienen los capitanes el diezmo de las presas que hacen sus soldados, si bien no se hallan presentes, y otras veces se dividen las compañías y se envían tantos soldados a correr una vez y después otros diferentes, tocándoles a todas las compañías salir por días a correr para que trabajen igualmente, y entonces la presa que trae cada tropa se divide entre los soldados de ella, sin tener los otros parte»⁵⁰.

Una medida parecida ya la había planteado Sancho de Londoño al III duque de Alba en 1568. Porque «la principal ocasión de desórdenes» es la codicia de robar, y esta es la causa de algunas derrotas, debe procederse a un reparto equitativo del botín entre todos los soldados y oficiales, pues por este medio, además, se logra mantener en orden a la tropa:

«se debe atender a que en ninguna manera se desmande, y el principal freno será saber que se ha de reducir a partición lo que cada uno ganare, que no por eso irán con menos, antes con más fervor, pues es claro que deseando todos ganar, y no reduciéndose a partición, ganan solo los desmandados, que de ordinario son los más socces, y de baja calidad, sobre los cuales muchas veces se han visto revolver el enemigo roto y, recobrándose, haber victoria, como siempre que revoliere la habrá si no halla gente en orden que le resista. Pues si la tal gente en orden es el fundamento del vencer, por qué se ha de sentir el beneficio de haber vencido la desmandada, que si no fuera por la ordenada se perdiera juntamente con la victoria»⁵¹.

Si es obligación del capitán velar por los intereses de sus soldados, pues de este modo adquiere su estima y su obediencia, también debe serlo cuidar su reputación y su conducta, su virtud, en síntesis, por lo que de ejemplar tiene para la tropa que está a sus órdenes⁵². Y como puede acontecer que

Monarquía y Cortes en la Corona de Castilla. Las ciudades ante la política fiscal de Felipe II, Salamanca, 1990, y SANZ AYAN, C., «La estrategia de la Monarquía en la suspensión de pagos del 96 y su 'Medio General'», en *Las sociedades ibéricas y el mar. II. La Monarquía. Recursos, organización y estrategias*, Lisboa, 1998, pp. 81-95.

⁴⁹ ISABA, *Cuerpo enfermo de la milicia*, fol. 16-16v. Sobre este asunto se pronunciará años más tarde Bernardino BARROSO: «En lo que toca a las muestras, se encarga mucho al capitán no haya fraude en pasar plazas con soldados y otras gentes que no sirven efectivamente [...], cosa de mayor inconveniente que puede haber en la guerra, y por lo que se han perdido muchas plazas fuertes, ejércitos, reyes y reinos haciendo la cuenta y tanteo para la defensa, ofensa, por las muestras y gente que se paga» (*Teórica, práctica y exemplos*, Milán, s. a. Hay ejemplares en la BNM, R/5.683 y R/84; en la Real Academia de la Historia, I/1.353; en la Real Academia Española, 12-II-53; y en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia, Y-67/55). La obra ha sido reeditada en Madrid en 2004 por el Ministerio de Defensa y es la edición que hemos consultado. La cita en la página 116.

⁵⁰ MENDOZA, *Teórica y práctica*, p. 215.

⁵¹ MENDOZA, *Teórica y práctica*, p. 29-30.

⁵² Así lo afirmaba Maquiavelo: «El amor del capitán es causado de las virtudes más que de ninguna otra cosa» (SALAZAR, *Tratado de re militari*, fol. 44v).

el capitán lleve una vida disoluta y a su imitación la lleve asimismo el soldado de su compañía⁵³, es preciso que se establezcan ordenanzas y estatutos que reduzcan «la disciplina militar a buen estado». Ahora bien, ¿qué disposiciones considera Londoño que deben recogerse en estas ordenanzas, cuyo incumplimiento, en cualquier caso, será sancionando con diferentes penas según la gravedad del delito? Pues todas aquellas que ofendan a Dios y agraven al prójimo: blasfemar, jurar, maltratar de palabra o de obra a sacerdotes y frailes, alojarse en iglesias, monasterios, hospitales y casas particulares de eclesiásticos, desobedecer a los superiores, andar en cuadrillas, provocar pendencias, apropiarse de las vituallas del ejército, robar a los compañeros, emborracharse, jugar y apostar, sobre todo las armas y los vestidos, vivir en concubinato, saquear ciudades que se han rendido, matar a civiles, «aunque sea en la furia del vencer»⁵⁴, y violar a las mujeres

«especialmente en pueblos rendidos o tomados por asalto, que en tales partes la fuerza es mayor, pues se debe creer que por el miedo de muchos condescienden a la voluntad de los que las requieren, y así hasta que el tal miedo sea pasado siempre se ha de tener por fuerza, aunque parezca que espontáneamente vengan en lo que se les ruega»⁵⁵.

Estatutos y ordenanzas podían, ciertamente, evitar determinadas conductas tanto entre los soldados como entre los oficiales, pero eran insuficientes para mantener la disciplina en el ejército, sobre todo en el transcurso de una batalla o en el desarrollo de un asedio, y para incentivar nuevos alistamientos particulares. Por eso la mayoría de los tratadistas insistirán en la conveniencia de tener contenta a la tropa y a la oficialidad, y para ello nada tan eficaz como incrementar los sueldos, conceder mercedes y privilegios a quienes destacaban en campaña, y promocionar en los ascensos a los más capacitados, eliminando toda suerte de abusos, porque mientras no se aplicasen estos remedios la milicia seguiría siendo un «cuerpo enfermo» y, por consiguiente, incapaz de afrontar los retos a los que debía hacer frente la Monarquía Hispánica acosada por sus enemigos.

⁵³ «Si el superior es renegador, blasfemo y por cada cosita jura cien veces el nombre de Dios en vano, el inferior lo hará así [...]. Si está días y noches en los juegos públicos con los dados en la mano, no podrá decir a sus soldados que de tales juegos nacen los renegos y blasfemias, los juramentos falsos y vanos, los odios, las riñas, las cuestiones, las cuadrillas y sediciones, las calumnias, las injurias, las muertes, las rapiñas y todos cuantos vicios y maldades se pueda imaginar [...]. Si el superior tuviere en casa la amiga, mal podrá amonestar que el inferior la deje de tener públicamente [...]. Si el superior, no contentándose con su sueldo y emolumentos, viviere en discreción o, por mejor decir, sin ella, con manifiesto agravio de los provinciales y paisanos, lo mismo hará el inferior» (LONDOÑO, *Discurso*, pp. 54-55). Años después Bernardino Barroso insistirá una vez más en que el capitán debe ser el mejor soldado de la compañía (*Teórica, práctica y exemplos*, p. 116).

⁵⁴ Ya el III duque de Alba había castigado con la pena capital a varios mozos de los oficiales españoles que habían muerto en la batalla de Jemmingen por incendiar a modo de represalia las aldeas por las que transitaban: «los mozos de los soldados del tercio de Cerdeña y algunos soldados del, pasando por el mismo lugar donde había sido la rota de aquel tercio, queriendo vengar la muerte de sus amos y camaradas pegaron fuego a muchas casas por haber entendido que algunos de los que escaparon de la rota de Heyligerics, recogiendo aquella noche en caserías y aldeas, los villanos de la tierra los mataron y a otros, tomándolos presos, los llevaron por la montaña al conde Ludovico, que los entregó a la infantería para que los arcabuceasen y diesen otras muertes de tanta o mayor crueldad [...]; y enviando capitanes de justicia a entenderlo, toparon algunos mozos de los que pegaron fuego, que ahorcaron» (MENDOZA, *Comentarios*, p. 427 b).

⁵⁵ LONDOÑO, *Discurso*, pp. 55-57. En esta línea se inserta, bastantes años más tarde, el libro de NOYDENS, B. R., *Decisiones prácticas y morales para curas, confesores y capellanes de los ejércitos y armadas: avisos políticos, ardidres militares y medios para afianzar los buenos sucesos de la guerra*, Madrid, 1665 (Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid, 169. Hay otros ejemplares en la Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona, 241.82 241.63, y en la Biblioteca de la Facultad de Teología de la Compañía de Jesús en Granada, A-N 87 b-I.665). El libro de Noydens ha sido reeditado por el Ministerio de Defensa.

LA DISTRIBUCIÓN TERRITORIAL ABULENSE Y SU INFLUENCIA EN LA CASA DE ALBA

Teresa MOSTAZA PÉREZ
Manuel PÉREZ GUTIÉRREZ
José Julio ZANCAJO JIMENO

I. INTRODUCCIÓN

El territorio que ocupa la actual provincia de Ávila es el resultado de un largo camino, iniciado tras la Reconquista, y en el que la situación geopolítica de cada momento, resultante de las diferentes alianzas y pactos entre corona y nobleza, sumó o restó unas tierras hasta alcanzar la actual configuración provincial.

Esta evolución territorial, junto con las diferentes situaciones sociales, políticas y culturales de cada época, es analizada con detalle en la *Historia de Ávila*, obra que lleva a cabo la Institución Gran Duque de Alba.

La primera definición del territorio abulense aparece tras la Reconquista, cuya propuesta fue realizada por Alfonso VII y puesta a disposición del concejo y del obispo de la ciudad de Ávila, tras la destrucción de la fortaleza musulmana de Albalat y de la reconquista para el rey cristiano de la población de Coria.

Sin embargo, fue la configuración del territorio abulense en los siglos finales de la Edad Media la que proporcionó un soporte fundamental para el liderazgo ejercido por don Fernando Álvarez de Toledo, VII señor de Valdecorneja y III duque de Alba.

Es el señorío de Valdecorneja el centro territorial de la Casa de Alba, y el que permitirá afianzar su liderazgo. En él se sustentará su poderío económico, y desde él se ejercerá la influencia en la España cristiana que, al nacimiento del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, se encontrará entre los que conforman la parte sur de los territorios abulenses, como centro de poder, capaz de ejercer influencias tanto en el concejo de Ávila como en la corona castellana.

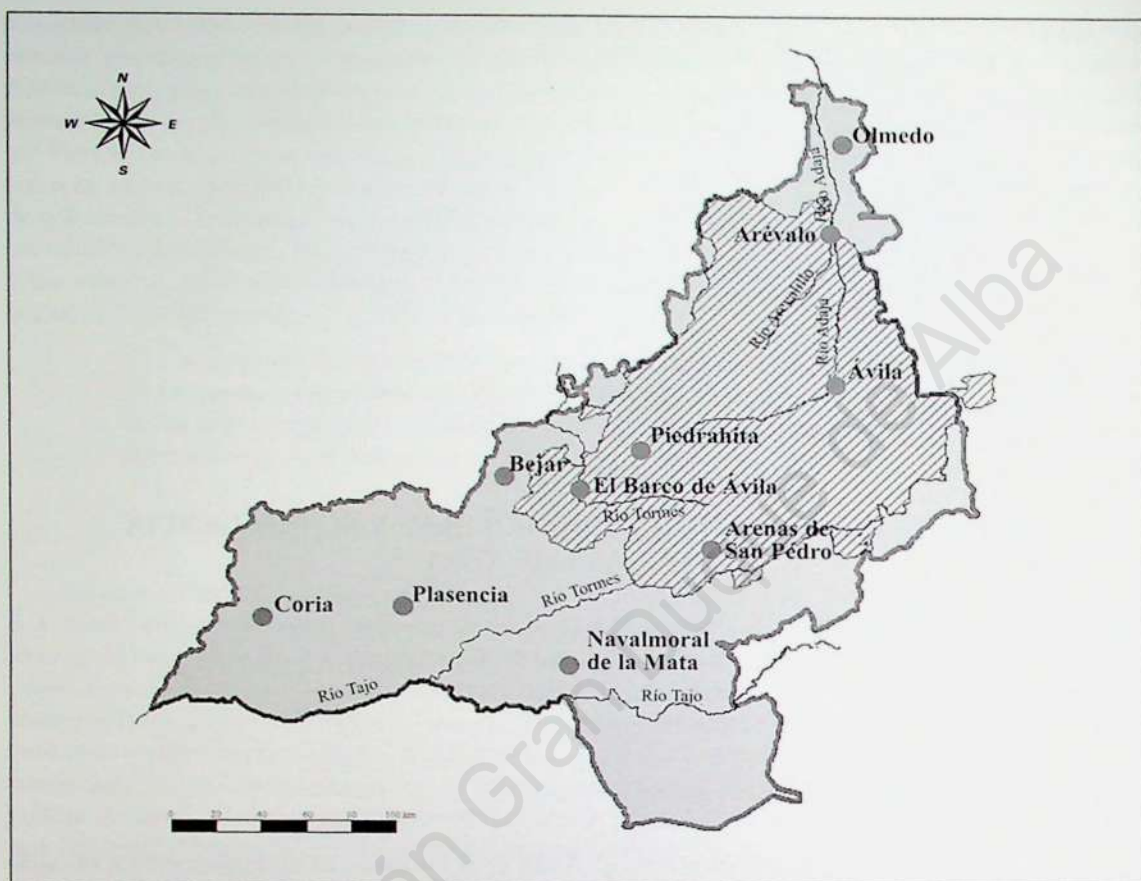


Figura 1. El territorio abulense en su primera definición, anterior al siglo XI, con los núcleos de población más importantes (en rayado, la provincia de Ávila actual).

El objetivo de este trabajo es presentar la mencionada evolución territorial, desde su primera definición, hasta la época del nacimiento de don Fernando Álvarez de Toledo, fundamentalmente a partir de los análisis históricos realizados para la evolución provincial, con especial hincapié en la formación y evolución del señorío de Valdecorneja.

Los resultados presentados se enmarcan dentro de una beca de investigación concedida por la Institución Gran Duque de Alba, en la cual se aborda, entre otros aspectos, el estudio de la evolución del territorio de la provincia de Ávila y su gestión mediante un Sistema de Información Geográfica.

2. LAS SEGREGACIONES EN EL TERRITORIO DEL CONCEJO ABULENSE

La característica principal del territorio delimitado en la figura 1 es su situación de frontera. Tal circunstancia supondrá la paulatina segregación del territorio inicial, en función de las diversas alianzas y pactos que, por intereses diversos, y en general ajenos al propio territorio, se producen en las diferentes épocas.



Figura 2. Primera segregación del territorio a favor de la silla episcopal segoviana.

La primera segregación se produce en 1140, en la que la villa de Alcazarén, al norte de la provincia, pasa a depender de la silla episcopal segoviana por decisión de la infanta doña Sandra, hermana del rey Alfonso VII.

La separación de los reinos de León y Castilla en 1157 trae consigo una nueva situación territorial que influirá en la evolución del concejo abulense. En 1181, el monarca Alfonso VIII confirma la jurisdicción sobre el territorio delimitado en la figura 2, con el objetivo de cerrar las posibilidades de expansión hacia el sur del reino de León. Correspondería a las milicias de Ávila la responsabilidad de impedirlo.

La repoblación de las riberas del Jerte dentro del alfoz abulense, producto de una etapa de hegemonía militar castellana sobre los almohades, y de treguas precarias con los leoneses, dieron como resultado la aparición de Plasencia y Segura, cuyas dotaciones territoriales para la formación del nuevo obispado de Plasencia se realizaron a costa del territorio abulense.

En 1193, el rey castellano establece de forma oficial los límites civiles y eclesiásticos entre los alfoces y obispados de Ávila y Plasencia, segregando terrenos al suroeste a favor del recién constituido concejo de Plasencia, en la divisoria de aguas entre el Arzobispo y el Jerte, como se muestra en la figura 3, lo que supuso la pérdida del curso medio del Alagón y del valle del Jerte.

En 1205 se produce una nueva pérdida del territorio abulense, pasando, por una parte, casi toda la comarca de la Vera al concejo de Plasencia y, por otra, la franja al este de la Jara a la archidiócesis toledana.

En el año 1209 el monarca determina los límites entre el nuevo concejo de Béjar y Ávila, señalando los límites entre ellos desde el río Tormes hasta las estribaciones del pico Calvitero, perdiendo Ávila el valle del Cuerpo de Hombre y la zona de Becedas (Figura 5).

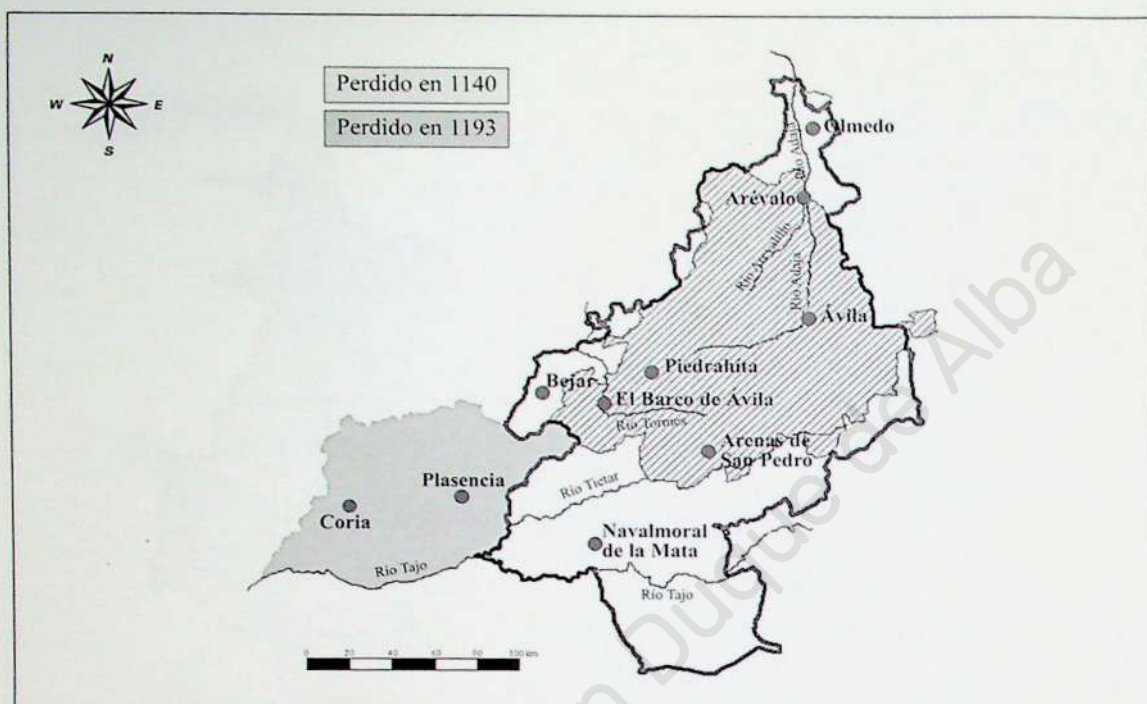


Figura 3. Territorios cedidos para la formación del concejo de Plasencia en 1193.

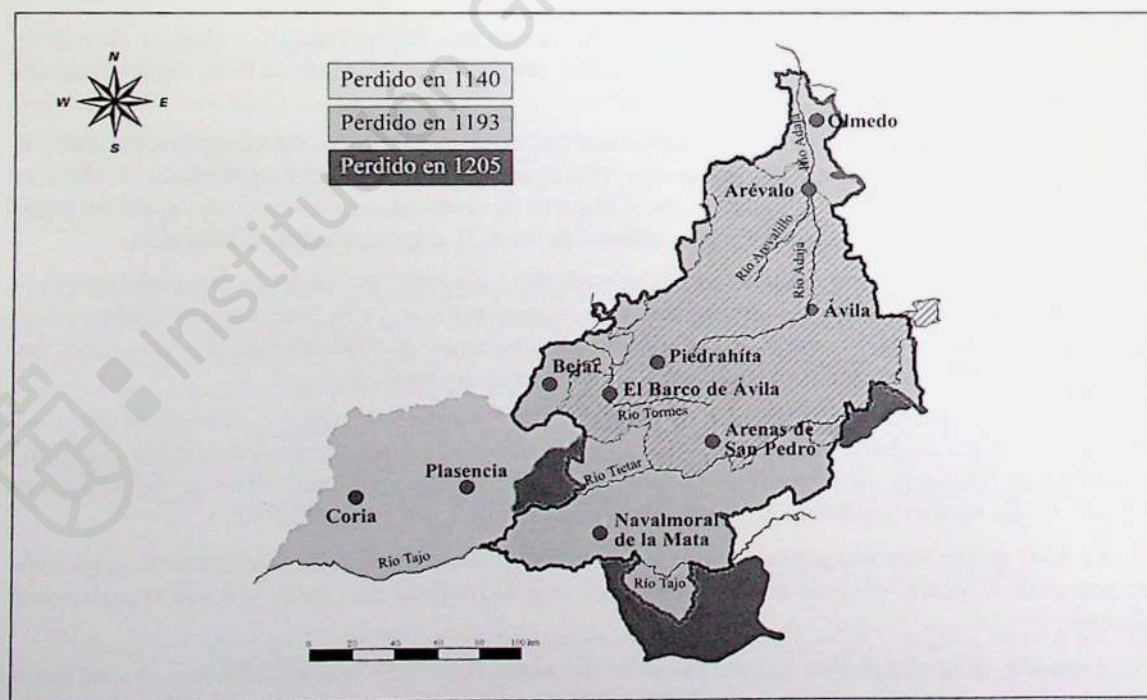


Figura 4. Configuración territorial en el año 1205.

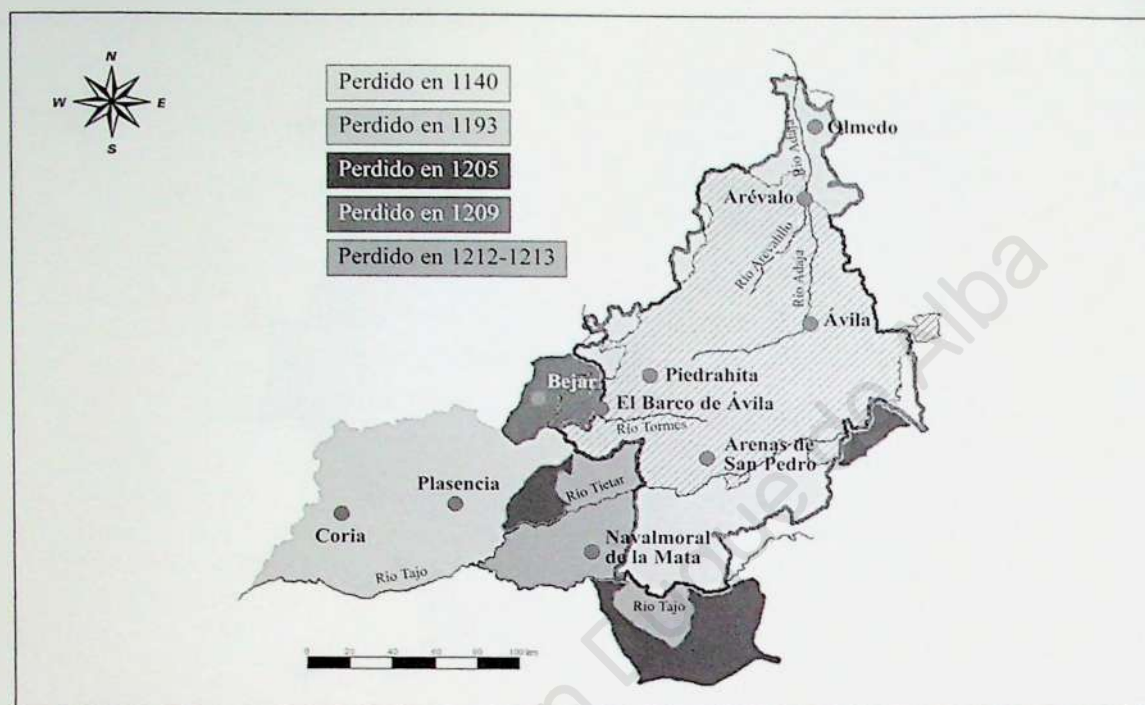


Figura 6. Delimitación territorial de los años 1212-1213, producto de las disputas entre obispos.

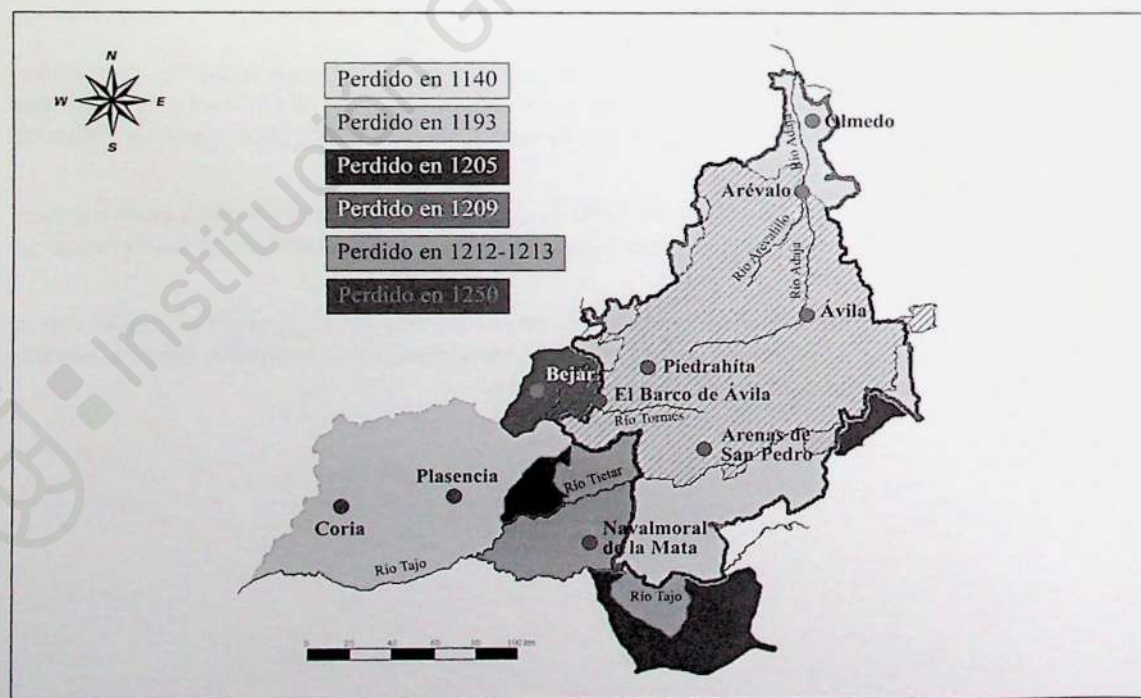


Figura 7. Delimitación territorial correspondiente al año 1250.

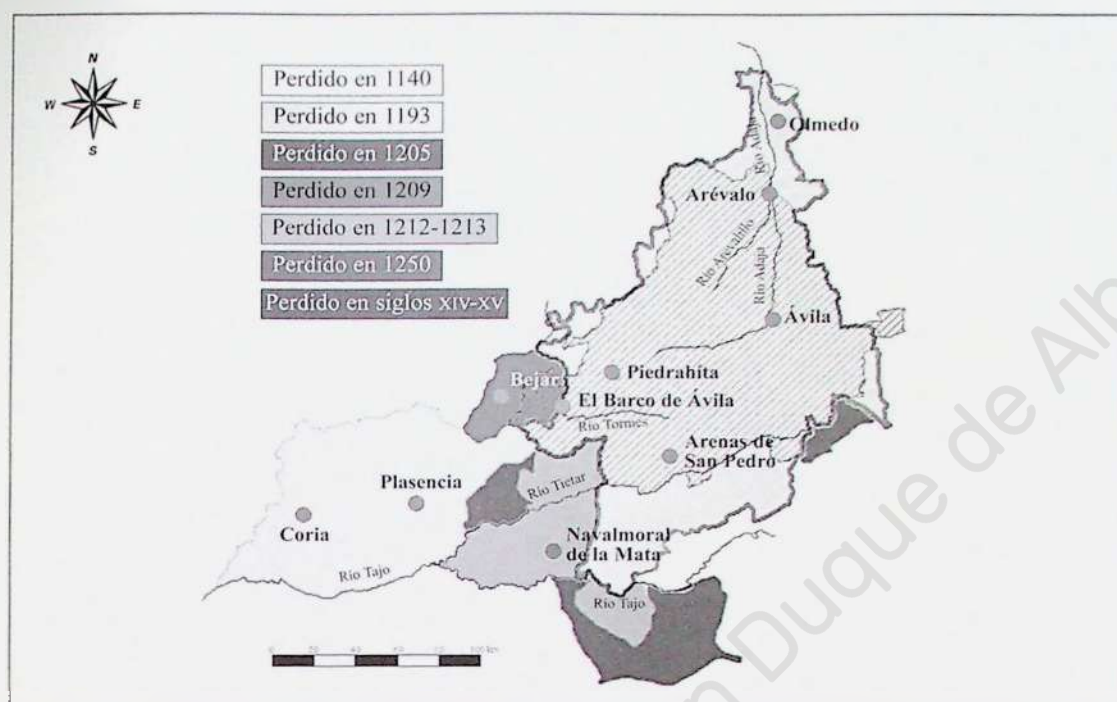


Figura 8. Delimitación territorial correspondiente a los siglos XIV-XV.

3. LA CONFIGURACIÓN TERRITORIAL DE LOS SIGLOS XIV-XV: SEÑORÍOS Y REALENGOS

La configuración territorial mostrada en la figura 8 es, sin embargo, compleja. La gestión administrativa se realizará mediante la división del territorio en los denominados señoríos y realengos, correspondientes a las unidades administrativas de recaudación. Esta división, producto de diferentes concesiones de señoríos a la nobleza que merman el realengo, va a jugar un papel fundamental en el mantenimiento de las tropas, las cuales serán de especial relevancia para las diferentes campañas en las que la Casa de Alba participará. Entre estos señoríos destacará el de Valdecorneja.

3.1. EL SEÑORÍO DE VALDECORNEJA

Situado al suroeste de la actual provincia de Ávila, este señorío está constituido por las tierras de Piedrahíta, la villa del Mirón, la villa de la Horcajada, Barco y Bohoyo, tal como se muestra en la figura 10, y ocupa una extensión aproximada de 1.200 km².

Valdecorneja constituye el primer gran señorío nobiliario y uno de los más antiguos del alfoz abulense, concedido por Alfonso X a su hermano, el infante don Felipe, en el siglo XIII. Hasta la concesión del señorío a los Álvarez de Toledo, confirmada en 1369 como una donación pura, simple y no revocable, parece que fue utilizado como dote de los infantes de Castilla.

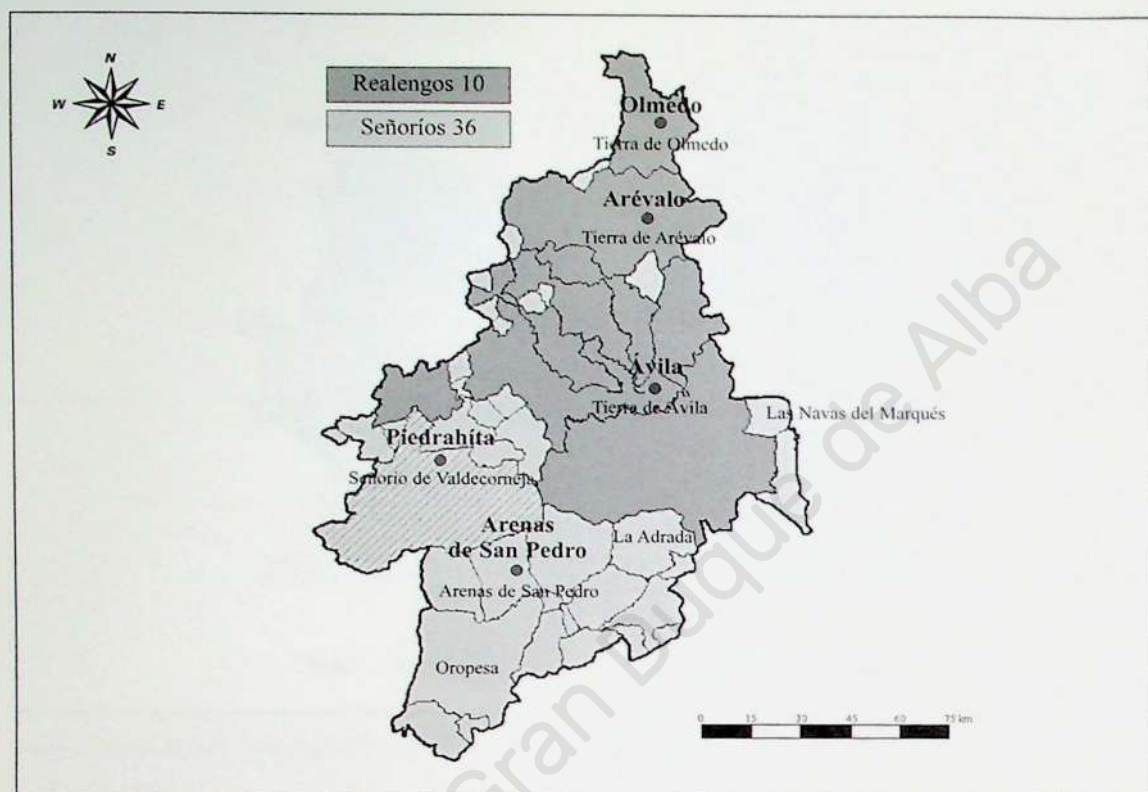


Figura 9. Señorios y realengos de los siglos XIV-XV. El señorío de Valdecorneja, centro territorial de influencia de la Casa de Alba, se representa en un rayado gris.

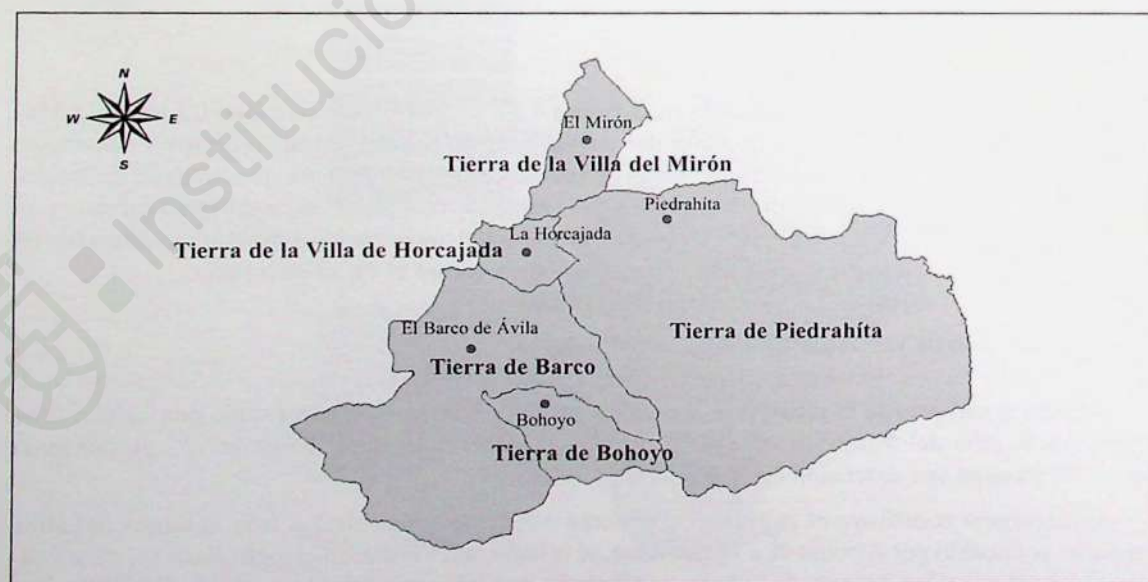


Figura 10. División territorial del señorío de Valdecorneja.

A partir de ese momento, y con el paso de los diferentes señores de Valdecorneja, empezando por don García Álvarez de Toledo, I señor de Valdecorneja, se constituye como el centro territorial desde el que ejercen su influencia tanto sobre la política del concejo abulense como sobre la corona de Castilla.

La importancia que supone este señorío para la Casa de Alba se pone de manifiesto, por primera vez, en el apoyo del mismo tras la prisión de don Fernando Álvarez de Toledo, IV señor de Valdecorneja y I conde de Alba, decretada por el rey Juan II. Los hijos del conde, don García y don Pedro, se hacen fuertes en Valdecorneja, junto con sus concejos, y les prestaron su ayuda entregándoles las rentas y pedidos señoriales y socorriéndoles con servicios extraordinarios de elevada cuantía.

En el caso de don García Álvarez de Toledo, V señor de Valdecorneja, II conde de Alba y I duque de Alba, las aportaciones tanto económicas como en hombres y material serán esenciales para alcanzar sus objetivos y la cima de la más alta nobleza. Su apoyo a los Reyes Católicos le erigió como uno de los artífices de la victoria sobre el rey de Portugal en 1475, en la batalla de Toro, en la que aportó más de 600 hombres de armas y 566 jinetes, acompañados de un número elevado de peones. Sus hombres procedían, según se recoge en las fuentes históricas, de Alba de Tormes, Piedrahita, El Mirón, El Barco de Ávila, Salvatierra, Granadilla, Coria, Salamanca, Toro, Ávila, Arévalo, Medina del Campo y Madrigal. Esto pone de manifiesto la influencia que ejercía el señorío de Valdecorneja en los territorios colindantes.

Queda así constituido el señorío de Valdecorneja, como el eje financiero y de provisión de la Casa de Alba, que permitirá a sus sucesores ejercer la influencia política en los diferentes periodos subsiguientes, y con el que don Fernando Álvarez de Toledo, VII señor de Valdecorneja y III duque de Alba, se encontrará, a su nacimiento, hace 500 años, siempre perteneciente a los territorios del concejo abulense desde la baja Edad Media hasta la definición provincial que en la actualidad existe.

4. LA CONFIGURACIÓN TOPOGRÁFICA

En la evolución territorial reflejada en los capítulos anteriores no se ha hecho mención a la topografía del terreno y su probable influencia. En la figura 11 se muestra una simulación topográfica, obtenida por unión de las hojas correspondientes a la zona de estudio del MDT25 del Instituto Geográfico Nacional. En el modelo generado se pueden observar las estribaciones de la sierra de Gredos, frontera natural al sur de la provincia de Ávila y el río Duero, al norte de la misma.

En el capítulo anterior, en la mención a las tropas comandadas por don García Álvarez de Toledo en la batalla de Toro, podemos observar que la procedencia de las mismas se sitúa entre las fronteras naturales comentadas. Es obvio, que la comunicación y, por tanto, el control sobre la zona delimitada por ambas fronteras naturales se puede realizar de una forma más eficaz que sobre las situadas allende de las mismas.

La pregunta que se plantea es hasta qué punto la configuración topográfica supuso un elemento más de influencia en las sucesivas segregaciones, dadas las dificultades de comunicación que se derivan de la misma.



Figura 11. Dos vistas de la zona de estudio, obtenidas del Modelo Digital del Terreno del Instituto Geográfico Nacional. A la izquierda una vista general, con la representación de la sierra de Gredos (sur de Ávila) y el río Duero (norte de Ávila). A la derecha, una vista de la zona entre la sierra de Gredos y el río Duero.

5. BIBLIOGRAFÍA

- MARINÉ ISIDRO, María (coord.), *Historia de Ávila I: Prehistoria e Historia Antigua*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1995.
- BARRIOS GARCÍA, Ángel (coord.), *Historia de Ávila II: Edad Media (siglos VIII-XIII)*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2000.
- SER QUIJANO, Gregorio del, (coord.), *Historia de Ávila III: Edad Media (siglos XIV-XV)*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 2006.

APROXIMACIÓN AL PENSAMIENTO DE LA ARISTOCRACIA URBANA EN LA CASTILLA FILIPINA: VIDA Y OBRA LITERARIA DEL REGIDOR ABULENSE LUIS PACHECO DE ESPINOSA*

Roberto QUIRÓS ROSADO
Universidad Complutense de Madrid

«Por el estado tan acabado que toda esta tierra tiene
y que luego como el seruycio de los millones se acabó cesaron los sisos y arbytrios
y paresçe asta ynposible se pudiese cobrar lo pasado y lo que va corriendo».

Luis Pacheco de Espinosa a Juan Vázquez de Salazar, 30-IX-1598.

1. INTRODUCCIÓN

La vida política de la Monarquía Hispánica ha generado, a lo largo de los siglos, una ingente cantidad de bibliografía y de estudios científicos destinados a aportar nuevas visiones y líneas de investigación para comprender el funcionamiento y la articulación de este complejo entramado político-territorial que, pese a la problemática surgida de su propio poder y extensión, mantenía una hegemónica posición a nivel mundial todavía hasta fechas bien entrado el siglo XVII.

Respecto al periodo que nos proponemos retratar en esta breve comunicación, las décadas finales del Rey Prudente y el comienzo del reinado de su sucesor, Felipe III, sin embargo quedan patentes notas discordantes contra este sistema, ya en el plano exterior (la incipiente Francia de la Casa de Borbón, la Inglaterra isabelina o las Provincias Unidas «rebeldes»), o en el mismo seno de los Estados filipinos peninsulares, como han demostrado autores como Fernando Bouza, Xavier Gil Pujol o Irving

* Siglas utilizadas en las notas: *AGP* (Archivo General de Palacio, Madrid), *AGS* (Archivo General de Simancas, Simancas), *AHN* (Archivo Histórico Nacional, Madrid), *AHPA* (Archivo Histórico Provincial de Ávila, Ávila), *ARCHV* (Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, Valladolid), *BNE* (Biblioteca Nacional de España, Madrid), *BZ* (Biblioteca Francisco de Zabálburu, Madrid), *IVdeDJ* (Archivo del Instituto Valencia de Don Juan, Madrid), *RAH* (Archivo de la Real Academia de la Historia, Madrid), *RB* (Real Biblioteca, Madrid).

A. A. Thompson¹. Por ello, dejando atrás las complejas relaciones internacionales del citado momento, se hace necesario centrar nuestro análisis en un aspecto limitadamente tratado por la historiografía tradicional, y que puede favorecer tanto la comprensión de las tensiones que sacudieron a la Castilla filipina como ofrecer una modesta aportación al conocimiento del pensamiento político (pero también religioso, social y cultural) de un grupo fundamental del esquema estamental de la sociedad castellana moderna: la aristocracia urbana, los hidalgos o señores de vasallos, situados en un plano inferior a la alta nobleza titulada residente en la Corte y servidora del monarca, a la cual se intentará emular por medio de la búsqueda de su propia promoción sociopolítica ya en las actividades concejiles, en la administración local-regional o en la misma Corte.

Para poder «interpretar» los actos políticos, sociales y culturales de esta pequeña nobleza, relativamente numerosa y bien situada en puestos de la administración real, no decisorios pero sí de importancia vital para el mantenimiento de la «paz social» y de la propia autoridad real en los estados del monarca, nos proponemos realizar un estudio tomando como ejes vectores la vida y la obra escrita de uno de los miembros de este grupo urbano, el regidor abulense Luis Pacheco de Espinosa, pero sin olvidar las líneas maestras de la actuación de la baja nobleza abulense del periodo. Por tanto, los escritos de Pacheco, compilación peculiar y de gran interés no tanto literario sino por su amplitud de ideas, propuestas y temáticas que allí se circunscriben, aparecen únicos dentro de la aristocracia urbana de la ciudad de Ávila y permitirán adentrarse en este complejo pensamiento nobiliario en un momento crucial para su devenir futuro.

2. EL REGIDOR LUIS PACHECO DE ESPINOSA Y LA CIUDAD DE ÁVILA DE 1580 A 1615

La figura de Luis Pacheco de Espinosa ha permanecido prácticamente olvidada en los estudios versados sobre la vida política de Ávila en el siglo XVI, eclipsada por el peso de las grandes figuras nobiliarias de la ciudad castellana (los marqueses de Las Navas, los de Velada...) o por la importancia de los hechos acontecidos en 1591-1592 con motivo de la rebeldía de parte del concejo abulense contra el Servicio de Millones. Asimismo, la escasa documentación conservada sobre él en los archivos locales o nacionales, y los pocos estudios versados sobre la época en que se desarrolló su más notable actividad política, han impedido que haya sido rescatado del olvido historiográfico.

2.1. ORÍGENES FAMILIARES: EL ASCENSO SOCIOPOLÍTICO DEL LICENCIADO JUAN PACHECO DE ESPINOSA

Nacido hacia 1555 en Ávila, el caballero Luis Pacheco de Espinosa era descendiente del marqués de Villena, el maestro Juan Pacheco, y de los Gasca, vinculados a la Casa de Villafranca y Las Navas, mientras que poseía el título de «Pariente mayor» de los Espinosa de Martín Muñoz de las Posadas, familia a

¹ BOUZA ÁLVAREZ, F., «De las alteraciones de Beja (1593) a la revuelta lisboeta «Dos Ingleses». Lucha política en el último Portugal del primer Felipe», *Studia Historica, Historia Moderna*, 17 (1997), pp. 91-120; BOUZA ÁLVAREZ, F., «Corte y protesta. El Condestable de Castilla y el «Insulto» de los maestros y oficiales de Madrid en 1591», en MARTÍNEZ RUIZ, E. (dir.), *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía. Las ciudades: capitalidad y economía*, Madrid, 2000, II, pp. 17-32; GIL PUJOL, X., «Ecos de una revuelta: el levantamiento foral aragonés de 1591 en el pensamiento político e histórico de la Edad Moderna», en SARASA, E. y SERRANO, E. (eds.), *La Corona de Aragón y el Mediterráneo*, Zaragoza, 1997, pp. 295-331; THOMPSON, I. A. A., «Oposición política y juicio de gobierno en las Cortes de 1592-1598», *Studia Historica, Historia Moderna*, 17 (1997), pp. 37-62.

² ARIZ, L., *Historia de las grandezas de la ciudad de Ávila*, Alcalá de Henares, 1607, «Cuarta parte, De la Nobleza de Ávila», «Pachecos/Espinosa»; AFN, *Consejos*, legajo 4.464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Corneja e Ibangrande (1699); RAH, *Colección Salazar y Castro*, D-30, folio 166. Cuadro genealógico de la familia Pacheco de Espinosa.

la que también pertenecía el famoso cardenal Espinosa, quien pudo apoyar a su familia en sus intentos de promoción social³. Su padre, el licenciado Juan Pacheco de Espinosa, obtuvo una regiduría de su ciudad natal antes de 1558, merced a un encumbramiento paulatino de su linaje hacia mediados del siglo XVI⁴; por otra parte, su madre, doña Isabel Suárez, también procuró al joven Luis Pacheco un linaje esclarecido y con cierta influencia en la vida política de la ciudad. La consolidación sociopolítica de su padre se vio reflejada en su elección como procurador de Ávila en las Cortes de Valladolid de 1558 y en las de Madrid de 1579, así como en la del oficio de diputado en las Cortes de Madrid de 1583-1585 tras imponer una reclamación ante el Consejo de Estado y las propias Cortes, en detrimento de Cristóbal del Águila⁵. Asimismo, quedó encargado del cargo de corregidor de Segovia, que compatibilizó con su actuación como regidor perpetuo de la ciudad de Ávila⁶.

Con objeto de obtener un mayor reconocimiento social, el licenciado Juan Pacheco de Espinosa intentó adquirir la localidad de El Guijo, perteneciente hasta entonces al patrimonio del obispado de Ávila. La transacción, que había sido preparada por el absentista Pedro de Isunza, sin embargo fracasó por la compra de su jurisdicción por el concejo del lugar (1582). Sin embargo, retuvo su posesión heredada del lugar de Ibangrande, patrimonio de la Casa de Gasca, a la que sumó la villa de San Bartolomé de Corneja por medio del desempeño de un total de 611.190 ducados, una cifra nada desdénable que evidencia la capacidad adquisitiva de este hidalgo abulense⁶. Asimismo, obtuvo la concesión de ciertas mercedes en forma de juro, sumando un total de 220.000 maravedíes adscritos a su mayorazgo, que percibiría en 1591 Luis Pacheco de Espinosa tras el fallecimiento de su padre⁷.

2.2. LA FORMACIÓN DE UN SERVIDOR DEL REY: LUIS PACHECO DE ESPINOSA (C 1555-1592)

La privilegiada posición social del licenciado Juan Pacheco de Espinosa se incrementó con una cordial relación recíproca con el secretario real Juan Vázquez de Salazar⁸, que favorecería tanto sus aspiraciones en la ciudad de Ávila como las de su hijo, Luis Pacheco, quien quedó encargado de controlar las rentas de las poblaciones de Olmedo y Madrigal de las Altas Torres para los años 1586-1587 con el título de Comisario Real de Rentas, cosechando méritos de gran importancia para su posterior

³ AHPAv, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libro 13, folio 141v. En una carta de Luis Pacheco, fechada en 1600, este alude a «que se le haga merced como es justo sobre 41 años de servicio» de su familia a la administración, en RAH, *Colección Salazar y Castro*, N-55, folio 95. Como tal Juan Pacheco de Espinosa participa en un pleito sobre antigüedad y preeminencia en el «banco» de San Vicente; ARChV, *Pleitos Civiles*, Escribano Pérez Alonso (F), Caja 0366.0002. No es de extrañar que se produjese la obtención del cargo de regidor por medio de la venalidad, pues se ha observado el aumento de regidurías de 14 a 21 entre 1556 y 1593, consultar TAPIA SÁNCHEZ, S. de, *La comunidad morisca de Ávila*, Salamanca, 1991, p. 127.

⁴ AGP, *Sección Personal*, caja 777, expediente 28. Memorial de Gabriel Pacheco Girón al Rey, Madrid, 1-XI-1628; CARRAMOLINO, J. M., *Historia de Ávila, su provincia y obispado*, Madrid, 1873, pp. 250-252.

⁵ AHN, *Consejos*, legajo 4.464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Corneja e Ibangrande (1699). El licenciado Pacheco, por su servicio en las Cortes de 1558, consiguió varias prebendas para sus hijos (cargos de contino y capellán); FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Corpus documental de Calos V*, Salamanca, 1973, p. 383. En las de 1579 pedirá otros cargos letrados para sus vástagos; AGS, *Patronato Real*, legajo 79, documento 40. Memorial del licenciado Pacheco (1580).

⁶ LORENZO PINAR, F. J. e IZQUIERDO MISIEGO, J. I., «Ventas jurisdiccionales en Ávila en tiempos de los Austrias Mayores», *Norba. Revista de Historia*, 16 (1996-2003), pp. 383-402.

⁷ AGS, *Contaduría de Mercedes*, legajo 360, expediente 16; y 370, expedientes 35, 74. En 1583 se concedió facultad real para que su padre le diera un juro de 50.000 maravedíes ante sus acuciantes necesidades familiares; AHN, *Consejos*, *Cámara de Castilla*, *Consultas de Gracia*, legajo 4.409, año 1583, documento 78.

⁸ AGS, *Patronato Real*, Caja 78, documentos 63, 347-348; Caja 79, documento 40; Caja 80, documentos 330, 337-338, 341. Correspondencia y memoriales enviados por el licenciado Juan Pacheco de Espinosa, regidor de Ávila, al secretario real Juan Vázquez (1579-1589).

promoción cortesana⁹. No obstante, en una misiva dirigida a Diego Sarmiento de Acuña en 1608, Luis Pacheco recordaba «que soy yjo y nieto de los que vivieron y murieron sirviendo e yo lo ago desde que tube uso de rrazon»¹⁰. Similar alusión utilizarían sus descendientes casi un siglo después para conseguir mercedes de los monarcas españoles¹¹.

La obtención en 1591 de una regiduría perpetua por Luis Pacheco de Espinosa, que mantendría hasta su muerte en 1614, ha servido de manera involuntaria para conocer con cierta prolijidad los acontecimientos vinculados con el concejo y la nobleza abulense durante el citado *fin de siècle* castellano, pues su compilación de notas y textos de diversa índole en un cartapacio conocido como *Libro de cossas curiosas y varias* (iniciado en 1588) constituye un testimonio de inmensa importancia para conocer los sucesos de Ávila de 1589-1592 sobre los cuales Pacheco tuvo una inmejorable visión desde su cargo público y su contacto directo con sus personajes¹².

La discusión sobre el voto de los Millones, el impuesto creado por Felipe II para sufragar los gastos provenientes de la Gran Armada y de otras necesidades fiscales de la Monarquía Hispánica, tuvo una marcada oposición desde el primer momento en las reuniones del concejo abulense durante el año 1589, como queda patente en el registro de las actas consistoriales y en las minutas enviadas por el corregidor Alonso de Cárcamo a la Junta de Noche¹³. Las medidas del monarca no se harían esperar, decretándose que, para convencer a los regidores descontentos, «vaya el marques de las Nauas como lo pide el corregidor» y se encarcelara a Sancho Cimbrón, opositor a los Millones¹⁴. Con ello se conseguía el objetivo de sacar adelante «el negocio principal» sin mayores molestias, aunque todo ello se hubiese realizado con la mayor moderación posible «pues con ello se consigue lo que se pretende de que este [Cimbrón] no embrague en su ayuntamiento sin escandalo de aquella ciudad, ni de otras, de ver en la carcel de la Corte sus regidores por tal causa, al tiempo que tratan della»¹⁵; esta medida impulsó a otros regidores disconformes a plegarse a las condiciones filipinas e incluso a hacer donaciones de grandes sumas de dinero, como los 4.000 ducados cedidos por el señor de Villatoro y Navamorcuende, Enrique Dávila, evitando así seguir la suerte de su colega díscolo¹⁶.

⁹ AGS, *Patronato Real*, Caja 79, documentos 93, 105, 106, 125, 171-173, 180-186, 291, 321-322. Correspondencia de Luis Pacheco de Espinosa, Comisario Real de Rentas en Olmedo y Madrigal de las Altas Torres (1586-1587).

¹⁰ RB, Mss. II/2.112, documento 232. Luis Pacheco a Diego Sarmiento de Acuña, Baeza, 4-VI-1608.

¹¹ AHN, *Consejos*, legajo 4.464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Corneja e Ibangrande (1699); RAH, *Colección Salazar y Castro*, Legajo 31, carpeta 6, documento 2. Memorial de Francisco Javier Pacheco y Cárdenas, II conde de Ibangrande (c. 1720).

¹² AHPAv, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libro 19, folio 386v. Luis Pacheco accedió al cargo de regidor a causa de la enfermedad de su padre en los últimos compases de 1590, y durante los primeros meses del siguiente año comparte esta dignidad con su vástago, quien fallecía en los primeros meses de 1591.

¹³ AHPAv, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libro 19, folios 283v-312. El licenciado Juan Pacheco accedió a la concesión de los Millones siempre y cuando las autoridades reales se plegasen a las ocho condiciones marcadas por el Concejo abulense; AHPAv, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libro 19, folios 74-75v. Asimismo dirigió una extensa carta relatando a Felipe II, en clave conciliadora, las tensas negociaciones sobre la imposición de los Millones; AGS, *Patronato Real*, Caja 80, documento 330. Licenciado Juan Pacheco de Espinosa al Rey, Ávila, 27-III-1589. Por esta labor mediadora que trabajó el licenciado Pacheco se le recordará en cuanto «su zelo, y autoridad facilitó las disputas, y dificultades que en negocio tan arduo se ofrecieron»; AHN, *Consejos*, legajo 4464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Corneja e Ibangrande (1699). Para el caso abulense, consultar MARTÍN GARCÍA, G., «La imposición del servicio de los millones y la muerte de don Diego de Bracamonte», en *Ávila en el tiempo. Homenaje al profesor Ángel Barrios*, Ávila, 2007, pp. 199-229.

¹⁴ IVdeDJ, Envío 43, Caja 55, folio 76. La Junta en San Lorenzo de El Escorial, 20-X-1589; AGS, *Patronato Real*, Caja 80, documento 62; Caja 82, documentos 323, 373.

¹⁵ IVdeDJ, Envío 43, Caja 55, folio 83. La Junta en Aranjuez, 16-XI-1589.

¹⁶ AGS, *Diversos de Castilla*, legajo 30, folio 4.

Aprobado finalmente el esfuerzo fiscal el citado en 19-XI-1589, la imposición de nuevos arbitrios que gravaban la cebada (6-XI-1591) o el aceite (28-XI-1591), o el propio carácter «universal» del esfuerzo fiscal, unitario para los tres Estados (nobleza, clero y pecheros), impulsaron a parte de los grupos privilegiados a oponerse al pago de los Millones y emprender, en secreto, una labor propagandística de resistencia a las medidas reales. De esta manera, el día 21 de octubre de 1591, aprovechando una celebración religiosa de alcance, la consagración de Sancho Dávila como obispo de Cartagena, a la cual «acudio mucha gente, amigos y deudos por ser hermano del marques de Velada, ayo y mayordomo mayor del Principe Nuestro Señor», se pusieron secretamente siete papelones o cedulones en los lugares más visibles de la ciudad, de la catedral al ayuntamiento, en donde quedaba reflejada la postura de gran parte de la nobleza hacia Felipe II:

Si alguna Nacion en el Mundo deuia por muchas raçones, y buenos respetos son de su Rey, y señor ser fauorecida, estimada, y libertada es sola la nuestra, mas la codicia, y tirania con que oy dia se procede no da lugar à que esto se considere. O España, España, y que bien se agradecen tus seruicios, esmaltados con tanta sangre noble y plebeya, pues en pago dellos intenta el Rey que tu Nobleça sea repartida como pechera, buelue sobre ti, y defiende tu libertad, pues con la justicia que tienes te sera tan facil, y tu FILIPE contentate con lo que es tuyo, y no pretendas lo ageno y dudoso ni des lugar, y ocasion à que aquellos por quien tu tienes, la honra que poseas defiendan la suya tan de atras conseruada, y por las leyes destos Reynos defendida¹⁷.

La aparición de este texto, y de otros similares que hablaban de «contibuir, y rrepartir (sic)» o que incitaban a «trabaxarse derecho y de consexo que la gente o la tierra que obedeçe a su rrei se alce contra el, o no le obedezca tan bien como solia»¹⁸, motivaron a Felipe II para enviar al alcalde Pareja de Peralta, represor del «insulto de los maestros y oficiales» de Madrid de 1591, como pesquisidor y fiscal del caso, el cual, con suma rapidez encausó a los culpables del «crimen lesse maiestatis»: Diego de Bracamonte, Enrique Dávila, señor de Navamorcuende y Villatoro y cabeza del «linaje de san Vicente» (al que pertenecía Luis Pacheco de Espinosa), el regidor Sancho Cimbrón, el clérigo de Santo Tomé, Marcos López, el licenciado Valdivieso, el escribano Antonio Díaz, el licenciado Daza Cimbrón, el «muchacho» Baltasar de Vargas y Pablo Velázquez.

La causa efectuada por Pareja de Peralta y el juez Joan de Llano, nombrado por el nuncio para juzgar al clérigo López, fue favorecida incluso por la propia ciudad de Ávila, la cual tenía «desseo (...) de que se descubra y se castigue el delicto». Finalmente fue resuelta con un memorial donde se exponía la naturaleza del crimen de lesa majestad, que obtuvo la aprobación de la Junta de Noche y del monarca en 25-I-1592 de las condenas estipuladas por el alcalde de Casa y Corte¹⁹. Recibido el *placet* real, se dispuso en Ávila la realización del castigo, efectuándose diversas penas: destierro y pérdida de bienes al escribano Díaz y al clérigo López (este último encausado por la justicia eclesiástica), a penas pecuniarias a Sancho Cimbrón y al licenciado Daza Cimbrón, condena a muerte pero reducida a condena de por vida en la prisión de Turégano para Enrique Dávila, pena capital para Diego de Bracamonte y libertad

¹⁷ BNE, M. 2.340. *Advertencia para los que leyeren los Comentarios de los sucesos de Aragon de los Años de 1591 y 1592 escritos por d. Francisco de Aragon, conde de Luna* (copia de 1651), folios 23r-23v.

¹⁸ IVdeDJ, Envío 21, Caja 31, documento 383. Informe judicial del alcalde de Casa y Corte Pareja de Peralta sobre los encausados en las alteraciones abulenses (28-I-1592).

¹⁹ BZ, *Fondo Altamira*, Carpeta 131, folio 29, Llano al Rey, en Ávila, 11-I-1592; IVdeDJ, Envío 43, Caja 55, folio 261. La Junta en Madrid, 26-I-1592. En 13-XI-1591 el rey ya había recibido otra carta donde se expresaba el malestar de la nobleza abulense por los papelones y donde se indicaba su adhesión al rey; AHPAv, *Ayuntamiento*, Caja 7, legajo 3/15. Estas afirmaciones chocan con un «sentir general» surgido por la violencia derivada de la venganza de Felipe II tras las alteraciones de 1591 que indica Luis Cabrera de Córdoba tras una visita a la ciudad como enviado personal del monarca; consultar CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Historia de Felipe II, rey de España*, ed. José Martínez Millán y Carlos J. de Carlos Morales, tomo III, Salamanca, 1998, p. 1.367.

para el resto de juzgados²⁰. La ejecución de Bracamonte nos ha sido transmitida gracias al testimonio del propio Pacheco de Espinosa en una relación incluida en su cartapacio citado, merced a lo cual la reconstrucción de lo sucedido es totalmente fidedigna, denotando sus cualidades como cronista avezado y conocedor de los sucesos referidos²¹:

(...) Condeno a degollar al dicho don Diego y le notificaron la sentencia el dicho sanado y se confeso y recibió el Sanctísimo Sacramento el domingo, y el lunes 17 le sacaron del alondriga adonde estava preso en una mula enlutada y el con un capuz y caperuza de bayeta y las manos atadas con un liston y una cadena en un pie. (Texto del margen: No pavesçio por el lugar ningun cauallero ni hijodalgo hasta que murio que le ansetaron todos). Acompañaronle todas las cofradías y las ordenes –y el pregon decía– Esta es la justicia que manda S. M. el Rey N. S. a este hombre por culpa en hauerse puesto en partes publicas unos papeles desvergonçados contra la magestad real. Mandan muera por ello–.

Fue por la calle de don Geronimo y calle de Andrin a Mercado Chico, donde estava un cadalso cubierto de negro y un bufete con un crucifijo y dos candeleras y dos almucadas de bayeta y a la puerta de san Juan estauan doce pobres con doze áchas –apease y subio al tablado y se yncó de rodillas y se confeso o reconcilio con fray Antonio de Hulloa guardian de los dos calços mas de ora y media y el scriuano de la Comision le requirio que hiciese confesion clara y abierta – y respondió que ya la tenia hecha con su confesor que no tenia mas que decir boluiole a requerir con mas protestaciones y respondió lo mismo, diciendo que don Enrrique Davila y el licenciado Daza no tenían culpa, dijole el scriuano que aquello no valia nada si aquello no se decía juridicamente y con justicia. Respondiole que no le predicase, quel no haúa de decir mas. Con esto se sento en las almoadas y el verdugo le tapo el Rostro con un tafetan negro y le arrimo la caueza a un madero que estava en el cadalso, tiniendosela apretada por detras del madero se la corto y asio de los cabellos y la mostro por toda la plaça, y puso sobre el madero y cubrio el cuerpo con un paño y se dió un pregon que ninguno so pena de muerte fuese osado a quitarle de ally sin licencia del alcalde. Esto hera cerca de las seys, y a peticion de algunos caualleros dio licencia que le enterrasen, lo qual se hiço llevandole muerto en un ataúd a la Capilla de Mosen Rubin aquella noche adonde se deposito y a la mañana le pasaron a San Francisco (...).

Conocida la ejecución de Bracamonte, el instigador de las «alteraciones» abulenses, Felipe II consideró limpia la mancilla que había producido la inobediencia de los citados encausados, dejando escrito en una minuta de la Junta de Noche «ya no ay que decir a esto»²²; en esta ocasión el Rey Prudente, una vez legitimada la causa penal, obvió cualquier tipo de resolución pacífica de las críticas y ofensas que se vertían sobre él, comentando crípticamente a Cabrera de Córdoba las razones de su actitud: «Agora sabéis y saben ellos que donde están enseñados a llevar el decir al hacer, no se ha de aguardar a que hagan»²³. Esta frase lapidaria contrasta con la otra famosa máxima filipina recogida por Lorenzo van der Hammen y León: «Que en tales ocasiones el saber verdadero es hazerse desentendido»²⁴. Sin duda, las ofensas abulenses habían llegado más lejos de los límites marcados por el soberano.

²⁰ Sobre los problemas surgidos por la herencia de Enrique Dávila († 1599) a causa de su pérdida de potestad en los mayorazgos de Villatoro y Navamorcuende, consultar MORENO NÚÑEZ, J. I., «Los señoríos de Navamorcuende, Cardiel y Villatoro, bienes vinculados. La quiebra del orden sucesorio y el mayorazgo de 1449», *Instrumenta & Documenta*, 5 (2007), pp. 99-127.

²¹ RAH 11/8544. *Libro de cosas curiosas y varias, es de Luys Pacheco de Spinosa*, folios 260-263.

²² IVdeDJ, Envío 43, Caja 55, folio 270. La Junta en Madrid, respuesta del rey, 18-II-1592.

²³ CABRERA DE CÓRDOBA, *Historia de Felipe II*, p. 1.367.

²⁴ VAN DER HAMMEN Y LEÓN, L., *Don Filipe el Prudente, segundo deste nombre, rey de las Españas y Nuevo Mundo*, Madrid, 1625, folio 190.

2.3. OFICIOS Y LIBROS: LA CONSOLIDACIÓN SOCIOPOLÍTICA DEL REGIDOR LUIS PACHECO (1592-1614)

Respecto al regidor Luis Pacheco de Espinosa, libre de toda pesquisa sobre las «alteraciones» en todo momento, este comenzará a intervenir de forma más directa en los asuntos del consistorio abulense conforme menguaba la influencia de su progenitor, fallecido en 1591. De esta manera, se multiplica su acción en el concejo, pero también fuera de él. El regidor había sido nombrado para entonces caballero de la Orden de Santo Stefano, radicada en la Toscana, poseyendo asimismo el cargo de «reciuidor en estos reinos de España» y la obligación de velar por los intereses de la orden y de sus caballeros hispánicos ante la justicia real, como consta en una carta de obligación concedida por Luis Pacheco a tres caballeros de su religión y a dos procuradores de la Real Chancillería de Valladolid en 1596 o de un pleito mantenido contra el impostor Vicenzo Leofante, supuesto gran prior de la Orden de San Jorge, en 1589²⁵. De manera indirecta, se deduce de su hábito monástico-militar que Pacheco juró los peculiares votos de esta religión benedictina (pobreza, caridad y obediencia) y aportó las cuatro pruebas de nobleza estipuladas, aunque es evidente que en este caso se le concedió como un hábito honorífico, sin necesidad de participar en las campañas corsarias toscanas en Berbería y Levante²⁶. Pese a jurar los citados votos a su superior monástico, el gran duque de Toscana, Pacheco de Espinosa no tuvo ninguna pega para seguir sirviendo a su «señor natural». No había ningún problema jurídico evidente de incompatibilidad de jurisdicciones ya que, asimismo, se trata de un claro ejemplo de lo que se ha definido como «intercambio» de noblezas y de caballeros entre la Europa católica, aspecto fundamental para crear una homogénea «christiana nobilitas», integrando a efectivos de distintos lugares de la misma con el objetivo de mostrarse como modelo de una actitud moral de «defensa de Dios» y de protección de la fe católica, no tanto con las armas, sino con su labor administrativa y asistencial²⁷.

Todas estas reglas religiosas fueron puestas en práctica por el regidor abulense. En 1592, durante un grave temporal que destruyó la cosecha anual, Pacheco participó en las celebraciones y fiestas votivas realizadas en honor de la Virgen de Sonsoles, de la cual sería, como se verá, cronista y devoto; en 1594 asistió con el resto de las autoridades a la apertura, traslación y honras del cuerpo de San Segundo, primer (y mítico) obispo de Ávila, además de ser firmante de una petición colectiva al rey para la erección de una nueva custodia y un altar para el santo patrón abulense²⁸; en 1599 fue encargado, junto con el corregidor Ponce de León, de distribuir donativos, ropa y dinero para el socorro de pobres y de los damnificados por la epidemia de peste de junio-noviembre del mismo año, lo que denotaba su progresiva influencia en asuntos concejiles²⁹.

Mientras tanto, a la altura de 1597 la sombra de la rebeldía de la oligarquía abulense parecía de nuevo sobrevenir el panorama político. Las exigencias de la preparación de una milicia (200 arcabuceros y 100 piqueros) destinada a Flandes bajo mando del III marqués de Las Navas, Pedro Esteban Dávila, habían motivado conflictos internos en el concejo, tanto por los problemas de reclutamiento como por las discusiones por la capitania, y gestado un clima de malestar en el consistorio

²⁵ RAN, *Colección Salazar y Castro*, N-26, folio 86 (Ávila, 19-X-1596); *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento y conquista de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, Madrid, 1925, XVIII, pp. 225-226.

²⁶ Para más información sobre la Orden de Santo Stefano de Toscana (o de San Esteban), ver SEWARD, D., *The Monks of War: The Military Religious Orders*, London, 1995, pp. 276-277, 304.

²⁷ POSTIGO CASTELLANOS, E., «Caballeros del Rey Católico. Diseño de una nobleza confesional», *Hispania*, LV/1, 189 (1995), pp. 169-204, en especial pp. 181, 188-189, 196, 202-203.

²⁸ CIANCA, A. de, *Historia de la vida, invención, milagros y traslación de San Segundo, primero Obispo de Ávila* [Madrid, por Luis Sánchez, 1595], ed. de Jesús Arribas, Ávila, 1993, p. 318.

²⁹ BILINKOFF, J., *Ávila de Santa Teresa*, Madrid, 1993, p. 157.

de Ávila que acabaría por agravarse con la resistencia de los regidores ante el nuevo voto de los Millones, pese a ser obligados a participar en las sesiones por el corregidor Piñán de Zúñiga³⁰. Pacheco consiguió evitar cualquier daño o presión en los sucesos, y afianzaba de esta manera su papel en el ayuntamiento.

Ya en la celebración de las honras fúnebres del Rey Prudente realizadas en Ávila a comienzos de octubre de 1598, conocidas gracias a un memorial del propio Pacheco³¹, el regidor abulense ejerció una activa labor para reunir a los regidores ausentes y resolver cuestiones concejiles pendientes con otras localidades de su entorno. Para ese momento Luis Pacheco estaba comisionado para solucionar la negociación del servicio de «quinientos quentos» con los que debía contribuir la ciudad abulense a la Real Hacienda; en una carta enviada a Juan Vázquez de Salazar, el regidor, concienciado de la realidad socioeconómica castellana, expresa la necesidad de prorrogar la concesión «por el estado tan acabado que toda esta tierra tiene y que luego como el seruycio de los millones se acabo çesaron los sisos y arbytrios y paresçe asta ynposible se pudiese cobrar lo pasado y lo que va corriendo no se hechando luego los arbytrios y sissas hecha por la conçeion del Reyno»³². Esta era una opinión compartida por el resto de los regidores reunidos con ocasión de la proclamación en Ávila de Felipe III como nuevo rey de España; en una carta del corregidor Ponce de León al Consejo, este también se hace eco de los problemas de la tierra: «que comprehendido de sus animos de algunos [de los regidores] questa tierra tan apretada que le paresçe ynposible pagar lo que ha corrido y corriere no se hechando primero los arbitrios de que salga y que los de myllones luego como se cunplio el tiempo se quitaron»³³.

El ascenso de Felipe III a la cúspide de la Monarquía Hispánica dio inicio, a su vez, a un rápido progreso de Luis Pacheco de Espinosa en la carrera administrativa. Como ya se expuso con anterioridad, se le encargó la dirección de las medidas sanitarias y de beneficencia para los afectados por la peste de 1599, la cual produjo una cierta recesión demográfica que, sumada a la emigración hacia la Corte, tanto a Valladolid como a Madrid y a la expulsión de los moriscos, provocó el hundimiento poblacional abulense en la primera mitad del siglo XVII³⁴.

En 1600, el regidor Pacheco hubo de ser uno de los más importantes miembros del concejo en la entrada y recibimiento de los Reyes Felipe III y Margarita de Austria en la Real Visita realizada durante los días 16 al 22 de junio de 1600. De este importante hecho quedó un memorial del propio Pacheco de Espinosa conocido como *Relación o Entrada de los Reyes en la nouilissima e leal çiudad de Auila*, única fuente directa de los hechos, a excepción de las breves referencias de Cabrera de Córdoba y de Gil González Dávila y las actas municipales de aquel año³⁵. Poco después, los regidores abulenses acordaban

³⁰ Sobre la milicia destinada a Flandes, AHPAv, *Ayuntamiento*, Caja 7, legajo 3-21, 22, 23, 25, 26, 29, 30, 32, 35 (1596-1598), AHPAv, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libros 21-22, pássim (1596); y RAH, *Colección Salazar y Castro*, A-71, folios 496r-496v. Borrador de carta de Diego Sarmiento de Acuña sobre la compañía de Pedro Esteban Dávila en Flandes y el norte de Francia (1596). Respecto a los problemas para la renovación de los Millones, AHPAv, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libro 23, folios 190-238v.

³¹ *Libro de cosas curiosas y varias*, folios 233v-238. Otra breve relación de los festejos y actos religiosos se encuentra en RAH, *Colección Salazar y Castro*, A-72, folios 185r-158v. Carta de Pedro de Henao a Diego Sarmiento de Acuña (Ávila, 21-X-1598).

³² AGS, *Patronato Real*, Caja 85, documento 311. Carta de Pacheco de Espinosa a Juan Vázquez de Salazar (Ávila, 30-IX-1598).

³³ AGS, *Patronato Real*, Caja 85, documento 315. Carta de Ponce de León al Consejo (Ávila, 30-IX-1598).

³⁴ TAPIA SÁNCHEZ, *La comunidad morisca*, pp. 97-101.

³⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España, desde 1599 hasta 1614*, Madrid, 1857, pp. 71-72. El texto íntegro de la relación de González Dávila se encuentra en MARTÍN CARRAMOLINO, *Historia de Ávila*, pp. 288-289.

conceder el voto positivo del impuesto de los Millones, motivo del agradecimiento del rey y de su valido, Lerma³⁶. En ambos casos Pacheco tuvo un papel destacado, ya que era junto con los regidores Gaspar de Bullón y Francisco Guillamas Velázquez, de los pocos miembros de la pequeña nobleza con más influencia en la Corte. Así, en una misiva al cortesano Juan de Para, el regidor suplicaba por varios de sus deudos y familiares, recordando las ayudas y los ofrecimientos dados por Pacheco a los cortesanos y al Rey mismo en su jornada abulense³⁷.

La «estrella» de Pacheco se vio aumentada en los confusos años del desplazamiento de la Corte a Valladolid. Según un memorial de su hijo Gabriel Pacheco, el regidor abulense recibió la consigna del presidente del Consejo de Hacienda, el conde de Miranda, de que para la renovación del servicio de Millones «estaban iguales los votos de las ciudades de las cortes, y que convenía que fuese a toda diligencia a Ávila, y encaminase las cosas como aquella ciudad concediere». El regidor consiguió convencer a los miembros del concejo abulense para la aprobación del impuesto, por lo cual se le ofreció nuevas mercedes que, como a otros familiares (en especial, su padre y su hermano, el capellán Juan Pacheco de Espinosa), se les habían estipulado pero nunca concedido³⁸.

Vista la fidelidad y servicio a Felipe III, Luis Pacheco de Espinosa recibió la merced del desempeño entre 1606 y 1608 del corregimiento y la justicia mayor de las ciudades andaluzas de Úbeda y Baeza, el primer cargo de gran responsabilidad de la carrera del noble abulense. En su destino, «donde proçedio con gran entereça y rectitud», Pacheco continúa su carrera de mecenas y de investigador de la historia de su ciudad natal, iniciada ya en 1588 y que había gestado para entonces un interesante *Libro de cossas curiosas y varias*, varios memoriales a la figura del difunto Felipe II y de su sucesor en el trono hispánico, y varias copias de la *Historia de la muy noble y antigua çiudad de Ávila* (1599, 1600 y 1607), encargadas por él mismo o incluso redactadas en parte de su propia mano basándose en más de una veintena de autoridades clásicas y coetáneas suyas, desde Juvenal y Valerio Máximo hasta Gonzalo de Ayora o su íntimo amigo Esteban de Garibay. En los aspectos relacionados con la gestión de su oficio, el corregidor Pacheco aprobó junto con el cabildo de Baeza la instalación de una casa de la Orden Trinitaria Descalza, además de velar por la quietud y por «las cossas del seruycio de Su Magestad» ante problemas puntuales y alborotos como el del vizcaíno Pedro de Garayo en Baeza, por «las demasias que a usado, y a echo del pregon que dio»; sin embargo, pese a su buen gobierno, y la amistad que hubo con personajes de la talla de Diego Sarmiento de Acuña, Pacheco tuvo problemas con el pago de sus emolumentos, pues «esta tierra y el oficio esta tan corto ques menester valerme dellos y de mi hacienda»³⁹.

A fines de 1608 el corregidor Pacheco se encontraba de nuevo en Ávila, ya que asiste a la ceremonia de concesión del hábito de Santiago al corregidor de Ávila, Laxalde, y participa en la votación de la concesión de los Millones a Felipe III. En 1610 escribe un *Memorial de San Pedro del Barco* y será comisionado junto con Sancho Cimbrón para encargar un nuevo sepulcro que albergara los restos del citado santo. Las obras, dotadas de un presupuesto de 40.000 maravedies concedido por el concejo, fueron encargadas a Francisco de Mora, maestro de arquitectura de Felipe III y protegido del marqués de Velada⁴⁰.

³⁶ FERNÁNDEZ VALENCIA, B., *Historia y grandezas del insigne templo, fundación milagrosa, basilica sagrada y célebre santuario de los santos mártires hermanos San Vicente, Santa Sabina y Santa Cristeta* (1676), ed. de Tomás Sobrino Chomón, Ávila, 1993, p. 42.

³⁷ RAH. Colección Salazar y Castro, N-55, folio 95. Carta de Luis Pacheco de Espinosa a Juan de Para (Ávila, 4-XI-1600).

³⁸ AGP, Sección Personal, Caja 777, expediente 28. Memorial de Gabriel Pacheco Girón al Rey, Madrid, 1-XI-1628.

³⁹ RB, Mss. II/2.112, documento 232. Luis Pacheco de Espinosa a Diego Sarmiento de Acuña, Baeza, 4-VI-1608.

⁴⁰ FERNÁNDEZ VALENCIA, *Historia de Grandezas*, pp. 205, 220-221.

Todas estas mercedes, vinculadas con intereses de Madrid, pudieron generar la culminación de la actividad política de Luis Pacheco de Espinosa, quien aparece citado en diversas ocasiones como «Gentil-Hombre de la Real Casa de Castilla, a los Señores Reyes D. Phelipe II, y D. Phelipe III», como muestra de su permanencia en las cercanías del poder cortesano en Madrid o Valladolid⁴¹; se desconoce cuál fue su enlace principal o su promotor, siendo posiblemente Velada y no el marqués de Las Navas o Francisco Guillamas Velázquez, el maestro de la cámara del rey, inicialmente partidarios del duque de Lerma⁴². Otra dignidad le será concedida, en 1612, acogida con mucho aprecio por Pacheco, la de patrón de la Hermandad y Cofradía de Nuestra Señora de Sonsoles, para la cual escribirá un extenso memorial de sus grandezas y milagros.

El regidor Pacheco regresó definitivamente a su ciudad natal en 1613, volviendo a participar en actividades municipales⁴³. Su última aparición pública tuvo lugar el 27 de mayo de 1614, durante el transcurso de una reunión en la que se dio noticia de la próxima beatificación de «la sancta madre Theresa de Jesus natural desta ciudad»⁴⁴; días después fallecía, legando su cargo concejil a su hijo primogénito⁴⁵. Su amplia labor literaria quedará olvidada, ya que ninguna de sus composiciones se dio a la imprenta o tuvo un amplio recorrido en forma de manuscrito. Sin embargo, a la altura de 1676 todavía se mantenía íntegra «la antigua y curiosa librería del noble caballero don Luis Pacheco de Espinosa, regidor de esta ciudad», consultada con fruición por el clérigo Fernández Valencia⁴⁶.

2.4. EL ENCUMBRAMIENTO DEL LINAJE: LA CASA DE PACHECO DURANTE EL SIGLO XVII

Su hijo Gabriel Pacheco Girón, habido con doña Beatriz Rengifo de Salazar, también de noble linaje abulense, sustituyó a su padre en el cargo de regidor de Ávila y en el mayorazgo y señorío de San Bartolomé de Corneja e Ibangrande, además de obtener la dignidad de procurador en Cortes por su ciudad natal, al igual que su abuelo, ejerciendo en las de Madrid de 1615. Casó con la hidalga Mariana Suárez de Deza, hija de Alonso Suárez de Deza, ministro del Consejo de Hacienda en la Contaduría Mayor de Cuentas y gentilhombre de la Real Casa de Castilla con Felipe II y Felipe III —donde pudo trabar amistad con el propio Luis Pacheco—⁴⁷. Por el ascendiente de su familia, Gabriel Pacheco Girón recibió el título de corregidor de Medina del Campo en 1620, que le produjo «el gasto de su hacienda tres mil ducados»; poco después le correspondió el corregimiento de Ciudad Rodrigo⁴⁸.

⁴¹ AHN, *Consejos*, legajo 4464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Corneja e Ibangrande (1699).

⁴² Luis Pacheco buscó el favor de Velada mediante su buena relación con el obispo Sancho Dávila, su hermano, o por misivas en que deseaba «le fauorezca en su pretensión» de cargos y mercedes para sí y su hijo; BZ, *Fondo Altamira*, Carpeta 194, documento 83. Sancho Dávila a Velada, Jaén, 16-IV-1603; carpeta 517, documento 1. Luis Pacheco a Velada, Ávila, 13-VI-1612.

⁴³ AHN, *Códices*, libro 467-B. Carta ejecutoria de la Real Chancillería de Valladolid contra Luis Pacheco de Espinosa para el reconocimiento de un censo establecido sobre varias casas en el barrio del Carmen (1613).

⁴⁴ AHPav, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libro 31, folios 98r-98v.

⁴⁵ Pacheco fue enterrado en la iglesia de San Juan, donde gozaba de una capellanía y obra pía; MERINO ÁLVAREZ, A., *La Sociedad abulense durante el siglo XVI. La nobleza*, Madrid, 1926, p. 120.

⁴⁶ FERNÁNDEZ VALENCIA, *Historia y grandezas*, p. 232.

⁴⁷ AHN, *Consejos*, legajo 4464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Corneja e Ibangrande (1699).

⁴⁸ AHPav, *Ayuntamiento*, Actas Consistoriales, Libro 31, folio 204, y RAH, *Colección Salazar y Castro*, D-30, folio 166. Cuadro genealógico de la familia Pacheco de Espinosa.

Gabriel Pacheco, por tanto, abandonó casi permanentemente la ciudad de Ávila, siendo un caso paradigmático de aquellos nobles que se fueron de la vetusta urbe decadente hacia la bonanza y oportunidades de la Corte madrileña, aunque ello supusiese la merma de sus haciendas y un plausible fracaso en sus aspiraciones: El regidor abulense, si bien señor de vasallos y regidor abulense, no obtuvo el ansiado puesto de guardajoyas real que pedía al rey en 1628⁴⁹. Ya años antes, durante la celebración de las Cortes de 1615, pidió merced a Felipe III. Su petición fue registrada, pero solo se le concedió la propuesta de la Junta de 60.000 maravedíes de juro, que refrendó el monarca⁵⁰.

Sus descendientes, sin embargo, lograrían la consolidación de su linaje mediante su servicio a la administración de la Monarquía Hispánica. El hijo de Gabriel Pacheco, Luis Pacheco, además de acumular las prebendas de sus antepasados, «sirvió quarenta y seis años continuos» en cargos relativos a superintendencias fiscales en toda la Península, así como las dignidades de visitador general de los Presidios y Fronteras de Extremadura y Sevilla —durante la guerra de *Restauração* portuguesa—, un puesto honorífico en el Consejo de Hacienda o el de Administrador General de Millones de Madrid⁵¹. El primogénito de este, Alonso Pacheco, consiguió alcanzar la ansiada titulación nobiliaria, después de un largo servicio al rey tanto desde Ávila —donde mantenía su puesto de regidor perpetuo— o los corregimientos de Ronda, Marbella, Valladolid y Toledo. A 25 de mayo de 1700, Carlos II otorgaba mediante Real Despacho el título de conde de Ibangrande al burócrata abulense, tras las pesquisas y pareceres del Consejo de Órdenes⁵². Su carrera finalizó con brillantez al sumar la mayordomía de la reina viuda Mariana de Neoburgo o un puesto de consejero en el Real de Hacienda, en cuyo servicio falleció en 1714⁵³.

3. LA OBRA LITERARIA DE LUIS PACHECO DE ESPINOSA

En el apartado anterior se ha expresado la importancia de Pacheco de Espinosa para conocer la realidad abulense a fines del siglo XVI y de comienzos de la siguiente centuria. Pacheco fue, ante todo, un aristócrata católico. En todas sus obras, propias o recopiladas, quedan patentes dos vías fundamentales para la explicación de su pensamiento: nobleza y ortodoxia católica. La narración de los orígenes míticos y caballerescos de la ciudad de Ávila queda articulada en torno a este *leitmotiv* temático, actuando de entronque fundamental entre la etapa heroica de esta población con una aristocracia media-baja que se hace descender de ella para dotarse de una justificación de su poder en un tiempo crítico de su existencia (así se transforma en un mecanismo de autocomplacencia y de revestimiento ideológico frente a las exigencias de la monarquía en materia fiscal, tan discutidas en las décadas finales del siglo XVI). Sin embargo, los gustos del escritor-recopilador en ocasiones juegan con la burla, la transgresión y los temas tabú, chocando con la rígida moral contrarreformista que hace gala en otras

⁴⁹ AGP. *Sección Personal*, Caja 777, expediente 28. Memorial de Gabriel Pacheco Girón al Rey, Madrid, 1-XI-1628.

⁵⁰ Ese mismo año elevó un memorial al rey en donde hacía hincapié en el servicio de su difunto padre a la Corona, por lo que pedía una merced, bien el corregimiento de Segovia o una plaza de caballerizo real. Finalmente recibió «sesenta mill maravedíes de juro por su vida entre tanto que se le haze merced equivalente»; AGS. *Patronato Real*, Caja 89, documento 88.

⁵¹ AHN, *Consejos*, legajo 4.464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Comeja e Ibangrande (1699).

⁵² AHN, *Consejos*, legajo 4.469, A. 1699, expediente 128. Consulta a nombre de Alonso Pacheco sobre merced de título de Castilla, para su persona y casa, de conde de Ibangrande (1699); AHN, *Consejos*, legajo 8.975, A. 1700, expediente 130. Real Despacho de Carlos II a nombre de Alonso Pacheco concediéndole el título de conde de Ibangrande, Madrid, 25-V-1700.

⁵³ AHN, *Consejos*, legajo 4.464, expediente 128. Memorial de Alonso Pacheco, señor de San Bartolomé de Comeja e Ibangrande (1699); RAH. *Colección Salazar y Castro*, Legajo 31, carpeta 6, documento 2. Memorial de Francisco Javier Pacheco y Cárdenas, II conde de Ibangrande (c. 1720).

obras (o en diferentes papeles y entradas de un mismo cartapacio)⁵⁴. En todo caso, para adentrarse en la obra de Pacheco, miscelánea donde las haya, será preciso separarla por contenido temático⁵⁵.

3.1. OBRAS HISTÓRICAS Y COROGRÁFICAS

Dentro de la obra literaria de Pacheco de Espinosa la mayor fama que se le otorgó de manera póstuma se situó en sus escritos de carácter histórico-coroográficos, herederos de toda una brillante tradición narrativa abulense generada durante una etapa de profundos cambios para su aristocracia en época de los Reyes Católicos y de Carlos I, tras la cual esta se convirtió en una burocracia concejil o cortesana a la par que se cercenaba cualquier intento por mantener sus antiguos privilegios y poderes autónomos por medio de la legislación de Juana I en 1508 y con la represión de las Comunidades castellanas en 1521-1522⁵⁶.

El objetivo primordial del florecimiento de este género literario se ha de encontrar en razones puramente sociopolíticas, ya que parece evidente que la creación de nuevas obras historiográficas y la compilación de textos de origen medieval o del primer humanismo abulense por Pacheco o por otros autores coetáneos (Cianca y Ariz) se relaciona directamente con la necesidad de «reivindicar la presencia nobiliaria» en una ciudad que había perdido la mayor parte de sus miembros hidalgos o caballeros en favor de las oportunidades de la Corte madrileña o vallisoletana⁵⁷. Asimismo, un aspecto fundamental en la concepción histórica que se desprende de los textos de Pacheco se encuentra una descripción «política» de la aristocracia castellana como garante de la Iglesia y de la Monarquía siempre que se mantuvieran inermes las vinculaciones de lealtad, vasallaje y respeto de privilegios y libertades entre los súbditos nobiliarios y su príncipe y señor⁵⁸. Con todo, puede decirse que estas ideas tienen su plasmación escrita en las diferentes historias y corografías abulenses del Quinientos, desde la pionera *Crónica de la población de Ávila* o la breve obra de Gonzalo de Ayora –en el contexto del periodo pre-comunero– hasta los grandes tratados de Cianca o Ariz, y su equivalente visual en las grandes entradas y recepciones de los soberanos de la Casa de Austria en 1531, 1534 y 1600.

El ideario ciertamente arcaizante de Pacheco respecto a la nobleza de la que formaba parte provenía, como el propio regidor evidencia en sus escritos, de un «corpus» mitográfico relativo a la narración de los orígenes de la repoblación abulense, en especial de los acontecimientos sucedidos tras el establecimiento de una importante población de rango aristocrático y militar en la ciudad hacia 1083, de la cual se hacían descender los hidalgos y caballeros abulenses de fines del siglo XVI. Estas obras, que narran los sucesos bélicos contra las algaradas moras en las serranías abulenses, los episodios míticos de las Hervencias y la defensa del Rey Niño (Alfonso VII de Castilla y León) contra su padrastro, el rey Alfonso I de Aragón, o las leyendas de los hechos de Nalvillos Blázquez, Blasco

⁵⁴ BOUZA ÁLVAREZ, F., «Servidumbre de la soberana grandeza. Criticar al rey en la corte de Felipe II», en ALVAR EZQUERRA, A. (coord.), *Imágenes históricas de Felipe II*, Madrid, 2000, pp. 139-179, en especial, pp. 144-146.

⁵⁵ Las piezas que conforman el cartapacio o *Libro de cosas curiosas y varias* serán analizadas no como unidad formal, sino según materia temática. Para todo el apartado han sido fundamentales las apreciaciones contenidas en BOUZA ÁLVAREZ, F., *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, 2001.

⁵⁶ DIAGO, M., «Conflictos políticos en Ávila en las décadas precomuneras», *Cuadernos Abulenses*, 19 (1993), pp. 69-101; TAPIA SÁNCHEZ, *La comunidad morisca*, p. 128.

⁵⁷ VICENTE, A. de, «Dos novelas «Abulenses» del siglo XVII», *Cuadernos Abulenses*, 30 (2001), pp. 285-292, en especial, pp. 290-292.

⁵⁸ CARZOLIO, M.ª I., «En los orígenes de la ciudadanía en Castilla. La identidad política del vecino durante los siglos XVI y XVII», *Hispania*, LXII/2, 211 (2002), pp. 637-692, en especial, p. 640.

Ximeno o Zurraquín Sancho, carecían de fuentes fidedignas en su mayoría, lo cual no evitó su aceptación casi total por los coetáneos de Pacheco, ya que eran necesarias para articular el pensamiento aristocrático de estos grupos cada vez más indefensos ante los envites de las crisis finiseculares.

En este sentido, el regidor Pacheco de Espinosa compartió la mayor parte de estas ideas que conformaban el sustento de la mentalidad nobiliaria abulense, pero fue más allá que otros autores de la talla de Ariz, Cianca o Alcázar, ofreciendo un análisis crítico de los hechos legendarios de sus ancestros nobles por medio de una profusa utilización de autoridades medievales y renacentistas, muchas de ellas consideradas obras de referencia absoluta para la erudición humanística del momento, caso de Jerónimo de Zurita, Juan Sedeño y Esteban de Garibay, sin olvidar a otros autores laicos o eclesiásticos del siglo XVI (Gonzalo de Ayora, fray Jerónimo Román, Martín de Miciñana...)⁵⁹. Sin embargo, Pacheco no olvidará las crónicas manuscritas conservadas como verdaderas reliquias en el consistorio abulense, las cuales ordenará transcribir para su uso personal. Se trata de la *Cronica de Auila*, anónimo del siglo XIV recopilado en 1517 por el corregidor Bernal de Mata (sobre la que se había efectuado otra copia anterior por orden de Francisco Guillamas Velázquez en 1590)⁶⁰; del *Epilogo de algunas cosas dignas de memoria pertenecientes a la ilustre e mui magnifica e mui noble e muy leal ciudad de Auila*, publicado en 1519 por el cronista real Gonzalo de Ayora⁶¹; en 1599 ordenó copiar la *Segunda leyenda de la muy noble, leal y antigua ciudad de Ávila*, conservada con toda probabilidad en el archivo del ayuntamiento abulense, y supuestamente datada en 1315⁶²; en fecha de 20 de marzo de 1600 aparece finalizada otra copia del mismo texto de la *Segunda leyenda* también ordenada en Ávila por Luis Pacheco, que aparece asimismo con un añadido del propio regidor abulense en donde se efectúa una crítica de las narraciones sobre los acontecimientos narrados en una *Tercera leyenda* no escrita o perdida por medio de un contraste de más de una decena de autoridades que debía conservar en su biblioteca particular⁶³; asimismo en 1607, ya como corregidor de Úbeda y Baeza, ordenó realizar otras copias del mismo texto (y de sus adiciones personales)⁶⁴.

Dejando a un lado estas obras de carácter mítico, Pacheco de Espinosa transmitió en su cartapacio numerosos documentos obtenidos en archivos abulenses, textos cronísticos medievales y noticias

⁵⁹ Pacheco, sobre su relación con Garibay —que perduró hasta la muerte de este en 1600—, expresa que «Esteuan de Ganuay Çauillos (sic) en su Compendio Ystorial e sus Varones Ylustres cuio orijinal de su mano yo tengo y el me dejó quando Dios le lleuo en la uilla de Arevalo donde fue escriuano el ultimo de los Eseriuanos antiguos de los nobles hixosdalgo de aquella villa cuio ofiçio fue en otros tiempos de mucha estimacion no ssolo en Arevalo mas en jeneral y en la nuestra Çiudad segun lo que allo en muchas escrituras antiguas las quales estan escritas de nonbres que ellos propios se manifiestan asi mis-mos», en BNE, Mss. 2.069, folios 239r-239v. El volumen es una copia perteneciente a Gaspar Ibáñez de Segovia, IX marqués de Mondéjar. Sobre la relación de Garibay con Ávila y su historia, consultar QUIRÓS ROSADO, R., «Edición crítica de una obra inédita de Esteban de Garibay: *Censura sobre la historia que Gonzalo de Ayora escribió de las cosas de la ciudad de Ávila* (c. 1580), *Documenta & Instrumenta*, 6 (2008), pp. 55-90.

⁶⁰ *Libro de cosas curiosas y varias*, folios 1-74v.

⁶¹ *Libro de cosas curiosas y varias*, folios 75-121v. Tanto la *Cronica de Auila* como el *Epilogo* de Ayora hubieron de ser copiados a principios de la década de 1590 en Ávila, de la mano de uno de los escribanos del concejo que también había servido a Enrique Dávila, señor de Villatoro y Navamorcuende, como se desprende de su comparación analítica paleográfica con un texto del citado Dávila conservado en AGS, *Patronato Real*, Caja 80, documento 329 (Ávila, 20-III-1589).

⁶² Biblioteca de la Universidad de Salamanca. Manuscrito 1991, en ANÓNIMO, *Segunda Leyenda de la muy Noble, Leal y Antigua Ciudad de Ávila*, ed. Ángel Barrios García, Ávila, 2005, pp. 21, 24, 31.

⁶³ BNE, Mss. 2.069, *Segunda leyenda de la muy noble, leal y antigua Ciudad de Ávila* (20-III-1600).

⁶⁴ RAH 9/4667, *Historia de la muy noble y antigua ciudad de Ávila* (1607); Biblioteca de la Universidad de Salamanca, Manuscrito 2069, en ANÓNIMO, *Segunda Leyenda*, pp. 21, 24, 31. Estas cuatro copias serán consultadas por autores posteriores, caso de Bartolomé Fernández Valencia o José Tello Martínez, para la composición de sus obras sobre la historia religiosa de Ávila, consultar FERNÁNDEZ VALENCIA, *Historia y grandezas*, varias páginas, y TELLO MARTÍNEZ, J., *Catálogo sagrado de los obispos... de Ávila* (1788), ed. Félix A. Ferrer García, Ávila, 2001, pp. 125-126.

y relaciones de sucesos de su propia mano que permiten observar los materiales de la temática histórica más consultados por el regidor y bibliófilo, así como sus métodos de estudio historiográfico. De esta manera se conservan datos de sucesos naturales extraordinarios (nevadas, eclipses, terremotos, nieblas densas, fenómenos solares...), relaciones o censos de iglesias, hornos, fuentes, huertas..., de la ciudad de Ávila hacia 1600, e incluso documentos de cierta importancia para la historia política de la ciudad castellana en la Baja Edad Media y en la época de Pacheco.

Entre estos últimos poseen cierto interés memoriales vinculados a la Casa de Villafranca y Las Navas (*De los marqueses de las Navas*), el *Memorial de obsequias* (sic) *del católico Rey e Señor nuestro don Felipe segundo* (fuente clave para el conocimiento de las exequias del Rey Prudente en Ávila, y que, paradójicamente, está comparado con otro sobre las realizadas en honor a Enrique IV en 1474, aspecto que puede abrir un debate en cuanto a las consideraciones de Pacheco sobre el difunto monarca), una interesante *Carta del Almirante don Fadrique para los Comuneros de Valladolid*, una relación prolija sobre las «alteraciones» abulenses de 1591-1592, y testimonios genealógicos y emblemáticos muy del gusto de la literatura de la nobleza del momento⁶⁵. A ellos se debe sumar la ya citada *Relación o Entrada de los Reyes en la novilísima e leal ciudad de Ávila*, realizada en 1600 por Pacheco en torno a la Real Visita de Felipe III y Margarita de Austria.

Por último, el regidor Pacheco de Espinosa no solo dedicó sus escritos a los temas más cercanos a su tiempo, sino demostró un notable interés por las antigüedades de su ciudad natal, al igual que Ariz y otros corógrafos del momento. Se tiene constancia de la confección de un ya perdido *Libro de las antigüedades de la ciudad de Ávila* en donde quedaron anotados acontecimientos míticos de la historia antigua y medieval de Ávila (episodios sagrados de San Segundo y San Vicente...) y los descubrimientos arqueológicos realizados en Ávila, especialmente los vinculados con la epigrafía romana y árabe conservada en las murallas y otros edificios principales de ella (según testimonios del regidor, este envió calcos a especialistas en la materia)⁶⁶. Con esta temática solo resta un fragmento de carta enviada por Pacheco a un destinatario anónimo donde se da cuenta de cinco inscripciones romanas halladas en los muros del Alcázar Real abulense y que fueron también transcritas por Luis Ariz en 1607, lo que podría sugerir que este recibiera esa información directamente de Pacheco, además de evidenciar el contenido de su desaparecido tratado histórico⁶⁷.

Este interés por la Antigüedad se complementó con acciones relacionadas con la copia de inscripciones medievales o de textos históricos de suma importancia para la confección de esta serie de obras corográficas. De ello nos da cuenta Tello, quien indica que «por los años 1600 halló Luis Pacheco de Espinosa en una tabla del monasterio de Ávila llamado Nuestra Señora de la Antigua» un texto pintado donde se registraba la restauración del recinto religioso mozárabe por parte de los primeros repobladores en la época de Alfonso VI⁶⁸. La mera descripción del texto, que bien pudiera tratarse de una falsificación bajomedieval, lleva a reconocer el interés del regidor por rastrear en la intrahistoria local sin haber tenido, con toda probabilidad, una exhaustiva educación historiográfica.

⁶⁵ *Libro de cosas curiosas y varias*, varios folios.

⁶⁶ FERNÁNDEZ VALENCIA, *Historia y grandezas*, p. 51, nota 7 (envía al memorial sobre las entradas de los Reyes en 1600, folio 6, del propio Pacheco).

⁶⁷ RAH 9/4578. *Noticia de las antigüedades romanas de Ávila* (hacia 1600).

⁶⁸ TELLO MARTÍNEZ, *Catálogo sagrado*, pp. 125-126.

3.2. OBRAS RELIGIOSAS

Hombre de una profunda piedad católica, devoto de la venerada virgen abulense de Nuestra Señora de Sonsoles y caballero-recibidor para España del hábito y religión de Santo Stefano de Toscana, Luis Pacheco de Espinosa dejó para la posteridad una notable serie de obras de carácter religioso, bien autónomas, bien circunscritas a otras obras mayores.

Como miembro preeminente del concejo abulense, sus relaciones con la jerarquía eclesiástica local fueron amistosas, ya que se le encargaría por esta una serie de actuaciones específicas de cierta importancia⁶⁹: de esta manera en 1594 asistió a la traslación del cuerpo de San Segundo a la catedral del Salvador desde su ermita primigenia, en 1599 coordinó la beneficencia destinada a paliar las consecuencias de la peste que azotó la ciudad, en 1610 fue comisionado para la construcción de un nuevo altar y sepultura para San Pedro del Barco en la basilica de San Vicente y en 1612 se le nombró patrón mayor de la Hermandad de Sonsoles.

Toda esta acción práctica del regidor Pacheco complementó una activa labor literaria relativa a la compilación de informaciones sobre la Iglesia abulense, según los patrones marcados por Cianca y Ariz, y a la difusión y aprehensión de doctrinas contrarreformistas, normalmente vinculadas a la Orden de Predicadores de Santo Domingo.

Así pues, el registro de obras eclesiásticas de Luis Pacheco de Espinosa será un *Memorial de San Pedro del Barco* (1610) y el *Epílogo de la antigüedad y grandezas del santuario de Nuestra Señora de Sonsoles* (1612), consultados por Fernández Valencia en 1676. Mayor cantidad de noticias, relaciones o copias de tratados pastorales quedaron enmarcados en sus obras principales, de tal manera que aparecen alusiones a las tradiciones juraderas en San Vicente o asuntos míticos sobre la predicción de San Segundo en su *Libro de Antigüedades*, documentos papales actualmente perdidos en su cartapacio, etc.

Allí los textos pastorales (obras para realizar una buena confesión, para obtener la salvación y la vida eterna, o discursos sobre la muerte) se entremezclan con memoriales sobre la situación del catolicismo hispano o con noticias sobre la piedad de los santos o de ilustres personajes históricos⁷⁰.

Por último, una peculiar muestra de la fe y las ideas religiosas y morales del regidor abulense se encuentra en una colección de cinco sonetos, probablemente compuestos por él mismo, en cuyos versos discurren los conflictos entre el amor carnal y el divino, el poder de los sentidos humanos y la potestad última de Dios, el destino del hombre y los peligros del descuido de las obligaciones para con Cristo, a quien se dedica un notable *Soneto a un crucifijo*⁷¹.

3.3. OBRAS SATÍRICO-BURLESCAS

Quizás, de todas las obras de Pacheco, las más desconocidas, pero también las más sorprendentes, pertenecen a las de temática satírica o de protesta social. Habiendo observado el cariz ortodoxo,

⁶⁹ Según una carta de 4-XI-1600, Luis Pacheco pedía en la Corte un arciprestazgo para un hermano suyo, clérigo en Ávila, Juan Pacheco de Espinosa. RAH. *Colección Salazar y Castro*, N-55, folio 95.

⁷⁰ En el cartapacio de Pacheco aparecen opúsculos de Fr. Bernardo de Fresneda, de Fr. Hernando del Castillo o de Fr. Diego de Chaves (folios 173-196v, 210-232v). También consta que tuvo y leyó las obras de Santa Teresa: RODRÍGUEZ, Isaias, *Santa Teresa de Jesús y la espiritualidad española*. Madrid, 1972, pp. 77-78.

⁷¹ *Libro de cosas curiosas y varias*, folios 264-266; los primeros versos son los siguientes: «Uajel a uida en uanas alegrías», «Al tiempo de perder la uida uida», «Quien jidalgo y libre yo uinia», «Quien en Amor estaua mas fiado» y «Que los cielos las grandezas y pompa».

marcadamente inmerso en una corriente contrarreformista y de tradición nobiliaria medieval, de los escritos históricos o religiosos analizados, resulta extraña la explicación y la calificación de varias piezas, todas en forma poética, sistemáticamente obviadas por quienes conocieron el *Libro de cosas curiosas y varias* en donde se incluyen.

En primer lugar se nos muestran dos poemas atribuidos a Luis de Góngora, posiblemente vinculados al «crimen de sodomía de Madrid» en el que fueron implicados el príncipe de Ascoli, el regidor madrileño Sardaneta y Antonio Manrique de Lara en 1592⁷². De este acontecimiento, del que da noticia el conde de Luna, Francisco de Aragón, se realizaron varios romances y poemas satíricos atribuidos a Góngora, ya desaparecidos (el verso inicial comienza en «Dime qué Etna, o qué Vulcano / tienes en el pecho España»). Por temática y alusiones homofóbicas y denigrantes hacia los «retratados» en los sonetos, no es descabellado incluir estos poemas dentro del comentado acontecimiento. Dicen así:

Aquel que en Delphos tubo gloria tanta / al ciego dios temido en toda parte / el veloso y furibundo Marte / que a los demas en fuerças se adelanta / Neptuno quel mar rige y le levanta / el (Rugote) tan que su luz reparte / Iris cuya presencia nos des parte / la tempestad que al mundo tanto espanta / Vulcano y sus çiclopes que a porfia / trabajaron a dar a la red cabo / çelosa yndustria y forjado habia / Mercurio cuya illustre ciencia alauo / y el Letor desia ynsigne poesia / todos juntos me besen en el rabo.

De hacer a vuestro culo jubileo / algunos del lugar an sospechado / que no bino a la patria jubilado / del reyno de Neptuno y Prometeo / considerad señor ques caso feo / con dar con un Vulcano a remangado / herrero luxurioso y a riscado / que puede executar un mal deseo / demos (ese) que con aquestos de convite / podran sonrojo los demas plomeros / y el todo poderoso sube solo / y cabalgamos al primer enbiste / prebenios de anudar los agujeros / que Marte grueso y siçiliano Apolo.

Estos sonetos, ampliamente divulgados por toda la Península, si bien no parecen pertenecer al citado Góngora, sí sirven para establecer los parámetros de la poesía del sevillano en su obra más temprana, y también para conocer los gustos poéticos más transgresores, a nivel moral, de un hidalgo castellano de fines del siglo XVI⁷³; el juego con la transgresión, siempre dentro de una privacidad total, sin causar perspicacias en una sociedad «edificada sobre la honra y la fama», a decir del profesor Bouza, parece incluir a Pacheco en la nómina, no demasiado extensa (pero sí selecta –caso de Villamediana, Castelo Rodrigo y Gondomar–) de caballeros que entremezclan en su obra ingenio y burla, seriedad y jocosidad, honra y vituperio, sin necesidad de abandonar sus rígidas estructuras mentales caballerescas y profundamente religiosas⁷⁴.

Mayor peso «político» posee un *Pasquín puesto en Roma*, 1589, escrito en un latín quasi-macaronico, que ejerce una dura crítica contra los poderes políticos de la Europa del momento, desde la Santa Sede hasta la Sublime Puerta, pasando por las grandes monarquías católicas, los estados italianos y el mundo protestante⁷⁵. De ser cierta su procedencia italiana, se podría remarcar el nivel de conocimiento de la realidad política del mundo occidental en una pequeña ciudad castellana relativamente alejada de los grandes núcleos informativos de la región (Medina del Campo y Madrid).

⁷² Los dos poemas, bajo la intituación de *Sonetos de don Luis de Gongora* se encuentran en *Libro de cosas curiosas y varias*, folios 268r-268v.

⁷³ ALATORRE, A., «Reseña de LARA GARRIDO, José, Relieves poéticos del Siglo de Oro. De los textos al contexto, Málaga, 1999», *NRFH*, XLIX, pp. 150-151. Varias copias de ellos se encuentran en BNE, Mss. 3.796, folio 185v; Mss. 4.117, folio 57v, también bajo la atribución gongorina.

⁷⁴ BOUZA ÁLVAREZ, «Servidumbre de la soberana grandeza», pp. 142-146.

⁷⁵ *Libro de cosas curiosas y varias*, folios 258r-259v.

Gran interés reviste una transcripción corrupta del famoso soneto cervantino *Voto a Dios que me espanta*. El texto recogido por Pacheco se intitula de esta curiosa manera, posiblemente originaria en el manuscrito tomado por el compilador: *Soneto a las onrras que por el Rey don Phelipe 2º se quisieron hacer en Sevylla en 11 de noviembre 1598 y por competencia del audiencia de grados y la ynquisicion començada la misa no se acabo y fue el negocio al Consejo*. El texto, por su parte, es notablemente diferente a los conservados en otras misceláneas poéticas de la época, encontrándose de la siguiente manera⁷⁶:

Voto a Dios que mespanta esta grandeca / y que diera un doblon por escribilla / por que a quien no suspende y marabilla / esta maquina ynsigne esta belleça / por Jesuchristo vivo que esta pieça / vale mas de un myllon y que mancilla / que trono diere un siglo la gran Semilla / Roma rei ni infante en animo y nobleça / apostrarse quel anima del muerto / por gustar deste sitio ay a dejado / el çielo donde abita eternamente / este ojo un balenton y dijo es cierto / lo que dice voarçe señor soldado / y el que pensare lo contrario myente / y luego yncontinente / calo el chapeo y requirio la espada / miro al soslayo y fuese y no hubo nada.

La aparición de este soneto en el mismo cartapacio donde se narran las honras de Felipe II en 1598 (comparadas, como ya se expresó, con las de Enrique IV en 1474) y en donde se recuerdan también las alteraciones de 1591, asunto «borrado» de la memoria colectiva abulense, desde los pecheiros hasta los aristócratas, obliga a tomar con prudencia las ideas y valoraciones de Pacheco sobre Felipe II. Si consideramos como ciertas las alusiones al rey en la narración del ya citado *Memorial de obsequias* (sic) *del catolico Rey e Señor nuestro don Felipe segundo*, la inclusión de este satírico soneto, muy crítico no solo con el monarca, sino con su obra política, solo sería un simple recuerdo hacia un poema muy celebrado y extendido por la Península Ibérica⁷⁷; de ser lo contrario, la realización del memorial solo iría destinada a obtener el favor del nuevo monarca, y que relanzaría la carrera política-administrativa de Pacheco en la Corte filipina.

La última obra transgresora de Pacheco se encuentra en una glosa de contenido marcadamente antifiscal, vinculada a una literatura de crítica hacia la política hacendística del Rey Prudente⁷⁸. Este subgénero literario-político vivió un amplio desarrollo en la última década del siglo XVI, a la par que se hacía insostenible el esfuerzo fiscal castellano, y se puede asimilar al pensamiento subyacente en los autores de los «papelones» fijados en Ávila en 1591, aristócratas muy cercanos a Pacheco tanto en sus nexos familiares como en cargos concejiles, y que fueron duramente castigados por su negación del poder real. En la glosa se alude directamente al valor del dinero en la sociedad castellana del momento, preludiando el famoso *Poderoso caballero es don Dinero*, de Quevedo; las continuas y agobiantes cargas de la Real Hacienda en sus diversos géneros (subsidio, excusado, pecho, alcabala, tributo) —no se menciona, casualmente, el Servicio de Millones, carga novedosa y moderna pero denostada por los tres estamentos—, son aducidas como motivo de «temor y esperanza» de un pueblo en «el mas infelice estado y con mas raçon temido», capaz de alterar la paz social frente a las exigencias de los monarcas por medio de protestas, algaradas y —a veces lo más peligroso para el poder soberano— con el uso de temibles panfletos, papelones o cedulones que fueran del común conocimiento de los súbditos del rey y provocasen un movimiento de oposición tan grave como el acaecido en Ávila durante los años 1589-1592. El texto, que cierra el cartapacio de Pacheco de Espinosa, es el siguiente⁷⁹:

⁷⁶ *Libro de cossas curiosas y varias*, fol. 281.

⁷⁷ GRAF, E. C., «Escritor/Excretor: Cervantes's «Humanism» on Philip II's Tomb», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 19.1 (1999), pp. 66-95.

⁷⁸ DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «Un testimonio de protesta social a fines del reinado de Felipe II», en *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, 1986, pp. 219-226.

⁷⁹ *Libro de cossas curiosas y varias*, fol. 282-283v.

Y lo ay bien quel mal no le solle / que de su cosecha es tal / que siendo bien tiene un mal / quel miedo de perdelle

(Glosa) El mas infelice estado / y con mas raçon temido / es el plaçer y aguçado / por ser como condenado / en rebista por perdido / segun esto el amador / no se cause por habelle / ni le afixa el no tenelle / sabiendo que aun en amor / no ay bien quel mal no le selle / Es subsidio y escusado / pecho, alcavala y tributo / que paga el bien alcançado / al mal por fuerça o de grado / como a señor absoluto / y esta costumbre tiene / el bien de parar en mal / no es en el açidente / ni de prestado le uiene / que de su cosecha es tal / Si en el temor y esperança / esta la pena su contento / mejor por es çe el tormento / pues del sespera bonança / y del bien malos sin quento / mas ambos fiunde un metal / y no estan del mal agenos / en el mal ya es natural / pues el bien no paga menos / que en biendo bien tiene un mal / Y el mal que en el mal se ofreçe / aunque es costumbre pasalle / no estando aun y se padeseçe / pero en el bien desuaneçe / por venir sin esperalle / y es ynposible tenelle / sin que algun mal le atropelle / porque quando otro no venga / uno esforçoso que tenga / que el miedo de perdelle.

4. CONCLUSIONES: HACIA LA REVISIÓN DEL ESTUDIO DE LA HIDALGUÍA ABULENSE DE LA ALTA EDAD MODERNA

Una vez analizada la vida y las actividades administrativa y cultural del regidor Luis Pacheco de Espinosa, entrelazadas íntimamente con los sucesos políticos y sociales de su tiempo, se hace preciso inferir la necesidad de realizar un profundo estudio crítico relativo a la nobleza media-baja de la ciudad de Ávila en un momento de decisiva importancia para el devenir futuro de la misma.

La ciudad castellana, según se refleja en las fuentes consultadas, todavía ofrecía unas postreras muestras de esplendor, aunque a mediados del siglo XVII se dio paso a un profundo letargo económico y cultural, ya que la nobleza media y titulada —como el hijo de Luis Pacheco, Gabriel Pacheco Girón, o el aventurero Diego Duque de Estrada— había abandonado sus residencias abulenses en favor de una nueva vida en la Corte; Ávila parecía perder definitivamente a los caballeros que la habían dado fuerza y poder político durante centurias. Asimismo, la ciudad y su territorio se hundían progresivamente en un marasmo económico que reflejaba, en 1683, el comisario real Pedro Núñez de Prado en sus informes destinados al Consejo y Superintendencia de Hacienda⁸⁰; solo el sector agropecuario e industrial vinculado a los textiles daba un cierto respiro a comarcas como la Tierra de Pinares, y en especial al marquesado de Las Navas⁸¹. En materia cultural, solo la Universidad de Santo Tomás y ciertos núcleos eclesiásticos (el santuario de Sonsoles, la catedral del Salvador y la basílica de San Vicente) mostraban una cierta actividad, aunque menor que la de la anterior centuria⁸².

La historiografía sobre la materia presente —en especial, sobre la nobleza media y baja abulense— no es demasiado extensa. Además de las citadas en las anotaciones del presente trabajo, los estudios más actualizados de Serafín de Tapia para los grupos pecheros (y moriscos) de la ciudad, o de

⁸⁰ El informe de Pedro Núñez de Prado sobre la situación de Ávila y diversas localidades de su entorno jurisdiccional se conserva en AGS, *Consejo y Juntas de Hacienda*, legajo 1.960.

⁸¹ LARRUGA, E., *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Madrid, 1792. XX, pp. 25-29, 115-120.

⁸² HERRÁEZ HERNÁNDEZ, J. M.^a, *Universidad y universitarios en Ávila durante el siglo XVII. Análisis y cuantificación*, Ávila, 1994; VICENTE, A. de, «Música, culto y devoción a la Virgen de la Soterraña de Ávila», *Cuadernos Abulenses*, 34 (2005), pp. 257-278.

Santiago Martínez Hernández sobre uno de los miembros más ilustres de su nobleza titulada, han permitido ahondar en la problemática interna de la sociedad abulense del siglo XVI y en el periodo inmediatamente continuo, observando los procesos de asimilación de los miembros de las capas superiores de la sociedad hacia los parámetros expuestos por la Corte o, por otro lado, asistiendo el común de los vecinos sin capacidad de maniobra a los cambios surgidos en las estructuras agrarias y religiosas de la Castilla moderna⁸³.

Por tanto, dentro de esta revisión historiográfica sobre las vivencias de las sociedades modernas de la ciudad de Ávila, esperamos que haya servido la presente comunicación, base de partida de un futuro análisis más profundo y general sobre el mundo nobiliario del periodo reseñado, para la ampliación del conocimiento no tanto sobre un único personaje perteneciente a este estado, sino como un ejemplo del complejo prisma histórico de la «muy noble, muy leal y muy antigua» ciudad castellana que nos ha servido en ello de privilegiado trasfondo histórico: Ávila de los Caballeros.

⁸³ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S., *Don Gómez Dávila y Toledo, II marqués de Velada, y la Corte en los reinados de Felipe II y Felipe III: Nobleza cortesana y cultura política en al España del Siglo de Oro*, Valladolid, 2004; TAPIA SÁNCHEZ, S. de, *La Comunidad morisca de Ávila*, Salamanca, 1991.



Institución Gran Duque de Alba

**LA SOCIEDAD EN CASTILLA EN TIEMPOS
DEL DUQUE DE ALBA**



Institución Juan de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

VIDA Y MUERTE DE LOS CAMPESINOS DE ÁVILA EN LA ÉPOCA DEL DUQUE DE ALBA

Serafín de TAPIA SÁNCHEZ
Universidad de Salamanca

I. INTRODUCCIÓN

En el siglo XVI, el del duque de Alba, si se excluyen los grupos marginales (mendigos, esclavos...), el campesino ocupaba el último lugar de la escala social. A pesar de esta minusvaloración, de su trabajo procedía la mayor parte de la riqueza general de forma que —dejando de lado a los grandes financieros internacionales— las mayores fortunas de la época procedían, no de las actividades artesanales o comerciales, sino de las rentas generadas por los millones de personas que trabajaban la tierra y cuidaban el ganado, rentas que mayoritariamente iban a parar a manos de una minoría de privilegiados que vivían en las ciudades y grandes villas. El presente trabajo, referido fundamentalmente a los aspectos demográficos de la sociedad campesina, se verá completado con otro estudio sobre las condiciones en que se desarrollaba su vida laboral y social¹.

Para entender mejor estas líneas conviene tener en cuenta los condicionantes del medio natural y su repercusión en la formación —dentro del territorio provincial— de comarcas muy diferentes entre sí. Al norte está la tierra de Arévalo, constituida por un paisaje de llanas y arenosas campiñas atravesadas por una débil red hidrográfica. Coincide en gran parte con la comarca denominada la Moraña. En el centro de la provincia se extiende la tierra de Ávila, entre la Moraña y el Sistema Central. La forman tierras onduladas cruzadas por una serie de pequeñas sierras que dan lugar a un paisaje muy diversificado. De Este a Oeste atraviesa la provincia el Sistema Central en cuyo potente relieve alternan los valles y las sierras, y donde el Tormes y el Alberche —junto con unas generosas precipitaciones— conforman un paisaje de zonas húmedas y bosques de montaña. El sur de la provincia lo constituye el piedemonte meridional y el valle formado por el río Tiétar. Su cálido clima contrasta con el frío y los largos inviernos del resto del territorio abulense.

¹ «Trabajo y sociedad en el campo castellano. El universo campesino de Ávila en el siglo XVI» de próxima publicación.

Los estudios de demografía histórica en la Edad Moderna se fundamentan en tres tipos de fuentes: los Censos Generales, los Padrones Municipales y Libros Sacramentales de las parroquias. Los primeros fueron elaborados habitualmente con finalidad fiscal; los segundos son listados nominales hechos para repartir diversas cargas entre el vecindario; y los Libros Sacramentales son los de bautizados, casados y difuntos. En este trabajo no emplearemos los padrones municipales².

2. EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE HABITANTES Y DE LOS ASENTAMIENTOS. DIFERENCIAS COMARCALES

En el siglo XVI se elaboraron varios censos de carácter general en la corona de Castilla. Los más utilizados por los historiadores son los de 1528-36, 1571, 1587 y 1591. Cada uno de estos recuentos tiene características diferentes a causa de múltiples factores: quién y con qué finalidad realizó el recuento; cómo se producen los agrupamientos (por diócesis o por provincias); quiénes aparecen en el censo y quiénes son excluidos (pecheros, hidalgos, clérigos...); cómo se computan determinados grupos sociales (las viudas unas veces corresponden a medio vecino y otras a uno entero). Incluso a veces hay lagunas sorprendentes que se explican porque determinados señores se resistían a que sus lugares fueran censados por funcionarios de la Corona, etc. No obstante la mayoría de tales dificultades pueden ser superadas si se manejan las fuentes con atención.

El Censo habitualmente llamado de 1528 es el resultado de una investigación realizada por funcionarios reales para comprobar el grado de equidad en el reparto del Servicio Ordinario³. Fue realizado entre 1528 y 1536, dependiendo de los lugares, aunque la mayoría se efectuó en 1530, fecha que aquí se tomará como referencia; dadas las características fiscales del Servicio Ordinario solo incluye vecinos pecheros. El de 1571 tenía como objetivo conocer la realidad demográfica del país a fin de que la dispersión de los moriscos granadinos que se estaba llevando a cabo no provocara desajustes no deseados; fue realizado por los corregidores respectivos recabando la información de los párrocos de su distrito⁴; todo hace pensar que están incluidos tanto pecheros como exentos porque siempre se habla de «parroquianos». El de 1587, conocido como «censo de los obispos», es el que menos

² Lo hemos hecho en varias de nuestras publicaciones, por ejemplo en «Estructura ocupacional de Ávila en el siglo XVI», en *El pasado histórico de Castilla y León*, Burgos, 1983, II, pp. 201-223. También los hemos empleado en el trabajo citado en la nota anterior.

³ Además de averiguar cuál fue el repartimiento del Servicio de 1530 (número de vecinos y cantidad pagada), reciben el encargo de que «oviésemos información de las haciendas, trabtos y caudales de los dichos vecinos e de qué vivían e de la calidad dellos... y diésemos nuestro parecer de lo que se debiera cargar o descargar del dicho servicio a cada una de las dichas villas e lugares... para adelante» (AGS, Dir. Gral. del Tesoro, Invent. 24, leg. 1.036). Hay que advertir que en este Censo todo el suroeste provincial no se halla en el legajo de la provincia de Ávila sino en el de Salamanca, en algunos casos porque eran pueblos que pertenecían a aquella diócesis (Becedas...) y en la mayoría por formar parte del señorío de Valdecorneja (Piedrahíta, El Barco, El Mirón, La Horcajada y sus tierras respectivas, más Bohoyo), adserito a Salamanca por pertenecer al duque de Alba. Otro tanto ocurre con Arenas de San Pedro y su tierra (excepto Poyales del Hoyo, que no aparece por error) y con Higuera de las Dueñas, que se hallan en la provincia de Guadalajara por pertenecer al señorío del duque del Infantado, cuya casa ducal radicaba en esa ciudad (AGS, Contad. Gen, leg. 768, fols. 224 y 246).

⁴ Dice el de Ávila en carta al rey: «rescebi una cédula de VM en que me manda embie relación particular de los lugares realengos y eximidos como abadengos y de señorío de Ávila así como los vecinos que cada uno tiene y de las parroquias que ai en esta cibdad y en cada lugar y qué parroquianos tiene cada parroquia y la comodidad, oficios y artificios que ai en ellos en que puedan entretenerse y ganar de comer los mill y quatroçientos moriscos que VM mandó recibiese y repartiese» (AGS, Cám. Castilla, leg. 2.159, fol. 89). No aparecen una serie de lugares del SO que por entonces pertenecían a la tierra de Béjar (Solana, Becedas, etc), así como los que estaban adseritos a la diócesis de Segovia (Maello, Aldeavieja y Blascoeles). Inexplicablemente también falta Madrigal.

credibilidad tiene, pues tiende a ofrecer cifras muy redondeadas, terminadas en uno o dos ceros⁵. Aquí no le tendremos en cuenta. Hay práctica unanimidad en que el más riguroso de los censos generales fue el de 1591, realizado para poder aplicar el reciente impuesto de los «millones». Incluye a los tres estados (pecheros, hidalgos y clérigos), con indicación del número de cada uno de ellos. Aunque peca de cierta subestimación del volumen demográfico, sobre todo en lo referido a las ciudades, hay que reconocer que cuando se refiere a las zonas rurales alcanza niveles bastante fiables en general⁶.

Antes de emplear estos censos como indicadores de la evolución demográfica de la provincia de Ávila es preciso efectuar diversas operaciones previas. La primera consiste en identificar las ausencias de determinadas comarcas o lugares que hoy forman parte del territorio provincial. La segunda es justamente lo contrario: excluir aquellos espacios que antiguamente pertenecían a este distrito y hoy ya no (p. e. tierras de Oropesa y Navamorcuende y la villa de Peñaranda, etc.). La tercera es homogeneizar los datos de los tres cortes cronológicos, es decir, trabajar con categorías iguales; en este caso hemos debido transformar las cifras de pecheros ofrecidas por el censo de 1530 ya que los otros dos recuentos se refieren a población total; para hacerlo hemos convenido que el porcentaje de pecheros en la tercera década sería similar al de 1591, momento donde se indica expresamente el volumen de cada uno de los estamentos. La cuarta operación es intentar cubrir las lagunas existentes acudiendo a la información procedente de otra documentación; esto no siempre es posible⁷.

Otra advertencia previa se refiere al hecho de que todos los listados de la época usaban el «vecino» como categoría de cómputo. Normalmente cada vecino correspondía a una familia, pero no eran raras otras equivalencias: por ejemplo, el censo de 1591 computa cada 10 religiosos como un vecino⁸. Pero, fuera de casos excepcionales, se puede afirmar que vecino equivale a familia. Para transformar el número de vecinos en habitantes hay que encontrar una cifra que corresponda con el volumen medio de las familias de la época. Hace años este asunto suscitó una abundante bibliografía pero hoy se conviene en que 4 es el coeficiente más probable para transformar vecinos en habitantes⁹.

⁵ AGS, Patron. Eclesiástico, leg. 136. También le considera poco riguroso MARTÍN GALÁN, M., «Fuentes y métodos para el estudio de la demografía histórica castellana durante la Edad Moderna», *Hispania*, 148 (1981), pp. 231-325. He aquí algunos ejemplos del número redondeado de vecinos asignados a algunas localidades abulenses: El Barraco, 500; Cebreros, 750; Arenas, 550; Mombeltrán, 550; San Esteban del Valle, 200; Candeleda, 350; Lanzahíta, 200... Este recuento no incluye las localidades adscritas a la abadía de Burgohondo (como Navaluenga, Hoyocaserio...) ni Villanueva del Obispo (hoy «del Campillo»).

⁶ AGS, Dir. Gral del Tesoro, leg. 1.301. Este censo fue publicado, con algunos errores, por GONZÁLEZ, T., *Censo de población de las provincias y partidos de la Corona de Castilla*, Madrid, 1828, pp. 75-96. En este censo hay varias zonas de Ávila que se hallan incorporadas a otras provincias por diversos motivos: así, Arenas de San Pedro y su tierra e Higuera de las Dueñas, aparecen en Guadalajara, tal como se indicó más arriba; otro tanto ocurría con el señorío de Valdecorteja que se incluye en Salamanca, igual que se hizo en el censo de 1530. Además había en esta comarca del SO lugares que por entonces pertenecían a la diócesis salmantina como San Bartolomé de Béjar, Solana [de Ávila], Becedas, Neila de San Miguel, San Miguel de Serrezuela, Narros del Castillo... En cambio, al Este de la provincia, Maello y Blascoles se encuentran en Segovia, a cuya diócesis estaban adscritos.

⁷ Por ejemplo, extrañamente Fontiveros no aparece en la relación del sexmo al que pertenece —el de Santo Tomé— en el censo de 1571. Por fortuna hemos encontrado este dato, aunque referido a 1557, en AGS, Contad. Gener., leg. 2.305. En cambio Madrigal no consta en ese mismo censo y hasta el momento no hemos podido encontrar información que cubra esas lagunas.

⁸ Por ejemplo, los 8 vecinos religiosos que se asignan en 1591 a Madrigal corresponden a 79 religiosos (24 frailes agustinos del convento extramuros y 55 monjas de la misma orden del convento de N.ª S.ª, de Gracia. Los franciscanos, a los que Felipe II tenía especial afecto, gozaban del privilegio de no computar como vecinos, así ocurría con los 12 que había en Barco de Ávila, otros tantos en Arenas y 8 en Bonilla de la Sierra.

⁹ Véase el planteamiento del problema y la bibliografía en MARTÍN GALÁN, «Fuentes y métodos» pp. 288-290. También TAPIA, S. de, «Las fuentes demográficas y el potencial humano de Ávila en el siglo XVI», *Cuadernos Abulenses*, 2 (1984), pp. 31-88, en especial pp. 51-53.

Continuando con el modelo de asentamiento heredado de la Edad Media, la población rural se hallaba dispersa en numerosos núcleos, la mayoría muy pequeños. A lo largo del siglo se fue produciendo cierta concentración, de manera que fue disminuyendo el número de las aldeas más pequeñas en beneficio de las medianas y de las villas. No obstante, en 1591 los 40.707 vecinos (unos 162.800 habitantes) de Ávila continuaban distribuidos en una espesa red de asentamientos, los más pequeños de los cuales serían abandonados en los siglos XVII y XVIII.

Núm. de vecinos	Núcleos 1530	Núcleos 1571	Núcleos 1591
De 1 a 25	147	84	69
De 26 a 100	202	174	167
De 101 a 300	69	105	101
De 301 a 900	11	16	19
De 901 a 4000	1	1	1
Total	429	379	357

Ya hemos dicho que la población total de la provincia según el censo más completo, el de 1591, era de 40.707 vecinos. En los otros dos cortes cronológicos anteriores faltan comarcas o lugares que en 1591 significaban el 6,7 % del conjunto provincial. Incrementando en este porcentaje los datos de tales censos resulta que en 1530 habría 34.082 vecinos y en 1571 serían 36.177, siempre incluyendo la ciudad. De esta población la inmensa mayoría eran pecheros, es decir gentes no privilegiadas que trabajaban manualmente y pagaban los impuestos directos. Los exentos de este pago, o privilegiados, eran los hidalgos y los clérigos. Limitando nuestro análisis al año 1591 y a las zonas rurales¹⁰, vemos cómo en ellas había 668 vecinos hidalgos y 500 clérigos, que representaban el 1,8 % y el 1,3 % respectivamente del total de la población. Los clérigos eran los curas de aldea, que tenían su propia casa y familia; habitualmente había uno en cada lugar pero los pueblos grandes y ricos solían tener varios tenientes de cura. A ellos se podrían añadir los 378 religiosos de ambos sexos (contabilizados como 109 vecinos) más los 32 franciscanos. Los hidalgos rurales estaban mucho más concentrados que los sacerdotes ya que solo en 126 de las 356 localidades estaban presentes. Incluso la mayoría de ellos se agrupaba en unos pocos lugares, de forma que 414 hidalgos se repartían entre 19 núcleos y los 254 restantes entre 107 pueblos. He aquí su distribución:

Número de hidalgos	Número de lugares
1	35
2	24
3	16
4	9
5	11
6	9
7	3
+ 7	19
Total 668	126

¹⁰ La estructura estamental de la ciudad la hemos estudiado en «El marco espacial: la ciudad de Ávila en el siglo XVI», que es el capítulo III de nuestro libro *La comunidad morisca de Ávila*, Universidad, 1991, Salamanca. Por otra parte, ya se ha dicho que el único censo que informa de la composición estamental de cada lugar es el de 1591.

Presentamos una relación de las 19 villas y pueblos donde más hidalgos había, con indicación del número total de vecinos de los tres estados y el porcentaje que los hidalgos significaban respecto al conjunto de la población:

	Total vecinos	Hidalgos	%
Fontiveros	477	111	23,2
Arévalo	870	95	10,9
Madrigal	670	25	3,7
Piedrahita	350	24	6,9
Espinosa de los Caballeros	72	16	22,2
Mombeltrán	632	16	2,5
Arenas [de San Pedro]	554	14	2,5
Flores de Ávila	180	13	7,2
Las Berlanas	195	13	6,7
Nava de Arévalo	103	10	9,7
Cebreros	707	10	1,4
Muñana	120	9	7,5
Adanero	203	9	4,4
El Barco de Ávila	344	9	2,6
Navalperal de Montuenga	57	8	14
San Pascual	72	8	11,1
Mamblas	81	8	10
Ragama	132	8	6
Bonilla de la Sierra	248	8	3,2

Puede observarse que la mayor concentración de privilegiados se daba en la Moraña, no solo en términos absolutos sino especialmente en los relativos. Como es natural, las grandes villas contaban con una significativa presencia de este estamento, aunque también había grandes lugares que prácticamente carecían de ellos: en El Tiemblo, con 474 vecinos, solo vivían 2 familias hidalgas; una lo hacía en Candeleda (393 vecinos) y ninguna en Navalmoral (375 vecinos, incluidos los anejos).

Para analizar los datos proporcionados por los tres censos generales hemos elaborado un cuadro donde se recoge la distribución de la población entre las diversas «tierras» que constituían el conjunto provincial.

EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LA PROVINCIA DE ÁVILA EN EL SIGLO XVI

	1530 vec pech	1530 total vec*	1571 total vec	Diferenc % entre 1530 y 1571	1591 total vec	Diferenc % entre 1571 y 1591	Diferenc % entre 1530 y 1591	1591 pech	1591 % de pech sobre total vec	1591 Hidalg	1591 Clérig	1591 Relig
Tierra de Áv. (sin la ciudad)	12.308	12.714	13.844	8,9	15.894	14,8	25,0	15.386	96,8	297	206	5
Arévalo y T ^a	4.574	4.988	4925	-1,3	5.001	1,5	0,3	4.585	91,7	265	128	23
Arenas y T ^a **	727	750	654	-13,3	964	47,4	28,5	934	96,9	14	15	1
Higuera de las Duenas	162	165	158	-4,2	155	-1,9	-6,1	152	98,1	0	3	
La Adrada y T ^a	793	803	1074	33,7	978	-8,9	21,8	965	98,7	1	12	
Mombeltrán y T ^a	1.140	1.167	1469	25,9	1.801	22,6	54,3	1760	97,7	17	22	
Barco y su T ^a	1.077	1.107	1460	31,9	1.962	34,4	77,2	1.910	97,3			
Piedrahita y T ^a	3.049	3.121	2400	-23,1	3.016	25,7	-3,4	2948	97,7			
Bonilla y su T ^a	776	806	818	1,5	840	2,7	4,2	809	96,3	12	19	
Villatoro y T ^a	1.318	1.339	527	-60,6	737	39,8	-45,0	725	98,4	3	9	
Las Navas	337	340	658	93,5	765	16,3	125,0	759	99,2	1	5	
Candeleda	287	291	284	-2,4	393	38,4	35,1	388	98,7	1	4	
Vadillo de la S ^a	354	357	370	3,6	384	3,8	7,6	380	99,0	0	4	
Villafranca de la Sierra y T ^a	266	269	406	50,9	414	2,0	53,9	410	99,0	2	2	
Villanueva del Campillo	332	336	287	-14,6	318	10,8	-5,4	314	98,7	0	4	
Villanueva de Gómez	90	94	121	28,7	189	56,2	101,1	181	95,8	6	2	
Serranos y Pascualcobo	87	89	75	-15,7	73	-2,7	-18,0	71	97,3	1	1	
Bohoyo y anej.	209	210	175	-16,7	282	61,1	34,3	281	99,6	0	1	
La Horcajada y anejos	246	258	268	3,9	267	-0,4	3,5	255	95,5	5	7	
El Mirón y T ^a	330	339	315	-7,1	263	-16,5	-22,4	256	97,3	4	4	
Varios del señorío D. Juan de Toledo ***	484	498	490	-1,6	434	-11,4	-12,9	422	97,2	7	5	
Suma total sin ciudad	28.946	30.041	30.778	2,5	35.130	14,1	16,9	33.891	96,5	636	453	29
Ávila Ciudad	1523	1901	3.150	65,7	2.826	-10,3	48,7	2456	86,9	203	122	45
Total distrito	30.469	31.942	33.928	6,2	37.956	11,9	18,8	36.347	95,8	839	575	74
Madrigal	626	695			670		-3,6	603	90,0	25	34	8
Poyales del Hoyo			150		157	4,7		156	99,4	0	1	
Maello					359			315	87,7	1	4	
Aldeavieja y Blascoeles					623			618	99,2	0	5	
Varias dióc. Salamanca****	834	851			942			923	98,0	6	3	
Total 1591					40.707			38.962	95,7	871	622	82

* Cifra calculada incrementando el número de pecheros indicado en el censo un porcentaje igual al de los exentos de 1591.

** Sin Poyales del Hoyo que, por error, no aparece.

*** San Miguel de Serrezuela, Mancera y Narros del Castillo.

**** San Bartolomé de Béjar, Solana (de Ávila), Becedas, Gilbuena, Neila de San Miguel y Modmilla.

Hemos comparado los datos demográficos de la provincia de Ávila en las tres fechas y –después de introducir las adecuadas correcciones¹¹– podemos afirmar que entre 1530 y 1571 este territorio aumentó su población el 6,1 %, y desde ese momento hasta 1591 volvió a crecer el 11,9, de manera que entre el primer tercio del siglo y la última década el crecimiento de conjunto fue el 18,8 %¹². Este dato global queda mucho más matizado si distinguimos entre el comportamiento demográfico de la ciudad y el del resto de la provincia. Aquella creció aceleradamente entre la tercera y la séptima década del siglo (el 65,7 %), pero desde ese momento –concretamente desde 1572– hasta la década final de la centuria perderá población (–10,3 %), si bien el saldo de conjunto fue muy favorable (48,7 %). En cambio, la provincia –que multiplicaba varias veces el volumen demográfico de la ciudad– aumentó muy poco su población en el primer tramo (2,4 %), aunque en el segundo acentuará su ritmo de crecimiento (14,2 %); entre 1530 y 1591 conoció un incremento del 16,9 %. Así pues, a lo largo de la centuria la ciudad creció mucho más que las zonas rurales.

Lo ocurrido en el campo abulense parece no coincidir con lo que la bibliografía habitual suele decir: que el auge demográfico duró en Castilla la Vieja hasta los años 70 y que, a partir de entonces, cambió la tendencia o se estabilizó la población a la espera del hundimiento demográfico ocasionado por la sucesión de crisis de subsistencia y sanitarias de la última década del siglo¹³; ese esquema se adapta perfectamente a lo ocurrido en la ciudad de Ávila pero no al resto de la realidad provincial. Es probable que la explicación de la peculiaridad rural abulense haya que buscarla en el medio geográfico: solo una tercera parte de la provincia, la del norte, posee las características propias de las grandes llanadas castellanas, el resto corresponde a comarcas montañosas o a valles situados en la vertiente sur del Sistema Central.

Si analizamos la dinámica demográfica de las grandes unidades provinciales pueden encontrarse algunas claves para entender esta evolución. En otro lugar ya dijimos que el vertiginoso crecimiento de la ciudad en el segundo tercio del siglo –aproximadamente entre 1527 y 1572– se debía en gran medida a la inmigración que llegaba desde la propia provincia, unas veces huyendo de las periódicas hambrunas

¹¹ Consistentes en calcular el total de vecinos de 1530 a partir del de pecheros que ofrece el censo, dando por supuesto que la proporción de exentos sería la misma que indica el recuento de 1591; también se ha cubierto la laguna de Fontiveros en 1570 con el dato de su población en 1557.

¹² Cf. MOLINIÉ-BERTRAND, A., *Au Siècle d'Or. L'Espagne et ses hommes. La population du royaume de Castille au XVI siècle*, Paris, 1985, p. 172. Esta autora realizó cálculos similares y llegó a conclusiones bastante diferentes. La explicación hay que buscarla en que ella no tuvo en cuenta que cada uno de los tres recuentos posee características diferentes, de forma que –como ya se dijo en notas precedentes– en unos se incluyen determinadas zonas de la provincia y en otros no: por ejemplo, en 1530 no aparecen en el legajo de Ávila: Piedrahita, Barco de Ávila, Arenas de San Pedro y El Mirón y sus respectivas tierras, ni Higuera de las Dueñas, ni varios pueblos que entonces pertenecían a la diócesis de Salamanca como Becedas, Gilbuena, San Miguel de Serrezuela, Narros del Castillo, Mancera de Arriba, etc. Como muchos de estos lugares sí se incluyen en los recuentos de 1561 que ella utiliza, el resultado al que llega es que la población creció desde 1530 hasta 1561 el 28,7 %. La historiadora francesa emplea como referencia de 1561 los padrones realizados con ocasión de las Averiguaciones de Alcabalas conservadas en la sección Expedientes de Haciendas del AGS. Nosotros hemos preferido para este cálculo el Censo de 1571, cuyos datos en muchas ocasiones coinciden con los de 1561. No obstante indicamos las referencias archivísticas de los padrones de 1561: AGS, Exp. Hac. leg. 43 (Arévalo y su Tierra), 50 a 54 (Ávila y su tierra), 56 (Barco de Ávila y su tierra), 79 (Cebreros), 142 (Piedrahita y su tierra), 201 (Villatoro y su tierra) y 908 (El Tiemblo). En general la sección de Expedientes de Hacienda está deficientemente organizada, de forma que algunos lugares tienen su documentación dispersa entre varios legajos; por otra parte, como se realizaron Averiguaciones de Alcabalas en tres momentos distintos (en torno a 1561, a 1586 y a 1597), constantemente se mezclan los expedientes de diversas fechas.

¹³ Véase, por ejemplo, MARCOS MARTÍN, A., «Los estudios de demografía histórica en Castilla la Vieja y León (siglos XIV-XIX). Problemas y resultados», en PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. S. (eds.), *Demografía histórica en España*, Madrid, 1988, pp. 247-268, especialmente pp. 252-254.

y otras buscando trabajo en los numerosos talleres urbanos¹⁴. Precisamente algunas de las comarcas relativamente cercanas a la ciudad conocen en estos años una significativa pérdida de población, es el caso de Villatoro y su tierra (pierde el 60,6 %) y Piedrahita y su tierra (-23,1 %). En cambio las villas más alejadas de la capital y sus respectivas tierras incrementan sus habitantes: La Adrada (33,7 %), Mombeltrán (25,9 %) y Barco de Ávila (31,9): la capacidad de atracción de la ciudad no llegaba hasta estas zonas. La Moraña se mantiene, con un ligerísimo descenso (-1,3 %). En el último tercio del siglo, cuando la ciudad perdió atractivo para los aldeanos, prácticamente todas las comarcas aumentan sus efectivos, incluso las que los habían perdido en grandes cantidades (como Villatoro y Piedrahita). También la tierra de Ávila participa de este comportamiento. Se exceptúa de la marcha general El Miron y su tierra que ve degradarse imparablemente su vigor demográfico: la mediocre calidad de aquellas tierras y su situación marginal eran un lastre difícil de soportar: a lo largo del siglo -que fue una época de generalizada bonanza- esta subcomarca perdió el 22,4 % de sus efectivos humanos. También merece un comentario la Moraña; aunque esta comarca es más extensa que lo que comprende «Arévalo y su tierra» (que no incluye Madrigal, ni la zona de Fontiveros y Cantiveros que forman parte del sexmo de Santo Tomé de la tierra de Ávila), es significativo que esta productiva zona mantenga, incluso en los momentos de expansión económica, completamente estabilizada su población. Este hecho sin duda tuvo que estar condicionado por las características productivas de la Moraña, que eran diferentes a las del resto del territorio, ya que esta comarca es la única en la que rige el monocultivo cerealista mientras que en las demás hay un acentuado policultivo que, aunque genera pocos excedentes comercializables, garantiza una mejor alimentación a la población a la vez que facilita un reparto más equitativo de los recursos agropastoriles. Es decir, que es probable que las partes cerealistas del norte provincial fueran más vulnerables a las grandes oscilaciones productivas y a su secuela natural, el periódico déficit alimentario¹⁵.

Hemos dejado para el final el comentario de lo sucedido en Arenas y su tierra¹⁶. Según los datos recogidos en el cuadro, su evolución es bastante extraña ya que entre 1530 y 1570 desciende bastante, contradiciendo lo observado en el resto de la zona sur de la provincia. Nos atrevemos a proponer que en esos dominios señoriales la cifra de población de 1571 fue voluntariamente rebajada, por algún motivo que desconocemos. De hecho, conocemos la población de ese territorio en 1552, y en esa fecha se indica¹⁷ que había 902 vecinos. Resulta difícilmente comprensible que entre 1552 y 1571 se pierda el 27 % de los efectivos, máxime cuando esos fueron años de generalizada bonanza demográfica en todos los territorios abulenses. Por tanto, si sustituyéramos el dato de 1571 (654 vecinos) por el de 1552 (902 vecinos) la evolución demográfica de Arenas y su tierra sería similar a la de Mombeltrán y su tierra y el resto de lugares del sur de la provincia.

Así pues, si se excluye la ciudad, el cambio de coyuntura demográfica en Ávila se retrasa hasta la última década del XVI, dándose la circunstancia atípica de que en el último tercio de la centuria hubo un incremento poblacional mucho más intenso que en el precedente. Pero esta evolución del conjunto provincial no fue homogénea. Hemos analizado el comportamiento de los grandes núcleos y comprobamos que fue diferente del que conoció el conjunto de la provincia. Sin contar la ciudad¹⁸, en las 17 localidades más grandes -las que superaban los 340 vecinos en 1591-, se obtienen los siguientes datos:

¹⁴ TAPIA, «Las fuentes demográficas», pp. 66-70.

¹⁵ Más adelante desarrollaremos cómo se produce el vínculo entre la irregularidad agrícola, las crisis de subsistencia, la enfermedad y la mortalidad epidémica.

¹⁶ La tierra de Arenas estaba constituida por El Arenal, El Hornillo, Guisando, Ramacastañas, Hontanares, La Parra y [Poyales de] El Hoyo. La población de estos lugares en 1591 fue de 154, 72, 68, 39, 56, 21 y 157 vecinos respectivamente. Ya hemos dicho que en el censo de 1530 no aparece Poyales del Hoyo; tampoco lo hará en el listado de 1552.

¹⁷ En el mismo documento (AGS, Contad. Gen., leg. 768, fol. 246) aparecen dos columnas: «Los vecinos que tenían el año de 30» y «La que tiene el año de 52».

¹⁸ Cuyo pico demográfico fue en 1572 cuando se alcanzaron casi los 3.400 vecinos, 2.724 de ellos pecheros (TAPIA, «Las fuentes demográficas», p. 82).

	1530	1571	1591
Madrigal	695	-	670
Arévalo	695	875	870
Fontiveros	605	605	477
Cardenosa	286	331	386
Navalmoral de la Sierra	148	374	375
Las Navas	340	658	765
El Barraco	393	584	729
El Tiemblo	292	500	474
Cebreros	552	787	707
Arenas	483	420*	554
Mombeltrán	446	450	632
San Esteban del Valle	236	250	343
Barco de Ávila	350	300	344
Piedrahíta	341	317	350
Candeleda	291	284	393
Becedas	270	-	356
Vadillo de la Sierra	358	370	384

* En 1552 había 539 vecinos.

Dejando de lado los dos concejos de los que falta algún año y los confusos datos de Arenas, el total de vecinos en cada uno de los cortes es de 5.333 en 1530, 6.685 en 1571 y 7.229 en 1591¹⁹, es decir que en el primer tramo aumentó el 25,3 % la población y en el segundo el 8,1 %, de forma que en el conjunto del periodo creció el 35,5 %. Por tanto el ritmo evolutivo fue bastante diferente del que afectó al conjunto rural de la provincia ya que en estos grandes pueblos el ímpetu más fuerte tuvo lugar antes de 1571, lo mismo que ocurrió en la ciudad y en el resto de la región. Hay que concluir, por tanto, que fueron los pequeños lugares los que marcaron la tónica de un proceso pausado, aunque positivo, hasta 1571 y una aceleración demográfica desde ese año hasta 1591. Para valorar este dato adecuadamente hay que recordar que en las localidades pequeñas vivía casi el 82% de la población rural de la provincia. El único grupo que queda fuera de este esquema es el de las minúsculas aldeas: gran parte de las que aparecen en el recuento de 1530 no constan en el de 1591, suponemos que porque unas veces el funcionario las englobaba en el núcleo principal y otras porque sus habitantes las habrían abandonado; efectivamente, a partir de finales del XVI proliferan los «despoblados» en la provincia²⁰.

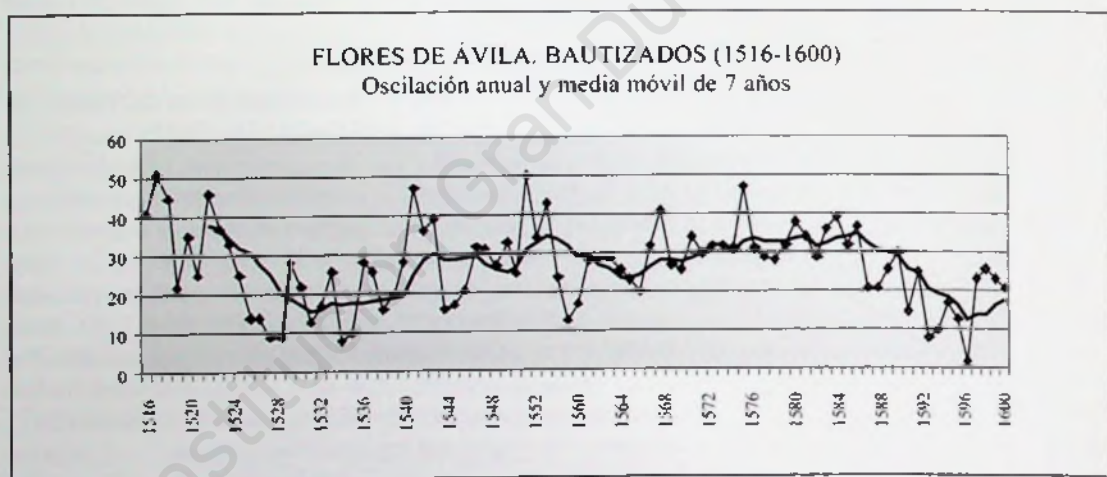
¹⁹ Tal como hicimos en el cuadro anterior, las cifras de 1530 resultan de incrementar el número de pecheros indicado en el censo de ese año un porcentaje igual al que representaban los exentos de 1591 en cada uno de los lugares. Los datos de 1530 de Barco, Piedrahíta y Becedas proceden del Censo de 1534 de la diócesis de Salamanca publicado por GONZÁLEZ, *Censo de población*, pp. 100 y 105. Tanto Barco como Piedrahíta estaban rodeados de una serie de anejos y arrabales cuya numerosa población no se incluye en este cuadro. Anejos del Barco: La Carrera, La Retuerta, Navamorisca, Cabezueto, Vallejohondo, Navalromo, La Canaleja, Las Cabezas Cimeras, Las Aceñas, La Aceñuela, Navatejares, La Cereceda y La Calleja. Estos «lugaritos y barrios y arrabales anejos» en 1587 (en el llamado «censo de los obispos») agrupaban otros 345 vecinos. Los anejos de Piedrahíta eran: Palacios, Pesquera y el Soto, La Almohalla, La Cañada, Las Casas, La Aldihuela, Navahermosa y La Gargantilla; en 1534 estos anejos de Piedrahíta tenían 205 vecinos.

²⁰ Este asunto ha sido estudiado por RODRÍGUEZ SILVA, A., «La situación de los despoblados en tierras castellano-leonesas durante el siglo XVIII. El caso de los despoblados en la provincia de Ávila», en *El pasado histórico de Castilla y León, Congreso de Historia de Castilla y León*, Burgos, 1983, 2. I, pp. 381-393. El autor incide en localizar quiénes fueron los beneficiarios de este fenómeno, concluyendo que fue la alta nobleza, a cuyas manos fue a parar el 38,46% de los despoblados abulenses (p. 387).

3. EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE NACIMIENTOS EN ALGUNOS LUGARES Y COMPORTAMIENTOS DEMOGRÁFICOS SEGÚN LOS LIBROS PARROQUIALES

Si se comparan los datos de los Censos Generales con los procedentes de los Archivos Parroquiales (que suelen ser mucho más fiables), se comprueba que ambas fuentes coinciden en líneas generales. El problema es que para estas épocas tan tempranas se conservan muy pocos Libros Sacramentales (Bautizados, Casados y Difuntos), sobre todo para la zona sur de la provincia, y los que hay presentan numerosas lagunas e insuficiencias (especialmente los de Difuntos). Veamos la evolución demográfica de algunos pueblos.

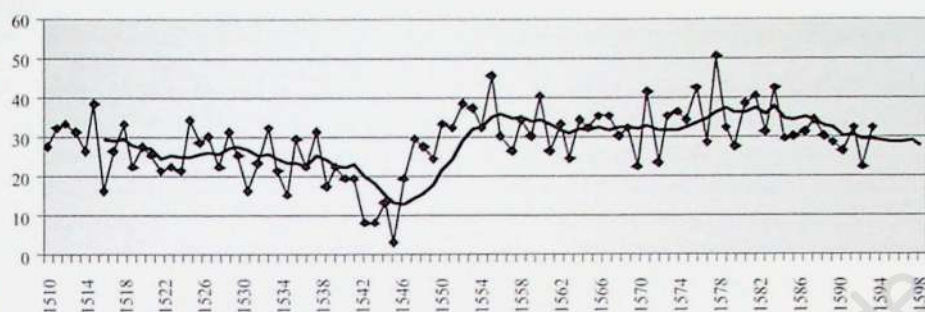
FLORES DE ÁVILA (en la Moraña). Su curva de Bautizados, iniciada en 1516, refleja perfectamente cómo la época del esplendor demográfico del XVI procede del siglo anterior. Después de la revuelta comunera se inicia un periodo de crisis (años 1528-1536), donde se sitúa el censo de 1530. En los años 60 se alcanza una cierta estabilidad que se mantiene (con los habituales sobresaltos) hasta 1586, momento en que se inicia el descenso finisecular que reflejaban los censos generales que, para este pueblo, ofrecen los siguientes datos: 236, 254 y 180 vecinos en 1530, 1571 y 1591 respectivamente. Estas cifras se hallan en total sintonía con la evolución del número de bautizados.



Más hacia el sur, muy cerca de la ciudad, está MINGORRÍA —el pueblo con la serie bautismal más precoz—. Su caso es parecido al de Flores de Ávila aunque también existen algunas diferencias. Las semejanzas consisten en que se parte de un alto nivel y se continúa con un acentuado descenso. Después hay un vertiginoso incremento de los nacimientos hasta que en 1559-60 se estabilizan, continuando a gran nivel hasta 1583-85. Los tres últimos lustros son descendentes. La diferencia más importante respecto a Flores es la cronología del descenso de los nacimientos y su posterior recuperación; aquí el valle de la media móvil se retrasa hasta 1543-1546.

MINGORRÍA. NACIMIENTOS (1510-1600)

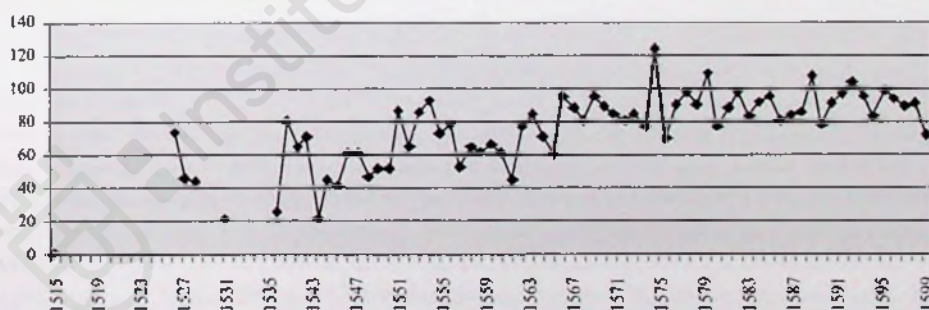
Oscilación anual y media móvil de 7 años

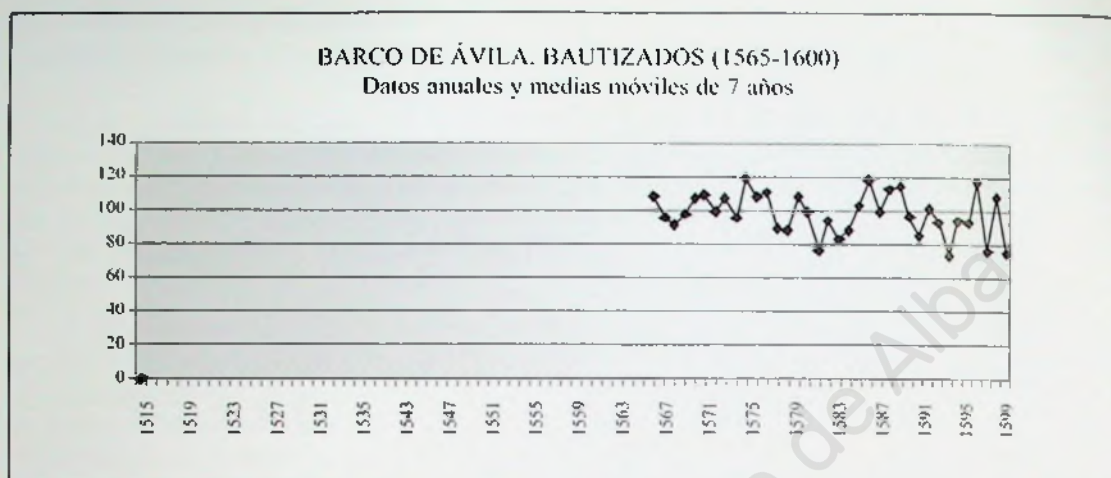


Lo que se podría considerar como el modelo del suroeste (valles del Tormes y del Corneja) es algo diferente: aunque solo la amplitud de la curva de PIEDRAHITA permite una visión del conjunto, los datos de BARCO DE AVILA no contradicen dicha visión. En estos valles se observa un crecimiento constante –con los característicos sobresaltos debidos a la irregularidad de las cosechas– que se mantiene hasta final de los años 80. El descenso del último decenio –imposible de apreciar en el censo de 1591– corresponde a las reiteradas crisis de subsistencia de aquella década.

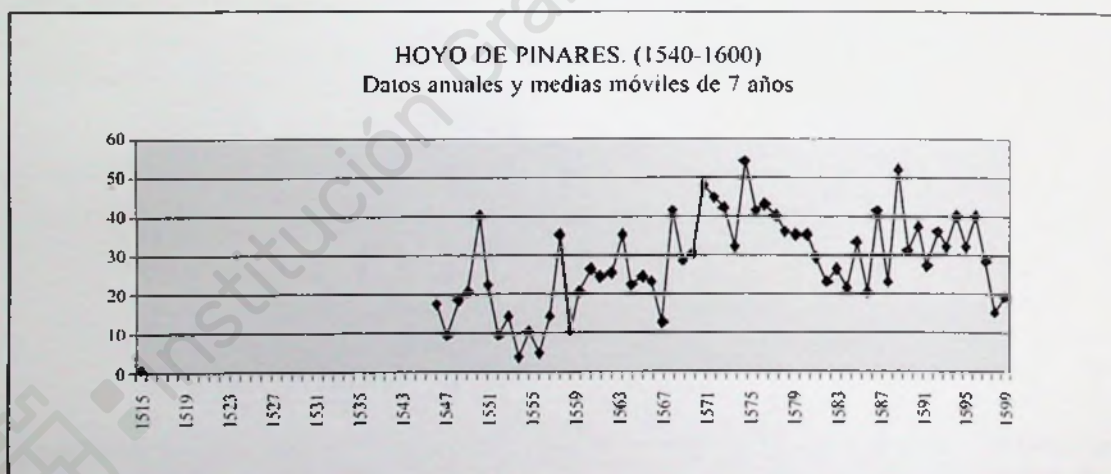
PIEDRAHITA. BAUTIZADOS (1527-1600)

Datos anuales y medias móviles de 7 años





En el HOYO DE PINARES se acusa con nitidez la crisis de subsistencia de 1552-56 de la que abajo hablaremos. También queda muy claro cómo el punto de máxima población se alcanzó en la década de los 70 y cómo la de los 90 fue de profundo declive.



3.1. COMPORTAMIENTOS DEMOGRÁFICOS

De los factores demográficos fundamentales —natalidad, mortalidad y nupcialidad— es esta última la que permite reflejar actitudes demográficas propias de los diversos colectivos humanos ya que en el pasado era el único factor donde intervenía la voluntad humana. Además la nupcialidad guarda directa relación con la fecundidad porque por entonces ésta venía determinada por la edad a la que producía el casamiento (en especial el de la mujer) y por el número de los que permanecían solteros.

Poco o nada sabemos de la edad a la que se casaban las campesinas y campesinos de Ávila. Sería preciso aplicar la técnica de reconstrucción de familias para averiguarlo. Tampoco las grandes monografías sobre la España interior dicen nada al respecto. A modo de referencia recordaremos lo que hace años escribió Bennassar sobre algún pueblo de Valladolid: que los hombres se casaban a los 23,75 años y las mujeres a los 20,18 años²¹. Suponemos que algo parecido ocurriría en las aldeas abulenses.

Nuestras fuentes no nos permiten hacer demasiadas cosas. No obstante sí es posible calcular el *Índice Bruto de Fecundidad*, es decir, dividir el número de nacidos entre los matrimonios habidos en el mismo periodo. Lo hemos podido hacer en 12 pueblos, aunque en distintas fechas. El cálculo se ha realizado sobre 10.894 nacimientos y 2.402 matrimonios y ofrece un resultado razonable: una media de 4,5 hijos por pareja. Como elemento de comparación puede tenerse en cuenta que, para un periodo similar (1578-1611), en la ciudad de Ávila resulta 3,5. Las notables diferencias entre las diversas localidades hay que atribuir las fundamentalmente al periodo del que proceden los datos: por ejemplo, si éstos solo son de la última década —caracterizada por las sucesivas crisis de subsistencia y por la peste— el índice será muy bajo, tal como reflejan los casos de Palacios de Goda y El Barraco.

Localidades	Periodo	Bautizados	Casados	Índice Bruto Natalidad
Barco de Ávila	1565-1600	3501	642	5,5
Piedrahíta	1575-1600	2289	393	5,8
Palacios de Goda	1594-1600	138	49	2,8
Flores de Ávila	1565-1598	958	288	3,3
Cardeñosa	1583-1600	595	160	3,7
Mingorría	1571-1600	815	229	3,6
Padiernos	1576-1600	391	93	4,2
Muñogalindo	1584-1600	188	60	3,1
Gemuño	1581-1600	132	45	2,9
Hoyo de Pinares	1588-1600	412	99	4,2
El Barraco	1592-1600	527	208	2,5
El Tiemblo	1586-1600	948	136	7,0
Total / Promedio		10.894	2.402	4,5

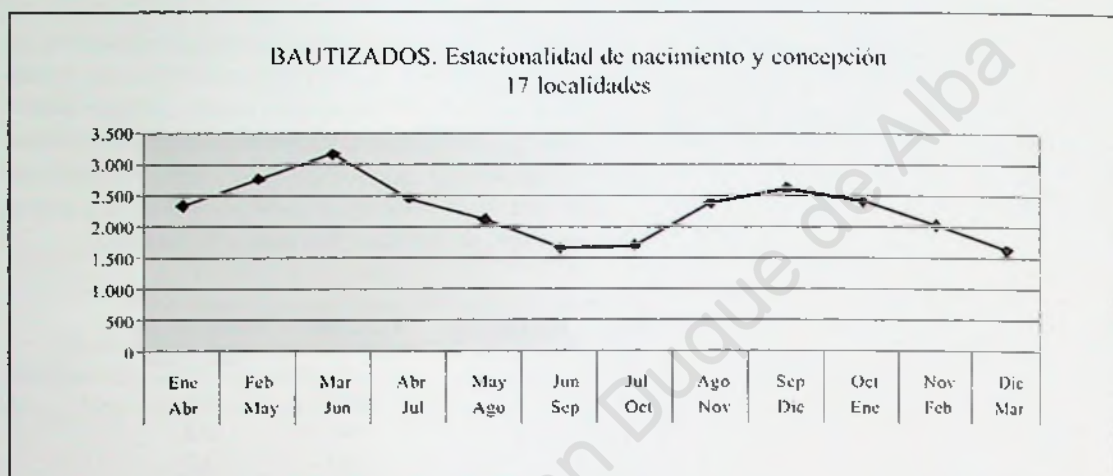
Desde un punto de vista social lo importante no es traer tres, cuatro o cinco hijos al mundo por pareja sino conservarlos, hacerlos llegar a la madurez a fin de aportar su fuerza laboral y su capacidad reproductiva a la sociedad. Por ello conviene tener en cuenta que, según todos los demógrafos, hasta el siglo XVIII la tasa de mortalidad de los párvulos era del 500 por 1000, de forma que la mitad de los nacidos no llegaba ni a la pubertad²². Obviando prolijos detalles de propios de la demografía histórica, concluiremos que el tamaño medio de la familia campesina oscilaría entre 3,5 y 4. Muy por debajo, por tanto, de lo que hasta no hace demasiado tiempo decían los historiadores. Estos son los datos medios, pero había considerables diferencias porque en las familias concretas intervenía decisivamente el factor económico, habiendo una relación directa entre niveles de renta y supervivencia de la prole. Otro de los aspectos interesantes del comportamiento demográfico se refiere a la estacionalidad, es decir al reparto a lo largo del año de los diversos acontecimientos demográficos.

²¹ Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglos XVI, Valladolid, 1989, p. 185.

²² PÉREZ MOREDA, V., *Las crisis de mortalidad en la España interior, siglos XVI-XIX*, Madrid, 1980, p. 143.

3.2. ESTACIONALIDAD DE LOS NACIMIENTOS

Respecto a los nacimientos, lo más significativo es conocer la estacionalidad de las concepciones. Presentamos una muestra de 17 localidades, comprendiendo 27.356 acontecimientos. Habría que tener en cuenta que el bautismo se producía de 10 a 14 días después del nacimiento.



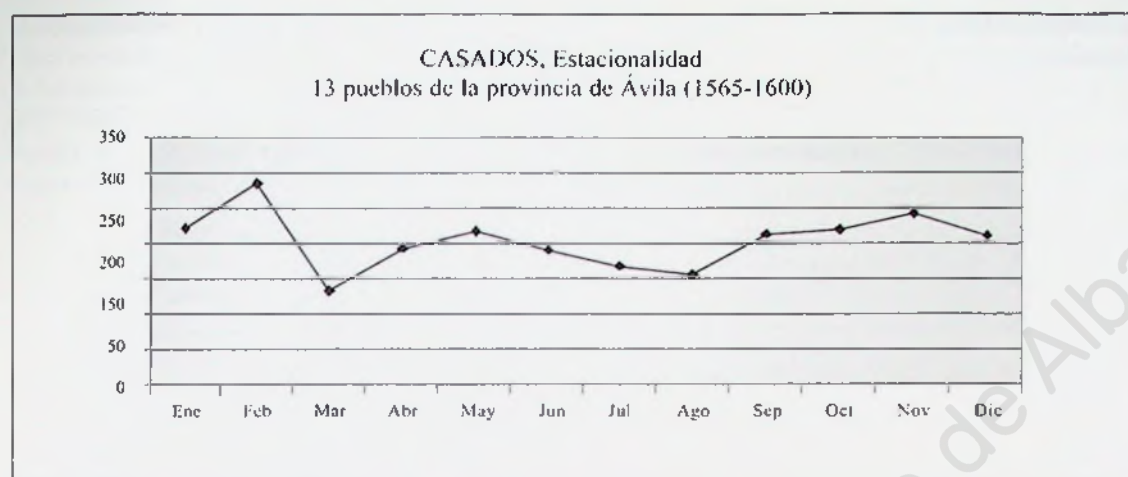
Se observa que el máximo principal de las concepciones se produce a finales de primavera y comienzo del verano; el máximo secundario se localiza en diciembre y los dos meses contiguos. Y el mínimo principal coincide con marzo y el secundario con septiembre-octubre. Estos datos son semejantes a los de la ciudad y a los de otros lugares donde esto se ha estudiado²³.

Las explicaciones para estos comportamientos pueden ser las siguientes: para el máximo principal hay que acudir a que es la primavera, la época en la que en toda la naturaleza se manifiesta la fuerza de la vida (es «la estación de los amores»). Para el máximo secundario se puede aducir que en esos meses es cuando hay menor actividad agrícola y también que se corresponden con que 9 meses antes —en febrero— tiene lugar el máximo de bodas. Las explicaciones para los niveles mínimos se suelen relacionar con que en marzo había una mayor abstinencia de las relaciones sexuales por recomendación de la Iglesia. El mínimo secundario corresponde con el momento de máxima actividad agrícola y ganadera (junio y julio).

3.3. ESTACIONALIDAD DE LAS BODAS

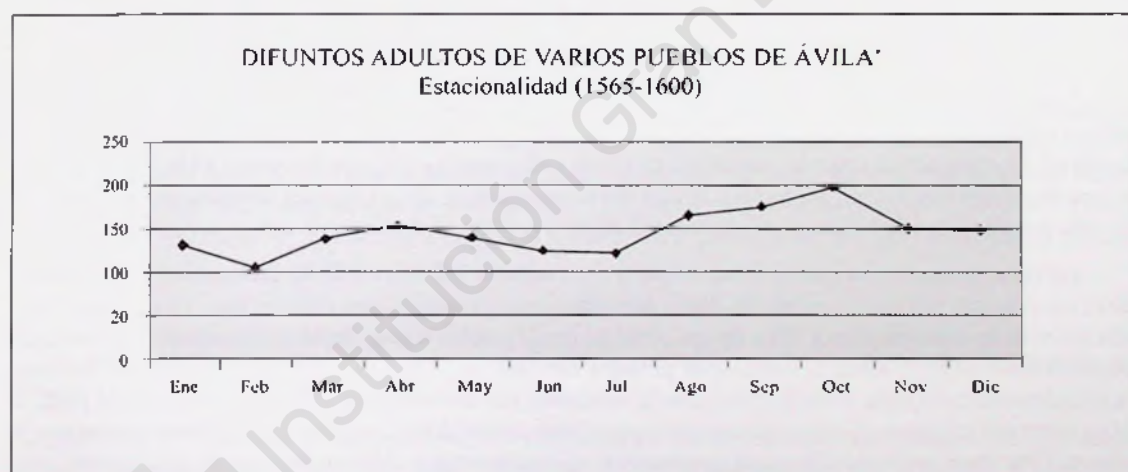
Los mínimos anuales reflejan la prohibición de la Iglesia de casarse en Cuaresma (marzo) y entre el Adviento y Epifanía (diciembre y enero). Otro mínimo secundario coincide con la época de mayor trabajo agrario (agosto y julio). Por el contrario, los máximos anuales corresponden con las semanas que preceden a las anteriores interdicciones, así como con el mes central de la primavera, mayo.

²³ Dos ejemplos clásicos serían GOUBERT, P., *Beauvais et le beauvaisis de 1600 a 1730*, París, 1956, p. 68; y en España RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Á., *Cáceres: población y comportamientos demográficos en el siglo XVI*, Cáceres, 1977, p. 101.



Este cuadro se ha elaborado con las 2.488 bodas habidas en 13 localidades²⁴ entre 1565 y 1600.

3.4. ESTACIONALIDAD DE LA MORTALIDAD

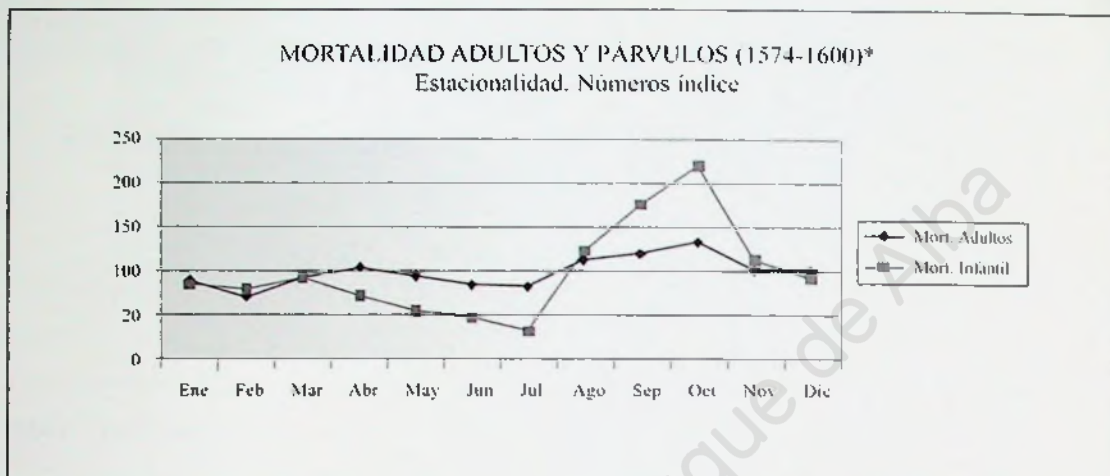


*Adanero, Cardenosa, Collado de Contreras, Fontiveros, Langa, Mingorría, Muñogalindo, Navalmoral de la Sierra y Palacios de Goda (1.789 personas).

El máximo estacional de la mortalidad adulta es estivo-otoñal ya que en la antigüedad tenían un gran peso las enfermedades del aparato digestivo (trastornos gastrointestinales debidos a consumo de alimentos en mal estado, aguas escasas y a veces infectas, fruta inmadura...). Esta circunstancia se acentuaba con los párvulos, en parte a causa de la arraigada costumbre de restringir el consumo de agua

²⁴ El Barco de Ávila, (1565-1600); El Barraco, (1592-1600); Cardenosa (1583-1599); Flores de Ávila (1565-1598); Hoyo de Pinares (1588-1599); Gemuño (1581-1600); Mingorría (1571-1600); Muñogalindo (1584-1600); Naharrillos del Álamo (1572-1599); Padiernos (1576-1600); Palacios de Goda (1594-1600); Piedrahíta (1575-1600) y El Tiemblo (1586-1600).

y otros líquidos cuando padecían diarreas; el resultado de esta práctica era la drástica deshidratación de los niños y su muerte.



* Los datos de los párvulos proceden de Adamero, Cardénosa, Collado de Contreras, Mingorria, Muñogalindo y Palacios de Goda (640 personas)

4. LAS CRISIS DE SUBSISTENCIA

Los factores fundamentales de las crisis de mortalidad eran dos: las enfermedades epidémicas y el déficit alimenticio. Entre ambos existía una clara interdependencia hasta el punto de que raramente había crisis de mortalidad puramente «epidémica» o «de subsistencia»; lo más frecuente es la crisis mixta, en la que se combinan ambos factores²⁵. Dadas las características de las fuentes disponibles, en este trabajo solo prestaremos atención a los problemas de la subsistencia dejando de lado los sanitarios.

La relación entre las crisis alimenticias y el resultado del año agrícola podía tener dos modalidades: La primera era la sucesión de dos o tres años con producciones muy cortas. La segunda era la alternancia de años buenos y años malos. Ambas modalidades tenían nefastos resultados para los campesinos modestos. Cuando acontecía la primera de ellas las consecuencias eran siempre el hambre y la subalimentación, que eran la cuna donde anidaban las enfermedades epidémicas como la peste, el tifus (con sus variantes y denominaciones populares «tabardillo», «fiebre punticular» o «pintas»), la viruela, etc. Pero era especialmente sangrante el mecanismo que funcionaba cuando las cosechas oscilaban entre la abundancia y la escasez; consistía en lo siguiente: el año de buena cosecha coincidía con unos precios bajos del grano, de forma que los campesinos —una vez cubiertas sus deudas— obtenían escaso beneficio al vender, poco después de recoger la cosecha, los pocos excedentes obtenidos. En estos meses en que el grano era abundante y barato, los poderosos no lo vendían sino que lo compraban y «empaneraban». Si la siguiente cosecha era corta las gentes modestas veían cómo sus magras reservas se agotaban hacia el final del invierno, momento que aprovechaban los que tenían sus paneras repletas para venderlo a precios especulativos. Los protocolos notariales están llenos de miles de contratos donde los pobres campesinos se ven obligados, para sobrevivir, a comprar al fiado grano entre febrero y mayo a quienes tienen reservas; las fórmulas contractuales empleadas unas veces dejan claro el mecanismo de especulación con los precios y otras lo ocultan con expresiones nada precisas

²⁵ PÉREZ MOREDA, *Las crisis de mortalidad*, p. 82.

que permitían el abuso sobre los pobres. Raro era el rentista o la institución que no participaba en aquel perverso juego de comprar cereales panificables en agosto y septiembre a bajo precio, meterlo en las paneras a esperar a que las escasas reservas de las gentes modestas se fueran agotando, y venderlo entonces a un precio muy superior al de la compra. La Iglesia –casi con seguridad el mayor acaparador de excedentes agrarios– incluso tenía institucionalizada esta práctica. Dicen las constituciones sinodales del obispado de Ávila de 1557:

Mandamos que de aquí adelante los mayordomos de cualesquiera de las yglesias de nuestro obispado sean tenidos de vender en cada un año los panes de su mayordomía... en estos tiempos: la cevada en el mes de marzo y abril, y el trigo y centeno en mayo y en junio, y allende los puertos, la cevada en diciembre y enero y el trigo y centeno en abril y mayo... Y si los dichos mayordomos en cada un año no vendieren el dicho pan por la manera suso-dicha, que por ese mismo fecho sean tenidos de lo pagar a la dicha iglesia según que másuviere valido en aquella comarca en los dichos meses²⁶.

De forma que se forzaba a los mayordomos –so pena de pagar de su bolsillo el «lucro cesante»– a aprovechar al máximo la diferencia estacional de los precios ya que los beneficiarios del diezmo no tenían necesidad de venderlo cuando su precio era bajo sino que podían esperar a que este alcanzara su nivel máximo. Esta práctica sería imitada por otras instituciones; así el concejo de Villafranca de la Sierra incluyó en sus Ordenanzas de 1547 un capítulo, que no se encontraba en las de 1517, que decía:

Otrosí fue ordenado que'l pan del concejo de la dicha villa que tuviere de renta de sus propios, que no se pueda vender ni venda por ninguna necesidad que la villa tenga hasta entrado el mes de mayo de cada un año²⁷.

No obstante, haciendo un esfuerzo de benevolencia histórica, podría hacerse una interpretación distinta de este tipo de disposiciones: que lo que movía a estas instituciones no era el aprovechamiento especulativo de la favorable coyuntura de los precios sino su voluntad de reservar su grano hasta el momento en que más escaseaba, a fin de impedir el hambre física de «los que poco pueden». Claro que, si esta hubiera sido la intención, tendrían que haber añadido alguna disposición sobre el precio social al que tendría que venderse este grano.

Veamos qué ocurrió en esta provincia castellana durante algunas de las crisis más características del siglo:

CRISIS DE 1507. La centuria comienza con una serie de malas cosechas que ocasionan alteraciones en los precios muy perjudiciales para todos (excepto para los grandes propietarios). Los Reyes Católicos, conocedores de la existencia de las prácticas especulativas con el pan, en 1502 imponen la tasa, el precio máximo para los cereales²⁸. Pero esta medida se demuestra inútil ante la sucesión de las

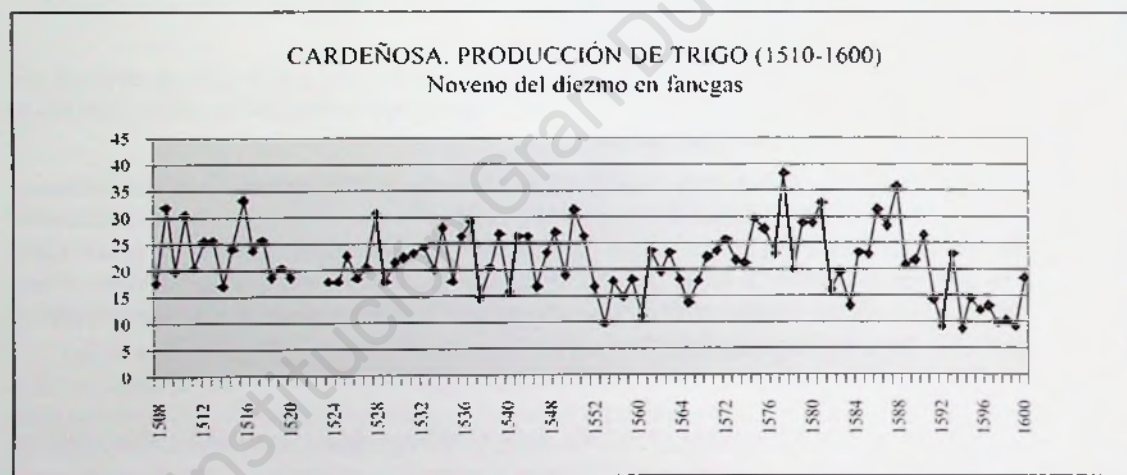
²⁶ GARCÍA GARCÍA, A., *Synodicon Hispanum. VI. Ávila y Segovia*, Madrid, 1993, p. 154. Disposiciones parecidas a esta de Ávila se hallan en las constituciones sinodales de otras diócesis, como las de Segovia, Astorga, Palencia... (Ibidem, pp. 524-525 y tomo III, p. 58; también CASTRO MATÍAS, M. de, «Los libros de cuenta de la 'Fábrica' de las iglesias parroquiales...», en *Actas I Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas. Historia Moderna*, Santiago de Compostela, 1975, pp. 153-168). Llama la atención cómo en este texto de las constituciones abulenses se tiene en cuenta la diferencia en el calendario agrícola de la zona norte de la provincia y la zona sur, esta más adelantada que aquella.

²⁷ Capítulo XXVIII de las Ordenanzas publicadas por FRANCO SILVA, A., *Señoríos y ordenanzas en tierras de Ávila: Villafranca de la Sierra y Las Navas*, Ávila, 2007, p. 137.

²⁸ HAMILTON, E. A., *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Barcelona, 1975 (1ª ed. 1934), p. 258.

malas cosechas, de las grandes sequías, de la incorregible especulación de los regatones y de la elevación del precio del trigo; el hambre se extiende²⁹ y con ella, la muerte. En estos años aún no había Libros de Difuntos (el primero de la diócesis es el de Adanero y no comienza hasta 1574), pero según el Libro de Fábrica de Cardenosa, en 1502-03 se abrieron 15 sepulturas; en 1505-05 fueron 28 y en 1506-07 se llegó a 103; estamos ante un testimonio fehaciente de la alta morbilidad de aquella crisis. Sabemos que en estas tierras se vigiló el cumplimiento de la tasa impuesta por la Corona: en agosto de 1504 dos vecinos de Bernúy de Zapardiel —en plena Moraña— fueron acusados por el alguacil de la ciudad de haber vendido trigo, cebada y centeno a más precio de la premática (500 fanegas en total); se le puso una multa considerable: 500 maravedíes (mrs) por fanega³⁰.

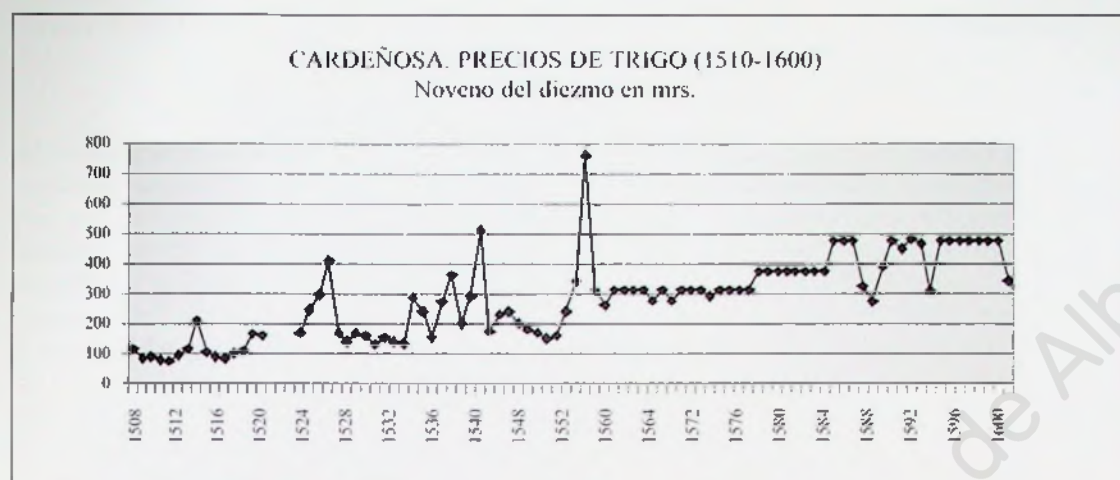
Además de esta generalizada crisis de subsistencia, la literatura al uso nos informa de la existencia de otras en bastantes años del siglo (1521-22; 1530-31; 1541-42...). Aquí solo vamos a comentar aquellas de las que disponemos de información de carácter local, procurando que sean de tipologías diversas. Y, ateniéndonos a la comentada relación entre volumen de la cosecha y suficiencia alimenticia, para orientarnos en la localización de los periodos críticos nos serviremos de los datos proporcionados por la serie más completa del diezmo, la de Cardenosa (1510-1610), pueblo situado aproximadamente en el centro de la provincia³¹.



²⁹ Cf. nuestro artículo «Los factores de la evolución demográfica de Ávila en el siglo XVI», *Cuadernos Abulenses*, 5 (1986), pp. 159-160.

³⁰ Archivo Histórico Provincial de Ávila (AHPAv). Sección Audiencia (A), leg. 1.071. Se recuerda que la fanega de peso equivalía a 43.24 kg.

³¹ El gráfico que recoge la evolución del precio del trigo refleja cómo a partir de 1559 se suele aplicar la tasa dictada por el rey, para evitar los altísimos precios de los cereales panificables.



CRISIS DE 1545. Comentamos lo sucedido este año porque es un ejemplo típico de cómo a veces la oportuna compra de cereales panificables en los llamados «meses mayores» lograba evitar la hambruna, aunque no el vaciamiento de los bolsillos o el endeudamiento campesino. Es lo que pasó en la primavera de 1545 en los pueblos que rodean la ciudad de Ávila.

Hemos analizado las «cartas de obligación» de los primeros meses de 1545 que recoge un escribano especializado en una clientela rural de gentes cercanas a la ciudad³²; aparecen 23 compras de grano al fiado entre finales de febrero y principios de mayo en las que se adquieren pequeñas cantidades de cereales (una media de 4,7 fanegas de trigo por vecino; de 6,4 de cebada y de 5,4 de centeno), lo que indica que son para consumo familiar; como son pobres compran más centeno que trigo. Los 38 compradores proceden del Herradón, Los Patos, Chamartín, El Gansino, Zorita, Palenciana, Aldealgordillo, El Fresno, San Bartolomé de Pinares, Blascosancho, Cardenosa, Martiherrero, San Cristóbal de Rialmar, Berrocalejo y Mengamuñoz. La mayoría paga precios altos pero no desorbitados (221 mrs por la fanega de trigo y 119 por la de centeno o cebada); pero hay a quienes el vendedor les impone la fórmula de que la venta se hace «a como valiere y se tomaren los testimonios del pan de las iglesias de la ciudad en los mercados della en este año» o «a como valiere y se tomaren los testimonios del pan en esta ciudad el postrero mercado de mayo y en el primero de junio próximos que vienen»; pues bien estos precios fueron, según se indica en los Libros de Fábrica de dos parroquias muy cercanas a la ciudad, 510 mrs el trigo, 408 mrs el centeno y 221 mrs la cebada en Cardenosa y 486 mrs el trigo, 376 mrs el centeno y 259 mrs la cebada en Gemuño³³. Curiosamente estas fueron las condiciones impuestas por don Juan Ortuño, canónigo de la catedral, y por Cornelis de Olanda y Lucas Giraldo, los dos entalladores o escultores de más categoría de los que por entonces trabajaban en Ávila. Un caso especial fue el de la aldea de Mediana donde los dos alcaldes del Concejo compran 100 fanegas de centeno

para las repartir entre todo el Concejo del dicho lugar de Mediana e vecinos e moradores de él; se comprometen a pagarlas «el día de Santa María de agosto primero que

³² AHPAv, Protoc. 319, fols. 150 a 233v.

³³ «Como las iglesias de Ávila» apunta el mayordomo de la cilla de Gemuño, como queriendo liberarse de responsabilidades por estos desorbitados precios (Arch. Diocesano de Ávila (ADA), Parroquia de Gemuño, *Libro viejo de fábrica*, años 1505-1634, s. f.).

*viene con las costas de esta carta, so pena del doblo y obligan sus personas y bienes muebles y raíces*³⁴.

LA CRISIS DE 1556. La vemos a través del caso de San Juan de la Encinilla, en la Moraña alta. No fue una crisis sanitaria de graves repercusiones (como las de 1507, 1580 ó 1599) sino la típica carestía de subsistencias que correspondía a la primavera posterior a un año de magra cosecha. Los campesinos modestos de este lugar, como saben que los meses que faltan hasta que llegue la siguiente recolección pueden ser difíciles, toman dos medidas: Primera: romper el ciclo habitual del cultivo de «año y vez» y poner en cultivo en enero las tierras que estaban en barbecho; pero como carecen de recursos piden prestado grano al dueño de las tierras que trabajan en renta³⁵. Segunda: comprar al fiado, para consumo familiar, trigo o centeno a aquellos que tienen reservas; estos aprovechan la circunstancia (absolutamente recurrente, por otra parte) para beneficiarse del hambre de los «menudos» ya que el precio al que se les vende es a «como más valiere en la ciudad de Ávila en los mercados de los meses de mayo y junio próximos que vernán de este presente año».

Hemos localizado numerosas cartas de obligación en las que gentes de este lugar compran al fiado grano entre el 21 de enero y el 6 de junio; concretamente son 39 vecinos de San Juan de la Encinilla, lo que supone el 20,7 % de los 188 que allí vivían en 1560³⁶. Era tal la necesidad de esta gente que se arriesgaba a comprar sin saber el precio al que terminaría pagando el grano. El recurso a comprarlo en los pueblos limítrofes era inútil ya que la carestía no era exclusiva de este lugar sino que afectó al menos a la subcomarca conocida como Moraña alta; hemos calculado la media de los cereales que correspondieron al noveno del diezmo en Fontiveros y en Cardenosa (dos lugares situados a poco más de 10 km en línea recta de San Juan de la Encinilla), los 5 años más cercanos a 1555 (es decir, 1553-1557) y hemos comparado este dato con la cosecha de 1555 resultando que esta fue, respectivamente, el 33,1 y el 36,7 % de lo que se solía recoger en ambos lugares.

¿A qué precios tuvieron que pagar los pobres de San Juan de la Encinilla el grano comprado a principio de año? No precisamente al que estaban acostumbrados. Limitando nuestro análisis al trigo vemos que el precio medio de los 5 años anteriores fue en Cardenosa de 212 mrs/fanega (P) y en Fontiveros 229 mrs/P; pues bien, en 1556 el precio se disparó hasta los 760,5 mrs en Cardenosa³⁷ y hasta 714 mrs en Fontiveros, es decir tres veces más de lo acostumbrado. La explicación de unos precios tan disparatados del cereal básico de la alimentación humana se halla en que la mala cosecha de 1555 fue la culminación de una nefasta serie de 4 años, iniciada en 1552, en la que cada cosecha había sido muy inferior a la del año precedente. Además, se sabía que el año de 1556 tampoco iba a ser bueno. La curva de la producción de trigo en Piedrahíta resulta esclarecedora a este respecto, a pesar de que en esa zona la crisis agrícola fue menos intensa que en la Moraña alta.

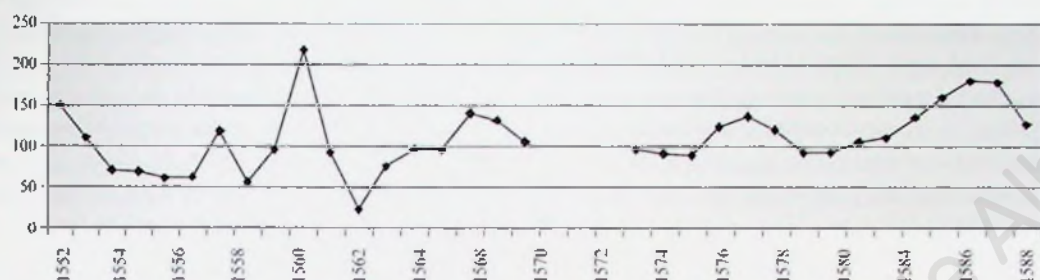
³⁴ AHPAv, Protoc. 319, fol. 165v.

³⁵ Rodrigo de Miranda el viejo, «vecino de San Juan de la Encinilla se obliga a dar al muy magnífico caballero don Juan de Veça, vecino y regidor de Toro, y a vos Francisco Triguero su mayordomo, estante en San Miguel del Arroyo, 6.12 fanegas de trigo y 7.52 fanegas de cebada que yo he recibido como préstamo» del mayordomo «por me hacer buena obra y para sembrar la barbecharía de la heredad que yo traigo arrendado del dicho sr. don Juan». Se los devolverá por N.ª Señora de agosto. Pone como garantía todos sus «bienes muebles y raíces habidos y por haber» (AHPAv, Protoc. 1836, fols. 320-321, 13 enero 1556). Lo mismo hace Pero López de Valseca, vecino de San Juan de la Encinilla, quien pide 4 fanegas de trigo y 4 fanegas de cebada y dice que «me las prestastes para sembrar los barbechos de la heredad que yo trayo arrendada del dicho sr. don Juan» (ib. fol. 321).

³⁶ AGS, Exp. Hac., leg. 51: Averiguación de alcabalas de 1557.

³⁷ El mayordomo de Cardenosa, quizá escandalizado por tales precios, escribe detrás del precio del trigo «como en las iglesias de Ávila porque no movió remate». Es una reacción idéntica a la del mayordomo de Gemuño años antes.

PIEDRAHITA. PRODUCCIÓN DE TRIGO (1552-1587)
Noveno del diezmo en fanegas



Hemos encontrado un testimonio fidedigno, esta vez no de carácter cuantitativo, que aclara del todo la situación. Se trata de una carta de poder otorgada el 14 de junio por 42 vecinos de San Juan de la Encinilla (todos varones excepto 6 viudas) a Antón Vázquez, del mismo pueblo, para que les represente y comparezca ante el Presidente y oidores de la Real Chancillería de Valladolid para solicitar:

una Provisión Real de espera [de prórroga] sobre las rentas y heredades que ellos han arrendadas de los señores que tienen heredades en el dicho lugar y sobre el pan que los dichos señores de las dichas rentas les prestaron para sembrar el año próximo pasado por cuanto a los sobredichos el dicho año próximo pasado se les apedrearon parte de los panes e viñas, no cogieron aun pan para sembrar e se les murieron todos los ganados ovejunos e bueyes e vacas que no les quedó ni una res del un pedrisco e turbión que vino e agora el día de San Miguel de mayo próximo pasado de este presente año... fue Dios nuestro señor servido que vino una tempestad de piedra e se les apedreó e quitó todo el pan e vino que tenían ... por donde absolutamente ellos están perdidos e no pueden pagar las dichas rentas ni pan prestado que así deben a los dichos señores si no es perdiendo sus haciendas³⁸.

No sabemos si tal provisión fue dictada. Recogida la cosecha en agosto, varios de los deudores no pudieron cumplir con sus compromisos y consiguieron prórrogas («esperas» en la terminología de la época), como les ocurrió a Bernaldino Gómez y su esposa Mari Pérez, quienes logran que el señor Gil Encinas, clérigo, vecino del pueblo, les vuelva a prorrogar el pago de las 7 fanegas de trigo que les había prestado los años pasados, comprometiéndose a devolver todo por San Bartolomé próximo de 1557:

e para que vos el dicho señor Gil Encinas seáis más cierto e seguro que el dicho pan e dineros vos será pagado a los dicho precios, vos hipoteco por especial y expresa hipoteca unas casas que nosotros tenemos en el dicho lugar en el barrio de Venegrilla³⁹.

³⁸ AHPAv, Protoc. 1836, fol. 394; 14-VI-1556.

³⁹ Ibidem, fol. 417; 28-XI-1556.

Todo queda más claro si tenemos en cuenta que la deuda era de 1.768 mrs y que una casa en ese lugar por esa fecha costaba 7.500 mrs. La inexistencia de Libros de Difuntos en esas fechas nos impide conocer las consecuencias demográficas de esta crisis agraria.

Pero las dificultades continuaron ya que la subalimentación venía de atrás. En la ciudad está muy bien documentado el binomio crisis agrícola-enfermedad⁴⁰ de estos años. Como refleja el gráfico anterior, en Piedrahíta desde 1554 hasta 1557 hubo 4 cosechas seguidas que oscilaron entre el 56 y el 70 % de la cosecha media. Hemos de suponer que esta crisis agraria afectó al conjunto del suroeste provincial y que tuvo consecuencias sanitarias ya que en la villa del Barco de Ávila —y probablemente en alguna de las aldeas de su tierra—, se desató una pestilencia general en 1557⁴¹. Al fin en 1558 hubo una buena cosecha y, si hemos de creer al párroco de Piedrahíta, la salud volvió a las gentes. Escribe el buen cura —con letra muy cuidada— en el Libro de Bautizados, a la altura de septiembre de 1559, «Misit verbum suum et sanavit eos» y «egresus es in salutem populi tui»⁴².

CRISIS DE 1580. En la primavera de 1580 numerosos vecinos de la comarca de El Barco compran grano de la alhóndiga de dicha villa⁴³ y se comprometen a pagarlo por Nuestra Señora de agosto «a como se mandare al presente por los señores justicias y regidores de la dicha villa». Los pueblos o aldeas de donde proceden son: Las Cabezas Altas o Cimeras, Las Cabezas Bajas, Cabezuela, La Canaleja, Las Casas del Rey, Carrascalejo, Collado, Los Cuartos, Gil García, Hermosillo, La Horcajada, La Nava, Navalmore, Navalonguilla, Navamediana (tierra de Bohoyo), Navamures, Navarregadilla, Navatejares, Santa Lucía, La Serranía y el mismo Barco de Ávila. Aunque no tenemos información de qué ocurrió desde el punto de vista alimenticio o sanitario en esta comarca, no cabe duda de que la intervención de la alhóndiga, con unos precios tasados por la autoridad, contribuiría a paliar las negativas consecuencias de la escasez de grano, máxime cuando en esta comarca las cosechas venían decreciendo, año tras año, desde 1577, con una bajada destacada en 1579; esto es lo que refleja con claridad la serie diezmal de Piedrahíta. Un descenso similar del cereal disponible se detecta en el resto de la provincia (series de Palacios de Goda, Sotillo de la Adrada, Cardeñosa y Gemuño), de manera que la continuada subalimentación facilitaría la presencia del «catarro general» del que hablaban los médicos de la ciudad⁴⁴, una enfermedad muy contagiosa que ocasionó que, según los datos de la única parroquia de la ciudad que conserva los Libros de Difuntos en estas fechas —la de Santo Domingo—, en septiembre de 1580 la mortalidad adulta se multiplicara por 17 respecto a la normal en ese mismo mes en los años anteriores. También el párroco de Gemuño ha dejado un apunte en el Libro de Difuntos:

Siguiese luego en el mes de agosto deste dicho año el mal que llamaron de la cucurbita, que fue una pestilencia universal. Y desde principio de este mes estuve como he dicho

⁴⁰ Cf. nuestro artículo «Las fuentes demográficas», p. 70.

⁴¹ En 1562 el procurador general de la villa y tierra del Barco dirá que en los últimos años se ha perdido mucha población, entre otras causas porque «se han muerto con pestilencia en especial la que hubo que fue general el año de 57». Otros vecinos del Barco lo corroboran (AGS, Exp. Hac., leg. 56).

⁴² «Envió su palabra y los sanó» y «Has regresado para traer la salud a tu pueblo».

⁴³ Aunque ya desde 1504 se conocen disposiciones reales apoyando a los pósitos, la pragmática de 15 de abril de 1584 es considerada unánimemente como la primera norma de carácter general sobre esta institución (FERNÁNDEZ, M.^a C. y GARCÍA, M., *Los pósitos municipales y su documentación*, Madrid, 1989, p. 49). Desde pocos años antes Felipe II venía impulsando la creación de pósitos y alhóndigas en los pueblos al ver los frecuentes déficits de grano (DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *El Antiguo Régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Madrid, 1974, p. 156).

⁴⁴ Ver nuestro artículo «Los factores de la evolución demográfica», p. 165.

*en el libro de Xemuño en la cama malo ocho meses continuos y para la convalecencia tuvo otros cuatro de quartanas*⁴⁵.

CRISIS DE 1591. Dos años seguidos de poca cosecha (1590-91) fueron los responsables. Hasta en los monasterios hubo problemas, sobre todo en los que no tenían muchos bienes, como el de La Encarnación de Ávila. En abril de 1591 la priora de ese monasterio pide prestadas 80 fanegas de trigo a la alhóndiga para el mantenimiento de las monjas «porque a causa de ser el año tan estéril no habían podido cobrar de sus rentas»⁴⁶. Se les presta al mismo precio de como lo compró la alhóndiga. De la frase de la priora se deduce algo que era habitual: que los primeros afectados por las crisis de subsistencia eran los renteros, los campesinos que trabajaban tierras ajenas y que inmediatamente después venían los modestos rentistas que carecían de reservas. Y, si el panorama no mejoraba pronto, hasta los grandes propietarios de tierras se veían perjudicados al no poder cobrar sus rentas, incluso aunque disminuyera su precio.

CRISIS DE 1599. Las actas consistoriales de Ávila se hacen eco desde 1593 de un rosario de penurias: aumento de la presión fiscal⁴⁷, repetidas levass militares con sus gastos asociados⁴⁸, periódicos sobresaltos sanitarios⁴⁹, adversidades climáticas que provocaron mediocres cosechas⁵⁰, etc. Todos estos factores prepararon el terreno para el contagio de la célebre peste bubónica de 1599, cuya cronología abarca desde mayo a noviembre, dependiendo de los lugares. Este episodio, perfectamente conocido para la ciudad, estuvo precedido por la presencia del tifus o «tabardillo» durante los meses anteriores.

Aunque la carencia de Libros de Difuntos es muy alta, hemos comprobado que, de los pueblos que sí los tienen, se vieron libres de la peste las siguientes localidades: Mingorría, Gemuño, Flores de Ávila, Muñogalindo y Naharrillos del Álamo. En cambio fueron afectados, aunque de manera no extrema, Collado de Contreras, Adanero, Navalморal y San Juan de la Nava.

Peor lo pasaron en Palacios de Goda donde, en agosto de 1599, la mortalidad se multiplicó por 3 ó 4 veces respecto a la media, afectando especialmente a los niños: murieron 11 ese mes, que eran más de los que morían en todo un año durante la década anterior.

En Cardeñosa el Libro de Difuntos no recoge altos niveles de mortalidad pero la peste estuvo presente con su secuela de miedos e insolidaridades; el cura ha apuntado en el libro: «Gil García murió

⁴⁵ Esta referencia se encuentra en el Libro de Difuntos (fol. 3v) de Aldea del Rey, pueblo que —junto con Gemuño— atendía este párrouo. El carácter infeccioso de este brote se subraya en la información que proporciona Colmenares, el historiador de Segovia, quien afirma que «se infició toda España de un catarro contagioso que quitó la gente en veinte días». Ver nuestro artículo «Los factores de la evolución demográfica», p. 165.

⁴⁶ AHPAv, Protoc. 41, fol. 272.

⁴⁷ Desde 1593 la aplicación del impuesto de los millones ocasiona múltiples tensiones con la tierra de Ávila (véase nuestro artículo «La voz del patriciado castellano frente a la innovación fiscal propuesta por Felipe II. El caso de Ávila», en *Homenaje a Eduardo Tejero Robledo*, Madrid, 2008, pp. 265-286).

⁴⁸ Abril 1596: leva de 250 infantes entre Ávila y su tierra. Julio 1596: otra leva de 300 hombres.

⁴⁹ Noviembre 1595: se informa en el Ayuntamiento que en la Moraña «muere mucha gente de dolor de costado»; los regidores lo achacan al consumo del «vino de lo nuevo... lo qual es puro mosto y como los vecinos... lo beven cueze el vino en el estómago y mueren con brevedad» (AHPAv, Actas Consist., libro 22, fol. 43v).

⁵⁰ El invierno de 1597-98 fue muy lluvioso y de nieves excesivas; en cambio la primavera de 1598 fue muy seca (el 28 de abril se hacen rogativas a la Virgen de Sonsoles en la ciudad porque «es muy notoria la grande esterilidad que ay de agua generalmente y que los panes se secan particularmente») (Ibidem libro 24, fol. 223). Lo mismo ocurrió en 1599 tras la larga sequía de la primavera de ese año (BENNASSAR, B., *Recherches sur les grandes épidémies dans le Nord de l'Espagne la fin du XVIe siècle*, Paris, 1969, p. 68).

demediado setiembre [1599], no se enterró en la iglesia por aver muerto de peste y no aver quien le enterrara y a 13 de diciembre le dige una misa cantada de entierro». En las páginas correspondientes a junio de 1602 se lee: «Los huesos de Gil Garcia se trasladaron de su casa a la iglesia en el mes de abril y enterráronse en sepultura propia». Lo que quiere decir que, desde la peste hasta 1602, su casa habría quedado vacía sin que nadie se hubiera podido encargar de trasladar los restos del difunto al cementerio.

En Fontiveros, que dispone de Libro de Difuntos, este año está muy incompleto precisamente porque el párroco murió de peste en julio. Para cubrir esta baja acudió otro clérigo, a quien el fiscal del Obispado más tarde incoaría un expediente de sanción por ello. En este expediente se dice que en julio de 1599 *había en estos reinos peste en general y especialmente la avía en la dicha villa de Fontiveros muy grande de que moría mucha cantidad de gente y de cómo no aviendo quien sirviera el dicho beneficio curado vinieron a servir... dos frailes descalzos de la orden de San Francisco del convento de Cardillejo (a media legua de Fontiveros): uno de ellos murió de la peste y el otro herido della le llevaron al dicho su monasterio. Y viendo que ningún clérigo quería ir a servir; no tan solamente a la dicha villa de Fontiveros pero a ningún otro lugar desde obispado donde abía la dicha peste, que eran muchos los que así estaban apestados, se me ordenó fuese a servir en la dicha villa». Un canónigo de la catedral testifica diciendo que *a la sazón estaba tan apestada que salían a los caminos a buscar el mantenimiento y aún a quitallo con mano armada porque no avía ombre que se atreviese aún a entrar a meter el mantenimiento neçesario y en esto oyó decir que se ocupaba el capitán Pajares..., y algunos otros hombres*⁵¹. Aún peor fueron las cosas en Hoyo de Pinares. El cura ha escrito en el Libro de Bautizados de 1599: *En este año fue la gran pestilencia que comenzó por San Pedro y acabó por San Miguel. Murieron 387 personas y quedaron cuatrocientos y catorce vivos, lo cual se averiguó por un juez que vino de Madril (sic) para dar al pueblo por sano. Murieron día de San Lorenzo diez y siete personas. Y para que haya memoria de esto lo escribí yo, Juan P^o Sánchez, y se cerraron ciento y siete casas*⁵². O en Mombeltrán, donde sus vecinos incendiaron el pueblo para frenar el contagio⁵³.*

5. CONCLUSIONES

Decía el maestro P. Goubert en 1956 que el análisis demográfico «no puede estar ausente de una historia social que aspire a ser completa, a conocer todo sobre todos los grupos humanos, principalmente los más humildes, que son los más numerosos»⁵⁴. Por eso el presente trabajo precede a, y se complementa con, el estudio de la vida laboral y social de los campesinos abulenses a que nos referimos en la nota 1. Por otra parte, consideramos que la variable demográfica no es autónoma sino que depende de, e influye en, otros factores (sociales, económicos, geográficos...), por ello no sería lógico estudiarlo aislado⁵⁵. Es desde esta perspectiva desde la que conviene leer las páginas precedentes y evaluar el volumen y la evolución del número de pobladores del campo abulense y de sus asentamientos. Conocer la cronología del cambio de ciclo demográfico ayudará a comprender mejor las circunstancias que constituyan el proceso productivo agropastoril y forestal del territorio: presión sobre los recursos, relaciones de producción, exacciones extraeconómicas, etc. El análisis de las crisis de subsistencia ha permitido comprobar cómo, junto a las circunstancias naturales

⁵¹ ADA, leg. 13 [56/4/2], doc. 19.

⁵² ADA, Parroquia de Hoyo de Pinares, Libro 1^o de Bautizados, fol. 77v.

⁵³ TEJERO ROBLEDO, E., *Mombeltrán. Historia de una villa señorial*, Madrid, 1973, p. 127.

⁵⁴ Beauvais et le beauvaisis, p. 589.

⁵⁵ PÉREZ MOREDA, V., *Estudios sobre la población de las zonas rurales segovianas de los siglos XVI a XIX*, Memoria de Licenciatura (inédita), Universidad de Salamanca, 1972.

(sequías...), intervenían las decisiones humanas (fijación del precio de los alimentos, establecimiento de instituciones de previsión...) y el contexto político general (nivel de la fiscalidad...).

Para concluir, enfatizaremos el hecho de que, en un siglo considerado esplendoroso en la historia de Ávila, su población campesina —que era la mayoritaria y la que sostenía el edificio social— se debatía en el límite de la subsistencia, conociendo alternativamente éxitos y fracasos, si bien fueron estos los que finalmente se impondrían, dando lugar a una fase depresiva de la provincia que ha durado hasta muy avanzado el siglo XX.



 Institución Gran Duque de Alba

UN MODO DE VIDA EN TIERRAS DEL DUQUE: LOS CARRETEROS DE GREDOS

Gonzalo MARTÍN GARCÍA
Institución Gran Duque de Alba

En 1531, tras la muerte de su abuelo Fadrique, don Fernando Álvarez de Toledo se convierte en el séptimo señor de Valdecorneja.

Desde la Edad Media se conocía con el nombre de Valdecorneja las tierras abulenses situadas al norte de Gredos que comprendían la cabecera del río Alberche, el alto valle del Tormes y parte del Aravalle y el valle del Corneja. Pronto fueron segregadas de la jurisdicción del concejo de Ávila y entregadas en señorío sucesivamente a diferentes miembros de la familia real o de la alta nobleza castellana. En 1366 Enrique II lo entregó a don García Álvarez de Toledo y desde entonces el señorío de Valdecorneja quedó vinculado a él y a sus sucesores. En el siglo XVI estaba constituido por las comunidades de villa y tierra de La Horcajada, El Barco, Piedrahíta y El Mirón.

El término más extenso era el de la Comunidad de Villa y Tierra de Piedrahíta. Limitaba al norte con el cauce del río Corneja y se extendía por el sur por las cabeceras del Tormes y del Alberche hasta la divisoria de aguas de la alineación central de la sierra de Gredos.

Para organizarlo a efectos administrativos, económicos y fiscales el concejo de la villa dividió el territorio en varios distritos o circunscripciones que, según los casos, recibieron los nombres de cuartos o de sexmos. A lo largo de la Baja Edad Media, a medida que se fue desarrollando el proceso de repoblación, tales divisiones fueron evolucionando y en el siglo XVI, a partir de 1508, el territorio de la villa y tierra de Piedrahíta estaba dividido en tres grandes circunscripciones que seguían recibiendo el nombre de sexmos: el sexmo de Los Llanos, el sexmo de La Ribera y el sexmo de La Sierra.

El sexmo de La Sierra se extendía por las cabeceras de los ríos Tormes y Alberche, formadas por un conjunto de tierras y valles limitados por la línea de cumbres de las sierras de Villafranca y La Serrota, al norte, y de la sierra de Gredos al sur. Es el corazón mismo del Sistema Central. En el siglo XVI estaba formado por el concejo de San Martín de la Vega, el concejo de Garganta de Villar con los lugares de Alto Paso y Navadijos y el concejo de San Martín del Pimpollar con Hoyos de Miguel Muñoz

y Navalsauz, en las tierras de la cabecera del Alberche; y el concejo de Navarredonda con Barajas y de Hoyos del Espino con el lugar de Hoyos de Collado, en la cabecera del Tormes. Cinco concejos y once localidades en total.

1. LA AGRICULTURA, UNA ACTIVIDAD NECESARIA

Siempre fueron tierras duras. Se caracterizan por su elevada altitud, su relieve quebrado, el acusado desnivel de sus pendientes, su falta de suelo agrícola y el frío extremado de los largos inviernos: un medio natural poco atractivo para el asentamiento de la población.

Tal vez por ello no existen huellas físicas de ocupación humana hasta la Edad Media. Aún en 1250, fecha del famoso pergamino del cardenal Gil Torres, que recoge la nómina completa de todas las parroquias existentes en la diócesis de Ávila en esos momentos, los núcleos de población más cercanos a esas tierras eran Piedrahíta, El Barco y Burgohondo. Los valles interiores estaban desocupados. Y un siglo después, en el *Libro de la montería*, que data del reinado de Alfonso XI, se alude a la presencia de un bosque continuo desde Tornavacas hasta el Pico, por todas las sierras y valles del Sistema Central, abundante en osos y jabalíes a cuya caza se dedicaban los poderosos del reino en determinadas épocas del año. Las tierras de los valles de Gredos estaban, pues, cubiertas por una densa masa forestal constituida por pinares y robledales en las umbrías y encinares en las solanas, que daría paso en las altitudes superiores a piornales y retamares y a la vegetación herbácea propia de la alta montaña.

En los claros de ese bosque se irían formando poco a poco en los siglos XIII, XIV y XV los pueblos de La Sierra. Ellos constituirían con el tiempo los concejos de aldea de lo que después será el sexmo de La Sierra de la villa de Piedrahíta. En 1372 aparecen documentados Garganta del Villar y San Martín de la Vega; en 1405, San Martín del Pimpollar, Navarredonda, Hoyos del Espino y Hoyos del Collado; en 1417, Navalsauz; en 1503 Navadijos y más tarde aún Hoyos de Miguel Muñoz. Todos ellos eran inicialmente pequeños núcleos de población, localizados en angostas navas de las laderas de las sierras, orientados al mediodía, en la solana, frente a las umbrías de Gredos, mucho más frías, y abrigados en lo posible de los vientos del norte por las sierras de Villafranca y La Serrota.

Para poder mantenerse y subsistir, sus vecinos y moradores habían ido adquiriendo heredades en el término de cada aldea por concesión del señor o del concejo de la villa o con consentimiento de ellos y, en ocasiones, por apropiación de hecho, sin licencia alguna, de las tierras baldías. Su posesión estaba ligada en principio a la calidad de vecindad. Eran pequeñas parcelas de propiedad particular cuyo número cada vecino, según sus circunstancias, podía hacer aumentar o disminuir por donación, penmuta o enajenación siguiendo las normas y sometiéndose a las condiciones que fijaban las ordenanzas de la villa. Estaban diseminadas por los términos de las aldeas de forma irregular, situadas en la pequeñas vegas de los valles o en las laderas y altiplanos de la sierra donde hubiera terrenos aptos para el cultivo. Eran fundamentalmente tierras centeneras abiertas, algunas cercas, huertos y huertas de hortaliza y prados de siega.

De las tierras de secano, extendidas generalmente por laderas y tierras altas, obtienen quienes las cultivan centeno y trigo tremesino para abastecer de pan a la población y pastos de primavera. En las vegas, donde había agua para riego y suelo suficiente, se obtenían en las huertas frutas, legumbres y hortalizas y, en ocasiones, lino, y en los prados de siega, heno para alimentar el ganado durante el invierno. Son recursos variados, que podían satisfacer algunas de las necesidades básicas de las familias —pan, legumbres, hortalizas...— pero insuficientes, por lo general, por los condicionamientos

climáticos y la escasa extensión de las explotaciones agrícolas. Para poder vivir, la mayor parte de los vecinos tenían que obtener recursos de otros bienes, de otras tierras o de otras actividades, especialmente de la explotación del bosque y de la ganadería.

2. LA GANADERÍA. UNA ACTIVIDAD RESTRINGIDA

Es la sierra rica en pastos. Alijares, baldíos, dehesas de la villa y tierra, dehesas de los concejos de aldea, ... los términos de los concejos de aldea en su totalidad, a excepción de los pedregales, las tierras cultivadas y el suelo de los bosques, son terreno de pasto donde los ganados pueden encontrar alimento en diferentes épocas del año. Algunas hierbas, especialmente los cervunales y los prados de césped alpino y subalpino, destacan por su calidad. Los recursos ganaderos parecen, pues, haber sido siempre más importantes que los recursos agrícolas. La cuestión es si tales recursos, por sus características, podían ser explotados por los vecinos de los pueblos de tal manera que la ganadería hubiera llegado a ser la actividad principal o más rentable para ellos o, en todo caso, que proporcionara bienes suficientes para satisfacer, junto con las actividades agrícolas, las necesidades económicas de la población.

En los prados de propiedad particular, cerrados o no, pastaba el ganado del propietario o el ganado de aquel a quien el propietario lo arrendaba. Los prados sanjuaniegos eran también de propiedad particular y sus propietarios los aprovechaban hasta San Juan, pastando su hierba o segando el heno, pero a partir de San Juan y hasta el día de San Marcos, en que comenzaban a guardarse de nuevo, eran pastos de aprovechamiento comunal de los vecinos de la villa y tierra. Y lo mismo ocurría con los llamados entrepanes: las tierras centeneras, una vez segadas las mieses, cuando no estaban sembradas o labradas, eran también tierras de pasto comunal. En cuanto a las dehesas concejiles, estaban acotadas durante el tiempo especificado en las ordenanzas y reservadas exclusivamente a los ganados de los vecinos de cada concejo, pero durante algunos meses, desde San Miguel hasta San Marcos, estaban abiertas a todos los ganados de los pueblos de la comunidad. Y el resto del término de cada concejo —baldíos, dehesas, sierras, montes...— eran también tierras de aprovechamiento comunal.

Así pues, la mayor parte de los terrenos de pasto estaban abiertos a los ganados de todos los vecinos de la villa y tierra. Y vecinos de la villa y tierra eran obviamente los vecinos de los concejos del sexmo de La Sierra pero también los vecinos de la villa de Piedrahíta y de los pueblos de su jurisdicción. Todos ellos podían llevar a pastar sus ganados a los terrenos comunales sin más impedimento que la obligatoriedad de cumplir las normas y condiciones establecidas en las ordenanzas de la villa.

Parece lógico pensar que serían los vecinos de los pueblos de La Sierra quienes, por su proximidad, más se aprovecharan de los pastizales. Y así era, en efecto: nunca faltaron a tales vecinos pastos comunales donde alimentar a sus ganados. Pero los mejores pastos, los cervunales y prados de la sierra, escaparon pronto a su control. Eran pastos altos de verano y serían los dueños de cabañas importantes, que disponían de recursos suficientes para contratar pastores que guardaran sus rebaños y tener dehesas en Extremadura donde trashumar en invierno quienes aprovecharan prioritariamente tales pastos. Y cada vez más y con más intensidad, hasta llegar a monopolizarlos. Entre ellos, algunos ganaderos de los pueblos de La Sierra, los menos, que habían logrado enriquecerse, algunos ganaderos de la villa de Piedrahíta, algunos miembros del Consejo del señor de Valdecorneja y el propio señor de Valdecorneja, dueño de grandes rebaños, que acabó por apropiarse de muchos de tales pastos y reservar para sí Navapalenciana, Castilblanco, El Jabalí, Vervellido, Valdeascas y otras dehesas de la sierra.

La realidad descrita nos lleva, pues, a relativizar la importancia económica que tenía la ganadería para los habitantes de los pueblos del sexmo de La Sierra. Había, sin duda, algunos vecinos que vivían directa y casi exclusivamente de ella, contratándose como pastores de los ganaderos trashumantes. Residían en verano en los pueblos de La Sierra, trashumaban en invierno, en ocasiones con sus familias, con sus hatos, con sus perros y con los ganados de los dueños hasta las dehesas que estos poseían o arrendaban en Extremadura. Pero serían los menos. Los más se quedaban en el pueblo todo el año y, para garantizar la subsistencia de sus familias, se verían obligados a diversificar en lo posible sus posesiones y sus actividades productivas. La mayor parte de ellos tendría, por consiguiente, algunas cabezas de ganado que pastaban en los prados particulares y en los pastos comunales. ¿Cuántas cabezas de ganado? No resulta fácil saberlo.

En todo caso, no muchas. El número máximo de cabezas de ganado estante, no trashumante, que podían mantener los vecinos de los pueblos no venía dado por las inmensas posibilidades que ofrecían los pastos de verano, sino por la capacidad para alimentar al ganado aquí, en la sierra, durante los meses de invierno, cuando el frío y el hielo secan los pastizales. Y esa capacidad era escasa. Porque en invierno el ganado, sobre todo el ganado vacuno, tenía que alimentarse necesariamente de hierba seca, de heno; pero guardar heno para el invierno en pajares o amehales tenía un coste real muy elevado para los campesinos: había que reducir de forma ostensible la extensión de hierba que podía consumirse en primavera, había que guardar mediante cercas y portillos los prados reservados para la siega y era necesario emplear en la siega y en la recogida de heno una gran cantidad de trabajo del que no siempre era posible disponer y que, en todo caso, había que restar de otras posibles actividades. No creemos que compensara a los campesinos ni individual ni colectivamente tener más ganado que el estrictamente indispensable para garantizar el abastecimiento de leche y carne y para disponer de la fuerza de tiro necesaria para realizar las diferentes labores agrícolas o trabajar en los pinares de la zona. Cada familia podría tener, tal vez, un cerdo, una cabra, alguna oveja y, si acaso, una yunta de bueyes o de vacas y poco más. Lo necesario.

Algunos, sin embargo, asumieron el riesgo de la dedicación exclusiva y, con el paso del tiempo, llegaron a convertirse en dueños de cabañas importantes. Los hubo en todos los pueblos. Arrendaban dehesas a los concejos o al señor de Valdecornieja para agostar y trashumaban en invierno a dehesas arrendadas de Extremadura. Eran ellos quienes podían abastecer de carne a las ciudades cercanas, a las villas y a los pueblos de monocultivo de cereal y de lana a sus telares. Pero eran los menos. La mayor parte optaron, como ha ocurrido siempre en las zonas de montaña, por la diversificación de las actividades productivas. Es la diversificación de la economía familiar el sistema que ha permitido asegurar la permanencia de sus habitantes, aunque haya sido a niveles mínimos, frente a la inseguridad, el riesgo y la dependencia excesiva de la demanda externa que ha supuesto siempre la apuesta por la especialización, el monocultivo y la dedicación exclusiva, aunque estos pudieran proporcionar a corto plazo un notable incremento productivo.

En ese contexto, la mayor parte de los vecinos de los pueblos de Gredos se dedicaban al cultivo de la tierra, eran dueños de unas cuantas cabezas de ganado y se veían obligados a aprovechar los recursos naturales que ofrecían los ríos, montes y bosques de la zona. De los montes y los ríos obtenían caza y pesca, que estaban obligados a vender en el territorio de la villa y tierra de Piedrahíta. De los bosques sacaban leña, el único sistema de calefacción existente hasta no hace mucho tiempo, y madera, sobre todo, madera. El medio más importante que tuvieron siempre muchos vecinos de los pueblos de La Sierra para completar los ingresos de origen agrícola y ganadero de su economía familiar fue la tala, el labrado y el transporte de la madera que producían los pinares de la villa y tierra existentes en la zona.

3. LOS BOSQUES Y LA MADERA

Los pinares eran, en efecto, junto a los pastos de verano, el recurso natural más importante de las tierras de Gredos. Y más valioso cada vez, a medida que se fue consumando la deforestación de las zonas llanas de la Meseta y de los valles abiertos de la Sierra tras el largo e intenso proceso de repoblación y colonización agraria llevado a cabo durante la Edad Media.

Eran pinares de origen incierto, poblados de pino silvestre, que producían madera para la fabricación de todo tipo de aperos, herramientas, telares y muebles y vigas para la construcción de viviendas, casas de ganado, molinos, talleres, batanes y edificios públicos en los pueblos de la zona. Y fuera de ella. Y, al igual que ocurría con los pastos, había pinares de propiedad particular y, sobre todo, pinares de propiedad de la villa y tierra y pinares propiedad de los concejos de aldea.

En los pinares de la comunidad de villa y tierra –Fonçaduro, La Isla, Navarredonda– situados en los propios términos de los concejos de La Sierra, podían cortar la madera que necesitaran todos los vecinos de la villa y tierra de Piedrahita, siempre según lo dispuesto en las ordenanzas y siempre con licencia del regimiento de la villa. En los pinares que tenían los concejos de La Sierra desde su constitución, en los «pinares dehesas de suyo»¹ que cita la documentación, tales concejos ordenaban anualmente cortas de madera que repartían en lotes entre sus vecinos y moradores y regalaban pinos a todo aquel que tuviera gastos extraordinarios, señaladamente a todos los mozos cuando se casaban «para ayuda a se rreparar para cumplir sus bodas»².

Como contraprestación a los beneficios derivados de la disponibilidad de madera en los pinares comunales de villa y tierra y a la concesión de los pinares concejiles, los concejos de La Sierra estaban obligados a llevar a vender, a los precios fijados en las ordenanzas, determinadas cantidades de madera cada año para «reparamiento e proveimiento de los edificios e obras que se fisieran en la villa de Piedrahita»³. Cada concejo debía transportar a su costa la madera que le correspondía desde junio hasta noviembre, un sexto de la cantidad total en cada mes, y tenerla en la plaza de la villa el martes de cada semana, día de mercado, durante todo el día. Si no habían conseguido venderla, debían hacérselo saber a los alcaldes de la villa y solo después podían sacarla y llevarla a vender fuera de la villa, al lugar que creyeran oportuno, siempre que este estuviera a más de cinco leguas de distancia de Piedrahita.

Tanto los pinares de la villa y tierra como los pinares de los concejos del sexmo de La Sierra producían anualmente una buena cantidad de madera y la corta, el labrado y el transporte de pinos proporcionaban, por consiguiente, recursos y actividad a un buen número de habitantes de la zona. Era, como hemos dicho con anterioridad, una forma de complementar los ingresos de las economías familiares, cuando no la dedicación exclusiva, de muchos vecinos de los pueblos de la Sierra.

Explotación forestal, aprovechamiento ganadero y producción agrícola eran, pues, actividades económicas diferenciadas y complementarias mediante las cuales la población se adaptó a las duras condiciones del medio de montaña y fue capaz de aprovechar las posibilidades de sus recursos naturales. El sistema permitió poblar la zona, garantizar el abastecimiento de la población, aunque fuera a niveles de subsistencia, y asegurar la permanencia de los pueblos a lo largo de la historia. Pero el aumento natural de la población experimentado a lo largo del siglo XV, la «multiplicación de las gentes» de que habla la documentación, y el consiguiente incremento de la presión sobre la tierra, provocaron el riesgo de ruptura del equilibrio espontáneo de las diferentes actividades económicas.

¹ LUIS LÓPEZ, C., *Colección documental del Archivo Municipal de Piedrahita (1372-1549)*, Ávila, 1987, pp. 25-32.

² SER QUIJANO, G. del, *Documentación medieval en archivos municipales abulenses*, Ávila, 1998, pp. 199-242.

³ LUIS LÓPEZ, C., *Colección documental*, pp. 25-32.

Se explica perfectamente el problema en la primera recopilación de las ordenanzas de la villa y tierra de Piedrahíta confirmadas por don Fadrique de Toledo, el segundo duque de Alba, en 1499. En ellas se habla textualmente de «la multiplicación que Nuestro Señor ha dado en las gentes e ganados de la dicha villa e tierra e los muchos edificios e huertos e prados e montes que se an çerrado de cada día en los heredamientos de la dicha villa e tierra a cabsa de lo qual se ha estrechado y estrecha mucho la tierra e pastos comunes della»⁴. Lo mismo sucedía con los pinares. Para afrontar el problema se suceden las ordenanzas concejiles que tratan de salvaguardar los derechos de aprovechamiento colectivo frente a los posibles derechos de apropiación individual. Y se ve en la explotación de la madera una posible solución. Tal es así que los concejos de La Sierra empezaron a adquirir de los vecinos particulares por cambio o por compra gran cantidad de prados, cercas, huertos, linajes y tierras de sembradura lindantes con los pinares⁵, que fueron repoblados y aumentaron de forma notable su extensión. Es la época en que se produce el máximo desarrollo de los pinares de Gredos. En Navarredonda, en concreto, fueron tantas las propiedades particulares que adquirió el concejo⁶, que toda una hoja de sembradura quedó integrada en el siglo XVI en las tierras concejiles pobladas de pinos.

Las medidas favorecieron al duque y a los grandes ganaderos, que se apropiaban de los pastos con sus ganados en las mejores épocas del año, y a los concejos, que controlan, adjudican y administran la madera de los pinares. Y aparentemente parecen perjudicar a muchos vecinos de los pueblos al limitar y reducir la extensión de las tierras cultivadas: disponen de pastos para el ganado en las condiciones establecidas en las ordenanzas y el concejo les proporciona madera de los pinares, pero apenas tienen tierra propia para cultivar. Y la necesitan para obtener los productos básicos con que asegurar su subsistencia. Si no la consiguen, tendrán que buscar otras soluciones o emigrar.

Quienes lograron integrar todos los recursos de la zona y todos sus esfuerzos en una actividad empresarial única, aunque compleja, encontraron la solución. Las carretas que acompañaban desde tiempo atrás a los ganados trashumantes cargadas de madera o de trigo para hacer pan o de sal para los pastores y el ganado o para traer mercancías a la villa o a los pueblos de la tierra aportaron el modelo. Y paulatinamente la carretería, que permitía combinar la trashumancia del ganado, la saca de la madera, el transporte de mercancías y la comercialización de productos se convirtió durante el siglo XVI en la actividad fundamental de muchos vecinos y de muchos pueblos del sexmo de La Sierra de la villa y tierra de Piedrahíta.

4. LOS CARRETEROS DE GREDOS

La explotación de los pinares y la saca de la madera propiciaron el desarrollo paulatino de la carretería. Pronto aparecen documentados los nombres de algunos vecinos de los pueblos de la Sierra que tienen en la madera y el transporte su principal actividad y que se contratan con vecinos de Piedrahíta y otros pueblos para cortar, acarrear, labrar y transportar en sus carretas la madera que el concejo o el señor de Valdecorneja, en algunos casos, les había concedido para construir sus casas, sus telares, sus molinos o sus batanes.

En ocasiones llegan a transportar madera a lugares situados más allá de los límites de los términos de la tierra. En unos casos, por concesiones que hacía el duque de Alba, señor de Valdecorneja, a iglesias, monasterios o personas particulares, allegadas a él, de Alba, de Salamanca o de villas y

⁴ LUIS LÓPEZ, C., *Colección documental*, pp. 129 ss.

⁵ SER QUIJANO, G. del, *Documentación Medieval*.

⁶ *Ibidem*.

ciudades de sus señoríos; en otros, por simples razones de transacción comercial, para sacar madera y obtener a cambio vino, aceite, pan, fruta y otros productos que se necesitaban para el abastecimiento de los pueblos. Los más llegaban solo hasta las villas vecinas, especialmente a aquellas que tenían economías complementarias con los pueblos de La Sierra, con las cuales el concejo de Piedrahita establece acuerdos con el fin de regular las relaciones y eximir del pago de portazgos el paso de mercancías para facilitar los intercambios. Algunos seguían en invierno la ruta de los ganados trashumantes hacia el sur, por los términos de Mombeltrán y Arenas de San Pedro, acompañando a los pastores hasta las dehesas de Extremadura y subían en primavera cargados de suministros. Esa fue la alternativa que se desarrolló cuando los vecinos de los pueblos de La Sierra se vieron empujados a buscar soluciones al problema que les planteaba la reducción de heredades y tierras de cultivo que se había producido al aumentar las tierras concejiles destinadas a pinares. Disponiendo de pastos comunales en verano y de madera con que comerciar, cualquier vecino que tuviera un par de bueyes, o mejor de vacas, podía trashumar con ellos uncidos a una carreta, cargarla de mercancías a la ida y a la vuelta y trabajar con ella mientras durara su estancia en Extremadura.

El desarrollo de la actividad se vio favorecido por la obtención por parte de los carreteros de Gredos de exenciones en el pago de portazgos en tierras vecinas como consecuencia de las vecindades establecidas entre las villas y los acuerdos firmados entre sus señores⁷. Y, sobre todo, por los privilegios de carácter general concedidos por los reyes a los carreteros con el fin de desarrollar el transporte en el reino y poder contar con sus servicios en caso de necesidad: transporte de armas e impedimenta en caso de guerra y artículos de consumo para abastecimiento de ciudades en tiempo de paz. A tal fin, por una ley fechada en Medina del Campo en 1497, los Reyes Católicos aseguraban a todos los carreteros el tránsito libre de sus carretas por los términos de todas las ciudades, villas y lugares del reino, les daban garantías de que no les serían impuestas por la justicia de ningún concejo penas arbitrarias por los daños que pudieran ocasionar y ordenaban que cada concejo hiciera abrir y conservar adecuadamente los caminos por donde las carretas tenían que transitar⁸.

En febrero de 1498 mandan que los pontazgos o portazgos que los carreteros tuvieran que pagar «en el camino por donde hubieren de pasar», los pagaran conforme a aranceles establecidos y en lugares fijos señalados con anterioridad, sin necesidad de tener que desviarse de la ruta para hacerlo⁹. Y, un mes después, los reyes conceden a los carreteros el derecho a parar con sus carretas cuando lo necesitaran en los términos por donde pasaran y a soltar sus bueyes y vacas «a paçer las yervas y beber las aguas libremente sin pena alguna» en los términos no vedados a los vecinos de cada lugar «con tanto que guarden los panes, las viñas, huertos, olivares y prados de guadaña y las dehesas adehesadas que los concejos tienen la costumbre antigua de guardar»¹⁰. Finalmente, en mayo de 1499, los reyes mandan a los justicias de los concejos que permitan a los carreteros que vayan de camino cortar en los montes de sus términos la madera que necesitaran para reparar las carretas cuyas estacas o ejes se quebraran y la leña que necesitaran para calentarse y cocinar. Y mandan así mismo que los bueyes o vacas que llevaran sueltas para la *remuda* no pagaran tampoco portazgo ni servicio ni montazgo ni otros derechos algunos «no llevando más de un buey o una vaca sueltos por cada yunta»¹¹.

Así pues, libertad de circulación, caminos transitables, garantías jurídicas, portazgos conforme arancel, disponibilidad de madera para arreglo de carretas, de leña para guisar y de pasto para los

⁷ LUIS LÓPEZ, C., *Colección documental*, p. 62.

⁸ *Novísima Recopilación*, libro VI, título XIX, ley I.

⁹ *Ibidem*, ley II.

¹⁰ *Ibidem*, ley III.

¹¹ *Ibidem*, ley IV, 12 de Mayo de 1499.

animales de tiro... Carreteros particulares de todo el reino y asociaciones carretiles de diversas localidades y regiones en Burgos, Soria, Cuenca, Murcia o Granada, que funcionaban de forma corporativa desde épocas anteriores se benefician de tales privilegios e imprimen un notable impulso a la actividad. En los pueblos de Gredos la carretería se convirtió entonces en la actividad principal y en el motor de la economía comarcal en el siglo XVI y los carreteros de Hoyos del Collado, Hoyos del Espino, Barajas, Navarredonda, San Martín del Pimpollar, Hoyos de Miguel Muñoz, San Martín de la Vega, Navadijos y Garganta del Villar se asocian formando la llamada *Cabaña Real de Carreteros del sexmo de La Sierra de la villa de Piedrahíta*.

Funcionalmente estuvo ligada a la organización del sexmo. El fuerte peso de la obligación feudal de los concejos de transportar madera a la villa de Piedrahíta marcó con su impronta la estructura funcional de la asociación que quedará imbricada para siempre en la organización institucional del sexmo. El sexmo contaba para su funcionamiento institucional con un procurador sexmero, un fiel de abastos, un mayordomo y un escribano. El procurador sexmero, de nombramiento anual, representaba al sexmo en las juntas de la tierra de la villa de Piedrahíta y tenía, entre otras, la función de convocar en Navarredonda *a son de campana tañida* a los representantes de los concejos para *tratar y conferir todo lo tocante al bien y utilidad del sexmo*¹².

Asistían a tales juntas los alcaldes, los regidores y el procurador del común de Navarredonda y dos procuradores, un procurador y su acompañado, en representación de los vecinos de los demás concejos del sexmo. Allí se trataba sobre recuentos de vecinos, sobre repartimientos fiscales, sobre cuentas, sobre puentes y caminos y sobre todo lo referente a la carretería, incluido lo tocante a la contratación de los portes y los gastos que todo ello llevaba consigo. Cada año, en el mes de febrero, se nombraban comisarios de carretas. Los concejos, por turno, presentaban a las personas que consideraban idóneas para desempeñar tal cargo, la junta del sexmo elegía entre los presentados a dos de ellos y los dos electos y los procuradores de la junta acudían al concejo de la villa de Piedrahíta donde se les daba el correspondiente poder de representación. Su función fundamental era contratar los fletes para la carretería del sexmo tanto con clientes particulares como con las autoridades públicas, especialmente con la Real Hacienda, a partir del siglo XVI.

Jurídicamente dependió del corregidor hasta el año 1599 en que quedó encuadrada en la *Cabaña Real de Carreteros del Reino* para la que se habilitó una jurisdicción especial presidida por un Juez Protector, miembro del Consejo Real, para sentenciar las causas judiciales en que estuvieran implicados los carreteros, y a partir de él se iban jerarquizando los diferentes cargos hasta llegar al nivel de las juntas concejiles.

De la importancia de la asociación y del interés de su actividad da testimonio su inestimable participación en el arreglo y conservación de los caminos de La Sierra más allá de la obligación municipal de la villa de Piedrahíta: el puerto de Chía, el puerto de Menga y el puerto de El Pico. Especialmente el puerto de El Pico, tan importante para mantener la comunicación entre las dos Mesetas. A tal fin, representantes de Piedrahíta y representantes de Mombeltrán, reunidos en el pueblo de Navadijos, acuerdan en 1523 el modo de colaborar unos y otros para arreglar el puerto a costa de las carretas que transitaran por él¹³. Y los acuerdos se sucedieron en los siglos siguientes. Han sido los carreteros de Gredos los responsables de la conservación, a lo largo de la Edad Moderna, de la calzada romana que ha servido durante tanto tiempo para subir y bajar el puerto.

¹² Archivo de Navarredonda de Gredos, *Libro de acuerdos del sexmo de la Sierra*.

¹³ MARTÍN GARCÍA, G., *Mombeltrán en su historia*, Ávila, 1997, p. 45.

Su importancia queda reflejada igualmente en el número de vecinos dedicados a la carretería. La Cabaña del sexmo de La Sierra llegó a estar formada por más de trescientos carreteros que en algún momento llegaron a sumar cerca de un millar de carretas, siempre más de ochocientas a lo largo de su historia, y, por lo tanto, cerca de tres mil animales de tiro, entre vacas y bueyes. No es de extrañar la larga tradición de las llamativas puertas carreteras de casas y corrales de los pueblos de Gredos y de la cabecera del Alberche. Había vecinos dueños de una, de dos o de tres carretas y había quien tenía ocho. Alguno llegó a tener hasta veinte. Otros, generalmente menores de edad o viudas, debido a su coste, participaban de la propiedad de la cuarta parte o de la mitad de una carreta.

Según sus posibilidades, o según las circunstancias, los carreteros solos o mancomunados contrataban portes diversos a los que quedaban todos obligados en caso de necesidad. Para clientes particulares transportaban preferentemente lanas de los esquiladeros a los lavaderos y de los lavaderos a los puertos del norte y también granos, pólvora, madera, leña y carbón o sal para el abastecimiento de las ciudades cercanas y para El Escorial y Madrid y madera para Toledo y Extremadura.

Su dedicación fundamental fue el transporte de sal. Especialmente durante los siglos XVII y XVIII. Cada año, los comboyes de carretas, guiados por carreteros, criados y mozos, bajaban como siempre desde tiempo atrás el puerto del Pico, cargados de madera para comerciar con ella, y se dirigen hacia el sur. Llegaban hasta las salinas de Alcalá del Río, junto a Sevilla, cargaban la sal que previamente habían concertado sus comisarios con los Administradores de salinas y la repartían por las dehesas de Extremadura, tanto de las tierras del Tajo como del Guadiana, regresaban a las salinas, cargaban de nuevo y se dirigían hacia el norte, hacia Madrid y los alfolís de otras ciudades de Castilla, y finalmente regresaban a los pueblos de La Sierra.

Así pues, desde el siglo XVI el trabajo de la madera y el transporte de madera, carbón y sal se convirtió en una de las principales actividades económicas de los pueblos de La Sierra. Había sido la solución vital a los problemas generados por el aumento de presión de la población sobre la tierra durante el siglo XV. Ahora muchos hombres de Gredos tenían que pasar muchos meses fuera de sus pueblos recorriendo con sus carretas los caminos de gran parte del país. Era el coste que tenían que pagar las familias por la actividad de la carretería. Pero esa actividad les permitía combinar las labores del campo, el cuidado del ganado, la explotación del bosque, el transporte y el comercio. Había sido una solución basada en la diversificación de las actividades. Una solución que permitió mantener a largo plazo el ritmo de crecimiento de los pueblos de La Sierra durante el siglo XVI y durante los siglos siguientes de la Edad Moderna.

 Institución Gran Duque de Alba

UN LINAJE DE CRIADOS MAYORES DE LA CASA DUCAL DE ALBA: LOS VILLAPECELLÍN, ALCAIDES DE ALBA DE TORMES Y DE PIEDRAHÍTA

Alfonso de CEBALLOS-ESCALERA GILA
Universidad Camilo José Cela

Los estudios sobre los grandes linajes y casas nobiliarias, integrados en las actuales corrientes historiográficas solo desde hace medio siglo, se han dedicado sobre todo a su respectiva participación en los sucesos políticos de cada momento histórico. Sin embargo, los historiadores actuales son conscientes de que los grandes y señores que regían vastos estados y señoríos, no eran individuos aislados, sino —son palabras del profesor Ladero Quesada— «nudos principales de intersección de redes complejas de relaciones familiares, solidaridades y clientelas, en cuyo mantenimiento jugaban un papel de primer orden y sobre los que se basaban para ejercer el poder y asegurar la estabilidad ... de un sistema de sociedad estamental»¹. Como acertadamente señala la profesora Beceiro Pita, «el estudio de los círculos de servidores es del más alto interés para comprender la posición de la nobleza como élite de poder durante la Plena y Baja Edad Media» —y durante la Edad Moderna, añado yo—, aunque ciertamente resulte muy complejo porque engloba varios campos temáticos: las relaciones de parentesco, el sistema de dominio señorial, el encumbramiento de caballeros y letrados, la participación de las clientelas en las luchas políticas, y la organización territorial y doméstica de la respectiva Casa, entre otros².

La familia de Villapecellín, que durante tres siglos y medio estuvo al servicio de los Duques de Alba de Tormes —servicios documentados desde 1445 hasta 1780, por lo menos—, es un ejemplo acabado del sistema de clientes y criados que era consustancial a las grandes Casas nobiliarias, imitadoras en todo —a su propia escala— de la Casa Real. Un sistema que, a pesar de los avances historiográficos

¹ LADERO QUESADA, M. Á., «La consolidación de la Nobleza en la baja Edad Media», en *Nobleza y Sociedad en la España Moderna*, coord. M.ª Carmen Iglesias, Madrid, 1996, pp. 19-45; interesa aquí el cap. V, *El linaje noble y su clientela*, pp. 32-36.

² BECEIRO PITA, I., «Criados, oficiales y clientes señoriales en Castilla (siglos XI-XV)», *Cuadernos de Historia de España*, 75 (1998-1999), pp. 59-84.

del último cuarto de siglo³, ciertamente no nos es todavía bien conocido, entre otras cosas porque las fuentes rara vez son completas, y casi siempre fragmentarias. Pero, sobre todo, porque hasta ahora este asunto se ha abordado siempre desde el punto de vista del señor o patrón (de cuya administración y casa se conservan, en su caso, los documentos), y no desde el lado del criado o cliente (de cuyos documentos familiares suele haber carencia): yo lo haré precisamente desde este último, porque tengo a la mano los papeles familiares, que completaré con los de la propia casa ducal.

Examinaré brevemente la figura del criado nobiliario en la baja Edad Media y durante la Edad Moderna —en especial a alcaldes y corregidores—, para referirme enseguida, muy brevemente, a la organización de la casa ducal de Alba de Tormes; por último, presentaré un relato genealógico de los Villapeceñin, ilustrando sobre todo su estrecha y muy larga relación de servicios a los sucesivos duques de Alba.

1. CRIADOS, CONTINUOS Y OFICIALES AL SERVICIO DE LOS NOBLES

Ya en la primera mitad del siglo XIII, el *Fuero Viejo* distinguía ya entre dos clases de vasallos: «El rico ome ... puede aver vasallos en dos maneras, los unos que crían e arman e casanlos e eredanlos, e otrosí puede aver vasallos asoldados»⁴; de los cuales el primer grupo, sin duda menos numeroso, es el que recibía propiamente el nombre de *criados*. En la plena Edad Media, el término *criado* significaba exactamente eso: una persona educada y alimentada desde la infancia en la casa señorial⁵, y esta acepción se conservó por lo menos hasta finales del siglo XV, cuando aún los criados recibían de su señor alojamiento, comida y vestidos, aunque también se generalizó una remuneración regular en dinero —*suelo*, *renta*, *quitación* o *ración*—, que variaba según el rango y la función de la persona⁶.

Notemos, además, que a medida que los tiempos avancen hacia el Barroco, el mantenimiento de un gran número de criados y servidores no responderá exclusivamente a razones funcionales dentro del servicio de la Casa y la administración del estado señorial, sino que también constituía una forma de demostrar el prestigio social y de hacer ostentación —la *reputación*, tan omnipresente en aquella sociedad—, especialmente cuando el señor se hacía rodear de un lucido séquito de gentes armadas, caballeros y escuderos.

El grupo de criados y clientes señoriales solía ser amplio, sobre todo en las grandes Casas como lo era la condal y ducal de Alba de Tormes: eran hombres y grupos familiares de muy diversa condición social y económica —en el caso de los *criados mayores*, procedentes, principalmente, de la pequeña y media nobleza de los territorios del señorío—, que estaban dedicados a tareas también muy diversas. Esa dedicación era de tres clases distintas: los oficiales de la propia administración señorial (consejeros, jueces, contadores y tesoreros, secretarios); los oficiales de gobierno territorial (corregidores,

³ GERBET, M. C., *La noblesse dans le royaume de Castille*, París, 1979, pp. 309-344. GARCÍA HERNÁN, D., «Los servidores de la administración señorial: los criados y clientes del duque de Arcos en el siglo XVI», en *Actas del II Congreso de Jóvenes Historiadores y Geógrafos*, Valencia, 1993, pp. 238-245. LADERO QUESADA, «La consolidación de la nobleza en la baja Edad Media», BECEIRO PITA, «Criados, oficiales y clientes señoriales en Castilla (siglos XI-XV)». CEBALLOS-ESCALERA GILA, A. de, «La corte de los duques de Albuquerque en la villa de Cuéllar, en pleno Renacimiento», *Boletín de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, 18 (1996), pp. 15 y ss. SÁNCHEZ PRIETO, A. B., *La Casa de Mendoza hasta el tercer duque del Infantado, 1350-1531*, Madrid, 2001, pp. 243-261. Para la Edad Moderna, CARRASCO MARTÍNEZ, A., «La clientela señorial como tipología burguesa en los siglos XVII y XVIII», en *La burguesía española en la Edad Moderna: actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid y Soria los días 16 a 18 de diciembre de 1991*, coord. por Luis Miguel Enciso Recio, Valladolid, 1996, vol. I, pp. 423-438.

⁴ *Fuero Viejo de Castilla*, libro I, título IV, II.

⁵ BECEIRO PITA, I., y CÓRDOBA DE LA LLAVE, R., *Poder, parentesco y mentalidad*, Madrid, 1990, p. 332.

⁶ GERBET, *La noblesse*, pp. 336-342.

regidores, alcaldes); y los criados domésticos, tanto mayores como menores (que servían en la residencia y cámara ducal, desde el mayordomo a los esclavos).

El criado era, ante todo, un hombre en quien el señor *tenía confianza*, pues habiéndose criado en su casa —o no—, convivía con él *de continuo* y muchas veces le representaba en sus compromisos políticos. Así, es relativamente corriente encontrar cartas de poder de un señor a un criado mayor para que pudiese en su nombre contratar cualquier alianza o confederación, negociar un matrimonio o reclutar gentes de armas. Y también por esa necesidad de depositar esa confianza señorial, se explica la aparición de verdaderas dinastías familiares profesionales, es decir de familias dedicadas durante varias generaciones al servicio señorial: entre ellas, la de los Pecellín que aquí presentamos como ejemplar.

Por parte del criado, la fidelidad y la lealtad incondicional eran las cualidades esenciales, por encima de la cualificación profesional. Esta fidelidad se aseguraba de dos maneras: mediante la fe y el homenaje u *hominium*, el juramento de prestar ayuda y consejo, y la *inmixtio manuum*, igual que se hacía en la mayor parte de los países occidentales; y, sobre todo, por medio del *besamanos*, una fórmula típicamente hispánica, posiblemente de origen musulmán⁷. Según las *Partidas*, este último rito se practicaba al entrar en vasallaje, al ser armado caballero y al saludar al señor, así como para mostrar agradecimiento al Rey⁸; en definitiva, el besamanos se practicaba como un reconocimiento de señoría.

Notemos, ante todo, que el vínculo señor-criado trascendía a la mera relación profesional, es decir a la prestación de servicios mediante una remuneración: no, ese vínculo era mucho más profundo, puesto que alcanzaba a la esfera espiritual, hasta el punto de que entre los señores y algunos de sus más destacados criados, los de mayor confianza, los más leales, llegaba a establecerse incluso un parentesco ficticio —fundado en la crianza en la casa o en un muy continuado servicio—, en el que el señor ocupaba la misma posición jerárquica de *pater familias*. Lo veremos cuando a mediados del siglo XVI, todavía el duque de Alba escriba a su alcaide Francisco de Villapeccellín tratándole de *primo*, de manera semejante a lo que por entonces hacía el Rey con los grandes de Castilla.

Era bastante corriente que los miembros de la segunda nobleza enviaran a sus hijos a servir en la casa de un pariente lejano u otro señor más poderoso que ellos, generalmente el jefe de un gran linaje, con el cual podían o no mantener relaciones de parentesco o de mera clientela. Para estos jóvenes, su integración en el séquito de un gran señor era una forma de iniciarse en el oficio de las armas (el oficio noble por excelencia), especialmente cuando su cometido era escoltar a su patrón⁹. Para la mayor parte de ellos, *servir* era una forma de aprendizaje y también una forma de ganar el pan y aumentar sus ingresos, escasos la mayor parte de las veces. Sin embargo, para algunos criados de valía, su servicio en una casa noble constituía un verdadero *trampolín* desde el cual comenzar una auténtica carrera política, pudiendo llegar a entrar en el servicio del Rey. Hay que tener en cuenta, además, que los Grandes obtenían con frecuencia hábitos de Órdenes Militares o maravedíes de juro para sus protegidos (estos últimos fueron prohibidos en las Cortes de Toledo de 1480).

De vez en cuando es posible encontrar algún linaje cuyo fundador consiguió remontarse desde el servicio de algún gran señor hasta posiciones más independientes. El problema principal para el estudio de este fenómeno radica en que los nobiliarios no se hacen eco de esta dependencia inicial, precisamente porque se consideraba fundador a aquella persona que emprendía una política autónoma de

⁷ CEBALLOS-ESCALERA GILA, A. de, *Norma y ceremonia de los almirantes de Castilla* Madrid, 2006, pp. 58-64.

⁸ *Partidas*, 4, 25, 5.

⁹ GERBET, *La noblesse*, pp. 331-332 y 342-344.

engrandecimiento del linaje¹⁰, lo cual hace necesario un cuidadoso análisis de la documentación, que nos vuelve a conducir a la necesaria elaboración de un banco prosopográfico.

Por último, los Grandes castellanos se servían de *vasallos de acostamiento* o *asoldados* que, a diferencia de los *criados*, eran exactamente eso, guerreros a sueldo. Su relación con el señor no era tan estrecha como la de los primeros, por lo cual Hilda Grassoti llamó a estos hombres *vasallos de vínculo laxo*, frente a los de *vínculo prieto* que constituirían el grupo anterior¹¹. No debe pensarse, sin embargo, que las relaciones entre estos vasallos *a sueldo* y el señor que los pagaba se establecían exclusivamente sobre esa base del pago de prestaciones económicas. Al contrario, y aunque no puede negarse, desde luego, la importancia del elemento económico, las relaciones feudovasalláticas conservaron su vigencia hasta tiempos muy tardíos.

Antes he señalado que el estudio del grupo de criados que rodeaban a un gran noble conduce directamente al estudio de las clientelas, pues se formaban en virtud de una relación de esencial desigualdad entre un poderoso y otra persona: un protector y un protegido. Los documentos presentan a los grandes señores rodeados de sus *deudos y parientes*, de los *cavalleros e escuderos de la casa... e grande compañía de gente*¹² en los principales acontecimientos familiares y sociales, tales como bodas o exequias. Durante estas últimas era común que los miembros masculinos de la familia y sus caballeros, oficiales y criados tomaran ropas de sarga y hábitos de penitencia, revistieran de negro a sus caballos e incluso les cortaran la cola en señal de luto. Hay que tener presente que en estas ocasiones la posesión de un séquito lo más numeroso posible era una forma más de ostentación de la riqueza y la alta posición social, especialmente en las fiestas religiosas y profanas. Pero, igualmente, los criados mayores acompañaban al señor en cualquier acto cotidiano.

La mayor parte de estos continuos, o al menos la mayor parte de los de condición noble —dejando aparte, naturalmente, a los ocupados en el servicio doméstico y en las tareas administrativas y cancellerescas—, constituían el séquito armado del señor y gozaban de la especial confianza de este. En sus *Claros Varones de Castilla*, refiere Hernando del Pulgar que el primer Marqués de Santillana, don Íñigo López de Mendoza, mantenía en su casa un gran número de caballeros y escuderos con los que platicaba constantemente acerca de cuestiones militares y a los que hacía participar en frecuentes justas y torneos, como un entrenamiento para las campañas militares.

En líneas generales, los primeros interesados en mantener satisfechos a sus continuos eran los propios señores, y puesto que el continuo vivía *con* el señor, recibía de éste alojamiento, comida y vestidos, y esta remuneración en especie se acompañaba con una *quitación y ración* en metálico. En la casa ducal de Alburquerque los sueldos anuales se acercaban al millón de maravedís¹³. En la casa ducal del Infantado, hacia 1482-1483¹⁴, la libranza del pago de «gente de continuos e tierras e acostamientos e mercedes» había de hacerse en mayo, septiembre y enero sin ningún retraso. Además, era frecuente que los señores se acordasen de sus criados en sus testamentos, en los que solían ordenar que se repartiese entre ellos ciertas cantidades de dinero¹⁵, o les dejaban mandas y legados, como su caballo y armas. Además, el séquito personal del señor era lujosamente ataviado —las apreciadas

¹⁰ BECEIRO PITA y CÓRDOBA DE LA LLAVE, *Poder.*, pp. 268-269.

¹¹ GRASSOTI, H., *Las instituciones feudovasalláticas en León y Castilla*, Spoletto, 1969, vol. I, p. 363.

¹² 1488, junio 30, Guadalajara: desposorios de doña María Pimentel, hija de los cuartos condes de Benavente, con don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Saldaña, después tercer duque del Infantado (AHN, Nobleza, Osuna, leg. 1.773-20).

¹³ CEBALLOS-ESCALERA GILA, A. de, «La corte de los duques de Alburquerque», pp. 15 y ss.

¹⁴ AHN, Nobleza, Osuna, leg. 1.873-30.

¹⁵ Véase, por ejemplo, el testamento del segundo marqués de Santillana, don Diego Hurtado de Mendoza (AHN, Nobleza, Osuna, leg. 1.762-6) en donde ordena el reparto entre ellos de 70.000 maravedís de *moneda blanca*.

libreas— con ocasión de las campañas militares: la *Crónica del Gran Cardenal*, de Francisco de Medina y Mendoza, da cuenta de que con motivo de la campaña de Loja de 1486, el segundo duque del Infantado había vestido a sus quinientos hombres de armas y jinetes con paramentos verdes y rojos —los dos colores principales de las armerías de Mendoza—, de los cuales cincuenta, que no pueden ser otros que sus continuos, iban cubiertos de brocado y seda de los mismos colores.

Por lo que se refiere al número de criados, naturalmente dependía de las posibilidades económicas de cada señor. En la casa ducal de Albuquerque sumaban unos setenta a comienzos del siglo XVI¹⁶. En la casa ducal de Arcos los criados superaban el centenar durante el siglo XVII¹⁷. Para los mucho más poderosos duques del Infantado, el número de criados sería de unos doscientos, pues solamente el de los continuos y hombres de armas debe situarse entre los cincuenta de la campaña de Loja durante la guerra de Granada, y los cien hombres de armas a que se alude en los primeros años del siglo XVII en un inventario de la armería ducal¹⁸.

De entre todos los criados mayores y menores, voy a referirme en particular a los alcaides, y también a los corregidores, por ser estos los dos oficios principales en los que los Pecellín —surgidos sin duda del grupo de los continuos y hombres de armas— sirvieron durante tres siglos y medio a los condes y duques de Alba de Tormes.

Los alcaides de las fortaleza eran piezas fundamentales no solo en la organización militar, territorial y administrativa del señorío, sino que además eran un elemento de capital importancia en la formación de las pirámides feudales¹⁹. No sin motivo prestan las fuentes legislativas una especial atención a la institución de la tenencia y a la persona del alcaide²⁰, y las crónicas están llenas de relatos que ponen de manifiesto una tensión evidente entre el vínculo de naturaleza que obligaba al alcaide con el Rey, y el compromiso que había contraído con su señor²¹.

La tenencia era utilizada por la alta nobleza como un medio de articulación vasallática, ya que permitía establecer sólidos lazos con la nobleza de segundo orden, por el simple procedimiento de entregar en tenencia a los pequeños nobles sus propios castillos o los que tenían encomendados por la Corona. Hay que destacar que el acto de entrega de la fortaleza conservó hasta época muy tardía la mayor parte de los elementos característicos del contrato vasallático, pues, «en realidad, se trataba por una parte de la degeneración del *hominium* vasallático, y por otra parte, de la herencia del antiguo *placitum* altomedieval, o promesa realizada entre nobles y reafirmada mediante juramento»²². Así, cuando en 21 de septiembre de 1489, en Guadalajara, Beltrán de Salcedo recibió del segundo duque del Infantado la casa fuerte y fortaleza de Salmerón²³, además de comprometerse a guardarla, entregársela al Duque cuando este se lo ordenara, y a acogerlo en ella en cualquier circunstancia, el nuevo

¹⁶ CEBALLOS-ESCALERA GILA. «La corte de los duques de Albuquerque», pp. 15 y ss.

¹⁷ GARCÍA HERNÁN, «Los servidores de la administración señorial», p. 238.

¹⁸ SÁNCHEZ PRIETO, *La casa de Mendoza*, p. 255.

¹⁹ Sobre los alcaides castellanos, véase CEBALLOS-ESCALERA GILA, A. de, *Alcaides, tesoreros y oficiales de los Reales Alcázares de Segovia*, Valladolid, 1995; y «El gobierno, defensa y guarda de la fortaleza medieval en Castilla y León: el Alcaide», en *Actas de las Jornadas «Fortaleza medieval: realidad y símbolo»* Alicante, 1998, pp. 281-292.

²⁰ *Partidas*, 2, 18. Además, las Cortes, sobre todo a partir del reinado de Juan II, abordan cuestiones relativas a ellos con cierta frecuencia.

²¹ LADERO QUESADA, M. Á., «La organización militar de la corona de Castilla en la Baja Edad Media», en *Castillos medievales del reino de León*, Madrid, 1989, pp. 11-34; la cita en la p. 18; QUINTANILLA, «La tenencia de fortalezas en Castilla durante la Baja Edad Media», en *La España Medieval*, 9 (1986), pp. 861-896; la cita en la p. 875.

²² QUINTANILLA, «La tenencia de fortalezas en Castilla», pp. 868-873.

²³ AHN, Nobleza, Osuna, leg. 1.727-10.

alcaide se comprometía a obedecerlo en todo y a hacer *guerra e paz por su mandado*, de lo cual hizo pleito-homenaje. Si bien es verdad que a estas alturas de la Edad Media el pleito-homenaje había sido despojado de su contenido vasallático, y que en este caso el pleito-homenaje es una ratificación de servir al Duque, de todos modos existe un aspecto sustancial que separa radicalmente la relación que se establece entre el vasallo-alcaide y el señor-concedente de la que se establecía entre ambos con el homenaje clásico, y es que el *elemento real*, el castillo en este caso, es el factor determinante, puesto que el tenente entraba en vasallaje al recibir la tenencia, en lugar de recibir ésta como efecto del vasallaje, de modo que la relación feudovasallática se limita al ejercicio específico del *beneficio de función*²⁴.

En definitiva, si para el gran noble el castillo suponía un excelente medio para anudar las relaciones feudovasalláticas con la segunda nobleza, para los miembros de esta la tenencia de un castillo se constituía en un medio óptimo de ascenso social. Así, es muy frecuente encontrar a alcaides actuando como delegados del poder señorial e interviniendo tanto en asuntos económicos como de otra índole. Los ejemplos podrían prolongarse casi hasta el infinito. No resulta sorprendente, por lo tanto, que los señores eligieran cuidadosamente a los alcaides de sus fortalezas entre sus criados y hasta entre sus parientes²⁵, aunque puede comprobarse cómo a partir del siglo XVI se va extendiendo la tendencia de que las tenencias se hagan hereditarias²⁶. Así, no pocos alcaides de las fortalezas de grandes señores consiguieron independizarse y desempeñar después lucidos papeles entre la nobleza de segundo orden²⁷. Este será el caso de los Villapeceñín, pues entre los alcaides de las fortalezas de la Casa hallamos al menos a diez de ellos: Álvaro de Peciñán (en Benzalema); a otro Álvaro (en Galisteo); a Diego, a Rodrigo, a Francisco y a otro Álvaro (en Alba de Tormes); a otro Francisco y a otros dos Álvamos más (en Piedrahíta), y a un Álvaro de Villapeceñín (en Huéscar).

Algunos alcaides tuvieron la oportunidad, además, de destacarse como capitanes de las gentes de guerra, al mando de las huestes de su señor: lo hemos visto en muchas ocasiones durante las campañas de Granada, y más tarde en la guerra de las Comunidades. Ello era una buena forma de dar el salto al servicio directo del Rey, e incluso de ocupar puestos de cierta importancia. Y es que, ciertamente, el desempeño de la alcaidía era, *de facto*, un excelente medio de promoción política y de ascenso social.

En cuanto a los corregidores, cuya figura institucional ha sido estudiada por el profesor Bermúdez Aznar²⁸, y los que sirvieron a la Casa de Alba de Tormes por José María Monsalvo y por el profesor Calderón Ortega²⁹, baste ahora decir que se trata de un oficial de gobierno local que resume todo el peso de la administración de justicia, y al que se subordinan alcaldes y alguaciles; y que la Casa de Alba los ponía y nombraba desde el siglo XV en sus villas de Alba de Tormes, El Barco, Piedrahíta, Salvatierra, Granadilla, Coria, San Felices, Cinco Villas, Castronuevo y Huéscar.

²⁴ QUINTANILLA, «La tenencia de fortalezas en Castilla», pp. 868 y 873.

²⁵ Es frecuente, en efecto, que los alcaides lleven el mismo apellido que sus señores, como García de Mendoza, alcaide del castillo de Mendoza (AGS. RGS, 1493, junio 3, fol. 131, y junio 5, fols. 253 y 254); o que tengan un parentesco más o menos cercano con él, como Juan Ruiz de Rivabellosa, alcaide de Hita y sobrino de Pedro González de Mendoza (AHN, Nobleza, Osuna, leg. 1.671-10).

²⁶ 1585, febrero 23, Casa de Heras: el quinto duque del Infantado nombra alcaide de su casa y fortaleza de Mendoza al doctor Mandojana por fallecimiento de su padre Juan Mandojana (AHN, Nobleza, Osuna, leg. 1.805-24).

²⁷ LAYNA, F., *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, Madrid, 1942, tomo I, p. 148.

²⁸ BERMÚDEZ AZNAR, A., *El corregidor en Castilla durante la Edad Media (1348-1474)*, Murcia, 1974.

²⁹ MONSALVO ANTÓN, J. M., *El sistema político concejil. El ejemplo del señorío medieval de la villa de Alba de Tormes y su concejo de villa y tierra*, Salamanca, 1988, pp. 278-280; la mención del salario en la p. 281. CALDERÓN ORTEGA, J. M., «Los corregidores de los duques de Alba (1430-1535)», *Anuario de la Facultad de Derecho*, 3 (1993-1994), pp. 275-290.

Los primeros corregidores de la Casa fueron todos caballeros –entre ellos hallaremos a Diego de Villapeccellín como corregidor de Alba y alcaide de su castillo durante casi veinte años–, para, ya a partir de 1520, ceder su predominio a los letrados. Al principio solían servir el oficio largos años, a veces de manera vitalicia; a partir del siglo XVI el trienio anual será lo acostumbrado. Sus emolumentos dependían del rango de la demarcación en que ejercían su oficio: el corregimiento de Alba de Tormes tenía señalado entre 1458 y 1503, un sueldo anual de 15.000 maravedíes, con otros gajes anejos; mientras que el corregimiento de Piedrahíta tenía fijados, en 1502, un sueldo de 24.000 maravedíes anuales, al que se añadían ciertos derechos sobre las sentencias que dictaban, una parte de las penas y multas que imponían, 60 maravedíes diarios en las visitaciones, dos cargas de leña semanales, y 24 arredes de truchas de la renta del río, entre otros gajes³⁰.

Finalmente, notemos que los miembros de las oligarquías urbanas de las villas de la Casa se encuentran en una situación similar de clientelismo porque, efectivamente, en muchos casos, ellos mismos o sus familiares están al servicio del duque en calidad de regidores, oficiales o letrados³¹. Y, consecuentemente, se observa una creciente tendencia a integrar a las familias de la oligarquía urbana de las villas de señorío en la Casa señorial, mediante alianzas matrimoniales con viejos criados y caballeros de la propia Casa³².

2. LA CASA DE LOS SEÑORES, CONDES Y DUQUES DE ALBA DE TORMES

Para conocer la organización de la casa y ducado de Alba de Tormes, el texto fundamental es el reciente estudio de José Manuel Calderón, *El ducado de Alba*, en el que se trazan las grandes líneas de la organización de la casa ducal, y del sistema de sus criados y clientes³³; lo complementaré con otros textos atinentes, del mismo y de otros autores³⁴.

Notemos, en primer lugar, que la casa ducal, como casi todas sus semejantes de la Castilla de los siglos XV al XIX, se organizaba a imagen y semejanza de la Casa del Rey. Por eso se gobernaba mediante un Consejo, conformado hacia 1480, asentado en el castillo de Alba de Tormes, y compuesto por mayordomo mayor, alcalde mayor, letrados, secretario y varios alcaldes. Ese Consejo se ocupaba de los asuntos de gracia y merced, y era la suprema instancia judicial (civil y criminal, con el nombramiento de jueces y alcaldes) y gubernativa (nombramiento de corregidores, alcaldes, regidores, etcétera). Más tarde ese Consejo será presidido por un gobernador, *alter ego* del Duque en sus ausencias.

El gobierno territorial de la Casa se ejercía mediante el alcalde mayor y los corregidores de las villas y estados ducales, con sus oficiales menores, como antes dije. También, en sus aspectos militares, por los alcaldes de las fortalezas ducales y sus guarniciones; existiendo además el alférez ducal.

³⁰ LUIS LÓPEZ, C., *La Comunidad de Villa y Tierra de Piedrahíta en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*, Ávila, 1987, pp. 237-243. CALDERÓN ORTEGA, «Los corregidores de los duques de Alba», p. 289.

³¹ BECEIRO PITA y CORDOBA DE LA LLAVE, pp. 340-341.

³² *Ibidem*, p. 341; MONSALVO ANTÓN, *El sistema político concejil*, p. 214; HERNÁNDEZ VICENTE, S., *El concejo de Benavente en el siglo XV*, Zamora, 1986; y CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005, pp. 333-334.

³³ CALDERÓN ORTEGA, *El ducado de Alba*, trata de los criados en las páginas 187-202 (el Consejo ducal), 217-236 (los corregidores), y 253-99 (los oficiales de la Casa).

³⁴ SANTOS CANALEJO, E. C. de los, «Piedrahíta, su comunidad de villa y tierra, y los duques de Alba en el siglo XV», *En la España medieval*, 9 (1986), pp. 1.141-1.174. CALDERÓN ORTEGA, «Los corregidores de los duques de Alba (1430-1535)», pp. 275-290.

mando superior de los continuos y hombres de armas. En este campo ha de mencionarse también la actividad de los espingarderos y de los lombarderos, fabricantes y servidores de la artillería ducal, muy activa en la baja Edad Media.

Las rentas y posesiones ducales se administraban mediante el gobernador de la Hacienda, los contadores y el tesorero, auxiliados por buen número de oficiales menores (secretarios, recaudadores, mayordomos de rentas, escribanos, etcétera).

Y en el ámbito doméstico el modelo establecido será epigono de la Casa del Rey, con un mayordomo mayor al frente, investido de todos los poderes, que distribuye y supervisa los trabajos de los numerosos oficiales *del comer y beber* (veedores, compradores, dispenseros, copero y botiller, maestresalas y trinchantes, cocineros y panaderos); de la Capilla ducal (capellanes y sacristanes); de los ballesteros y porteros de sala; de los médicos y boticarios; y de la Cámara ducal.

La Cámara ducal, servida por un camarero mayor y varios camareros, se ocupaba del alojamiento del Duque y su Casa: cama, vestidos, joyas, y dineros. En ella se integraban los reposteros, los tapiceros, los oficiales de la música (maestros de capilla, cantores, trompetas y vihuelas), y los maestros de obras.

Para el servicio exterior estaba la Caballeriza, que se ocupaba de los caballos, jacas y mulas para el transporte, al mando del caballerizo mayor y del acemilero mayor; pero para los asuntos de animales *de cocina y boca* existían también mayores y pastores de la cabaña de ovejas, paveros, gallineros y conejeros. La cinegética —consustancial con el *more nobilium* medieval y moderno— estaba servida por monteros (la venatoria o caza mayor), y cazadores y rederos (la cetrería).

En este pequeño universo ducal transcurrirán las vidas de diez generaciones de la familia de Villapecellín.

3. LOS VILLAPECELLÍN AL SERVICIO DE LOS DUQUES: CONSTRUCCIÓN DE UNA GENEALOGÍA

Los Villapecellín constituyen un caso bien singular entre las numerosas familias secularmente consagradas al servicio de una gran Casa nobiliaria: principalmente, porque sirvieron a los señores, condes y duques de Alba de Tormes durante nada menos que cuatrocientos años, a lo largo de más de diez generaciones. Pero también porque son un buen ejemplo del ascenso social constante de un linaje de modestos hidalgos del siglo XV, que logrando hábitos de las Órdenes Militares desde 1564, serán encumbrados hasta la nobleza titulada ya en el siglo XIX.

Para abordar la historia familiar de los Villapecellín me valdré, principalmente, de los legajos atinentes a ellos, obrantes en los archivos familiares de los vizcondes de Altamira de Vivero y de Ayala, sus descendientes directos, conservándose también algunos papeles en el del conde de Castrillo y Orgaz³⁵.

El humilde origen de esta familia hidalga ha de hallarse en el lugar del que tomaron su apellido: el lugar que en 1352 el *Libro Becerro* denominaba *Villa Peçenni*, en la merindad de Saldaña, y que

³⁵ El archivo de los vizcondes de Altamira de Vivero se encuentra depositado en el Archivo Histórico Nacional, sección Nobleza, en Toledo; las cajas 15, 16, 51 y 52 son atinentes a los Villapecellín. El archivo del vizconde de Ayala se conserva en su domicilio particular, en Madrid, y los papeles de los Villapecellín forman dos pequeños legajos tocantes a genealogías y vínculos, que permiten redactar una genealogía muy completa. El del conde de Castrillo está depositado en el mismo AHN, sección Nobleza; los papeles que he consultado se hallan en la caja 3.

hoy se llama Villapeceñil, a cinco kilómetros al norte de Sahagún, en la provincia de León³⁶. Pero, al uso de la época, los Pecellín procuraron ilustrar esos modestos orígenes con mayores alcurnias, haciendo constar en algunas obras genealógicas su descendencia directa del célebre *condottiero* italiano Niccolò Piccinino (1386-1444), un curioso personaje que prestó sus servicios profesionales a la república de Florencia, al duque de Milán y a la señoría de Venecia, pero cuya relación con Castilla es más que improbable —y más aún la derivación fonética entre ambos apellidos—.

Posiblemente al servicio de don Fernán Álvarez de Toledo, cuarto señor de Valdecorneja y futuro primer conde de Alba, desde la década de 1430, Álvaro de Pecellín, el primero de ellos, se distinguió sobremedura por su fidelidad a su señor cuando, siendo alcaide de la fortaleza fronteriza de Benzalema (cerca de Baza, en Granada) en 1447, abandonado a su suerte en medio de la guerra civil castellana y con su señor en prisión, cayó en combate defendiendo sus muros, como nos relata la propia *Crónica de Juan II* con brillantes colores:

el Infante Coxo había tomado las villas e castillos de Benamaurel e Benzalema... e los que en ellas estaban tenían poco bastimento e no les venía socorro de ninguna parte. E detuviéronse bien veinte días combatiéndolos siempre de noche y de día, e ya en este tiempo eran muchos muertos y feridos, e otros dolientes; e los que quedaban ya no lo podían sufrir; y peleaban de día y de noche, e no tenían qué comer. E cuando los Moros conocieron el estrecho en que estaban los de la villa de Benamaurel, dieron un combate tan fuerte que fue maravilla, de guisa que los que dentro estaban no lo pudieron sufrir e a la fin la villa fue entrada por fuerza, e allí fueron muchos cristianos muertos y presos, entre los quales fue preso el Alcaide, que se llamaba Juan de Herrera, criado del conde Fernandálvarez de Toledo. E los Moros lo llevaron a la villa de Benzalema, e hiciéronle que hablase con el Alcaide, que se llamaba Álvaro de Pecellín, e que le aconsejase que diese a los Moros la villa e castillo, y él hizolo así como los Moros gelo mandaron. E Álvaro de Pecellín, Alcaide de Benzalema, ovo muy grande enojo de lo quel Alcaide Juan de Herrera le decía, e dixo que nunca pluguiese a Dios que por miedo de morir él diese la villa e fortaleza a los enemigos de la fe; y escogió muerte honrosa antes que vida aviltada e vergonzosa, e comenzó a mal traer al Alcaide Juan de Herrera porque tal consejo le daba, e comenzó a pelear muy valientemente con los Moros, de manera que él e los suyos mataron e firieron muchos dellos. E comoquiera que los Moros lo querían tomar a prisión, nunca el Alcaide ni los suyos se quisieron dar, e así murieron todos por la mano de los Moros, que ninguno dellos escapó, e así fue tomada aquella villa e castillo, y muerta tan buena gente e tan esforzada; e murieron allí con el Alcaide treinta hombres que solamente le habían quedado, y todos los otros eran ya muertos³⁷.

Esta heroica muerte selló quizá la alianza secular entre los condes y duques de Alba de Tormes, y sus fieles Pecellines, que habría de durar cuatrocientos años: el parentesco ficticio que unía entonces a señores y criados, adquirirá mayor intensidad en este caso, pues los duques se dignarán distinguir con el dictado de *primos* a los Pecellín, y su confianza en ellos será tal que trascenderá hasta la corte, y hasta los propios Reyes Católicos, en ocasión de querer encomendar una misión delicada, dirán al Duque: «enviadnos a vuestro Pecellín». Y bajo la protección ducal, el ascenso social de los Pecellín fue relativamente rápido: en 1480 ya pertenecían al Consejo ducal y servían importantes cargos; hacia 1564 ya visten el hábito de la Orden de Calatrava y gozan una

³⁶ Libro Becerro de las Behetrías, ed. Gonzalo Martínez Díez, León, 1981, vol. II, p. 67.

³⁷ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, L., *Crónica de Don Juan II*, ed. de Cayetano Rosell, Madrid, 1877, año de 1446, capítulo VI; y año 1447, capítulo II.

de sus encomiendas; en el siglo XVII ya serán señores de vasallos; y en el siglo XIX, alcanzarán la superior dignidad de títulos de Castilla.

Consecuente con la mentalidad de la época que les tocó vivir, los primeros Villapecellín procuraron ilustrar su naciente linaje y casa con los sólitos símbolos de poder usados por la alta nobleza castellana, tanto los *identificativos* (armerías, onomástica, solar), como los *dignificadores* (mitos sobre el origen, honor), y los *funerarios* (mandas piadosas y pompa funeral, memoria de los difuntos). Ya he mencionado algo acerca de los mitos que sobre su origen oscuro construyeron los Pecellín, y ahora lo haré ahora sobre su capilla funeraria –la memoria de los difuntos–, y sobre las armerías que adoptaron.

El lugar elegido fue la iglesia románica de San Juan en Alba de Tormes, en uno de sus ábsides laterales³⁸. Esta capilla llamada de Santa Ana encierra la parte arquitectónica más importante de la iglesia, decorada a base de arcos ciegos de ladrillo (trilobulados en la cabecera, de indudable influencia árabe) con basas y capiteles de arenisca, decorados con hojas carnosas y apomados, algunos con la policromía original. En los dos muros laterales se hallan cuatro sepulcros del siglo XVI, y sobre ellos hay seis tallas en madera policromada de los siglos XVI y XVII que representan a San Miguel abatiendo al diablo, Santa Águeda, Santa Apolonia, San Juan Evangelista –perteneciente a un calvario desaparecido–, San Vicente Ferrer y Santo Domingo de Guzmán. Estas imágenes procedían del antiguo pórtico de la iglesia de San Juan, y la de la virgen de la iglesia de Santa María, habiendo sido trasladadas aquí en 1852³⁹. Preside la capilla otra imagen de Nuestra Señora de la Guía (procedente de una ermita desaparecida, que estaba a la entrada del puente).

Los cuatro sepulcros mencionados son los de Diego de Villapecellín (*Aquí yace sepultado Diego de Villapecellín, camarero que fue del muy ilustre e muy magnífico señor don García Álvarez de Toledo duque de Alba marqués de Coria, e su alcaide e regidor e corregidor desta villa de Alba, e falleció a XV de noviembre año de MDX*), su esposa doña María de Estrada (*Aquí está sepultada Mari Álvarez de Estrada, mujer del alcaide Diego de Villapecellín, e falleció a X de enero de M quatrocientos noventa e VII*); y sus dos hijos Rodrigo (*Aquí yace el honrado cavallero Rodrigo Pecellín, hijo del alcaide Diego de Villapecellín, falleció a XXI de hebrero año de MDXXIII años*) y Alonso (*Aquí yace el honrado cavallero Alonso de Cabria, hijo del alcaide Diego de Villapecellín, murió a VI dias del mes de julio año de MDXXXVI*).

Todos ellos están adornados de las armerías familiares, que se describen así: escudo cuartelado; primero, una banda engolada de dragantes (que es propiamente de Pecellín); segundo, trece roeles (que es de Dávila); tercero, seis roeles en dos palos (probablemente de Castro, o de Dávila); y cuarto, un pájaro sobre una rama; todos están sostenidos por dos leones, pero en la infrecuente actitud de humillarse ante las armas, es decir con los cuartos delanteros arrodillados, y los traseros elevados.

Estas mismas armerías figuran labradas en la iglesia parroquial de Piedrahíta. Los esmaltes y colores nos los proporciona el expediente de ingreso de Álvaro de Villapecellín y Fonseca en la Orden Militar de Alcántara (año de 1669): «de oro con una banda de azur engolada de dragantes; por soportes, dos leones». Notemos que los motivos sugieren que alguno de los primeros Pecellín recibieron del Rey la divisa y Orden de la Banda Real de Castilla, cuyos símbolos heráldicos consistían precisamente en una banda engolada de dragantes⁴⁰.

³⁸ La cesión y posesión (1470-1475), en AHN, Nobleza, Vivero, caja 15. RODRÍGUEZ RUBIO, T., y GÓMEZ GUTIÉRREZ, C., *Recuerdos y bellezas de Alba de Tormes*, Sevilla, 1922, pp. 11 (castillo), y 25-29 (capilla de San Juan); y apéndice II, pp. 23-24 (escudos de armas).

³⁹ ARAUJO, F., *Guía histórico-descriptiva de Alba de Tormes*, Salamanca, 1882.

⁴⁰ CEBALLOS-ESCALERA GILA, A. de, *La Orden y Divisa de la Banda Real de Castilla*, Madrid, 1993.

De esta familia he formado la siguiente genealogía:

1. Pecellín, hidalgo oriundo del lugar de Villapeceñil (León). Aunque no se sabe con quién se casó, dejó al menos un hijo varón —y quizá un segundo hijo, llamado Diego—:
2. Álvaro de Pecellín, hombre de armas y capitán al servicio de don Fernando Álvarez de Toledo, cuarto señor de Valdecorneja, al que quizá acompañó en su jornada contra Granada en 1434, hallándose así en las tomas de los castillos de Benamaurel y de Benzalema. Siendo *alcaide del castillo de Benzalema* por el conde de Alba, lo defendió heroicamente hasta la muerte en 1447, cuando los moros granadinos lo tomaron al asalto. Fue hijo suyo:
3. Diego de Villapeceñil, *camarero del conde don García de Toledo* en 1452⁴¹, que en el alarde hecho en Alba de Tormes en 1465 presentó un *ginete doblado*⁴². Se ignora su matrimonio, pero fue padre de:
 - A) Diego de Villapeceñil, que sigue.
 - B) Álvaro de Pecellín, a quien hallamos como continuo del conde de Alba con *dos omnes darmas doblados e encobertados*, en el alarde hecho en Alba de Tormes en abril de 1465, y también en la nómina de hombres de armas de 1475⁴³. Según los documentos familiares, fue *alcaide de la fortaleza de Alba de Tormes y corregidor de la villa ducal*. Años después sería criado del conde de Osorno y alcaide de su castillo de Galisteo, al que los Reyes Católicos ordenaron en 5 de abril de 1489 que pusiese en libertad a Alfonso González, preso en dicho castillo⁴⁴.
4. Diego de Villapeceñil, *alcaide de la fortaleza de Alba de Tormes y corregidor de dicha villa al menos desde 1479, hasta 1498*⁴⁵, y *regidor de Alba ya en 1483*⁴⁶, *camarero del duque de Alba de Tormes*, que murió en Alba el 15 de noviembre de 1510, siendo sepultado en la capilla de San Juan, fundada por él. Había testado allí el 9 de septiembre de 1496 ante Alonso Gutiérrez, y era marido desde 1472 de doña María Álvarez de Estrada, finada en Alba de Tormes el 10 de enero de 1497. Fueron sus hijos:
 - A) Rodrigo de Villapeceñil, que sigue.
 - B) Doña Beatriz de Villapeceñil y Estrada, casada con Fernando Guedeja, vecino de Alba.
 - C) Doña Francisca de Villapeceñil y Estrada, mujer de Francisco del Águila.
 - D) Alonso de Villapeceñil y Estrada, fallecido en Alba el 6 de julio de 1546, y sepultado en la capilla familiar de San Juan. Fue casado con doña Juana Díaz de Montenegro, y padre de:
 - a) Francisco de Cabria Pellecín, vecino de Sevilla, que hizo información de su hidalguía en 1536.

⁴¹ Como testigo en la copia y concertación de una carta regia en Piedrahíta, a 9 de junio: Archivo Ducal de Alba (ADA), caja 2, doc. 60.

⁴² ADA, caja 61, doc. 7(14). Pub. CALDERÓN ORTEGA, J. M., *Documentación medieval abulense en el Archivo de la Casa de Alba* (Ávila, 2000), doc. 52.

⁴³ ADA, caja 61, docs. 7(14 y 16). Pub. CALDERÓN ORTEGA, *Documentación medieval abulense*, docs. 52, 71 y 72.

⁴⁴ AGS, RGS, abril de 1489, número 41. La primera esposa del conde de Osorno era una hija del duque de Alba de Tormes, que murió en 1482 dejando varios hijos menores: quizá por eso, para guardar la herencia de sus nietos, pusiera el Duque al servicio de su yerno a uno de sus criados de la mayor confianza, cual era Álvaro de Villapeceñil.

⁴⁵ MONSALVO ANTÓN, *El sistema político concejil*, pp. 157, 213, 237 y 289.

⁴⁶ Cuando adquiere la capilla de Santa Ana en la parroquia de San Juan: AHN, Nobleza, Vivero, caja 15.

- E) Álvaro de Villapececlín y Estrada, que siendo vecino de Piedrahíta litigaba entre 1528 y 1532 con doña Isabel Enriquez de Vargas, vecina de Alba de Tormes⁴⁷.
5. Rodrigo de Villapececlín y Estrada, *alcaide de la fortaleza de Alba de Tormes y regidor de dicha villa* en 1502-1504⁴⁸, que fundó en 1520 un mayorazgo del tercio y quinto de sus bienes libres en cabeza de su hijo el comendador don Francisco. Murió en Alba el 21 de noviembre de 1524, siendo sepultado en su capilla de San Juan, habiendo testado el 21 de febrero del mismo año ante Pero Vizcaino. Según una escritura datada en 1497, ya estaba entonces casado con doña Inés de Vargas del Río, natural de Alba (hija de Hernán Martínez del Río y de doña Leonor González de Vargas; esta a su vez hija de Alonso de Vargas y de doña Inés González de León, fundadores de un mayorazgo). Padres de:
- A) Francisco de Villapececlín y Vargas, que sigue.
 - B) Doña Inés de Cabria de Villapececlín y Vargas, casada con Gómez Brochero de la Carrera (hijo de Andrés Brochero, regidor de Alba de Tormes, y de doña Aldonza de la Carrera), que hizo mayorazgo de sus bienes en favor de su hijo, y en falta llamó a su hermano Francisco. Padres de:
 - a) Andrés Brochero de Villapececlín, caballero de la Orden de San Juan (1544)⁴⁹, primer llamado al mayorazgo fundado por su madre, que gozó. Sin prole.
 - C) Diego de Pecellín, clérigo, beneficiado de San Juan de Alba.
 - D) Doña Francisca Pecellín, esposa de Francisco de Aguilar.
6. Francisco de Villapececlín y Vargas, comendador de la Orden de Calatrava (1564) y visitador del Maestrazgo de dicha Orden⁵⁰, *alcaide de la fortaleza de Alba de Tormes, y alcaide y gobernador de la ciudad de Huéscar (Granada), regidor perpetuo de Piedrahíta*, familiar del Santo Oficio, fundador del mayorazgo. Se distinguió durante la rebelión de los moriscos granadinos, a muchos de los cuales salvó la vida, particularmente en el socorro de Galera⁵¹. Testó en Piedrahíta el 11 de octubre de 1580 ante Francisco Gante o Garrote, hizo un codicilo el 6 de enero de 1583 y murió en Alba en 1584. Había hecho capitulaciones en Piedrahíta, el 18 de septiembre de 1530, ante el escribano Andrés Guerra, para casarse con la mayorazga doña Mariana de Tamayo (hija de Ruy Fernández de Tamayo y de doña Teresa de Salazar, hija a su vez de Lope García de Salazar). Con hijos:
- A) Francisco de Villapececlín y Tamayo, bautizado en Alba de Tormes el 21 de marzo de 1534. Murió soltero en 1570, durante la guerra contra los moriscos de Granada, en la que acompañó a su padre.
 - B) Álvaro de Villapececlín y Tamayo, que sigue.
 - C) Don Andrés Tamayo de Villapececlín, clérigo, maestrescuela y canónigo de la catedral de Ciudad Rodrigo por los años de 1561-1584, que hizo mayorazgo en favor de su hermano Francisco, y por muerte de este se agregó al vínculo fundado por su abuelo paterno.

⁴⁷ ARChVa, Pleitos Civiles. Alonso Rodríguez, caja 8, expte. 10.

⁴⁸ MONSALVO ANTÓN, *El sistema político concejil*, pp. 213, 238.

⁴⁹ AHN, Órdenes Militares, San Juan, expte. 23.022.

⁵⁰ AHN, Órdenes Militares, Calatrava, expte. 1.974.

⁵¹ MÁRMOL CARVAJAL, L. del. *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*, Málaga, 1600, libro VII, capítulos 17-18.

- D) Bernardino de Villapecellín y Tamayo, bautizado en Alba el 2 de noviembre de 1546.
- E) Rodrigo de Villapecellín y Tamayo, bautizado en Alba el 28 de septiembre de 1548; fue casado con doña Isabel de Vargas.
- F) Doña Antonia de Villapecellín.
7. Álvaro de Villapecellín y Tamayo, bautizado en Alba el 30 de abril de 1545, fue *alcaide de la fortaleza de Alba de Tormes desde 1590*⁵², y de la de Piedrahíta, *regidor de esta villa y familiar del Santo Oficio de la Inquisición*. Don Juan de Austria le daba el tratamiento de *magnífico señor*, y el duque de Alba el de *primo*. Hizo información en Piedrahíta el 23 de enero de 1587, ante Juan de Montero. Testó en Piedrahíta el 1 de marzo de 1617 ante Diego de Chaves, y murió allí en 1618. Marido desde 1578 de doña Mariana Velázquez de Aponte, patrona del convento de las carmelitas de Alba, fallecida en Piedrahíta en 1616; hija de Francisco Velázquez, castellano de Palermo, que litigó su hidalguía (hijo a su vez de Francisco Velázquez, fundador del convento de Santa Teresa en Alba de Tormes, año de 1571, y de doña Mariana Velázquez, sobrina carnal de la Santa fundadora), y de doña Aldonza de Aponte (hija de Diego Láiz y de doña Beatriz de Aponte, vecinos de Diego Álvaro y de Tordillos). Esta señora testó el 12 de marzo de 1603 y el 1 de septiembre, ante Juan Rodríguez. Padres de:
- A) Doña María de Pecellín Velázquez, que entró monja en el convento de la Madre de Dios de Piedrahíta en 1592.
- B) Doña Aldonza de Villapecellín y Velázquez, bautizada en Alba el 4 de octubre de 1588. Murió en la infancia.
- C) Don Francisco de Villapecellín y Velázquez, que sigue.
- D) Doña Aldonza de Villapecellín y Velázquez, segunda del nombre, bautizada en Alba el 2 de octubre de 1594. Fue monja en el convento de la Madre de Dios de Piedrahíta, en el que hizo testamento en 1615.
8. Don Francisco de Villapecellín y Velázquez, bautizado en Piedrahíta el 21 de noviembre de 1591, fue *alcaide y regidor perpetuo de Piedrahíta*. Hizo testamento en la villa de Casasola de la Encomienda en 1659, ante Pedro Ramírez de Bonilla, año de su muerte, y sus hijos hicieron la partición de sus bienes entre 1661 y 1662. Casado en primeras nupcias en 1612 con doña María de Loaysa y Ceballos, natural de Plasencia e hija de Hernando de Loaysa Villalobos y de doña María de Ceballos Ramos; hizo testamento en Piedrahíta el 6 de junio de 1617, ante Diego de Chaves. Y en segundas nupcias, celebradas en Alba de Tormes, con doña Juana de Fonseca Castillo y Zúñiga, bautizada en Alba de Tormes, parroquia de San Pedro, el 25 de junio de 1610; hija de Fernando Comejo de Fonseca (hijo a su vez de Cristóbal Comejo de Fonseca, y de doña Juana de Altamirano de Villapecellín), y de doña Petronila del Castillo y Zúñiga (hija de Diego Sánchez del Castillo, que ganó ejecutoria de hidalguía en 1575, y de doña Petronila de Zúñiga). Y en terceras nupcias, que tuvieron lugar en Piedrahíta en 1653, con doña Luisa de Valencia y Vera. Con prole ambas esposas:
- A) Álvaro de Villapecellín y Loaysa, casado con doña Petronila de las Heras Vega, natural de El Barco de Ávila, hija de Francisco Martínez de las Heras y viuda de don Pedro de Moreta, caballero de la Orden de Santiago. Murió antes que su padre y sin dejar descendencia.

⁵² ADA, caja 142, doc. 39 (85).

- B) Álvaro de Villapececlín y Fonseca, segundo del nombre, que sigue.
 - C) Petronila de Villapececlín y Fonseca, que murió sin sucesión.
 - D) Fernando de Villapececlín y Fonseca, que murió sin descendencia.
 - E) Doña Mariana de Villapececlín y Fonseca, esposa de don Luis Vélez Osorio y Salazar, poseedor del mayorazgo fundado por don Martín Vélez, canónigo de Zamora; hijo de Luis Vélez Osorio de Cáceres, y de doña Jacinta de Salazar Cimbrón y Dávila. Con hijos:
 - a) Francisco Vélez de Villapececlín, marido de doña Isabel María Ochoa de Salazar; con descendencia.
 - F) Doña Mencía de Villapececlín y Fonseca (cuya existencia es dudosa).
9. Don Álvaro de Villapececlín y Fonseca, nacido en Casasola de la Encomienda (Garcirrey, Salamanca) el 26 de julio de 1643. Fue caballero de la Orden de Alcámará (1669)⁵³ y *alcaide de la fortaleza de Piedrahita*, e hizo testamento allí ante Luis Rodríguez a 16 de marzo de 1690. Murió el 23, completamente arruinado: su viuda reclamó la dote, sus hijos renunciaron a la herencia, y se abrió un concurso de bienes sobre los que poseía libres y no vinculados⁵⁴. Fue casado en la villa de Segura (Cáceres) el 20 de mayo de 1660 con doña Teresa Cornejo y Maldonado, hija de Andrés Cornejo de Bazán, muerto en Piedrahita en 1661 (hijo de Gonzalo Cornejo y Carvajal, fundador del mayorazgo de Villarejo y Segura, y de doña Mencía de Bazán), y de doña Magdalena Dávila y Aponte (hija de Pedro Dávila y Aponte, y de doña María de la Torre Figueroa). Doña Teresa era ya fallecida en 22 de noviembre de 1703, cuando sus hijos partieron sus bienes⁵⁵. Con hijos:
- A) Don Francisco de Villapececlín y Cornejo, que sigue.
 - B) Don Pedro de Villapececlín y Cornejo, clérigo presbítero.
 - C) Doña Juana de Villapececlín y Cornejo, casada con don Juan Manuel Godínez de Paz, primo hermano del señor de Tamames. Sin descendencia.
10. Don Francisco de Villapececlín y Cornejo, bautizado en Piedrahita el 4 de abril de 1663. Fue *alcaide de la fortaleza de Piedrahita y regidor perpetuo de esa villa*, hizo testamento ológrafo el 21 de mayo de 1696 y falleció en 1729⁵⁶. A su muerte, el Duque de Alba le debía algunas cantidades, que más tarde cobrarían su viuda e hijos⁵⁷. Casado en Santa Ana de Villacomer (Ávila) a 26 de mayo de 1683 con doña Ana Jerónima de Zúñiga Palomeque y Cárdenas, señora de Santa Ana de Villacomer, hija de don Pedro de Zúñiga Palomeque, y de doña Catalina de Cárdenas Pimentel. Con hijos:
- A) Don Álvaro de Villapececlín y Zúñiga, que sigue.
 - B) Don Pedro Antonio de Villapececlín y Zúñiga, regidor perpetuo de Coria, que era vivo en 1728.

⁵³ AHN, Órdenes Militares, expedientillos, núm. 14.046.

⁵⁴ AHN, Nobleza, Castrillo, caja 3, doc. 11.

⁵⁵ AHN, Nobleza, Castrillo, caja 3, doc. 14.

⁵⁶ AHN, Nobleza, Castrillo, caja 3, doc. 17: a finales de 1728 había dado poder a su hijo Pedro Antonio para asistir a las juntas de las memorias fundadas en el convento de carmelitas descalzos de Alba de Tormes.

⁵⁷ AHN, Nobleza, Castrillo, caja 3, doc. 19.

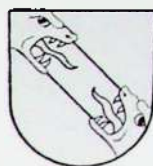
- C) Don Félix Antonio de Villapecellín y Zúñiga, nacido en 1695, que fue colegial en el mayor del Arzobispo en la Universidad de Salamanca, y más tarde clérigo, canónigo y deán de la catedral de Coria, donde falleció el 14 de mayo de 1743.
- D) Doña Catalina de Villapecellín y Zúñiga.
- E) Don Francisco Antonio de Villapecellín y Zúñiga, colegial en el mayor de San Salvador de Oviedo, en la universidad de Salamanca, y más tarde doctor en Derecho, oidor de Valladolid y corregidor del señorío de Vizcaya. Hizo información en Piedrahíta el 11 de julio de 1760, ante José Hernández Recuero.
- F) Doña Ana María de Villapecellín y Zúñiga.
- G) Doña Catalina de Villapecellín y Zúñiga.
11. Don Álvaro de Villapecellín y Zúñiga, señor de Santa Ana de Villacomer, patrono del convento de Nuestra Señora de la Encarnación en Alba de Tormes, y de la capilla de la parroquial de San Juan de dicha villa ducal, bautizado en Piedrahíta el 27 de diciembre de 1685. Tomó posesión de los mayorazgos de su padre en Piedrahíta a 12 de septiembre de 1729. Fue *alcaide de la fortaleza de Piedrahíta, y regidor perpetuo de esa villa*. Contrajo matrimonio en Piedrahíta el 29 de junio de 1707 con doña Francisca de Castro Formento y Mercado, hija de don Tomás de Castro Almaraz y de doña María de los Ángeles Formento y Mercado, vecinos de Ciudad Rodrigo. Con cinco hijos:
- A) Don Francisco Javier de Villapecellín y Castro, que sigue.
- B) Doña Ana María de Villapecellín y Castro, religiosa profesa en el convento del Carmen, de Piedrahíta.
- C) Don Pedro José de Villapecellín y Castro, *regidor perpetuo de Piedrahíta*, su alcalde de la hermandad y su alguacil, bautizado allí el 13 de mayo de 1718, que aún era vivo en 1753. Contrajo matrimonio en Piedrahíta el 9 de junio de 1739 (velados el 29 de noviembre) con doña Jacinta Rosa de Velasco y Cornejo, hija de don Juan Gutiérrez de Velasco Buitrago y Silva, y de doña Teresa María Cornejo y Vega⁵⁸. De este matrimonio descienden los vizcondes de Garcigrande, los condes de la Cabaña de Silva, y los marqueses de Nevares y de Cortina, así como otros distinguidos próceres salmantinos.
- D) Don Félix de Villapecellín y Castro, colegial del mayor del Arzobispo en la universidad de Salamanca, fue letrado y corregidor de Bilbao.
- E) Fray José de Villapecellín y Castro, bautizado el 31 de marzo de 1723, que fue doctor y religioso.
12. Don Francisco Javier de Villapecellín y Castro, señor de Santa Ana de Villacomer, patrono del convento de Nuestra Señora de la Encarnación en Alba de Tormes, y de la capilla de la parroquial de San Juan de dicha villa ducal, bautizado en Piedrahíta en 1719. En 1747 hizo donación de una reliquia del mártir San Román a la parroquia segoviana del mismo nombre⁵⁹. Murió y fue enterrado en Piedrahíta a 6 de marzo de 1774. Casado en primeras nupcias en Arévalo el 6 de julio de 1753 con doña Feliciano de Arévalo Sedeño y Pérez de la Torre, nacida en El Espinar (Segovia) en 8 de junio de 1727 y muerta en Piedrahíta el 15 de

⁵⁸ Su hijo don José Vicente de Villapecellín y Velasco litigó su hidalguía en Valladolid, contra la villa de Mansilla de las Mulas, en 1784-1795: ARChVa, Sala de Hijosdalgo, legajo 1.007, expte. 3.

⁵⁹ AHN, Nobleza, Castrillo, caja 3 doc. 32.

abril de 1763; hija de los segovianos don Juan de Arévalo Sedeño y Arévalo, caballero de la Orden de Calatrava, y de doña Rosa Pérez de la Torre y Guzmán. Y en segundas nupcias, también en Arévalo, con doña Luisa de Montalvo Muncharaz e Hinojosa, hija de don Carlos de Montalvo y de doña Josefa de la Hinojosa. Con hijos de la primera:

- A) Don Judas Álvaro de Villapecellín y Arévalo Sedeño, nacido en Piedrahíta el 30 de marzo de 1753. Casado con doña María de Castro, hija de don Gómez de Castro y de doña María Formento. Murió sin dejar sucesión.
- B) Doña Francisca de Villapecellín y Arévalo Sedeño, bautizada en Piedrahíta el 14 de junio de 1751. Casada allí el 20 de junio de 1767 con su primo don Miguel de Peñalosa Zúñiga y Fernández de Velasco, señor de Garcirrey, Aldeamuña y Rivillanavajas, teniente coronel del Regimiento Provincial de Salamanca, nacido en Almazán (Soria) el 28 de septiembre de 1746, hijo de don Pedro de Peñalosa Zúñiga y Arévalo Sedeño, y de doña Ignacia Fernández de Velasco y Medrano. Fue su hijo mayor:
 - a) Don Juan Antonio de Peñalosa y Villapecellín, Señor de Santa Ana de Villacomer y patrono del convento de madres carmelitas de Alba de Tormes (al que hizo donación de una soberbia escultura de la Doctora de la Iglesia, que aún se conserva allí), poseedor del mayorazgo de Villapecellín, regidor perpetuo de Salamanca y oficial del Regimiento Provincial de Salamanca, nacido en Arévalo el 29 de junio de 1779, y finado en Salamanca el 9 de noviembre de 1815. Contrajo matrimonio en Segovia el 25 de marzo de 1811, con su prima doña María Guadalupe Meléndez de Ayones y Peñalosa, nacida en Segovia el 13 de diciembre de 1792 y finada en Madrid en agosto de 1834; de esta unión quedaron dos hijos, siendo el primogénito y sucesor:
 - aa) Don Felipe María de Peñalosa y Meléndez de Ayones, señor de Santa Ana de Villacomer, patrono del convento de carmelitas descalzas de Alba de Tormes, último poseedor del mayorazgo de Villapecellín, maestrante de Sevilla, nacido en Salamanca en 1810 y falleció en su ciudad natal el 27 de abril de 1855. Casó en primeras nupcias en Segovia el 16 de agosto de 1831 con doña Francisca de Paula de Contreras Girón y Mencos, nacida en Segovia el 2 de octubre de 1810, y fallecida en esa ciudad el 20 de mayo de 1838; hija de don Luis Domingo de Contreras Girón y Escobar, V marqués de Lozoya y de la Fresneda, teniente coronel del Regimiento Provincial de Segovia, y de doña María Dolores de Mencos y Eslava, señora de Eguillor en Navarra, hija de los condes de Guenduláin. Y en segundas nupcias en Madrid el 15 de mayo de 1839, con doña Ángela de Ceballos-Escalera y de la Pezuela, nacida en Lima (Perú) el 20 de noviembre 1820, y fallecida en la dehesa de Santa Ana de Villacomer (Narros del Castillo, Ávila), el 26 de marzo de 1878; hija primogénita de don Rafael de Ceballos-Escalera y Ocón, teniente general de los Ejércitos Nacionales y gran cruz laureada de la Real y Militar Orden de San Fernando, y de doña María del Carmen de la Pezuela y Ceballos, dama noble de la Orden de María Luisa. Tuvieron once hijos, y han dejado descendencia en los vizcondes de Altamira de Vivero, y de Ayala, y en los marqueses de Miranda de Ebro, de la Pezuela y de La Floresta.



Álvaro de Villapeceñin (+1447)
Alcaide de Benzalema

Diego de Villapeceñin
Camarero del Conde de Alba de Tormes 1452

Diego de Villapeceñin (+1510)
*Alcaide y regidor de Alba de Tormes 1483
y camarero del Duque
1472 cc María Álvarez de Estrada, +1497*

Álvaro de Villapeceñin
*Continuo 1465, alcaide y corregidor de Alba de
Tormes 1470, alcaide de Galisteo 1489*

Rodrigo de Villapeceñin y Estrada (+1524)
*Alcaide de Alba de Tormes, fundó mayorazgo
c 1497 cc Inés de Vargas del Río*

Francisco de Villapeceñin y Vargas (+1584)
*Comendador de la Orden de Caltrava
Alcaide de Alba y de Huéscar, regidor de Piedrahíta
1530 cc Mariana de Tamayo y Salazar*

Álvaro de Villapeceñin y Tamayo (1545-1618)
*Alcaide de Alba y Piedrahíta
c 1578 cc Mariana Velázquez de Aponte*

Francisco (1534-1570), que murió sirviendo al
Duque en la guerra de los moriscos
Andrés, maestrescuela de Ciudad Rodrigo

Francisco de Villapeceñin y Velázquez (1591-1659)
*Alcaide y regidor de Piedrahíta
2 cc Juana de Fonseca Castillo y Zúñiga*

Álvaro de Villapeceñin y Fonseca (1643-1697)
*Alcaide de Piedrahíta, caballero de Alcántara
1660 cc Teresa Cornejo y Maldonado*

Francisco de Villapeceñin y Cornejo (1663-1729)
*Alcaide y regidor de Piedrahíta,
1683 cc Ana de Zúñiga Palomeque y Cárdenas*

Álvaro de Villapeceñin y Zúñiga (1685-?)
*Alcaide y regidor de Piedrahíta,
1707 cc Francisca de Castro Formento y Mercado*

Félix, colegial del Arzobispo y deán de Coria
Francisco, oidor de Valladolid, corregid. de Vizcaya
Pedro, regidor de Piedrahíta

Francisco de Villapeceñin y Castro (1719-1774)
cc Feliciano de Arévalo Sedeño y Pérez de la Torre

Pedro José de Villapeceñin y Castro (1718-d. 1753)
Regidor de Piedrahíta
*Con sucesión en los condes de la Cabaña de Silva,
vizcondes de Garcigrande y marqueses de
Nevares y de Cortina*

Francisca de Villapeceñin y Arévalo (1751-?)
1746 cc Miguel de Peñalosa Zúñiga y Velasco
Señor de Garcirrey y Aldeanueva
*Con sucesión en los vizcondes de Altamira de
Vivero y de Ayala, marqueses de Lozoya, de
Miranda de Ebro, de la Pezuela y de La Floresta*

 Institución Gran Duque de Alba

EL GRAN DUQUE DE ALBA Y EL PENSAMIENTO. ECONOMÍA Y NEGOCIOS EN TERESA DE ÁVILA

Victoriano MARTÍN MARTÍN
Universidad Rey Juan Carlos

I. INTRODUCCIÓN

El ensayo, cuyo primer borrador presento, intenta analizar y profundizar en la actividad económica de Teresa de Ávila, actividad que como ha señalado de forma magistral el profesor Álvarez Vázquez viene sintetizada en los «trabajos» que tuvo que dedicar a los «dineros y negocios» de sus monasterios para garantizar institucionalmente su existencia material resolviendo los problemas de alojamiento, alimentación, vestido y salud de todas las monjas. En definitiva, intentaremos analizar, hablando en términos actuales, el plan estratégico de Teresa de Ávila, así como el cumplimiento a rajatabla del mismo.

Insertaremos esta actividad teresiana en el ámbito temporal en que se produce haciendo especial hincapié en cómo nuestra autora no dudó en relacionarse con el mundo de los negocios, mercaderes, burguesía, nobleza y académicos. Es en este contexto donde aparece su relación con la casa de Alba, especialmente con la duquesa doña María Enríquez.

Antes de pasar al desarrollo del trabajo propiamente dicho se realizará una síntesis de la relación del Gran Duque de Alba con el mundo del pensamiento, partiendo de la recuperación de la figura de don Fernando Álvarez de Toledo, a la que ha contribuido el rigor de la historiografía actual; nos referiremos después a la estrecha relación que el Gran Duque mantuvo con personajes tales como Juan Luis Vives, Arias Montano, Joan Boscó y Gracilaso de la Vega. En este contexto del interés del Duque por la cultura y el pensamiento se inserta la relación de Teresa de Jesús con los duques de Alba, a la que dedicamos el epígrafe siguiente.

Pasamos después a desarrollar el cuerpo central del trabajo, esto es, la actividad económica de Teresa de Jesús. En primer lugar se exponen algunas reflexiones sobre esta dimensión de la vida de la monja de Ávila, sobre el estado de la cuestión y sobre la pertinencia de volver sobre el tema. Seguidamente se realizan algunos comentarios sobre la formación o mejor preparación administrativa de Teresa, sus

relaciones con los expertos para después detenernos en lo que denominamos *proyecto empresarial* de Teresa de Jesús para terminar con un apartado dedicado a la administración del patrimonio de los monasterios.

2. EL GRAN DUQUE DE ALBA Y EL PENSAMIENTO

A duras penas se está superando la imagen de personaje siniestro de el III duque de Alba, cuyo quinto centenario de su nacimiento estamos celebrando. Una serie de circunstancias, reflejadas a veces en la cultura y el arte, convirtieron el mandato del Duque en los Países Bajos en una especie de ambiente dantesco de constantes torturas y ejecuciones. Por fortuna, como está ocurriendo con otros personajes de nuestra historia, estamos asistiendo a la recuperación de la figura del estratega, el diplomático, hombre de Estado y fiel servidor de la Corona española a lo largo del siglo XVI. A esta recuperación, sin duda, ha contribuido el rigor de la historiografía actual con su análisis severo de las fuentes. Jacobo Fitz James Stuart, XVII duque de Alba, editó algunas publicaciones que servirían de gran ayuda para los investigadores. En 1945 se publica la obra de Antonio Osorio *Vida y hazañas de don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba*, ed. José López de Toro, traducida del latín de la obra original que se había publicado en 1669; más importante es la publicación de los tres volúmenes del *Epistolario del III duque de Alba* en 1953. Estos y otros materiales fueron cuidadosamente estudiados por William S. Maltby, cuyo resultado sería la publicación en 1983 de su excelente biografía de *El Gran Duque de Alba*, que se publicó en España dos años más tarde con un prólogo de Jesús Aguirre, y que acaba de ser reeditada en Atalanta por Jacobo Siruela.

La obra de Maltby y en menor medida, la publicación en 2004, de la de Henry Kamen, *El Gran Duque de Alba, soldado de la España Imperial*, han comenzado a poner las cosas en su sitio.

Creo que la mejor síntesis del personaje la encontramos en el prefacio del libro de Maltby cuando nos cuenta que

en las pinturas, grabados y tapices que ilustran los grandes acontecimientos de la Europa del siglo XVI, aparece una figura con una marcada regularidad...

La figura corresponde a Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, uno de los personajes más poderosos y polémicos de su época. Soldado por elección, cortesano, diplomático y manipulador político por necesidad, tuvo parte prácticamente en todas las cuestiones políticas de mediados del siglo XVI, y es conocido principalmente por sus seis trágicos años como gobernador de los Países Bajos bajo el reinado de Felipe II. Su importancia histórica es ya clara, pero fue su carácter lo que fascinó y repelió a sus coetáneos, y cautivó la imaginación de épocas posteriores gracias a las obras de Schiller y John Lothrop Motley. Extraña mezcla de rígido fanatismo, agudeza política y contundente sentido común, fue una de esas raras individualidades de cuya personalidad puede afirmarse que influyó en los hechos, pero que, sin embargo, no ha encontrado un biógrafo moderno¹.

Pero Fernando Álvarez de Toledo fue también un hombre culto, y este es el aspecto que más nos interesa resaltar aquí, pero del que se hacen eco también todos sus biógrafos. Su labor diplomática se veía facilitada por su don de lenguas, hablaba francés, italiano y se defendía en alemán, leía a Tácito en latín, claro que a la edad de trece años conocía de memoria el tratado *Rei militaris Institutum* de Flavio Vegetius Renato, un experto militar romano que vivió en el siglo IV después de Cristo, que

¹ MALTBY, W. S., *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa*, Madrid, 2007, pp. 37-38.

escribió el que muchos expertos consideran el tratado militar más influyente del mundo occidental que se convirtió y perduró como la Biblia militar de Europa durante varias centurias.

En Flandes tuvo una estrecha relación con intelectuales de origen español de la talla de Juan Luis Vives y Arias Montano. Benito Arias Montano (1527-1592) había nacido en Fregenal de la Sierra (Badajoz). Tenía una sólida formación teológica, bíblica y en humanidades. Desde mayo de 1568 se encuentra en Amberes como supervisor y editor por encargo de Felipe II de la *Biblia Políglota Regia*, donde permaneció, salvo algún paréntesis, hasta 1575, aunque la edición de la Biblia había terminado en 1572. El mismo Arias Montano cuenta su estrecha relación con el Duque. Así en carta de Arias a Ovando de 6 de octubre de 1571:

El duque de Alba me hace mucha merced, honor y favor en su casa y en toda esta tierra porque me da el grado y lugar no que yo merezco, sino el que v. s. podría desear que él me diera, tanto que yo me hallo confuso. Entre otras cosas y mercedes me hace una que es algo a costa de mi tiempo, mas por entender que gusta della la recibo yo por grande, y es que estando aquí me ocupa quasi todas las tardes en que estemos hablando a solas, y quando estoy en Brusselas las mañanas y a la mesa y después de mesa dos horas y a la noche dos y tres y quatro. Tiene una discreción, memoria, juicio y distinción de cosas que me tiene admirado, y juntamente una disposición en el tratarlas que parece estar ejercitadísimo en todas las materias².

Seguramente que sería Arias Montano quien estrechara la relación entre el Gran Duque y el gran editor flamenco Plantino, ya que es el propio Arias Montano quien asesora al Gran Duque de las características editoriales de los libros editados por Plantino, «que siempre quiso estar a bien con el poder y que también supo apreciar como nadie las ventajas del orden y de la paz *nodriza de las artes*, vio la llegada del Duque como la salida del sol (...) que disipa las tinieblas y quiso mostrarse católico y agradecido por todos los medios a su alcance»³.

La relación del Duque con Plantino nos pone de manifiesto la cultura de don Fernando Álvarez de Toledo. En 1569 Plantino dedica personalmente al Duque los *Munuscula* de Calvete de Estrella y en 1573 edita el *Ad Alvarum Toletum Albae Ducem Economium* del mismo Calvete. Igualmente editaría *Horas de la Duquesa*, y en 1572 publicó las *Obras Espirituales* de fray Luis de Granada, que la Duquesa quería leer en español. Bécáres Botas reproduce en detalle un envío de libros para el Duque, parece ser que el segundo, en el que iba un ejemplar de la *Biblia Políglota Regia* en pergamino y que en la actualidad se conserva en el Museo Británico⁴.

Fernando Álvarez de Toledo era el hijo mayor del primogénito de don Fadrique, II duque de Alba. El duque Fadrique quiso dirigir la educación de su nieto huérfano, pues su hijo García había muerto en 1510 en las costas norteafricanas. Consciente don Fadrique de la efervescencia intelectual de Italia y los Países Bajos, en uno de sus viajes a Brujas se puso en contacto con el humanista Juan Luis Vives y decidió invitarle a Alba para que instruyera a sus nietos; el resto del desarrollo de la iniciativa lo explica el propio Vives en una carta a su amigo Erasmo de 1 de abril de 1522:

Por lo que toca a Fernando, nada procede ahora, y por la lentitud y frialdad con que veo que ello anda, acaso no procederá jamás. El duque de Alba ofreciame una no desdeñable canonjía si yo hubiera podido conocer el ofrecimiento por los frailes. Quería él, con

² BÉCARES BOTAS V., *Arias Montano y Plantino, el libro flamenco en la España de Felipe II*, León, 1999, p. 56.

³ BÉCARES BOTAS, *Arias Montano*, p. 303.

⁴ BÉCARES BOTAS, *Arias Montano*, pp. 303-305.

mucho interés, que yo me encargase de la enseñanza de los nietos que tiene en España, de su hijo primogénito, y como tratase de enviarme un camarero suyo que me hiciese la proposición y me ofreciese doscientos ducados de oro anuales como paga, llegó un cierto fraile dominico y le pidió al duque qué órdenes le daba para Lovaina, para donde iba a partir al día siguiente. «Mejor oportunidad no pudo haberla, respondió el duque. Sí; habla con Vives y entérate a ver si con esta paga quiere encargarse de la educación de mis nietos». Al mismo tiempo, un noble llamado Bertrán, aquél mismo que te hizo una visita tiempo ha, le da una carta para mí, en la que me comunicaba todo el negocio. Llegó el fraile a Lovaina; habla conmigo más de cien veces y ni una palabra del duque, ni me entrega la carta de Bertrán. El duque, viendo mi tardanza o prevenido del fraile que yo no acepto, encarga la formación de sus nietos a un fray Severo. Ayuno yo de todo esto, voy a Bruselas. Allí Bertrán se me queja por no haber contestado a su carta. «¿A qué carta?», dije yo. «En serio, ¿a qué carta?», me responde. Entonces me cuenta, punto por punto, la cosa, ante muchos testigos, que decían haber intervenido en la entrevista en que el duque hizo al fraile aquella encomienda; que él se dolía muy mucho que yo hubiese desdeñado la oferta; que ya no era posible deshacer el contrato convenido entre el duque y fray Severo: «¡Bellaca trastada!», dije yo. ¿Cómo iba a desdeñar un ofrecimiento que me hiciera el duque, cuando siempre había buscado con suma diligencia alguna ocasión de demostrar al duque mi buena disposición para servirle? Le quedaba muy reconocido por la cariñosa atención que había tenido conmigo, y que no tanto lo sentía por el escamoteo de la plaza, como por haber tenido que reconocer la picaresca condición del fraile. Si esto lo padecemos los hermanos, ¿qué no será de los extraños? No contentos con atacar la erudición, ya apañan con nuestros dineros⁵.

No sabemos si, como pensaba Vives, fue un acto intencionado o mero accidente, el caso es que el Duque, al no recibir contestación de Vives, encargó al fraile Severo, parece ser que enormemente grueso, la función de enseñar latín a su nieto. Según puntualiza Maltby, aunque Severo no alcanzara la estatura de Vives, su elección pudo resultar acertada, se trataba de «un maestro consagrado y un entusiasta latinista»⁶. Severo no solo instruyó a Fernando en la cultura clásica, también le infundió recelo hacia el humanismo de Erasmo. La formación latina de Fernando Álvarez de Toledo fue tan esmerada y excelente que en su actividad adulta se podía permitir ridiculizar los errores en la lengua de Cicerón de sus asesores flamencos.

Como tutor de letras, don Fadrique escogió al poeta catalán Joan Boscá de Almogávez, un hombre de honda formación humanista. Boscá llegó a Alba en 1520 y permanecería junto a Fernando hasta su muerte, acaecida en el Rosellón en 1542. Don Fadrique se preocupó de mantener en su residencia de Alba una «amena atmósfera literaria», parece que Gracilaso de la Vega prácticamente residía allí de forma permanente, el poeta fue compañero inseparable tanto de Fernando como de Boscá hasta su muerte trágica en la campaña de Provenza en 1536. Gracilaso dejaría cumplida información en sus *Églogas* de su relación con Fernando, a partir de 1531, tras la muerte de su abuelo, III duque de Alba, especialmente en las *Églogas* primera, segunda y tercera⁷.

⁵ VIVES, J. L., *Obras Completas*, Madrid, Aguilar 1948, tomo II, pp. 1.694-1.695.

⁶ MALTBY, *El Gran Duque de alba*, pp. 53-54.

⁷ GARCILASO DE LA VEGA, *Obras completas con comentario*, ed. de Elias L. Rivers, Madrid, 2001, pp. 264 ss.

3. LOS DUQUES DE ALBA Y TERESA DE JESÚS

Fernando Álvarez se casó en Alba de Tormes el 27 de Abril de 1529, con su prima María Enríquez, profundamente religiosa, como él. La futura duquesa se convertiría pronto en amiga, confidente y mecenas de Teresa de Jesús. La relación debió de ser muy estrecha y fluida, pues en las dificultades siempre se prestaron ayuda mutua, cada una según sus posibilidades. Teresa de Jesús siempre tuvo las puertas abiertas de la casa de los duques de Alba. Parece que las relaciones se inician en 1562, año de la fundación de San José, a la que doña María Enríquez contribuye «con una espléndida limosna»⁸.

Otra de las ayudas documentadas de María Enríquez a nuestra protagonista data del año 1571, un año por cierto lleno de turbulencias para la fundadora. Después de varios avatares, que comienzan en Salamanca, pasando por Medina del Campo, llega a San José de Ávila, tiene que fundar el monasterio de Alba de Tormes, vuelta a Medina del Campo, y en octubre es nombrada priora de la Encarnación, que como veremos más abajo, cuando Teresa decide en 1562 fundar San José, toma el ejemplo de la Encarnación como algo que hay que evitar por todos los medios, las disfuncionalidades religiosas de la Encarnación seguían vigentes en octubre de 1571 y Teresa es recibida con insultos por las monjas. La fundadora es consciente de que son los problemas económicos la causa fundamental del desbarajuste y el relajamiento existentes en el convento. Número excesivo de monjas, en torno a ciento cincuenta, y unos ingresos cada vez más aminorados por el proceso inflacionista que vive Castilla. De ahí que su objetivo primero sea el saneamiento de las finanzas del convento, y acabar así con la desigualdad, la malnutrición y el hambre de gran parte de las monjas. Para ello acude a sus relaciones. Su amiga la duquesa de Alba le entrega cien ducados y su hermano Lorenzo le manda dinero de América⁹.

No pasaría mucho tiempo para que Teresa pudiera devolver el favor a su amiga, aunque para ello tuviera que intervenir el rey Felipe II ante el propio papa Gregorio III. En 1573 la duquesa de Alba se encuentra deprimida, ya que su marido permanecía en los Países Bajos intentando sofocar la rebelión, y solicita la compañía y el consuelo de su amiga, la entonces priora de la Encarnación. Como Teresa tenía orden de no abandonar la clausura, tiene que intervenir el propio Felipe II ante el papa a fin de que Teresa pueda pasar unos días al lado de la duquesa de Alba en Alba de Tormes. Teresa estaba pendiente siempre de la familia de los duques, al poco de producirse la problemática y casi clandestina boda de don Fadrique, el hijo de los duques, Teresa escribe cumplidamente a la Duquesa dándole la enhorabuena por la boda de su hijo. La amistad con la duquesa de Alba proporcionó a Teresa favores y ayudas importantes. Para varios de sus viajes a lo largo de los caminos de Castilla la duquesa ponía su carroza a disposición de la monja, como ocurrió con el último viaje desde Medina del Campo a Alba de Tormes. Nos encontramos en septiembre de 1582. Teresa es reclamada de nuevo por su amiga la Duquesa porque desee que asista a su nuera en el parto del niño que está esperando para mediados de octubre. A pesar de que su salud se deteriora por momentos, se pone en camino y llega a Alba de Tormes el 20 de septiembre, ya muy enferma. El 29 de septiembre, día de San Miguel, cae en cama para no levantarse más. La duquesa de Alba no se separaría de su cama hasta el momento de su muerte, acaecida la noche del 4 de octubre. Los duques de Alba correrían con todos los gastos del entierro.

En 1573 llegó una copia del libro de *La Vida* a la duquesa de Alba. Ya nos referíamos antes a la problemática boda de don Fadrique con doña María de Toledo, boda que terminaría con el traslado de

⁸ MARQUÉS DE CERRALBO, «Los duques de Alba y Santa Teresa», *Hidalguía. Revista de Genealogía, Nobleza y Armas*, 8 (1995), pp. 89-104.

⁹ PÉREZ, J., *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*, Madrid, 2007, p. 105.

don Fadrique de su prisión de Tordesillas a la más segura del Castillo de la Mota. El enojo de Felipe II por la clandestinidad de la boda le llevó a encerrar también al duque de Alba en el castillo de Uceda, por patrocinador y cómplice de la boda. Por aquellas fechas el duque de Alba se encontraba enfermo y se autorizó a su esposa, doña María Enriquez, para que lo cuidara y acompañara en la prisión de Uceda. Fue durante la estancia de don Fernando Álvarez de Toledo en la prisión cuando llegó a sus manos en libro de *La Vida* de Teresa de Jesús. Tanto disfrutó el Gran Duque con el libro, que en una visita que le hizo el padre Gracián en la prisión, decía el Duque que «no había cosa que mas gustase que ver a la madre Teresa, aunque anduviese para ello muchas leguas»¹⁰. Cuando el Duque abandonó la cárcel, Teresa escribió inmediatamente a doña María Enriquez manifestando su alegría por la libertad pero solidarizándose con la Duquesa por la soledad que la esperaba de nuevo con la marcha del Duque a la conquista, por las armas, de Portugal.

Pero la memoria de Teresa perduraria en casa de los duques de Alba. Cuenta Teófanés Egido al referirse a la genealogía teresiana, tras haber examinado los procesos de Santa Teresa, que en el primer proceso, que tiene lugar en la segunda mitad de la década de 1590, cuatro de los 141 testigos califican como cristianos viejos a los padres de Teresa: entre estos cuatro se encontraba la duquesa de Alba y el confesor de Teresa, el padre Domingo Báñez¹¹.

La casa de Alba organizó algunos festejos en 1641 con motivo de la decisión tomada por Roma de beatificar a Teresa de Ávila, en ellos participará Cervantes, administrador y devoto de Teresa de Jesús, con la lectura en el palacio de los duques de Alba, en Alba de Tormes, del soneto: *Los éxtasis de la bienaventurada madre de Jesús*¹².

4. ECONOMÍA Y NEGOCIOS EN TERESA DE JESÚS

4.1. UNA DIMENSIÓN NUEVA DE TERESA DE JESÚS

Hemos visto cómo el Gran Duque de Alba supo relacionarse con algunas de las personalidades más importantes del mundo del pensamiento y la cultura de la España del siglo XVI. Es en este contexto en el que aparece la estrecha relación de los duques de Alba con Teresa de Jesús, una monja de Ávila que se situó en la cima de la literatura y, a su manera, también en la cima de los negocios, pues pensamos que solo una personalidad con una extraordinaria capacidad de gestión administrativa, económica y financiera como la que demostró Teresa de Jesús pudo haber creado y gestionado con éxito los diecisiete monasterios que ella puso en funcionamiento, al tiempo que supo cerrar con mano firme el de Pastrana cinco años después de su fundación. Una fundación que la sumió en un mar de dudas desde el primer momento, pero al comprobar la situación insostenible que se había creado en el convento tras el ingreso en el mismo de la princesa de Éboli, al quedar viuda en 1573, no dudó en clausurarlo. La hermana Ana de la Madre de Dios, este es el nombre que adoptó al pedir el hábito de carmelita, pensó que el haber financiado a través de una renta la fundación del convento le daba derecho a tomarlo como una finca a su servicio; ignorando que Teresa de Jesús estudiaba detenida y minuciosamente el contenido de cada uno de los contratos.

Con un análisis detallado y cuidadoso de la obra de Teresa de Jesús, seguro que podría elaborarse una antología que resultara un excelente manual para directivos, digno de ser utilizado en cualquier

¹⁰ MARQUÉS DE CERRALBO, «Los duques de Alba», p. 95.

¹¹ EGIDO, T., «Ambiente histórico», en BARRIENTOS, (ed.), *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Madrid, 2002, 2ª ed., pp. 78-80.

¹² PÉREZ, *Teresa de Ávila* p. 271. CERVANTES, M. de, *Obras Completas*, Madrid, 1999, pp. 1.181-1.182.

Escuela de Negocios o universidad corporativa. Ahora bien, Teresa de Jesús, que sin duda conocía con detalle la economía y las relaciones comerciales, financieras y el marco institucional de la España del siglo XVI, no dio muestras de estar preocupada por las cuestiones analíticas que fueron objeto de estudio de los académicos de Salamanca, Alcalá, Coimbra y en general de las principales Universidades y Colegios, no solo de la Península Ibérica, sino de toda Europa. Ni siquiera el tema candente de su tiempo como fue la polémica sobre los pobres y la pobreza, despertó el interés de Teresa de Jesús. A ella le interesaba otra dimensión de la pobreza, que tenía más que ver con las Bienaventuranzas que con el problema de la ociosidad y los mendigos. La pobreza que ella deseaba para sus conventos.

Restituto Sierra Bravo recoge en su antología de textos sobre *El pensamiento social y económico de la Escolástica desde los orígenes al comienzo del capitalismo* un texto de Teresa de Jesús. El texto se refiere a la doctrina escolástica, adoptada por la Iglesia, sobre la propiedad privada compatible con el destino universal de los bienes por derecho natural y la obligación moral de la limosna. Pero parece que en este texto Teresa de Jesús intenta ilustrar a las monjas de aquella doctrina al tiempo que las exhorta para que recen para que los ricos sepan administrar las riquezas, de suerte que las comuniquen con los pobres, y para que alaben a la divinidad por haberlas hecho pobres; en palabras de Teresa de Jesús,

podrianse engañar en la paz que da el mundo por muchas maneras. De algunas que diga, sacaréis las demás.

O con riquezas: que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dio el Señor como a mayordomos suyos para que partan a los pobres, y que le han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están padeciendo. Eso no nos hace al caso más de para que supliquéis al Señor les dé luz, no se estén en ese embebecimiento y les acaezca lo que al rico avariento (Lc 12, 20), y para que alabéis a su Majestad que os hizo pobres y lo toméis por particular suya¹³.

Ello no implica que su instinto eminentemente práctico no la llevara a acudir al asesoramiento de académicos y expertos para recibir consejo que la ayudara en la constante toma de decisiones que tenía que llevar a cabo.

No cabe duda que Teresa de Jesús estaba dotada de una sabiduría especial para la gestión y la administración económica, que junto con su propia experiencia y el asesoramiento de los expertos la permitió moverse como pez en el agua en el mundo de los negocios y el dinero.

No es una tarea fácil elaborar un discurso coherente y fiable de la actividad económica de Teresa de Jesús. La mayoría de la información tenemos que sacarla de su obra escrita y de las cuentas de los monasterios, que ella misma confeccionó muchas veces y que supervisaba siempre, aunque fueran realizadas por las prioras. La información en sus obras se halla tremendamente dispersa y no fácil de localizar a primera vista, tal vez la mayor abundancia de datos la encontremos en su *Correspondencia*, en el libro de *La Vida*, *Las Fundaciones* y *Visita de Descalzas*, pero también en el resto de su obra. La actividad económica de Teresa de Jesús seguramente que es la parte de su obra que menos se ha estudiado. Pero, en contra de lo que pudiera parecer, el camino se encuentra bastante desbrozado. Los trabajos del padre Teófilo Egido fueron pioneros en este sentido, también se ha ocupado de este tema últimamente el padre Tomás Álvarez, Premio Nacional de las Letras «Teresa de Ávila» en

¹³ *Meditaciones sobre los Cantares*, II, 7-8.

el 2006, pero la obra magistral en este campo es la del profesor Álvarez Vázquez, «*Trabajos, dineros y negocios*». *Teresa de Jesús y la Economía del siglo XVI 1562-1585*¹⁴. Los dos primeros son carmelitas y profundos conocedores del mundo del Carmelo en general y del ámbito teresiano en particular. El profesor Álvarez Vázquez une a su condición de catedrático de Historia Económica el ser doctor en Teología y profundo conocedor de la obra de Teresa de Jesús, como queda patente en la excelente obra que acabamos de citar. El profesor Álvarez Vázquez no solamente demuestra conocer muy bien la obra escrita de Teresa de Jesús, también ha examinado los libros de cuentas de algunos monasterios, en concreto el capítulo 8 de la obra que comentamos está dedicado al estudio de «El Monasterio de San José de Medina del Campo (1567-1589)», haciendo especial hincapié en la evolución de ingresos y gastos. Al leer el libro se descubre al autor economista, pero no estoy seguro de que no sea más patente si cabe la presencia del teólogo. Pues el profesor Álvarez Vázquez analiza de forma magistral la actividad económica de Teresa de Jesús pero en el marco de la totalidad del proyecto vital de la Santa, en que todo está impregnado de su espiritualidad y de su mística. Esta forma de abordar el tema podría ser un arma de doble filo, esto es, de un gran interés para los conocedores de la obra y el pensamiento de Teresa de Jesús, ya que les descubre y explica una nueva dimensión de la Santa, pero presenta problemas para los profanos en Teología e inclusive para los economistas. Este último comentario en manera alguna pretende empañar la excelencia de la obra del profesor Álvarez Vázquez, solo intenta justificar mi temeraria incursión en este campo. Incursión provocada por el extraordinario interés que me despertó el tema de la lectura de «*Trabajos, dineros y negocios*»; quede pues aquí patente mi agradecimiento y admiración por la obra del profesor Álvarez Vázquez. Mi interés por la obra de Teresa de Jesús se refería especialmente a los aspectos literarios y concretamente a su maravillosa poesía, así como a las relaciones con Ana de Jesús y San Juan de la Cruz, pero nunca había reparado en el aspecto que me está fascinando ahora: el tema de la economía y los negocios.

Pues bien, mis pretensiones no son tan ambiciosas aunque tal vez resulten más temerarias. intento analizar la economía y los negocios en Teresa de Jesús con abstracción de su espiritualidad y de su mística, dicho de otra forma, utilizando la terminología del padre Tomás Álvarez, considero una verdadera actividad empresarial todo el proceso que lleva a cabo en las fundaciones que la envuelve «en una actividad compleja, que la enreda en el tráfigo de compraventas, deudas y dineros, de libranzas, censos y juros reales»¹⁵.

De la misma forma que los historiadores del pensamiento económico hemos extraído las extraordinarias aportaciones de los teólogos españoles, contemporáneos de Teresa de Jesús, no solo a la filosofía política sino sobre todo al análisis económico tanto en el ámbito institucional, propiedad privada, como en la teoría de los precios relativos, de la teoría cuantitativa del dinero, discusiones acerca del tipo de interés como lucro cesante, tipos de cambio, relaciones internacionales, etc., con independencia del ámbito de la moral y de la teología que defendían aquellos autores, cosa que parece lícita, ya que por solo citar un ejemplo, a los economistas no nos preocupa cuál era el objetivo que se proponían Domingo de Soto, Martín de Azpilcueta o Luis de Molina cuando estudiaban el comportamiento del nivel general de precios en su tiempo, lo que sí nos interesa es comprobar cómo descubren la teoría monetaria que seguimos utilizando en la actualidad, esto es, la teoría que nos explica que el nivel general de precios, *coeteris paribus*, viene determinada por la cantidad de dinero existente dentro del sistema. Pues digo que de esa misma forma parece lícito enfrentarse a la capacidad de gestión de Teresa de Jesús, digna de ser estudiada, analizada y como mínimo discutida por los modernos directivos.

¹⁴ Madrid. 2000.

¹⁵ ÁLVAREZ, T., *Cultura de mujer en el siglo XVI. El caso de Santa Teresa de Jesús*, Ávila, 2006, pp. 291-292.

4.2. LA PREPARACIÓN ADMINISTRATIVA DE TERESA DE JESÚS EN LA GESTIÓN DE LA HACIENDA FAMILIAR

Ya nos referíamos, aunque solo fuera de pasada, a la especial sabiduría que Teresa de Jesús mostró para la gestión y la administración económica. Pues bien, además de este instinto natural, las circunstancias de la vida desde épocas tempranas, esto es, con anterioridad a su ingreso en La Encarnación, pero también después, obligaron a Teresa a afrontar un proceso de formación administrativa en la práctica.

Teresa de Jesús (1515-1582) es hija y nieta de neoconvertos hacendados judíos¹⁶. Teresa vivió su niñez y adolescencia en un ambiente de comerciantes y agricultores. Su padre tiene en Ávila una tienda de mercancías «más una amplia expansión mercantil en las fincas y posesiones de su esposa doña Beatriz en Gotarrendura y alrededores: palomar, tierras de labrantío, prados, majuelos de viñas y rebaños bien poblados. Gestión compleja pero economía sin problemas»¹⁷.

Aunque la muerte prematura de su madre y la boda y posterior marcha de su hermana mayor convierten a Teresa en ama de casa y de una casa que regenta negocios complicados, cuando realmente tiene que enfrentarse con los negocios familiares es tras la muerte de su padre, acaecida en 1543. En esta fecha ya llevaba ocho años en el convento de la Encarnación. A partir de ahora tiene que «supervisar la hacienda de su propia dote religiosa, que comprendía numerosas prestaciones en las posesiones de Gotarrendura»¹⁸. Un ejemplo de esta tarea lo encontramos en la carta que Teresa de Jesús escribe a don Alfonso Venegrilla, encargado de la hacienda de Gotarrendura, fechada el 12 de agosto de 1546, en la que dice lo siguiente:

A Alonso Venegrilla. Gotarrendura.

Recibo y pago de trigo-Palominos

Señor Venegrilla:

Santos García trajo diez fanegas de trigo. Hágame merced de pagar el trigo, porque yo no lo tengo, que el señor Martín de Guzmán holgará de ello y lo pagará, que así se suele hacer.

Fecha a doce de agosto.

Doña Teresa de Ahumada.

*Hacedme merced de enviarme unos palominos*¹⁹.

En estas fechas Teresa sigue en La Encarnación y tiene con ella a su hermana menor, Juana de Ahumada, desde la muerte de su padre y permanecerá en el monasterio desde los 15 a los 25 años. Los bienes de su dote están en Gotarrendura, «veinticinco fanegas de pan de renta, por mitad trigo y cebada»²⁰. Pero la muerte de su padre le acarreó mayores problemas. En el testamento paterno se la designó «testamentaria» oficial y, como señala Tomás Álvarez, aunque hará todo lo posible por «esquivar enredos», el tener en el convento bajo su custodia a su hermana menor le impide permanecer al margen de una situación realmente complicada. Tiene que ocuparse «del embrollado contenido del testamento paterno» y «del penoso pleito surgido a los pocos meses entre los herederos», siguió

¹⁶ Teófilo Egido ha estudiado y aclarado el linaje judeoconverso de Santa Teresa, un tema que fue muy controvertido durante largo tiempo, primero en el capítulo primero de *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Ed., Alberto Barrientos Madrid, 1978, pp. 95-119, la cita se refiere a la segunda edición 2002. Y después EGIDO, *El linaje judeoconverso de Santa Teresa*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1986.

¹⁷ ÁLVAREZ, *Cultura de mujer*, p. 292.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, Madrid, 1979, 6ª ed. revisada, Cartas, I, p. 669.

²⁰ Citado por ÁLVAREZ, *Cultura de mujer*, p. 293.

todas las incidencias del proceso desde el convento, un pleito que dura cuatro años y que «ha dejado malparada la memoria de don Alonso, disipado casi toda su hacienda, y en quiebra las relaciones de las dos hermanas de la Santa»²¹.

La cuestión del pleito coleará hasta 1561, cuando como comunica a su hermano Lorenzo en carta de 23 de diciembre de 1561, tiene que distribuir entre las dos hermanas los pesos de oro enviados por él desde América. Según resume de forma clara y precisa Tomás Álvarez, Teresa de Jesús presenta a su hermano un balance de la situación familiar tanto en el orden económico, este es el que más nos interesa, como en el afectivo. De cualquier forma se trataba de una situación muy difícil de gestionar, pero que Teresa supo administrar con verdadera sabiduría y no duda como podemos comprobar en el resumen de Tomás Álvarez en utilizar los incentivos monetarios para poner fin al pleito. La situación era la siguiente:

En cuanto al pleito pasado y sus secuelas: – se ha malvendido la hacienda paterna: se la ha destruido, piensa Teresa; – se han vendido las casas de don Alonso en Ávila, aunque aún no se han vendido todos los bienes de D^a Beatriz en Gotarrendura: pendientes de pago, advierte ella; – se intenta llevar, de nuevo, a los tribunales la venta de bienes realizada, en vida, por el difunto don Alonso: cosa que Teresa no puede soportar; la sentencia del pleito ha dado la razón al cuñado Barrientos: Teresa piensa que «no bien» (o sea, injustamente); ahora el otro cuñado, Ovalle, maquina reanudar el pleito, si bien aún no lo ha hecho «por amor a mí» nota Teresa; pero si lo hace, sería la ruina económica de la hermana mayor y toda su familia: sería matarla, opina ella.

En cuanto a los dineros enviados de América por Lorenzo: – Teresa los ha recibido cabalmente; ha distribuido su parte a cada una de las dos hermanas; – ha retenido la suya; pero en cuanto a los otros mil pesos que Lorenzo promete, ella le sugiere dos cosas: que los envíe con la condición de que no se reanude el pleito; y que los mil pesos pasen por las manos de ella para garantía de la condición precedente»²².

Su gestión del pleito proporciona una de las primeras situaciones complicadas en que tiene que gestionar cuestiones hacendísticas y monetarias. En la fecha de la carta ya se está enfrentando con las primeras angustias financieras relativas a la fundación de San José de Ávila, pero sobre esto volveremos más abajo.

²¹ ÁLVAREZ, *Cultura de mujer*, p. 294.

²² ÁLVAREZ, *Cultura de mujer*, pp. 295-296. Los párrafos originales dicen lo siguiente: «Ayer me envió mi hermana doña María esa carta: cuando le lleven estotros dineros enviará otra. A harto buen tiempo le vino el socorro. Es muy buena cristiana y queda con hartos trabajos, y si Juan de Ovalle le pusiese pleito sería destruir sus hijos. Y cierto no es tanto lo que él tiene entendido como le parece, aunque harto mal se vendió todo y lo destruyó. Mas también Martín de Guzmán llevaba sus intentos (Dios le tenga en el cielo) y se lo dio la justicia, aunque no bien. Y tomar ahora a pedir lo que mi padre –que haya gloria– vendió, no me queda paciencia.

Y lo demás, como digo, sería matar a doña María mi hermana; y Dios me libre de interese que ha de ser haciendo mal tanto a sus deudos: aunque por acá está de tal suerte que por maravilla hay padre para hijo ni hermano para hermano: así no me espanto de Juan de Ovalle, antes lo ha hecho bien, que por amor de mí por ahora se ha dejado de ello. Tiene buena condición, mas en este caso no es bien de fiar de ella, sino que cuanto vuestra merced le enviare los mil pesos, vengan a condición y con escritura, y ésta a mí. Vuestra merced mande a pedir que el día que tomare al pleito sean quinientos ducados de doña María.

Las casas de Gotarrendura aún no están vendidas, sino recibidos trescientos mil maravedis Martín de Guzmán de ellas, y esto es justo se le tome. Y con enviar vuestra merced estos mil pesos se remedia Juan de Ovalle y puede vivir aquí (que esto ha hecho) y que se ha venido aquí y tiene ahora necesidad, que para vivir continuo no podrá si de allá no viene esto, sino a tiempos y mal». TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, «Carta a D. Lorenzo de Cepeda, 23/12/1561», 12, 13 y 14, pp. 670-671.

4.3. EL CONSEJO Y LA AYUDA DE LOS EXPERTOS: ACADÉMICOS, MERCADERES, BURGUESÍA, ARISTOCRACIA Y FAMILIA

Entre los académicos cabe destacar la larga y estrecha relación con su confesor el dominico padre Domingo Báñez (1528-1604), que pasaría los últimos años de su vida activa como catedrático de Prima en la universidad de Salamanca. Su largo magisterio y la relevancia del mismo le convirtió en el máximo representante de la Segunda Escuela de Salamanca. Domingo Báñez conocía muy bien el marco institucional en que se desarrollaban los negocios en su tiempo. Entendía perfectamente el mecanismo de los precios relativos, así como los procesos inflacionistas derivados de las variaciones en la cantidad de dinero; de ahí que Teresa de Jesús difícilmente podía haber encontrado otro asesor que igualara los conocimientos analíticos en economía, pero también en su vertiente práctica. En el curso 1561-62 llega a Ávila como catedrático de Teología en la universidad de Santo Tomás, donde permanecerá hasta 1567. Es en estos años cuando comienza su relación con Teresa de Jesús, que acaba de comenzar su reforma con el convento de San José de Ávila. El padre Báñez es citado frecuentemente en los escritos de Teresa de Jesús²³.

Por otra parte, como señala el profesor Álvarez Vázquez,

*mucho más importante es su relación con los mercaderes, empezando por los más importantes de Medina del Campo, y a partir de ellos con los mercaderes del resto de Castilla. Se puede señalar aquí que la geografía fundacional teresiana a partir de la fundación de Medina del Campo coincide en gran parte con la geografía comercial castellana*²⁴.

Acepta los consejos y las ayudas que le ofrecen algunos mercaderes, que la ayudan unas veces a aligerar trámites burocráticos, como la retirada del dinero en un día de la Casa de Contratación de Sevilla en 1561 y 1569, dinero que le enviaba desde América su hermano Lorenzo, y otras como el caso de Simón Ruiz que no solo le proporcionó dinero para pagar las casas de Medina, sino que también la asesoraba sobre la forma de organizar los monasterios²⁵. Prefería en cuestiones financieras y de gestión siempre relacionarse, en expresión de Teófanés Egido, con gente «de su misma estirpe» y, siguiendo con los comentarios del padre Egido, no fue prácticamente nunca la nobleza la que la sacó de apuros, su trato con la nobleza consistía más bien en consuelo espiritual. En Toledo «para sacar adelante su fundación tuvo que otorgar el patronato de la capilla a Alonso Álvarez, un mercader descendiente de judeoconvertidos». En definitiva, que de los apuros económicos la sacaron tanto los mercaderes como su propio hermano Lorenzo de Cepeda, en definitiva en palabras del propio Teófanés Egido:

Junto a incondicionales como el clérigo Julián de Ávila y Gaitán, sus compañeros de viaje fueron mercaderes. Blas de Medina soluciona en primera instancia el problema de vivienda de esta ciudad; el mercader Nicolás Gutiérrez —arruinado ya— sería el alma de la fundación salmantina. En la de Alba de Tormes no tendrán nada que ver sus brillantes duques; todo se hizo gracias a los caudales de un cristiano nuevo, Velázquez, acumulados en oficios detestados por los cristianos viejos; y el problema de Burgos se solucionó por la entrega de doña Catalina de Tolosa, de linaje dudoso y viuda de otro mercader. Esto, sin contar con los dineros aportados por don Lorenzo de Cepeda, desde que en Ávila su hermana comenzó a necesitarlos; con las operaciones del avisado Antonio Morán, que los hizo

²³ Para una mayor información sobre la actividad académica de Domingo Báñez, BELDA PLANAS, J., *La Escuela de Salamanca*, Madrid, 2000, pp. 779-794.

²⁴ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, p. 22.

²⁵ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, p. 182.

*mucho más rentables: con los adelantos de Agustín de Vitoria; los buenos oficios de Pedro Juan de Casademonte; con las sobrinas o hijas (y con sus dotes, naturalmente) de banqueros acandalados, como en el caso del riquísimo Simón Ruiz*²⁶.

4.4. EL PROYECTO EMPRESARIAL

Pues bien, con este bagaje que se irá perfeccionando con la experiencia, en 1561 comienza la actividad febril de Teresa de Jesús para poner en marcha y desarrollar lo que ya temerariamente hemos denominado su proyecto empresarial y que durará hasta su muerte en octubre de 1582, esto es, su gran aventura fundacional. Comienzan los viajes, los permisos de las autoridades eclesiásticas, las negociaciones con otras órdenes religiosas que, sobre todo en el caso de las fundaciones «de limosna», se oponían a tener que repartir la caridad cristiana con los nuevos competidores, las compraventas de casas y solares, el estudio minucioso de los censos, de los juros, las ayudas de banqueros y mercaderes, la selección de las postulantes atendiendo tanto a sus características personales como a la cuantía y tipo de dotes.

Esta actividad de Teresa de Jesús necesita un plan estratégico detallado que se irá cumpliendo a rajatabla, aunque se vaya modificando y adaptando a las condiciones económicas del momento. El punto de partida fue la desazón y el rechazo que la producía la relajación de la regla y el desbarajuste existente en el convento de la Encarnación donde ella había pasado los últimos 26 años de su vida como monja. Intentaba evitar el relajamiento de la regla y los males que vivió en La Encarnación, como el excesivo número de monjas, las deudas crecientes, la mala alimentación, las divisiones e insolidaridad interna, la desigualdad entre las monjas, la violación continua de la clausura, entre otros vicios allí imperantes.

Esta experiencia tan negativa es lo que sin duda explica el rigor que caracteriza los primeros proyectos. Ahora bien, justo es decirlo, se trata de un rigor compatible con unas condiciones de vida dignas, esto es, la pobreza como opción institucional para los monasterios debía ser compatible con unas condiciones de alojamiento, vestido y alimentación dignas, que permitieran a las monjas cumplir de forma tranquila y sosegada con lo que sería en adelante la razón de su existencia, esto es, una vida contemplativa y de oración. Establece claramente el número de monjas, que fija en trece como máximo, así como la opción por la pobreza y las características de las casas. En cuanto a la pobreza:

*En ninguna manera posean las hermanas cosa en particular ni se les consienta, ni para el comer, ni para el vestir; ni tengan arca ni arquilla ni cajón ni alacena, sino fuere las que tienen los oficios de la comunidad, ni ninguna cosa en particular; sino que todo sea común. Esto importa mucho, porque en cosas pocas puede el demonio ir relajando la perfección de la pobreza*²⁷.

Por lo que se refiere a las cosas:

*La casa jamás se labre, si no fuere la iglesia, ni haya cosa curiosa sino tosca la madera; y sea la casa pequeña y las piezas bajas; casa que cumpla a la necesidad y no superflua; fuerte lo más que pudieren, y la cerca alta y campo para hacer ermitas para que se puedan apartar a oración, conforme lo hacían nuestros Padres santos*²⁸.

²⁶ Teófanos Egido. *Introducción a las Fundaciones*. Madrid, 1983, pp. 29-30.

²⁷ *Constituciones*, II, 4.

²⁸ *Constituciones*, II, 17.

En cuanto a las dotes, procurará «que las primeras candidatas sean sin dote para evitar problemas»²⁹.

Pues bien, con estas condiciones de partida, que irá modificando a medida que las circunstancias lo aconsejen, emprenderá su tarea fundacional. Pronto el problema económico pasará a primer plano para garantizar la supervivencia de los monasterios. Teresa de Jesús tiene muy claras cuáles deben ser las condiciones económicas que deben reunir las localidades en que se instalen los monasterios a fin de garantizar que las necesidades básicas de alimentación, vestido, vivienda y salud de todas las monjas estén suficientemente cubiertas:

*Que nunca, hasta dejar casa propia y recogida y acomodada a mi querer, dejara ningún monasterio ni le he dejado, y todas las cosas para su descanso y acomodamiento procuraba hasta las muy menudas, como si toda mi vida hubiera de vivir en aquella casa*³⁰.

En principio estaba convencida de que tales necesidades debían cubrirse con la limosna, pero Malagón significará un cambio importante en su modo de pensar al respecto, gracias al asesoramiento de Domingo Báñez, y aceptaría también realizar fundaciones de «renta». Pues, aunque no

*quería admitir en ninguna manera, por ser un lugar tan pequeño, que forzado había de tener renta para poderse mantener, de lo que yo estaba muy enemiga, tratado con letrados, me dijeron que hacía mal, que pues el santo Concilio daba licencia de tenerla, que no se había de dejar de hacer un monasterio, adonde se podía tanto el Señor servir, por mi opinión, por donde no pude hacer menos de admitirle. Dio bastante renta, porque siempre soy amiga de que sean los monasterios, o del todo pobres, o que tengan de manera que no hayan menester las monjas importunar a nadie para todo lo que fuere menester*³¹.

Insiste en el capítulo XX en su preocupación de que las necesidades mínimas estén cubiertas, para que las monjas puedan llevar una vida digna,

*porque yo siempre he pretendido que los monasterios que fundaba con renta, la tuviesen tan bastante, que no hayan menester las monjas a sus deudos ni a ninguno, sino que de comer y vestir les den todo lo necesario en la casa, y las enfermas muy bien curadas; porque de faltarles lo necesario vienen muchos inconvenientes*³².

A pesar de afirmar que «para hacer monasterios de pobreza sin renta, nunca me falta corazón y confianza», estudia cuidadosamente la localización de los monasterios a fin de que estos pudieran vivir de la limosna y en menor medida del trabajo voluntario de las monjas. Es consciente que solo en las ciudades de más de 4.000 habitantes, donde vivían los mercaderes y burgueses en general relacionados con el comercio, lo que implicaba la existencia de mayor dinero y por consiguiente mayores posibilidades de vivir de la limosna. Estas poblaciones estaban también mejor abastecidas y las monjas podrían comprar todo lo necesario. Tales núcleos de población estaban también mejor comunicados, lo que a su vez facilitaba la comunicación y solidaridad entre los monasterios.

Pues bien, una vez que se había tomado la decisión de levantar el monasterio en una localidad determinada, comenzaba a desarrollarse «el aparejo para fundar», que el profesor Álvarez Vázquez, tras un análisis detallado del libro de *Las Fundaciones* ha ordenado de la forma siguiente: En primer lugar había que recabar las licencias eclesiásticas y civiles para crear el monasterio; después había que preparar el viaje, «aparejar para el camino»³³. En tercer lugar, una vez que se ha llegado a la localidad,

²⁹ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, p. 69.

³⁰ *Fundaciones*, XIX, 6.

³¹ *Fundaciones*, IX, 2-3.

³² *Fundaciones*, XX, 13.

³³ *Fundaciones*, XXIV, 5.

comienza un proceso de búsqueda de contactos y negociaciones que ayudasen a los primeros pasos, así como la búsqueda y selección de postulantes del lugar. En cuarto lugar aparece una de las tareas más complicadas, la búsqueda de la casa, bien que alguien la donase y, de no existir esta posibilidad, alquilar alguna o comprarla, en este último caso, se abre otro proceso complicado: la forma de financiación de la misma, compra al contado y en este caso hay que buscar el dinero, mediante censo, etc. En quinto lugar es necesario realizar un estudio minucioso de las condiciones económicas del lugar, fuentes de riqueza, población abundante, esto es, el análisis de todos aquellos factores que permitan tomar la decisión que garantice la viabilidad económica del monasterio, bien mediante limosnas o con renta. Estas condiciones exigen que haya alguna candidata con talento suficiente, que el lugar tenga más de mil vecinos o cuatro mil habitantes para poder vivir de la limosna, o que se garantice «renta bastante» en caso de tener menos vecinos; que exista posibilidad de tener casa fácilmente; que el lugar esté comunicado con el resto de los monasterios; y finalmente que ella pueda comprobarlo todo por sí misma³⁴.

La experiencia de las primeras fundaciones de Ávila y Medina del Campo permitió a Teresa de Jesús estimar las cantidades de trigo y dinero necesarias para el mantenimiento de un monasterio, esto es, en torno a 100 fanegas de trigo y 400 ducados o 150.000 maravedíes en dinero al año. Estas cantidades aparecen de forma explícita y son exigidas en las fundaciones de renta. Los cálculos se refieren al montante necesario para garantizar la alimentación, el vestido y alojamiento de trece monjas, garantizando también los cuidados especiales para las enfermas. Estas cantidades se irían revisando a medida que cambiaban las condiciones económicas, en 1576 eleva la cantidad de 400 ducados hasta 600, que le parecen suficientes para fundar en Aguilar de Campoo, pero no fundará por estar lejos y carecer de comunicaciones. Esta cifra en 1580 se eleva a 1.066 ducados³⁵.

Como norma general en las poblaciones grandes y ricas fundará monasterios de limosna, mientras que en las localidades más pequeñas o menos ricas optará por las fundaciones de renta. En este último caso negocia cuidadosamente todos los detalles, procurando que la renta sea suficiente, de ahí que las negociaciones con los fundadores sean largas y laboriosas, ya que debían estar seguros del compromiso y los recursos debían ser suficientes y estar asegurada su continuidad.

A partir de mediados de la década de 1570 el aumento del número de monjas y la subida de los precios hizo aumentar los gastos de los monasterios, pero más deprisa que los gastos disminuyeron las limosnas, con lo que la estructura financiera cambió radicalmente ya que si la limosna significaba el 90% en los de limosna y el 100% en los de renta, las limosnas pasan a ser ahora en torno al 10 o 20%³⁶.

Este aumento de los gastos en cada monasterio por causa de la inflación, necesidades no contempladas, y la caída de los ingresos por la disminución de las limosnas, obligó a Teresa de Jesús a organizar los ingresos o la renta de los conventos de forma más flexible. Flexibilidad que afectaba al trabajo de las monjas, a la importancia de las dotes en la selección de las candidatas, a la admisión de otras fuentes de ingresos, como los intereses anuales de juros y censos, o los ingresos derivados del capital propio o patrimonial, y tuvo igualmente que prestar especial atención a la administración de las dotes, ya que no encontraba otra forma de hacer frente a los gastos crecientes. Ante las condiciones económicas cambiantes no tiene más remedio que cambiar las condiciones iniciales y no dudó en que a partir de 1579 varios monasterios fueran pasando a ser financiados con renta. El profesor Álvarez Vázquez ha elaborado un cuadro que reproducimos a continuación y que sintetiza muy bien lo que acabamos de exponer.

³⁴ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, pp. 302-303.

³⁵ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, pp. 78 y 130.

³⁶ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, pp. 87 y 90.

Fundaciones	De limosna	De renta	Paso a renta
Ávila	1562		1582
Medina del Campo	1567		1579
Malagón (CR)		1568	
Valladolid	1568		1579
Toledo	1569		1582
Pastrana (GU)		1569	
Salamanca	1570		
Alba de Tormes (SA)		1571	
Segovia	1574		
Beas (J)		1575	
Sevilla	1575		1579
Caravaca (MU)		1576	
Villanueva de la Jara (CU)		1580	
Palencia	1580		
Soria		1581	
(Granada)	1582		
Burgos	1582		

Fuente: ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, p. 97.

4.5. ADMINISTRACIÓN DE LOS RECURSOS FINANCIEROS

Tiene un habilidad especial para administrar los recursos financieros de los conventos, cuyo objetivo fundamental es asegurar los medios necesarios para que las monjas puedan llevar una vida digna pero sin que esto las distraiga de su objetivo fundamental que es la oración y la contemplación. De ahí que se decante por activos fácilmente convertibles en liquidez pero seguros. Esto en manera alguna implica que Teresa de Jesús no supiera que la mejor forma de conservar la riqueza es invertir el dinero en activos seguros, como la tierra, como demuestra por las recomendaciones a su hermano Lorenzo en la compra de La Serna, sin embargo para sus conventos desaconseja las tierras y las casas en las dotes ya que se trata de activos de difícil administración por una parte y por otra son muy poco líquidos, ya que no existe un mercado flexible y fluido de tierras e inmuebles, lo que implica que el intento de convertir estos activos en liquidez de forma rápida lleve consigo considerables pérdidas. Teresa de Jesús está tremendamente preocupada por la seguridad, de ahí que recomiende siempre la consulta a los expertos acerca de la solvencia de los deudores. Todas estas recomendaciones son especialmente pertinentes cuando se trata de las dotes de las postulantes o en la compra de casas, que deben estar libres de cargas o de censos³⁷.

Fundamentalmente en sus cartas deja bien claras estas ideas, así en carta enviada al jesuita P. Juan Ordóñez el 27 de julio de 1573 se muestra tajante acerca de la necesidad de quitar el censo de una casa, pues

en lo que dice vuestra merced de no quitar ahora el censo, vuestra merced entienda que no puede entrar la señora doña Jerónima ni yo tengo licencia para que entre, si no es quitándose primero el censo o tomándolo la señora doña Elena sobre su hacienda, de manera que la casa no gaste nada en pagar réditos y que quede libre; porque entiendo

³⁷ ÁLVAREZ VÁZQUEZ, *Trabajos, dineros y negocios*, pp. 142-145.

que por solo esto dio la licencia el padre provincial, y es hacer fraude, a mi entender. En fin, no lo puedo hacer.

27/07/1573, 7

De la misma forma en carta dirigida a Maria de San José, priora de Sevilla, el 8 de noviembre de 1576, se pronuncia a favor de que la herencia sea pagada en dinero y de una sola vez.

Si les diese mil quinientos ducados y lo que han de dar hogaño, renuncie enhorabuena, que nunca son buenas para nosotras estas herencias, que no quedan en nada. Y heredad no tome, sino que cargue sobre sí esa parte de lo que dan por la casa. Ni les pase por pensamiento de tomar heredad; digan que no pueden, pues no han de tener renta.

8/11/1576, 5

Por otra parte, en carta dirigida a las carmelitas descalzas de San José de Ávila el 7 de octubre de 1580, al tiempo que les informa y hace recomendaciones acerca del testamento de su hermano difunto, pone a las monjas en guardia frente al mayordomo de La Serna, pero sobre todo se desahoga contándoles los grandes trabajos que le supone la administración de la hacienda de su hermano; así se expresaba Teresa de Jesús:

Miren que no se fien mucho del mayordomo, sino que procuren que de los capellanes que tuvieren vayan a menudo a mirar eso de La Serna para ver si se granjea bien; porque esa hacienda será de valor, y si no se tiene mucho cuidado, perderse ha muy presto, y en conciencia están obligadas a no lo dejar perder.

¡Oh, mis hijas, qué cansancio y contienda traen consigo estas haciendas temporales! Siempre lo pensé y ahora lo tengo visto por experiencia, que a mi parecer todos los cuidados que he traído en las fundaciones en parte no me han desabrido ni cansado tanto como éstos; no sé si lo ha hecho la mucha enfermedad, que ha ayudado.

7/10/1580, 9 y 10

Finalmente la misma idea de no admitir tierras o inmuebles como dote aparece reflejada en otra carta de 4 de enero de 1581, al P. Juan de Jesús Roca, cuando dice:

Lo que vuestra reverencia me escribe tiene esa hermana, me parece poco por estar en hacienda, que quizá cuando se venda será mucho menos y pagado tarde y mal; y así no me determino vaya a Villanueva, porque allí tienen más necesidad de dineros, que de monjas tienen más de las que yo querría.

4/01/1581, 4

PRODUCTOS EXCEDENTES Y LUGARES DONDE LOS VECINOS DE PUENTE DEL CONGOSTO Y SU TIERRA IBAN A VENDERLOS A MEDIADOS DEL SIGLO XVI

Tomás SÁNCHEZ GARCÍA
Doctor en Historia Moderna

I. INTRODUCCIÓN

El tema que vamos a presentar en esta comunicación tenemos que situarlo a mediados del siglo XVI, concretamente en el periodo comprendido entre los años 1554 y 1558 y se relaciona con los vecinos de Puente del Congosto y su tierra, que eran vasallos del duque de Alba desde 1540, año en que Carlos I vendió al Duque la villa con su jurisdicción y los bienes rústicos y urbanos que la Orden de Calatrava poseía en el citado lugar.

La villa y su tierra está situada en las orillas del río Tormes y ocupa el centro de un cuadrilátero, cuyos vértices podemos situar en Piedrahíta, Barco de Ávila, Béjar y Salvatierra de Tormes, distando unos 20 km de cada uno de los tres primeros lugares y un poco menos del cuarto.

El documento principal que nos ha servido para la redacción de este trabajo ha sido la venta que el rey Felipe II hizo al duque de Alba de las alcabalas y tercias de las villas de Puente del Congosto, Peñaflores y otros lugares.

Las razones de esta venta de alcabalas y tercias habría que buscarlas entre las necesidades que la hacienda real tenía en 1559, para abonar los gastos de los enfrentamientos bélicos, ocasionados por las guerras en Italia y en los Países Bajos.

El Rey desde Bruselas ordena a su hermana doña Juana, princesa de Portugal, como gobernadora en su ausencia, la venta de estas alcabalas. Para ello, doña Juana se puso en contacto con Juan de Isunza, vecino de Vitoria, que actuaba en nombre del Duque, para redactar el contrato de la venta. Acordaron que se debía averiguar el valor de los productos vendidos por todos los vecinos, tanto en sus lugares de origen, como en otros foráneos, durante el periodo de 1554-1558. Del producto total obtenido se calcularía el importe medio anual y el 10% de esta cantidad sería el valor atribuido a las

alcabalas que se habrían obtenido anualmente. La valoración de la venta se calcularía multiplicando cada millar de renta por 42.500 mrs.

Para la averiguación de las ventas efectuadas por todos los vecinos, se nombró al licenciado Martínez González, quien, personalmente, fue preguntando a cada uno de ellos por los productos, su importe y el lugar donde habían sido vendidos.

Calcularon como renta anual de las alcabalas y tercias de aquellos lugares, la cantidad de 350.000 mrs., y valorando a 42.500 mrs. el millar, se obtuvo un producto total de 14.875.000 mrs., que tuvo que abonar el Duque. Por una carta de venta, fechada el 10 de agosto de 1561, se determinó que a partir del 1 de enero de 1562, el Duque podría cobrar las alcabalas, y desde el día de la Ascensión de este mismo año cobraría las tercias. Estas compras efectuadas por el Duque fueron incrementando su patrimonio familiar.

2. RELACIÓN DE PRODUCTOS QUE SE VENDIERON Y LUGARES DONDE SE LLEVARON A VENDER

De toda la documentación consultada, hemos seleccionado principalmente los productos que los vecinos de Puente del Congosto habían vendido en lugares foráneos. Esto nos permitirá conocer la base de su economía y los mercados a los que acudían para su comercialización.

Vamos a presentar las ventas totales que realizan los vecinos, tanto en sus lugares de origen como foráneos. Y, para conocer la importancia que tenía la venta en mercados foráneos, estableceremos el porcentaje que estas ventas suponen en relación con el total:

VENTAS REALIZADAS POR LOS VECINOS DE PUENTE DEL CONGOSTO Y SU TIERRA DURANTE EL PERIODO DE 1554-1558

Productos	Ventas locales	Ventas foráneas	Ventas totales	Porcentaje*
Cereal	1.341.600	427.900	1.769.500	24,18
G. Vacuno	874.200	696.600	1.570.800	44,34
G. Caballar	106.300	37.200	143.500	25,92
G. Mular	60.000	225.500	285.500	78,98
G. Asnal	96.800	27.700	124.500	22,24
G. Ovino	1.253.200	407.000	1.660.200	24,51
G. Cabrio	114.600	88.100	202.700	43,46
G. Porcino	315.700	432.000	747.700	57,77
Truchas, peces	181.200	69.500	250.700	27,72
Lino	126.900	326.900	453.800	72,03
Lienzos e hilados	38.700	97.500	136.200	71,58
Lana	59.900	17.400	77.300	22,50
Paños	477.100	950.800	1.427.900	66,58

* Porcentaje de las ventas foráneas en relación con el total

Los productos que más dinero proporcionaron a la comunidad, por orden de importancia, son: los cereales, 1.769.500 mrs.; el ganado lanar con 1.660.200 mrs.; del ganado vacuno obtuvieron 1.570.800 mrs.; los paños se vendieron por un total de 1.427.900 mrs.; el ganado porcino produjo 747.700 mrs. y el lino 453.800 mrs. Téngase en cuenta que estas cantidades corresponden a lo que se había vendido en cinco años.

La economía estaba basada en la producción de cereal, el ganado ovino, vacuno y porcino, y de la industria textil destacamos la elaboración de paños y la producción de lino. Muy poca lana se vendía fuera, porque la industria textil de la villa la absorbía.

Ahora bien, como también nos interesa conocer los principales mercados adonde llevaban a vender los productos, vamos a presentar una relación de aquellos lugares donde se vendieron. Y para mostrar su importancia hemos anotado el porcentaje de las ventas que se hicieron en cada lugar, en relación con el total de todas las ventas foráneas de cada producto.

CEREAL: Barco de Ávila (75%), Peñaranda (20,80%).

GANADO VACUNO: Alba de Tormes (62,20%), Salamanca (24,50%).

GANADO CABALLAR: Salamanca (48,40%), Alba de Tormes (42,50%).

GANADO MULAR: Salamanca (70,70%).

GANADO ASNAL: Barco de Ávila (41,50%), Piedrahita (25,60%), Salamanca (23,10%).

GANADO OVINO: El Mirón (40,50%), Medina del Campo (16,30%), Valladolid (15,70%), Ávila (13,50%).

GANADO CABRIO: Barco de Ávila (30%), Alba de Tormes (21,70%), Peñaranda (19,90%), Salamanca (19,30%).

GANADO PORCINO: Alba de Tormes (37,90%), Peñaranda (35,80%), Piedrahita (13,20%).

PESCA DEL RÍO: Salamanca (100%).

LINO: Peñaranda (56%), Salamanca (20,60%), Barco de Ávila (12,40%).

LIENZO E HILADOS: Alba de Tormes (32,80%), Peñaranda (26,80%), Barco de Ávila (18,90%).

LANA: Barco de Ávila (50%), Piedrahita (34,50%), Salamanca (11,50%).

PAÑOS: Peñaranda (47,30%), Salamanca (31,70%), Plasencia (12,60%).

Si observamos esta relación, vemos que los lugares de Peñaranda, Salamanca, Alba de Tormes, Barco de Ávila y Piedrahita son los más importantes. En todas estas villas se llevó a cabo el 80% del total de las ventas foráneas. Y, considerando esto, vamos a presentar todos los productos que se vendieron en cada uno de esos lugares, por orden de importancia.

PRODUCTOS VENDIDOS EN PEÑARANDA
Durante el periodo de 1554-1558. TOTAL: 984.500 mrs.

Lugares	Productos													Total
	CEREAL	LINO	VACUNO	CABALLAR	ASNAL	OVINO	CABRIO	PORCINO	CAZA	PAÑOS	LANA	LIENZOS	QUESO	
P. Congosto y su Tierra	89.000	183.000	34.800	3.400	800	15.800	17.500	154.600	8.800	449.800	600	26.100	300	984.500

PRODUCTOS VENDIDOS EN SALAMANCA
Durante el periodo de 1554-1558. TOTAL: 854.100

Lugares	Productos													Total
	MULAR	LINO	VACUNO	CABALLAR	ASNAL	OVINO	CABRIO	PORCINO	CAZA	PAÑOS	LANA	LIENZOS	PESCA	
P. Congosto y su Tierra	159.500	67.000	170.500	18.000	6.400	25.000	17.000	1.500	5.000	301.200	2.000	2.500	69.500	845.100

PRODUCTOS VENDIDOS EN ALBA DE TORMES
Durante el periodo de 1554-1558. TOTAL: 713.200 mrs.

Lugares	Productos													Total
	MULAR	LINO	VACUNO	CABALLAR	ASNAL	OVINO	CABRIO	PORCINO	CAZA	PAÑOS	LANA	LIENZOS	QUESO	
P. Congosto y su Tierra	2.100	28.300	433.300	15.800	1.000	5.800	19.100	163.500	3.500	8.600	100	32.000	100	713.200

PRODUCTOS VENDIDOS EN BARCO DE ÁVILA
Durante el periodo de 1554-1558. TOTAL: 472.000 mrs.

Lugares	Productos														Total
	CEREAL	LINO	VACU.	MULAR	ASNAL	OVINO	CABRIO	PORCINO	CAZA	PAÑOS	LANA	LIENZOS	QUESO	CERA	
P. Congosto y su Tierra	321.000	40.500	2.000	5.700	11.500	900	26.300	21.200	3.000	1.200	8.700	18.400	2.400	9.000	472.000

PRODUCTOS VENDIDOS EN PIEDRAHITA
Durante el periodo de 1554-1558. TOTAL: 121.600 mrs.

Lugares	Productos										Total	
	CEREAL	LINO	VACUNO	ASNAL	OVINO	CABRIO	PORCINO	CAZA	LANA	LIENZOS		QUESO
P. Congosto y su Tierra	3.900	8.100	22.800	7.100	6.000	2.900	56.900	500	6.000	1.700	5.700	121.600

OTROS MERCADOS ADONDE ACUDEN LOS TRATANTES DE LA VILLA Y TIERRA
Durante el periodo de 1554-1558. TOTAL: 193.800 mrs.

Mercados	Lugar de origen	Productos			Total
		GANADO OVINO	LIENZOS	QUESO	
Medina del Campo	Puente del Congosto	66.400			66.400
Valladolid	Puente del Congosto	64.000			64.000
Ávila	Puente del Congosto	54.800			54.800
Toledo	Puente del Congosto		6.800	1.800	8.600
TOTALES		185.200	6.800	1.800	193.800

3. CONCLUSIONES

Los 340 vecinos que declararon ante el licenciado Martínez González, que prácticamente actuaba como un inspector de Hacienda, nos han aportado una serie de informaciones que nos han permitido conocer sus fuentes del sector primario: agricultura, ganadería y pesca fluvial, así como su participación en la industria textil.

Los productos que más dinero proporcionaron a la comunidad, por orden de importancia, fueron: los cereales con 1.769.500 mrs.; del ganado ovino obtuvieron 1.660.200 mrs.; el ganado vacuno les proporcionó unos ingresos de 1.570.800 mrs.; los paños se vendieron por un total de 1.427.900 mrs.; el ganado porcino produjo unos ingresos de 747.700 mrs. y el lino, a cuyo cultivo se dedicaba la mayor parte de la ribera del río Tormes les proporcionó 453.000 mrs. Muy poca cantidad de lana se

vendió fuera de la villa y tierra, pues la industria textil del lugar la absorbía. Téngase en cuenta que estas cantidades corresponden a lo que se había vendido durante los cinco años.

Los mercados adonde más acudieron los vecinos son cinco: Peñaranda, Salamanca, Alba de Tormes, Barco de Ávila y Piedrahita, en donde se realizó el 80% de las ventas foráneas. Barco de Ávila, donde todos los lunes ya se celebraba el mercado, era el mejor lugar para vender el cereal, pues se trataba de una plaza muy importante, donde se comercializaba el trigo y centeno que se llevaba a Extremadura. El ganado vacuno, caballar y mular se vendía en Salamanca y Alba de Tormes. Las ovejas se llevaban principalmente a El Mirón, lugar situado en la cañada de Soria, donde se celebraba una gran feria el domingo de Resurrección. Se buscaban ferias francas, es decir, libres de alcabalas.

Para conocer la posibilidad de un despegue económico, hemos considerado las cantidades declaradas que han vendido cada uno de los vecinos y podemos asegurar que casi el 50% de ellos no obtuvieron de sus ventas en los cinco años una cantidad superior a 4.000 mrs.; el 28% cobraron entre 4.000 y 8.000 mrs., y solamente el 5% sobrepasaba los 20.000 mrs., alcanzando incluso alguno los 120.000 mrs. Estos, por supuesto, eran los tratantes, quienes podían obtener unos beneficios mayores. La gran mayoría dependía de una economía de subsistencia.

 Institución Gran Duque de Alba

LA VENTA DE LA VILLA DE PUENTE DEL CONGOSTO AL DUQUE DE ALBA EN 1540

Tomás SÁNCHEZ GARCÍA
Doctor en Historia Moderna

1. SITUACIÓN DE LA VILLA DE PUENTE DEL CONGOSTO Y SU TIERRA EN 1540

Dado que en este trabajo vamos a presentar un acontecimiento muy importante para esta población y para el duque de Alba, nos parece imprescindible situar la villa y su tierra en el espacio geográfico y administrativo. Hoy, en el año 2007, Puente del Congosto es una villa que pertenece a la provincia de Salamanca, con una administración municipal compartida con Bercimuelle, que funciona como pedanía.

Sin embargo, en 1540 y hasta 1833, tanto la villa como Bercimuelle, Navamorales y El Tejado constituyeron una entidad política, dependiente de la provincia de Ávila, formando lo que se denominaba el espacio geoadministrativo de villa y tierra. Así pues, al citar Puente del Congosto, no debemos olvidar que nos estamos refiriendo al conjunto de la villa y de sus tres aldeas: Bercimuelle, Navamorales y El Tejado.

Su situación geográfica es, posiblemente, muy conocida por todos, ubicada en las orillas del río Tormes, entre las poblaciones de Barco de Ávila y Alba de Tormes. Y en sentido transversal se halla en la carretera que une Piedrahíta y Béjar, al cruzar el río Tormes. Es un lugar estratégico muy importante, en la ruta de Extremadura, por donde atravesaba el ganado lanar que venía por la cañada soriana.

2. LA VENTA DE LA VILLA Y SU TIERRA AL GRAN DUQUE DE ALBA EN 1540

2.1. CAUSAS DE LA COMPRA-VENTA DE LA VILLA

Vamos a introducirnos ya en el tema específico de esta comunicación. Al Duque le podía interesar la adquisición de este territorio, con su jurisdicción y con las propiedades que poseía la Orden

Militar de Calatrava, porque se encontraba limitando con otras posesiones que el Duque tenía en El Barco de Ávila y en Piedrahíta.

Las causas que motivaron al Rey para su venta fueron mucho más complejas. Tendríamos que introducir en los acontecimientos políticos y sobre todo bélicos para comprender las razones que indujeron al Emperador a vender algunas posesiones que tenían las Ordenes Militares en España. Consideramos que esos hechos pueden ser temas específicos de otras comunicaciones de este congreso, pues en ellos participó también el duque de Alba. Yo aquí quisiera pasar de puntillas, citando solamente algunos datos que considero imprescindible recordar.

Así pues, tengamos presentes los enfrentamientos con el rey de Francia, con los protestantes alemanes y, sobre todo, con los turcos dirigidos por Solimán el Magnífico y su aliado Barbarroja. Las tropas imperiales combatieron en todos los frentes, por tierra y por mar. Y este desgaste económico, material y humano motivó la firma de la Tregua de Niza el 18 de junio de 1538. Tregua que se establecería por 10 años y que, sin duda, fue aprovechada por Carlos I para su recuperación y fortalecimiento económico.

Con anterioridad, el Rey había conseguido que el papa Clemente VII firmara en 1529 una bula que permitía la enajenación de parte de los dominios y posesiones de las órdenes Militares a cambio de una compensación para las mesas maestras y sus comendadores. Esta bula había sido ratificada posteriormente por Pablo III, en 1536.

Apoyándose en ella, comienza la venta de algunas villas que poseían las órdenes Militares de Calatrava, Santiago y Alcántara. En 1537 la Hacienda Real obtiene 18.509.751 mrs.; en 1538 recibe 26.288.848; en 1539 se incrementa considerablemente la venta de bienes de las órdenes Militares, enajenando villas y lugares por un valor de 99.081.162,50 mrs.; en 1540 la Hacienda Real recibe 71.842.405 mrs. Y así continuará incrementando sus caudales, destacando los años de 1548 con 87.839.488 mrs.; de 1549 con 59.215.000 y de 1553 con 63.663.782 mrs.

Entre 1537 y 1556 solamente hemos registrado, en 1540, la compra por parte del duque de Alba de las villas de Puente del Congosto y Peñaflores con algunas posesiones que la Orden de Calatrava tenía en algunos lugares de Ávila, a saber: una parte en la dehesa de Rebillá de Codes en Armenteros; unas fincas en Miguel Hález, otras en Ximuñoz y una pequeña huerta en Fuentes Claras a las afueras de Ávila. El importe total de todas estas posesiones alcanzó el valor de 19.652.078 mrs.

2.2. CONDICIONES SEGÚN LAS CUALES SE CONCIERTA EL VALOR DE LOS BIENES

Antes del 12 de abril de 1539 se habían establecido las condiciones de la compraventa entre el Rey y don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, que fundamentalmente eran las siguientes:

- A) Se valoraría la renta recibida entre los años de 1534 y 1538, en Puente del Congosto. Se hallaría la quinta parte como cantidad media de cada año, y se abonarían los bienes, tasando cada millar de renta en 46.000 mrs.
- B) Se añadiría el valor de la fortaleza y otros edificios que poseía la Orden de Calatrava, tasándose por medio de dos maestros de obras, uno presentado por el Rey y otro por el duque de Alba. Si no hubiera acuerdo entre ellos, se debería nombrar a un tercero, para que de mutuo acuerdo lo promediaran.
- C) Se haría una relación de vasallos, en la villa y su tierra, tasando cada uno de ellos en 17.000 mrs.

2.3. PROCESO DE LA VALORACIÓN DE LOS BIENES RÚSTICOS, URBANOS Y JURISDICCIONALES

Hechas así las capitulaciones y aprobadas por ambas partes, la maquinaria administrativa se puso en marcha y, con fecha 12 de abril de 1539, desde Toledo, el duque de Alba envió una carta de poder a don Alonso de Bazán, alcaide y regidor de Marbella, para que averiguase el valor de las rentas que había recibido la Orden de Calatrava en Puente del Congosto durante el periodo de 1534-1538. Además se valorarían los edificios que la citada orden poseía en la Villa.

Con fecha 19 de abril, también desde Toledo, el Rey dirige una carta a don Luis de Toro, corregidor de Antequera, para que con el poder del Rey, «con la vara de nuestra justicia», vaya a la villa de Puente del Congosto para averiguar las rentas recibidas por la Orden de Calatrava desde 1524 a 1528, y desde 1534 a 1538. Le explicaba detalladamente las causas y las condiciones de la enajenación al duque de Alba y la necesidad de averiguar las rentas para poder indemnizar a la mesa maestral de Calatrava y al Comendador de la misma Orden, que era don Antonio de Torres. Le ordenaba que la averiguación la hiciera por todos los medios posibles, valiéndose de mayordomos, arrendadores, testigos, etc., y le daba poder absoluto para poderlos citar y hacerles contestar a las preguntas que se les formularan y le mandó también que fuera personalmente a la fortaleza y a los otros edificios que poseía la Orden. Asimismo se nombró al escribano Pedro Álvarez de Santa Cruz para anotar y legalizar las averiguaciones que se fueran haciendo.

Por parte de la Orden de Calatrava se citó a fray Juan de Oviedo, prior de san Benito de Toledo, por encontrarse ausente de los reinos de España don Fernando de Guzmán, que era el procurador general de la Orden. También fue convocado don Antonio de Torres, comendador de la Orden en las villas de Puente del Congosto y Peñaflores.

Para la tasación de la fortaleza y los demás edificios que poseía la Orden, el Rey citó al famoso arquitecto Alonso de Covarrubias, vecino de Toledo.

Durante el periodo de la averiguación, desde el día 2 de mayo hasta el 25 de julio de 1539, fueron requeridas las autoridades del concejo, los escribanos, mayordomos, muchos vecinos de la villa y tierra, comerciantes, artesanos, etc. con objeto de poder conocer el valor de las posesiones y de todas las rentas.

Se tuvieron que realizar gran cantidad de gestiones para las cuales se necesitaron multitud de documentos y testimonios de distintos vecinos. Los documentos procedían de las escribanías, donde se habían asentado los contratos de arrendamientos de las fincas y de los demás bienes. Asimismo fueron utilizados los libros de los mayordomos del señor de Puente del Congosto, en los que se anotaban los gastos y los ingresos de su hacienda.

Hemos podido conocer detalladamente los asuntos tratados cada día, pero, dado el carácter minucioso y prolijo de estas averiguaciones, vamos a señalar solamente los acontecimientos que ofrecían una significación relevante:

1. El juez citaba y atendía a los testigos en la casa de la viuda de Miguel Sánchez, que había sido alcaide de la fortaleza y mayordomo del comendador.
2. El comendador, don Antonio de Torres, presentó una relación de los bienes y preeminencias que poseía en las villas de Puente del Congosto y Peñaflores, así como otros bienes que poseía en Armenteros, Miguel Hércules, Ximénez y Fuentes Claras, situados todos ellos en la tierra de Ávila.

Don Alonso de Bazán, como representante del Duque, protestó porque en las capitulaciones solo constaba la venta de la villa de Puente del Congosto con su tierra, y, sin embargo, el

- juez proponía conocer el valor de todos los bienes que se habían presentado anteriormente, porque ése había sido el mandato real.
3. Se presentaron todos los padrones de los vecinos, separándose en las distintas localidades los hidalgos, clérigos, vecinos, viudas y huérfanos.
 4. Para la valoración de la fortaleza se interrogó a arquitectos de la categoría de Alonso de Covarrubias, Pedro de Ybarra y Juan Negrete, así como a maestros de obras, como Juan de Orestes y Hernando de la Sierra, que habían trabajado en la iglesia de Puente del Congosto. Para valorar las armas que se encontraban en la fortaleza se consultó con Benito González, vecino de Piedrahita, y con el maestre Martín, artillero y vecino de Béjar.
 5. Don Juan de Oviedo, prior de san Benito de Toledo, defensor de los intereses de la Orden de Calatrava, pretendió que se tasara el puente sobre el río Tormes, alegando que pertenecía a la Orden. Pero Alonso de Bazán alegó que todos sabían que el puente era de la ciudad de Ávila y su tierra, del concejo de Azálvaro, de otros lugares y de la villa de Puente del Congosto y su tierra, porque todos los concejos y sus vecinos lo habían construido a su costa, razón por la cual sus ganados no abonaban el derecho de peaje. La tasación del puente se hizo, pero no se produjo su venta. Tanto Alonso de Covarrubias como Juan Negrete describen algunos defectos de este puente, por una parte por ser los tajamares arrimadizos, y por otra por estar todos los arcos muy derruidos y maltratados, lo mismo que los pretiles. Por esto deducimos que su construcción debió realizarse en época muy próxima a la reconquista del alfoz de Ávila.
 6. La producción de cereal que se entregaba como renta no estaba sujeta al diezmo, por ser propiedad de la Orden de Calatrava y estar esta exenta de este impuesto eclesiástico, pero al pasar las fincas a poder del Duque, tendría este que abonar el diezmo. Esta fue la causa de que se descontara el importe de este impuesto de la renta del cereal, para hallar el beneficio real de los arrendamientos. Con objeto de conocer el precio del trigo y del centeno, se tuvo en cuenta su valor en Salvatierra y sobre todo en Barco de Ávila, por ser esta una plaza tratante en cereal entre Castilla y la Vera de Plasencia.
 7. Por último queremos indicar aquí, que durante este proceso se produjeron algunos incidentes entre las partes participantes en la averiguación de bienes y rentas. El prior don Juan de Oviedo llegó a acusar a algunos testigos de ser partidistas en la valoración de los bienes, pero a falta de pruebas tuvo que retractarse de sus acusaciones. Los testigos acusados exigieron un documento escrito para defender su honra. Alonso de Bazán, defensor de los intereses del Duque, solicitaba un descuento en el valor de las rentas, alegando que el arrendamiento de unos bienes que producían unos 150.000 mrs. requería establecer contratos con unas 400 ó 500 personas, quienes abonaban las rentas con cereales y otros productos en distintas épocas, por lo que necesitaba un cobrador para cada rentero, además del costo que suponían el papel y los honorarios de los escribanos.

2.4. RELACIÓN DEL VALOR DE LOS BIENES QUE ADQUIRIÓ EL DUQUE DE ALBA

Por los pactos establecidos, el duque de Alba adquiriría la villa de Puente del Congosto y su jurisdicción, abonando 46.000 mrs. por cada millar de renta y 17.000 mrs. por cada vasallo. Sin embargo, cuando el juez y el representante del Duque empezaron a hacer la averiguación, vieron que junto a las rentas de la citada villa había otras anejas, que también poseía la Orden de Calatrava. Estas rentas eran:

- a) La villa de Peñaflores, donde vivían 13 vasallos y medio y una renta aproximada de 24.000 mrs.
- b) La tercera parte de la dehesa de Revilla de Codes, con una renta de 12.000 mrs.
- c) Cerca de Hontiveros, en Miguel Hález, Jimuñoz y Fuentes Claras otras rentas que valdrían unos 22.000 mrs.
- d) En Ávila, en las alcabalas del vino y el pescado, había un juro por valor de 2.857 mrs.

El Duque, que solamente había concertado con el Rey la compra de la villa de Puente del Congosto, se negó a comprar el resto, porque consideraba que eran rentas de poca importancia y que no tenían tanto valor como las que estaban situadas en el término de sus vasallos. El Rey y sus consejeros pensaron que, si se quedaban estos bienes fuera de la venta, no serían rentas de mucho provecho e incluso se podrían perder. Por ello, negociaron también la venta de esos anejos y llegaron a los siguientes acuerdos:

1. Los 36.000 mrs. de renta de Peñaflores y la dehesa de Revilla de Codes los adquiría el Duque a 46.000 mrs. el millar, es decir, al mismo precio que la renta de la villa de Puente del Congosto.
2. Los 13 vasallos y medio de Peñaflores no se tomaban en consideración.
3. Las rentas de Miguel Hález, Jimuñoz y Fuentes Claras se vendían al precio de 41.000 mrs. el millar de renta.
4. Los 2.857 mrs. del juro, situado en las alcabalas de Ávila, se «consumían» en los libros de cuentas de Su Majestad; es decir, que el Rey se apropiaba del importe total de ese juro.
5. El Duque debería pagar el diezmo de las rentas recibidas.
6. Solo 12 puercos podían pastar en el monte para el aprovechamiento de las bellotas.
7. El Rey se reservaba los derechos de alcabalas y tercias de ambas villas, la acuñación de monedas foreras y servicios, las minas de oro, plata y cualquier otro metal y la suprema jurisdicción y apelación para él y su Audiencia.
8. La escribanía, que era derecho real, también se vendía al Duque. Como esta estaba adjudicada de por vida, se pidió al Rey una recompensa para el escribano.

Como resumen presentamos la siguiente liquidación:

Conceptos	Renta anual	Valor del millar	Valor total
Rentas de Puente del Congosto, Peñaflores y Revilla de Codes	196.222,50	46.000	9.026.235,00
Rentas de Miguel Hález, Jimuñoz y Fuentes Claras	21.474,00	41.000	880.434,00
El juro situado en Ávila	2.857,00	----	----
Valor de los edificios			2.001.909,50
Valor de los 455,5 vasallos		17.000.000	7.743.500,00
Valor total de todos los conceptos			19.652.078,50

2.5. FORMA DE PAGO

Después de calculado el importe total de la venta, se procede a su abono y se estudian las diversas formas en que puede ser satisfecho.

El Duque había vendido a Diego de Bermúy, vecino y regidor de la ciudad de Burgos, la dehesa de Tomillos, en el reino de Granada, y también 60.000 mrs. que tenía de juros situados en las rentas de Murcia. Por todo ello le debía abonar 13.091.250 mrs., que dicho Diego Bermúy en nombre del Duque pagó en dinero «contado» al Rey de esta manera:

- 9.000.000 de mrs. a Alonso de Baeza, tesorero del Rey.
- 4.091.250 a Esteban Doria, Pantaleo Denegro y Jerónimo Italiano, en pago de las deudas que el Rey tenía con ellos.

Por último le entregó al Rey en dinero 6.560.828,50 mrs. De esta cantidad, Alonso de Baeza, como tesorero real, ingresó en la Hacienda 1.280.000 mrs., mientras que los 5.280.828,50 mrs. restantes se abonaban a los mismos acreedores anteriores.

La cantidad entregada por el duque de Alba se distribuyó de la siguiente manera:

- | | |
|-----------------------------|--------------------|
| - La tesorería recaudó | 10.280.000,00 mrs. |
| - Se abonó a los acreedores | 9.372.078,50 mrs. |

Era voluntad del Rey que no disminuyeran sus rentas y se conservara su patrimonio. Para esto, mandó a su tesorero que, de los maravedís recaudados del Duque, se desempeñasen 259.337 mrs., que era el importe de la recompensa dada a la mesa maestra de Calatrava, que ésta debería disfrutar a partir del 1 de enero de 1540.

El Rey hizo pública la desmembración de la villa de Puente del Congosto mediante una carta fechada en Madrid el día 18 de octubre de 1539. Para ello primeramente tuvo que tomar posesión de los bienes enajenados y después el día 23 de noviembre se expidió la carta de venta, en pergamino de cuero, fechada en Burgos, en la que se explicaban las causas de la venta, los lugares enajenados, las condiciones y la forma de pago. Se ordenaba a los oficiales de las villas vendidas que recibieran al Duque como su señor, de la misma manera que lo habían hecho anteriormente con los señores de la Orden de Calatrava.

Este mismo día, 23 de noviembre, una vez finalizada la operación de la venta, el Rey mandó una carta al bachiller Pablo Vallejo para que entregara la fortaleza y la jurisdicción de las villas al duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, con todos los bienes y derechos que poseía con anterioridad la Orden de Calatrava. De modo que a partir del 1 de enero de 1540 el duque de Alba fue el nuevo señor de las villas de Puente del Congosto y Peñafior.

AL SERVICIO DEL REY



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

EL DUQUE DE ALBA EN ITALIA

María José RODRÍGUEZ SALGADO
London School of Economics

1. «PUES HE CABALGADO EN LA YEGUA MENESTER ES QUE TENGA A LAS CRINES». EL III DUQUE DE ALBA EN ITALIA¹

No habían dado las ocho de la mañana el 20 de febrero de 1550 cuando Natale Musi, agente del gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga, llamó a la puerta del alojamiento del duque de Alba en Bruselas. No sabía por qué le había convocado el duque la tarde anterior, pero llegó con intención de enfrentarse con él por las críticas e insinuaciones maliciosas que Alba había difundido contra Gonzaga en la corte imperial. El portero le informó que tenía órdenes de despertar al duque al llegar su invitado y «así lo hizo —relata Musi— y me hizo entrar en una habitación tan oscura que fue necesario que me llevase por la mano hasta que llegamos a la cama. Una vez allí, el duque... me dijo esto: «“Señor Nadale, yo os embié anoche pedir por merced que os allegastes aquí, porque yo deseava hablar co[n] vos, y es qué los que sumas (sic) servidores verdaderos del Sr. don Fer[nan]do desseamos en todo (esp[eci]alm[en]te yo) acertar co[n] lo que comple (sic) al servi[ci]o de su S[eñoría]”». Alba le preguntó qué opinaba Ferrante sobre el matrimonio de Vespasiano Gonzaga con Diana Cardona para «saber de vos cómo me tengo de gobernar en esto». Admitió de entrada que no había prisa, por lo que cabe preguntar por qué sintió la necesidad de consultar a Musi de forma tan súbita y a estas horas, y, aún más, por qué montó una escena tan tétrica, acompañada de un lenguaje tan culto que raya en la exageración.

N.B. La correspondencia citada del Epistolario del duque de Alba son todas cartas del duque. En las notas se designa el destinatario. Todas las cartas citadas del Calendar of State Papers Venetian fueron destinadas al Dogo y Senado por lo cual, para aligerar las notas, se indica el nombre del embajador que la escribió, el lugar y la fecha.

¹ ALBA, duque de (ed.), *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*, 3 vols., Madrid, 1952 (De aquí en adelante EA), I, n. 58, p. 69, a don Francisco de Toledo, 15 de abril de 1555.

En esta época no era habitual que un noble o príncipe diese audiencia en cama, pero a veces ocurría. Recibir a oscuras era muy raro y convocar a un agente sin tener razón aún más. Musi opinó que lo del matrimonio era una excusa. Alba le había llamado porque tenía «la conciencia cargada» por su reciente campaña para desacreditar a Ferrante Gonzaga. La rivalidad personal y dinástica entre ellos venía de lejos, pero esta vez Ferrante había manifestado estar «mal satisfecho» del duque, dejando de escribirle y de visitarle. Al manifestar Alba su deseo de «servir» a Ferrante, daba a entender que por su parte se mantenía la amistad, e imponía a Ferrante la obligación de manifestar su agradecimiento y corresponderle. Musi le aconsejó así: «Si Yo fuera Vuestra Excelencia (le ruego admita que se lo diga) disimularía con él como él lo hace con vos... diciendo que queda muy obligado. Y aunque sé muy bien que esto va contra la naturaleza de Vuestra Excelencia, también sé que hoy se considera prudencia el saber disimular la amistad». Si Ferrante no respondía de esta forma, Alba quedaría ofendido y tendría derecho de pedirle una explicación, forzando a Ferrante a delatar a quienes le habían informado de las actividades de Alba. Le habían denunciado el obispo de Arras, principal ministro del emperador; el favorito del príncipe Felipe, Ruy Gómez de Silva; y el poderoso secretario de estado Diego de Vargas. Era impensable nombrarles, ya que no perdonarían la traición de Ferrante y nadie se fiaría de él en el futuro. La alternativa era decir que no tenía razón para estar enfadado con Alba y autoculparse de haber faltado a la amistad. Era mejor disimular y evitar la ruptura².

Este curioso episodio nos permite apreciar el papel central de la disimulación en la política de la época y la habilidad del duque de Alba. También nos apunta hacia el papel tan importante que tuvo Italia en la vida del III duque de Alba. Por muchos años concibió su futuro en la península y llegó a tener un cargo tan extraordinario que sus coetáneos le comparaban con un soberano. No duró mucho en la cumbre y su descenso, a paso forzado, tuvo repercusiones graves para la casa de Toledo. Su «época italiana» fue un experimento sin precedentes ni sucesores que merece un estudio más detallado.

2. UNA AMBICIÓN FRUSTRADA

La cultura italiana influyó profundamente la educación y el entorno del joven Fernando Álvarez de Toledo. Su abuelo incorporó el arte y los gustos italianos en sus palacios y escogió tutores italianos para su nieto y heredero³. Una vez en la corte y luego militando en el ejército imperial, Alba tuvo ocasión de visitar la península. El nombramiento de su tío, don Pedro de Toledo, como virrey de Nápoles en 1533 —cargo que sustentó hasta su muerte veinte años más tarde— le facilitó contactos e información. Don Pedro le permitió jugar un papel destacado en las celebraciones de la empresa de Túnez en Nápoles en 1535, e intentó promover la casa cuando solicitó el cargo de virrey de Sicilia para su hermano, el prior de San Juan. Carlos V nombró al joven Ferrante Gonzaga, vástago de los marqueses de Mantua, que se había criado en la corte imperial a partir de los 16 años y militado en las filas imperiales⁴. La primera noticia que tenemos de la ambición del duque de Alba por un cargo italiano es de 1538, cuando se barajó su nombre para el gobierno de Milán. Carlos V eligió al marqués del Vasto⁵. Poco después facilitaba el ascenso de la casa de Toledo al permitir el matrimonio de Leonor de Toledo, hija de don Pedro, con el duque de Florencia, Cosimo I de Medici. Las bodas en

² Archivio di Stato di Parma. Raccolta Ronchini (de aquí en adelante ASPu RR), busta 9, s. f., Natale Musi a Ferrante Gonzaga, 20 de febrero de 1550.

³ MALTBY, *Alba*, Berkeley, 1983, pp. 11-12.

⁴ TAMALIO, *Ferrante Gonzaga alla Corte spagnola di Carlo V*, Mantova, 1991, incluye una breve vida, pp. 13-33; HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey D. Pedro de Toledo*, Madrid, 1994, p. 364.

⁵ HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, p. 116. Como puntualiza (p. 117) los datos relativos a la estrategia personal de Alba en Italia «son escasos» antes de 1553.

julio de 1539 confirmaron a los Toledo como una de las familias claves de la política peninsular, posición que reforzó el cardenal Juan de Toledo asentándose en Roma en 1540⁶.

Las instrucciones secretas de Carlos V a Felipe II en 1543 nos permiten comprobar que el emperador valoraba pero no se fiaba de Alba, lo que puede explicar su resistencia a nombrarle a un cargo importante. «Él pretende grandes cosas y crecer todo lo que él pudiere, aunque entró santiguándose muy humilde y recogido». Temía que Alba utilizase medios deshonorosos para ganar la voluntad del príncipe, aun «por vía de mujeres». No obstante, admitió que era útil y que se debía seguir empleando «en lo d'Estado y de la guerra... honralde y favorelde (sic) pues que es el mejor que agora tenemos en estos Reynos»⁷. Se le encargó de la defensa de los reinos hispanos, pero se le excluyó del consejo de regencia. Alba hizo lo posible para disipar las dudas del emperador. Se declaró «muy enemigo de diferencias» y deseoso de tener «conformidad y buena inteligencia» con otros ministros, demostrando su habilidad para manipular el lenguaje culto y la lisonja en cartas y tratos personales⁸. Dejó que el príncipe Felipe firmase órdenes y cartas relacionadas con la defensa de los reinos, pudiendolo hacer él⁹. A principios de 1544 el emperador avisó a Alba «que me quería allá», luego no le llamó, dejándolo en España «torneando»¹⁰, mientras que el marqués del Vasto y Ferrante Gonzaga jugaron papeles importantes en la guerra contra Francia.

La situación cambió en 1547. La derrota de Cerisoles y cargos de corrupción persuadieron al emperador a destituir a del Vasto. Se difundió el rumor que Alba aspiraba al gobierno de Milán¹¹. El emperador favoreció a Ferrante Gonzaga. Esto resultó ser una ventaja, pues a la hora de comenzar la guerra contra la Liga de Schmalkalda Carlos V no tenía mejor comandante que Alba. El príncipe Felipe felicitó a su padre por escoger al duque, refiriéndose a Alba como un hombre leal y de mucha experiencia que merecía gran merced por haber cumplido tan bien con los negocios que se encargaran en España¹². La voluminosa propaganda que emitió la corte imperial después de la guerra en Alemania y especialmente la victoria de Mühlberg, plasmó la guerra y sus principales participantes en la memoria histórica a beneficio de la reputación y memoria del duque de Alba¹³. El contribuyó al proceso con unos frescos en el palacio de Alba de Tormes¹⁴. En 1548 Alba fue nombrado mayor-domo mayor del príncipe Felipe¹⁵. El emperador le encargó ir por Italia para imponer orden y regañar a varios oficiales, entre ellos Ferrante Gonzaga¹⁶.

La rivalidad entre Alba y Gonzaga se hacía notar cada vez más y se reflejaba en su política divergente en Italia. Manuel Rivero Rodríguez opina que Alba tenía una política coherente cuyo principio era el «dominio indirecto fundado sobre el patronazgo de las principales casas italianas». Por esto

⁷ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., (ed.), *Corpus documental de Carlos V*, vol. II, Salamanca, 1975 (de aquí en adelante CDCV), n. cclii, p. 109, Instrucciones de Carlos V a Felipe II, 5 de mayo de 1543.

⁸ Por ejemplo, EA, I, n. 15, pp. 18-9 a Mondéjar (28 de agosto de 1542), n. 39, p. 43 a Francisco de Eraso (10 de septiembre de 1543), y n. 40, pp. 43-4 a Juan Vázquez, (10 de octubre de 1543).

⁹ EA, I, n. 46, pp. 50-1, a Carlos V, s. d. (Enero-Febrero de 1544).

¹⁰ EA, I, n. 44, p. 47, a Carlos V, 4 de Febrero 1544.

¹¹ Más tarde Arras recordaría que «ch'egli ha sempre sopra'l cuore li carichi di Miláno che si diedero al Sr. Don Fer.do», ASPa, RR, b. 9, s. I., Natale Musi a Ferrante Gonzaga, 2 de marzo de 1550.

¹² CDCV, II, n. ccxxix, p. 419, Felipe II a Carlos V, 3 de septiembre de 1545.

¹³ Unas recientes aportaciones a este tema en CHECA, F., «Ticiano y las estrategias de la representación del poder en la pintura del Renacimiento», pp. 43-770; RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «“El perfecto capitán”. Carlos V en los años cuarenta», ambos en *La restauración de El Emperador Carlos V a caballo en Mühlberg de Tiziano*, Madrid, 2001, pp. 17-42.

¹⁴ MIÑAMBRES, N., *Guía Turística de Alba de Tormes (Salamanca)*, León, 2001.

¹⁵ CDCV, II, p. 593 Carlos V a Felipe II, 19 de enero de 1548; instrucciones para Alba, ibidem., pp. 564-9

¹⁶ ASPa, RR, b. 8, fasc. 2 ff. 7r-v, Ferrante Gonzaga a Carlos V, 29 de enero de 1548.

rechazaba la política agresiva y expansionista de Gonzaga, y por temer que provocara a los príncipes italianos a buscar la protección de Francia. También reconoce que Alba tenía otros fines, como el de avanzar a su linaje y de arrebatarse a Ferrante Gonzaga y al obispo de Arras el amplio patronazgo de Italia que controlaban¹⁷. Gonzaga perdió el forcejeo en el caso de Génova, donde Carlos V siguió los consejos de Alba¹⁸. Se atribuyó a la influencia de Alba la decisión del príncipe Felipe de recibir y favorecer a Ottavio Farnese, duque de Parma, en 1549. Gonzaga era el principal enemigo de los Farnese. Había conquistado Piacenza dos años antes y seguía intentando apoderarse de Parma. Alba apoyó la petición de los Farnese de que se le restituyesen sus tierras¹⁹. Pero cuando el príncipe tuvo la oportunidad de conocer a Gonzaga y a Diego Hurtado de Mendoza, embajador imperial en Roma y gobernador de Siena, y ver por sí mismo parte de Italia, se convirtió a su política. La atracción se hizo más potente cuando le prometieron Siena, estado que ambicionaba también el duque de Florencia. Le convencieron de que era imprescindible quedarse con Piacenza y que se debía conquistar Parma. Anexionando estas tierras a Milán, el primer estado que perteneció al príncipe Felipe, crearían un potente estado en Alta Italia.

Al no poder disminuir la atracción de estos planes, Alba intentó desacreditar a los dos ministros, criticando públicamente su actuación en Italia y sembrando rumores de una posible traición por parte de Gonzaga. Su campaña no dio los resultados que esperaba. No consiguió que el príncipe abandonase sus expectativas, y no tardó en darse cuenta de que ni el emperador ni sus ministros principales estaban dispuestos a permitir la desgracia de Gonzaga, cuyas dotes apreciaban y con quien mantenían intensas relaciones personales y políticas desde hacía muchos años. En otros aspectos fue una equivocación atacar a Mendoza y a Gonzaga en tal momento. A finales de 1549, el mundo se preparó para un nuevo cónclave. Los Toledo tenían su candidato —el cardenal Juan de Toledo—, conocido como el cardenal de Burgos en esta época. Una de las razones por la cual Alba cortejara a los Farnese, era para ganarse al cardenal Farnese y sus adherentes, cuyos votos podían asegurar la elección de Burgos. Alba logró que el emperador apoyase la candidatura de su tío, lo que fue un éxito extraordinario para los Toledo y para Alba en particular. Por un tiempo debieron soñar con un futuro áureo. Tener un papa era el *summum bonum* para una casa noble. Pontífices recientes habían creado estados independientes para sus linajes en Florencia, Ferrara y Parma, aumentando su poder con su extenso patronazgo. Mendoza estaba encargado de implementar la política del emperador en el cónclave. Advirtió más de una vez que Burgos no era *papabile* por tres razones: pertenecía a una familia noble española; era pariente del virrey de Nápoles; y estaba emparentado con el duque de Florencia. Otros le daban la razón, pero el emperador le mandó obedecer y también a Ferrante Gonzaga y a su hermano, el cardenal Ercole. Los Gonzaga llevaban años preparando la candidatura de su amigo, el cardenal florentino Jacopo Salviati, tío de Cosimo I de' Medici. Su candidatura dividió el grupo imperial²⁰.

Burgos no logró suficientes votos y los Toledo echaron la culpa a Mendoza y Gonzaga. Alba juró públicamente que se vengaría de Mendoza²¹. Arras alegó que también acusaba a los Gonzaga de intentar

¹⁷ RIVERO RODRÍGUEZ, M., *Felipe II y el gobierno de Italia*, Madrid, 1998, p. 45.

¹⁸ ASPa, RR, b. 8, fasc. 2, ff. 33r-36r, Ferrante Gonzaga a Carlos V, 20 de marzo de 1548.

¹⁹ ASPa, Archivio Gonzaga di Guastalla, ff. 1-2, Ercole Gonzaga a Ferrante, 23 de enero de 1549; ASPa RR, b. 9, s. f., Musi a Ferrante Gonzaga, 2 de enero de 1550.

²⁰ *Calendar of State Papers and manuscripts relating to English affairs... Venice etc.*, ed. Rawdon Brown, London, 1873, tomo. 5 (de aquí en adelante CSP Ven. 5), n. 631, p. 301, Marin Cavalli, 23 de enero de 1550; n. 626, pp. 298-9, ibid, 12 de enero. La política de los Toledo en el cónclave, HERNANDO SÁNCHEZ, Castilla y Nápoles, pp. 105-108. SPIVAKOVSKY, E., *Sau of the Alhambra, Diego Hurtado de Mendoza, 1504-1575*, Austin y London, 1970, pp. 225-243.

²¹ CSP Ven 5, n. 616, p. 292. N al cardenal Farnese, 8 de enero de 1550; n. 626, pp. 298-9, Marin Cavalli, 12 de enero; n. 631, p. 301, ibidem, 23 de enero. ASPa, RR, b. 9 s. f., Natale Musi a Ferrante Gonzaga, 14 de enero de 1550: «mi vien detto da molti che il Duca d'Alva tiene animo di ruinarlo in ogni modo».

crear un papa de su hechura para que Ferrante se pudiera apoderar del ducado de Milán. Volvió a repetir cargos de corrupción contra el gobernador de Milán. Arras opinaba que ahora que habían perdido el cónclave, la intención de los Toledo era persuadir a Carlos V a «rimover il sigr. Don Fer[nan]do da quelli carichi, et proverne il duca D'Alva come cosa tanto bramata et desiderata da lui anchor ch'habbia publicato d'havergli recusati». Es posible que así fuese, pero, como Musi reconoció, «Monsr. d'Arras non sta troppo bene co'l Duca d'Alva». Proporcionaba información contra Alba a Ruy Gómez de Silva para que «con questo, volendo Ruy Gómez, haura largo campo di dare loro de buone bastonate apresso Monsr. nro. Príncipe». No podían descartar la posibilidad de que Arras y Ruy Gómez estuviesen calumniando a Alba o exagerando su maldad para incitar a Ferrante Gonzaga a atacarle²². Esta turbia maraña de rivalidades y ambiciones fue lo que llevó al duque de Alba a llamar a Musi en Febrero de 1550 y montar la escena tan tétrica con la que comenzamos este artículo. Su odio contra Ferrante Gonzaga estaba candente tras el cónclave, pero ofreció su amistad para evitar que se formase un triunvirato contra él en la corte. La maniobra tuvo éxito. Arras, quien tenía costumbre de doblegarse a los deseos de Carlos V, aconsejó a Ferrante disimular su enemistad y volver a mantener buenas relaciones, pues así se facilitaría el buen gobierno²³.

Diego Hurtado de Mendoza no tardó en sentir las consecuencias de la hostilidad de los Toledo. En julio de 1551, abrumado y deshonorado por la oleada de críticas e inuendos maliciosos sobre sus actividades en Italia, decidió presentarse ante Carlos V para defenderse personalmente. No dudó en echar la culpa de su desgracia al «duque de Alba y sus sequaces». Atribuyó el odio que le tenían los Toledo y su determinación de sacarle de Italia al «hauerme el emp[er]ador acreditado en cargos y dádome lo q[ue] ellos quisieron pa[ra] sí». Su oposición a la candidatura del cardenal Juan de Toledo en el cónclave agravará la situación, y también la política anexionista de Mendoza en Piombino, estado que Cosimo I quería incorporar con Florencia y Mendoza a Milán. Alba estaba también resentido y ofendido por la costumbre de Mendoza de negociar directamente con el emperador, sin informarle ni darle la oportunidad de inmiscuirse en estos negocios. Finalmente, Mendoza declaró que los Toledo le habían atacado con tanto ahínco porque querían «derribar a don Fer[nan]do con pensar q[ue] cayendo yo me le tengo de asir por las faldas y lleuallo tras mí»²⁴.

De ser así, la caída de Mendoza compensaba en parte las esperanzas defraudadas de los Toledo en el cónclave. La casa seguía su curso ascendente. En 1552 Carlos V aceptó el matrimonio de don García de Toledo, hijo del virrey don Pedro, con Vittoria Colonna, hija del magnate romano, Ascanio Colonna. Colonna era un aliado importante, un personaje clave en las relaciones entre el emperador y la Santa Sede, y el enlace confirmaba la trayectoria no ya italiana, sino internacional del linaje. La novia, siendo la primogénita, tenía buenas expectativas de heredar los estados de los padres en Nápoles²⁵. Poco después, al estallar una rebelión en Siena, el emperador encargó su recuperación a don Pedro. Algunos interpretaron su elección «como una destitución solapada»; una forma de sacarle el virreinato. Como acertadamente apunta Carlos Hernando Sánchez, no hay pruebas de «un auténtico deseo de destitución». Al contrario, fue una medida astuta, que facilitó el envío de recursos de Nápoles y la cooperación del duque de Florencia, cuya ayuda en este estado vecino era imprescindible. Los Toledo apoyaron el nombramiento que supuso enormes ganancias para el linaje y sus clientes.

²² V. las cartas de Musi a Ferrante Gonzaga en ASPa, RR, b. 9, s. f., 2 de enero de 1550: 3 de febrero de 1550 y 2 de Marzo de 1550.

²³ ASPa, RR, b. 9, s. f., Musi a Gonzaga, 2 de marzo de 1550.

²⁴ AGS E.1476, f.127 Hurtado de Mendoza a Arras, 16 de julio de 1551. MALTBY, *Alba*, p. 77, dice que Carlos V no tomó en serio las acusaciones contra Mendoza.

²⁵ BAZZANO, N., *Marco Antonio Colonna*, Roma, 2003, pp. 51-3; HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 95-6.

comenzando con dos hijos del virrey, don García, a quien encargado el ejército imperial, y don Luis, quien quedó de lugarteniente en Nápoles. Con la muerte repentina del virrey, el 22 de febrero de 1553, la situación cambió radicalmente²⁶. Carlos V envió al cardenal Pacheco, enemigo de los Toledo, de interino a Nápoles, y a Juan Manrique de Lara a Siena, quedando ambos hermanos sin cargo. Hernando Sánchez atribuye esta penosa situación no tanto a la falta del virrey sino a la disminución del prestigio del duque de Alba²⁷.

La estrella de Alba había perdido algo de su brillo en 1551 cuando tuvo que regresar a España porque el emperador se negó a darle un cargo. Tampoco se le llamó para luchar con el emperador en la nueva guerra con Francia, donde Ferrante Gonzaga de nuevo jugó un papel principal. En mayo de 1552 estalló la peor crisis del reinado de Carlos V y le ofreció una oportunidad inusitada al duque de Alba. Derrotado por rebeldes y franceses, por poco evitó ser capturado. Gonzaga no fue capaz ni de conquistar Parma ni de impedir una invasión francesa en Piamonte, por lo cual había perdido favor y reputación. En este momento tan crítico y penoso Carlos V llamó a Alba. Las expectativas eran desmesuradas. Alba se encargó de ejecutar la estrategia del emperador en Metz. El asedio era difícil, las condiciones terribles y las intervenciones del emperador constantes. Hubo quien se dio cuenta de que muchos de los errores que se cometieron en aquel asedio se debían al emperador, pero esto no evitó que Alba cargase con la deshonra de la retirada a principios de 1553. Su honra y reputación disminuyeron notablemente²⁸. Para mayor abundamiento, el emperador se negó a declarar si quería que quedase en la corte o no. Las normas de la época dictaban que en tal situación la única forma de mantener su honra era retirándose a sus estados o volviendo a su cargo de mayordomo mayor en la corte del príncipe.

Estaba a punto de salir para España, cuando llegó la noticia de la muerte de don Pedro de Toledo. El príncipe Felipe, entre otros, opinaba que Alba era el candidato idóneo para el virreinato de Nápoles. Alba quería el puesto y llegó a creer que se lo darian, pensando ya cómo repartir oficios «si fuese virrey de Nápoles»²⁹. Carlos V se negó a pronunciarse a favor o en contra. Alba no tuvo más remedio que regresar a España deprimido y derrotado, lamentando su suerte y su pobreza, aunque había logrado que el emperador le concediese 150.000 escudos en pagos retrasados y mercedes. Era una suma muy sustancial que reflejaba tanto la gratitud como el malestar del emperador por defraudar de nuevo las ambiciones del duque³⁰. Alba «querría mucho quitar a S. M. de este yerro en que está de que yo me meta en negocios y sea amigo de ellos», pero era incapaz de hacer desaparecer las sospechas del emperador aun después de limitar sus intervenciones en cuestiones de patronazgo. Pretendió que «[en] lo de Nápoles estoy ahora más frío en ello que nunca, hagan por allá cuanto quieren»³¹. Lo que Carlos V quería hacer era limitar los poderes de la casa de Toledo en Italia y contener las ambiciones del duque de Alba, pero el príncipe Felipe siguió apoyando la candidatura de Alba y rechazó otros candidatos que su padre había sugerido para los cargos de Nápoles y Milán, pese al enojo que provocó a su padre³².

²⁶ HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 334-9.

²⁷ HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 161-2.

²⁸ AGS, E. 647, ff. 108-9, Carlos V al duque de Alba, 4 de julio de 1552. Detalles de la campaña en MALTBY, *Alba*, pp. 79-82.

²⁹ AGS, E. 1.202, f. 190, Ascoli a Felipe II, 5 de marzo de 1553. EA, I, n. 84, p. 95, a Lope de Guzmán, 10 de mayo de 1555: «muchas veces platicamos v. m. y yo si fuese virrey de Naples que querría procurar se os diese el Castilnovo...».

³⁰ MALTBY, *Alba*, p. 328, n. 43, basándose en AGS, E. 506 ff. 126 y 128, menciona que en 1553 le pagaron los gastos de la campaña de 1546-7. La suma de 150.000 se menciona en la instrucción de Carlos V a Eraso en 1554.

³¹ Ambas citas de EA, I, n. 52, p. 59, a Eraso, 12 de noviembre de 1553. El virreinato figura también en sus cartas a Eraso n. 50, p. 57, 11 de octubre; n. 51, pp. 57-9, 2 de noviembre.

³² AGS, E. 90, f. 140, Carlos V a Felipe II, 8 de noviembre de 1553; E. 90, ff. 147-8, Eraso a Felipe II, 12 y 24 de diciembre; y E. 809, f. 71.

3. CAPO DEI CAPI

La fortuna de Alba siguió ahora el curso ascendente del príncipe Felipe y descendente de Ferrante Gonzaga a quien el emperador mandó presentarse en Bruselas en enero de 1554 para responder a los muchos cargos contra él. Por ahora no se puede probar que Alba fuese directamente responsable, pero no cabe duda que jugó un papel importante. Había contribuido a la denigración de Gonzaga y protegió y avanzó a los tres principales «delatores» de Gonzaga, Francisco de Ibarra, Juan de Luna y Francesco Taverna, aun después de que se hubiese comprobado que muchos de los cargos eran insinuaciones y rumores, cuando no mentiras³³. A principios de 1554, pues, existía una situación inusitada. Nápoles, Milán, Siena y las tropas imperiales estaban al mando de oficiales interinos y el principal rival de Alba estaba luchando para salvar su honra, y posiblemente su vida. Como hemos visto, Carlos V había intentado rellenar algunos de estos cargos en 1553, pero no quiso hacerlo sin tener el beneplácito del príncipe Felipe, porque había decidido entregarle Milán y Nápoles con ocasión de su boda con la reina María de Inglaterra. Ya que fue incapaz de vencer la resistencia del príncipe, decidió suspender todos estos nombramientos hasta hablar con el príncipe en Bruselas³⁴. No cabe duda de que una de las razones por las cuales no llegaron a un acuerdo fue la determinación del príncipe de meter a Alba en Nápoles. Se ha sugerido que lo hizo por haberse convertido a la política de los Toledo. No hay pruebas de tal conversión. Al contrario, Felipe II siguió aprobando la política expansionista de Gonzaga hasta 1556, cuando tuvo que abandonarla por pura necesidad³⁵. Como veremos, favorecía al duque de Alba por apreciar sus cualidades y su capacidad para coordinar una amplia red de parientes y clientes a su servicio en Italia. Fue Alba el que pasó, si no por una conversión, por lo menos por un proceso de adaptación política. Hizo lo posible para conseguirle los estados italianos que ambicionaba aun cuando esto le hizo frustrar las ambiciones del duque de Florencia.

Felipe II recibió los títulos de duque de Milán y rey de Nápoles en julio de 1554 y se apresuró a imponer su autoridad. Creó un consejo para gobernar estos territorios³⁶. La *vox populi* anticipaba el nombramiento de Alba para Nápoles y barajaban nombres como el del conde de Feria, uno de los favoritos del rey, el duque de Saboya y Ferrante Gonzaga para Milán³⁷. Pero el emperador no tenía prisa por dejarle el sitio. No anunció la transferencia de poderes hasta septiembre de 1554 y la transición no sería efectiva hasta que llegase un enviado especial de parte de Felipe II. El emperador siguió rellenando puestos y determinando casos pendientes hasta bien entrado diciembre pese a las quejas del rey³⁸.

³³ Se publican varias cartas en EA, I, en las cuales les defiende incluso n. 227, pp. 312-3, a Carlos V (3 de octubre de 1555); a Felipe II el 28 de octubre (ibidem, pp. 319-20); a don Antonio de Toledo en diciembre (n. 299, pp. 343-4), y a Felipe II (n. 297, pp. 334-40). RIVERO RODRÍGUEZ, *Felipe II y el gobierno de Italia*, p. 47, se basa en Maltby para afirmar que Alba «eliminó a su rival». He vuelto al caso en un artículo que se publicará próximamente: «Defender of his Innocence. The fall of Ferrante Gonzaga».

³⁴ AGS, E. 90, f. 140, Carlos V a Felipe II, 8 de noviembre de 1553; E. 508, ff. 11-13, Vargas a Felipe II, 19 de enero de 1554 y E. 1.205, f. 162. Consulta.

³⁵ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, esp. pp. 73-6; pp. 162-3, pp. 172-183, pp. 245-54. RIVERO RODRÍGUEZ, *Felipe II y el gobierno de Italia*, p. 47 opina al contrario que Felipe II aceptó la política de los Toledo entre 1550 y 1552.

³⁶ AGS, PR.42-12, Cesión de Nápoles, Bruselas, 15 de junio de 1554; E. 808, f. 30, Regente Figueroa a Carlos V, 26 de julio de 1554. El consejo en Rivero Rodríguez, *Felipe II y el gobierno de Italia*, pp. 49-50.

³⁷ CSP Ven 5, n. 941, p. 568, Marc'Antonio Damula, 26 de agosto de 1554; ibidem, 2 de septiembre, n. 944, p. 571.

³⁸ AGS, E. 1.046, f. 91, Carlos V a don Francisco de Toledo, 5 de septiembre de 1554. AGS, E. 508, f. 236 justificando la intervención, 30 de noviembre. AGS PR.55-30, Instrucción de Carlos V a Eraso, 1 de Septiembre; AGS, CJH 34, f. 485, Arras a Ruy Gómez de Silva, 10 de diciembre, negando que él fuese el responsable. RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, p. 161 y p. 169.

Por estas fechas era evidente que el problema iba mucho más allá de una incómoda intronización. Un imperio no se puede desarticular en dos días. Para defender Milán, Felipe II necesitaba ejercer la autoridad imperial de Carlos V en la región. Hasta ahora, el emperador había delegado al gobernador de Milán poderes sobre los feudatorios cercanos donde se alojaba y proveía gran parte del ejército. También, gracias a los acuerdos contraídos por Carlos V con el duque de Saboya, ejercía cierta autoridad sobre las posesiones de este en Saboya y Piamonte. Felipe II solicitó el «vicariato» (los poderes delegados del emperador), pero Carlos V no quería dárselos para no agravar más a su hermano, el emperador-electo Fernando I. Las relaciones entre ellos se habían deteriorado cuando intentara obtener el título imperial para Felipe II. Si Carlos V no podía o no quería ejercer su autoridad imperial en Italia, debía traspasarla a Fernando. Otras dificultades intratables surgían de la dependencia de Milán y Nápoles de las finanzas y fuerzas militares de España. Es cierto que el emperador traspasó el control de las finanzas a su hijo a finales de 1555, facilitando la transferencia de dinero, pero Felipe II carecía de poderes para sacar soldados o mandar las galeras hispanas. Sus estados dependían del grano de Sicilia, moneda en que se pagaban ciertas alianzas extranjeras. También Carlos V sufrió desventajas a raíz de su reparto. La defensa de Sicilia y de Cerdeña dependía en gran medida de los recursos de Nápoles. Sin las fuerzas y finanzas de Nápoles y Milán no podía mantenerse en Siena ni sostener al duque de Saboya en Saboya y Piamonte. El emperador no pudo llevar a cabo la restitución de Piacenza a Ottavio Farnese porque estaban fuerzas pagadas por Felipe II en posesión de sus territorios y el rey no quiso abandonar ni a Piacenza ni a Siena³⁹.

Existía una solución radical, pero en este momento impensable, que era la abdicación del emperador. Vencido por la depresión y la desesperación, Carlos V había indicado su deseo de retirarse en varias ocasiones, pero a principios de 1554 mejoró su salud y recuperó ánimos y ahora preveía un reparto de poder con su hijo que le sacara las cargas más onerosas de encima, pero garantizando su autoridad⁴⁰. Otra solución, no menos radical y aún más novedosa, era encontrar un modo de ejercer sus relativos poderes en Italia de forma conjunta. De aquí surgió la idea de lo que Felipe II denominó «el cargo de Italia». Este término ambiguo designaba una amalgama de cargos que jamás se habían juntado: el virreinato de Nápoles, el gobierno de Milán y la jefatura de las fuerzas militares hispano-imperiales en la península Italiana, y el vicariato de Italia. No está claro cuándo se propuso este plan ni el momento en que Felipe II señaló que se debía dar al duque de Alba. Si sabemos que a finales de 1554 Carlos V lo había rechazado y el rey le presionaba para que cambiara de opinión⁴¹. En enero de 1555, posiblemente porque no estaba seguro de poder impedir el nombramiento de Alba, Carlos V intentó reducir el poder del virrey en Nápoles, aunque no tenía derecho de intervenir ya en el reino⁴².

No fue fácil indagar lo que pretendía el rey con este nombramiento. Ruy Gómez de Silva explicó a Ferrante Gonzaga que se trataba de dar más poder a Felipe II y facilitar la transición «Quanto al Duca d'Alua si era dato, tanto potersi mette à conto anchora di lui; perche per suo rispetto, cioè per poter far quel cambio, gli si era dato»⁴³. Carlos V resistía con ahínco cualquier disminución de su autoridad. Otra razón para contradecir tal nombramiento era su determinación de dar un cargo principal a Ferrante Gonzaga. En septiembre de 1554 se confirmó que los cargos de traición y corrupción no tenían base y el emperador estaba arrepentido de su papel en la desgracia parcial de un servidor tan fiel. Quería que se le volviese a dar el gobierno de Milán o, si no, un oficio honroso⁴⁴. Sus sempiternas sospechas de la

³⁹ RODRÍGUEZ SALGADO, F., *Un imperio en transición*, pp. 169-172, p. 179.

⁴⁰ RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., «Los últimos combates de un Caballero Determinado», en: CHECA, F., (ed.), *El Monasterio de Yuste*, Madrid, 2007, pp. 83-108, esp. pp. 92-96.

⁴¹ AGS, P.R. 55-27 (III), s. d., noviembre de 1554 Instrucción de Felipe II a Eraso.

⁴² E. 509, f. 18, Carlos V a Felipe II, 8 de enero de 1555.

⁴³ GOSCELLINI, G., *Vita di Don Ferrando Gonzaga*, Milano, 1574.

⁴⁴ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 163-8 y «Defender of his Innocence».

ambición del duque de Alba, cuanto más para tal cargo en Italia, también debieron influirle. Para salir del punto muerto al que habían llegado, Felipe II anunció la elección de Alba como gobernador de Milán a principios de 1555, pero le hizo quedar en Londres mientras siguió intentando convencer a Carlos V de los beneficios del cargo colectivo⁴⁵. Finalmente, en marzo, el emperador cedió ante la apremiante necesidad de organizar Italia antes de que los franceses atacaran. Admitió que «la llegada del duque... se juzga por todos d[e] ser tan necessaria por la confusió[n] en que alla está[n] las cosas q[ue] esto con algu[n]a p[ro]ui[s]ión de din[er]o no conuenia dilatarse más»⁴⁶. Además, había conseguido una declaración de Felipe II de que el cargo era «por tiempo limitado pa[ra] q[ue] después estuviere en my mano»⁴⁷. Cuando cedió, Carlos V creyó que el rey había aceptado un pacto sobre Ferrante Gonzaga. Felipe II no dejó salir a Alba hasta que su padre se acató a su voluntad y Gonzaga se retiró a sus estados⁴⁸. Pocos sabían la humillación que sufriera el emperador con este nombramiento, ya que las negociaciones se llevaron a cabo en todo secreto, pero todos notaron que la entrada de Alba en Bruselas tenía un aire triunfal.

Alba debía dirigirse a Italia a toda prisa después de consultar con el emperador y organizar los refuerzos y el dinero que necesitaba. En Bruselas le cogieron las noticias de la elección del papa Marcello II el 9 de abril y de su muerte el 1 de mayo. Se dilató su salida mientras se consultó sobre el nuevo cónclave⁴⁹. Carlos V se aprovechó de esta oportunidad para reiterar su descontento con este nombramiento⁵⁰. Felipe II no se inmutó y a principios de mayo se anunció que Alba iba «a Nápoles y Milán y [de] General y Superintendente en toda Italia»⁵¹. Juan de Verzosa, buen conocedor de la situación italiana, alabó esta «sabia decisión» en su crónica de Felipe II, recalcando la importancia de la unidad de mando para salir de la crisis⁵².

Desde el primer momento se difundió la idea de que el cargo de Italia fue una conjura de los rivales de Alba para deshacerse de él. Ferrante Gonzaga opinó que Ruy Gómez le había persuadido a cogerlo y así «il Duca d'Alua è stato balzato d'appresso il Rè, doue era il suo proprio albergo; con un peso addosso tale, che ne portarlo, ne deporlo potrà senza uergogna»⁵³. Antonio Ossorio se hace eco de esto en su famosa obra sobre la vida y hazañas del duque, aunque añade que el rey le había nombrado también porque «andaban muy quebrantados los asuntos españoles en Italia»⁵⁴. Obras recientes como las de Maltby y Rivero Rodríguez reiteran esta versión de los hechos. Maltby da un paso más allá, argumentando que Felipe II admitió el plan por sentirse tan intimidado por el duque que lo quería ver lejos de sí⁵⁵.

⁴⁵ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, p. 167.

⁴⁶ AGS, E. 507, f. 97, [Carlos V] a Felipe II, 28 de marzo de 1555.

⁴⁷ AGS, PR. 44, f. 11 (v); E. 809 f. 71. Giovanni Michiel, Londres el 12 de marzo de 1555 informa que Ruy Gómez llegó con el nombramiento de Alba. *Calendar of State Papers and Manuscripts... Venice and other libraries of Northern Italy*, vol. 6, parte 1, ed. Rawdon Brown, Londres, 1877, -de aquí en adelante CSP Ven, 6(1)- n. 24, p. 17.

⁴⁸ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 164-5, 167-8, y «Defender of his Innocence». Sugerencias de Carlos V. CSP Ven. 6(1), n. 49, pp. 43, de Giovanni Michiel, 8 de abril de 1555. Licencia de Felipe II para que fuese a casa, ibidem, n. 56, p. 49, de Federico Badoer, 13 de abril de 1555.

⁴⁹ EA, I, n. 57, pp. 66-7, Alba a Bernardino de Mendoza, 7 de abril de 1555.

⁵⁰ AGS, E. 509, ff. 166-7, Carlos V a Felipe II, 16 de junio de 1555.

⁵¹ EA, I, n. 84, p. 95, a Lope de Guzmán, 10 de mayo de 1555.

⁵² VERZOSA, J. de, *Anales del reinado de Felipe II*, ed. y tradn. José María Maestre Maestre, Madrid, 2002, p. 23. Verzosa llevaba años en Italia.

⁵³ GOSCELLINI, *Vita*, pp. 409-410. Goscellini fue secretario de Gonzaga.

⁵⁴ OSSORIO, A., *Vida y hazañas de don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba*, tradn. José López de Toro, Madrid, 1945, pp. 187 y 197, citas de p. 187.

⁵⁵ MALTBY, *Alba*, pp. 85-7, pp. 108-9 usa la palabra «awe» que figura en la versión inglesa de una carta del embajador Veneciano. CSP Ven 6(3), p. 1457. Estrictamente es un traducción admisible de «li ha rispetto» pero en inglés awe sugiere

Es cierto que la proximidad al rey era la forma habitual de avanzar en la época moderna y que todos los que se alejaban de la corte podían perder influencia. Ahora bien, como en este caso, había cargos muy honrosos fuera de la corte que también manifestaban el favor real. La teoría de que todo fue una vil trama es curiosa y contradictoria. Requiere que aceptemos que Felipe II era un hombre débil y que la situación en Italia era tan desesperada que nadie podía tomar este cargo sin perder reputación. Además, nos deja sin poder comprender por qué Carlos V luchó con su hijo durante varios meses mientras ardía su querida Italia, si se trataba de una posición que disminuía el poder de Alba. Es difícil comprender cómo un hombre tan experimentado como Alba, que hasta ahora había defendido a ultranza su honra, admitió un cargo imposible y caminó alegre hacia una derrota anunciada.

De hecho, más de un relato acaba en contradicciones. Veamos dos ejemplos, uno antiguo y uno más reciente. Goscellini culpa principalmente a Ruy Gómez de urdir esta conjura para sacar a Alba de la corte y arruinarle. Pero también insiste en la importancia del cargo y la gran honra que le concedió, citando la opinión de Ferrante Gonzaga de que Alba fue una víctima de su propia ambición —«fù ingannato da la sfrenata ambitione, et cupidigia di dominare»—. De forma parecida, Rivero Rodríguez mantiene que fue una conjura para desacreditarle y que Alba fue un ingenuo saliendo de la corte, a la vez que afirma que estos cargos señalan el éxito de la política del duque⁵⁶. ¿Fue el cargo de Italia un honor o una trampa?

Como comentó Calvete de Estrella, fue un nombramiento sin precedentes que colmaba a Alba de honra y autoridad. El embajador veneciano en la corte de Felipe II declaró que el poder de Alba era tan extraordinario que jamás se había investido a otro ministro con semejante autoridad. Alba ostentaba un poder total y absoluto y podía actuar como si fuera el propio rey⁵⁷. Estos comentarios nos permiten comprender la renuencia del emperador. No es este el momento de volver a tomar armas contra el tópico del rey débil, pero es importante recalcar que Felipe II no era una marioneta en manos de Ruy Gómez. La documentación no da lugar a dudas de que era consciente de la novedad y del peligro del «cargo de Italia», pero que estaba convencido de que era la única forma de superar la crisis y de establecer su propia autoridad en la región. Respecto a la situación en Italia, debemos apuntar que muchos de los relatos confunden la cronología, anticipando la guerra con el papa Paulo IV que efectivamente fue el reto más importante y peligroso de la gestión de Alba en Italia. Cuando se hizo el nombramiento, no se preveía la elección de este papa, ni de su predecesor, y menos una guerra con la Santa Sede. Alba asumió el mando en una región que pasaba por una situación penosa pero no irrecuperable y no era ningún ingenuo. Negoció condiciones muy favorables antes de aceptar el cargo. Sabía que «es menester entrar [en Italia] de manera que se pueda dar orden en las cosas», por lo cual consiguió refuerzos sustanciales y dinero⁵⁸. Poco después de llegar, ya disponía en Alta Italia de un ejército de casi 40.000 hombres⁵⁹. Se le asignaron 600.000 ducados en España para suplementar lo que pudiera recaudar en los estados italianos⁶⁰. Alba fue a Italia para organizar el frente principal de

reverenciar o intimidar, no solo respetar. RIVERO RODRÍGUEZ, *Felipe II y el gobierno de Italia*, pp. 48, 50, 53. Idénticos planteamientos en su artículo «Poder y clientelas en la fundación del Consejo de Italia (1556-1560)», en SIGNOROTTO, G., (ed.), *L'Italia degli Austrias*. Mantova, 1993, pp. 29-54.

⁵⁶ GOSCELLINI, *Vita*, p. 409; Rivero Rodríguez incorpora los argumentos de Maltby en *Felipe II y el gobierno de Italia*, pp. 48-50 y 53.

⁵⁷ «Hic honor ante Ducem/ Fernandum, ut simul Insubriam, atque Neapolim unus/ mirifice regeret;/ Militiae, atque domi, imperii que vicarius esset». Traducido por López de Toro: «Jamás antes que al duque a ningún otro/ este honor se otorgó de al mismo tiempo/ los dos cargos tener y hacer las veces/ del monarca en la paz como en la guerra». CALVETE DE ESTRELLA, *Encomio de don Fernando Álvarez de Toledo Duque de Alba*, Madrid, Blass, S.a. Tipográfica, 1945, pp. 5, 0-1, CSP Ven, 6(1), n. 24, p. 17, de Giovanni Michiel, 12 de marzo de 1555.

⁵⁸ AGS, E. 1.445, f. 174, Alba a Diego de Vargas, 2 de agosto de 1555.

⁵⁹ AGS, E. 1.445, ff. 7-79 puntos de las cartas de Alba hasta agosto de 1555.

⁶⁰ EA, I, n. 57, p. 68, a don Bernardino de Mendoza, 7 de abril de 1555.

un conflicto que Felipe II estaba comprometido a ganar. Presionando al gobierno hispano para que concediesen todo lo que les pedía Alba, afirmó que de otra forma «mi reputación quedaría con quiebra por ser la primera cosa desta qualidad en q[ue] he puesto mano»⁶¹. Alba tenía también una ventaja envidiable e inusitada que impresionó a sus coetáneos: la unidad de mando. ¿Qué no hubieran dado sus antecesores o sucesores por el poder de sacar 350.000 escudos de Nápoles para Milán como hizo él en 1555, o de retirar fuerzas del norte de Italia para reforzar Nápoles en 1557?⁶² Más que un desastre anunciado parecía una victoria garantizada.

Si en algunas cartas parece sugerir cierta renuncia por su parte en coger el puesto, no era sino la costumbre de la época⁶³. Los testimonios del propio Alba quitan cualquier duda remanente sobre la atracción del cargo. «Yo propuse esta manera de cargo que se juntasen... pareciéndome que era el solo remedio que las cosas de S. M. en Italia podían tener» —aunque insistió que entonces «era tan lejos de pensar venir yo a ello»—. Lo había diseñado él y lo aceptó, abandonando sus oficios tan importantes en la corte, convencido de «que la provisión que S. M. me había de hacer y la cuenta que conmigo había de tener y la merced que me había de hacer, había de ser muy grande»⁶⁴. Por eso, «cuando V. M. me mandó viniese a serville en Italia, le dije cómo venia de tan buena voluntad»⁶⁵.

Su actitud cambió al tropezarse con una serie de problemas para recaudar dinero que se han atribuido a sus enemigos principales, Ruy Gómez de Silva y Francisco de Eraso, a quien Maltby acusa de traición⁶⁶. Alba ya se quejaba en mayo de 1555 por la dilación, insistiendo «vame la vida y la honra y a S. M. sus estados y reputación»⁶⁷. Pero no culpó a Ruy Gómez, con quien mantenía una amistad tan exagerada como ficticia. «Suplico a v. m. me la haga [merced] en escribirme siempre muy largo todo lo que he de hacer, que yo estoy un niño recién nacido» le escribía ese mismo mes, pretendiendo que su respuesta «me he enternecido como una doncella apartada de su madre»⁶⁸. Pero sí acusó a Eraso y al contador Domingo de Orbea⁶⁹. Es posible que sus rivales dieran a lo largo con la provisión, pero, como opiné antes, no hubieran arriesgado el plan que Felipe II seguía con tanta pasión. La situación de la hacienda en 1555 era tan caótica y difícil que no había medios para proveerle. Aún más, es probable que sus acusaciones contra Eraso fueran falsas. Alba había decidido sacarle del medio y meter a Rodrigo de Dueñas en su puesto. Se descubrió su estrategia y se impidió la trama, provocando la ira del emperador. «¡Mira, hijo mío, qué maravillosas operaciones! —comentó despectivamente—. Muchas más ocurrirán si no mantienes tus ojos abiertos». Alba tuvo que hacer lo que otros comandantes y gobernadores de la época, inmiscuirse en una incesante búsqueda de fondos y sufrió los mismos inconvenientes y desesperación⁷⁰. Como consecuencia, su actitud hacia la hacienda real era pura desgana y mandó que se le proveyese de créditos sin reparar en las condiciones «porque más les va a estos príncipes en remediar sus estados que en los intereses

⁶¹ AGS, E. 108, f. 41.

⁶² EA, I, n. 238, p. 258, a Ruy Gómez de Silva, 11 de julio de 1555; n. 301, p. 348, ibidem, 20 de enero de 1556; n. 145, pp. 170-4, a don Bernardino de Mendoza, 14 de junio de 1555.

⁶³ Un ejemplo es su carta a don Francisco de Toledo, EA, I, n. 58, p. 69, 15 de abril de 1555.

⁶⁴ EA, I, n. 301, pp. 347-51, a Ruy Gómez de Silva, 10 de enero de 1556; citas de p. 348 y p. 349 respectivamente.

⁶⁵ EA, I, n. 251, p. 280, a Felipe II, 4 de agosto de 1555.

⁶⁶ MALTBY, *Alba*, pp. 88-9.

⁶⁷ EA, I, n. 96, p. 115, a don Antonio de Toledo, 15 de mayo de 1555.

⁶⁸ EA, I, n. 92, p. 109, a Ruy Gómez de Silva, 14 de mayo de 1555; n. 217, p. 234, ibidem, 29 de junio.

⁶⁹ Por ejemplo: EA, I, n. 167, pp. 193-4, a Felipe II, 18 de junio de 1555; n. 217, pp. 234-5, a Ruy Gómez de Silva, 29 de junio.

⁷⁰ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 213-220, cita en p. 215. La correspondencia en EA, I, es buen testimonio de su intensa labor y desesperación.

que se pueden ofrecer». Le comentó a Felipe II que la hacienda estaba ya tan gastada que poco importaba si la agravaban un poco más⁷¹.

Alba intentó controlar todo desde el primer momento. Con característico brío comentó: «pues he cabalgado en la yegua menester es que tenga a las crines»⁷². Eligió a Bernardino de Mendoza para servir de interino en Nápoles, dándole órdenes que le dirigiese a él toda su correspondencia y no a la corte. «No hay para qué ir tan atados nosotros, sino las cosas que acá no pudiéremos resolver, esas hemos de enviar a consultar, que de otra manera, según la flojedad hay en el despachar, embarazar-nos ían, que no se hiziese jamás cosa de las que convienen»⁷³. Pero reclamó copias de toda la correspondencia del emperador y del rey a sus oficiales en Italia⁷⁴. Abrió cartas dirigidas al rey cuando pensó que contenían material importante relacionado con sus cargos⁷⁵. Promovió a su linaje y a sus clientes, excluyendo a sus émulo⁷⁶. Pretendía nombrar o influir todos los cargos importantes en Italia, incluso los que no le pertenecían, alegando que él podía «dar a V. M. un poco de más luz de lo que conerva»⁷⁷. Cuando el rey insistió en que le enviase varios nombres para elegir entre ellos, el duque le acusó de malgastar el tiempo con esta «danza de espada» y se quejó de que no le hacían caso. «Si yo he de servir acá, S. M. —declaró— me ha de dar los oficiales a mi voluntad, porque de otra manera, ni se podrá servir, ni yo me encargaré de un casar abierto, y de esto sea S. M. cierto, que esto no es burla ni juego de voluntades, sino forzoso». Su tono y su altivez debieron ofender al rey y a sus ministros, quienes eran perfectamente conscientes de que era precisamente «un juego de voluntades». No obstante, Alba se presentaba como la víctima de un sistema injusto: «juro a Dios, que no amanece día que no me maldiga de ser nacido... y, juro a Dios, si no me regalan mucho y me hacen mucha merced, de meterme en una galera y irme a España»⁷⁸. No debe sorprendernos que en la corte recibiesen con buen gusto informaciones secretas de las actividades de Alba, como las que proporcionó don Francisco de Toledo, a quien Carlos V utilizó para socavar el poder del duque en Siena. «Páreceme que con un rincón en que le queda la mano, quiere azotarme» fue el comentario del duque⁷⁹.

La arrogancia, el instinto adquisitivo y la ambición de Alba eran la cara negativa de la moneda. La otra ofrecía un aspecto positivo. Alba tenía una enorme capacidad de mando y resolución y cumplió con su cometido al rey. Felipe II quería poner fin al caos gubernamental y a las derrotas en Italia y para conseguirlo permitió que se vulnerasen fueros y se suprimieran derechos y costumbres. En Milán, Alba impulsó reformas en el gobierno y puso orden en la defensa del ducado y lo poco que quedaba de Saboya y Piamonte⁸⁰. En enero de 1556 se jactó de que «el Estado de Milán y Piamonte lo

⁷¹ EA, I, n. 63, p. 74, a Orbea, 21 de abril de 1555; ibidem, I, n. 114, p. 142, a Felipe II, mayo de 1555.

⁷² EA, I, n. 58, p. 69, a don Francisco de Toledo, 15 de abril de 1555.

⁷³ EA, I, n. 112, p. 135, 31 de mayo de 1555.

⁷⁴ EA, I, n. 130, p. 158, a Diego de Vargas, 5 de junio de 1555.

⁷⁵ EA, I, n. 60, p. 70, a Felipe II, 17 de abril de 1555; n. 251, p. 280, ibidem, 4 de agosto.

⁷⁶ Su hijo don Fadrique y su primo don García recibieron cargos importantes mientras que veteranos como don Álvaro de Sande y los marqueses de Marignano y Pescara sufrieron. CSP Ven, 6(1), n. 30, p. 23, de Federico Badoer, 13 de marzo de 1555; n. 3, p. 29-30, ibidem, 24 de marzo; ibidem, n. 32, p. 26; de Giovanni Michiel, 19 de marzo.

⁷⁷ EA, I, n. 251, p. 280, a Felipe II, 4 de agosto de 1555.

⁷⁸ EA, I, n. 299, p. 343-4, a don Antonio de Toledo, diciembre de 1555 citas en p. 344.

⁷⁹ AGS E.1445 f. 94 Diego de Vargas a Felipe II, 11 de agosto de 1555. EA, I, n. 103 p. 127, a Felipe II, 28 de mayo; cita de EA, I, n. 251, p. 280, a Felipe II, 4 de agosto. Carlos V seguía ejerciendo poderes imperiales en Siena. Don Francisco de Toledo murió en octubre de 1555, algunos datos de él en HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 145-6.

⁸⁰ MALTBY, *Alba*, pp. 93-6 opinó que le había cogido gusto a los negocios constitucionales. La mayoría de las medidas se habían dictado a raíz de la investigación de 1555-4: CHABOD, F., «Usi e abusi nell'amministrazione dello Stato di Milano a mezzo il Cinquecento», en *Carlo V e il suo Impero*, Torino, 1985, pp. 451-521.

dejo en tan buenos términos y tan diferentes de como lo halló, que un niño lo podía gobernar»⁸¹. El príncipe de Ascoli informó al gobierno que era todo lo contrario. Quedaba todo desamparado y los presidios y gente de guerra en muy mal estado. Cuando el duque se enteró de estas críticas, pidió un castigo ejemplar para que todos supieran que el rey no permitiría críticas semejantes, ya que deshonraban y desautorizaban a su capitán general. Es irónico a la vista de las críticas tan ferozes que él mismo había dirigido contra Ferrante Gonzaga. Además, Ascoli tenía razón. Al poco tiempo Alba admitió que necesitaba regresar a Lombardía «porque ay muchas cosas allí q[ue] proueer y reparar q[ue] no sufren dilación»⁸².

El ambiente en la corte era propicio a estas críticas. Eran una forma de adquirir información importante, pero también se nutrían de la impopularidad de Alba tras una campaña desastrosa. Intentó apoderarse de Santia y tuvo que retirarse. Poco después de socorrer a Volpiano lo perdió. El secretario Gonzalo Pérez, partidario del duque, se quejó de la «polvareda de iniquidad y diseños» contra Alba, alegando «que los diablos del infierno no creo que usen de tan malos modos para dañarnos»⁸³. Es muy característico de Alba que en vez de admitir culpabilidad y de humillarse, respondió con vigor y agresividad a sus críticos. Echó la culpa de las pérdidas a otros, principalmente al emperador. «Él no se atrevió a defendelle», declaró enfáticamente, «ha él ayudado a franceses, todo lo que ha sido posible en el mundo». Acusó a Carlos V de dilatar su nombramiento por querer acomodar a Ferrante Gonzaga, permitiendo que la situación se deteriorase. Ante nada le atacó por no organizar una diversión en los Países Bajos, que era la única forma de dividir las fuerzas francesas y desviar la guerra de Italia. También le acusó de coger parte del dinero destinado a Alba. No quedó exento Felipe II de la ira del duque. Le criticó por dejarse influir por Carlos V y enviar a Garcilaso de la Vega y al marqués de Sarriá a Roma, cuando no reunían las cualidades necesarias para esta misión⁸⁴.

Antes de salir de Milán para atender al gobierno de Nápoles, Alba nombró al marqués de Pescara para servir de lugarteniente en el ejército durante su ausencia y repartió otros cargos sin consultar al rey. Felipe II había favorecido a Pescara, y Alba debió pensar que así sería más fácil salirse con la suya. No fue así. El rey lo rechazó y le mandó dejar a don Álvaro de Sande de interino. Alba justificó su elección y descartó a Sande —«un desatinado... que ni tiene cabeza para ello ni habría hombre que quedase debajo de él»—. Insistió en dar el cargo a Pescara y se negó a entregar la patente del rey para ello. «Mientras yo estuviere en Italia con el cargo que tengo —le informó—, no creo que cumple al servicio de V. M. que, por patente suya ninguno haya de ser General, sino por sustitución mía, como no habrá nadie en ella que no huelgue de aceptallo de mí»⁸⁵. En cierta forma tenía razón, pero Alba pretendía algo muy importante. Quería que todos los cargos en Lombardía dependiesen de él, de facto y de jure. Sufrió un importante revés cuando no logró imponerse a sus candidatos —primero Bernardino de Mendoza y luego García de Toledo—. Felipe II nombró al cardenal de Trento sin esperar a tener su beneplácito⁸⁶. Alba se apercibió que esto daba el primer golpe al «cargo de Italia» y naturalmente intentó impedirlo. «Quiero una vez que S. M. entienda que mi consejo de que esto se juntase,

⁸¹ EA, I, n. 301, p. 350, a Ruy Gómez de Silva, 20 de enero de 1556. Expone sus principales reformas en la carta a Felipe II, 11 de enero, n. 304, pp. 352-6.

⁸² EA, I, n. 303, pp. 352-3, a don Antonio de Toledo, 10 de enero de 1556. Cita de AGS, E. 1049, f. 11, Alba a la princesa Juana, 29 de marzo de 1556.

⁸³ Cfr. RIVERO RODRÍGUEZ, *Felipe II y el gobierno de Italia*, p. 49.

⁸⁴ EA, I, n. 282, pp. 318-19, a Felipe II, 28 de octubre de 1555.

⁸⁵ Lo de la patente en EA, I, n. 297, pp. 338-9, a Felipe II, diciembre de 1555; justificando a Pescara, n. 299, pp. 342-3, a don Antonio de Toledo, diciembre, cita de Sande p. 342; n. 301, pp. 347-8, a Ruy Gómez de Silva, 10 de enero de 1556; detalles de otros cargos en el ejército y gobierno, n. 305, p. 356, a Felipe II, 12 de enero de 1556.

⁸⁶ EA, I, n. 299, pp. 342-3, a don Antonio de Toledo, diciembre de 1555; *Ibidem.*, n. 301, pp. 347-8, a Ruy Gómez de Silva, 10 de enero de 1556.

no fué ambición mía... sino el mero servicio de S. M., tanto que, cierto, si no se hubiera hecho, el día de hoy S. M. no tuviera Estado de Milán». La lógica dictaba que siendo así, el próximo gobernador de Milán debía tener derecho de pedir que el rey le diese también autoridad sobre Nápoles, o que le diese poder para obligar al virrey de Nápoles que obedeciese a sus peticiones⁸⁷.

Se imaginaba un futuro próximo en el que ejercía el virreinato de Nápoles y se le condenaba a obedecer al gobernador de Milán. Además, si estallaba una guerra contra Nápoles «no me podría yo valer sino rogando y no mandando» al gobernador de Milán que se le enviasen las fuerzas y auxilios necesarios para salvar el reino. Para hacer valer su opinión, echó mano de sus tácticas habituales, atacando al cardenal de Trento. Gobernaria, dijo, «con mucha pasión» y no dispensaría la justicia de forma equitativa. Volvió a proponer a don García de Toledo y al cardenal de la Cueva, a quien descartó inmediatamente por no reunir las cualidades necesarias. Por si acaso perdía la partida, afirmó que gracias a su reestructuración del gobierno y del ejército y la división del cargo de Milán entre negocios militares y políticos, «lo de aquí es muy poquito de gobernar». Es decir, el cargo de gobernador era un oficio menor, por lo cual el rey no debía tener ningún reparo en dejarle el nombramiento a Alba. Era suficiente el nombramiento de Alba y no se necesitaba la patente real⁸⁸. Anticipando las quejas que suscitarían sus peticiones, escribió «si allá pareciere escrupuloso y que pido muchas cosas, el autoridad que se me dijo que se me había de dar, y la que yo proponía a S. M. para el que aquí viniese, antes de pensar ser yo, no consistía en darme los cargos, sino dárselos con mucha autoridad y regalo, que es lo que acá la da»⁸⁹.

Las propuestas tan novedosas de Alba confirmaban la impresión de que intentaba ejercer poderes que solo pertenecían al rey. Felipe II procedió al nombramiento del cardenal de Trento y no respondió a las peticiones de Alba por una merced sustancial. Felipe II lo ofendió cuando dijo que quería consultar con Carlos V sobre el asunto, por dar la impresión que sus peticiones debían pasar por consulta como si se tratara de un oficial ordinario. Alba se quejó de que llevaba 30 años sirviendo y ejecutando un trabajo magnífico salvando a Milán. En todo este tiempo solo había recibido encomiendas para dos de sus hijos, dos caballos y 25.000 escudos. Calculaba que solo en el servicio de Felipe II había gastado unos 600.000⁹⁰. La reacción tan feroz de Alba algo debía a su frustración por esta larga espera, pero ante todo le urgía por darse cuenta de que estaba a punto de perder su poder en Italia. La transición de poderes de Carlos V a Felipe II acabará en enero de 1556 y se confirmó que Fernando recibiría el título imperial. Esto anulaba la justificación fundamental del «cargo de Italia»⁹¹. El nombramiento del cardenal de Trento indicaba que se comenzaba a desarticular el cargo, y el rechazo del candidato de Alba para Siena demostraba que había mermado su influencia en la corte⁹². Para mayor abundamiento, Alba no estaba seguro de poder hacer valer su autoridad en Nápoles. Pese a ser el hombre de confianza de Alba, Bernardino de Mendoza cayó bajo la influencia de la marquesa del Vasto y de un grupo de nobles napolitanos contrarios a los Toledo. Le persuadían a repartir oficios y adjudicar casos judiciales sin consultar al duque. Llegó a actuar con tal independencia que convocó al parlamento para recaudar fondos sin tener la autoridad requerida. Alba se apercibió de que existía

⁸⁷ EA, I, n. 301, pp. 348, a Ruy Gómez de Silva, 10 de enero de 1556.

⁸⁸ EA, I, n. 297, pp. 335-9, a Felipe II, diciembre de 1555; Trento cit. p. 336; rogar cit. p. 339.

⁸⁹ EA, I, n. 298, pp. 340-1, a Ruy Gómez de Silva, diciembre de 1555.

⁹⁰ Véase, por ejemplo, EA, I, las tres cartas que escribió Alba en diciembre de 1555: n. 297, p. 337 a Felipe II; n. 299, p. 344, a don Antonio de Toledo; n. 298, p. 341, a Ruy Gómez de Silva; n. 301, pp. 347-51 a Ruy Gómez de Silva, 10 de enero de 1556, donde menciona (p. 349) que no solo sigue sin merced, sino sin carta del rey desde hace tres meses; AGS, E. 1.049, f. 11, Alba a Juana, 29 de marzo de 1556.

⁹¹ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 195-204.

⁹² EA, I, n. 301, p. 349, a Ruy Gómez de Silva, 20 de enero de 1556.

«una conjuración para que yo no fuese allá». Por eso tuvo que salir de Lombardía tan precipitadamente, dejando los negocios sin completar. Temía no llegar a tiempo para sacar a Mendoza de allí e imponer su autoridad⁹³. Se desplazó a Nápoles rodeado de hombres de confianza, como don Bernardo de Bolea y don Francisco Pacheco, y logró hacer valer su título y autoridad⁹⁴.

Sabía muy bien que carecía de medios para ganar la próxima campaña y aconsejó al rey «si no hay para guerra, hágase paz». Como no quería perder su protagonismo, sugirió que se le nombrase para negociar el acuerdo⁹⁵. Felipe II admitió que no estaba en condiciones para sufragar una guerra y solicitó una tregua con Francia. Era tan evidente y tan grave la situación de su imperio que fue una sorpresa cuando Enrique II accedió en febrero de 1556 a una suspensión de hostilidades por cinco años. Alba advirtió que, por mucho, duraría un año y posiblemente poco más de un mes⁹⁶. La tregua socavó aún más su precaria autoridad. No habían solicitado ni necesitado su participación. La paz le dejaba muy lejano de la corte y del epicentro político. En poco más de un año, el ministro que llegara ejerciendo el poder de un monarca en toda Italia se encontraba cada vez más aislado y circunscrito al virreinato de Nápoles. Pero se salvó de sufrir un revés porque se había hecho valer en el ámbito internacional.

4. «UN NOMBRE QUE JAMÁS MORIRÁ»⁹⁷

La república de Siena llevaba años bajo la dominación imperial. En 1552, rebeldes seneses y sus aliados franceses expulsaron el presidio y declararon su libertad. En abril de 1554 el consejo imperial comentaba «esta empresa... se puede tener por tan propia de su mt. como si franceses tuviessen el pie en vna plaça del estado de Milá[n] assí por estar en el coraçó[n] de Italia como por el disturbo q[ue] podrían dar en el Reyno [de Nápoles]»⁹⁸. Unos meses más tarde el duque de Florencia, a quien Carlos V encargara la guerra después de la muerte de don Pedro de Toledo, liberó la ciudad de rebeldes y franceses. Enrique II y el Papa declararon que no permitirían que Carlos V se apoderase de ella⁹⁹. Harto del conflicto y convencido de que no podía seguir sufragando los gastos del presidio, Carlos V decidió dejar libre a Siena. Felipe II se manifestó en contra, con tal vehemencia que el emperador retiró su oferta. Para el rey, Siena era el baluarte de Nápoles y el reino merecía ser compensado por tantos gastos que habían hecho para su recuperación. Dio orden de que se desplazasen allí más soldados¹⁰⁰.

Cosimo I ambicionaba la república y ante todo quería evitar que Felipe II se apoderase de ella. Firmó inmediatamente una capitulación con los seneses dejando libre a la república —libre y vulnerable—. La

⁹³ EA, I, n. 299, p. 343, a don Antonio de Toledo; HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 162-3, donde cita la carta de Juan de Vega; MALBY, *Alba*, pp. 96-8 detalles de la gestión del duque en Nápoles.

⁹⁴ EA, I, n. 297, pp. 334-40, a Felipe II, diciembre de 1555; Pacheco y Bolea en n. 306, p. 363, *ibidem*, 14 de febrero de 1556.

⁹⁵ EA, I, n. 298, p. 341, a Ruy Gómez de Silva; n. 297, p. 340, a Felipe II, diciembre de 1555.

⁹⁶ EA, I, n. 337, p. 388, a Felipe II, 28 de marzo de 1555. RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 220-1 y pp. 226-7.

⁹⁷ CALVETE DE ESTRELLA, *Encomio*, p. 51 en el contexto de la guerra contra el papa: «Ganarle un nombre que jamás morirá».

⁹⁸ AGS, E. 1.122, f. 154, Consulta, Bruselas, 18 de abril de 1554.

⁹⁹ AGS, E. 1.322, f. 246, Francisco de Vargas a Carlos V, último de febrero de 1554; AGS, E. 1.322, ff. 212 (cartas hasta agosto) y f. 234 (abril y mayo).

¹⁰⁰ AGS, E. 1.122, f. 154, consulta de abril de 1554. Calculaban ser necesarios 85.500 es. por mes para Siena y 38.000 para los presidios. AGS, E. 507 ff. 72-6, Carlos a Felipe II, 5 de noviembre; E. 808, f. 54, Felipe II a Carlos V, 16 de noviembre; AGS, E. 808, f. 72, Felipe II al cardenal de Sigüenza, 6 de diciembre, orden de seguir proveyendo a Siena. Biblioteca del Palacio, Madrid. II. 2286, f. 114 cardenal de Sigüenza a Granvela, 23 de octubre, menciona que Nápoles estaba contribuyendo entre 60 y 75.000 ds al mes para este frente. RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 177-9.

noticia provocó gran confusión en la corte imperial. Si rechazaban el acuerdo ofenderían a Cosimo I y se arriesgaban a perder su alianza; si lo aceptaban, ofenderían a Felipe II. Alba, recién llegado a Bruselas, aconsejó rechazar la capitulación, dilatando al correo para dar tiempo a las tropas de Felipe II a entrar en la ciudad. El plan tenía tres desventajas importantes: ofendería al duque de Florencia, podía reanudar la guerra y contrariaba la voluntad del emperador. Por eso Alba anunció que no hacía más que representar la opinión de Felipe II. Acto seguido se disculpó con el rey por haber mentido: «si yo me he atrevido e ido más adelante de lo que debiera en que se resuelva, sin esperar el mandado de V. M. ha sido por el peligro que en la tardanza se corría. Suplico a V. M. sea servido de perdonármelo por la intención con que yo me muevo a ello»¹⁰¹. Mintió también a otros, dando a entender que Carlos V no podía aprobar la capitulación porque «es tanta la grito de la gente que le carga a decir la desautoridad y deshonorra que sería pasar por ella». De hecho, en la corte predominaba el silencio y la resignación¹⁰².

Felipe II aprobó su actuación y Alba dijo estar «descansado de que lo que escrebi en los negocios de Siena sea conforme a lo que V. M. siente»¹⁰³. Esto le dio confianza para dar un paso más: pidió que se añadiese Siena a su rosario de cargos. Que «esté a toda mi disposición... y que el gobernador haga lo que yo le ordenare... el gobierno se haga por mi mano, que de otra manera andaremos en competencias de jurisdicciones, que sería arruinar todos los fines que se tienen en aquello de allí y, cuando esto no fuere, yo no podría entrar allí»¹⁰⁴. A su manera de pensar, «este de Siena es punto sobre que bate todo lo de Italia» y era imprescindible actuar inmediatamente, antes de que Carlos V entregase sus poderes imperiales a Fernando¹⁰⁵. Felipe II aprobó todo esto y especificó que tanto el gobernador de Siena como el ejército debían hacer un juramento especial de obedecer al duque y no desamparar a Siena sin orden suya. Es evidente que Felipe II intentaba influir en el futuro de una república donde él no tenía jurisdicción por ser feudo imperial. Intentó persuadir a Carlos V de que «no sería bien ny conueniente q[ue] dándosele la auctoridad que lleua en todo lo demás de Italia, no se la dicesse v. md. en esto tan cumplida como en lo otro»¹⁰⁶. Carlos V rechazó el plan tajantemente, respondiendo que «es assi verdad que lleuando el duque la auctoridad q[ue] lleua es conueniente q[ue] tenga mano en todo, no vemos como sea a p[ro]pósito darle tanta en Siena fuera de lo q[ue] tocara a la gente de guerra como capitán gen[er]al de Italia, ny q[ue] los potentados della vean tan presto q[ue] tracta aquello quasi como los otros estados patrimoniales». El juramento era «cosa nueva y q[ue] nunca hauemos visto, ny que es verissimill» y censuró a su hijo por dar la impresión de querer apoderarse de territorios que no le pertenecían y colmar de tanto poder a Alba. Le rogó que desistiese y que aceptase la libertad de Siena¹⁰⁷. Informado de estos ásperos debates, Cosimo I amenazó con retirar sus fuerzas y dejar desamparadas las ciudades de Siena, Porto Hercules y Orbitello si no admitían su capitulación. La alternativa era que le pagasen inmediatamente las deudas que le debían —imposible en las circunstancias—. Se hablaba abiertamente de la ruptura de la alianza con Florencia¹⁰⁸.

No está claro quién sugirió encargar la resolución de este problema gordiano al duque de Alba. Él agradeció el cargo tan honroso a Carlos V, pero en una carta a Felipe II dijo que sabía que el

¹⁰¹ EA, I, n. 67, p. 81, a Felipe II, 27 de abril 1555; ibidem, pp. 79-81 y n. 62, pp. 71-3, a Felipe II, 20 de abril.

¹⁰² EA, I, n. 70, p. 84, 29 de abril de 1555.

¹⁰³ EA, I, n. 86, p. 97, a Felipe II, 11 de mayo de 1555.

¹⁰⁴ EA, I, n. 91, p. 108, a Felipe II, 14 de Mayo de 1555.

¹⁰⁵ EA, I, n. 103, pp. 126-7, a Felipe II, 28 de mayo de 1555; cita de EA, I, n. 92, p. 110, a Ruy Gómez de Silva, 14 de mayo.

¹⁰⁶ AGS, PR. 55-27 (i), Instrucción de Carlos V a Eraso, s. d. [Mayo de 1555]; AGS, E. 509, f. 142, Carlos V a Felipe II, 12 de mayo; E. 809, f. 48 Felipe II a Carlos V, 22 de mayo, pidiendo el cargo; RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 181-2.

¹⁰⁷ AGS, E. 509, ff. 166-7, Carlos V a Felipe II, 16 de junio de 1555.

¹⁰⁸ AGS, E. 1.445, f. 72.

emperador «no lo hiciera» si no fuese por «la confianza que V. M. hace de mí»¹⁰⁹. Felipe II lo consideraba su hombre; Carlos V se fiaba de que siendo «su hechura» respondería a sus peticiones y Florencia lo trataba «como hermano». Alba se dio cuenta de que una cosa era dar su parecer y otra «resolver el negocio y ejecutarle sin más consulta» y se quejó de que le habían «echado tan gran carga a costas». El rey quería apoderarse de la república; Carlos V especificó que debía quedar libre, y el duque de Florencia que se le entregase a cambio de cancelar sus deudas, o que se dejase libre. Sabía que no saldrían del atolladero sin ofender a alguien, pero Alba no rechazó este oficio. Hacer de mediador entre príncipes de este calibre era oficio para un papa o un soberano, no de un noble castellano¹¹⁰.

Alba intentó hacer valer las demandas de Felipe II. A duras penas se logró convencer al emperador que traspasase sus poderes imperiales a su hijo, pero no consiguieron persuadir a Cosimo I que permitiese la unión de estas tierras con Milán y Nápoles. Sin decirlo claramente, insistía en la necesidad de recuperar sus gastos y ser recompensado por sus esfuerzos en esta guerra¹¹¹. Las bases de una solución salomónica surgieron en julio de 1555. Don Francisco de Toledo dijo ser el autor y es posible que así fuese, pero ya que Alba cargó con las críticas de todos no parece injusto atribuirle la gloria de haber solucionado el problema¹¹². En enero de 1556 Carlos V traspasó su autoridad imperial sobre Siena a Felipe II y el 17 de abril le concedió facultad de subinfeudar a un tercero, que se suponía sería el duque de Florencia¹¹³. Las negociaciones fueron duras y largas, porque aparte del futuro de Siena se trataba de cancelar deudas y compromisos entre el emperador y duque de Florencia contraídos en más de dos décadas. Felipe II se negó a abandonar Siena sin recibir recompensas sustanciales para sus reinos, de lo cual resultaría un acuerdo con Cosimo I que dejaba en manos del rey una serie de presidios estratégicos. Aún no se había concluido el acuerdo, cuando intervino una guerra inesperada entre Felipe II y el pontífice que casi dio al traste con las negociaciones y estuvo a punto de cambiar el destino de Siena.

Fue de nuevo el duque de Alba quien jugó el papel estelar en esta contienda. La elección de un Papa napolitano pero anti-habsburgo el 23 de mayo de 1555 había causado alarma en las cortes de Bruselas y de Londres. Paulo IV presentó sin más una petición para avanzar a su linaje que incluía a Siena y Piacenza para un sobrino. Pedía también el obispado de Nápoles para Carlo Carafa, otro sobrino que hasta ahora había militado en el ejército francés y que llevaría la política exterior del pontífice. Ni Carlos V ni Felipe II accedieron a sus demandas por no dar más poder a un linaje pro-francés. El Papa respondió atacándoles verbalmente y dando el título de duque de Piacenza a su sobrino. Comenzó a atacar familias pro-imperiales en los estados pontificios. A la vez solicitó una alianza con Francia¹¹⁴. A finales de septiembre de 1555 Carlos V y Felipe II decidieron que debían defender a sus aliados aun si esto provocaba una guerra y se iniciaron debates sobre si era o no lícito tomar armas contra el pontífice aun si no les atacaba directamente¹¹⁵. Bernardino de Mendoza aconsejaba atacar antes de perder todos los lugares estratégicos de los Colonna y de los Ursino¹¹⁶. Alba rechazó una solución militar.

¹⁰⁹ EA, I, n. 218, p. 239, a Carlos V, junio de 1555; n. 167, pp. 195-6, a Felipe II, 18 de junio de 1555.

¹¹⁰ Alba a Ruy Gómez, citas en EA, I, n. 92, p. 110 (14 de mayo de 1555) y n. 217, p. 236 (29 de junio) respectivamente; y AGS, E, 1.445, f. 100, holografa de Cosimo I a Alba, 3 de agosto 1555.

¹¹¹ AGS, E, 1.445, f. 72.

¹¹² AGS, E, 1.445, f. 95, don Francisco de Toledo a Diego de Vargas, 17 de julio de 1555; EA, I, n. 251, p. 280, Alba a Felipe II, 4 de agosto, comentando las últimas críticas de Cosimo I añadió: «bien creo que a S. M. C. no le pesará que a mí me carguen las culpas de todos».

¹¹³ AGS, PR, 46-46, 47, 48.

¹¹⁴ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 222-4, EA, I, n. 167, pp. 193-6, Alba a Felipe II, 18 de junio de 1555.

¹¹⁵ AGS, E, 882, f. 192, Puntos de las cartas del marqués de Sarria. AGS, PR, 17-64, instrucción de Carlos V, 4 de octubre 1555; PR, 17-66, de Felipe II, 8 de octubre.

¹¹⁶ AGS, E, 1.208, f. 7, de don Bernardino de Mendoza, 13 de octubre de 1555.

Al principio estaba convencido de que el Papa «no ha de venir a rotura» y opinaba que no era lícito atacar al Papa sin que él les agrediese primero¹¹⁷. Un mes más tarde, admitió que se había equivocado y que la guerra era inevitable, pero siguió insistiendo que no podían comenzar ellos. Para evitar una acción a destiempo pidió que se le diese poder para comenzar la guerra cuando él juzgase oportuno¹¹⁸. Se atrevió a «reñir a V. M.» por no enviar hombres de peso a Roma, siendo «el negocio de mayor importancia que ha habido cien años ha»¹¹⁹.

Paulo IV se proponía conquistar Milán, Nápoles, Siena y Florencia y estaba convencido de que Francia y Venecia se apuntarían para repartir ganancias tan jugosas. Los venecianos resistieron ofreciéndose como pacificadores. Cortejados por todos, disfrutaron de un acceso privilegiado, dejándonos una valiosa correspondencia de las cuatro cortes principales¹²⁰. La tregua de Vaucelles en febrero de 1556 fue un grave revés, pero Paulo IV no se desesperó. Convencido de la debilidad de Carlos V y de Felipe II, despojó a los Colonna de sus bienes y siguió negociando con los franceses¹²¹. La actitud de Alba continuaba siendo «condescendiente y afable en sumo grado»¹²². Alba la calificó como una mezcla de blandura y disimulación. Admitió la lógica de los razonamientos del rey de que debían atacar antes de que el Papa lograra refuerzos franceses, pero seguía insistiendo en que no tenían un *casus belli*. Era lícito romper la paz por defender a sus aliados, pero no era una razón muy convincente, especialmente porque el Papa les había procesado como rebeldes y todo soberano tenía derecho de eliminar la rebelión y de solicitar ayuda para hacerlo. Si Felipe II atacaba primero con estas bases, se le acusaría de romper la paz y el Papa tendría derecho de pedir auxilio a Venecia¹²³. Además carecían de medios suficientes. Alba calculaba que se debían unos 779.000 escudos al ejército en Alta Italia y como máximo podía enviarles 25.000 desde Nápoles¹²⁴. Tampoco tenía mucha simpatía por la víctima principal de la agresión pontificia, Marco Antonio Colonna. Seguía enfrentado con su hermana mayor, Vittoria, y con el esposo de esta, don García de Toledo¹²⁵. Más tarde, Alba intentó sacar del medio a los exiliados romanos declarando que no quería que las tierras del rey «tornen a nuevos trabajos y aflicciones por complacer a Marcoantonio Colonna ni a nadie»¹²⁶. Alba hizo lo posible por apaciguar al Papa. Para evitar tener que defenderles o querellarse por los malos tratos que recibían, aconsejó sacar al marqués de Sarria y a Camilio Colonna de Roma y más tarde a todos los súbditos del rey¹²⁷.

Todo eso enardecía a Paulo IV. Encarceló al embajador Garcilaso de la Vega y al maestro de pos-tas, Juan Antonio Tassis. Fortificó las tierras de los Colonna. Esto fue lo que hizo reaccionar a Alba. Aconsejó al rey de la necesidad de actuar rápidamente, antes de que acabasen. Felipe II le mandó tomar las medidas necesarias, pero Alba respondió que primero necesitaba que le diesen los medios. También le advirtió que Milán quedaba en gravísimo peligro si concentraban sus fuerzas en la defensa

¹¹⁷ EA, I, n. 267, p. 302, a Cosimo I, 8 de septiembre de 1555.

¹¹⁸ AGS, E. 1208, ff. 6 & 8, relación. Alba a Felipe II, 20 de octubre de 1555.

¹¹⁹ EA, I, pp. 318-20, a Felipe II, 28 de octubre de 1555, cit. p. 319; a Ruy Gómez, n. 298, p. 341, diciembre.

¹²⁰ He utilizado el material publicado en los *Calendar of State Papers* tomo 5 y los tres volúmenes del tomo 6.

¹²¹ RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 224-30; AGS, PR, 18-1, bula privando a los Colonna; CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Historia de Felipe II Rey de España*, ed. José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos Morales, Valladolid, 1998, 4 vols., pp. 50-1.

¹²² VERZOSA, *Anales*, pp. 39-45 resumen del conflicto, cita en p. 43.

¹²³ EA, I, n. 368, pp. 409-412, a Felipe II, 18 de junio de 1556.

¹²⁴ EA, I, n. 369, pp. 412-7, a Felipe II, 18 de junio de 1556.

¹²⁵ BAZZANO, *Marco Antonio Colonna*, Roma, 2003, esp. p. 52, pp. 63-5, pp. 70-1.

¹²⁶ EA, I, n. 383, p. 425, a Felipe II, 18 de julio de 1556. No es la única vez que se expresó en contra Marco Antonio, pero varios embajadores venecianos (y Maltby) insisten que lo apoyó en todo momento. RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, p. 231.

¹²⁷ EA, I, n. 385, p. 426, a Sarriá, 26 de junio de 1556; n. 387, p. 427, a Camilio Colonna.

de Nápoles, «descargándome de que lo que sucediese mal en Toscana y Milán no fuese a mi cargo»¹²⁸. El rey no veía otro remedio. Estas opciones tan desagradables hacían dudar al duque. En julio volvía a resistir la presión para comenzar la guerra alegando que «no parece que, en lo sustancial, el papa haya ofendido a v. m.» a la vez que anunciaba su decisión de ir a Lombardía para poner las cosas en orden allí¹²⁹. Juan de Vega le dio la razón: «el duque dalua se halla en vn gran trabajo... porque por vna parte le obligan a q[ue] haga muchas cosas, y por otra no le proueen de nada»¹³⁰. El consejo real seguía dividió sobre la cuestión de si era o no lícito luchar contra la Santa Sede y comenzar una guerra preventiva¹³¹.

La inactividad y confusión del enemigo persuadieron a Enrique II a romper la tregua y montar una invasión de Italia y aceptó la alianza con el Papa. En julio de 1556, al enterarse de que estaban a punto de salir los ejércitos franceses, Paulo IV proclamó a Carlos V y a Felipe II enemigos de la Santa Sede, herejes y muchas otras cosas malsonantes y encarceló al enviado especial de Alba¹³². El duque admitió por fin que «podría ser que nos lloviese en casa»¹³³. El 21 de agosto escribió al Papa y a los cardenales enumerando los muchos agravios del rey y anunciando que no podían aguantar más. Acusó a Pablo IV de haber dejado de ser pastor para convertirse en un lobo; no era un padre sino un padrastro. Reclamó el título de rey de Nápoles para el rey¹³⁴. Es habitual referirse a esta carta como un *ultimátum*, pero, aunque el duque suplicaba al Papa que se aquietara, ya tenía pensado atacar de sorpresa¹³⁵. Por eso envió sus justificaciones a otros príncipes italianos a la vez¹³⁶. Como apuntó Verzosa esto le vino como anillo al dedo a Paulo IV, ya que le permitió acusar a Felipe II de haberle agredido sin justificación¹³⁷. Verzosa responsabiliza a Alba, pero este declaró que la decisión de comenzar la guerra fue de «su md y aquellos señores de su consejo». Ambos tienen razón. El rey había dado orden de atacar antes de que se juntasen las fuerzas enemigas, pero fue Alba quien decidió el momento. Felipe II pensaba que no comenzaría la guerra hasta octubre y dio orden al príncipe Doria de enviar las galeras al socorro de Los Gelves, lo cual causó no pocos problemas a Alba, quien tuvo que contradecir la orden real para usar las galeras en Italia¹³⁸. El emperador animó al gobierno hispano a que respondiese inmediatamente a las peticiones de Alba por ser la única forma de «necessitar a los franceses a que no carguen por la [parte] de Flandes»¹³⁹.

Alba cruzó la frontera el 1 de septiembre y logró una serie de victorias, apoderándose de plazas como Frosinone, Anagni, Vicovaro y Ostia. Pero le pesaba haber llegado a este punto. Le comentó a

¹²⁸ CDCV, IV, n. dccxix, p. 274, Alba a la princesa Juana, 17 de julio de 1556.

¹²⁹ EA, I, n. 383, p. 425, a Felipe II, 18 de julio de 1556; n. 368, p. 410, ibidem, 18 de junio.

¹³⁰ AGS, E. 1.124, f. 33, Juan de Vega a Juan Vázquez, 2 de agosto de 1556.

¹³¹ CABRERA DE CORDOBA, *Felipe II dedica un amplio espacio a estas cuestiones en vol. I, libro II, especialmente*, pp. 47-76; pp. 81-82; libro III, pp. 99-121; libro IV, pp. 128-132, pp. 143-147; RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 223-4, 229-232.

¹³² AGS, PR, 17-49, Autos contra Tassis, de la Vega, etc., julio-agosto 1556; AGS, E. 191, ff. 192-4, Instrucción de Alba al conde de San Valentín, con carta del 28 de julio de 1556 (también en PR, 18-36, E. 114, f. 196, Alba al Sacro Colegio de Roma, 21 de agosto de 1556; AE, I, n. 384, p. 426, al marqués de Sarriá, 18 de julio de 1556, PR, 18-17, Monitorio de Paulo IV contra della Corgna, 31 de julio).

¹³³ AGS, E. 1.049, f. 15, Alba a Juan Vázquez, 28 de agosto de 1556, pub. en EA, I, n. 391, p. 430.

¹³⁴ AGS, PR, 18-14, Alba a Paulo IV, Nápoles, 21 de agosto de 1556; copia para Juana en E. 114, ff. 255-6 pub. en CODIN II, pp. 437-46.

¹³⁵ CDCV, IV, n. dccxx, pp. 276-7, Alba a Juana, 30 de agosto de 1556.

¹³⁶ AGS, E. 114, f. 205, Alba a Venecia, 24 de agosto de 1556.

¹³⁷ Verzosa, *Anales*, p. 45.

¹³⁸ AGS, E. 1.049, ff. 18-19, Alba a Doria, 11 de septiembre de 1556.

¹³⁹ CDCV, IV, n. dccxiv, p. 343, 24 de agosto de 1557.

Juan Vázquez «no me e hallado en guer[r]a q[ue] más me enfade»¹⁴⁰. Paulo IV se encontró desprovisto y la pérdida de Ostia «afligió a Roma» de tal forma que le persuadieron a pedir una tregua. La incesante misión diplomática veneciana facilitó el proceso. Alba los animó a tomar «buenos medios para apagar el fuego encendido» y se prestó a pactar¹⁴¹. El problema era que Paulo IV no tenía intención de dar marcha atrás. Seguía pronunciando discursos insultantes contra los monarcas y todos los españoles y solo pretendía ganar tiempo hasta que llegasen los franceses¹⁴². Cuando se acercaron las tropas de Marco Antonio Colonna a Roma, a mediados de noviembre, se enfureció en vez de amedrentarse. Pero los romanos temían un nuevo saqueo y el cardenal Carafa siguió negociando con Alba. Impulsados por sus propias necesidades más que por un asesoramiento neutral, los venecianos acusaron al duque de ser el escollo principal a un acuerdo¹⁴³. No tardó este en enterarse que se decía en la corte que «no quedaría de concluirse [la paz] sino por mí». Reiterando que él deseaba la paz tanto como el rey, Alba apuntó que ya que era él quien estaba «tan cerca» podía llevar a cabo el negocio mejor que nadie. Ahora bien, ya que se le criticaba de tal forma, pidió que el rey enviase una persona de calidad para negociar, «o se remitiesen allá los negocios, porque V. M., como dueño de ellos, podría añadir y quitar»¹⁴⁴.

De hecho, Alba no tenía intención de soltar las negociaciones, pero es probable que estas críticas le animasen a concluir una tregua con más rapidez. Pocos días después de escribir al rey firmó una suspensión de hostilidades por 10 días y el 28 de noviembre un segundo acuerdo por 40 días. Declaró que esta manifestación de generosidad por parte de Felipe II debía convencer a Paulo IV a dejar las armas¹⁴⁵. No fue así. Los Carafa habían negociado como si hubiesen ganado la contienda¹⁴⁶. El cardenal Carafa se jactó que de ser Alba, él no hubiese firmado la tregua precisamente por la desigualdad de sus fuerzas. No obstante había tomado una postura muy agresiva porque el Papa le presionaba a no concluir un acuerdo deshonoroso¹⁴⁷. Las condiciones de Paulo IV para convertir la tregua en una paz eran duras: Alba debía retirarse con el ejército y restaurar todo lo que había conquistado. Felipe II tenía que admitir culpabilidad y someterse a la autoridad pontificia. Alba ofreció retirarse cuando le devolviesen Paliano y los feudos de Colonna y liberasen a los prisioneros. El punto más controvertido era el futuro de Paliano que ahora estaba en posesión de Giovanni Carafa. Alba declaró que no habría paz sin Paliano, pues Felipe II había comenzado la guerra en defensa de sus aliados y Paliano era la clave de la seguridad de Nápoles¹⁴⁸. Sin embargo, la presión por neutralizar al Papa era tan potente, que a principios de diciembre Alba envió a don Francisco Pacheco para informar al rey de

¹⁴⁰ AGS, E. 1.049, f. 15, 28 de agosto de 1556.

¹⁴¹ AGS, E. 1.049, f. 1, Alba a Paulo IV y f. 2 al cardenal du Belay (decano del sacro colegio), 16 de septiembre de 1556; CSP Ven 6 (2), n. 679, p. 744, de Bernardo Navagero, 24 de octubre de 1556; n. 684, p. 751, ibidem, 28 octubre; n. 692, p. 772, ibidem, 3 de noviembre.

¹⁴² Algunos ejemplos en CSP Ven 6 (2), n. 669, pp. 720-2; n. 674, p. 732; n. 686, p. 757; n. 695, p. 775; etc.

¹⁴³ CSP Ven 6(2), n. 702, pp. 786-7, de Federico Badoero, Bruselas, 15 de noviembre de 1556. La reacción del Papa y de la ciudad ante la presencia de Colonna, ibidem, n. 701, pp. 784-5, de Bernardo Navagero, Roma, 14 de noviembre.

¹⁴⁴ EA, I, n. 402, citas p. 439 y 440 respectivamente, a Felipe II, 31 de octubre de 1556; AGS, E. 1.208, f. 9, cartas de Alba hasta 28 de octubre. Detalles de las negociaciones CSP Ven 6(2), n. 689, pp. 765-8, de Febo Capella, 2 de noviembre de 1556; n. 691, pp. 769-71, de Navagero y Capella, 3 de noviembre.

¹⁴⁵ Tregua de diez días, AGS, E. 114, f. 198, Alba a varios, 20 de noviembre de 1556. En AGS, PR, 17 y 18 hay muchos documentos relacionados con estas negociaciones incluso: PR, 17-61, Tregua de diez días, 18 de noviembre de 1556; la de cuarenta días, PR, 17-69, 28 de noviembre. CSP Ven 6(2), n. 713, pp. 798-9, de Roma, 19 de noviembre; n. 726, pp. 811-2; n. 728, pp. 815-8, 26 de noviembre; n. 732, pp. 819-21, del 27 de noviembre; n. 735, p. 823, del 28 de noviembre.

¹⁴⁶ CSP Ven 6(2), n. 739, pp. 826-7, de Febo Capella, Roma, 29 de noviembre de 1556.

¹⁴⁷ CSP Ven 6(2), n. 743, p. 833, de Bernardo Navagero y Febo Capella, Roma, 1 de diciembre de 1556.

¹⁴⁸ CSP Ven 6(2), n. 728, pp. 815-8, de Navagero y Capella, Roma, 26 de noviembre de 1556; n. 739, pp. 824-7, Capella a ibidem, 29 de noviembre.

las negociaciones, justificar la tregua y persuadirle que aceptase condiciones muy desiguales. Sabía que ni el Papa ni el cardenal Carafa querían paz, pero «lo q[ue] a mí me parece desta guerra es que por todas las vías del mundo se deue de procurar de le dar fin porque sin falta ella es de tal qualidad de poderse encender vn fuego que será después difícil de apagar». Existía una posibilidad de clausurar el conflicto: hacer concesiones sustanciales a los Carafa. Si convencían al cardenal, convencerían al Papa. El éxito de esta estrategia dependía de la generosidad del rey y de actuar rápidamente, antes de que el ejército francés entrase en Italia y los venecianos abandonaran su neutralidad. Alba se ofreció a ir con el cardenal Carafa a Bruselas para negociar directamente con Felipe II¹⁴⁹.

Pacheco fue recibido inmediatamente. Después de escuchar la justificación del duque, «su mt. mostró tener grandísima satisfacción y de que se vbiese dado principio a la paz... y así quiere que se lleve adelante»¹⁵⁰. El consejo era unánime en querer acabar la contienda y devolver las conquistas recientes, pero discrepaban sobre otras condiciones, especialmente si abandonar Paliano y dejar fuera del acuerdo a las familias pro-hispanas. Al final, el rey decidió que lo que más importaba era «procurar de le dar fin [a la guerra] lo más presto que se pudiere». Se declaró muy satisfecho de la actuación de Alba y aceptó su consejo. No se pediría la restitución de los exiliados. Encargó a Alba que «satisfaga a Marcantonio Colonna de la manera que él viere que más conuiene» y a della Corgna. Sobre Paliano ofreció un pacto: admitió que se derrocasen las fortificaciones y que se excluyese a los Colonna, pero exigió que se entregase a un tercero. Para compensar a Giovanni Carafa ofreció Siena¹⁵¹. Esta concesión es la verdadera medida de su desesperación. De haber seguido con este plan hubieran perdido la alianza de Florencia. Pero en este momento reinaba el pánico en la corte real porque sabían que los franceses estaban a punto de cruzar los Alpes. La decisión de reservar la mayor parte de sus fuerzas para defender Nápoles había dejado al ducado de Milán casi desproveído. Como acertadamente comentó Cabrera de Córdoba, pensaban que estaba «en compromiso de la suerte cuanto en Italia poseía España»¹⁵².

Así opinaba el Papa. Con el ejército francés en Italia y el duque de Ferrara unido a la alianza, estaba convencido que los venecianos se apuntarían también¹⁵³. Al terminar el plazo de la tregua lanzó sus ejércitos contra Ostia, excomulgó a Alba y abrió un proceso contra el rey para privarle de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, las islas Baleares e Inglaterra, insultando de nuevo al rey y a los españoles¹⁵⁴. Por mala suerte, Pacheco llegó a la vez que la noticia de la expulsión de los españoles de Ostia. Paulo IV ni se molestó en darle audiencia, pese a que se difundió el rumor de que llevaba «carta bianca». No le importaba. Casi nadie se enteró de la rendición de Felipe II y la concesión de Siena¹⁵⁵.

¹⁴⁹ AGS, PR, 18-45, Instrucción a don Francisco Pacheco, 2 de diciembre de 1556. VERZOSA, *Anales*, p. 51 comentó acertadamente «no hay recompensa alguna para un príncipe católico por hacer la guerra contra los papas».

¹⁵⁰ AGS, PR, 17-70, don Francisco Pacheco a Alba, 29 de diciembre [de 1556]; PR, 17-58, Felipe II a Alba, 27 de diciembre, reiterando «mi principal intento es seruirle, y estar en su gracia como sabéis».

¹⁵¹ AGS, PR, 18-46, Instrucción de Felipe II a don Francisco Pacheco, 30 de diciembre de 1556; PR, 18-10, Felipe II al cardenal Carafa con la promesa de Siena, 22 de enero de 1557; PR, 18-13, las condiciones. Consultas PR, 18-43, 44 y 45.

¹⁵² CABRERA DE CÓRDOBA, Felipe II, p. 35; CSP Ven 6(2), n. 777, pp. 889-91, Bruselas, 29 de diciembre de 1556.

¹⁵³ El Papa intentó atraer a los venecianos con ofertas sustanciosas y amenazas, vid. CSP, Ven 6(2), n. 767, pp. 870-3 (18 de diciembre de 1556); n. 755, p. 850-5 (11 de diciembre); n. 800, p. 929 (24 de enero de 1557); n. 813, p. 949 (12 de febrero). Voto a favor de la neutralidad, n. 785, p. 900, 5 de enero de 1557.

¹⁵⁴ AGS, PR, 17-73 y en PR, 17-68; protesta del rey en PR, 17-47 y 48. CSP, Ven 6(2), n. 792, pp. 909-10, p. 912, de Bernardo Navagero, Roma, 16 de enero de 1557; ibidem, n. 798, pp. 923-4, 22 de enero; ibidem, n. 832, pp. 973-4, lista de los reinos que pretendía el Papa, 12 de marzo.

¹⁵⁵ CSP, Ven 6(2), n. 796, p. 918, de Bernardo Navagero, Roma, 19 de enero de 1557; intentó convencer al Papa que el rey había concedido los puntos principales: ibidem, n. 798, p. 923, 22 de enero; carta blanca en n. 799, p. 926, Roma, 23 de enero. El embajador en Bruselas informó de las concesiones del rey menos la de Siena: ibidem, n. 797, pp. 920-1, 20 de enero de 1557.

No fue esto la única ventaja que pudo sustraer Felipe II de la desbordada ambición del Papa. Paulo IV insistió en que atacaran el reino de Nápoles, descartando varios planes más factibles que proponían los franceses, Ferrara y Pietro Strozzi, contra plazas vulnerables como Milán, Piacenza, Siena y Florencia. El papa logró imponerse, pero estas discrepancias crearon divisiones profundas que debilitarían la alianza¹⁵⁶. En este crítico momento, el duque de Florencia reclamó Siena y Piombino o los 800.000 escudos que le debían Felipe II y Carlos V. A sabiendas que los franceses intentaban separarlo de la alianza con los Habsburgo, Felipe II accedió finalmente y de muy mala gana a traspasarle Siena. El resentimiento contra Cosimo I en la corte real se sintió durante muchos años. Alba proporcionó los argumentos que utilizó el rey para sacar cierta ganancia de esta situación, proyectando una imagen meritoria de un soberano sin ambición de «estados nuevos en Italia, sino que se contenta con los que Dios le ha dado» y que promocionaba a sus aliados¹⁵⁷.

Era ahora en Nápoles donde se percibía el pánico. Alba estuvo irresoluto por algún tiempo, sin saber escoger entre las diversas estrategias que le proponían para defender el reino. Tenía relativamente pocas fuerzas y recursos muy limitados. Temía una rebelión después de saber que el Papa se jactaba de que muchos napolitanos le habían ofrecido su palabra¹⁵⁸. No impresionó el duque por sus dotes militares en esta guerra. Los verdaderos héroes de la contienda fueron los defensores de Civitella. La derrota de los aliados en este punto clave rompió el ímpetu y la moral de los franceses y reavivó las pendencias entre los aliados. A principios de junio de 1557, Guise decidió regresar a Lombardía y utilizar sus fuerzas en proyectos más asequibles. A la vez, volvió a pedir que se le entregasen ciertas plazas de seguridad en los estados pontificios¹⁵⁹. Esto provocó tal cólera en el papa, quien había ya rechazado peticiones similares, que se propuso castigar a sus aliados. Solicitó a los venecianos e inesperadamente al duque de Florencia que le ayudaran a conseguir una paz con Felipe II¹⁶⁰.

Felipe II recibió la noticia con circunspección. Volvió a declarar su anhelo por la paz, pero aludió a la falta de compromiso por parte del Papa. Habló de las grandes pérdidas y excesivos gastos que le había provocado la contienda, y de la necesidad de recuperar su honor. Puso gran énfasis en la necesidad de obtener garantías de seguridad para el futuro y dejó claro que jamás admitiría culpabilidad. Ya que sus ministros habían sido tan maltratados en Roma, no quería enviar otra embajada. Declaró que se fiaba plenamente de Alba y que deseaba que negociaran con él. Se refirió a Alba como su ministro principal; el hombre que más autoridad tenía en el imperio después del propio rey¹⁶¹. Aunque la intervención del duque de Florencia no agradó en Bruselas, a principios de julio el embajador florentino en Roma afirmó que en diez días tendrían poderes de Felipe II para concluir un acuerdo y se jactó de que en tres días podían concluir una tregua, ya que había sonsacado del Papa las condiciones

¹⁵⁶ AGS, E. 883, f. 9, Sarriá a Juana, Roma, 23 de enero de 1557. CSP Ven 6(2), n. 836, p. 976, de Giacomo Soranzo (embajador en Francia), 17 de marzo de 1557. La penosa situación de Milán en CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, I, p. 99 y pp. 105-6.

¹⁵⁷ EA, I, n. 427, p. 463, a Felipe II, 26 abril de 1557. Federación y liga perpetua entre Cosimo I y Felipe II 3 de julio de 1557, Biblioteca Nacional Madrid, Mss. 906. RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 182-3; CSP Ven 6(2), n. 892, pp. 1.096-7, de Michiel Surian, Londres, 17 de mayo de 1557; ibidem, n. 909, pp. 1.126-7, 31 de mayo. CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, I, pp. 129-30. Don Luis de Toledo tomó posesión en su nombre en julio.

¹⁵⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, I, pp. 73-5, pp. 96-7; VERZOSA, *Anales*, p. 53; CSP Ven 6(2), n. 800, p. 928, de Bernardo Navagero, Roma, 24 de enero de 1557.

¹⁵⁹ VERZOSA, *Anales*, p. 53. CSP Ven 6(2), n. 907, p. 1122, de Bernardo Navagero, Roma, 29 de mayo de 1557; n. 915, p. 1.133 (2 de junio); n. 919, p. 1.139 (4 de junio). CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, I, pp. 109-111, pp. 114-5.

¹⁶⁰ CSP Ven 6(2), n. 921, pp. 141-2, 5 de junio de 1557. Los venecianos se prestaron gustosos; n. 922, pp. 1.142-3, 7 de junio.

¹⁶¹ CSP Ven 6(2), n. 923, pp. 1.143-5, de Michel Surian, Londres, 7 de junio de 1557; ibidem, n. 934, pp. 1.163-5, comentario sobre Alba en p. 1.164, Londres, 14 de junio; ibidem, n. 943, p. 1.179, 25 de junio; ibidem, n. 948, p. 1.186, 27 de junio.

para un acuerdo. Sus palabras provocaron tal pánico en la corte pontificia que el cardenal Carafa impidió que saliesen sus cartas y anunció que él mismo se encargaría de negociar. Es evidente que no quería perder el control del proceso¹⁶². No sería el único en reaccionar así.

Alba no se dejó engañar otra vez. Manifestó su afán por dar fin a la contienda, pero siguió avanzando con su ejército hacia Roma. A finales de junio, Colonna estaba a veinte millas de la ciudad, arrastrando las cercanías¹⁶³. No tardó en darse cuenta de que el Papa no quería paz ahora tampoco. Había enviado a Pietro Strozi a Francia con el hijo de Giovanni Carafa como rehén para solicitar más recursos y que Guise le obedeciese. A principios de agosto se anunció en Roma que la misión tuviera éxito¹⁶⁴. Paradójicamente, en ese momento Felipe II redactaba los poderes de Alba para concluir la paz¹⁶⁵. En lo que quedaba de ese mes la situación cambió radicalmente. Felipe II había invadido Francia y derrotado a las fuerzas francesas cerca de San Quintín. Enrique II mandó a sus comandantes que saliesen de Italia para Francia inmediatamente. El 23 de agosto se anunciaba en Roma la victoria de Felipe II y la orden del rey francés¹⁶⁶. Por entonces, Alba se encontraba a 14 millas de Roma. Paulo IV mandó llamar al embajador de Florencia y solicitó a Cosimo I que acelerase con las negociaciones de paz. El cardenal Carafa decidió reanudar sus contactos con Alba¹⁶⁷. No obstante, tanto el Papa como el cardenal seguían actuando como si fueran los ganadores de esta contienda y sus condiciones estaban tan fuera de lugar que irritaron profundamente al duque de Alba. Por mucho que se hubiese acelerado implementando el acuerdo que se había hecho el año anterior, esto era imposible, ya que la clave de ese acuerdo era la cesión de Siena a los Carafa y la república estaba ahora en manos de Cosimo I¹⁶⁸.

Alba exigió ahora la restauración de las familias romanas desposeídas por el Papa e insistió en que no habría paz sin seguridad para Nápoles. Esto quería decir que no habría paz sin Paliano. En su opinión, si no volvían a la situación *ante bellum* respecto a los Colonna y della Corgna, la paz no duraría cinco días. Las reivindicaciones de estas familias les arrastrarían a otra guerra. Además, como le explicó al enviado especial veneciano, la guerra le había impartido una lección importante. Admitió lo que todos sabían, que al principio había estado irresoluto y sin saber dónde empezar para salvar el reino ni qué estrategia elegir. Se aperció entonces de la importancia de los territorios de los Colonna y especialmente Paliano. Estos eran el baluarte de Nápoles. Sin ellos, no había más remedio que hacer cara al enemigo dentro del propio reino y esto era un riesgo terrible¹⁶⁹.

El Papa rechazó las condiciones de Alba, declarando que prefería exiliarse en Venecia o Francia¹⁷⁰. A finales de agosto volvió a solicitar la intervención del duque de Florencia. Cosimo I aspiraba a hacer de mediador y había pedido licencia al rey para negociar, solicitando también la presencia de Francisco

¹⁶² CSP Ven 6(2), n. 941, pp. 1.175-6, de Bernardo Navagero, Roma, 19 de junio de 1557; ibidem, n. 951, pp. 1.192-3, 1 de julio; ibidem, n. 958, p. 1.202-5, 6 de julio.

¹⁶³ CSP Ven 6(2), cartas de Roma de Navagero: n. 950, p. 1.189 (30 de junio de 1557); n. 962, p. 1.213 (10 de julio); n. 966, pp. 1.217-8 (16 de julio); n. 969, pp. 1.224-5 (20 de julio).

¹⁶⁴ CSP Ven 6(2), de Navagero, Roma: n. 932, pp. 1.159-61, 12 de junio de 1557; n. 941, p. 1.175 (19 de junio); n. 980, p. 1.238-9 (5 de Agosto); n. 956, p. 1.199 (4 de julio).

¹⁶⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, I, p. 145 alude a poderes emitidos en Bruselas el 26 de julio de 1557.

¹⁶⁶ CSP Ven 6(2), n. 989, pp. 1.244-5, de Giacomo Soranzo, París, 13 de agosto de 1557; n. 999, p. 1.259 y n. 1.000, p. 1.260, ambos de Roma, 23 de agosto de 1557.

¹⁶⁷ CSP Ven 6(2), n. 1.002, p. 1.263, de Bernardo Navagero, Roma, 28 de agosto de 1557; ibidem, n. 1.003, pp. 1.263-5 (28 de agosto); n. 1.006, p. 1.268 (30 de agosto).

¹⁶⁸ CSP Ven 6(2), n. 1.006, pp. 1.268-9, de Navagero, Roma, 30 de agosto de 1557. La noticia de la transferencia de Siena a Cosimo I ibidem, n. 967, p. 1.220, Roma, 17 de julio.

¹⁶⁹ Alba explicó sus argumentos a los venecianos: CSP Ven 6(2), n. 1.011, pp. 1.272-4, de Bernardo Navagero, Roma, 2 de septiembre de 1557; ibidem, n. 1.021, pp. 1.289-1.294, de Navagero y Marc'Antonio de'Franceschi, 5 de septiembre.

¹⁷⁰ CSP Ven 6(2), n. 1.011, pp. 1.272-4, de Navagero, Roma, 2 de septiembre de 1557; ibidem, n. 1.012, pp. 1.275-6, 2 de septiembre.

de Vargas para ayudarlo¹⁷¹. En el ejército real se discutía la necesidad de una victoria decisiva y de un ataque contra Roma antes de capitular. Desde el principio hubo quien apostó por «un saquillo a la ligera», frase que utiliza Cabrera de Córdoba en dos ocasiones. En su relato, Alba rechazó la propuesta en 1556 «porque se le desharía el ejército enriquecido con la ganancia y por no dañar los inocentes» y cuando se lo propusieron en 1557 tenía orden de concluir la paz. Calvete de Estrella es más favorable al duque diciendo que quería «perdonar a los Padres Purpurados y a la gente del pueblo». Por su parte, Verzosa mantiene que fue Felipe II quien determinó que metiesen miedo a los romanos pero no saqueasen la ciudad, estrategia que le atribuyó también el embajador veneciano¹⁷². Pero a principios de septiembre Colonna intentó asaltar una parte de la ciudad. No está claro que Alba sancionara esto. La conjura se descubrió y el cardenal Carafa logró impedir que se llevase a cabo¹⁷³. El incidente le convenció de la necesidad de firmar la paz rápidamente. Ese mismo día salió de Roma a Cavi a negociar con Alba, declarando que no regresaría hasta firmar un acuerdo, aun si se sacrificaba a Paliano. Lo único que le prometió a Paulo IV era no comprometer su honor¹⁷⁴.

La fortuna parecía favorecer a Alba. Pero también él tenía problemas graves y Carafa era suficientemente astuto para convertirlos en armas propias. La trama de Marco Antonio indica que cada día era más difícil controlar el ejército y evitar un saqueo. El duque de Guisa se ofreció a quedar en Roma hasta que se acabaran las negociaciones y Alba no sabía si el ejército francés marcharía o no. Los cardenales que negociaban con el duque le amedrentaban diciendo que el papa entregaría Civitavecchia y el castillo de Sant'Angelo a Guise para evitar una capitulación vergonzosa. Insistían que Paulo IV era capaz de dejar arder Roma antes de aceptar la deshonra¹⁷⁵. Ante todo, Alba sentía la presión de la intervención del duque de Florencia. Manifestó gran hostilidad cuando se enteró de esta intromisión, dejando ver claramente su empeño en controlar las negociaciones. Los plenipotenciarios de Paulo IV se apercibieron de que esto era su punto débil y lo manipularon para conseguir una paz rápida y favorable. Concebían al duque como un hombre indeciso, pero impulsado por la codicia de ganar gloria y honor. Le presionaron a concretar un acuerdo rápidamente insistiendo que era la única forma de que quedase con toda la gloria de haber ganado la guerra y concluido la paz¹⁷⁶. Confiando que Felipe II seguía tan comprometido en poner fin a la guerra como antes, Alba debió pensar que de esta forma podía ganarse el favor de su soberano. El 5 de septiembre de 1557 aceptó negociar cara a cara con el cardenal Carafa. Cinco días más tarde firmaron un acuerdo. La noticia llegó a Roma el día 11 al mismo tiempo que se anunció la conquista de San Quintín por Felipe II. Al día siguiente se anunció la salida de las tropas francesas¹⁷⁷.

Lluvias torrenciales y graves inundaciones impidieron que se proclamase la paz el día 15 de septiembre. La conjunción de un desastre de proporciones bíblicas con la conclusión de la paz se vio como un mal augurio¹⁷⁸. Entretanto Alba decidió ir personalmente a dar la obediencia al Papa. No está

¹⁷² CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, I, p. 89, p. 144. VERZOSA, *Anales*, pp. 61-3 y pp. c-ciii. CALVETE DE ESTRELLA, *Encomio*, p. 51.

¹⁷³ CSP Ven 6(2), n. 1.023, p. 1.295 y p. 1.297, de Marc'Antonio de'Franceschi, Roma, 7 de septiembre de 1557. Cabrera de Córdoba, *Felipe II*, pp. 144-5.

¹⁷⁴ CSP Ven 6(2), n. 1.025, pp. 1.299-1.300, de Bernardo Navagero y de'Franceschi, Roma, 7 de septiembre de 1557.

¹⁷⁵ Noticias de los enviados venecianos en Roma: CSP Ven 6(2), n. 1.012, p. 1.276 (2 de septiembre de 1557); n. 1.016, p. 1.283 (3 de septiembre); n. 1.021, p. 1.293 (5 de septiembre); n. 1.030, p. 1.307 (11 de septiembre).

¹⁷⁶ CSP Ven 6(2), n. 1.011, p. 1.273, de Bernardo Navagero, Roma, 2 de septiembre de 1557; n. 1.021, p. 1.290, de Navagero y Franceschi, 5 de septiembre. Esto explica la decisión de Carafa de pedir de nuevo la intervención de Florencia el 3 de septiembre, n. 1.016, p. 1.281-2.

¹⁷⁷ CSP Ven 6(2), n. 1.030, p. 1.307, Roma, 11 de septiembre; n. 1.032, pp. 1.308-9, 12 de septiembre; n. 1.033, pp. 1.309-1.311, 13 de septiembre.

¹⁷⁸ Aviso della pace tra la santità di N. S. papa Paolo IIII e la Maestà del Re Philippo, con la narratione del Diluvio che è stato in Roma... etc. L'Oldradi, 24 de septiembre de 1557. La mayor parte se dedica al «diluvio». CSP Ven 6(2), n. 1.315. 6, Roma, 17 de septiembre de 1557.

claro, porque en un primer momento había enviado a don Fadrique en su lugar. Es posible que temiese por su vida. Al final, hizo su entrada en Roma a la luz de antorchas el 19 de septiembre. Fue directamente a besar el pie del Papa y este lo abrazó y besó y le mandó levantar. Hablaron durante media hora en público, pero apartados, por lo cual no se oyó lo que decían. Se dijo que se habían dado disculpas mutuamente. Fue una ceremonia normal, pero en el contexto era inevitable que se interpretase como la sumisión del rey, especialmente por las condiciones tan desfavorables que se habían publicado. Al día siguiente se celebró la paz, como era debido, y el Papa manifestó gran contentamiento¹⁷⁹. Alba también estaba feliz. «S. S. me hizo tan buen acogimiento y me regaló tanto que no puedo dejar de loarme mucho de las mercedes que de él rescibí»¹⁸⁰. Cuando la noticia llegó a Bruselas, a principios de octubre, Felipe II se declaró muy satisfecho¹⁸¹.

Era milagroso que se hubiese concluido la paz con tal rapidez y que todos se declarasen felices con el resultado. El nuncio en España colmó de alabanzas al rey, cuando de hecho era Alba quien merecía este cumplimento: «el uencer es de ualerosos y grandes animos más el usar templança y clemencia entre los ardores y ufánias de la uictoria es de ánimos más que humanos»¹⁸². Era de esperar que los autores del acto, Alba y Carafa, fuesen elogiados y colmados de mercedes. Cabrera de Córdoba es uno de los pocos autores que alaba al duque, proclamando que «mereció con gloria y majestad de su señor nombre de tan buen ministro como de gran capitán». Calvete de Estrella declaró que ganaría «un nombre que jamás morirá»¹⁸³. Pero la mayor parte de los relatos omiten detalles y superlativos. Para comprender la fortuna de los protagonistas principales, debemos tener en cuenta que la paz de Cavi no fue un acuerdo entre dos soberanos, sino entre dos ministros. Ni Paulo IV ni Felipe II sabían lo que se había capitulado cuando celebraron el fin de la guerra. El rey fue informado después de llegar el obispo de Aquila a Bruselas el 10 de octubre¹⁸⁴. Meses más tarde, Paulo IV se declaró ignorante de los puntos principales¹⁸⁵.

La capitulación general incluía puntos importantes que se prestarán a un pacto. Los artículos contravertidos se incluyeron en tratados secretos aparte. Hubo también promesas que no fueron transmitidas por escrito. Paulo IV estaba feliz porque se había salvado Roma, se le restituían las plazas conquistadas, no se le pedía restituir las familias exiliadas y se le permitía mantener su amistad con Francia. A primera vista las ganancias eran todas suyas. Pero Alba consiguió que los Carafa salieran de Paliano. Se entregó a Giovanni Bernardino Carbone, pariente del Papa, pero apreciado por Alba. Carbone lo entregaría a Felipe II a los seis meses y el rey podría disponer de él con tal que no se lo diera a un rebelde (lo que excluía a los Colonna). Entre otros, el cardenal Carafa y los embajadores venecianos interpretaron su decisión de abandonar a los Colonna porque su ambición era que Paliano y el resto de los feudos de Colonna en los estados pontificios se entregasen a don García de Toledo y a Vittoria Colonna. El tratado comprometía al rey a compensar la pérdida de Paliano tanto a Marco Antonio Colonna como a Giovanni Carafa. También le pasaba la cuenta de compensar a los otros exiliados. Alba afirmó posteriormente que el cardenal Carafa le prometió conseguir la restauración de todos los afectados, incluso Colonna, y él les indicó su compromiso para conseguir este fin.

¹⁷⁹ CSP Ven 6(2), n. 1.039, pp. 1.318-1.320, Roma, 21 de septiembre de 1557.

¹⁸⁰ EA, I, n. 433, p. 468, a Juana, 23 de septiembre de 1557.

¹⁸¹ CSP Ven 6(2), n. 1.054, p. 1.337, de Michel Surian, Bruselas, 3 de octubre de 1557 y n. 1.060, p. 1.342, 10 de octubre; n. 1.056, p. 1.339, el cardenal Pole a Felipe II, 6 de octubre.

¹⁸² AGS, E. 120, f. 151, el obispo de Marín a Felipe II, 22 de noviembre de 1557.

¹⁸³ CABRERA DE CÓRDOBA, *Felipe II*, I, p. 147: «no menos reputación le causó este fin que los sucesos contra Francia, a buen tiempo hecha la paz tan desinteresada». CALVETE DE ESTRELLA, *Encomio*, p. 51 y p. 53 «Invicto y renombrado».

¹⁸⁴ CSP Ven 6(2), pp. 1.342-3, de Michael Surian, Bruselas, 10 de octubre de 1557.

¹⁸⁵ CSP Ven 6(2), n. 1.038, p. 1.318, de Navagero y de' Franceschi, Roma, 18 de septiembre de 1557; ibidem, n. 1.045, p. 1.327, 25 de septiembre.

Carafa negó haber dado su palabra, pero declaró que Alba le había prometido el marquesado de Oira para un hermano, y el ducado de Bari en Nápoles para Giovanni Carafa, además de rentas sustanciales para toda la familia. Poco después, Alba solicitaba Oira para uno de sus acreedores y negó haber prometido Bari para Carafa¹⁸⁶. Cuando se enteró de la capitulación, Giovanni Carafa se negó a devolver Paliano hasta tener una recompensa en mano. Las voces de los hermanos se oían por los salones del Vaticano¹⁸⁷. Esto no era manera de negociar un acuerdo fundamental.

Por ahora no tenemos noticias fidedignas de cómo reaccionó Felipe II y de esto dependería cómo se comportaría con Alba. Es instructivo observar la reacción de la princesa Juana. En público demostró su satisfacción. En sus cartas al duque de Alba le regañó por no incluir ni una de las condiciones que le habían pedido negociar. A su manera de ver, estas negociaciones debían resolver los agravios que sufrían los reinos hispanos por parte del Papa y proporcionarles beneficios para compensar los sacrificios que habían hecho en esta guerra. Alba admitió que «son pedidos con mucha justificación y causa», pero insistió que «no convenía» incluirlos en el acuerdo. Él había decidido por sí que lo importante era demostrar que Felipe II no había luchado «por particulares suyos ni que con las armas en la mano, se pidía a S. S. ningún beneficio para S. M.»¹⁸⁸. No le convenció a Juana ni a Carlos V. El emperador aludió despectivamente a «las condiciones con que el duque de Alba hizo la paz con el Papa, que son las que esperávamos y yo siempre temí». Más tarde comentó «la capitulación secreta... me ha satisfecho tampoco [sic] como la pública»¹⁸⁹.

Alba debió esperar con ansias la comunicación del rey y la ratificación del acuerdo. A principios de noviembre, el silencio del rey preocupaba también al Papa. A Bruselas llegaron gente como Colonna, Garcilaso de la Vega y della Corgna. Todo eran quejas del pontífice y demandas. Por fin, el 8 de diciembre, poco antes de llegar el cardenal Carafa a la corte, Felipe II escribió al Papa expresando satisfacción por la paz sin ratificarla. Alba estaba ahora muy preocupado¹⁹⁰. No cabe duda que Felipe II estaba decepcionado con Alba y el acuerdo y que no se decidió durante varios meses si aceptar o descartar la capitulación. Su confesor, Bernardo de Fresneda, avisó después de la batalla de San Quintín que la victoria le convenciera para reclamar nuevas condiciones en la paz con el Papa¹⁹¹. Ya hemos visto que especificó condiciones más duras al embajador veneciano. Después de comentar que la paz le dio una «gran alegría», Verzosa incluye un comentario agudo: «el ánimo del rey [era] más hostil a causa de los estragos producidos y de las devastaciones que por su obstinación y loco deseo de un principado habían infringido [los Carafa] a las regiones, y después de haber hecho unos gastos inmensos y conseguido unas victorias»¹⁹². Las expectativas del rey habían sido

¹⁸⁶ AGS, PR. 18-59, capitulación pública, 14 de septiembre de 1557; secreta de Paliano f. 60; capítulos de la paz. PR. 17-7; CSP Ven 6(2), n. 1.037, pp. 1.316-7, relato del cardenal Carafa, Roma, 18 de septiembre de 1557. Las promesas en CSP Ven 6(3), de Michiel Surian, Bruselas, n. 1.125, pp. 1.412-3 (4 de enero de 1558); n. 1.152, p. 1.437 (26 de enero); n. 1.180, p. 1.461 (5 de marzo). La posibilidad, que Alba intentase obtener las tierras de Colonna para su primo en: BAZZANO, Marco Antonio Colonna, p. 75; CSP Ven 6(2), n. 1.017, p. 1.285, Roma, 4 de septiembre de 1557; ibidem, n. 1.030, p. 1.307, 11 de septiembre.

¹⁸⁷ CSP Ven 6(2), de Navagero y de Franceschi, Roma, n. 1.034, pp. 1.312-3 (14 de septiembre de 1557); n. 1.045, pp. 1.327-8 (25 de septiembre); n. 1.051, pp. 1.334-5 (2 de octubre).

¹⁸⁸ EA, I, n. 433, p. 467, a Juana, 23 de septiembre de 1557. CSP Ven 6(2), de Navagero y de Franceschi, Roma, n. 433, pp. 467-8 (23 de septiembre); n. 435, pp. 470-1 (5 de diciembre).

¹⁸⁹ Citas de CDCV, IV, n. dclxxxv, Carlos V a Juan Vázquez, 26 de diciembre de 1557, e ibidem, n. dccc, p. 397, del 25 de enero de 1558. RODRÍGUEZ SALGADO, *Un imperio en transición*, pp. 243-5.

¹⁹⁰ CSP Ven 6(3), n. 1.076, p. 1.362, de Navagero, Roma, 6 de noviembre de 1557; n. 1.093, p. 1.380, de Michiel Surian, Bruselas, 28 de noviembre; n. 1.117, pp. 1.403-4, de Navagero, Roma, 25 de diciembre, anunciando el recibo de la carta. AE, I, n. 435, p. 470, a Juana.

¹⁹¹ CSP Ven 6(2), n. 998, p. 1.259, de Michiel Surian, Bruselas, 22 de agosto 1557.

¹⁹² VERZOSA, *Anales*, p. 65 y p. 67.

defraudadas y se notó al llegar el cardenal Carafa. Aunque Felipe II lo recibió con «todo lujo y consideración», se negó a hablar de compensación y comenzó por hablar de una serie de negocios que estaban pendientes entre el papado y la corona. Ferial declaró que jamás abandonaría a quienes le habían servido, alusión a la restitución de Colonna. De hecho cumpliría su palabra después de la muerte de Paulo IV¹⁹³.

Finalmente, en febrero de 1558, faltando poco más de dos semanas para cumplir el término de seis meses, Felipe II ratificó el tratado. No es una coincidencia que lo hiciese después del desastre de Calais y el comienzo de una nueva campaña contra Francia que casi hundió al imperio. El 1 de marzo envió su compensación, ofreciendo a Giovanni Carafa el ducado de Rossano en Nápoles. El cardenal Carafa ya había rechazado esta oferta, por lo cual Felipe II organizó un proceso legal declarando que había cumplido con las condiciones del tratado y, si se rompía la paz, él no tenía culpa¹⁹⁴. Paulo IV declaró que en estas condiciones no entregaría Paliano¹⁹⁵. Todo estaba en vilo una vez más. Pero ninguna de las partes podía pagarse el lujo de una nueva guerra. Las negociaciones continuarían en un ambiente tenso y hostil durante varios años.

Ya que no era cuestión de alabar al duque, ¿por qué no se le castigó? Hasta decidir si admitía el tratado, el rey no podía manifestar su falta de satisfacción. Una vez que lo ratificó era ilógico castigar a quien se lo había proporcionado. De haberlo hecho se interpretaría como una señal de que no duraría mucho la paz. La actitud ambigua del rey se dejó sentir más tarde, cuando Alba llegó a Bruselas. La decisión de ir a la corte la tomó el propio Alba. Pocos días después de firmar la paz anunció en un tono triunfal que «gracias a Dios, las cosas de S. M. están en tan buenos términos en Italia» que ya no necesitaba quedar allí. Quería gozar de «la merced que cuando me envió a ella me hizo de decirme sería por tiempo limitado y poco y iré a besalle las manos y suplicalle sea servido que yo repose de tantas inquietudes como he tenido 25 años ha y tengo por cierto me hará esta merced»¹⁹⁶. Es inconcebible que Alba quisiera retirarse a sus estados. De hecho, no renunció sus cargos, dejando a la duquesa de viroreina y a su hijo don Fadrique de lugarteniente en Nápoles¹⁹⁷. Hernando Sánchez sugiere que pretendía «abandonar la periferia italiana en manos de sus aliados, para regresar al escenario central del poder»¹⁹⁸. Es posible que fuese una de las razones que le impulsó a salir de Italia, pero no la única. En la corte se decía que iba a justificarse y responder a los cargos que se habían hecho contra su gestión en Italia. Es decir, que sufría la misma suerte que Ferrante Gonzaga. Algunos consejeros publicaron que efectivamente el rey no estaba satisfecho con él y quería sacarle el cargo de Italia¹⁹⁹. Es posible que Alba sintiese la necesidad

¹⁹³ La cita es de VERZOSA, *Anales*, p. 71. Ferial en CSP Ven 6 (3), n. 1.119, pp. 1.406-7, de Surian, Bruselas, 30 de diciembre de 1557; AGS, E. 1049, f. 99. Felipe II al virrey de Nápoles, 8 de octubre de 1559.

¹⁹⁴ AGS, PR. 18-81, Paulo IV a Felipe II, 4 de enero de 1558; PR. 18-65, Ratificación de la paz. Bruselas, 28 de febrero y PR. 18-64, de la capitulación secreta. El rey ya le había advertido que no le daría Bari: CSP Ven 6(3), de Michiel Surian, Bruselas, n. 1.165, p. 1449, 13 de febrero. Carafa se quejó (ibidem, n. 1.171 p. 1.454, 20 de febrero) y lo rechazó (ibidem, n. 1.175, p. 1.457, 28 de febrero). Envío de la ratificación en ibidem, n. 1.177, pp. 1.458-9, Bruselas, 1 de marzo de 1558. Carafa siguió negociando: n. 1.180, pp. 1.461-2, Bruselas, 5 de marzo, sin declararse, AGS, PR. 18-71 (12 de marzo).

¹⁹⁵ Es cuando pretendió no saber que habían prometido entregar Paliano. El cardenal Pacheco afirmó que él se lo había comunicado: CSP Ven 6(3), n. 1.191, p. 1.468, de Bernardo Navagero, Roma, 12 de marzo de 1558.

¹⁹⁶ EA, I, n. 49, p. 56, a Felipe II, 23 de septiembre de 1552: sic. 1557; CSP Ven 6(2), n. 773, p. 882, de Fernando Badoer, Bruselas, 24 de diciembre de 1556. Felipe II le dio permiso para ir, CSP Ven 6(3), n. 1.149, p. 1.436, de Michiel Surian, Bruselas, 23 de enero de 1558; n. 1.152, p. 1437, ibidem, 26 de enero. Antes de salir Alba tuvo que atender negocios importantes en Nápoles y Lombardía y sacar las tropas de Roma, EA, I, n. 49, p. 56, a Felipe II, 23 de septiembre de 1552 -sic. 1557.

¹⁹⁷ HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 143-4, p. 164. Nombramiento de don Fadrique «en mi lugar al gobierno de este Reino», EA, I, n. 434, p. 470, a Juana, 14 de noviembre de 1557.

¹⁹⁸ HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, p. 164.

¹⁹⁹ CSP Ven 6(2), n. 1069, pp. 1354-5, de Michiel Surian, Bruselas, 24 de octubre de 1557.

de regresar antes de perder los partidarios que aún tenía en la corte y para atajar las muchas críticas que se enviaban allí²⁰⁰. Pero no debemos olvidar las circunstancias que le llevaron a ofrecer su destitución final. Se debió dar cuenta que sería muy criticado el acuerdo con Roma y la exclusión del rey y de su consejo.

La estrategia que implementó Alba era inteligente. Anunciando de antemano su deseo de retirarse, le permitía una salida honorable si las cosas no salían bien. Si quedaba en la corte después de haber publicado su deseo de ir a descansar a casa, era una señal del aprecio del rey y de que no podían dispensar con sus servicios. Finalmente, Alba tenía que regresar a la corte para presionar al rey que le diese una merced. En su primera audiencia con el rey, en enero de 1558, declaró en tonos dramáticos que Alba ya no existía. Las deudas que había acumulado destruían su herencia. Se dijo que pedía el ducado de Bari como recompensa de tantos años de servicio²⁰¹.

Debió darle cierta satisfacción saber que nada más anunciado su viaje se aplazaron varios negocios hasta que llegara él para atenderlos²⁰². Al poco tiempo de regresar, Michiel Surian comentó que era el ministro más potente de la corte. El confesor del rey opinó que era más potente que el rey²⁰³. El propio duque se jactaba en marzo de 1558 de que el rey y sus ministros le mostraban gran respeto²⁰⁴. Pero la prueba del desaliento del rey es esta: Alba seguía sin recibir merced. «De aquí, señor mío, ¿qué diré a v. m.? No nada es todo cuanto os puedo decir», comentó amargamente a don García de Toledo en abril. El rey había gratificado a varios oficiales por su papel en la defensa de Nápoles y «de v. m. y de mí, como nos hallamos en España en aquel tiempo, aún no se ha resuelto nada». El sarcasmo hace resaltar más su profunda desilusión²⁰⁵. Aún más, el rey no había decidido ni dónde ni cómo emplear al duque. El 21 de abril Alba creía que regresaría a Italia y comentó «cuando estaba allá imaginábame que aquí había de andar alegre y heme engañado. Pleaga a Dios no me engañe también en lo que pienso para después de ido allá»²⁰⁶. Pero la cosa no estaba fácil. Las normas de honor no le permitían regresar con menos autoridad de la que había ejercido antes sin que disminuyera su reputación. Nada indicaba que el rey tuviera intención de confirmar el cargo extraordinario que había tenido antes²⁰⁷. De no hacer esto tendría que compensar a Alba de otra forma. A finales de abril de 1558 el rey se resolvió, anunciando el nombramiento del duque de Sessa para el gobierno de Milán y de don Juan Manrique de Lara como virrey (interino) de Nápoles. Esta decisión cogió desprevenido a Alba quien, como hemos visto, estaba musitando sobre si sería o no feliz en Italia. Se publicó que el duque había aprobado estas medidas y es posible que así fuera, pero la noticia se interpretó como un juicio negativo contra Alba y socavó su autoridad en la corte. Se divulgó toda clase de rumores, entre ellos que Alba declinaba y se retiraría a sus estados²⁰⁸. La duquesa y su hijo debieron abandonar sus cargos y regresar a España²⁰⁹. A don García de Toledo se le recompensó con el virreinato de Cataluña, pero con esto también se le sacó de Nápoles. Esto demuestra que el rey no solo reprobaba la arrogancia y los fallos de Alba y su inexplicable paz con el Papa, sino que atacaba las bases del poder de la casa de Toledo. Es probable que en parte esto se debiese al resentimiento contra los duques de

²⁰⁰ CSP Ven 6(3), n. 1.093, p. 1.380, de Surian, Bruselas, 28 de noviembre de 1557.

²⁰¹ CSP Ven 6(3), n. 1.152, p. 1.438, de Surian, Bruselas, 26 de enero de 1558.

²⁰² CSP Ven 6(3), n. 1.142, p. 1.427, de Surian, Bruselas 15 de enero de 1558.

²⁰³ CSP Ven 6(3), n. 1.174, p. 1.457, de Surian, Bruselas, 26 de febrero de 1558.

²⁰⁴ CSP Ven 6(3), n. 1.179, p. 1.461, de Surian, Bruselas, 5 de marzo de 1558.

²⁰⁵ EA, I, n. 461, p. 490, a García de Toledo, 21 de abril de 1558.

²⁰⁶ EA, I, n. 460, p. 489, a Victoria Colonna, 21 de abril de 1558.

²⁰⁷ CSP Ven 6(2), n. 1.071, p. 1.357, de Surian, Bruselas, 30 de octubre de 1557.

²⁰⁸ CSP Ven 6(3), n. 1.217, p. 1.488, de Surian, Bruselas, 27 de abril de 1558.

²⁰⁹ HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 143-4, p. 164.

Florencia. En julio de 1558 el rey nombraba al duque de Francavila, suegro de Ruy Gómez de Silva, presidente del consejo de Italia. Un adversario de Alba tomaba posesión del virreinato de Nápoles. En pocos años Ruy Gómez de Silva, Francisco de Eraso y Diego de Vargas habían conseguido dominar gran parte del patronazgo de Italia²¹⁰. Los Toledo perdieron su posición privilegiada en Italia.

Pese a sus amenazas, Alba no se jubiló. Reformó sus palacios y jardines ibéricos incorporando materiales italianos e imitando lo mejor de Italia, pero quedó en la corte, aplicándose a los negocios y reclamando insistentemente un cargo especial y la quimérica merced que compensase tantos años de servicio. Al rey no le interesaba perder un consejero y militar tan experimentado en medio de una guerra a ultranza. Al manifestar los franceses su deseo de paz, el rey designó a Alba para las negociaciones. Es interesante que Alba aconsejó a Felipe II rechazar las condiciones que ofrecía Enrique II porque resultarían en una notable pérdida de poder y reputación para el rey en Italia. Escarmentado y agotado, Felipe II desatendió sus consejos²¹¹. Supo aguantar la presión del duque y servirse de él sin concederle lo que tanto deseaba. Pasó casi una década antes que la rueda de la fortuna volviese a remontar su curso ascendente y proporcionase al duque de Alba uno de los cargos más importantes del imperio, el gobierno de los Países Bajos. Pero jamás volvió a recuperar la intimidad y el favor con el rey que disfrutó durante esta temporada en Italia. No volvió a ejercer tanto o más poder que un rey.

²¹⁰ RIVERO RODRÍGUEZ, *Felipe II y el gobierno de Italia*, pp. 51-3. HERNANDO SÁNCHEZ, *Castilla y Nápoles*, pp. 164-5, identifica al duque de Sesá como adversario de los Toledo.

²¹¹ British Library, Add. mss. 18.789, ff. 6-12, Parecer del duque de Alba, 15 de noviembre de 1558.

JUSTICIA, GRACIA Y POLICÍA EN FLANDES BAJO EL DUQUE DE ALBA (1567-1573)

Hugo de SCHEPPER*

*Ex-catedrático de las Universidades de Ámsterdam y Nimega
Miembro honorario del «Instituto Universitario La Corte en Europa
de la Universidad autónoma de Madrid»*

Ante la noticia de la famosa destrucción brutal de imágenes en las iglesias, desde el 10 de agosto de 1566 en la provincia de Flandes flamingante y desde allí en las demás provincias centrales de los Países Bajos, Felipe II reaccionó convocando una reunión especial de su Consejo de Estado hacia el 22 de septiembre. Durante los meses siguientes, se tomaron las decisiones de enviar a Flandes un ejército bastante importante y de liquidar a los que se consideraron responsables de los disturbios. Para llevarlo a cabo y para allanar los caminos a la visita personal de Felipe II, ya esperada por los flamencos desde hacía unos años, se nombró al tercer duque de Alba como capitán general con plenos poderes. Con desgana aceptó ejecutar su propio esquema: el castigo seguido por la misericordia. No quiso que se enviase a Flandes una expedición punitiva sin el rey.

I. ALBA EN LA LEYENDA NEGRA DE FLANDES

Después de la llegada de Alba, las fábulas flamencas aumentaron desarrollándose en una dirección más anti-hispanista. Una riada de panfletos, tratados, anónimos y no-anónimos, caricaturas, dibujos y pinturas ponían particularmente al duque de Alba como un trapo. Le imputaban las más diabólicas intenciones y actos de tiranía. La variante flamenca de la Leyenda Negra conseguía transformar al pueblo flamenco en enemigo de los españoles. En la literatura panfletista, la «crueldad inhumana de la tiranía española» como espejo aterrador sustituyó a la visión anterior flamenca de estima y admiración. En el sentimiento de hispanofobia general se incluía al duque de Alba y más tarde, del mismo modo, al soberano natural, Felipe II. Las reconquistas de ciudades rebeldes por el

* Agradezco muchísimo a la señora licenciada Julie Versele (Bruselas) sus amables sugerencias y a la señora licenciada Pilar Martín Piñto (Granada-Bari) su ayuda en la redacción de mi ponencia en castellano.

ejército «español» —aplicando el derecho de guerra en Zütphen, Naarden, Mechelen y en otras ciudades—, horrorizaron a todo el país. Desde 1572 los motines militares por falta de pago de los sueldos contribuyeron a crear la Leyenda Negra más que cualquier otra cosa. Claro que la propaganda de los llamados Mendigos optaba por el silencio sobre las atrocidades cometidas al propio pueblo flamenco por sus bandas desordenadas.

La propaganda odiosa de los rebeldes hacia los españoles y especialmente hacia Alba se ha abierto camino entre una historiografía extremadamente tendenciosa de la «Guerra de Flandes», que citaba cantidades y cifras exageradas sobre las víctimas de su política represiva desde dieciocho mil hasta cincuenta mil, cien mil e incluso doscientas mil penas capitales. Durante siglos, los «historiadores» y el gran público adoptaron a ciegas la caricatura esbozada por la propaganda rebelde.

Finalmente desde hace algunas décadas nos damos cuenta de que la propaganda mentirosa no solamente ha jugado un papel enorme en la Guerra de Flandes, sino también en nuestro conocimiento de personas y acontecimientos de este pasado nacional. Ya que en la memoria colectiva de ambos Países Bajos, la imagen de Alba como el coco de nuestro pasado siempre forma parte de las respectivas identidades nacionales, por ejemplo en historietas para niños y adultos.

Mientras el derecho público actual conoce el trías político con la separación de poderes —el legislativo, el judicial y el ejecutivo—, la soberanía de entonces no la conocía. La justicia, la gracia y la policía sólo pasaban por las manos del príncipe como los instrumentos jurídicos coercitivos de su poder soberano. Basándome sucesivamente en estos tres medios, voy a hilvanar cómo fue el gobierno en Flandes bajo el duque de Alba.

2. JUSTICIA

Es difícil negar que Felipe II prefirió un regreso al derecho represivo del Estado contra toda clase de perturbación del orden público. En su mente, sólo convenía castigar a «aquellos malos hombres» y «rebeldes con el rigor y severidad que sus culpas merecen». Estaba convencido de la eficacia de una persecución severa de los protestantes. Consideraba el protestantismo inseparablemente unido a infidelidad al soberano, a la patria y al *salus populi*, en una palabra: rebelión. El rey manifestó su política represiva, principalmente, enviando a Alba hacia los Países Bajos e instigando y comprobando sus actuaciones represivas.

Llegó el duque de Alba a Bruselas, el 21 de agosto de 1567, escoltado entre otros por Lamoral, conde de Egmond. El conde había ido al encuentro del duque para darle la bienvenida. No sin razón, Egmond había vacilado en hacerlo, dándose cuenta de que tenía algo que explicar, pero incluso algunos de sus adversarios en el Consejo de Estado le habían convencido de no tener nada que temer. Su compañero hasta el cadalso, Felipe de Montmorency, conde de Horn, había preferido enviar a su secretario Alonso de Laloo, un zelandés de origen castellano, para dar la bienvenida al duque. Además, ambos, Egmond y Horn, habían recibido todavía recientemente cartas cariñosas de Felipe II, en las que les declaró su satisfacción sobre su comportamiento, rogándoles continuar así.

Continuando el viaje hacia Bruselas, Alba había invitado a Lamoral de Egmond, junto con otros de los más fieles consejeros nobles en el gobierno. Durante la comida, el duque notó abiertamente la inquietud e incertidumbre que Egmond mostró en todo momento. Así, no pudo ser una completa sorpresa, cuando, tres semanas después, el 9 de septiembre, al salir de una reunión con el duque de Alba, el conde es invitado por el capitán de la guardia ducal, Sancho de Ávila, a rendir la espada. A primera vista, Egmond se desconcertó, pero no se resistió. En ejecución de la orden de Felipe II, quien les había hecho responsables de los disturbios, se encarcelaron, el mismo día, también al conde

de Horn y a decenas de otros sospechosos de rebelión o de herejía y se les embargaron los bienes a todos en la espera de sus pleitos y sentencias. Para Marguarita de Parma, estos arrestos eran la gota que colmó el vaso, de modo que presentó su renuncia al rey. En base a una segunda comisión, que hasta entonces había permanecido secreta, el duque de Alba la sucedió como gobernador general. La dimisión de Marguarita facilitó a Alba la realización del sistema represivo concebido en la corte de la Monarquía Hispánica a su propio gusto.

Para la persecución de los sospechosos, Alba había designado unos días antes a algunas personas como consejeros regios al lado de sí mismo (*conseillers de Sa Maesté ordonnez lez Monseigneur le Duc d'Albe*), en la historiografía conocido como el «consejo de Tumultos». Estaba formado por dos altos nobles como vicepresidentes y siete juristas, de los cuales cinco eran flamencos y dos españoles: Juan de Vargas, que no entendía las lenguas del país y además era hombre de dudoso pasado, y Luis del Río, que hablaba el flamenco por haber nacido en Brujas. Dos años después, el jurista Jerónimo de Roda sería designado como tercer español. Estos consejeros no tenían —citó una memoria escrita en 1571 por De Roda— ni cartas de comisión ni «orden ni instrucción alguna para que por ella se pueda tomar regla en el proceder». Los asesores españoles hicieron oficio de jueces de instrucción y formularon las consultas, que fueron transmitidas por Juan de Vargas al gobernador general. Los consejeros nacionales sirvieron nada más que para presentar relaciones de asuntos y hacer los borradores de cartas y sentencias. Las persecuciones criminales eran demandadas ante una cámara penal por uno de los tres fiscales al lado de Alba. Pretensiones, litigios y acciones civiles sobre los bienes embargados o confiscados de las personas sospechosas o condenadas se presentaron ante una cámara civil por las partes interesadas. El propio duque de Alba se colocó como el único juez y cúspide de una jerarquía de justicia extraordinaria, juzgando en primera y última instancia sin alguna posibilidad de apelación; él solo pronunciaba todos los veredictos.

Basándose en sus plenos poderes y en la aprobación regia del 18 de octubre, Alba otorgó a la justicia de excepción la competencia de perseguir a los «que han cometido graves delitos contra Dios y contra el príncipe». Dentro de la nueva justicia especial, más o menos 170 comisarios fueron nombrados por Alba para investigar y reunir informaciones en todo el país. Denunciaban los casos encontrados a los «consejeros de Tumultos», que redactaron listas de sospechosos para enviárselas a los fiscales locales y provinciales del soberano. Estos tuvieron que citar a las personas en cuestión y demandar acción penal ante los Consejos Provinciales de Justicia, competentes para hacer las instrucciones judiciales y tomar conocimiento de los pleitos concernientes. Sin embargo, los veredictos pudieron ser discutidos por los «consejeros de Tumultos», mientras las condenas y sus ejecuciones dependían solo de la decisión del propio duque de Alba.

Después de que, por orden del fiscal competente, un agente judicial local hubiese publicado la citación tres veces con intervalos regulares de una semana sin que el acusado apareciera, la persona citada perdía todas las excepciones de defensa. Solo las causas principales fueron tratadas enteramente por el propio «consejo de Tumultos», desde la instrucción hasta el veredicto. En este último caso, la citación y la acusación se hicieron por un fiscal cercano al duque. Por la justicia excepcional se citó y condenó a gente de todos los grupos sociales, pero más que nada a los predicadores de las nuevas doctrinas, a los miembros de los consistorios protestantes, a los iconoclastas, a los impresores y vendedores de libros herejes, a los que se habían resistido a las órdenes regias y finalmente a los funcionarios públicos que habían sido indulgentes con la herejía o que habían rehusado jurar fidelidad a Felipe II. En razón de una ley especial, los que habían firmado el *Compromiso de los Nobles* eran condenados *ipso iure*.

Al comienzo, el duque de Alba esperaba evitar una matanza inoportuna para no turbar la tranquilidad en el país. Sin embargo, unos miles de presuntos culpables, a causa de la fe o de oposición,

protestantes y católicos, fueron arrestados, acusados de lesa majestad divina y humana ante la justicia especial. En poco tiempo, deja una huella de «solo» 1.073 sentencias de muerte ejecutadas en la horca o por decapitación, confiscando las posesiones y propiedades de los condenados. Es cierto que esta cantidad era muy inferior al número mínimo de 18.000 que se encuentra en la Leyenda Negra, pero en realidad estaba fuera de toda proporción, teniendo en cuenta que los Países Bajos contaban entonces con, más o menos, tres millones de habitantes. Además, a 11.130 personas se les condenó a destierro eterno; entre ellos a casi 9.000 refugiados se les aplicó la sentencia por contumacia, confiscando los bienes a todos. Para la gestión de estos bienes, funcionaba la *Chambre des Confiscations et Recompenses*. Para satisfacer las necesidades materiales de las familias de los condenados, solo las viudas y huérfanos de los ejecutados podían reclamar la mitad de los bienes confiscados. En caso de condena en rebeldía, no podían hacer valer ningún derecho.

La gran mayoría de las sentencias del «consejo de Tumultos», es decir, el 84% se dictaron en el primer año entero de su gobierno, el año 1568. Porque la decisión y la firma de tan gran afluencia de sentencias le ocuparon diariamente muchas horas de trabajo y porque las invasiones orangistas de repente le solicitaron la presencia en el campo de batalla; desde abril de este mismo año sólo quiso ver las causas en las que las pruebas de cargo no estuvieran cubiertas por la legislación. Entre ellas, las que iban contra los condes de Egmond y Horn por delito de lesa majestad, conspiración y rebelión, después de un pleito en que solo los consejeros españoles habían intervenido en la instrucción de la causa. El viernes antes de Pentecostés, el 4 de junio de 1568, el duque de Alba se limitó a comunicar a los consejeros la decisión que ya había sido tomada por Felipe II, entre el 22 de septiembre y el 29 de octubre de 1566. Sin pedir las opiniones de los asistentes y sin ninguna discusión en el pleno, Alba la confirmó entonces, condenando a los condes al cadalso, la exposición de sus cabezas en la plaza pública y la confiscación de sus bienes. El pleito había sido nada menos que un simulacro en regla para formalizar y quitar responsabilidad a la decisión política regia de hacía dos años, pocas semanas después de oír la noticia del movimiento iconoclasta. Es seguro que el duque de Alba firmó con disgusto la sentencia capital contra Egmond y Horn a los cuales —según una carta suya— había «amado y estimado como sus propios hermanos». Se notificó el veredicto a Egmond y Horn a primera hora del sábado y se les ejecutó en la *Grote Markt* (Plaza Mayor) de Bruselas a las once de la misma mañana.

Ante los interrogadores, los condes habían justificado su comportamiento, argumentando siempre haber actuado conforme a su juramento de fidelidad al rey y no tener nada que reprocharse y siempre haber actuado «por la necesidad del tiempo». Fundándose en sus *privilegia fori de domesticis regis* y de caballeros del Toisón de Oro, los procuradores y abogados apoderados de los condes habían alegado en vano la excepción declinatoria y pedido el pleito ante los compañeros del Toisón de Oro. Por los demás, no pudieron contar con privilegios como *pares* del soberano —los términos feudales u horizontales en los que siempre habían pensado, tomando sus deseos por la realidad—. Felipe II los veía al contrario en términos verticales, es decir nada más que como sus súbditos y no como sus pares.

Queda por ver si, en derecho, los argumentos de la defensa eran sostenibles. Es una discusión jurídica que permanece a lo largo del tiempo en todos los estados, hasta en nuestra época. Según el duque de Alba, los asuntos de estado se gobiernan por reglas que difieren de las leyes de Flandes. Desde luego, en los pleitos ante la justicia penal de excepción, la razón de estado prevalecía sobre el derecho material y formal y sobre los privilegios eventuales de los acusados, a pesar de que fueran caballeros del Toisón de oro. A instancias de Alba, para que se respetaran las reglas y procedimientos judiciales, Felipe II había preguntado como jefe de la Orden a los caballeros españoles si el soberano como juez supremo podía litigar en un juicio directo contra los compañeros sobre delitos de alta traición o lesa majestad. A pesar de la prerrogativa de la Orden, el rey había obtenido una respuesta

positiva y, el 15 de abril de 1567, había mandado al duque de Alba el permiso explícito para introducir acciones judiciales contra los caballeros del Toisón de Oro.

En cuanto al halo de misterio en torno al llamado «consejo de Tumultos», el siempre bien informado cardenal de Granvela no pudo dejar de expresar: «Vray est que du nouveau tribunal, l'on procède avec un si grand secret, qu'il est impossible de decouvrir ce qui se passe». Así sabemos bastante poco sobre las diferencias entre el procedimiento ante esta justicia extraordinaria y el proceso ordinario ante las cortes ordinarias del soberano. Posiblemente, el procedimiento seguido era una combinación desconocida de reglas jurídicas usuales con improvisaciones excepcionales. Sin embargo, sobre todo, las sentencias severas contra los estimados condes atentaron no solo contra el sentido de justicia de entonces, incluso de los más leales y comedidos miembros del gobierno en Bruselas, sino también suscitaron amargas críticas en el Santo Imperio y en otros países europeos, y aun en España. En un dictamen secreto para el duque de Alba, Pierre Asset, uno de los consejeros flamencos de Tumultos, se había opuesto al castigo severo de Egmond.

De todas formas, en materia de lesa majestad, los procedimientos ordinarios, los privilegios de autonomía urbana y las excepciones procesales para defender a los acusados se perdieron. El propio fiscal en el pleito contra los condes comprobó, no sin razón, que se habían violado los derechos de la defensa. Desde el comienzo de los procesos contra Egmond y Horn, los procuradores y abogados no habían tenido acceso a sus clientes, internados en la prisión del nuevo castillo de Gante. Allí, se hicieron los indagatorios secretos de los condes en castellano por Vargas, asistido por Del Río. Las preguntas ya habían sido redactadas en la corte en España antes del envío de Alba a Flandes. Después de haber recibido el acta de acusación, los acusados tuvieron solo cinco días para formular su réplica sin poder consultar en los autos sus propios papeles embargados. Finalmente, siguiendo una orden del rey, quien estaba perdiendo su paciencia, Alba declaró por sentencia interina del 14 de mayo al conde de Egmond y probablemente también al conde de Horn contumaces e inadmisibles en su defensa «por haber introducido sus memorias de defensa con retraso». En el veredicto final, todas las acusaciones eran mantenidas sin tener los argumentos de la defensa en cuenta. Probablemente, fue particularmente la acusación de que habían permitido la libertad religiosa en la ejecución de sus funciones públicas la que pesó más en la condena.

El principal sospechoso, el príncipe de Oranges, había escapado a un proceso ante la justicia excepcional. Haciendo caso a los rumores de la llegada inminente del duque de Alba para erradicar la oposición, Oranges se había dado a la fuga. Muchísimos flamencos imitaron a Oranges y se retiraron en Alemania, Inglaterra o Francia. Un refugiado que no se presentaba durante los tres días de la vista, era considerado culpable de disturbios; ya desde la primera citación sin respuesta se le habían embargado sus bienes. Finalmente, después de la tercera citación sin reacción, se le condenaba por contumacia al exilio eterno y a la confiscación de sus bienes. Por lo tanto las causas por contumacia constituían de lejos la gran mayoría; pasaban como formalidades sin más discusión y se terminaban muchas veces con inusitadas condenas colectivas de grupos de personas, lo que suscitaba ideas de terror. Entre las sentencias en rebeldía, se condenó el 28 de mayo de 1568 a Guillermo de Oranges por conspiración, alboroto, alzamiento y simpatía a los heterodoxos.

En la memoria detallada que dirigió en 1571 a la corte regia en España el consejero español Jerónimo de Roda había sometido la legalidad del «consejo de Tumultos» a discusión. Se quejó además del demasiado dominio de su compatriota Juan de Vargas por ser el íntimo del duque y por no hacer mucho caso de sus colegas. Se queja Roda también del mal funcionamiento, de los procedimientos improvisados («así todos los días se mudan las formas»), de las porfías repetidas con Vargas y de sus enojos «a bozes lo que lo entienden los de la calle» cuando los demás no se conformasen. Roda era igualmente del parecer de que a los acusados y a los abogados no se les trataba con decencia

ni con equidad. Después de la salida de Alba, a finales de 1573, los pleitos pendientes ante la justicia extraordinaria pasaron entonces a ser competencia de los Consejos Provinciales como justicia ordinaria. Al morir Requesens, el 4 de marzo 1576, el Consejo de Estado decidió finalmente, el 14 de junio siguiente, la anulación definitiva de las cámaras judiciales del «consejo de Tumultos».

3. GRACIA

La presencia y actuación del duque de Alba dejaba poco espacio para la clemencia, incluso cuando Felipe II descubrió el medio de la misericordia y el papel del soberano reconciliador como complemento de su papel de castigador. Al recibir la noticia del arresto de Egmond en septiembre de 1567, el rey explicó su estrategia con estas palabras: «al principio desplegar el rigor de la justicia, para usar después la clemencia y la benignidad». Los propios condes no introdujeron demanda de gracia confesando su culpa y demostrando su arrepentimiento, único procedimiento formal para obtenerla. Solo a posteriori, en su última carta escrita la mañana de su ejecución de su propio puño y letra, pide Egmond a Su Majestad «me le pardonner et avoir pitié de ma pauvre femme et enfans et serviteurs, vous souvenant de mes services passés». A la demanda del duque de Alba, pocos días más tarde, a favor de la condesa de Egmond y sus hijos para que el rey —cito— «se apiade dellos y les haga merced conque puedan sustentarse», Felipe II le encargó medio año después que les concediera diez mil florines al mes, pero nadie podía saber que lo hacía por orden regia. La notificación del favor hubiera parecido un acto de debilidad.

Desde comienzos de 1569 las instancias de consejeros como Granvela y Hoppero hasta de los obispos flamencos para servirse finalmente del derecho principesco de gracia se multiplicaron cada vez más. Casi todos los rebeldes eran ejecutados o exiliados, por propia voluntad o por condena, pero el rigor de la justicia había resultado contraproducente. Al ser el fracaso del gobierno represivo de Alba cada día más claro, Felipe II intentó reparar el daño a través de un perdón general o —con una palabra actual— una amnistía. Se promulga en favor de un gran grupo de personas culpables de un delito contra el estado. La ordenanza, medio general legislativo, era en este periodo el vehículo más indicado para un perdón general. El soberano o su gobierno pone los márgenes, dentro de los cuales los interesados pueden solicitar cartas de perdón, a pesar de una citación o una condena judicial.

El duque de Alba remoloneó para enviar al rey proyectos de perdón general, aunque en sus adentros empezaba a tener dudas de si los culpables tendrían que ser matados. Le pareció que todavía no había llegado el tiempo del perdón y que además no tenía ningún valor, sin que preceda la gracia y remisión del papa. Justificó Alba su toma de posición contraria, por estar animado por un odio amargo hacia la heterodoxia, en sus ideas la única causa de la traición y rebelión, y por estar convencido de que Su Majestad no obtenía nada por los medios benignos. El ímpetu revolucionario del protestantismo reformado le había infundido miedo. El temor de la vulneración del orden establecido radicalizaba su posición, ya que, después del Concilio de Trento dominaba el pensamiento de la confrontación y en Flandes el protestantismo reformado navegaba viento en popa. Por lo demás, el calvinismo revolucionario se manifestaba como una amenaza social y política. Esto lo consideraba el duque de Alba un mayor peligro para la Monarquía Hispánica que los turcos, lo que le justificaba su uso ilimitado de poder.

Finalmente, el 16 de julio de 1570, los perdones generales del papa y del rey se publicaron con mucha pompa en Amberes, la «Babilonia» más protestante de los Países Bajos, y durante las semanas siguientes en las demás ciudades del país. Pero la difusión cojeaba entre otras cosas por falta de suficientes ejemplares impresos de la ordenanza y la amnistía regia no era incondicional. Contenía una larga lista de categorías de excepciones y restricciones; faltaba una clara distinción sobre quiénes

si podían y quiénes no podían beneficiarse de la rehabilitación. Por lo demás, la gracia papal valdría por tres meses, mientras la regia valdría solo durante dos meses. Al perder el Consejo Secreto en Bruselas su competencia ordinaria de otorgar cartas de perdón en la materia, las peticiones concernientes debían ser dirigidas al «consejo de Tumultos». Este se mostraba parco con las cartas de gracia. Juan de Vargas lo motivó con su adagio: «Misericordia in coelo, justitia in terra». En el ambiente de represión y de guerra, la misericordia real suscitaba desconfianza a los eventuales interesados, ya que los que dos años antes habían aceptado la convocatoria de Alba para presentarse espontáneamente al tribunal de excepción, al cabo de un mes, cuando quisieron beneficiarse de un posible perdón, fueron cogidos en una emboscada: no salieron ilesos.

Sin embargo, según la investigación reciente de Violet Soen (Katholieke Universiteit Leuven), con motivo del perdón general de 1570 unas 60.000 personas hubieran podido escaparse de la persecución judicial. Entre ellas, sobre todo mujeres indecisas que por curiosidad habían asistido unas pocas veces a las predicaciones protestantes. Obispos «delegati» y sacerdotes «subdelegati» del papa disponían de ejemplares pre-impresos o modelos de certificados para entregar a los aspirantes. Confesándose con un «delegatus» o «subdelegatus» y pidiendo la reconciliación con la fe dentro del tiempo previsto, recibieron especiales cartas de perdón (en el habla popular, el diminutivo «perdon-briefke» a causa de su tamaño pequeño), después de pagar una limosna para los pobres o una multa reducida y hacer una penitencia pública.

Al expirar el periodo de la misericordia, el rigor de la justicia proseguía. Ordenó el duque a la justicia de excepción actuar otra vez con todo rigor contra los presuntos culpables o sospechosos que hubieran dejado de pedir cartas de perdón. La represión fue solo interrumpida en 1572 por otra publicación del restrictivo perdón general. Hasta después de la llegada de su sucesor Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, a mediados de 1572 y durante el resto de su estancia en Flandes, consiguió Alba resistir a que se efectuasen los descos del rey de promulgar una ley de perdón general sin excepciones. Al no poder ponerse de acuerdo, un nuevo perdón general se publicó sólo después de la salida de ambos duques por su sucesor en el gobierno, don Luis de Requesens y Zúñiga.

4. LEGISLACIÓN

En la historiografía que prolonga la Leyenda Negra, la mitificación negativa de la conducta del duque de Alba desprestigia incluso sus modernos planes legislativos para introducir uniformes impuestos permanentes y proporcionales según las facultades financieras de la gente. Desde el principio, una oposición tremenda salió de los Estados de Brabante, Flandes, Holanda y Utrecht contra la proyectada reforma de Alba. El duque no solo quería uniformar los sistemas tributarios regionales e irracionales y cobrar impuestos más justos teniendo la capacidad financiera de los contribuyentes individuales en cuenta, sino también someter la recaudación de los tributos al control directo del gobierno y más que nada independizar las finanzas flamencas del tesoro hispano.

En marzo de 1569 propuso el duque sus planes tributarios en los Estados Generales: una única imposición del centésimo penique (1%) sobre las propiedades, que era aceptada sin problemas; una imposición del veintésimo penique (5%) sobre las ventas de los bienes inmobiliarios a cargo del vendedor; y otra del décimo penique (10%) como una alcabala sobre las ventas de los bienes mobiliarios, incluso sobre la exportación al extranjero, igualmente a cargo del vendedor. Al ser estas dos últimas permanentes, serían introducidas por ley general. Pero los Estados Generales y Provinciales se opusieron obstinadamente no sólo por perder los grupos privilegiados sus exenciones impositivas, sino también porque se les quitaría a los Estados la posibilidad de participar en la decisión política del gobierno.

Al decidirse el cobro de estos peniques permanentes por Alba en 1571 sin el acuerdo de los Estados, las autoridades locales solo de mala gana pasaron a la promulgación de las ordenanzas concernientes. También en la fase ejecutoria seguían provocando tanta resistencia que finalmente las finanzas regias no recaudaron ni una blanca. Por fin, en junio de 1572, tanto Felipe II como Alba casi simultáneamente se vieron obligados a ceder a tantas presiones y a tanta reacción prorrogando el cobro. Dos años más tarde, silenciosamente se decidió la supresión.

Entre las grandes iniciativas legislativas del duque de Alba en Flandes, tenemos que citar con toda certeza las famosas *Ordenanzas Criminales* promulgadas en julio de 1570. Sabemos poco sobre el proceso de redacción de estos códigos importantísimos. Tanto en la correspondencia oficial como en la secreta faltan pistas de un acuerdo preliminar de Alba con el rey. Solamente los últimos meses antes de la publicación, algunas veces y de manera concisa, informó el duque al monarca sobre el progreso del asunto, comunicándole que las leyes criminales serían promulgadas muy pronto. Estas leyes codificaban, unificaban y humanizaban las costumbres en materia de derecho criminal. Se las consideran un monumento jurídico a nivel europeo digno de compararse con las ordenanzas de Villers Coterêts en Francia y con la *Constitutio Criminalis Carolina* en el Santo Imperio.

Tradicionalmente, los Países Bajos eran países de derecho no escrito, en los que una casi incontable cantidad de costumbres locales formaban la primera fuente del derecho, reglando las relaciones privadas mutuales entre los individuos, al igual que las relaciones de los particulares con la sociedad. Era esencialmente solo desde el reinado de Carlos V cuando el soberano intervino en el derecho consuetudinario. Como príncipe de los Países Bajos el emperador había prescrito en 1531 la codificación sistemática de las costumbres locales «dentro de seis meses» con la preocupación de revocar las *males consuetudines* y de sustituirlas, para ofrecer mayores garantías a las personas jurídicas y naturales a través de un derecho común escrito.

Al entrar el duque de Alba en Flandes, las ordenanzas repetidas de codificación no se habían cumplido todavía, sino parcialmente. La falta de una uniformidad de derecho se resentía particularmente en las materias criminales, entre otras cosas porque la competencia del juez consuetudinario era relativamente discrecional, lo que podía conducir a la aplicación arbitraria del derecho y disminuir la garantía civil de los justiciables. Después de casi cuarenta años de trabajo preparatorio en el Consejo Secreto, como consecuencia de la ordenanza carolina de 1531, deshizo Alba el nudo gordiano. Alba había convocado en el llamado «consejo de Tumultos» al jurista italiano, Jerónimo Olzignano, para asistir al eminente jurista flamenco del Consejo Secreto, Cristoforo d'Assonleville y para apresurar el trabajo codificador. Olzignano había estudiado en las universidades de Freiburg-en-Brisgau y de Dole y había sido miembro del Parlamento del Franco Condado. Así la obra gigantesca de unificación del derecho criminal se aprovechó de la autoridad coercitiva del duque y de su «consejo de Tumultos».

Las Ordenanzas Criminales de 1570 sustituyeron las innumerables usanzas locales e incluso las leyes penales proclamadas en orden disperso por un solo código de derecho penal material y otro formal que garantizaba un desarrollo del proceso criminal bien ordenado. Determinaron castigos más justos, más precisos y menos arbitrarios, en proporción con el crimen concerniente, y limitando la aplicación de los potros de tormento, se humanizaba el procedimiento penal.

Además, estas Ordenanzas Criminales elevaban el derecho romano y el derecho canónico expresamente como principio vigente en caso de lagunas o incertidumbres en el derecho. Formalmente, pusieron igualmente término a todos los acuerdos amistosos consuetudinarios de acusados o sospechosos con los fiscales locales. Porque todavía había otras autoridades públicas que concedían la clemencia en delitos graves de violencia, las Ordenanzas Criminales de Alba ya no dejaban duda sobre eso. Cito: «la gracia solamente tiene que emanar de la persona del príncipe,

quien la reserva a sí mismo o al gobernador lugarteniente o a ellos que se han cometido a esto». Confirmando el código que se concedía gracia «cuando algunas circunstancias mitiguen y justifiquen el delito o el crimen de modo que de pleno derecho pudieran moverse para aliviar la pena capital o el rigor de la justicia o de la ley», se introdujo la categoría jurídica de las circunstancias atenuantes en materias criminales. Desde luego ya no valía para herejes ni rebeldes.

Respecto a la homologación del derecho consuetudinario civil, el duque de Alba estimuló varias veces a las autoridades locales a que sometieran sus costumbres codificadas a los respectivos Consejos de Justicia para su investigación. Advirtió sin embargo al rey de la necesidad de todavía «otros ocho a doce años» para la codificación y homologación de las costumbres de derecho civil a causa de las concertaciones prolijas con los Consejos de gobierno y con los Consejos Provinciales. Sin embargo, las ordenanzas de derecho marítimo de 1569-1571, ya compilaron y completaron las costumbres y códigos de seguros marítimos en vigor en los puertos flamencos, zelandeses y holandeses.

5. CONCLUSIONES

La actuación del duque de Alba en Flandes significa un periodo crucial en la historia de los Países Bajos. Llegado a Bruselas en un momento en que el orden se había restablecido, seis años más tarde salió del país en plena guerra civil. A pesar de miles de condenas al exilio o a la pena capital por una justicia de excepción sin misericordia, no logró reprimir ni la oposición política ni la divergencia religiosa. Aunque hasta ahora sepamos relativamente poco de los procedimientos dentro del llamado «consejo de Tumultos», de todas formas los pleitos tenían que servir para tapar las decisiones políticas regias de extirpar de raíz todas las formas de oposición y de resistencia. Al contrario, provocó reacciones de aversión y cólera, hasta la fuga de miles de personas que hicieron estallar desde el extranjero la revuelta de Flandes. El duque no quiso hacer algo para ganar la confianza de aliados potenciales dentro de los grupos adictos al rey en la administración y en los consejos del gobierno.

Bajo la influencia de la propaganda de los rebeldes, la guerra asumió igualmente un carácter siempre más anti-hispanista durante el gobierno de Alba. En la persona del duque, el pueblo disparaba su gran odio a consecuencia de los arrestos diarios y de la dura represión que excitaron un sentimiento de limitación de las libertades, al igual que un descontento por una indebidamente temida mayor crisis comercial. Hasta se desacreditaba la codificación y humanización del derecho consuetudinario en materias criminales. Su legislación tributaria según las facultades financieras de la gente encontró tanta resistencia que finalmente fracasó. A pesar de importantes victorias militares de Alba contra los rebeldes flamencos, estos relanzaron otras ofensivas desde el extranjero. Al haberse concentrado sus tropas en la provincias de Brabante y de Flandes, donde se esperaba mayor peligro rebelde, siempre más grandes partes de las provincias de Holanda y Zelanda se escapaban al gobierno regio, desde mediados de 1572. Comprendiendo el desastre de la actuación represiva, más o menos un año y medio después de la llegada de Alba a Bruselas, el rey Felipe intentó el camino de la clemencia y de la reconciliación. Empero, el duque siguió siendo nada más que el maestro de la estrategia represiva como inicialmente lo había ordenado Felipe II para solo una primera fase. Si bien además, por su personal odio profundo hacia los adversarios políticos y protestantes y por su convicción en la ineficacia de los medios benígnos, consiguió Alba restringir y retrasar el perdón general querido por el rey después de la primera onda represiva. A fin de cuentas, al abandonar la idea de ir personalmente y al enviar a Alba a Flandes, el rey Felipe quiso quitarse la responsabilidad de su política de castigo, pero no pudo controlar más al duque en la fase del perdón.

Para quitar un equívoco que pudiera existir, quisiera terminar con una conclusión más. El hecho de que la actual Flandes en Bélgica e incluso unas provincias meridionales en Holanda permanecieran católicas, o por lo menos de nombre, no lo deben a la represión albista. Al contrario el rey Felipe II diría que el duque de Alba le hizo perder los Países Bajos. Se lo deben a la reconquista por las tropas regias bajo Alejandro Farnesio, duque de Parma, y a la ofensiva de recatolización sobre todo bajo los archiduques Alberto e Isabela. Por lo demás, no se olviden que el segmento católico en las provincias rebeldes, las ulteriores Provincias Unidas, seguía siendo cuantitativamente mayor que el protestantismo reformado probablemente gracias a la aceptación del principio de la libertad de conciencia por las provincias flamencas en la Unión de Utrecht (1579).

6. FUENTES

Colección de documentos respecto al «consejo de Tumultos», 1567-1576 (Algemeen Rijksarchief Bruselas, *Raad van Beroerten*); Carta del Conde de Egmond a Felipe II, Bruselas, el [5] (erroneamente Egmond la ha fechado con el 6) de junio 1568 (Archivo General de Simancas, *Estado-Flandes*, legajo 538, folleto 59-60); Carta de Felipe II al duque de Alba, Madrid, el 12 de noviembre 1568 (Palacio de Liria Madrid, *Archivo Duques de Alba*, caja 5, núm. 70); Duque de Alba (ed.), *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*, 3 tomos (Madrid 1952); E. Cockx-Indestege y G. Glorieux (eds.), *Belgica Typographica, 1541-1600. Catalogus librorum impressorum ab anno MDXLI ad annum MDC in regionibus qui nunc Regni Belgarum partes sunt, t. I: Bibliotheca Regia Bruxellensis* (Nieuwkoop 1968); Ch. Terlinden, *Liste chronologique provisoire des edits et ordonnances des Pays-Bas. Règne de Philippe II, 1555-1598* (Bruselas 1912); A. L. E. Verheyden (ed.), *Le Conseil des Troubles. Listes des condamnés, 1567-1573* (Bruselas 1961); J. Versele (ed.), «Rapport de Gerónimo de Roda sur le fonctionnement du Conseil des Troubles aux Pays-Bas, suivi de suggestions pour sa réforme, s.d. [1571?], *Handelingen van de kon. Commissie voor Geschiedenis*, núm. 170 (2004), p. 169-191.

7. LITERATURA

L. Behiels, «El Duque de Alba en la conciencia colectiva de los Flamencos», en J. Lechner (ed.), *Contactos entre los Países Bajos y el mundo Ibérico* (Amsterdam/Atlanta 1992), pp. 31-43; A. Duke, *Reformation and Revolt in the Low Countries* (Londres/Ronceverte 1990); A. Goosens, *Le comte Lamoral d'Egmont (1522-1568). Les aléas du pouvoir de la haute noblesse à l'aube de la Révolte des Pays-Bas* (Mons 2003); A. Goosens, «Les grâces et rémissions de peine pour hérésie et transgression des ordonnances accordées par Charles-Quint et Philippe II dans les Pays-Bas méridionaux, 1521-1598», en M. de Waele (ed.), *Clémence, oubliance et pardon en Europe, 1520-1650* (Revue du Département d'Histoire de l'Université de Montréal, núm. 16/2; Montréal 1996), pp. 8-20; A. Goosens, *Les Inquisitions modernes dans les Pays-Bas méridionaux, 1520-1633, t. I* (Bruselas 1997); F. H. M. Grapperhaus, *Alva en de Tiende Penning* (Deventer/Zütphen 1982); S. Groenveld, «Filips van Montmorency, graaf van Horn, 1524-1568». Een Habsburgs edelamn tussen vorstenmacht en verzet, *Publications de la société archéologique et historique du Limbourg*, 139 (2003), pp. 39-99; H. L. V. de Groote, «Zeeverzekering», en: G. Asaert, J. van Beylen, y H. P. H. Janssen (eds.), *Maritieme geschiedenis van de Nederlanden*, t. I (Bussum, 1976), pp. 206-219; A. Jamees y B. Vermaseren,

¹ Cf. las reseñas de DIERICKX, M., en *Belgisch Tijdschrift voor Filologie en Geschiedenis*, 40 (1962), pp. 415-422; y de WOLTJER, J. J., en: *Bijdragen voor de Geschiedenis der Nederlanden*, 18 (1963), pp. 127-134.

Inventaris van het Archief van de Raad van Beroerten (Bruselas 1980); G. Janssens, «Het oordeel van tijdgenoten en historici over Alva's bestuur in de Nederlanden», *Belgisch Tijdschrift voor Filologie en Geschiedenis*, 54 (1976), pp. 474-488; G. Janssens, «Brabant in het verweer». *Loyale oppositie tegen Spanje's bewind in de Nederlanden van Alva tot Farnese* (Standen en Landen núm. LXXXIX, Heule 1989); H. Kamen, *The Duke of Alba* (New Haven/Londres 2004); H. Kamen, *Felipe de España* (Madrid 1997); P. D. Lagomarsino, *Court factions and the formation of Spanish policy towards the Netherlands, 1559-1567* (Cambridge tesis doct. inédita 1973); L.Th. Maes, «Die drei grossen europäischen Strafgesetzbücher des 16. Jahrhunderts», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Germanistische Abteilung*, XLIV (1977), 207-217; W. S. Maltby, *Alba. A biography of Fernando Alvarez de Toledo, third duke of Alba, 1507-1582* (Berkeley/Los Angeles/Londres 1983); G. Marnef en col. con H. de Schepper, «Conseil des troubles, 1567-1576», en E. Aerts et alii. (eds.), *Les institutions du gouvernement central des Pays-Bas Habsbourgeois, 1482-1795* (Bruselas 1995), pp. 469-477 (con referencias a fuentes y literatura); M. Meijer Drees, *Andere landen, andere mensen. De beeldvorming Holland versus Spanje en Engeland omstreeks 1650* (La Haya 1997); G. Parker, *The Dutch Revolt* (Londres 1985²); G. Parker, *Philip II* (Boston/Toronto 1978); H. de Schepper, «Felipe II visto por la historiografía en Flandes hacia 1600», en: M. Enciso y L. Ribot García (eds.), *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, t. V (Madrid/Lissabon 1998), pp. 211-232; H. de Schepper, «La 'Guerra de Flandes'. Una sinopsis de su leyenda negra», en J. Lechner (ed.), *Contactos entre los Países Bajos y el mundo ibérico* (Amsterdam/Atlanta 1992), pp. 67-86; H. de Schepper, «Pena o Gracia en Flandes bajo Carlos V y Felipe II, 1521-1598», en: J. Martínez Millán (dir.), *Felipe II, 1527-1598. Europa y la Monarquía Católica*, t. I (Madrid 1998), p. 795-815; V. Soen, *Geen pardon zonder Paus!* (Verhandelingen van de Koninklijke Academie van België, nueva serie núm. 14, Bruselas 2007); V. Vázquez de Prada, *Felipe II* (Barcelona 1990); A. L. E. Verheyden (ed.), *Le Conseil des Troubles* (Florennes 1981²); J. Versele, «Claude Bélin de Chasnoy et le Conseil des Troubles institué par le duc d'Albe aux Pays-Bas, 1567-1568», en P. Delsalle (ed.), *Les relations politiques, diplomatiques, religieuses et artistiques entre la Franche-Comté et les anciens Pays-Bas, XIIIe-XVIIIe siècles* (Besançon 2007); J. Versele, *Louis del Río, 1537-1578: reflets d'une période troublée* (Bruselas 2004); J. Versele, art. Vargas, en: *Nouvelle Biographie Nationale*, t. 7 (Bruselas 2003), pp. 375-377; L. de Vos, *Het proces van Egmont*, 3 vols. (Sottegem 1972-1974, 1983 y 1987); M. van de Vrugt, *De Criminele Ordonnantien van 1570. Enkele beschouwingen over de eerste strafrechtcodificatie in de Nederlanden* (Zutphen 1978); M. de Waele, «Un modèle de clémence: le Duc d'Albe, lieutenant-gouverneur des Pays-Bas, 1567-1573», en M. de Waele (ed.), *Clémence, oubliance et pardon en Europe, 1520-1650* (*La Revue du Département d'Histoire de l'Université de Montréal*, núm. 16/2; Montreal 1996), pp. 20-32; L. H. M. Wessels, «Conocido y desconocido. La imagen modificada de Felipe II en la historiografía holandesa desde Wagenaar hasta Fruin, siglos XVIII-XIX», *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 22 (1999), pp. 157-181; J. de Wolf, «Burocracia y tiempo como actores en el proceso de decisión. La sucesión del gran duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos», *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 28 (2003), pp. 99-124.

² Cf. la reseña de POSTMA, F., en *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis der Nederlanden*, 102 (1987), pp. 70-71.

LA INTRODUCCIÓN DE LA ETIQUETA BORGÑOÑA EN LA CORTE ESPAÑOLA

Francisco Javier Díaz González
Universidad de Alcalá

En 1541 el Emperador Carlos V nombraba al duque de Alba como *Grand Maître d'Hôtel* de su Casa de Borgoña, sustituyendo en este oficio a Adrián de Croy. A la muerte de don Diego de Cárdenas en 1542, quien desempeñaba el cargo de Mayordomo Mayor en la Casa de Castilla del Emperador, el Duque lo sustituyó de forma interina hasta que fue confirmado en julio de 1554¹, unificando en su persona ambos oficios. Pero don Fernando desempeñaría un importante papel cuando fue nombrado Mayordomo Mayor de la Casa del Príncipe don Felipe, pues fue el agente utilizado por Carlos V para introducir en España la etiqueta borgoñona. Después de la abdicación del emperador Felipe II mantendría al Duque como Mayordomo Mayor, oficio que desempeñaría hasta su muerte en 1582.

I. EL MAYORDOMO MAYOR DE CASTILLA

Dentro de la Corte castellana, el Mayordomo Mayor era el oficio palatino más alto después del Rey, demostrándolo de forma fehaciente en época de Fernando III las confirmaciones de privilegios concedidos por éste monarca, donde el mayordomo mayor figuraba inmediatamente detrás del Rey, precediendo al Alferez Real y al Arzobispo de Toledo². El *Espéculo* de Alfonso X nos muestra la preeminencia del Alferez Real y del Mayordomo Mayor sobre el resto de los oficios de la Corte, aunque afirmando la primacía del Alferez³, pero también señala los respectivos ámbitos de competencia de cada uno, pues mientras el Alferez éste llevaba la enseña del Rey y acaudillaba sus ejércitos, el Mayordomo acaudillaba todos los oficios que pertenecían a la casa del Rey, siendo su cometido *de veer e saber todas las rentas que pertenecen a los derechos del rey, e recibir las cuentas de todo también de*

¹ MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.), *La Corte de Carlos V. Corte y Gobierno*, vol. II, Madrid, 2000, p. 74.

² SALAZAR Y ACHA, J. de, *La Casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid, 2000, pp. 176 y 177.

³ *Espéculo*, libro II, título XIII, ley I.

los oficiales de casa del rey como de los otros del regno⁴; las *Partidas*, por su parte, desarrollaban lo contenido en el *Espéculo*, añadiendo cuales debían de ser las cualidades de la persona que debía ocupar este oficio: *Mayordomo tanto quiere dezir, como el Mayor de casa del Rey, para ordenar la cuenta en su mantenimiento... Ca al Mayordomo pertenesce tomar cuenta de todos los Oficiales, también de los que fazen las despensas de la Corte, como de los otros que reciben las rentas, e los otros derechos, de qual manera quier que sean, assí de mar: como de tierra: e el deue otrosí saber todo el auer que el Rey manda dar: como lo dan, e en que manera: e porque el su Oficio es grande, e tañe en muchas cosas, ha menester que sea de buen linaje, e acucioso, e sabidor, e leal. Ca si fuere de buen linaje, guardarse ha de fazer cosa, que le este mal, por que pierda el, e los otros que vinieren del. E otrosí acucioso deue ser, pues quel ha de saber todas las rentas, e los derechos del Rey, como se han de recibir, e de dar: e otrosí como se denen acrecentar, en manera que se non pierdan, ni se menoscaben. E sabidor conuiene que sea, para saber tomar las cuentas bien e ciertamente, e para dar otrosí al Rey recabdo dellas, de manera que sepa guardar la honrra de su Señor; e la buena andança de si mismo. E sobre todo conuiene que sea leal, en manera que ame pro del Rey, e le sepa ganar los omes por amigos, e desuiarlos de mal, e de duño. Ca esto puede el mejor fazer, que otro Oficial ninguno, porque todo el auer passa por su mano, que es cosa que mueue mucho los coraçones de los omes. E seyendo leal, fara todo, e conoscerá el bien que le fizieren, e sabergelo ha agradecer e servir. E quando atal fuere, deue el Rey fiarse mucho en el, e amarle, e honrrarle, e fazerle mucho bien; e quando de otra guisa fiziesse, deue auer tal pena, como ome que yerra a su Señor; fiandose en el, teniendo tan honrrado Oficio como de suso es dicho...*⁵.

Don Juan Manuel afirmaba que el Mayordomo Mayor su oficio es que deben saber todas las rentas de los señores et todo lo que los señores dan et despienden, et deben tomar las cuentas de los que algo recabdan por los señores, también de lo que se despiende cada día, como de lo que se coge et se recabda por su mandado⁶.

Salazar y Acha, desglosa de esta manera cuáles eran las principales funciones del Mayordomo Mayor medieval castellano⁷:

1. Preside la Casa del Rey, nombrando a muchos de los oficios menores y es el más próximo colaborador del monarca.
2. Dirige el ceremonial palatino.
3. Administra el patrimonio real y procura el aumento de sus rentas.

En el reinado de los Reyes Católicos, sigue siendo el oficial más importante de la Corte, pero muchas de sus competencias, sobre todo en orden financiero, han sido adquiridas por las nuevas instituciones que han aparecido en los reinados anteriores, especialmente por los Contadores Mayores. Supervisa el pago de salarios de los oficiales y la compra de abastecimientos para cada una de las dependencias de la Corte: Cocina, Botillería, Cerería y Caballeriza. Su firma todavía es necesaria en los libros de asientos y, si se encuentra en la sala donde se encuentran los reyes, les sirve la comida. A finales de año le eran presentadas las cuentas de los gastos realizados en la Despensa real, quien las comprobaba y daba su aceptación con su firma, a la que acompañaba la del Contador Mayor de la Despensa⁸.

⁴ *Espéculo*, libro II, título XIII, ley II.

⁵ *II Partida*, título IX, ley XVII.

⁶ *Libro de los Estados*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, vol. 51, Madrid, 1952, p. 339.

⁷ SALAZAR Y ACHA, *La Casa del Rey*, pp. 178-181.

⁸ DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*, Madrid, 1993, pp. 202 y 238.

2. EL GRAND MAÎTRE D'HÔTEL DE BORGÑO

El homólogo en la Corte de Borgoña del Mayordomo Mayor castellano era el *Grand Maître d'Hôtel*, pero a diferencia de éste no era el oficio palatino más importante, pues por encima de él se encontraba el *Grand et Premier Chambellan* o Camarero Mayor. Este gobierna todo lo relacionado con la Cámara, tomando juramento a los oficiales que servían en este cometido. Tenía en su poder la llave dorada de la Cámara del Duque, teniendo acceso libre a ella siempre que fuese necesario.

El *Grand Maître d'Hôtel* tomaba el juramento a todos los oficiales que estaban bajo sus órdenes, que eran los gentileshombres de boca, el *Grand Écuyer d'Écurie* o Caballerizo Mayor, costilleros, oficios de boca (Panadería, Cava, Cocina, Salsería y Frutería), aposentadores y otros oficiales de la casa, así como a los capitanes de las guardias de arqueros y alabarderos⁹; si había espacio suficiente, tenía aposento en palacio, pero si no era posible, era acomodado en la casa más cercana a él; controlaba y supervisaba todos los libros de la Casa y de la Despensa. Procuraba también vigilar la distribución de bebida y comida que correspondía a los oficiales de la Corte, realizando en el Bureo las cuentas de toda la Casa Ducal¹⁰.

También disfrutaba el *Grand Maître d'Hôtel* de competencias judiciales, presidiendo el Bureo, Junta de palacio compuesta por los mayordomos subordinados, el Maestro de la Cámara o *Maistre de la Chambre aux Deniers*, el *Contralor* y el *Grefier*, asistidos por un asesor letrado y un ujier de sala. El Bureo conocía en primera instancia de todos aquellos pleitos, negocios y delitos cometidos por los criados, así como los cometidos por los soldados de las guardias, por los proveedores de las mercancías y de los delitos cometidos en palacio aunque los delincuentes no fuesen oficiales del mismo. En apelación conocía de las sentencias dictadas por los tribunales inferiores de palacio, como eran el del Caballerizo Mayor o el del Sumiller de Corps, pudiendo, asimismo, avocar las causas que se estuviesen viendo en dichos juzgados¹¹.

3. EL DUQUE DE ALBA MAYORDOMO MAYOR DE CARLOS V: LAS FUNCIONES DEL NUEVO MAYORDOMO MAYOR

El nombramiento del duque de Alba como *Grand Maître d'Hôtel* de la Casa de Borgoña supuso un impulso más en la política de hispanización de los cargos palatinos llevada a cabo por Carlos V, que conduciría finalmente a la fusión de las secciones de aquella Casa con los oficios de la de Castilla, reconociéndose así *de facto* cuando el Duque ocupa el oficio de Mayordomo Mayor en 1542 y *de iure* en 1554. Sin embargo, todavía permanecían diferencias en el proceso de toma de posesión del título, pues como miembro de la Casa de Borgoña bastaba con la simple designación real y después la ceremonia del besamanos del monarca, mientras que por la de Castilla era necesario título de nombramiento por parte del Consejo y de la Cámara de esta Corona¹². No juraba su cargo y podía designar un teniente de Mayordomo Mayor para la Casa de Castilla para que le sustituyera en las ausencias de la Corte, frecuentes en la vida pública del duque de Alba.

El Mayordomo Mayor tomaba juramento a todos los oficiales que dependían de él y cuyos gastos controlaba, debiéndole éstos obediencia. Tenía directamente bajo su mando a 3 mayordomos (ocu-

⁹ Ibidem, p. 563.

¹⁰ Ibidem, p. 572.

¹¹ BENITO, E. de, «La Real Junta del Bureo», *Cuadernos de Historia del Derecho*, 1 (1994), p. 53.

¹² RODRÍGUEZ VILLA, A., *Etiquetas de la Casa de Austria*, Madrid, 1913, pp. 29 y sig.

pando dichos cargos cuando fue nombrado el Duque los españoles Pedro de la Cueva y Lorenzo Manuel y el flamenco Philibert de La Baume, barón de Monfalconet), sustituyéndole en sus ausencias el más antiguo, así como a 48 gentilhombres de boca dedicados al servicio de mesa (coperos o escanciadores, trinchantes y panatieres) y 143 gentileshombres de la casa; 3 *varletz-sevants*, que asistían a los anteriores y numerosos oficiales de boca. También se encontraban subordinados los oficiales de la Caballeriza Real, compuesta por el Caballerizo Mayor o *Grand e Premier Écuyer* (cargo ocupado por el señor de Bossu), dos caballerizos asistentes (el señor de Dandelot y Luis Manrique de Lara), dos gentileshombres de la Caballeriza (el señor de Marille y Luis Quijada), 37 oficiales ocupados en labores propias de la sección (mozos, silleros, herradores, reyes de armas, maceros, músicos), 26 pajes y 29 costilleros. Sometido a su control se encontraba la Furriera, al mando del *Mareschal des logis* Claude de Tyilly, seguido de 81 personajes, entre los que se encontraban los gentileshombres de la Cámara, el guarda-joyas, el maestro de la Cámara, el *Greffier du Bureau* y oficios como secretarios, reyes de armas, heraldos, ayudas de Cámara. Finalmente, el Mayordomo Mayor tenía bajo su control a los mandos y a las tropas que componían las guardias de arqueros, española y alemana¹³.

En cuanto a sus cometidos y funciones, teniendo como referencia el clásico estudio de Rodríguez Villa¹⁴ y el más actual de Fernández Conti¹⁵, el nuevo Mayordomo Mayor percibía un salario anual de 2.226.325 maravedís, además de ración de pan, vino, cera, sebo, casa de aposento, médico y botica. Gozaba el privilegio de tener en el aposento del monarca silla rasa de terciopelo de forma de tijera, que se podía doblar. En la Capilla tocaba al Mayordomo Mayor y a los otros mayordomos la disposición y arreglo de ésta.

El Mayordomo Mayor firmaba todas las libranzas, sobrecartas, desembargos y otros despachos del Consejo de Hacienda en sitio preferente al del Presidente, poniendo en la antefirma «Mayordomo Mayor». Si tenía alguna duda en cuanto a la provisión de asuntos ordinarios de la Casa Real, podía llamar al Presidente de Hacienda para que le facilitase noticias o le diese su opinión sobre el particular.

Era el encargado de recibir a los embajadores y otros diplomáticos que acudían por primera vez a la Corte, dando después cuenta de ello al Emperador. Después establecía las órdenes que debían seguirse para la audiencia, así como el séquito que debía acompañar a los diplomáticos.

Si se encontraba en palacio, por la noche le eran entregadas las llaves después de haber sido cerradas las puertas, que no se podían abrir si no era por un motivo especial. Si sucedía alguna novedad, los guardas debían de comunicárselo inmediatamente. Si el Mayordomo Mayor residía fuera de palacio, las llaves eran colgadas en el cuerpo de guardia y en el caso de novedades, le eran comunicadas al día siguiente.

En las comidas públicas de la familia real, como eran las cuatro pascuas del año (Navidad, Florida, Espíritu Santo y el Día de Todos los Santos), bodas y otras de carácter extraordinario, bajaba a la cocina por la vianda la primera vez, acompañado con los mayordomos, llevando el bastón al hombro, teniéndole un ayuda de la Fuerriera la silla rasa para sentarse mientras se sacaba la vianda. Colocada esta en la mesa real, dejaba el bastón y entraba a avisárselo al Emperador. Le presentaba la toalla para secarse las manos antes de comer, arrimándole la silla y sentado en ella el monarca se colocaba sobre la tarima a mano derecho, a la espera de recibir órdenes. El día de Reyes servía al

¹³ CARLOS MORALES, C. J. de, «La evolución de la Casa de Borgoña y su hispanización», MARTÍNEZ MILLÁN, *La Corte de Carlos V*, pp. 74 y sig.

¹⁴ Ver nota 12.

¹⁵ «La nobleza castellana y el servicio palatino», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y FERNÁNDEZ CONTI, S. (dirs.), *La Monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, vol. I, Madrid, 2005, pp. 556 y sig.

Emperador los cálices que se iban a utilizar en la ofrenda, poniendo además la almohada que iba a utilizar aquel para hincarse de rodillas; quitaba además la cubierta del sitio en los toros y también en la capilla e iglesia, cuando faltaban los eclesiásticos a quienes correspondía.

Como presidente del Bureo, lo celebraba los lunes y viernes de cada semana, dedicando los lunes a los asuntos de administración y finanzas, mientras que los viernes a los de gobierno y justicia. El Bureo se realizaba en su cuarto, colocándose él a la cabecera de la mesa, sentado en su silla de brazos y teniendo a sus lados a los mayordomos, sentados en sillas, y en un banco raso cubierto a los maestros de la Cámara, Contralor y Greffier. Era en el Bureo donde recibía los juramentos de los oficiales palatinos, estando él y los otros mayordomos cubiertos y sentados, mientras que el que juraba lo hacía de pie y descubierto.

Tanto en los aposentos de Palacio como en las salidas públicas, el puesto del Mayordomo Mayor, siempre y cuando no concurrieran la reina, infantes, cardenales o embajadores, era el inmediato al monarca, a no ser que por falta de grandes siéndolo él, le mandase el soberano pasar delante. Cuando marchaba detrás, precedía al Camarero Mayor, al Caballerizo Mayor y al Sumiller de Corps. No siendo grande era su lugar siempre detrás del Rey, a un lado si iban personas reales o eminentes, y si no inmediato al monarca, siguiendo luego los consejeros de Estado y gentileshombres. En el coche real se sentaba después del Caballerizo Mayor, a quien tocaba colocarse primero siempre que S. M. iba en coche o a caballo, así como en apeándose del coche volvía el Mayordomo Mayor a ocupar el mejor puesto.

En los entierros reales marchaba el Mayordomo Mayor inmediatamente detrás del cuerpo, en el mejor lugar, llevando a su izquierda al prelado y siguiéndolo los gentileshombres. En días de fiestas, a las que asistía el monarca, le correspondía hacer la repartición de ventanas de la plaza y, hecha, la mandaba ejecutar al alcalde de Casa y Corte más antiguo. También estaban a sus órdenes los alcaldes en las cosas tocantes a la Casa y necesarias al gobierno de ella y disposición de las procesiones.

4. EL DUQUE DE ALBA MAYORDOMO MAYOR DE LA CASA DEL PRÍNCIPE FELIPE

En enero de 1548 Carlos V elaboraba en Augsburgo una larga serie de instrucciones que remitió a España con el duque de Alba. Compleja era la misión del Duque, pues no solo tenía la misión de avisar al príncipe Felipe de su futuro viaje para reunirse con su padre sino también la constitución de la Casa de Borgoña del Príncipe, siendo nombrado para ello su Mayordomo Mayor. Como nos narra Maltby: *En realidad, este hombre, que llevaba siempre sombrero en presencia de reyes y que incluso a sus caballos daba nombres inconfundiblemente castellanos, no podía alegrarse de semejante misión. Simultáneamente, debía ser consciente de que le abría amplias perspectivas de poder personal: el mayordomo mayor no sólo estaba a cargo del ritual y la disciplina de la Corte, sino también de su aprovisionamiento y de muchos de sus nombramientos. Con el incremento de personal que exigía el nuevo ceremonial, sus derechos de patronazgo serían sólo inferiores a los de la Corona. Es probable que las posibilidades inherentes a esta situación no se le hicieran manifiestas de inmediato, y tampoco podría aprovecharlas al máximo a corto plazo, pero en años subsiguientes se haría evidente que Carlos V había creado precisamente la clase de personaje contra el cual había advertido a su hijo en 1543: un noble con una base de poder que se extendía más allá de sus propios dominios y que poseía, por consiguiente, su propia facción o bando*¹⁶. Antonio Ossorio, el más antiguo biógrafo del duque de Alba, corrobora el desagrado de éste al tener que realizar esta misión, narrando que *no pudo refrenar un instintivo impulso*

¹⁶ MALTBY, W. S., *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Madrid, 1985, pp. 90-91. Sin embargo, el oficio no era nuevo para el Duque, pues ya era Mayordomo Mayor de Carlos V, como se ha indicado más arriba.

de desagrado y con toda libertad y acritud le reprochó (al Emperador) aquella disposición tan injuriosa para los españoles, que necesariamente habría de acarrearlo odioso¹⁷. Ante la aptitud del Duque, según Ossorio, Carlos V le respondió: Siento mucho que mis súbditos tomen esto a grave ofensa. Tú te encargarás de apaciguarlos y de convertir el odio en amor; explicándoles las causas que he tenido para ello. No tienen necesidad de indulgencia ni de halagos vanos de favores, los más fieles y constantes vasallos de todo el mundo que están dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de su Soberano. Seguirán obedeciéndome mis súbditos sin necesidad de otros halagos ni concesiones, y no habrá otro motivo que más les incite a permanecer constantes en mi obediencia que el temor a incurrir en el enojo de su amado Soberano. Cuando no se puede imponer el amor, tiene que echar raíces por medio de la solicitud y los sufrimientos. Los pueblos germanos, que en la actualidad no tienen otro vínculo de amor que el presente beneficio, anhelan ser atraídos con el cebo de estas concesiones y deferencias. Así, mientras que estos se envanecen con esta falsa gloria, los españoles gozan del verdadero e indiscutible honor de haber vencido a Germania no sólo con sus armas, sino también con su reverencia, caballerosidad y amor. Es inútil que insistas; estoy plenamente convencido de que esto aprovecha por igual a los españoles y a los alemanes¹⁸.

Medida similar había tomado muchos años antes de ser entronizado Emperador con su hermano Fernando. En 1518, antes de que este partiera a Flandes, Carlos I ordenó que su casa se rigiera conforme al ceremonial borgoñón. Cuando Fernando sea nombrado rey de Bohemia y Hungría en 1526 establecerá dicha etiqueta en la Corte de Praga, y, en 1531, en Viena, cuando sea proclamado rey de Romanos¹⁹.

La elección del duque de Alba para esta misión por parte del Emperador era lógica. Don Fernando había recibido una educación humanística y cortesana de la mano del dominico italiano Severo y del poeta Juan Boscán; entre sus amistades juveniles destacaba la de Garcilaso de la Vega, reflejando su afecto por el Duque y por el linaje de los Álvarez de Toledo en su *Égloga Segunda*²⁰; y, finalmente, la estancia en la Corte de Carlos V, donde, además de conocer de primera mano como Mayordomo Mayor del Emperador y como caballero del Toisón de Oro la etiqueta palatina que se pretendía introducir en la Casa del Príncipe, había realizado importantes servicios, teniendo últimamente un papel protagonista en la reciente victoria sobre la Liga Smalkalda en Mühlberg y en la captura del elector Juan Federico de Sajonia y del landgrave Felipe de Hesse.

Aunque gran parte de la nobleza castellana criticó al duque de Alba por las nuevas novedades que iban a introducirse en la Corte, acusándole incluso de ser el instigador de la reforma²¹, lo cierto es que supuso que la alta nobleza acaparara los cargos palatinos y se consolidara la relación entre ella y el Príncipe²².

¹⁷ OSSORIO, A., *Vida y hazañas de don Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba*, Madrid, 1945, p. 162.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 162-163.

¹⁹ DOMÍNGUEZ CASAS, *Arte y etiqueta*, p. 560.

²⁰ Sobre la educación del III duque de Alba, CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El ducado de Alba. La evolución histórica de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005, pp. 137-142.

²¹ Ossorio narra que acusaban al Duque de cuál era la recompensa que se ganaba con la medida, a lo que respondía: «Pongo a Dios por testigo de mi inocencia y de la entereza con que he puesto las debidas objeciones a los mandatos del Emperador, sin miedo a exponerme a su indignación, no bien tuve conocimiento de las innovaciones que pensaba introducir en la Corte de Castilla. Pero creí una crueldad y falta de respeto negar el consuelo de su hijo al padre destrozado por los dolores y cargado con el peso de grandes preocupaciones, que le llamaba a su lado como única esperanza de su vejez. Por lo demás, quiero que tengáis presente que yo procedo de una familia que jamás ha buscado más recompensa que la gloria y la fama de sus acciones» (*Vida y hazañas*, p. 165).

²² ESCUDERO, J. A., *Felipe II. El rey en el despacho*, Madrid, 2002, p. 97.

El viaje a los territorios patrimoniales de los antiguos duques de Borgoña de los que descendían tanto el Emperador como el Príncipe fue la razón principal para la implantación de la nueva etiqueta. Carlos V quería presentar a su hijo en los Países Bajos, criado en Castilla, no como un príncipe extranjero sino como un auténtico heredero borgoñón y que la antigua gloria de Juan sin Miedo, Felipe el Atrevido, Felipe el Bueno o de Carlos el Temerario se reflejaba en su Corte española²³. Domínguez Casas, por su parte, afirma que otra razón descansa en un mecanismo compensatorio: un príncipe menor, el Duque de Borgoña, creó el más brillante ceremonial de Europa para superar a las monarquías vecinas; ahora el Rey de España poseía el imperio más extenso del Globo, pero carecía de una ceremonia de corte digna de esa grandeza. Desde entonces la Corona española utilizará este ceremonial borgoñón, mezclado con algunos elementos de los viejos ceremoniales de Castilla y Aragón, y terminando por ser conocido —e imitado— en toda Europa con el nombre de 'Etiqueta Española'²⁴.

El duque de Alba se reunió en el mes de marzo con el Príncipe en Alcalá de Henares, donde el joven regente había convocado Cortes que se reunirían en Valladolid. Allí el Príncipe informó de su partida y su sustitución en la regencia por su primo Maximiliano, quien desposaría con la infanta María. Solicitaba para sufragar esos gastos, además del servicio ordinario de 300 cuencos de maravedís pagaderos en tres años, el servicio extraordinario de 150 cuencos. La noticia de la salida del Príncipe cayó como un jarro de agua fría en los procuradores, pidiéndole que no abandonara el reino, pues Carlos V llevaba seis años sin pisar Castilla y ahora les iba a faltar su Príncipe²⁵.

Tampoco se llevó bien en Castilla el cambio del ceremonial cortesano. Ya hemos hecho alusión más arriba cómo la nobleza transformó al duque de Alba en cabeza de turco de la medida adoptada por el Emperador. Otras manifestaciones de ese descontento lo encontramos en la nueva versión del libro de Gonzalo Fernández de Oviedo *Libro de la Cámara Real del Príncipe Don Juan e oficios de su Casa e servicio ordinario* realizada entre los últimos meses de 1547 y los primeros de 1548, cuando llegaban a España noticias de los cambios que pretendía realizar Carlos V. La obra original databa de 1535 y había sido realizada por encargo del Emperador para que su hijo se criase y fuese servido de la misma manera que lo fue el hijo de los Reyes Católicos, el Príncipe don Juan. Señala Gómez-Centurión que fue el descontento político provocado por aquella medida lo que movió la pluma de Fernández de Oviedo a recordar al príncipe y a todos cómo lo había sido la casa y cámara del único hijo varón de los Reyes Católicos y cuáles las prerrogativas y dignidades de los oficiales castellanos que le habían servido. De ahí ese carácter de 'aviso' que el propio autor reconoce a su obra, dirigida a un tiempo a los servidores del príncipe... y al futuro Felipe II...²⁶.

Sin embargo, en Castilla no era desconocido este ceremonial y había sido utilizado antes, en tiempos de los Reyes Católicos. En julio del 1502 Felipe el Hermoso ofreció a sus suegros y a su esposa doña Juana un banquete según los cánones del ceremonial borgoñón en el palacio de los marqueses de Moya, en Toledo. Lo más granado de la nobleza flamenca y castellana intervinieron en la comida: el conde Palatino, el almirante de Castilla, el señor de Berghes, el señor de Ville, el señor de Melun, el señor de Isselstein, el señor de Veyre y don Diego de Guevara, señor de Jouvelle, etc. Traían las viandas de la comida los chambelanes y gentileshombres de boca flamencos y en el aparador que se trajo de Flandes

²³ ELLIOTT, J. H., «The court of the Spanish Habsburg: A peculiar institution?», en *Spain and its World 1500-1700*, New Haven, 1989, pp. 152 y 153; NOEL, Ch. C., «La etiqueta borgoñona en la corte de España (1547-1800)», *Manuscrits*, 22 (2004), p. 143.

²⁴ DOMÍNGUEZ CASAS, *Arte y etiqueta*, p. 560.

²⁵ KAMEN, H., *Felipe de España*, Madrid, 1997, p. 35.

²⁶ GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, C., «La herencia de Borgoña: El ceremonial real y las Casas Reales en la España de los Austrias (1548-1700)», en *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, vol. I, *La Corte. Centro e imagen del poder*, Madrid, 1998, pp. 18-19.

brillaban las vajillas de oro y plata del Archiduque. El modo de servir la mesa, produjo gran impresión en los castellanos, lo que motivó que el cronista Antonio de Lalaing escribiese: *fueron muy bien servidos a la moda de nuestro país. De lo cual el Rey y la Reina y sus grandes señores asistentes hicieron gran estimación, porque todo lo que se hace sin ruido no molesta: es lo que ellos no saben hacer*²⁷.

Hasta la llegada de Maximiliano, Felipe permaneció en Castilla. Pero antes de la reunión con su primo, el día de la Asunción de 1548 se presentó en Valladolid la nueva reforma de la Casa del Príncipe. Ese día Felipe come por primera vez en público conforme al ritual borgoñón. Así nos narra Cabrera de Córdoba el suceso y como hubo oposición en Castilla por esta reforma: *Fue a Valladolid, y formó la usanza de Borgoña su Casa, contra el deseo y esperanza de Castilla; mas no ser cumplido el tiempo, ni llegado el caso de la capitulación con el Rey don Felipe Primero, y la jornada de Flandes, motivaron su determinación. Cuidó mucho de la elección de personas para el gobierno civil y militar, y en el familiar con mayor examen. Descubre la inclinación, capacidad, limpieza de vida del príncipe, de quien copian la forma los súbditos, y nace su quietud, fama o infamia del señor. Los necesarios en cada oficio tenía, ya que sobrasen algunos en las dos casas de Castilla y Borgoña. En su juventud señores grandes, agradables, gallardos para el esplendor le sirvieron y acompañaron con suntuoso aparato en sus reinos, y en los extraños después, los más acomodados para servir, como los grandes para ser servidos, por esto menospreciadores del servicio cotidiano, y atrevidos por su poder con despreciamiento, y mal satisfechos aun de las inmensas mercedes. Assí la ley de la Partida*.

*En el día de la Asunción al cielo de Santa María, madre de Dios, comió en público con las ceremonias solenes, ornamento de mayordomos, gentilhombres de boca, reyes de armas, maceros y ballesteros de maza, cantores, ministriles, trompetas, atabales, los soldados de su guardia distribuidos en el palacio*²⁸.

Otro cronista contemporáneo de los hechos, Calvete de la Estrella, nos indica qué personajes estuvieron sirviendo al Príncipe: *Acabado ya de dar orden en esto, y estando ya la casa formada, se comenzó a servir al uso de Borgoña a los quince de Agosto, día de Nuestra Señora, del año mil y quinientos y cuarenta y ocho. Sirvió de mayordomo mayor el duque de Alba, acompañado de don Pedro de Ávila, marqués de las Navas; de don Pedro de Guzmán, conde de Olivares; de Gutierre López de Padilla, y de don Diego de Acevedo, mayordomos del Príncipe; los cuales salieron muy galanes y ricamente vestidos; y lo mismo los gentilhombres de la boca y de la casa. Hizóse el servicio del plato con reyes de armas vestidos de sus cotas reales, y maceros con real cerimonia y aparato*²⁹.

El duque de Alba reestructuró el servicio palatino de Felipe acoplando la Casa de Borgoña a la de Castilla. Aquella aparecía compuesta por unas 270 personas, encargadas de la Cámara, Caballeriza, Despensa, Servicio de mesa y Cocina, mientras que la castellana quedó prácticamente reducida a la Capilla³⁰.

En cuanto a los designados a ocupar cargos en la nueva Casa del Príncipe, el duque de Alba tuvo en esto más facilidades que en la Casa del Emperador, intentando a la vez crear una base de poder en el entorno del heredero. Para ello eligió dentro de su propio linaje, como sus cuñados el Caballerizo Mayor don Antonio de Toledo o el gentilhombre de la boca don Fadrique Enríquez, hermanastro de

²⁷ Citado en DOMÍNGUEZ CASAS, *Arte y etiqueta*, pp. 557-558.

²⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Historia de Felipe II. Rey de España*, edición de J. Martínez Millán y C. J. de Carlos Millán, vol. I, Valladolid, 1998, p. 15.

²⁹ CALVETE DE LA ESTRELLA, J. C., *El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe Don Felipe...*, Madrid, 1930, p. 4.

³⁰ MARTÍNEZ MILLÁN, J., FERNÁNDEZ CONTI, S. (dirs.), *La monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*, vol. I, Madrid, 2005, p. 61.

este último; así como de otros afines a él, como los Dávila, representados a través del marqués de las Navas como mayordomo y tres hijos de éste como gentileshombres, los Manuel, o los Córdoba. La mayor parte de los elegidos debían agradecimiento al duque de Alba, sin embargo éste no fue capaz de construir una posición política de cara al futuro, pues, a pesar de realizar grandes servicios a Carlos V, nunca contó con la gracia del Príncipe, siendo ésta disfrutada por Ruy Gómez de Silva³¹.

Cuando el Príncipe subió al trono como Felipe II, mantuvo al duque de Alba como Mayordomo Mayor y este intentó controlar los oficios de la Casa a través de parientes y allegados. Así logró el nombramiento de Camarera Mayor de la reina Isabel de Valois de su mujer doña María Enríquez: su hijo don Fadrique, gentilhombre de la Cámara, y su cuñado don Antonio de Toledo, Caballerizo Mayor, y los hermanastros de este, don Fadrique Enríquez de Guzmán, Mayordomo, y don Pedro Enríquez, conde de Fuentes, gentilhombre de boca; también fue gentilhombre de boca un sobrino del Duque, don Hernando de Toledo y Ávila, hermano del marqués de Velada. Representantes de las ramas colaterales de los Alba los encontramos en las personas de don Hernando de Toledo, señor de Villoria, y de don García de Toledo, señor de Higares. Fuera de los círculos familiares, don Fernando era un foco de atracción de numerosos cortesanos, desde oficios tan importantes como el de Cazador Mayor, ejercido por el marqués de Aguilar, hasta otros más humildes. Excepto el oficio de Sumiller de Corps, en manos de su enemigo el príncipe de Éboli, los principales cargos palatinos eran ocupados por familiares o allegados del duque de Alba³².

5. ANEXO

EL BANQUETE DE LOS MONARCAS (Sánchez Coello, Museo Narodowe, Varsovia)



En este cuadro vemos representado al duque de Alba ejerciendo su oficio de Mayordomo Mayor. Situado a la derecha de Felipe II, a quien sirve el plato, llevando consigo la toalla para ponerla a disposición del rey cuando éste se lo requiriese.

³¹ MARTÍNEZ MILLÁN, J. (dir.), *La Corte de Carlos V. Corte y Gobierno*, vol. II, Madrid, 2000, pp. 216-217.

³² MARTÍNEZ MILLÁN y FERNÁNDEZ CONTI, *La monarquía de Felipe II*, I, pp. 556 y sig.

 Institución Gran Duque de Alba

LOS AGENTES DE ALBA EN FLANDES: EL CASO DE DON BERNARDINO DE MENDOZA

José Miguel CABAÑAS AGRELA
Doctor en Historia

Cuando el duque de Alba acudió a los Países Bajos para sofocar la revuelta en nombre del rey, no se llevó consigo más que soldados, creyendo que su estancia en esos países se reduciría al tiempo necesario para suprimir cualquier signo de oposición al poder real y que su objetivo era puramente militar y no gubernamental¹. En un principio creyó que su misión le llevaría tan solo el tiempo necesario para allanar el camino al monarca, a quien le correspondería la misión de reconciliarse con sus súbditos². *Alba no había contado con estar al mando más que seis meses y, por lo tanto, había llevado consigo pocas instrucciones políticas detalladas y todavía menos personal no militar*³. Pero, por desgracia para Alba, los acontecimientos de los Países Bajos se fueron complicando y pronto se hizo patente la necesidad de que el duque permaneciera en ellos más tiempo del que había calculado en un principio. Más aún, pronto comprobó con amargura que la promesa hecha por el rey de que acudiría en persona a estos territorios no se cumpliría. Primero anunció que iría en el otoño de 1567, una vez que Alba hubiera pacificado el territorio, pero tuvo que posponer el viaje debido en parte a los consejos del propio duque, quien advirtió al rey de que los Países Bajos seguían peligrosamente intranquilos⁴. Más tarde, el monarca anunció su ida para la primavera de 1568, pero una serie de desastres familiares: encarcelamiento y muerte de su único hijo y heredero, el príncipe don Carlos, y de su tercera esposa, la queridísima Isabel de Valois, así como el estallido de la revuelta de los moriscos en territorio español, que hicieron de 1568 su *annus horribilis*, hizo que el tan ansiado viaje a los territorios flamencos se pospusiera *sine die*. Además, la calma aparente que reinaba en dichos territorios debido

¹ PARKER, G., *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*, Madrid, 1991, p. 146.

² KAMEN, H., *Felipe de España*, Madrid, 1997, p. 124; MALTBY, W. S., *El Gran Duque de Alba. Un Siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Madrid, 1985, p. 179 (acaba de salir una nueva reedición con motivo del V Centenario del nacimiento de Alba en la editorial Atalanta, octubre de 2007).

³ PARKER, G., *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, 1989, p. 104.

⁴ *Ibidem*.

fundamentalmente al terror que Alba infundía en sus habitantes no era más que eso, una tensa calma; la situación, lejos de haberse relajado parecía que más bien podía estallar en cualquier momento⁵. Ante tal panorama, Alba comprobó con cierta amargura y pesimismo —era muy dado a venirse abajo a pesar de la imagen terrorífica que nos ha llegado hasta nuestros días— que se encontraba solo ante una misión harto difícil e ingrata, en un entorno hostil, donde se sentía odiado y en donde él mismo desconfiaba de los naturales del país, a quienes consideraba a todos unos auténticos herejes⁶. Alba sólo confiaba en los castellanos —*pues no osaría fiar a otra nación*—, en lo que Geoffrey Parker ha considerado como una mentalidad de superioridad de raza⁷, y que yo matizaría, expresándolo más bien como de una superioridad moral y religiosa.

La situación se agravó tras la dimisión de Margarita de Parma como gobernadora de los Países Bajos, quien se vio desagradablemente minusvalorada y apartada de las decisiones políticas importantes ante el empuje de Alba⁸. Con esta nueva situación, Alba no sólo se veía como el capitán general del ejército que había acaudillado hasta Flandes para poner orden, sino que tuvo que asumir también las funciones de gobernador en ausencia de Margarita, con toda la carga política y de gobierno que esta nueva situación conllevaba, y para la que no estaba preparado⁹, dada la perentoriedad de la situación. Así que Alba, de la noche a la mañana, tuvo que poner las bases de un nuevo gobierno de emergencia, que se componía de una serie de burócratas traídos desde España¹⁰, que se encontraban en país tan extraño como se encontraba el propio Alba¹¹. Por todas estas razones, el duque optó por adoptar un gobierno intensamente personal¹², tomando él solo difíciles decisiones, muchas veces incluso, en contra de las recomendadas por el propio monarca.

La conclusión es que Alba se sentía tremendamente solo ante su misión, ya que desconfiaba casi de todo el mundo. Por lo que no le quedó más remedio que echar mano de un puñado de hombres de confianza que tenía como soldados para las misiones más importantes. Alba era ante todo un hombre de guerra, y como tal, su mayor confianza siempre la depositó en sus buenos y valientes soldados españoles. Estos caballeros-soldados de confianza del duque, formaban un selecto grupo a los que se

⁵ Bernardino de Mendoza hace una excelente descripción de este ambiente de tensa calma que reinaba en los primeros meses del gobierno de Alba en los Países Bajos: *con la manera de quietud que se veyan en ellos, hallandose al parecer sossegados, ó por mejor decir dormidas, y disimuladas las cosas dellas, con el no poderse prometer de las intenciones de los rebeldes ninguna seguridad ni confianza, antes tener bivas sospechas por la huyda de muchos, y las mas principales cabeças en Alemania*. MENDOZA, B. de, *Comentarios de... de lo sucedido en las guerras de los Paysses baxos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*, Madrid, 1592, pp. 31v. y 32; (Ed. a cargo de M. Rivadeneyra) en «Historiadores de sucesos particulares», *Biblioteca de Autores Españoles*, Madrid, 1853, vol. XXVIII.

⁶ PARKER, G., *El ejército de Flandes*, p. 146.

⁷ Véase MALTBY, *El Gran Duque*, p. 180 y nota 33.

⁸ Para las disensiones entre Alba y Margarita de Parma véase MALTBY, *El Gran Duque*, pp. 176-179.

⁹ PARKER, G., *España y la rebelión*, p. 105.

¹⁰ Para la organización del gobierno que Alba tuvo que instaurar en los Países Bajos tras la salida de Margarita de Parma como gobernadora, véase: MALTBY, *El Gran Duque*, pp. 180-188 y PARKER, G., *El ejército de Flandes*, pp. 145-162.

¹¹ Entre estos burócratas españoles destacaron por su mayor participación en los asuntos del gobierno el secretario personal del duque, Juan de Albornoz, que llegó a convertirse en una figura de enorme poder, actuando con frecuencia en nombre de su señor, como este actuaba en nombre del rey. Albornoz hizo de eslabón muchas veces entre el duque y la corte de Madrid, donde el secretario del rey, Gabriel de Zayas, de la facción del duque y gran amigo de Albornoz, favorecía al duque ante el monarca. Otro hombre fuerte del duque en cuanto a los burócratas fue el pagador del ejército Francisco de Lixalde, quien controló todas las finanzas, no solo pagando a las tropas, sino recaudando fondos por medio de asientos con banqueros de Amberes. El contador Jerónimo de Curiel, fue también una pieza clave, así como Francisco de Ibarra, quizá el más antiguo y más apreciado de los hombres de Alba, en palabras de Maltby. En cuanto a los españoles que presidían el Tribunal de los Tumultos, instaurado por Alba para juzgar los delitos de herejía, se encontraban Juan de Vargas, quien gozaba de la plena confianza del duque, y Luis del Río, nacido este en los Países Bajos, pero de origen español.

¹² MALTBY, *El Gran Duque*, p. 180.

denominaba *entretenidos cerca de la persona*¹³, y fueron en los que se apoyó el duque en su tarea de pacificar los Estados Bajos, tanto en el plano militar como en el político¹⁴. *Servían al general personalmente, ganando experiencia militar y demostrando su aptitud para ocupar puestos de mando. Muchos conjugaban el cargo que tenían en la casa del general con cargos superiores en el Ejército*¹⁵. Sancho de Londoño, Cristóbal de Mondragón, Julián Romero, Sancho Dávila, el prior don Hernando de Toledo, Chapin Vitelli, Alonso de Vargas y Francisco Verdugo, fueron algunos de los nombres que más sonaron en los años difíciles del gobierno del duque de Alba en Flandes¹⁶.

El caso de Bernardino de Mendoza es muy significativo entre estos *entretenidos cerca de la persona*, y a la vez muy singular. Su *cursus honorum* es el de una meteórica carrera militar, en donde don Bernardino, como él mismo reconoce en sus *Comentarios* se convierte en un alumno aventajado del duque en cuanto a enseñanzas militares se refiere y en uno de los hombres de confianza de Alba en los Países Bajos, no solo en el terreno militar sino también diplomático.

Hijo de los condes de Coruña¹⁷, don Bernardino pertenece a uno de los clanes nobiliarios más poderosos y extensos de toda España: el de los Mendoza. Por su padre desciende de don Íñigo López de Mendoza, I marqués de Santillana, con lo que está emparentado con las casas de Infantado, Mondéjar, Tendilla, Cénete, etc., por la parte materna, está emparentado con el cardenal Cisneros¹⁸, por lo que en su sangre se mezcla la de la más alta nobleza de Castilla con la más alta jerarquía eclesiástica y política del reino. Mendoza estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, fundada por su tío abuelo, donde se licenció en Arte y Filosofía. En un principio parece que el futuro de don Bernardino

¹³ «El salario anual del capitán general del ejército de Flandes era de 36.000 escudos. Con esta cantidad, mantenía una casa al estilo aristocrático: secretario, tesorero, mayordomo, gentiles-hombres de cámara y demás. Por otra parte, el general estaba autorizado para disponer, a cuenta de los fondos del gobierno, de cantidades especiales para mantener un cierto número de amigos suyos, que quedaban obligados a residir en su casa. Eran los «entretenidos cerca de la persona», equivalentes a los oficiales de estado mayor». PARKER, G., *El Ejército de Flandes*, p. 147.

¹⁴ «Todo el control político vino a recaer sobre el capitán general y sobre el círculo reducido y confidencial de consejeros elegidos por él». PARKER, G., *El Ejército de Flandes*, p. 146.

¹⁵ PARKER, G., *El ejército de Flandes*, p. 147.

¹⁶ Para las biografías de estos soldados véase: ALBI DE LA CUESTA, J., *De Pavia a Rocroi. Los Tercios de Infantería española en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1999; ALMIRANTE, J., *Bibliografía Militar de España*, Madrid, 1876; *Bosquejo de la Historia Militar de España*, vol. II, Madrid, 1923; BARADO, F., *Literatura Militar Española*, 2 vols., Barcelona, G., 1890; «Dominación y Guerras de España en los Países Bajos», *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, 2ª época, año II, (enero de 1902); FERNÁNDEZ CONTI, S., «La profesionalización del gobierno de la guerra: don Alonso de Vargas», en *La corte de Felipe II*, J. Martínez Millán (dir.), Madrid, 1994, pp. 417-450; MARTÍNEZ LAÍNEZ, F., «Una pica en Flades. La epopeya del camino español», Madrid, 2007; GIMÉNEZ MARTÍN, J., *Tercios de Flandes*, Madrid, 1999; GONZÁLEZ CASTRILLO, R., *El Arte Militar en la España del siglo XVI. Estudio histórico-bibliográfico*, 2 vols., (Tesis doctoral de la Universidad Complutense) Madrid, 1996; MALTBY, W. S., *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Madrid, 1985 (recientemente aparecida una nueva edición en editorial Atalanta, Madrid, 2007); MARICHALAR, A., *Julián Romero*, Madrid, 1952; MARTÍNEZ DE CAMPOS Y SERRANO, C., *España bélica: el siglo XVI*, 2ª parte, Madrid, 1966; MÁS CHAO, A., «El soldado español de los tercios. Dos tipos determinantes: el profesional y el aventurero. Las vidas contrapuestas de Julián Romero y Alfonso de Contreras», en *El ejército y la armada de Felipe II, ante el IV centenario de su muerte, IV Jornadas de Historia Militar*, Madrid, 1997; PARKER, G., *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*, Madrid, 1991; *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, 1989; PUDDU, R., *El soldado gentilhombre*, Barcelona, 1984; QUATREFAGES, R., *Los Tercios españoles (1567-1577)*, Madrid, 1979; RODRÍGUEZ VILLA, A., «El coronel Francisco Verdugo (1537-1595). Nuevos datos biográficos», en *Curiosidades de la Historia de España*, Madrid, 1890, vol. III, pp. 1-85; SALCEDO RUIZ, S., *El Coronel Cristóbal de Mondragón. Apuntes para su biografía*, Madrid, 1905; *Un bastardo insigne del Gran Duque de Alba: El Prior D. Hernando de Toledo*, Madrid, 1903; RUMEU DE ARMAS, R. A., «Nuevos datos para la biografía de don Francisco Verdugo, capitán e historiador de las guerras de los Países Bajos», (*De Hispania*, n.º XXXVIII), Madrid, 1950.

¹⁷ Para datos biográficos más detallados sobre el personaje véase mi Memoria de Licenciatura: *Don Bernardino de Mendoza, un escritor-soldado al servicio de la monarquía católica. (1540-1604)*, Guadalajara, 2001.

¹⁸ Su madre era hija de un hermano del poderoso cardenal.

iba a ser eclesiástico, pero, sin duda, este no estaba hecho para la quietud y el reposo. Mendoza tenía inquietudes intelectuales, es cierto, pero además tenía ambición política y vocación militar, como muchos de los jóvenes nobles de su tiempo. En 1563 se producirá su bautismo de fuego en la campaña de Orán, en el norte de África; al año siguiente, participará en la toma del peñón de Vélez de la Gomera¹⁹ y en 1565 le vemos entre los jóvenes nobles de la corte acaudillados por un jovencísimo don Juan de Austria que acudieron a la llamada de socorro de la isla de Malta²⁰, asediada por los turcos. Su consagración como militar no se producirá, sin embargo, hasta 1567, formando parte del ejército reclutado por Alba para acudir a los Países Bajos.

Se dio la circunstancia de que Mendoza tenía la misma visión que el duque de Alba en cuanto a la manera de tratar el problema flamenco. Según el historiador Fernández Álvarez, *estamos ante uno de los personajes más característicos de la Monarquía filipina, plenamente integrado en el sistema*²¹. Mendoza, al igual que su admirado duque, estaba convencido de la perversidad de los herejes y de la justa causa de los españoles, y así lo refleja una y otra vez en la obra que dejó escrita en las postrimerías de su vida, *Los Comentarios de Don Bernardino de Mendoza a la Guerra de los Países Bajos*, en la cual, emulando a Julio César, nos da su visión del conflicto que él vivió tan de cerca y en el que participó activamente como capitán de la caballería ligera. Como ferviente católico que era, y fiel vasallo de su Majestad el rey Felipe II, para Mendoza no había ninguna otra salida al conflicto que la rendición incondicional de los rebeldes flamencos ante su señor natural y ante «la única y verdadera religión». Mendoza compartía también con el duque la superioridad de la moral cristiana castellana frente a los insurgentes y no quería ver en ellos causa alguna que no fuera la destrucción de la fe católica²², como si estuvieran poseídos de una perversa malignidad diabólica. No debemos asustarnos ante esta mentalidad, que hoy en día nos puede parecer tan intransigente y cerrada de miras; Mendoza era sin duda ninguna un hombre inteligente y culto, pero estaba imbuido por ese espíritu mesiánico que el mismo monarca emanaba y que se impuso en la mayoría de sus súbditos durante su reinado. Don Bernardino no fue más que un producto de su tiempo, como también lo fue Alba, aunque haya que reconocer que no todos los hombres y mujeres de la España de Felipe II pensaran de la misma manera, pero, en todo caso, estos últimos serían la excepción que confirman la regla. El mismo don Bernardino sufrirá un giro de 180° al final de sus días cuando contemplando en perspectiva el inacabable y fracasado conflicto flamenco, más las guerras abiertas con Francia y el desastre de la Invencible, le haga cambiar de opinión, seguramente sumido en una crisis de fe por lo que había creído durante toda su vida, como les pasó a muchos de los españoles de finales del siglo XVI y principios del XVII²³. Este giro lo podemos constatar por la última obra que realizó en su vida, y que ni siquiera llegó a ver publicada, la traducción del latín al castellano de *Los Seis Libros de las Políticas* del humanista flamenco Justo Lipsio²⁴, quien abogaba por una vía intermedia en el conflicto flamenco

¹⁹ En carta del comendador mayor de Castilla al rey, recomendando a don Bernardino, dice de él: ... *que sirve en estos estados sin faltar un día, desde que el Duque de Alba vino á ellos, y antes havia servido en el socorro de Oran, y jornada del Peñon...* ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (a partir de ahora AGS), Estado, leg. 558, fol. 69. Carta del comendador mayor de Castilla al rey. Bruselas, 15 de junio de 1574. Carta citada por GACHARD, *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays Bas*, Bruselas, 1858-1877, vol. III, p. 105.

²⁰ Véase mi Memoria de Licenciatura, *Don Bernardino de Mendoza*, op. cit., pp. 52-54.

²¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Poder y Sociedad en la España del Quinientos*, Madrid, 1995, p. 264.

²² MALTBY, *El Gran Duque*, p. 289.

²³ Véase en mi Memoria de Licenciatura, *Don Bernardino de Mendoza*, el capítulo «Conversión y muerte de un pecador», pp. 215-223.

²⁴ LIPSIO, J., *Politiconum sive civiles doctrina libri sex, qui ad principatum maxime spectant*, Leyden, 1589. Traducción española de Bernardino de Mendoza: *Los seis Libros de las Políticas o Doctrina Civil que sirven para el gobierno del Reyno o Principado*, Madrid, 1604. Edición a cargo de J. Peña Echeverría y M. Santos López, Madrid, 1997.

y por un esfuerzo por ambas partes para llegar a una reconciliación. Mendoza va a dedicar intencionalmente su traducción de las *Políticas* de Justo Lipsio a la nobleza castellana que no sabe latín. Este tratado en castellano, gracias al trabajo de Mendoza, formará a una nueva generación cuyos postulados serán más pacifistas y que dará sus frutos en la Tregua de los Doce Años, y en las paces con Inglaterra de 1604, ya en el reinado de Felipe III y bajo la dirección del duque de Lerma²⁵, pero será ésta otra generación distinta a la que vivieron tanto Mendoza como Alba.

Pero volvamos a la relación entre Alba y su pupilo, Mendoza, a quien siempre demostrará un afecto especial. Ya desde el primer momento en que se encuentran los dos personajes —puede que ya se conocieran desde antes, cuando las bodas de Felipe II con Isabel de Valois, que se celebraron en el palacio del Infantado en Guadalajara, siendo los Mendoza anfitriones de lujo de toda la corte española en pleno²⁶—, Alba va a confiar en él. Desde Italia, el duque le encomendará a Mendoza una misión diplomática de suma importancia ante el papa Pío V en Roma, para explicarle los motivos de la expedición y aclararle que la misión que tenía encargada era única y exclusivamente pacificar los Países Bajos de su Majestad y arrestar a los cabecillas y no desviarse del programa, ni malgastar las fuerzas entrando en la ciudad calvinista de Ginebra para arrasarla a sangre y fuego, como era la pretensión del papa, más preocupado por el foco y escuela de herejes que suponía la ciudad de Calvino que por los rebeldes de Felipe II²⁷.

La relación de Alba con don Bernardino en el territorio flamenco en conflicto se puede interpretar como una relación de patronazgo clientelar trasplantada al escenario de los Países Bajos. Este tipo de relaciones clientelares tan comunes en Castilla en tiempos de paz, lo podemos ver calcado en la relación que tiene Alba con sus hombres en Flandes.

... la forma retórica más usual del clientelismo era la de «maestro» y «siervo», «hechura» o «creatura», siendo corriente encontrar entre la documentación los términos que se derivaban de esta relación, como: «humildemente», «suplicar», «obligado», etc. Por su parte, el patrón respondía con la reciprocidad del favor y en el acto de concesión solían aparecer términos como «por los buenos oficios realizados», «servicios prestados», etc. Todo ello estaba demostrando una relación desigual y unas relaciones de poder de redes y clientelas que, desde la Corte, se iban extendiendo hasta los últimos rincones de los reinos²⁸.

Pues bien, en la correspondencia enviada por Bernardino al duque de Alba y a su secretario Alborno, después de que estos partieran de Flandes hacia España —quedan tan sólo 20 cartas de Mendoza²⁹ en el archivo del Palacio de Liria de Madrid—, nos encontramos exactamente con estas mismas fórmulas que compendian una mezcla de agradecimiento, acatamiento, fidelidad, respeto, reverencia, pupilaje, pleitesía, dependencia, etc., y que demuestran la admiración de don Bernardino hacia el duque, rayando casi en la idolatría. Veámos algunos ejemplos de estas fórmulas utilizadas por don Bernardino en su correspondencia:

²⁵ Véase FEROS, A., *El Duque de Lerma*, Madrid, 2002, Primera parte, pp. 39-109.

²⁶ LAYNA SERRANO, F., *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, Madrid, 1942, vol. III, p. 211; también en ARTEAGA, C. de, *La Casa de Mendoza*, vol. I, p. 339.

²⁷ Véase mi Memoria de Licenciatura, *Don Bernardino de Mendoza*, pp. 105 y 106.

²⁸ MARTÍNEZ MILLÁN, J. (ed.), *Instituciones y élites de poder en la Monarquía Hispánica durante el siglo XVI*, Madrid, 1992, p. 20.

²⁹ Archivo Casa de Alba (a partir de ahora A. A.). Correspondencia de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba y a su secretario Juan de Alborno entre el 3 de enero de 1574 y el 14 de agosto de 1581. Caja 43, cartas 262-281.

por ser yo hechura del duque, o, que los que no tenemos esperanza del ser adelantados sino por manos de vuestra excelencia como hechura suya, es fuerza que acudamos a ellas [...] que mientras me quede vida serviré a vuestra excelencia y a toda su casa³⁰, o esta otra: envío a suplicar a vuestra excelencia dandome alas para ello la mucha merced y favor que vuestra excelencia siempre me ha hecho³¹. O esta otra, que casi parece una declaración de amor: que quien está tan dolido como yo del no poder estar sirviendo de noche y de día a vuestra excelencia, bien a menester para engañar parte de la soledad el recibir esta merced y para mí, ninguna hay en la tierra que me pueda dar mayor contentamiento que el tener nuevas de la salud de Vuestra Excelencia³².

En esta correspondencia de don Bernardino al duque vemos repetidamente la utilización por parte de Mendoza de la palabra *hechura*, para definirse a sí mismo, palabra muy utilizada en la época y que venía a significar el reconocimiento por parte de la persona que había recibido protección y ayuda en su ascenso al amparo de su protector, dando a entender que si ha llegado a donde está no es sino gracias a él³³. Es una fórmula que tiene implícita una especie de lazos de fidelidad hacia esa persona para toda la vida, una especie de vasallaje, que en los términos del siglo XVI sería más bien de carácter político y cortesano. Así se tejían las redes clientelares en el siglo XVI.

Los estudios sobre patronazgo tratan de explicar el dominio de una minoría (élites) sobre amplios sectores sociales basándose para ello no en relaciones institucionales, ni tampoco en los vínculos de parentesco (aunque a veces se utilicen éstos para conseguirlo), sino en las relaciones personales. Se trata, pues, de unas relaciones de poder que recuerdan a las feudales, según las cuales, un patrón asistía y protegía a sus clientes (colocándolos en oficios, promocionando a sus hijos, defendiéndolos legalmente, etc.); a cambio, el cliente ofrecía lealtad y servicio a su patrón. Tal sistema no se iniciaba a través de un compromiso escrito ni, por lo general, explícito, sino que se establecía normalmente tras la solicitud de algún favor o apoyo, interviniendo muchos factores irracionales como la emoción o la voluntad³⁴.

Y es que en todas estas cartas, don Bernardino no utiliza estas fórmulas al azar, sino que tienen una finalidad muy clara, y es la de ponerse una vez más bajo la protección del duque para escalar un escalón más en su ambiciosa carrera política. Sin duda, una vez que el duque abandona los Países Bajos y se impone una política de reconciliación bajo el gobierno del nuevo gobernador don Luis de Requesens, Mendoza, que ciertamente no está para nada de acuerdo con este giro en la política española, y, que viene propiciado, además, por los enemigos de Alba en la corte de Madrid, no encuentra ya ningún aliciente en esa guerra que parecía maldita y que a todas luces parecía no tener fin ni solución, por lo que siente que ya no tiene sentido su permanencia en Flandes. Por este motivo suplica al duque reiteradamente que le saque de allí, que interceda ante el rey para que le de un puesto mejor, ya sea en la corte o en cualquier otro lugar donde pueda ser de más utilidad a la corona:

estoy escandalizadisimo de ver quan en general es el descontento en toda profesion de gentes y yo por no dejallo de ser me cave tambien mi parte por no poder estar sirviendo

³⁰ A. A., caja 43, carta 273. Carta de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba. Bruselas, 14 de abril de 1576.

³¹ *Ibidem*.

³² A. A., caja 43, carta 275. Carta de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba. Bruselas, 23 de abril de 1576.

³³ Véase mi Memoria de Licenciatura, *Don Bernardino de Mendoza*, el capítulo «Don Bernardino de Mendoza, *hechura* del duque de Alba», pp. 160-168.

³⁴ MARTÍNEZ MILLÁN, *Instituciones y Élite*, p. 20.

de día y de noche a Vuestra Excelencia, a quien suplico sea servido de acordarse de mí y favorecerme para que salga de estos estados...³⁵. O en esta otra en la que pide directamente al duque que interceda ante Su Majestad: ...sea servido de acordarse de mí como hechura de sus manos y favorecer con su Majestad para que yo salga destos estados si balgo para serville en este ministerio de soldado o en otro alguno fuera dellos que el ver quan pocas esperanzas nos dan a los soldados que aquí estamos del ser acrecentados con ellos me da alas para suplicallo a Vuestra Excelencia...³⁶.

Aquí se ve claramente en palabras de Mendoza el ambiente de hartazgo y baja moral del ejército, ante una guerra que parecía no tener fin, en un territorio donde todo español era mirado con odio, una tierra hostil para un castellano, tanto por su clima como por el carácter de sus lugareños. Cuando Mendoza escribe esto, es la época en que la soldadesca se amotina una y otra vez, anteponiendo sus intereses personales a los de la monarquía, cosa que no ocurría bajo el mandato del duque de Alba.

Pero en estas cartas que Bernardino envía al duque nos encontramos con una doble finalidad: Mendoza no solo se limita a pedir, sino que, a cambio, le sirve al duque como su confidente en los Países Bajos. Un duque que se encuentra solo en la corte de Madrid, sin apoyos después de haber salido deshonrado de la más importante empresa de su vida y su más calamitoso fracaso, como fue su gobierno de los Países Bajos, sigue apegado a los acontecimientos que allí están ocurriendo, y, para opinar y ser escuchado, necesita buena información de primera mano de alguien que se encuentre en medio de la refriega y que además piense como él; y quién mejor que su fiel don Bernardino para que le vaya relatando carta tras carta el desmoronamiento de la política pacifista preconizada por el bando ebolista y que Alba recibiría, sin duda, con sumo regocijo: *...que en quanto a lo que Vuestra Excelencia manda de que le avise con todas ocasiones yo lo he hecho después que llegué a este lugar con todas las que se han ofrecido...³⁷*. En sus cartas, Mendoza narra al duque el ambiente de anarquía y desmoralización que reina tras su ausencia:

... vanse de 20 en 20 [los soldados, que desertaban] y de 30 en 30 a Italia y Francia y ha habido golpe de 50 juntos, sin ser parte para remediallo el Comendador Mayor, con el haber castigado a algunos y hecho muchas y muy convenientes provisiones para impedirselo [...] estan desenfrenadissimos y tan sin manera de obediencia a sus oficiales que aseguro a Vuestra Excelencia que esta meridad el sello suyo en esta era³⁸.

Sin duda se le podrá criticar cualquier cosa al duque de Alba, pero lo que es cierto es que, salvo con Alejandro Farnesio, duque de Parma, nunca los soldados de Flandes habían estado con la moral tan alta y tan bien dirigidos como con Alba, precisamente por esa estricta y superrígida disciplina militar que infundía un respeto sin igual.

Pero en esta correspondencia que estamos analizando no todo van a ser temas serios de política y de quejas, había lugar también hasta para el chismorreó y el esparcimiento, como se puede comprobar en esta carta dirigida al secretario de Alba, Juan de Albornoz:

Julian [Romero] cassó una hija que tenía aquí con el capitán Damian de Morales. Fue el Comendador Mayor a las bodas y la novia por no saltar, ya que es fea, en lo del ser desenvuelta le sacó a un plantón y el Comendador Mayor salió sacando a Ursula y con tanto se acabó la danza. Marcos Niñez, el huésped que fue del duque, casa una de sus

³⁵ A. A., caja 43, carta 269. Carta de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba. Bruselas, 11 de diciembre de 1574.

³⁶ A. A., caja 43, carta 273. Carta de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba. Bruselas, 1 de abril de 1576.

³⁷ A. A., caja 43, carta 275. Carta de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba. Bruselas, 23 de abril de 1576.

³⁸ A. A., caja 43, carta 267. Carta de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba. Amberes, 1 de septiembre de 1574.

hijas, que llamaba Gaspar Nieto «corvaticas», con Mos. De Temple, y serán las bodas dentro de siete días. Mire v.m. quien tal pensara que se pudiera hacer tal junta: pareceme que según esto, que no dixo mal un hombre al otro, amigo suyo, que le decía que había soñado cien mil disparates y el otro le respondió que no si eran tantos que no podían ser sino acordándose de los casamientos que se hacían. V.m. me la haga en dar estas nuevas al duque, que sospecho que reirá dellas...»³⁹.

Este tipo de correspondencia nos habla de una relación entre el duque y su pupilo y discípulo que iba más allá de la mera formalidad, una relación que podríamos calificar incluso de amistad. No es de extrañar que Alba, en la soledad de los Países Bajos, se apoyara en personas como Mendoza, que, no solo era un buen soldado y persona de su total confianza, sino que además, por pertenecer también a la más alta y rancia nobleza de Castilla, su mundo era el mismo que el del duque, compartiendo los mismos códigos de conducta y de educación que hacía más cercana y distendida su relación que la que podría tener el duque con cualquiera de sus otros soldados:

...por su nacimiento, su educación y el puesto que ocupó junto al duque de Alba, Mendoza es más que un simple Capitán de caballería, él sabe lo que ocurre en los consejos de gobierno y conoce los secretos de la política»⁴⁰.

nos dice Morel-Fatio, uno de los investigadores que más ha estudiado la vida y la obra de Bernardino de Mendoza.

La afinidad llegó hasta tal punto, que incluso el duque planeó que su pupilo emparentara con él, insinuando, en una carta dirigida al hermano mayor de Bernardino, el conde de Coruña, que Bernardino podría tomar matrimonio con una sobrina suya:

Muy ilustre señor: Cien mil años ha que no sé de v.s. ni de mi señora la condesa, cuyas manos beso muchas veces, [...] Ya v. s. sabe que los soldados, después de viejos, vienen a parar en ermitaños o casamenteros; ermitaño yo no lo he de ser y así he querido tomar este otro oficio y suplicar a v. s. me avise si está prendado en alguna parte por el señor Don Bernardino, porque no estándolo, si me da licencia, le proporné un casamiento de una sobrina de la Duquesa y mía en que sus padres me han hablado, asegurando a v.s. que si, como es sobrina, fuera hija, me pusiera de su parte de v.s. y del señor Don Bernardino, porque no ha de tratar estas ni otras materias con menor llaneza que ésta con v. s.»⁴¹.

Al final, el empeño del duque por que don Bernardino emparentara con su casa no cuajó, pues Mendoza permanecerá célibe durante toda su vida.

El caso de don Bernardino viene a desmontar en parte la teoría de Gregorio Marañón de que el clan de los Mendoza fueron en bloque los máximos valedores del partido ebolista en la corte de Felipe II: *Los de la poderosísima Casa de Mendoza fueron perezistas, porque esa familia representaba el espíritu abierto o liberal de la Grandeza de España frente al espíritu intransigente de la Casa de Alba*⁴². Como se verá en esta ponencia, don Bernardino se desmarcaría totalmente de la ideología y espíritu que

³⁹ A. A., caja 43, carta 271. Carta de don Bernardino de Mendoza a Juan de Albornoz. Amberes, 9 de mayo de 1575.

⁴⁰ MOREL-FATIO, A., «Don Bernardino de Mendoza II. Les Oeuvres», *Bulletin Hispanique*, VIII, 1906, p. 132. Véase también del mismo autor: «Don Bernardino de Mendoza. La Vie», *Bulletin Hispanique*, VIII (1906), pp. 21-147; corregido y aumentado más tarde en *études sur l'Espagne*, Paris, (1925), pp. 371-490.

⁴¹ *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo* (Ed. A cargo de Jacobo Fitz-James Stuart), 3 vols., Madrid, 1952, p. 599. Carta del duque de Alba al conde de Coruña. Madrid, 11 de octubre de 1574. (A. A., caja 66, carta 127 c)

⁴² MARAÑÓN, G., *Antonio Pérez*, 2 vols., Madrid, 1963, vol I, p. 135.

caracterizó a sus parientes. Pero no fue Don Bernardino el único disidente de este poderoso clan de los Mendoza, otro vástago del mismo, cuyo nombre casualmente era idéntico, también llamado Bernardino de Mendoza, hijo este del II conde de Tendilla y I marqués de Mondéjar, que fue capitán general de las Galeras de España y que murió de muerte natural en 1557 en plena batalla de San Quintín, fue también fiel al duque de Alba hasta poco tiempo antes de su muerte, cuando mantuvieron una disputa causada por rivalidades familiares. Este Bernardino de Mendoza acompañó al duque de Alba en su gobierno como virrey de Nápoles⁴³ y tendrá un importante papel en las guerras del duque contra el papa Paulo IV.

Como ya se ha visto, desde el primer momento, antes incluso de llegar el ejército de Alba a los territorios flamencos, el duque ya adopta a Mendoza como uno de sus hombres de confianza encomendándole la misión ante el papa. Desde entonces, Mendoza va a ir adquiriendo cada vez mayor influencia cerca del duque hasta convertirse, junto al sobrino de Alba, don Hernando de Toledo, en uno de sus emisarios favoritos. Desde fecha muy temprana comprobamos cómo Alba había ya adoptado al soldado Mendoza bajo su protección, actuando como su patrono ante el monarca:

Estos caballeros que aquí están sirviendo a Vra. Majestad, Don Gabriel Manrique y Don Hernando de Toledo, mi sobrino, y Don Bernardino de Mendoza y Carlo Lofredo, se hobieron tan bien aquel día arremetiendo y combatiendo con los arcabuceros y arremetieron por donde yo estaba, que no he querido dejar de decillo a Vra. Majestad para que tenga cuenta con los que tan bien le sirven⁴⁴.

Que Alba se molestara en escribir al rey recomendando a estos soldados quiere decir que se vio realmente impresionado por la valentía y dotes militares de los susodichos. Como él mismo reconoce en sus *Comentarios*, Mendoza se ve como discípulo del duque en su arte militar, y la verdad es que no fue mal discípulo pues llegará a combatir con gran inteligencia y eficacia, como lo demostró años más tarde en la batalla de Moock, ya con el comendador mayor, en la que parece que la actuación de la caballería ligera comandada por Mendoza fue decisiva para la victoria.

Alba también intercederá ante el monarca para que se le otorgue a Mendoza la cruz de caballero de Santiago⁴⁵, uno de los más ambicionados galardones que un segundón de la alta nobleza, como era Mendoza, podía aspirar, y que consiguió finalmente el 13 de febrero de 1576.

Pero no va a ser hasta el invierno de 1572, cuando el duque de Alba envía a su hijo don Fadrique al mando de las tropas para asediar la ciudad rebelde de Haarlem, retirándose el duque por motivos de salud a la ciudad de Nimega, desde donde seguirá con gran ansiedad todas las vicisitudes de este largo y penoso asedio, cuando adopte a su capitán de caballos ligeros, como su *entretenido* y consejero. Mendoza no participará en el asedio de Haarlem porque permanecerá en Nimega al lado del duque por expreso deseo de éste. Tan sólo una vez visitará el campamento español que asediaba la ciudad, y fue cuando el duque le eligió para dar una orden personal a su hijo que haría helarle la sangre. Después de muchos meses de fracasados intentos de tomar la ciudad, la moral de don Fadrique, que carecía de los arrestos del padre, empezó a flaquear. Como si desde la distancia, Alba presintiera esta

⁴³ MARTÍNEZ MILLÁN, J. (ed.), *Instituciones y élites*, p. 168.

⁴⁴ CODOIN, Vol. XXXVII, p. 298. Copia de carta del duque de Alba a Su Majestad. De Bruselas a 9 de junio de 1568 (AGS, Estado, Leg. 535) «El general podía recomendar ante el rey a un soldado o entretenido para que se le concediesen recompensas mayores o para un ascenso. Ser «mencionados en los despachos» significaba la posibilidad de una pensión o de una finca en España, Italia o en los Países Bajos, de un hábito o de una encomienda en una de las órdenes militares de España». PARKER, G., *El Ejército de Flandes*, p. 149.

⁴⁵ «D. Bernardino pretendía un hábito, y diceme que se le ha respondido que hasta la consulta de los que han servido aquí. Por cierto, señor, él se ha ocupado de manera que merece mas que hábito, y así me ha mandado el duque, mi señor, scriba á v.m. lo pida á Su Majestad». CODOIN, vol. XXXVIII, pp. 178 y 179. «Copia de párrafo de carta original de Juan de Albornoz al secretario Zayas. Bruselas, 9 de agosto de 1569» (AGS, Estado, Leg. 541).

debilidad de su hijo, envió a don Bernardino con un mensaje muy claro, y que, además, habría de leer en voz alta delante de toda la tropa. El mensaje que leyó don Bernardino de parte de su señor y dirigido a su hijo decía lo siguiente:

*... que quando no fuera su opinión el no levantarse sin rendir la villa, no le tuviera por su hijo, ni le huviera passado jamás por el pensamiento otra cosa: y quando él muriese en el asedio, vendría el propio Duque en persona a mantenerle, y faltando los dos, la Duquesa su muger, de España a lo mismo*⁴⁶.

Esto por si don Fadrique no tenía suficientemente claro que el honor de la casa de Alba estaba en sus manos y que, por supuesto, estaba muy por encima incluso de su propia vida. Realmente tener como padre al duque de Alba debía de ser un baldón insostenible, que seguramente tuvo mucho que ver con la imagen gris e ineficaz que nos ha quedado de su hijo.

Pero Alba no solo había enviado a don Bernardino al escenario de Haarlem para recordarle a don Fadrique cual era el deber de un auténtico Toledo. Hacía ya meses que el asedio de Haarlem estaba siendo un escollo insalvable en la victoriosa carrera militar del duque en los Países Bajos, y, como si presintiera que ese escollo pudiera significar el principio del fin de su reputación y de su confianza ante el monarca, conociendo, además, a través de su fiel confidente en la corte de Madrid, el secretario del rey Gabriel de Zayas, que sus enemigos en la corte estaban esperando este momento para desacreditarle ante el monarca, Alba necesitaba en estos momentos tranquilizar a Felipe II y hacer que renovara su confianza en él. Para eso no bastaban solo las cartas enviadas a España, necesitaba a una persona de confianza y respetada en los círculos cortesanos que hiciera llegar su mensaje claro y directo ante el monarca. Esa persona no iba a ser otra que don Bernardino de Mendoza, quien después de reconocer las baterías españolas en Haarlem, de comprobar personalmente cuál era la situación precaria de los españoles y las dificultades reales que este asedio estaban suponiendo para el ejército de don Fadrique, realizó un viaje relámpago a Madrid con instrucciones precisas del duque de lo que había de decirle al rey de su parte. Además de lavar su imagen ante el monarca, Alba necesitaba desesperadamente más hombres y dinero. Por primera vez desde que el duque llegó a los Países Bajos, Alba estaba sintiendo la angustia de la derrota militar ante los rebeldes protestantes y su ansiedad crecía de día en día mientras no se pusiera fin al asedio con éxito. Estas palabras dirigidas al rey en su correspondencia de estos días así lo demuestran:

*Yo, señor, he huido siempre dar a Vra. Majestad pesadumbre con los negocios que he podido remediar a costa de mi sangre y de mi vida, aguardando a que me llegue el agua no solamente a la boca, pero por cima de la cabeza, como agora quedo...*⁴⁷.

Mendoza, por lo tanto tenía una misión que cumplir harto difícil: primero convencer a un rey tan intimidador y poco asequible como Felipe II —probablemente sería la primera vez que se encontraría en una audiencia cara a cara con su monarca— de que diera un voto de confianza a su señor el duque, y segundo, y esto era lo más difícil, convencerle de que sin más hombres y dinero, el duque tenía pocas probabilidades de éxito en Haarlem. Los enemigos del duque en la corte estaban intentando desviar la atención del monarca hacia la guerra en el Mediterráneo, y casi habían convencido al rey de que redujera las ayudas económicas destinadas a la guerra de los Países Bajos en beneficio de la lucha contra el Turco, para así afianzar la victoria de Lepanto acaecida tan solo un año y medio antes. Mendoza llevaba instrucciones precisas de Alba de cuánto dinero y cuántos hombres debía pedir al

⁴⁶ MENDOZA, *Comentarios*, pp. 191v. y 192. Mencionado por MALTBY, *El Gran Duque*, p. 303.

⁴⁷ AGS, Estado, 556, fol. 79. Carta del duque de Alba a Felipe II. Nimega, 24 de febrero de 1573. Publicada en *Epistolario del duque de Alba*, vol. III, carta 1.746, pp. 294-297 y en GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, II, p. 315.

rey. Pues bien, Felipe II no solo se dejó convencer por su capitán de caballos, sino que ofreció más hombres y dinero del que el duque le había pedido⁴⁸. Este triunfo diplomático de Mendoza seguramente le hizo ganar más puntos ante Alba, quien a su vuelta le felicitó por su gran trabajo. El duque tiene también palabras de agradecimiento para el secretario Zayas, su máximo valedor en la corte de Madrid y sin duda el que allanó la entrevista entre don Bernardino y el rey, para que éste se mostrara abierto a las peticiones que llevaba Mendoza de parte de su señor el duque:

*Con Don Bernardino de Mendoza recibí la carta de v.m. de 3 del pasado y tan gran merced con lo que me ha dicho que v.m. ha ya hecho con él, como si fuera muy nuevo el hacer v.m. en mis cosas lo que agora ha hecho con Don Bernardino. Plegue a Dios lo pueda yo algún día mostrar a v.m. con más que palabras, que desde aquí no puedo con otra cosa*⁴⁹.

Cuando Alba abandona los Países Bajos el 19 de diciembre de 1573, tras su traspaso de poderes al nuevo gobernador, don Luis de Requesens, vuelve a España con la cabeza baja, sabiendo lo que le espera allí. Para un hombre con un concepto de tan orgulloso linaje y siendo como había sido el general más invicto de todos los tiempos, el desastre de Flandes ya en las postrimerías de su vida debió ser un duro golpe difícil de superar. Su moral se había resquebrajado y su orgullo andaba por los suelos. Poco antes de su relevo, después de la pírrica victoria de Haarlem y del abandono de la ciudad de Alkmaar, le vemos desahogarse en una carta a uno de sus mejores amigos y pariente, el prior don Antonio de Toledo:

*Yo, señor, no querría otra ninguna merced, sino dejar este gobierno. [...] Si he de decir verdad a V. S., yo estoy el hombre de la tierra más mal contento, y con mayor razón ver de la manera que me han tratado tres años ha, teniéndome por Teniente del Duque de Medina y del Comendador Mayor para quitarme el autoridat, y sepa V. S., cierto, indubitadamente no ponga duda en ello, que ha sido la principal causa para las alteraciones que el día de hoy hay en estos Estados, porque de otra manera no se osaran menear; como no habían osado hasta este tiempo, [...] y juro a V. S., como cristiano, por todo cuanto puedo jurar, que estuviera llano todo el día de hoy, si me hubieran proveído como lo envié a decir con Don Bernardino [...] Por amor de Dios V. S. me quite este gobierno y me saque de él, y cuando no pudiere de otra manera, con enviar alguno me dé un arcabuzazo y por esta vía me saque de él. [...] y después que estoy en este lugar sobre todas las otras cosas me han dado vaguidos tan grandes y tan a menudo que he menester andar con el testamento en el seno...*⁵⁰.

En una de las pocas cartas que se conservan del duque dirigida a don Bernardino, escrita durante el viaje que Alba realizó hacia España poco después de abandonar los Países Bajos, podemos comprobar el tono tan cercano y amistoso con que está escrita, por un hombre que no se caracterizó por contar con buenas y auténticas amistades:

Muy magnífico señor: Tres cartas de v.m. he recibido, y yo aseguro a a v. m. que desde la hora que nos apartamos en Namur, las aguardaba con muy gran deseo. V. m. me ha hecho mucha merced con ellas, y bien sé yo que, sabiendo v. m. esto, las he de tener con

⁴⁸ Véase mi Memoria de Licenciatura, *Don Bernardino de Mendoza*, pp. 151-154. Véase también: AGS, Estado, Leg. 556, fol. 81. Copia de la Instrucción que llevó don Bernardino de Mendoza de parte del duque de Alba. Nimega, 24 de febrero de 1573.

⁴⁹ *Epistolario del duque de Alba*, Carta del duque de Alba a Gabriel de Zayas, Nimega, 15 de mayo de 1573. Vol. III, p. 402. (AGS, Estado, 556, f. 174)

⁵⁰ *Epistolario del duque de Alba*, III, pp. 545-46. Carta del duque de Alba al prior don Antonio de Toledo. Amsterdam, 23 de octubre de 1573. En A. A., caja 151, carta 25.

todas las que por acá vinieren hasta llegar a Madrid, que entonces podrán venir por el derecho camino. Desde que salí de ahí le he tenido muy ruin, aunque el mejor tiempo que he visto jamás en esta sazón, gracias a Dios por ello; y si no fuera por un corrimiento que me ha venido a un pie de dos días a esta parte, no he estado en mi vida tal. Creo que lo hace el ver a v.m. en ventana y a mi fuera del corro...⁵¹.

De hecho –y yo estoy totalmente convencido de ello–, se podrían interpretar los *Comentarios*, su obra más importante y que más ha trascendido, como una suerte de apología a través de la cual Mendoza defendería a su señor, testimoniando los esfuerzos de éste por servir a su Majestad de la mejor forma posible. Y quién mejor que él para realizar este trabajo, como respuesta de puro agradecimiento para quien ha sido su mejor valedor y padrino, y bajo cuyo patronazgo se había cobijado, consiguiendo los éxitos, tanto militares como políticos, sin descontar su obtención de la cruz de Santiago. Quien además, por su cercanía al duque conocía mejor que nadie los entresijos políticos de esta guerra, así como las intrigas contra su señor tanto en el seno de la corte española como en la de Bruselas.

Es muy significativo, además, para corroborar esta teoría, que la primera dedicatoria que hace Mendoza en su libro al rey Felipe II en la edición española⁵² esté fechada el 2 de enero de 1573, justo en plena campaña de Haarlem, cuando las cosas parecen que empiezan a torcerse para el duque, y cuando sus enemigos en la corte de Madrid empiezan a explotar el fracaso de Haarlem para desacreditar al duque y de paso también a su hijo, que estaba comandando las tropas en el asedio. Según parece –pues el mismo Mendoza lo cuenta en sus *Comentarios*–, este fue confeccionando un auténtico diario de campaña desde que llegó a los Países Bajos, escribiendo todos aquellos acontecimientos que iban ocurriendo ante su atenta mirada. Seguramente, cuando empezó el acoso al duque de Alba, Mendoza se sintió en la obligación de coger la pluma –Mendoza fue uno de esos escritores-soldados que, como su tatarabuelo el marqués de Santillana manejaba igual de bien la espada que la pluma– y comenzó a compendiar todo lo escrito en sus diarios, realizando un relato apologético de las campañas del duque de Alba en Flandes, introduciendo sus hábiles comentarios –de ahí el nombre de la obra– como buen conocedor de la política y de lo que estaba ocurriendo, para dejar constancia del abnegado servicio de su señor al rey y a la monarquía, y para demostrar que, si no se lograron los éxitos esperados en Flandes, no fue por la ineptitud del duque, sino por otros motivos que Mendoza analiza en sus *Comentarios*. De hecho, buena parte de esta dedicatoria al rey se centra en hablar del duque y de sus virtudes:

Pues con aver dado Dios a V. M. tantas grandes y famosas victorias en los años que ha reynado, y algunas por manos del Duque: las que él ha ganado en estos Payeses baxos, no son de las menores, ni de menos honra para él, pues las ha alcanzado con su mucho valor y prudencia, como quien es un gran soldado y Capitán, que tan justamente merece serlo solo de V.M. quando el aver Dios hecho á V. M. un poderosísimo Monarca, y tenerle por tal⁵³.

Esta creo que fue la primera intención de don Bernardino al escribir los *Comentarios*, pero luego, como pasa muchas veces, esa primera intención de un escritor va tomando otra evolución. Así, los *Comentarios*, que en sus comienzos se gestaron como una campaña de lavado de imagen de Alba ante la corte y ante el monarca, acabaron siendo unas crónicas comentadas de los diez primeros años de la Guerra de los Países Bajos, pues no se interrumpen con la salida del duque de Alba del escenario de Flandes, sino que continúan más allá, hasta la salida del propio escritor del conflicto en 1577, para

⁵¹ *Epistolario del duque de Alba*, III, pp. 584-85. Carta del duque de Alba a don Bernardino de Mendoza. Enero de 1574. En A. A., caja 66, carta 128 b.

⁵² Véase mi Memoria de Licenciatura, *Don Bernardino de Mendoza*, el capítulo «Dedicatorias».

⁵³ MENDOZA, B., *Comentarios*. Dedicatoria al Rey Nuestro Señor. s/f.

cambiar su estado de soldado por el de embajador de Su Majestad, ante la reina Isabel I de Inglaterra primero (1578-1584) y ante Enrique III de Valois después (1585-1591), profesión que continuará casi hasta el final de sus días. De hecho, los *Comentarios* no serán publicados hasta 1591, en París y en francés⁵⁴, cuando el duque de Alba llevaba ya muerto nueve años, y cuando el escenario y la problemática que está viviendo Mendoza en estos momentos no tiene nada que ver con la que se estaba desarrollando cuando comenzó a escribirlos. Mendoza decide publicar sus *Comentarios* en estos momentos para dar ejemplo y calor a los católicos de la Liga que están asediados en París por las tropas de Enrique de Navarra, y por eso lo hace en francés.

Es muy posible que el duque de Alba influyera en el nombramiento de don Bernardino de Mendoza como embajador de su Majestad. Tengo que hacer constar antes que nada que no tengo ninguna prueba para tal afirmación, pues no he sido capaz de encontrar ningún documento que avale esta hipótesis, prueba que he buscado concienzudamente para esta exposición sin éxito. Es más bien una intuición.

A mediados de 1577 existía en las ya maltrechas relaciones entre España e Inglaterra una situación anómala, pues en ninguna de las dos cortes existía representante alguno de la parte contraria; es decir, había un vacío en sendas embajadas que era menester llenar cuanto antes si se pretendía que las cosas no fueran yendo de mal en peor. El último embajador residente de la reina inglesa en España, el Dr. Man, fue expulsado por hereje contumaz en 1568, y ya no se había vuelto a enviar a ningún otro, más por temor de Felipe II de que se repitiera la mala experiencia que por falta de ganas de la reina inglesa. En Londres, por su parte, se encontraba encerrado en la Torre, el último representante de Felipe II en esa corte, Antonio de Guaras, un comerciante español que residía en Londres y que durante varios años había hecho el papel de embajador, sin serlo oficialmente.

Con la llegada de don Juan de Austria a los Países Bajos y la retirada de las tropas españolas de esos territorios por el mal llamado «Edicto Perpetuo», las relaciones hispano-inglesas habían mejorado algo, y es bien sabido la ansiedad que le producía al monarca español el estar a buenas con la reina Isabel. Lo cierto es que la paz con Inglaterra convenía mucho a España por la cuestión de los Países Bajos. Don Juan mismo aconsejaba repetidas veces a su hermano que resolviera cuanto antes la situación anómala que se estaba viviendo con el vacío de la embajada española en Londres.

Pero Felipe II no tomó a este respecto ninguna decisión hasta que el «Edicto Perpetuo» se malogró y la política española en los Países Bajos, dando una vuelta más de tuerca, volvió a apostar por la guerra, ordenando que volviesen todas las tropas de los tercios a suelo flamenco. Es entonces cuando el rey toma conciencia de la necesidad de enviar a un representante suyo a la corte inglesa para que explique las razones de semejante giro en la política española. En carta a don Juan, el rey explica las razones de su acertada decisión:

Asimismo creo havra sido harto a propósito lo que enviasteis a decir y representar a la Reyna de Inglaterra por medio de mos. de Gaste; mas porque en esta sazón es necesario que aya allí persona que de my parte haga los oficios y diligencias que convienen a mis servicios, teniendo en mi memoria que Don Bernardino de Mendoza fue grato a aquella Reyna quando le enbió el Comendador mayor de Castilla⁵⁵, he acordado que vaya agora y se detenga allí el tiempo que se viere convenir; assi para que le de bien a entender la ver-

⁵⁴ Al año siguiente, en 1592 lo serán en español, cuando Mendoza haya regresado ya a Madrid.

⁵⁵ Aquí hace referencia a cuando Bernardino de Mendoza fue enviado por el comendador mayor ante la reina Isabel I en 1574 para avisarla de que se iba a enviar la armada de Pedro Menéndez de Avilés a los Países Bajos. Véase mi Memoria de Licenciatura, *Don Bernardino de Mendoza*, el capítulo «La Armada de Pedro Menéndez de Avilés y la misión inglesa de don Bernardino de Mendoza», pp. 185-199.

*dad, razon, y justificación con que se ha procedido por nuestra parte en todo lo que ahí se ha hecho después que llegastes a esos Estados, y la justa causa con que se han tornado a mover las armas, y juntar gentes de guerra...*⁵⁶.

Así que, como podemos constatar por estas palabras de Felipe II, que dice *tener en su memoria* la buena impresión que tuvo la reina de Inglaterra de Bernardino de Mendoza cuando este fue por un breve periodo de tiempo a la corte inglesa, parece que el monarca tenía un buen concepto de las dotes diplomáticas de su capitán de caballería. ¿Fue entonces una decisión puramente personal del rey el enviar en esta ocasión a Mendoza como su embajador a Inglaterra, o bien se dejó asesorar por el duque de Alba? Las dos posibilidades pueden ser verdaderas, e incluso una tercera, por la que yo más me inclinaria: que el duque de Alba recomendara a Mendoza para la misión, y el rey aceptara gustosamente dado el buen concepto que ya tenía de él⁵⁷.

Don Bernardino estuvo toda su vida marcado por la figura del duque de Alba. No solo aprendió de él su arte militar sino que podríamos decir que hasta adoptó sus toscas maneras. Se convirtió en una persona intolerante y bronca con sus enemigos, que él consideraba los enemigos de la monarquía y llevó su guerra personal allí donde estuvo destinado como embajador. Ciertamente le tocaron las dos embajadas más difíciles para sobrellevar con paciencia y disimulo, para quien llevaba tan arraigado el honor y orgullo de pertenecer a la monarquía más grande de todos los tiempos. Los reiterados ataques que se le hacían tanto a su persona como a su monarca, los desplantes que tuvo que soportar tanto de la reina como de sus ministros, de la política, en fin, llevada a cabo tanto por Isabel I como por Enrique III de intentar bloquear y torpedear a la potencia española que veían con tanta desconfianza para su seguridad y la de sus reinos. Ante tal panorama, don Bernardino, como le ocurrió al duque de Alba en Flandes, acabó por perder la paciencia y la sensibilidad política, optando por llevar él solo su guerra personal contra los que consideraba ya enemigos declarados de la Monarquía, imposibles de recuperar para la causa. El resultado fue pésimo para él y para la política de Felipe II, pues le llevó a enemistarse con todos, teniendo que desviar sus fuerzas de lo que realmente le interesaba que eran los Países Bajos. Pero no sería justo echar toda la culpa de este fracaso a don Bernardino, al igual que no sería justo echársela al duque de Alba en su fracaso por conciliar los Países Bajos, pues para quien ha estudiado un poco estos temas, cabría hacerse una pregunta fundamental: ¿Estaban realmente dispuestos los enemigos de Felipe II, tanto la reina Isabel I, como Guillermo de Orange y en menor medida Enrique III de Valois, a llegar a un acuerdo de paz con el rey de España, o por el contrario, pretendían perpetuar la guerra a toda costa sabiendo que la unión de los tres contra el coloso español acabaría por derrotarlo, como así fue? Esta enconada estrategia de acoso y derribo que practicaron conjuntamente estos tres enemigos, fue lo que acabó por desesperar tanto a Alba como a Mendoza, quienes acabaron por abandonar la táctica del disimulo para enfrentarse abiertamente con el enemigo.

Bernardino guardará toda su vida un recuerdo imborrable de su mentor y padrino, al que le dedica varias loas y panegíricos en verso. Juan Catalina García cita el testimonio de Francisco Torres y Pérez, quien en su historia manuscrita de Guadalajara dice: *Manuscritas tengo las obras poéticas de Don Bernardino de Mendoza que son dignas de ser más conocidas* y reproduce una estrofa de la epístola —en verso suelto— que don Bernardino dirige a Francisco de Aldana, cuyo tema

⁵⁶ AGS, Estado, 571, f. 51. Carta de Felipe II a don Juan de Austria. Madrid, 16 de diciembre de 1577.

⁵⁷ De hecho, Mendoza ya tenía fama de buen negociador cuando el comendador mayor pensó en él para encargarle una difícil misión ante la reina Isabel I de Inglaterra en 1574. Como el mismo Mendoza cuenta en una de sus cartas al duque: *que no se que se le antojó de hazer un cavallo ligero embaxador, que es tan diferente oficio el uno del otro. No sé si oyó a don Hernando que me decía quando yo fui a España que era un diligente embaxador y hombre que predicaba con grande hervor...* A. A., caja 43, carta 266. Carta de don Bernardino de Mendoza al secretario Juan de Albornoz. Amberes, 1 de septiembre de 1574.

era la grandeza del duque de Alba. Dichas obras permanecen perdidas⁵⁸. Si se conserva en cambio, una traducción hecha por don Bernardino del latín al castellano del *Comentario de Cipriano fraile del Cister de la orden de San Bernardo catedrático de sagrada scriptura en la Universidad de Alcalá de Henares sobre el Salmo 130* y dedicado, como no, al duque de Alba⁵⁹. No sabemos con exactitud en qué año realizó Bernardino esta traducción para enviársela al duque, pues la carta dedicatoria no está fechada, pero es obvio que tiene que ser anterior al 82 que es el año de fallecimiento de Alba. Según el profesor Fernández Marcos, esta debió ser escrita entre 1567 y 1573, por ser la *época de relación directa entre don Bernardino y el duque de Alba en Flandes*⁶⁰. Pero leyendo la dedicatoria de Mendoza, yo diría que fue escrita después de que Alba abandonara los Países Bajos. Dice así:

*Lo qual fue causa de venirme a la memoria el haver oydo decir muchas vezes a V. Excelencia quánta devoción le movia la leyenda del salmo 130, y loar yo a V. Excelencia la exposición que el Cipriano hizo en él y dezirme ansimesmo V. Excelencia que holgaria de vella [...] el parecerme que siendo cosa para dar gusto a Vuestra Excelencia lo sería mayor el que tendria con ella pudiendo leer en compañía de mi señora la Duquesa, hizo emprender el trabajo de tan buena ocupación, el qual suplico a V. Excelencia reciba con la voluntad que le offresçe...*⁶¹.

Después de leer esta dedicatoria yo diría que fue escrita y enviada al duque por don Bernardino cuando Alba se encontraba desterrado en el castillo de Uceda con su esposa, por el asunto del matrimonio de su hijo don Fadrique con su prima María de Toledo y Colona⁶², en contra de los deseos del rey. Esto ocurrió en el año 1579, cuando don Bernardino estaba ya como embajador en Inglaterra. Y no sería de extrañar que, llegándole las noticias del destierro y caída en desgracia de sus señores, recordando como él mismo dice lo que le reconfortaba al duque este salmo, emprendiera la labor de su traducción para regocijar así a sus señores en la soledad y tedio de su destierro.

⁵⁸ FERNÁNDEZ MARCOS, N., DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ, J. F. y FUENTE FERNÁNDEZ, F. J. (introd. y ed.), *Humanistas españoles. Cipriano de la Huerca. Obras Completas*, León, 1993, IV, p. 143.

⁵⁹ Se conservan dos versiones con algunas modificaciones que ha estudiado el erudito Natalio Fernández Marcos; una está en el Instituto Valencia de Don Juan, en Madrid, y la otra en la Biblioteca de la Universidad de Coimbra. Véase el trabajo arriba citado: FERNÁNDEZ MARCOS, N. (et ál.), *Humanistas españoles*.

⁶⁰ FERNÁNDEZ MARCOS, (et ál.), *Humanistas españoles*, p. 146.

⁶¹ Dedicatoria de don Bernardino de Mendoza al duque de Alba en la traducción *Del Comentario de Cipriano de la Huerca del Salmo 130* del profeta David. Citado en FERNÁNDEZ MARCOS, Natalio [et ál.], *op. cit.*, p. 145-46.

⁶² Véase la ponencia de Santiago Martínez Hernández en este mismo Congreso, titulada «Estrategias matrimoniales en tiempos de desfavor regio: juicio, prisión y muerte de don Fadrique de Toledo, IV duque de Alba, 1574-1585», así como su obra: *Gómez Dávila y Toledo, II Marqués de Velada, y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III*, Valladolid, 2004.

 Institución Gran Duque de Alba

ESTRATEGIAS MATRIMONIALES EN TIEMPOS DE DISFAVOR REGIO:
JUICIO, PRISIÓN Y MUERTE DE DON FADRIQUE DE TOLEDO,
IV DUQUE DE ALBA, 1574-1585

Santiago MARTINEZ HERNÁNDEZ
Fundação para a Ciência e a Tecnologia
Universidade Nova de Lisboa

El propósito de las siguientes páginas es esbozar algunos aspectos de la controvertida figura de don Fadrique de Toledo –duque de Huéscar, marqués de Coria y brevísimo cuarto duque de Alba–, así como analizar la naturaleza de las circunstancias que rodearon su controvertido proceso, ya conocidas, y de otras nunca antes desveladas. En definitiva, es nuestro propósito arrojar algo de luz sobre el trasfondo de la grave crisis de confianza que se desencadenó entre Felipe II y los Alba y que dio lugar a la caída en desgracia del gran duque y a la deshonra de su hijo y heredero.

En la historia trágica de don Fadrique de Toledo se han entremezclado demasiados tópicos y falsedades, en buena medida derivados de un desconocimiento casi absoluto sobre una vida que transcurrió paralela a la de su padre y eclipsada por ella. Sin embargo, no cabe duda que tanto de sus errores y desaciertos como de los del gran duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, se derivó un juicio, demasiado severo, que a la postre le condenó al olvido y la postergación más humillante. Su destierro en 1574, la visita a la que fue sometido y su posterior prisión en 1578, consecuencia de la actitud desafiante de su padre, no fueron sino señales inequívocas de que tanto el duque como él carecían por completo del favor del rey.

Su desafortunada actuación en Flandes y el delicado asunto de su matrimonio secreto, abordado torpemente, obligaron a Felipe II a ejercer una justicia implacable. Alba, sin embargo, y a pesar de su amargura y decepción, no abandonó la corte, sino cuando fue conminado a ello, y aun entonces no dejó de aceptar lo que su señor le confió cuando necesitó de sus servicios. Ni siquiera la exitosa agregación de Portugal a la Monarquía, en 1580, consiguió ablandar el ánimo regio. La carcelería de don Fadrique se trocó en un largo exilio en Alba de Tormes de por vida. El duque moriría lejos de su hijo y sucesor, sin haber conseguido su rehabilitación. Amarga despedida para quien tanto se había sacrificado por el progreso de su Casa y linaje.

Pese a los numerosos claroscuros de su biografía, don Fadrique no ha merecido la atención de los historiadores, quizá por la gigante personalidad de su padre, quizá por la escasa atracción de un personaje nunca bien definido. Se echa de menos en la magnífica obra de William Maltby—reeditada por Atalanta en una bella edición que sin embargo podría haberse revisado y actualizado—una dedicación mayor a la figura del hijo¹. Henry Kamen, en su reciente biografía del gran duque, ofrece algunas noticias inéditas sobre él². Casi las dos últimas décadas de la vida de don Fernando no se explican sin la compañía y asistencia de don Fadrique. Confío en que estas páginas reaviven el interés historiográfico que merece la trayectoria del cuarto duque. Hora es ya de devolverle el lugar que le corresponde, un espacio exiguo sin duda, en comparación con el protagonizado por su padre, pero sin embargo trascendental en la secular trayectoria de la Casa Ducal de Alba.

No podía imaginar don Fernando que su regreso a Castilla, en la primavera de 1574, después de concluir su discutido gobierno en Flandes, iba a resultar tan amargo. Casi a las puertas de Madrid, Felipe II impidió a su hijo entrar en la corte, ordenándole que se acogiera a las tierras de su encomienda, en el manchego Campo de Calatrava. De esta manera, se prolongaba indefinidamente la sanción impuesta a don Fadrique por unas antiguas faltas relacionadas con un imprudente galanteo con la dama de la reina doña Magdalena de Guzmán. Había rendido escaso provecho el largo lustro de servicios que el duque de Huéscar inició en el verano de 1567 para purgar sus culpas.

El duque de Alba, desde que asumiera a regañadientes la misión que le encomendó el rey en el otoño de 1566, había solicitado, en numerosas ocasiones, su relevo al frente de la gobernación general de los Países Bajos³. Ya en 1570 Felipe II consideró, y más aún tras su exitosa campaña inicial, su sustitución. De hecho confirmó a don Fernando, deseoso por otra parte de regresar a la corte, que pronto tendría lugar su salida. El 25 de septiembre de 1571, fecha de sus instrucciones, el duque de Medinaceli fue nombrado oficialmente su sucesor. Don Juan de la Cerda, por consejo del rey, debía respetar en todo momento el consejo del gobernador saliente hasta su marcha. La actuación del flamante gobernador general, que arribó a tierras flamencas en junio de 1572, quedó pues condicionada por el criterio militar de don Fernando, que el rey consideraba en extremo valioso. Simultáneamente a su llegada se produjo una rebelión general, consecuencia de las medidas militares impuestas por el propio Alba, que le obligó a permanecer al frente de su cargo, mientras Medinaceli aguardaba su turno sin apenas iniciativa⁴. La desastrosa captura de la ciudad de Harleem, en julio de 1573, tras un costosísimo asedio de más de siete meses—a causa de la negativa del lugarteniente de Alba, su hijo don Fadrique de Toledo, de aceptar una rendición de la ciudad con condiciones—, propició que Felipe II, cansado de las desavenencias entre Alba y Medinaceli, ordenase al comendador mayor don Luis de Requesens, un hombre conciliador aunque incapaz, ajeno a la pugna que enfrentaba a las facciones en la corte, hacerse cargo del gobierno de Flandes. En enero de 1573 el rey informó a ambos de su decisión. El entonces gobernador general de Milán no aceptó de buen grado el ofrecimiento, alegando

¹ MALTBY, W. S., *El Gran duque de Alba. Un siglo de España y de Europa*, Madrid, 2007.

² KAMEN, H., *El Gran duque de Alba. Soldado de la España imperial*, Madrid, 2004.

³ En fecha tan temprana como el día de Reyes de 1568 escribió al cardenal Diego de Espinosa para que conjurase los numerosos inconvenientes y lograrse su licencia: «Yo suplico a V. S. I. se trate luego de darme sucesor que venga a tiempo que el invierno que viene, no me cierre la puerta de manera que haga quedar aquí tan sin son, a morir sin hacer servicio... Suplico a V. S. I., pues me trujo acá, me saque acabado aquello a que me embió», Bruselas, 6 de enero de 1568, Instituto Valencia de Don Juan [IVDJ], Envío 38, Caja 50, doc. 23.

⁴ PARKER, G., *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 228-229.

incompetencia y escasa experiencia, pero el monarca se vio obligado a presionar al que fuera amigo de la infancia para que acatase su orden sin demora⁵.

A finales del mes de octubre de 1573 Alba confesaba a su cuñado y confidente don Antonio de Toledo –prior de la Orden de San Juan de Jerusalén en León, miembro de los Consejos de Estado y de Guerra y caballero mayor del rey–, su profundo hastío por los trabajos que padecía. Decepcionado, reprochaba al monarca haberle relegado a un segundo plano, al quedar sujeto a la autoridad del mediocre duque de Medinaceli y del sucesor de este, don Luis de Requesens⁶.

Alba no ocultó su enojo por la elección de Requesens, a quien no consideraba adecuado para asumir tan compleja responsabilidad. Además le incomodaba su descortesía, especialmente su empecinamiento en demorar su partida hacia Flandes, fastidio que retrasaba su propio regreso. En el mes de agosto, don Luis aún permanecía en «Milán echando pullas con el Papa», anotaba Alba. Impaciente, enfermo y «sin un real», rogaba al prior que, como su mayor aliado en la corte, se asegurara de que sus peticiones llegasen a manos del rey, pues ya no había ni «cardenal [Espinosa], ni Ruy Gómez, ni duque de Feria, que lo puedan estorvar». Era menester, a juicio del duque, que el prior se hiciera respetar en el manejo de los negocios, cuando ya no acechaban rivales de peso, llegando, si era el caso, a asir «por los cabellos a Opero [secretario Joachim Hopperus] y a los que lo hubieren de hazer y los meses y se lo haga hacer, que entiendan que tiene VS pasión por mí en ponerles las manos, como lo entienden. En todo lo demás, por amor de Dios, VS me quite este gobierno y me saque dél»⁷.

En efecto, precediendo el regreso de Alba a España, habían desaparecido de la escena política cortesana tres de los más significados ministros del rey, todos grandes patronos y todos fallecidos en muy breve tiempo. El duque de Feria, Gómez Suárez de Figueroa, consejero de Estado y Guerra, sucumbió el 7 de septiembre de 1571, mientras su antagonista, el cardenal Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla e Inquisidor General, murió un año más tarde, el 5 de septiembre de 1572, al poco de perder la confianza del rey. Este último había sido en buena medida uno de los principales valedores de Alba en la corte. El tercero en liza, Ruy Gómez, príncipe de Éboli y duque de Pastrana, antaño poderoso privado del rey, que había vuelto a reforzar su posición merced a la desaparición de Espinosa y a la desaprobación regia de las medidas de gobierno de Alba en Flandes, murió igualmente de manera repentina el 29 de julio de 1573.

Alba acogió con sincero alivio la muerte de su mayor adversario en la corte. Para sus partidarios, como su confidente el doctor Milió, «en el infierno no habrá voluntad más dañada», que la de Ruy Gómez. Además, con él desaparecía también «su ponzoña». Escribía muy ufano al secretario del duque, Juan de Albormoz, que «Dios [iba] volviendo por los que le sirven y quitándoles delante quien les daña. Vea v. m. qué tres almas ha derivado en breve tiempo». La ausencia de los grandes privados había dejado a Felipe II desconcertado y empeñado en recomponer su equipo de gobierno. Aseguraba

⁵ Sobre las circunstancias de su controvertido nombramiento, véase el clarificador estudio de VERSELE, J., «Las razones de la elección de don Luis de Requesens como gobernador general de los Países Bajos tras la retirada del duque de Alba (1573)», *Studia Historica. Historia Moderna*, 28 (2006), pp. 259-276.

⁶ «Yo señor, no querría otra ninguna merced sino dexar este gobierno, y paréceme que lo deseo más que ninguna otra cosa, pues no me lo quieren dar, conveniendo más al servicio de Su Majestad hazerlo que ninguna de cuantas provisiones podría hazer. Si he de decir verdad a Vuestra Señoría, yo soy el hombre de la tierra más mal contento y con más razón, de ver de la manera que me han tratado tres años ha, teniéndome por teniente del duque de Medina[celi] y del comendador mayor [Luis de Requesens], para quitarme el autoridad que serlo de S. M. me podía dar». Carta del duque de Alba al prior Antonio de Toledo, Amsterdam, 23 de octubre de 1573, Duquesa de BERWICK Y DE ALBA, *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba*, Madrid, 1891, pp. 114-115.

⁷ Carta del duque al prior don Antonio de Toledo, Amsterdam, 23 de octubre de 1573, en BERWICK Y ALBA, *Documentos*, p. 116.

el confidente que «S. M. está tan sola como v. m. vee y reduzida a términos que no se fía de sus manos», de tal manera que «no se resuelve con nayde». Los que aún tenían ascendiente sobre el monarca eran, como afirmaba Milio, «Gaztelu en su negocio, [Juan] Delgado en el suyo, Hoppero en su ministerio» y «el vicecanciller en el suyo». A juicio del doctor, ni el flamante presidente don Diego de Covarrubias, obispo de Segovia, ni el inquisidor general, el de Cuenca, Gaspar de Quiroga, estaban capacitados para el liderazgo. Tampoco, sin embargo, el prior don Antonio de Toledo, que estaba «adonde suele, contemplando la casa de su Dios y contentándose con esto». Desconocía si «esta[ba] con él su crédito que solía los años atrás». Ya no gozaba de todo el favor del rey. Era tan incierto el panorama que muchos aventuraban que «la carga de toda esta máchina» iba a recaer sobre los hombros del duque, con el beneplácito eso sí del secretario Vázquez. No se equivocaba Milio en sus vaticinios cuando aseguraba que no había «ninguno aquí con quien S. M. se abr[aj] más» que con don Mateo, «y pienso que le hemos de ver personage»⁸.

El fracaso de la política de Alba en Flandes se había consagrado con la insurrección de abril de 1572 y con el motín de las tropas españolas, acaecido tras el asedio de la ciudad de Haarlem, en el verano de 1573. El mejor de los generales del rey retornaba a Castilla sin haber logrado siquiera atenuar las consecuencias de la sublevación y habiendo perdido casi todo la credibilidad que le quedaba. Su llegada reabrió profundos desencuentros en el seno del Consejo de Estado, entre los defensores de no dar tregua alguna a los rebeldes, encabezados por el propio duque, y los partidarios de atender las demandas de aquellos súbditos y propiciar un acercamiento.

Don Fernando ya conocía, antes de su llegada a la corte, que su poder había menguado en favor de otros. En marzo de 1573 escribió al secretario Zayas reconociendo «no tener el crédito que solía para que se me diera agora y creyera S. M. la necesidad en que esto [Flandes] está»⁹. No era el único que asumía la desgracia de la Casa de Toledo. Albornoiz confesaba al cardenal Francisco Pacheco de Toledo sus temores sobre el futuro de su amo. No comprendía «la ingratitud y el término que se tiene hoy en día en aquella corte con los que sirven que, cierto, es para hacer malos a cuantos hombres de bien hubiere en el mundo». Lamentaba el desprecio del monarca, tan evidente tras la victoriosa «rota de Jamlis» protagonizada por don Fadrique, que no dio pie a felicitaciones de ningún tipo. Era, a juicio de Albornoiz, «la lançada de esta Casa». Eran entonces otros los que gozaban de la confianza del rey en el servicio exterior, los hermanos don Luis de Requesens y don Juan de Zúñiga, gobernador general de los Países Bajos y embajador en Roma respectivamente. Ambos, «los dilectos y los que dan ley, buen provecho les haga», sentenciaba el secretario¹⁰.

La debilidad política del duque quedó patente en la indiferencia, cuando no frialdad, con la que fue recibido en la corte. A su regreso, no logró recuperar su anterior espacio y su escasa autoridad se puso de manifiesto por su incapacidad para ocupar el dejado por su amigo Espinosa —con quien había colaborado estrechamente desde Flandes¹¹—, incluso cuando a su favor jugaba el hecho de tener enfrente a un adversario de peso como el desaparecido príncipe de Éboli. Barruntando su pérdida de influencia había llegado a manifestar su propósito de no querer «vivir sino quietamente». Esta confesión era, a juicio del cardenal Francisco Pacheco de Toledo, arzobispo de Burgos, su pariente y aliado, una «burla», pues Alba «no va sino a limpiar el polvo de las sillas del Cardenal Espinosa y a morir en la

⁸ Madrid, 14 de agosto de 1573, BERWICK Y ALBA, *Documentos*, pp. 459-462.

⁹ Nimega, 18 de marzo de 1573, en Duque de ALBA, *Epistolario del III Duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*, Madrid, 1952, vol. III, carta 1.758, p. 310.

¹⁰ Nimega, 7 de abril de 1573, ALBA, *Epistolario*, pp. 315-316. Se refería a la derrota infligida a las tropas francesas comandadas por el general hugonote Genlis, véase MALTBY, *El Gran Duque*, pp. 368-369.

¹¹ MARTÍNEZ MILLÁN, J., (ed.), *Instituciones y elites de poder en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI*, Madrid, 1992, p. 190.

vida que ha vivido»¹², esto es, a seguir en primera línea. Al margen de sinsabores y decepciones, don Fernando continuó, como auguraba el purpurado, al frente de la Casa del Rey como su mayordomo mayor, asistiendo a las sesiones de los Consejos de Estado y de Guerra y dando su parecer cuando éste era requerido¹³.

La situación para los Alba no podía ser más incómoda. El secretario Martín de Gaztelu aseguraba en el mes de mayo, que «Su Magestad ha tomado con muchas veras» el «negocio de don Fadrique» que se «trata con cuidado». Había convocado una junta a este propósito en la que entraban el «presidente [del Consejo de Castilla, don Diego de Covarrubias] y Andrés Ponce y Fuenmayor y Francisco Hernández». Alba «está de mal contento y en la cama con gota», anotaba el secretario. Esta actitud evidencia que las razones del destierro de don Fadrique obedecían a cuestiones mucho más graves que sus antiguos amores con una dama de la reina. El propio Gaztelu insinuaba, con ambigüedad, otros motivos, al confirmar al embajador en Roma, don Juan de Zúñiga, que se entendía que «se haze información secreta de las cosas de Flandes contra él y contra el dicho don Fadrique»¹⁴. Parece que los desaciertos, abusos y otras demasías protagonizadas por padre e hijo, y que tanto dieron que hablar en Flandes y en la corte, llevaron al rey a iniciar una investigación de lo sucedido durante su gobierno.

Felipe II decidió prolongar la sanción impuesta a don Fadrique, prevenido de su acuerdo matrimonial con los marqueses de Villafranca, para mantenerle confinado mientras se concluían las averiguaciones. Ya durante su gobierno, padre e hijo, fueron acusados de abuso de poder y corrupción, señalándose al propio secretario de Alba, Juan de Albornoz, como responsable de invertir dinero de la Corona en su beneficio¹⁵. Pero más allá de esto, las denuncias más graves se derivaban de un comportamiento brutal con las poblaciones rebeldes. Las noticias de las matanzas ordenadas por don Fadrique habían causado estupor y repugnancia, incluso en la propia Castilla. Aún era recordada la ejecución sumaria de la guarnición militar de la ciudad de Haarlem, en julio de 1573, aproximadamente dos mil hombres, tras su rendición. En su momento, aquella actuación fue condenada por mandos como Julián Romero o Francés de Álava y por ministros de la talla de Granvela y Requesens. Todos coincidían en que proceder de manera tan rigurosa e inclemente con los rebeldes no hacía sino enconar el enfrentamiento y restar apoyos a la causa realista. Requesens, el sustituto de Alba, fue incluso más lejos haciendo responsable del desastre en la gobernación de aquellos estados a don Fadrique, bajo quien había estado el mando de la campaña de Holanda, entre 1572 y 1573¹⁶.

Alba se reincorporó a la corte siendo el postrero exponente de una época extinta, de la que era el decano, desaparecidos el resto de los grandes patronos cortesanos. De cualquier modo, la incapacidad para recuperar su antigua autoridad no dependió tanto de sus propios recursos, mermados en las nieblas de Flandes, como de los de los herederos de Éboli y Espinosa. Era el momento en el que alcanzaba su clímax la contienda entre dos de los más poderosos secretarios del rey, Antonio Pérez y Mateo

¹² ÁLVAREZ DE TOLEDO, L. I., Duquesa de Medina Sidonia, *Alonso Pérez de Guzmán, General de la Invencible*, Cádiz, 1994, II, p. 195.

¹³ No obstante, fue marginado de algunas decisiones importantes, como cuando en octubre de 1574 el secretario Juan Delgado, hechura del duque, solicitó al rey la presencia de Alba en la denominada *Junta de Galeras*, recordándole su amplia experiencia, y Felipe II le respondió que no había necesidad de ello. Al respecto véase MARTÍNEZ MILLÁN, J., y de CARLOS MORALES, C. J. de, (dirs.), *Felipe II (1527-1598). La configuración de la Monarquía Hispánica*, Salamanca, 1998, p. 149.

¹⁴ Madrid, mayo de 1574, AMAEC [Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación, Santa Sede, Leg. 4, doc. 195.

¹⁵ MALBTY, *El Gran Duque*, pp. 246 y 421.

¹⁶ KAMEN, *El Gran Duque de Alba*, p. 201.

Vázquez, por el control de los asuntos de la Monarquía. Mientras se dirimía el resultado fueron el conde de Chinchón y el prior don Antonio de Toledo, muy próximos a Alba, los que controlaron con cierta autonomía los asuntos de Estado y Guerra¹⁷. Don Fernando también contaba con el respaldo del marqués de Aguilar, don Luis Fernández Manrique, cazador mayor, y miembro reciente del Consejo de Estado, que contaba, no obstante, con una escasa influencia política.

«Los enemigos del duque han prevalecido tanto en esta su ausencia, que no solamente le tienen oscurecida la más principal jornada que nunca hombre hizo», escribió el cardenal Pacheco de Toledo, «mas entiviado el amor de S. M., de manera que si quando vaya a España no se resuelve baronilmente, de irse a su casa, pasará mucho desabrimiento en la corte»¹⁸. Tan perspicaz juicio del prelado, aventado antes del regreso de don Fernando, resonó a premonitoria sentencia para quien había saboreado las mieles de la corte y los laureles del campo de batalla. Pese a regresar en desgracia y sin apenas apoyos, la acogida de padre e hijo en Castilla fue, como reconocía el propio don Fadrique, muy calurosa. Tanto sus familiares como las poblaciones por las que pasaron, les mostraron públicamente su entusiasmo por su llegada. En palabras de su propio hijo, su llegada era vista con «contento» y su presencia una «obligación a su patria»¹⁹.

Mientras Alba hacía lo imposible por obtener la liberación de don Fadrique, este se estableció en la sede de su encomienda mayor, en el Campo de Calatrava, de la que era poseedor desde 1544²⁰. Una cédula real le había confinado por tiempo indefinido a aquellas tierras, con prohibición expresa de acercarse a Madrid²¹. El propio duque de Huéscar, quizá esperanzado en que su desafortunado lance amoroso, al que seguía culpando de su desgracia, hubiera prescrito, recibió apesadumbrado la orden del rey. Don Fadrique confesó al secretario Juan de Albornoz que aquella «vellaquería es tan grande y mayor de lo que dezís y yo no sé determinarme en lo que pretienden». No obstante, no le quedó mas alternativa que acatar las órdenes del rey. «Yo voy a cumplir lo que Su Magestad me manda», escribió lacónico²².

Pese a la sumisión de la que hacía gala don Fadrique, el duque de Alba se negó a aceptar la medida por considerarla desmesurada y arbitraria. Informó al prior don Antonio de Toledo, desde Guadalajara, que la cédula le fue presentada la noche del 26 de marzo de 1574, antes de iniciar jornada hacia Madrid. El enojo de don Fernando era patente en sus reproches y críticas hacia el rey. Confesaba que «de cualquier otro Príncipe del mundo pudiera yo esperar esta gratitud de tantos años y tan grandes y trabajosos servicios como yo y él hemos hecho a S. M., pero de él, cierto, nunca lo esperé, ni me pasó por la fantasía». Rogó a su cuñado que hablase al rey y que si no conseguía su gracia, «don Fadrique y yo somos tan obedientes vasallos y criados, que no solamente cumplirá él lo que mande, pero que yo también cumpliré el destierro y carcelería»²³.

¹⁷ FERNÁNDEZ CONTI, S., *Los Consejos de Estado y Guerra de la Monarquía Hispánica en tiempos de Felipe II, 1548-1598*, Valladolid, 1998, p. 125.

¹⁸ ÁLVAREZ DE TOLEDO, *Alonso Pérez de Guzmán*, II, p. 195.

¹⁹ «No me maravillaré del contento que me dezís que muestran por allá todos con la venida del duque mi señor, pues acá en este Campo de Calatrava y por todos los lugares por donde he passado desde Alcalá hasta aquí no se habla en otra cosa, guarde Dios al duque que en verdad que tiene esta obligación a su patria», carta de don Fadrique a Juan de Albornoz, Avenjar, 18 de abril de 1574, Archivo de los Duques de Alba [ADA], Caja 52, doc. 152.

²⁰ Era caballero del hábito de Calatrava desde que se iniciaron las averiguaciones para su concesión en 1543, véase AHN [Archivo Histórico Nacional], Órdenes Militares, *Calatrava*, Expediente 2.582.

²¹ Copia de la cédula de S. M. para que don Fadrique fuese a la encomienda al regresar de Flandes, Madrid, 22 de marzo de 1574, ADA, Caja 346, doc. 28.

²² Alcalá de Henares, 30 de marzo de 1572, ADA, Caja 52, doc. 150.

²³ ALBA, *Epistolario*, pp. 590-591.

Varias fueron las ocasiones en las que Alba consiguió audiencia de Felipe II, pero de ninguna obtuvo satisfacción. Aquella indiferencia confirmaba su escasa autoridad. Los Toledo estaban «muy sentidos de que S. M. les hiciesse tan gran disfavor a las puertas de la corte» y de que con ello «entendiese el mundo que S. M. no se había tenido ni tenía por servido del Duque ni de sus hijos y deudos»²⁴. La severidad del rey se justificaba, en apariencia, tras haber sido informado del acuerdo matrimonial entre el heredero de Alba y doña María de Toledo y Colonna, una de las hijas del marqués de Villafranca, contraviniendo no solo su orden, sino eludiendo un proceso todavía no concluido que sostenían los familiares de doña Magdalena de Guzmán²⁵. El acuerdo con don García de Toledo se había ratificado secretamente entre 1570 y 1571, en las ciudades de Pisa y Bruselas²⁶, y tan solo quedaba pendiente el casamiento, que se realizaría, como estaba previsto, una vez regresado don Fadrique a Castilla, pues la novia ya vivía en Alba de Tormes bajo la tutela de la duquesa de Alba. Este acuerdo, largamente acariciado por don Fernando, había sido aligerado ante el temor de que el rey obligase a don Fadrique a satisfacer su compromiso con doña Magdalena.

Tampoco las diligencias del prior dieron fruto y prevaleció finalmente la voluntad del rey. Alba, sin embargo, no marchó con su hijo como había insinuado en un principio, sino que continuó en la corte, pues de otro modo se hubiera impedido cualquier posibilidad de reconciliación. El duque, que desconfiaba del rey, insistía en una rápida solución para satisfacción de ambas partes.

Don Fadrique, acostumbrado a mayores pesadumbres, asumió su exilio con resignación. Nuevamente, una carta a Alborno, escrita a unas leguas de Madrid, desvelaba su estado de ánimo. «He oído de entender que se tenga en essa corte cuenta con los servicios para no proceder con los que han servido con el vigor que la calidad de los delitos y la rectitud de la justicia requiere», anotó. Sugirió aceptar la situación con humor y sin apasionamientos, pues hacer lo contrario era dar «contento a vuestros enemigos y causa para que se jacten de haver salido con su pretensión». Aseguraba que el mejor modo de afrontar su desgracia, por el momento, era «hazer bien poca fuerça, por que tengo tan exercitada paciençia de algunos años a esta parte, que hago della quanto quiero». En el asunto de su exilio, debía

*seguirlo por justicia para averignar si es causa nueva ésta porque aora me prenden y siéndola que me den mis cargos, y si es por la vieja [la de doña Magdalena de Guzmán], que se mire si he cumplido con lo que se me ha mandado y si esta purgada ya mi culpa y estándolo que me den mis recaudos, pues que no me valen el traer conmigo la sentençia y haver cumplido quanto en ella se contiene, valiéndole al que está al remo. Para hazer esto no es menester tanto tiempo que aunque fuera más estrecha la carçelería de lo que se me ha dado no lo passara sin agotar mi paciençia*²⁷.

²⁴ «[...] vino aquí el Duque y con todo se le ha conocido el sentimiento y pena que esto le ha dado y el poco calor y favor que en Su Magestad ha hallado, al qual tocó con la mano en llegando, por que haviendo ydo después de anochecido a las nueve a palacio y subido a la alcobilla dixerón a S. M. que estava allí a tiempo que començava a hazer colación y le hizo aguardar hasta que acabasse en que tardó más que solia y después de haverse paseado un rato mandó que entrasse y el Rey le recibió y preguntó cómo venia... y el duque fue breve y se fue a su cassa más moyno que salió della y esto pasó adelante de muchos. Y al día siguiente por la mañana bolvió el duque a palacio y [pasó] con el Rey más de una hora y el Rey se partió dende a otra parte para el Scurial», carta de Martín de Gaztelu a Juan de Zúñiga, Madrid, 15 de febrero de 1575, AMAEC, Santa Sede, Leg. 4, doc. 201.

²⁵ Esta dama de la reina era hija del licenciado don Lope de Guzmán y Guzmán de Aragón, gentilhombre de Felipe II, maestresala de la reina Isabel de Valois y oidor de la Audiencia y Chancillería de Granada, y de doña Leonor de Luján, véase FERNÁNDEZ MARTÍN, L., «La marquesa del Valle. Una vida dramática en la corte de los Austrias», *Hispania*, XXXIX (1979), pp. 559-638.

²⁶ KAMEN, *El Gran Duque de Alba*, p. 234.

²⁷ Arganda, 1 de abril de 1574, ADA, Caja 52, doc. 151.

Aunque la imagen que la historiografía ha transmitido sin descanso sobre el duque de Huéscar —título concedido en 1563 con ocasión de su segundo matrimonio sobre el señorío granadino de su padre— no ha sido en ningún caso benévola, parece que, pese a sus extravíos, fue un caballero cuerdo que no tuvo ocasión de brillar en solitario, ensombrecido por la poderosa personalidad paterna. Su vida no fue cómoda, pues desde muy joven padeció dolorosos ataques de gota que le incapacitaron durante largo tiempo y contribuyeron en buena medida a acabar su vida anticipadamente. Hasta la muerte de su hermano mayor don García en 1548, quinto marqués de Coria, don Fadrique, nacido el 21 de noviembre de 1537, no se convirtió en heredero del ducado de Alba. Desde entonces, su padre puso especial empeño en instruirle para que, llegado el momento, fuera un digno sucesor.

Nunca había destacado por sus dotes de mando y ni tan siquiera disponía del refinamiento que se presuponía en el heredero de una de las principales casas de Castilla. Era de menor estatura que su padre y de talle más robusto²⁸. No era hosco ni reservado, pero tampoco parece que compartiera el gusto artístico de su padre, y mucho menos que tuviera aficiones destacadas, más allá de las galanterías. Desde niño había sido habituado a la vida militar, pese a gozar de extensos privilegios y lujos, puesto que solía acompañar a su padre durante sus numerosas campañas. La carrera cortesana, para la se le preparó merced al oficio de su padre, mayordomo mayor del rey, y a su nombramiento como gentilhombre de la cámara en 1556, se truncó en 1567 con su destierro y quedó seriamente comprometida para el futuro.

Como jefe militar nunca destacó por su genio y con demasiada frecuencia sus actuaciones eran discutidas. Jamás se perfiló como un auténtico caudillo pese a que estaba destinado a ser émulo de su padre, como este lo había sido de su abuelo. Desde luego su labor como lugarteniente de su padre en Flandes provocó no pocas polémicas, tanto por el hecho de ser nombrado sin apenas méritos que avalasen su rango, como por su más que evidente inexperiencia²⁹. Fue en los Países Bajos la primera ocasión en la que tomó parte activa en un frente de guerra —con la salvedad de su breve responsabilidad como general del ejército de Lombardía en 1555 y su posterior gobierno interino en Nápoles, igualmente por designación paterna— y aunque se expuso en muchas ocasiones al fuego enemigo, y fue alcanzado y herido a consecuencia de ello, nunca gozó de la consideración y de la estima de sus subordinados. Pese a todo, su experiencia flamenca cambió notablemente la pesimista percepción de su padre con respecto a sus cualidades militares³⁰. Debido a sus frecuentes recaídas, Alba, acostumbró a delegar la dirección del ejército en su hijo. Aunque obtuvo algunos éxitos iniciales, no consiguió doblegar la resistencia de los partidarios de Orange y se le hizo responsable de algunas matanzas. A la postre su estrategia resultó una decisión desacertada y fatal para los intereses de la Monarquía.

Ciertamente la debilidad física de don Fadrique, en especial tras su regreso de Flandes, le tuvo buena parte del tiempo postrado en la cama o desplazándose con bastones. Sus frecuentes ataques de gota le impedían incluso atender su propia correspondencia, que despachaba solícito su secretario Esteban de Ibarra.

²⁸ Así, al menos, era su apariencia en un retrato de cuerpo entero, con media armadura, que se conservaba en el monasterio de Nuestra Señora de la Laura, en Valladolid. Está en paradero desconocido después de la vergonzosa destrucción del afamado cenobio, fundación de la que sería su tercera y última esposa. Allí reposaban sus restos, hoy igualmente desaparecidos.

²⁹ PARKER, *La gran estrategia*, p. 226.

³⁰ En 1568, al poco de llegar a Flandes, el duque comunicó a don García de Toledo que había tenido que dejar en sus manos el ejército, debido a una enfermedad, y que había sido tal su satisfacción que había desterrado sus anteriores temores y decepciones. «Confieso que estoy loco de contentamiento de ver acabada tal jornada y de haber visto esta particularidad en don Fadrique», anotó, «en quien pensé que acabara el hilo de ser soldados los señores de nuestra casa, y véolo muy al revés», véase KAMEN, *El Gran Duque de Alba*, p. 168.

En su desgracia, don Fadrique disfrutaba con la apacible vida rústica a la que había sido abocado. Escribía al secretario de su padre, Juan de Albornoz, que

estoy tan hallado en este lugar que me parece que en mi vida estuve en parte que más me hiziesse al caso por que estoy en mi casa que no tengo otra, y atiendo a lo de mi hazienda tan de veras que no ando desde la mañana a la noche sino envuelto con mis possessioneros y passo con ellos la mejor vida del mundo.

En breve tiempo había trocado los fríos y húmedos campos de batalla de Flandes por las planicies áridas y cálidas del Campo de Calatrava y sus responsabilidades militares por las propias de un terrateniente. Él mismo confesaba que el arrendamiento le parecía «cosa de gusto y más si con mi pressencia se acresçenta». Su vida transcurría con aparente quietud. «Veo noches y mañanas mi ganado y como de la came que me dan dél y del trigo que tengo en la panera y assi se acaban los días sin sentirlo», escribía ufano. Se entretenía con la compañía de don Hemando de Toledo, señor de Villoria, —«cierto no sé yo que aya en la tierra mejor compañía que la suya»— y de Alonso de Ulloa, que en ocasiones se veía aderezada con las tercerías de un peculiar bulero de la Santa Cruzada. Las conversaciones y chanzas de las que eran partícipes los cuatro tertulianos eran, a juicio de don Fadrique, «para reventar de risa».

Sus mayores preocupaciones se centraban sobre si debía trasquilar «aquí mis obejas o en el veranadero, que nunca materia de estado se desmenuçó así». Disponía de «cuatro mil cabeças muy buenas y si plaze a Dios tendré siete mil al abril de 75». Anunciaba irónico a Albornoz que iba a convertirse en «el primer ombre de España en echo de granjerías y arrendamientos». Con numerosos gastos y salarios que pagar, una hacienda tan menguada como la que le procuraba su encomienda, apenas de dejaba más opción que «la de darne a las granjerías para poder vivir»³¹.

A pesar de su peculiar aislamiento, don Fadrique continuaba permanentemente informado de cuánto de significación acontecía en la corte y fuera de ella, además de cualquier avance o retroceso sobre su negocio. Las noticias de Flandes, poco esperanzadoras y gratas, parecían no alterar su ánimo, salvo que fueran de cierto interés como cuando se le informó de ciertas coplillas intercambiadas entre el maestro de campo Julián Romero y el comendador mayor don Luis de Requesens, gobernador general³². De cualquier modo, tales nuevas, antaño muy deseadas, ya no le inquietaban, todo lo más le traían añoranzas de un tiempo pasado sobre el que no deseaba encaminar sus pensamientos. «Yo os prometo, señor Albornoz», confesaba, «que quando me acuerdo cómo estava aora [hace] un año y cómo estoy aora, que no me cuento por presso, sino por libre y muy contento»³³.

Don Fadrique, que había cortejado a demasiadas damas de la corte, actitud por otra parte frecuente entre los caballeros más jóvenes y no tanto, había casado en dos ocasiones. En 1551 contrajo matrimonio con doña Guiomar de Aragón y Folch de Cardona, hija de los segundos Duques de Cardona y

³¹ «Llegué el jueves aquí. Salíome a resçibir una suya deste lugar, que diera quanto tengo porque la viera don Antonio de Toledo para que os scriviera milagros della. Las damas salieron con su adufe [pandero morisco] y alaridos en el çielo, dançando a las mil maravillas. Están los mal aventurados pobrissimos pero, en fin, han mostrado alegria. No podriades creer los bandos y guerra que aquí traen Gonçalo Muñoz y Francisco Sánchez. Es cierto que traen dividido todo el Campo de Calatrava. No sé cómo ponerlos en paz, sino tray[go] para ellos al buldero y a Alonso de Ulloa. Los de Agudo me agoardan con sortija y mucha fiesta. Han mostrado sentimiento de que yo aya parado aquí y çierto en entrando las calores me dizen que será forçosso sallir desta casa que aunque la de Agudo no es tan cómoda, es mucho mejor para de verano, y assi les he prometido que yré a verles», don Fadrique de Toledo a Juan de Albornoz, Avenojar, 18 de abril de 1574, ADA, Caja 52, doc. 152.

³² «Las coplas que Julián [Romero] y el comendador mayor [Luis de Requesens] se han embiado deven de haver sido buenas. Las de Julián devían ser de pie quebrado y las del comendador mayor redondillas. Assyguarás que cada uno havrá quedado contento de lo que ha dicho. Embiádme en todo caso lo que sobre este negoçio os scriven que ha passado aunque sea contra la voluntad del coronista, que con no nombrarle se cumple con él», Agudo, 3 de octubre de 1574, ADA, Caja 52, doc. 154.

³³ Ibidem. doc. 154.

de Segorbe³⁴. Aquel enlace apenas se prolongó un lustro, falleciendo la esposa en 1557 sin haber dejado descendencia alguna. En 1563 volvió don Fadrique a matrimoniar, esta vez con doña María Josefa Pimentel y Girón, hija de los Condes de Benavente, de la que enviudó aún más pronto³⁵. Ya sin compromisos de ningún tipo, en 1566 cortejó más allá de lo aconsejable a doña Magdalena de Guzmán, dama de la reina Isabel de Valois e hija del maestresala don Lope de Guzmán. Fue incluso más lejos al darle palabra sincera de casamiento, aunque al cabo tuvo que retractarse, obligado por sus padres. Don Fadrique había manifestado su deseo de casarse con ella, lo que dio motivos a su prometida para mostrar, ufana e indiscretamente, su alegría. Conocido el incidente, el rey inició una averiguación, dado que este asunto había tenido lugar en el alcázar, además de estar ambos bajo la tutela de los duques de Alba, pues como gentilhombre de la cámara y como dama, estaban subordinados al mayordomo mayor y a la camarera mayor del rey y de la reina respectivamente.

Viendo que el negocio no se concluía y que no había conciliación alguna, Felipe II decidió castigar la irresponsabilidad de los dos jóvenes servidores. Doña Magdalena fue sacada de palacio y recluida en un cenobio de Toledo. Por su parte, don Fadrique, contrariado por habersele negado la posibilidad de casarse con quien quería, fue enviado a la fortaleza de la Mota, en Medina del Campo, mientras se decidía sobre su futuro³⁶. Al poco tiempo se publicó una sentencia de destierro de la corte y de Castilla por un periodo de seis años, tres de los cuales habiendo de servir en Orán. El duque, en desacuerdo con la condena, hizo saber al rey que la cumpliría junto a su hijo. A las puertas de su marcha a Flandes, Felipe II, finalmente, accedió a que don Fadrique la redimiera sirviendo junto a su padre³⁷. Aún en 1574, tras su regreso, se desconocía si con sus servicios había saldado ya la pena o por el contrario había demorado su cumplimiento³⁸.

Alba en este tiempo no rindió su firmeza, insistiendo en que no hubo compromiso y que todo fue fruto de un censurable comportamiento de juventud, pues ni se le había pedido a él opinión, ni se había solicitado licencia al rey. Era a su juicio, «todo nulo y clandestino e inbálido conforme al Concilio [de Trento]»³⁹.

³⁴ «Capitulaciones matrimoniales», AHN, Sección Nobleza, *Frias*, C. 1.685, doc. 20.

³⁵ *Ibidem*, C. 1.673, doc. 40.

³⁶ Sobre la trascendencia de la promesa matrimonial y el carácter vinculante de la palabra otorgada ante testigos véase LORENZO PINAR, F. J., «Conflictividad social en torno a la formación del matrimonio (Zamora y Toro en el siglo XVI)», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 13, (1995), pp. 131-154. Del mismo autor, véase también «Actitudes violentas en torno a la formación y disolución del matrimonio en Castilla durante la Edad Moderna», en FORTEA PÉREZ, J., GELABERT GONZÁLEZ, J. E. y MANTECÓN MOVELLÁN, T. A. (coords.), *Fuor et rabies: violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, Santander, 2002, pp. 159-182. La profesora Rodríguez Salgado sugiere que algo subyacía en la vehemencia que el duque de Alba demostró al rechazar este matrimonio. El propio Felipe II parece haber dudado en alguna ocasión de la idoneidad de doña Magdalena como dama de la reina, véase al respecto «Una perfecta princesa. Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1568). Primera Parte», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejo II*, (2003), pp. 39-96. Son especialmente valiosas las informaciones sobre este turbio asunto que se deslizan en la correspondencia privada del príncipe de Parma.

³⁷ «La sentencia de don Fadrique va todavía adelante, que es destierro de la corte seys años y que los tres sería en Orán con no sé cuántos cavallos. Su padre solo yrá muy mal y dize que no quiere hazer jornada, sino irse con su hijo», carta a don García de Toledo, marqués de Villafranca, sin fechar. AHN, *Diversos, Colecciones*, Colección Diplomática, Leg. 282, doc. 35. Quedo agradecido al profesor Fernando Bouza por llamar mi atención sobre esta correspondencia.

³⁸ En una carta de Mateo Vázquez al rey, fechada en Madrid, el 1 de abril de 1574, pocos días después de que don Fadrique recibiese orden de retirarse a su encomienda, aseguraba el secretario que se afirmaba que Alba había presentado una cédula, de la que no se tenía noticia, por la que se permitió al duque de Huéscar ir a Flandes. Se recomendaba verificar su autenticidad y si «en ella se puso conmutación de la pena o suspensión», IVDJ, Envío 53, Caja 69, sin foliar.

³⁹ «Que lo que pudo pasar entre don Fadrique y doña Magdalena de Guzmán fue todo nulo y clandestino e inbálido conforme al Concilio [de Trento]... pidiendo que S. M. dexe sobrello seguir su justicia a las partes. Hecho esto fue el duque a San Lorenzo muy confiado con el parecer que llevaba y habló a S. M. y luego se partió para Alba bien descontento. Dizen que bolverá luego aquí y no sé en qué parará aunque esta demostración que S. M. ha dado es grande... Tello y Juan de Guzmán tienen contentamiento», carta de Martín de Gaztelu a Juan de Zúñiga, Madrid, 15 de febrero de 1575, AMAEC, *Santa Sede*, Leg. 4, doc. 201.

Su insistencia en poner punto y final al asunto, obedecía a que estaba erosionando seriamente su influencia y a su negativa a vincular el destino de su Casa al del discutible linaje de la dama, sin calidad, ni título, ni riqueza conocida.

Don Fadrique, por su parte, padecía los rigores no solo de una gota mal curada, de la que hacía responsable al rey, por haberle negado el medio para sanar de ella, sino de unas fiebres recurrentes, contraindadas en Flandes⁴⁰. Precisamente ese fue uno de los motivos que llevaron a solicitar su traslado a una tierra menos extrema, en donde poder aliviar mejor su enfermedad, que por otro lado le tenía muy a menudo incapacitado para atender sus asuntos diarios⁴¹. Viéndose en tan lamentable estado, se mostraba contrariado frente a quienes insistían en que debía pedir al rey su perdón. Solo le escribiría, llegado el momento, para rogarle que remediasse su enfermedad permitiéndole mudar de confinamiento. Él mismo confirmaba a su padre, en relación a su litigio matrimonial, que «ressuelto estava en dexarme estar y que no se hiziesse por mi parte la menor diligencia de la tierra, por que es cierto verdad que para mi salud y contento no hallo remedio mejor que olvidarlo y apartarme de todo aquello que puede traerme a la memoria». Había decidido romper su silencio para tratar con el monarca únicamente de su delicada salud:

Solo tenía pensado entrando el año embiar a suplicar al Rey me dicesse licencia para yr a curarme donde aya médico y medicinas, y donde no me sea tan contrario el ayre, y si Su Magestad no fuesse servido dello, a lo menos lo fuesse de mandarme cortar la cabeça, pidiéndole con mucho encarescimiento de la una manera o de la otra se ressolviessse commigo, porque cierto no sé que aya muerte en el mundo que desyguale a la vida, que en este lugar he passado, pues, en 26 meses que ha que estoy en él, no me he sentido treynta dias ynterpolados sin dolor y muchas vezes he estado como aora estoy⁴².

Las gestiones de Alba en la corte no parecían avanzar un ápice. Ni tan siquiera la mediación del consejero de la cámara de Castilla y de Hacienda, Francisco Hernández de Liébana, letrado de prestigio, protegido del desaparecido cardenal Espinosa, obtuvo algún rédito. Liébana era, entonces, aliado del secretario Mateo Vázquez, y en marzo de 1575 había entrado a formar parte de una junta especial constituida para tratar la política flamenca. Recibió don Fadrique comunicación de Albornoz sobre cierta conversación que había tenido con el erudito Liébana, al parecer en latín. Excusándose por ser «tan ruyn latino», y en consecuencia no haber podido entender «lo que me dezís, que os respondió en este lenguaje», agradeció tanto al consejero como a «todos quantos entendieren el agravio que se me ha hecho» y que les pareciera «que ha sido sin justicia muy grande». Aunque esperanzado en la fiabilidad de los mediadores, don Fadrique quiso ser protagonista de su propia suerte y no un mero paciente, por lo que exigió que en todo momento se tuviera presente su opinión. Así, quiso que su padre fuera advertido, que de ningún modo había de ser elevado a Felipe II un memorial en su nombre sin que antes no hubiera pasado por sus manos, «porque por no entender las cosas no se hagan cada día herrores nuevos»⁴³.

⁴⁰ «Vos creed, señor Albornoz, que ha nueve días que passo los mayores dolores del mundo en ambos pies y una rodilla y por decirlo en más breves palabras en todo el cuerpo por que no sé yo cosa en él que no me duela. Ya no ay que tratar de saber qué humor es este sino que es gota muy de la fina y aún aora estoy de manera que me doy a entender que aún es peor mal que gota. Dios perdone a quien fue la causa que no me curasse el año passado». Carta de don Fadrique a Juan de Albornoz, ADA, Caja 52, Agudo, 3 de noviembre de 1575, AMAEC, Santa Sede, Leg. 4, doc. 158.

⁴¹ «Anoche rescibí la carta de V. Ex. de 30 del passado, la qual que me ha hallado en la cama y tal que aún no sé como podré firmar esta porque ha sido el corrimiento de suerte que no se ha contentando con tenerme bien trabajado de la cabeça y el pecho, sino que también ha corrido al pie yzquierdo y con el más vivo dolor que hasta aquí, y de dos días a esta parte, le tengo en la rodilla del mesmo lado. Y esta mañana me ha acudido al pie derecho, de manera que no me dexa reposar. En efecto, puedo dezir a V. E. con verdad que no tengo cosa en todo el cuerpo que no me duela. Yo confieso a V. E. que esta no es enfermedad peligrosa pero sin duda ninguna quedo yo aora de manera que la trocaría de muy buena gana con otra muy peligrosa», don Fadrique a su padre, Agudo, 3 de noviembre de 1575, ibidem, doc. 157.

⁴² AMAEC, Santa Sede, Leg. 4, doc. 157.

⁴³ Don Fadrique de Toledo a Juan de Albornoz, Aveniojar, abril de 1574, AMAEC, Santa Sede, Leg. 4, doc. 153.

El duque había aconsejado a su hijo que se comunicara con personas de calidad que pudieran remediar lo de su destierro. Entre ellas se contaba el presidente del Consejo de Castilla, don Diego de Covarrubias, obispo de Segovia y consejero de Estado, que era un ministro de gran poder, pese a su personalidad apacible⁴⁴. Se desconoce si finalmente fue él quien consiguió la licencia del rey, pero, a comienzos de la primavera de 1576, se autorizó a don Fadrique trasladarse a la villa de Tordesillas por un periodo de tiempo de seis meses, con el fin de que mejorase su estado de salud⁴⁵. Allí gozó de cierta libertad de movimientos, siempre y cuando no se desplazara ni a Madrid, ni a Toledo, ni a los estados de su padre. Su estancia fue vigilada en todo momento por el alcaide de la fortaleza.

Es probable que el rey decidiera tener a don Fadrique controlado en todo momento. A finales de enero, Felipe II había acordado al secretario Mateo Vázquez que comunicase a los miembros de la junta, que después de la sesión del Consejo de Estado, se reuniesen para tratar sobre la conducta de don Fadrique en los Países Bajos. «Decidles lo de Flandes con que es menester tener cuenta», anotó en su consulta, «y es la principal parte del negocio que cualquier cosa que se haga la sentirán allá mucho y no es tiempo de darles más sentymiento, que creo que a los más no se les deve de acordar deste punto de Flandes y es lo de más consideración». Era necesario aclarar «cómo se avía procedido en su gobernación pasada»⁴⁶. Todo parece indicar que las investigaciones sobre sus abusos y brutalidades fueron secretas mientras el asunto del matrimonio era aireado para desviar la atención.

La escasez y fragmentación de la correspondencia de este periodo decisivo para la fortuna posterior de don Fadrique, impide conocer todas las claves de lo que rodeó su desgracia⁴⁷. Por lo que se desprende de sus cartas, parece que, desesperado por los silencios del rey, consultó con su hermano, el prior don Hernando de Toledo, a la sazón virrey de Cataluña, el mejor modo de abandonar su encierro⁴⁸. Él mismo confiesa que, decidido a saldar sus cuentas pendientes, consideró entrar al servicio de don Juan de Austria. Sin embargo, la marcha de este a Flandes, a donde se le enviaba para reemplazar al fallecido Requesens, obligó a reconsiderar el rumbo de sus servicios. Al prior le pareció más oportuno que se embarcara rumbo a Nápoles. De todo ello dio cuenta a su padre para solicitarle una ayuda de costa, pues su hacienda era menguada. Además, rogaba que intercediera ante Felipe II para que le autorizase a viajar hasta allí, reivindicando el derecho que para ello le daban los servicios de su padre y los suyos propios⁴⁹.

⁴⁴ Don Fadrique a su padre, el duque de Alba, Agudo, 13 de noviembre de 1575. AMAEC, *Santa Sede*, Leg. 4, doc. 159.

⁴⁵ «[...] a don Fadrique de Toledo ha dado S. M. liçençia para que vaya de su encomienda en que está a Tordesillas, por seys meses para curarse, con que no entre en Toledo, ni en esta corte, con las cinco leguas, ni en ninguno de los lugares de su padre, ni pose en la Casa Real de Tordesillas, de que el Duque su padre y la Duquesa están muy sentidos y de que no le hoviessen dexado ir a curarse a Camora o Toro, como lo pidieron [...]». carta de Martín de Gaztelu a don Juan de Zúñiga, Madrid, 11 de abril de 1576. AMAEC, *Santa Sede*, Leg. 4, doc. 222.

⁴⁶ Mateo Vázquez a Felipe II y respuesta de este al margen, consultas fechadas en Madrid, el 30 y 31 de enero de 1576. IVDJ, Envío 53, Caja 69, docs. 17 y 18.

⁴⁷ Algunas de las muy numerosas cartas que don Fadrique escribió desde su exilio, en el Campo de Calatrava, fueron utilizadas por Henry Kamen en su reciente biografía del duque de Alba. Sin embargo, Maltby, que evidenciaba su escasa atracción por Huéscar, despreció este conjunto epistolar, sin duda relevante para conocer el estado de ánimo de don Fadrique y su opinión sobre su proceso, juzgando que poco era lo que podían aportar a su obra. Apenas hace referencia a ellas en su libro más allá de su estado y ubicación, véase MALTBY, *El Gran Duque*, p. 426.

⁴⁸ La interesante figura del prior, aún carente de un estudio profundo y amplio, ha sido desmenuzada recientemente, con la brillantez que le caracteriza por FERNÁNDEZ CONTI, S., «El prior don Hernando de Toledo, Capitán de Felipe II y de sus Consejos de Estado y Guerra», en FANTONI, M., (dir.), *Il «perfetto capitano». Immagini e realtà (secoli XV-XVII)*, Atti dei seminari di studi Georgetown University a Villa Le Balze, Istituto di Studi Rinascimentali di Ferrara, 1995-1997, Roma, 2001, pp. 87-134.

⁴⁹ S. I., noviembre de 1576. ADA, Caja 52, doc. 163.

Esta pretensión ya había sido tratada un lustro antes, cuando en 1571 el duque de Alcalá falleció en Nápoles. El marqués de Villafranca, suegro de don Fadrique, informó a Alba sobre la idoneidad de presentar la candidatura de su yerno como nuevo virrey, ponderando su brillante hoja de servicios y ofreciéndose a avalarlo ante el rey⁵⁰. Desgraciadamente Felipe II tenía, entonces, otros planes para aquel gobierno, como era encomendárselo al cardenal Granvela. En cuanto a su situación, y ante la inmediatez de su jornada a Guadalupe, el rey evitó pronunciarse hasta su regreso a Madrid⁵¹.

Don Fadrique fue informado del viaje por el secretario Albornoz. Decepcionado por este nuevo contratiempo, confesaba contrariado que «assi creo que se nos ha de passar toda la vida». Escaso de paciencia, otras noticias, con las que trataban de entretenerle, como las del brutal saqueo de Amberes, no le causaban la menor impresión. «Si os he de dezir verdad» escribía, «maldita la pesadumbre que aquello me da, porque las de aora son tales que no dan lugar a otras ningunas»⁵². El propio don García de Toledo había manifestado en numerosas ocasiones su preocupación por tanta demora en la resolución del asunto de su yerno, pues lógicamente deseaba ver casada a su hija pequeña antes de fallecer⁵³. Para desgracia de los Toledo, el rey seguía sin decidir qué medida tomar al respecto y tanta demora no hacía si no perjudicar los intereses de la familia.

Tras la marcha de don Juan de Austria a Flandes en 1576, Antonio Pérez, próximo al hermano del rey, logró el control de los asuntos de Estado, en especial de toda la documentación procedente de los Países Bajos en detrimento de Gabriel de Zayas. Carentes del poder y de la influencia de Pérez,

⁵⁰ «En último del pasado por vía de el embaxador de Jénova escreví a V. E. y aviendo subçedido después la muerte de el duque de Alcalá, teniendo yo por cierto, aunque no sé la voluntad de V. E., que no se podría herrar en anteponer con esta ocasión a el señor don Fadrique para el cargo de Nápoles, me paresció escrevir sobre ello a el prior lo que V. E. podrá mandar ver por el traslado que va con ésta, para que paresciéndole y teniendo entendido algo en este particular de la voluntad de V. E. me anteponga en mi nombre a Su Magestad, por los términos y de la manera que le escrivo o dexe de hazello según juzgare convenir, si a V. E. le paresciere bien como a mí me paresçe, por muchos respectos se pretienda este cargo para el señor don Fadrique, y verle V. E. desde luego empleado en él siendo tam principal como V. E. sabe mejor que nadie. Yo terné el contentamiento que es razón de aver movido desde aquí esta plática y V. E. podrá mandar hazer desde ay las demás diligencias que fuere servido para el buen subçesso, que con ellas no dudaría yo que este negocio le tubiese pues bendito nuestro señor el valor y merescimiento de el señor don Fadrique y sus servicios son tales que de por sí solo tiene merescido qualquier merced que se quisiere pretender y en esto creo que no me engaña nada la pasión ni que tampoco me a engañado quanto a lo que toca al servicio de S. M. en aver escrito a el Prior de mi parte como tengo dicho, si le paresciere anteponer a S. M. a el señor don Fadrique para este cargo, antes no hago duda de aver acertado en ello y cumplido en este particular con la obligación que a S. M. tengo pero si V. E. por otros fines que yo no sé no fuere servido que esto vaya adelante podrá mandar escrevir a el prior su voluntad y tomar en servicio la que a mí me a movido a esto con lo demás que a el prior escrivo y perdonar el hierro si lo oviere avido [...] y si V. E. tubiere por mejor cargo para el señor don Fadrique tenelle y gozalle V. E. en su cassa también la rescibiré en que lo mande avisar[...]. Certificando de nuevo a V. E. que maldito el cariño me dará Italia si no es quedando el señor don Fadrique en ella, por que ninguna cosa deseo tanto en esta vida como verme sirviendo a V. E. y a mi señora en su casa, y acabar la que me queda en este oficio», carta de don García de Toledo al duque de Alba, Pisa, 2 de abril de 1571, *ibidem*, doc. 214.

⁵¹ Entre diciembre de 1576 y enero de 1577 tuvo lugar en la villa cacereña un trascendental encuentro entre Felipe II y su sobrino el rey Sebastián I de Portugal. En las vistas se abordaron numerosas cuestiones de interés para ambas partes, entre ellas el matrimonio del monarca luso y su nueva empresa de conquista en el norte de África, para la que Felipe II, y después de desistir en su empeño de convencer a su sobrino para que se abstuviese de liderarla, le ofreció recursos y soldados, véase RODRÍGUEZ MONINO, A., *Viaje a España del Rey don Sebastián de Portugal (1576-1577)*, Badajoz, 1948.

⁵² Carta de don Fadrique a Juan de Albornoz, Tordesillas, 5 de diciembre de 1576, ADA, Caja 52, doc. 165.

⁵³ «Espero ver nueva de que se aya resuelto como se dessea el negocio del señor Don Fadrique, que pues juzgan los que no tienen parte que se tarda mucho en dalle fin no es maravilla, que a los que nos toca nos parezca demasiada dilación y pues V. E. se halla presente a sollicitallo tanto tiempo ha no tengo yo que añadir más de que espero por horas el buen suceso que si bien ha tardado no hago duda en esto y querría tener este contentamiento antes que se me acabasse la vida trayéndola tan envidiada», García de Toledo al duque de Alba, Nápoles, 21 de noviembre de 1575, *ibidem*, doc. 219.

los herederos del cardenal Espinosa, tras el fallecimiento del conde de Chinchón en 1576, se agruparon en torno a Alba, por entonces sin apenas ascendiente sobre el rey. El poderoso secretario, con el apoyo del marqués de los Vélez, don Pedro Fajardo, y del cardenal Gaspar de Quiroga, porfió cuanto pudo por desbaratar los intereses de sus mayores antagonistas. Jamás ocultó su profundo desprecio y resentimiento por «los Toledo», entre cuyos miembros, además de Alba, destacaban el prior don Antonio, el cardenal Pacheco y el prior don Hernando, virrey de Cataluña.

Pese a todo, Alba continuó disfrutando de asiento en el Consejo de Estado, en donde se hizo escuchar innumerables ocasiones a propósito de la cuestión de Flandes, si bien con escasa fortuna. Además, formó parte de varias juntas, como la de fortificaciones, integrada por el prior don Antonio y don Francés de Álava, que discutía sobre el sostenimiento del sistema defensivo en los enclaves estratégicos de la Monarquía⁵⁴. Sin embargo, su situación se complicaba toda vez que la autoridad de los Toledo en el Consejo de Estado se resquebrajaba por la propia incapacidad del prior don Antonio, hombre conciliador y poco combativo, para secundar con eficacia las opiniones de su cuñado. Debido al incremento del número de consejeros, los Toledo quedaron marginados de cualquier decisión de relevancia.

Mientras en la corte Alba sostenía erguido a duras penas el herrumbroso pabellón de los Toledo, su hijo, informado del estado de su negocio, exigía una rápida resolución. Sus cartas demuestran que discrepó abiertamente del proyecto matrimonial de su padre, porque temía la dureza de la reacción del rey. En abril de 1576, una misiva escrita a su primo, el marqués de Velada, revela su atribulado estado de ánimo. Había sido informado del propósito del monarca de autorizar su casamiento con doña Magdalena de Guzmán. En este punto, se le planteaba una seria encrucijada, desobedecer el mandato de su padre y contravenir el acuerdo matrimonial firmado años atrás con el marqués de Villafranca o ignorar el deseo regio y esperar el castigo. «Si por una parte considero muchas cosas que me obligan a no usar desta licencia», anotaba, «por otra parte se me respeta el daño que podría causarme si el rey viniere a enfadarse de ver que no hago caso della». La amenaza «hera cosa tan cierta y determinada, que lo avian savido por bía del secretario [Juan de] Scobedo, el qual lo avía dicho a Antonio de Lada para que avisase dello al Duque». Felipe II «se avía resuelto en mi negoçio», sentenciaba apesadumbrado, y «me avía mandado sentenciar a que me casase con la señora doña Madalena de Guzmán o me cortasen la cabeça»⁵⁵. Informado el duque del propósito del rey, resolvió preparar una respuesta adecuada que, al menos, satisficiera los intereses familiares, pese a su arriesgado coste.

Aunque el duque sentía gran cariño y estima por su hijo, conocía sus debilidades. Don Fadrique nunca se había mostrado displicente con su padre y hacía gala de una obediencia reverencial, sin embargo en este delicado asunto se resolvió con independencia. Por ello, Alba sometió a estrecha vigilancia a don Fadrique, a fin de evitar cualquier comunicación con el rey que le permitiese soslayar el castigo. Alba no estaba dispuesto a permitir que se cuestionase su autoridad para decidir sobre el futuro de su Casa, aun a costa de sacrificar a su propio hijo y de hacerse merecedor de las represalias de Felipe II. Si cedía a las presiones arruinaba su reputación y comprometía inexorablemente el futuro de su estirpe.

Después de casi una década de largas negociaciones, sostenidas con discreción, Alba jamás tomó en consideración quebrar el acuerdo suscrito con don García de Toledo, incluso cuando se tuvo conocimiento de que la novia no quería casarse. El enlace, sin duda de gran relevancia, contribuiría a consolidar las estrechas relaciones entre las dos ramas principales del linaje, aunque en todo momento

⁵⁴ FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra*, p. 137.

⁵⁵ Carta de don Fadrique al marqués de Velada, villa de Agudo, abril de 1576. Bibliothèque Publique et Universitaire de Ginebra [BPUG], Fondo Edouard Favre. Vol. LXX., fol. 3v.

quedase reconocida la supremacía de la Casa de Alba sobre la de Villafranca⁵⁶. Además, la ley amparaba a los Alba, pues tanto las disposiciones de las Leyes de Toro como los decretos surgidos del Concilio de Trento, prohibían expresamente los matrimonios desiguales entre personas de distinto estado y calidad, como eran don Fadrique y doña Magdalena⁵⁷. De hecho, Felipe II fue muy beligerante respecto de estos enlaces. De cualquier modo, todas las uniones debían ser puestas en conocimiento regio y autorizadas. El empeño del rey en que fuera consumado el matrimonio entre ambos, pese a la diferencia de estado de ambos, obedecía a su deseo de que fuera consagrada una promesa que, en su momento, había sido a todas luces sincera. Cansado de las demandas de unos y otros, estaba determinado a concluir el contencioso a su gusto. En marzo de 1577, según informaba el secretario Martín de Gaztelu, el «negocio de don Fadrique de Toledo con doña Magdalena de Guzmán está acabado» y todo finalizaría «quando S. M. holgare dello porque está en su poder la ressolución»⁵⁸. Felipe II, sin embargo, demoró, como de costumbre, su decisión.

Doña Magdalena de Guzmán, que llevaba recluida más de una década en el convento de Santa Fe de Toledo, decidió entonces, en el mes de junio de 1578, romper su largo silencio para clamar justicia al rey. Aún hoy no se ha conseguido aclarar suficientemente si fue a instancias de la princesa de Éboli y del secretario Pérez —como sugirió Maltby⁵⁹— o si fue porque el propio Felipe II había decidido poner fin a un asunto que le producía un hastío insostenible. Sea como fuere, doña Magdalena le remitió una carta en la que le recordaba su miserable situación y le suplicaba mirase por remediarla. Hacía al monarca responsable de no haber obligado a cumplir a don Fadrique —por quien todavía sentía estima— su palabra de casamiento, que siendo «negocio de honra» convenía a Su Majestad lo tomase a su cargo para amparar lo que en justicia se le debía⁶⁰. Fue su hermano, Juan de Guzmán, quien defendió los derechos de doña Magdalena en la corte⁶¹, acaso con el respaldo encubierto de quienes esperaban con este escándalo ver deteriorada aún más la posición de los Toledo.

Forzado por las presiones, el rey decidió convocar de nuevo a la junta de letrados y teólogos. En esa ocasión la lideraba el flamante presidente del Consejo de Castilla, Antonio Mauriño de Pazos, y la integraban Juan Tomás, Rodrigo Vázquez de Arce, el doctor Luis de Molina y el confesor del rey, fray Diego de Chaves. Dos asuntos fueron los abordados, aunque solo trascendió la naturaleza del

⁵⁶ En las capitulaciones matrimoniales se acordó que de quedar en manos de doña María el mayorazgo de Villafranca por fallecimiento de sus hermanos y, en consecuencia, juntarse en ambos cónyuges las dos casas, se dotaría a un miembro menor varón del mayorazgo del marquesado con el fin de que el de Villafranca fuera independiente, aunque con idénticas armas y apellidos, en señal de reconocimiento de pertenencia a una misma sangre y familia, HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., *Castilla y Nápoles en el siglo XVI: el virrey Pedro de Toledo. Linaje, estado y cultura (1532-1553)*, Valladolid, 1994, pp. 170-171.

⁵⁷ Sobre estos y otros aspectos relativos a la conservación de las casas nobiliarias se ha ocupado ampliamente ATIENZA HERNÁNDEZ, I., «Nupcialidad y familia aristocrática en la España moderna. Estrategia matrimonial, poder y pacto endogámico», *Zona Abierta*, 43-44 (1987), pp. 97-112. Igualmente ATIENZA HERNÁNDEZ, I. y SIMÓN LÓPEZ, M., *Aunque fuese con una negra si S. M. así lo desea... Sobre la autoridad real, el amor y los hábitos matrimoniales de la nobleza hispana*, *Gestae: taller de historia*, 1 (1989), pp. 33-52.

⁵⁸ Carta a Juan de Zúñiga, Madrid, 25 de marzo de 1577, AMAEC, *Santa Sede*, Leg. 4, doc. 235.

⁵⁹ MALTBY, *El Gran Duque*, p. 429. Kamen es de la misma opinión, KAMEN, *El Gran Duque de Alba*, p. 236.

⁶⁰ Carta fechada en Santa Fe de Toledo, 22 de junio de 1578, FERNÁNDEZ MARTÍN, «La monarquía del Valle», p. 625. Pazos escribió a Felipe II informándole que doña Magdalena se había negado a entregar «otras cosas secretas», ni aun cuando se le había asegurado que solo el rey y él las verían, por querer «guardar el rostro a don Fadrique y lo que le conviene», *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España* [CODIN], Madrid, 1846, VIII, pp. 483-485.

⁶¹ «La de doña Magdalena de Guzmán da priesa a su negocio, el qual creo yrán [///] de lo que yo quisiera, por que es lástima ver lo que ella y sus deudos padecen. También cabe su parte a don Fadrique y a sus padres y deudos», carta de Martín de Gaztelu a don Juan Zúñiga, Madrid, 16 de febrero de 1575, AMAEC, *Santa Sede*, Leg. 4, doc. 199.

primero, el sempiterno casamiento. El otro, el más grave, se llevó con secreto. En una consulta de Pazos al rey, se insistía en tratar «lo de Flandes». Esto, «no dependiente de lo primero [el matrimonio], parece que no se puede tratar dél en estas juntas que Vuestra Majestad manda se hagan», informaba Pazos, pues «siendo criminales, legos e no clérigos ni frailes [en alusión a fray Diego] las han de ver». Era del parecer que estando don Fadrique en Tordesillas, «se podía tratar lo del matrimonio, y aunque se acabase se podría comenzar lo de Flandes sin salir él de prisión»⁶². Se desconoce si Alba tuvo conocimiento de que se juzgaba también la actuación de su hijo en los Países Bajos.

Analizadas las alegaciones de ambas partes y estudiada la documentación requerida, la comisión juzgó que don Fadrique estaba obligado a satisfacer su compromiso, pero que no podía ser conminado a hacerlo, ni siquiera por una orden del rey, porque el matrimonio era un acto libre y en conciencia como se había acordado en el Concilio de Trento. Lo único que le obligaba era su palabra de caballero. Indudablemente la junta no ignoraba que se habían firmado unas capitulaciones matrimoniales en Bruselas en 1571 entre Alba y el marqués de Villafranca, comprometiendo a los hijos de ambos a un enlace que se consumaría una vez que don Fadrique pudiera reunirse con doña María en Castilla.

Informado de los movimientos de la junta y de la insistencia de doña Magdalena en que se le diera satisfacción, temiendo una resolución irrevocable, Alba decidió tomar la iniciativa y concluir el asunto de manera favorable para sus intereses. Hizo llegar a su hijo, a través del doctor Agustín Álvarez de Toledo y del licenciado Palacios, las capitulaciones matrimoniales, en las que se concluía, según el propio don Fadrique, que «convenia que yo me desposase luego con la señora doña María de Toledo». En ellas, además, se acordaba que don Hernando de Toledo, señor de Villoria, acudiera a desposarse con doña María, en nombre de don Fadrique, y de esta forma «se acabase un negocio en que tanto me yba y que hera el único remedio para atajar la voluntad del rey», pues de esta forma se daba «contentamiento [...] a mis padres y tío que lo deseavan sobre todas las cosas del mundo». Alba y el prior don Hernando de Toledo procuraron transmitir sosiego al temeroso don Fadrique, asegurándole incluso

que si seguía su consejo en caso quel rey quisiese pasar adelante en su determinación se opondrían a cualquier suceso antes que consentir que SM me tocasse un pelo, fuera de que tenían por cierto que haziendo yo lo que me proponia quedava tan ynpedido el camino que SM queria tomar que no abía a que temer.

El duque no desperdició ocasión para vencer la vacilación de su hijo, ofreciéndole a cambio de su obediencia 4.000 ducados de renta anual, comprometiéndose además que solicitaría

facultad de SM para poder vender dos mill dellos por los quales me haría dar treynta mill o treynta y dos mill ducados en dinero para que con ellos y aquella parte de la dote quel señor don García de Toledo da a su hija en dinero remediase parte de mis deudas y con los otros dos mill que me quedasen y el rresto de la dote y mi encomienda sustentase mi Casa.

Oídas las condiciones impuestas por su padre y sometidas a reflexión, don Fadrique requirió la presencia de testigos para responder a la propuesta. Cuando acudieron el señor de Villoria, su secretario

⁶² Felipe II contestó: «Lo de Flandes también se trató algo dello en las juntas pasadas como creo os podrá decir el doctor Francisco Hernández de Liébana, y no se trataba aún para cosa criminal, sino para lo de la prisión». [S. l., s. d.] (1578), CODICIN, VIII, pp. 483-485. La desconfianza de Pazos respecto de Chaves se justificaba por haber acudido el confesor real a una llamada de la duquesa de Alba. Según el secretario Gaztelu, doña María Enríquez había solicitado la presencia del dominico para tratar de «un asunto que no sufría dilación». Fray Diego hubo de rendir cuentas después con el rey y comunicarle la naturaleza de lo abordado en su encuentro. Carta de Martín de Gaztelu a Juan de Zúñiga, Madrid, 26 de marzo de 1577. AMAEC, Santa Sede, Leg. 4, doc. 248.

Esteban de Ibarra y su primo don Fernando de Toledo, hermano del Marqués de Velada, «que vino a amanecer allí desde el convento de Alcántara», como caballero y comendador de la Orden, comunicó a los enviados de su padre, que siempre había recibido las órdenes de don Fernando «sin replicar palabra» y sin faltar «a la obediencia y amor que le devo». Pero que de todo ello «se dexava muy bien entender que no tenia trato con el rey», más allá de que «estava claro que si SM» y él se hubieran entendido, habría «acabado el negocio, sin que pasaran por mí tantas desautoridades y tan largas prisiones y desasosiegos, como me an sucedido de nueve años a esta parte sólo por seguir la voluntad de mi padre y obedescerle».

Don Fadrique no parecía dispuesto a complacer a su padre y a su hermano y sobre ello abundaba en su declaración, al asegurar que

faltarle [al rey] de la palabra que le tengo dada... hera mucho mayor desobediencia y más diciéndome ellos questava determinado que no me casando con doña Madalena me cortasen la cabeza, porque, vien mirado, lo que me aconsejaban, siendo verdad lo que me yuviaban a decir, no hera sino querer que diese ocasión para que SM executase en mí la sentencia.

Fuera prudencia o fuera cobardía lo que guiaba el ánimo decidido de don Fadrique, el hecho es que parecía más dispuesto, a la vista de los acontecimientos, a quebrantar su voto de obediencia paterfamiliar, que a enfrentarse a Felipe II. A fin de cuentas, su futuro en la corte o en la milicia dependía en buena medida de que supiera resolverse en este delicado asunto de manera que la autoridad regia no fuera ignorada. Convencido de que su lealtad al monarca estaba por encima de su deber como hijo, comunicó a su padre que no contraería matrimonio con su prima si previamente no eran acordados sus «negocios con el rey y saber su voluntad y ser absuelto de palabra que le di de no hazerlo sin su licencia». Su parecer, sensato ciertamente, sostenía que «la fuerza que S. Ex.^a y el prior me ofresían havían de hazer para salbarme la caveça, desposándome con la señora doña María, lo hagan por aora para alcançar el consenso para ello de SM».

Para él lo sensato «hera jugar a lo seguro y lo otro aventurar que mi rey me diga que no le he guardado la palabra o quando menos me corte la cabeça». Sobre la promesa de una sustanciosa renta, se «avía reydo dello y más aora que nunca», reconocía, pues parecía que «se avía reducido su negocio» a que su «caveça y quinientos ducados, más o menos, andubiesen en una valança». Era su voluntad, una vez concluidas «estas pláticas de casamiento que tantos desabrimientos con ellas me an dado», quedar «libre para disponer de mí y pasar lo que me quede de vida en el estado que más gusto me diere»⁶³. El propósito de don Fadrique era mantener vigente su estado de viudedad, pues la sucesión de su hermano Diego garantizaba la perpetuación del linaje por vía de varón, aunque se quebrase la línea de primogenitura. Sin embargo, el empeño del duque era concluir el compromiso adquirido con don García de Toledo. Prevalecería finalmente la alianza matrimonial con el marqués de Villafranca al coste que resultase.

Informado Alba de las reticencias de su hijo no demoró mucho más el golpe de mano que tenía previsto. Convocó en Alba de Tormes a su círculo familiar más cercano con todo sigilo y envió a su hijo orden para que acudiese de inmediato a su llamada, eludiendo su encierro sin dar ocasión a que pudiera ser descubierto. En la cédula que el duque remitió a don Fadrique, fechada el 2 de octubre de 1578, le aseguraba que disponía de la aprobación del rey para el casamiento, consentimiento que, por otra parte, resultaba incomprensible si todo se hacía con tanto apresuramiento y sigilo, tratándose de

⁶³ Carta de don Fadrique de Toledo al prior don Antonio de Toledo, [Tordesillas], 1578(?), BPUQ, *Favre*, vol. LXXV, fols. 8r-9v.

la boda del heredero de una de las principales Casas de Castilla⁶⁴. De cualquier modo, engañado o no, el duque de Huéscar, acudió solícito. Abandonó de noche la fortaleza de Tordesillas, soslayando la guardia, y en un coche que había sido enviado a tal fin recorrió las leguas que le separaban de Alba de Tormes. Allí, según se recoge en un confuso informe enviado al secretario del duque, Juan de Albornoz, tuvo lugar a las diez la ceremonia de casamiento, en presencia de unos pocos familiares⁶⁵.

Una vez consagrado el matrimonio, don Fadrique regresó discretamente a su encierro de Tordesillas. Pese a su secreto, pronto la noticia fue conocida en Madrid. El 11 de octubre el presidente Pazos recibió a un encolerizado Juan de Guzmán que reclamaba una reparación para su hermana. Informado Felipe II del golpe de mano apenas reaccionó, desconcertado por el inesperado proceder de Alba. De cualquier modo, ordenó que se iniciara presto una pesquisa sobre lo sucedido. Ya corría el suceso de boca en boca por las rúas de la corte, cuando el alcaide Rodrigo Manuel, acudió a Madrid para rendir cuentas por haber permitido la fuga. Informó al presidente que Huéscar había salido de manera disimulada de la fortaleza para dirigirse hacia Alba de Tormes, amparado en la oscuridad de la noche. Quizá la guardia había sido advertida de la salida y recompensada generosamente por su silencio.

El rey demoró su decisión, abrumado como estaba por la sorpresa y muy en especial por el preocupante estado de salud del príncipe don Fernando. Encargó a Pazos recabar toda la información relativa a lo ocurrido. El duque acudió a la audiencia del presidente el 20 de octubre, mostrándose, en todo momento, seguro de que había obrado con rectitud. Aseguró que el casamiento de su hijo se había realizado libremente y que ya había sido celebrado por poderes en Flandes años atrás. Incómodo el duque por las preguntas de Pazos, salió de la audiencia, demudado y sudando, «que no podía tener el sombrero e la cabeza»⁶⁶. Alba no consideraba a Felipe II, tal y como expuso al presidente, «juez eclesiástico ni competente para mandar que su hijo se casase e que si él estaba o no en pecado mortal y mala conciencia, que a Dios daría cuenta de ello»⁶⁷.

Felipe II se interesó por conocer de primera mano la opinión de don Fadrique, pues había confiado en su palabra de no casarse sin su consentimiento. A tal fin, requirió a Pazos para que se enviase un juez pesquisidor a tomarle declaración en Tordesillas. El alcalde de corte autorizado para ello debía entrevistarse con él y con su joven esposa que estaba en Alba de Tormes.

En la junta no hubo unanimidad respecto de lo que debía hacerse con el heredero del duque. Juan Tomás era del parecer que, una vez consumado el casamiento, debía concluirse el contencioso, por

⁶⁵ Presentes estuvieron don Diego Álvarez de Toledo y su esposa doña Brianda Beaumont de Navarra y Cardona, condes de Lerín, y su hijo el joven condestable de Navarra, don Antonio Álvarez de Toledo, los marqueses de Cerralbo, doña Inés de Toledo y Colonna —hermana de la novia— y don Juan Pacheco Osorio, don Hernando de Toledo, señor de Villoria, doña María de Ávila, Francisco Pecellín, Juan Maldonado, Linares, el escribano Gante y Ortiz de Carriazo. Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca y hermano de la novia y V marqués de Villafranca, ejerció como padrino. «Hizose en el Camarín nuevo. Todos, uno a uno, se entraron por aposento nuevo, sin que fuesen vistos de nadie, y luego se salieron todos». Los desposó un obispo cuyo nombre no se menciona en el citado informe. ADA, Caja 151, doc. 31 en BERWICK Y DE ALBA, *Documentos escogidos*, p. 133. En esta última obra no se tiene la certeza absoluta de que lo narrado haga referencia al acontecimiento. La ausencia de otros familiares de peso —como el prior don Antonio, el marqués de Velada y su hermano don Fernando de Toledo— sugiere que al tener lugar en Alba, no abandonaron Madrid para no dar ocasión a rumores. Hay fuentes que refieren que el casamiento tuvo lugar en Madrid, aunque lo cierto es que se celebró en Alba de Tormes, la villa ducal referente indiscutible del clan familiar. Además, la corte no era el lugar más adecuado para albergar una celebración tan contraria a los deseos del rey y a la que no se descaba conceder publicidad alguna, véase CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Historia de Felipe II, rey de España*, Madrid, 1619, p. 1.040. OSSORIO, A., *Vida y hazañas de don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba*, Madrid, 1945, p. 468.

⁶⁶ FERNÁNDEZ MARTÍN, «La marquesa del Valle», p. 572.

⁶⁷ Pazos al rey, 3 de enero de 1579, CODOLIN, VIII, pp. 489-490.

«haber cumplido todo lo que» el rey «mandó por el auto cuando lo desterró a Orán»⁶⁸. Sin embargo, Pazos, aliado político del secretario Antonio Pérez, no estaba dispuesto a concluir la investigación de manera favorable para los Alba. Ciertamente es que la debilidad del duque beneficiaba a Pérez, pero también lo es que el antaño poderoso secretario no pasaba por sus mejores momentos, en especial tras ser denunciado como inductor del reciente asesinato de Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria. Es probable que Pérez contribuyera a que el escándalo adquiriese una notoriedad mayor, agrandando así el descrédito de Alba⁶⁹.

Finalmente se consideró que se había faltado a una orden del rey y se procedió a la publicación de la sentencias. Se ha sugerido que la condena obedeció a otros motivos, de índole política. El escaso entusiasmo demostrado por Alba ante la nueva empresa del rey, la consecución del trono lusitano, pudo haber decidido a Felipe II a prescindir de sus servicios, encontrando en la crisis abierta con el matrimonio la excusa perfecta para dejarle al margen de todo⁷⁰. Es también una especulación pero quizá aquella condena ocultaba el castigo por las irregularidades cometidas en Flandes. Acaso de aquella forma se evitaba reconocer públicamente que se había hecho un uso exagerado de la fuerza para aflojar a los rebeldes. Condenar al duque y a su hijo por su pasado gobierno era dar argumentos a la causa de Guillermo de Orange y a la de los enemigos de Felipe II.

Sea como fuere, don Fadrique fue enviado a una prisión más segura, el castillo de la Mota, en Medina del Campo, y sometido a estrecha vigilancia. Le fueron embargadas las rentas procedentes de su encomienda mayor de Calatrava y se le privó de su oficio de gentilhombre de la cámara. Además, tras su encierro debía cumplir una pena de destierro en diferentes lugares por un periodo de doce años, condena que sentenciaba cualquier pretensión futura y que le abocaba a una desgracia perpetua. De nada sirvieron los ruegos de su madre para que se trasladase su confinamiento a una casa, pues los rigores de su carcelería agravaban seriamente su débil salud.

Su padre debía abandonar en breve plazo la corte y dirigirse a Alcalá, Uceda o Talamanca, exilio al que se podría unir la duquesa si era su voluntad. Sus rentas en Indias le fueran entregadas a doña Magdalena para «su dote y reparo de los daños rescibidos, pues ya no puede ser[le] restituida su pretensión»⁷¹.

Los secretarios de Alba y don Fadrique, Juan de Albonoz y Esteban de Ibarra respectivamente, fueron encarcelados y sometidos a tormento. Por su parte, otros familiares directos implicados o conocedores del enlace fueron sancionados. Así, el prior don Antonio de Toledo, hubo de salir de Madrid con la orden de dirigirse a su priorato, en León, acusado de haber conminado a doña María de Toledo a contraer matrimonio. El marqués de Velada y su hermano, don Fernando de Toledo recibieron también órdenes de arresto domiciliario, castigo leve que fue alzado al cabo de breve tiempo⁷².

Respecto de la dureza del castigo recibido por don Fadrique cabe decir que Felipe II no mostró con él una severidad desusada, ni extrema, antes al contrario, siempre se había caracterizado por ser inflexible con los delitos y peticencias protagonizados por los nobles. Los ejemplos del duque de Osuna y de su hijo el marqués de Peñafiel, don Gonzalo Chacón, don Diego Hurtado de Mendoza, los

⁶⁸ FERNÁNDEZ MARTÍN, «La marquesa del Valle», p. 573.

⁶⁹ MARTÍNEZ MILLÁN y CARLOS MORALES, *Felipe II*, p. 145.

⁷⁰ FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra*, p. 178.

⁷¹ FERNÁNDEZ MARTÍN, «La marquesa del Valle», p. 576.

⁷² «[...] el contentamiento de otras norabuenas se le agua mucho la prisión del señor don Fadrique [...] No querria hyziese VS su visita el lunes porque no podré yo estar aquí sirviendo a VS aquel día, que e de yr dos leguas de aquí a ver al conde de Olivares, mas volveré el mismo día», carta del marqués de Velada al cardenal Ascanio Colonna, Alba de Tormes, 27 de diciembre de 1578, ACS [Archivo Colonna, Subiaco (Roma)], II/ CF, lett. 246.

marqueses del Carpio, Montemayor, Villamanrique o Alcalá y del duque de Francavilla, son representativos del alcance de la justicia real⁷³. Todos estos aristócratas, y muchos otros, padecieron carcelera, destierro, penas pecuniarias y pérdida de oficios por su comportamiento criminal e indecoroso, en demasiadas ocasiones relacionado con raptos de doncellas, galanteos, amancebamiento o matrimonios clandestinos. El duque de Huéscar no fue, por tanto, una excepción, aunque en su condena hubo otros factores, ya mencionados, que sin duda contribuyeron a endurecerla.

Pese al desastre, la gran familia Toledo no volvió la espalda a su líder tras el desastre, todo lo contrario. Además, quedó demostrada la complicidad de algunos de sus miembros más significados. Las muestras de apoyo no cesaron, como quedó patente tras la remisión por parte del cardenal don Francisco Pacheco de Toledo, hermano del marqués de Cerralbo, de un criado para «visitar a los Duques y prior, e darles el parabien del casamiento». El prelado no perdió ocasión de solicitar a Pazos «que echase agua al fuego y procurase la libertad de don Fadrique»⁷⁴.

Finalmente, el sábado 10 de enero de 1579, se comunicó al duque que disponía de un plazo de cuatro días para abandonar Madrid y retirarse a la villa de Uceda —perteneciente al arzobispado de Toledo—, lugar que no debía abandonar sin licencia del rey «so pena de la su merced y de otras penas a S. M. bien vistas»⁷⁵. Los duques, «por escusar visitaciones y respuestas dellas», partieron sin aguardar a que venciera el plazo y al amanecer del domingo 11, salieron «marido y muger en un coche para ir a comer a Varajas». El presidente de Castilla interpretó que el destierro había sido una sorpresa desagradable para los duques⁷⁶. Lo que parece cierto es que Alba sacrificó su posición cortesana y la vida de su hijo, su reputación y su brillante historial de servicios para satisfacer los intereses de su casa y linaje⁷⁷.

El asunto de don Fadrique había entretenido al rey en una coyuntura en extremo delicada para la Monarquía, meses después de la muerte del rey Sebastián en los llanos de Alcazarquivir. A ello se habían sumado el óbito de su hermano, don Juan de Austria, gobernador general de los Países Bajos, el 1 de octubre de 1578 y el del príncipe don Fernando el 18 de octubre. Ciertamente, Felipe II tenía muchos y más relevantes negocios que atender. Sin embargo, la cuestión de los Alba continuó ocupando su tiempo, pues no habían transcurrido ni tres meses desde su llegada a Uceda cuando el duque escribió al rey para suplicar su perdón. Reconociendo que había errado gravemente al causar enojo a Su Majestad con su reprochable actuación, acudía a su clemencia para escapar a su destierro y retornar al servicio activo⁷⁸. El monarca no accedió a los ruegos de su general y guardó silencio. Apenas habían transcurrido dos semanas desde la desaparición del prior don Antonio de Toledo, su fiel aliado, y quien aún gozaba de cierto favor. Sin él, pese a su escasa influencia, los Toledo quedaron definitivamente descabezados.

Por su parte, don Fadrique continuaba aislado, quebrantada su salud con su encierro en la Mota, prisión muy rigurosa e inadecuada para poder restablecerse de sus muchas dolencias. Con el fin de suavizar su castigo se pensó en alojarle en una casa en Medina del Campo quedando bajo arresto domiciliario. Incluso se barajó la posibilidad de permitir a su mujer, doña María de Toledo, que le

⁷³ Sus cargos y condenas pueden verse en el Instituto de Valencia de Don Juan, véase IVDJ, Envíos 53 y 63.

⁷⁴ Carta de Pazos a Felipe II, 3 de enero de 1579, CODOIN, VIII, pp. 490-491.

⁷⁵ Carta de Pazos a Gaztelu, 10 de enero de 1579, ibidem, pp. 495-496.

⁷⁶ Carta de Pazos al Rey, 11 de enero de 1579, ibidem, p. 498.

⁷⁷ Sobre las repercusiones del matrimonio y la desaparición de Alba de la escena política, véase MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, S., *El marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Valladolid, 2004, pp. 163-178.

⁷⁸ Uceda, 23 de marzo de 1579, CODOIN, VIII, pp. 504-505, citado en FERNÁNDEZ MARTÍN, «La marquesa del Valle», p. 582.

asistiera. El rey autorizó finalmente el 6 julio de 1579 su traslado a la villa por un periodo no superior a dos meses para, una vez restablecido, retornar de nuevo a la fortaleza⁷⁹.

Al tiempo que esto acontecía, a comienzos de febrero, se recibió en Madrid la nueva de la muerte del cardenal Enrique, acaecida en Almeirim el 30 de enero de 1580. Felipe II, que llevaba tiempo negociando la sucesión al trono portugués, puso entonces buena parte del aparato diplomático y militar de la Monarquía Católica al servicio de la defensa de su legitimidad como pretendiente de más derecho⁸⁰. El rey demostró entonces su capacidad para movilizar una gran cantidad de recursos —de hecho ya se concentraban tropas y bastimentos en la raya— para garantizarse la sucesión. Antes incluso de este suceso, cuando se tuvo conocimiento de la trágica desaparición del rey Sebastián, en agosto de 1578, Felipe II consideró la posibilidad de constituir una junta, integrada por consejeros de experiencia, que se encargara de abordar las cuestiones planteadas en Portugal tras la muerte su sobriño⁸¹. Antonio Pérez maniobró entonces con astucia para que los asuntos, en los que tanto interés había puesto el monarca, quedasen bajo su control, dejando fuera a Alba y sus escasos aliados. En contra de la presencia del viejo general se esgrimió la tibieza con la que había acogido la decisión del rey de presentar su candidatura al trono lusitano⁸². De haber sido otra la postura de don Fernando en torno a la sucesión de Portugal probablemente Felipe II no hubiera relegado a su mejor general a un exilio forzoso, cuando necesitaba de toda su experiencia y conocimientos.

El devenir de los acontecimientos decidió a Felipe II a reclamar la presencia del cardenal Granvela en Madrid. El viejo servidor acudió solícito para hacerse cargo del gobierno el tiempo que el monarca estuviera dedicado a Portugal. Poco después de su llegada se le concedió la presidencia del Consejo de Italia. El prelado era todavía una figura de prestigio y de notable experiencia por lo que el rey le confió el gobierno de la Monarquía mientras durante su ausencia. Paradójicamente don Antonio Perrenot siempre se había mostrado escéptico respecto de los afanes anexionistas del rey, aconsejando, en todo caso, una conquista rápida y pacífica⁸³. El mismo día que llegó a la corte, el 29 de julio de 1579, el rey cursó las pertinentes órdenes de arresto contra su secretario Antonio Pérez y la princesa de Éboli, bajo la acusación de espionaje y conspiración. Pese a todo, el aún poderoso ministro continuó despachando sus asuntos desde su domicilio e incluso papeles de estado.

⁷⁹ Ibidem, p. 583.

⁸⁰ BOUZA ÁLVAREZ, F., *Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1640). Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico*, Madrid, 1987, Tesis Doctoral inédita, tomo I, pp. 17-18. Este ensayo es una de las mejores contribuciones al estudio de la crisis que planteó la sucesión y de sus consecuencias posteriores.

⁸¹ Se constituyó a finales de febrero de 1579. La primera aproximación a esta junta se debe a BUCETA, E., «Relación de la junta convocada por Felipe II el 24 de febrero de 1579 para tratar de la sucesión a la Corona de Portugal», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XCVIII-2 (1931), pp. 655-664. Un reciente análisis sobre la mencionada junta en FERNÁNDEZ CONTI, S., «La Junta Militar de Portugal, 1578-1580», en MARTÍNEZ MILLÁN, J., FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. y PINTO CRESPO, V. (coords.), *Política, religión e inquisición en la España Moderna: homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid, 1996, pp. 287-308.

⁸² En sus famosas *Cartas*, el secretario escribiría años más tarde, ya caído en desgracia y perseguido, que cuando se recibió la noticia del desastre africano en San Lorenzo, el rey ordenó leer el despacho en presencia del duque y del marqués de los Vélez, por ser los únicos miembros del Consejo de Estado presentes en el Real Sitio. En realidad solo estaba Alba. Pérez aseguró, sin embargo, que Vélez manifestó su entusiasmo por las posibilidades que se le abrían al rey para ser señor de nuevas tierras. Por su parte, el duque, anotaba el secretario, había confesado su pesar por que tan trágica contingencia iba a poner las cosas más difíciles para todos en caso de que Felipe II descargase su ira contra ellos por los motivos que fuesen. «Señor Marqués», afirma que dijo Alba, «¿de qué se alegra vuestra señoría? ¿A dónde se retirará su hijo y el mío, su hermano y el mío el día que le sucediere algo, y su Rey se enojare con él?», véase PÉREZ, A., *Relaciones y Cartas*, Madrid, 1986, tomo II, p. 29. Sobre la opinión de Alba, véase FERNÁNDEZ CONTI, *Los Consejos de Estado y Guerra*, pp. 177-178.

⁸³ Véase VAN DURME, M., *El cardenal Granvela (1517-1586)*, Madrid, 2000, pp. 349-351.

Aquella detención puso fuera de juego al opositor más acérrimo de Alba. Esta circunstancia le hubiera dejado un mayor margen de maniobra para intentar recuperar el favor del rey, si no fuera porque Felipe II ya no apreciaba su opinión. Aun así, una amplia mayoría de los miembros del Consejo de Estado le rogaron que le alzase el destierro y le confiase el mando del ejército, pues no había en todo el reino alguien más capacitado para hacerse cargo de la empresa:

*ninguna persona de las que hoy conocemos es más conveniente y a propósito que la del Duque de Alba por las causas y razones que todo el mundo sabe, en el cual sería cosa de grande maravilla que teniéndolo Vuestra Magestad en España y tan cerca de sí se mueva a hacer jornada sin él, juzgando todo el mundo que de seis mil leguas, siendo vivo, lo debería mandar llamar*⁸⁴.

Al dictamen favorable se unieron las Cortes de Castilla, reunidas desde marzo de 1579, y la Junta de Portugal que consideraba al duque el candidato más adecuado para tan alta responsabilidad. Al rey le costó vencer su desconfianza aunque, animado por la opinión del cardenal Granvela⁸⁵ y sobre todo de don Cristóbal de Moura –gentilhombre portugués que gozaba del favor regio–, decidió, tras meditarlo mucho, depositar en manos de Alba la dirección militar de la campaña. Como confesó Felipe II en carta a un corresponsal, en cierto modo, al duque le precedía tanto su fama que «bueno sería para espantajo» de la resistencia portuguesa⁸⁶. Don Fernando abandonó Uceda y, sin detenerse en Madrid, continuó viaje hasta Extremadura, en donde se concentraba ya buena parte del ejército del rey⁸⁷. El 12 de junio el rey expidió el título de Capitán General del Ejército de Extremadura dotado de amplios poderes⁸⁸.

Las pesadumbres parecían haber concluido para los Toledo, pues junto con la rehabilitación del gran duque, el rey accedió a suavizar el encierro de don Fadrique, quien seguía enfermo y débil en el castillo de la Mota. El presidente del Consejo de Castilla, Antonio de Pazos, sugirió a Felipe II que se permitiese al duque de Huéscar continuar su encierro en Alba de Tormes, a fin de que pudiera restablecerse del todo y de que se le facilitase hacer vida marital con su esposa. El monarca accedió a la petición, aunque demoró por el momento la orden.

La campaña, objeto del brillante análisis del profesor I. A. A. Thompson en esta misma obra, fue, gracias a la fragilidad de la resistencia de los partidarios del prior de Crato, un éxito militar sin paliativos. Quedó un cierto regusto amargo al no haber podido ser capturado el pretendiente don Antonio. Aun así, el rey, muy complacido con la victoria, trasladó al duque su satisfacción, desde Badajoz el 29 de agosto: «sé muy bien lo que se puede atribuir a vuestra prudencia y experiencia y al zelo y cuidado que havéis tenido y tenéis para mí». Al día siguiente, ufano por el deber cumplido, Alba notificó a su señor que la campaña acabó «en dos días menos de dos meses, que a 27 de junio salió este ejército, y a 25 de agosto a mediodía era todo de Vuestra Magestad»⁸⁹.

Don Fernando, henchido de orgullo, confesó al secretario Mateo Vázquez su euforia por el deber cumplido, rogando al mismo tiempo su intercesión para que el rey accediese a dejarle marchar. A pesar de sus muchos achaques, que casi habían doblegado aquel talle alto y enjuto, a sus setenta y tres años de edad, se vanagloriaba de haber estado «en la cuerda tantos años», que no había «cuerpo vivo

⁸⁴ FERNÁNDEZ MARTÍN, «La marquesa del Valle», p. 584.

⁸⁵ VAN DURME, *El cardenal Granvela*, p. 351.

⁸⁶ FERNÁNDEZ MARTÍN, «La marquesa del Valle», p. 585.

⁸⁷ La mejor obra hasta la fecha sobre la campaña militar propiamente dicha es la de SUÁREZ INCLÁN, J., *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Don Felipe II*, Madrid, 1897-1898, 2 vols.

⁸⁸ *Ibidem.* I, pp. 138-145.

⁸⁹ Citas en KAMEN, *El Gran Duque de Alba*, p. 256.

que lo pued[er]a sufrir». Con ello y con todo, sabía «que desde una silla [de manos] se puede ganar una batalla». Su entusiasmo le hacía afirmar que no se tenía «por tan acavado que no pudiese acudir a otra parte a donde nos llamasen»⁹⁰. Aquella jactancia bien pudo haber animado a Felipe II a ofrecerle, incluso, el mando de una futura invasión de Irlanda.

Considerando que sus servicios habían llegado a su fin, expresó, en diciembre de 1580, su deseo de que le fuera permitido regresar a sus estados para acabar allí sus días en la compañía de la duquesa y de su hijo. Sin embargo, Felipe II se negó a complacerle, pues aún necesitaba de su capacidad para organizar y dirigir la futura administración militar del reino. Su propósito era conservar activas las compañías que habían tomado parte en la campaña con el fin de que sus efectivos se incorporasen a los presidios que velarían por la seguridad de las plazas costeras. A tal fin creó *ex novo* el cargo de capitán general de Portugal que recayó en don Fernando⁹¹. Su experiencia seguía siendo de inestimable ayuda para la Corona⁹².

Sin embargo, su salud, muy debilitada durante la campaña, no pudo afrontar un nuevo desafío. En otoño de 1582 empeoró gravemente. Exhausto, sintiendo ya la inminencia del final, fue asistido por su nuevo confesor, el venerable fray Luis de Granada. Durante sus postrimerías el rey le visitó y mantuvo con él algunas conversaciones⁹³. El cardenal Granvela, desde Madrid, conocía su gravedad cuando escribió al secretario Cristóbal de Salazar, el 10 de diciembre, para confirmarle que el duque «estaba indispuerto en Lisboa y muy flaco por haberle sobrevenido cámaras calentura lenta»⁹⁴. El 12 de diciembre de 1582 el gran duque de Alba expiró en la capital portuguesa. Le precedió en la muerte el pequeño príncipe don Diego, que había sucumbido precozmente el 21 de noviembre de 1582, cruel presagio sobre la prosperidad de la prole de Felipe II. Informado el purpurado flamenco, sentenció severo: «acabó el duque de Alba muy cristiana y ejemplarmente»⁹⁵. El rey fue algo menos parco pero más sincero cuando respondió al duque de Medina Sidonia lo que había supuesto para él aquella «gran pérdida», confesando que siendo obra de «Dios no hay qué decir más que darle las gracias por todo»⁹⁶. Su atávico providencialismo sonaba aquí a satisfacción contenida. Había sido un fidelísimo aunque incómodo servidor, que una vez cumplida su misión desaparecía de escena discretamente. El secretario Gabriel de Zayas, colaborador y hechura del viejo general, no pudo ocultar su tristeza al comunicar la noticia a su sobrino el marqués de Velada. «No quiero hablar en la muerte del duque», escribió, «porque no puedo sin lágrimas, no por él, que al cielo se fue, sino porque ha perdido S. M. la mejor pieza de su amén, por consiguiente su República»⁹⁷.

Su hijo el prior don Hernando de Toledo, ante la imposibilidad de que acudiese don Fadrique, se hizo cargo del traslado de su cadáver hasta Alba de Tormes, adelantándose a la comitiva regia que abandonó Portugal tras la jura de don Felipe por los tres estados convocados el 30 de enero de 1583, en la residencia de Paços da Ribeira. El cadáver de Alba viajó embalsamado y fue sepultado en el convento de San Leonardo⁹⁸. La duquesa apenas soportó un año la ausencia de su esposo, también muy debilitada por unas fiebres. Falleció el 7 de noviembre de 1583.

⁹⁰ Lisboa, 18 de diciembre de 1580, IVDJ, Envío 38, Caja 50, doc. 9.

⁹¹ BOUZA ÁLVAREZ, *Portugal en la Monarquía Hispánica*, II, p. 786.

⁹² Sobre sus últimos meses, véase MALTBY, *El Gran Duque*, pp. 466-471.

⁹³ CABRERA DE CÓRDOBA, *Historia de Felipe II*, p. 1.177.

⁹⁴ Madrid, 10 de diciembre de 1582, CODOIN, XXXV, pp. 356.

⁹⁵ Carta del cardenal Granvela al secretario Cristóbal de Salazar, Madrid, 27 de diciembre de 1582, *ibidem*, pp. 351-353.

⁹⁶ Lisboa, 31 de enero de 1583, *ibidem*, p. 357.

⁹⁷ Lisboa, 13 de diciembre de 1582, Biblioteca Francisco de Zabálburu [BZ], Carpeta 211, doc. 41.

⁹⁸ Allí permaneció hasta que su nieto, don Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont, quinto duque, ordenó en 1619 su traslado al convento de San Esteban de Salamanca. Allí fueron depositados igualmente los cuerpos de su abuela, la duquesa doña María Enríquez, el de su madre la condesa de Lerín y el de su esposa doña Mencía de Mendoza. El panteón fue acondicionado gracias a la mediación del marqués de Velada. Véase BZ, Altamira, Carpeta 160, doc. 100 y IVDJ, Velada, Caja

Las muertes de los duques y las anteriores desapariciones del marqués de Villafranca en 1578, y del prior don Antonio y de su hermana, doña Juana Enríquez de Toledo —hermana también de la duquesa María Enríquez y madre del marqués de Velada y de don Fernando de Toledo—, ambas en 1579, pusieron fin a la más destacada generación de los Toledo que viera la luz desde sus orígenes. La familia quedó huérfana y sin liderazgo, a la espera de que alguno de sus miembros o afines tomara el relevo del gran duque.

Don Fadrique, flamante cuarto duque de Alba, forzado a retirarse de la vida pública desde su llegada a Castilla en 1574, y muy especialmente a consecuencia de su destierro en 1578, vivió sus postreros años en la villa de Alba de Tormes. Sin apoyos en la corte, pues su hermano don Hernando prácticamente estuvo ocupado de los asuntos de su priorato, apenas pudo hacer llegar al rey una última súplica. En 1583 envió a Felipe II un memorial que fue, junto con otros muchos, abreviado en un sumario de suplicantes. Afortunadamente se ha conservado la sustancia de su contenido. En él, el duque clamaba clemencia y exigía reparación para su Casa que «está olvidada y desamparada a los ojos del mundo del fauor de S. M.». Era muy grave el daño que padecía «con la suspensión de sus negocios y mucho más de un año a esta parte que lo padesçe juntamente su Casa». Don Fadrique insistía en remarcar que «todos los dueños della ha[b]ían merecido siempre de los Reyes» el favor merecido por «tan grandes y notables seruicios». Suplicaba, «con la humildad que debe» que se «compadezca y apiade dél y de su Casa [...] boluiéndole a su gracia»⁹⁹. De ningún provecho fue su alegato, pues el rey no escuchó los ruegos de don Fadrique.

Aquejado de fuertes ataques de gota y desolado por su desgracia, sucumbió a su debilidad física a los cuarenta y ocho años de edad, el 3 de septiembre de 1585. No pudo haber más desgracia para el duque que morir sin descendencia, olvidado de todos, sin haber alcanzado su rehabilitación y el perdón del rey. Su único hijo había venido al mundo a los cuatro años de haber consumado su matrimonio, el 5 de octubre de 1582, que fue bautizado con el nombre de su abuelo, pero que desgraciadamente falleció a los dieciocho meses de edad. Doña María escribió a las pocas semanas al secretario del rey, Mateo Vázquez, para agradecerle que le hubiera «enternecido la memoria y desventura de los míos», recordándole que su marido había acabado «sus días con tan desdichados trabajos y seruicios que si le pudiera seguir, tuviera por gran descanso verle fuera dellos». Le reconoció cuánto le «afligía su ausencia»¹⁰⁰.

La duquesa viuda pronto retomó su antigua vocación e hizo vida de religiosa hasta el final de sus días. Determinada en su propósito de constituir su propia fundación, inició los trámites para la construcción de un cenobio de dominicas descalzas. No pudiendo hacerlo ni en Alba de Tormes, ni en Piedrahíta, finalmente se decidió por la villa de Villafranca del Bierzo, en donde su hermano, don Pedro de Toledo, le había cedido un lugar a propósito. Hasta allí fue trasladado el cuerpo de don Fadrique con el fin de que reposara y allí permaneció hasta su posterior viaje a Valladolid. Con el tiempo y por tensos enfrentamientos con el marqués, doña María decidió trasladar el convento a la ciudad del Pisuerga. Fundado en 1605, al año siguiente se solicitó al ayuntamiento licencia para su edificación. Se ocuparon inicialmente unas casas que pertenecían al conde de Salazar en el Campo Grande. Allí, con traza del arquitecto real Francisco de Mora, se erigió el convento de Nuestra Señora de la Laura, tristemente desaparecido. La duquesa falleció en 1612 sin verlo concluido.

Testamentos, Leg. 5. Consideraciones sobre el enterramiento del duque, en el testamento de don Fernando Álvarez de Toledo, otorgado en Madrid el 14 de abril de 1567, IVDJ, Velada, Testamentos, Leg. 5 (Caja), sign. C.8-46. La relación del traslado y la copia del convenio entre Velada y el prior de San Esteban en CODOIN, Madrid, 1859, pp. 361-380.

⁹⁹ BL [British Library]. Additional, Ms. 28.344, fol. 382. Agradezco al profesor Patrick Williams su gentileza al facilitarme el texto íntegro del sumario.

¹⁰⁰ Alba de Tormes, convento de San Leonardo, 19 de octubre de 1585, IVDJ, Envío 6[1], doc. 124, fol. 242r.

Durante muchos años el heredero de don Fadrique, y a la espera de sucesión, fue su hermano don Diego Álvarez de Toledo, nacido en 1542. Era conde de Lerín por su matrimonio, celebrado en 1565, con doña Brianda Beaumont de Navarra y Cardona, una de las hijas, gemelas idénticas, de don Luis de Beaumont, cuarto conde de Lerín. Esta dama era además condestablesa y canciller hereditaria de Navarra. Don Diego falleció en Alba de Tormes el 11 de junio de 1583 y la condesa un lustro después. De aquel matrimonio había nacido en Lerín, Navarra, en noviembre de 1568, don Antonio Álvarez de Toledo y Beaumont. Tras la desaparición primero de su padre y después de su tío, don Antonio se convirtió en quinto duque de Alba, tercer duque de Huéscar, décimo marqués de Coria, cuarto conde de Piedrahíta y quinto conde de Salvatierra en 1585.

Con apenas diecisiete años de edad ocupaba la jefatura de uno de los más grandes y principales linajes de Castilla. Con él y sus sucesores la Casa de Alba logró recobrar parte de su antiguo protagonismo, ya bien entrado el siglo XVII, pero jamás llegó a alcanzar la preeminencia que había gozado en vida del Gran Duque.

DON JUAN DEL ÁGUILA

Juan Carlos BERMEJO DE LA CRUZ

Don Juan del Águila nació en 1546 en una familia de la nobleza abulense. Su padre fue don Miguel del Águila y Velasco, hijo de don Nuño González del Águila, señor de Villaviciosa, y su madre doña Sancha de Arellano. Fue el tercero de cuatro hermanos, dos de ellos dedicados al mundo militar: don Nuño del Águila, que murió en Bretaña, y el propio don Juan del Águila. El hermano mayor, don Gil González del Águila, heredó el mayorazgo, mientras que Alonso del Águila ingresó en la vida religiosa, siendo conocido como fray Alonso de Arellano. Además, del matrimonio nacieron cuatro hijas: María de Velasco y Catalina de Velasco, monjas en el monasterio de la Encarnación de Ávila; María de Velasco, monja en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia de Ávila; y Teresa de Velasco. Fray Luis Ariz, genealogista abulense, dice:

procreó asimismo, don Miguel del Águila, al valeroso caballero don Juan del Águila, general del ejército del rey Felipe¹.

Don Juan del Águila inició su carrera militar alistándose en la compañía de don Gonzalo de Bracamonte, compañía que se integró en el Tercio de Sicilia². En este destino participó en la toma del peñón de Vélez de la Gomera (1564), en el socorro de la isla de Malta (1565) y en la expedición que se envió a Córcega para sofocar la rebelión dirigida por Sampiero Corso (1566)³.

En el año 1567 el Tercio de Sicilia es destinado a Flandes, destino en el que consigue ascender a alférez⁴. Ariz señala que los abulenses participaron en las guerras de Flandes y jornadas de Frisia, cuando por orden del duque de Alba acudieron a Bolduque, Malinas y contra el conde de Bazenbergh... que tenía ocupado Berquen. Añade que el duque de Alba ordenó a don Gonzalo de Bracamonte y al coronel

¹ ARIZ, L., *Historia de las grandezas de la ciudad de Ávila*, Ávila, 1978.

² «Dejando la casa de su padre... en edad de dieciocho años... asentó en la compañía de don Gonzalo de Bracamonte», ARIZ, *Historia*, p. 308.

³ «Hallándose con don García de Toledo en la toma del Peñón, y guerra de Córcega, cuando Sampiero Corso se rebeló contra la Señoría de Génova, en la isla de Córcega, su patria, y en el socorro de Malta», *ibidem*.

⁴ «Pasó a Flandes con el duque de Alba, donde sirvió de alférez y capitán de arcabuceros», *ibidem*.

Sancho Dávila que con los arcabuceros de a caballo marchasen a Frisia... para que apretasen a los rebeldes, lo cual hicieron con tanto valor, que arrojándose por el río de Gruninga el agua a los pechos... mataron más de trescientos... ganando trescientas piezas de artillería y una bandera. En esta batalla destacó sobremanera nuestro protagonista, pues, según el religioso, se distinguieron en evitar de abrir las esclusas Sancho Dávila y don Juan del Águila, con más de cincuenta abulenses⁵. Años más tarde, intervino en la batalla de Maastricht (1574)⁶, donde dirigió la vanguardia del tercio, y fue enviado a socorrer el castillo de Gante (1576)⁷. Tras el motín de las tropas españolas de ese mismo año es nombrado capitán.

Abandonó Flandes en el año 1577, dentro del acuerdo del Edicto Perpetuo, con destino a Lombardía, pero, tras el fracaso del Edicto, regresó a los Países Bajos. El Tercio fue repatriado en 1580, pero dos años después regresó al norte. En 1583 participó en la toma de Tomhont, siendo nombrado por el gobernador de los Países Bajos, Alejandro Farnesio, gobernador del castillo homónimo. Tres meses después fue nombrado gobernador de la ciudad de Nieuwport.

Por fin, en agosto de ese mismo año, fue nombrado maestre de campo.

En 1584 derrotó a los holandeses que intentaban socorrer la ciudad de Amberes, asediada por las tropas españolas. Tras la toma de Amberes, es enviado al norte con órdenes de defender a la población católica acosada por los protestantes. En este destino se produjo uno de los episodios de armas más destacados en la carrera militar de don Juan: «el milagro de Empel». Tres tercios viejos de infantería fueron sitiados en Empel, frente a la isla de Bömmel, por tropas holandesas dirigidas por el conde de Holac. Para ayudar a los sitiados, don Juan del Águila consiguió trasladar tres piezas de artillería a un paraje llamado Horte, desde donde podrían hostigar a la flota holandesa, expulsarlos de dos isletas desde las que atacaban a los cercados y evitar la ocupación de otras isletas que pudieran impedir la salida de las tropas asediadas. Además, su tercio fue elegido para ser embarcado en cincuenta barcas y abordar a la flota rebelde, acción que no pudo cumplimentarse por la rápida actuación del ejército holandés, que ocupó dos isletas situadas frente a los sitiados, en las que construyeron sendos fuertes, y el incendio de las barcas. La situación para los sitiados se convirtió en desesperada. Así, los habitantes católicos de la cercana localidad de Bolduque iniciaron rogativas por la salvación del ejército español, y las tropas españolas fueron exhortadas, por el propio Bobadilla, a rezar para que Dios les librara de los enemigos. En esta situación, un soldado español que cavaba un hoyo se topó con una imagen en tabla de la Inmaculada Concepción, imagen a la que los sitiados rogaron por su salvación. Tras las rogativas, el tiempo empezó a cambiar, las temperaturas descendieron y comenzó a soplar un viento frío que comenzó a helar las aguas de la región. El día 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción, la artillería de don Juan, junto con la del conde de Mansfelt, comenzó a batir a la flota enemiga. Bobadilla, a su vez, ordenó atacar la flota enemiga que, sorprendida y temiendo quedar bloqueada por el hielo, decidió retirarse. Tras esta acción de guerra, la devoción de don Juan a la Virgen se acentuó, mostrándose de forma palpable en las numerosas mandas que dejará ordenadas en su testamento. Es especialmente señalada la misa que dejó dotada para el día de la Concepción de Nuestra Señora:

⁵ ARIZ, *Historia*, p. 303.

⁶ «El Comendador Mayor determinó de acercarse a su enemigo», y ordenó a don Sancho Dávila «gobernar aquella empresa y defender el paso del Mosa». Don Sancho Dávila, don Gonzalo de Bracamonte y don Juan del Águila «les dieron una encamisada... llevando la vanguardia don Juan del Águila, y en media hora degollaron setecientos enemigos, rompiéndoles los cuerpos de guardia y ganándoles la bandera», *ibidem*, p. 305.

⁷ «Don Juan del Águila dio socorro al castillo de Gante», *ibidem*, p. 306.

se ha de decir en la ermita de la Piedad y será muy solemne, adornándose la ermita⁸.

En 1586 participó en la conquista de Grave, Neuss, Alpen y en el socorro de Zutphen. En 1587 fue herido de gravedad en el asedio de la Esclusa⁹, por lo que fue llamado a la Corte, a la que llegó en la primavera de 1588. Gil González Dávila, cronista real, señala que en esta visita fue presentado al rey Felipe II:

Entrando a besar la mano a Felipe Segundo, le acompañó el prior don Fernando de Toledo, y dijo al rey: conozca V. Majestad a un vasallo, que nació sin miedo.

En España se le concedió el mando de un nuevo Tercio, que formaría parte del segundo ejército encargado de desembarcar en Inglaterra, tras el asalto de la Gran Armada. Pero la derrota de la armada y la consiguiente anulación de la operación le retuvieron en España casi un año.

Por fin, a finales de agosto de 1589, embarcó con órdenes de escoltar a la flota de Indias hasta Lisboa.

En agosto de 1590 el tercio de don Juan fue enviado a Francia para apoyar a los católicos franceses, acosados tras el ascenso al trono de Francia de Enrique III de Navarra¹⁰. Estableció su cuartel general en Port-Louis, ciudad que comenzó a fortificar a finales de 1590 o 1591¹¹. En Francia participó en la toma del castillo de Blain, noviembre de 1591, en las victorias de Croan y Ambrières, y en la toma de Brest, noviembre de 1592. En 1593, para asegurar el puerto de Brest, ordenó construir el fuerte «la Punta de los Españoles», fuerte que fue atacado y tomado por un ejército anglo-francés a finales de 1594.

⁸ La ermita está situada en El Barraco. El sacerdote debía vestir con terno de damasco blanco y azul. Tras la misa se debía repartir una fanega de pan amasado entre las doncellas más pobres del pueblo, dando a cada una tres cuartales «hasta las que alcanzare». Además, dejó ordenado que todos los sábados se dijera una misa por su alma en la ermita de Nuestra Señora de la Piedad, y que el día del Corpus se dieran cuarenta reales a una «mujer vieja y que sea muy pobre y viuda, si la hubiere, con obligación que me rece cada semana un rosario entero de nuestra Señora, y en el rosario que tuviere la dicha mujer tendrá cuentas de perdones que se ganen indulgencias y se saquen almas de purgatorio, y rogará a Dios por mí, y que saque la mía. Esta mujer será devota y honrada y se le dará esta limosna perpetua. Y en muriendo ella se nombrará otra. Y han de examinarla en que sepa las oraciones que pido y también me ha de rezar cada jueves un Padrenuestro y un Ave María y Credo a honor del Santísimo Sacramento», A.H.P.Av., Prot. 525, fols. 345-347v. Por último, destacar que entre sus pinturas y retablos se encontraban varias obras representando a la Virgen:

- Una tabla de Nuestra Señora con una cruz en las manos.
- Una tabla de Nuestra Señora dando de mamar al Niño Jesús.
- Una tabla de Nuestra Señora con veril y las armas de don Juan.
- Dos retablos de Nuestra Señora, Nuestro Señor y un Dios Padre frontispicio.
- Una imagen de Nuestra Señora, Nuestro Señor, Dios Padre y San Juan de Pinel.
- Un retablo con imágenes iluminadas de Nuestra Señora y Nuestro Señor, asidas con goznes dorados.
- Un cuadro grande de Nuestra Señora con el Niño Jesús, San Juan, Santa Ana y Santa Isabel, con un erizo.
- Un cuadro del descendimiento, con Nuestra Señora y San Juan.
- Un cuadro de Nuestra Señora con el Niño Jesús.
- Un cuadro de Nuestra Señora y Santa Isabel.

Posteriormente, en un codicilo fechado el 4 de mayo de 1605, don Juan dejó cien ducados a Nuestra Señora de la Piedad «para un vestido». Asimismo, mandó a Nuestra Señora de Sonsoles cien ducados para una corona de oro. A.H.P.Av., Prot. 525, fol. 360v.

⁹ «Le hicieron pedazos un brazo y una pierna, con muchas heridas», ARIZ. *Historia*, p. 308.

¹⁰ «Mandole pasar su Majestad a Bretaña con un socorro a favor de los católicos», *ibidem*.

¹¹ La fortaleza, llamada «Fuerte del Águila», fue diseñada por Cristóbal de Rojas. Para algunos autores la fortaleza se comenzó a construir en diciembre de 1590. BUISSERET, D., *Ingénieurs et fortifications avant Vauban. L'organisation d'un service royal aux XVI-XVII siècles*, Paris, 2002, p. 134. Por el contrario, Eduardo de Mariátegui sostiene que las obras no se iniciaron hasta 1591. MARIÁTEGUI, E. de, *El capitán Cristóbal de Rojas, ingeniero militar del siglo XVI*, Madrid, 1985.

Durante 1595 y 1596 la situación militar de don Juan del Águila mejoró, pues parte del ejército francés se vio obligado a dirigirse al norte de Francia, debido a la presión española en aquella zona. Durante este interin, don Juan organizó una expedición de castigo a las costas inglesas, saqueando diversas localidades del suroeste de Inglaterra. Por último, en 1597, debido a *algunas de esas «miserias» que acompañaron la actuación de nuestros tercios, con frecuencia abandonados a su suerte*, los soldados del tercio se amotinaron y detuvieron a don Juan¹².

Por fin, tras la firma de la Paz de Vervins, el ejército de don Juan regresó a España. Gracia Rivas señala que *durante los ocho años que duró la presencia española en la zona... hubo importantes hechos de armas*¹³.

Una vez en España, fue destinado a la ciudad de Cádiz. En esta ciudad vivió uno de los momentos más críticos de su carrera militar al ser encarcelado por aprovecharse, según describe Luis Cabrera de Córdoba, de la *Hacienda del rey más de lo que era justo*¹⁴. Don Juan demostró su inocencia y, en desagravio, se le concedió el mando de la expedición que debía partir en apoyo de los irlandeses sublevados contra Inglaterra¹⁵. Don Juan defendió su inocencia en su testamento. Así, ordenó a sus testamentarios que redactaran un memorial en el que explicaran al monarca español *que en diversas partes he tenido gente suya a cargo donde había grandes necesidades, y que si no se remediaban pereciera aquella gente y fuera en grandes servicios de Dios y suyo*. Añade que, principalmente en Bretaña, buscó dinero para *buscar de comer para los soldados... y otras necesidades urgentes de gastos que hay en la guerra: cortar árboles, madera, deshacer casas para las fortificaciones y que el enemigo no se aprovechara de ellas, y la piedra para hacer otras para soldados y almacenes, murallas, curar enfermos y todo me fue forzoso*. Por esta razón, dice que *siempre procuré que todo el fastidio se diese a los enemigos, pero con todo no fue posible excusar que a los amigos no les tocara gran parte, y en todo lo que pude procuré hacerles bien... y que me fue imposible dejar de hacerlo, que digo porque de otra manera todo se perdiera, y el enemigo hiciera su negocio*. Más adelante, señala su inocencia al decir que *todo lo hizo sin aprovecharme ni tomar cosa ninguna para mí, sino que siempre dió cuenta de todo a su majestad, y el respondiéndome que los pagaría, los cuales hice siempre entregar a sus pagadores, sin quedarme con cosa ninguna de ellos, como se verá por los cargos que tienen hechos de ellos*. Añade que, si estos cargos no son como dice, es que han sido falseados de quien su majestad ha fiado sus listas. Sobre la acusación de Bretaña añade, más en concreto, que *si parecieren algunos cargos contra mí de Bretaña se haga ver muy bien, y se diga al rey que con verdad no se me puede hacer ninguno, sino antes yo he dado a su majestad cantidad de lo que era mío y buscándole en diversas partes gran suma de dinero y hechole obras y fábricas que le hubieran costado grandísima suma, sin que le costase nada*. Es más, añade que *si otros las hubieran hecho, según lo que yo vi en las partes que estuve, le hubieran costado mucho*. Don Juan suplicó en diversas ocasiones al rey *se me hiciese cargo de cualquier cosa que hubiese alguno dicho o escrito, que yo debía por entender que andaban algunos con malicia, pero nunca su majestad lo quiso hacer*. Sigue diciendo que de los naturales de Bretaña nunca tomó nada, sino que *antes me desvelaba en procurar aliviarlas lo que podía, y me daba gran pena cuando no podía hacerlo, y esto con intento de servir a Dios y al rey nuestro señor*. Sigue diciendo que de Bretaña *no se me puede cargar sino es con escrituras falsas, y que si algunos cargos salieren, que se hagan ver bien, porque lo que digo es verdad, y Dios le demandará lo que al contrario hiciere*. Acaba diciendo, con incredulidad y desconsuelo, que *se le está haciendo mucho agravio después de tantos servicios*. Incluso añade que repartió

¹² GRACIA RIVAS, M., «En el cuarto centenario del fallecimiento de Pedro Zubiaur, un marino vasco del siglo XVI», *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 5 (2006), pp. 157-171.

¹³ *Ibidem*, p. 161.

¹⁴ CABRERA DE CÓRDOBA, L., *Historia de Felipe II, Rey de España*, Madrid, 1619.

¹⁵ «Fue a Irlanda con título de Gobernador, haciendo oficio de General de toda aquella máquina». ARIZ, *Historia*, p. 309.

entre sus soldados más de cuatro mil ducados que le tocaron de las *presas de los castillos que el duque de Mercurio le dio*, cargo que aparece señalado en una memoria autógrafa que entregó a Esteban de Ibarra, secretario real¹⁶.

El tercio de don Juan zarpó hacia Irlanda en septiembre de 1601¹⁷. El objetivo era tomar el puerto de Cork, pero una fuerte tormenta obligó a la flota a desembarcar en la localidad de Kinsale. Don Juan, con la mayor parte de los hombres, decidió permanecer en este lugar, mientras la flota regresaba a España en busca de refuerzos¹⁸. Sin fuerza naval *capaz de impedir el bloqueo del puerto que llevaron a cabo los ingleses*, don Juan, en previsión de un ataque enemigo, ordenó la construcción de los fuertes de Castle Park y Ringcurran¹⁹. Las fuerzas enemigas, al mando de Charles Blount y superiores en número, atacaron en noviembre. Blount les ofreció rendirse, pero el ofrecimiento fue rechazado por don Juan. La flota española de regreso a Irlanda atracó en Castlehaven, donde fue atacada sin éxito por fuerzas inglesas. A su vez, las fuerzas de don Juan intentaron romper el cerco sobre Kinsale, pero la operación fracasó. Tras estos movimientos, Pedro Zubiaur, marino que transportó las tropas a Castlehaven, logró establecer *contacto con los caudillos locales, con los que mantuvo unas cordiales relaciones que disiparon el desencanto inicial provocado por la escasa entidad de las fuerzas que transportaba*, por lo que los irlandeses ofrecieron hombres y fortalezas a los españoles. El objetivo de don Juan era romper el cerco mediante una acción combinada de los irlandeses y de sus propias fuerzas que *efectuarían una salida tan pronto se produjese el contacto*, pero diversas causas hicieron que el choque contra los ingleses, el 3 de enero de 1602, acabara en una sonora derrota de las fuerzas hispano-irlandesas. Don Juan intentó, a la desesperada, romper el sitio, pero se vio obligado a regresar a la ciudad. Por fin, el 12 de enero, don Juan capituló ante los ingleses²⁰.

El 13 de marzo de 1602 atracó en el puerto de La Coruña, donde sufragó un hospital de campaña para atender a los heridos en Kinsale. Inmediatamente fue arrestado y, posteriormente, se realizó un consejo de guerra para depurar responsabilidades. Don Juan fue exonerado de toda responsabilidad en la derrota. El padre Ariz, en defensa del maestre, señala que don Juan estuvo *sitiado con poca gente, poco práctica y la demás enferma en el rigor del año, con pocos bastimentos y en el sitio que jamás se ha visto, peleando tres meses en tierra de sus enemigos, defendiendo que no se le llegasen a sitio tan flaco*. De hecho, señala que mantener el sitio de Kinsale *fue obra milagrosa*²¹. Tras esta triste experiencia, don Juan regresó a El Barraco, localidad donde vivió hasta expirar el día 5 de mayo de 1605²².

¹⁶ La memoria la expidió al no hacerse «recaudo de los oficiales del rey, por venirme a España tan presto». La memoria la despachó junto a un tal Montes, que confirmó la aserción de don Juan. A.H.P.Av., Prot. 525, fols. 348v-350.

¹⁷ La flota estaba «mal pertrechada y con unas dotaciones muy escasas, siendo necesario recurrir a marineros extranjeros e, incluso, a prisioneros ingleses para poder completarlas». GRACIA RIVAS, M. «En el cuarto centenario», p. 166.

¹⁸ «D. Juan del Águila se quedó con una fuerza reducida a unos 3.500 hombres, cifra muy alejada de los 6.000 que habían sido ofrecidos a los irlandeses y con gran escasez de algunos pertrechos imprescindibles, como el plomo», *ibidem*.

¹⁹ Además, don Juan no logró alcanzar un acuerdo «con los caudillos irlandeses y organizar una actuación combinada que posibilitara el avance desde la cabeza de playa», por lo que se vio obligado a mantener una «defensa estática de sus posiciones», *ibidem*.

²⁰ Es interesante consultar: RECIO MORALES, O., *El socorro de Irlanda en 1601 y la contribución del ejército a la integración de los irlandeses en España*, Madrid, 2002. Asimismo, encontramos información diversa en: *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale 1601-2001: guerra, política, exilio y religión*, Alcalá de Henares, 2002.

²¹ ARIZ, *Historia*, p. 309.

²² Don Juan fue asistido en sus últimos días por Diego Palomeque Acuña Orejón, capitán de infantería en el tercio de don Juan: «estando el dicho capitán... ocupado con su compañía en la tierra de esta ciudad, llegó a su noticia cómo el señor don Juan del Águila... estaba muy malo en el lugar de El Barraco, de esta jurisdicción, y dejando la dicha compañía y gente de ella, acudió al dicho lugar... y viendo la grave enfermedad que tenía, y necesidad de persona que asistiese a él y a su regalo, aventurando el perder la dicha compañía, asistió a la dicha enfermedad todo el tiempo que duró, hasta su muerte». A.H.P.Av., Prot. 525, fol. 429.

Sobre la muerte de don Juan se han manejado diversas fechas. Emilio González López señala que murió don Juan del Águila, probablemente a primeros de agosto de 1602²³, mientras que Gil González Dávila señala el año 1612 como el de su fallecimiento²⁴.

En realidad, don Juan falleció el 5 de mayo de 1605. Ese día, Valdés de Villaviciosa informó de la muerte de don Juan:

falleció a las cuatro de la mañana poco más o menos

La noticia fue recibida por don Sebastián de Valderas, alcalde mayor de la Ciudad y Tierra de Ávila:

a su noticia era venido, que don Juan del Águila, maestro de campo general que fue de su majestad había fallecido y pasado de esta presente vida en el lugar de El Barraco.

Inmediatamente se expidió una información para confirmar la muerte de don Juan y poder iniciar los trámites necesarios para *abrir los testamentos cerrados con que murió el dicho don Juan del Águila, y a todo lo demás que convenga hacer, así en su entierro como en lo demás que convenga y viere lo que el dicho don Juan dispone por sus testamentos*. Los testigos presentados fueron: Pedro de Luján, de 34 años y vecino de El Barraco; Juan Berrocal, de 68 años y alcalde ordinario de dicha localidad, y Gil González de Villalba²⁵.

Posteriormente, Sebastián de Valderas, junto a Gaspar de Coimbra, escribano en la ciudad de Ávila; Felipe de Lordi, alguacil mayor de Ávila; y Andrés Rodríguez de Olivera y Amador Esteban, alguaciles de campo de dicha ciudad, se trasladaron a la localidad de El Barraco para *embargar y secuestrar sus bienes y hacer las demás diligencias necesarias al haber fallecido don Juan sin here-deros forzosos*.

Los testamentos estaban en poder de don Diego Barba, cura de El Barraco, que informó a los funcionarios que *tiene en su poder dos testamentos cerrados y sellados que le entregó el dicho don Juan del Águila, estando enfermo en la cama. Que está presto de se los dar y entregar como se le manda por el dicho señor provisor*. Una vez entregados a Gaspar de Coimbra, se llamó a Diego Palomeque Acuña Orejón, capitán de infantería en el tercio de don Juan y testigo en el otorgamiento de testamento por parte de don Juan, para que *reconozca el dicho testamento y firmas, la del dicho don Juan del Águila, de quien están firmados, y del dicho Alonso Godínez, escribano del número de la dicha ciudad de La Coruña, de quien están firmados y signados los dichos testamentos, para que se abran como conviene y con la solemnidad que de derecho se requiere*. El capitán Palomeque dijo reconocer en el uno de los dichos testamentos, la firma del dicho don Juan del Águila, pues se la vio firmar de su letra y mano. Sobre el resto de testigos que signaron el testamento dijo que *los conoce y conoció a todos ellos, excepto al dicho Pedro de Segovia que no le conoce, y todos ellos sabe y es cierto que están ausentes de este lugar y los más de ellos del reino y el dicho don Luis Tello de Guzmán es difunto y ninguno puede ser habido para que se halle presente*²⁶. Para confirmar lo expuesto por el capitán Palomeque se presentó también Baltasar Moreno, criado del difunto don Juan, que dijo haber estado presente en el otorgamiento del testamento, aunque no fuera testigo del mismo, y que por ello declaró

²³ GONZÁLEZ LÓPEZ, E., *La Galicia de los Austrias*, Tomo II, Santiago, 1980.

²⁴ GONZÁLEZ DÁVILA, G., *Teatro eclesiástico de la Santa Iglesia Apostólica de Ávila y vidas de sus hombres ilustres*, Ávila, 1981.

²⁵ Pedro Luján informó que sabe que don Juan «es muerto y pasado de esta presente vida, porque le vio morir hoy, dicho día, y le vi amortajar, y de presente le está viendo cómo está en el suelo muerto y amortajado, encima de una alfombra, con un Cristo delante y velas encendidas». Los testimonios de los otros dos testigos son idénticos.

²⁶ Los testigos fueron: Diego de Castro, Lamberto de Frinst, Juan Téllez, Luis Tello de Guzmán, Pedro Ortiz y Diego Palomeque Acuña Orejón. Todos ellos fueron capitanes y soldados del tercio de don Juan.

conocer a los testigos que firmaron el testamento. Asimismo, declararon que *conocieron al dicho Alonso Godínez, escribano del número de la dicha ciudad de La Coruña, y hacer y usar el dicho oficio de tal escribano... y le tienen por tal escribano fiel y legal y de confianza, y como a tal el dicho don Juan del Águila le hizo y mandó llamar para otorgar el dicho testamento, como en efecto le otorgó.*

Una vez realizadas las acciones legales oportunas, Sebastián de Valderas, *atento que el cuerpo del dicho don Juan del Águila ha mucho tiempo que es muerto y está por enterrar*, ordenó abrir los testamentos, leerlos, publicarlos y hacer los traslados necesarios. Una vez hecho esto, los funcionarios, junto con Antón de Prado, alcalde de El Barraco; Diego Barba; Juan Berrocal, teniente y beneficiado de la parroquial barraqueña; y Gil de Villalba, Nuño de Mújica, Nuño Renjifo y Pedro Hidalgo, vecinos de Ávila, se trasladaron a la iglesia parroquial para mandar a unos canteros y vecinos de El Barraco que abrieran una sepultura provisional en la que fuera enterrado don Juan, hasta que se construyera la sepultura definitiva.

Por fin, como se estaba poniendo el sol, atendiendo que *el tiempo es caluroso y que podía venir a corromper el dicho cuerpo*, ordenaron que don Juan fuera enterrado *con la mejor pompa y manera que ser pueda, y conforme a la calidad de su persona*. El cuerpo fue llevado a la iglesia, donde el alcalde mayor ordenó al escribano diera testimonio del depósito del cuerpo. Gaspar de Coimbra hizo *quitar y quitó la tapa de una caja de madera de pino en que dijeron iba el cuerpo... y le hice descubrir y se le descubrió el rostro... y vi y conocí ser el propio cuerpo y rostro del dicho don Juan del Águila*. Los testigos también le reconocieron. El cura recibió el depósito y otorgó carta de depósito. Posteriormente, la sepultura se cerró *con tierra y laudes de piedra que se habían levantado para dicho efecto*²⁷.

Don Juan está enterrado en la parroquial de El Barraco *junto al altar mayor; a la mano derecha*. Sin duda, se trata de una figura de honda jerarquía militar en la historia castrense abulense y de los Tercios españoles, aunque no pudo librarse de las «miserias» que acompañaron la actuación de nuestros tercios.

²⁷ A.H.P.Av., Prot. 525, fols. 316-327v.



Institución Gran Duque de Alba

EL CAUDILLISMO COMO MODELO DE GOBIERNO PARA LOS PAÍSES BAJOS: REFLEXIONES SOBRE EL TRASFONDO POLÍTICO DE LA TRATADÍSTICA MILITAR DE LA «ESCUELA DE ALBA»

Fernando CHAVARRÍA MÚGICA
EUI, Florencia

A finales del siglo XVI un buen número de soldados veteranos de la guerra de Flandes escribieron y publicaron una serie de tratados militares basándose en sus experiencias e ideas sobre la problemática situación de los ejércitos del rey¹. La gran mayoría tenía como denominador común el haber servido a las órdenes de don Fernando Álvarez de Toledo durante su mandato en los Países Bajos y todos ellos partían de posiciones muy críticas con la política militar posterior. Como bien señala González de León estos autores denunciaban el deterioro que había experimentado el modelo de disciplina implantado por el duque, insertando así a la llamada «escuela de Alba» en el debate historiográfico sobre la «Revolución Militar» de la primera edad moderna². Aunque sus conclusiones a este respecto nos parecen acertadas creemos que su análisis queda demasiado restringido al estrecho ámbito de la organización interna del ejército. Sus investigaciones no tienen en cuenta las implicaciones del trasfondo ideológico presente sobre todo en su planteamiento, que debe situarse en su propio contexto al margen del contenido técnico o moralizante³. Es decir, además de la interpretación que los

¹ La tratadística militar puede englobarse en dos grandes categorías: una *técnica*, relativa a asuntos prácticos y mensurables, y otra *crítica* dedicada a proponer reformas y reflexionar sobre aspectos orgánicos y disciplinarios. Aunque los autores de la «escuela de Alba» dedicaron atención a ambos tipos, fue con la segunda con la que alcanzaron una mayor repercusión. Sobre esta clasificación ver el epígrafe «Contexto: La tratadística militar hispana en tiempos de crisis» en CHAVARRÍA MÚGICA, F., «Vida, tiempo y obra del coronel Pedro de la Puente: estudio introductorio a *Los soldados en la guardia*. Pavia (1657)», en PUENTE, P. de la, *Los soldados en la guardia*, Madrid, 2006, p. 35.

² GONZÁLEZ DE LEÓN, F., *The Road to Rocroi: The Duke of Alba, the Count Duke of Olivares, and the High Command of the Spanish Army of Flanders in the Eighty Years War, 1567-1659*, Tesis Doctoral inédita: Johns Hopkins University (1992). Sobre el debate historiográfico en torno a la «Revolución Militar» ver los ensayos reunidos en ROGERS, C. J., (ed.), *The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe*, Boulder, 1995.

³ GONZÁLEZ DE LEÓN, F., «'Doctors of the Military Discipline': Technical Expertise and the Paradigm of the Spanish Soldier in the Early Modern Period», *Sixteenth Century Journal*, XXVII/1 (1996), pp. 61-85.

veteranos hacen de la situación de los *tercios*, cabe una lectura que nos indique su posición ante la gobernación de los Países Bajos y, más en general, sobre la misma naturaleza del mando militar en el marco de la cultura política de la Edad Moderna.

La concentración de tal número de tratados militares a partir de las últimas décadas del siglo XVI resultaba un fenómeno sin precedentes en el mundo editorial en lengua española de la primera Edad Moderna, aunque este auge iría perdiendo fuerza con el cambio de siglo⁴. Por esta razón es necesario estudiar su sentido en conjunto. En primer lugar llama la atención comprobar que todos los escritos de la llamada «escuela de Alba» fueron publicados muchos años después de que el Duque fuera apartado del mando al reavivarse la rebelión de los Países Bajos. El *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* de Sancho de Londoño, escrito según el propio autor a petición del mismo Alba, está considerado prácticamente como un manifiesto de sus ideas castrenses y un referente para la tratadística posterior por estar fechado en 1568, es decir, mientras don Fernando Álvarez de Toledo aún ostentaba el mando indiscutible de las tropas de Flandes. Sin embargo, la verdad es que no sería dado a la imprenta hasta casi dos décadas después, publicándose finalmente en Bruselas en 1587. Ningún otro tratado está fechado tan tempranamente aunque fuese editado antes, como es el caso del *Espejo y disciplina militar* de Francisco de Valdés, fechado en 1571 pero impreso en Bruselas en 1586, un año antes que el opúsculo de Londoño. Del mismo modo, aunque la primera dedicatoria de los famosos *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos desde el año de 1567 hasta el de 1577* de Bernardino de Mendoza está fechada en 1573, sólo saldrían publicados en francés en 1591 y en español un año después. Muchos de los tratados serían impresos aun más tardíamente; de hecho, todos ellos lo fueron con posterioridad a la defunción del propio don Fernando Álvarez de Toledo en Lisboa en 1582.

¿Cuál es la razón que explica esta tardía actividad editora de los hombres del duque de Alba? Apenas conocemos nada sobre las circunstancias concretas de su publicación pero el hecho de que la gran mayoría hubiesen sido escritos, y más tarde impresos, por oficiales veteranos que habían servido bajo su mando mientras estuvo al frente del ejército de Flandes no parece una mera coincidencia. En varios casos se reivindica explícitamente esta vinculación: el *Discurso* de Londoño no solo va dedicado a Alba sino que el propio autor se declara «hechura» suya⁵; Francisco de Valdés dedicará su libro a don Fadrique Álvarez de Toledo, primogénito de Alba y veterano a su vez como Capitán General de la infantería española en Flandes⁶; en principio la dedicatoria de los *Comentarios* de Bernardino de Mendoza iba dirigida al rey, pero su contenido era en realidad un homenaje explícito a don Fernando Álvarez de Toledo, «como quien es un gran soldado y capitán, que tan justamente merece serlo sólo de Vuestra Majestad», a pesar de que el linaje al que pertenecía no simpatizaba tradicionalmente con el de los Toledo⁷. Tales manifestaciones de adhesión pueden sugerir la idea de un homenaje póstumo. ¿Pero por qué reivindicar su figura entonces cuando hacía años que había fallecido? No podemos olvidar que en el momento de la muerte de don Fernando Álvarez de Toledo la casa de Alba estaba pasando por un momento muy delicado⁸. Sin embargo, esta no es razón suficiente

⁴ Una panorámica general sobre el tema: ESPINO LÓPEZ, A., *Guerra y cultura en la Época Moderna: La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII. Libros, autores y lectores*, Madrid, 2001.

⁵ LONDOÑO, S. de, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, [Bruselas, 1587], Madrid, 1992, pp. 23-24.

⁶ VALDÉS, F. de, *Espejo y disciplina militar*, [Bruselas, 1586], Madrid, 1989, p. 27.

⁷ MENDOZA, B. de, *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos desde el año de 1567 hasta el de 1577*, [Madrid, 1592], en *Biblioteca de Autores Españoles: Historiadores de sucesos particulares, tomo segundo*, Madrid, 1853, vol. 28, p. 389; MALTBY, W. S., *Alba: a biography of Fernando Alvarez de Toledo, third duke of Alba, 1507-1582*, Berkeley, 1983, p. 72.

⁸ El duque de Alba y su heredero, don Fadrique, habían caído en desgracia y no gozaban de la confianza regia. En el momento que le fue comunicado a Alba el encargo de ponerse al mando del contingente que debía ocupar Portugal estaba

por sí sola para explicar este tardío interés. No hay duda de que su intención era presentarlo como modelo pero limitándose a destacar únicamente su periodo de mandato en los Países Bajos y no el resto de su larga y exitosa carrera. Lo cierto es que, en su momento, la sustitución de Alba en el gobierno de Flandes no había provocado una reacción similar por parte de sus «hechuras» a pesar de las críticas recibidas por el fracaso de su política de rigor contra los rebeldes. Además, hay que tener en cuenta que por el mismo periodo salieron a la luz algunos otros tratados escritos por veteranos que no estaban adscritos en sentido estricto a la «escuela de Alba» por haber empezado a servir con posterioridad a las órdenes de Alejandro Farnesio y que, no obstante, compartían el mismo punto de vista en lo esencial.

La clave debe buscarse en la inquietud entre la oficialidad por el estancamiento progresivo en el que estaba sumiéndose la guerra de Flandes y no tanto en un sentimiento de lealtad personal hacia los Toledo. A partir de la muerte de Alejandro Farnesio en 1592 se abriría un periodo de crisis de autoridad en el gobierno de los Países Bajos leales que se prolongaría al menos hasta su cesión a los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia en 1598. Durante este lapso de tiempo se sucederían tres personajes al frente de la gobernación: el conde de Mansfelt (1592-1594), el archiduque Ernesto de Austria (1594-1595) y el conde de Fuentes (febrero-diciembre, 1595), hasta la llegada de Alberto de Austria. Ninguno de estos gozaba del carisma ni las aptitudes de su predecesor, pero tampoco tuvieron la oportunidad de consolidarse por la brevedad de su mandato. Sobre la incapacidad para el mando del Archiduque Ernesto el juicio que haría muchos años después Carlos Coloma resulta suficientemente explícito: «siendo sus virtudes más morales que políticas y militares, que sin duda eran las más necesarias entonces»⁹. Por su parte, Mansfelt reunía suficientes méritos militares pero en realidad no contaba con la plena confianza de la oficialidad española ni italiana; mientras que Fuentes había generado ciertas expectativas por su vinculación a la casa de Alba¹⁰. Sin embargo, ambos ejercerían su cargo interinamente, lo cual dañaría notablemente su autoridad.

A esta debilidad en el mando habría que añadir un cambio de actitud en círculos cortesanos respecto al gobierno de Flandes. El origen de esta situación puede rastrearse en las críticas que recibiría el duque de Parma desde Madrid en los últimos años de su largo mandato. Por una parte, no se había visto con buenos ojos su reticencia a la política intervencionista de Felipe II, que abocaba inevitablemente a la dispersión de fuerzas por habersele ordenado primero preparar los tercios para la frustrada invasión de Inglaterra y más tarde para apoyar a la Liga en Francia. Por otra parte, se le echaría en cara la dispendiosa política de mercedes que mantenía para garantizarse la cohesión del ejército y la fidelidad de la nobleza local, llegando a insinuarse una gestión fraudulenta del erario real. Este tipo de acusaciones no era algo nuevo. Ya en tiempos del propio duque de Alba se habían presentado graves cargos por corrupción contra algunos hombres bajo su mando, como es el caso del pagador general Martín de Lixalde¹¹.

En realidad, estas desavenencias volvían a poner de manifiesto una preocupación recurrente del monarca: las dificultades para controlar la gestión de sus ministros más poderosos en territorios lejanos.

retirado en sus estados, apartado por tanto de los círculos de poder cortesano. La mejor biografía del personaje y su contexto político y familiar sigue siendo: MALTBY, S., *Alba*; puede completarse con la reciente obra de KAMEN, H., *The Duke of Alba*, New Haven, 2004.

⁹ COLOMA, C., *Las guerras de los Estados Bajos desde el año de 1588 hasta el de 1599*, [Amberes, 1625], editado en *Biblioteca de Autores Españoles: Historiadores de sucesos particulares (Tomo segundo)*, Madrid, 1853, vol. 28, p. 103.

¹⁰ VILLALOBOS Y BENAVIDES, D. de, *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos de Flandes desde el año de 1594 hasta el de 1598*, [Madrid, 1611] editado por LLORENTE, A., *Libros de antaño nuevamente dados a luz por varios aficionados*, vol. VI, Madrid, 1876, p. 28.

¹¹ PARKER, G., «Corruption and Imperialism in the Spanish Netherlands: the Case of Francisco de Lixalde, 1567-1613», en PARKER, G., *Spain and the Netherlands, 1559-1659: Ten Studies*, Londres, 1979, pp. 152-163.

En esta ocasión, sin embargo, más que la toma de medidas disciplinarias puntuales se produjo un auténtico giro en la actitud del monarca respecto a la gobernación de los Países Bajos. Como hemos visto, desde una perspectiva política, después de la muerte de Farnesio no volverían a nombrarse hombres fuertes ni por largos periodos para encargarse de la gobernación. Pero esta actitud redundaba en falta de unidad en la toma de decisiones y una mayor intromisión de los órganos de gobierno de Bruselas en asuntos políticos y estratégicos que hasta entonces habían controlado férreamente los capitanes-gobernadores, provocando a su vez descontento en el alto mando de los *tercios* y desconfianza en la corte.

Al mismo tiempo se introdujeron una serie de reformas encaminadas a limitar y controlar el gasto desorbitante que suponía el mantenimiento del aparato militar en Flandes, que conocemos bien gracias a las investigaciones de Alicia Esteban Estringana¹². La primera medida fue enviar a Esteban de Ibarra en 1593 con plenos poderes sobre los fondos enviados para el mantenimiento del ejército. Su misión era doble: por una parte investigar los abusos que se habían producido en la administración del tesoro militar y por otra participar directamente en su distribución para ejercer un estrecho control sobre el gasto. Como nuevo responsable absoluto de la hacienda debía dar cuentas directamente ante la corte pasando, por tanto, por encima de la autoridad de los gobernadores y de los altos mandos del ejército. No es de extrañar que fuese recibido con frialdad e incluso con abierta hostilidad por los ministros del rey en los Países Bajos, que después de años de servicio veían su comportamiento cuestionado y sus funciones suplantadas por un recién llegado. Su comisión finalizaría a mediados de 1596 pero los intentos por vigilar de cerca la gestión del erario real no cesaron. Lo que nos interesa señalar aquí es el cambio radical respecto a la situación anterior, cuando los capitanes generales disponían de un modo prácticamente absoluto de los recursos del tesoro militar.

Es en este contexto cuando surge la tratadística elaborada por los veteranos de Flandes. Su motivación no es solo una reacción al deterioro de la disciplina interna del ejército en particular, como señalara González de León, sino también contra el menoscabo general de la autoridad política que todas estas medidas habían provocado en el gobierno de aquellos territorios. Tras el vacío dejado por la muerte del duque de Parma y las duras críticas de las que fue objeto en medios cortesanos, estos autores encontraron en la figura del difunto don Fernando Álvarez de Toledo el modelo de gobernador-capitán enérgico que la oficialidad deseaba en un periodo especialmente delicado de la guerra contra las provincias rebeldes. Para exponer su visión seguirían las pautas del denominado género del *perfecto capitán*, que gozaría de gran popularidad en toda Europa a partir de la segunda mitad del siglo XV¹³. Este tipo de obras establecían el ideal de comportamiento de inspiración clásica que debía seguir cada uno de los miembros de la jerarquía militar según su condición y función dentro del cuerpo perfecto que pretendía ser el ejército en la Edad Moderna, empezando por su cabeza. En principio el comandante supremo era concebido como *alter ego* castrense del monarca, como su representante directo en el campo de batalla. Por esta razón sus atributos se distanciaban netamente del concepto tradicional de «dux», entendido como simple conductor de una hueste, para quedar asociado al de «imperator», en el sentido que se le daba en la Roma republicana, que ponía en relación carisma militar y prudencia política. La denominación del capitán como «imperator» era un honor que se otorgaba a título de representación y no de suplantación de la autoridad real: «y particularmente los proclamaban Emperadores a los que habían vencido alguna gran batalla o conquistado algún poderoso Reino con muerte de muchos enemigos. Como lo vimos en Gonzalo Fernández de Córdoba, que por la

¹² ESTEBAN ESTRÍNGANA, A., *Guerra y finanzas en los Países Bajos católicos: de Farnesio a Spínola (1592-1630)*, Madrid, 2002.

¹³ FANTONI, M., «Il 'Perfetto Capitano': storia e mitografia», en FANTONI, M. (ed.), *Il 'Perfetto Capitano': Immagini e realtà (secoli XV-XVII)*, Roma, 2001, pp. 15-66; PISSAVINO, P., «Il capitano neoplatonico», en *La espada y la pluma: Il mondo militare nella Lombardia spagnola cinquecentesca*, Viareggio, 2000 pp. 131-149.

expugnación del Reino de Nápoles y batallas muchas que venció le llamaron Gran Capitán»¹⁴. Esta es la razón que justificaba que los detentores de un título de «capitán general», o su equivalente, no tuvieran ningún superior jurídico, por lo que formalmente sólo debían responder ante el rey representado en su Consejo de Guerra. En cualquier caso, los poderes que ordinariamente le correspondían, además de estar limitados temporal y físicamente, no anulaban otras competencias, derechos y privilegios ejercidos por otras corporaciones, instituciones o ministros, ya fuesen directamente dependientes o no del monarca.

El sentido caudillista del mando que propugnaban los veteranos de Flandes iba un paso más allá de la imagen convencional del «perfecto capitán». Son numerosos los ejemplos en los que se menciona a Alba entre la selecta lista de los más «excelentes capitanes» de la historia, tan frecuentes en este tipo de escritos¹⁵. Francisco de Valdés lo sitúa inmediatamente después de Alejandro Magno, Lúculo y Julio César, y entre sus contemporáneos solo es digno de compararse con Hernán Cortés¹⁶. No obstante, estos modelos de perfecto soldado no deben entenderse únicamente como una elucubración retórica de ideales morales aceptados. La elección de estos personajes concretos, así como de los que ilustraban los ejemplos de comportamiento que presentaban, tenía un significado preciso. Todos ellos se caracterizaban no sólo por haber sido excelentes estrategas y disciplinados soldados, también habían destacado por su inteligencia política («prudencia» en el lenguaje de la época), y por haber actuado como gobernantes prácticamente absolutos tanto sobre sus tropas como sobre las provincias que habían conquistado. El recurso a una figura como la de Hernán Cortés, conquistador del imperio mexicano por iniciativa propia, es una muestra evidente, pero también lo es la mención recurrente a Gonzalo Fernández de Córdoba, el «Gran Capitán» por excelencia, que como es bien sabido se había vanagloriado por negarse a dar cuentas a Fernando el Católico por los costes que había supuesto la conquista de Nápoles. Entonces muchos habían interpretado esta actitud desafiante como un desacato a la autoridad real, al igual que le había sucedido al propio Alejandro Farnesio.

La concepción del ejercicio del poder que propugnaban los veteranos para los Países Bajos trasladaba el ideal caudillista ordinario al gobierno extraordinario de un territorio en estado de guerra permanente. Tal como ya había sugerido Bernardino de Escalante, las circunstancias podían obligar a convertir el poder temporal y limitado que se concedía a los capitanes generales en permanente e ilimitado: «a los Cónsules y capitanes romanos no les duraba el nombre de Emperadores más de hasta ser acabada la guerra y triunfado de ella, hasta que por las disensiones y guerras civiles que entre ellos hubo [...] vino Iulio Cesar a alcanzar el sumo gobierno y mando de la república»¹⁷. Es precisamente este argumento el que le lleva a concluir que la máxima dignidad de la república romana era «sin comparación» la Dictadura, por encima de la del Consulado, pero reconociendo que solo se instituía cuando «se veían muy atribulados y en grande aprieto»¹⁸. El mismo argumento había sido utilizado por el famoso jurista Baltasar de Ayala, que había ejercido como Auditor General del ejército de Flandes bajo las órdenes del duque de Parma, para expresar la misma idea, aunque exponiéndola de un modo más articulado¹⁹. Al igual que los romanos elegían a un caudillo con poder absoluto cuando la república corría grave peligro, así debía considerarse a los capitanes generales de los Países Bajos si quería ganarse la larga y costosa guerra contra los rebeldes herejes que desestabilizaban la monarquía. Su

¹⁴ ESCALANTE, B. de, *Diálogos del arte militar*, [Sevilla, 1583], Madrid, 2002, p. 128.

¹⁵ VAUCHERET, E., «Le grand capitaine selon Bramôme», en *Le soldat, la stratégie, la mort: mélanges André Corvisier*, Paris, 1989, pp. 27-41.

¹⁶ VALDÉS, *Espejo*, p. 38.

¹⁷ ESCALANTE, *Diálogos*, p. 128.

¹⁸ ESCALANTE, *Diálogos*, p. 109.

¹⁹ AYALA, B. de, *Del derecho y de los oficios de la guerra*, [*De iure et officiis bellicis et disciplina militari libri iii*, Douai, 1582] estudio preliminar de Nicolás Ramiro Rico y traducción de Manuel Fraga Iribarne, Madrid, 1948, pp. 264 y 266.

sentido del mando incluía amplios poderes políticos, judiciales y, por supuesto, militares que, aunque ejercidos por orden del monarca, le otorgaban amplia autonomía: «Por lo demás, una vez concedido a uno el imperio, será prudente otorgarle el libre albedrío de decidir sobre la totalidad de las cosas, a ejemplo del Senado y del pueblo de Roma, que concedían al emperador la decisión sobre todas las cosas tocantes a la guerra. Y dejaban a su juicio si debía procederse esperando o combatiendo, sitiar esta o aquella plaza, sin reservarse más que la autoridad para declarar una nueva guerra o de estipular un tratado con el enemigo, lo cual expusimos en otro lugar que es tocante a la soberanía»²⁰. Esto significaba otorgarle libertad total para disponer de todos los medios a su alcance, tanto financieros como humanos: «el dictador creado con plenitud de facultades tenía el sumo imperio de la guerra, de la paz y de las penas y recompensas, sin apelación, para que pudiese libremente decidir de la totalidad de las cosas sin impedimentos [...]. Y ya expusimos en el capítulo anterior lo que importa otorgar al general del ejército una libre potestad de decidir sobre la totalidad de las cosas»²¹. Además, estos poderes extraordinarios no resultarían eficaces si se otorgaban interinamente o por tiempo muy limitado: «Y siendo muy inconveniente interrumpir el tenor de las cosas, en cuya ejecución la misma continuidad es eficacísima, no conviene dar un sucesor al general hasta la terminación de la guerra»²². Estas atribuciones no correspondían con las que solían concederse a un capitán general ordinario, distanciándose así del significado que comunmente se daba al término «imperator», en el sentido de «gran capitán» al estilo de los generales-cónsules romanos. Esta libre interpretación de la figura del «dictator» no debe entenderse como una apología de la arbitrariedad del poder propia del tirano; de hecho, el tratado de Ayala va encaminado, fundamentalmente, a negar este punto y establecer pautas legales específicas para el estado de guerra. Tampoco es un desafío a la autoridad soberana del monarca aunque reducía el papel de la corte casi a mero espectador y dejaba a los tribunales y consejos de los Países Bajos en un nivel subordinado.

En realidad, su concepción del mando militar puede considerarse la sistematización teórica del sentir generalizado del alto mando en favor de la primacía de la autoridad de los capitanes generales al frente del gobierno de los Países Bajos. No es casual que toda la tratadística ensalzara la unidad orgánica del ejército como un cuerpo armónicamente jerarquizado. La obediencia sin fisuras al mando de un capitán general con poderes delegados directamente del monarca representaba mucho más que un modelo de disciplina militar; también era un ideal de organización autónoma que no aceptaba intromisiones de ningún tipo que pudieran distorsionar este orden teóricamente perfecto pero muy alejado de la realidad cotidiana de la soldadesca. El mensaje de los veteranos es muy claro en este sentido: todos los demás cargos e instituciones debían respetar este cuerpo perfecto subordinándose al capitán-gobernador. En consecuencia, las críticas más duras irían contra los ministros de la hacienda que ahora trataban con poderes extraordinarios de controlar y limitar el gasto del tesoro militar de Flandes, acusándolos de corrupción y de coartar los poderes del capitán general para atender las necesidades urgentes de la tropa. Tal como diría Martín de Eguiluz a propósito del oficio de Tesorero o del de Pagador General del ejército: «este no se ha de ocupar en cosa de guerra,

²⁰ «Ceterum imperio alicui delato, consultum erit, liberum illi de summa rerum statuendi arbitrium permittere, exemplo senatus, populi que Romani, qui omnium rerum arbitrium, quod ad bellum attinet, imperatori permittebant. Et utrum sedendo, an dimicando, rem gerere, hoc vel illud oppidum oppugnare visum esset, ipsius iudicio relinquebant, neque quicquam sibi reservabant, quam auctoritatem novi belli indicendi, aut foederis faciendi cum hoste: quae summi imperii esse alio loco ostendimus», AYALA, *Del derecho*, n.º 22, pp. 192-193.

²¹ «Dictator vero optima lege creatus, summum imperium belli, pacis, poenarum ac praemiorum sine provocatione habebat: ut liber impedimentis omnibus melius ad summam rerum consulere posset. [...] Quam autem expediat, duci exercitus liberam de summa rerum consulendi potestatem permittere, superiores capite ostendunt», AYALA, *Del derecho*, n.º 3, pp. 302-305.

²² «Porro cum minime conveniat, interrumpi tenorem rerum, in quibus peragendis continuatio ipsa efficacissima est: non nisi confecto bello successorem imperatori mitti expedit», AYALA, *Del derecho*, n.º 4, pp. 304-305.

sino solo en su dinero, que esté seguro y guardado para lo que su Rey o General le ordenare»²³. La misma opinión era compartida por Bernardino de Mendoza²⁴. Pero sin duda el más crítico y explícito sería Marcos de Isaba en su *Cuerpo enfermo de la milicia española* (Madrid, 1594), en el que exponería una retahíla de denuncias poco imparciales justificando los abusos de los capitanes para hacer recaer la responsabilidad última en comisarios, pagadores y contadores²⁵.

La tratadística es así mismo unánime en su rechazo a la ingerencia cortesana en materia de ascensos y nombramientos²⁶. También en este caso cabe una doble lectura. Por una parte el argumento militar, ya conocido, por el cual se ensalzaban los méritos en el servicio por encima de los de la sangre o el favor de la corte. Pero por otra, la reprobación de estas prácticas, por lo demás extendidas entre los propios veteranos, debe entenderse como un modo de reivindicar el monopolio que debía concederse al capitán general para premiar con libertad los servicios de sus hombres y nombrar a todos los oficiales que servirían bajo su mando, ya que de otro modo los soldados buscarían el favor de otros personajes influyentes mermando así su autoridad. Lo mismo podría decirse en lo concerniente a cuestiones de justicia, es decir, la concesión al capitán general de poderes para juzgar y castigar delitos de forma inapelable y, cuando el caso lo requiriera, sumariamente²⁷. Estas eran atribuciones totalmente extraordinarias si no se estaba bajo asedio o en pleno campo de batalla, ya que concernían directamente a la soberanía y además atentaban contra otras altas instituciones con poderes específicamente delegados en este sentido. La única justificación posible era la situación extrema que suponía la guerra constante en los Países Bajos y la necesidad del capitán general de ser temido por sus propios hombres para mantener la disciplina. Con este propósito Baltasar de Ayala desarrollaría su teoría sobre lo que denomina «iura belli» como alternativa excepcional al derecho ordinario²⁸. Otros tratadistas sin su cultura legal recurrieron a ejemplos de la antigüedad, como Julio César o el dictador romano Cincinato²⁹, pero también a modelos contemporáneos como el propio don Fernando Álvarez de Toledo e incluso el mismísimo Turco. Sin abandonar la predecible descalificación moral del imperio otomano como «bárbaro» e «infel», lejos de despreciarlo como despótico algunos veteranos de Flandes verían en él un «espejo» de virtudes político-militares: los castigos ejemplares y fulminantes que aplicaban a traidores,

²³ EGUILUZ, M., *Discurso y regla militar*, [Madrid, 1592], Madrid, 2000, p. 189.

²⁴ Después de indicar la importancia para el rey en conocer y reunir el dinero disponible para iniciar una guerra, cuando llegaba el momento de tomar decisiones solo debía contar con «sus capitanes generales y consejeros que sean soldados, sin permitir traten esta materia otros que los que han seguido la guerra», MENDOZA, B. de, *Teórica y práctica de guerra*, [Madrid, 1595], Madrid, 1998, p. 53.

²⁵ ISABA, M. de, *Cuerpo enfermo de la milicia española*, [Madrid, 1594], Madrid, 1991. Después de denunciar los excesos en las «ventajas» y el fraude de las «plazas muertas», la única solución propuesta por el autor sería la de aumentar el sueldo a los capitanes y pagar a la tropa con puntualidad. Su poca imparcialidad puede percibirse en los epígrafes de su obra: «Capítulo VI: En que declara el autor el daño que hacen los pagadores en la gente de guerra de ahora y también las virtudes de los capitanes antiguos»; «Capítulo VII: Que declara el autor se reforme el sueldo y crezca el número de esta infantería, atajando lo que los oficiales de la Hacienda hacen y lo que los capitanes consienten»; «Capítulo VIII: Que el autor va probando cuán dañosos son contadores y pagadores y el interés que en esto Su Majestad ahorra el no tenerlos». El aumento del sueldo a los soldados es también la única solución propuesta por MENDOZA, *Teórica y práctica*, p. 68.

²⁶ Ver por ejemplo: ISABA, *Cuerpo enfermo*, capítulo XIV, pp. 157 y ss.

²⁷ Una muestra de ello son los estatutos propuestos por LONDOÑO, *Discurso*, pp. 55 y ss, siguiendo la misma lógica los «auditores» debían proceder por comisión y no de oficio, p. 39. Sobre la organización judicial del ejército de Flandes y el impacto de su reforma en la disciplina de la tropa ver: GONZÁLEZ DE LEÓN, F., «La administración del conde-duque de Olivares y la justicia militar en el ejército de Flandes, 1567-1643», *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea*, 13 (1993), pp. 107-129.

²⁸ AYALA, *Del derecho*, pp. 18-19.

²⁹ ESCALANTE, *Diálogos*, p. 109.

negligentes y corruptos hacían posible que los jenizaros se mantuviesen admirablemente disciplinados y por tanto que la voluntad absoluta del gran sultán fuese temida y respetada en todas partes³⁰.

En conclusión, la razón subyacente a la publicación concentrada de tantos tratados militares entre las décadas de 1580 y 1600 fue la respuesta de los veteranos de la guerra de Flandes contra una política que no compartían en un momento de gran incertidumbre. Esto incumbe tanto a los autores tradicionalmente englobados en la «escuela de Alba» como a los que de hecho estaban vinculados a Alejandro Farnesio. Por encima de rivalidades faccionales y animosidades personales todos ellos tenían ideas comunes sobre como debían gobernarse los Países Bajos si lo que quería era ganarse la guerra contra los rebeldes herejes. Por una parte, pedían el restablecimiento de un mando único y autónomo; por otra, la subordinación formal del gobierno ordinario, representado por instituciones locales y tribunales civiles, al extraordinario representado por el capitán general que dependía directamente de la voluntad del monarca. En términos prácticos esto significaba el gobierno de un hombre fuerte que supiese ganarse el respeto de los soldados y la población, que solo rindiese cuentas en base a los servicios prestados y resultados obtenidos, con poder para disponer de todos los recursos financieros y políticos necesarios para la consecución de la guerra. Dicho de otro modo: el rechazo a cualquier injerencia cortesana y la subordinación de los mandos militares y poderes locales a un capitán-gobernador de reputación y lealtad intachable, es decir, un español o en su defecto un miembro de la familia real. En definitiva, la vuelta al modelo implantado por el duque de Alba que había sido puesto en cuestión en la corte años antes de la muerte de Alejandro Farnesio. Otra cuestión es el modo ambivalente en que sería interpretada la recreación ideal del «dictator» romano que trataban de emular: don Fernando Álvarez de Toledo fue percibido en su propio tiempo con la misma ambivalencia que la figura de Julio César desde la antigüedad, por unos como un salvador y por otros como un tirano.

³⁰ ISABA, *Cuerpo enfermo*, «Capítulo VI: [...] la usanza de los capitanes del Turco y Sofí, lo que son y la esperanza que tienen los capitanes de nuestro tiempo que sirven al Rey nuestro señor [...] y se verá cuán diferentemente caminan y lo mal que hacen su oficio», y «Capítulo XII: Que trata el autor de las costumbres y modos que usan turcos y otras naciones y la policía con que usan esta milicia, que es un espejo para los cristianos y dechado que de ellos podemos tomar siendo infieles»; ver también: ESCALANTE, *Diálogos*, pp. 103-104.

DEL PROTOCOLO BORGÑO AL PROTOCOLO DEL SIGLO XXI

José Luis DELGADO GARCÍA

Especialista en Protocolo y Ceremonial de Estado e Internacional

Continuando la línea argumental de la anterior comunicación respecto a la importancia que tuvo en la España del siglo XVI la introducción por parte del emperador Carlos, a través del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, del protocolo o la etiqueta borgña, vamos a hacer un breve recorrido por la historia de las siguientes monarquías hasta llegar a la monarquía parlamentaria de la que hoy disfrutamos, para ver cómo «*los usos y costumbres de aquel pequeño Ducado*» se impusieron de tal manera que hoy día todavía están vigentes algunas de sus normas.

Se sabe a través de un libro editado en Medina del Campo (Valladolid) en 1551 y que se conserva en la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial cómo el Emperador manda ordenar la Casa de su hijo el príncipe Felipe a la manera de Borgoña. Fastuosidad, atmósfera casi divina en torno al Soberano, orden extremadamente riguroso y fomento de cohesión entre los distintos territorios del ducado de Borgoña, fueron las principales características o rasgos distintivos de ese protocolo borgño que don Fernando Álvarez de Toledo introdujo en la Corte española, según nos dejó contado el sumiller de la Corte, Vicente Álvarez.

Felipe II se sirvió de ellas, según Domínguez Casas, para aumentar su majestad mediante el incremento de la sensación de distancia que producía su progresiva invisibilidad; invisibilidad o sensación de alejamiento que se hizo más patente una vez concluyeron las obras del monasterio de El Escorial y el monarca se recluyó allí. Ese protocolo y esa etiqueta, mezcla de normas borgñas, castellanas y aragonesas, es el que sale fuera de nuestras fronteras y se convierte a los ojos del resto de Europa como «Protocolo Español». Años más tarde, en el siglo XVII este ceremonial regresa a España con el nombre de «Protocolo Austriaco» y será indefectiblemente el que marcará a todos los reyes de la dinastía de los Austria-Habsburgo.

Desde entonces la Corona española prácticamente hasta Alfonso XIII ha utilizado este ceremonial borgño, mezclado con elementos de Castilla y de Aragón, que termina por ser conocido en toda Europa con el nombre de «Etiqueta Española». Es cierto también que en los siglos venideros cada monarca va introduciendo los cambios convenientes para adaptarse a los nuevos tiempos que corrían.

Felipe III, continuador de la dinastía, huyó de la etiqueta que quedó marcada perfectamente en su reinado, a través del duque de Lerma, por la que se sabía perfectamente lo que iba a hacerse cada día del año y los cortesanos, por su parte, debían no sentirse atrapados por ese modo de vida. A pesar de que Felipe III huía de esa etiqueta, por otra parte era muy aficionado a todo tipo de celebraciones religiosas, que conllevaban un alto grado de ceremoniales. Eso no le disgustaba.

Felipe IV fue el símbolo claro de la monarquía barroca y culmen de la etiqueta cortesana, dada la aplicación que del protocolo borgoñón hizo el conde-duque de Olivares, quién impuso en la corte las normas por las que debía regirse esa práctica de poner orden, de organizar y de crear armonía.

Es precisamente con Felipe IV cuando se crea una figura de trascendental importancia para las relaciones exteriores y el protocolo que debía seguirse con los altos dignatarios representantes en nuestro país del resto de los Estados. Se trata de la figura del «Introducción de Embajadores», una categoría dentro de los embajadores que sigue teniendo plena vigencia en la España del siglo XXI, aunque bien es cierto que el gobierno de Rodríguez Zapatero pretendió, en los inicios de su legislatura, suprimir y que gracias a una carta exhaustivamente argumentada desde el punto de vista histórico y de casuística, publicada en la Tercera de ABC por el que fuera Primer Introducción de Embajadores, el ahora jubilado embajador José Antonio Urbina, no se cometió tal tropelía y oportunamente se dio marcha atrás.

En las «Etiquetas» dadas en 1651 se encuentra detallado todo el ceremonial que se mantuvo en la época de Felipe IV: la entrada en Palacio de los Reyes después de jurado; la recepción de la Rosa de Oro, el sombrero, el bonete y el estique que regalaba el Santo Padre; las ceremonias de recepción de la birreta cardinalicia a un infante; los recibimientos a los cardenales, legados, embajadores, príncipes extranjeros y bautizos de los infantes.

Del último de los Habsburgo, Carlos II, ya rozando el siglo XVIII, solo decir, puesto que prácticamente no hubo producción protocolaria alguna sino el cumplimiento férreo de las normas ya establecidas, que se vio literalmente aplastado por todo el peso del ceremonial palaciego, de tal manera que sólo fue lo que el ceremonial y el protocolo le permitió ser.

La llegada de los Borbones a España supuso en un primer momento, siglo XVIII, la aparición, con Felipe V, de unas modas, costumbres y usos muy afrancesados, pero pasados esos primeros escarceos, la Corte vuelve otra vez sobre ese «protocolo español», mezcla del borgoñón, del castellano y del aragonés.

Podemos decir, como señalaba José Arturo Navarro en una ponencia en Córdoba con motivo de unas Jornadas nacionales sobre Protocolo en 1995, que en la época de los Borbones existen tres etapas claramente diferenciadas:

- 1ª. En el siglo XVIII aparecen nuevos usos y costumbres de origen claramente francés y los palacios adoptan nuevas disposiciones en aras de una mayor funcionalidad y comodidad que sostengan a la corte frente a la emergente burguesía.
- 2ª. El siglo XIX está marcado por la Constitución de 1812 y por la Revolución Francesa que hace cambiar muchas cosas. Bajo la regencia de María Cristina hay un florecimiento de las cuestiones de etiqueta.
- 3ª. Se sitúa en el siglo XX. La boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battemberg supone una gran influencia inglesa, pero se mantiene el protocolo tradicional. La ruptura se produce con la caída de la monarquía y la implantación de la República.

En el siglo XVIII, mencionar la importancia que tuvo el reinado de Carlos III. Desde el punto de vista de la vexilología, el Rey ordenó a su ministro de Marina, Antonio Valdés, que le diseñara una

posible bandera que enarbolara la Armada Española. Se le presentaron doce modelos y Carlos III eligió la que más familiar le era, puesto que sus colores, rojo y amarillo, ya los había visto en el reino de Nápoles, de donde provenía, colocados de forma horizontal. En un primer estadio no fue proclamada Bandera Nacional sino solamente la Bandera de la Armada, ya que hasta Isabel II no se establece como tal. El segundo hecho fue la creación del Himno Nacional, que no era más que una marcha granadera o marcha real, cuya partitura la realiza Manuel Espinosa de los Monteros como homenaje al Cuerpo de Granaderos de la Guardia Real. Por tanto, podemos concluir, que los actuales símbolos de la patria surgen ya en la época de Carlos III, asumiéndolos el actual constitucional estado de derecho.

La legislación propiamente dicha que en materia de protocolo se produce no comienza prácticamente hasta el siglo XIX, reinando Isabel II, bajo cuya monarquía se promulgan dos Disposiciones, un Real Decreto y una Real Orden.

El Real Decreto *Aclarando y determinando el lugar que corresponde a las Autoridades y Corporaciones en los actos públicos y en el acto de recibir Corte* podemos considerarlo la primera normativa específica de protocolo en España, dado en 1856, siguiendo los pasos del protocolo borgonón. Podemos decir que es la primera vez que se trata de ordenar la presencia pública del poder establecido y para ello ordena los «actos públicos» civiles en provincias, es decir, fuera de Madrid como capital del Reino, dando primacía al Gobernador Civil de la provincia frente al poder militar, excepción de las sedes de Capitanías Generales. Por tanto, según la profesora Otero Alvarado *nos encontramos ante un nuevo concepto «político-funcionario» estableciéndose por primera vez la alternancia entre autoridades civiles y militares.*

Este Real Decreto viene también a señalar la composición de las presidencias mezclando sin ningún criterio la forma colegiada y la personal, y como principio rector también se admite en esta norma la representación, que queda suprimida en el Real Decreto 2.099 del año 1983, como veremos más adelante.

En igual medida el reinado de Isabel II produce un orden de precedencias en los llamados «besamanos» en las recepciones oficiales en el Palacio Real de Madrid, en el Salón del Trono (1861). Fijense que este orden fue escrito personalmente por la propia reina: Cardenales, Consejo de Estado, Tribunales Supremos, Ex-Ministros, Arzobispos, Obispos, Generales, Caballeros del Toisón, Senadores y Diputados, Gentiles Hombre de Cámara, Grandes Cruces y Títulos de Castilla.

De ambas disposiciones de etiqueta y protocolo podemos asumir que en ningún momento se intenta mezclar la Corte con el Estado.

I. EL SIGLO XX, UN SIGLO MARCADO POR EL PROTOCOLO DE TRANSMISIÓN ORAL

Tres fechas marcan la etiqueta, el ceremonial y el protocolo a lo largo del siglo XX: 1908, 1968 y 1983, con situaciones políticas bien distintas. Podemos añadir, casi sin temor a equivocarnos, que estos, especialmente la normativa de 1908 son los últimos vestigios del llamado protocolo borgonón. En 1908 se promulga la última de las Etiquetas de Corte a la manera y uso de borgoña antes de entrar en un nuevo periodo histórico, como vamos a ver.

La mayoría de edad de Alfonso XIII y su matrimonio con Victoria Eugenia de Batemberg hacen del protocolo de esa boda un protocolo que bebe en las fuentes anglosajonas de una forma muy diáfana, pero es en 1908, en enero, cuando el Rey en una especial forma de expresión da a través de su Jefe de Palacio, el duque de Sotomayor, una «Orden del Rey» por la que dispone el *orden que para la entrada en el Salón del Trono y desfile ante Su Majestad debe regir en todas las recepciones reales.*

Y siguiendo los pasos del antiguo «protocolo borgoñón» en, yo creo, la última vez que se utiliza este, se da primacía a los Grandes de España, frente a las autoridades políticas y militares. Fijense que al igual que para los Grandes de España la «Orden» se inclina claramente por situar por delante en esa precedencia, para la entrada en el Salón del Trono, por las autoridades religiosas, los Títulos del Reino, los Caballeros de las Órdenes Militares, los de las Reales Maestranzas de Caballería y los Caballeros Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid.

En esta «Orden» se sigue dando la casuística de mezclar la ordenación colegiada con la personal y la ecuación proximidad-lejanía de la Cámara Real con las «cuotas de poder» de cada una de las autoridades.

En el Directorio Militar de Primo de Rivera hubo un espacio para intentar volver a poner las cosas en su orden, pero ingenuamente produjo una Real Orden Circular en la que lo más destacado es su simpleza al reconocer que, dada la diversidad de actos protocolarios que se producían a lo largo del territorio nacional, no era posible establecer un protocolo único y que en cada lugar y en cada acto se establecería el correspondiente ceremonial y protocolo según el acto fuera de ámbito nacional, local o provincial. Evidentemente algunos estudiosos han considerado esta declaración como excesivamente ingenua y otros la valoran en el entorno en que España vivía el final de una época.

La fecha de 1908, pues, marca el inicio del fin de la mayor parte de ese protocolo borgoñón que fue introducido por el III duque de Alba en España, por mandato de su emperador Carlos, porque la II República española (1931-1936) lo que hace en materia protocolaria o de Etiqueta es abolir cuantas disposiciones se hubieran dado anteriormente: destruye los títulos de Grandes de España, deroga el Toisón de Oro, las reconocidas Órdenes de Carlos III y del Mérito Civil, dejando exclusivamente la Orden de Isabel La Católica, por el inmenso reconocimiento que poseía en Iberoamérica. La República suprime igualmente las cinco Reales Maestranzas y el Cuerpo de Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid, las Órdenes de Montesa, Calatrava, Santiago y Alcántara, y por fin sustituye la Marcha de Granaderos o Marcha Real como Himno Nacional y entra en vigor el Himno de Riego, que por cierto ya había sido Himno Nacional de España en 1822 durante un muy corto periodo de tiempo, que no llegó a un año. Cambia igualmente la bandera roja y amarilla que estableció el Rey Carlos III para la Armada Española y que posteriormente la reina Isabel II, después de la segunda Guerra Carlista, la adopta como enseña nacional, por la tricolor, sin ningún sentido histórico. Esta fue por tanto la breve y caótica situación que el protocolo vivió en la convulsa II República Española.

En 1938, desde la Capitanía General establecida en Burgos, el gobierno del General Franco, hace que entren en vigor otra vez todas las antiguas normas del protocolo y la etiqueta que habían marcado la época alfonsina y por tanto todo lo que del protocolo borgoñón había quedado. Sin embargo, a lo largo de prácticamente toda la Dictadura no se produjo ninguna legislación al respecto. Ya fue en los estertores del franquismo cuando se da la primera norma que establece las precedencias de las autoridades. A lo largo de treinta años primero el barón de Las Torres y después el conde de Villacieros se rigieron, a la hora de marcar el protocolo a seguir, por las tradiciones que les habían venido impuestas oralmente. Téngase también en cuenta que el protocolo es una ciencia, porque emana y bebe de las fuentes del Derecho; unas veces del Derecho Premial y otras del Derecho Consuetudinario. Atendiéndose a este último, toda la etapa de Franco fue regida por esa tradición oral, que trasciende al protocolo borgoñón.

Decía que la segunda fecha a señalar en el siglo XX fue la de 1968. Y es así, porque en los últimos años del franquismo se produce lo que el embajador Martínez Correcher ha denominado *el primer intento legislativo que se hace en España de sistematizar con criterios generales y uniformes los lugares que les corresponden a todas las autoridades existentes en aquellos momentos. El Reglamento*

de precedencias y ordenación de autoridades y corporaciones nace como consecuencia de intentar propiciar una mayor prevalencia del estamento militar sobre el de las autoridades políticas o civiles de la época, incluido el estamento universitario, eclesiástico y judicial. Este Reglamento tuvo que ser modificado dos años más tarde, en 1970, para dar entrada en ese ordenamiento a la figura de muy reciente creación, como fue la del príncipe de España, que asumió el actual Rey, don Juan Carlos de Borbón.

Y llegamos a la última de las producciones protocolarias que se dieron en el siglo XX. Como consecuencia de una nueva situación política, creada a través de la Constitución de 1978, que fija un nuevo Estado social y democrático de Derecho, bajo la forma política de una monarquía parlamentaria, y a la voluntad decidida de poner orden en la debacle protocolaria existente a lo largo de los gobiernos de la transición española, el primer gobierno socialista de Felipe González asume el deber de poner orden y establecer las preeminencias y prevalencias.

De este hecho nace el Real Decreto 2099/1983, de cuatro de agosto, sobre «Ordenamiento General de Precedencias en el Estado», cuyo autor material fue el embajador Joaquín Martínez Correcher y del que uno de los maestros del protocolo actual, Felio Vitarribias, dice que ha sido *una de las treguas protocolarias más duraderas de nuestra historia desde los días de la Reina Isabel II*.

El alcance de este Real Decreto viene determinado por los poderes públicos emanados de la Constitución, al fijar en puestos concretos a una serie de autoridades teniendo en cuenta que esa asignación se hace a la persona por el cargo que ocupa y «no confieren por sí honor o jerarquía».

Otra de las novedades que aporta esta normativa es que establece distintos órdenes de precedencias basados en si los actos oficiales se desarrollan en la capital del Estado o del Reino, como tal, o si estos se producen en territorio propio de Comunidad Autónoma.

Cambia lo dictado por Isabel II sobre la validez de la representación de una autoridad. Este Real Decreto señala por el contrario que no existe tal representación sino que la persona que represente a una autoridad *no se situará en el lugar que le corresponda al que representa sino en el que le corresponde a él por su categoría, salvo que ostente la representación expresa del Rey o del Presidente de Gobierno*.

Proporciona una *imagen* política y administrativa de la nación, una nueva filosofía política del protocolo con claros aires de modernidad, una constitucional organización territorial del Estado, estableciendo por una parte, una mejor valencia a las investiduras electivas y de representación, que las de designación, y por otra, un mayor reconocimiento a las instituciones del mundo de la cultura, otorgando un puesto concreto al Instituto de España, a las Reales Academias y a las Universidades.

Y por último, establece tres líneas de ordenación: la personal, la departamental y la colegiada.

Como aprecian, este protocolo tiene ya muy poco que ver con el que introduce el III duque de Alba por mandato del emperador Carlos. Ya se habla incluso de «imagen» en su preámbulo y por tanto, según la catedrática María Teresa Otero, *nos reafirma en nuestra hipótesis al considerar el protocolo un instrumento del ceremonial al servicio de las relaciones públicas organizacionales, en este caso, estatales*.

Sin embargo, tras veinticuatro años de vigencia de esta norma y por tanto vigente todavía hoy en el siglo XXI, estimo que en la actualidad viene a regular de forma bastante ineficaz el orden en que deben colocarse en los actos oficiales las máximas autoridades del Estado, bien los actos se celebren en Madrid como capital del Estado, bien se celebren en territorio de Comunidad Autónoma.

Es un Decreto que ha quedado obsoleto por cuanto existen muchas lagunas ante los numerosos cargos «ex novo» de la actual estructura del Estado, ante los problemas que surgen a diario en cuanto a

la representatividad de una autoridad, en cuanto a la preeminencia de las investiduras electivas o de representación, en cuanto a la figura de la princesa de Asturias, consorte, en cuanto a las cesiones por deferencia o por obligación y, por último, en cuanto a las variaciones que ha sufrido como consecuencia de sentencias judiciales y la supresión de algunas figuras, como por ejemplo la de los Gobernadores Cíviles. Todo ello hace que los profesionales del protocolo asuman riesgos innecesarios en la buena armonía que debe reinar siempre en la organización de cualquier acto.

El siglo XXI, en los ocho años que llevamos de él, no ha producido ninguna norma que afecte a la etiqueta y protocolo digna de ser relevante, ya que el único acuerdo de Consejo de Ministros fue el de suprimir los tratamientos a todos los altos cargos de la Administración General del Estado, pero, como bien digo, es solo un «acuerdo» no es una Ley, un Real Decreto, ni siquiera una Orden ministerial, y además solo afecta a la Administración del Estado, ni siquiera afecta al ámbito judicial ni al autonómico, local y provincial.

Señalar en todo caso, como parte del protocolo, la Ley 57/2003 de Modernización de Administración Local, la llamada Ley de Grandes Ciudades, en la que se establece los tratamientos a los alcaldes y la nueva Ley de Universidades que suprime el tratamiento de «Excelentísimo» a los rectores de universidad, respetándoles el de «Magnífico».

Para finalizar; de aquel protocolo borgoñón entronizado en España a regañadientes por el III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, y sus posteriores adaptaciones en los reinos de los Austrias y de los Borbones, quedan algunos rastros y siguen vigentes algunas ceremonias de especial vistosidad y trascendencia. Véase que continúa vigente la figura del Primer Introdutor de Embajadores, creada por Felipe IV; todo el ceremonial y etiqueta protocolaria de la presentación de cartas credenciales de los nuevos embajadores; la entrada en el Salón del Trono en actos oficiales, que no de Corte, puesto que en la actual monarquía parlamentaria no existe; la etiqueta y ceremonial que hay que guardar en las cenas oficiales de Palacio cuando se ofrecen con motivo de una visita de un Jefe de Estado por primera vez en España; sin mencionar que continúan vigentes los símbolos de la Nación, como son la bandera, con los colores que estableció Carlos III y el Himno Nacional, Marcha Granadera o Marcha Real, que de cualquiera de las tres formas se puede utilizar, también dado por el Rey Carlos III. Subsisten los títulos de Grandes de España y la concesión de la máxima condecoración de «familia», que no de Estado, como es el collar del Toisón de Oro, creado en el siglo XV por Felipe II el Bueno, y que hasta 1985 fue otorgado exclusivamente a caballeros.

Como es evidente, vestigios del protocolo borgoñón todavía quedan en la España del siglo XXI.

ENTRE EL FERVOR RELIGIOSO Y EL ARDOR GUERRERO: LA VIDA DEL CAPITÁN CRISTÓBAL DE CASTRO (1545-1585)

FÉLIX A. FERRER GARCÍA
Centro Asociado de la UNED en Ávila
IES Isabel de Castilla

La concepción patrimonial y el inflamado ímpetu religioso de Carlos V y Felipe II, en el marco de la compleja política exterior del siglo XVI, alejada de los planteamientos hispánicos, provocarán la presencia de las tropas castellanas en numerosos campos de batalla europeos. En los dos reinados, padre e hijo contemplaron la creciente hostilidad internacional, bien por factores estratégicos, bien por un no disimulado afán imperialista, sin olvidar algunos elementos ideológicos, pues ambos monarcas se implantaron como defensores de la cristiandad. En este contexto, el principal foco de tensiones surge entre los años 1564 y 1566 en los Países Bajos, donde los ideales nacionalistas se mezclaron con las consecuencias de la política religiosa dirigida por Felipe II.

Tras los desórdenes de 1566, la pacificación coercitiva del duque de Alba pareció alcanzar algún objetivo, pero, a corto plazo, tanto la política impositiva como los frecuentes motines de un ejército escasamente remunerado imposibilitaron el apaciguamiento de las hostilidades. Ahora no es preciso profundizar demasiado en esta cuestión. En palabras de William S. Maltby, la actuación del duque de Alba «representó una tragedia personal sin paliativos y, aún más grave, un desastre del cual España no se recuperaría nunca del todo»¹. Al margen de la creación de una infraestructura militar sumamente compleja tanto en Italia como en Flandes, la propaganda monárquica insistía en asimilar las victorias bélicas con los triunfos espirituales, la represión implacable con la obligación del rey de mantener la fe católica y, por último, la vida de algunos soldados con la recuperación de las santas reliquias dispersas por esos territorios nortños proclives a la herejía. En ocasiones, el prestigio militar, o la heroicidad del soldado, se expresaba no tanto por las conquistas territoriales, el número de muertos o las oportunidades de supervivencia como por las posesiones simbólicas que se alcanzaban precisamente en unos instantes en que la soldadesca se caracterizaba por su inmoralidad y corrupción (deudas, juegos, malas mujeres, etc.).

¹ MALTBY, W. S., *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Girona, 2007, p. 226.

Los Tercios de Flandes, en la segunda mitad del siglo XVI, almacenaban esos tesoros investidos de una aureola sagrada, propagandística y supersticiosa. Don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, gobernador y capitán general *dictionum Inferioris Germaniae patrimonialium* de Felipe II recibió del obispo de Leiden (*Leyden*) unas reliquias trasladadas a la Península por el propio duque². A pesar de no tomar la ciudad en 1571, las tropas españolas consiguieron unos valiosos huesos, un maxilar y un diente, del diácono zaragozano Vicente, donados previamente por el abad del monasterio de Santiago del enclave flamenco donde, desde hacía décadas, se «habían mantenido y guardado en el mismo monasterio con cuidado y celebrado honor y reverencia». En el mismo año, el cardenal Alejandrino, legado del papa Pío V, confirmó al rey la entrega de unos restos de las Once Mil Virgenes (*Undecim Millium Virginum*), concediendo durante tres años indulgencias *pro remedio anime*³. En ese marco de polarización religiosa derivada del Concilio de Trento, las ocupaciones militares de Álvarez de Toledo se confundían en muchas ocasiones con la recuperación de reliquias en las ciudades flamencas inclinadas hacia la revuelta iconoclasta. Hombre de estado, militar forjado en numerosas batallas, individuo impregnado de gustos palaciegos y artísticos procedentes de Italia, el III duque de Alba eliminó cualquier tipo de disidencia religiosa, vaciando iglesias y monasterios de cualquier recuerdo santo que pudiera caer en manos de los herejes. Una desertización del relicario flamenco que, por otra parte, obsesionó al monarca Felipe II, de manera que en los años setenta un buen número de reliquias son conquistadas por el duque de Alba y el capitán Alfonso de Sotomayor en Bruselas, Colonia y en la antigua *Augusta Vindelicorum* (Augsburgo). Al menos tres de las codiciadas piezas llegaron a Alba de Tormes en el día 17 de junio de 1574. Se buscaban con afán los restos de los mártires de la Legión Tebana para enviarlos desde Colonia a la condesa de Uceda⁴. O se hacían prospecciones arqueológicas para localizar los huesos santos en las catacumbas romanas de San Calixto, localizándose en 1594 el cuerpo integro de san Vidal (*Vitalis*), concedido por el papa al obispo de Cartagena, Sancho Dávila y Toledo, a instancia de su primo el embajador en Roma y gran duque de Toscana⁵.

Años después se incorporarán al relicario urbano abulense dos cabezas pertenecientes a los santos de la Legión Tebana de san Mauricio, víctimas en las Galias de las persecuciones del emperador Maximiano, y el fragmento de un largo hueso de una de las Once Mil Virgenes, aquellas que sufrieron los tormentos por los hunos en el siglo V, representadas particularmente por la princesa Úrsula. La transcripción de un par de pergaminos procedentes de la casa parroquial de la basilica de Ávila permite despejar algunos interrogantes⁶. Unas intervenciones de Gonzalo de Henao, mayordomo de artillería, y Gonzalo Guerra de Vega, contador en Flandes del rey Felipe III, en nombre de doña Juana de Lunar, azafata de la infanta, permitieron la llegada a la ciudad castellana de los restos tebanos y otros con autorización de Wilhemus Aberencastelet, obispo de Tréveris y decano de la colegiata de San Pablo. El notario Liberto Melyn dio fe en 1609 de la cesión de unas piezas mayores y menores

² Archivo Catedralicio de Ávila (ACAv). Pergaminos. Doc. n.º 158. Perg., 150 x 180, sello de cera roja. *Carta del obispo G. de Groisbeeck, de la diócesis de Leiden, donando unas reliquias de san Vicente al duque de Alba don Fernando Álvarez de Toledo* (1570, agosto, 30. Leyden). Véase Apéndice Documental. Doc. 1.

³ ACAv. Pergaminos. Doc. n.º 160. Perg., 260 x 380 (1571, octubre, 21. Madrid). A finales del siglo XV se produce la lectura errónea de la abreviatura *XI M V*, «once mártires y virgenes». La leyenda quedaba tardíamente confirmada tras el descubrimiento en 1155, en Colonia, de una gran cantidad de osamentas atribuidas a Úrsula y sus compañeras. Vid. Tervarent, G. de, *La légende de Sainte Ursule dans la littérature et dans l'art du Moyen Âge*, Paris, 1930.

⁴ ACAv. Pergaminos. Doc. n.º 169. Perg., 425 x 575. *Informe sobre las reliquias de los mártires de la Legión Tebana enviadas a la duquesa de Uceda* (1601, mayo, 28. Colonia). En efecto, esas reliquias de los compañeros de san Mauricio fueron entregadas en Colonia a don Luis de Peñaranda, comisionado por Felipe III para entregar algunas de ellas a la condesa de Uceda, doña Leonor de Guzmán, en ese año camarera de Isabel Clara Eugenia.

⁵ ACAv. Pergaminos. Doc. n.º 167 (1594, diciembre, 12. Roma). Perg., s. XVI, 360 x 485, sello de cera roja en caja dorada.

⁶ Véase Apéndice Documental. Docs. 2 y 3.

de las Once Mil Vírgenes, además de unos restos cortados en una sesión celebrada el 5 de septiembre de los santos Ambrosio y Gregorio, depositados hasta ese momento en el monasterio del Huerto de Wesalia, *monasterium sancti moniarum Horti Beatae Marie Virginis, in ciuitate Wesaliensi, ducatus Cluaniac* [in Ducatus Clivensi], cuya abadesa era Cunegunda de Rhee. En 1611 se entregaron las otras reliquias, las cabezas de los tebanos, si bien en el pergamino en cuestión se mencionan *unum caput et duo ossa ex societate sanctorum thebanorum...*

Así pues, las hazañas militares de los Tercios compaginaban, durante los reinados de Felipe II y Felipe III, el rigor monárquico por el control de un inestable territorio y la incesante apropiación de restos variados para un coleccionismo mortuorio y piadoso que tendrá su máxima expresión en las entregas que entre los años 1572 y 1598 se registran en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, piezas que tras recorrer Italia, Flandes y Alemania llegaban autenticadas al centro imperial para rellenar urnas, relicarios, envoltorios plateados y cofres con más de siete mil restos, doce cuerpos completos, ciento cuarenta y cuatro cabezas y más de trescientas extremidades enteras. Recuérdese, en este sentido, cómo la preocupación de Felipe II por esqueletos, fragmentos óseos, vestiduras santas, objetos litúrgicos y otros le impulsó a incluir en las «Relaciones topográficas» (1575) una pregunta específica al respecto⁷.

En este ambiente bélico y religioso se inserta la vida del abulense Cristóbal de Castro, capitán en los estados de Flandes y participe en algunas campañas militares en el sur de Italia. Su biografía es conocida tanto por un testamento como por un codicillo redactados y firmados ante dos notarios en los años 1583 y 1584 respectivamente: también por algunas notificaciones ante el corregidor⁸. Nacido en Ávila en 1545 y bautizado un viernes, trece de mayo, Cristóbal de Castro era hijo de Pedro de Castro y Juana Castillo⁹. Buena parte de su familia pertenecía a la feligresía de la basílica de San Vicente, estableciéndose así un enlace piadoso y otro más material al firmar algunos de sus miembros censos perpetuos sobre casas y solares en el centro de la ciudad intramuros. De hecho, los padres de Cristóbal vivían desde hacía años en unas casas de la calle del Lomo, pagando anualmente al cura y beneficiados de la parroquia 60 maravedís¹⁰. El futuro soldado era el hermano menor, mientras que su hermana María contrajo matrimonio con Martín Vázquez Dávila y Alonso de Castro se convirtió en un clérigo que, como tantos otros, poseía algunos solares enfiteúticos en la Rúa de los Zapateros, unas casas, un pajar y una caballeriza, pagando a los comunes del templo de los Santos Mártires 97 mrs. anuales¹¹.

Hacia 1565, año más, año menos, Cristóbal de Castro decide alistarse como recluta «bisoño» en los Tercios, dirigiéndose tres años después al norte de Nápoles, a la compañía del virrey que en esos momentos se alojaba en Aversa, en la actual provincia de Caserta. Pocos meses más tarde se traslada a Sicilia bajo el mando de Julián Romero, siendo movilizado en 1572 a Flandes, donde la guerra se había recrudecido y los índices de mortalidad y desertión de los soldados se incrementaban notablemente.

⁷ SALOMON, N., *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*, Barcelona, 1973. Sobre la apropiación de las reliquias abulenses tras el Concilio de Trento, véase el texto del capítulo «El relicario de la periferia urbana», en FERRER GARCÍA, F. A., *La invención de la iglesia de San Segundo. Cofrades y friles abulenses en los siglos XVI y XVII*, Ávila, 2006, pp. 155-163.

⁸ Archivo Diocesano de Ávila. San Vicente (ADAv. SV.), Caja 13, 141/4/1C. Doc. n.º 51 (1585, marzo, 29 / 1586, enero, 28. Ávila). Pap., 222 x 310, 10 fols.

⁹ ADAv. SV. *Libro de los bautizados desta iglesia de San Vicente de Ávila desde el año 1502*, fol. 8r. Doc. n.º 1, 141/1/1, 155 fols., gran parte de ellos deteriorados y desordenados cronológicamente.

¹⁰ ADAv. SV. Caja 4, 141/3/2A. Doc. n.º 35 (1528, diciembre, 30. Ávila). Pap., 220 x 330, 13 fols.

¹¹ ADAv. SV. Doc. n.º 20 A, 141/1/2. *Libro inventario de escrituras, censos y dotaciones de la fábrica y comunes de la iglesia parroquial de San Vicente de Ávila. Años 1580-1624*, fols. 172 y 173. Códice encuadernado en pergamino con refuerzos, 302 fols. + 1 en blanco, num., faltando algunos, 220 x 315.

Partiendo de la isla hacia Génova, al igual que el resto de los infantes, utilizó uno de los corredores del Franco-Condado para arribar a los Países Bajos españoles. Sin embargo, en Amberes, Castro, ya como capitán tras unos ocho años como soldado, presenciò durante más de cuarenta días uno de los numerosos motines de los tercios por la tardanza de las soldadas, un descontento generalizado que, como señala G. Parker¹², repercutía directamente en la efectividad militar del ejército.

Mientras tanto, el capitán viaja ocasionalmente a Castilla, documentándose algunas cortas estancias en Madrid y Ávila en el año 1583, aprovechando esos momentos para redactar un primer testamento en la capital del reino, ante el notario Piña, y un codicillo en su lugar natal ante el escribano Vicente del Hierro. Fallecidos ya sus padres, cuando Castro llega a la casa familiar conoce la reciente muerte de su hermano el clérigo Alonso, mientras que algunos parientes cercanos habían contraído matrimonio o profesado en alguna orden religiosa. Catalina de Castro, por ejemplo, entró en el monasterio cisterciense de Santa Ana con una dote de once fanegas mediadas de trigo y centeno por un molino de una rueda en el lugar de Berrocalejo¹³. En la escribanía abulense el capitán estuvo rodeado de algunos parientes y conocidos como Francisco de Castro, Ana de Niebla, Isabel Álvarez, Matías de Labatierra y Bartolomé Sánchez, vecino este último de la villa de Cebberos.

Aparentemente ferviente católico y soldado disciplinado, como era natural, temiéndose de la muerte y creyendo en todo lo que confiesa la Iglesia, el capitán Castro encomendaba su alma a Dios, ordenaba ser sepultado en la iglesia de San Vicente con las exequias correspondientes y nombraba como herederos y testamentarios a su hermana María de Castro y al licenciado Alonso Orejón. Poco después se trasladó a su guarnición en Brabante, dirigida unos años antes por el abulense Sancho Dávila, el «rayo de la guerra», y desde comienzos de 1585 por Cristóbal de Mondragón. Revocando un documento notarial anterior, a finales del año 1584 había redactado un nuevo codicillo que fue entregado al capitán Martín de Villalba, de manera que, aunque apenas se modificaban las cláusulas testamentarias iniciales, sus albaceas se comprometerían a asumir algunas condiciones desconocidas para los familiares cercanos del capitán. A mediados de enero de 1585 muere Cristóbal de Castro «en un casar, siendo capitán de Su Majestad», cuando «le sobrevino una enfermedad de que murió». El capitán Villalba, de unos treinta años, localizó el cadáver, «y el mismo día que falleció fue a su posada e alló muerto al dicho Cristóbal de Castro, e que aquel día se había enterrado e sus bienes estaban en poder de sus testamentarios... e se probeyó su compañía por su muerte, y esto fue público e notorio».

A los pocos días, Francisco Guilladas, residente en Flandes, redacta una carta dirigida al licenciado Orejón para notificar el fallecimiento de Castro y confirmar que el capitán Juan del Águila había quedado como testamentario del difunto. Asimismo anuncia a los familiares la próxima llegada del capitán Martín de Villalba con una póliza testamentaria y un sobre para María de Castro con 260 escudos, 3 doblones y 40 reales. «E así por esta horden vino a cobrar la dicha María de Castro los dichos dineros».

En vida, el capitán Cristóbal de Castro había cumplido con la disciplina, participado en los juegos y empeñado su hacienda con numerosas deudas, alternando probablemente con algunas prostitutas que acompañaban a los militares. Sorprendidos por la repentina muerte del capitán y asombrados al mismo tiempo por la llegada de Martín de Villalba, sus familiares encargaron aniversarios por el alma de Cristóbal, se ilusionaron con los 4.620 reales entregados, supieron acerca de una pequeña heredad en el término de Berrocalejo de Aragón e ignoraron, de momento, las numerosas disposiciones testamentarias redactadas en Amberes aproximadamente un año antes. Obedientes, los albaceas

¹² PARKER, G. *La gran estrategia de Felipe II*, Madrid, 1998, pp. 205-251.

¹³ ADAV. SV. Caja 11. 141/4/1A. Leg. 40. Doc. 40 F (1580, agosto, 23. Ávila). Pap., 215 x 320, 4 fols.

encomendaron al cura rector de San Vicente, José de Villadiego Aceituno, y al mayordomo José de Valderas una memoria perpetua por el difunto, por sus padres y otros parientes, «donde están enterrados y fueron enterrados para que los señores cura y beneficiados que son e por tiempo fueren digan las misas perpetuamente, cantadas o rezadas, con vísperas e vigilijs que se pudieren hacer».

Ante el escribano público, el 28 de enero de 1586, unos meses después de la certidumbre del deceso del capitán («había muerto en el campo sobre Enberes, en los estados de Flandes...»), los familiares del difunto y algunos vecinos de la ciudad conocieron los escasos recursos heredados, cómo las numerosas deudas del capitán habían diezmado los dineros entregados a su hermana María y, por último, cómo los aniversarios, responsos y vigilijs quedaban anulados en la parroquia de los Santos Mártires Vicente, Sabina y Cristeta. «Y por dexas tantas deudas como el dicho señor Cristóbal de Castro declara con otras muchas que an salido e salen y se van pagando y cumpliendo, de que se entiende que aún no abrá bienes para acabar de pagar las deudas e los sacrificios e misas que por ánima se dijeron en la yglesia de San Vicente de Ávila luego que se supo de su muerte».

Pausadamente, ante los testamentarios, parientes y testigos el escribano público Vicente del Hierro, con autorización del corregidor Melchor Pérez de Torres, fue enumerando algunas disposiciones del capitán de los Tercios. De paso, se fueron conociendo algunos detalles biográficos de Cristóbal de Castro, sus deberes como soldado, sus anhelos por recibir sepultura en su ciudad natal, su buena disposición para los numerosos familiares, hermana, cuñado, tíos, primos y sobrinas, la piadosa actitud por crear una memoria y realizar algunos donativos para obras pías, pero, al mismo tiempo, meridianamente entendieron los deudos acerca de una vida un tanto desordenada a lo largo de los últimos veinte años, lo que impidió cumplir con las cláusulas testamentarias ante cierto estupor de los parientes y una no disimulada indignación del mayordomo de la parroquia abulense, tal vez justificando la parentela la dura vida del militar, su férrea disciplina, la miseria de la guerra en los combates abiertos, las deserciones abundantes, las hambrunas y los retrasos en los pagamientos e ignorando, a lo mejor, los abusos que los oficiales ejercían sobre la soldadesca.

Por un préstamo contraído en Sicilia en el año 1568, posiblemente por juegos y otros placeres mundanos, los albaceas tuvieron que enviar a Pedro de la Cruz, en el reino de Nápoles, 410 reales, además de otros setenta para algunos soldados de la guarnición, restituyendo además 1.070 reales castellanos «o su valor en moneda de aquel reyno» al fuerte siciliano de Avola, en la costa jónica al sur de Siracusa. Consciente en los últimos meses de su vida de las numerosas obligaciones sobre algunos compañeros de armas, en Flandes algunos, otros ya fallecidos tras su retiro, Castro decidió pagar cierta cantidad de dinero a los hijos de Cristóbal Velázquez, vecino de Vivar del Cid, y 65 ducados y 11 reales a la familia del soldado Ambrosio Hernández. Para cumplir esta manda alguien se tendría que trasladar a Briviesca. Fueron frecuentes los préstamos recibidos «en armas y dinero», de manera que tendrían que abonarse 200 reales al capitán Alonso de Barrionuevo, 500 al capitán Pedro González de Valderrábano y 600 al capitán Nuño Orejón, este último de cuarenta y seis años y feligrés de San Vicente de Ávila. Un tal Nicolás de Escobar recibió 1.100 reales. Para la familia de Castro las reclamaciones por deudas se iban acumulando, mientras que aunque se intentaron cobrar 152 ducados al alférez Maldonado por un préstamo realizado por el capitán no parece que los reales contantes y sonantes revertieran a la familia.

Inmerso en el ambiente piadoso de la segunda mitad del siglo XVI, consciente del valor de donativos para las instituciones eclesiásticas en la búsqueda de un alivio espiritual, Cristóbal de Castro cuidó particularmente en su testamento ofrecer aniversarios, responsos y funerales por sus compañeros y familiares: «por consejo de algunos teólogos» legaba 100 reales para obras pías, 400 reales por el alma de Antón Alonso de Quiñones y 92 por la de Alonso de Real, otorgando asimismo 900 reales para misas de aniversario por otros difuntos. Una vez pagadas las deudas, descontadas las datas y

deslindadas unas tierras en el término de Berrocalejo de Aragona, los bienes sobrantes fueron dejados a María de Castro, hermana del capitán, y al licenciado Alonso Orejón. «a los quales doy todo mi poder cumplido para que entren e tomen todos mis bienes y los vendan e rematen e cumplan este mi testamento». Ambos tendrían que administrar y repartir entre el resto de los allegados unos reales que se habían evaporado tras las azarosas cláusulas testamentarias del soldado de Flandes, distribuyendo la hacienda y los dineros restantes («que por ser tan pocos como parecerá por el ynbentario que dellos se comenzó a hazer») entre sus sobrinos Diego Vázquez, fraile carmelita calzado, y Francisco Vázquez, ambos hijos del primer matrimonio entre María de Castro y Martín Vázquez Dávila, y entre sus sobrinas menores, María y Sabina, hijas a su vez de la hermana del capitán y del licenciado Alonso Orejón.

En todo este proceso, la contabilidad procedente de las cláusulas testamentarias de Cristóbal de Castro acarreó una desfavorable situación para sus albaceas y familiares, «lo qual todo dixerón que declarauan y declararon y acordauan y acordaron, mandauan y mandaron que se guarde y cumpla para agora y en todo tiempo, usaron como dijeron que usauan del poder y comisión que por el dicho testamento del dicho señor capitán Cristóbal de Castro tienen, y en la mexor forma e manera que podían y de derecho lugar ouiere». Por un lado, parece que cumplieron, con las lógicas presiones y tensiones, los pagos por deudas, unas por armas, otras «por cierto resto de quenta», otras genéricas o innominadas. Por otro, del cargo recibido en un sobre por María de Castro, 4.620 reales, la data final ascendió a 6.170 reales, endeudándose los parientes precisamente en unos momentos históricos en que se iniciaba una profunda radicalización de la crisis económica castellana, acelerada en el último periodo por la huida de los hombres hacia los frentes de batalla europeos o hacia las aventuradas tierras americanas.

Unos años más tarde, en 1591, un pleito se dirime entre doña Mariana Daza del Peso y los clérigos de San Vicente acerca de la cuarta parte de la propiedad de Berrocalejo de Aragona y una deuda acumulada de 1.500 maravedís por la herencia del capitán Cristóbal de Castro, pleito resuelto favorablemente para los comunes de la basilica. De hecho, tanto en a mediados del siglo XVII como en 1717 algunos documentos parroquiales reseñan los apeos y deslindes de la propiedad rústica ubicada en el paraje de Zapatera¹⁴.

Esperando una rápida salvación de su alma, el capitán Cristóbal de Castro, como tantos otros soldados que llegaron a firmar algún testamento, confió en sus albaceas para la contratación de actos funerarios, exequias, aniversarios y cabos de año, redundando tanto en el alma del muerto como en la economía parroquial. Al mismo tiempo, compartiendo la mentalidad necrolátrica de la época, encargó en sus estipulaciones algunas misas para sus parientes más cercanos, pues, como en un mercado espiritual, la amplia oferta de sufragios reseñada por Alejo Venegas enumeraba las misas, indulgencias, oraciones, limosnas, hachas sobre las sepulturas, donaciones a los sacerdotes y otros medios para alcanzar la salvación eterna, haciendo constar el valor superior de la misa individual, «la missa dicha por uno o por pocos aprouecha más a uno o a pocos que si se dixesse por muchos, porque el fructo limitado repartido por muchos menos cubra a cada uno que si se dixera por uno a quien por entero todo el mérito le cupiere»¹⁵. De ahí el estricto control parroquial

¹⁴ ADAV. SV. Caja 1, 141/3/1A. Doc. n.º 9 (s/f. ¿1653?). *Apeo y deslindes de las heredades de los comunes de San Vicente en el término de Berrocalejo de Aragona, por la dotación del capitán Cristóbal de Castro*. Pap., 220 x 315, 6 fols. Caja 2, 141/3/1B. Doc. n.º 42 (1717, septiembre, 20. Ávila). *Relación de documentos entregados por Francisco de Barreda al archivo de la iglesia de San Vicente de Ávila (Berrocalejo de Aragona. Deslinde de las heredades que los comunes tienen en dicho término, con el testamento y liquidación de tierras del capitán Cristóbal de Castro)*. Pap., 220 x 315, 10 fols.

¹⁵ VENEGAS, A., *Agonía del tránsito de la muerte, con los auisos y consuelos que cerca della son prouechosus*, Toledo, 1553, fols. 104-105.

sobre estos asuntos fúnebres, incrementándose en apenas cincuenta años el precio de los aniversarios y funerales, dentro de un proceso inflacionista generalizado, similar al de los precios de los granos, pasando la misa de los cuatro reales de mediados del siglo XVI a los ocho en la década de los ochenta.

De esta manera, la extensión de las prácticas testamentarias repercutía positivamente sobre las economías parroquiales, dedicándose los ingresos percibidos tanto al cura rector y a los beneficiados, a la mayordomía de la fábrica y a las numerosas capellanías asentadas en el interior de los templos castellanos. «Misas perpetuas, redención garantizada; un dinero bien colocado, sin duda»¹⁶. O no tan bien, pues la generación de tantos pleitos y litigios pesaba demasiado sobre algunas actuaciones vecinales y clericales. En algunos casos, el prestigio social del difunto no estaba acompañado por las circunstancias materiales de su vida pasada reflejadas habitualmente en el testamento. Mucho menos el fallecido podía prever el peso económico de sus donativos, las situaciones un tanto adversas de la economía, las rivalidades familiares y eclesiásticas y, sobre todo, los desajustes monetarios que suponían una reducción de las misas cantadas, aparte del consciente e intencionado agravamiento económico de la familia al tener que asumir las obligaciones impuestas por el difunto. Las memorias funerarias no eran independientes de la situación material y monetaria ni de los problemas jurídicos de la época, ni siquiera permanecían al margen de la gestión directa o indirecta de los patronos de las fundaciones, ni de la mentalidad militar o de los duros avatares de una vida dedicada a las acciones bélicas. Por estas razones, las capellanías, obras pías, aniversarios, etc., cuando se articulaban sobre bienes agrarios y urbanos o sobre una comprometida biografía permiten ahora vislumbrar la evolución de la coyuntura económica en un espacio determinado y, al mismo tiempo, observar la conflictividad existente entre las distintas instituciones eclesiales del obispado abulense. Por otra parte, las turbulencias jurídicas desatadas por algunas cláusulas testamentarias provocaban una desavenencia entre los albaceas y los curas que, en buena parte de los casos, se resolvía en detrimento del alma inmortal.

Así pues, eran frecuentes algunas anomalías relacionadas con las fundaciones de memorias funerarias en la parroquia de los santos mártires. A diferencia de otros vecinos, el capitán Cristóbal de Castro, con una existencia marcada por las armas y las deudas, deseó ser enterrado y recordado perpetuamente en la basílica de San Vicente, pero —como se ha visto— su agitada biografía impidió honrar dignamente al capitán tal y como éste, en vida, había deseado.

Al final, independientemente de los onerosos gastos que tuvo que afrontar la monarquía española en las tres últimas décadas del siglo XVI para mantener la flota, las fortalezas y un ejército de sesenta y cinco mil hombres, poco a poco se fue consolidando una imagen literaria del soldado de los Tercios de Flandes. Una imagen que superaba incontables desafíos, utilizaba honrosamente la espada y respetaba el honor de las damas. Genio y figura hasta la sepultura, el soldado añoraba su vida aventurera cuando regresaba a su lugar natal. En otros casos, como Cristóbal de Castro, su historia finalizaba en una fosa en algún campo cercano al fortín de Amberes, acaso recordado por sus compañeros de armas y familiares por medio de esos versos que escribirá unos años más tarde Calderón de la Barca dedicados al soldado de los Tercios: «Aquí la necesidad / no es infamia; y si es honrado, / pobre y desnudo un soldado / tiene mejor cualidad / que el más galán y lucido; / porque aquí a lo que sospecho / no adorna el vestido el pecho, / que el pecho adorna al vestido» (vv. 13-20).

¹⁶ RÓDENAS VILLAR, R., *Vida cotidiana y negocio en la Segovia del Siglo de Oro. El mercader Juan de Cuéllar*, Salamanca, 1990, p. 194.

I. APÉNDICE DOCUMENTAL

1.1. 1570, AGOSTO, 30. LEIDEN

Archivo Catedralicio de Ávila. Doc. n.º 158. Pergamino, s. XVI, 150 x 180; latín, sello de cera roja.

Carta del obispo Gerardo de Groisbeeck, de la diócesis de Leiden, donando unas reliquias de san Vicente al duque de Alba don Fernando Álvarez de Toledo.

GERARDUS A GROISBEECK

Dei et apostolicae sedis gratia Episcopus Leodiensis, Dux Bullonensis, Comes Lostensis, etc. Vniuersis Christi fidelibus, has nostras literas inspecturis aut legi audituris salutem in Domino sempiternam. Cum R[everen]dus in Christo nobis fuerit dilectus D[omi]nus Hermanus Raue Abbas monasterij Sancti Iacobi ciuitatis nostre Leodiensis, de Conuentus sui consensu Nobis partem ossis maxillaris et dentem Sancti Vincentij Martyris, quae longissimo atq[ue] immemoriali tempore in eodem Monasterio acurate et cum celebri honore et reuerentia habita atq[ue] asservata fuerant, donauerit. Nos tam insigne et preciosum munus ingenti cum gaudio accipientes, partem ossis maxillaris et dentem supradicta in hac capsula has etiam nostras literas includente quanta maxima potuimus cum reuerentia collocauimus atque ad Illustrissimum et Excellentissimum D[uce]m D. Ferdinandus Aluarez de Toledo, Ducem de Alua, Marchionem de Coria, Comitem de Saluaterra et pro Serenissimo Philippo eius nominis Secundo Hispaniarum et Rege Catholico eiusdem Regis ditionum Inferioris Germaniae patrimonialium. Locum tenentem gubernatorum et capitaneum generalem dono misimus. In quorum fidem ac testimonium has nostras literas nostra subscriptas manu sigili nostri muniti secreti apprehensione communiri curauimus. Datum in dicta nostra Ciuitate Leodiensi, Anno a Natiuitate Domini Nostri Millesimo Quincentesimo septuagesimo, mensi Augusti, die tricesima.

Gerardus Ep[iscopu]s Leodiensis [rúbrica]

1.2. 1609, SEPTIEMBRE, 5 / 1618, SEPTIEMBRE, 5. WESALIAE

Archivo Parroquial de San Vicente (Casa Parroquial). Pergamino, s. XVII, 280 x 300; latín, sello de papel sobre cera verde.

Copia auténtica del notario Liberto Melyn sobre la donación de la abadesa del monasterio del Huerto, Wesalia, a Gonzalo de Henao de algunas reliquias de san Ambrosio, san Gregorio y las Once Mil Vírgenes. Confirmación de la donación a doña Juana Lunar.

Nos Cunnegunda de Rhee monasteri sancti moniarum Horti beatae Marie Virginis, in ciuitate Wesaliensi, ducatus Cluniaec, professa et moderatrix et frater Hermannus Wielich, confessarius et superintendens praedicti monasterii uniuersis et singulis presentes lecturis aut legi audituris salutem et spiritus sancti consolationem precamur nootumque facimus qualiter nobilis ac virtute praeditus deustusque Virgo incalus de Henia, natione hispanus, praefectus tormentorum ciuitatis Rhinberbensis pro catholica maiestate, serenissimis archiducibus Alberto et Isabella, maxima qua erga sanctorum sacra ueneranda pignora deuotione ferebatur, variis preuiis piis requisitionibus nobis factis impeliuit et obtinuit sequentes venerandas diorum reliquias uidelicet circulum instar solis circum ornatum particulisque in nominatorum reliquiarum de soliditate undecim millium virginum affixis in cuius medio duo

parua ossa alterum de sancto Ambrosio, alterum vero de s. Gregorio continentur quas omnes sacras reliquias ultra hominum memoriam in sacrario dicti conuentus hac tenus debito honore conseruatas et cultas ialesque ut hic premominantur reputatas prefato domino in satisfactionem suae deuotionis libere et graciosae donauimus et realiter consignauimus, in cuius ressidem eis presentibus manu aliena scriptos ego prenomatus frater Hermanus subscripsi et amb prae sigillo dicti conuentus communiuimus. Datis Wesaliae Cluorum ipsi die sancti Andae episcopi et martyris. Anno Virginei partus millesimo sexcentesimo nono, sub signatum Hermanus Wielich manu propria et sigillatum predicto sigillo.

Concordatus suo originale pro me, Libertus Melyn, notarius. [rúbrica]

En esta villa de Brusselas, a cinco días deste presente mes de setiembre de mill y seiscientos y diez y ocho años, ante mí, el señor Gonzalo de Henia [sic], thenedor de bastimentos y mayordomo de artillería en la ciudad de Rimberge, a quien yo, el dicho notario doy fe y conosco, y dixo que por la mucha deuoción de la señora doña Juana Lunar, de la cámara de la serenísima infanta, y su acafata, y que tiene y tendrá las santas reliquias con la ueneración y decencia necesarias, la hazía y haze donación de las pieças mayores y menores de las Onze Mill Vírgenes y de unas partículas de santo Ambrosio y san Gregorio, que se cortaron de mayores en presencia de mí, el dicho escriuano, que dello doy fe, que se acusan en la escritura de donación, cuyo traslado es el de arriua, bien y fielmente sacado de su original, fecho, firmado y sellado como en conformidad se contiene para sí y sus sucesores para siempre jamás, con todos los requisitos necesarios en conformidad y según ley del santo consilio. Y para que conste dello en todo y parezca assí, otorgo la presente escritura de donación en la manera que dicha es, ante mí, el dicho notario y escribano público, y lo firmo de mi nombre, siendo testigos Miguel de Horruas y Pedro Guerra, presentes en esta corte. De que yo, el dicho notario y escriuano público doy fe y lo firmé de mi nombre y puse aquí mi signo notarial acostumbrado.

En testimonio de verdad, Liberto Melyn, notario [rúbrica]. Gonzalo de Henia [rúbrica]

I. 3. 1611, OCTUBRE / 1614, ABRIL, 14. TRÉVERIS-BRUSELAS

Archivo Parroquial de San Vicente (Casa Parroquial). Pergamino, siglo XVII, 2 hoj. in fol., escrito solo en una; sello de cera verde pendiente (antes pendiente de cordón blanco y rojo).

Copia auténtica del notario Liberto Melyn de la donación hecha por el deán de S. Paulino de Tréveris de la cabeza y huesos de los mártires de la Legión Tebea, con atestación del mismo escribano realizada a Juana de Lunar en Bruselas.

Nos Wilchemus Aberencastelet et caeteri capitulares collegiatae ecclesiae St. Paulini episcopi treuerensis, fidem facimus et presentibus attestamus qua tenus ad instantiam Rd. D. Johannis Ablier, ecclesiae metropolitanae coloniensis vicarii, ex parte nobilis et magister Gonsali Guerra de la Vega, deuotionis pietatisque agenda et iurandae causa beneuole dono debbimus unum caput et duo ossa ex societate sanctorum thebanorum in dicta ciuitate Treuerenga pro Christi Dei, nomine martyrio coronatum, quae reliquiae in dicta [roto] ecclesia moderno tempore, sancto Paulino episcopo, olim vero sanctae genitrici Mariae et martyribus thebais dedicata ab immemorabili tempore a nostris praedecessoribus conseruatae, pro talibus ut supra uere habitae sincere ueneratae et cultae fuerunt, imperantes imo procerto habentes, quod dictus D. Gonsalus Guerra de la Vega, secundum suam singularem pietatem et deuotionem quam illum erga sacras reliquias habere inteliximus, easdem ad huiusmodi quam hactenus habitae fuerunt, asseruabuntur et habebuntur, in quorum fidem et testimonium presentes sigillo nostri capituli communi et dicti Rd. D. Decani manus subscriptione

corrobari curauimus. Datum in ecclesia sancti Paulini predicta, anno Incarnationis Dominicae millesimo sexcentesimo undecimo, mensis octobris. Aggi firmado Wilhelmus Berncastel S. Paulini decanus, y sellado con el dicho sello pendiente de cera verde en cordón blanco y roxo.

En esta villa de Brusselas, a veinte y nueue días deste presente mes de abril de mill y seiscientos y catorce años, ante mí Liberto Melyn, notario y escriuano público de los serenísimos archiduques nuestros señores y príncipes, y en presencia de los testigos yusoescritos, pareció presente el señor Gonçalo Guerra de la Vega, contador del ejército de su magestad en estos estados de Flandes, a quien yo el dicho notario doy fee que conosco, y dixo y otorgó que por la mucha deuoción de la señora doña Juana de Lunar, azafata de la serenísima infanta nuestra señora, y que tiene y tendrá las santas reliquias con la reuerencia y decencia necessaria, lo hazia y haze donación de la caueza que en el priuilegio, cuyo traslado es el de arriba bien y fielmente sacado de su original y concordante del verbo ad verbum, se acusa para sí y sus sucesores, para siempre jamás, con todos los requisitos necesarios, en conformidad y según ley del santo consilio y para su validación y para que en todo tiempo conste dello y parezca así [v] lo firmó de su nombre juntamente conmigo el dicho escriuano, y selló con el sello de sus armas, siendo dello presentes por testigos el sargento mayor Bartolomé, freyre de Andrada, Thoriuio de la Torre y Antonio Borriol, estantes al presente en esta corte. Passó ante mí el dicho notario y escriuano público, residente en esta dicha corte, que presente fuy en uno con dichos testigos y otorgante a lo que dicho es, en fe dello lo firmé de mi nombre y puse aquí mi signo notarial acostumbrado atal.

En testimonio de verdad, Liberto Melyn, notario. *[rúbrica]*.

Nos los burgomaestres, esclauines y consejo de la villa de Brusselas, del ducado de Brabante, en los estados de Flandes, damos fe y certificamos que Liberto Melyn, nuestro vezino, ante quien se otorgó y de quien va firmada la escritura de donación atrás escrita y contenida, es notario y escriuano público fiel, legal, auténtico y de toda confianza en su officio, a cuyos autos, escrituras y firmas se ha dado siempre y çe da entera fe y crédito en juyzio y fuera del, y para que conste dello mandamos refrendar la presente del su transcripto nuestro secretario jurado y çellar con el çello çecreto de la dicha villa, que es fecha en ella a veinte y nueue días del mes de abril de mill y çeiscientos y catorce años. *[rúbrica]*.

IMÁGENES CONTEMPORÁNEAS DEL DUQUE DE ALBA Y LA CAMPAÑA DE PORTUGAL

Rosa LOPEZ TORRIJOS
Universidad de Alcalá

España que intervino en la mayor parte de los episodios bélicos del siglo XVI apenas dispone de imágenes que testimonien su presencia en tales hechos.

Felipe II aprovechó muy poco el papel publicitario de las imágenes ni siquiera como contrapartida al uso de ellas por sus enemigos, y consecuentemente sus «servidores» nobles, militares y eclesiásticos hicieron lo mismo.

Es bien conocida la escasez de ciclos históricos en los palacios españoles durante el reinado de Felipe II. Los ejemplos más famosos son los de la Sala de Batallas del palacio filipino en El Escorial, los menos conocidos de la torre del palacio del duque de Alba en Alba de Tormes y los más pobres de la casa de Oriz ahora en el Museo de Navarra.

Sin embargo hay una excepción notabilísima en este entorno que son los frescos del palacio de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz en El Viso. Las pinturas de carácter histórico ocupan todas las paredes de las dos galerías del patio del palacio y los dos salones principales de la casa (tal vez tres) y justamente uno de ellos está dedicado a la conquista de Portugal y a sus generales por lo que nos interesa especialmente en este momento.

Las pinturas fueron encargadas en los últimos años del comitente (década de 1580), cuando residía en Lisboa y preparaba la campaña de Inglaterra. Los autores fueron un grupo de pintores genoveses que habían llegado en 1575 para realizar la decoración del palacio. El ciclo decorativo compuesto por temas muy diversos (historia familiar, del mundo antiguo, historia contemporánea, mitología, alegoría, biblia) es el más extenso que conservamos de tema profano en el periodo renacentista y sus autores trajeron a España la experiencia adquirida en Génova tanto en la técnica del fresco como en la decoración de palacios de la nobleza.

La pintura de tema histórico representa hechos de armas del marqués de Santa Cruz que van narrando su biografía militar siempre en la marina donde fue ocupando puestos de gran importancia

como capitán general de la Guardia del Estrecho, de la Armada que anda en la navegación de las Indias, de las galeras de Nápoles, de las galeras de España, de las naos y galeras de la guerra de Portugal y finalmente de la Mar Océana. Los episodios biográficos representados en su palacio son de importancia muy desigual pero a los más relevantes se le dedican tres salones del palacio.

El primero de ellos es el salón de la planta principal del palacio y estaba dedicado a la batalla de Lepanto, donde Bazán tuvo un puesto importante y una actuación brillante, aunque no formaba parte de la dirección de la Liga contra el turco. Desafortunadamente la pintura se ha perdido. El segundo es el salón principal de la planta baja y está dedicado a la guerra de Portugal, donde Bazán tuvo el mando de las fuerza marítima y el duque de Alba el mando supremo de la operación. Y el tercero (no terminado) estaba dedicado a la campaña de las islas Azores, donde Bazán tuvo ya el mando supremo de la operación.

Hoy, las pinturas que nos interesan son justamente las que se refieren a la campaña de Portugal y a la colaboración de Bazán con el duque de Alba. Es el cielo más extenso que se conoce sobre la guerra de Portugal y rinde homenaje no solo al dueño del palacio, sino fundamentalmente a Felipe II y al duque de Alba situado a su lado.

El salón ocupa la mayor parte del cuarto occidental de la planta baja del palacio y se comunica tanto con el patio como con el jardín de la casa. Estaba dedicado a grandes recepciones y por ello está directamente comunicado con la escalera que sube desde las cocinas y por donde se introducían los manjares en el salón. Este tiene una planta rectangular y en uno de sus lados menores podemos ver una rica chimenea hecha con materiales y diseños genoveses. Las paredes están decoradas con elementos arquitectónicos y con bustos «a la antigua» y el techo está compartimentado a la manera del tardorenacimiento y en sus compartimentos se narran las distintas etapas de la guerra de Portugal. Gracias a ello podemos hoy ver imágenes de esa gran campaña.

En 1576 don Álvaro de Bazán residía en Nápoles y fue nombrado capitán general de las galeras de España por lo que había de ocuparse de la defensa del territorio y de las campañas en el norte de África.

En 1578 muere el rey don Sebastián de Portugal y Felipe II lo comunica rápidamente a Bazán, ya que este hecho cambiaba totalmente la situación de Portugal y la de España respecto a Portugal. La edad y la enfermedad del cardenal don Enrique, heredero de don Sebastián, hicieron que la sucesión en Portugal pasase a primer plano en la política española.

Además de la propaganda e inversiones varias entre la nobleza y el clero portugueses para favorecer la «opción castellana», Felipe II preparó desde el primer momento la intervención militar. En ella tenía un papel de primera importancia la armada, y por tanto el marqués de Santa Cruz, y por ello el rey le va informando precisa y rápidamente sobre la marcha de los acontecimientos, y le va comunicando y consultando lo que debe realizar dentro de la planificación real.

En varias cartas del mes de julio de 1579 le avisa de los hombres que ha mandado levantar, le pide parecer sobre una relación secreta recibida de Portugal, según la cual, la armada podría entrar «en el puerto de Lisboa por entre las torres de Belén y Caparica sin que le pueda ofender las dichas torres» y le pide su opinión sobre la situación de la armada, dado que «el rey de Portugal no morirá hasta septiembre y antes de su muerte no se puede hacer guerra y después sería tiempo muy avanzado para la navegación». En octubre le da órdenes de embarcar tropas alemanas y españolas de Milán y soldados de Prospero Colonna y de actuar con premura en todo ello. En noviembre agradece sus servicios referentes «al fraile que vino de Lisboa» y da su respuesta favorable a la fabricación de nuevo armamento (balas llenas de perdigones) que ha hecho el capitán Marolin y han examinado en la Corte¹.

¹ Archivo Marqués de Santa Cruz (en adelante A.M.S.C.), leg. 11, n.º 4.

En enero de 1580 don Enrique no ha muerto aún y la correspondencia aumenta, ordenando el rey que esté todo a punto porque aunque el monarca portugués se muestre favorable a la sucesión de Felipe «esta tan llaco que se teme por su vida». Al marqués se le manda ir a Sevilla y Badajoz y recibir bajo sus órdenes las galeras de Juan de Cardona que acudirá a Gibraltar. Una carta del día 31 le informa de que el rey Enrique de Portugal ha juntado Cortes para decirles que la sucesión corresponde a Felipe II, «lo auian aceptado los del estado eclesiastico y militar y besadole la mano por ello no auia respondido el estado popular y podria ser fuese menester ayudar que lo haga y que asi lo de a entender»².

Finalmente, en febrero muere don Enrique y Felipe II comunica a Bazán que a don Cristóbal de Moura le ha parecido muy bien la relación de la armada que envió y le remite otra sobre las Azores para que informe; solicita también su parecer sobre la ida de algunas naos a Lisboa antes de que sea tiempo favorable y le comunica que todavía no ha tratado con don Antonio porque no acude a sus llamadas.

En marzo, el rey le escribe para que sepa que ya ha ordenado al duque de Alba que vaya con su ejército a Extremadura y que hay noticias de que Francia está enviando armas, municiones y trigo a Portugal, por lo que conviene emprender «lo de Portugal» antes del verano. En abril, Bazán acude a Llerena para concertarse con el duque de Alba. En mayo, el rey encarga la salida de la armada que no obstante se demora pues el rey insiste varias veces durante el mes de junio³.

El día seis de julio Felipe II ordena la salida de la armada y que llegue a Setúbal lo más pronto posible y el ocho sale don Álvaro de Cádiz, llegando a Ayamonte al día siguiente.

La ruta hasta Setúbal es rápida y se entregan sin lucha Faro, Lagos, Portimao y Sagres con sus castillos en el cabo de San Vicente. Setúbal se ve asediada a la vez por el ejército de Alba y por la armada de Bazán. Allí se embarca al ejército para desembarcarlo en las proximidades de Cascais, repitiendo el viaje hasta completarlo. Luego don Álvaro entra en la ría de Lisboa y tras varias etapas contra las fortalezas que la protegen, llega a la entrada de Lisboa donde espera la armada portuguesa, produciéndose el combate y la victoria.

Cada una de las etapas es agradecida por el rey en su correspondencia a Bazán así como «el cuidado con que a estado en tomar la flota de la India de Portugal». Finalmente el día 28 la carta es para agradecerle la diligencia y cuidado en combatir la armada enemiga, en hacer guardar «el magacem del Rey» y en evitar el saco de la ciudad, «que es lo que acostumbrais»⁴.

Felipe II insiste personalmente en que Lisboa no sea saqueada, sabiendo que eso predispondría el ánimo de todos los lisboetas contra él. Sus instrucciones son transmitidas con todo rigor por el duque de Alba a los coroneles y altos jefes del ejército y seguidas por los soldados, como curiosamente muestra el diario de un militar alemán que participó en la contienda y anotó minuciosamente las operaciones, órdenes e impresiones suyas sobre el terreno, dándonos un valioso testimonio de la visión no oficial de la guerra de Portugal⁵. Después de Portugal este militar participó también en la campaña de las Azores y curiosamente tenemos un testimonio de la valoración de su compañía en la isla Tercera. El historiador Herrera dice sobre ella: «determinó [el marqués] de recoger a la derecha de los alemanes que iuan por un

² A.M.S.C., leg. 11, n.º 5.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Su nombre es Erich Lassota de Steblovo. Su diario fue publicado en Alemania en 1866 y lo relativo a España y Portugal está recogido por GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*. Salamanca, 1999, II, pp. 412-451. Eduardo de Navascués cita una traducción española de 1880 (*Coronas heráldicas, líricas y épicas en loor de D. Álvaro de Bazán Marqués de Santa Cruz con algunas noticias y documentos históricos recogidos por...*, Madrid, 1888, I, p. 214).

camino ancho, con muy buena orden, guardando siempre el lugar que se les dio, como esta nación lo acostumbra. Especialmente estos que eran los mejores Alemanes que se han visto en estos tiempos»⁶.

Así pues, el saco –acostumbrado y esperado por los soldados como parte de su «suelo» en las guerras– se realizó solo en los arrabales de la ciudad, aunque por los testimonios recogidos en el propio archivo de los Bazán «se llevaron hasta el hierro de los arados». Hay noticias de lo saqueado en las galeras portuguesas rendidas, y relaciones de los esclavos y bienes depositados a nombre de cada capitán en las galeras de España, Nápoles y Sicilia con lo que se «ganaron» en Lisboa y lo que se tomó desde el saco de Setúbal⁷. Díaz de Vargas y todos los historiadores contemporáneos insisten también en que Lisboa se preservó por la voluntad del rey, cuya orden se hizo cumplir a rajatabla. En cuanto al saco de los arrabales escribe: «Saqueose el Burgo en que había más de 15.000 casas, con mucha cantidad de ropa y dicen aver valido bien dos millones el saco del burgo que duro tres días, aunque muchas gentes habían sacado sus bienes metiéndolos en Lisboa o en monasterios y lugares sagrados que estaban privilegiados como se dirá [...] el saco fue fundamentalmente de negros, azúcar, especias, trigo y sobre todo de ropa, aderezos de casas con algún dinero, joyas y plata labrada»⁸.

Del buen hacer de Bazán en esta campaña hay numerosísimos testimonios en la correspondencia real llegados de muy distintas partes, aunque nosotros –por razones obvias– nos hemos limitado a lo conservado en el archivo familiar.



Foto 1. – Techo del salón de Portugal. Palacio de don Álvaro de Bazán. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perolli. Hacia 1585.

La conquista de Portugal y el papel protagonista que tuvo en ella el marqués de Santa Cruz explican sin necesidad de más argumentos que a este hecho se dedicase el techo de uno de los grandes salones de la casa (foto 1).

La descripción de la campaña se inicia por el recuadro central del lado norte del salón y culmina en el gran espacio central del techo. Cada recuadro individualizado va acompañado por las figuras de dos participantes en la dirección y ejecución de la empresa, comenzando por el rey Felipe II y el duque de Alba y terminando por el propio marqués de Santa Cruz, que queda así a la derecha de Felipe II.

Historias y personajes –como es habitual en el palacio– llevan además una inscripción que precisa fechas, etapas y nombres de lo representado.

Comenzando pues por el recuadro central del lado norte, que inicia cronológicamente la historia, tenemos los siguientes episodios acompañados de sus correspondientes textos.

⁶ HERRERA, A. de, *Cinco libros de Antonio de Herrera de la historia de Portugal, y conquista de las islas de los Açores, en los años de 1582 y 1583*, Madrid, 1591, fol. 205.

⁷ A.M.S.C. leg. 21, n.º 4.

⁸ DÍAZ DE VARGAS, F., *Discurso y summary de la Guerra de Portugal, y successos della, Agora nuevamente ordenado, por... natural de la Ciudad de Trujillo*, Zaragoza, 1581, fol. 60.

1. *Salida de Cádiz.* Inscripción: A LOS VIII DE JULIO AÑO MDLXXX SALIO DE CADIZ EL MARQVES DE SANCTA CRVZ CON C.IIIII^o VELAS DE ARMADA/ LAS LVI GALERAS Y LAS XLVIII^o CARAVELAS Y DEXO ORDEN A DON ALONSO DE/ BAÇAN QUE LE SIGA CON LAS NAOs.
A sus lados respectivos: REY DON PHILIPPE II Y DVQVE DE ALVA.
2. *Llegada a Ayamonte.* Inscripción: A LOS IX DE JULIO/ LLEGO CON EL/ ARMADA A AYAMONTE. A SU IZQUIERDA: MARQVES DE SANTA CRVZ.
3. *Rendición de Faro.* Inscripción: A LOS ONZE LLEGO EL ARMADA SOBRE FARO RINDIOSE AL SERVICIO/ DE SV MAGESTAD EN CVYO NOMBRE ALÇARON PENDONES/ Y ENTREGARON LAS LLAVES. A SU IZQUIERDA: DON IVAN DE CARDONA.
4. *Rendición de Lagos.* Inscripción: A LOS XIII. AMANEÇIO EL ARMADA SOBRE LA CIUDAD DE LAGOS RINDIO DE CAMINO A VILLA/NOVA DE PORTIMAN Y A LOS XV. LA DICHA CIUDAD ALÇARON PENDONES/ CON SALVA Y ENTREGARON LAS LLAVES. A SU IZQUIERDA: DON ALONSO DE LEYVA.
5. *Rendición de Sagres y la Baliera.* Inscripción: A LOS XVI. AMANEÇIO SOBRE EL CABO DE SAN BICENTE EL /PROPIO DIA RINDIO LOS CASTILLOS DE SAGRÉS Y LA BALIERA/ Y SVS LVGARES Y ENTREGARON LAS LLAVES. A SU IZQUIERDA: DON ALONSO DE BAÇAN.
6. *Rendición de Setúbal.* Inscripción: A LOS XX LLEGO EL ARMADA SOBRE LA VARA DE SETVAL ADO[N]DE AVIA LLEGADO EL DVQVE/ DE ALVA CO[N] EL EX^o. PLANTAVA LA ARTILLERIA AL CASTILL[O] DE LA BOCA Y VISTA LA AR/MADA SE RINDIO AL DVQ[VE], Y AL MARQVES DOS GALEONES QUE LE DEFENDIAN. A su izquierda: PRIOR DON HER[NAN]DO DE TOLEDO.
7. *Embarque del Duque de Alba en Setúbal.* Inscripción: ALOS XXVIII. SE EMBARCO EL DVQVE/ CON SV EXERCITO EN EL ARMADA SALIO DE SETVAL. A su izquierda: PRIOR DE VNGRIA.
8. *Desembarque del ejército del duque de Alba.* Inscripción: A LOS XXX. LEGO AL CABO DE SAN-CHETE ADONDE LE/ DESEMBARCO EL MARQVES SIN PERDIDA DE VN HOMBRE/ LIMPIANDO LA CAMPAÑA DE ENEMIGOS CON EL ARTILLERIA DLAS GALERAS. A SU IZQUIERDA: DO[N] BERNARDIN^o DE MENDOÇA.
9. *Rendición de Cascais.* Inscripción: A LOS XXXI [L]LEGO EL EXERCITO SOBRE CASCAIS/ PLANTOSE EL ARTILLERIA AL CASTILLO Y RINDIO/LE DON DIEGO DE MENESES Q. LE DEFENDIA. A su izquierda: CARLO SPINELLO.
10. *Rendición del castillo de San Juan.* Inscripción: A LOS OCHO DE AGOSTO FVE EL EXERCITO SOBRE/ EL CASTILLO DE SAN JIAN PLANTOSE. EL ARTILLERIA Y SE BATIO Y A LOS XII/ SE RINDIO. A su izquierda: PROSPERO COLONNA.
11. *Rendición de la torre de Belén.* (Inscripción: A LOS XX. SE RINDIO LA/ TORE DE BETHLEM. A su izquierda: DON PEDRO DE MEDICIS.
12. *Reconocimiento de la armada portuguesa.* (Inscripción: A LOS XXIII. Y .XXIII^o. RECONOÇIERON EL DVQVE Y EL MARQVES/ EL EXERCITO Y ARMADA ENEMIGA, PARA. ACOMETTERLES, AVIA XXXXIII^o/ NAOs Y ENTRELLAS .VII. GALEONES MUY ARTILLADOS.
A su izquierda se sitúa el duque de Alba junto al medallón que inicia la serie.
13. *Toma de Lisboa.* La serie termina en el gran espacio central del techo cuya inscripción dice así: A LOS XXV DE AGOSTO DE MAÑANA, ACOMETIERON EL EXERCITO Y ARMADA A LOS ENEMIGOS ROMPIERONLOS Y GANARON SAQUEOSE EL ARMADA Y LOS ARRABALES DE LA CIUDAD DE LISBOA.

Conforme a los textos, cada recuadro muestra la escena descrita. Todos tienen unas características comunes. Se da una vista topográfica del lugar –lógicamente todas son vistas marítimas puesto que se refieren a hechos de la armada– con los elementos físicos que distinguen a una costa bien conocida, se destacan poblaciones, fortalezas, torres o puertos que identifican el sitio, y se representa la acción correspondiente, sin mostrar nunca personajes individualizados.

La salida de Cádiz (foto 2) nos ofrece la vista de la costa al golfo de Cádiz: a la derecha, la ciudad con el puente que la une a la península, el castillo, y la torre de Santa Cruz. Al fondo los estuarios y marismas, y a la izquierda El Puerto de Santa María donde se señala a mayor escala el castillo de San Marcos. En Cádiz se reunieron las galeras de España, y aquí vemos el despliegue de galeras y carabelas que forman la armada y que parten ordenadamente hacia poniente.

La siguiente escena nos muestra la misma flota (galeras al remo y carabelas con las velas desplegadas) dirigiéndose hacia la desembocadura del Guadiana con Ayamonte a la derecha. En Ayamonte se hizo consejo antes de partir; además del marqués asistieron Juan de Cardona (general de las galeras de Nápoles), don Antonio de Castro señor de Cascais, que se había puesto al servicio de Felipe II e iba en la flota, y entre los nobles andaluces el duque de Medina Sidonia; allí se decide enviar algunas naos a las Azores para asegurar la flota de Indias contra las naves de don Antonio y que el duque «siga con su servicio con los gobernadores de Portugal que lo hizo muy bien»⁹.

Una vez pasada la *raya*, la primera población importante que se señala es Faro situada un poco lejos de la costa, pero cuyo castillo sobre el extremo de la península y la flota en actitud pacífica indican el sometimiento de la ciudad a don Álvaro.

La siguiente imagen, cuyo texto da cuenta de haber rendido anteriormente Villanova de Portimao, nos muestra el ataque de la armada del marqués de Santa Cruz a la población de Lagos, ataque que se prolongó durante dos días hasta que la ciudad se rindió, lo que se muestra con la nueva bandera alzada en el castillo del promontorio y con la flota que abandona el lugar, a la izquierda.

Menos tardó el marqués en rendir las dos fortalezas del cabo de San Vicente que aparecen representadas en el recuadro siguiente del techo del palacio. Galeras y carabelas de la flota disparan sobre Sagres mientras al fondo aparece La Balieira disparando a su vez (foto 3).

Después de sometidas las importantes villas portuguesas del sur de la península que controlaban gran parte del tráfico hacia África y América, y una vez doblado el cabo de San Vicente, la armada va directamente a la bahía de Setúbal, como muestran la inmediatez de las fechas indicadas en el techo. Allí esperaba ya el ejército mandado por el duque de Alba, quien se mostraba impaciente ante el rey por la demora de don Álvaro «entretenido en empresas de poca importancia». Sus tropas habían llegado el día 17 y saqueado la ciudad después de rendirla, aunque resistían todavía algunos galeones y los castillos situados a la entrada de la bahía.

La imagen (foto 3) muestra la flota de Bazán junto a la barra o banco de arena que separa el océano de la bahía, preparada para entrar en ella y a su izquierda tres galeones portugueses junto al castillo que dispara su artillería contra el ejército situado cerca de la playa. Al fondo se entreve la muralla de Setúbal. Castillo y galeones se rendirán a la llegada de la armada. Díaz de Vargas dice que Setúbal era bella e importante («pescaba mucha sardina») y su puerto interesaba por ser puerto suficiente para galeras. En ella había muchos hombres de don Antonio que querían guerra pero no así la población. Al llegar el duque de Alba a Setúbal el ejército huyó y la población se entregó, pero los italianos la saquearon. Solamente al llegar la armada de Bazán se rindió el castillo y la gente de

⁹ *Ibidem*.



Foto 2.— Salida de la armada de Cádiz. Salón de Portugal. Palacio de don Álvaro de Bazán. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perolli. Hacia 1585.

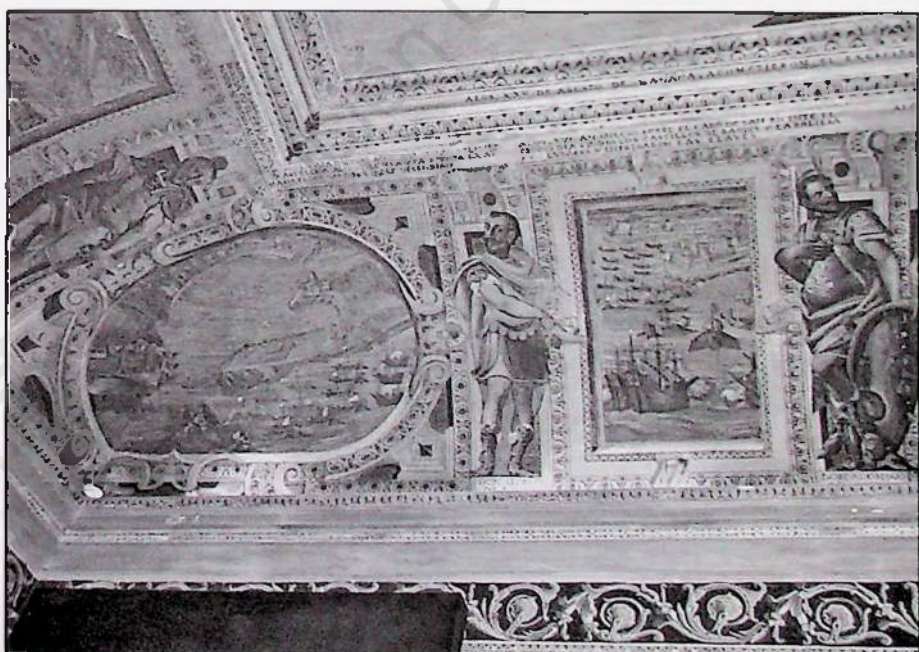


Foto 3.— Setúbal y cabo de San Vicente. Salón de Portugal. Palacio de don Álvaro de Bazán. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perolli. Hacia 1585.

tres galeones que estaban en la boca de la barra. Otros dos galeones presentaron guerra pero el marqués les advirtió que los hundiría y ahorcarían a los capitanes, con lo cual se rindieron. Allí Bazán aconseja embarcar la tropa para llegar a Lisboa por la orilla opuesta del Tajo y como algunos disienten se escribe al rey¹⁰.

La siguiente escena nos ofrece una vista similar pero más próxima, lo que permite ver con detalle la ciudad de Setúbal situada al fondo. Los soldados salen de ella y embarcan en grandes barcasas dirigiéndose a carabelas y galeras, una de las cuales se dispone ya a salir entre la barra y el castillo que luce ahora la nueva bandera.

Esta operación —que el marqués hubo de repetir para poder trasladar el numeroso ejército— tenía como finalidad desembarcar las tropas frescas y sin bajas cerca de Lisboa, imagen que nos ofrece la siguiente historia.

El desembarco se produce en el cabo de Sanchete (foto 4), según se indica en la inscripción, probablemente el cabo Raso actual, situado entre Alcabideche y Cascais, lugar desde donde el ejército se dirigió por tierra a Lisboa.

La imagen pictórica muestra el desembarco de la infantería en una playa situada en un litoral fortificado y el recibimiento del ejército portugués, contra quien disparan soldados y galeras. En este caso se señala a mayor escala una barcaza del primer plano con algunos militares que parecen dirigir el desembarco, probable alusión al duque de Alba.

El ejército continúa por tierra. La pequeña ciudad de Cascais presenta batalla y es rendida y saqueada ante su señor Antonio de Castro. Al día siguiente se rinde el castillo, a cuyo castellano —Diego de Meneses, de ilustre familia— se dio muerte en la plaza de la ciudad.

Este episodio (en el que no interviene la armada de Bazán, se representa mostrando el paso de las galeras junto al castillo ya rendido (foto 5), sin duda debido a la importancia de la fortaleza en el camino hacia Lisboa. La fortaleza, de características muy genéricas, se sitúa en un acantilado sobre el mar y detrás de ella hay una pequeña población que parece amurallada solamente por su lado costero (tal vez hay aquí un barrido de pintura por mala conservación).

Si comparamos esta imagen con la que aparece en el *Civitates Orbis terrarum* (foto 7) podremos observar la diferencia —y de paso la no utilización del modelo para el techo de la sala de Portugal—. La vista de Cascais aparece en el tomo I de la edición latina de 1572, y muestra muy bien la ciudad totalmente amurallada, con una gran plaza en el centro, algunas casas fuera de ella, un pequeño puerto y una iglesia ocupando el lugar del castillo representado en el palacio del Viso.

Ocho días después de tomar Cascais¹¹, el ejército avanza sobre la fortaleza de San Juan¹² que se debía tomar por la artillería. La plaza era muy importante para el avance sobre Lisboa y defendiéndola estaba parte de la armada portuguesa. Después de cuatro días de asedio se rindió y al llegar las galeras de Bazán lo hicieron las últimas tropas junto a la entrada del puerto.

La imagen que vemos en el salón del Viso nos ofrece una visión bastante ajustada a la historia. La fortaleza —de características similares a la de Cascais, por tanto genérica— colocada sobre el mar es asediada por numerosa artillería española; dentro de ella jefes y soldados, que muestran

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Díaz de Vargas describe con admiración la belleza y la riqueza de la costa portuguesa de Cascais a Lisboa.

¹² En la inscripción actual y en las copias antiguas se cita siempre San JUAN. Díaz de Vargas lo escribe siempre Sangiao y otros historiadores como Sangan o Sangian, de donde debe proceder el San Juan del Viso. Es el fuerte de San Julián actualmente.



Foto 4.- Desembarco de tropas en el cabo Sanchete. Salón de Portugal. Palacio de don Álvaro de Bazán. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perolli. Hacia 1585.

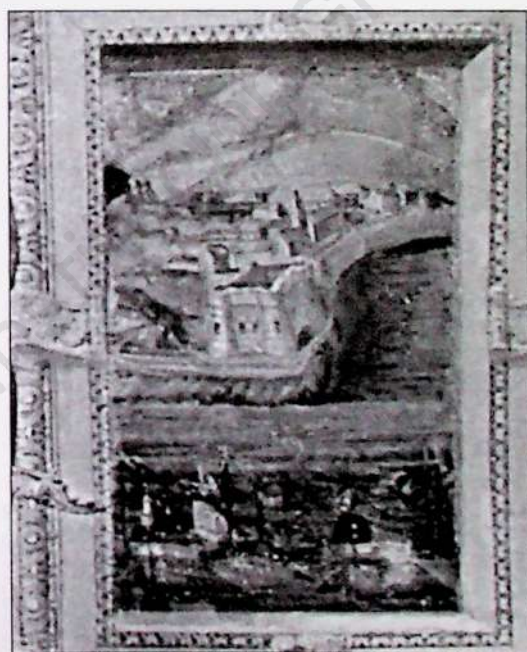


Foto 5.- Cascais. Palacio de don Álvaro de Bazán. Salón de Portugal. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perolli. Hacia 1585.

la bandera portuguesa, responden a las tropas españolas, mientras en el mar las galeras de Bazán atacan a su vez la fortaleza y el puerto.

El siguiente episodio tiene ya lugar a las puertas de Lisboa, frente a la torre de Belem y los castillos que defienden su entrada. La importancia del hecho se muestra en la pintura por las numerosas fuerzas de infantería, caballería y artillería apostadas en tierra y la armada defendiendo por mar, todos en formación frente a la famosa torre situada en el río de Lisboa. Ella es la única que responde al fuego de la artillería española, aunque se rendirá poco después.

Díaz de Vargas dice de la torre: «Esta torre de Belen, ya es notorio a todo el mundo la lindeza, y gran fama de su traça, y assiento della tan cerca de Lisboa. Y por esso no ay para que estender mas calidades de su bondad, de que al fin es passo, y puerto forçoso, donde se registran todas las naues, galeones, y baxeles, que van y vienen a las indias, y quales quier otras partes, puesta dentro del mismo río, y con mucha fortaleza y curiosidad, labrada. Es cosa de ver su estremada representación, con lo que tambien la adorna la Magestad, de vn muy sumptuoso monasterio de la orden del Señor Sant Hierónimo, que alli junto tiene por vezino, fundación y enterramientos de los Reyes de Portugal»¹³.

El último recuadro lateral del techo (foto 6) nos muestra la situación, una vez rendida la torre de Belem, y entrada la armada española hacia el puerto de Lisboa donde espera la poderosa armada portuguesa. Ambas se encuentran en orden de batalla y hay disparos por parte de las naves españolas y del castillo de la margen izquierda aún no sometido. En la otra orilla se ve el campamento español junto al monasterio jerónimo de Belem y enfrente el de las tropas portuguesas. Como dice la inscripción, la lucha todavía no ha empezado.

La batalla general tendrá lugar al día siguiente y a ella se dedica todo el centro del techo del salón. Su forma rectangular, muy alargada, permite representar un amplio escenario que abarca desde el océano, la fortaleza de San Juan, Belem, los arrabales, hasta el puerto y la propia ciudad de Lisboa. La mayor parte del espacio está ocupada por la armada y el ejército español dando así idea de su supremacía, pero también de la realidad del repliegue de la armada portuguesa dentro del puerto para defender la ciudad.

En la parte izquierda (foto 8) vemos las carabelas y naos españolas pasando junto a San Juan y Belem ya rendidos, pataches y barcos de menor calado ocupan el centro, y el frente primordial lo ocupan las galeras que han comenzado la batalla traspasando el malecón del puerto y penetrando en el frente portugués. La armada lusitana, formada fundamentalmente por naos y galeones, aparece derrotada, con las banderas arrojadas al mar en las naves primeras y asaltadas por las barcasas españolas. Mientras tanto, en tierra, el ejército español ha dejado el campamento y traspasando el puente de Alcántara choca con el ejército portugués que huye, abandonando la artillería. Frente a ellos está la muralla de Lisboa. La ciudad está representada de una manera muy sintética, con un genérico caserío en el que se insertan algunos rasgos característicos de la ciudad, como la pendiente de su trazado casi vertical en el centro, y su cima rematada por el castillo de Lisboa (San Jorge) que despliega aún la bandera de los Avis. Ningún soldado penetra dentro de la ciudad, mostrando así, como se indica también en la inscripción, que Lisboa no fue saqueada, aunque, como hemos visto más arriba, sí lo fueron sus arrabales y sus naves¹⁴.

¹³ Ibidem, fol. 59 y 59v.

¹⁴ Díaz de Vargas dice que entre los que quedaron desamparados de las naves y no huyeron «era doloroso verlos gritando «paz, paz» y diciendo «biba el rey don Felipe nuestro señor» [...]. Y en muchos de estos navios se habían recogido mujeres viejos y niños pensando escaparse por la mar con sus bienes y lo mismo pasaba en tierra con los hatos a cuestras sin saber donde iban y los soldados tras ellos recogiendo los despojos del saco».

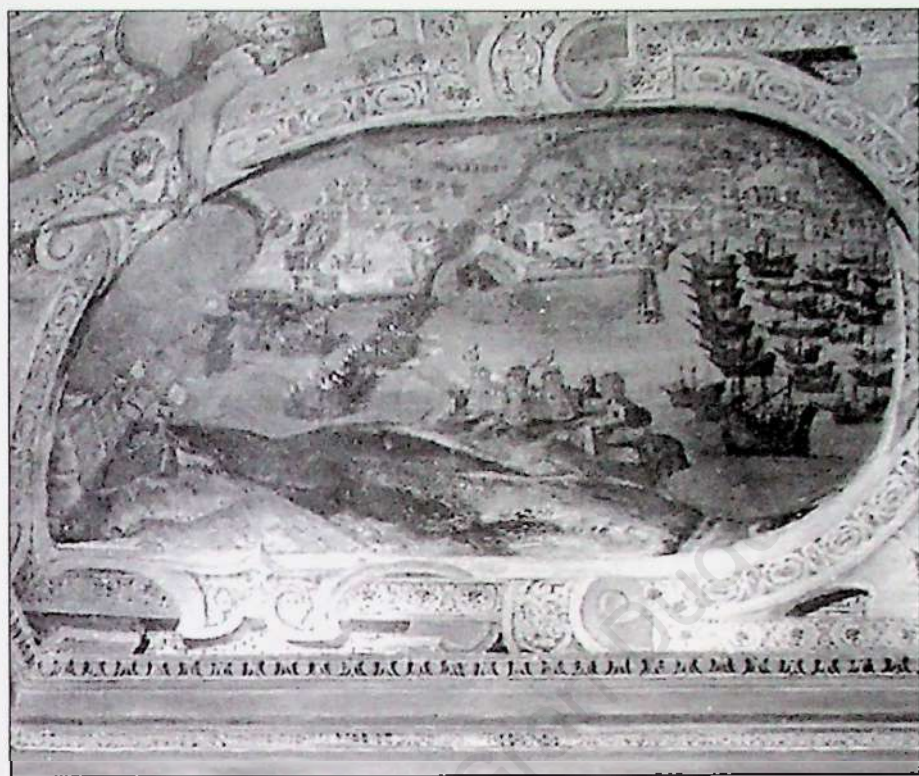


Foto 6.- Entrada de la armada en la ría de Lisboa. Salón de Portugal. Palacio de don Álvaro de Bazán. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perotti. Hacia 1585.

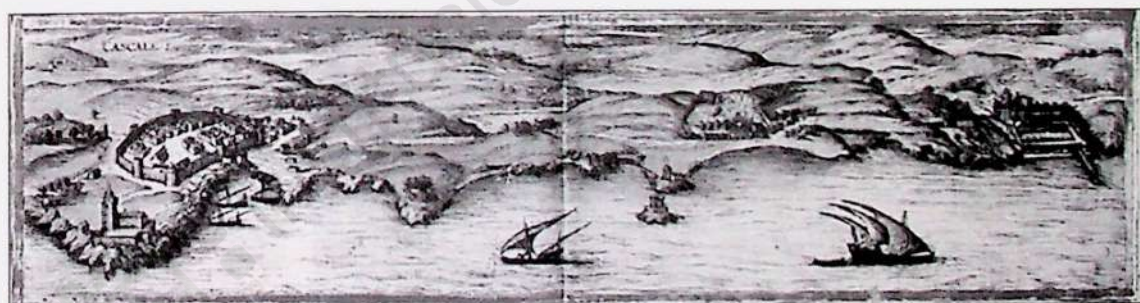


Foto 7.- Cascia. Civitates orbis terrarum I, I. 1572. En Amberes por Filips Galle.

La impresión que causó Lisboa a los españoles se puede ver por las descripciones literarias que se detienen a cantar las bellezas de Lisboa y las riquezas de la ciudad y campiña, como podemos ver por ejemplo, en esta larga cita de Antonio de Herrera: «Está Lisboa a la orilla del río Tago a la parte del Norte y el assiento del cercado de la ciudad es sobre tres cerros; el uno á levante á donde esta el castillo y la Yglesia mayor, que es el mas alto y mas capaz; el otro está a la parte de Poniente á donde esta la yglesia del Carmen y San Francisco que es mas bajo y menos capaz; el tercero que está entre Santo Domingo y Santa Ana, aunque es mas baxo y menor que los otros por de fuera de lo cercado, por los mismos cerros y por sus valles, y por la orilla del río se han ydo estendiendo grandissima cantidad de casas y arrabales muy derramadas, que es ya más que lo cercado; y se han pegado por la mayor parte de la muralla tantas casas y yglesias que no se puede caminar: y es lo antiguo del muro con torres quadradas y redondas y la muralla con andenes. El castillo tiene muro y barbacana y foso al vso antiguo con su torre de omenage, y con poco circuyto, está en lo mas alto del primer cerro del norte: tiene cabe el vna casa de plazer de los Reyes, y otras muchas casas hasta cerca del foso, y poco mas á delante vn monesterio de monjas que llaman N. Señora de Gracia, y la parte que cae fuera del muro es pendiente y todo sugeto á batería y mina, y con tantos defetos que quando despues de perdida la ciudad se quisiera defender no pudiera. Y todo lo cercado de la ciudad se puede batir, porque lo abierto es tanto que fuera difícil de recogerlo y fortificarlo. Y es toda la campaña desta ciudad abundante de leña, de oliuares, y otras arboledas, y muy habitada de grandissimo numero de casas de plazer, que llaman quintas, que llegan hasta cerca de la ciudad. La cual es tan populosa que dezian que se podrían sacar della treynta mil hombres sin apremiar todos los vezinos: y á la verdad aqui estuuó la confiança de don Antonio, sino que como es diferente el hablar del executar, quando los llamauan para mostrar el rostro al enemigo, como los Regidores no pagauan ni fauorecian al pueblo ni el negocio, hazíaselos de mal de salir de sus casas, como se deue creer que sucediera en todo tiempo: pues que los labradores y oficiales acostumbrados á sus exercicios y no á los trabajos de la guerra sienten mucho dexar el sosiego en que biuen, y sus casas, hijos y mugeres por yrse a poner en tanto riesgo. Bien conocía el Duque todas estas cosas, y por esso se daua tanta priessa en yr a Lisboa»¹⁵.

Volviendo al salón de Portugal del palacio del Viso vemos, junto a los episodios de la guerra, una serie de personajes que aparecen de pie, dos a cada lado, y por las inscripciones que los identifican podemos saber que son aquellos que dirigieron las principales operaciones en la guerra de Portugal.

Inicia la serie el rey Felipe II, pintura bárbaramente «restaurada» y desfigurado el rostro del rey. A su izquierda —aunque presidiendo el testero del salón con el rey— está el duque de Alba (foto 9), capitán general de toda la campaña, quizás el más aproximado a la realidad, representado con una cierta edad y con el toisón de oro. A la derecha del rey —aunque iniciando el lateral— el propio marqués de Santa Cruz, general de la armada. Los restantes personajes carecen de rasgos identificativos y son muy similares a los tipos masculinos desarrollados en otras escenas del palacio de don Álvaro de Bazán.

Tras el marqués de Santa Cruz aparecen sucesivamente: Juan de Cardona (general de las galeras de Nápoles), Alonso de Leyva (que substituyó al general de las galeras de Sicilia, Fabricio Colonna, por fallecimiento), Alonso de Bazán (hermano de don Álvaro y capitán general de la armada de naos), el prior Hernando de Toledo, (hijo ilegítimo y segundo del duque de Alba), Prior de Hungría (Juan Vincencio Caraffa, coronel de un regimiento napolitano), Bernardino de Mendoza (capitán de 156 soldados, hijo del conde de Coruña y yerno del marqués de Santa Cruz), Carlo Spinello (coronel de un

¹⁵ *Cinco libros de Antonio de Herrera de la historia de Portugal, y conquista de las islas de los Açores, en los años de 1582 y 1583*, Madrid, 1591. fol. 128 y 128v. Díaz de Vargas canta la belleza de la ciudad con sus 50.000 casas, iglesias bien labradas, riqueza, ría, etc., aunque tiene en contra «la suciedad de muladares e inmundicias que cada casa echa a las puertas de ella» (ob. cit.).

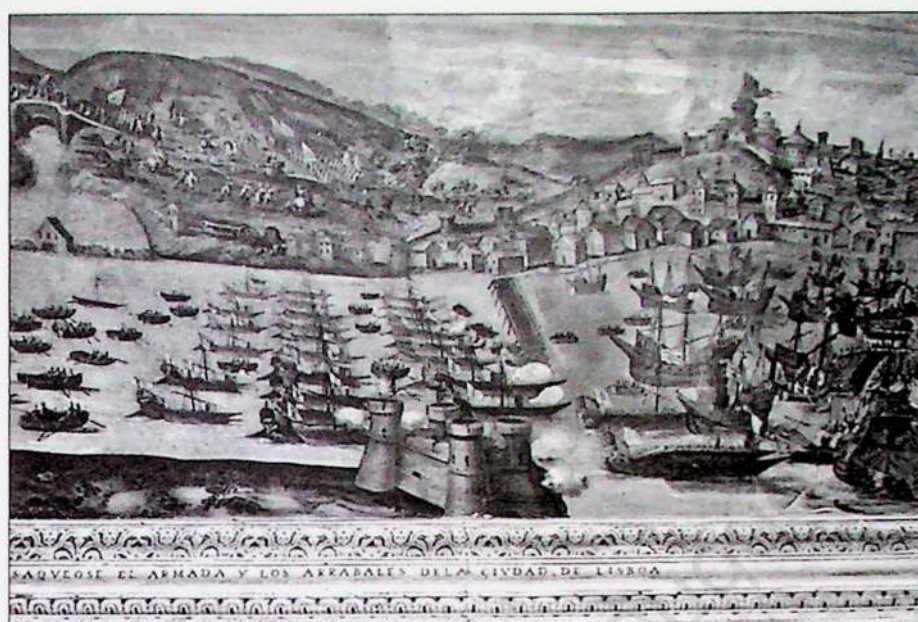


Foto 8.— Armadas española y portuguesa ante la ciudad de Lisboa. Salón de Portugal. Palacio de don Álvaro de Bazán. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perolli. Hacia 1585.



Foto 9.— D. Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba. Salón de Portugal. Palacio de don Álvaro de Bazán. Viso del Marqués (Ciudad Real). Taller de los Perolli. Hacia 1585.

regimiento napolitano), Prospero Colonna (coronel de 3.000 soldados florentinos) y Pedro de Medici (general de las tropas italianas).

Sobre la construcción de estas imágenes queremos señalar que, como se puede ver en los frescos de las galerías del palacio, algunas de las pinturas presentan primeramente un entorno geográfico que delata bastante claramente la presencia de un mapa, del que se toma el perfil general de los accidentes geográficos de una zona, destacando en ella ríos, altitudes o poblaciones, es decir, convirtiendo la geografía de los mapas en topografía. Esto era tarea habitual de los que suministraban imágenes para la ilustración de Cosmografías o libros afines o para la ejecución de estampas sueltas con representación de hechos históricos importantes. Lógicamente es difícil saber si el modelo proporcionado daba ya con suficiente detalle el escenario o éste se debía más bien al pintor. En casa de un marino donde se disponía ampliamente de mapas, libros y estampas son aún más difíciles de precisar estos detalles.

En lo que se refiere a las imágenes de Portugal los datos son menores, y aunque sin duda Bazán disponía de los mejores mapas referentes a la costa portuguesa, es sabido que tanto España como Portugal reservaban sus conocimientos cartográficos, por lo que las prensas italianas o flamencas disponían de muy pocas imágenes sobre la península ibérica o sus posesiones.

Podríamos decir que, en general, se dio una imagen aproximada de la topografía pero se situaron en ella elementos identificativos reales en ocasiones (edificios de Belem, por ejemplo) pero genéricos en otros (fortalezas del sur de Portugal) y en este escenario se situaron los movimientos de tropas necesarios para explicar la acción, sin destacar nunca a un personaje concreto, de igual forma a como se ha hecho en todas las pinturas históricas del palacio.

El segundo ciclo que queremos mencionar es el representado en el techo del palacio Spinola en Génova (actual Galería Nacional de Palacio Spinola).

El edificio se construyó a finales del siglo XVI por Francesco Grimaldi quondam Giova. Battista y en 1614 murió su comitente que había encargado las pinturas a Lázaro Tavarone, quien lo realizó entre 1614 y 1624. El pintor había regresado a Génova unos años antes procedente de España adonde había venido formando parte del equipo de Cambiaso llamado por el rey para pintar al fresco la basílica y otras salas del monasterio del Escorial. Cambiaso murió pronto, pero Tavarone se quedó hasta 1592.

Las pinturas no han sido estudiadas cuidadosamente, ni tan siquiera se conoce lo que había representado en los lunetos y se han perdido parte de las inscripciones de los nombres que aparecen en la parte inferior. Primero se dijo que eran personajes de la Casa Grimaldi¹⁶ confusión proveniente sin duda de los datos de Alizeri¹⁷ y luego se transcribieron mal los nombres¹⁸.

En el primer piso figura la conquista de Lisboa por parte del duque de Alba. La inscripción inferior indica: «PHILIPPI II AUSPICIIS DUCTUQUE ALVAE DUCIS FERDINANDI LISBONA VI CAPITUR FUGATO ANTONIO LUSITANIAE REGNUM SIBI VINDICANTE». Alrededor de la escena central, ocupando los cuatro lados figuran los personajes principales de la empresa: Felipe II, el duque de Alba, el marqués de Santa Cruz, Prospero Colonna, Sancho de Ávila, Juan de Cardona y Pedro de Medici.

¹⁶ ROTONDI TERMINIELLO, G., *Galleria Nazionale di Palazzo Spinola a Pellicceria*, Genova, 1976, p. 11.

¹⁷ ALIZERI, F., *Guida artistica per la città di Genova*, Genova, MDCCCXLVI-MDCCCXLVII I, p. 469.

¹⁸ GAVAZZA, E., *La committenza dell'affresco nelle dimore genovesi in L'Età di Rubens. Dimore, committenti e collezionisti genovesi*, Genova, 2004, p. 95.

La exaltación genovesa de la empresa de Felipe II en Portugal –en la que no tomaron parte miembros de la familia Grimaldi– se debe entender, como interpreta Kliemann¹⁹, como un homenaje al rey de la familia Grimaldi que financiaba sus guerras.

En este caso el episodio de la toma de Lisboa se refiere solo al ejército de tierra y en el centro de ella podemos ver la imagen triunfante del duque de Alba. En este caso el conjunto se dedica todo a él reconociendo su mando general de la campaña.

Vemos pues dos ciclos excepcionales de la expedición a Portugal en 1580, la última campaña gloriosa del duque de Alba, que en España no aparece representada en su propio palacio sino en el del marqués de Santa Cruz, dentro del ciclo de pinturas históricas más importante de España.

¹⁹ KLIEMANN, J., *Gesta dipinte. La grande decorazione nell dimore italiane dal Quattrocento al Seicento*, Cinisello Balsamo-Milano, 1993, p. 136.

 Institución Gran Duque de Alba

DECLARACIÓN DE LA DUQUESA DOÑA MARÍA PARA LA BEATIFICACIÓN DE LA MADRE TERESA DE JESÚS. 1595

Tomás SOBRINO CHOMÓN
Centro Asociado de la UNED en Ávila

El rey Felipe II, y también la ciudad de Ávila y los obispos de España, habían pedido al papa Clemente VIII que proclamase santa cuanto antes a la madre Teresa de Jesús, que había muerto el 15 de octubre de 1582.

Atendiendo a estas peticiones ordenó en 1595 el nuncio del papa en España hacer un proceso informativo sobre la vida y santidad de la madre Teresa. Se adjuntaba un interrogatorio a los posibles testigos, de diez preguntas, y tales procesos se comenzaron inmediatamente. En Ávila ciudad se comenzó el 19 de julio. Y en Piedrahíta se comenzaba el 20 de diciembre, haciendo comparecer al dominico fray Diego de Yanguas, residente entonces en el monasterio piedrahitense de Santo Domingo.

Quince días después, el mismo juez y arcipreste de Piedrahíta, por ante el también piedrahitense y notario apostólico Juan García de Tejeda era examinada la duquesa de Alba, doña María.

Se conserva su declaración en el Archivo Diocesano Abulense. Es declaración original, firmada por juez, notario y la testigo. Las declaraciones de este primer proceso informativo son breves (serán mucho más extensas las de 1604 y sobre todo las de 1610). La de la duquesa de Alba es reveladora de la mucha estima que tenía a la santa. Y especialmente significativo el detalle de que la santa le devolviera con disimulo las joyas que la duquesa le había regalado para ayudarla en su pobreza.

Se transcribe en modo paleográfico completo, conservando grafías que tanto se usaban en el lenguaje oral común a finales del XVI, y ortografías cambiantes propias de un escribiente que había de tomar con toda brevedad las declaraciones.

I. 1596, ENERO, 8. PIEDRAHITA, DICHO DE MARÍA DE TOLEDO.
DUQUESA DE ALBA; TOMO 2, FOLIOS 21-22.

E después de lo susodicho, en la dicha villa de Piedrahita, a hocho días del mes de henero de mill e quinientos e noventa e seis años, ante su merçed del dicho señor arçipreste e ante mi el dicho scriuano, juró en forma de derecho sobre un misal su señoría de doña María de Toledo, duquesa que fue de Alva. La qual puso la mano sobre los santos evangelios que se contenian en el dicho libro misal. E prometió de dezir verdad de lo que supiese e fuese preguntada en la dicha razón. E prometió dezir verdad. Testigos el padre fray Diego de Yanguas e Françisco de Cabria estantes en la dicha villa.

Dicho de su señoría doña María de Toledo, duquesa de Alva, habitante en la villa de Piedrahita.

Testigo. La sobredicha, aviendo jurado e siendo preguntada al thenor de las dichas preguntas, dixo e declaró lo siguiente:

- I. A la primera pregunta dixo que conoçió a la dicha madre Theresa de Jesús de manera que tubo muy estrecha amistad con ella, desde que vino a fundar la casa del monasterio de las descalças de la villa de Alva hasta su muerte, que fue en el dicho monesterio de Alva algunos años después de su fundación. Y que hera tan grande el contento ynterior que se sentia estando çerca della que le pareçió bastante señal y efecto de asistir en la dicha madre el Spiritu Sancto; por lo qual y las muchas virtudes que en ella conoçió y sus obras que todos bieron, tiene por çierto que fue baptizada; y en esto se remite al libro de su parroquia. Y que a sus padres y parientes los tiene por xente honrrada y de limpia sangre, naturales de Ávila. Y esto declara de la pregunta.

Generales. A las generales dixo ser de hedad de más de quarenta años.

- II. A la segunda pregunta dixo que no ha conoçido muger, entre algunas muy santas con quien ha tratado, que le parezca tan spiritual ni de tanta oraçión y buenos efectos della. Porque en la oraçión fue muy angélica; en el çelo del bien de las almas fue muger apostólica; en el deseo, mártir; en la conversaçión y manera de proçeder, tan exemplar y pura que mirándolo con cuidado jamás la vio hazer cosa que le pareçiese pecado; y a muchos fue ocasión de mejorar sus vidas. Y de algunas cosas que la misma madre le dixo entendió que Christo Nuestro Señor tratava muy familiarmente en la oraçión con ella. Y esto declara çerca desta pregunta.
- III. A la tercera pregunta (dixo) que tiene por muy çierto lo que en ella se contiene. Y tubo notiçia de cómo començó e yva fundando conventos de monjas y acresçentando el número dellos; y por su orden della fundava los de frayles el padre fray Antonio de Jesús. Y el mismo fray Antonio se lo contava y las cosas sobrenaturales que en las fundaciones suçedian, como una fuente milagrosa en Mançera adonde desde Duruelo se pasaron a fundar el convento. Y que quando la dicha madre Teresa de Jesús murió dexó fechos como veinte conventos de monjas, y de frayles una probinçia. Y el yntento que en ello tuvo cree que fue deseo de ver guardar su regla con mayor perfección y servir a Dios en ella no sólo con su persona sino con las de tantos y tantas como oy le sirven en sus monesterios y servirán en ellos y en los que de ordinario se van acresçentando: señal harto grande de su santidad y de ser gobernada por Dios en sus obras, pues las que no son fundadas en tal prinçipio y buenos fines no prevaleçen a la larga ni con tanto fruto. Y esto es lo que sabe desta pregunta.
- IV. A la quarta pregunta dixo que tiene por çierto que fue muy dottada de fe, sperança y charidad. Porque no sólo le pareçe tuvo la fe que los demás fieles, sino en tanto grado que cree

muriera por ella; y por que la rescibiera uno más de los que la tenemos diera ella la vida. Y la esperanza, de las obras que emprendió de sus fundaciones, siendo una pobre monja y teniendo en ello tantas contradicciones y trabaxos, se parece bien. Y la caridad que con Dios y los próximos tuvo en su término de proceder se parecía ser muy grande. Y esto sabe cerca desta pregunta.

- v. A la quinta pregunta dixo que por el mismo caso que tuvo las birtudes de la quarta pregunta cree también que tubo las desta quinta. Y de la pobreza de espíritu tuvo una esperiencia: y fue que dándole ciertas joyas de precio para que las hiziese vender para una de sus casas pobres, las tomó la dicha madre agradeciéndoselas mucho, y después se las tornó secretamente a su camarera. Y esto sabe desta pregunta.
- vi. A la sexta pregunta dixo que la sabe porque ella se los bio contar algunos, y otros entendió por otras vías. Y así cree que padeció muchos trabaxos e persecuciones y contradicciones en las buenas obras de caminos y peligros en ellas, y enfermedades terribles y otros muchos formales trabaxos, y disculpando a las personas que se los causavan. Y esto sabe cerca desta pregunta.
- vii. A la séptima pregunta dixo que sabe que la dicha madre Theresa de Jesús murió en Alva en su monesterio de descalças, y su muerte fue el año que el regno de Portugal se juntó a la corona de Castilla. Y que algunas cosas extraordinarias sobre ella le contaron las madres del mismo monesterio, a las quales se remite. Y esto declara desta pregunta.
- viii. A la octava pregunta dixo que (*tachado* por mi) dize lo que dicho tiene, a que se refiere. Testado *por mi*: no enpezca.
- ix. A la novena pregunta dixo que por milagro tiene esta testigo estar su cuerpo sin corrupción no aviendo sido enbalsamada sino antes por ynadvertencia cubierto de cal para que se gastase. Del qual en su poder tray dos pedaços, por donde lo bee. Y a muchos á oýdo dezir (*tachado* que han vist) del cuerpo que le han visto y está con buen olor, y que mana dél un olio de manera que en quantos pañuelos se enbuelve se ynfunde. Y está también llena del dicho olio una túnica que tuvo puesta en el cuerpo, y se la enbió a ella el dicho convento; y esta testigo la ha enbiado al padre fray Diego de Yepes, confesor del rey nuestro señor. Y también tiene una cruz que la dicha madre refiere en el libro de su Vida que la tocó Christo Nuestro Señor con su mano; la qual dizen que ha fecho dos milagros. Y en esto se remite al libro que escribió el padre Ribera de la madre Teresa de Jesús. Y de lo que puede dar cierta noticia es que aviéndole dicho las madres del convento de Alva que salía del cuerpo un grande y sobrenatural olor en los días de los sanctos con quien tuvo la madre biviendo mayor devoción, un día de Sant Agustín, abiendo oýdo la misa desde el coro alto con las monjas, quando ya se baxava para yrse, yendo hazia la portería la guió la priora hazia el coro baxo, donde está el cuerpo. Y entrando por la puerta fue tan grande y suave el olor extraordinario que sintió que se quedó parada y espantada. Y que otras cosas ha oýdo contar que le parecen milagros; y en ello se remite a sus monjas, que lo sabrán mejor.
- x. A la décima pregunta dixo que los libros de su Vida y oración y de las Moradas del alma y de la Regla y Pater Noster, tiene por cierto los hizo la madre Teresa de Jesús, porque leyó los originales que hizo. Y en muriendo, los depositó en su cámara el padre fray Antonio de Jesús arriba nonbrado. Y después ha leydo los ynpresos, y le parecen los mismos. Y que le an contado muy buenos efectos que por medio dellos ha fecho Nuestro Señor en las almas.

Y lo que dicho tiene es la verdad de lo que dello sabe e al presente se le acuerda, para el juramento que hizo y en el que se ratificó. E lo firmó de su nombre, y el señor juez.

Testado *que han vis;* enmendado *que;* no enpezca. Enmendado oyó; balga.

Francisco de Salazar (*rubricado*). Doña María (*rubricado*). Ante mí Juan García de Texeda (*rubricado*).



LAS ARTES Y LAS LETRAS



Institución Gran Duque de Alba

CULTURA Y POLÍTICA EN FLANDES BAJO EL GOBIERNO DEL GRAN DUQUE DE ALBA: BENITO ARIAS MONTANO

Luis GÓMEZ CANSECO
Universidad de Huelva

John Lothrop Motley, autor de una desmesurada historia sobre los orígenes de la república holandesa, presentaba en 1861 a don Fernando Álvarez de Toledo en términos más próximos al folletín que a la historia, por poco imparcial que ésta sea. A su juicio —y con varios siglos de por medio—, el de Alba «no tenía muchos defectos, pero los que tenía eran monstruosamente grandes y no poseía ninguna buena cualidad. No era codicioso ni tampoco desmedido, pero sus panegiristas confesaban que era enormemente avaro. Todo el mundo estaba de acuerdo en que era tan taimado y cruel, vengativo y sanguinario como nunca lo han sido los animales salvajes y sólo muy raras veces los hombres»¹. El profundo sentimiento antihispánico del historiador norteamericano viene a ser simplemente heredero de la imagen que la propaganda flamenca empezó a forjar en torno al duque y que se resume a la perfección en el grabado anónimo que lo mostraba inspirado por un diablillo volador, acompañado por un monstruo cuyas tres cabezas eran el cardenal Granvella y los duques de Guisa y Lorena y en plena degustación de una criatura protestante.



¹ MOTLEY, J. L., *The rise of the Dutch Republic. A History*, New York, 1861, vol. II, p. 357.

² Cfr. ESCOBAR, A. de, *Recopilación de la felicísima jornada que la cathólica Real Magestad del Rey don Phelipe, nuestro señor, hizo en la conquista del Reyno de Portugal, así en la cosas de la guerra como después en la paz antes que volviese a Castilla. Siendo Capitán General el Excellentissimo don Fernán Albaréz de Toledo, Duque de Alva, Valencia, 1586.* pamascio.uv.es/Lemir/Textos/ConquistaPortugal/ConquistaPortugal.htm, ed. Amparo Aplanes, fol. 44v.

Y es cierto que el duque fue, sobre todo, un soldado de una pieza y que, con no poca frecuencia, hizo uso de la crueldad como estrategia. Baste con recordar la decapitación del general Diego de Meneses, tras la toma del castillo de Cascaes². Desde pequeño, su abuelo don Fadrique le había instruido en el arte de la guerra y el gobierno. A los seis años lo acompañó en la campaña de Navarra y a los dieciséis acudió al sitio de Fuenterrabía con el condestable de Castilla. Como ha explicado, William S. Maltby, «before he was well into his teens he had learned to manage estates, armies, and, above all, himself... If the child learned self-discipline, he also learned a spartan indifference that could be called bloody-minded. If he absorbed grand strategy, he also grew increasingly expert at the devious tactics of small war and discovered the manifold uses of cruelty»³.

Pero don Fernando no solo fue un militar excelente, sino todo un príncipe del Renacimiento, en todas las dimensiones que la condición implicaba. Tras un tiempo de formación con el benedictino Bernardo Gentile, don Fadrique eligió como preceptor para su hijo a uno de los más destacados humanistas de su tiempo, como fue Juan Luis Vives. Por intrigas o malos entendidos, lo cierto es que la propuesta no llegó a buen fin⁴. El designado en su lugar fue un fraile dominico de origen lombardo llamado Severo Varini. Probablemente, bajo la tutela de Vives, la formación de don Fernando hubiera sido otra. Al fin y al cabo, buena parte de los humanistas tuvieron una profunda enemiga contra la escolástica tomista y aristotélica, y optaron por otras formas teológicas e incluso por otros modelos de latin literario⁵. A pesar de los reparos antierasmistas y el aristotelismo que Severo pudo inculcar al joven Fernando, el aprendizaje fue lo suficientemente sólido como para que pudiera manejar el latín y los textos clásicos con soltura y pudiera reconocer la valía de humanistas como Benito Arias Montano.

El ayo del futuro duque fue nada menos que Juan Boscán, educado a su vez con Lucio Marínico Sículo, traductor de *El cortesano* de Baltasar de Castiglione y amigo personal de Garcilaso de la Vega.

³ MALTBY, W. S., *Alba. A Biography of Fernando Álvarez de Toledo, Third Duke of Alba 1507-1582*, Berkeley, 1983, p. 13.

⁴ Vives dio cuenta a Erasmo de las circunstancias que le impidieron convertirse en maestro del heredero de la casa de Alba en una carta firmada en Brujas, a 1 de abril de 1522: «El duque de Alba ofrecíame una no desdeñable canonjía, si yo hubiera podido conocer el ofrecimiento por los frailes. Quería él, con mucho interés, que yo me encargase de la enseñanza de los nietos que tiene en España, de su hijo primogénito, y como tratase de enviarme a un camarero suyo que me hiciese la proposición y me ofreciese doscientos ducados de oro anuales como paga, llegó un cierto fraile dominico y le pidió al duque que ordenes le daba para Lovaina, para donde iba a partir al día siguiente. «Mejor oportunidad no pudo haberla, respondió el duque. Si: habla con Vives y entérate a ver si con esta paga quiere encargarse de la educación de mis nietos». Al mismo tiempo, un noble llamado Bertrán, aquel mismo que te hizo una visita tiempo ha, le da una carta para mí, en la que me comunicaba todo el negocio. Llegó el fraile a Lovaina: habla conmigo más de cien veces y ni una palabra del duque, ni me entrega la carta de Bertrán. El duque, viendo mi tardanza o prevenido del fraile que yo no acepto, encarga la formación de sus nietos a un fray Severo. Ayuno yo de todo esto, voy a Bruselas. Allí Bertrán se me queja por no haber contestado a su carta. «¿A qué carta?», dije yo. «¿En serio, a qué carta?», me responde. Entonces me cuenta, punto por punto, la cosa, ante muchos testigos, que decían haber intervenido en la entrevista en que el duque hizo al fraile aquella encomienda: que él se dolía muy mucho que yo hubiese desdeñado la oferta; que ya no era posible deshacer el contrato convenido entre el duque y fray Severo: «¡Bellaca trastada!», dije yo. «¿Cómo iba a desdeñar un ofrecimiento que me hiciera el duque, cuando siempre había buscado con suma diligencia alguna ocasión de demostrar al duque mi buena disposición para servirle? Le quedaba muy reconocido por la cariñosa atención que había tenido conmigo, y que no tanto lo sentía por el escamoteo de la plaza, como por haber tenido que conocer la picaresca condición del fraile. Si esto lo padecemos de los «hermanos», ¿qué no será de los extraños? No contentos con atacar la erudición, ya apañan con nuestros dineros. Dios hará justicia». VIVES, J. L., *Obras completas*, Madrid, 1948, vol. II, pp. 1.694-1.695.

⁵ Sobre el conflicto entre humanistas y dominicos, baste recordar la declaración del Brocense en su proceso: «Fueron luego algunos malintencionados a dezir a Mançio queeste avia reprobado toda la doctrina de Aristóteles, dixo Mançio: «esso es herejía porque sancto Tomás está fundado en Aristóteles y nuestra fee en sancto Tomás; luego reprobado a Aristóteles es dezir mal de nuestra fee». Esto le vinieron a dezir a este confesante unos teólogos que no se acuerda de sus nombres, y aviéndolo oído, tomó tanto enojo que dixo: «no pudiera dezir esso sino un fraile dominico modorro». *Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*, ed. Antonio Tovar y Miguel de la Pinta Llorente, Madrid, 1941, p. 80.

El reflejo de esa amistad, compartida con don Fernando, quedó plasmado en la Égloga II, donde aparecen como personajes el propio fraile Severo o Albanio —en referencia a la casa de Alba— y donde Nemoroso hace un extenso elogio del duque, no solo por sus capacidades militares, sino por su formación, presidida simbólicamente por la nueve Musas:

*Un infante se vía ya nacido
tal cual jamás salido d'otro parto
del primer siglo al cuarto vio la luna;
en la pequeña cuna se leía
un nombre que decía «don Fernando».
Bajaban, d'él hablando, de dos cumbres
aquellas nueve lumbres de la vida
con ligera corrida, y con ellas,
cual luna con estrellas, el mancebo
intonso y rubio, Febo; y en llegando,
por orden abrazando todas fueron
al niño, que tuvieron luengamente.
Visto como presente, d'otra parte
Mercurio estaba y Marte, cauto y fiero,
viendo el gran caballero que encogido
en el recién nacido cuerpo estaba».*

Más allá de los encomios cortesanos, el testimonio de Garcilaso se corrobora en la vida del duque, que, entre campaña y campaña, fue protector siempre de estudiosos y artistas y que mostró un hondo interés por toda forma de arte; en especial, por los libros buenos y bien impresos. Las distintas estancias del duque en Italia y Flandes acompañando al príncipe Felipe y luego de nuevo en Milán y Nápoles, como virrey, le permitieron no solo el conocimiento de los pintores italianos y de los primitivos flamencos, sino el trato personal con gentes como Antonio Moro o Tiziano, que a su vez le puso en contacto con Pietro Aretino.

Su presencia en Flandes fue una ocasión propicia para ocupar los ocios del gobierno y la guerra en esos otros asuntos en que las nueve Musas le habían instruido. Desde su llegada, don Fernando mantuvo una relación de proximidad con el impresor Cristóbal Plantino, que lo agradeció con la dedicatoria de no pocas e importantes impresiones. En 1569, le dirigió los *Munuscula* de Juan Cristóbal Calvete de Estrella; en 1570, publicó unas delicadísimas *Horae Beatissimae Virginis Mariae* para doña María Enríquez, mujer del duque, con cada página orlada de flores, frutos y animales, acompañadas de grabados de Jan Wiericx y Pieter Huys sobre diseños de Pieter van der Brocht y con las armas del ducado estampadas en el frontispicio. Nos queda incluso el testimonio de Montano sobre la curiosidad del duque en los tipos que Plantino utilizó para la obra:

El ejemplo deste ingenio mostró al duque d'Alba y a mí el año pasado, cuando cortó aquella letra de las horas de la duquesa; que es la más perfeta letra y la más proporcionada que jamás se ha visto ni se entiende puede ser, y así llaman aquella letra todos los que saben el arte el Parangón, que es dechado de todas las letras⁷.

⁶ GARCILASO DE LA VEGA, *Obra poética y textos en prosa*, ed. Bienvenido Morros, Barcelona, 1995, pp. 199-200, vv. 1.279-1.294. Sobre la formación académica del duque en sus primeros años, véase asimismo MALTBY, W. S., *Alba*, pp. 11-12.

⁷ Arias Montano a Zayas, 18/3/171. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, 1842-1914, vol. XLI, p. 238. En adelante, CODOIN. Las mismas orlas fueron reutilizadas para la edición de los *Humanæ salutis monumenta* de Arias Montano, que Plantino imprimió en 1571. Así lo han estudiado MAUQUOY-HENDRICKX, M.,

Poco después, el impresor le regaló con una estampación especial del *Theatrum orbis terrarum* de Abraham Ortelio⁸; y en 1572, se ocupó por extenso en la impresión de las obras de fray Luis de Granada, con la sola intención –aseguraba Montano en nombre del impresor– de «servir a mi Señora la Duquesa»⁹. La tirada, aunque pequeña, se hizo con los mismos tipos utilizados para las *Horae* e incluía, en diez volúmenes, la *Guía de pecadores*, el *Libro de la oración y meditación*, el *Memorial de la vida cristiana y el Contemptus Mundi*, nuevamente romançado y corregido. Añadiósele un breve tratado de oraciones, y ejercicios de devoción muy provechosos. Por último, en 1573 salió de las prensas plantinianas el *Ad Alvarum Toletum Albae Ducem Encomium* de Juan Cristóbal Calvete de Estrella¹⁰.

Del gusto del duque por la escultura nos queda el busto conservado en la Frick Collection de Nueva York, obra de Jaques Jonghelinck, uno de los más importantes escultores de los Países Bajos, a quien también encargó algunas medallas, como la que tiene en el reverso el emblema que Alcíato reservó para la prudencia: la grulla con la piedra en el pico. Don Fernando aprovechó su estancia en Flandes para encargar la compra no sólo de libros, sino de otros artículos de lujo, como esculturas, tapices, pinturas o ingenios mecánicos, a los que, al parecer, eran por igual aficionados él y su mujer¹¹. Además de reunir reliquias, facistoles o cuadros para El Escorial, algunos de los cuales provenían –como la *Adoración de los Magos* y el *Jardín de las delicias del Bosco*– de la confiscación de bienes del Tribunal de los Tumultos, encargó tapices vinculados al mayorazgo, contrató un jardinero flamenco para sus palacios en España y protegió a pintores como Antonio Moro. Recuérdese que las tendencias religiosas de Moro lo tuvieron apartado unos cinco años del entorno hispánico, y que sólo gracias a la mediación del duque volvió a trabajar para la casa real con un retrato de Ana de Austria.

Por si fuera poco, don Fernando manifestó durante su gobierno en los Países Bajos un vivo interés en la arquitectura militar. La construcción de la ciudadela de Amberes se inició bajo la dirección del arquitecto de Urbino Francesco Paciotto, pero las intervenciones personales del duque llegaron a tal punto, que Paciotto, cansado de sus intromisiones, dimitió y fue sustituido por Bartolomeo Campi. En realidad, fue el mismo gobernador quien se encargó de revisar y aun dirigir la construcción, pues lo asumió como un proyecto personal. Por eso escribía al rey el 12 de septiembre de 1569 asegurando que se trataba de «la más hermosa plaza del mundo»; y, en efecto, la ciudadela de Amberes, fue considerada durante mucho tiempo como modelo de una arquitectura militar invulnerable en la guerra¹².

Les estampes des Wierix conservées au Cabinet des Estampes de la Bibliothèque Royale Albert I^{er}: catalogue raisonné enrichi de notes prises dans diverses autres collections, Bruxelles, 1978-1983, pp. 438-465 y 497-501; o BOWEN, K. L., *Christopher Plantin's Book of Hours: Illustration and Production*, Nieuwkoop, 1997, p. 89, n. 90.

⁸ Cfr. CODOIN, vol. XLI, pp. 298-299.

⁹ Arias Montano a Albornoz. BÉCARES BOTAS, V., *Arias Montano y el libro flamenco en la España de Felipe II*, León, 1999, pp. 303-304.

¹⁰ Para una traducción moderna, véase CALVETE DE ESTRELLA, J. C., *Encomio de Don Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba*, trad. José López de Toro, Madrid, 1945.

¹¹ Cfr. FALCÓ Y OSORIO, R., duquesa de Berwick y de Alba, *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba*, Madrid, 1891, pp. 107, 111 y 114.

¹² Cfr. CODOIN, vol. XVIII, pp. 186-197. En torno a la ciudadela de Amberes, véase HÄNSEL, S., *Benito Arias Montano (1527-1598). Humanismo y arte en España*, Huelva, 1999, p. 70; JANSSENS, G., *Don Fernando Álvarez de Toledo, Tercer Duque de Alba, y los Países Bajos*, Bruselas, 1993, p. 13; y MALTBY, *Alba*, pp. 151-152.

I. UN HUMANISTA EN FLANDES

Si don Fernando era un príncipe renacentista, curioso de todas las ciencias y sabio en muchas de ellas, durante su estancia en las Provincias dio con un verdadero humanista, como Benito Arias Montano, cuyo testimonio es determinante para entender y juzgar el papel de la cultura de su política. El duque estaba en Flandes desde 1566, con casi sesenta años encima. Montano llegó dos años después y apenas tenía cuarenta y uno. No obstante, esos veinte años de diferencia no fueron inconvenientes para que el noble y el estudioso se reconocieran de inmediato en sus virtudes. En carta al secretario real Gabriel de Zayas, Juan de Alborno, secretario personal del duque, da cuenta del interés de su señor por Montano: «El duque huelga extremadamente con él, y tratan de mil materias excelentes»¹³. Y el propio Montano reconoce y aún se queja de tales conversaciones, al tiempo que encomia la formación del duque:

*El duque d'Alva me haze mucha merced, honor y favor en su casa y en toda esta tierra, porque me da el grado y lugar no que yo merezco, sino el que vuestra señoría podría desear que él me dicesse, tanto que yo me hallo confuso. Entre otras cosas y mercedes me haze una que es algo a costa de mi tiempo, mas por entender que gusta d'ella la recibo yo por grande, y es que estando aquí me ocupa quasi todas las tardes en que estemos hablando a solas; y quando estoy en Brusselas, las mañanas, y a la mesa, y después de mesa dos horas, y a la noche dos y tres y quatro. Tiene una discreción, memoria, juicio y distinción de cosas que me tiene admirado, y juntamente una disposición en el trattarlas que parece estar exercitadissimo en todas las materias*¹⁴.

Esa admiración intelectual tuvo su correspondencia en la acción política. Al menos desde 1570, el duque de Alba venía solicitando al rey su vuelta a España alegando cansancio y enfermedad.

¹³ Alborno a Zayas, 29/6/1569. Archivo General de Simancas, Estado, legajo 541, fol. 149.

¹⁴ La carta continúa reproduciendo una de esas charlas en las que el duque se mostraba «exercitadissimo en todas las materias», en este caso, el regimiento de Indias: «... luego me dixo con muy largas razones que me dio de cada cosa: «Yo tengo bien considerado el cargo que es ser presidente de Indias, y entiendo que requiere un hombre de las mayores partes que ningún otro cargo de quantos hay en la tierra requiera para administrarse bien. Porque no bastan leyes solas ni ser uno letrado de leyes, que por la mayor parte los que no han estudiado más que leyes son *rudes in caeteris publicis et priuatis rebus*» (digo las palabras como él me las dixo y en sus lenguages): «mas lo primero es menester mucha religión y piedad y zelo d'ella, por causa de la iglesia nueva que en aquella tierra se planta, y para esto es necessario conocimiento de hombres buenos y píos y de buen exemplo y agenos de avaricia para ponerlos en los cargos ecclesiásticos de aquellas regiones, y tener grandissimo cuydado, sobre todo, de saber cómo passa allá en esta razón de la religión, y cómo se trattan así los christianos que de acá han ydo como los que allá se han hecho y hazen». Y d'esto me dixo mucho más: «También», dize, «es necessario un ingenio que sepa imaginar líneas y medidas y ángulos y puertos y campos y animales y plantas y naturalezas, que no ha visto muchas ni conciertan con las de por acá, y los usos y fines d'ellas, porque acerca de todo esto hay gobierno y es materia d'él, y los que están allá pueden engañar al que desde acá lo gobierna. También es necesario que sepa de guerra y de milicia, y no sólo del uso nuestro de la guerra, sino de las usanças de los de allá y de los fines y causas y razones d'esta arte allá y acá, con todos sus discursos. Y de dos maneras de gentes muy estrañas unas de otras, que en guerra y paz tienen diversas costumbres los nuestros y los naturales. También ha menester mucha erudición en las leyes y conocimiento de las costumbres de los gobiernos de aquellas naciones, para poder mezclar y templar poco a poco hasta venirse todo a poner en conformidad, y, en fin, es supremo juez que ha de dezir derecho a todos. De mercader y de sus tratos es muy necessaria la noticia, y de la bondad y maldad que puede haver en esta arte, y de la prosperidad y menoscabo d'ella y de todo lo que pertenece a los derechos y jurisdicciones en esta arte necesarios. Demás d'esto, del arte de marear y de las cosas que tocan a marineros y navíos, y de lo adherente y accidente a este particular. Y al fin», dize, «ha de entender con clérigos y flayres, teatinos, juristas, médicos, juezes, escrivanos, soldados, señores y señoretas, ricos y pobres que dessean enriquecer. De manera que ha menester muchas partes, mucho cuydado, mucha paciencia, mucha facilidad y muchos y muy buenos amigos de quien se fie y ayude, y, sobre todo, mucha ayuda de Dios». Arias Montano a Juan de Ovando, 6/10/1571. Instituto de Valencia de Don Juan, envío 78, doc. n.º 17, fols. 140-141. La edición del texto procede de MACÍAS ROSENDO, B., *La correspondencia de Benito Arias Montano con el Presidente de Indias, Juan de Ovando. Cartas de Benito Arias Montano conservadas en el Instituto de Valencia de Don Juan*, Huelva, en prensa.

Montano se opuso enérgicamente, ya que estaba convencido de que sólo la severa actitud del duque podría mantener en aquellos dominios el catolicismo y el señorío de España. Así se lo escribía al presidente del Consejo de Indias, el 10 de octubre de 1571: «Tengo grandísima pena de la mudanza que he entendido hay en el gobierno desta tierra; porque he visto cómo han caminado hasta aquí las cosas della y al punto en que han llegado;... y desde que supe en secreto que al duque d'Alba se le había dado la licencia que ha pedido, tengo grandísima congoja. Yo cierto nunca fuera de parecer que se le diera por agora»¹⁵. Este lamento era solo el reflejo y la continuación de la apología que el humanista había hecho de los métodos del duque pocos meses antes, atribuyendo a la inspiración divina su presencia en Flandes para castigar «los caudillos, auctores y trujamanes»¹⁶. Y es que, a ojos de Montano, la intervención militar del duque había traído la paz y el orden, al tiempo que se aseguraba el catolicismo a las Provincias.

El grado de intimidad y hasta de complicidad al que llegaron ambos hombres, se muestra a las claras en una anécdota que Albornoze le narra al secretario Zayas. En 1569, el duque había enviado tropas a la ciudad de Lovaina y, en septiembre, una delegación de profesores de su Universidad –a la que Montano estaba unido por fuertes vínculos intelectuales y personales– pidió audiencia para solicitar que fuesen retiradas. Así lo cuenta Albornoze en mejores palabras:

...contaré a Vm. un dicho de Arias Montano graciosísimo. Fue necesario echar en Lovaina por unos días diez banderas de españoles, porque aquella gente es un poco dura; y viniendo la Universidad a suplicar a Su Excelencia sacase la gente. Arias Montano vino con ellos; y un doctor muy docto hizo una oración muy larga y muy elocuente. El Duque había estado veinte días en cama y aquél era el primero que salía a misa, y tivo en pie el dicho Doctor; y bien congojado; y habiendo acabado, salió Arias Montano y dijo: «Pues yo también soy de la Universidad, y me han encomendado que si Vuestra Excelencia no nos concede la petición, que le pida a este mi compañero que vuelva a hacer la oración de nuevo». El Duque no pudo abstenerse de risa y en fin salieron los soldados, porque la intención de S. E. no había sido sino espantar a los de la villa»¹⁷.

Arias Montano se sirvió además de tanta intimidad y trató con el duque de Alba para ayudar a no pocos de sus amigos flamencos y, al tiempo, hacer de puente entre el gobernante castellano y sus súbditos flamencos. Para Gemma Frisius, hijo de Cornelius Gemma, consiguió una cátedra de medicina en la Universidad de Lovaina, proveída por el duque con el aval del propio Felipe II. Daba cuenta de ello a Zayas en carta del 6 de abril de 1569:

El duque d'Alba ha proveído al doctor Gemma, hijo de Gemma Phrisio, de la letura de medicina por elección del magistrado de Lovaina, informado de sus muchas virtudes y

¹⁵ Arias Montano a Ovando, 10/10/1571. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, M., «Correspondencia del Doctor Benito Arias Montano con el Licenciado Juan de Ovando», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XIX (1891), pp. 476-498. Esta opinión de Montano se mantuvo firme, por más que aceptara y apoyara la decisión regia de llevar a don Luis de Requesens a Flandes. Al fin y al cabo, Montano era amigo –y desde muy joven– de gentes próximas a Alba en la corte y contrarias a Éboli y Pérez, como Mateo Vázquez, Zayas o Espinosa.

¹⁶ «Para lo cual inspiró Dios en S. M.^a el consejo de enviar al duque de Alba, viendo que la cosa estaba del todo rompida y no amenazaba menos que sangre y fuego, y se fundaba en muchos personajes de autoridad y de ingenio para mal, y que con sus artes tenían parte ganada y parte encantada y embaucada a la mayor parte de la gente [...], para que por vía de las armas aquietase y pacificase la tierra con toda clemencia, no usándolas contra los que se quisieren reposar, sino contra los rebeldes que llevasen su mal propósito a delante, y destos, castigando los caudillos, auctores y trujamanes». Arias Montano a Zayas, 5/2/1571. CODDIN, vol. XLI, pp. 219-220.

¹⁷ Albornoze a Zayas, 9/1569. GONZÁLEZ CARVAJAL, T., «Elogio histórico del Dr. Benito Arias Montano», *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1832, vol. VII, doc. 2, p. 132.

letras. Todavía suplico a v. m. por la carta en su favor y honor; porque sería dorar sobre plata, y a él añadirle ánimo para sus buenas ejercitaciones. Y si a v. m. pareciere, que en la carta se haga mención de tener S. M.^d noticia de la buena elección y provisión que el duque ha hecho, y aprobarlo y encomendarlo para lo de adelante por sus buenas partes, que son muy raras, y por los méritos de su padre¹⁸.

También a instancias de Montano, el duque propuso a Cristóbal Plantino para el cargo de prototipógrafo real en octubre de 1569. A pesar de las veleidades religiosas del impresor francés, entre sus obligaciones habrían de estar la vigilancia de las capacidades técnicas y el control de la ortodoxia de sus colegas flamencos, tal como escribía el propio duque: «Que haya un prototipógrafo de parte de Vuestra Majestad, el cual sea diestro, de buenas costumbres y fidelidad. Y como parece que concurren todas las partes en el Plantino, que éste los examine»¹⁹. Al mismo tiempo, Montano se encargó de que el *Theatrum orbis terrarum* fuera enviado a España para la instrucción del príncipe; y su autor, Abraham Ortelio, no solo recibió un considerable premio en metálico, sino que también obtuvo el título de «Cosmógrafo Regio», que el duque le concedió, tras sanción real, el 17 de noviembre de 1573²⁰. Por su parte, Andreas Masius se benefició de la defensa de Montano y el duque ante las dudas sobre su participación en la Biblia Poliglota, y el rey, como señal de reconocimiento, le concedió una cadena de oro de 600 florines²¹. No solo ellos, también Walter Arsenius o Gerardus Mercator se beneficiaron de las buenas relaciones entre don Fernando y Montano, que también facilitó encargos a pintores como Miguel Dars o el maestro Julio, e incluso los doce cuadros con la historia de Moisés, que el duque llevó consigo a su partida de Flandes.

El interés por la lengua española y su enseñanza en Flandes tuvo reflejo en publicaciones tempranas como la *Útil y breve institución para aprender los principios y fundamentos de la lengua Española o la Gramática de la lengua vulgar de España*, que el impresor Gravius sacó en Lovaina en 1555 y 1559 respectivamente²². Desde su llegada a Flandes, el duque de Alba se mostró inclinado a afrontar una reforma del sistema educativo, y ya en septiembre de 1569 designó a Montano como cabeza de un comité que habría de indagar en estas cuestiones. La intención era buscar caminos que facilitaran el mutuo conocimiento entre los españoles y los flamencos, para así aliviar las tensiones políticas, religiosas y militares. De este modo, se planteó la posibilidad de realizar intercambios de

¹⁸ Arias Montano a Zayas, 6/4/1569. CODDIN, vol. XLI, pp. 159-160. El rey hubo de aceptar la petición, pues la «Copia de una carta de su Majestad al Duque de Alba en recommendación del Doctor Gemma Frisio», con fecha casi inmediatamente posterior, se incluyó en el *De naturae divinis characteribus libri II* de Gemma, publicado en 1575: «Duque primo, yo he entendido cómo por la buena información que haviades tenido de las letras, suficiencia y buenas partes del Doctor Gemma Frisio, lo proveysteis de lectura y cátedra de Medicina en la universidad de Lovayna, y que allí tiene tal nombre y estimación, y es tan útil en el enseñar, y en lo que va escribiendo, que se ha tenido por muy acertada la provisión, y teniéndola yo asimismo por tal y voluntad de la favorecer y hazer merced por las mismas causas, y por la memoria que tengo de lo bien que el Doctor Gemma su padre sirvió al emperador mi Señor que está en gloria, os lo he querido significar por ésta, y rogaros y encargaros mucho, que continuando el favor que le havéis comenzado a hazer, le tengáis por muy encomendado en todo lo que se le offreciese y él tocase, para le animar, a que pueda trabajar con más satisfacción. Qual yo la recibiré de lo que por él se hiciere. De Madrid, a XXV de Julio de 1569. Yo el Rey. Çayas». Cfr. BÉCARES BOTAS, V., *Arias Montano y el libro flamenco*, p. 79.

¹⁹ Cfr. CLAIR, C., *Cristóbal Plantino*, Madrid, 1964, pp. 160-162.

²⁰ Cfr. REGUERA RODRÍGUEZ, A. T., «Mapas y epístolas. A propósito del libro *Contemplant un territoire. Los mapas de España en el Theatrum de Ortelius*», *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 256 (2000), www.ub.es/geocrit/b3w-256.htm.

²¹ Cfr. MACÍAS ROSENDO, B., *La Biblia Poliglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano*, Huelva: Universidad de Huelva, 1998, p. 259.

²² Cfr. PEETERS-FONTAINAS, J. Ph. y FRÉDÉRIC, A.-M., *Bibliographie des impressions espagnoles dans Pays-Bas Méridionaux*, Nieuwkoop, 1965, vol. I, n.º 681 y n.º 538.

estudiantes entre los Países Bajos y España o se insistió en la conveniencia de crear una cátedra de español en la Universidad de Lovaina. Todo ello se lo detalló Montano al duque en carta de 18 de marzo de 1570:

En lo que toca a instituir cátedra o lección de lengua española, allende que toda comodidad de aprender y saber es digna de favor, particularmente lo es esta en estas tierras donde los naturales son sujetos al Rey de España y han de ser gobernados por ministros españoles... con los cuales han de tener trato e inteligencia todos los otros ministros de la república y todo el pueblo. Y después del hecho de la religión, no hay cosa que más concilie los ánimos de los hombres de varias naciones en amistad y conversación, y que más los domestique y aficione a imitar y seguir las costumbres de los que los rigen, que la unidad y conformidad de la lengua, cuya ignorancia los enajena y tiene en sospecha a los unos de los otros, como los sordos que siempre se recelan y sospechan mal de las palabras que se hablan delante dellos, que no entienden bien. Esta fue una de las cosas que principalmente procuraron los romanos para confirmar su imperio... Otra cosa entiendo será también de grande importancia a mi parecer para el buen curso de los ministerios eclesiásticos en esta tierra, y es que S. Mgd. entre un buen número de estudiantes, hijos de criados suyos..., sustentase por lo menos una media docena de hijos..., porque éstos, allende que con criarse en su juventud en España por ocho o diez años, tomarán afición a la tierra y a la nación, cogerían también algo de la gravedad de las costumbres de España y del aborrecimiento de algunos vicios que allá son muy odiados y acá muy seguidos, y aficionarseían a la manera del gobierno temporal y espiritual de allá, y de estos saldrían algunos conocidos aptos para los ministerios eclesiásticos y seglares, que después acá fuesen más leales e inclinados al Rey de España y a los españoles, porque siempre se aficionan los hombres a la región donde estudiaron. Y lo mismo se podría hacer enviando acá algunos de los hijos de criados de S. Mgd. en cierto número que estudiasen en Lovaina²³.

Por la falta de tiempo, por las urgencias de la guerra y por desgracia, en fin, muy pocos de estos proyectos pudieron llevarse a buen término. Sí hubo tiempo, sin embargo, para levantar una estatua de bronce en honor del duque que dio que hablar lo suyo. La ocasión la había dado la victoria en la batalla de Jemmingen sobre Luis de Nassau y el material, los cañones ganados al enemigo. La idea partió, casi con seguridad, del caletre de Montano²⁴. Más que el gesto político y las consecuencias —más bien negativas— que tuvo, lo que aquí nos interesa es la dimensión artística y, sobre todo, humanística de la escultura²⁵.

El encargado de materializar la idea fue el ya mencionado escultor Jaques Jonghelinck, que se había formado con Leone Leoni; Willem van den Broek, Palludanus, se hizo cargo del pedestal; y el monumento se erigió el 19 de mayo de 1571. Al día siguiente, Esteban Ibarra escribía a Juan de Albornoz: «...así por quien representa como por lo que significa, es cosa para venerarla en todo el

²³ Arias Montano al duque de Alba, 18/3/1570. GONZÁLEZ CARVAJAL, «Elogio histórico», doc. 34.

²⁴ Así lo apunta, con su no poco de mala sangre, Maximiliano Morillon, secretario del Cardenal Granvella y enemigo declarado del humanista, en una carta del 14 de junio de 1574: «Je impute ceste folie à celluy que la fait faire que fut Arias, que a luy». Morillon a Granvella, 14/6/1574. *Correspondance du Cardinal Granvelle (1565-1586)*, ed. por Charles Piot/Edmond Pouillet, Bruxelles, 1877-1896, p. 5. 138.

²⁵ Sobre la dimensión política del monumento, véanse SCHUBART, H., «Arias Montano y el monumento al Duque de Alba», *Cruz y Raya*, 7 (1933), pp. 33-75 y *Arias Montano y el Duque de Alba en los Países Bajos*, Madrid, 1962; HÄNSEL, S., «Benito Arias Montano y la estatua del Duque de Alba», *Norba-Arte* (Cáceres), X (1990), pp. 29-35 y *Benito Arias Montano (1527-1598). Humanismo y arte en España*, Huelva, 1999, pp. 68-84; así como KAMEN, H., *El Gran Duque d'Alba. Soldado de la España Imperial*, Madrid, 2004, pp. 204-207.

mundo, de más de que el artífice quedará con perpetua gloria de tan perfecta obra»²⁶. Dado que se instaló en la plaza de la fortaleza de Amberes, a donde pocos tenían acceso, la efígie obtuvo una mayor difusión por medio del grabado que firmó Phillips Galle en 1571, amigo de Montano, con el título *STATVAM AENEAM ALBAE DVCI PACIFICATORIS HABITV ANTWERPIAE IN CASTRO COLOCATAM PHILLIPS GALLE EX[CUDEBAT]*. Solo cuatro años después, la estatua fue desmantelada por el nuevo gobernador, don Luis de Requesens, y posteriormente fundida de nuevo para volver a su primer destino: ser transformada en cañones²⁷.

Con un retrato sin idealización alguna, mostrando en el pecho el Toisón de Oro y armado con panoplia moderna, el duque sostiene el bastón de mando con la mano izquierda, cubierta por un guantelete, mientras que la derecha, desnuda, se extiende en gesto de paz. Aún se conserva en el Archivo de Simancas una «Declaración de la estatua de metal del duque de Alba y de otros que se han puesto en el castillo de Amberes» que pretende explicar el significado simbólico del conjunto. Allí se detalla cómo «el estar el duque del todo armado, si no el brazo derecho, significa, la parte armada, como vencio y echo del país a los malos, y el brazo desarmado y tendido llama a los buenos a paz y concordia»; y se añade que el «brazo del martillo» significa «el rompimiento de las iglesias»; el «brazo de la hacha de cortar leña, el rompimiento de las imágenes», «el de la maza de armas significa los que tomaron las armas contra S.M.», «el brazo de la hacha alumbrada, el fuego que pusieron a los templos y al país», las «dos cabezas en un cuerpo significan la herejía; la que tiene el bonetillo es el común, y la de las calabacillas y escudillas de palo, la nobleza. Las dos máscaras significan que las llevaban los que presentaron la requesta y, siéndoles quitadas, fueron conocidos» o que «los libros y serpientes que salen de las vicacas, la mala doctrina y el



²⁶ Esteban Ibarra a Juan de Albornoz, 20/5/1571. FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, J., duque de Berwick y de Alba. *Contribución al estudio de la persona del III Duque de Alba. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1919. p. 164, n. 55.

²⁷ Del derribo del monumento nos queda el testimonio de las lágrimas de Sancho de Ávila, comandante de la ciudadela y devoto del duque: «En recibiendo la carta de S. M. en que manda que haga quitar la estatua que está en la plaza del Castillo, ordenó a Sancho de Ávila que lo hiciese, y sin ruido, y sintió tan tiernamente él haberlo de ejecutar que le hacía instancia que le descargase del Castillo, que él quedaría allí sirviendo a S. M. toda su vida con una pica, muy contento de que fuese otro, el que lo executase, y pediale que le diese tiempo para despachar un correo yente y viniendo al duque de Alba, y le hizo instancia de lo uno y lo otro con lágrimas, y cierto, le pareció bien la gratitud que en esto mostró al duque de quien se tiene por hechura, y el le dijo que no se podía diferir, y le sosegó con decirle que cualquiera demostración que hiciese le estaba muy mal al duque de Alba, porque sería mostrar al mundo que se le hacía en esto ofensa, y quizá era con su voluntad, aviéndolo S. M. tratado con él, y que él daría al dicho Sancho de Ávila una orden en escrito por su descargo para que lo executase sin que nadie lo entendiese, y que él podría publicar que el duque mismo había enviado por la estatua, y pidió de que la forma de cómo esto se haría se comunicase con Jerónimo de Roda y con don Alonso de Vargas, y contentóse dello». Comendador mayor a Felipe II, 15/6/1574. Instituto de Valencia de Don Juan, envío 67, n.º 135, pliego 3.º, fol. 2r.

veneno que sembraron»²⁸. Al cabo, la estatua pretendía ser un símbolo de la política del duque en Flandes, en la que, tras la derrota de los rebeldes, se habría de actuar con generosidad.

Pero es en la basa, donde se hace mas patente la dimensión humanística que Montano quiso de la obra dar a la obra, tanto por la simbología, como por el alarde de lenguas y alusiones. En el frontal puede leerse una inscripción compuesta sin duda por el propio Montano: FERDINANDO ALVAREZ/A TOLEDO ALBAE DVC./ PHILIPPI II. HISP. APVD BELGAS PRAEFEC. QVOID/ EXTINGTA SEDITIONE RE-/ BELLID. PVLSIS RELIGIONE/ PROCVRATA. IVSTITIA/ CVLTA PROVINCIAE PACE/ FIRMARIT REGIS OPTI-/ MI MINISTRO FIDELIS./POSITVM, esto es, «Erigido a Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, fiel ministro del óptimo rey de España Felipe II, gobernador ante los belgas, que aplastó el levantamiento, expulsó a los rebeldes, cuidó la religión, benefició la justicia y aseguró la paz de las Provincias». En lateral derecho, sobre el mote «Pietas», se ven las armas de los vencidos colgadas del árbol de la victoria, como muestra del triunfo de la verdadera religión y el fervor personal del duque. El lateral izquierdo es todo un gesto jeroglífico en el que la divisa «ΑΑΕΞΙΚΑΚΟΣΗΟΣ» se ilustra con una escena pastoril. El uso de la lengua griega remite a las fuentes helénicas de la bucólica, pero al tiempo enlaza con la tradición cristiana, pues, en último término, se está señalando hacia la imagen, tan repetida en la obra montaniana, del «Buen Pastor» y del gobierno de Cristo. En el relieve, un pastor avanza con su rebaño en la dirección que, desde las nubes, le señala Eos, diosa de la Aurora. Atrás quedan la oscuridad y las fieras nocturnas, tal como dicta el lema griego: «La Aurora que ahuyenta los males». La alegoría resulta transparente: la Aurora, el Alba, es decir, el mismo duque de Alba, tras vencer a la noche de la herejía, señala la senda segura que se ha de seguir. De hecho, la diosa, como el duque en su estatua, muestra el camino con la mano extendida. Imagino que tanto Montano, como el propio don Fernando, querían dejar a las claras la dimensión moderna, profundamente culta y humanística no sólo de su propuesta emblemática, sino de su misma acción política.

2. ENTRE LIBROS

Desde su llegada a Flandes, el duque puso a Arias Montano al frente de todo lo que tuviera que ver con libros e impresos. Para empezar, a finales de febrero de 1569, fue por mandato suyo a revisar las bibliotecas de Breda y Hausrat antes de que se procediera a su venta, con el objeto de reservar ejemplares para el rey o para él mismo²⁹. Un mes más tarde, el 6 de abril, daba cuenta a Zayas de sus pesquisas, encareciendo el valor de las obras:

Por lo menos holgaría que S. M. passase allá los que aparté en Breda, porque son libros de más estima que yo he significado acá. La razón es que estos libros son los originales que los autores mismos dedicaron a los mayores del príncipe de Orange, y aunque algunos andan impresos y otros no, aun los que están impresos, están en grandes, importantes y largas partes defectuosos del original. y no en sí livianamente, sino que por ventura hay en estos originales más que la tercia parte de ventaja de lo que se halla en los impresos. Los que aparté en Breda, aunque son pocos, costaron más de dos mill escudos a escribir e iluminar; y por ser como digo tan perfectos originales, no tienen precio. No he querido explicar acá tanto esto por no ponerles más dentera a los que pretenden detenerlos por acá. Si S. M.^d fuere servido que se lleven a España, podrá avisar al duque haga que se aparten de aquellos todos los que a mí me parecieren para juntarlos con los demás que voy allegando para

²⁸ Archivo General de Simancas, Estado, legajo 549, fol. 153.

²⁹ Cfr. CODDIN, vol. XLI, pp. 149-151.

*la librería de allá, y así con esta disimulación escogeré aquellos. Y tórnome a afirmar en que son libros de mucha importancia*³⁰.

Sus labores para reunir libros dirigidos a la biblioteca real o la del duque siguieron durante todos los años de estancia en Flandes³¹. También sabemos que fue Montano el encargado de supervisar la impresión de las obras de fray Luis de Granada que hizo Plantino para la duquesa de Alba³², de comprar libros para el duque y preparar su envío a España, como en el caso del lote remitido el 28 de noviembre 1573. En esa «Memoria de seis cajas marcadas de la marca de fuera n.º 6, 7, 8, 9, 10, 11. Para el Excmo. Duque de Alba hechas en casa de Plantino por orden del Sr. Arias Montano» se encuentran libros de derecho, como la «Praxis Civilis Damhauderii» o las «Selectae Quaestiones iuris, Iº, parchemin», junto a numerosos textos de santos padres, como Agustín, Ambrosio, Jerónimo, Anselmo, Basilio, Eusebio, Hilario u Orígenes o los comentarios de Jansenio a *Proverbios*, *Salmos* y *Eclesiastés*. Pero llama especialmente la atención la presencia de «una Biblia Real en 8 cuerpos», los *Hieroglyphica* de Pierio Valeriano, un «Theatrum orbis pintado de colores» y «dos globos de Gerardo Mercator pintados etc. con sus pies»³³.

Esa colaboración en torno al libro no se limitó al ámbito privado. Tanto el duque, como el humanista, como el propio Felipe II eran conscientes de la importancia política y social que el impreso había ido adquiriendo como medio de propaganda y control ideológico. Laura Manzano ha subrayado esa moderna atención del rey por las cuestiones de propaganda impresa o por su control: «Aunque ha sido mucho menos estudiada y quizá nunca llegó a ser tan efectiva como la que llevaron adelante sus antiguos vasallos, Felipe II y sus sucesores la incrementaron mediante diversos medios para justificar su actividad en defensa de la religión católica y reafirmar también lo legítimo de su autoridad. Esto nos explica el interés del monarca hispano por las ediciones de Plantino, al que perdonaron sus veleidades calvinistas en tanto que colaborara con el Rey Católico en la elaboración de estrategias editoriales»³⁴. En efecto, desde la llegada de don Fernando Álvarez de Toledo para pacificar las Provincias, Plantino quiso mantenerse a buenas con el poder y el duque en absoluto le hizo ascos al enorme potencial de su imprenta y a la posibilidad de controlar el entramado editorial flamenco. Ya doña Margarita de Parma había solicitado a la universidad de Lovaina la elaboración de un catálogo actualizado de libros prohibidos. El

³⁰ Arias Montano a Zayas, 6/4/1569. CODON, vol. XLI, p. 154. A lo que añade una lista autógrafa de esos impresos y manuscritos que había reservado, donde aparecen desde san Clemente, al Maestro de las Sentencias, una Biblia impresa de 1475, el Petrarca latino y manuscrito con el *De remediis utriusque fortunae* junto al italiano. *Les chevaliers fameux* y otros varios libros en francés. Cfr. CODON, vol. XLI, pp. 160-161.

³¹ «El otoño pasado —escribía al rey el 9 de mayo de 1570— comencé a hacer visitas por las abadías de estos Estados, y hallé mucho destrozo hecho en libros originales [...]. Acordé diferir el cumplimiento de la visita hasta hacer una diligencia que no me ha sucedido mal, de que el Duque está muy contento, y fue disimuladamente enviar a los libreros comarcanos de los monasterios, para que comprasen todo lo que pudiesen de libros originales en pergamino, porque de esta manera habríamos algunos para la librería real que V. M.^d instituye en Sant Lorenzo». Arias Montano a Felipe II, 9/5/1570. CODON, vol. XLI, p. 176.

³² A ello alude en una carta de 23 de agosto de 1571, dirigida a Alborno, conservada en Archivo de la Casa de Alba y publicada por Vicente Bécáres: «Muy Magnífico Señor: Por estar al presente algo mal dispuesto y purgado hoy de un catarro con fiebrezilla que he tenido, no será ésta para más de besar las manos de V. M. por la que me hizo con la suya y con encaminarme los pliegos que venían para mí, y responder a lo que toca a los libros de Fray Luis para mi Señora. Plantino ha hecho la cuenta y saldrá la costa de cada diez cuerpos de libro a seis florines siendo de aquella letra de las horas. Embía con ésta dos muestras, una de la misma letra y otra menor, y dize que es necessario que V. M. le avise cuántas quiere mi Señora la Duquesa, porque si es una tarca son mill, y media quinientas, y un tercio son trezientas, y él no hará más de las que le mandaren». BÉCARES BOTAS, *Arias Montano y el libro flamenco*, pp. 303-304.

³³ Cfr. *Ibidem*, pp. 304-305.

³⁴ MANZANO BAENA, L., «Inventando al enemigo: imágenes de «España» en las Provincias Unidas», en *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica*, coords. Ana Crespo Solana y Manuel Herrero Sánchez, Córdoba, 2002, p. 783.

de Alba fue un poco más allá, pues no solo encargó el índice a Montano, que ya había actuado como calificador de libros, sino que se propuso ejercer un estricto control sobre la producción y el mercado editorial. Así se lo explicaba al rey en carta de octubre de 1569:

Viendo los abusos que ha habido aquí en las impresiones, de donde han nacido los errores grandes que se han hecho en imprimir libros vedados.... hice juntar algunos teólogos los más doctos de Lovaina en esta villa, con el presidente Viglius, fray Alonso de Contreras, Dr. Arias Montano y el deán de Santa Gudula, los cuales hicieron un catálogo de libros prohibidos y de los que se pueden corregir conforme al Concilio de Trento... Que el número de los impresores se reduzca a pocas casas... Que haya un tipógrafo puesto de parte de V. Mgd., el cual sea diestro, de buenas costumbres y fidelidad; y como parece que concurren todas las partes en el Plantino, que éste los examine en lo que toca a la habilidad y les dé cartas de examen, y que sean confirmadas por V. Mgd. o su gobernador; y éste no tan solamente ha de examinar los que son maestros y principales en la impresión, pero todos los discípulos, de manera que no pueda ganar sueldo fuera de la casa de sus maestros, ni trabajar en las imprentas sin ser examinado y tener carta de examinación firmada del prototipógrafo, con pena al que lo contrario hiciere³⁵.

Arias Montano comenzó los trabajos en colaboración con el deán de la Facultad de Teología de la Universidad de Lovaina Jodokus Tileanus y, más tarde y con toda la información precisa reunida, la comisión se amplió con la presencia de Francisco Sonnio, Viglio de Zuichem, prevoste de San Baxón en Gante, Lorenzo Metsio, deán de Santa Gudula en Bruselas, y Alonso de Contreras, confesor del duque. La labor estuvo culminada el 3 de octubre y Plantino imprimió el *Catalogus* definitivo a principios de 1570, llevándose a cabo una nueva impresión ese mismo año. Felipe II estaba tan convencido de la utilidad de estos trabajos que, en carta al duque, manifestaba su intención de adoptarlos como modelo para todos sus reinos: «El catálogo de Montano servirá el ejemplo para se hazer aquí otro tanto, y assí se ha dado copia a los de la general Inquisición para este effecto»³⁶. El propio Montano daba cuenta de sus oficios de censor y de otros trabajos realizados por la comisión respecto al control de los impresores y la ortodoxia de los maestros de escuelas en una carta dirigida al rey el 9 de octubre de 1570:

El duque d'Alba por servicio de V.M.^d me mandó el año pasado hacer un catálogo de libros que entendiese debían ser reprobados, para repurgar las librerías de estos estados. Yo lo hice y conforme a él se repurgaron e yo asistí a la repurgación de las desta villa, y fue Dios servido que se hizo por todas partes bien y sin perjuicio de persona. Después di aviso que para hacer un catálogo cumplido era necesario escribir a las universidades y obispos, para que ellos diesen noticia de todos los malos libros que había aparecido en esta tierra estos tiempos pasados, así vulgares como latinos, y así se hizo, y después se celebró una junta en Bruselas [...]. En la consulta que duró diez días se determinaron tres cosas: la una fue la ordenación y disposición del catálogo, la cual remitieron a mí los diputados con los avisos y acuerdos que para ello fueron necesarios. El catálogo se hizo bien cumplido y juzgando las cosas con mucha equidad, el cual se ha publicado acá y se obedece con grande observancia. Yo di un ejemplo al duque para que lo enviase a V. M.^d y otro para el inquisidor general, porque entiendo ser útil en todas partes, y así también lo llevan a Italia y a Francia y al obispado de Lieja.

³⁵ El duque de Alba a Felipe II, 31/10/ 1569. Archivo General de Simancas, Estado, legajo 541, fol. 79. Sobre las censuras y controles de las impresiones y las quejas de Plantino al respecto, véase CLAIR, C., *Cristóbal Plantino*, p. 99.

³⁶ Felipe II al duque de Alba, 24/12/1569. Archivo General de Simancas, Estado, legajo 542, fol. 4.

La segunda cosa que resultó de la consulta fue el orden que se podría tener para que las impresiones de estos Estados fuesen muy fieles y seguras, porque dello resultaría sanidad en la doctrina para toda la cristiandad y grande utilidad y renombre por esta parte en estos Estados de V. M.^d [...].

La tercera fue la reformation de las escuelas de mochachos y maestros dellas, lo cual también se va entablado: guíelo Dios todo a su servicio y al de V. M.

Pero Montano aún añadía algo más:

Restaba una cosa que es importantísima a toda la iglesia, y que el concilio de Trento en su catálogo decretó, y todo el mundo la deseaba, sino que por falta de ejecución estaba muerta con grande daño y perjuicio de las personas y dineros, y es que hay muchos libros que andan entre las manos públicamente que tienen necesidad de ser repurgados, o por tener ellos mismos en la lección principal cosas no tan sanas como conviene, o por haber en ellos anotaciones en parte muy útiles y en parte dañosas. En este número entran las obras de S. Agustín y S. Jerónimo y Tertuliano, y otros autores graves.

El humanista y el noble se agarraron al decreto de Trento como a un clavo ardiendo para salvar el mayor número posible de libros de un destino crematorio. El esfuerzo era mucho, pues habría que buscar en cada libro los pasajes contrarios al dogma; pero los resultados merecían la pena:

Ahora en esta junta que en Bruselas se hizo, se ordenó modo con que en estos Estados de V. M.^d pudiese hacerse esta repurgación de semejantes libros buenos y provechosos, repartiéndose los libros entre las universidades y obispos y letrados calificados que acá hay; yo di razón desto al Duque y me ofrecí a la parte de diligencia que en ello me cupiese; y di aviso de los repartimientos cómo se podrían hacer con comodidad y del modo que se tenía para que no hubiese necesidad de gastar dineros en esta repurgación, y hale agradado al Duque, conociendo cuan importante cosa es esto para toda la iglesia, y está comenzada la tratación desto, que entiendo bien será una de las cosas dignísimas del nombre y providencia de V. M.^d, allende del servicio de Dios, que de aquí resultará. Creo que el Duque dará cuenta desto a V. M.^d y será obra de V. M.^d el animarle a que lo concluya y efectúe³⁷.

De la voluntad de salvadora de Montano nos queda el testimonio de la famosa carta a Juan de Ovando en que recuerda que «los que más nos han dado quehacer han sido, entre los theólogos, Erasmo y, en los juristas, Carolo Molineo»³⁸. Pero no sólo a Montano le movía esa intención. Conocemos las dudas que los profesores de Derecho y de Teología de la Universidad de Douai plantearon al duque de Alba a principios de junio de 1570 en relación con el catálogo de libros prohibidos por un documento conservado en la Biblioteca Apostólica Vaticana³⁹. Como ha explicado Baldomero Macías, en el margen derecho del código se conservan las respuestas del duque, dadas el 27 de junio: «Ese documento conservado en la Biblioteca Apostólica Vaticana permite conocer en buena medida el espíritu tolerante que guió al duque y a Montano en la preparación del índice expurgatorio. Pues, de hecho, las dudas planteadas por los profesores de Douai no carecían de fundamento, sino que emanaban de la ambigüedad de algunas de las disposiciones tridentinas o de la

³⁷ Arias Montano a Felipe II, 9/10/1570, CODDIN, vol. XLI, pp. 173-176.

³⁸ Arias Montano a Juan de Ovando, 2/8/1571, Instituto de Valencia de Don Juan, envío 78, doc. 16, fols. 122-123. La edición del texto procede de MACÍAS ROSENDO, *La correspondencia*.

³⁹ Códice Vaticano Latino 6207, fols. 206-207. Cfr. *Index d'Anvers 1569, 1570, 1571*, vol. VII, *Index de livres interdits*, dir. Jesús Martínez de Bujanda, Sherbrooke, 1988, pp. 39-41.

falta de instrucciones concretas, de manera que las prohibiciones podían llegar a ser más numerosas de lo que se recogía en los catálogos del Concilio y de Arias Montano. En la respuesta dada por el duque de Alba a los profesores de Douai, don Fernando se muestra en todo momento partidario del expurgo y de salvar de la hoguera todos los escritos posibles, salvo las obras de los herejes y aquellas que estuvieran totalmente corrompidas⁴⁰. Fue, como siempre, Cristóbal Plantino el encargado de publicar el libro definitivo en julio de 1571, con el título de *Index expurgatorius librorum qui hoc seculo prodierunt uel doctrinae non sanae erroribus inspersis, uel inutilis et offensiuae maledicentiae fellibus permixtis, iuxta Sacri Concilii Tridentini Decretum; Philippi II Regis Catholici iussu et auctoritate, atque Albani Ducis consilio ac ministerio in Belgia concinnatus*. Lo singular está en que el duque y Montano utilizaron este instrumento aparentemente restrictivo, para ampliar las fronteras dogmáticas de la Iglesia católica, ya que, con su censura, salvaron numerosísimos libros de la condena. Con este expurgo —por muy represivo que hoy pueda parecer—, se recuperó para la Iglesia un sector importante de la cultura europea, que el Concilio de Trento y los conflictos religiosos habían dejado fuera de los márgenes del dogma católico. Aunque eso sí, el humanista se vio obligado a revisar y censurar libros que él mismo tenía en su biblioteca desde joven.

Con motivo del envío de un ejemplar del *Index* al cardenal Francisco Pacheco de Toledo, el duque de Alba explica cómo se desarrollaron los trabajos del expurgatorio:

Después de esto, deseando yo hacer este servicio a la Iglesia y comodidad a todos los estudios, ordené que se corrigiesen y expurgasen los libros que pudiesen admitir expurgación, y para este efecto repartí el índice de todos los que parecían ser a propósito, por todos los prelados y universidades de estos Estados, encargándoles que cada uno, por su parte, pusiesen diligencia en leer la parte que les cabía y notar todos los lugares que en alguna manera podían ser ofensivos y me los enviasen a mí y a los consejeros que aquí se ocupaban en esto; y así, en espacio de nueve meses, todos enviaron sus listas y anotaciones de los lugares y sus pareceres acerca de ellos, y llegó el número de los hombres doctos que, en esto entendieron a 120, todos doctores o licenciados o prelados eclesiásticos y las Facultades de Teología de dos universidades, Lovaina y Duay, y para la buena conclusión de esto elegí en Amberes un colegio de censores, en el cual se congregaron nueve teólogos, canónigos y curas, con el maestrescuela y penitenciario de la dicha villa, y presidía el Obispo de ella, y asistía, por mi parte, el doctor B. Arias Montano, y éstos juntos vieron y confirieron todos los índices y pareceres que los obispos, universidades y las demás personas doctas habían enviado, y hicieron censura de los lugares que se debían expurgar, collacionando los libros con las notas todas que de todas partes se habían enviado, y en esta censura se ocuparon por tres meses.

Hecha la dicha censura, mandé que se imprimiese a costa de S. M., y para la buena expedición de ella se hicieron edictos en flamenco, francés y latín, como pareció convenir, y ordené se repartiesen los ejemplares de la censura por los metropolitanos, obispos y universidades [...].

Allende de esto, ordené que de allí adelante ninguno de los libros contenidos en el dicho índice se imprimiese sin ser primero corregido, conforme al dicho índice, y llevar testimonio de uno de los visitadores ordinarios y legítimos de que estaba corregido y otra certificación del prototipógrafo.

⁴⁰ MACÍAS ROSENDO. *La correspondencia*.

El Duque aun encontró ocasión de hacer un gesto de humildad ante los encendidos elogios que recibía de su humanista de cabecera en el prólogo: «Después he mirado la epístola que Arias Montano ha puesto en este libro y heme corrido de enviarle. Yo suplico a V. S. I. salve este inconveniente»⁴¹. En efecto, el prefacio que abre el *Index expurgatorius* con el título «Benedicti Ariae Montani hispalensis, in correctorium indicem Catholici Regis auctoritate, et Ducis Albani ivssu editum praefatio» insiste en la intención que movió a los censores para enmendar inserciones que atribuyen a los herejes en obras perfectamente canónicas y en contra de la voluntad original de sus autores y asegura que muchos autores vivos agradecerán que sus obras puedan llegar a los lectores, una vez limpias de lugares dudosos. Pero, tal como apuntaba don Fernando, Montano no dejó pasar la ocasión de ensalzar la figura y la obra de su señor el duque, como primer servidor del rey y de la Iglesia y responsable último del *Índice*:

Pues dado que Felipe, católico y piadosísimo rey de las Españas, puso de antemano la totalidad de sus propósitos, afanes, acciones y resoluciones a fin de que la causa de la religión católica, que muy oportunamente había salvado, fuera consolidada, de lo cual se genera tanto todo el sosiego del estado, como el poder y buena disposición para gobernar a los pueblos, encomienda a todos sus ministros, los cuales tiene muy piadosos y atentos a la utilidad pública, que ante todo ocupándose de ello y prestándole la máxima atención, le concedan la mayor importancia. Mas entre estos destaca uno, Fernando, duque de Alba, al cual, además de las esclarecidas hazañas de la piedad hacia Dios, de obediencia al rey y de deber para con la cristiana república durante toda su vida anterior, le tocó también en suerte aquella ventura digna de celebrarse con monumentos históricos perennes de la cual se sirvió para defender a la provincia de Bélgica en estos tiempos sumamente turbulentos con la guerra, como también para gobernarla con leyes en la paz. El duque, como ministro principal y diligente de la autoridad regia, que ha prestado señalados servicios no solo a la república cristiana, sino también a cualquier género de las artes liberales, se ocupó asimismo de esta parte que atañe al excelente y muy noble ejercicio de las letras, con la misma determinación, autoridad y celo con que había asumido todas las demás, con el máximo criterio y óptimo resultado.

Este fue el dictamen y mandato del duque: que, después de corejados cada uno de los índices de los libros con los libros mismos y examinadas las opiniones y revisados los pasajes, que el colegio de censores, constituido para tal fin decidiera y determinara qué debía rechazarse por completo, qué corregirse y qué admitirse y tolerarse»⁴².

⁴¹ El duque de Alba al cardenal Pacheco, 17/9/1571. FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, J., duque de Berwick y de Alba, *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*, Madrid, 1952, doc. 1425, pp. 731-732.

⁴² «Cum igitur Philippus Catholicus, et pietissimus Hispaniarum Rex, omnem consiliorum, studiorum, actionum atque expeditionum suarum summam in ea re praefinierit, ut religionis Catholicae ratio quam optime subducta, consolidetur: ex qua omnis, tum Reip. tranquillitas, tum gubernandorum populorum facultas, commoditasque: creatur, eandem etiam cum primis rem, ministris omnibus suis, quos ubique: et pietissimos et publicae rei studiosissimos habet, curandam commendat, et curatam diligenterque: observatam maxime facit. Inter eos autem Ferdinandus Albanus Dux unus est, cui praeter caeteras praeclariss. pietatis in Deum, obsequii in Regem, et officii erga Christianam remp. per omnem antea vitam gestas res, illa etiam perpetuis historiarum monumentis celebranda felicitas obligit, qua in Belgica Provincia his turbulentissimis temporibus bello defendenda pace et legibus administranda est usus. Ille autem non modo de Christiana repub. sed de omni etiam bonarum artium genere, multis modis optime meritis princeps Regiaeque auctoritatis strenuus minister, hanc etiam partem, quae ad optimum et innocentissimum literarium usum pertinet, non minore consilio, auctoritate atque diligentia curavit: quam caeteras omnes, quas summo iudicio optimoque: eventu susceperat [...]. id enim Ducis consilium mandatumque fuerat: ut postea collatis singulis librorum indicibus cum libris ipsis et sententiis examinatis, locisque recensitis, quid tandem reiiciendum omnino, quid corrigendum, quid admittendum tolerandumve esset. Censorum etiam collegio ad eam rem instituto, decerneretur statuereturque». *Index d'Amers 1569, 1570, 1571, vol. VII. Index de livres interdits*, pp. 721-723, fols. 6r-v y 7r. La traducción es nuestra.

También fue Montano el encargado de poner en marcha y supervisar la impresión de los nuevos breviarios y misales ajustados a las disposiciones tridentinas⁴³, aunque la obra magna —y la razón de la presencia de Montano en Flandes— fuera la Biblia, en la que también don Fernando Álvarez de Toledo tuvo una participación decisiva. El 25 de marzo de 1568 Felipe II escribió dos cartas. La primera de ellas iba dirigida a Arias Montano para darle instrucciones y la segunda tenía por destinatario al propio duque, a quien se le informaba de la persona de Montano y de los propósitos reales:

... habemos hecho elección de la persona del doctor Beneditto Arias Montano, nuestro criado y capellán, de cuya virtud, religión, fidelidad y erudición, así en las lenguas como en theologia y otras facultades que para esta obra se requieren, tenemos entera prueba y satisfacción, y por tal persona es de Vos bien conocido, el qual enviamos a esos estados con la autoridad y facultad conveniente como lo veréys en nuestra instrucción, que para ello lleva. Y holgamos mucho que aya sido a tiempo que vos estéys en esos estados, teniendo entendido de vuestra religión y affección al servicio de Dios y nuestro, y al bien público de Iglesia Cathólica, daréis orden cómo esta sancta obra se effectúe y concluya con la comodidad y facilidad que convenga, y que lo que tocara a la persona del dicho Arias Montano y a todo lo demás que fuere necesario proveerse para esta santa obra, tendréys el cuidado que de Vos confiamos⁴⁴.

En abril, el duque trasladó a Plantino la noticia y la disposición real. Los trabajos se alargaron hasta 1571: fue entonces cuando se iniciaron los movimientos para conseguir la autorización papal. El embajador Zúñiga había insistido en las reticencias de Pío V ante la Biblia, a pesar de sus muchas explicaciones e solicitudes⁴⁵, por lo que el duque envió a Montano a Roma para intervenir cerca del papa a principios del año siguiente:

Luego como V. M. me mandó despachar a Roma correo sobre el negocio de la Biblia, lo hice y envié particular relación de todo lo que de aquí se podía enviar, conforme al parecer del doctor Arias Montano, para que tanto más fácilmente S. S. viniese conceder el Breve de la bendición y aprobación; y habiendo remitido este negocio a los cardenales Sirleto y Tiani, el embajador de V. M. en aquella corte hizo todas las diligencias que pudo para encaminar o conforme a la voluntad de V. M., pero al cabo S. S. se ha resuelto, no solamente no querer dar la aprobación de bendición, pero ni aún el privilegio sin mandar ver y examinar muy maduramente la dicha obra, ni menos remitirla a los doctores de Lovaina, pareciéndole que como los haya comunicado el doctor; y ellos a él, y que le fueron delante pidiéndole que se la remitiese, no lo ha querido hacer⁴⁶.

⁴³ Fue el mismo Felipe II quien escribió al de Alba a principios de 1571 señalándole su deseo de que «en estos mis reinos y en las Indias haya destos tales libros la copia y abundancia que se requiere» y disponiendo que «los imprima Cristóforo Plantino, mi prototipógrafo en esos Estados, con intervención y asistencia del doctor Benito Arias Montano, mi capellán, que el uno y el otro lo harán con la buena inteligencia y cuidado que dellos se confía». Felipe II al duque de Alba. CODOLIN, vol. XLI, p. 192.

⁴⁴ Felipe II al duque de Alba, 25/3/1568. MACÍAS ROSENDO, B., *La Biblia Políglota de Amberes*, Huelva, 1998, p. 84. La carta a Montano se recoge en la p. 79.

⁴⁵ «...yo di luego a su Santidad de la carta que el duque de Alba le escribiera y le hize relación del gasto y cuidado que V. M. avía puesto en la impresión de esta Biblia y cuántas personas de muchas letras y religión se avían ocupado en ella conforme a los memoriales que el doctor Arias Montano me imbió y le supliqué en nombre del duque por esta aprobación y bendición. Loo mucho el zelo con que V. M. se avía movido a este negocio, pero púsome dificultades en dar la aprobación, deziéndome que hasta agora los sumos Pontífices avían querido aprobar estas traducciones de la Biblia, porque se avía de hazer con mucha consideración». Juan de Zúñiga a Felipe II, 4/2/1572. GONZÁLEZ CARVAJAL, T., «Elogio histórico», p. 159.

⁴⁶ Duque de Alba a Felipe II, 26/2/1572. GONZÁLEZ CARVAJAL, T., «Elogio histórico», p. 161.

Arias Montano fue a Roma, bregó lo que pudo, se entrevistó aquí y allá y, finalmente, murió el papa Pío V. El nuevo papa Gregorio XIII no estaba por la labor de enfrentarse al monarca con la mayor potencia militar del mundo y concedió, por vía excepcional, un *motu proprio* como aprobación de la Biblia. Aun así, Montano no dejó de curarse en la salud del papa difunto aprovechando la ocasión del prólogo a la Biblia «Sobre la dignidad de la Sagrada Escritura, el uso de las lenguas y el propósito del Rey Católico»:

Y la obra misma, como es cosa de Dios claramente por su materia y su contenido, así tampoco hay que dudar en absoluto que entraba en los planes de Dios, que se editara de este modo y en este momento, con tanta labor de este rey. Esto queda patente por el hecho de que el papa Pío V, que preside hoy la Iglesia Católica representando a Cristo con toda santidad, en cuanto comprendió que se había promovido y comenzado esta obra excelentísima y utilísima en Amberes, por la decisión del rey y a su costa, enviado un emisario al Duque de Alba, prefecto militar de Bélgica, para trasmitir su felicitación y elogio, con motivo de una victoria tan importante que le había brindado, aparte de otras cosas, le encargó que se prosiguiera la obra, en el nombre fausto y grato de su Santidad, con su favor y asentimiento, con sus auspicios y la bendición también adjunta respecto de todos sus artífices. Por este motivo no ha podido haber bajo el cielo cosa ninguna más grata al propio rey, o a los hombres del rey, más adecuada o más favorable para estimular las labores continuadas en el progreso y perfeccionamiento de esta obra⁴⁷.

No solo eso, entre las imágenes alegóricas que abren la Biblia Políglota, se encuentra una representación de la «Pietas Regia», como símbolo de la piedad de Felipe II y de su defensa de la religión católica. La joven que encarna la piedad se apoya en el escudo de armas de la casa real, al tiempo que levanta un ejemplar de la Biblia con caracteres latinos, griegos y hebreos. La figura aparece flanqueada por una mano que sostiene una espada con el lema AUT GLADIO y otra, que levanta un cetro coronado por dos ojos vigilantes, con la divisa AUT VERBO. Paralelamente, a la izquierda aparecen los símbolos de la guerra y, a la derecha, los de la paz y el estudio. Arias Montano, encargado de diseñar la alegoría, seguro que tuvo en cuenta su propio papel y el del duque en todo el proceso de elaboración del libro, pues, de algún modo, uno representaba la palabra y otro la espada que habían acudido al tiempo en apoyo de la piedad regia.

Por disposición real, Plantino imprimió varios juegos de la Biblia Regia en vitela. Seis de ellos se reservaron para la Biblioteca de San Lorenzo el Real de El Escorial, otro se envió al papa Gregorio XIII y



⁴⁷ ARIAS MONTANO, B., *Prefacios de Benito Arias Montano a la Biblia Regia de Felipe II*, ed. María Asunción Sánchez Manzano, León, 2006, pp. 42-43.

otro se ofreció a la Universidad de Lovaina, en agradecimiento por su colaboración. El último de ellos fue un regalo del propio Felipe II a don Fernando Álvarez de Toledo, como prueba definitiva de agradecimiento por la implicación directa del duque en las labores de la Biblia y su colaboración permanente con Montano. Fue «¿cómo no?» el humanista quien tomó la pluma en nombre del rey para redactar una dedicatoria estampada especialmente para el duque de Alba en el primer folio de su ejemplar y fechada el 4 de noviembre de 1572:

Por mandato de Felipe II, el católico, al ilustrísimo duque de Alba, Fernando, porque arreglada la guerra y la paz en Bélgica, instaurada la religión, preservó un lugar para las buenas artes, Benito Arias Montano, por la sagrada causa comisionado, regaló este ejemplar de la Sagrada Biblia, felizmente impreso en este mismo tiempo, al mejor de los servidores de parte del mejor rey⁴⁸.

Era el mejor reconocimiento a la labor de un noble soldado que, en momentos políticos muy complejos y en situaciones de extrema gravedad militar, había querido y sabido defender las buenas letras.

3. BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS MONTANO, Benito, *Prefacios de Benito Arias Montano a la Biblia Regia de Felipe II*, ed. M.^a Asunción Sánchez Manzano, León: Universidad de León, 2006.
- BÉCARES BOTAS, Vicente, «Arias Montano, mediador entre España y Flandes», *Cuadernos de Pensamiento Social*, 12 (1998), pp. 273-284.
- BÉCARES BOTAS, Vicente, *Arias Montano y el libro flamenco en la España de Felipe II*, León, Universidad de León, 1999.
- BECKER, Jochen, «Hochmut kommt von dem Fali. Zum Standbild Albas in der Zitadelle von Antwerp 1571-1574», *Simiolus*, 5 (1971), pp. 75-115.
- BOUZA, Fernando, «De política y tipografía. En torno a Felipe II y los Países Bajos», en Fernando Checa Cremades (coord.), *Cristóbal Plantino. Un siglo de intercambios culturales entre Amberes y Madrid*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes; Editorial Nerea, 1995, pp. 31-52.
- BOUZA, Fernando, «Monarquía en letras de molde. Tipografía y propaganda en tiempos de Felipe II», en *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal, 1998, pp. 134-152.
- CABAÑAS AGRELAS, José Miguel, *Don Bernardino de Mendoza, un escritor soldado al servicio de la Monarquía Católica (1540-1604)*, Guadalajara, Diputación Provincial, 2001.
- CLAIR, Colin, *Cristóbal Plantino*, Madrid, Rialp, 1964.
- Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1842-1914.
- «Declaración de la estatua de metal del duque de Alba y de otros que se han puesto en el castillo de Amberes», Archivo General de Simancas, estado, legajo 549, fol. 153.

⁴⁸ «Ex Philippi II. catholici mandato ilmo. Albae Duci Ferdinando quod compositis in Belgica belli ac pacis reb. Religione instaurata bonis artibus locum servavit. Bened. Arias Montanus sacra causa legatus sanctum. Bibliorum opus eadem tempestate felicissime excusum. in aeternum pietatis monumentum optimi regis optimo ministro donum dedit». Benito Arias Montano, «Dedicatoria de Felipe II al duque de Alba», 1572. Ejemplar de la *Biblia Sacra* conservado en el British Museum. La traducción es nuestra.

- ESCOBAR, Antonio de, *Recopilación de la felicissima jornada que la cathólica Real Magestad del Rey don Phelipe, nuestro señor, hizo en la conquista del Reyno de Portugal, ansi en la cosas de la guerra como después en la paz antes que volviese a Castilla. Siendo Capitán General el Excellentissimo don Fernán Álvarez de Toledo, Duque de Alba* (Valencia, Pedro de Huete, 1586). parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/ConquistaPortugal/ConquistaPortugal.htm, ed. Amparo Aplanes.
- FALCÓ Y OSORIO, Rosario, duquesa de Berwick y de Alba, *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1891.
- FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, Jacobo, duque de Berwick y de Alba, *Contribución al estudio de la persona del III Duque de Alba. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*, Madrid, Blass y Cia., 1919.
- FITZ-JAMES STUART Y FALCÓ, Jacobo, duque de Berwick y de Alba, *Epistolario del III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*, Madrid, Diana, 1952.
- GARCILASO DE LA VEGA, *Obra poética y textos en prosa*, ed. Bienvenido Morros, Barcelona: Crítica, 1995.
- HÄNSEL, Sylvaine, «Benito Arias Montano y la estatua del Duque de Alba», *Norba-Arte* (Cáceres), X (1990), pp. 29-52.
- HÄNSEL, Sylvaine, Benito Arias Montano (1527-1598). Humanismo y arte en España, Huelva: Universidad de Huelva, 1999.
- HERRERO SÁNCHEZ, Manuel, *Las Provincias Unidas y la Monarquía Hispánica (1588-1702)*, Madrid: Arco Libros, 1999.
- Index d'Anvers 1569, 1570, 1571, vol. VII. Index de livres interdits*, dir. Jesús Martínez de Bujanda, Sherbrooke: Éditions de l'Université de Sherbrooke / Droz, 1988.
- JANSSENS, Gustaaf, *Don Fernando Álvarez de Toledo, Tercer Duque de Alba, y los Países Bajos*, Bruselas, Armand de Troyer, 1993.
- JANSSENS, Gustaaf, *Espanoles y portugueses en los medios universitarios de Lovaina (siglos XV y XVI)*, Amsterdam [etc], Rodopi, 1991. Separata de: Foro hispánico 3.
- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos, «Correspondencia del Doctor Benito Arias Montano con el Licenciado Juan de Ovando», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XIX (1891), pp. 476-498.
- KAMEN, Henry, *El Gran Duque d Alba. Soldado de la España Imperial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.
- KLEP, Paul M. M., «Religious War in the Low Countries. Some observations on long-terms effects of boundary drawing (16th-17th centuries)», en *Historia y Humanismo. Estudios en honor del profesor Dr. don Valentin Vázquez de Prada*, ed. Jesús M.ª Usunáriz Garayoa, Pamplona, Eunsas, 2000, I, pp. 131-146.
- LANDTSHEER, Jeanine de, «Benito Arias Montano and his friends from his Antwerp sojourn», *De Gulden Passer*, 80 (2002), pp. 39-62.
- MACÍAS ROSENDO, Baldomero, *La Biblia Poliglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano*, Huelva, Universidad de Huelva, 1998.
- MACÍAS ROSENDO, Baldomero, *La correspondencia de Benito Arias Montano con el Presidente del Consejo de Indias Juan de Ovando. Cartas de Benito Arias Montano conservadas en el Instituto de Valencia de Don Juan*, Huelva, Universidad de Huelva, en prensa.

- MALTBY, William S., *Alba. A Biography of Fernando Álvarez de Toledo, Third Duke of Alba 1507-1582*, Berkeley, University of California Press, 1983.
- MANZANO BAENA, Laura, «Inventando al enemigo: imágenes de «España» en las Provincias Unidas», en *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica*, coords. Ana Crespo Solana y Manuel Herrero Sánchez, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2002, pp. 775-796.
- MORALES OLIVER, Luis, *Arias Montano y la política de Felipe II en Flandes*, Madrid, Editorial Voluntad, 1927.
- MOTLEY, John Lothrop, *The rise of the Dutch Republic. A History*, New York, Harper and Brothers, 1861, vol. II.
- OSSORIO, Antonio, *Vida y hazañas de don Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba*, ed. José López Toro, Madrid, Blass S. A. Tip., 1945.
- PARADINAS FUENTES, Jesús Luis, «Arias Montano y los negocios de Flandes», en Marqués de la Encomienda et ál. eds., *El Humanismo extremeño. Estudios presentados a las III Jornadas organizadas por la Real Academia de Extremadura*, Trujillo, Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, 1999, pp. 335-343.
- PARKER, Geoffrey, *España y la rebelión de Flandes*, Madrid, Nerea, 1989.
- PEETERS-FONTAINAS, Jean Ph., y Anne Marie Frédéric, *Bibliographie des impressions espagnoles dans Pays-Bas Méridionaux*, Nieuwkoop, B. de Graaf, 1965.
- REGUERA RODRÍGUEZ, Antonio T., «Mapas y epístolas. A propósito del libro *Contemplant un territorio. Los mapas de España en el Theatrum de Ortelius*», *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 256, (2000), www.ub.es/geocri/b3w-256.htm.
- REKERS, Ben, *Benito Arias Montano*, Madrid, Taurus, 1973.
- SALCEDO RUIZ, Ángel, «El ayo y el preceptor del Gran Duque de Alba», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XVI (1907), pp. 370-378.
- SÁNCHEZ LORA, José Luis, *Arias Montano y el pensamiento político en la corte de Felipe II*, Huelva, Universidad de Huelva, en prensa.
- Schepper, Hugo de, «Los Países Bajos y la Monarquía Hispánica: intentos de reconciliación hasta la tregua de los Doce años (1574-1609)», en *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica*, coords. Ana Crespo Solana y Manuel Herrero Sánchez, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2002, pp. 325-353.
- SCHUBART, Hertha, «Arias Montano y el monumento al Duque de Alba», *Cruz y Raya*, 7 (1933), pp. 33-75.
- SCHUBART, Hertha, *Arias Montano y el Duque de Alba en los Países Bajos*, Madrid, Santiago de Chile, 1962.
- SMOLDEREN, Luc, «La statue du Duc d'Albe à Anvers par Jaques Jonghelinck (1571)», Bruxelles: Palais des Académies [*Mémoires de la classe des Beaux-Arts*, vol. XIV], 1971.
- VIVES, Juan Luis, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1948, 2 vols.
- VOET, León, «Felipe II, Guillermo de Orange y el tipógrafo Cristopher Plantino. Los dos principales protagonistas del drama holandés del siglo XVI vistos a través de la azarosa vida de un humilde ciudadano», en *Imágenes históricas de Felipe II*, coord. Alfredo Alvar Ezquerro, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos, 2000, pp. 43-58.

CELEBRACIÓN CÍVICA Y FIESTA URBANA EN LA ÉPOCA DEL GRAN DUQUE DE ALBA, FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO (1507-1582)

Francesc MASSIP

Universitat Rovira i Virgili, Tarragona. Institut del Teatre, Barcelona

La época de Fernando Álvarez de Toledo (1507-1582), III duque de Alba, supone la penetración del Renacimiento en la península ibérica, cosa que tiene una incidencia particular en las celebraciones cívicas y fiestas urbanas celebradas al entorno del soberano. Para ejemplificarlo hemos escogido una entrada real: la que hizo el emperador Carlos a Palma de Mallorca a mediados de octubre de 1541, cuando se dirigía al norte de África con una flota regentada por Andrea Doria que, tras reunirse con el duque de Alba en Cartagena, quedó integrada por 65 galeras, 450 bajeles, 12.000 marineros y 24.000 soldados, potente ejército que quedó diezmado por una tempestad. En la caótica retirada, Carlos nombró al duque de Alba jefe de la casa imperial (Kamen 2004: 48-49).

Conviene recordar que en el Medievo la entrada regia era un acto preceptivo y ritual que las ciudades ofrecían al rey cuando accedía a la corona y que visualizaba el pacto entre una monarquía paternalista y respetuosa con las libertades cívicas y una población urbana que a través de la ceremonia festiva expresaba su fidelidad al nuevo monarca. Por el contrario, con el advenimiento del Estado territorial cesarista y absoluto en los albores de la era moderna, se da carpetazo al modelo de la entrada solemne medieval, por un lado porque la venida del rey pasa de ser preceptiva a ser excepcional: los soberanos ya no acuden a jurar los fueros como condición indispensable, sino que sus visitas vienen marcadas por el propio interés, cuando están de paso o necesitan dinero y vituallas para financiar sus campañas imperiales.

Por lo tanto, durante el Renacimiento, la entrada solemne pasa a ser entrada triunfal, toma de posesión, no sólo ceremonial sino política, de la ciudad (Konigson 1975: 199), y empieza a reflejar las ambiciones absolutistas del proyecto regio, a través de la progresiva solemnización de la imagen del rey, de la complejidad de su cortejo heráldico y de la intervención de la cancillería real en su organización jerárquica y estética. Así, la entrada dejó de ser la dramatización de un contrato vasallático para ser el desfile de la grandeza regia; fiesta de la monarquía hecha a expensas de la burguesía; encuentro, como mucho, de dos espectáculos, el real y el urbano, pero sin el afán de fusión que caracterizó la entrada

medieval. Con este cambio de signo, las entradas irán aristocratizándose y transformado su simbología externa (Fig. 1). De esta guisa los ciudadanos, que habían sido copartícipes y co-protagonistas de la fiesta generada por el ingreso ritual, ahora serán prácticamente reducidos a meros espectadores pasivos de la gloria exclusiva del príncipe, público externo de unos actos espectaculares al servicio de las aspiraciones y exigencias del poder absoluto. El emperador Carlos, que al final de su vida se retira a Yuste rodeado de autómatas porque considera que son los súbditos ideales, encarna perfectamente esta metamorfosis, que comporta una alteración en profundidad de los contenidos y la tipología de espectáculos que se ofrecían tradicionalmente a los reyes.

Por ello el diseño de los fastos ya no irá a cargo de los gremios urbanos o de las cofradías sino de los eruditos que buscarán sus fuentes de inspiración en la mitología clásica, la historia romana y la tradición heroica judeocristiana para componer unos espectáculos empapados de simbologías imperiales y destinados a la exaltación cuasi paroxística del príncipe visitante. Así pues, si en un principio el motivo de los actos dramáticos eran temas religiosos o alegorías en loanza del soberano como protector de las libertades de su pueblo, progresivamente irán mudándose en alegorías del poder político del monarca, exaltación de sus hazañas bélicas y, finalmente, glorificación del rey sobre las ciudades sumisas. La introducción de arcos triunfales en estas entradas no respondía tan solo al nuevo espíritu renacentista de recuperación de la Antigüedad clásica, sino que significaba la plasmación visual de la pérdida de la autonomía ciudadana frente al absorbente poder absoluto del monarca y de su corte. Claro que la Entrada contenía en sí misma la ambigüedad que conducirá a esta situación: organizada por la burguesía como fiesta ciudadana, quien la hacía era el Rey y su séquito, cosa que, de hecho, la

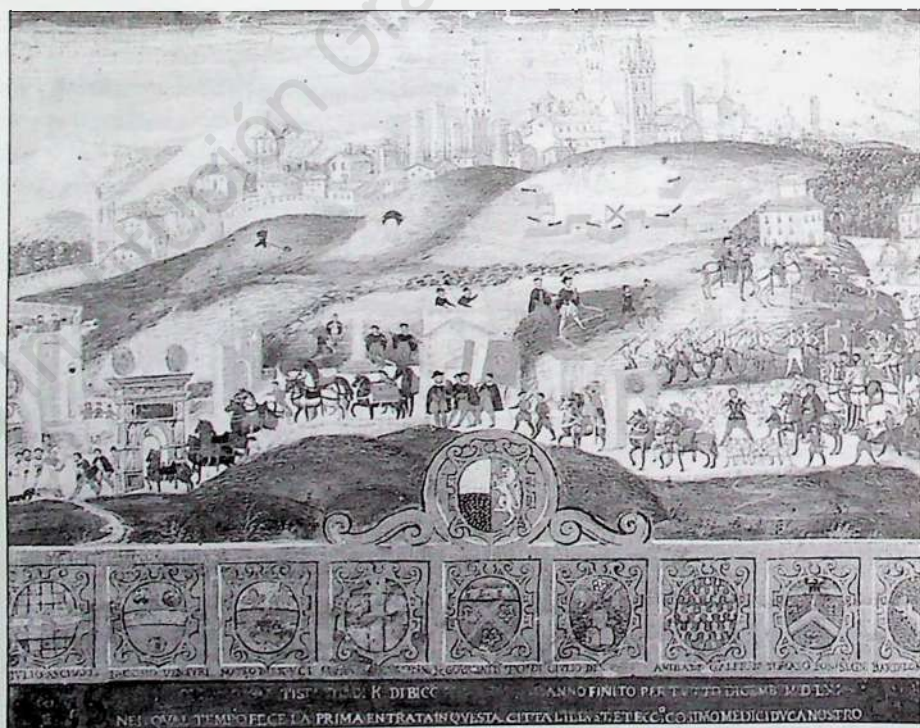


Fig. 1.— Arcos triunfales en la entrada del duque Cosme I de Medici en Siena (1560).

convertía en fiesta aristocrática. La ciudad, transfigurada en ciudad ideal, en ciudad-escena, era el decorado; los gremios artesanales y los prohombres burgueses eran los actores de las solemnidades; el pueblo llano el espectador; pero el visitante se erigía a la vez en público y actuante: contemplador de la urbe renovada y transformada en lugar teatral por los ciudadanos, y, sin embargo, de rebote, se exhibía como espectáculo ante ellos y, de hecho, se convertía en el protagonista. El espacio aristocrático, confrontado al burgués, no tardaría en afirmarse y ganar el terreno propio de la ciudad libre. El espacio urbano palidecerá ante el protagonismo creciente de la vía real. Y los *trionfi* están en relación tan diametralmente opuesta con la Entrada tradicional, como lo estará el nuevo edificio teatral «a la italiana» respecto al teatro integrado de los misterios y demás representaciones sacras¹.

1. «LA FELICÍSSIMA VINGUDA DE DON CARLOS CINQUÈ, EMPERADOR DELS ROMANS»

La ciudad de Mallorca nunca hubiera conocido al emperador Carlos si a este no le hubiera convenido reunir en la isla a sus armadas para emprender la conquista de Argel (Fig. 2). La noticia llegó a los desconcertados virrey y jurados en agosto de 1541, por carta del almirante genovés Andrea Doria, de forma que si no fuere por la probada autoridad del emisor, «la venida —traduzco— de su Cesárea Magestad... apareciese a todos casi imposible... por la gran maravilla de la cosa, que casi nos parece haber sido un sueño». La concentración en Mallorca de una tal cantidad de egregios personajes (ultra el Emperador y Doria, el almirante de Nápoles hijo de Ramón de Cardona —que llevaba gafas—, el conde de Aitona, el barón de Erill, el conde de Caudete, el duque de Camerino, el príncipe de Salerno, el

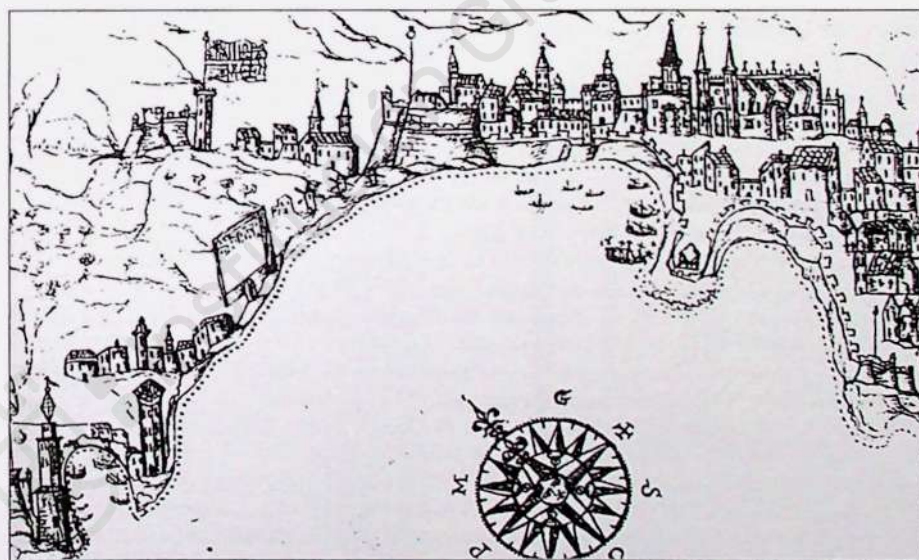


Fig. 2.— Puerto de Palma de Mallorca, Portulano italiano del s. XVI (Biblioteca del Ayuntamiento de Valencia).

¹ Véase GARBERO ZORZI, E. y CANTORE, S., «Le Entrate trionfali», en ROMAGNOLI, S. y GARBERO, E., (eds.), *Teatro a Reggio Emilia*, vol. I: *Dal Rinascimento alla Rivoluzione Francese*, Firenze, 1980, pp. 3-28, así como PETRIOLI TOFANI, A. M., «Les entrades triomfals», en BORSI, F., (coord.), *El poder i l'espai. L'escena del Príncep*, València, 1982, pp. 219-228.

virrey de Sicilia, los embajadores de Inglaterra y Portugal, etc.), además de los más de «dieciocho mil soldados»², exigía un recibimiento fastuoso, en la línea de las múltiples entradas triunfales de Carlos en toda Europa³, especialmente tras su coronación por el Papa en Bolonia (1530)⁴ (Fig. 3). Todos los estamentos de la ciudad se pusieron a la labor para aprestar, en mes y medio, los preparativos del fasto, cuya excepcionalidad motivó una detallada relación que los jurados encargaron a Joanot Gomis, el más joven del Colegio de Notarios mallorquines, que emprendió la descripción, en prosa humanística, con el propósito de satisfacer —traduzco— el «natural deseo de los hombres (según dice Platón) de saber las nuevas acaecidas, o que cada día acaecen», y más al tratarse «de tan notable gesta», que, «como escribe Cicerón, de ella nos queda un casi espejo de vida»⁵ (Fig. 4).

2. EL PUENTE EN EL MUELLE

El 13 de octubre, solo desembarcar, Carlos había de pasar por un puente de madera, diseñado por el notario Gabriel Santpol y encargado por los Jurados⁶. No lo hizo, dicen, por el luto de su esposa (muerta en 1539), pero tal vez no se fiaba de su consistencia. El portal de entrada de dicho puente, un arco de medio punto peraltado y coronado con un doble cornisamiento de inspiración clásica, ostentaba, en su cima, un escudo redondo con las armas del Emperador, sostenido por volutas y rodeado por las banderas de Mallorca⁷ (Fig. 5). A ambos lados de la arcada (montantes) había la representación alegórica de las islas: «Maiorica» en figura de una reina arrodillada⁸, sobre unas montañas y una ciudad rodeada de mar con el áncora y el delfín en las manos, divisa de Augusto y símbolos de la seguridad y la prudencia; «Minorica» i «Ebusos» en forma de mujeres arrodilladas que sostenían ambas un yelmo con abejas «que mostraban hacer miel» entrando y saliendo por la visera, y en la cimera una copa llena de panales con el rótulo «Favum» expresión de la obediencia de los súbditos y de su diligencia y orden⁹. En el intradós del portal se representaba,

² La flota, con Doria al mando como capitán general, estaba integrada por 6.000 españoles en 150 naves y 400 caballos ligeros, bajo las órdenes del virrey de Sicilia Hernando de Gonzaga; 6.000 alemanes a la orden de Jorge Frontispiero; 5.000 italianos con Camilo Colona y Agustín Espinola, en más de 100 naves; y 50 galeras (4 de Malta, 4 de Sicilia con Berenguer de Requesens al frente, 6 de Doria, 5 de Nápoles con García de Toledo, 2 del señor de Mónaco, dos del vizconde Cigala, 2 del duque de Terranova, 4 del conde de Aguilera, etc.) Véase SANDOVAL, P. de, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, Madrid, 1956, vol. III, BAE, 82, p. 104.

³ Una compilación de estudios sobre el tema se halla en Jacquot, 1960.

⁴ TERLINDEN, V., «La politique italienne de Charles Quint et le triomphe de Bologne»; CHASTEL, A., «Les Entrées de Charles Quint en Italie»; et JACQUOT, J., «Panorama des fêtes et cérémonies du règne. Évolution des thèmes et des styles», los tres en Jacquot 1960: II, 29-44, 197-206 y 413-486.

⁵ GOMIS, J., *Libre de la benaventurada vinguda de l'Emperador y Rey don Carlos en la sua ciutat de Mallorques y del recebiment que li fonch fet, juntament ab lo que més succehi fins al dia que parti de aquella per la conquesta de Alger* Palma de Mallorca, 30-I-1542 (ed. facsimil hecha en S. Feliu de Guixols 1933). Texto reproducido por CAMPANER, Á., *Cronicón Mayoricense. Noticias y relaciones históricas de Mallorca desde 1229 al 1800*, Palma, 1984, pp. 307-340. Observemos que la cita ciceroniana coincide con la que hacía Joanot Martorell en el prólogo del *Tirant lo Blanc* (Massip 1995: 19-20, nota 8).

⁶ Pálido reflejo de la espléndida pasarela que Doria ofrecía a Carlos en su entrada a Génova (1529), donde se abría un globo del mundo y salía Justicia (Jacquot 1960: II, 441).

⁷ Esto según el relato de Gomis, pero en el rudimentario grabado que lo muestra, el escudo contiene las armas de Mallorca (barras y castillos en 4 campos) y las banderas, sendas cruces.

⁸ Ya en una entrada real en Ruán en 1449, la ciudad estaba personificada por una mujer de rodillas y con las manos juntas (Mérindol 1991, 193); también en la entrada de Carlos en Munich (1530) encarnada por cierto «por la mujer más bella de la zona» (Jacquot 1960: II, 428).

⁹ Sin embargo hay otros significados más complejos. En Jueves 14, 8-18, se cuenta que Sansón, después de desgarrar al león, halló un enjambre de abejas en su boca, y tomó la miel. A continuación planteó una adivinanza: «Del que come salió



Fig. 3.— Llegada de Carlos V a Mallorca, pintura de Miquel Bestard (s. XVII).



Fig. 4.— Frontispicio de la edición de Joanot Gomis, *Libre de la benaventurada vinguda de l'Emperador* (Palma de Mallorca, 1542).

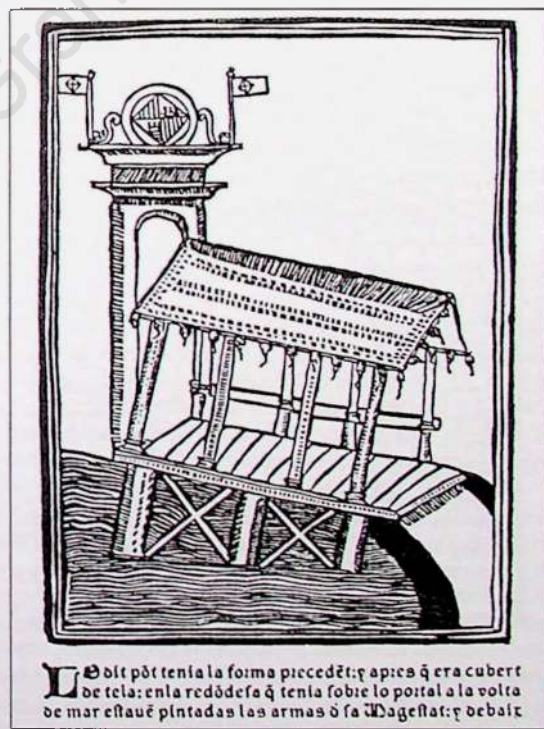


Fig. 5.— Grabado del Puente-pasarela sobre el Mur (Mallorca 1541).

a un lado, el gigante Briareo¹⁰, con muchas manos con armas y el cuerpo lleno de lenguas de fuego resultado del rayo con que lo fulminó Zeus, y en el otro lado, Argos, con cien ojos llameantes y una maza en la mano, seguido de Io («Una Reyna que salía de una vaca»)¹¹, figuras de la fuerza y de la siempre atenta vigilancia que el emperador Carlos ejercía contra sus enemigos. Atravesado el arco, había el Paraíso, alzado con puntales sobre el mar, y cubierto a dos aguas apoyado en cuatro pares de columnas, con telas que por fuera reproducían las barras y por dentro la bóveda celeste azul y estrellada. A la salida del pabellón, ya en tierra, un poyo de madera con dos peldaños permitió al emperador subir al caballo guamecido de negro, acompañado de «mossiur Legran, lo gran cavalleris» que llevaba el estoque de Carlos. Fue recibido por una salva de artillería que espantó el regio palafren, y comenzó el cortejo bajo el palio adornado con las armas y la divisa del soberano y las de la Universidad o corporación municipal, cuyos bordones eran sostenidos por los Jurados vestidos de satén y terciopelo carmesí.

3. EL PORTAL DEL MUELLE

Entró en la ciudad por la puerta del Muelle (Fig. 6), ornamentada con «un theatro o ranguera», hecho también por los Jurados, montado sobre cuatro columnas de madera, las dos delanteras, exentas, sobre sendos plintos, «pintadas a modo de jaspis», con ornamento reticulado y con capiteles compuestos, que sostenían un dosel con las armas del municipio «ab sos fullatges». Cabeceaba la estructura una balaustrada con el escudo imperial en medio, dispuesto en un tondo que se enmarca en una cartela o tarja de contorno recortado en aspecto de cuero enrollado en sus extremos, tema ornamental novedoso que al parecer se originó en Fontainebleau en la década de 1540 en los talleres artísticos dirigidos por Rosso Fiorentino, y que se difundió a través de grabados realizados entre 1542-1548, repertorio decorativo que llega a Catalunya a mediados del siglo XVI y se aplica a la arquitectura (fachadas) y a la imprenta¹². Sin embargo, Mallorca se avanza en la adopción de esta novedad estilística porque a menudo las primeras probaturas de la nueva estética renaciente se realizaron en las decoraciones efímeras propias de los fastos urbanos. En este caso tenían un precedente espléndido: la entrada de Carlos en París (1540), en la que escudos de armas y arcos triunfales fueron diseñados por el propio Fiorentino y decorados por los artistas Girolamo della Robbia, Jean Cousin el Viejo, Antoine Felix, Pierre Preaux y el orfebre Chevrier (Jacquot II,

lo que se come, y del fuerte la dulzura», en relación al león y la miel, símbolo del triunfo de Sansón y del obsequio de Dios, que aquí podría traducirse en la reciprocidad de dones: el trabajo de las Islas por la causa imperial ha de obtener, en contrapartida, los favores de Carlos, particularmente en la expectativa de la victoria de Argel, que habría de liberar a las Baleares del flagelo de la piratería. Por otra parte, 'Favos' es el sexto nombre de Dios de la letra F, según Alfonso X el Sabio que lo explica así: «Otorgador es llamado [Dios] con derecho: ca Él otorga los bienes a aquellos que los fizen e los mereçen aver» (*Setenario*, ed. K. H. Vanderford, Barcelona, 1984, p. 3). La interpretación de Santiago Sebastián no deja de ser pintoresca: «Las abejas eran una clara alusión a la dulzura del gobierno del Emperador, ya que por ser buen gobernante usaba menos del aguijón de la justicia que de la miel de la clemencia» (*Arte y Humanismo*, Madrid, 1981, p. 236).

¹⁰ Conocido también con el nombre de Egeón, uno de los tres gigantes Hecatonquiros, provistos de cien brazos y cincuenta cabezas, hijos de Urano y Gea, que habían luchado en favor de Zeus y al lado de Heracles (que también toma figura en los arcos mallorquineses) contra los Titanes; luego intentó escalar el Olimpo y fue fulminado por Zeus. Cuando en el Olimpo hay un intento de destronar a Zeus, Briareo, haciendo únicamente acto de presencia, y gracias al miedo que inspiraba su prodigiosa fuerza, abortó la rebelión (GRIMAL, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, 1984). Ya en Mantua (1532) Giulio Romano había relacionado la escena de Júpiter fulminando a los gigantes con Carlos triunfante sobre sus enemigos, como se repite en el arco triunfal de su entrada en Nápoles (1535) (Jacquot 1960: II, 427 y 430). La revuelta de los Titanes es asimilada a la de los heréticos (luteranos) en la entrada del príncipe Felipe en Amberes (1549) (Calvete de Estrella 1552: fols. 245v-246).

¹¹ Hera, celosa de Zeus por sus devaneos con la ninfa Io, convertida en ternera para disimular el adulterio, hizo que vigilara a la doncella metamorfoseada Argos, quien siempre tenía la mitad de sus múltiples ojos avizor. El tema de Argos vigilante reaparece en las entradas del príncipe Felipe en Mantua y Amberes (1549).

¹² ALCOLEA, S., «Entorn de l'aplicació d'uns temes ornamentals renaixentistes a l'art català del segle XVI», *Revista de Catalunya*, 52 (1991), pp. 65-94.

439). Otras dos cartelas con incurvaciones enrolladas flanquean la anterior, y posiblemente enmarcaban (junto con otra que no aparece en el grabado) las tres sillas situadas «en lo alt del dit theatro»: en una estaba sentado un niño coronado y vestido de blanco (el color de la pureza y de la perfección) que, con un libro de horas y un bastón en las manos, representaba Ramon Lull¹³, a quien hacían cantar unos versos en latín dedicados a «Carole bellipotens»; en la otra se sentaba una doncella coronada y con un pelicano en la mano derecha, que representaba a santa Práxedes, virgen romana (+ c. 165) cuyas reliquias se veneraban en la capilla del palacio de la Almudaina (Sebastián 1971: 104-6); y en la tercera descansaba otra doncella representando Palma (*Civitas ad Cesarem*), ambas cantando versos latinos dedicados al Emperador y compuestos por el notario Pere Antic. Es decir, en el ingreso a la ciudad, las figuras que mejor la representaban: el prestigio intelectual de Lull, modelo de evangelizador plurilingüe que Carlos debía imitar; la tutela espiritual de la santa y la alegoría de la propia urbe.

4. EL ARCO TRIUNFAL DE LOS MERCADERES

Entrado en la ciudad, pasó por la plaza del Muelle y la Lonja (que, presidida por el ángel Custodio, confundió con una iglesia), haciendo diversas vueltas «per veure y ésser vist de tots» ('para ver y ser visto por todos'), y en la entrada de la calle de san Juan había un arco triunfal todo de tela pintada, diseñado también por Gabriel Santpol y encargado por el «Col·legi de la Mercaderia» (gremio de los mercaderes) (Fig. 7), con

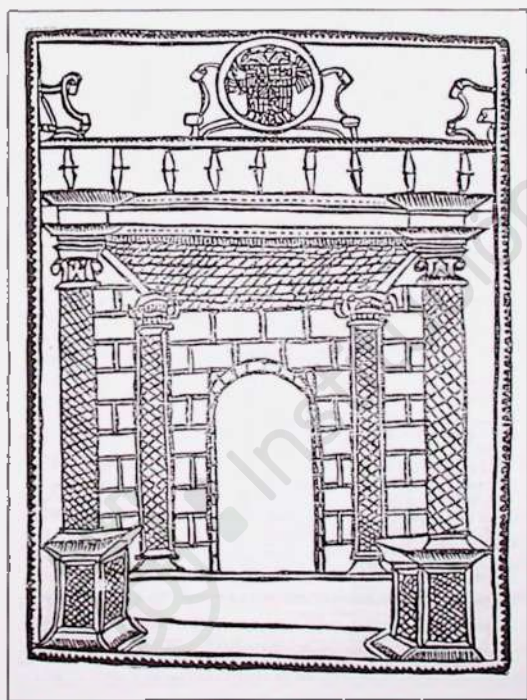


Fig. 6.- El Portal del Muelle (Mallorca 1541).



Fig. 7.- El arco triunfal de los Mercaderes (Mallorca 1541).

¹³ La tendencia a personificar, en un recibimiento regio, a los hombres ilustres del lugar como garantes de la importancia de una ciudad, se aprecia también en Francia a principios del siglo XVI (Mérimond 1991: 198) y en Italia: el arco que los florentinos preparan, en Amberes, para la recepción del príncipe Felipe (1549), incluía figuraciones de Giovanni, Cosme y Francesco de Medici, Filippo Scolari, Dante, Petrarca, Boccaccio, Giotto y Michelangelo (Jacquot 1960: II, 463).

un ángel en la cumbre (réplica del custodio de la Lonja)¹⁴ y, a sus pies, pintados, un cielo del que descendía otro ángel, espada en ristre, hacia una ciudad sitiada y muchos hombres vivos y muertos, armados. Se trataba de la representación plástica de la derrota de Sennacherib, rey de Asiria, que había invadido Judá, infringida por el ángel de Yahvé que se dirigía directamente a Carlos remedando los versículos de II Reyes 19, 35-36, certificándole que a él también le ayudaría en la empresa de Argel contra los infieles. En el cielo del arco había otra figuración pintada donde Josué, ante el Sol y la Luna, recitaba el pasaje de Josué 10, 13¹⁵, debidamente adaptado para dirigirse al Emperador: «Que se paren el sol y la luna hasta que ven-gues tu nación de tus enemigos». Todo ello circuido por el *arcus foederis* en rojo, azul y blanco, esto es, el arco iris hecho aparecer por Dios, después del diluvio, como símbolo de la alianza con Noé, aquí reinterpretado como pacto personal entre la divinidad y el Emperador¹⁶. El arco iris se apoyaba en dos montañas, y en una de ellas había una reina, con un crucifijo y una palma en la mano, que representaba la *Prima Intentio*, referida a la intención del Emperador que, como paladino de Dios, ha de combatir a los infieles, motivo que le ha congregado en Mallorca. En el otro lado, otra reina representaba *Prudentia* con un espejo y una serpiente en las manos, el primero como símbolo del doble rostro que la caracteriza (apasionada juventud/ experimentada vejez), indicando su conocimiento simultáneo del pasado y del futuro, el ofidio rememorando la advertencia evangélica «estote prudentes sicut serpentes» (Mateo 10, 16)¹⁷, aviso, obviamente, dirigido a la campaña del Emperador, que llegará a buen puerto con cautela y pericia. A los pies del arco triunfal todavía había pintado, a un lado, Sansón, con quijada y cruz en las manos, esto es, representado en el momento que destruye a los filisteos, invasores de Israel (Jueces 15, 15-16), que exhorta al rey: «Yo lo he hecho con la mandíbula: en cambio tú, con la Cruz, golpearás a tus enemigos y los aniquilarás»; al otro lado, Balaam cabalgando su burra y el ángel de Dios que lo detiene para evitar la matanza de los israelitas, todo ello con filacterias que remedaban los oráculos de Balaam, dirigidas a Carlos: «He ahí tu pueblo que cual leona se levanta y como un león se endereza: No yace hasta devorar la presa de mis enemigos y beber su sangre»¹⁸. Dentro de la bóveda del arco se representaban la alegoría de la «Mercatura», una doncella sobre el mar, con una nave y un libro de contabilidad en las manos, y la alegoría de la «Navigatio» una dama navegando en un bajel sin armas, con un reloj «o horas de vidre de ampolletes» (es decir, de agua o de arena) en la cabeza —símbolo propio de la Templanza—, y la brújula y el timón en las manos, emblemas de los oficios principales y más poderosos de las Islas.

¹⁴ Las representaciones del Ángel Custodio como patrón de la ciudad y reino de Mallorca dieron comienzo en 1407, donde un «castell» transportaba, en procesión, a un coro de niños vestidos de ángeles rodeando un adulto en guisa de Custodio, con unas alas doradas y una máscara. En 1482 el Custodio es substituido por una estatua y en 1565 se suspende definitivamente (ALOMAR, A., «El icatre en la Festa de l'Àngel Custodi de Mallorca (segles XV-XVI)», en *El teatre català dels orígens al segle XVIII*, Kassel, 2001, pp. 161-174).

¹⁵ El personaje de Josué, junto con Gedeón, David y Salomón, aparece en la entrada del rey de Francia en Dijon en 1474, y en 1494, en la misma ciudad, se personifica al rey Asuero. En otras entradas francesas figuran Daniel, Nabucodonosor, Noé, Abraham e Isaac, Jonás, etc. (Mérindol 1991: 189 y 191). En la entrada de Felipe en Leuven (1549) se asimilan al príncipe los valerosos Héctor, Alejandro, César; David, Judas Macabeo, Josué; Arturo, Carlomagno y Godefroy de Bouillon (Jacquot 1960: II, p. 449), es decir los llamados Neuf Preux (los nueve paladines), tal y como aparecen representados en los frescos de la Sala Baronial del Castillo de la Manta del Marquesado de Saluzzo (c. 1430).

¹⁶ La cartela, siempre en latín, sustituye, en el pasaje del Génesis 9, 13-15: «señal de pacto entre Yo y la tierra», por «entre Yo y tí».

¹⁷ Con idéntico significado que el espejo de Prudencia, aparece, en otras entradas imperiales, Jano, asimilado a la vigilancia tanto en las cosas espirituales como en las materiales. La iconografía tradicional para el resto de las virtudes reales es: columna y león para Fortaleza, espada y balanzas para Justicia y agua vertida en el vino para Templanza.

¹⁸ Véase Números 22, 21-34; 23, 24 y 24, 9. Subrayamos las variantes introducidas en el texto bíblico por los mercaderes mallorquines a fin de dirigirse al Emperador. La portada sur de la catedral románica de Jaca está enmarcada por dos capiteles: uno con el tema del sacrificio de Isaac, el otro con el ángel deteniendo a Balaam y su asna, símbolos de la intervención divina para cambiar los destinos de los protagonistas y proteger a su pueblo. En nuestro caso, podría funcionar como una velada indicación a Carlos a que dejara de lado las diferencias con oponentes cristianos de otros reinos para concentrarse, en una acción conjunta, a combatir a los infieles turcos.

Este arco de los Mercaderes, según el grabado que lo reproduce, es el más simple y conservador del conjunto: un sencillo arco de medio punto, sin otro ornamento que una especie de gablete carpapanel (¿tal vez el *arcus foederis*?), coronado por un austero frontón triangular, sin entablamento, en cuyos extremos se izaban dos banderas con el escudo de Mallorca.

La calle de san Juan estaba alfombrada con carrizo y cubierta con una bóveda de tela pintada en azul y con estrellas, en guisa de iglesia, incluso con claves de bóveda, y había unos versos de Joan Genovardus -Guinovart- («Maiorica ad Caesarem»).

De allí el Emperador pasó por el Borne, el puente de la Carnicería, las iglesias de San Nicolás Nuevo y Viejo, Santo Domingo, hasta llegar a la plaza de Cort. En el trayecto, Carlos alabó las excelencias de la ciudad y exclamó: «¡Será tan grande como Barcelona!». Después pasó ante la Casa de Peraires, donde le habían hecho un envelado y, con las armas fijadas en los muros, lanzaban salvas de artillería y trompetería. En la Casa de la Ciudad pudo leer unos versos de Jaume Romanyà («Urbs Balearis antiquitus dicta Palma»), sin duda el autor de la *Nova Tragicomedia Grastimargus appellata*, representada en Mallorca el 2-V-1562 (Milá 1895: 373).

5. ARCO TRIUNFAL DE LA UNIVERSIDAD

Entre la iglesia de san Andrés y la Plaza Nueva, había un segundo arco triunfal, «fet a la Dòrica»¹⁹ y -traduzco- «inventado por el hombre más leído en Arquitectura que nunca hubo en esta ciudad», encargado por la Universidad, es decir el Concejo de Mallorca (Fig. 8). A ambos lados había dos pilastras decoradas con motivos geométricos, sobre plinto, y acabadas con sendas hornacinas con veneras (antiguo símbolo de la eternidad). Sobre la clave o dovela central del arco de medio punto, se erguía el ángel de la victoria, con corona vegetal en las manos, y en lo más alto del entablamento, sostenido por dos pilares, se erigía un coronamiento donde figuraban dos «infants pintats nuus», *putti* alados que sostenían un *clipeus* o cartela, igual que en los arcos triunfales romanos, con la inscripción: *Divo Carola V Caesari Augusto, fortissimo, foelicissimo, optimo, triumphatori. S.P.Q.M.*²⁰. En las hornacinas había dos muchachos que recitaron versos al rey, uno que representaba la *Pietas*, con cruz e incensario, el otro *Fortitudo ad Caesarem*, con la espada desenvainada, alegorías guerreras dirigidas a Carlos: fortaleza en el combate, pero magnanimidad con los vencidos. En la sumidad del ático, el escudo redondo del Emperador con el águila bicéfala, sobre un león y una leona, emblemas imperiales por excelencia. En el intradós del arco estaban pintados, a la derecha, Hércules tirando la piel de león y la clava y señalando a Carlos, es decir, transfiriendo al Emperador sus poderes y heroísmo y diciéndole, en rótulo, «He ahí el verdadero purificador del mundo»²¹; y a la izquierda el emperador Adriano que también indicaba al rey: «Este, más que yo, recorrerá la tierra»²².

¹⁹ El orden arquitectónico no es azaroso, puesto que el dórico da la impresión de simplicidad y poder adecuados a los afanes de Carlos, como se observa en otras entradas (Jacquot 1960: II, 480).

²⁰ Esta disposición recuerda vivamente la portada de la capilla de San Miguel Arcángel de la catedral de Jaca, realizada en 1523 por el florentino Giovanni de Moretto, por encargo del mercader Juan de Lasala, consejero real de Carlos, cuyo arco va igualmente coronado por una cartela sostenida por dos ángeles arrodillados y sobremontada por el rosetón que se abre al exterior, coincidencia estilística que nos puede hacer pensar en la intervención del escultor aragonés Joan de Sala, activo en la isla por aquellas fechas y autor, entre otras obras, de los pulpitos de la catedral mallorquina.

²¹ Hércules en el mundo medieval se había integrado al contexto caballeresco y cortesano como símbolo de las virtudes militares (prudencia, templanza, fortaleza y justicia) (véase GALINSKY, G. K., *The Heracles Theme*, Oxford, 1972) y un misterio de los *Travaux d'Hercule* fue escenificado en las bodas de Carlos el Temerario y Margarita de York (Brujas 1468) (Massip 2007: 214-215). En otros lares se asimila Carlos al Hércules cristiano (Bruselas 1549) (Jacquot 1960: II, 445-6).

²² Sebastián (110) relaciona uno y otro personaje por su vinculación hispana: Adriano nació en la Bética y Hércules realizó algunos de sus trabajos en suelo ibérico. Señala también que las columnas de Hércules, emblema de Carlos (con la divisa *Plus Ultra*) que también figuraban en el arco, aparecen en las monedas de Adriano. En este sentido, ya el Panormita, al

6. EL ARCO TRIUNFAL DE LA CATEDRAL

Desde aquí atravesó la Plaza Nueva, la calle Morey, la Almudaina hasta santo Domingo («que antigament se deya dels polls»), donde el obispo, en procesión, lo esperaba, Vera Cruz en mano, que Carlos adoró. El cortejo había sido largo y esplendoroso y el Emperador, fatigado, pidió qué más había que hacer. Cuando el canónigo sacristán le dijo que tocaba seguir a pie, en la procesión, acompañando al obispo y hasta la Catedral, Carlos se estremeció y se excusó: «Yo no estoy bueno de los pies y no querría que me tentase la gota», queja que hizo exclamar al sacristán: «Ydòs, façe vostra Magestat lo de què serà més servit». Contra la costumbre ancestral, pues, el Emperador siguió la procesión a caballo, hasta llegar a la Plaza de la Catedral, donde el Cabildo catedralicio le había preparado un tercer arco triunfal de una magnificencia extraordinaria (Fig. 9), «homat de tants sobreposits y tant ingeniosament fabricat, que no podía no ésser plasent y molt agradable a tots los qui'l miraven». Estaba hecho en guisa de puente cubierto con bóveda decorada con «certas cortinas pintadas a la francesa ab la hystòria de Judich y algunas faulas convenientes a'n aquell propòsit», como si exhortasen al Emperador a liberarlos de la piratería mora y a regresar de Argel con la cabeza de Barbarroja, como la hizo la heroína judía con Holofernes²³.

El frontal del arco iba enmarcado por dos pilastras «fets al romano», decoradas con estilizados grutescos, sobre plintos, y coronado por un frontón triangular roto por debajo y arriba rematado por multitud de banderolas de tela y oropel, en cuyo centro del «front spich» figuraba el escudo redondo con la bicéfala reina de las aves. En los pies de las pilastras había las armas imperiales (bastones dorados a la derecha y columnas de Hércules a la izquierda) y unos rótulos celebrando a Carlos como luchador contra los luteranos y contra el Turco²⁴. A ambos lados del puente o pasaje, se erguía un corredor «o andador, ab sos pilars [balaustres] fets de gentil manera», sobre el cual se distinguen otras cartelas con los extremos enrollados que debían enmarcar las «set cadiras fetas al romano», sillas situadas tres a un lado y cuatro en el otro, en las que se sentaban siete mozos disfrazados de doncellas que representaban las siete virtudes, sin duda las cuatro cardinales (Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza) y las tres teológicas (Fe, Esperanza y Caridad)²⁵.

hablar del Magnánimo, señala que «Spanya és acostumada donar a Roma e a Italia emperadòs e reys... Trajà, Adrià... finalment lo rey Alfonso» (Beccadelli 1990: 251). En la coronación imperial de Bolonia (1530) aparecieron alegorías heroicas de César, Augusto, Tito y Trajano (Terlinden en Jacquot 1960: II, 29-44).

²³ Ocho años más tarde, cuando su hijo Felipe como príncipe entró en Tournai, le regalaron con una luctuosa representación dramática de la historia de Judit y Holofernes, en la que este último, encarnado por un condenado a muerte, fue degollado en escena por Judit, interpretada por un robusto reo de exilio, que con el acto se liberó de la pena; ejecución que gustó tanto al futuro monarca asceta, que «retuvo la valerosa Judit para satisfacer sus secretos instintos», como asegura la crónica (ROLLAND, P., *Histoire de Tournai*, Tournai-Paris, 1957, pp. 194-5).

²⁴ En la entrada a Bolonia (1529) ya estaban presentes estos temas de la Contrarreforma (cruzada contra los infieles y lucha contra la herejía protestante), recordando al Emperador, cuando iba a reconciliarse con el Papa, que debía poner su cetro y espada al servicio de la Iglesia. La divisa *Plus Ultra* además tenía una doble significación, puesto que no se refería tan solo al ensanche territorial ilimitado, sino también a la superación de sí mismo en un esfuerzo suplementario para adquirir la más alta virtud. De ahí el elogio frecuente que se le hace a Carlos, por su desinteresado heroísmo y por la labor sobrehumana que le relaciona con el mito hercúleo (Jacquot 1960: II, pp. 421 y 479).

²⁵ Este era un tema tradicional en los fastos de la monarquía. En la Corona de Aragón lo hallamos por vez primera con Fernando de Antequera (Zaragoza y Valencia, 1414), y lo reencontramos con Alfonso el Magnánimo, donde además de las siete virtudes, se añaden otras cuatro propias del rey Magnanimidad, Clemencia, Constancia y Liberalidad (Nápoles 1443), y en la entrada de Juan II en Valencia (1459) (Massip 1991: 119; Massip 2003: 101). En las bodas de Carlos en Sevilla (1528) los cinco primeros arcos estaban dedicados a Prudencia, Clemencia, Fuerza, Paz y Justicia, y el sexto a las virtudes teológicas (MARDSEN, C. A., «Entrées et fêtes espagnoles au XVI siècle», en Jacquot, 1960: II, 389-411).

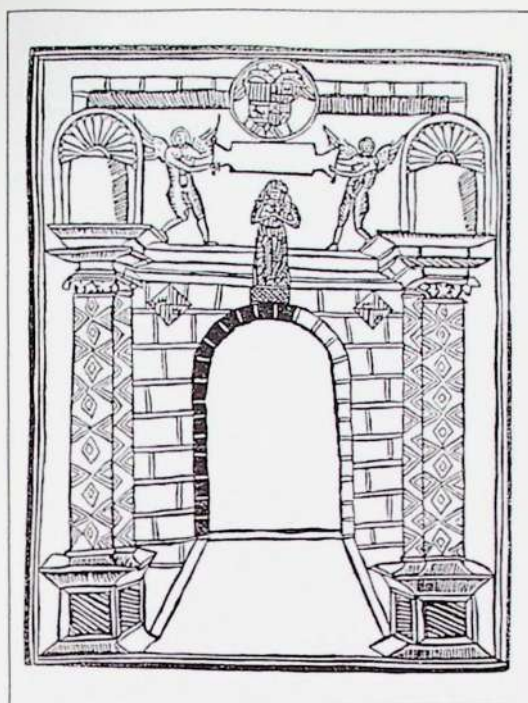


Fig. 8.- Arco Triunfal de la Universitat o Concejo (Mallorca 1541).



Fig. 9.- Arco Triunfal de la Catedral (Mallorca 1541).

En otra relación mallorquina de esta entrada, debida al notario Rafael Sociés de Muro, se detalla que el arco era un «bell pont fòrat de cànem i pintat de coses de la Bíblia en una part ço és de judici [Judiet], i l'altra part coses poètiques»²⁶. En los cabos de los corredores había dos esculturas doradas de hombres con hondas, tal vez evocando los célebres honderos baleares.

Atravesado el arco-puente (que esta vez, en tierra firme, sí que transitó a pie el Emperador) y en medio de la plaza de la Catedral, se levantaba una columna metálica sobre la que había un Unicornio, por cuyo cuerno brotaba agua, y una figura dorada de María sobre un trono, con versos referentes a la campaña de Argel. Señalemos que el «Oricorn», que solo podía ser capturado por una virgen, simboliza Jesucristo²⁷, nacido de la Virgen María, y la única asta, la unidad de las tres personas de la Trinidad, aquí trasladada a la unidad y contundencia de la acción que lleva a cabo Carlos contra los heréticos. En el mencionado relato de Muro se precisa que era «l'icorn de llautó de sant Domingo i per la banya brollava aigua i feia gran raig» (Fiol-Rosselló-Payeras 1991: 33). De los muros de la Catedral colgaban más versos de Vidal, Guinovart y Romanyà, y un epigrama del médico Joan Andreu.

²⁶ Un «bello puente forrado de cáñamo y pintado de cosas de la Biblia en un lado esto es de Juicio, y en el otro lado cosas poéticas» (Fiol-Rosselló-Payeras 1991: 33).

²⁷ MALAXECHEVERRÍA, I., *Bestiario Medieval*, Madrid, 1986 (véase también PANUNZIO, S., (ed.), *Bestiary*, 2 vols., Barcelona, Barcino 1963-64, I, pp. 89-90). En una entrada real en León (1515), la «Licorne», blanca, simbolizaba la Tranquilidad (Mérimod 1991: 199).

7. EL ARCO TRIUNFAL DEL PORTAL DE MAR

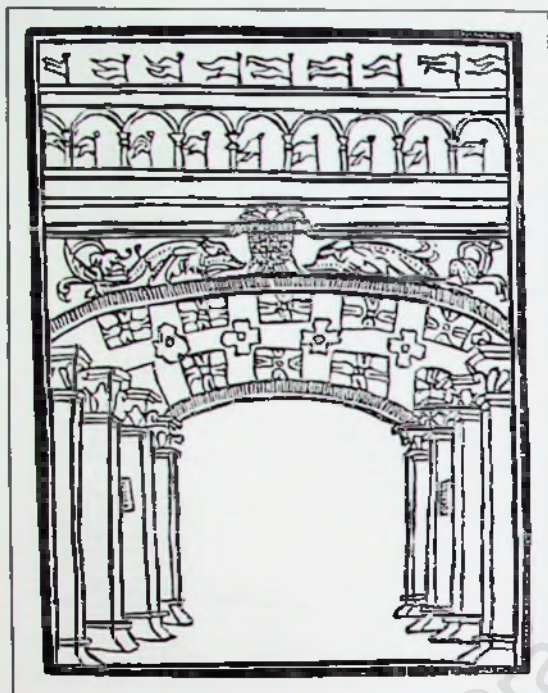


Fig. 10.- Arco Triunfal del Portal del Mar (Mallorca 1541).

El emperador entró en la Catedral al son de trompeteros y de los órganos, hizo oración, salió por el Portal de Mar, donde había un cuarto arco triunfal erigido por la Cofradía catedralicia de san Pedro y san Bernardo (Fig. 10). Era una portada formada por un arco carpanel muy rebajado que generaba una bóveda apainelada, con el intradós adornado con «tortugas» o plafones de techo, y apoyada en cuatro parejas de pilares, que albergaban a ambos lados dos capillitas con las figuras de los santos tutelares identificados por sus signos icónicos (llaves y báculo). En lo alto había un ático en tres franjas: sobre el arco el escudo imperial, flanqueado por ornamentos vegetales en las enjutas; y a continuación un cornisamiento con dos hileras de orillamas, la primera con los banderines inscritos en pequeñas y «molt artificiosas» arcuaciones. A ambos lados de la portada colgaban epigramas del notario Tomás Marcer donde, entre otras cosas, se reivindicaba la restitución del nombre romano de la Ciutat de Mallorca, Palma, completamente olvidado durante la edad media.

Acabado el cortejo, Carlos entró en el castillo real de la Almudaina (Fig. 11), donde hizo balance del «triunfo» con que fue recibido, y señaló «que había hallado un pueblo no conocido y un reino escondido», «y algú li dix que millor vivien açí los cavallers, que los senyors en Nàpols», y que incluso «les corts de Sa Santedat y del Rey de França» podían alojarse, impresiones que se han convertido en tópicos en nuestros días, «de modo que Sa Magestat, aprés que generalment ab diverses maneres significà tenir contentació, axí de la terra com de la gent, y de la tanta abundancia de vituallas, particularment volgué donar a entendre que tenia açò en compte de Servei assenyalat»²⁸. Todavía la ciudad confiaba con alguna contrapartida²⁹; años después ya nadie esperaba nada bueno del centralismo de los Austrias: en Tortosa se sacan de encima, a toda prisa, a Felipe II³⁰, y en Valencia quedaron bien

²⁸ Traducimos: «y alguien dijo que mejor vivían aquí los caballeros que los señores en Nápoles... las cortes de Su Santidad y del Rey de Francia... de modo que Su Majestad, después de que en distintas formas mostró tener contento, así de la tierra como de la gente, y de la tanta abundancia de vituallas, particularmente dio a entender que lo tenía en cuenta como señalado servicio».

²⁹ El relator da cuenta de la entrevista de los jurados de Mallorca con el Emperador, en que le piden, entre otras cosas, que restituya al veguer del territorio y que libere a las islas del impuesto sobre el trigo, peticiones solo muy parcialmente satisfechas, cuya exposición se inició en catalán «hasta la palabra *homicidas*, vocablo que no entendió su Majestad y declarándole dicho orador que quería decir *matadores*, le habló todo lo demás en castellano», tendencia que también se ha convertido en paradigmática. El cambio de idioma en los fastos urbanos (en latín los dedicados a Carlos, pero en Valencia reciben a Felipe II, en 1586, ya en castellano) es un nuevo síntoma de la incondicional docilidad de las ciudades frente al poder absoluto del monarca.

³⁰ Lo explica, indignado, el cronista del rey Henrique Cock, que acusa a los jurados de no tener las vituallas necesarias «para que procurasen que Su Majestad fuese más presto de camino» (Cock 1876: 185).

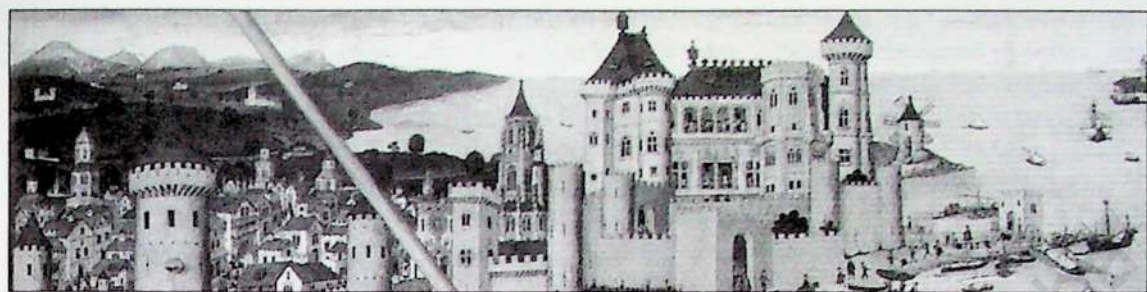


Fig. 11.- El Palacio de la Almudaina, detalle del *Retaulle de Sant Jordi* de Pere Nicart (1470).

aliviados cuando Felipe III, tras sus bodas, la abandonó en 1599, después de haber dejado los alojamientos como una pocilga³¹.

8. SIGNIFICACIÓN ESTÉTICA Y POLÍTICA

Prácticamente no tenemos ninguna información sobre los artistas que hubo tras tal despliegue plástico y constructivo³², notable exponente de la consolidación tipológica del modelo italianizante basado en un repertorio arquitectónico y ornamental de inspiración clásica. Sólo el nombre de un notario, Gabriel Santpol, como diseñador del Puente del Muelle y el arco de los Mercaderes. Otros intelectuales más leídos, conocedores, directa o indirectamente, de Vitrubio o, al menos, de las Medidas del Romano de Diego Sagredo (Toledo 1526)³³, primer repertorio de elementos arquitectónicos renacentistas³⁴, confeccionarían el resto de arcos, más innovadores. Sabemos que el escultor aragonés Joan de Salas, introductor del Renacimiento en Mallorca, intervino en la decoración de la Casa Juny, realizando un relieve dedicado al Emperador Carlos en 1529³⁵, artista que había sido discípulo de Damià Forment, el escultor y arquitecto que, ya en 1507, preparó un puente de madera «a la romana» parecido al mallorquín, para la entrada en Valencia de Fernando el Católico y su nueva esposa Germana de Foix, que acabó en diez días y cobró 40 ducados de oro «per la indústria e jornals de ell del dit pont que ha fet en lo Grau»³⁶.

³¹ Lo explica PORCAR, J., *Coses evengudes en la ciutat y regne de Valencia (1589-1629)*, Madrid, 1934; traducimos: «casi en todas las casas que estos grandes de castellanos han aposentado... todos los aposentos han ensuciado, y todo lo han destruido y casi hasta todos las cerraduras de las puertas han arrancado» (pp. 35-36).

³² Sería deseable que los investigadores locales analizaran las cuentas de gastos de estos años, tanto del Consejo municipal como de otras instituciones (Catedral, Gremios y cofradías), donde tuvieron que reseñarse partidas importantes en relación a tales fastos. Cualquier detalle de organización, encargos, materiales, indumentos, etc., puede ser significativo y dar luz al respecto.

³³ Una puerta grabada en este libro (reproducida por AINAUD, J., «Grabado y encuadernación», en *Ars Hispaniae*, vol. XVIII, p. 263, fig. 371, Madrid, 1958) parece el modelo directo del arco triunfal de la Catedral.

³⁴ Pensemos que, meses antes, Carlos había sido recibido en Milán (22-V-1541) con decorados arquitectónicos de Giulio Romano, «architetto perfetto... che di Vitrubio sanno il bel concetto» (Jacquot 1960: II: 442), esto es, siguiendo los modelos clásicos directamente del original vitrubiano, que en Italia se puso en circulación en 1527 con la edición de Serlio.

³⁵ SEBASTIÁN, S. y ALONSO FERNÁNDEZ, A., *Arquitectura mallorquina moderna y contemporánea*, Palma, 1973, pp. 20-25; y GARRIGA, J., *L'època del Renaixement (s. XVI)*, en *Història de l'art català*, Barcelona, 1986, vol. IV, p. 53. Véase *supra* nota 19.

³⁶ «por la industria y jornales de él del dicho puente que ha hecho en el Grau» (Carreres Zacarés 1925: 190-194). Carreres reseña otra traza, que no prosperó, debida a Jaume Climent, mercader. La construcción de puentes de madera. «ab molta boya y rama... endrapat o empaliat de draps vermells de la terra, e enramat de diverses branches de lloret» («con mucha

Nos hallamos, pues, como señala Santiago Sebastián, frente al «documento más expresivo que tenemos acerca de la manifestación del espíritu renacentista en Mallorca». Cosa lógica, por un lado porque precisamente el fasto espectacular, con sus escenografías y arquitecturas efímeras, funcionó en todas partes como una especie de laboratorio de experimentación de las formas más novedosas, puesto que las obras más definitivas soportaban el lastre de la tradición y de la incertidumbre hacia la eficacia tectónica de las nuevas soluciones estéticas. Pero por otra parte por imperativos ideológicos, marcados por el clasicismo como sistema sintáctico emblemático del emperador Carlos, y, por lo tanto, era necesario «atenerse a las pautas estéticas que en este momento regían el trato dado a la autoridad imperial»³⁷.

Además, se rompía definitivamente con la línea tradicional del fasto que en la Corona de Aragón había caracterizado las entradas regias desde el siglo XIII al XV, en las que las ciudades ponían en escena un tipo de espectáculos donde se simbolizaban los afanes de la colectividad, compartidos por el monarca, vinculado estrecha y personalmente con sus súbditos.

Carlos de Gante marca la consolidación de la monarquía absoluta y, en consecuencia, el desinterés hacia las instituciones urbanas. Las imágenes espectaculares que a partir de él constelarán los fastos cívicos, tendrán que ceñirse también a esta nueva sensibilidad real. Ya en su entrada a Barcelona (1519), el tradicional Portal de Sant Antoni adquiere una fisonomía nueva. A lo largo del siglo XV un personaje en guisa de ángel o de santa patrona bajaba de lo alto instalado en un anefacto para entregar las llaves al soberano. Pues bien, del sencillo paraíso al uso desde donde se procedía a este recibimiento simbólico, se pasa a un espectacular cielo en tres hileras superpuestas de arcos, la superior con Elías la Virgen María, Dios Padre, San Juan y Enoc, las dos inferiores con seis ángeles por arcada. En la máquina aérea ahora hay cuatro ángeles que cantan, en latín, himnos tradicionalmente reservados a la divinidad: «Domini tua est potentia», «Laudate Dominum omnes gentes», etc. (Duran-Sanabre 1930: 395-399). En su entrada a Valencia (1528) se le regala con cuatro arcos triunfales, y en el primero (al Portal de Quart) tres ángeles lo coronan y le entregan cetro y llaves, y nada inmuta la pompa ceremonial, ni tan siquiera el accidente que se produjo en el Puente del Real, cuando se rompió la barandilla a causa del exceso de concurrencia, y muchos cayeron heridos y algunos murieron (Carreres 1930: 212-217)³⁸. Por otra parte se observa aún otro elemento significativo de transformación: si tradicionalmente este tipo de fasto se hacía con personas de carne y hueso, a partir de Carlos predominan las estatuas o figuraciones pictóricas, fenómeno plástico que parece traducir la evolución política de la entrada al exclusivo provecho del príncipe (Mérindol 1991: 204)³⁹. En Mallorca, de las casi 50 figuraciones de personajes, sólo 12 los encaman niños o doncellas.

enea y ramaje... entrapado o empaliado de paños rojos de la tierra, y enramado con diversas ramas de laurel», era habitual en las entradas marítimas del rey y data al menos de mediados del siglo XIV: entradas a Barcelona de Pedro III y Leonor (14-IX-1355), Juan I (23-VIII-1393 y 21-XI-1395), Martín el Humano (27-V-1397), Martín de Sicilia (31-III-1405), Fernando I (26-VIII-1415), Alfonso el Magnánimo (9-XII-1423), Juan de Navarra (8-VI-1435), etc. (Cf. *Rubriques de Bruniquer*, I, Barcelona, 1912; *Dietari de la Diputació del General*, I, Barcelona, 1974; *Libre de les Solemnitats de Barcelona*, Duran-Sanabre 1930: I, 15), y en Mallorca ya se documenta en la entrada del príncipe Carlos de Viana (1459) (Cf. BARCELÓ CRESPI, M., «Festes cívico-religioses (Mallorca, 1458-1516)», en *XI Jornades d'Estudis Històrics Locals: Espai i temps d'oci a la història*, Palma, 1993). En Valencia estaba previsto un puente para la entrada de Alfonso (10-II-1424) que había de desembarcar en el Grao, pero finalmente llegó por tierra i entró por la Puerta de Serranos.

³⁷ GAMBÚS SAIZ, M., «La Ciutat de Palma com a escenografia festiva en el segle XVII», en *El barroc català*, Barcelona, 1989, p. 381.

³⁸ También en Bolonia (1530) se hundió un entablado, poco después que pasara el Emperador, y se cobró algunas vidas, pero fue percibido como un signo de protección divina hacia Carlos (Jacquot 1960: II, 423).

³⁹ De forma parecida Jacquot (1960: II, 475) constata la progresiva substitución de los «tableaux vivants» tradicionales, que asociaban activamente los ciudadanos a la fiesta, por los arcos triunfales dirigidos al soberano, con inscripciones eruditas y obras de arte, en que desaparece el diálogo entre la ciudad y el rey, puesto que requerían un desciframiento que solo estaba al alcance de unos pocos iniciados.

La población se rinde, sin paliativos, a la voluntad absoluta del monarca, y la «bienaventurada venida» a la Ciudad de Palma resulta su máxima expresión: Yuxtapone la estatuaría antigua y el maravilloso cristiano en una síntesis de afirmación universalista, y eleva al Emperador a epónimo militar y político, haciendo confluir en él los héroes de la mitología clásica⁴⁰ (Briareo, Argos, Hércules) y de las Sagradas Escrituras (Noé, Josué, Sansón, Balaam, Judit), los gobernantes ilustres (Adriano)⁴¹, los egregios varones autóctonos (Llull), las Virtudes, los ángeles y los santos (Práxedes, Pedro, Bernardo), erigido en fin en auténtica mano derecha de la divinidad. Si sus antecesores invocaban la protección divina a través de la Virgen, Carlos se salta la anilla mediadora y se relaciona directamente con Dios.

Cuando Felipe II entra en Barcelona en 1564, la exaltación llega al paroxismo, y se le recibe con el canto de *Te Philippum laudamus*, pastiche del *Te Deum*, en una manipulación rayana a la herejía. Una tal deificación del rey señalaba ya la drástica, total e irremediable sumisión de la ciudad (Massip 1993: 216-217). Sus privilegios y franquezas inveteradas eran sometidos a los intereses centralizadores de la monarquía moderna, a cuyo absolutismo tanto contribuyó el Fernando Álvarez de Toledo que instaba a Felipe II «que quiera ser señor absoluto de ese Reino y mandalle con el pie», esto es, con firmeza militar y autoritarismo absolutista, pasando por encima de concejos, parlamentos y cortes, puesto que, continuaba el Duque, «cuanto al gobierno del Estado, un palo basta». No en balde el embajador de Venecia Michele Suriano escribió: «El duque de Alba es más que el rey y opta por hacerlo todo» (Kamen 2004: 82-83 y 97).

9. BIBLIOGRAFÍA CITADA

BECCADELLI EL PANORMITA, Antonio (1990 [1538]), *Dels fets e dits del gran rey Alfonso* [traducción catalana de Jordi de Centelles (c.1445-1496) del original en latín *De Dictis et Factis Alphonsi regis Aragonum libri quattuor* (Basileae, ex officina Hervagiana, 1538)], Barcelona. Barcino, 1990. Hay versión española de Juan de Molina, *Libro de los dichos y echos elegantes y graciosos del sabio rey don Alonso de Aragón [aora nuevamente traducido]. Añadido y mejorado en esta postrera impresión*, Çaragoça, Casa de Agostín Millán a costas de Miquel de Çapilla mercader de libros, 12-IV-1552.

⁴⁰ Las primeras referencias a una representación mitológica en una entrada real es el «castrum in quo ducebatur lo Rey d'Amós cum sagitis», es decir el Castillo de Cupido preparado por los peleteros en la entrada de Martín I en Barcelona (1397), así como las «2 deeses» que cierran el desfile de entremeses alegóricos ofrecidos por Valencia en la entrada de Fernando I (1414) y el entremés de Les Tres Delhezes que ofreció la villa de Tárrega a Isabel la Católica (1481), tal vez en relación con una representación del Jardín de las Hespérides, donde las tres ninfas del Atardecer custodiaban las manzanas de oro que Hércules consiguió arrebatarse. En la entrada de Carlos VIII en Vienne (1490) se hizo una representación de «deux pucelles gardées par Hercule» (Konigson 1975: 70). Sin embargo, las de Tárrega son diosas, vestidas con «albérmies» (bermias o capotes) de oro y plata, por lo tanto más bien vinculables a Atenea, Hera y Afrodita en pleno Juicio de Paris, representación que Bruselas preparó para Juana de Aragón y de Castilla cuando entró para casarse con Felipe el Hermoso (1496) (Massip 2003: 129-130 y Massip 2007: 221). En la entrada de Isabel de Valois en Toledo (1560) salió un carro del Jardín de las Hespérides con las tres Gracias vestidas de carne para disimular la desnudez y Venus con la manzana de oro de Paris y con la lanza (Mardsen, en Jacquot 1960: II, 396).

⁴¹ Alfonso el Magnánimo en su entrada en Nápoles (1443) fue relacionado con Julio César (Massip 2003: 105-108); Becadelli lo considera «mayor que Alejandro en mansuetud y templanza, igual que César en clemencia y diligencia caballerisca» (Becadelli 1990: 73). En el recibimiento que Valladolid dispuso a Fernando el Católico (1509) aparecieron Julio César, Octaviano, Trajano y Constantino, además de los reyes David, Salomón, Alejandro y «Don Alonso», los héroes Héctor, Aníbal, Judas Macabeo, Escipión, el conde Fernán González y el Cid (Massip 2003: 135-136). En Ruán (1485), Carlos VIII fue comparado con el rey Arturo, Héctor, Josué, Judas Macabeo, Godefroy de Buillon, Octaviano, Julio César, Alejandro, Carlomagno, David y Salomón, es decir, «todos los linajes míticos asociados a la par a la idea imperial, a los fundadores de reinos, a los orígenes heroicos de la estirpe regia emplazada bajo la égida de los héroes griegos, romanos, testamentarios o célticos» (Konigson 1975: 64-65). Véase supra nota 14.

- CALVETE DE ESTRELLA, Juan Christóval (2001 [1552]). *El felicissimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe Don Phelipe*. Anvers, en casa de Martin Nucio, año de MDLII [hay edición moderna al cuidado de Paloma Cuenca, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001].
- CARRERES ZACARÉS, Salvador (ed.) (1925). *Ensayo de una bibliografía de los Libros de Fiestas celebradas en Valencia y su antiguo Reino*, Valencia, tomo II.
- COCK, Henrique (1876 [1585]). *Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 a Zaragoza, Barcelona y Valencia*, Madrid, Aribau.
- DURAN, Agustí y SANABRE, J., (eds.) (1930-1947). *Libre de les Solemnitats de Barcelona*, 2 vols.: I (1424-1546) y II (1564-1719), Barcelona, Institució Patxot.
- FIOL, Pere; ROSSELLÓ, Ramon; PAYERAS, Damià, (1991) *Història de Muro*, vol. IV [1516-1715], p. 33, Muro.
- JACQUOT, Jean (ed.) (1960). *Les Fêtes à la Renaissance*, 3 vols., Paris, C.N.R.S., 1956-1975, 3 vols. vol. II: *Fêtes et cérémonies au temps de Charles V* (1960).
- KAMEN, Henry (2004). *El Gran Duque de Alba, soldado de la España imperial*, Madrid, La Esfera de los Libros.
- KONGISON, Elie (1975). *L'espace théâtral médiéval*, Paris, C.N.R.S.
- MASSIP, Francesc (1991). *La Festa d'Elx i els misteris medievals europeus*, Alacant, Institut Juan Gil Albert-Ajuntament d'Elx.
- (1993), «De la monarchie bourgeoise à la monarchie absolutiste: Transformation de l'image spectaculaire dans les Entrées royales de la Couronne Catalano-aragonnais (XVe-XVIe siècles)», en André LASCOMBES (ed.), *Spectacle & Image in Renaissance Europe*, Leiden-New York-Köln, E. J. Brill, pp. 211-218.
- (1995), «Un quasi espill de vida: Fast i espectacle en l'entrada de l'emperador Carles a Mallorca (1541)», *Randa*, 36, pp. 17-37.
- (2003), *La monarquía en escena. Teatro, fiesta y espectáculo del poder en los reinos ibéricos: de Jaime el Conquistador al príncipe Carlos de Gante*, Madrid, Consejería de las Artes.
- (2007), «El Toisón de Oro en escena: espectáculo e imagen al servicio de la casa de Borgoña», en E. MIRA y A. DELVA (eds.), *A la búsqueda del Toisón de Oro. La Europa de los Príncipes. La Europa de las Ciudades*, Valencia, Generalitat Valenciana, pp. 213-223, 431-434 y 567-576.
- MÉRINDOL, Charles (1991), «Théâtre et politique à la fin du Moyen Âge. Les entrées royales et autres cérémonies mises au point et nouveaux aperçus», en *Théâtre et spectacles hier et aujourd'hui* (Actes 115e Congrès des Sociétés Savantes, Avignon, 1990), Paris, pp. 179-212.
- MILÀ I FONTANALS, Manuel (1895), *Orígenes del teatro catalán*, en *Obras Completas*, vol. VI, Barcelona.
- SEBASTIÁN, Santiago (1971), «La exaltación de Carlos V en la arquitectura mallorquina del siglo XVI», *Mayurqa*, V, pp. 104-106.

DE LA FORMACIÓN CORTESANA AL MECENAZGO: HISTORIA CULTURAL DEL GRAN DUQUE DE ALBA

Javier SAN JOSÉ LERA
Universidad de Salamanca

1. INTRODUCCIÓN

El proyecto vital que se iniciaba en 1507 habría de llevar a don Fernando Álvarez de Toledo a participar como protagonista en el desarrollo de los ideales imperiales de los dos grandes reyes del siglo XVI, el emperador Carlos y su hijo Felipe II. Las fechas entre las que se desarrolla la vida del Gran Duque suponen un recorrido completo por la política y la cultura del siglo XVI. ¿Cómo afrontar ni siquiera un esbozo de lo que ocurre en esos campos en los reinados de esos dos monarcas a quienes pudo servir don Fernando Álvarez de Toledo? Empresa esta digna del Gran Duque. O digna de grandes humanistas antiguos como Mayans, que escribía en 1750, haciendo explícito el enorme esfuerzo documental necesario para acercarse a la figura del duque de Alba:

He comprado todas las historias generales que comprehenden el tiempo en que guerreó el duque, la vida de los capitanes de su tiempo, muchas relaciones sueltas (...) He leído más de dos mil cartas... atormentándome la vista con la lectura de malísimas letras, copiando..., extractando..., desechando. Fuera de esto he extractado las dos Vidas que escribieron el conde de la Roca, el P. Ossorio, la Guerra de Alemania de don Luis de Ávila, la de Flandes de don Bernardino de Mendoza, testigos de vista i otras muchas relaciones (...) He leído las historias generales de españoles y extranjeros, amigos i enemigos i he formado un cúmulo de preciosísimos materiales¹.

A ese esfuerzo se suman hoy abundantes trabajos tanto biográficos (Maltby, Kamen), como documentales y de aspectos particulares o de cuestiones anejas o relacionadas con el hombre y su época. Sirva lo inabarcable del asunto, como atenuación inicial para las limitaciones de mis logros.

¹ Cit. en MARTÍNEZ GOMIS, M., «Don Gregorio Mayans y la biografía del Duque de Alba: un proyecto entre el mecenazgo y la independencia intelectual», en *Actas del Congreso Internacional sobre Gregorio Mayans*, Valencia, 1999, pp. 363-388; p. 379.

Esta intervención se organiza en torno a dos aspectos. Por un lado, la formación del Gran Duque, en la que, como veremos, el modelo cortesano se impone. Por otro lado, el mecenazgo, auténtica estructura socio cultural y económica del Siglo de Oro. En ambos focos se comprueba el peso del ideal renacentista de la unión de armas y letras, factor central en la construcción de la mentalidad nobiliaria renacentista. Ese ideal humano se encarna pronto en Garcilaso, del que la historia olvida su condición de militar para perdurar en la memoria más como poeta que como soldado, como recuerda uno de los primeros biógrafos de don Fernando². El caso del Gran Duque sería el inverso, pues su condición de relevante capitán general, estratega y vencedor de batallas en pro del imperio español, hace difícil ver en él el peso de las letras. Sin embargo, su implicación con el mundo de la cultura no es pequeño: humanistas, escritores e impresores (y otros artistas a los que no me voy a referir, pintores, músicos, orfebres, escultores...) de una u otra forma se relacionan con don Fernando Álvarez de Toledo gestionando su formación, alimentando su gusto cortesano, satisfaciendo sus necesidades de gala y de gloria, para sí, su casa o la casa real, o poniéndose bajo su protección y amparo mediante el mecanismo habitual de la dedicatoria. Es la forma explícita de ese complejo de relaciones sociales con las que se trama la creación cultural del Renacimiento en el sistema del mecenazgo. Y ella nos servirá de guía en la aproximación al mecenazgo literario del Gran Duque.

Y ambos aspectos (formación y mecenazgo) se relacionan estrechamente también por el papel que en ellos desempeña el grupo familiar. En contexto familiar se inicia y desarrolla la educación recibida por el sujeto destinado a continuar las glorias de la estirpe. Y la labor de mecenazgo se vincula con frecuencia a conservar y propagar las glorias pasadas y presentes del linaje.

2. FORMACIÓN

La educación recibida por el sujeto se inicia, como es natural, en el ámbito familiar, el mismo contexto en que se desarrolla inicialmente el mecenazgo. La formación, iniciada en el seno de la familia, es llevada a cabo por ayos particulares, en consonancia con el programa de estudios establecido para las élites cortesanas. Sobre el emblema de armas y letras y buenas dosis de *dilettantismo* el mayor o menor peso, con frecuencia venía determinado por la posición familiar del sujeto, del mayorazgo al segundón o al menor heredero. Armas y letras se iban combinando para organizar el futuro profesional del niño, de acuerdo con el ideal cortesano expresado por Castiglione: «el principal y más propio oficio del cortesano sea el de las armas» (I, IV, p. 94)³; «Pero demás de la bondad, el substancial y principal aderezo del alma pienso yo que sean las letras» (I, IX, p. 121). Es evidente que, en el caso del Gran Duque, su posición de mayorazgo, y al parecer su propio gusto personal o su carácter, le encamina decisivamente hacia el ejercicio de las armas; pero la experiencia de su tutor, el abuelo don Fadrique, introduce el necesario elemento corrector evitando que se olvide el peso de las letras; sabe que la lectura y el estudio son esenciales en el ideal cortesano de educación integral sobre el que se construye el programa educativo: difícilmente destacará en las armas el caballero que sea ignorante de las letras («A nadie conviene más la doctrina que a un caballero que ande en cosas de guerra», escribe Castiglione, I, IX, p. 126). El estudio y la lectura son útiles y contribuirán al buen hacer futuro del hombre destinado a las armas, tanto como la experiencia. Así lo recrea Lope de Vega en su comedia *La aldehuela* al caracterizar la formación del hijo bastardo del Gran Duque:

² «Devo referir en honor del valor y del ingenio que en los fines desta guerra, escalándose una torre por la gente que gobernava Garcilaso de la Vega, su valor no pudo contenerse de ser el primero de subir la escala, de que cayó herido y murió brevemente, mas no su fama, que dejó immortalizada con sus versos», VERA Y FIGUEROA, A., *Resultos de la vida*, 1643, p. 12.

³ CASTIGLIONE, B. de, *El cortesano*, traducción de Juan Boscán, introducción y notas de Rogelio Reyes Cano, Madrid, col. Austral, 1984 (5ª ed.).

y de libros que lei
y de soldados que vi
(...)
supe lo que es ser soldado (III, 2.487)⁴.

Con esos elementos y el mucho viajar (algo que será consustancial a la vida del Gran Duque de Alba) se construye el paradigma del discreto, como recordará algún tiempo después Miguel de Cervantes: «El ver mucho y el leer mucho aviva los ingenios de los hombres», (*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, II, 6).

Esa centralidad de la lectura justifica la importancia del conocimiento de las bibliotecas para el estudio de la formación literaria nobiliaria y para un retrato de la ideología del poder sobre el que se asienta⁵. En ellas se comprueba, sobre todo, una concepción utilitaria de la cultura libresco, no un concepto humanista de la misma⁶. Si hay clásicos es por su utilidad: Cicerón enseñaba la elocuencia, César o Vegetio la estrategia; Salustio, Tito Livio, Flavio Josefo o Valerio Máximo, la historia pasada, maestra del presente, al que se acercan también las crónicas de reyes y guerreros. Junto a la historia y con la misma categoría, la novela o la poesía de materia caballeresca, al lado de los tratados serios sobre el asunto. Y, como en toda biblioteca, los libros que configuran una convencional espiritualidad. La lectura que hace un noble de alta posición encaminado a la práctica militar de todas estas obras no es la misma ni con los mismos intereses, ni con la misma construcción de significado que podía hacer de las mismas obras y en el mismo momento un humanista o un lector burgués. La práctica social de la lectura no genera significados unívocos, y las lecturas del noble vienen marcadas por ese sentido utilitario de la formación letrada⁷.

Sobre esta estructura de conocimiento útil están organizadas dos bibliotecas cercanas a don Fernando Álvarez de Toledo, y que nos pueden servir de espejo para su formación cortesana: la de su abuelo don Fadrique, que nos es conocida por el inventario de bienes mandado realizar por el propio Gran Duque a la muerte de su abuelo, o la de su tío Pedro de Toledo, virrey de Nápoles⁸.

⁴ Puede verse ahora la comedia en la edición de Ricardo Serrano Deza, LOPE DE VEGA, *La aldehuela y Gran Prior de Castilla*, Ávila, 2007.

⁵ Puede verse al respecto, MARTÍNEZ DEL BARRIO, J. I., «Educación y mentalidad de la alta nobleza española en los siglos XVI y XVII: la formación de la biblioteca de la casa ducal de Osuna», *Cuadernos de Historia Moderna*, (1991), 12, pp. 67-81. BOUZA, F., «Docto y devoto. La biblioteca del Marqués de Almazán y Conde de Monteagudo (Madrid, 1591)», en EDELMAYER, F., (ed.), *Hispania-Austria II. Die Epoche Philipps II (1556-1598)*, Viena, 1999, pp. 247-310. Y sobre todo, CÁTEDRA, P. M., *Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de don Alonso de Osorio, Marqués de Astorga*, Valladolid, 2002.

⁶ KIPLING, G., «Henry VII and the Origins of Tudor Patronage», en LYTLE, G. F., and ORGEL, S. (eds.), *Patronage in the Renaissance*, Princeton, 1981, pp. 117-164; p. 124.

⁷ Es el punto de vista adoptado por CHARTIER, R., *Forms and Meanings. Texts, Performances and Audiences from Codex to Computer*, Philadelphia, 1995, aunque referido a distintos formatos de circulación de una obra.

⁸ La primera puede conocerse por la descripción que de ella hace el DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA, *Contribución al estudio de la persona de Don Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba. Discurso leído ante la Academia de la Historia, el 18 de mayo de 1919*, Madrid, 1919, p. 138, n. 19. La de su tío Pedro de Toledo, virrey de Nápoles la estudia IERNANDO, C. J., «Poder y cultura en el Renacimiento napolitano: la biblioteca del virrey Pedro de Toledo», *Cuadernos de Historia Moderna*, 9 (1988), pp. 13-33. En ella se comprueba el entramado de elementos culturales diversos: la materia caballeresca, tanto en ficción como en tratados y en historias; los tratados técnicos y profesionales sobre la guerra, y los libros relacionados con la acción de gobierno; las letras clásicas, sobre todo de los grandes historiadores romanos, pero también la filosofía y la poesía, como gala cortesana inexcusable.

Las biografías antiguas de don Fernando, como es lógico dado el contexto en el que surgen, inciden en el aspecto militar de su formación⁹, pasando por alto la educación literaria (Conde de la Roca), o refiriéndose a ella de forma absolutamente general, como hace Ossorio

Pronto terminaron para él los juegos con armas infantiles en las que desde su infancia sentía un gran deleite, y su formación literaria, orientada en el sentido conveniente a un Príncipe que más tarde había de dedicarse a la milicia. La finalidad que con esto se perseguía en él era evitar que con el demasiado descanso y tranquilidad de los estudios su espíritu languideciese, y viniera a ser como muchos de nuestros próceres que tienen a gala el ignorar el latín y el no haber aprendido nada de las buenas letras. Como el ingenio de Fernando era despierto y sutil para los estudios, pronto se distinguió en el conocimiento de la lengua latina (...) confióle a maestros sobresalientes en las buenas artes y por la integridad de sus costumbres, a quienes dio el encargo de pulir y poner freno a sus impetus juveniles (Ossorio. Vida y hazañas..., 1668, ed. 1945, p. 22).

Ambas biografías están determinadas por un contexto histórico que explica su función. En el primer caso, 1643 (aunque iniciada a petición del quinto duque de Alba, don Antonio en 1637), en plena crisis de descomposición del imperio europeo y en medio de tensiones internas, el noble embajador dedica la biografía a la Nobleza Española como espejo de comportamientos: «...Pero considerando a otra luz, que los ejemplos de la antigüedad son decretos (...). Que el principal fin desta obra es, ponerle delante un fresco exemplar...» (Conde de la Roca, 1643, p. 2). Y de la de Ossorio da la clave de lectura la censura de Pedro Abarca, S. J. (firmada el 19 de diciembre de 1668) en la que presenta a los pueblos de España «adomados en un ambiente fatal y deprimido por la tristeza reinante», y por eso «el noble autor, por medio del ejemplo del Duque de Alba y de tantos otros esclarecidos varones, demuestra —como con una suave y animada reconvencción— cuál fue y cuál puede ser el vigor de la raza hispana»; e invita al lector a que su mirada «desde el triste cuadro actual de nuestras desgracias, podrá levantarse a la contemplación de la primitiva y feliz grandeza de nuestros siglos dorados». Desde este planteamiento es lógico que se proponga al Duque como modelo que se debe emular para la recuperación de las glorias militares pasadas.

Otro es el ambiente en el que proyecta Mayans su frustrada biografía, y otra su perspectiva humanística, y por eso el asunto de la formación le interesó más. Como síntoma de esa perspectiva humanística, valga la anécdota, (que haría sonreír a un militar profesional como don Fernando), de que para avalar su propia competencia militar Mayans tranquiliza a su mecenas diciéndole que ha estudiado a fondo las campañas de Josué, explicadas por Arias Montano¹⁰.

Pero los detalles de la formación del niño destinado a convertirse en III duque de Alba se difunden sobre todo desde el artículo de Ángel Salcedo Ruiz (1907) y el discurso de ingreso del duque de Alba en la Academia de la Historia. No voy a repetir lo ya conocido y tantas veces escrito a propósito del papel desempeñado por Juan Boscán; del episodio por el que el abuelo don Fadrique pretendió otorgar la educación de su nieto a Luis Vives, y cómo este se queja a Erasmo de la jugarreta del emisario del encargo, el fraile dominico fray Severo Marini, que no comunica la decisión del Duque con la intención de hacerse él mismo con el cargo de preceptor¹¹.

⁹ «Las biografías que se han pergeñado sobre el III de los Alba son, por de pronto, muchas. Apenas se oyen en sus páginas otros sonos que los de los tambores» AGUIRRE Y ORTIZ DE ZÁRATE, J., «El humanismo del Gran Duque», en *Homenaje al Gran Duque de Alba*, Salamanca, 1983, p. 76

¹⁰ Se refiere al tratado de Arias Montano *De optimo imperio sive in librum Iosue*, publicado por Plantino en 1583. La anécdota la recoge el DUQUE DE BERWICK, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1919, p. 14.

¹¹ SALCEDO RUIZ, A., «El ayo y el preceptor del Gran Duque de Alba», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1907, pp. 370-378. Sobre este asunto, sigue siendo referencia la ponencia de don Eugenio de Bustos, «Amistades literarias del Gran Duque de Alba», leída el 15 de diciembre de 1582 y recogida en *Homenaje al Gran Duque de Alba*, Salamanca,

Los testimonios conservados permiten comprobar cómo esa educación desarrolla en el Gran Duque de Alba un modelo humano de comportamiento directamente vinculado con los ideales cortesanos, implantados en la nobleza y leídos en el diálogo de Baltasar de Castellón. La educación «al modo cortesano» como escribe Garcilaso (Égloga II, v. 1.330) o «en la difícil arte cortesana / maestra de la humana y dulce vida», (Égloga II, vv. 1.334-1.335) es responsabilidad del ayo Juan Boscán, quien no por caso sería el traductor del diálogo de Castiglione convertido pronto en espejo de cortesanos. La cortesía del Duque, esencial para moverse como diplomático en los espacios cortesanos europeos, se convierte en elemento paradigmático para sus contemporáneos, que como Luis de Zapata reconoce en su *Miscelánea* que «El Duque de Alba era cortesánísimo, y con él iba toda la cortesía de la corte»¹². Con este dominio de las estrategias cortesanas, el Duque pudo hacer un buen papel en el comprometido encargo de representar por poderes al rey Felipe II en sus esponsales con Isabel de Valois en 1559, ceremonial de estricto protocolo¹³. En las biografías antiguas del Conde de la Roca y Ossorio, se recoge el suceso con admiración de su maestría cortesana destacada en la capacidad para adaptarse a las costumbres ajenas, en la grandiosidad sin escatimar gastos, en el conocimiento de las lenguas y en la habilidad para motejar (la broma cortesana):

*Era devida a la autoridad, años y servicios del Duque de Alva, la merced que su rey le hizo de elegirle, para que con sus poderes fuese a París a desposarse con la infanta Doña Isabel, y él, que posponía el menoscabo de su caudal a la ostentación de su grandeza, llenó tan alta comisión con el esplendor de casa y aparatos que refieren las conformes relaciones de los que se hallaron en la jornada. Salían en Francia a los caminos a conocerle los pueblos enteros (...) fue recibido después de la gran Corte y últimamente del Rey Enrrico con estraordinarias muestras de honor y estimación (...) El Duque, no menos cortesano en Palacio que bravo en la Campaña respondió en francés: Sire, obedeceré [a dar besos en el rostro a la francesa a todas las damas] aunque esta paz es una traydora guerra para mis canas, conceto que pasó de mano en mano por todas las damas, que le celebraron con risa y agrado (Conde de la Roca, *Resultas...*, 1643, p. 78).*

*En estas conversaciones, amenizadas con algunas bromas de buen gusto (pues el Duque de Alba era bastante conocedor de la lengua francesa) atravesaron triunfalmente la ciudad (Ossorio, *Vida...*, 1668, p. 320).*

En los festines que acompañaban estos fastos cortesanos brilla también el Gran Duque. Valga un solo ejemplo. Entre los empleados de las casas nobiliarias no era extraño encontrar maestros de danza. En las cuentas de la casa de Alba pueden verse entradas referidas a maestros de escribir, de gramática, de latín, de tañer, de danzar¹⁴. Así explica Castiglione, con facecia cortesana, la conveniencia de esta gala:

Caja de Ahorros de Salamanca, 1983, pp. 41-70. Los datos esenciales de la formación pueden leerse ahora en KAMEN, H., *El Gran Duque de Alba*, Madrid, 2004, pp. 21-23.

¹² Cit. por SALCEDO, A., «El ayo y el preceptor», p. 377.

¹³ Así se recrea el ceremonial del casamiento en documento recogido en los *Documentos escogidos del archivo de la Casa de Alba*, Madrid, 1891, pp. 70-71. «Yo Ysabel tomo por marido y leal esposo a Phelippo Rey Cathólico, y en su nombre a Don Hernando de Toledo, duque d'Alva, y su procurador especial a este effeto. Y el prelado deve tomar las manos (...). Echo esso se passe el día en festines hasta la noche que acostan la novia, y deve venir su excellencia haciendo una gran reverencia, en presencia de todos deve poner una pierna y un brazo sobre la cama, y levantándose se acaba la ceremonia».

¹⁴ DUQUE DE BERWICK, *Discursos leídos*, 1919, p. 138, n. 8.

Una gentil dama dixo una vez delante de otras muchas a un caballero que agora yo no quiero nombrar, el cual, siéndole pedido por ella que danzase y no queriendo él aquello, ni oír música, ni otra ninguna cosa de las que suelen usarse entre hombres de corte, diciendo que no se pagaba de aquellas burlerías, al cabo, preguntado por esta señora de qué se pagaba, pues, respondió con un semblante muy fiero: Yo, de pelear. Díxole ella entonces con una buena risa: Pues luego agora que no hay guerra ni hay para qué sedáis, yo sería de parecer que os concertasen y os untasen bien, y puesto en vuestra funda, os guardasen con los otros arneses para cuando fuédes menester (Cortesano, I, IV).

Este hombre, de cuyo nombre no ha querido acordarse Castellón, no sería, desde luego, el Gran Duque, a quien no era necesario guardar en la armería para tiempo de guerra, pues tenemos constancia de su contribución danzante a los saraos cortesanos, al menos un par de veces, en Milán y en Trento. La primera, el 1 de enero de 1549 en casa de Hernando Gonzaga, acompañando al príncipe Felipe en su viaje por tierras italianas. Lo cuenta con mucho detalle Juan Calvete de la Estrella (a quien enseguida volveremos):

Los caballeros dançaron con ellas al uso de la tierra. Dançó el príncipe con la hija de don Hernando esposa de Fabricio Colona, y el Duque de Alba con la Princesa... (...) El príncipe dançó con la princesa y con su hija, y después de haber dançado algunos muy bien pavanas y gallardas, se començó la danza de la hacha, donde salieron damas y caballeros a dançar por su orden, y el Príncipe, después de haber dançado con la hija de la princesa, hizo que sacase al Duque de Alba y al Marqués de Astorga que estaban juntos, y el Duque lo hizo muy bien, que salió y danzando dio una buelta con la hacha conforme a la orden de aquella danza y luego sacó una dama y dexándole la hacha en la mano, haciéndole reverencia se bolvió a su lugar¹⁵.

La información en este mismo libro recrea las fiestas de recepción del cortejo principesco en Milán (y en otras ciudades) reconstruyendo con minucia la representación de comedias, los torneos a pie de soldados, los banquetes, los torneos a caballo, los juegos de cañas, los fuegos y combates del castillo... actividades en las que destaca siempre el Duque, incluso participando en máscaras, como en las celebraciones de la ciudad de Trento (libro II, 52a):

Acabada la cena començóse el sarao y danças entre los cavalleros y damas: y estando dançando entraron de máscara el Príncipe, el Duque Mauricio, el Duque de Alba... y otros cavalleros de los más principales: los unos con ropas largas de raso blanco, y los otros de raso amarillo y todos con hachas blancas encendidas en las manos (...) Danzaron las máscaras con las damas, y así mismo los disfrazados...

No dejan de aportar colores nuevos a la temible figura del invencible soldado estos detalles de delicadeza que aporta la gala cortesana. Y junto con ellos, la delicadeza, la ternura y el prestigio de amante, galanteador de damas, que se desprenden de la lectura de la deliciosa carta de amores que le escribe una tal Magdalena Ruiz; o en el anónimo que, ya en Flandes, denuncia al Duque por:

...las flaquezas lascivas que acá ya se saben y creerán todos los que le conocen, y allá no se ignoran, por lo poco cautamente que se hacen (...) yéndose muchas veces a Amberes, dehaxo de color de hallarse presente a los asientos o cambios de dineros, a entender en vicios lascivos... (ambos documentos en Documentos..., 1891, pp. 95-97).

¹⁵ CALVETE DE ESTRELLA, J. C., *El felicissimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe Don Phelippe*, libro II, folio 30 a.

Es curioso cómo estos rasgos, podríamos decir humanizadores, son explotados literariamente por Lope de Vega en el retrato legendario del Duque en su comedia citada *La aldehuela*. Allí vemos, claro, al aguerrido soldado, general invicto y fiel servidor del rey, pero, completando la etopeya por su lado más humano, también encontramos un don Fernando sensible gustador de la belleza femenina, apasionado amante (sin violencia), fiel a los amores pasionales de juventud, padre amoroso con su hijo bastardo (hasta el punto de ser capaz de hacer por él una guardia durante el sitio de una ciudad, para que su hijo descanse). Son matices que completan un retrato más humano, interesadamente sin duda, pero también sin duda más cercano a la realidad de una personalidad compleja.

También la conversación erudita engalana las virtudes del Duque, como se había previsto en el cortesano ideal de Castiglione, pues los ejercicios de letras harán un sujeto «abundoso y largo en la conversación» (*Cortesano*, I, IX, p. 124). Así lo recuerda Arias Montano en carta al presidente Ovando a propósito del gusto que recibe el Duque en entretenerse con la charla del erudito humanista como descanso de sus sinsabores en el gobierno de Flandes:

...estando aquí, cuasi todas las tardes en que estemos hablando a solas; y cuando estoy en Bruselas las mañanas, y a la mesa, y después de mesa, dos horas y a la noche dos, y tres y cuatro. Tiene una discreción, memoria juicio y distinción de cosas que me tienen admirado, y juntamente una disposición en el tratarlas que parece estar ejercitadísimo en todas las materias (cit. en Duque de Berwick, 1919, p. 140).

En la Europa renacentista no es comprensible un hombre de gobierno al que no adornen las galas cortesanas. Y a don Fernando le acompañan, suavizando sus matices la imagen de dureza del perfil de implacable gobernador y hombre de armas. Por eso, porque también constituye una gala cortesana y una necesidad de formación, no es difícil imaginar igualmente su interés y afición por la poesía lírica, que habían cultivado en su forma poética más cortesana, algunos ilustres antecesores cuyas composiciones aparecen recogidas en los Cancioneros de la Constantina y en el General de 1511. Y, por supuesto, su amistad y admiración por los poetas que le rodean, su ayo Boscán y su soldado Garcilaso.

Pero no sólo por gusto, afición y gala, sino también por la conciencia de utilidad que entraña esa relación especial con los hombres de letras. Lo había dejado escrito Petrarca en el soneto 187:

*Giunto Alexandro a la famosa tomba
del fiero Achile, sospirando disse:
O fortunato che sí chiara tromba
trovasti e chi di te sí alto scrisse!*¹⁶

Y el modelo prestigioso lo acercaba al Gran Duque, de nuevo, Boscán al traducir en Castiglione (*Cortesano*, I, IX, p. 123) «Que la verdadera gloria sea aquella que se encomienda a la memoria de las letras, todos lo saben». Los grandes hombres son más grandes cuando su gloria es pregonada por la trompa de la fama, cuyos registros y claves maneja el hombre de letras. No es extraño, pues, que el hombre de armas busque la amistad de los poetas que canten sus hazañas, como promete Garcilaso que hará con las del tío de don Fernando, Pedro de Toledo, virrey de Nápoles en la dedicatoria de la *Égloga I* «En tanto que 'ste tiempo que adevino / viene a sacarme de la deuda un día / que se deba a tu fama y a tu gloria...». Por este camino entramos en el territorio del mecenazgo, al que quiero dedicar ahora unas reflexiones.

¹⁶ «Llegado Alejandro a la famosa tumba / del fiero Aquiles, suspirando dijo / —¡Oh afortunado, que clarín tan claro / hallaste, y quien de ti escribió tan alto!», PETRARCA, *I sonetti del Canzoniere*, Barcelona, 1981, p. 373.

3. MECENAZGO

El fenómeno del mecenazgo ha sido bien estudiado en relación con las artes visuales del Renacimiento, como un camino para «desmitificar» el concepto romántico de libertad creadora de los artistas y reivindicar el papel que juega el patrono en la creación, no solo como financiero, sino incluso determinando aspectos básicos de forma, formato y contenido¹⁷. Sin embargo, en el caso de la creación literaria en las letras españolas, el asunto no ha sido tan considerado¹⁸.

El sistema de mecenazgo funciona como mecanismo social, de interacción de grupos, que genera una consolidación de la estructura jerárquica de la sociedad y es, como tal, un instrumento de legitimación del poder. La posibilidad de conceder mercedes, favores y prebendas a cambio de trabajos artísticos es un privilegio de las élites, ricas y poderosas; estas tienen a su servicio a una corte de creadores, que ponen su acción cultural al servicio social del poderoso, a cambio de la posibilidad de entrar en la distribución de cargos en el gobierno de la casa real, acompañados de salario y beneficios varios, y, junto con ello, del prestigio y capacidad de influencia. Particularmente el sistema funciona con respecto a la casa real; pero a su imitación, la pequeña corte nobiliaria reproduce a menor escala el mismo mecanismo. La casa familiar es así un pequeño trasunto de la corte real, en el que ese tipo de relaciones se han establecido. El noble crea en su entorno una pequeña corte, con la que gana prestigio y fama, a cambio de promocionar la situación del «cliente» en un espacio social de influencia y prestigio y, como consecuencia, en una posición económica favorable.

La relación de las casas nobiliarias con los creadores tiene el contrapunto del ponerse un autor bajo la protección o el amparo de un noble, dedicándole los frutos de su ingenio; es el tipo de relación que en el ámbito de las letras mejor expresa ese sistema social tan característico del Renacimiento del mecenazgo o patrocinio, y que se hace explícito mediante la pieza retórica que es la dedicatoria. Lejos de ser un mecanismo puramente superficial, como se la ha llamado¹⁹, la dedicatoria de los libros es el procedimiento protocolario que hace explícitas esas relaciones sociales y culturales de patronazgo y clientela. El noble a quien se dedica se apropia, por así decirlo, de una obra dedicada, como si fuera suya²⁰, y en correspondencia, otorga protección o bienes al artista²¹. «Para los escritores y editores —escribe Roger Chartier—, ofrecer el libro al príncipe era un acto del que podía depender su vida toda. Al aceptar o rehusar la dedicación, el soberano se ponía en situación de conceder o negar legitimación a un libro».

¹⁷ HOLLINGSWORTH, M., *Patronage in Renaissance Italy*, London, 1994, pp. 1-2.

¹⁸ Aplicando la teoría de los campos de Bourdieu, y con otra perspectiva, puede verse el reciente estudio de GUTIÉRREZ, C., *La pluma, el rayo, la espada. Quevedo y los campos literario y de poder*, Purdue, 2005.

¹⁹ «Quizá la manifestación más superficial del mecenazgo es la constituida por las omnipresentes dedicatorias de libros que los escritores enderezan a los nobles, generalmente para conseguir poco más que los gastos de impresión o como muestra de deferencia, pleitesía u ofrecimiento de servicios». ARELLANO, J., «De príncipes y poetas en el Siglo de Oro», en *El mecenazgo literario en la casa ducal de Béjar durante la época de Cervantes*, Segovia, 2005, pp. 23-42, p. 23.

²⁰ La idea es de CHARTIER, «Le Prince, la bibliothèque et la dédicace au XVIe et XVIIe siècles», en LÓPEZ VIDRIERO, M.^a L. y CÁTEDRA, P. M., *El libro antiguo español, vol. III*, Salamanca, 1996, pp. 81-100.

²¹ O al editor, como recuerda a otro propósito Francisco Rico: «Los editores se sentían con todo el derecho del mundo a dedicar a quien les conviniera los libros que publicaban, y tanto más cuanto que los destinatarios frecuentemente contribuían a enjugar los costes de la impresión. En los días del primer *Quijote* uno de los Junta lo resumía con claridad meridiana: «Facendo noi la spesa, dobbiam fare la dedicatoria». RICO, F., «A pie de imprenta. Páginas y noticias de Cervantes viejo», en *El texto del Quijote. Preliminares a una ecdoética del Siglo de Oro*, Valladolid, 2005, p. 464. Para nuestro caso, la reflexión es aplicable a las relaciones del impresor Plantino con el Gran Duque.

*En un tiempo en que el mercado de libros no estaba todavía fuertemente establecido como para permitir que los estudiosos y hombres de letras vivieran de sus plumas, los favores dispensados por un generoso patrón era el único camino para hacerse con una reputación y encontrar remuneración al talento propio*²².

Parece por lo tanto evidente que la del mecenazgo es una relación social y cultural de mutuo interés, pues mediante su ejercicio la nobleza exhibe su poderío económico, su posición de dominio frente a otros grupos, asegura la propagación de su fama (pues las casas nobiliarias son conscientes del valor de la creación artística como propaganda del poder, como se encargarán de recordar los propios artistas) y consolida su propia posición a ojos de otros sujetos de los mismos grupos sociales²³. Por su parte, el artista, según expresa en los textos protocolarios, se siente protegido frente al grupo (es muy llamativa en la retórica de las dedicatorias la insistencia en la protección del autor frente a la maledicencia de los colegas), recibe mercedes cuantificables (en forma de financiación, encargos, gratificaciones, cargos, salarios o raciones, regalos —la cadena de oro celestinesca, uno de los más apreciados) o menos tangibles (honores y distinciones que implican una posibilidad de ejercicio del poder en otra escala inferior y una posición de prestigio frente a otros sujetos del mismo campo)²⁴.

Como hemos señalado para la formación, en el desarrollo del mecenazgo nobiliario a imitación de la casa real es determinante el grupo social más pequeño, el familiar, sobre el que se construye la idea de linaje²⁵. La alabanza del mecenazgo de la casa de Alba, Gonzaga, Este, Medina Sidonia o cualquiera otra no es sólo retórica protocolaria, plasmada en una dedicatoria, sino un mecanismo por el que se reconoce y se muestra que el patrono actual al que se alaba es parte de un gran continuum del linaje, que se extiende a lo largo del pasado y avanza lejos hacia el futuro, asegurando así la protección y el favor para sus futuros servidores artistas. Desde esta consideración de linaje se explica la continuidad de la actitud promotora del arte y protectora de artistas que observamos en las casas nobiliarias, y en particular en la casa de Alba²⁶. Y esto en una doble dirección: por un lado, el mecenazgo se dirige a la exhibición y mantenimiento del esplendor familiar, por el que se construyen casas y palacios y se adornan, dotándoles de obras de arte y bibliotecas. Se sigue en ello el modelo *Gonzaga*, de Urbino, retratado idealmente por Castiglione al comienzo del *Cortesano*²⁷; por otro lado, se desarrolla una actividad de patrocinio orientada hacia la presencia social de la casa, que encarga la edición

²² CHARTIER, R., «Princely Patronage and the Economy of Dedication», en *Forms and Meanings*, 1995, pp. 25-42; las citas textuales en pp. 36 y 41.

²³ Ver al respecto, GUNDERSHEIMER, W. L., «Patronage in the Renaissance: An Exploratory Approach», en LYTTLE, G. F., and ORGEL, S., (eds.), *Patronage in the Renaissance*, Princeton, 1981, pp. 3-23.

²⁴ Esta tipología coincide, básicamente, con lo expresado por el impresor Manuel Antonio de Vargas al dedicar su edición de la *Jocoseria. Burlas, Veras* de Luis Quiñones de Benavente en 1645: «Tres causas son las que más razonablemente deben mover a esta costumbre de dedicar los libros: prevenirles defensa contra la ignorancia o la envidia, en amparo suficiente; procurarles autoridad para el mundo, donde la opinión a tantos arrastra, en algún protector ilustre; o manifestar agradecimiento de beneficios no comunes en esta devoción dependiente, hija siempre del respeto de la obligación», *Jocoseria. Burlas veras. Doce entremeses representados y veinte y quatro cantados, con seis loas y jácuras insertas...*, en Madrid, 1645.

²⁵ «In manifesting his own *magnificentia*, the Renaissance patron functioned not merely as an individual man of taste and culture, but as the figurehead of a family, and generally an extended family. The court may be regarded as a more broadly based variant of the same phenomenon» (GUNDERSHEIMER, «Patronage in the Renaissance», p. 20).

²⁶ Respecto al mecenazgo dentro de la casa de Alba, Hemando, (art. cit., 1988, p., 14) llama la atención sobre el «intrincado sistema de relaciones familiares y clientelísticas».

²⁷ CASTIGLIONE, *El cortesano* I, l. I, p. 80. «Una casa (según opinión de muchos) la más hermosa que en toda Italia se hallase, y así la forneció de toda cosa oportuna... de vaxillas de plata, de aderezos de cámara, de tapicería muy rica... de infinitos bultos de los antiguos de mármol y de bronce, de pinturas singularísimas, y de todas maneras de instrumentos de música (...). Tras esto... juntó un gran número de muy singulares y nuevos libros griegos, latinos y hebraicos, y guarneció los todos de oro y de plata, considerando que esta era la mayor ecelencia de todo su palacio».

de libros, promueve fundaciones conventuales, concede subvenciones o gratificaciones a grupos o sujetos concretos. Y en el caso del Gran Duque, además, este patrocinio cultural tiene en algunos casos una orientación hacia la acción política, por ejemplo desde la promoción en Flandes de determinado tipo de impresos, conocedor de la importancia que ha cobrado el nuevo invento de la imprenta en el combate del protestantismo. Contemplando desde la perspectiva del mecenazgo literario la trayectoria cultural de la vida del Gran Duque, podemos observar una variación que viene a coincidir con el sentido evolutivo de las letras durante el siglo, desde el reinado de Carlos V al de Felipe II; pues, en efecto, vemos evolucionar las actividades de relación artística y de patrocinio del Duque desde los ideales estéticos cortesanos hasta la espiritualidad contrarreformista. O por personalizar el programa en dos personas, de Boscán a Arias Montano, de Garcilaso a fray Luis de Granada.

No es casualidad que el ambiente en el que se forma el joven Fernando esté marcado por los modelos familiares de protección artística de su tío abuelo don Gutierre, protector de Antonio de Nebrija (que le dedica la segunda edición de su *Arte de Gramática*); mecenas también de Juan del Enzina, que corresponde a los ventajosos encargos de representar en la corte de Alba con la dedicatoria de su *Cancionero*, y dedicando al hijo de don Fadrique, García (el padre de don Fernando), su *Triunfo de amor*. En la triple dedicatoria del *Cancionero* (la general, la del *Arte de poesía* y la de las *Églogas*), pone sucesivamente en serie a los reyes Fernando e Isabel, al príncipe don Juan y a los duques de Alba, don Fadrique de Toledo y doña Isabel Pimentel, en cadena de honores que simboliza el alto rango social de los mecenas²⁸.

Es cosa sabida. Otro tío, Juan de Toledo, dominico, obispo de Córdoba, de Burgos, arzobispo de Santiago y cardenal es el impulsor de la construcción del convento de San Esteban de Salamanca, elegido como panteón familiar. A él dedica Fernando de Enzinas su *Tractatus Summularum* (Salmanticae, Alfonsus de Porras y Laurentius de Liondedei, 1527; con edición primero en Alcalá en 1523), donde le reconoce como *patrono mecenatique suo*. Y a partir de 1541, Domingo de Soto le dedica su *Relectio de ratione tegendi et detegendi secretum*. Y posteriormente en 1543 la *In Dialecticam Aristotelis Commentarii* (con sucesivas ediciones salmantinas de 1548, 1551, 1552, 1554); en 1545 *Super octo libros Physicorum Aristotelis commentaria*²⁹. Con él se relaciona también el helenista Juan Ginés de Sepúlveda³⁰.

No puedo aquí más que asomarme al intrincado mundo del clientelismo en torno al Gran Duque de Alba³¹. Un mero recorrido por los libros a él dedicados que he podido localizar (sin que la lista pretenda

²⁸ Una edición de esta obra, publicada por primera vez en 1496, sale a la luz, precisamente el mismo año del nacimiento de don Fernando Álvarez de Toledo, en 1507: Juan del Encina, *Cancionero de todas las obras*, Salamanca, Hans Gysser Aleman de Silgenstat, 1507. (Ruiz Fidalgo, 1994:I, 206, ítem 61). Otros casos de mecenazgo de la casa de Alba desde finales del siglo XV, a favor de músicos, cronistas o poetas puede verse en DUQUE DE BERWICK, *Discursos leídos*, p. 26 nota.

²⁹ En Burgos se imprimen sus obras en Gonzalo Martínez de Bizcargui, *Intonaciones nuevamente corregidas... según uso de los modernos que oy cantan e intonan en la yglesia romana* de 1540; en un *Manuale sacramentorum secundum usum Sanctae Ecclesiae Burgensis* de 1542; y en un *Misale secundum consuetudinis burguensis ecclesie* de 1546. Pueden verse las descripciones completas de estas ediciones en FERNÁNDEZ VALLADARES, M., *La imprenta en Burgos (1501-1600)*, Madrid, 2005, pp. 785, 817 y 844 respectivamente.

³⁰ Ver LOSADA, A., *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su Epistolario y nuevos documentos*, Madrid: CSIC, 1949.

³¹ No trataré por falta de espacio del caso significativo de las dedicatorias a su esposa, doña María Enríquez, que por su condición de mujer del Gran Duque y como gobernadora de la hacienda familiar durante las largas ausencias de su esposo, recibe igualmente las atenciones propias del clientelismo inherentes al mecenazgo, y que merecería atención particular. Baste señalar cómo a la duquesa, doña María Enríquez, le dedica sus *Diálogos de la vida del soldado*, Diego Núñez de Alba. Y que a ella ofrece su *Vergel de flores divinas* Juan López de Úbeda. Por su interés se encarga a Plantino la impresión de las obras completas de fray Luis de Granada, así como un libro de Horas; ella es también la promotora del panegírico del Duque

ser exhaustiva, aunque sí ilustrativa) ofrece resultados interesantes. Se inicia apenas heredado el mayorazgo, con la dedicatoria de Juan Martínez Siliceo, *Logica brevis*, Salmanticae, [Alfonsus de Porras], 1530³².

Continúa con un libro de caballerías, *Libro del valeroso e invencible cavallero Lidamor*, escrito por el maestro Juan de Córdoba, vecino de Salamanca, y publicado en esta ciudad en 1534³³. En la portada se lee tras el título «Dirigido al ilustrísimo señor don Hernán dávalvarez de Toledo, duque dalua, marques de Coria : conde de Salvatierra, etc.». Y más significativamente, en el grabado, que ocupa tres cuartos de la portada: la mitad inferior reproduce una escena caballeresca en la que un caballero derrota de un lanzazo a otro; en la mitad superior se graba en imágenes la alabanza de la casa de Alba: en el cuarto superior izquierdo imprime el escudo de armas de la casa de Alba, con la letra que rompe la greca lateral «Duque dalva. Marqués de Coria». Y junto al escudo, y en el mismo nivel, vemos al caballero Lidamor que combate a un dragón. Es evidente que el programa iconográfico de la portada juega a establecer la equivalencia entre ambos caballeros, el real y el de ficción, de forma que deducimos que el caballero vencedor de la parte inferior de la portada es también el mismo Duque al que se dedica la obra. Como vimos en los libros que forman las bibliotecas nobiliarias cercanas del caballero, esta estampa nos vuelve a mostrar la estrecha relación entre historia y ficción que recorre todo el mundo caballeresco. El único ejemplar conservado de esta obra, en San Petersburgo, carece de prólogo o dedicatoria escrita, de manera que poco más puede obtenerse de él a nuestro propósito.

En 1542 Luis Lobera de Ávila, dedica su *Libro de pestilencia curativo y preservativo...*, (Alcalá, Joan de Brócar, 1542). Es el vol. II de *Vergel de sanidad que por otro nombre se llamava Banquete de cavalleros y orden de bivar así en tiempo de sanidad como de enfermedad*. La dedicatoria es muy representativa de los tópicos retóricos sobre los que se construye el género, por lo que puede servir de paradigma: muestra el entramado familiar del clientelismo:

Si los de estrañas naciones trabajan de dar a conocer con algunos príncipes y grandes señores, poniendo algunos servicios delante que según su posibilidad les han hecho y hazen para ser dellos favorecidos y amparados : con quanta más razón (ilustrissimo señor) sería yo obligado a hazer esto con vra. ilustrissima señoría con mi pobreza / aunque muy rica en la voluntad / aviendo sido tan cierto servidor del ilustrissimo señor duque de Alua vuestro aguelo / y después de vuestra señoría ilustrissima / y tan conocido por tal de quantos me conocen;

expresa la necesaria gratitud («Los doctores sagrados tienen ser muy aborrescible y abominable pecado la ingratitud»); el *topos humilitatis* («quise presentar a vra. ilustrissima señoría esta mi pobre obra»), el servilismo («Acorde que pues mi pobreza no dava lugar a poder manifestar mi crecida

por Calvete de Estrella. Y aunque no pueda considerarse *sensu stricto* como mecenazgo literario, es conocida la protección dispensada por doña María a la actividad de Teresa de Jesús, la confianza en el trato que se desprenden de sus cartas, hasta el punto que esta le confía a la Duquesa la custodia de un autógrafo del *Libro de la Vida*, que luego servirá para que fray Luis de León saque a limpio la obra y vea la luz en la edición *princeps* de las obras de la Madre, en Salamanca, en 1588. Véase DUQUE DE ALBA, *Biografía de Doña María Enríquez, mujer del Gran Duque de Alba*, Madrid, 1947; CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005, pp. 137-142.

³² RUIZ FIDALGO, *La imprenta en Salamanca*, Madrid, 1994, vol. I, p. 279, ítem 171.

³³ RUIZ FIDALGO, *La imprenta*, 1994, I, 290, da una descripción inexacta de esta obra a partir de la descripción de Gayangos. Puede verse ahora SÁENZ CARBONELL, J. F., *Lidamor de Escocia de Juan de Córdoba (Salamanca, 1534)*, *Guía de Lectura*, Alcalá de Henares, 1999, elaborada sobre el único ejemplar conservado en San Petersburgo.

voluntad y obligación de servir a vra. ilustrissima señoría») y el panegirico («... muy claro está en nuestra España las proezas de los antepasados de vuestra ilustrissima señoría y vuestras siendo capitanes generales en todas las cosas más importantes que se han offrescido en ella hasta el día de oy»); y, a cambio de este despliegue, la petición de protección intelectual (¿o física?)

quise ponerla debaxo del amparo de vra ilustrissima señoría : porque quando viniere a noticia de los invidiosos y mordaces que a semejantes cosas no pueden faltar y sabiendo que está debaxo del amparo de tan excellente persona como la de vra. ilustrissima señoría / no ternán atrevimiento de roerla : porque si por ventura alguno la quisiere roer / o maltratar : sabiendo que está debaxo del amparo de vra. ilustrissima señoría / que viene de la esclarescida sangre de los emperadores de Grecia / con justa causa y razón se les sería contado a locura antes que a otra justa causa

que parece ser la forma elegante de solicitar otras ayudas más tangibles:

pues vuestra ilustrissima señoría / y el ilustrissimo Duque vuestro aguelo y visaguelo siempre hizieron grandissimas limosnas y monesterios, casado biudas y huérfanas, rescatando captivos, y haciendo otros muchos géneros de bienes en estos reynos y fuera dellos. Por manera que para que esta mi obra pequeña salga a luz y aproveche a los que della quisieren ser aprovechados: ningún temor resta más de la aceptación de vuestra ilustrissima señoría: a la qual humildemente suplico que la tome y resciba debaxo de su protección y amparo.

Una auténtica panoplia de elogios a la casa de Alba despliega en múltiples dedicatorias sucesivas de la misma obra fray Marcelo de Lebrija, hijo de Antonio de Nebrija, gentilhomme de la casa de Alba, en un raro libro dividido en tres partes y titulada cada una de ellas *Triaca del alma*, *Triaca de amor*, *Triaca de tristes*. Su deseo de «servir todo el origen de la casa de Toledo», como afirma ser su intención, le lleva a dedicar cada una de las partes de la obra a alguno de los hijos de don Fadrique (o en el caso de don García, fallecido en 1510, a su mujer), colocando en los preliminares protocolarios cartas para todos los demás³⁴. Abre una carta a los Ilmos. Sres. Duque y Duquesa de Alba, en la que explica el plan dedicatorio a los tíos y madre del Gran Duque:

...el gran deseo de servir a los muy ilustres progenitores de Vuestras Señorías a quien mis padres, hermanos y deudos, de largos tiempos sirvieron en las tres eminentes casas deste Reino, Alva, Stúñiga y Pimentel, que son las fuentes principales de donde emana el origen real de la Genealogía de Vuestras Señorías. Las cuales obras estaban en la dedicación dellas divididas desta manera: La una, llamada Triaca del ánima a mi señora Doña Leonor de Toledo, Condesa de Alva de Liste. La segunda, nombrada Triaca de amores, estuvo dedicada para aquel illustre Sr. don Hernando de Toledo, Comendador Mayor de Alcántara, mi señor: La tercera, intitulada Triaca de Tristes fue señalada para mi Señora Doña Beatriz Pimentel, madre de Vuestra Señoría, ejemplo de toda virtud.

Sigue otra para don Juan, obispo de Burgos, el tío «no favorecido» con la dedicatoria, halagándole por su ejemplo de vida y pidiéndole le corrija y enmiende su propia obra. De esta forma va cumpliendo su plan de alabanza, que explica finalmente así a la madre del Gran Duque en la «Carta a la muy illustre señora doña Beatriz de Pimentel, mujer que fue del muy illustre señor Don García de Toledo, primogénito heredero de la casa de Alba»:

³⁴ Sólo he podido ver los resúmenes amplios de las dedicatorias en GALLARDO, B. J., *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, Madrid, 1888, ed. facsímil, Madrid, 1968, vol. III, pp. 353-362.

... Considerando que no menos terná mi obra necesidad de corrección que de favor: acordé envialla a los Ilmos. Sres. Cardenal Obispo de Burgos y el Duque de Alva, para que el uno con sus altas letras la emendase; y el otro con sus poderosas armas la defendiese; porque desta manera estaría seguro que ni los sabios ternían razón de la reprehender; ni los murmuradores osadía de la maltratar ni ofender.

No es casualidad que fray Marcelo de Lebrija, que reconoce su gratitud por los abundantes mercedes y favores concedidos a su padre y a él, figure en la nómina de pensiones y limosnas de la casa que recoge el Duque de Berwick (1919: 145).

Pedro de Dueñas dedica su *Regularum utriusque iuris liber primus* (Salmanticae. Apud Andream a Portonariis, 1554)³⁵ al *Illustrissimo atque amplissimo Heroi, domino Fernando Aluarez a Toledo, Duci Albensi, Marchioni Castruensi, Comiti Salvaterrano etc.* Confiesa seguir la costumbre de quienes ponen sus obras bajo la advocación de protectores, para mayor estima y no desmerezca a ojos de hombres doctos. Y lo ha elegido a él por tantos beneficios como ha recibido de su magnificencia.

Diego Jiménez Ayllón, le dedica *Los famosos y heroicos hechos del... Cid Ruy Díaz de Bivar: Con los hechos de otros varones illustres... en octava rima*, Alcalá de Henares, en casa de Juan Iñiguez de Lequerica, 1579 (al fin 1580).

Muy interesante es el caso de la dedicatoria de Sancho de Londoño, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* (Madrid, por Luys Sánchez, 1593), pues nos pone en contacto con otro tipo de patrocinio, digamos, no literario³⁶. En la portada leemos la dedicatoria: «... Dirigido a Don Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alva, etc. Lugarteniente y Capitán General de su Magestad y su Gobernador en los Estados de Flandes». Es evidente que por la fecha de impresión la obra no pudo ser conocida en su forma impresa por el Gran Duque, fallecido en 1582. Sancho de Londoño, fue un capitán de infantería en la guerra de Bélgica y por su gran pericia en el arte militar fue nombrado por el duque de Alba gran maestro de campo. La obra responde a un encargo del propio Duque, hecho a su capitán a 11 de enero de 1568, como se lee en el último folio de la obra: «Porque desde los onze de enero passado, que el mandato de v. Excelencia me obligó a escribir esto, no siempre he tenido salud (...) que con más oportunidad no se pueda escribir, si V. Excelencia fuere servido dello...» (y se firma en Liera a ocho de abril de M.D.LXVIII años). La dedicatoria rompe con los tópicos cortesanos para hacernos comprobar la obediencia como fundamento de la disciplina militar:

Aviendo yo militado tantos años so el imperio de vuestra señoría en las más arduas y altas empresas que en el mundo se han ofrecido (...) pues de su incomparable experiencia sobre las demás calidades y partes que haz en un invictissimo Emperador y clarissimo capitán se deve pensar que para cargos tan preeminentes como los que vuestra señoría me ha encomendado hiziesse elección de persona inmérta : debía saber la disciplina militar. De manera que fundándome en obediencia principal parte de la tal disciplina, por averme lo mandado a V.S. pudiesse poner en escrito alguna forma de reduzirla a mejor estado, del en que por la luenga paz y descuydo de sus professores V. Señoría la ha hallado...

³⁵ Veo la edición de 1557, Lugduni. Apud Sebast. Barptolomaci Honorati.

³⁶ La primera edición se realiza en Bruselas, En Casa de Roger Velpius, 1587. Allí se vuelve a imprimir en 1593 y en 1596. En 1589 se imprime en Bruselas junto con Francisco de Valdés, *Espejo y disciplina militar por el Maestre de Campo Francisco de Valdés, en el qual se trata del officio del Sargento*. FONTAINAS, J. P., *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas méridionaux*, Pays Bas, 1965. Ver también el impreso madrileño descrito en CLEMENTE SAN ROMÁN, Y., *Tipobibliografía madrileña. La imprenta en Madrid en el siglo XVI (1566-1600)*, Kassel, 1998, p. 634.

Apartado especial merecerían los impresos antuerpienses dedicados al Gran Duque y el papel que en juego de clientelas en torno al de Alba juega el impresor Plantino. Resulta apasionante reconstruir desde la documentación conservada el juego de estrategias políticas y servicios entre el gobernador y el impresor, y que se comprueba en frutos impresos como el *Índice de libros prohibidos* de Amberes, en la impresión de materiales litúrgicos, o en el encargo de ediciones para la casa (libros de horas, obras completas de fray Luis de Granada...) ³⁷. Baste señalar cómo en 1569, es decir, al poco de hacerse cargo del gobierno de los Países Bajos, don Fernando recibe dedicatorias en varios impresos salidos de las prensas de Cristóbal Plantino: Cornelius Gemma, *De Arte cyclognomica...*; Ioannes Goropius Becanus, *Origines Antuerpianae...*; François Richardot, *Deux oraisons funebres faites en la ville de Bruxelles... aux exeques des royne et prince d'Espagne*. Ese mismo año de 1569, en un impreso de Juan Cristóbal Calvete de Estrella titulado *Munuscula*, el impresor Plantino incorpora una misiva dedicatoria a don Fernando Álvarez de Toledo en que reconoce haber sido idea suya sacar a luz la obra de Calvete acompañada de su nombre, como una especie de regalo que espera le será grato ³⁸. Y firma como *humillimus servus CH. Plantinus*. No es extraño que Plantino, acosado no hacía mucho por sospechas de herejía planee ahora un acercamiento al poder con aquello que puede, es decir, con el fruto de su trabajo como impresor.

Es significativo el hecho de que todos estos impresos antuerpienses dedicados al Duque salgan de la misma imprenta, la de Plantino. Resulta evidente que la estrategia de Plantino es convertirse en cliente del Duque mediante sus servicios como impresor. Podríamos decir que el mote de la empresa plantiniana, *Labore et Constantia* se aplica estrictamente a su relación de clientelismo con el Duque, iniciada tan pronto este llega al poder y culminada con la gran empresa editorial que es la *Biblia Regia*, uno de cuyos ejemplares es regalado al duque de Alba por el rey, a través de Arias Montano con el lema *Optimi regis Optimo Ministro Donum Detulit* ³⁹. Plantino se vio favorecido con la protección ducal, al convertirse en architipógrafo regio, encargado no solo de los grandes proyectos, como la *Biblia Regia*, sino de impresos de menudeo, pero altamente rentables para las imprentas, como son todo tipo de documentos, anuncios, ordenanzas, decretos, cuestionarios, instrucciones varias, así como de materiales litúrgicos varios ⁴⁰. Por otra parte, la documentación muestra lo frecuente del procedimiento de financiación que consiste en la compra de un buen número de ejemplares, a veces en tiradas especiales en otro tipo de papel, por parte del mecenas para su uso particular.

El caso de Plantino resulta, pues, sintomático de la complejidad de las relaciones de patronazgo en el entorno del duque de Alba; es evidente el servicio mutuo que se prestan. Plantino que se beneficia de la concesión en exclusiva de los impresos oficiales y del suministro de los libros litúrgicos, se pone como impresor al servicio de la política pro católica del Duque. Así, se hace cargo con diligencia de la primera medida editorial del Duque: la publicación del *Index librorum prohibitorum* de 1569, instrumento esencial para la lucha contra el protestantismo y culmina con la impresión de la *Biblia Regia*. El *Índice* fue compilado de urgencia por Arias Montano a demanda del Duque y sale en un minúsculo tomo en dieciseisavo y en forma de cartel seguramente para exhibir en las librerías, puertas de iglesias u otros lugares públicos. Reeditado en 1570 con un *Appendix* cuyo responsable es de nuevo el doctor Montano, en 1571 se amplía con un *Index expurgatorius librorum*, que incorpora

³⁷ Puede verse al respecto el trabajo del profesor Luis Gómez Canseco en este mismo volumen.

³⁸ Véase arriba nota 21.

³⁹ Para la biografía de Plantino ver CLAIR, C., *Cristóbal Plantino, editor del humanismo*, Madrid, 1964, de donde copio la dedicatoria al Duque, p. 134, n. 72. Y fundamental resulta por la abundante documentación, BÉCARES, V., *Arias Montano y Plantino. El libro flamenco en la España de Felipe II*, León, 1999.

⁴⁰ Todos estos materiales pueden verse descritos en VOET, L., *The Plantin Press (1555-1589). A Bibliography of the Works printed and published by Christopher Plantin at Antwerp and Leiden*, Amsterdam, 1983, 6 vols.

un decreto del Duque por el que concede la exclusividad de la impresión para el prototipógrafo regio, que no es otro que Plantino. Y esto no solo porque el proceso de elaboración del *Índice* sea secreto, y conviene que esté en manos de un solo impresor, (Clair, p. 158, Voet, p. 1238), sino porque su impresión en forma de cartel para colgar en las librerías o de libro produciría por un lado buenos beneficios al impresor, y por otro la evidencia de contar con la protección del poderoso, lo cual, en los convulsos años para la política y para la imprenta del XVI no era poco⁴¹.

Al mismo sentido de apoyo a la política editorial del Duque responden las impresiones de materiales litúrgicos por parte de Plantino, *Horas, Oficios de Misa, Breviarios*. Todos estos materiales litúrgicos impresos constituían, sin duda, parte del programa político de promoción de la religión católica frente al protestantismo. Sólo eso explica la carta del Duque al secretario de Felipe II, Gabriel de Zayas, en Bruselas a 23 de marzo de 1571: «A Arias Montano he hecho dar casa en que pueda meter también a Plantino y atender con secreto a la impresión de los breviarios, y al dicho Plantino se han entregado los 2000 florines» (*Epistolario* II, 546, p. 1.241). Y en la misma fecha, directamente a su Majestad: «A Arias Montano he hecho dar casa y recaudo para la impresión de los breviarios y diurnales, como él lo debe escribir al secretario Zayas» (*Epistolario* II, 544, p. 1.239). Todos estos materiales oficiales de la Iglesia suponían una importante fuente de ingresos para el editor, como muestra el hecho de que, mediante la intermediación de otro de sus poderosos patrones, el cardenal Granvela solicite Plantino al Papa privilegio de impresión en exclusiva de breviarios, diurnales, misales, catecismos y otros libros similares⁴².

Pero por otro lado, junto a los encargos oficiales, Plantino se convierte también en impresor para la casa de Alba⁴³, para la cual imprime una tirada especial de las *Horas Beatissime Virginis Mariae ad usum Romanum in 8º* (Voet, p. 1.155), ilustrada con grabados. Se hacen distintas impresiones de estas *Horas*, una de las cuales está específicamente tirada para el duque de Alba, haciendo imprimir sus armas en la portada, incorporando bordes grabados en todas las páginas y se añade a la edición «normal» un apéndice de 48 páginas. El Duque envió un ejemplar a la Duquesa para que se lo hiciera iluminar con la intención de encuadernarlo después ricamente⁴⁴.

⁴¹ Y como evidencia de lo conveniente de estar a bien con el poderoso debe señalarse que Plantino, cuando en torno a 1578 cambian los vientos del poder, no le hace ascos a la impresión de panfletos antiespañoles, como impresor oficial de los Estados Generales (CLAIR, C., p. 188). Esta actitud se comprueba en el cambio de los destinatarios de la dedicatoria de sus ediciones, por ejemplo, el archiduque Matías, gobernador de los Países Bajos (ibidem, p. 190). La misma impresión de servilismo útil saca BÉCARES, *Arias Montano y Plantino*, p. 35.

⁴² CLAIR, C., *Cristóbal Plantino*, p. 138. «En gran proporción los ingresos del editor provenían de la venta de la Vulgata, de los libros de horas, los misales, los breviarios y otros libros litúrgicos católicos» (CLAIR, *Cristóbal Plantino*, p. 76). La prosperidad económica de Plantino [fue] el resultado de sus relaciones con la Corona española, léase Biblia y libros litúrgicos» (BÉCARES, *Arias Montano y Plantino*, p. 39). En la biografía de Colin Clair (en especial, pp. 137-154) puede seguirse todo el proceso para hacerse con los privilegios de impresión de estos libros y las cifras de ingresos resultantes, así como el papel que en todo ello juega su protector Cardenal Granvela.

⁴³ Ver BÉCARES, *Arias Montano y Plantino*, p. 303.

⁴⁴ Ver CLAIR, C., *Cristóbal Plantino*, pp. 146-147. Voet (loc. cit.) incorpora la lista de gastos suplementarios de esta edición con grabados. En el *Epistolario del III Duque de Alba* (III, 360, p. 1.799) puede verse la carta de Juan Albormoz a Juan Moreno, mayordomo del duque (Nimega, 20 de abril 1573) que puede referirse a estas *Horas*: «El Duque me ha mandado envíe a v. m. ese librito de mi señora para que v. m. le dé al señor Doctor Montano y le pida de parte de S. E. busque alguna persona que ilumine las imágenes que S. E. escribe y envía señaladas en cada parte porque, después que esto esté hecho ha de guarnecer el dicho libro, y mire v. m. cómo le abre, no se truequen las señales». El duque de Berwick en su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando (Madrid, 1924) afirma haber recibido como regalo del marqués de Laurencin a su madre «un libro de Horas que perteneció a un Duque de Alba. Es impresión de Crist. Plantino, Amberes 1670 (error por 1570) y tiene iluminadas a mano figuras y orlas. Conservele con aprecio entre los documentos de mis vitrinas (p. 27, n. 2). En el otro discurso de ingreso en la Academia de la Historia (1919: 143 n. 16) recoge entre los gastos de la Duquesa, los pagos a copistas (se paga por hoja copiada), miniaturistas (se paga a tanto la letra grande y se tasa a la mitad la pequeña), iluminadores (idem), plateros (ámbar, goznes de oro, chapa labrada, esmalte) para el trabajo con distintos *Libros de Horas*.

Al mismo contexto de piedad familiar y femenina responde el caso más conocido de la impresión encargada a Plantino por la Duquesa de las obras completas de fray Luis de Granada, en 14 volúmenes, que salen en 1572 (Voet, p. 1.453). Al cargo de los detalles editoriales se pone a Arias Montano, que intermedia con el impresor para las negociaciones concretas. Así lo muestra la carta enviada por Montano al secretario del Duque, Juan de Albornoz, (Amberes, 2 de junio de 1571) en que da detalle de las consecuencias de aplicar «aquella letra rica» que quería la Duquesa: el aumento de la edición en número de volúmenes y los costes editoriales. Y además solicita que le envíen «la licencia de fray Luis, que sin ella no se atreverá ningún impresor a imprimirlos (...) y en España no podrá venderse uno sin licencia del fray Luis». Para asegurar el negocio editorial, recomienda «tomarle al impresor cien exemplares al costo»⁴⁵.

Me he detenido en este caso particular de los impresos plantinianos, porque explicita, creo, bien, la complejidad del entramado cultural en torno al patronazgo y las creaciones literarias.

Del taller de Plantino sale también en 1573, el impreso con el que culmina (aunque no concluye) el proceso de exaltación honorífica del Gran Duque por parte de sus clientes: el *Encomium* de Juan Calvete de Estrella⁴⁶. Este impreso de elogio, que consta de 48 páginas numeradas con la portada, es un *carmen encomiasticum* que pone al Duque en el mismo nivel que el emperador Carlos destinatario de otro de los *panegyricus* del autor; este es, además, el relator de los epitafios, historias y leyendas del túmulo imperial, lo que da indicio de su prestigio en la corte del Emperador⁴⁷. Calvete se ha especializado en el género (obras encomiásticas cuyas o epigramas laudatorios aparecen en varias ediciones del XVI). La obra se abre con un Epigrama del autor *Ad Excellentissimam Princesam Mariam Toletam Albae Ducem Stellae Epigramma* de este tono: Magnanimi Herois Fernandi splendida dulci, / Dux Maria excellens, carmine facta leges. / Peniculo Uranie pinxit rutiloque colore / Expressitque sua Calliope illa manu. / Albani effigiem virtutum Herois in auro / complexa este solido, perpetuo ut maneant... La Duquesa había sido la patrona de la obra, con el propósito de contrarrestar los libelos infamantes que atacaban a su marido, y por eso, Calvete la considera objeto de su Dedicatoria. Al parecer, le pagó por el encargo 100 ducados⁴⁸.

Se cumplía el diseño clientelista de exaltar la figura del Duque desde las letras (o desde las artes, como con el famoso Triunfo diseñado por Arias Montano⁴⁹). El último verso del poema de Calvete puede funcionar a modo de lema como ilustración emblemática de la trayectoria del Duque *te fama*

⁴⁵ *Documentos escogidos*, p. 104.

⁴⁶ Ioannis Christophori Calveti Stellae: Ad Excellentiss. & Magnanimum Principem Ferdinandum Alvarum Toletum Albae Ducem Encomium, Antuerpiae. Ex officina Christophori Plantini, Architypographi Regii. MDLXXIII. Juan Calvete de Estrella fue sujeto de gran prestigio como historiador y humanista, cronista de Indias y maestro de pajes de Felipe II, al que acompañó en su viaje a Italia, y en cuya relación hemos visto danzar a don Fernando y participar en máscaras cortesanas.

⁴⁷ En la Academia de la Historia se conserva un manuscrito con el título *Ad Divum Carolum q. Caesare Romanorum Imperatorem... gratulatorius Panegyricus per Ioannem Christophorum Stellam*, entregado al emperador como regalo. A la muerte del emperador, Calvete imprime su *El Túmulo imperial, adornado de historias, letreros y epitaphios en prosa y verso latino*, en Valladolid en 1559.

⁴⁸ DUQUE DE ALBA, *Biografía de Doña María Enríquez, mujer del Gran Duque de Alba*, Madrid, 1947, p. 16.

⁴⁹ La estatua erigida en Amberes (1571) incluía un emblema propagandístico a la derecha en que se leía *PIETAS* y otro a la izquierda, pintando un amanecer y el lema en griego («por ser más compendioso que lo latino», escribe Pedro Cornejo) dice: «el Alba destruidora del mal», donde se percibe el giro conceptual con el apellido que tanto juego dio a los poetas, desde Garcilaso hasta Aldana, desde Gutierre de Cetina a Baltasar de Vargas. La descripción del triunfo puede verse en CORNEJO, P., *Origen de la civil disensión de Flandes Con lo a la buelta de esta hoja en dos partes contenido, recopilado por el licenciado Pedro Cornejo y dedicado Al Sereniss. S. Carlos Emanuel de Saboya, Principe de Piemonte, etc.* [Escudo], En Turin en casa de los herederos de el Bebilacqua, 1580, ff. 54v-56r.

superstes / Alta per astra feret. Pero no hay por qué inventar emblemas. Los propios poetas los pintan para don Fernando, incluso en impresos no dedicados expresamente a él. Así ocurre con el *Inventario* de Antonio de Villegas, dedicado al Rey Felipe, y que añade en una segunda edición una *Cuestión y Disputa entre Ajax Telamón y Ulises sobre las armas de Aquiles*, dedicada a don Fadrique, con un breve retrato de su padre⁵⁰. De nuevo, como en el caso del caballero *Lidamor*, los héroes de la ficción sirven como paradigma mitificador del comportamiento del héroe de carne y hueso. La dedicatoria, en verso, construye una etopeya de don Fernando, en la que destaca la combinación de cortesía y ardor guerrero, de letras y de armas, de corte y de guerra: «en la paz gran cortesano / gran capitán en la guerra». Y él mismo propone la construcción de un retrato «medio cifrado» del Gran Duque, es decir, de un emblema:

*Querría yo que en vuestro escudo / figurássedes un norte / de la guerra y de la corte /
bastón y estoque desnudo. / Y la fama en lo de arriba / debaxo de un coronel / de las ojas
del laurel / con la yerva siempre viva.*

Emblema que insiste en el juego ideal de armas y letras:

*Questión de cavallería / armas de tal cavallero / un arnés de esfuerço fiero / y de
humana cortesía. / Espejo en que noche y día / se puede un príncipe ver / ¿a quién se deve
offrecer / si no a vuestra Señoría?*

Ofrecer retratos literarios, dedicar libros, era el camino para asegurarse un lugar cerca del gran hombre, una protección:

hasta que las estrellas / den quien sus hazañas cuente

No es este de los libros dedicados más que un aspecto, parcial e incompleto del complejo entramado de las relaciones de mecenazgo. Un análisis de la amplia documentación conservada en la casa de Alba nos permitiría también reconstruir el entramado de acciones particulares que hacen explícito este mecanismo social y cultural del patrocinio, el juego de servicios y mercedes, en el entorno nobiliario del Gran Duque, desde Boscán a Arias Montano. Pero esa es otra historia y ahora no hay espacio para más.

La continuidad en el ejercicio del mecenazgo en la casa de Alba es un indicio de la conciencia de la rentabilidad que se obtiene de este mecanismo de relación social. Si al hijo del Gran Duque, Fadrique (Federicus) se dedican pocas obras⁵¹, mayor es el número y la importancia del quinto Duque, don Antonio. A él dedica sus *Rimas* Vicente Espinel, en 1591. A él también dedica el portugués Jorge Henriques su *Retrato del perfecto médico* (Salamanca, 1595); no es casual que sea médico de su cámara, y por lo tanto a sueldo de la casa. Esta obra sale acompañada de dos sonetos preliminares de Lope de Vega, cuya relación de mecenazgo con la casa de Alba no solo repercute, como se señala habitualmente, en *La Arcadia* pastoril, sino en la continuada contribución propagandística a la construcción de

⁵⁰ He visto la edición de Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1577. *INVENTARIO / DE ANTONIO DE VILLEGAS. / Dirigido a la Magestad Real del Rey / Don Phelippe nuestro señor. / VA AGORA DE NUEVO / añadido un breve retrato del Excelentísimo / Duque de Alba. Y una cuestión y disputa / entre Ajax Telamon y Ulixes, sobre / las armas de Achiles. / (?) / [Grabado] / Con privilegio / Impreso en Medina del Campo por Francisco del Canto de 1577. / A costa de Hieronymo de Milis mercader de libros. En el fol. 113r aparece la QUESTION / Y DISPUTA ENTRE / Ajax Telamon, y Ulixes, sobre / las armas de Achiles. / Dirigida al Señor Don Fadrique de / Toledo, con un breve retrato del / Excellentísimo Duque de Alba, su padre / (?) /*

⁵¹ El dominico Alfonso de Avendaño, le dedica a Fadrique su *Commentaria in Psalmum centesimundecimooctavum. Salmanticæ. Apud Sanctum Stephanum. 1584*. Estando tan recientes las muertes del padre (1582) y la madre (1583) no es extraño que el autor les dedique a ambos elogios que sirven también para el hijo, digno de tales padres. Se continúa así el mecanismo de la dedicatoria de linaje.

una imagen de gloria familiar en la persona del Gran Duque a través del teatro, haciéndole intervenir en *Las Batuecas del duque de Alba*, *La victoria de la honra*, *Carlos V en Francia*, etc. o construyendo toda una comedia sobre la situación familiar en la citada *La Aldehuela y el Gran Prior de Castilla*. Y presentando su recuerdo como paradigma de valor heroico. Así, en *Pobreza no es vileza*:

*Soldados, no ay lisonjas en campaña:
al Duque de Alba demos lo que es justo,
Cesar de Flandes, y Español Augusto,
eterno honor del nombre de Toledo,
que oponer al valor de Aquiles puedo:*

Y así, también, en *Si no vieran las mujeres*, (en el elogio de nueve ilustres generales muertos que acompañan la pira funeral de don Gonzalo de Córdoba con que abre la obra):

*Al Duque de Alba, al Sol esclarecido,
Que de tantas adorna su bandera,
Toledo vencedor, jamas vencido,
De oro y diamantes le previene Esfera.*

El elogio del Duque se ha ido decantando hacia la exaltación de su valor y ardor guerrero; presentado como invencible combatiente y espejo de militares, su figura de militar invicto se ha convertido en lugar común en el teatro del siglo XVII, y deja el terreno abonado para las biografías del mismo siglo. Para ello algo debió de contribuir la trompa de la fama manejada por los poetas y protegidos por el mecenazgo familiar, de Garcilaso a Lope de Vega, y su labor de altavoz poético de las hazañas del gran hombre. Para algo, más que para adorno cortesano, habían de servir las letras.

Formación y mecenazgo son aspectos que completan el retrato del Gran Duque con otros matices, los lejos, las luces y las sombras; don Fernando Álvarez de Toledo, con su armadura de soldado, su espada, su banda y su bengala de general, pero también revestido con las galas cortesanas de su formación y en contacto, frecuente aunque interesado, con las letras.

4. BIBLIOGRAFÍA

[Calvete de Estrella]

El felicissimo viaje del muy alto y muy poderoso Principe Don Phelippe. Hijo d'el Emperador don Carlos Quinto Maximo, desde España a sus tierras de la baxa Alemaña : con la descripción de todos los Estados de Brabante y Flandes..., En Anvers, en casa de Martin Nucio, M.D.LII.

Ioannis Christophori Calveti Stellae: *Ad Excellentiss. & Magnanimum Principem Ferdinandum Alvarum Toletum Albae Ducem Encomium*, Antuerpiae, Ex officina Christophori Plantini, Architypographi Regii. MDLXXIII.

Munuscula Ioannis Christophori Calveti Stellae: ad ampliss. et illustriss. principem Didacum Spinosam... cardinalem, & pontificem Seguntinum... Publicac Antuerpiae : ex officina Christophori Plantini, 1569.

[Córdoba, Juan de]

Libro del valiente e invencible cavallero Lidamor, hijo del Rey Liciman de Escocia, Salamanca, 1534.

- [Cornejo, Pedro] ORIGEN DE LA CIVIL DISENSIÓN DE FLANDES *Con lo a la buelta de esta hoja en dos partes contenido, Recopilado por el licenciado Pedro Cornejo y dedicado AL SERENISS. S. CARLOS EMANUEL de Saboya Principe de Piamonte, etc.* [Escudo] En Turin en casa de los herederos de el Bebilaqua. 1580.
- [Dueñas, Pedro de] Pedro de Dueñas, *Regularum utriusque iuris liber primus*, Salmanticae. Apud Andream a Portonariis, 1554.
- [Enzinas, Fernando] *Tractatus Summularum*, Salmanticae, Alfonsus de Porras y Laurentius Liondedei, 1527.
- [Gemma, Cornelius] *De Arte cyclognomica*, Amberes, Cristóbal Plantino, 1569.
- [Goropius Becanus, Ioannes] *Origines Antuerpianae*, Amberes, Cristóbal Plantino, 1569.
- [Índice] LIBRORUM PROHIBITORUM INDEX EX MANDATO REGIAE CATHOLICAE Maiestatis et Illustrissimis Ducis Albani, Consilii Regii Decreto confectus et editus, ANTUERPIAE. Ex officina Christophori Plantini. 1569.
- [Jiménez Ayllón] Diego Jiménez Ayllón, *Los famosos y heroycos hechos del... Cid Ruy Díaz de Bivar. Con los hechos de otros varones illustres... en octava rima*, Alcalá de Henares, en casa de Juan Iñiguez de Lequerica, 1579.
- [Lebrija, Marcelo de] Comiença la primera parte desta obra, llamada *Triaca del Alma* / (Comiença la segunda parte llamada *Triaca de Amor*... Comiença la tercera parte llamada *Triaca de tristes*...): S. I.: s. i., s. a.
- [Lobera de Ávila, Luis] Luis Lobera de Ávila, *Libro de pestilencia curativo y preservativo...*, En *Vergel de sanidad que por otro nombre se llamava Banquete de cavalleros y orden de bivar así en tiempo de sanidad como de enfermedad*, Alcalá, Joan de Brócar, 1542.
- [Londoño, Sancho de] Sancho de Londoño, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, Madrid, por Luys Sánchez, 1593.
- [Martínez Silíceo, Juan] *Logica brevis*, Salmanticae, Alfonsus de Porras, 1530.
- [Osorio, Antonio] Antonio Ossorio, *Vida y hazañas de Don Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba*, 1668 (trad. de José López de Toro, Madrid, 1945).
- [Richardot, François] *Deux oraisons funebres faictes en la ville de Bruxelles... aux exequies des royne et prince d'Espagne*, Amberes, Cristóbal Plantino, 1569.
- [Soto, Domingo de] *Selectio de ratione tegendi et detegendi secretum. In dialecticam Aristotelis Commentarii. Super octo libros Physicorum Aristotelis Commentaria.*
- [Vera y Figueroa, Antonio] *Resultas de la vida de Don Fernando Álvarez de Toledo tercero Duque de Alba* escrita por don Juan Antonio de Vera y Figueroa Conde de la Roca. Dedicada a la nobleza española (¿Milán, 1643).

[Villegas, Antonio de]

INVENTARIO / DE ANTONIO DE VILLEGAS. / Dirigido a la Magestad Real del Rey / Don Phelippe nuestro señor. / VA AGORA DE NUEVO / añadido un breve retrato del Excelentísimo / Duque de Alva. Y una cuestión y disputa / entre Ajax Telamon y Ulixes, sobre / las armas de Achiles. / (?) / [Grabado] / Con privilegio / Impresso en Medina del Campo por Francisco del Canto de 1577. / A costa de Hieronymo de Milis mercader de libros.



EL COLECCIONISMO PICTÓRICO EN LA ÉPOCA DEL GRAN DUQUE DE ALBA*

M.^a José CASAUS BALLESTER
Archivera

1. INTRODUCCIÓN

En su reciente monografía sobre *El gran duque de Alba. Soldado de la España Imperial* (2004: 219), Henry Kamen, manifiesta que:

Como otros nobles que prestaron servicio en el imperio, el duque se enriqueció con la cultura que llegó a conocer y admirar fuera de España. Durante un cuarto de siglo había conocido la cultura renacentista en Italia y en los Países Bajos. «No pasa un día –había escrito Tiziano¹ a Aretino muchos años antes, en 1550, cuando se encontraba en Augsburgo–, sin que el duque de Alba me hable del divino Aretino, porque estima mucho, y dice que quiere ser vuestro agente con S[u] M[ajestad]». En Augsburgo, tanto el duque como el príncipe Felipe asediaron a Tiziano con encargos de cuadros. En 1573, cuando se preparaba para abandonar Bruselas, Alba todavía mantenía correspondencia con el venerable pintor acerca de la posibilidad de que realizara nuevas obras. A lo largo de los años, en efecto, reunió una importante colección de cuadros del maestro. Los años del duque en los Países Bajos fueron aquellos que más beneficiaron al palacio familiar de Alba de Tormes. Tapices, pintura y otros objetos artísticos flamencos eran trasladados regularmente hacia el sur, en dirección a Alba, mientras el duque, cumplidamente, abonaba las facturas en Bruselas.

* Esta comunicación se incluye en el Proyecto *Archivo Ducal de Híjar. Archivo Abierto*, aprobado en Híjar (Teruel), el 21.X.2006.

¹ Sobre la relación de este pintor y el III duque de Alba, entre otros, J. Fitz-James Stuart (2003: 30).

Pues bien, este es el mejor ejemplo del inicio de una preocupación por el coleccionismo² pictórico del siglo XVI y, probablemente, de la continuación de la pinacoteca de la Casa de Alba en la persona de Fernando Álvarez de Toledo (*Piedrahita, 29.X.1507/+Lisboa, 11.XII.1582), III duque de Alba, también duque de Huéscar³, marqués de Coria, conde de Salvatierra y de Piedrahita, etc.⁴. Como demuestra, entre otros argumentos, la oportunidad de la reciente noticia aparecida en los medios de comunicación de que dicha casa nobiliaria ha cedido el cuadro de *La última cena* para una exposición en Belluno (Italia), dentro de la muestra *Tiziano. El último acto (1550-1560)*; pintura adquirida en 1818 por Carlos Miguel Fitz-James Stuart y Silva (*Madrid, póstumo, 19.V.1794/+Sión, 7.X.1835), VII duque de Berwick, Liria y Jérica, XIV de Alba de Tormes, XVIII conde de Lemos, XII conde de Monterrey y otros títulos nobiliarios⁵, aunque se duda sobre la autoría de la pintura entre el genial artista, su escuela o algún seguidor suyo (*Diario El País*, Madrid, 15.IX.2007. Cultura/37).

No pretendemos trazar una semblanza de este titular⁶, pues en estas actas ya lo hacen diversos autores desde diferentes puntos de vista, pero sí conviene tener muy en cuenta que, además de ser un gran militar, «... también era un hombre culto. Dominaba el francés, el italiano y, en menor grado, el alemán, lo que le permitía hablar tranquilamente con cualquier dirigente extranjero...» (W. S. Maltby, 2007:22). Aunque ejerció el poder con mano de hierro, también es cierto que «... no antepuso jamás provecho personal alguno a su propio deber. Fue hombre de guerra y sangre, pero al mismo tiempo persona culta y cortés. Su servicio a la Corona, más que reportarle beneficios concretos, fue sumamente gravoso para su hacienda...» (Ibidem, 31). Al igual en este caso, que otros muchos nobles de su clase, que ejercían el poder sobre unos territorios otorgados por la monarquía, a la vez que realizaban ciertos servicios directos a través de actividades militares, diplomáticas y administrativas. El caso del III duque de Alba es un buen ejemplo de ello y sus estancias en el extranjero, tuvieron una implicación directa en la llegada de numerosas obras de arte a nuestro país.

En este contexto, conviene recordar que el castillo⁷ de Alba de Tormes era el solar de la Casa. El III duque lo engrandeció notablemente. Destacan las pinturas que adornan las paredes representando,

² Al respecto, y pese al tiempo transcurrido sigue siendo válida la obra de J. M. Morán Turina y F. Checa Cremades (1985); para aspectos más puntuales, entre otras, las recientes de M.^a J. Casaus Ballester (2006) y A. Urquizar Herrera (2007); y desde un punto de vista jurídico J. M.^a A. Magán Perales (2001).

³ Título que en la actualidad siguen utilizando los primogénitos de la Casa de Alba, en este caso Carlos (*Madrid, 2.IX.1948), hijo de Luis Martínez de Irujo y Artáez (*Madrid, 17.X.1919/+Houston, 16.IX.1972) y de M.^a del Rosario Cayetana Fitz-James Stuart y Silva Fernández de Híjar (*Madrid, 28.III.1926-), XVIII duquesa de Alba, XVII de Híjar, etc. Hecho habitual en las casas nobiliarias: los de la de Híjar, el de conde de Belchite y luego el de duque de Aliaga que en la actualidad lo posee Alfonso Juan Bosco y Todos los Santos (*Madrid, 22.X.1950-), hijo segundogénito de los anteriores; los de Osuna el título de marqués de Peñafiel; los de Pastrana, el de señor de Chamusca; los de Melito, el de marqués de Algecilla, etc.

⁴ Fue el marido de María Enríquez, su prima hermana, hija de Diego, conde de Alba de Liste y de Leonor de Toledo. Tuvieron por hijos a García (*21.VII.1530/+1548); Fadrique (*21.XI.1573), que heredó el título; Diego (*6.XI.1542/+11.VII.1583), casado con Brianda de Beaumont y dos hijas. Además, Fernando tuvo un hijo natural, Hernando.

⁵ Hijo segundogénito de Jacobo Fitz-James Stuart y Stolberg-Gedem (*París, 23.II.1773/+Madrid, 3.IV.1794), V duque de Berwick, de Liria y Jérica, XII de Veragua y otros títulos nobiliarios, y de M.^a Teresa de Silva Fernández de Híjar y Rebolledo de Palafox Abarca de Bolea (*Madrid, 10.III.1772/+Florencia, 1818), duquesa de Ariza.

⁶ Entre otros, los trabajos de H. Kamen (2004) y W. S. Maltby (2007), que fue editado en inglés en 1982 y se tradujo al español en 1985, con un prólogo de Jesús Aguirre (+), en la editorial Turner. Según Jacobo Siruela (*Madrid, 15.VII.1954), conde de Siruela, hijo tercero de los mencionados Luis (+) y Cayetana, XVIII duques de Alba, «... su libro sigue siendo, sin lugar a dudas, el más completo y profundo estudio histórico que existe hasta el momento sobre el tercer duque de Alba...» (Prólogo, 21), el cual recomendamos en su totalidad, páginas 11-34 en esta cuidada edición de 2007 en Atalanta, editorial de su propiedad; sin olvidar el más reciente aún de M. Fernández Álvarez (2007). Sobre el señorío, luego ducado, administración, etc., hasta esta época, es fundamental el exhaustivo estudio de J. M. Calderón Ortega (2005).

⁷ Cedido en 1991 por la Casa de Alba al ayuntamiento de dicho lugar.

en varios cuadros⁸, la batalla de Mühlberg, de la que fue vencedor el mencionado duque y que pueden contemplarse en la Torre gracias a la consolidación y restauración del interior llevada a cabo, el 17.VI.1961, por Luis Martínez de Irujo y Artáez (*Madrid, 17.X.1919/-Houston, 16.IX.1972), y M.^a del Rosario Cayetana Fitz-James Stuart y Silva Fernández de Híjar (*Madrid, 28.III.1926) XVIII duques de Alba. Pinturas que pueden interpretarse «... como un panegírico a las hazañas del Duque y de sus familiares en la batalla con que culminan las guerras de Carlos V...» (L. Martínez de Irujo y Artáez, 1962:25).

El pintor fue Cristóbal Passin o Cristófono Passini, que vino desde la ciudad italiana de Sabbioneta, con su hermano Juan Bautista y el español Miguel Ruiz de Carvajal. En 1562 recibieron cierta cantidad de dinero en pago por sus trabajos que prosiguieron, al menos, hasta 1567 en que se vuelve a tener noticias de ellos. La obra pictórica, la acabaron en 1571.

2. CARACTERÍSTICAS DEL COLECCIONISMO PICTÓRICO EN EL SIGLO XVI

Nos parece importante señalar que es en el tránsito de la Edad Media al Renacimiento, siglos XV-XVI, cuando el objeto y fin del arte en general y, sobre todo, de la pintura en particular (ya sea sobre tabla, mural o en lienzo) fue cambiando desde lo que había sido una necesidad didáctica y doctrinal de base bíblica, ante el alto porcentaje de analfabetismo, incluso en las clases elevadas, para introducir una pedagogía visual, hasta una finalidad de ostentación, rivalidad o incautación, mezclada con el mero gusto artístico, sobre todo en lo referido a la pintura mueble; y ante la Iglesia, empezando por los mismos papas, la realeza, la nobleza o la emergente clase del patriciado urbano en su diversidad de situaciones y posición social y económica.

Los nuevos gustos de Italia y Flandes se exportan al conjunto europeo, y también al hispánico, desde los Reyes Católicos en adelante, por las vías de las relaciones internacionales –principalmente la Corona de Aragón con Italia y la de Castilla con Flandes–; propiciando la confluencia en los territorios hispánicos de las dos corrientes principales del movimiento artístico humanista. Por ejemplo, fueron expansionándose desde Flandes el gusto por la temática del paisaje (países), comenzando a ser apreciados y reclamados entre los coleccionistas de arte. Al ser grandes viajeros, también supieron pintar fidedignamente los lugares foráneos, por lo que puede afirmarse que este tipo de pintura fue, tanto un producto de la imaginación y convención artísticas, como de la observación; por lo que, alcanzó una forma de arte popular. Cabe destacar al protagonismo de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, de comienzos del siglo XVI en Italia y al servicio de Fernando II el Católico, le sucedió el de Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, en Flandes. Todo ello a lo largo de un siglo en el que los beneficios de la explotación de los recursos del nuevo continente colombo se dejaron notar ampliamente en la economía en general, tanto del estado monárquico, como de los estados señoriales y eclesiásticos; sin olvidar a las grandes familias de banqueros, financieros y mercaderes que entraron en los negocios derivados del gran comercio americano.

Asimismo, las guerras con sus expolios, los emparentamientos interesados, la codicia, el protagonismo o el afán de lujo, al considerar el arte pictórico una forma de manifestar el poder y una muestra del nivel de vida frente a otras familias que se disputaban la preeminencia, el dominio y la influencia social en este siglo, en el que se asiste al afianzamiento del régimen señorial, facilitaran igualmente la adquisición de obras de arte. En este contexto, puede considerarse que en el Renacimiento un grupo de personas:

⁸ Cuadro I.– *El paso del Elba*; Cuadro II.– *Combate en el bosque de Lochau* y Cuadro III.– *La Captura de Federico de Sajonia* (L. Martínez de Irujo y Artáez, 1962: 25-28, 28-29 y 30-31).

... de forma consciente pretendían seguir las modas e incorporarse a las nuevas costumbres sociales; sabedores de que estos usos eran pieza fundamental en los mecanismos de creación de imagen pública que tan necesarios resultaban para las estrategias de escalada y mantenimiento social... (A. Urquizar Herrera, 2007:19).

Así se iniciaron colecciones y, además, se alimentaron afanes coleccionistas que darán sus mejores frutos en el barroco y el neoclasicismo; una vez asentadas, como estamos viendo, las bases en el siglo XVI. Porque en realidad, «Cuando numerosos bienes culturales se encuentran reunidos de tal manera que constituyen un conjunto coherente, forman una colección. De forma general, la colección tiene un valor de testimonio superior al de cada uno de los bienes que la componen considerado aisladamente» (J. M.^a A. Magán Perales, 2001:56).

Y aunque este fenómeno del coleccionismo no fue objeto exclusivo de la nobleza, sí que es cierto que en ella encontró un especial ámbito y un adecuado ambiente: por prestigio, posibilismo y acogimiento residencial y palaciego. Fue en sus residencias donde se encontraron los lugares adecuados para la exhibición de sus colecciones, en las que sin ninguna duda, había una parte importante de su imagen pública, convirtiéndose en el símbolo tangible y propagandístico del poder de sus moradores; de la misma forma que la arquitectura era usada para los fines políticos de asentamiento y dominio señorial. No obstante, dicha dedicación se extendió igualmente a familias burguesas y a eclesiásticas de elevada condición, sin olvidar a otros coleccionistas privados. Lo cual se completaba, a veces, con colecciones de libros y bibliotecas, de las que se tiene también conocimiento en muchos casos. Resultado, todo ello, de la revolución cultural renacentista que en España se había potenciado, especialmente, en torno a la corte de los Reyes Católicos entre los siglos XV y XVI.

Ahora bien, en parte puede ser acertado pensar que en el siglo XVI el predominio cultural también incluyó a profesores, teólogos y funcionarios. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, el coleccionismo pictórico no siempre ha correspondido con una base cultural por parte de quienes han sido los poseedores de obras de arte mueble o de pinacotecas más o menos nutridas de primeras firmas, o más bien pinceles.

También debemos señalar la importancia que adquiere la figura del marchante o agente, puesto que el cliente no sólo encarga lo que le gusta o puede pagar, sino que además puede adquirir lo que se le ofrece. En este contexto, son muy conocidos los casos del mencionado Aretino o de Diego Sarmiento de Acuña (*1567/+1626), I conde de Gondomar, cuya «... mediación en la venta de las pinturas era entendida como el servicio de caballero bien criado que sabría mantener la discreción necesaria para no descubrir al comprador e, incluso, la disimulación precisa para que el precio final fuera el más acomodado posible...» (F. Bouza Álvarez, 2003:95). Estas cualidades eran consideradas fundamentales para ser un buen marchante o agente.

La opinión generalizada al respecto es, no obstante, la de que:

La nobleza difícilmente podía haber evitado su papel prominente en la cultura de la Edad Moderna. Pero además este periodo aportó otra novedad: la predisposición nobiliaria a apreciar la innovación artística, el sorprendente grado de apoyo a lo que era nuevo e incluso resultaba provocativo para la cultura del momento. Este tipo de implicación se intensificó a medida que avanzaba el periodo. A finales del siglo XVII la nobleza tenía una situación novedosa, ya que en la Baja Edad Media habían sido discípulos más que líderes de la cultura, y en el siglo XVI el predominio cultural pertenecía a profesores, teólogos y funcionarios (J. Dewald, 2004:224).

Además, es en el siglo XVI cuando, tanto la realeza como la nobleza especialmente, cuyo apoyo derivará en una imitación de sus comportamientos al estar en la Corte, nos permite conocer de cerca la alta cultura europea de la época y entenderla en su propio entorno; aunque también la burguesía adinerada e influyente se empezó a interesar por la estirpe y el linaje, encargando a los artistas de la época retratos de sus antepasados y de ellos mismos, como es el caso que nos ocupa⁹. Todo ello para fijar la imagen visual de la familia¹⁰.

Es precisamente el valor como transmisión del linaje a las futuras generaciones lo que hizo que el retrato perviviese a lo largo de varios siglos. Es el caso, entre otros, de un testimonio del siglo XVII sobre la Casa de Pinós¹¹, en el que el autor, para encumbrar a este linaje, afirma que:

// [F.58v]... quando de la Casa de Pinós, no [h]oviera otros testimonios de su antiguo valor y nobleza, sino el de los retratos q[ue] h[an] quedado de los della, era bastante..., para que se creiera i fuera estimada de los de nuestros tiempos pues que se hallen, desde los tan antiguos como este, no uno sino muchos...¹².

Otro caso muy significativo es el traslado solicitado, el 28.IV.1773, por Pedro Pablo Alcántara de Silva Fernández de Híjar y Pons de Mendoza (*Villarrubia de los Ojos del Guadiana, 25.XI.1741 / +Madrid, 23.II.1808), IX duque de Híjar, de algunas pinturas y retratos desde el palacio familiar de la villa de Híjar a su residencia de Madrid: «Queriendo yo que los Retratos de mis Antecesores..., se renueven, o retoquen, y pongan con la mayor curiosidad, colocándolos en parte donde puedan tratarse con más cuidado que hasta el presente...» (Sala II. Leg. 147. Doc. 9-I. M.^a J. Casaus Ballester, 2006:26).

También conviene afirmar que, en algunas ocasiones, tener copias de cuadros estaba en relación con los sentimientos familiares y afectivos de los poseedores. Tal es el caso de Luis Tomás de Villanueva Fernández de Córdoba (*Gaucin, 18.IX.1813/+París, 6.I.1873) y Ángela Pérez de Barradas y Bernuy (1827-1903), XV duques de Medinaceli, Santisteban del Puerto, etc. Al tener lugar la testamentaria de su marido, vender el palacio y repartirse sus bienes, en 1890 la duquesa le solicita a su hija M.^a del Dulce Nombre Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, mujer, desde el 27.X.1876, de Alfonso de Silva Fernández de Híjar y Campbell (1873-1929), XV duques de Híjar, que le deje los retratos de su marido para hacerse copia de ellos, aunque en tamaño más pequeño (Sala I. Leg. 416. Doc. 1. M.^a J. Casaus Ballester, 2006:73).

Asimismo, esta importancia del linaje se vio reflejada en sus archivos con la recopilación de documentos, que eran concebidos como una parte más de su patrimonio¹³ y que justificaban el linaje a través

⁹ Al respecto, el libro de W. S. Maltby, 2007, ofrece las siguientes reproducciones de retratos del III duque de Alba: *el Tiziano*, hecho en 1550, se conserva en el palacio de Liria, Madrid, al igual que *El Gran Duque de Alba*, Tiziano, 1563 –en la portada– y *el Retrato del duque de Alba al llegar a los Países Bajos* (23, 24 y 26).

¹⁰ Puede observarse cómo la mayoría de las pinacotecas seleccionadas en el apartado «Algunos coleccionistas del siglo XVI» poseen retratos.

¹¹ Emparentaron con los Castro, señorío oscense que Jaime I otorgó a su hijo Fernán Sánchez, habido de su relación con Aldonza de Antillón. De este linaje salió una 2ª rama, la de los Castro-Pinós, por el enlace de Aldonza de Castro y Cervellón, en 1369, con Bernardo Galcerán de Pinós y Fenollet (E. Fernández-Nesta y Vázquez, 2006:428-431). Posteriormente, enlazaron con la Casa de Híjar al casarse, en segundas nupcias, Juan Francisco Cristóbal Fernández de Híjar y Fernández de Heredia (*6.X.1552/+13.IV.1614), II duque de Híjar, con Francisca de Castro-Pinós Fenollet y Zurita (+Zaragoza, 18.X.1663), M.^a J. Casaus Ballester (1997), Anexo II. – Señores, barones y duques de Híjar. 245-247. Su archivo se encuentra en el *Fondo Híjar o Archivo Ducal de Híjar*, fue cedido por Jesús Aguirre (+) y Cayetana, XVIII duques de Alba, al Gobierno de Aragón en 1987, que lo depositó en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.

¹² Archivo Histórico Provincial de Zaragoza. *Fondo Híjar*. Sala I. Leg. 358. Doc. 1-2. 138 ff. Como para este trabajo se ha utilizado exclusivamente este fondo documental, desde este momento, tanto en el texto, como en las notas a pie de página, solo indicaremos la sala, el legajo y el número de documento.

¹³ Entre otros, M.^a J. Casaus Ballester (2007).

de dotes, testamentos e inventarios que, en muchos casos, recogían, junto a caudales y ajuar, tierras y títulos, obras de arte más o menos estimadas según la sensibilidad o el conocimiento de los afectados.

El coleccionismo de pintura española desde el siglo XVI no solo obedecía a motivos meramente culturales, ni a inquietudes artísticas o a manifestaciones de poder y riqueza, sino que en buena parte fue un reflejo de la evolución del gusto en cada momento artístico: aunque es a partir del siglo XVIII cuando dicho coleccionismo, como por afán por conservar cuanto se pudiera recoger y guardar del pasado, cobró importancia como parte del espíritu del tiempo (A. Úbeda de los Cobos, 2001:331 y ss.). Pero, de lo que se trata aquí es de considerar que, precisamente fue en el siglo XVI, coetáneo en buena parte al Gran Duque de Alba, cuando se sentaron las bases de un mecenazgo y de un coleccionismo artístico, especialmente pictórico, que trascendería los siglos posteriores hasta sobrevivir, en algunos casos, hasta comienzos del XIX, cuando las consecuencias de la Guerra de la Independencia española o Guerra del francés (1808-1814), dispersó, en muchos casos, algunos patrimonios culturales importantes, rapiñados primero por los colaboracionistas, sobre todo por Manuel de Godoy y Álvarez de Faria (*Castuera, Badajoz, 12.V.1767/+París, 4.X.1851)¹⁴ y después por los dirigentes napoleónicos. La pugna del liberalismo con el absolutismo monárquico, entre otras consecuencias, dio lugar a la redacción de nueve normas constitucionales¹⁵; la legislación abolicionista hasta la desaparición del régimen señorial¹⁶; las desamortizaciones¹⁷; las regencias de M.^a Cristina (1833-1840), año en el que se vio obligada a abdicar y se exilió a Francia, y de Baldomero Espartero (1840-1843), que también se exilió, aunque en este caso el país elegido fue Inglaterra; la proclamación de la mayoría de edad de Isabel II en 1843, la revolución de 1868 que aprovechó para abandonar la Corona de España y abdicar, desde el exilio francés en 1870, en el hijo que luego reinaría con el nombre de Alfonso XII; la proclamación de la I República (1873) y el fin del imperio colonial al perder Cuba y Filipinas (1898). Circunstancias todas ellas que influyeron en el devenir del coleccionismo.

Aunque independientemente de la época, «... una pinacoteca puede considerarse como un testimonio muy personal de sus poseedores. Nos habla de sus gustos, intereses, las técnicas más apreciadas del momento, los autores de moda, la temática vigente (religiosa, batallas, paisajes, retratos), la ostentación y rivalidad de las casas nobles a través de la posesión de ciertas obras, etc.» (M.^a J. Casaus Ballester, 2006:27).

3. ALGUNOS COLECCIONISTAS DEL SIGLO XVI

Toda esta actividad ha dado lugar a un interés de la historiografía que se ha reflejado en diferentes publicaciones, como puede verse en la bibliografía que se ofrece al final de este trabajo; ello nos permite conocer mejor tanto la formación, como el contenido de las colecciones de algunas de estas personas¹⁸.

¹⁴ «El patrimonio de Godoy era abundante también en obras artísticas y en su colección tenía obras de Zurbarán, Ribera, Murillo, Rubens, Teniers, Tiziano, Goya, Velázquez...». J. Belmonte y P. Leseduardo (2004:127 y ss.). Según P. de Madrazo Kunt (1884:277), pueden cifrarse en más de 400 obras, la mayoría de ellas pertenecientes a las colecciones reales. En total reunió un total de 1.100 obras, sobre las vicisitudes de esta colección, entre otros, I. Rose De-Viejo (2003).

¹⁵ En concreto son: la de Bayona de 1808, la de Cádiz de 1812, el Estatuto Real de 1834, la Constitución de 1837, la de 1845, la de 1856, la de 1869, el proyecto republicano de 1873 y la de 1876, que entraron en vigor, aunque de manera efímera, excepto la de 1856 y la elaborada durante la Primera República (1873).

¹⁶ Por el decreto del 6.VIII.1811, las leyes del V.1823, del 26 de agosto de 1837 y las desvinculadoras del 19.VIII.1841.

¹⁷ Aprobadas por las Cortes de Cádiz (1812), puestas de nuevo en vigor por el Trienio Constitucional (1820-1823), recibiendo la eclesiástica un gran impulso por Juan Álvarez Mendizábal (1837), para concluir con la Ley desamortizadora general de Pascual Madoz (1855).

¹⁸ Una relación más detallada puede verse en M.^a J. Casaus Ballester (2006). «Notas sobre el coleccionismo (siglos XV-XIX)», 23-77.

En algunas casas nobiliarias queda de manifiesto que «En primer lugar, interesa la formación de un tesoro familiar que incrementa el patrimonio común y funciona como un nexo transgeneracional. Así se explica el aprecio por la plata y las joyas, la agregación de piezas a los mayorazgos y la repetición de objetos en diferentes inventarios... Después, y a falta de una percepción cultural de estos objetos, prima su contemplación como piezas de escenarios decorativos que se asumen en forma de modas. Este es el papel de los tapices, las sargas o las porcelanas y muebles que están en las cámaras principales. Y, finalmente, la posesión de imágenes y ornamentos religiosos se justifica fundamentalmente por razón de una liturgia que motiva que se localicen en unos oratorios en los que las pinturas tienen la misma importancia que los candeleros, ya que ambos son igualmente necesarios para la celebración de la misa» (A. Urquizar Herrera, 2007:161-162).

Entre otros coleccionistas, destacamos a:

- * Mencía de Mendoza (*1422/+1500), hija de Íñigo López de Mendoza (*1398/-1458), I marqués de Santillana y mujer de Pedro Fernández de Velasco (*1415/+1492), II conde de Haro y I condestable de Castilla; se conservan varios retratos suyos. Además, tuvo una tabla flamenca que, procedente de Medina de Pomar, está en la National Gallery de Washington, y también destaca la Asunción de la Virgen del maestro de la leyenda de Santa Lucía (B. Alonso Ruiz y otros, 2005: 9-119).
- * Juan de Guzmán, III duque de Medina Sidonia. En su colección quedan reflejados sus contactos con el exterior, principalmente por matrimonios, relaciones mercantiles e incluso en América (A. Urquizar Herrera, 2007:130-132).
- * Fadrique Enríquez de Ribera, I marqués de Tarifa. Tras su viaje a Italia y Palestina entre 1518 y 1520 «... se interesó por la reunión de un conjunto humanista de artefactos culturales...» (Ibíd.: 116) que adornaron su residencia familiar, la Casa de Pilatos de Sevilla. Su colección pictórica fue principalmente religiosa.
- * Juan Alonso de Guzmán (+1558), VI duque de Medina Sidonia¹⁹. Destacan las joyas y el lujo de los objetos, las pinturas son numerosas, entre ellas abundan los retratos de familia, pinturas de batallas, etc.
- * Alonso Pérez de Guzmán y Ana de Silva, VII duques de Medina Sidonia. La pintura de tablas y lienzos, principalmente, fue lo más destacado de su colección (Ibíd.: 140-143).
- * Martín de Aragón y Gurtea (*Pedrola, 17.III.1525/+Vuela, 18.IV.1581), IV duque de Villahermosa y III de Luna y VI conde de Ribagorza y de Fantoba y barón de Pedrosa. Casó, en primeras nupcias, con Luisa de Borja (+Zaragoza, 4.X.1560) y en segundas, con María Pérez de Pomar (+VIII.1581). Fue conocida su afición por coleccionar retratos, cuadros, antiguallas²⁰, estampas, esculturas, etc. (F. Bouza Álvarez, 2003:110-113). Antonio Perrenot Bonvalot (*Besançon, Franco Condado, 1517/+Madrid, 1586), más conocido como cardenal Granvela, actuó como un agente para él y su primera mujer²¹ (Ibíd.: 110).

¹⁹ Puede verse su inventario *post mortem* en el Archivo Ducal de Medina Sidonia. Leg. 942. Sin foliar. Sanlúcar de Barrameda. 26.XI.1558. Palacio de Sanlúcar. Cit. por A. Urquizar Herrera. 2007. Nota 1. 175-207.

²⁰ Que en algunos casos, más que piezas arqueológicas, deben ser consideradas como reliquias que formaron parte de la vida cotidiana y, además, testimonian el material de un pasado glorioso.

²¹ Mantuvo una intensa correspondencia, 44 cartas de antes de 1452 a 1576 y desde diversos lugares como Bruselas, Barcelona, Génova o Mantua, con los duques de Villahermosa. Apéndice: «Extractos de noticias en la correspondencia autógrafa de Antoine Perrenot. Cardenal de Granvela, con los duques de Villahermosa». Procedente del Archivo de los Duques de Alba, Madrid. *Montijo*. Caja 34-I. Cit. por F. Bouza Álvarez (2003: 128-149).

Parte de su colección la conocemos por su obra *Discursos de Medallas y Antigüedades* que poseía en su camarín de Pedrola «... que se conserva en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional (Vol. X-136), y del que hizo un detalladísimo estudio don Ramón Mélida, Académico de la de Bellas Artes de San Fernando y Bibliotecario de la Casa de Villahermosa» (A. Guillén y Urzáiz, 1955:16).

Con respecto a su colección pictórica, una de las joyas fue el lienzo *El Rapto de Europa* regalo que le hizo en Londres Tiziano. Como le gustó a Felipe III, el monarca le pidió al autor que le hiciera el mismo cuadro, cuya copia fue realizada por Pedro Pablo Rubens (Siegen, 1577-Amberes, 1640). Una de estas obras, en la actualidad se conserva en el Museo del Prado y otra formó parte de la colección del pintor José de Madrazo; de esta pasó al marqués de Salamanca, de ahí a la Galería del conde Darnley en Inglaterra y luego a la de John Gardner, en Boston (Ibidem: 17).

Una buena parte de su pinacoteca estuvo formada por una serie de retratos de algunos antepasados de su estirpe, que posteriormente estuvieron en el monasterio de Veruela, luego pasaron al palacio ducal de Madrid y de nuevo volvieron a Pedrola. En 1842 el titular de la Casa, es decir, José Antonio de Aragón y Azlor, regaló al Museo Provincial de Zaragoza 15 lienzos pintados sobre la vida del I duque²².

- * Diego de Benavides (+1589), VI conde de Priego, destaca por sus pinturas «... que siendo todas de tema religioso en unas fechas en que lo profano solía estar presente en muchas casas andaluzas, por lo menos aumentan bastante en cantidad y muestran ejemplos interesantes...» (A. Urquizar Herrera, 2007:160). Algunas de ellas eran del V conde de Santisteban del Puerto.

... Precisamente, este tipo de pinturas, de tema religioso y gran valor venal, son especialmente adecuadas para ejemplificar las bases culturales e ideológicas sobre las que se sustentaba el atesoramiento de los Santisteban, así como el de otros muchos nobles de similar categoría. Sobre todo por el contraste que ofrecen frente a la ausencia de determinados objetos. En el análisis de un inventario, las ausencias son tan importantes como las presencias, y en estas relaciones de bienes resalta la falta casi absoluta de dos elementos que suelen ir asociados, los libros y las representaciones figurativas no religiosas, ya sean retratos, temas de historia o pintura mitológica... (Ibidem: 160).

- * Alonso Osorio (*c 1533/+Valladolid, 25.XII.1592), VII marqués de Astorga. Destaca por sus «... cerca de trescientas pinturas de variados tamaños, técnicas, disposición y temas...» (P. M. Cátedra, 2002:129), repartidas en diversas estancias del alcázar que poseía en dicha ciudad y que fue transformado de fortaleza medieval en un palacio moderno.
- * Ana de Aragón Gurrea y de Borja (+Zaragoza, III.1595), vizcondesa de Evol, por su matrimonio con su primo hermano Felipe Galcerán de Pinós y de Castro, XI vizconde de Illa y Canet, X de Evol, etc. Parte de la colección pictórica que tenía en su palacio del Coso zaragozano fue a parar a los IV duques de Villahermosa, ya mencionados. Al menos esta es la información que nos proporciona un inventario *post-mortem* realizado en dicho palacio, el 30.III.1595, a petición de Miguel Torrellás y otros, en calidad de tutores y curadores testamentarios de Gaspar de Castro y Pinós de So y Gurrea de Aragón (*Barcelona, 15.XI.1584 /+Zaragoza, 13.VII.1638), su hijo y heredero universal (Sala I. Leg. 385/1. Doc. 9-1). La temática es principalmente religiosa, pudiendo destacar un cuadro del Rosario y otro con el

²² La descripción detallada de los 15 lienzos puede verse en A. Guillén y Urzáiz (1955. Nota 14. 42-45).

descendimiento de la Cruz o el *Agnus Dei*. En los retratos aparece representado algún duque y mencionado Granvela, quizá porque también tuviese cierta relación profesional con los X vizcondes de Evol.

- * Luis Ponce de León, marqués de Zahara, y futuro duque de Arcos, título que no heredó al morir en 1605. Entre sus pinturas destaca la de «doce cuadros de los doce meses» (A. Urquizar Herrera, 2007:147).
- * Fernando Enríquez de Cabrera, III duque de Alcalá de los Gazules; desde 1603 empezó su colección de pinturas que constituyó el interés principal de sus bienes.
- * Antonia de Ulloa y Tavera (*c 1540/+1605), condesa de Salinas y Ribadeo; en sus 64 lotes de cuadros solo los hay de asuntos religiosos, excepto un retrato de su yerno, Diego de Silva y Mendoza (*Madrid, XII.1564/+15.VI.1630), conde de Salinas. (T. J. Dadson, 1988. Capítulo 14, 242-255, y *Los inventarios*. Inventario D: los cuadros e imágenes, 436-438).
- * Luis de Carvajal (*Toledo, 1534/+Madrid, 1607), pintor de cámara de Felipe II. El inventario *post-mortem* fue mandado hacer por su viuda. La mayoría de sus cuadros no están firmados; destacan algunos de Ticiano Vecellio de Cadore (1490-1576) y Alberto Durero (Nuremberg, c 1470-1527). Los asuntos son principalmente religiosos, junto a retratos de Felipe II o bocetos del autor. (J. L. Barrio Moya, 1982).
- * Francisco Arias Dávila y Bobadilla (+ Madrid, 22.I.1610), IV conde de Puñonrostro. Tenía, en 31 lotes de cuadros, una galería de héroes militares, reyes como Fernando el Católico o Carlos V; retratos de otros nobles, de Papas, familiares de su casa, etc. Otra parte de su pinacoteca estaba formada, entre otros, por asuntos religiosos, profanos y mitológicos. (T. J. Dadson, 1988. Capítulo 7, 155-164 y *Los inventarios*. Inventario B: los cuadros, 357).
- * Juan Fernández de Velasco (+Madrid, 15.VII.1613), VI condestable de Castilla y gobernador de Milán; realizó, desde esta ciudad italiana, numerosos encargos de obras de arte. En su residencia de la Quinta de Mirafuentes tuvo su colección de pintura en la que predominaban los autores italianos; entre otros trabajó para él, Paolo Camile Landriani, (Ponte in Valtellina, c 1560-Milán, 1619), el *Duchino*. Pueden destacarse las series de los meses del año; 98 cuadros al temple con escenas de paisajes, la mayoría de ellos flamencos; 41 cuadros de la genealogía de la Casa de Velasco; bodegones y pintura religiosa. En su época, fue considerada como una de las principales pinacotecas de Madrid (J. M. Morán Turina - F. de Checa Cremades, 1985: 236-237).
- * Ana Piñeiro Manrique (+Burgos, 1615), III duquesa de Puñonrostro. En sus 61 cuadros que incluyen los 11 que llevó como dote (tasados por Juan Pantoja de la Cruz, Madrid, 1553-1608) y todos las demás en el momento de su muerte (tasados por Juan de Messa, Córdoba, 1586-1627), hay cuadros de asuntos religiosos y retratos de su familia. (T. J. Dadson, 1988. Capítulo 15, 256-170 y *Los inventarios*. Inventario E: cuadros llevados en dote, 1589, e Inventario F: pinturas de Oratorio y galería y todas las que hay, 1616, 451-453).
- * Juan Alfonso Pimentel Enríquez (*1553, 1576/+Madrid, 8.XI.1621), VIII conde y V duque de Benavente. Casó en primeras nupcias con Catalina Vigil y de Quiñones (+1574), VI condesa de Luna y en 1582, en segundas, con Mencía de Fajardo de Zúñiga, de la Casa de los marqueses de los Vélez. Fue virrey y capitán del reino de Valencia en 1598, adquiriendo en dicha ciudad diversas armas y pinturas, y desde 1603 a 1610, virrey de Nápoles (M. Simal López, 2002. Apéndice documental, 171-283, docs. 7 y 8). Antes de su regreso celebró una almoneda para pagar sus deudas (Ibidem: 47). Fue el introductor en nuestro país de Miguel

Ángel Merisi o Amerigi (Caravaggio, 1569-Roma, 1609), llamado el *Caravaggio*, al que le compró algunas de sus obras (Ibídem: 33-55). Su colección estuvo formada por 203 pinturas, cerca de 26 láminas iluminadas y también distintas esculturas.

- * Ruy Gómez de Silva (*Valencia, 1585/+Madrid, 23.XII.1626), III duque de Pastrana. Poseía, en 64 lotes, muchos cuadros de temática religiosa, retratos de reyes como Felipe III con su mujer, asuntos históricos, o el de los cuatro elementos (las cuatro estaciones) que compró en la almoneda pública de los bienes de Rodrigo Calderón (P. de Madrazo Kuntz, 1884:124); en 1614 se le otorgó el título de conde de Oliva y un año más tarde el de marqués de Siete Iglesias. Favorito de Lerma, cayó en desgracia, siendo ejecutado en la Plaza Mayor de Madrid el 21.X.1621. (T. J. Dadson, 1988. Capítulo 8, 165-175 y *Los inventarios*. Inventario B: los cuadros, 367-369).
- * Juan Alonso Enríquez de Cabrera y Colonna (1599/+1647), IX almirante de Castilla, V duque de Medina de Rioseco y VII conde de Melgar. Por el inventario *post-mortem* de 1647, sabemos que su colección estaba volcada en la pintura italiana y flamenca, pudiendo afirmarse que no aparecía la pintura española (J. M. Morán Turina - F. de Checa Cremades, 1985:299).
- * Juan Francisco Alfonso Pimentel Ponce de León, (*Benavente, 1584, 1633/+1652), X conde y VII duque de Benavente. A fines de 1614 casó con Mencía Fajardo de Zúñiga y de Requesens, su prima hermana, y tuvieron 7 hijos. Viudo, el 15.V.1648, enlazó con Antonia de Mendoza, hija de los condes de Castrojeriz. De este mismo año data su retrato, pintado por Diego Rodríguez de Silva Velázquez (Sevilla, 1599-Madrid, 1660), que se encuentra en el Museo del Prado. A su muerte se celebró una almoneda para el pago de sus deudas, algunos de sus cuadros fueron adquiridos por su sucesor. En su colección pictórica, destacan las firmas de Rubens, Velázquez, Jacobo Roberto Tintoretto (Venecia, 1518-1594), Domenico Theotokópulos (1541-Toledo, 1614), el *Greco*, o Jerónimo van Aeken (1450/+c 1516), el *Bosco*.
- * Manuel de Azevedo y Zúñiga (*c 1582/+Madrid, 22.III.1653), VI conde de Monterrey y cuñado de Gaspar de Guzmán y Pimentel Ribera y Velasco de Tovar (*Roma, 1587/+Toro, 1645), I conde-duque de Olivares. Fue embajador en Roma desde 1628 a 1631 y virrey en Nápoles desde ese año a 1637. Desde allí potenció a algunos artistas y promovió la llegada de sus obras a nuestro país, bien para la propia monarquía o para los coleccionistas. A su muerte, se realizó el inventario de sus bienes, siendo el tasador de sus pinturas el pintor Antonio de Pereda (*Valladolid, 1608/+Madrid, 1678). Dejó 265 cuadros, casi todos originales, sobresaliendo la cantidad que tenía de José de Ribera (Játiva, 1591-Nápoles, 1652), protegido del conde. Otros autores que se pueden destacar son Luca Cambiaso (+1580), Eugenio Cajés (+Madrid, c 1642), Antón van Dyck (Anversa, 1599-Londres, 1641), Alberto Durero, Lucas Cranach, *el Viejo* (1472-1553) y *el Joven* (1515-1586), Alonso Sánchez Coello (Benifayó, 1531-1588), Francisco Bassano (Bassano, 1549-1592), Paolo Brill (1554-1626), Antonio Tempesta (1555-1630), Máximo Stanzione (1585-1656), Horacio Borgiani (1578-1616), Francisco Albani (Bologna, 1578-1660), el *Greco*, Velázquez o Paolo Caliari (Verona, 1528-1588), el *Veronés*. Los asuntos son religiosos, mitológicos, batallas, cuatro tiempos, países, marinas, fruteros, etc. (A. E. Pérez Sánchez, 1977).

4. LA DISPERSIÓN DE ALGUNAS COLECCIONES

En el apartado anterior hemos visto cómo los coleccionistas de pintura, que en algunas ocasiones también lo fueron de otros objetos de la más diversa índole, pertenecieron a la nobleza, pintores o burgueses.

En ocasiones, es un hecho constatado que algunas colecciones pictóricas que, quizá con mucho esfuerzo, habían logrado reunir sus propietarios, acabaron dispersándose, unas veces de manera inmediata a la muerte del poseedor, otras por reparto entre los herederos y otras por ventas, en ocasiones al extranjero, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. En todos los casos podemos afirmar que la localización de estas colecciones es una tarea muy laboriosa y no siempre se consigue.

Los casos que señalamos a continuación, nos parecen representativos de la dispersión señalada:

- * Diego Felipe de Guzmán (+16.II.1655), I marqués de Leganés, desde que Felipe IV lo nombró en 1627, virrey y capitán general del principado de Cataluña. Tenía 1.333 cuadros y, sin lugar a dudas, constituyó la pinacoteca más completa e importante que en el siglo XVII había en Madrid, tanto por su calidad como por su cantidad. Según V. Poleró y Segura (1898), solo numera los cuadros que están firmados, destacando, entre otros, los de Rafael Sancio o de Urbino (Urbino, 1483-Roma, 1520), Ticiano, Rubens, Juan van Eyck (1390-1441), Alberto Durero, Agnolo di Cosimo (1503-1563), el *Bronzino*; *Caravaggio*, Alonso Sánchez Coello, Paolo Brill, Pedro de Orrente (Montealegre, 1580-Toledo, c. 1645), Velázquez, Scipión Pulzone (1550-1597), el *Gaetano*; el *Bosco*, Máximo Stanzione, Antón van Dyck, José de Ribera, etc. Los asuntos son religiosos, retratos de reyes, de la nobleza y de la familia, animales, mitología, países, ermitaños, frutas, bodegones o los cuatro elementos. Según L. López Navío (1962) fue en Flandes donde empezó a reunir su colección pictórica que instaló en su palacio, uno de los más hermosos y mejor amueblado de Madrid. Realizado el inventario *post-mortem*, la tasación de las pinturas corrió a cargo de Andrés Potestad, pintor nombrado por los testamentarios. El autor también señala que

... el marqués amaba la colección tan pacientemente adquirida y trató de impedir su dispersión después de su muerte, pero no pudo lograrlo: muchas pinturas pasaron a poder de los reyes, por donación o venta, y de allí fueron al Museo del Prado, donde todavía se pueden admirar en gran número. Otras pasaron al extranjero, y el resto de esta espléndida colección fue rematada por el pleito de acreedores contra la casa de Altamira...²³ (Ibidem: 261).

- * Otro caso muy conocido es el de Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681)²⁴, gentil-hombre de cámara de Felipe IV, que en su casa-palacio de Huesca formó una verdadera mansión de maravillas artísticas en cuadros y antigüedades. Según su propio testimonio (en *Narración de lo que le pasó a Don Vicencio Juan de Lastanosa con un religioso docto y grave*), tenía cuadros de Tiziano, *Caravaggio*, Alberto Durero, José Ribera, Francisco Ribalta (Solsona, 1565-1628), Tintoretto, Paolo Brill, etc. Los asuntos reflejados en sus cuadros eran religiosos, retratos, numerosos países, batallas, historias y fábulas²⁵.

²³ En 1870, por decisión de los testamentarios del marqués. Las vicisitudes de esta casa y sus entronques con otras familias nobiliarias han sido estudiados, entre otros, por P. M. Cátedra (2002).

²⁴ En Huesca, durante el año 2007, se han hecho numerosos actos conmemorando el nacimiento de este insigne coleccionista. Recomendamos el Catálogo de la exposición *Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681). La pasión de saber, y especialmente el artículo de A. Ansón Navarro (2007:109-115).*

²⁵ Una relación detallada la ofrece A. Guillén y Urzaiz (1955:40. Nota 4).

Para algunos autores tuvo «... uno de los museos más famosos de Europa» (M. Bolaños, 1997:78) y aunque sea un poco exagerada esta afirmación, sí que es cierto que refleja los principios del coleccionista del barroco, puesto que editaba un catálogo difundido en el extranjero, se carteaba con los grandes coleccionistas del momento, tenía numerosos agentes que le informaban sobre la existencia de todo lo que sabían que le interesaría, etc.

A los pocos años de la muerte de su propietario, todo ello desapareció por la venta de sus herederos. Así sabemos que «...Los manuscritos y libros raros, se conservan en la Biblioteca Nacional, procedentes de bibliotecas particulares que los habían adquirido a la muerte de Lastanosa, y en la Nacional de París» (A. Guillén y Urzáiz, 1955:15).

- * Los X duques de Híjar, Agustín Pedro de Silva Fernández de Híjar (*Madrid, 14.IV.1773, 1808/+Madrid, 12.XII.1817) y M.^a Fernanda Fitz-James Stuart y Stölberg-Gedern (*París, 2.III.1775/+Versalles, 22.IX.1852), según un inventario realizado en 1817²⁶, tenían numerosos cuadros repartidos en 181 lotes. Destacando entre sus autores a Bartolomé Esteban Murillo (Sevilla, 1618-1682), Rubens, Claudio Coello (Madrid, 1642-1693), Andrea Vaccaro (Nápoles, 1598-1670), Antón van Dyck, Salvador Rosa (Nápoles, 1615-Roma, 1673), Pablo Veronés, Luis de Morales (c1520-1586), el *Divino*; Anibal Carracci (Bologna, 1560-Roma, 1609), Ribera, Giovanni Battista Tiepolo (Venecia, 1696-Madrid), Francisco Zurbarán (Fuente de Cantos, 1598-Madrid, 1664), Giovanni Antonio Canal (1697-1768) el *Canaleto*; Antonie François Callet (París, 1741-1823), Velázquez, Carreño de Miranda (Avilés, 1614-Madrid, 1685), Louis Michel van Loo (Tolón, 1707-París, 1771), Joaquín Inza (1736-1811), Manuel Salvador Carmona (La Nava del Rey, 1734-Madrid, 1820), Guido Reni (Calenzano, 1575-Bologna, 1642), etc. Entre sus asuntos destacan los religiosos (con representaciones del antiguo y nuevo testamento, santos o la Virgen María) y profanos: mitológicos, históricos, retratos —a los que ya hemos hecho alusión en este trabajo—, paisajes o bodegones.

Una parte de esta colección pictórica se vendió después de la muerte de José Rafael Silva Fernández de Híjar (*Madrid, 29.III.1776, 1818/+Madrid, 16.IX.1863), XII duque de Híjar, viudo de Juana Nepomuceno Fernández de Córdoba Sarmiento y Villarroel (*Madrid, 7.VII.1785/+Madrid, 25.V.1808), VIII condesa de Salvatierra, etc.; según la información que nos proporcionan, entre otros, los siguientes documentos: *Tasación de la colección de cuadros del Excmo. Sr. Duque de Híjar (q[ue] e[ste] e[n] g[loria]) hecha por el que suscribe, por encargo de los Sres. Testamentarios y presentada, hoy día de la fecha, 18.XI.1863*, (Sala V. Leg. 103/1. Doc. 20), realizada por el pintor Luis de Madrazo y Kuntz (Madrid, 1825-1897); *Híjar: Testamentaria. Cuadros vendidos a diferentes personas de 1864* (Sala I. Leg. 148/2. Doc. 39); y de 1867, aunque con referencias cronológicas anteriores, son las *Copias y borradores del testamento, codicilo, inventario, cuenta y partición de bienes del S[e]ñor Duque D[on] Rafael* (Sala I. Leg. 72/2. Doc. 2)²⁷.

²⁶ «Inventario de los muebles y efectos existentes en la casa», Sala V. Leg. 101/1. Doc. 8-2. S. f. [Diciembre de 1817]. S. n. 74 ff. Este documento fue el punto de partida para el libro *La Pinacoteca de la Casa Ducal de Híjar en el siglo XIX. Nobleza y coleccionismo*.

²⁷ Para más información M.^a J. Casaus Ballester (1997). Especialmente, *Estudio*: 77-111.

5. LA PINACOTECA DE LA CASA DE ALBA

Sin lugar a dudas, esta Casa participa en algunas de las consideraciones expuestas en este trabajo. En concreto, además de los cuadros que pudo heredar de sus antepasados, el mencionado Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, a pesar de su dilatada y permanente presencia militar y diplomática en las cortes europeas y en los escenarios bélicos del momento, como general de Carlos I y Felipe II, se interesó por la pintura y los pintores en sus desplazamientos por el viejo continente.

Así, a principios de febrero de 1573, Teresa de Ávila, Santa Teresa de Jesús, era reclamada por María Enríquez, duquesa de Alba, cuyo marido, el III duque, estaba ausente por encontrarse en los Países Bajos, para acompañarla unos días en su casa. Para ello, el propio Felipe II tuvo que solicitar ante el papa que autorizase a la fundadora a dejar temporalmente el claustro de la Encarnación de Ávila. Esta ocasión permitió a Teresa admirarse de la colección de arte que la familia ducal conservaba en su palacio de Alba de Tormes (J. Pérez, 2007:108, nota 102). Lo cual recogería la Santa en sus *Moradas* al decir que:

Una vez me llevaron a una pieza de estas (camarín) en casa de la duquesa de Alba, a donde, viniendo de camino, me mandó la obediencia estar dos días por habérles importunado esta señora, que me quedé espantada en entrando y considerando de qué podía aprovechar aquella barahunda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de ver tantas diferencias de cosas... (Sexta, Cap.IV).

Y es que, la relación con la Casa de Alba la mantuvo la fundadora desde el comienzo de sus fundaciones, como lo muestra la carta que en 18 de abril de 1582 dirigió desde Burgos a Fadrique Álvarez de Toledo (*Alba de Tormes, 1557/+1585), el heredero del título como IV duque, alegrándose de la esperanza de sucesión del duque y deseándole un feliz alumbramiento a la duquesa:

La Gracia del Espíritu santo sea con vuestra señoría ilustrísima. Del contento de vuestra señoría me ha cabido tanta parte, que he querido que lustra señoría lo entienda; porque, cierta, ha sido mucha mi alegría. Plega a Nuestro Señor me la de del todo con alumbrar a mi señora la duquesa, y guarde a vuestra señoría muchos años con buena salud...²⁸.

Podemos afirmar que la pinacoteca de esta casa siguió incrementándose generación tras generación. Así Fernando Álvarez de Toledo (*1595/+1667) y Antonia Enríquez Portocarrero, VI duques de Alba, a su muerte dejaron cerca de 200 cuadros. La mitad eran retratos (casi todos de la familia, teniendo también los de algunos emperadores) y el resto estaba formada por asuntos religiosos y profanos (J. M. Morán Turina – F. de Checa, 1985: 296).

Gran importancia tuvo para la Casa de Alba la incorporación del marquesado de Eliche, condado de Carpio y el condado-ducado de Olivares, propiciado por el matrimonio de Francisco Álvarez de Toledo (*1662/+1739), X duque de Alba, con Catalina de Haro y Guzmán (+1733), VIII condesa de Carpio y VIII condesa de Monterrey, al haber sucedido a Inés Francisca Zúñiga, VII titular de dichos estados, y mujer de Juan Domingo de Haro y Guzmán, su hermano. Así pasaron a formar parte de la pinacoteca de los Alba la mayoría de las pinturas de Gaspar Méndez de Haro (*1619/+Nápoles, 16.XI.1687), VII marqués de Eliche y luego VII conde del Carpio, sobrino nieto y heredero del todopoderoso Gaspar de Guzmán y Pimentel Ribera y Velasco de Tovar, I conde-duque de Olivares, ya mencionado. Según un inventario realizado en 1651 (J. M. Pita Andrade, 1952:226-232), a sus 22 años ya tenía 331 cuadros: entre otros *La Venus del espejo* de Velázquez, que en la actualidad está en *The National Gallery* de Londres. Fue embajador en Roma y en 1682, antes de

²⁸ (1974), *Obras completas de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, carta CDXIII, l.260.

partir como virrey a Nápoles (1683-1687), su pinacoteca estaba formada por 1.162 cuadros, número que siguió incrementando hasta el final de sus días. En su colección predominaban los paisajes y bodegones y la pintura flamenca, aunque tenía representados todos los géneros y todas las escuelas. Por todo ello fue considerado como una de las figuras claves en su siglo en la historia del coleccionismo.

Otra persona a destacar es M.^a Teresa Cayetana de Silva Álvarez de Toledo (* Madrid, 10.VI.1762 /+23.VII.1802), XIII duquesa de Alba. Sin lugar a dudas «...desde el punto de vista patrimonial, la duquesa Cayetana es una página negra en la colección familiar. Su estrafalario testamento, dejando toda su herencia a sus criados, y desheredando por completo a su prima segunda, la duquesa de Berwick, dejaría un pleito que duraría 40 años... Con su muerte, se perdería la línea directa del linaje y la casa de Alba pasaría a los duques de Berwick. El heredero que lograría recuperar treinta y dos cuadros de la colección familiar sería Carlos Miguel Fitz-James Stuart...» (J. Fitz-James, 2003:41), aunque de ellas²⁹ «...apenas // media docena pudieron contarse entre las mejores de aquella magnífica colección; las restantes fueron retratos de familia, otros cuadros, aunque buenos, de segundo orden y alguna que otra copia que se hizo pasar por original» (Á. M. de Barcia, 1911: XII-XIII).

Parte de la colección de Carlos Miguel Fitz-James Stuart y Silva (*Madrid, póstumo, 19.V.1794 /+Sión, 7.X.1835), VII duque de Berwick, Liria y Jérica, XIV de Alba de Tormes, XVIII conde de Lemos, XII conde de Monterrey, etc., le venía de su antepasado Jacobo Francisco Eduardo Fitz-James Stuart y Colón (*Madrid, 28.XI.1717/+Madrid, 3.IV.1794), III duque de Berwick y de Liria; en su palacio de Liria en Madrid, tenía más de 460 cuadros que pertenecían a las escuelas italianas, española y flamenca.

Además viajó por Francia, Italia y Roma, fue un gran mecenas y dejó su casa totalmente arruinada, pero la colección familiar se engrandeció con 117 cuadros³⁰ y «...aunque su comportamiento no es, desde luego, un modelo a imitar, sus descendientes tardíos le agradecemos que nos haya legado el precioso don de su exaltada fiebre artística. Tampoco podemos reprocharle su buen gusto, sobre todo por la elección de las pinturas de Rembrandt, Furini, Vaccaro, Ruysdael, el autorretrato de Mengs o la tabla del primer duque de Alba» (J. Fitz-James, 2003:49).

Un estudio de esta pinacoteca fue realizado en 1911 por Ángel M. de Barcia, jefe de la sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional, por encargo de M.^a Rosario Falcó y Osorio³¹, condesa de Siruela, mujer de Carlos M.^a Fitz-James Stuart Portocarrero (*1849/+1901), XVI duque de Alba de Tormes y de Berwick. El autor se lo dedicó a Jacobo Stuart Fitz-James y Falcó Osorio, (*Madrid, 17.X.1878/+Laussanne, Suiza, 24.IX.1953), XVII duque de Alba de Tormes y Berwick, padre de la actual duquesa de Alba.

Esta obra contiene un detallado análisis de la pinacoteca, realizando un comentario artístico de cada cuadro, indicando la procedencia y autor e incluyendo en los retratos de familia unas notas biográficas.

Sin lugar a dudas, el mencionado Jacobo Stuart Fitz-James y Falcó, XVII duque de Alba y Berwick, fue un buen coleccionista y «... la figura familiar más relevante del siglo XX, porque en él

²⁹ Á. de Barcia (1911). Apéndice I. «Las pinturas de la Casa de Alba» (245-262), en el que se incluye la «Lista de las pinturas que vinieron a esta casa por la transacción hecha con los herederos de la última Excelentísima Duquesa de Alba, difunta» (254-258).

³⁰ Á. de Barcia (1911). Apéndice II. «Cuadros adquiridos por el Duque D[on] Carlos Miguel» (263-273).

³¹ Aficionada a la historia. Empezó a organizar su archivo, queriendo separar los documentos históricos de los administrativos; pero ante las dificultades paleográficas y la cantidad de estos últimos, encargó su organización a Antonio Paz y Meliá, jefe del Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional y archivero de la casa de Alba hasta su muerte.

se conjugan felizmente los beneficios y deleites de la vida civilizada y culta, con un estricto sentido antiguo del deber y de la vida, que le haría participar en el panorama político y cultural de su tiempo como cualquiera de sus antepasados» (J. Fitz-James, 2003:49).

Entre otros, destaca un cuadro de Ignacio Zuloaga y Zabaleta (Eibar, 26.VI.1870-Madrid, 31.X.1945) de 1930, en el que está pintada Cayetana, la actual duquesa de Alba, que ha sido «...conservadora y continuadora de una colección artística que heredó. Aunque casi nadie lo sabe, su papel ha sido clave en la historia de la colección familiar. Junto a mi padre [Luis Martínez de Irujo (*Madrid, 17.X.1909/+Houston, 6.IX.1972)] y mi abuelo [el mencionado Jacobo, XVII duque de Alba y Berwick], reconstruyó todos los interiores del palacio de Liria, del que sólo quedaban las cuatro fachadas después del incendio de la guerra civil... Ha dedicado parte de su vida a comprar objetos artísticos, y a decorar y cuidar su patrimonio histórico de cinco siglos, sin arruinarse como Carlos Miguel, ni dilapidarlo extravagantemente, como lo haría al final de su vida, la primera Cayetana. Deja el patrimonio histórico-artístico no sólo aumentado, sino en perfecto estado de conservación...» (J. Fitz-James, 2003:50).

6. BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO RUIZ, B. y otros (2005), *Patronos y coleccionistas. Los Condestables de Castilla y el Arte (siglos XV-XVII)*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Universidad de Valladolid.
- ANSÓN NAVARRO, A. (2007), «La pintura en las colecciones de Vincencio Juan de Lastanosa», en *Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681). La pasión de saber*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 109-115.
- BARCÍA, Á. M. de (1911), *Catálogo de la colección de pinturas del Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba*, Madrid, Tirada aparte de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».
- BARRIO MOYA, J. L. (1982), «El pintor Luis de Carvajal y el inventario de sus bienes», *Boletín del Seminario de estudios de Arte y arqueología*, XLVIII, pp. 414-420.
- BELMONTE, J. y LESEDUARTE, P. (2004), *Godoy. Historia documentada de un expolio*, Bilbao, Ediciones Beta.
- BOLAÑOS, M. (1997), *Historia de los Museos en España*, Gijón, Trea.
- BOUZA ÁLVAREZ, F. J. (2003), *Palabra e imagen en la Corte. Cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro*, Madrid, Abada Editores.
- CALDERÓN ORTEGA, J. M. (2005), *El ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, Dykinson.
- CASAUS BALLESTER, M.^a J. (2006), *La pinacoteca de la Casa Ducal de Híjar en el siglo XIX. Nobleza y coleccionismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- (2007), «Patrimonios archivísticos nobiliarios. La Casa Ducal de Híjar (Teruel)», en *Estudios en memoria del profesor Dr. Carlos Sáez*, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 573-584.
- CÁTEDRA, P. M. (2002), *Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de Don Alonso Osorio, marqués de Astorga*, Valladolid, Juan de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- DADSON, T. J. (1998), *Libros, lectores y lecturas*, Madrid, Arco Libros.

- DEWALD, J. (2004), *La nobleza europea 1400-1800*, Ronda, Real Maestranza de Caballería de Ronda y Diputación Permanente y Consejo de la Grandeza de España.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (2007), *El duque de hierro. Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba*, Madrid, Espasa.
- FERNÁNDEZ-XESTA Y VÁZQUEZ, E. (2006), «La Genealogía de «Los Castro-Pinós, ricos hombres de Aragón» del barón de Valdeolivos», *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y genealogía*, IX, pp. 415-460.
- FITZ-JAMES STUART, J.³² (2003), «La colección de la Casa de Alba», en *El arte de coleccionar*. Valencia, Institut Valencià d'Art Modern. Edic. a cargo de J. Molins, pp. 23-51.
- GUILLÉN Y URZÁIZ, A. (1955), *Colecciones y coleccionistas aragoneses en los siglos XVII, XVIII y XIX*. Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis de Zaragoza.
- KAMEN, H. (2004), *El gran duque de Alba. Soldado de la España Imperial*, Madrid, La esfera de los libros.
- LÓPEZ NAVÍO, J. Sch. P. (1962), «La gran colección de pinturas del marqués de Leganés», *Analecta Calasanciana*, 8, pp. 260-330.
- MADRAZO Y KUNTZ, P. de (1884), *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los Reyes de España*, Barcelona, Biblioteca «Arte y Letras».
- MAGÁN PERALES, J. M.^a A. (2001), *La circulación ilícita de bienes culturales*, Valladolid, Lex Nova.
- MALTBY, W. S. (2007), *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Girona, Ediciones Atalanta.
- MARTÍNEZ DE IRUJO Y ARTÁZCOZ, L. (1962), *La batalla de Mühlberg en las pinturas murales de Alba de Tormes*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
- MORÁN TURINA, J. M.-CHECA CREMADES, F. de (1985), *El coleccionismo en España. De la cámara de maravillas a la galería de pinturas*, Madrid, Cátedra.
- Obras completas de Santa Teresa de Jesús* (1974), Madrid, Aguilar.
- PÉREZ, J. (2007), *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*, Madrid, Algaba Ediciones.
- PÉREZ SÁNCHEZ, A. E. (1977), «Las colecciones de pintura del conde de Monterrey (1653)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXIV, pp. 417-459.
- PITA ANDRADE, J. M. (1952), «Los cuadros de Velázquez y Mazo que poseyó el marqués de Carpio», *Archivo Español de Arte*, XXV, pp. 223-236.
- POLERO Y SEGURA, V. (1898), «Colección de pinturas que reunió en su palacio el marqués de Leganés, don Diego Felipe de Guzmán (siglo XVII)», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, VI, 68, pp. 89-136.
- ROSE - DE VIEJO, I. (2003), «Desde el palacio madrileño de Godoy al mundo entero», en *El arte español fuera de España*, (coord. M. Cabañas Bravo), Madrid, Departamento de Historia del Arte. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 317-329.
- SIMAL LÓPEZ, M. (2002), *Los condes-duques de Benavente en el siglo XVII. Patronos y coleccionistas en su villa solariega*, Benavente, Centro de Estudios benaventanos «Ledo del Pozo».

³² Conde de Siruela (*Madrid, 15.VII.1954), hijo tercero de Luis Martínez de Irujo (*Madrid, 17.X.1909/+Houston, 6.IX.1972) y de M.^a del Rosario Cayetana (*Madrid, 28.III.1926-), XVIII y actual duquesa de Alba.

- ÚBEDA DE LOS COBOS, A. (2001), «El coleccionismo de pintura española». *Pensamiento artístico español del siglo XVIII. De Antonio Palomino a Francisco de Goya*, Madrid, Museo Nacional del Prado.
- URQUIZAR HERRERA, A. (2007), *Coleccionismo y nobleza. Signos de distinción social en la Andalucía del Renacimiento*, Madrid, Marcial Pons.
- VV. AA. (2007), *Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681). La pasión de saber*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses.

 Institución Gran Duque de Alba

LA ARISTOCRACIA EN LA EUROPA DIVIDIDA.
LA IDEA DE NOBLEZA EN LA EUROPA
DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI*

Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ
Universidad de Valladolid

El término *Europe divided* fue empleado en 1968 por John Elliott para titular una síntesis de la historia de la segunda mitad del siglo XVI. La obra comprendía el periodo entre la paz de Cateau-Cambrésis (1559) y la muerte de Felipe II de España (1598)¹. Al definir así estos años, Elliott ponía el acento en «la amplia división producida por el conflicto de las creencias»² y su conexión con las rivalidades entre Estados. Ciertamente, la etapa está caracterizada por una profunda fractura religioso-política que encendió el escenario continental en múltiples contiendas, unas civiles y otras internacionales. Realidad imposible de obviar, la división general e irreconciliable no solo ha sido percibida por Elliott y otros estudiosos, sino que quienes vivieron en aquellos tiempos de hierro también fueron conscientes de la desunión y de los problemas que había acarreado. Con lúcido pesimismo, Bodino, Montaigne o Lipsio, por citar solo algunos de los más destacados, escribieron sobre las penalidades de la época y sus causas, y plantearon diversas salidas a este sombrío panorama³.

Sin negar este panorama de rupturas, las aristocracias de los diversos Estados europeos mantuvieron más coincidencias de las que podría pensarse en un primer examen de la situación general. Mi pretensión consiste en argumentar que no sólo los problemas nobiliarios fueron en esencia los mismos en todos los países, sino que también las respuestas elaboradas por cada nobleza se parecieron

* Este trabajo es uno de los resultados del Proyecto de Investigación titulado *Integración y conflicto en la Monarquía Hispánica durante el siglo XVII*, subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

¹ ELLIOTT, J. H., *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid, 1973 (primera edición en inglés, 1968); la cita, en p. 397.

² *Ibidem.*, p. 37.

³ CARRASCO MARTÍNEZ, A., «Cultura política e identidad aristocrática en la Europa de los reyes y los privados», *Cuadernos de Historia de España*, 14 (2002), pp. 31-46; y CARRASCO MARTÍNEZ, A., «Perspectivas políticas comparadas de las noblezas europeas en la transición del siglo XVI al XVII», *Cuadernos de Historia Moderna*, 28 (2003), pp. 167-183.

mucho entre sí. Se trata de subrayar una sustantiva homogeneidad nobiliaria continental que, por encima del cisma religioso y de la rivalidad política, se servía de mareas de referencia equivalentes, partes de una identidad convergente en pleno proceso de construcción —o reconstrucción—. Comparar la conciencia de superioridad y unos valores que pueden calificarse, en mi opinión, de internacionales, permite hablar de una cultura y una mentalidad nobiliarias europeas por encima de fronteras religiosas y políticas. Europa dividida, sí; nobleza dividida, no tanto.

1. UNA FRATERNIDAD UNIVERSAL DE CABALLEROS. ALTERNATIVAS DE LA JUSTIFICACIÓN MILITAR DE LA NOBLEZA EUROPEA

Es muy significativo que algunos de los grandes hitos creadores de la conciencia caballeresca durante la Baja Edad Media, como la obra de Ramon Llull, el *Tirant* o el *Amadís*, sostuvieran con firmeza la convicción en que la verdadera nobleza —la caballería cristiana—, era una especie de fraternidad universal de individuos excelentes por encima del origen geográfico o las lealtades políticas. Los mallorquines Llull y Martorell, traducidos a todas las lenguas europeas y muy difundidos gracias a las primeras imprentas, creían en una nación imaginaria con un ideario virtuoso, como se plantea en el *Livre del ordre de cavalleria* (1275), donde Llull ofrecía una especie de programa del caballero cuya impronta, en lo esencial, perduró en el tiempo y se extendió por todos los rincones del continente⁴. Martorell, al principio del *Tirant lo Blanc*, cuando el joven aspirante a caballero solicita al ermitaño que le explique qué es la caballería, repite partes completas del tratado de Llull y, luego, en las densas páginas llenas de tensión dramática no exenta de ironía y crítica, el libro ofrece un itinerario de accésis personal que es, al mismo tiempo, un recorrido por geografías y personajes de toda Europa⁵. Asimismo, el *Amadís de Gaula* es otra propuesta de viaje iniciático que hace de la itinerancia la metáfora de la búsqueda interior del caballero, cuyo perfeccionamiento individual se realiza en contacto con diversos espacios y muchas personas⁶.

Este horizonte de fraternal encuentro, de valores universales compartidos por unos pocos seres excelentes —casi unos *happy few*—, se mantuvo vivo a lo largo del siglo XVI y, más aún, puede decirse que actuó en algunos lugares de Europa como marco de referencia para construir un mundo nobiliario alternativo en un tiempo en el que los nobles tendían a percibir la realidad del poder como una amenaza⁷. Valga como ejemplos el caso de la recreación caballeresca de la Inglaterra isabelina bajo la batuta de Philip Sidney y Edmund Spenser, o la importancia que cobraron entonces las órdenes militares y caballerescas ya existentes en España, Portugal, Francia, Borgoña, o en Centroeuropa, y las que fueron creadas entonces, en Saboya o en Toscana, aunque su perfil fuera netamente distinto del que tuvieron en origen.

La idea de que la nobleza era una forma de perfección, o que incluso el noble materializaba en sí mismo la perfección humana, era en realidad una consecuencia filosófica de este principio de unidad universal que ya había sido enunciado por Aristóteles en sus dos grandes textos de filosofía ética, la *Nicomáquea* y la *Eudimía*⁸. Así, Gregorio Zuccolo, en la dedicatoria a Giacomo Buoncompagno de

⁴ LLULL, R., *Libro de la orden de cavalleria*, Madrid, 1992.

⁵ MARTORELL, J. y GALBA, M. J. de, *Tirant lo Blanc*, Madrid, 1984, vol. I, pp. 62 y ss.

⁶ RODRÍGUEZ DE MONTALVO, G., *Amadís de Gaula*, ed. de Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, 1996, 2 vols.

⁷ CÁTEDRA, P. M., *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*, Madrid, 2007; en particular el cap. I, pp. 13 y ss., donde desarrolla el término «caballería de papel» para referirse al elemento literario-ideológico de la literatura de caballería dentro de la cultura europea del Quinientos.

⁸ Consúltase GUARIGLIA, O., *La ética en Aristóteles o la moral de la virtud*, Buenos Aires, 1997, en particular, pp. 192 y ss.

sus *Discorsi*, en 1575, insistía en que la nobleza era sobre todas las cosas, la perfección, lo sumo y bello de la naturaleza humana⁹. Y páginas después, en su *Discorso intorno alla nobiltà*, identificaba nobleza con excelencia, una cualidad absoluta o, si se quiere, una tendencia perfectiva reservada sólo a algunos. Con estilo farragoso y lento, cargado de referencias aristotélicas y preñado de llamadas a los lugares comunes de un humanismo ya en decadencia, la tesis de Zuccolo no era nada original, pero indica la potencia que conservaba en esos años del último cuarto del XVI la vinculación ideológica entre nobleza y perfección humana. Tanto es así que, aún en 1590, el veneciano Sebastiano Venier, perteneciente a una destacada familia del patriciado de esta república, se pronunciaba en los mismos términos aunque reconociese la diversidad nobiliaria europea. *Splendor et perfectio* eran, en su opinión, las únicas coincidencias que se podían encontrar en las múltiples acepciones del término nobleza. De ahí que afirmara que, fuera cual fuera lo que jurídica o políticamente se definía como nobleza, en todas partes la esencia del concepto tenía que ver con la perfección humana¹⁰. Y, usando una bella figura, Zuccolo situaba lo nobiliario como el desenlace triunfal de una batalla moral entre la virtud y el vicio¹¹. ¿Cómo no ver en esta imagen un recuerdo de los conflictos interiores de los protagonistas de los grandes relatos de caballerías que circulaban entonces por toda Europa?

Una obra de extraordinaria difusión continental como es *Il duello*, de G. Muzio, aparecida en 1550 y dedicada a Manuel Filiberto de Saboya, insistía en la *alta conditione* que se merecían los caballeros, según una visión de clara inspiración luliana¹². En otro texto complementario a este, titulado *Le risposte cavalleresche*, dedicado en este caso al príncipe Ferrante Gonzaga, Muzio aclaraba su idea del caballero, al que consideraba un individuo gobernado por la razón, incluso cuando recurría a las armas, o más aún entonces. El empleo de la fuerza se legitimaba con la razón del caballero, una razón espiritual y, por tanto, interior y personal, que no dependía tanto de la sangre cuanto de la calidad individual¹³. Ahora bien, hemos de reconocer que la concepción idealística del noble considerado como un caballero moral no era universalmente aceptada y, más concretamente, en la segunda mitad del siglo XVI surgieron, cada vez con más frecuencia, críticas a esta visión casi metafísica de la nobleza. Desde Ferrara, por ejemplo, Faustino Summo, en un *Discorso della nobiltà* publicado en 1590, contestaba la idea de nobleza que defendía Muzio. La excelencia no radicaba en la racionalidad del comportamiento, ni en su cercanía a la perfección humana, sino simplemente en su sangre, era una *virtù del genere*¹⁴, en la interpretación de Summo. La expresión era aparentemente contradictoria, pues vincular virtud con herencia (*genere*) resultaba imposible de admitir en términos de una filosofía moral estricta¹⁵, pero sin embargo, Summo, que se apoyaba en Aristóteles, armaba un discurso que estaba ganando terreno sobre cualquier otro en torno a la idea de nobleza en toda Europa, particularmente en Castilla o en Francia; la defensa cerrada de la nobleza de sangre que excluía otro medio de transmisión de los valores.

⁹ ZUCCOLO, G., *I discorsi*, Venecia, 1575, dedicatoria firmada en Ferrara el 28 de diciembre de 1574, s. p.

¹⁰ VENIER, S., *De nobilitate libri quatuor*, Padua, 1594, lib. I, *Proemium*, fol. 1r y v, y lib. III, cap. VI completo, fols. 55v-58r.

¹¹ *Ibidem*, lib. IV, cap. I, fols. 60r y ss.

¹² MUZIO, H., *Il duello*, Vinegia, 1550, lib. III, cap. II, fols. 77r y ss.

¹³ MUZIO, H., *Le risposte cavalleresche*, Vinegia, «Risposta I al signor marchese del Vasto», fol. 4v.

¹⁴ SUMMO, F., «Ragionamento della nobiltà. Altre volte havuto nella Accademia degli Animosi di Padova», en *Due discorsi. L'uno intorno al contrasto tra il signor Speron Speroni e il giudizio stampato contra la sua tragedia di Canace e di Macareo, et l'altro della nobiltà*, Padua, 1590, p. 51.

¹⁵ Sobre el problema de aunar virtud con herencia, véase CARRASCO MARTÍNEZ, A., «Herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI», en *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, tomo IV, *La corona de Castilla*, Madrid, 1998, pp. 231-271.

Efectivamente, en el entorno de las más conspicuas casas nobiliarias castellanas, como las de Osuna o Medina Sidonia, en estos años, surgen textos que, si bien siguen defendiendo una concepción casi sagrada de la dedicación militar o caballeresca, ya no se apoyaban en argumentos morales o de inspiración en la tradición caballeresca más que de un modo remoto. Los principios hereditarios de la transmisión pasaban a imponerse, como evidencia Gerónimo Gudiel en un libro dedicado a la casa de Girón, en donde aludía a la preservación hereditaria del capital virtuoso de los linajes antiguos, la riqueza acumulada por los héroes familiares que se transmitía a los descendientes aun a pesar de eventuales comportamientos viciosos o descuidados. «El discurso de los años ha guardado su fuerza» sentencia¹⁶. Por su parte, Jerónimo Carranza, cuya pluma estaba al servicio de los duques de Medina Sidonia y que también era su maestro de esgrima, es el autor de un libro muy popular, la *Filosofía de las armas*, donde se defendía la consideración científica de la disciplina de la espada. Su manejo no solo era cuestión de destreza, nacida de combinar la fuerza física, el valor personal y el ejercicio continuado, sino que constituía un saber que debía ser aprendido y para el que, claro está, sólo estaban predispuestos quienes pertenecían a los linajes nobiliarios viejos. El uso de las armas era una ciencia aristocrática, exclusiva, en la que valían menos los méritos y virtudes personales, como habían dicho los tratadistas de la caballería del pasado, y más el origen familiar, que otorgaba una preciosa predisposición a la excelencia. Ciertamente, Carranza asimilaba el aprendizaje de las armas con el conocimiento de la filosofía o el acceso de tipo teológico a Dios, pero negaba la posibilidad de ingreso en esta escala de perfeccionamiento personal a quien no gozara de una acreditación familiar suficiente¹⁷.

En cualquier caso, si bien en el ambiente intelectual de la Europa de la segunda mitad del siglo XVI la tensión entre idealización del individualismo caballeresco, por una parte, y determinismo del linaje, por otra, era una realidad ineluctable, ambas posturas extremas anidaban en una firme concepción de la cohesión del fenómeno nobiliario, en medio de un continente que se desgarraba por motivos políticos y religiosos.

2. VARIEDAD DE NOBLEZAS. UNIDAD EN LA VIRTUD

Ahora bien, la misma definición de nobleza, uno de los asuntos centrales del pensamiento europeo en los siglos XVI y XVII, no podía ignorar las diferencias enormes entre unos y otros Estados. Quienes abordan esta cuestión, y son muchos los que lo hicieron en los tiempos de la Europa dividida, no soslayaban tal hecho y, algunos, lo usaban —el hecho de que nobleza significaba cosas bien distintas en cada lugar— para convertirlo en una prueba de la universalidad de la misma condición nobiliaria, aunque ello pueda resultar paradójico.

Pompeo Rocchi, en su diálogo *Il gentilhuomo*, aparecido en la ciudad de Luca en 1568, advertía de la dificultad de encontrar una definición aceptable de gentilhomme, dada la diversidad de acepciones del término en cada Estado italiano y en general en los Estados europeos. Quien era gentilhomme en Venecia no lo era en Nápoles; no era lo mismo el término en Francia que en Génova o en Florencia, decía Rocchi. Cualquier gentilhomme italiano, reconocía, no pasaría de ser estimado burgués en Francia¹⁸. Y era precisamente esta multiplicidad de situaciones jurídico-sociales lo que espoleaba al autor luqués a buscar la esencia, aquello común entre tanta heterogeneidad. Lo encontraba, como no

¹⁶ GUDIEL, G., *Compendio de algunas historias de España, donde se tratan muchas antigüedades dignas de memoria y especialmente se da noticia de la antigua familia de los Girones y de otros muchos linajes*, Alcañá de Henares, 1577, la cita en fol. 127r.

¹⁷ CARRANZA, J., *Libro de Hierónimo de Carranza, natural de Sevilla, que trata de la philosophia de las armas y de su detreza, y de la agression y defension christiana*, Sanlúcar de Barrameda, 1582, pássim.

¹⁸ ROCCHI, P., *Il gentilhuomo*, Lucca, 1568, fol. 7v.

podía ser de otra manera, en el terreno de las virtudes. Más allá de consideraciones jurídicas y socio-políticas, era el amor a las «cosas deseables», los bienes del espíritu y también los del cuerpo y la fortuna, donde se reconocían los verdaderos nobles o caballeros: en la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza –los bienes del espíritu o virtudes–; en la fuerza, la belleza y la salud –los bienes del cuerpo–; y en la riqueza, la amistad y la estima –los bienes de la fortuna–. Afirmaba que, en consecuencia, la condición de caballero era única y no admitía grados. Todos los caballeros –todos los nobles– eran iguales, formaban parte de una fraternidad universal, la de aquellos que «fanno profesion d'honore», desde el emperador hasta el más joven caballero, que compartían las «mismas cosas deseables»¹⁹. Igualmente, Paolo Paruta, en su indagación en forma de diálogo en torno a la felicidad humana, se hacía eco de las diferentes formas que adquiría la nobleza en cada lugar. Señalaba cómo los lombardos y los napolitanos nada consideraban más contrario a la nobleza que la dedicación al comercio, mientras que venecianos, florentinos o genoveses la ejercían sin mayores problemas y, de hecho, «i più nobili tra loro per lo più i mercatanti di maggior facende»²⁰. De ahí que no se pudiera dar una regla general en torno a costumbres tan diversas y por ello hubiera que buscar algo más general y universalizable que explicara el ser aristocrático, que era «la virtù e le ricchezze... ma tali ricchezze e virtù sono poi diversamente intese da diversi popoli, secondo certi particolari costumi e convenienza co' loro paesi»²¹. Paruta daba una respuesta eficaz que conciliaba la diversidad de usos en los diversos Estados europeos con la unidad básica de la condición nobiliaria, una solución, por otra parte, que no recurría más que subsidiariamente a los viejos valores caballerescos.

En otros lugares, donde la división religiosa introducía un elemento dramático a la hora de definir la nobleza, la armonización de la diversidad se presentaba con mayor complejidad. Pero, pese a ello, los autores salvaban por encima de todo la universalidad nobiliaria y, es más, se apoyaban en ella para aportar una solución a los problemas políticos. Es el caso de Francia, donde las guerras de religión condicionaron cualquier intento de definir lo nobiliario. En 1577, François de l'Alouëtte proclamaba el carácter universal de la nobleza por ser necesaria en cualquier sociedad humana la existencia de una robusta clase rectora, y particularmente en Francia, en donde los nobles eran tenidos, en la tradición popular, como unos «pequeños reyes»²². Y no solo en Francia, proclamaba, sino en cualquiera de los Estados fuertes desde el principio de los tiempos. Dado que el problema principal era el comportamiento de la nobleza en la crisis civil francesa y él partía de la convicción de que los nobles del reino tenían una responsabilidad histórica en el gobierno y la estabilidad, ¿cómo recuperar su verdadero ser? Ciertamente L'Alouëtte se perdía en culpar de la falta de compromiso nobiliario a la adopción de leyes extrañas a lo genuinamente francés, que él identificaba con el sustrato franco; era lo romano, a su juicio, lo que había corrompido a la nobleza francesa. Pero su argumentación llegaba a una interesante conclusión cuando proponía el retorno a las verdaderas marcas del noble: corajudo, valiente, defensor de la patria, protector de la fe y celoso de su honor²³. Es decir, era retornando a las virtudes propias y, en particular, afrontando su papel natural en la política, como se salvaría Francia. La aristocracia francesa tenía un derecho que era al mismo tiempo un deber, como también manifestaba François de la Noue, un notorio gentilhomme hugonote, quien propugnaba la superación de la guerra civil derivada de las discrepancias religiosas mediante la unidad nobiliaria, un objetivo que situaba por encima de la adscripción a bandos²⁴.

¹⁹ Ibidem, fols. 15r-16v.

²⁰ PARUTA, P., *Della perfezione della vita politica libri tre. Ne' quali si ragiona delle virtù morali e di tutto ciò che s'appartiene alla felicità civile*, Venecia, 1582, la cita en p. 252.

²¹ Ibidem, p. 252.

²² L'ALOUËTTE, F. de, *Traité des nobles et des vertus dont ils sont formés, leur charge, vocation...*, Paris, 1577, Preface, s. p.

²³ Ibidem, fols. 17r y ss.

²⁴ NOUE, F. de la, *Discours politiques et militaires*, Lyon, 1595.

Esta cuestión, la del papel político de la nobleza, se vivía en Francia con intensidad por la debilidad del trono, pero no era el único lugar de Europa donde se planteaba. En Polonia, por ejemplo, la nobleza elaboró su discurso legitimador sobre la existencia misma del Estado. La extensión de la idea de las libertades nobiliarias a un concepto más general, como era el de la libertad de la república, fue un triunfo del discurso de la aristocracia polaco-lituana. La operación, desarrollada a lo largo del XVI y las primeras décadas del XVII, consistió en insertar los privilegios políticos de la nobleza polaca, únicos en Europa, en la tradición republicana cívica recurriendo a los textos romanos y los teóricos italianos contemporáneos. Bajo la fórmula de *monarchia mixta* o *regimen mixtum* se contenía toda una teoría de la actuación política de la elite aristocrática, legitimada para controlar la autoridad regia y asumir la responsabilidad del gobierno de Polonia. En 1632, Jakub Olszewski, el gran teórico del Estado polaco-lituano, estaba en disposición de elaborar un sólido discurso pronobiliario basado en virtudes militares y también político-cívicas. Gracias a su ensamblaje, quedaba justificado el régimen de república aristocrática, con un trono electivo y subordinado al segundo estamento²⁵.

3. LA BÚSQUEDA DE UN NUEVO HORIZONTE CABALLERESCO EN LA INGLATERRA ISABELINA

Así pues, la evolución de la concepción de la nobleza en los diversos lugares de Europa muestra cómo los mismos mimbres eran susceptibles de ser combinados de diferentes maneras. Las distintas opciones al combinar los parecidos elementos históricos y similares recursos culturales ponen de manifiesto este hecho sustancial.

Si hasta ahora nos hemos referido a Estados pertenecientes al mundo católico –incluida la nobleza francesa escindida por las contiendas religiosas–, pasemos ahora a movernos en el ámbito protestante. En la Inglaterra isabelina, la definición de un modelo específico de aristocracia constituyó un eje central de la vida político-cultural. Allí no solo se verifica que, en buena medida, los materiales para esta empresa provenían de una tradición común al mundo católico, sino que el resultado iba a acercarse mucho a las soluciones continentales.

Es muy reveladora la profunda influencia que la visión luliana de lo caballeresco tuvo en Inglaterra, a partir de la traducción del *Livre de l'ordre de cavalleria* realizada por William Caxton desde la versión francesa, disponible ya a finales del siglo XV²⁶ y que, junto con la popularidad alcanzada por la obra de Castiglione²⁷ y otros textos italianos sobre el comportamiento noble²⁸, pone de

²⁵ OLSZEWSKI, Jakub, *Snopek najjaniejszego Zygmunta III. króla polskiego*, Vilna, 1632, cit. en GRZEKOWIAK-KRZAWICZ, Anna, «La liberté polonaise: privilège nobiliaire ou idée universelle?», en DUMANOWOSKI, J. y FIGEAC, M. (coords.), *Noblesse française et noblesse polonaise. Memoire, identité, culture, XVI-XX^e siècles*, Pessac, 2006, pp. 299-311, la cita en p. 300. En torno a la nobleza polaca en los siglos XVI y XVII, véanse, además: DWORZACZEK, W., «Perméabilité des barrières sociales dans la Pologne du XVI^e siècle», *Acta Poloniae Historica*, 24 (1971), pp. 22-50; DWORZACZEK, W., «La mobilité sociale de la noblesse polonaise aux XVI^e-XVII^e siècles», *Acta Poloniae Historica*, 36 (1977), pp. 147-161; GRODZISKI, S., «Les devoirs et les droits politiques de la noblesse polonaise», *Acta Poloniae Historica*, 36 (1977), pp. 163-176; KERSTEN, A., «Les magnates -élite de la société nobiliaire», *Acta Poloniae Historica*, 36 (1977), pp. 119-133; TAZBIR, J., «Les modèles personnels de la noblesse polonaise au XVIII^e siècle», *Acta Poloniae Historica*, 36 (1977), pp. 135-145; WYCZANSKI, A., «La structure de la noblesse polonaise aux XVI^e-XVIII^e siècles (Remarques méthodiques)», *Acta Poloniae Historica*, 36 (1977), pp. 109-117.

²⁶ JAMES, M., «English politics and the concept of honour, 1485-1642», en *Society, Politics and Culture*, Cambridge, 1986, pp. 308-415.

²⁷ BURKE, P., *The Fortunes of the Courtier*, Cambridge, 1995.

²⁸ KELSO, R., *Doctrine of English Gentleman in the Sixteenth Century*, Urbana (Ill.), 1929; HEXTER, J. H., «The Education of Aristocracy in the Renaissance», en *Reappraisals in History in Early Modern Europe*, Chicago, 1961, pp. 45-

manifiesto una constante preocupación por el ideario nobiliario-caballeresco. Sobre esta base, el cisma anglicano planteó un desafío a quienes creían en la confraternidad de nobles cristianos y servidores del rey. Tales conflictos de conciencia alcanzaron mayor intensidad una vez que se consolidó la reina Isabel como campeona de la fe reformada y se hizo evidente la necesidad de crear una alternativa inglesa y protestante que contraponer al modelo contrarreformista y monárquico confesional²⁹.

En la búsqueda de un arquetipo válido para los nuevos tiempos tuvieron un destacado protagonismo sir Philip Sidney y Edmund Spenser, quienes eligieron la vía de la poesía para proponer su modelo. En concreto, la *Defense of poetry* escrita por Philip Sidney cuando ya Isabel estaba excomulgada e Inglaterra se encontraba en estado de guerra contra Felipe II de España, es una brillante y firme declaración de fe en la capacidad de la poesía para expresar las ideas éticas y políticas, superior, en su opinión, a otros géneros, como la historia o la filosofía³⁰. Según Sidney, la historia se quedaba en el hecho concreto sin extraer del ejemplo su sentido, y la filosofía era demasiado abstracta. Frente a ambas, la poesía «da una pintura perfecta por medio de alguien que presupone que lo ha realizado para así aunar la noción general con el ejemplo particular»³¹. Sydney atribuía al poema un aprovechamiento sin igual de los contenidos, al unir el placer de la belleza con el sentido moralizador. Persuasivo en su argumentación, se hacía contundente al señalar que el primordial y superior fin de la poesía era el conocimiento, definido por él como

*[esta] purificación del entendimiento, este enriquecimiento de la memoria, fortalecimiento del juicio y ensanchamiento de la imaginación que comúnmente llamamos conocimiento (...) se asienta, según creo, sobre el conocimiento de uno mismo, en su consideración ética y política, con el fin de hacer el bien y no solo de conocerlo (...) [y dado que] el fin último de todo conocimiento terreno es la acción virtuosa, aquellas destrezas que mejor sirvan para conseguirla tienen todo el derecho a recibir el título de reinas de todas las demás*³².

He aquí un verdadero programa de filosofía moral en torno a la noción de *acción virtuosa*. Con ello Sidney apuntaba a aspectos básicos del debate moral inglés y mantenía el lazo con una idea universal de nobleza. En efecto, por un lado, vinculaba poesía, ética y política, algo muy propio de la literatura caballeresca. Y, por otro lado, Sidney canalizaba el debate ético nobiliario según un tópico que estaba teniendo un gran eco en todo el continente, como era la oposición entre *vita contemplativa* y *vita activa*, cuestión que implicaba la redefinición de la condición nobiliaria y su papel en la sociedad y en la política. De hecho, la literatura moral italiana estaba contemporáneamente dando vueltas a la misma disyuntiva, como por ejemplo lo hacía Nicolao Granucci, que en su *Piacevol notte et lieto giorno*, publicado en 1574, instaba a la nobleza —de la república de Lucca en este caso— a aplicar sus virtudes personales al ámbito público³³.

71; MCCOY, R. C., *The Rites of Knighthood. The Literature and Politics of Elizabethan Chivalry*, Berkeley, 1989; SPECIALE, E., «El Discurso del Gentiluomo», en PATRIZI, G. (ed.), *Stefano Guazzo e la 'Civil Conversazione'*, Roma, 1990, pp. 25-45.

²⁹ Estas cuestiones relativas a la confesionalización de la rivalidad política europea y, en general, la relación entre poder y religión, han sido analizadas en MONOD, P. K., *El poder de los reyes. Monarquía y religión en Europa, 1589-1715*, Madrid, 2001 (1999); en concreto, sobre Isabel I de Inglaterra, véanse las pp. 85-93.

³⁰ SIDNEY, P., *Defensa de la poesía*, ed. de Berta Cano, M.^a Eugenia Perojo y Ana Sáez, Madrid, 2003; se supone que la obra fue escrita entre 1580 y 1585, y que circuló en copias manuscritas hasta su primer paso por las prensas, en 1595 (véase p. 49 de la introducción de esta edición).

³¹ SIDNEY, P., *Defensa de la poesía*, p. 132.

³² *Ibidem*, pp. 127-129.

³³ GRANUCCI, N., *Piacevol notte et lieto giorno. Opera morale*, Venecia, 1574.

Pero Sidney no se limitó a exponer sus ideas en un manifiesto como es su *Defense of poetry*, sino que su trayectoria personal y el círculo de nobles, cortesanos e intelectuales que se aglutinó en torno suyo y que le reconocieron su líder espiritual, testimonian, mejor incluso que sus textos, una determinada manera de entender el arte, la moral y la excelencia aristocrática, una manera muy vinculada a la coyuntura inglesa política y religiosa, pero que, no lo olvidemos, bebía de la tradición cultural nobiliaria europea³⁴. La muerte de Sidney en 1586 en la batalla de Zutphen (Países Bajos) puso el broche heroico a una biografía que se convirtió en un espejo del verdadero noble, el más fino cortesano y el más delicado poeta, como su colega y amigo Fulke Greville proclamó en un poema elegíaco que incluía el famoso verso: «Sidney is dead, dead is my friend, dead is the world's delight»³⁵. La narración de la muerte del caballero, también debida a la pluma de Greville, no solo fijó la fama de Sir Philip, sino que también elaboró un tipo de noble inglés³⁶.

Pero quizá sea *The Faerie Queene*, el largo ciclo épico-cortesano de Edmund Spenser, que se empezó a publicar en 1590, el texto que mejor revele cómo en Inglaterra el debate en torno a la condición nobiliario-caballeresca se insertaba en el mismo tronco de la tradición continental y, a partir de esos materiales, se problematizaba la concreta realidad de las relaciones de poder en la corte isabelina. En la obra, Spenser tocaba temas de actualidad y se dirigía a un público que se veía reflejado en los personajes, sus acciones y su manera de entender el mundo, y lograba que conceptos como el honor, la magnanimidad o el sometimiento del individuo ante la corona interpelaran a la audiencia, a través de peripecias amorosas y lances caballerescos³⁷. Ciertamente es que, tras la aparición del primer libro de *The Faerie Queene*, la reina Isabel se mostró complacida, recompensó económicamente a su autor y le elevó al rango de poeta más reconocido, pero no cabe leer en el poema una única interpretación favorable a la figura de la soberana. Si bien el universo creado por Spenser muestra un orden terrenal idealizado, jerarquizado desde la cúspide —la reina—, trasunto del orden celestial y dominado por una fuerte devoción personal hacia la reina Gloriana —alter ego de Isabel— en lenguaje caballeresco, el poema presenta algunas complejidades o ambigüedades que desbordan una lectura homogénea³⁸. A lo largo de los versos hay una corriente de inquietud y decepción, incluso de escepticismo, que se expresa a través de los dilemas de los personajes que quedan irresueltos, algo típico por otra parte de la literatura caballerisca. La problematización de las relaciones entre personajes refleja, mediante alegorías, la ambivalencia de los comportamientos y, sobre todo, atiende a los conflictos que estaba experimentando la aristocracia bajo el régimen isabelino, sin olvidar la relevante cuestión religiosa³⁹. Será en la época estuardiana cuando estas tensiones se agudicen.

³⁴ La imbricación entre obra y vida de Sidney, en DUNCAN-JONES, K., *Sir Philip Sidney. Courtier poet*, Londres, 1991, y la bibliografía que citan Berta Cano, M.^a Eugenia Perojo y Ana Sáez, *ob. cit.*, pp. 9 y ss.

³⁵ En *Selected Poems of Fulke Greville*, ed. de T. Gunn, Londres, 1968.

³⁶ GREVILLE, F., *The Life of the Renowned Sr. Philip Sidney. With the true Interest of England as it then stood in relation to all Forrain Princes: And particularly for suppressing the power of Spain Stated by Him: His principall Actions, Counsels, Designes, and Death. Together with a short account of the Maximes and Policies used by Queen Elizabeth in her Governmen*, Londres, 1652, ed. de M. Caldwell, *The Prose of Fulke Greville Lord Brooke*, Nueva York y Londres, 1987, cit. por DOMENICHELLI, M., *Cavaliere e gentiluomo. Saggio sulla cultura aristocratica in Europa (1512-1915)*, Roma, 2002, pp. 59-61.

³⁷ SPENSER, E., *The Faerie Queene*, ed. de T. P. Roche Jr. y C. P. O'Donnell Jr., Londres, 1978. Entre la abundantísima bibliografía crítica e interpretativa de la obra, resulta útil la obra de referencia de HEALE, E., «*The Faerie Queene: A reader's guide*», Cambridge, 1987; sobre lo nobiliario en el texto, véase STILLMAN, C., «Nobility and Justice in Book Five of *The Faerie Queene*», *Texas Studies in Literature and Language*, 23/4 (1981), pp. 535-554.

³⁸ NORBROOK, D., *Poetry and Politics in the English Renaissance*, Oxford, 2002, p. 98.

³⁹ *Ibidem*, pp. 98-99; un desarrollo más detallado de estas tensiones, en pp. 100 y ss.

Tanto la obra de Sidney como la de Spenser versan sobre y van dirigidas a una nueva sociedad aristocrática de poetas-caballeros, construida a partir de elementos de la caballería medieval, la literatura cortesana italiana y la fe reformada. Su visión elitista conduce al dilema, no resuelto por ninguno de ellos, de evitar dos extremos igualmente odiosos: uno es el de la aristocracia sometida al despotismo monárquico, y el otro es el de un Estado con una nobleza desunida por querellas internas y desamparada sin la protección del trono. Sidney y Spenser abordan el problema desde la óptica protestante en todas sus variantes, desde la iglesia oficial y el calvinismo hasta las tendencias puritanas, y se inclinan por configurar un híbrido político-moral a partir de categorías tradicionales aristocráticas, como el culto al honor y el cultivo de virtudes públicas y privadas. La cuestión central es que ni Sidney ni Spenser resuelven por medio de la poesía los problemas, como de hecho los sucesos de la Inglaterra de fines del XVI y comienzos del XVII los resolvió. El episodio de la revuelta protagonizada por el conde de Essex, Robert Devereux, y su ejecución, en 1601, atestiguan la agonía que experimentaban los sectores más inquietos de la nobleza isabelina, al contrastar de manera brutal las ideas que bullían en su seno con la realidad política, doméstica e internacional⁴⁰. Este caso extremo nos sitúa en el mismo universo mental aristocrático que aparece en los versos de Sidney, se despliega en *The Faerie Queene* y se ritualizaba en las justas tenidas en la corte isabelina, tensionado por concepciones enfrentadas de la ética y la política. De un lado, el deber de obediencia hacia la «right royal majesty»; de otro, las tradiciones de autonomía nobiliario-caballeresca que se habían transformado, por obra de algunos destacados autores aristócratas, en una propuesta alternativa de independencia individual en términos políticos y éticos, pero que no iba a encontrar solución hasta la época de los reyes Estuardo.

4. LA «VERDADERA NOBLEZA», UN PRINCIPIO POR ENCIMA DE LA DIVISIÓN RELIGIOSA Y LA RIVALIDAD POLÍTICA

Con objeto de reforzar la hipótesis de partida, es decir, que la división política y religiosa de la segunda mitad del XVI no fue capaz de romper la unidad del ideario compartido por las diversas noblezas europeas, valga *The booke of honour*, libro aparecido en Londres en 1590, obra de sir William Segar, caballero y heraldista en la corte de Isabel I. Contiene un tratado sobre el duelo (*books I, II y III*), un texto sobre la condición nobiliaria (*book IV*) y un libro sobre las órdenes militares y caballerescas de la Europa de su tiempo (*book V*)⁴¹. Resalta que, al referirse al duelo, los ejemplos que cita o los retos que menciona, en su mayor parte, se habían producido entre nobles católicos y algunos eran recientes, casi contemporáneos. Pero es que, además, en el libro quinto, dedicado a las órdenes de caballería europeas, arranca de una definición de caballería que toma en cuenta la Cristiandad en conjunto, ignorando no ya la rivalidad confesional y política, sino la misma división religiosa, a la que no menciona ni una sola vez. Su visión de la caballería, siempre identificada con la verdadera nobleza, es la de un orden internacional basado en una única fe cristiana. Y por la manera en que escribe no es un mero ejercicio de nostalgia, sino que es consecuencia de una firme creencia en la unidad fundamental de la nobleza por encima de cualquier división.

Segar, además, muestra un profundo y actualizado conocimiento del panorama nobiliario y caballeresco fuera de Inglaterra, como lo pone de manifiesto, por ejemplo, cuando se refiere a la nobleza francesa. Las convicciones bien informadas de Segar quedan ratificadas cuando trata de las órdenes de caballería y militares de su tiempo. Evidentemente, la primera citada es la de Jarretera, por ser

⁴⁰ MCCOY, R. O., *The rites of knighthood. The literature and politics of Elizabethan chivalry*. Berkeley, 1989, pp. 1-2.

⁴¹ SEGAR, W., *The booke of honor and armes, wherein is discoursed the causes of quarrell, and the nature of iniuries with their repulses, also the meanes of satisfaction and pacification, with divers other things necessarie to be knowne of all gentlemen and others professing armes and honor*, Londres, 1590.

inglesa, pero inmediatamente nombra y se extiende acerca de la del Toisón, la de San Miguel, la de la Anunciada y la de Santo Espíritu, agrupadas todas bajo el título de instituciones de «caballeros del collar» (*knights of the collar*), signo de superior calidad. Debajo de ellas aparecen las españolas de la Banda, Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, la portuguesa del Redentor, la de Malta, la Teutónica y, en un grupo de menor importancia, la del Santo Sepulcro, la pontificia de Santa María, la saboyana de San Lázaro y la toscana de San Esteban. Sorprende el alto grado de información y de conocimiento que tiene de cada orden, pues la información está al día: por ejemplo, no comete ningún error en las dos páginas que dedica a la orden de San Esteban, creada hacia tres décadas atrás por el gran duque Cosme I de Médici —sabe el año de creación, 1561, la sede fijada en Pisa y la dedicación a la guerra naval contra los piratas berberiscos y los turcos⁴²—. Es evidente que William Segar cree firmemente en la existencia de una cofradía universal de caballeros o de nobles, ligada a un código de virtudes específicas, unida por la excelencia personal, por encima de naciones, de confesiones o de lealtades políticas.

En conclusión, creo que es posible matizar la idea de una Europa absolutamente dividida para referirse a la época que vivió Fernando III duque de Alba. La Europa nobiliaria no se partió con la fractura religiosa, como tampoco se dividió como consecuencia de la rivalidad entre monarquías. Desde un punto de vista ideológico y cultural, las noblezas del continente mantuvieron una cohesión identitaria que residía en su cosmovisión y, sobre todo, en los valores que compartía. No se trata de una república ideal, un producto de un voluntarismo nostálgico, sino que es una parte fundamental de la definición moral de la misma idea de nobleza que se mantuvo como principio activo a pesar de las fracturas confesionales y los abismos políticos que se estaban abriendo bajo los pies de los aristócratas europeos.

Cierto es que, a finales del siglo XVI, el universo caballeresco y el tono moral referidos a dimensiones universales resultaba algo de difícil encaje en un mundo como ese. Pero no parece que quienes así se manifestaban actuaran con falsedad o pensarán fuera de la realidad. Claro que, perdida sin remedio la unidad y sintiendo el vértigo de la guerra total, la percepción nobiliaria no podía separarse de un pesimismo existencial y lúcido, pero no quería, por otra parte, renunciar a sus señas identitarias. Naturalmente, las aristocracias eran conscientes de la distancia que separaba la idea de nobleza y la realidad nobiliaria. Sin embargo, no se olvide la profunda raíz ética de lo nobiliario, es decir, se trataba de dar la respuesta a las condiciones cambiantes del mundo. Ni tampoco ha de dejarse de lado la autoestima que nacía de esa ética exigente. Ambos rasgos peculiares, bien cultivados e interiorizados, paliaban el desconcierto y la ansiedad. La escritura en torno a la idea de nobleza en la Europa de la segunda mitad del XVI da fe de ello.

⁴² *Ibidem*, 5th booke, pp. 14-66.

LOS ORÍGENES DEL LINAJE: LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO Y EL PATROCINIO ARTÍSTICO EN EL SEÑORÍO DE VALDECORNEJA DURANTE EL SIGLO XV

Sonia CABALLERO ESCAMILLA

Dpto. Historia del Arte. Universidad de Salamanca

1. LOS ÁLVAREZ DE TOLEDO Y EL PATROCINIO ARTÍSTICO

A pesar de encontrarnos ante uno de los grandes linajes de la historia de España, apenas disponemos de datos suyos en lo que respecta al patrocinio artístico y al periodo que nos ocupa, es decir el siglo XV. Es el siglo de las grandes familias nobiliarias cuyo poderío económico y político se traduce en el protagonismo que van a adquirir como promotores artísticos¹. Conocemos la labor desarrollada por algunos linajes como los Luna, los Velasco, los Mendoza, Figueroa..., sin embargo sobre los Álvarez de Toledo se cierne un largo silencio. La historiografía que se ha ocupado del tema solamente resalta una pintura en la que se representa una Anunciación con donante, identificado este con el I duque de Alba, don García Álvarez de Toledo. Se trata de una obra atribuida al *Maestro de la Virgo Inter Virgines* que se conserva en el Palacio de Liria de Madrid² y que podría señalar cierto gusto por la pintura nórdica.

Teniendo en cuenta el contexto en el que nos movemos y el comportamiento habitual de los grandes linajes con respecto a las empresas artísticas, no deja de ser extraño que los Álvarez de Toledo fueran una excepción en este sentido. En efecto no lo fueron; aunque los datos que nos han llegado son pocos, intentaremos reunir todos aquéllos de los que disponemos con el fin de esbozar una visión sobre el patrocinio artístico de esta familia en el señorío de Valdecorneja.

Las dos villas principales del señorío fueron Piedrahíta y El Barco de Ávila. Como era habitual en los grandes linajes del siglo XV, los Álvarez de Toledo construyeron una red de residencias por todas aquellas villas que pertenecieron a su señorío, no sólo por el carácter itinerante propio de esta

¹ Sobre la nobleza en el siglo XV como patrocinadora de empresas artísticas, YARZA LUACES, J., *La Nobleza ante el Rey. Los grandes linajes castellanos y el arte en el S. XV*, Madrid, 2003.

² ANGULO ÍÑIGUEZ, D., «El «Maestro de la Virgo Inter Virgines. La tabla del primer Conde de Alba», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, I, (1925), pp. 193-199.

época, sino con el fin de crear todo un escaparate de poder, puesto que la posibilidad de tener un castillo únicamente estaba al alcance de la aristocracia. Esos grandes perfiles dominaban las villas en sentido real y figurado.

En cada una de las villas del señorío tuvieron, lógicamente, sus residencias. Dado el carácter bélico de los tiempos debió de tratarse de fortalezas en las que dominaba el aire militar sobre el palaciego. Se han contabilizado, al menos, 20 fortalezas en el estado señorial durante la década de los 70³. Muchas de ellas se han perdido, como el castillo de Piedrahíta, pero hemos conservado el documento por el que Enrique II dio la autorización al II señor de Valdecorneja, Fernán Álvarez de Toledo, para construir una casa fuerte en la villa de Piedrahíta⁴. Nada de ello nos ha llegado, puesto que fue sustituida por un palacio en el siglo XVIII. En cambio, nos podemos hacer una idea a través de los restos de los castillos de El Mirón o El Barco. En este último caso, únicamente se mantienen en pie los muros exteriores. Una típica fortaleza con perfil militar y no de palacio, al menos en lo que respecta al exterior. Sigue por tanto la tónica general del momento, sobre todo en los lugares de frontera. Esos castillos, sobrios y austeros en su origen, serían reformados con el transcurrir de los años. Aunque en el exterior siguieran teniendo aspecto militar, muy distintos eran los interiores. El contacto con los artistas mudéjares y el conocimiento de sus obras, realizadas con materiales menos duraderos pero más decorativos, llevaría a los nobles al deseo de reformar sus residencias, enriqueciéndolas, desde el punto de vista visual, con materiales más estéticos. Son conocidos los castillos de los Benavente, de los Velasco o de los Sarmiento, entre otros, en los que estos propietarios introdujeron elementos como azulejos, yeserías, armaduras... que convirtieron aquellas residencias en un verdadero placer para la vista⁵. Desafortunadamente muchos de estos elementos se han perdido.

El castillo de El Barco de Ávila tenía planta cuadrada con torres en las esquinas siguiendo el prototipo de la época (Fig. 1). Tenemos documentada una de esas reformas efectuadas en su interior, en la que se puede comprobar la influencia de las obras de carácter morisco en los gustos de sus propietarios, los Álvarez de Toledo. El 15 de octubre de 1476 se firmaba en Piedrahíta por Rodrigo de Alcocer, secretario del señor de Valdecorneja, García del Barco pintor y Juan Rodríguez de Béjar, la obligación de *pintar de morisco los corredores y alas de la fortaleza del Barco et las puertas que salen a dichos corredores et los cabrios... e sean obligados de fazer buena et perfecta la dicha obra, so pena de 50.000 mrs. para la cámara del Señor; se les pagaría por la obra 30.000, de los cuales 6.000 anticipados para los preparativos, lo demás se les iría pagando conforme avanzaran*⁶. Esas reformas afectaron también a la propia arquitectura del edificio puesto que en noviembre de ese mismo año consta un pago de 900 mrs. por yeso para reparaciones en el castillo⁷. En este caso no se nos habla de la participación directa de mano de obra morisca, que sin duda existió, sino de la participación de dos pintores fundamentales del panorama de la pintura abulense del siglo XV, sobre todo el primero de ellos, García del Barco. Sobre los ejecutores de estas construcciones, la documentación aporta un nombre, *maestre Tomás Bretón*. Se le cita trabajando para el duque de Alba en 1473 *fasiendo las cavas que su señoría manda faser en la fortaleza de la dha çibdad* (Coria), o en otros quales quisieran faser

³ CALDERÓN ORTEGA, J. M., «La hacienda de los duques de Alba en el S. XV: ingresos y gastos», *Espacio, Tiempo y Forma*, 9 (1996), pp. 137-227.

⁴ Archivo del Palacio de Liria (en adelante APL). Cajón 198, n.º 24, fol. 13.

⁵ Para más detalles, YARZA LUACES, J., *La Nobleza ante el Rey*.

⁶ Se demuestra así la cita errónea de algunos autores que lo fechan en 1486, como es el caso de GARCÍA SIERRA, M.ª J., «Los Álvarez de Toledo. Un linaje de mecenas en la Historia del Arte español», en GARCÍA PINACHO, M.ª del P. (ed.), *Los Álvarez de Toledo. Nobleza viva*, Valladolid, 1998, p. 162.

⁷ COOPER, E., *Castillos señoriales de la Corona de Castilla*, 4 vols, Madrid, 1991. Citado por GUTIÉRREZ ROBLEDO, J. L., *El Barco de Ávila: arquitectura y arte*, Ávila, 2004, p. 58.



Fig. 1.— Castillo de El Barco de Ávila.

q por su señoría le fuere mandado e que se le dé por un año treynta doblas e una librea e más veynte mrs cada día para su mantenimiento e que le sea pagado de mes a mes lo que le mostrare a ver al respeto de lo susodho...⁸.

El origen de esta familia es toledano. Aunque después de la muerte de don García Álvarez la familia se escindiría en dos ramas, Valdecorneja y Oropesa, el tronco es común. El estudio genealógico de este linaje es verdaderamente complejo, puesto que su origen se remonta a la época de la reconquista de Toledo por Alfonso VI, en la que se distinguieron hasta cuatro ramas diferentes. Algunos miembros con este apellido han pasado a la historia por pertenecer a una de las familias judeoconversas de Toledo que no dejarán de tener relación con la ciudad del Tajo, donde llevaron a cabo numerosas fundaciones y donde tenían incluso residencia. Es el caso de don Fernán Álvarez de Toledo quien se une en matrimonio con Teresa de Ayala, hija del alcalde de Toledo don Pedro Suárez. Establecen su residencia en Toledo donde construyen un palacio cercano al convento de Santa Isabel de los Reyes. La participación de artistas mudéjares está confirmada por la techumbre de este estilo que se ha conservado de una de las salas del palacio⁹.

El contacto con la ciudad toledana y con los artistas mudéjares les llevaría a estos seguramente a encargar las reformas de carácter arquitectónico de su castillo en El Barco y en Piedrahíta, dejando la decoración pictórica a los artistas con más renombre del momento en esta zona. Pero eso sí, especifican en el contrato que la decoración tiene que ser «morisca». Si nos atenemos a la interpretación de Ceán Bermúdez, se trataría de una armadura decorada con adornos epigráficos *caracteres airoso*.

⁸ APL. Libro Maestro 499: Libro Maestro General de todas las rentas del Estado de Alba y su distribución que comprende seis años des 1º de enero de 1473 hasta 23 de diciembre de 1479, fol. 42.

⁹ YARZA LUACES, J., *La Nobleza ante el Rey*, p. 70.

entlazados con gallardía. Además, teniendo en cuenta la época –siglo XV–, intercalarían hojas con figurillas humanas, bichas y animalejos¹⁰.

Del castillo medieval de los Toledo en Piedrahíta no hemos conservado nada, puesto que sobre su solar fue construido un palacio en el siglo XVIII que es el que persiste hoy día en la Villa. Sin embargo podemos argumentar una teoría similar a la del castillo de El Barco, en donde trabajaría mano de obra morisca, teniendo en cuenta que, en ambos pueblos, existían núcleos de población mudéjar¹¹. Se sabe que intervinieron en la obra de la muralla, a expensas del señor de Valdecomeja, y en el antiguo convento de Santo Domingo¹².

Si nos atenemos a otros casos, la variedad de espectáculos y fiestas cortesanas que tenían lugar en estos castillos se daría también en El Barco. Los banquetes organizados por el duque de Alba eran resaltados por los cronistas de la época, como es el caso de Alonso de Palencia quien relata una visita de los Reyes Católicos en 1486 al ya anciano duque de Alba que por entonces se encontraba en Alba de Tormes, donde los Reyes permanecieron dos días *admirando y elogiando el suntuoso aparato que el duque desplegó en los banquetes*¹³. Como era propio en el marco de la realeza y de las grandes familias nobles, la música y la danza debió de tener un papel significativo en el contexto de esas comidas ceremoniales y en otro tipo de celebraciones. Los constantes pagos a músicos que aparecen en la documentación relativa a los gastos de la familia son indicativo de este hecho¹⁴. Son estos pequeños, y no por ello menores, detalles los que nos dan noticia del alto estatus alcanzado por el linaje en la sociedad de su tiempo. De hecho, era Juan del Encina quien se ocupaba de la música en la casa del duque de Alba y la propia consideración de este arte como un bien al alcance de unos pocos es indicativo de la alta posición alcanzada por los Álvarez de Toledo en la sociedad de su tiempo. Se tiene noticia de la representación de las *Églogas* de Juan de la Encina en las salas del palacio ducal¹⁵. Muestras, aún titubeantes, de nuestras representaciones teatrales que contaban con «espectadores, pero no público»¹⁶, en las que los mismos señores participaban como actores¹⁷. De acceso restringido, estaban dedicados a los anfitriones, como ocurre en la *Égloga* primera:

*Égloga representada en la noche de la Natividad de nuestro Salvador... se introducen dos pastores... Juan entró primero en la sala adonde el duque y duquesa estaban... y en nombre de Juan del Encina llegó a presentar cien coplas de aquesta fiesta a la señora duquesa*¹⁸.

Entre los diferentes espectáculos, queda constancia de la celebración de justas, tal y como se deduce de la siguiente cita:

¹⁰ CEÁN BERMÚDEZ, J. A., *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, Madrid, 1800, VI, pp. 59-60.

¹¹ TAPIA SÁNCHEZ, S. de, *La comunidad morisca de Ávila*, Ávila, 1991, p. 48.

¹² GUTIÉRREZ ROBLEDO, J. L., *Sobre el mudéjar en la provincia de Ávila*, Ávila, 2001.

¹³ PALENCIA, A. de, *Crónica de Enrique IV*, introducción de A. Paz y Meliá, Madrid, 1955, Libro VI, p. 162b.

¹⁴ APL, *Libro Maestro* 499. Por ejemplo, fols. 121 y 137. A ellos alude CALDERÓN ORTEGA, J. M., «La hacienda de los duques de Alba», pp. 137-227.

¹⁵ AJO GONZÁLEZ DE RAPARIEGOS Y SAÍNZ DE ZÚÑIGA, C., *Historia de Ávila y de toda su tierra, de sus hombres y sus instituciones, por toda su geografía provincial y diocesana*, tomo XII, Salamanca, 1994, p. 975.

¹⁶ PEDRAZA JIMÉNEZ, F. B., «La Celestina y el teatro en la perspectiva cultural del reinado de Isabel la Católica», en *Arte y Cultura en la época de Isabel la Católica*, Valladolid, 2003, p. 142.

¹⁷ Es bien conocida la participación del condestable Lucas de Iranzo en un espectáculo desarrollado en su palacio. Después de la cena del día de Reyes de 1462, el condestable acompaña a la Sagrada Familia. A continuación se cambia de ropa, apareciendo en el papel de Rey Mago. Finalmente, cerraría la escena bailando con su esposa. Vid. CÁTEDRA, P. M., *Liturgia, poesía y teatro en la Edad Media*, Madrid, 2005, p. 412.

¹⁸ PEDRAZA JIMÉNEZ, «La Celestina».

*Antonio de Ribas, mercader catalán, se ovvero comprado al año pasado, por mandamiento del duque my señor, para las fiestas de la justa, ciertos brocados...*¹⁹.

Estos datos nos permiten hacernos una idea de la animada actividad cultural que se vivía en el seno de la Casa de Alba propia de la Corte y de los linajes de más alta alcurnia, una situación que, lógicamente, tuvo que darse también en el campo de las artes plásticas, aunque conservemos escasas muestras al respecto.

El gusto por el lujo se traduce en la impresionante relación de gastos relacionados con el uso de vajillas de oro y plata, joyas, como una salamandra de oro, diamantes y rubíes o cadenas de oro, todo ello especificado en los *Libros Maestros* conservados en el archivo del Palacio de Liria. Entre los diferentes nombres de joyeros y plateros, llama la atención uno de ellos, Pedro de Vigil. Platero de Segovia, trabajó para los duques de Alba, tal y como se deduce del hecho de que realizara *una cadena gruesa de fechnra de grano de cevada en que aya XXX eslavones de ley de castellanos que pesa catorse mrs e medio...*²⁰. Pedro de Vigil era un renombrado joyero y orfebre que trabajó para la familia real, formando parte del conjunto de servidores de la reina Isabel el 1 de enero de 1483²¹. Fueron varios los trabajos que realizó para la soberana, entre ellos, esculturas de santos de plata, como un San Francisco que pesaba más de 27 marcos. El aprecio hacia su persona y su trabajo se tradujo en su nombramiento como marcador mayor del Reino en 1488²². Esta información nos permite destacar la capacidad económica de la familia Toledo y su interés por crear una imagen de prestigio al encargar obras al mismo artista que trabajaba para los reyes.

En el espíritu nobiliar del siglo XV uno de los apartados más importantes lo constituían las fundaciones religiosas y benéficas. Las finalidades podían ser múltiples, encontrándose entre las primeras la de constituirse panteones familiares para el descanso eterno de los miembros del linaje y la propagación de sus grandezas.

La principal actividad fundacional de los Toledo de otras ramas se centró en la ciudad del mismo nombre. Se ha conservado el testamento de Juan Álvarez de Toledo (29-9-1453), en el que se cita la existencia de una capilla funeraria construida por sus padres en el convento dominico de San Pedro Mártir. Él mismo había hecho construir una capilla funeraria en la iglesia de San Salvador dedicada a San Juan Bautista. Su hijo don Fernando Álvarez fundó una nueva capilla en la misma iglesia, esta vez dedicada a Santa Catalina, y finalmente señalaremos que su hermano mayor don Diego López de Toledo fundó San Miguel de los Reyes o de los Ángeles, convento de clarisas²³. La comunidad de apellidos entre estos personajes y los que encabezan el señorío de Valdecorneja, así como el hecho de que compartieran artistas, apoya la tesis de un parentesco.

Sus fundaciones no se centraron únicamente en Toledo. También en Piedrahíta invirtieron fortuna en la construcción de edificios religiosos. El convento de Carmelitas Calzadas fue fundado hacia 1460 por doña María Álvarez de Vergas y Acevedo donde permanece el escudo de los duques²⁴. Pero su fundación más importante fue el convento de los dominicos.

¹⁹ APL. *Libro Maestro* 499, fol. 481.

²⁰ APL. *Libro Maestro* 499, fol. 1.205.

²¹ GONZÁLEZ MARRERO, M.^a del C., *La Casa de Isabel la Católica: espacios domésticos y vida cotidiana*, Ávila, 2004, p. 304.

²² YARZA LUACES, J., *Isabel la Católica. Promotora artística*, León, 2005, p. 105.

²³ RÁBADE OBRADÓ, M.^a P., *Una élite de poder en la corte de los Reyes Católicos: los judíoconversos*, Madrid, 1993.

²⁴ GARCÍA SIERRA, M.^a J., «Los Álvarez de Toledo», p. 167.

1.1. EL PANTEÓN DEL LINAJE: EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE PIEDRAHÍTA

Según Juan López, historiador de la Orden de Santo Domingo, el convento se fundó en 1370. La bula de fundación la concedió el papa Gregorio XI después de que resultara elegido el 30 de diciembre de 1370²⁵. Sus primeros fundadores fueron Fernando Álvarez de Toledo y su mujer doña Leonor de Ayala durante el reinado de don Enrique II, pero gozó del beneficio de muchos otros miembros de la familia:

Fue creciendo este convento en hacienda desde su fundación... la condesa D^a Mencía Carrillo, mujer del conde Fernando Álvarez le dio la heredad de Torrecilla... don Fadrique de Toledo. El duque de Alba edificó todo el convento, excepto la iglesia...²⁶

Acumuló un gran número de propiedades y fue uno de los principales conventos de la Orden como lo manifiesta el historiador Monópoli: «es convento de los principales de la provincia y casa de estudios de Artes y de Teología en la cual se han celebrado muchos capítulos provinciales»²⁷. Y fue en uno de esos capítulos, en concreto el celebrado en 1495, donde se aprobó y aceptó la fundación del convento de Santo Tomás de Ávila²⁸. La protección y dotación económica que dispensó el linaje hacia el convento piedrahitense y su comunidad dominica, le procuró el derecho de convertirlo en panteón familiar²⁹. El historiador local Martín Carramolino pudo ver los monumentos funerarios que se encontraban en la iglesia:

En los dos muros de la capilla mayor se hallan rotos, mutilados y hechos pedazos, aunque todavía cada uno en sus respectivos nichos, cuatro bustos que semejan dos matrimonios: son de fino alabastro: ellos vestidos de guerreros, sus esposas de gala...³⁰

Como ya hemos adelantado, se trata de los sepulcros de sus fundadores, don Fernando Álvarez de Toledo y su mujer doña Leonor de Ayala, y de su hijo don García Álvarez de Toledo y su esposa doña Constanza Sarmiento. El hecho de que su estado de conservación fuera realmente precario en el momento en que los vio Carramolino, puede obedecer a cambios de emplazamiento que provocarían la pérdida y ruina de los monumentos, como ha ocurrido a menudo en la escultura funeraria. Es previsible que en su origen respondieran a la tipología de sepulcros dobles exentos situados en el centro de la capilla mayor, al menos el de los fundadores. El material y la indumentaria de los personajes responde a las características comunes del taller toledano de Ferrand González y remite a otras obras del mismo, cuyo prototipo podemos fijar en el sepulcro del canciller Ayala y su esposa en el monasterio de Quejana en Álava³¹. Los paralelismos entre ambos van desde el rango de la estirpe, las adhesiones a un bando u otro de la guerra civil entre don Pedro I y su hermano Enrique II, de acuerdo con sus intereses, y el estrecho lazo que les unía a la ciudad de Toledo hasta el punto de llegar a establecerse un parentesco familiar mediante el matrimonio de

²⁵ LÓPEZ, J., *Tercera parte de la historia general de Sancto Domingo y de su Orden de Predicadores*, Valladolid, 1613, 3.ª parte, capítulo 82.

²⁶ SÁNCHEZ, J., *Crónica del Convento de Santo Domingo de Piedrahíta*, con motivo del certamen literario de la revista *Valdecorneja*, Ávila, 1918. Archivo del Convento de Santo Tomás de Ávila. Cajón n.º 25, carpeta 5, leg. 1/8, p. 4.

²⁷ *Ibidem*, p. 5.

²⁸ *Ibidem*, p. 6.

²⁹ En 1417 los Señores de Valdecorneja ofrecen la posibilidad de traer cincuenta cargas de leña del monte de la Jura todos los años. APL. C. 70-3. Vid. LUIS LÓPEZ, C., *Catálogo del Archivo Municipal de Piedrahíta (1372-1500)*, Ávila, 1989, p. 303, doc. 1.029, año 1481.

³⁰ MARTÍN CARRAMOLINO, J., *Historia de Ávila*, tomo III, Madrid, 1872, p. 601.

³¹ LAHOZ, L., *Escultura funeraria gótica en Álava*, Vitoria, 1996; ídem, «La capilla funeraria del Canciller Ayala. Sus relaciones con Italia», *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, LIII, (1993), pp. 71-112.

miembros de la familia Toledo y Ayala³². Conocidas las circunstancias que rodearon la conformación de la capilla funeraria del Canciller Ayala, a raíz del exhaustivo estudio de la profesora Lucía Lahoz, es lícito pensar una situación pareja para el caso que nos ocupa. El centro de la capilla de Quejana está ocupado por la cama funeraria doble del Canciller y su esposa. Realizado en alabastro dispone de un basamento ampliamente decorado con los medallones propios del taller toledano entre la distribución ordenada de leones apoyados en el suelo. Siguiendo la división tradicional de papeles de acuerdo con la condición varonil o femenina del difunto, don Pedro López se viste con armadura militar pues, según la mentalidad medieval, a los hombres les correspondía la actividad bélica, presentándose a su vez como *miles Christi* con todo lo que ello implica en un contexto funerario, mientras su mujer ofrece una imagen pietista. Engalanada con lujosas ropas, según las modas imperantes del momento, sostiene un libro de horas, no solo como elemento de prestigio³³, sino aludiendo a la oración como práctica femenina por excelencia.

Los fundadores del convento de Santo Domingo de Piedrahíta también se enterraron en un monumento doble, probablemente exento en origen, mostrando el perfil militar en el caso del varón y piadoso en el de la dama y, como en el caso alavés, fue panteón dinástico al albergar también los enterramientos de sus sucesores³⁴. El origen común y el parentesco existente entre ambas familias, el deseo de prestigio inherente a su clase y la coincidencia cronológica de ambas empresas hace viable la hipótesis de que se diera una situación similar en el convento de Piedrahíta. La fama alcanzada por el taller de Ferrand González desde el último tercio del siglo XIV al primero del XV le convirtió en el principal escultor de sepulcros de la nobleza hispana en ese momento. Por ello, a partir de la descripción ofrecida por el historiador abulense, creemos en la posibilidad de que los sepulcros de los Álvarez de Toledo, que vio Carramolino en la capilla mayor de la iglesia del convento piedrahitense, hubieran salido del taller toledano, sobre todo si tenemos en cuenta la constante presencia del apellido Toledo en la ciudad del Tajo³⁵. Responde, por tanto, a la tipología de convento-panteón. A cambio de favores económicos y la cesión de la fundación a una comunidad religiosa, los señores allí enterrados tendrían beneficios espirituales para el descanso eterno de su alma. Aparte de los citados, en el año 1488 se hicieron unas honras de gran pompa por el duque don García³⁶. Consta documentalmente el desembolso en cera para velas y hachas, alimentos, vinos, incienso... y todos los gastos que se emplearon en este funeral³⁷.

Como panteón familiar, el convento dominico de Piedrahíta recibió donación de obras de arte.

³² Es el caso de don Pedro Suárez, hijo de Diego Gómez y doña Inés de Ayala. Hija de don Pedro sería Isabel de Ayala. FRANCO MATA, Á., «El sepulcro de don Pedro Suárez III (S. XIV) y el taller toledano de Ferrand González», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, IX, (1991), pp. 87-100.

³³ La lectura o posesión de un libro era un símbolo visible de instrucción. Por ello era «considerado como algo positivo en manos de una mujer». YARZA LUACES, J., «La santa que lee», SAURET GUERRERO, T. y QUILES FAZ, A., *Luchas de género en la Historia a través de la imagen*, Málaga, 2001, p. 434.

³⁴ LAHOZ, L., *Escultura funeraria*, p. 129.

³⁵ Aunque se desconoce el grado de parentesco con los señores de Valdecomeja, el secretario de los Reyes Católicos, don Fernando Álvarez de Toledo, tuvo una numerosa prole que acabó ocupando importantes puestos en Toledo. Vid. RÁBADE OBRADO, M.^a del P., *Una élite de poder*.

³⁶ Según la información aportada por un *Libro Becerro* del Convento de Santo Tomás, parece ser que en un primer momento el duque eligió este convento dominico como lugar de enterramiento: *Dio estos 24 mrs fr. Jerónimo de Toledo hijo de don García de Toledo. Sr. De la Orcajada, con condición que este convento dicesse al dho don García de Toledo su padre una capilla dentro en el dho monasterio qual el quiesse fuera del crucero de la iglesia y de las demás capillas q tienen... para enterrarse allí y se le dio la dha capilla al dho don García y la recibió y se dio por contento y porque no consta q este s^{or} ni sus descendientes se ayon enterrado en capilla alguna deste convento tampoco ay en cassa capilla ninguna que tenga nombre ni se haga mención de estos S^{os} de la Orcajada*. Archivo Histórico Nacional, Libro 540, fol. 24.

³⁷ APL. Cajón 70-3, 19.

La mayoría de ellas se perdieron o bien forman parte de colecciones particulares o de museos. El 28 de enero de 1479, el duque don García encargó que se hiciera un retablo

...de la estoria del señor San Juan Bautista para la capilla que la condesa my señora que aya santa gloria en ella mandó faser e por mandamiento de su señoría nuevamente sea fecho e que myre mucho que el dicho retablo sea el mejor e más primorosamente obrado que pudiere ser que cueste fasta en dies myll mrs e ha de estar en él pintada toda la historia del dicho Sant Juan³⁸.

Víctima de incendios, desamortizaciones y otras circunstancias del devenir histórico, el hecho es que el destino nos ha privado de una de las fundaciones más importantes de la provincia de Ávila y de todas las riquezas que debió albergar en su interior.

1.2. IGLESIA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA LA MAYOR EN PIEDRAHITA

No es momento de ocuparnos de la historia de esta iglesia de la que existe un estudio monográfico³⁹, sino que nos centraremos en aquellos aspectos relacionados directamente con el linaje de los Álvarez de Toledo y aquellas obras que se encuentren dentro de los límites cronológicos que nos hemos impuesto.

La presencia de un escudo de la familia Toledo sobre el arco toral de la iglesia pregona un patrocinio suyo en esta iglesia parroquial (Fig. 2). Un templo que debe sus aires de fortaleza a su origen militar. Esta antigua fortaleza, identificada por algunos historiadores con el castillo de la reina doña Berenguela⁴⁰, perteneció a los Álvarez de Toledo cuando la villa les fue otorgada como parte del señorío de Valdecorneja. Esa es la razón de que sobre el lugar más visible de la iglesia aparezcan las armas familiares. Según Carmelo Luis López, la cesión de la antigua fortaleza por parte de los Toledo para la construcción de la iglesia, trajo consigo un derecho de patronato sobre la misma⁴¹. Un patronato que se traduciría, sin duda, en encargos artísticos de los que no se ha conservado apenas huella alguna, solamente las que nos aporta el material documental. El conde don Fernando, tras haber protagonizado sonadas victorias en las batallas de Guadix y Olmedo, ordenó hacer una imagen de Santa Potenciana en la iglesia de Piedrahita en el año 1445: *El duque mi señor me dijo que supiese el día de esta santa porque quería que se hiciese la imagen y se colocase y se celebrase su día en la iglesia de Piedrahita⁴²*. Se especifica incluso el nombre del artista a quien se hizo el encargo. Se trata del pintor Juan de Córdoba. No se ha conservado resto alguno, pero la noticia es interesante por cuanto nos permite demostrar el patrocinio artístico de la familia Toledo en la iglesia parroquial. Al mismo tiempo, conocemos el nombre de uno de los artistas que trabajaron en el Señorío a mediados del siglo XV.

Además de ello, en 1473 el duque de Alba, don García, encargó que pintaran el claustro de la iglesia. Aunque nada de ello se conserva, nos podemos hacer una idea de la constante atención

³⁸ APL. *Libro Maestro* 499, fol. 1107.

³⁹ MORENO BLANCO, R., *Arte y arquitectura en Santa María la Mayor de Piedrahita*, Tesis de Licenciatura, presentada en la Universidad de Salamanca en 2004. Inédita. Una parte de la misma en *Papeles de Arquitectura Española* 6, Ávila, 2003.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 4. Donde se exponen las distintas opiniones.

⁴¹ LUIS LÓPEZ, C., *La Comunidad de Villa y Tierra de Piedrahita en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*, Ávila, 1989, pp. 56-60.

⁴² APL, *Noticias curiosas*, C. 70-3. Año 1445, n.º 5.

dispensada por parte del linaje a la iglesia de la Villa: *Por carta del duque my señor fecha el dho día libs en Sancho de Salazar: r.º de Phita al mayordomo de la dha yglier VIIIº U q su señorio le mandó dar para pintar la caustra de la dicha yglier*⁴³.

Por otro lado, la atención de don García hacia las fundaciones religiosas y la donación de obras para el desarrollo litúrgico se extendió a otros lugares de su señorio como Navaescorial, en cuya iglesia fundó una capellanía para la que donó *cálizes de plata e vestimentas e libros que convengan...*⁴⁴.

Teniendo en cuenta la atención dispensada por la nobleza del siglo XV a la política artística y la alcurnia de los Álvarez de Toledo dentro de la jerarquía nobiliaria castellana es probable que ejercieran una importante labor de patrocinio artístico, como da cuenta la propia lógica y la información aportada por la documentación, aunque las muestras conservadas sean escasas. Entre ellas, cabe destacar los restos de pintura mural visibles en parte tras el actual retablo barroco del altar mayor de la iglesia parroquial de Piedrahíta que, por su entidad, merecen un epígrafe propio (Fig. 3).



Fig. 2.— Iglesia de Santa María la Mayor de Piedrahíta. Interior.



Fig. 3.— Iglesia de Santa María la Mayor de Piedrahíta. Detalle del retablo mayor.

⁴³ APL. Libro Maestro 499, fol. 189.

1.2.1 Un ejemplo del trecento castellano: las pinturas murales

Se trata de un gran retablo mural compuesto de dos cuerpos y tres calles a un lado y otro de una ventana abocinada (Fig. 4). Todo ello rematado por un Pantocrátor. La dificultad de visión que presenta el conjunto no impide apreciar la calidad de las pinturas y su aceptable conservación, tras haber permanecido al resguardo del retablo barroco que preside el altar en la actualidad.

El patronato que ejerció el linaje de los Álvarez de Toledo en la iglesia así como la relación estilística de las pinturas con la decoración pictórica llevada a cabo en la capilla de San Blas de la catedral de Toledo, ha llevado a considerarlas como un encargo de un miembro del linaje, como veremos⁴⁵. La capilla de San Blas de la catedral de Toledo fue el lugar elegido por don Pedro Tenorio para su enterramiento. Para ello, eligió a los principales artistas del momento, no solo en lo que se refiere a su parte pictórica sino también a la escultórica. La realización de su sepulcro corrió a cargo del prestigioso taller de Ferrand González, quien dejó toda una estela de monumentos funerarios repartidos por toda la geografía española y que acaso pudo ocuparse, como hemos visto, de la realización de algunos sepulcros para los Toledo, dispuestos en la iglesia del convento de Santo Domingo. En cuanto a la pintura, su realización sería llevada a cabo por un artista florentino, Gherardo Stamina, junto a un equipo de pintores hispanos que mezclaron en su hacer, el italianismo del maestro junto a la rudeza hispana propia del siglo XV.

Stamina fue un artista florentino que vino a España en el siglo XIV. Tras haber sido admirado por algunos españoles que se encontraban en Florencia por distintos motivos *le propusieron el partido de venir al servicio del rey de Castilla, y que sería bien premiado porque había escasez de buenos pintores en el reino*⁴⁶. Las pinturas de la capilla de San Blas influirían en las realizaciones artísticas de otros lugares de la ciudad toledana y su entorno. Trabajó también en la capilla de los Castellanos *que estaba en la iglesia de Santa Cruz de aquella ciudad*⁴⁷; en el claustro de la Concepción Francisca de Toledo, en donde se conservan unas pinturas murales de tradición trecentista, como la que representa a San Francisco recibiendo los estigmas, con cierta similitud a las de la Transfiguración de la zona alta de la capilla de don Pedro Tenorio⁴⁸. No podemos olvidar que el apellido Toledo estuvo vinculado también a este convento, como lo demuestra el hecho de que una de las hijas de don Fernando Álvarez de Toledo, María de Toledo, llegara a ser abadesa del mismo⁴⁹.

El origen toledano del linaje que se encontraba a la cabeza del Señorío de Valdecorneja y la pertenencia de algunos de sus miembros a la Catedral Primada, puede explicar el encargo de obras artísticas a arquitectos, escultores y pintores que trabajaron en la ciudad del Tajo a las órdenes de los personajes más prestigiosos del momento. Ya hemos hablado con anterioridad de la posible autoría de Ferrand González en los sepulcros de los fundadores del convento de Santo Domingo. Teniendo en cuenta el vínculo estilístico que se establece entre las pinturas de la iglesia parroquial

⁴⁵ APL. *Libro Maestro* 499, fol. 1.283. Fecha de la cita 20-11-1479.

⁴⁶ ELVIRA-HERNÁNDEZ, F., *Las pinturas murales de Piedrahíta y Rodríguez de Toledo*, Minnesota, 1991.

⁴⁷ VEGUÉ, A. y GOLDONI, «Gerardo Stamina en Toledo», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, (1930), pp. 199-203. Más noticias sobre Stamina, GIGLIOLI, H., «Su alcuni affreschi perduti dello Stamina», *Revista d'Arte*, (1905), pp. 19-21; PROCACCI, U., «Gherardo Stamina», *Revista d'Arte*, XVIII (1936), pp. 88 y ss; TORMO Y MONZÓ, E., «Gerardo Stamina en España», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, (1910), p. 11 y ss; VAN WAADENOIJEN, J., «A proposal for Stamina: exit the Maestro del Bambino Vispo», *Burlington Magazine*, (1974), pp. 82-91; ídem, *Stamina e il gotico internazionale a Firenze*, Firenze, 1983.

⁴⁸ VEGUÉ y GOLDONI, «Gerardo», pp. 199-203.

⁴⁹ MARTÍNEZ CAVIRÓ, B., «Las pinturas murales de la Concepción Francisca de Toledo», *Archivo Español de Arte*, XLVI, nº 18, (1973), p. 66.

⁵⁰ RÁBADE OBRADÓ, *Una élite*, p. 54.

piedrahitense y las que decoran la capilla de San Blas de Toledo, hay que pensar en la participación directa de artistas comunes en uno y otro sitio.

Elvira-Hernández atribuyó la obra a Juan Rodríguez de Toledo, pintor español que trabajó junto a Gherardo Starnina en la capilla toledana⁵⁰. Aunque no está documentada su estancia en Piedrahita, no es extraño pensar en un posible encargo por parte de los Álvarez de Toledo, una vez que Starnina hubiera regresado a Florencia. Se trata de un artista que trabajó para grandes personalidades de la vida eclesiástica y política, como es el caso del arzobispo Sancho de Rojas, para quien realizó el retablo de la iglesia de San Benito en Valladolid⁵¹.

Centrándonos ya en las pinturas piedrahitenses, las escenas conservadas nos permiten saber la temática general del conjunto, la vida de Cristo. Las identificadas son el *Nacimiento*, *Circuncisión* (Fig. 5), la *Adoración de los Magos*, *Presentación en el Templo*, *Entrada en Jerusalén*, *Última Cena* (Fig. 6), *Crucifixión* y *Resurrección*. Todas ellas rematadas por un Pantocrátor acompañado del Tetramorfos. Tema que resulta un tanto trasnochado para la decimoquinta centuria. Puesto que se conservan restos de pintura de los periodos románico y gótico que debieron decorar el templo con anterioridad, hay que pensar en la pertenencia a un periodo anterior y su reaprovechamiento en el conjunto del siglo XV.

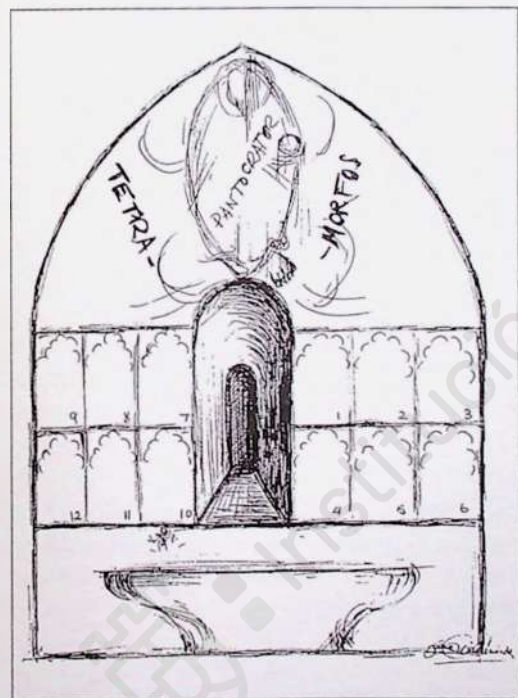


Fig. 4.- Diseño original de las pinturas murales, según Francisco Elvira-Hernández.



Fig. 5.- Pinturas murales. Detalle: Circuncisión (Foto de Francisco Elvira-Hernández).

⁵⁰ ELVIRA-HERNÁNDEZ, F., *Las pinturas murales*.

⁵¹ PIQUERO LÓPEZ, M.^a de los Á., «Relación del retablo del arzobispo don Sancho de Rojas con la capilla de San Blas de la Catedral de Toledo y sus influencias italianas», en *Actas del XXIII Congreso Internacional de Historia del Arte. España entre el Mediterráneo y el Atlántico*, Granada, 1976, pp. 441-448.



Fig. 6.— Pinturas murales. Detalle: Santa Cena (Foto de Francisco Elvira-Hernández).

El repertorio temático está dominado por escenas en las que Cristo y la Virgen tienen especial protagonismo, como corresponde a un templo bajo la advocación de Santa María la Mayor. Una imagen de la titular presidía el conjunto⁵². Elvira-Hernández destacaba la inclusión de un rito judaico como es la *Circuncisión* en un núcleo con una importante aljama judía, Piedrahíta en el siglo XV⁵³. Los antecedentes judeoconversos de los Toledo en una época de intriga y presión sobre los practicantes de la ley mosaica, pesaría sobre la familia haciéndola sospechosa de judaizante en años posteriores. Dos hermanos de don Fernando Álvarez de Toledo, uno de los judeoconversos más importantes del reinado de los Reyes Católicos⁵⁴, fray García de Zapata, prior del monasterio de la Sisla en Toledo, y Francisco Álvarez de Toledo, maestrescuela de la catedral de Toledo, pasaron por un proceso inquisitorial. Es más, el primero de ellos fue condenado a la hoguera como hereje⁵⁵. Aunque hasta el momento no se conoce el grado de parentesco entre estos y los Álvarez de Toledo del señorío de Valdecorneja, seguramente existió. Por el momento, sabemos que el 26 de octubre del año 1473 el duque García Álvarez de Toledo donó una cantidad de dinero al prior de la Sisla en calidad de limosna⁵⁶: *Por carta del duque my señor fecha en Medina... al dho prior de la Sisla, seys mill mrs de que su señoría le fiso md e limosna e que los dé luego e tome su carta de pago*⁵⁷.

⁵² Raimundo Moreno recoge la noticia de ciertos retoques en su rostro en la fecha de 1577-1578. *Arte y Arquitectura*, p. 25.

⁵³ LADERO QUESADA, M. Á., «Las juderías de Castilla según algunos servicios fiscales del S.XV», *Sefarad*, 2 (1971), pp.249-262.

⁵⁴ Su ascendencia hebrea es señalada por autores como Fernando del Pulgar o Gonzalo Fernández de Oviedo en *Batallas y Quincuagenas*. RÁBADE OBRADO, *Una élite*, p. 34.

⁵⁵ Fernando exigió a los Reyes Católicos una investigación del caso hasta conseguir la rehabilitación de su hermano muerto en la hoguera. *Ibidem*, p. 67.

⁵⁶ También dio limosna al prior del convento de Santa Cruz de Segovia en 1479. Por entonces ocupaba ese cargo fray Tomás de Torquemada. APL. *Libro Maestro* 499, fol. 1094.

⁵⁷ APL. *Libro Maestro* 499, fol. 42.

La coincidencia de apellidos, la procedencia toledana y el amplio número de ramas en las que se dividió la familia, parece hacer viable la hipótesis de que existiera un parentesco familiar⁵⁸. De todos modos, aunque no fuera así, el hecho de tener un mismo apellido pudo provocar alguna sospecha en el sector más radical de la población⁵⁹.

La manifestación de una ortodoxia católica mediante el uso de las imágenes era apoyada por la Iglesia en el momento en que sus predicadores obligan a los fieles a tener imágenes del crucifijo en sus casas, frente al rechazo judío de las representaciones artísticas de la divinidad. Esto mismo se puede hacer extensible a la compra de libros de temática religiosa. El hecho de probar una exarcebada devoción está en la mentalidad de los grandes nobles de la época cuyo principal encargo son los libros devocionales, no solo como un elemento de prestigio sino, seguramente, como una forma de demostrar su sinceridad religiosa. Esto ocurre fundamentalmente en el siglo XV cuando los enfrentamientos entre judíos y cristianos y la presión ejercida de los últimos sobre los primeros son cada vez más frecuentes. don Fernando Álvarez de Toledo, hombre de confianza de los Reyes Católicos y conde de Oropesa, adquirió en la almoneda de Toro el *Lucero de la vida cristiana*⁶⁰. Según Elisa Ruiz uno de los motivos que le llevaría a adquirir este libro con la presencia de los monarcas en la dedicatoria así como sus armas, sería la búsqueda de prestigio al poseer algo que había pertenecido a la Reina. Pero, me pregunto si, aparte de esto y dados sus orígenes conversos, no se podría señalar otra finalidad subyacente: la de proclamar su ortodoxia religiosa.

Por otro lado, el hermano del prior de la Sisa, don Fernando Álvarez de Toledo y Zapata (±1504) y su mujer doña Aldonza de Alcaraz encargaron un retablo dedicado a la Pasión de Cristo para su capilla de Santa Catalina de la parroquia del Salvador de Toledo. Descendiente de conversos y secretario y consejero real de los Reyes Católicos, manifestaba así su fe sincera⁶¹.

El hecho de que el principal mensaje del mural pictórico que nos ocupa sea la Redención por medio del sacrificio de Cristo y la propia ascendencia hebrea de la familia, que pudo levantar sospechas sobre su condición plenamente católica, quizá se encuentre detrás del significado de las pinturas del altar mayor de la iglesia. El mensaje redentor se completaba con un *Monumento* situado en el centro del altar:

*Primeramente visitó el Santo Sacramento de la Eucaristía el qual hallo en medio del altar mayor dentro de una custodia de talla con sus llaves y dentro un cofrecito con su llave y dentro del cofrecito de marfil una custodia de plata con su cruceta donde está el Santísimo Sacramento dezentemente*⁶².

⁵⁸ Los señoríos de Valdecorneja y Oropesa pertenecieron a don García Álvarez de Toledo. La escisión se produciría a su muerte cuando estas posesiones se repartieron entre su hermano y su hijo. A partir de este momento las dos ramas tendrían un desarrollo dispar. No obstante conviene recalcar el origen común de ambas. GERBET, M.-C., *Las noblezas españolas en la Edad Media. Siglos XI-XV*, Madrid, 1997, p. 171.

⁵⁹ No obstante, el origen judeoconverso de los señores de Valdecorneja, más tarde duques de Alba, es bastante probable, puesto que se ha relacionado con el ducado de Alba a finales del siglo XV una obra anticonversa en la que se hace una clara crítica del criptojudasmo ridiculizando a los judíos. Una práctica habitual entre los conversos para despejar cualquier duda que recayera sobre ellos. La obra en cuestión es *El pleito de los judíos con el perro de Alba*, del que se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid. Vid. PEREA RODRÍGUEZ, O., «Un texto anticonverso del quinientos hispano: el pleito de los judíos con el perro de Alba (ca. 1524)», ponencia presentada en el Congreso Internacional *Los Conversos y los Moriscos en España y su Imperio*, Saint Louis University, Madrid Campus y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 7-9 junio de 2006.

⁶⁰ RUIZ GARCÍA, E., *Los libros de Isabel la Católica. Arqueología de un patrimonio escrito*, Salamanca, 2004, p. 140.

⁶¹ MARIAS, F. y PEREDA, F., «Pedro Berruguete en Toledo, ¿éxito o fracaso de un pintor?», en *Actas del Simposium Internacional Pedro Berruguete y su entorno*, Palencia, 2004, p. 163.

⁶² Archivo Diocesano de Ávila, *Libro de fábrica de la Iglesia Parroquial de Piedrahita*, n.º 27 (1552-1589), fol. 443. Citado por MORENO BLANCO, R., *Arte y arquitectura*, pp. 24-25.

Esto nos conduciría a una conclusión similar para las tablas procedentes del monasterio jerónimo de la Sisla en Toledo. Se conservan en el Museo del Prado y repiten varios temas que vemos en Piedrahíta como son la *Presentación en el Templo* o la *Circuncisión*. Dos temas que hablan del origen hebreo de Cristo. Se trata de unas tablas seguramente encargadas por el que fue prior de la Sisla fray García de Zapata para el altar mayor de la iglesia del monasterio. Una iglesia que se debe incluir entre las fundaciones de la familia y en cuyo altar mayor se enterraron algunos de sus miembros⁶³. El desequilibrio compositivo con claros errores de perspectiva, el quiebro acentuado de los pliegues así como los rasgos y la dureza manifiesta en los rostros de los personajes ha llevado a la crítica a establecer cierta relación entre el maestro que trabajó en el monasterio toledano y el *maestro de Ávila*, García del Barco, sin que se haya explicado aún el motivo. La relación estilística y de tipos humanos se pone de manifiesto por ejemplo en la figura de la Virgen de la *Presentación en el Templo* o la figura de San José en la *Circuncisión* próximas a los mismos personajes del tríptico del Museo Lázaro Galdiano o en algunas tablas de El Barco de Ávila atribuidas al maestro abulense. Ya el profesor Yarza señalaba la presencia de dos artistas trabajando en las tablas de la Sisla, reconociendo en uno de ellos los estilemas propios del *maestro de Ávila* en los años finales de su carrera⁶⁴. García del Barco, con el que se le ha identificado, había trabajado para la familia en el castillo de El Barco de Ávila y en Piedrahíta. No es extraño que fuera llamado al monasterio toledano, fundación del mismo linaje, aunque segregado, para trabajar, junto con otro artista, en el altar mayor de su iglesia. El interrogante que siempre recayó sobre su condición religiosa llevaría a García Zapata a encargar el retablo mayor de su iglesia, ahora bien, haciendo especial hincapié en la ascendencia hebrea de Cristo para legitimar su ascendencia judeoconversa⁶⁵. Por tanto, de ser cierto, el *maestro de Ávila* intervino en los últimos años de su vida junto con otro pintor en el retablo de la iglesia del monasterio de la Sisla bajo las órdenes de fray García de Zapata, miembro de la familia Toledo para una de cuyas ramas había trabajado en Piedrahíta y El Barco de Ávila.

Si tenemos en cuenta la autoría de las pinturas de la parroquia de Piedrahíta, Juan Rodríguez de Toledo, y su cronología, posterior a sus trabajos en la capilla de San Blas de la catedral de Toledo, el promotor de las mismas podría ser bien don García Álvarez de Toledo, III señor de Valdecomeja, cuya fecha de defunción está entre 1406 y 1407, o bien don Fernando Álvarez de Toledo casado con Mencía Carrillo y enterrado en el convento de Santo Domingo de la misma villa⁶⁶. El último de ellos llegaría al señorío en 1420. Si tenemos en cuenta que Rodríguez de Toledo estuvo al frente de las obras toledanas una vez que Sarnina estaba ya de vuelta en Italia en 1404 y que los trabajos allí se alargaron al menos hasta 1415, nos parece más viable la segunda opción.

La visibilidad de las escenas es apenas posible. El escaso hueco existente entre el retablo actual y el muro hace dificultosa la percepción del conjunto, por lo que únicamente podemos disponer de las fotografías que realizó Francisco Elvira-Hernández desde 1968, año en que se descubrieron las pinturas⁶⁷. Las fotografías revelan un conjunto bien conservado, dentro de lo que cabe, y de una gran importancia en el panorama general de la pintura hispana del siglo XV.

⁶³ GARCÍA SIERRA, M.^a J., «Los Álvarez de Toledo», p. 161, nota 347. De la importancia de este monasterio nos da cuenta el documento conservado en el Archivo General de Simancas que hace referencia a las piezas de oro, plata... pertenecientes a la capilla de Fernando el Católico y depositadas en este monasterio. Archivo General de Simancas. Documento de 1542. Patronato Real. Capillas Reales 25-10.

⁶⁴ YARZA LUACES, J., *La Edad Media. Historia del Arte Hispánico*, II, Madrid, 1980, p. 420.

⁶⁵ Está documentada su lucha para evitar la implantación del Estatuto de Limpieza de Sangre entre los jerónimos, en defensa de la presencia de cristianos nuevos en el seno de la Orden. RÁBADE OBRADÓ, *Una élite*, pp. 65-66.

⁶⁶ El árbol genealógico de los condes y duques de Alba de los siglos XIV a XVI se puede consultar en CALDERÓN ORTEGA, J. M., *El Ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 2005, pp. 25 y 26.

⁶⁷ ELVIRA-HERNÁNDEZ, F., *Las pinturas murales*.

El predominio de la figura humana es absoluto, como indica la casi inexistencia de fondos común a otras obras de Rodríguez de Toledo. El carácter lineal y la profusión en los dorados de las aureolas y bordes de los mantos así como el rico cromatismo propio de la pintura trecentista está presente en todas las escenas y pone de manifiesto el parentesco existente con otras obras suyas, como es el caso del retablo del arzobispo don Sancho de Rojas, al tiempo que le consagran como el principal representante de la corriente trecentista en Castilla.

A falta de una firma que le identifique, como ocurre en las pinturas de la capilla de San Blas de la catedral de Toledo, no se puede afirmar de una manera certera que nos encontramos ante el principal colaborador de Starnina, pero los vínculos estilísticos y técnicos con las escenas que se le atribuyen en la capilla toledana nos permiten sugerir esa posibilidad. No hay lugar a dudas que de las escenas que ejecutó en la capilla de San Blas⁶⁸ la que nos ofrece la posibilidad de confiar en una mano común es la del *Entierro de Cristo* y, en concreto, la figura de la Virgen con el manto cubriéndole parte del rostro y la misma en la escena de la *Crucifixión* de Piedrahita (Fig. 7). La caída de los pliegues es similar, incluso en ambas figuras se observa el mismo tipo de rizo en el manto a la altura de los hombros. Por otro lado, la expresividad rozando con el patetismo que se observa en el rostro de la Virgen es propia de la pintura del Trecento, acentuado más si cabe por el artista hispano. Finalmente, las vestimentas están engalanadas en los bordes con festones dorados y las aureolas presentan la misma labor, por no citar la decoración marginal que sirve de división de las escenas.



Fig. 7.- Pinturas murales. Detalle: Virgen de la Crucifixión (Foto de Francisco Elvira-Hernández).

Por tanto, existen motivos suficientes para aceptar la teoría de Francisco Elvira-Hernández que atribuyó estas pinturas al más importante de los seguidores castellanos de Starnina, Juan Rodríguez de Toledo, quien actuó junto con su taller después de intervenir en la capilla de San Blas. Seguramente sería un encargo de don Fernando Álvarez de Toledo y puesto que este se encuentra a la cabeza del señorío en torno a 1420 habría que fechar el conjunto a partir de esa fecha. De este modo, no creo que fuera ejecutado antes del retablo de Sancho de Rojas, como opinaba Elvira-Hernández, sino después⁶⁹. Por tanto, tampoco sería el paso intermedio entre sus trabajos en Toledo y Valladolid como manifestaba el autor citado, sino el puente entre Valladolid y Cuenca, donde trabajaría seguramente en el retablo de Horcajo de Santiago junto con otros artistas en unas fechas más tardías, en torno a la década de los 30 del siglo XV.

⁶⁸ Se le han atribuido el *Entierro de Cristo*, el *Descenso al Limbo*, la *Ascensión* y la *Resurrección*. PIQUERO LÓPEZ, M.ª Á., «Influencia italiana en la pintura gótica castellana», *Cuadernos de Arte Español*, n.º 60, *Historia* 16, Madrid, 1991, p. 17. Para más datos sobre la pintura trecentista en Castilla consultar su Tesis Doctoral, PIQUERO LÓPEZ, M.ª de los Á., *La pintura gótica toledana anterior a 1450 (El Trecento)*, 2 vols, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1983. (Publicada en 1984).

⁶⁹ ELVIRA-HERNÁNDEZ, *Las pinturas*, p. 38.

En conclusión se puede decir que los Álvarez de Toledo son quienes marcan los dictados artísticos en el señorío que les pertenece. Como importante linaje nobiliario emparentado con la realeza y con notable presencia en los acontecimientos históricos de todas las épocas, invirtió una alta suma de dinero en la construcción de residencias, fundación de edificios religiosos, panteones y todo tipo de piezas artísticas, como cuadros, tapices u objetos de orfebrería, con el fin de ofrecer una imagen acorde con su posición social. Para ello, contrató a los principales artistas del momento que mejor pudieran colaborar a enaltecer el orgullo del linaje. De ese modo, Juan Rodríguez de Toledo introdujo las novedades de sabor italianizante que había aprendido en su intervención en la capilla de San Blas de la catedral de Toledo junto a Starnina. Tal y como parecen sugerir los datos aportados por la documentación, el taller de Ferrand González se ocupó de los sepulcros de los fundadores del convento de Santo Domingo; García del Barco y otros artistas de su círculo, como Juan Rodríguez de Béjar, fueron contratados para la decoración de estancias en varias de sus residencias así como la realización de algunos retablos. Artistas próximos a Guas y Egas trabajaron en la realización de la portada de la iglesia, cuyo trazado sigue el prototipo toledano y en la que no nos hemos detenido por pertenecer ya a los comienzos del siglo XVI, dada la limitación impuesta para la extensión de este artículo⁷⁰. Incluso el platero de los Reyes Católicos Pedro de Vigil, trabajó al servicio de los duques de Alba en varias ocasiones, lo que nos da idea del poderío económico y social del linaje. De todo ello se deduce que, como proclama su propio apellido, Toledo fue un referente constante como cantera de artistas y modelos, no solo por la proximidad geográfica a Piedrahita o por ser el núcleo originario de la familia, sino por motivos de prestigio. Desde el siglo XIV, la ciudad del Tajo se había convertido en centro artístico por excelencia. En torno a su catedral, Sede Primada de España, se habían dado cita los principales artistas y talleres, siendo además eje de confluencia de diversas corrientes artísticas: nórdicas, italianas, mudéjares, que la convertían en foco de atracción pero también de expansión.

Aunque los restos que nos han llegado son mínimos es perceptible, y por otro lado lógico, un interés de la familia por el encargo artístico y por las manifestaciones lúdicas propias de una casa nobiliaria de gran envergadura como es el caso. Así se constata a través de las obras compuestas por Juan de la Encina para el duque de Alba. Pero no solo eso sino que a través del carácter de los temas elegidos en los que se tiende a enfatizar el mensaje cristológico y el origen hebreo de Cristo, así como la reciente vinculación que se ha establecido entre un texto anticonverso y el ducado de Alba a finales del siglo XV y comienzos del siguiente, se atisba un más que probable origen converso de la familia. Esta condición incidirá en las propias obras, configuradas con visos a convertirse no solo en manifestos del poder y el prestigio del linaje sino en escaparates visibles de la sinceridad de su fe⁷¹.

⁷⁰ Tal y como consta en la documentación, en 1507 el duque don Fadrique dio a la iglesia una ayuda para fazer la portada de 2.210.784 mrs y m^o. (APL. C. 70-3). Sigue el diseño propio de las portadas tardogóticas toledanas, con doble timpano como la portada de los Leones de la catedral de Toledo. Un esquema que se siguió en otras zonas cercanas y ligadas a los duques de Alba como Salamanca, donde destaca la iglesia de San Benito. La impronta artística de Toledo sobre la ciudad de Salamanca ha sido señalada por el profesor MARTÍNEZ FRIAS, J. M.^o en «La fundación del convento de Santa Úrsula de Salamanca y su posible relación posterior con el foco hispanoflamenco toledano», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVII, (2001), pp. 157-187. Por otro lado, están documentados los trabajos de Juan Guas y Enrique Egas para don Fadrique en el palacio de Alba de Tormes y en el monasterio de San Leonardo, por lo que no sería extraño que Egas o algún artista de su entorno se encargara también del diseño de la portada de Piedrahita.

⁷¹ Con posterioridad a la presentación de este estudio la revista del Museo e Instituto «Camón Aznar» publicó el siguiente artículo. REBOLLO GUTIÉRREZ, M.^o C., «El encargo artístico como instrumento legitimador de un estatus: las pinturas murales del ábside de la iglesia de Santa María la Mayor de Piedrahita (Ávila)», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, 101, (2008), pp. 189-221.

LOS «SANTOS» DEL GRAN DUQUE DE ALBA

Guadalupe GONZÁLEZ-HONTORIA

Sobre el Gran Duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, nacido en Piedrahíta en 1507 (cuyo aniversario estamos celebrando) se volcó como sobre otras grandes figuras de nuestra historia la «leyenda negra», por eso es justo recalcar las grandes luces que aclaran las sombras que le rodean especialmente difundidas por autores extranjeros.

Además de ser el mejor soldado de su tiempo, y de sus innumerables escenas gloriosas militares y guerreras presenta otras facetas que son menos conocidas pero que le hacen muy importante en la historia de España.

La primera, fue debida a la cuidada educación que recibió por parte de su abuelo don Fadrique, que quiso que Juan Boscán fuera su maestro de Artes y Letras y que entre él y Garcilaso de la Vega, de quién fue muy amigo, consiguieron formar un decidido humanista del «Gran Fernando» como este último le llamó. Gracias a la amistad íntima de los dos poetas a través de la del Gran Duque de Alba, entró el Renacimiento en España. Se dice incluso que Boscán enseñó al Duque a trovar.

La importancia de Boscán y Garcilaso reside, como es bien sabido, en ser los primeros que emplearon las innovaciones métricas venidas de Italia. Boscán, el endecasílabo suelto y Garcilaso, la estrofa de cinco versos, de siete y de once sílabas. «Las liras» tuvieron un gran éxito en nuestras letras y fueron usadas por san Juan de la Cruz, fray Luis de León y otros...

Su «humanismo» se pudo notar también en sus gustos artísticos en palacios y jardines. Como decía don Jesús Aguirre, duque de Alba, oscilan entre Flandes e Italia y así si el fasto de Alba de Tormes tiene cuño italiano, la hermosa propiedad de La Abadía, finca entre Plasencia y Béjar, constituye uno de los primeros ensayos del jardín renacentista flamenco. Lope de Vega, ya en el siglo XVII, cantó en estrofas bellísimas el esplendor de aquella casa y aquel jardín.

La marquesa de Casa Valdés en «Jardines de España» (1987) habla de «La Abadía» entre los jardines del Renacimiento privados del siglo XVI, y nos describe: «en tierras del Duque de Alba trazado por un jardinero flamenco» al parecer con abundantes arrayanes y murtos siendo lo más admirable la

fuente muy alta, con 4 tazas con los siete planetas y 25 personajes y los retratos del duque de Alba y la duquesa con juegos de agua que salían de todos estos personajes cuyo principal artífice fue el italiano Francisco Cantiliani en 1575. También relata la existencia de un lago o estanque y de un cenador por la cantidad de sillas que por allí se veían y profusión de plantas traídas de Flandes y Alemania y de los más remotos confines de la tierra.

Otra característica llena de luz, es la gran fe religiosa del Gran Duque y de la duquesa.



El Marqués de Cerralbo en «Los Duques de Alba» y Santa Teresa, nos describe la amistad y protección dispensada por ellos a Santa Teresa de Jesús.

Doña María Enriquez, esposa del Gran Duque, fue hija tercera de los condes de Alba de Aliste y prima hermana de su marido por lo tanto. Llena de virtudes fue nombrada, en la corte de Felipe II, aya de las infantas doña Isabel Clara Eugenia y doña Catalina, y camarera mayor de la reina doña Isabel de Valois.

También fue gobernadora de Nápoles mientras su esposo tuvo que marchar al frente de guerra. Por lo que le fue concedida la «Rosa de Oro» por el pontífice Paulo IV.

La amistad con santa Teresa se inició ya cuando la Santa fundó, en 1562, el convento de San José de Ávila a la que la duquesa contribuyó con una espléndida limosna. Esta amistad fue de las más duraderas y correspondidas por ambas partes. Le prestó la Santa a esta última uno de los ejemplares de la «Vida» a la que custodió como una espléndida reliquia, siendo este ejemplar el que por desaparición de los otros, sirvió para su impresión en Salamanca.

Se conservan muchas cartas entre las dos excepcionales mujeres que muestran que la amistad entre ellas fue duradera, por ejemplo, las referentes a la boda de hijo del duque de Alba, don Fadrique, duque de Huéscar, a la que se oponía, llegando a prohibirla Felipe II pero que pese a todo se llevó a cabo, por lo que el rey mandó encerrar al Gran Duque en el castillo de Uceda, aunque autorizó a su esposa a que fuese a cuidarle y allí fue donde cayó en sus manos el libro de la «Vida» de la Santa, al cual entusiasmó y produjo que don Fernando Álvarez de Toledo empezase a visitarla muy a menudo.

También nos refiere el marqués de Cerralbo que cuando el Duque pasó a Portugal para emprender la campaña, llevaba consigo el Cristo que se pintó según la visión que tuvo Santa Teresa de la Santísima Trinidad y que la Santa borró, ya que el pintor no acertaba a expresar lo que la Santa había visto. Para don Fernando Álvarez de Toledo, gracias a ese Cristo, había podido ganar el reino de Portugal y «tener oración mental en medio de aquel ruido de armas».

Estuvo la duquesa cuando santa Teresa estaba grave y se cuenta la preciosa anécdota de que el médico había mandado la aplicaran un aceite de muy mal olor que, además, se derramó por toda la cama, lo que avergonzaba mucho a la Santa, sobre todo porque la duquesa se acercaba a arroparla, pero como regalo de Dios aquello cambió de pronto y parecía, como dijeron los presentes, «agua de ángeles».

Otro santo, amigo y protegido de los grandes Duques fue san Pedro de Alcántara, al que llamó santa Teresa cariñosamente «este santo viejo» a la que confirmó en su giro espiritual y la sacó de sus miedos en la oración. Verían su asombroso monasterio de El Palancar pequeño, diminuto, con una celda en la que no se podía estar ni tendido ni de pie. El gran asceta dormía en ella sentado en una piedra con la cabeza apoyada en un centro de madera empotrado en el muro.

El tercero fue san Juan de la Cruz, con quien Santa Teresa inició la reforma y fue uno de los primeros descalzos. Compartieron la escena cuando la Santa, en éxtasis, asiste al prodigio ocurrido a san Juan de la Cruz que fue elevado del suelo estando en la sala detrás de la reja del locutorio de santa Teresa, lo que vieron además varias monjas y la duquesa de Alba.

Para William S. Maltby en «El Gran Duque de Alba» (1985) murió en los brazos de fray Luis de Granada en Portugal, su nuevo confesor, que era un año mayor que él (73 años). En otoño de 1582 cayó enfermo y sabemos por una carta de fray Luis de Granada que una de sus últimas confesiones fue «en forma de diálogo con nuestro Señor que habría convertido a un gran pecador» y «el placer y el consuelo que recibía de hablar con Nuestro Señor, cosa que no he visto nunca en una persona de su categoría». Y la frase que más nos conmueve: «él me certificó con verdad que en su conciencia no pesaba el haber derramado en toda su vida una sola gota de sangre contraria a ella»

En el año 1927 encargó el duque de Alba y de Berwick Jacobo Fitz-James Stuart la decoración del oratorio del Palacio de Liria en Madrid al pintor catalán Sert. Su obra estuvo terminada y colocada en 1935.

Don Elías Tormo nos lo describe preciosamente. La obra programada consistía en santos y santas, en alguna manera relacionados con los antepasados de la Casa de Alba en forma de verjas con la ascensión mística al alto Carmelo donde aparece arriba san Juan de la Cruz, san Pedro de Alcántara y santa Teresa de Jesús, los tres santos del Gran Duque y de la duquesa María Enríquez. El arrebató este de los grandes místicos castellanos se ve sobre oblicua lluvia de oro-luz, como iluminando todo.

Tras las verjas, en los laterales del presbiterio san Ignacio de Loyola y san Francisco de Borja, los ascetas jesuitas; fray Luis de Granada y fray Luis de León, los grandes escritores del ascetismo.

Hay trozos muy bellos por su significación como por ejemplo el que representa a los primeros de las Casas de Siruela, Olivares, Carpio, San Vicente del Barco, Lemus, Monterrey, Montijo y Lerín ofrecen su estirpe a la Virgen, o cuando san Pío V entrega el estoque a la pareja de los Grandes Duques arrodillados.

Por el título de Olivares, un Guzmán, su lejano pariente santo Domingo; porque el Gran Alba le tuvo de soldado. San Juan de Dios; porque mereció el estoque de honor que le dio el Papa, por gotas de sangre de sus respectivas estirpes, san Fernando y san Francisco de Borja; por la estirpe de la

madre del duque vivo, una Cervellón, santa María de Cervellón, patrona de navegantes... En escenas de paneles laterales, hazañas dignas de religiosa remembranza: el Monterrey, embajador a Roma para propugnar el Dogma de la Inmaculada; Cristóbal Colón (de cuya familia española es primogénito el duque presidente de la Academia de la Historia, la casa de Veragua lo es de la más lejana familia italiana, aunque por línea varonil) avizorando la primera tierra americana; Jaime I recibiendo a bordo las naves de Mallorca. Este cristianando un archipiélago; aquel, iniciando la cristianización de dos continentes. Y Santiago, el de los santiaguistas de tanta estirpe de la casa... Y todas esas generaciones simbolizadas por fundadores, marianos devotos, ante María Santísima.

Todo esto se quemó con el palacio de Liria durante la guerra, pero ha sido felizmente reconstruido y vuelto a decorar por el gran pintor Sert además con otros santos que han estado relacionados con la Casa de Alba y que son, y serán, sus protectores.



Los primeros de las Casas de Sizueta, Olivares, Carpio, San Vicente del Barco, Lemus, Monterrey y Montijo, Levin, ofrecen su estirpe a la Virgen.

EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE LA ANUNCIACIÓN DE CARMELITAS DESCALZAS DE ALBA DE TORMES¹

José Luis GUTIÉRREZ ROBLEDO
Institución Gran Duque de Alba

En Alba de Tormes fundó santa Teresa de Jesús en 1571 el convento de carmelitas descalzas de la Anunciación (el octavo de los suyos²) y en ese convento, en la anochecida del jueves 4 de octubre de 1582, día de san Francisco, muere la Santa en una celda conventual (aún funciona en el convento el reloj que dio las nueve campanadas en el momento de la muerte). Era día de la reforma del calendario hecha por el papa Gregorio XIII, por la que el 4 de octubre pasó a ser el 15 de octubre. Fue enterrada entre las dos rejas del coro bajo y comenzó entonces el peregrinar de sus restos, que entre 1585 y 1586 estuvieron en San José de Ávila y luego volvieron a la iglesia de su convento de Alba, donde —como se verá— tampoco pararon de un emplazamiento a otro en un templo que acabo siendo su panteón y relicario. Hasta muerta seguía siendo *vagamunda e inquieta*, y siguiendo a sus restos, la iglesia conocerá, desde sus inicios, múltiples cambios de plan y ampliaciones, motivados la mayor parte por el carácter sobrevenido de panteón sacro del templo³.

¹ Se resumen en esta comunicación los diversos informes que han acompañado a los proyectos de restauración del convento en los últimos años. Entre la presentación y la publicación de la misma he publicado el libro *Alba de Tormes. Monasterio de Carmelitas Descalzas*, León 2008, en el que se adelantan algunos de los aspectos de esta comunicación.

² Estos son los conventos fundados en vida de santa Teresa: Ávila 1562, Medina del Campo 1567, Malagón 1568, Valladolid 1568, Toledo 1569, Pastrana 1569, Salamanca 1570, Alba de Tormes 1571, Segovia 1574, Beas de Segura 1575, Sevilla 1575, Caravaca 1576, Villanueva de la Jara 1580, Palencia 1581, Soria 1581, Granada 1582 y Burgos 1582 (todos menos Caravaca y Granada son obra directa suya). Hay otros dos de frailes en cuya fundación intervino: Duruelo y Pastrana.

³ Además de la bibliografía general sobre la orden del Carmen, sobre este monasterio son fundamentales los estudios de ARAUJO, F. *Guía histórico-descriptiva de Alba de Tormes*. Salamanca, 1982; CASASECA CASASECA, A. y SAMANIEGO HIDALGO, S. «El testamento de Juan de Montejó», en *Studia Zamorensia*, 1988; CASASECA CASASECA, A. *Los Lanestosa. Tres generaciones de canteros en Salamanca*. Salamanca, 1975; CASASECA CASASECA, A. «Los cuadros de las pechinas de la iglesia de las MM. Carmelitas de Alba de Tormes», en *AEM*, 1979, pp. 457-461; GÓMEZ-MORENO, M. *Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*. Valencia, 1967; LAMANO Y BENEITE, J. de. *Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*. Salamanca, 1914; MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. *Arquitectura carmelitana*. Ávila, 1990; REPULLÉS Y VARGAS, E. M. *Proyecto de Basílica a Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*. Salamanca, 1900 (hay edición facsímil en Ávila 1995, con estudio previo de José Luis Gutiérrez Robledo); VASALLO TORANZO, L. «A propósito del escultor Juan de Montejó», en *Goya*, n.º 299, 2004, pp. 68-79.

Debe precisarse que estamos ante el modelo de arquitectura carmelitana propiciado por santa Teresa, una arquitectura pobre y de adición de diversas piezas, en algunos casos preexistentes, con un templo inspirado en las pobres iglesias cajón de una nave que utilizaron los franciscanos. Debe recordarse que santa Teresa, en sus Constituciones dirá «la casa jamás se labre, si no fuese la iglesia. ... la casa sea pequeña y las piezas bajas; cosa que cumpla a la necesidad, y no superflua». Era la de Alba un modelo de iglesia muy distinto al que ha pasado a la historia del arte como templo carmelitano, que está definido tanto por una planta con una nave central y dos laterales que pueden ser de capillas, como por la existencia de una fachada rematada por un frontón y configurada por un triple arco que daba entrada a un sotocoro, peculiar nártex abierto al exterior que suprimía un tramo de la iglesia. Aquel modelo pienso que arranca claramente de la iglesia de san José de Ávila, donde —como ya he escrito anteriormente⁴— «el templo que Francisco de Mora levantó, en parte sobre los anteriores, es el modelo de iglesia barroca con una única nave y capillas, enriquecido con una portada con un acogedor triple pórtico bajo un coro-pasillo que sale a la fachada. Mora, obligado a respetar la entrada a una anterior capilla y a comunicar el convento situado al oeste con el pequeño coro de aquella capilla, traza un preciso compás de espera y plantea escenográficamente la aparición del templo: pórtico, pasillo (no es un coro) y hastial». Aquel modelo de la iglesia definitiva del primer carmelito abulense es, sin duda alguna, el que está bajo el modelo que luego Alberto de la Madre de Dios, arquitecto y fraile carmelita descalzo, codificó en la iglesia del monasterio de descalzas de la Encarnación de Madrid, y fue el seguido en decenas de conventos que a lo largo de los siglos XVII y XVIII se levantaron en Europa y en América. Un ejemplo cercano a él es la misma iglesia de los padres carmelitas de Alba, obra de fray Juan de Jesús María, convento que se construyó entre 1691 y 1695⁵, y que es buen ejemplo de la pervivencia en la arquitectura de las fachadas conformes con el modo carmelita.

1. LA FUNDACIÓN

La historia de la fundación del convento de Alba arranca de los días finales de 1570 cuando Teresa es expulsada de Medina por el provincial Ángel de Salazar y, casi sin pausa, tras pasar por Mancera en busca de Juan de la Cruz, acometió la fundación de Alba. Se estaban entonces concluyendo las pinturas murales que testimoniaban la definitiva transformación del castillo medieval en el palacio renacentista de Alba, y que hay que relacionar con las pinturas que acaban de aparecer en la anterior capilla mayor del convento.

Santa Teresa narra en su libro *Fundaciones* (Capítulo 20) el complicado proceso de la fundación de Alba, debida al mecenazgo de Francisco Velázquez y su mujer Teresa Laíz. El albenense había sido entre 1541 y 1566 receptor de la Universidad de Salamanca, cargo importante que deja para ser contador de la casa ducal hasta su muerte en 1574. No consta expresamente, pero no es aventurado afirmar que mucho debieron de tener que ver con su accidentada salida de la Universidad el préstamo de 10.000 ducados que a modo de censo la Universidad concederá al duque de Alba el 14 de diciembre de 1564, y el hecho de intentar compatibilizar ambos cargos sin conocimiento de la Universidad⁶. Si

⁴ GUTIÉRREZ ROBLEDO, J. L. «Ávila: arquitectura y arte», en VV. AA. *Ávila Viva*. Barcelona 2005, pp. 67-109 (80).

⁵ SANTA TERESA, Silverio de. *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, Burgos, XII vols. 1937-44, vol. X, p. 820. Como se indicará más adelante, Fray Juan de Jesús María, había sido el tracista de los retablos del Convento de la Anunciación de Alba de Tormes.

⁶ LAMANO, op. cit., pp. 38-46, es quien —con mucha diplomacia, pero con claridad y suficiente documentación— indica que fue el cargo el de «hacedor, o mayordomo, o receptor, o tesorero de la Universidad», y entre sus atribuciones estaba el emplear o colocar el capital de la Universidad en censos. Lamano aporta todos los datos relacionados con el censo y con Velázquez en la Universidad y concluye señalando que en el claustro universitario de 1 de febrero de 1566 reconoció su buen servicio, se le desposeyó de su cargo por haber aceptado la contaduría del duque de Alba, y algunos pidieron se le concediese

bien los dos citados son los que promueven el convento, terminarán teniendo también un importante papel en el proceso fundacional los dos hermanos de Teresa Laíz: el licenciado Pedro de Aponte e Isabel Laíz, cuyas muy bien dotadas fundaciones terminarán fundiéndose en una que además tendrá los mismos patronos que la promovida por el matrimonio Velázquez/Laíz⁷. Como mediadores en la fundación del convento albenense actuarán Juana de Ahumada (hermana de la Santa) y su marido Juan de Ovalle, quienes darán a Teresa su ayuda (ya habían intervenido en los primeros pasos de san José de Ávila) y algún que otro pesar por su apurada situación económica, por la oposición del cuñado a la cesión de una calle al monasterio⁸ y por el escándalo de los amoríos de su sobrina Beatriz con un caballero albenense.

El 3 de diciembre de 1570 se otorga la escritura de fundación⁹, que firman Teresa de Jesús, Francisco Velázquez y Teresa Laíz (por la última, que no sabe escribir, firma Juan de Ovalle); del 12 del mismo mes es la autorización que el obispo da a Teresa de Jesús para fundar y ocho días más tarde se otorga la licencia para una capilla provisional. En las capitulaciones se establece que los fundadores darán al convento las casas en las que viven, otras cuando comiencen las obras (las de Martín Rodríguez y Marcial Serrano), y en el transcurso de las mismas irán comprando más casas (las del Licenciado Herrera) que agregarán a la parcela conventual. También ofrecen diversas donaciones y juros, y hacer la «capilla e altares della e cuerpo de Yglesia a su costa», frase de capital importancia, que se repite en la cartela sobre la fachada, para entender que, aunque se apunte que el templo es el

plazo para «ver si podrá desasirse del servicio del Sr. Duque de Alba e venir a servir a esta Universidad en el servicio de dicha Receptoría, atento los muchos años que ha servido a esta Universidad, e muy bien». Para comprender el asunto debe señalarse que desde el punto de vista profesional, de poder y de la nómina, pasar de receptor de la Universidad a contador ducal en aquellos años difíciles para la casa de Alba, podía considerarse un claro descenso, y que el hecho de haberse hecho cargo de la contaduría ducal sin comunicarlo previamente a la Universidad, parece indicar un comportamiento nada ejemplar. La Universidad terminará promoviendo litigio civil contra los contadores del duque, y en 1621 un pariente de Velázquez, Pedro de Ledesma y Paredes, terminó reconociendo suyo el censo, como hijo de uno de los fiadores, Pedro Dávila. Todo parece indicar, por decirlo en lenguaje actual, que aquella fue una operación de alto riesgo y que parece haber un señalado favoritismo de Velázquez hacia el Gran Duque, (no consta, ni es de suponer, ningún enriquecimiento ilícito de Velázquez). Dos datos más: la Universidad propuso como condición que Francisco Velázquez, Teresa Laíz y Pedro de Aponte fueran fiadoras del censo del duque y Velázquez pidió se nombrase a Simón Galarza como receptor «entretanto se desocupaba» de la contaduría ducal. Ver también el Apéndice II, con la Historia de la Mayordomía Universitaria de Francisco Velázquez, pp. 385-398. Bien puede ponerse en relación con estos hechos algunas compras de casas en Alba que hace Francisco Velázquez en 1565, como preludiando su instalación en la villa: el 4-2-1565 una casilla del clérigo Alonso Martín (ACA.DII-240), el 5-9-1565 unas casas de Francisco de la Peña y Catalina Arias (ACA. DII-241), el 5-4-1565 unas de Gonzalo Ovalle y el 25-1-1565 unas casas de Gonzalo de Tortoles (ACA.DII-242). ACA son las siglas de ARCHIVO de las CARMELITAS de ALBA.

⁷ En el archivo conventual se guardan las cuentas de las tres fundaciones. Concretamente los datos que señalan la fusión entre ellas están en: ACAT. C.4. Memoria Pedro de Aponte. f. 10 r. Patronos de la fundación son Teresa e Isabel de Laíz; ACAT. C.4 Memoria Pedro de Aponte. f. 37r. Isabel Laíz murió el 28 de julio de 1579. Se dice que sean una misma cosa la Memoria de Pedro Aponte y la de Isabel de Laíz; ACAT. C.4. Memoria Pedro de Aponte. Testamento de Isabel Laíz. f. 49 r. Que se junten su hacienda y la de Pedro Aponte en la misma memoria. ACAT. C.4. Memoria Pedro de Aponte. f. 51 r. Inventario de los bienes que dejó la señora Isabel de Laíz para incorporar a la memoria y obra pía con su hermano el beneficiado Pedro Aponte y para pagar la capellanía que dejó fundada en el monasterio de las descalzas de esta villa. 1582. ACAT. C.4 Memoria Pedro de Aponte. f. 158r. 1590. 2416 mvs para los archivos de las memorias de Aponte e Isabel Laíz que se hicieron en el coro bajo de este monasterio; ACAT. C.1 Cuentas 1612. f. 194 v. El 11-11-1612 se reúnen en Alba los distribuidores de las memorias que fundaron Francisco Velázquez, Teresa Laíz, Pedro Aponte e Isabel de Laíz, con los patronos de las memorias y el monasterio, Gaspar de Galarza y Álvaro de Pecellin.

⁸ Era la calleja de la Colada, que afectaba tanto al monasterio como a los Ovalle, que se sentían perjudicados si se cedía al monasterio una calleja de utilidad pública, por la que discurrían las aguas que, en caso contrario, podían inundar sus casas. Todo se arregló comprando las carmelitas una casa y aceptando que a la entrada y salida de la calleja cedida se pusieran rejas que permitieran el paso de las aguas. El acuerdo del concejo es de 15-12-1573. (LAMANO, op. cit., pp. 158-160 y 173-174).

⁹ El original, archivo de la catedral de Salamanca, fue publicado por LAMANO, op. cit., 360-384, y en ACAT. C-1. f. 1 a 14, hay copia de la escritura de fundación (con ligeras variantes) y también del testamento de Francisco Velázquez.

primero que se levantó bajo la vigilancia directa de santa Teresa y san Juan de la Cruz¹⁰, los responsables de la obra, de su forma y alcance, son primero Francisco Velázquez, desde 1571 hasta su muerte en 1574, y luego, su heredera y mujer, Teresa Laíz que morirá a principios de 1583, casi al mismo tiempo que se concluyó el templo. Ambos, y especialmente el que inició el convento, serán quienes determinen que artistas se contratan, optando por artífices salmantinos. El emplazamiento no podía ser más grato y dominaba aquella vista del Tormes que tanto gustó a santa Teresa: «y tengo una ermita que se ve el río, y también a donde duermo, que estando en la cama puedo gozar de él, que es alta recreación para mí». Santa Teresa se obliga a celebrar los consabidos cultos por los fundadores cuando sean difuntos, a que los fundadores sean los únicos que se entierren en la capilla mayor, y a que sus descendientes sean los patronos del convento. Se limita el número de religiosas hasta 12, más la priora. Por primera vez, en las capitulaciones se establecen garantías suficientes para asegurar a las religiosas lo más necesario (alimento y vestido), y, especialmente medicinas y todo lo necesario para el cuidado de las monjas enfermas. Teresa estaba firmemente asentada en el suelo y recordaba las penurias de las fundaciones de Malagón y Pastrana, y sabía que Alba era un lugar en el que el monasterio necesitaba fuentes externas de financiación¹¹. Quede constancia de que los duques, que luego reclamarán a Teresa para el parto de la joven duquesa, en nada apoyaron aquella inicial fundación, quizás por estar entonces el ya anciano Gran Duque en Flandes, por su apurada situación económica o por no interferir en los propósitos de su contador. La primera implicación ducal, manifiesta y de importancia, en el convento se produce en 1585-6 para lograr la vuelta a Alba del cuerpo de la Santa, desde san José de Ávila¹².

Tras no pocas negociaciones, el 25 de enero de 1571 se traslada el Sacramento y se puede considerar iniciada definitivamente la vida conventual, en unas reducidas casas y con una capilla provisional¹³. El 30 de enero de 1572 ya «están derrocadas las casas donde se a de acer la iglesia para el dicho monasterio», según indica Francisco Velázquez¹⁴. Se cede espacio a la vía pública y en 1572 se contrata la realización de las tapias de la iglesia y capilla. El 21/7/1583 el padre Jerónimo Gracián bendijo el templo en el que nueve meses atrás se había enterrado a la madre fundadora¹⁵.

¹⁰ MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. *Arquitectura carmelitana*. op. cit., p. 95. Conste que Teresa había abandonado Alba al poco de la fundación, y no volvería allí hasta agosto de 1573 (algunos niegan ese viaje o proponen otras fechas) y luego estará en el convento enero, febrero y medio marzo de 1574, fechas en las que más debió preocuparse del monasterio y sus monjas, y de sus ermitas (san Andrés), que de la iglesia que era asunto que correspondía a los Velázquez. Tras más de cinco años de ausencia, vuelve en el verano de 1579 (una semana) y luego, quince días antes de morir hace su última visita al convento, cuando ya terminaban las obras de la iglesia. Fueron cortas, distanciadas y pocas sus visitas, y malamente pudo supervisar las obras de una iglesia, que —además— no tenía que vigilar.

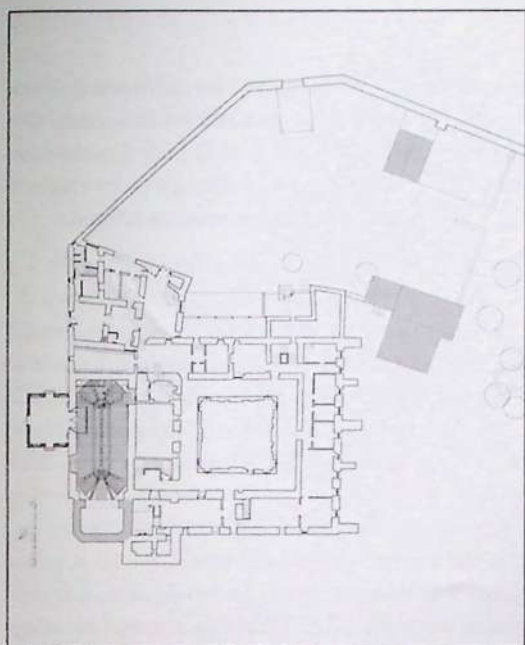
¹¹ *Fundaciones*, XX, I. «Yo no lo había mucha gana, a causa que, por ser lugar pequeño, era monester que tuviese renta, que mi inclinación era a que ninguna tuviese».

¹² El encargado de hacer las altas gestiones necesarias ante el papado fue Hernando Álvarez de Toledo, Gran Prior de Castilla (hijo ilegítimo del Gran Duque de Alba).

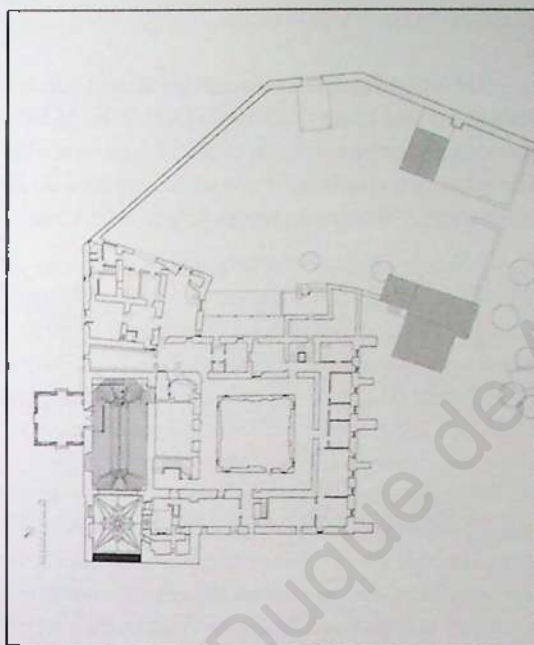
¹³ ACAT. C.4 Memoria Pedro de Aponte. f. Iv. Testamento de Pedro de Aponte (11-8-1574): «...Mando que el día que muriere mi cuerpo sea sepultado en la iglesia del monasterio... y mando que en el inter se acaba la iglesia y su edificio que al presente se ace, me depositen en la iglesia que al presente tienen, adonde está el Santísimo Sacramento y dicen el oficio divino, y acabada la iglesia mando que me pasen a ella y me sepulten en la capilla mayor, en el arco de la mano derecha, y me agan allí un bulto con mis armas...»

¹⁴ ACAT. D-1-7. En el Acta de Bendición de la iglesia, hay copia de escritura de 30 enero de 1572, ante Francisco de Gante.

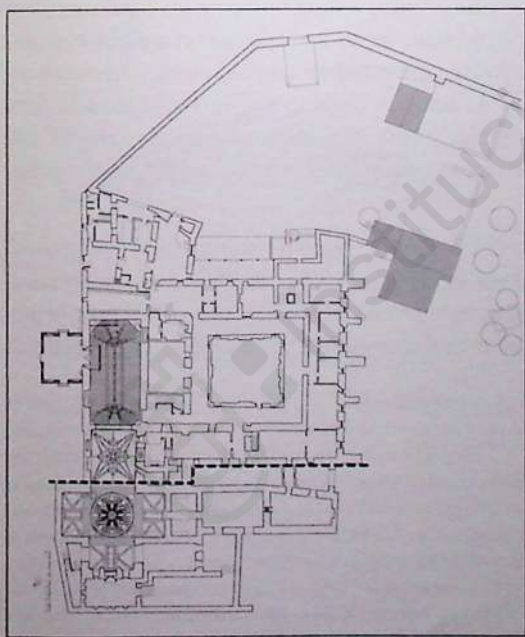
¹⁵ Algunos documentos del Archivo del convento, confirman el final de las obras del templo y recogen obras finales en el monasterio: ACAT. C.1. Cuenta de S. Galarza, 15-5-1583, f. 82 v. A Alonso Delgado por carretada de cal para la capilla del monasterio 26 rs.; ACAT. C.1. Cuenta de S. Galarza, 15-5-1583, f. 82 v. Al tapiador por las tapias de tierra en las casas que eran de Pedro Sánchez del Mercado; ACAT. C.1. Cuenta de S. Galarza, 15-5-1583, f. 82 v. A Andrés de la Torre por la lancha que está a la entrada de la iglesia 14 rs.; ACAT. C.1. Cuenta de S. Galarza, 15-5-1583, f. 83 r. Al mayordomo de la



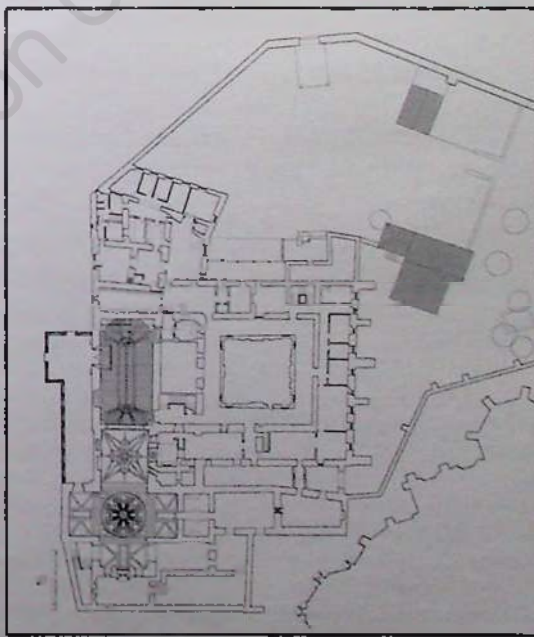
Planta del convento inicial. Nave primitiva con la armadura completa y uno de los posibles trazos de la capilla mayor proyectada y no realizada. Dibujo Jesús Gascón Bernal.



Planta inicial del convento con la nave de la iglesia primitiva con la armadura cortada y con la capilla mayor de 1576. Dibujo Jesús Gascón Bernal.



Planta del convento con la obra real añadida tras la antigua capilla mayor de 1576. Dibujo Jesús Gascón Bernal.



Planta actual del convento. Dibujo Jesús Gascón Bernal.

2. CONVENTO E IGLESIA

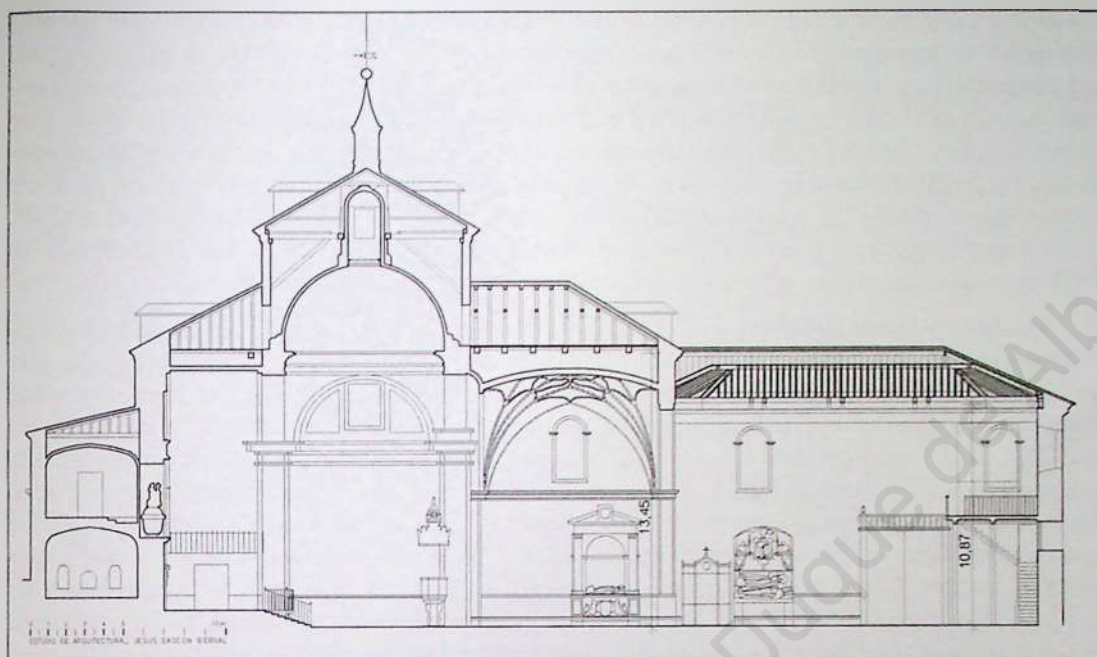
La orografía del terreno con un acusado desnivel hacia el río y la adecuación a las edificaciones de los Velázquez que en un primer momento hubo que mantener, son la causa de la anómala orientación del templo, que dirige su eje desde el SE. al NO., y no, como es tradicional, desde el O. al E. Difícil es saber con precisión que queda en el convento –además de las cimentaciones– de las casas principales de Francisco Velázquez, y las varias que posteriormente Velázquez incorporó a su solar tras las muchas reformas.

Muñoz Jiménez¹⁶ señala que el convento de Alba pertenece al grupo de edificios «donados a la Santa, ya edificadas y en los que la capilla se suele colocar en el zaguán», como Ávila, Medina del Campo, Burgos, Salamanca, Segovia y Sevilla. Se refiere a una primera capilla provisional utilizada mientras se levantaban las respectivas iglesias, y el emplazamiento en el zaguán estaba justificado tanto por ser una de las piezas más grandes de las casonas reutilizadas, como por tener fácil acceso desde la calle. En los planos se aprecia que existe una cierta continuidad entre los muros de la iglesia y los del convento, y casi podemos suponer que la iglesia se adosa a las posesiones de los Velázquez, aprovechando parte de ellas, buscando una mínima coherencia estructural entre uno y otro edificio. La primitiva traza conventual, aunque muy reformada, aún guarda algo de aquellas casas anteriores que se adivinan parcialmente en las desorganizadas fachadas a la huerta del cuerpo central del convento, en la galería de la enfermería, en la zona del zaguán, portería, tinajeros y el llamado pozo de san Andrés, zona alterada por la construcción del noviciado, en la segunda mitad del siglo XIX. En el plano actual aún puede adivinarse aquel primer convento y sus límites: estaba organizado alrededor de un sobrio claustro rectangular de desigual trazado, con las escaleras forzosamente incorporadas a su planta, y los únicos elementos de cierto gusto arquitectónico son los cuerpecitos salientes en el centro de cada fachada claustral. El convento al NO terminaba en línea con aquella primera capilla mayor proyectada, pero no realizada. Entre el primer templo (con la primera capilla mayor realizada) y la crujía claustral, se dispusieron la antigua sala capitular (hoy sala de reliquias), una zona coral que pronto pasó a transformarse en capilla sepulcral de santa Teresa (hoy forma parte de la capilla de oración, a la que se ha incorporado el antiguo cementerio conventual) y una antigua sacristía que tras la *obra real* se convertirá en confesionarios. Es el convento una suma de edificaciones en las que la Comunidad ha actuado durante siglos, buscando una cierta regularización, hacer la construcción más sólida y habitable, y más adecuada a las necesidades de cada momento. Todo cuadra con el espíritu práctico de santa Teresa y con la arquitectura de adición y reaprovechamiento que propugnaba y practicaba.

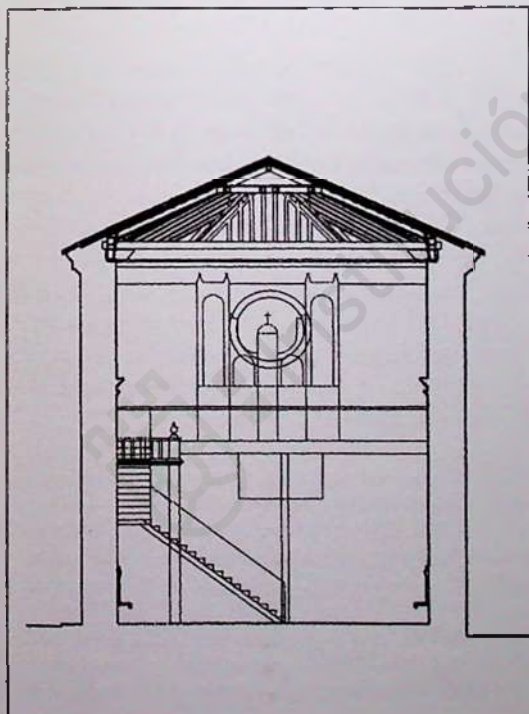
El análisis conjunto de la planta de la iglesia y del convento permite definir mejor el proceso constructivo del templo. La iglesia primitiva –levantada de 1571 a 1576– incluía exclusivamente el primer tramo rectangular de la actual iglesia, la nave con cubierta de madera, y una capilla mayor proyectada que no debió pasar de la fase de proyecto, de la que ni siquiera se realizó la cimentación de

iglesia de san Juan por el censo de unas casas que se metieron en el monasterio 10 rs.; ACAT. C.1. Cuenta que da Galarza de 1583 y recargos de 1582, f. 110 v. Cuatro rs. Para limpiar la calle para bendecir el cementerio de la iglesia de las descaldas; ACAT. C.1. Cuenta que da Galarza de 1583 y recargos de 1582, f. 110 r., 113 rs. de aderezo de la portería: 5 cuarterones, una docena de tablas, clavos, oficiales y peones. A finales de esa década constan otras obras en la iglesia: ACAT. C.1. Cuentas 1590. f. 167 v. «Recíbesele en cuenta a Galarza 4018 maravedíes que gastó en el reparo de la iglesia de este monasterio»; ACAT. C.1. Cuentas 25-3-1591. f. 222 r. «2374 mrs que se gastaron en poner los barales, carrilos y cordeles y clavos que se pusón en la iglesia de esta casa de las descaldas para efecto de cuando se entapica la dicha iglesia». El carpintero Pedro Fernández, vecino de Alba; ACAT. C.1. Cuenta 8-1-1592, f. 234 v. Una petición del monasterio para que se enlose o enladrille el cuerpo de la iglesia del monasterio»; ACAT. C.4 Memoria Pedro de Aponte. f. 81v. Noviembre de 1584. «... les costa que de presente esta santa casa y monasterio de las descaldas tienen necesidad precisa de hacer las paredes que cercan el dicho monasterio» y los distribuidores de la memoria dan para ello 75000 reales.

¹⁶ MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M., *Arquitectura carmelitana*, p. 80.



Sección actual del convento: camarines, presbiterio, crucero, antigua capilla mayor y nave primitiva con la armadura cortada. Dibujo Jesús Gascón Bernal



Sección de la nave primitiva. Dibujo Jesús Gascón Bernal.



Armadura de la nave primitiva.

los muros y que no ha dejado otro rastro arqueológico que los cimientos de su arco toral¹⁷, que tenía menos luz y, seguramente también menos altura, que el que le sustituyó. Sobre su planta, que pudo ser poligonal, rectangular, cuadrada o constar de tramo recto y tramo curvo, únicamente puede aventurarse que tendría una sacristía asociada y que no pasaría de la línea NO del primitivo convento (en la hipotética que presento se propone una cabecera ochavada, para ajustar su traza a la de una armadura de cubierta similar a la de la nave). Desechada aquella inicial capilla mayor, se construyó una capilla mayor rectangular (casi cuadrada) con bóveda tardogótica con combados terminada en 1576, que fue la primera capilla mayor levantada en el primer templo, hasta que en la llamada *obra real* de 1670 se añadieran crucero, cúpula y nueva capilla mayor, más sacristía y camarines.

Desde la plazuela (ampliada hacia 1612), siguiendo sus muros, puede hacerse un detenido recorrido por la historia constructiva del templo: a la izquierda, en el cuerpo bajo en el que está el zaguán de entrada al convento y donde se abre la más sencilla portada, puede suponerse el rastro de lo que serían las antiguas casas principales de los Velázquez, de las que queda el Pozo de san Andrés del que Teresa Laíz tuvo una visión que está en el origen de la fundación. La portada conventual es de buenas dimensiones, con un arco de medio punto moldurado con mínimas arquivoltas que siguen en las jambas, y con tranqueros a modo de capitel. Sobre ella un gran escudo de los fundadores del tipo que se repetirá en el interior y exterior del templo, coronado por yelmo y celada y con mucha hojarasca. A los lados hornacinas con salientes veneras que acogen una a san José y el Niño, y la otra una imagen que parece san Andrés¹⁸. A continuación sigue —más elevada— la nave de la iglesia primitiva, con dos ventanas y la actual puerta del templo, más una puerta cegada que puede ser la de las casas de Francisco Velázquez en cuyo hueco se enterraron los Galarza: luego se eleva la antigua capilla mayor anunciada por una pilastra de sillería, que tiene otra ventana que rima con las anteriores; y finalmente son visibles el crucero y el cimborrio. Tras ellos están la capilla mayor actual y camarines. En el crucero comienza la que se ha llamado la *obra real* (1670).

El atrio se cierra con reja y pareadas columnas, consta de dos partes, una cuadrada frente a la puerta del templo y otra menos saliente que corre paralela al muro y llega hasta la esquina del crucero. Un somero estudio permite ver que la zona cuadrada de la puerta es uniforme, y distinta y mejor acabada que la que va hacia el crucero. La primera remata con perfectas bolas pareadas, en la segunda se reutilizaron algunas de la primera y se labraron otras más toscas, en las que aparecen menos definidas las piezas del pretil y las columnas y su remate. Coetáneo de la portada es el primer cerramiento cuadrado que se ve en un grabado de la Ilustración Española y Americana de 1882, y la ampliación del cerramiento, que supuso abrir y trasladar parcialmente uno de sus lados (el SE), debe fecharse después de 1882, en las reformas que siguieron al III Centenario, cuando se abrió una puerta en el brazo de la epístola del crucero «para dar mayor ventilación a la iglesia, incapaz de contener las muchedumbres que ya empiezan a rendir a la Santa su tributo de admiración y respeto, acudiendo de todas partes»¹⁹, y por ello se amplió la reja del atrio exterior hasta el crucero.

¹⁷ Debe también añadirse el dato de que durante la excavación de la iglesia acometida en las últimas restauraciones (febrero 2005), ha salido a la luz la cimentación del arco toral de la capilla no realizada, de menos luz y situado hacia el NE. El informe de restauración, «INFORME DE SEGUIMIENTO Y EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA. Iglesia de la Anunciación. Convento de las MM Carmelitas Descalzas. Alba de Tormes (Salamanca)», firmado por la arqueóloga Ana Rupidera Giraldo, se guarda en el convento, e incluye planos y fotografías (pp. 33-35) de la cimentación de aquel arco toral, que en aquel momento no se interpretaron exactamente.

¹⁸ La identificación de san José y el niño es evidente, pienso que la otra imagen pueda ser san Andrés por la relación del santo con el convento, pero falta su característica cruz. Para ARAUJO, F. *Guía histórico-descriptiva...* op.cit. p. 194, son san Antonio y san Bartolomé. La gran puerta exterior tiene una inscripción en su curva en la que dice: ESTA PUERTA DIO DOMINGO DE LEGUERICA CABALLERO VIZCAINO AÑO 1696.

¹⁹ ARAUJO, F. *Guía histórico-descriptiva*, p. 195.

2.1. NAVE DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Como ya se ha señalado esta es una iglesia anterior a la fijación del modelo arquitectónico de templo carmelitano, y ni la portada está a los pies y tiene un triple arco formando un sotocoro, ni el templo se adapta a la solución de nave mayor entre naves de capillas, crucero y cúpula ante la capilla mayor. Si algún modelo hay que buscar como antecedente de la elemental planta de cajón original, habría que pensar en los más sencillos templos franciscanos. Arquitectónicamente no hay una solución más sencilla para levantar una nave. La planta es rectangular, su rectángulo se subdivide en dos cuadrados iguales, y se cubre con una ligera armadura de madera que no crea empujes, por lo que los muros pueden ser ligeros y no son necesarios contrafuertes.

Pedro Barajas es el autor de la pequeña nave y de la capilla mayor de la primitiva iglesia y también del cuerpo bajo de la portada del templo y de la portada del convento²⁰. Muñoz Jiménez indica que es «artífice muy próximo al arquitecto Rodrigo Gil de Hontañón». A este nombre deben de añadirse los de Murguía²¹, más Alonso Delgado y Juan González como autores de las tapias del cuerpo de la nave y de la capilla mayor, y el de Pedro Sánchez como autor de toda la obra de la carpintería. De 15-2-1572 es el contrato firmado por Alonso Delgado y Juan González, mamposteros de Alba de Tormes, para hacer las tapias del convento: «*de la obra de las descaldas* decimos /.../ que nos obligamos de hacer todas las tapias de mampostería de pizarra y cal quel señor Francisco Velázquez, contador de su excelencia el duque de Alba, al presente a de hacer en la yglesya y capilla de su monesterio que en esta villa hace de monjas descaldas de la horden de Nuestra Señora del Carmen, que tengan las dichas tapias a quatro pies y medio de grueso desde encima de un talus que se a de hechar a la parte de la calle, de piedra de Martinamor hasta subir el cuerpo de la iglesia a treinta y seis pies de alto, y lo que toca a la capilla quarenta y seis pies de alto, y todo se entiende poco más o menos, porque desde este talus por abajo an de ser medio pie más gruesas, y decimos que haremos cada tapia de las que en esta dicha iglesia y capilla ubiese, e precio cada una de a doze Reales por las menos /.../ el señor contador Velázquez la cal arena y pizarra puesto el pie de la obra, y que el agua que ubiere en las casas del dicho Francisco Velázquez y en el monasterio, en tanto que los poços la tubiesen, nosotros la sacaremos a nuestro coste y después que en los dichos poços faltare, quel dicho señor Francisco Velázquez sea obligado a nos la traer a la dicha obra, y así mismo emos de ser obligados de hacer los andamios a nuestra costa y poner la madera y clavos della, y abrir los cimientos a nuestra costa, dándonos el dicho señor Francisco Velázquez seis ducados (...) para ayuda de clavos y madera, y más la madera quel tubiere en la dicha obra, fuera la madera nueva (...), la madera vieja ques suya que a sacado de las dichas casas, y començeremos la dicha obra desde oy, día de la fecha deste conocimiento, hasta dar acabada la dicha obra bien echa a (soga) y cordel, conforme a una traza planta forma en un pergamino, y una traza (...) trazada en un pliego de papel de (...) mayor que para este fin están trazadas, y porque cumpliremos esto, obligamos de lo otorguen ante escribano público desta villa, y daremos fianças llaves y abonadas que cumpliremos lo susodicho, por manera que se entienda quel dicho señor Francisco Velázquez no a de dar otra cosa más de el dinero, como la obra se fuere

²⁰ ACAT.C 1, f. 29 v. Testamento de Teresa Laíz de 19-1-1583 (en esta fecha se abre el testamento que es de 22 de junio de 1580). 28- «Ytem, es mi voluntad que por quanto Pedro Barajas, cantero ha hecho la obra de dicho monasterio y sobre la tasa de ella se hubo traído pleito de todo lo cual y de lo que contra mí podía pretender está apartado por escritura pública. Es mi voluntad que aunque no se le deba ninguna cosa, por buenas obras que me ha hecho y buena voluntad que le tengo se le den 20 fanegas de trigo, y luego 10 ducados con condición que se aparte de llano de lo que pueda pretender acerca de la obra y haga escritura a contento de mis testamentarios».

²¹ ACAT.C 1, f. 29 v. Testamento de Teresa Laíz de 19-1-1583 (en esta fecha se abre el testamento que es de 22 de junio de 1580). 29- «Por quanto un Hulano Morguía, cantero trabajó en esta obra y no menos sus herederos han traído pleito y nunca se averiguó. Es mi voluntad se averigüe, y si por ventura yo le debiera algo, se lo paguen porque yo no lo puedo averiguar por no saber lo que trabajó en la obra».

haciendo y mereciendo y la cal y pizarra dicha, y quando en los poços no ubiere agua les a de dar agua a su costa, todo lo demás an de poner los susodichos Alonso Delgado y Juan González, hasta dar la dicha obra acabada y puesta en perdición y después de (...) se a de medir las tapias»²². Del documento se deducen la constatación de la obligada existencia de trazas, la fecha de 15-2-1572 como la más ajustada al comienzo de las obras de construcción del templo (antes se habían hecho las correspondientes demoliciones), y que las alturas definidas son muy similares a las actuales de esa zona del templo: los 46 pies de alto la capilla mayor coinciden con los 13,45 m. que tienen los muros de la capilla mayor y la nave primitiva tiene 10,87 m. que equivaldrían a los 36 pies del contrato.

La pequeña y sencilla nave mayor se cubría originariamente con una armadura en forma de artesa ochavada, atirantada, con almizate, limas mohamares, cuadrantes y pechinas planas, casi sin decorar y relacionable con la de la nave de la iglesia del convento de santa Isabel que en Alba de Tormes se levantaba en aquellos años (antes de 1577). En la restauración del 2002-2003²³ se ha suprimido el torpe falso techo de yeso de medio cañón rebajado que desde el siglo XIX ocultaba sus elementos, y puede verse que el lado de la armadura lindante con la capilla fue mínimamente mutilado al ceder parte de la nave para hacer la capilla mayor de 1576 algo más grande que la proyectada, y con un arco total más amplio y más alto. Por ello se cortó la artesa hacia el noroeste, sesgando el paño extremo y parte de sus cuadrantes para levantar el arco total de la capilla mayor, que sobre la marcha se antepuso al muro de cerramiento de la primera iglesia. Conocido es el documento referido a la polémica de 1652-55 sobre el lujo desarrollado en el convento de la Santa en Ávila²⁴, en el que se indica: «en el cuerpo de la iglesia de Alva, que aunque la capilla mayor es pequeña, pero el cuerpo de la iglesia es muy grande», afirmación que con los planos a la vista objetivamente es difícil no refutar.

Monumental es la portada de la iglesia, que Bonet Correa adjetiva de «recargado decorativismo y plasticidad decorativa»²⁵, con un cuerpo bajo de carácter arquitectónico que en refleja el estilo de Rodrigo Gil de Hontañón, con gran puerta de medio punto moldurada, enmarcada entre un orden con columnas con plinto, estriadas y decoradas en el arranque con bucráneos, guirnaldas y putis. El entablamento es sencillo y en las enjutas van los acostumbrados medallones con san Pedro y san Pablo. El cuerpo superior, marcadamente escultórico, es un añadido decididamente manierista y se subdivide en dos pisos. El primero está enmarcado entre dos escudos de los fundadores y recoge un relieve de la Anunciación con un paisaje urbano al fondo, movido y de buena ejecución, pero algo frío. Tras un nuevo entablamento, marcado con la fecha AÑO 1570 que en nada se ajusta al proceso constructivo (ni al primer cuerpo, ni mucho menos al añadido) y que seguramente se corresponde con la de la escritura de fundación del monasterio, se dispuso un tímpano semicircular, también manierista, con la figura agitada de Dios Padre, entre nubes. Enmarca el tímpano una moldura con dentellones similar a la de la nave y la primera capilla mayor. Remata una rica cruz sobre el fingido pergamino con la cartela fundacional, entre figuras acostadas sobre roleos y otras de pie en los extremos. La cantería puede ser de Barajas, pero la escultura es de Juan de Montejó (anótese que muere en 1601 y hereda sus encargos su hijo, de igual nombre²⁶) y, por simplificar, se aprecia en él una clara influencia de Juan de Juni, a través de Lucas Mitata.

²² Archivo catedral de Salamanca, Fondo Espinosa, Caja n.º 5, fols. 69-70.

²³ Ya a finales del pasado siglo pude asomarme por un hueco del techo de yeso y constatar la existencia de una armadura que ya había anunciado la falta de contrafuertes, y la «sombra» que los tirantes dejaban en su superficie al proyectar en su interior partículas de madera.

²⁴ MUÑOZ JIMÉNEZ: op. cit., p. 95. «Nueva documentación sobre la polémica del convento de Santa Teresa de Ávila (1652-1655): la arquitectura carmelitana en la disyuntiva Manierismo versus Barroco», en *Monte Carmelo*, 1985, pp. 15-95.

²⁵ En el prólogo de MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M. *Arquitectura carmelitana*, p. 11.

²⁶ CASASECA Y SAMANIEGO, p. 39.



Arco toral entre la antigua capilla mayor de 1576 y la nave primitiva (la armadura está cortada por el nuevo toral).



Atrio de cerramiento recrecido, puerta de la iglesia, puerta cerrada por el sepulcro de los Galarza, y sillares de esquina del templo y del arco toral de la antigua capilla mayor, que se montó sobre un extremo de la nave primitiva.

En la pequeña nave se abrían luego los huecos sepulcrales de los Galarza y el de los hermanos de la Santa. A los pies del templo, frente a la entrada, está el que acoge a Juan de Ovalle Godínez²⁷ (†1596), su mujer Juana de Ahumada (†1587) y al hijo de ambos Gonzalo de Ovalle (†1585), cuyos bultos fueron contratados en 1601 por el convento con el cantero Alonso Rodríguez²⁸, terminándose en 1603 (la inscripción en el frente dice acabóse en 1594²⁹, pero será la fecha de realización del arco y entierro, o es la que convenía). Las estatuas son de piedra de Villamayor, la de él «armado y con un yelmo a los pies y un pajecito, y su espada en la mano», y la de ella «con su vestido rico y su toca». A sus pies, en lugar del pajecito y la dama que figuran en el contrato, se labró una figura juvenil que representa a su hijo Gonzalo. El enterramiento se hace en un gran arcsolio precedido de un orden clásico con plinto, columnas jónicas estriadas, entablamento y escudos en los lados. Magnífico es el sepulcro de Simón de Galarza y de su mujer Antonia Rodríguez (sobrina del fundador), fabricado por Juan de Montejó en piedra de Villamayor y abierto en el hueco de la puerta según se pide en el testamento de Teresa Laíz³⁰; «que den aquel arco de la puerta que se cerró a Simón de Galarza para él y sus descendientes». Para aprovechar al máximo el hueco no se hizo marco arquitectónico alguno (se aprovechó el existente con su derrame), ajustando forzosamente las estatuas yacentes del matrimonio, la de él sobre la cama y la de ella como extraña yacente mural, con riquísimo vestido, leyendo y en marcado altorrelieve. A los pies se situaron sendas figuras infantiles, a modo de paje y damita. Remata todo un escudo descomunal con figuras femeninas como tenantes y en el frente de la cama una cartela epigráfica en piedra negra excesiva en contenido³¹ y dimensiones, y rodeada de otros dos escudos. El recargamiento formal y compositivo ya corresponde plenamente al barroco. La puerta, cegada al exterior con buena sillería, por su emplazamiento y disposición, no pudo pertenecer a la capilla, y seguramente sea de alguna de las casas compradas por Francisco Velázquez, o de las de su mayorazgo.

²⁷ En ACAT. A-II-35. 18-3-1596. Testamento cerrado. Abierto el 29-3-1596. (Copia de 1686). «...mi cuerpo sea enterrado en el arco y entierro que yo tengo en el Monasterio de las Descalzas Carmelitas desta villa, con mi querida mujer Doña Juana de Ahumada y Don Gonzalo de Ovalle mi hijo». Las carmelitas «se obligaron a hacer el arco y entierro con tres bultos de cantería en él, como parece por la escritura. Mando que se haga y así lo encargo a mis testamentarios y a la madre priora, por que con esta condición y cargo les dejó mi hacienda».

²⁸ ACAT. A-II-39. Contrato del sepulcro de Juan de Ovalle, 23-12-1601. «...e yo Alonso cantero, vecino de la ciudad de Salamanca y maestro del dicho oficio..., que aré dos bultos que se an de poner en el arco y enterramiento de Juan de Oballe, difunto, vecino y regidor de la dicha villa, que está en dicho monasterio en el cuerpo de la iglesia, frontero del de Simón de Galarza. El un bulto de los dichos de Juan de Oballe y el otro de Doña Juana de Aumada, su mujer, los cuales han de ser de piedra franca de Villamayor de la mejor que se allare, y el bulto del dicho Juan de Oballe le tengo que hacer armado y con un yelmo a los pies y un pajecito y su espada en la mano, y el de la dicha Juana de Aumada, su mujer, con su vestido rico y su toca... gruesos y papos del arco... con una doncella a los pies». Se pagarán 64 ducados. ACAT. A-II-40. 9-12-1603. Pago a Alonso Rodríguez de 500 reales para lo que a de aver para los bultos del señor Juan de Ovalle.

²⁹ ESTE SEPULCRO ES DE JUAN DE OVALLE GODÍNEZ Y D' JUANA DE AHUMADA, SU MUJER, HERMANA DE LA SANTA MADRE TERESA DE JHS Y D. GONZALO DE OVALLE SU HIJO. LOS QUALES DEXARON A ESTE CONVENTO TODA SU HACIENDA CON CARGA DE DOS MISAS CADA SEMANA Y DOS FIESTAS CADA AÑO Y UNOS SANTOS PARA SIEMPRE JAMÁS. ACABOSE AÑO DE 1594 AÑOS.

³⁰ ACAT. C I, f. 29 v. Testamento de Teresa Laíz. Codicilo de 19-1-1583. 9- «Ytem, es mi voluntad y si es necesario ruego y pido por merced a la S^a Priora y monjas de dicho monasterio que den aquel arco de la puerta que se cerró a Simón de Galarza para él y sus descendientes, que siempre fue mi intención que fuese para él y no le lleven más de los cien ducados que ofreció dar por él». Copia en ACAT. Becerro 50rs. Recuérdese que los fundadores se reservaron la capilla mayor, para ellos y sus familiares, por lo que ese enterramiento está en la nave, pide Teresa Laíz licencia para él.

³¹ ESTE ARCO Y INTIERROS SON DE SIMÓN GALARZA Y SUS HEREDEROS I^o PATRÓN DE ESTA IGLESIA MONASTERIO Y MEMORIAS QUE DEJARON FRANCISCO BELÁZQUEZ Y THERESA DE LARIZ SU MUJER, SUS FUNDADORES. DESCENDIENTE POR BARÓN DE LOS SEÑORES DEGALARZA QUE TIENEN SU ASIENTO Y SOLAR EN EL BALLE RREAL DE LENIZ EN LA PROVINCIA DE GUIPÚZCOA. ESTÁ EN EL BEZERRO DE NTRA. SRA. DEL HORRIO DE LA ENCARTACIÓN DE LAS CASAS DE SOLAR DE CABALLEROS E HIJOSDALGO DE BIZCAYA.

2.2. CAPILLA MAYOR ANTIGUA

Como ya se ha apuntado la primera capilla mayor construida ocupó el espacio de una más pequeña y de menos altura que no pasó de la fase de proyecto. Es un cambio de plan atestiguado por el ligero adelantamiento hacia la nave del muro del nuevo toral de la capilla, que motivó el hecho ya descrito de truncar la armadura para desarrollar un toral con más luz y más altura, o al comprobar que la esquina de la nave primitiva, la que da a la plaza, tiene sillares marcando el ángulo saliente hacia el SE en la parte baja (hasta la altura de la nave) y hacia el NE en la parte alta, la correspondiente al cimborrio de esa capilla. También se relacionan con ese cambio de plan los distintos documentos que señalan que Francisco Velázquez fue comprando distintas propiedades para ampliar la iglesia, y especialmente el siguiente incorporado al acta de bendición, en el que se inserta escrito de 30-1-1572 ante Francisco de Gante, en el que Francisco Velázquez se refiere al monasterio que quiere hacer en esta villa y del que «tiene derrocadas las casas donde se a de azer la iglesia para el dicho monasterio, e quiere abrir e sacar los cimientos y por que él deja más sitio e lugar que las calles donde estaban las dichas casas que antiguamente estaba» y pide se acuda a medir lo que deja y se levante testimonio estando el corregidor Francisco Ramírez. Se apunta que Francisco Velázquez «deja en las dichas calles de más de lo que estaban lo siguiente: primeramente de ende la esquina donde está sentada la primera piedra del cimiento de la dicha iglesia de la calle pública y asta la esquina frente de las casas de cardenal que es como bajan de la plaza a la calle de los caldereros y se midió la calle antigua y se halló tener de calle doce pies e medio, y de allí y en derecho hacia palacio de su excellencia, la mitad a donde a de estar el lienzo de la iglesia, ay de calle antigua diez pies e medio, y de allí hasta el extremo al cabo de la iglesia frontero de la casa de cardenal y frontero de la casa donde vive al presente Maldonado Sillero ay de calle antigua diez pies y medio /...../ y por la calle abajo que llaman de caldereros, que baja de la plaza para la puerta del río, ay de calle antigua de ende la esquina del dicho monasterio y asta la casa de Andrés Méndez procurador general que es de esta villa ay nueve pies y medio de calle antigua»³².

Exteriormente su fábrica es similar en materiales y disposición a la nave, pero se remata con una cornisa de dentellones que luego servirá de modelo para la *obra real*. A ambos lados del arco toral de entrada a esa antigua capilla mayor están sendos escudos de los patrones del convento y en la cornisa que recorre por el interior la capilla a la altura del arranque de las nervaduras de la bóveda hay una inscripción incompleta que dice «...A GLORIA DE DIOS ... FRANCISCO VELÁZQUEZ... NES PARA SUSTENTAMENTO DE LAS MONJAS Y LOS DEMÁS SUS BIENES DEJARON PARA REMEDIO DE SUS DEUDOS Y PARA POBRES DE TODOS LOS ESTADOS. ACABOSE AÑO 1576», fecha que a lo sumo podría convenir al cuerpo inferior de la fachada (ya se ha señalado la imprecisión en las fechas de muchas de cartelas que recogen en el texto fechas correspondiente al momento del encargo, y en este caso en concreto consta que en 1583³³ se estaba enlosando con mocárabes, nombre que se da a las losetas de pizarra, de planta hexagonal alargada que en la última restauración han aparecido bajo otros pavimentos, y ya se ha indicado que la bendición fue el 21/7/1583). La capilla cierra con una bóveda nervada con múltiples claves ornadas en la conjunción de una teoría de diagonales, terceletes y ligaduras, más patas de gallo, y cuatrefolia de combados a los que se oponen otros combados sobre las diagonales. Todo permite aventurar

³² ACAT. D-I-7. Expediente de bendición del templo (21 julio 1583).

³³ ACAT. C.I. Cuenta de S. Galarza 15-5-1583, f. 82 v. A Bernal de Huerta de las lanchas de mocárabes para acabar de enlosar la capilla 34 rs.; ACAT. C.I. Cuenta de S. Galarza 15-5-1583; f. 83 r. 27468 mrs «que pague a Pedro Barajas cantero para en cuenta del enlosado de la capilla de dicho monasterio que hizo y el asiento que hizo para poner la reja y lo demás que hizo para poner la reja, por que lo de más a cumplimiento de los 100 ducados se le pagó en trigo, y se asentará a la cuenta de pan»; ACAT. C.I. Cuentas de Trigo 1583, f. 89 r. «6 fanegas a Barajas por la enlosadura de la capilla, según mandato de Teresa, Laiz» (además de los 10 ducados). Los datos se repiten en ACAT.C I, folio 29v El testamento de Teresa Laiz de 19-1-1583 (en esta fecha se abre el testamento que es de 22 de junio de 1580).

que —aunque realizada por Barajas—, la traza de la bóveda de la capilla sea de Rodrigo Gil de Hontañón, ya que repite la traza más usada por el arquitecto (la ya descrita), a la que se le ha añadido alrededor de la gran clave central un cuadrado inscrito en la cuatrifolia³⁴. Casaseca Casaseca relaciona esta bóveda con la del crucero de Saucelle³⁵. La huella de Hontañón es evidente también en el tejadillo piramidal de la espadaña de la capilla mayor (en 1580 se puso en ella la campana), que como corresponde en una clausura carmelitana, esta orientada hacia la huerta y no hacia la población. El tejadillo recuerda los remates que puso en las torres de la Vela y del Tesoro del claustro compostelano. No ignoramos que el modelo aparece en muchas otras obras y que ningún apoyo documental hay para la atribución y hablar de una posible relación entre Hontañón y Francisco Velázquez no es más que una hipótesis sin fundamento. No obstante pienso que los elementos señalados de la bóveda y la espadaña, son suficientes para apuntar la atribución. Las claves tienen como motivos: la central un magnífico escudo de los fundadores con la inscripción VANITAS VANITATIS ET OMNIA VANITATUM (es la divisa familiar, pero mal casa con la magnificencia de la capilla), y las demás a san Pedro, san Pablo, san Andrés, san Juan Evangelista, Santiago, san Marcos, san Agustín, san Francisco, la Magdalena, santa Catalina de Alejandría, san Antonio de Padua, santa Clara, San Bruno, frailes y ángeles... A la altura del toral, en el lado de la epístola, había un púlpito al que se accedía desde la capilla, que estaba situado en la nave (en las recientes obras de restauración del templo se descubrió un pasillo embutido en el muro que conectaba la escalera con el púlpito. La documentación conventual, basada en las entradas de los libros de cuentas de la fundación de Pedro Aponte, aporta datos escuetos y no muy precisos, que únicamente permiten recomponer la disposición general de la antigua capilla mayor, en la que estaba el sepulcro de los fundadores en el centro y protegido por una reja, el sepulcro de la Santa y coros en el muro del evangelio y dos sepulcros de Pedro Aponte e Isabel Laíz en el muro de la epístola, y el lugar principal lo ocupaba en el centro del elevado presbiterio un retablo mayor de escultura. Hay otros dos retablos colaterales (no se puede precisar si apoyados en el muro de fondo o en los laterales, ya que la cita más precisa dice, en las cuentas de 1600, señala: «...A Montejo, escultor vecino de Zamora, a cuenta de pago de los dos retablos colaterales que hizo de los entierros de los señores fundadores»), y esos entierros, si como es lógico eran los de los Velázquez, estaban entonces en el centro de la capilla, y si eran los de Aponte e Isabel Laíz, estaban en el muro de la epístola. El central con tres imágenes y ático, y los tres con su correspondiente guardapolvos. El escultor de los tres retablos es Juan de Montejo, que aparece como vecino de Fuentesauco, que en 1590 ya había cobrado el central y que tarda tanto en terminar los laterales que hay que reclamarle su obra que no llega hasta 1595. De lo principal de su pintura se encargó Martín Delgado, que también hace de dorador, y cuya obra completarán su hijo Carlos Delgado, más María Salcedo, Marcos Sánchez, Juan Rodríguez. Juan de Montejo hijo hace bustos y escudos. La custodia del altar mayor era obra de Juan de Sosa³⁶. Esta primera capilla mayor construida se cerraría con un

³⁴ Según señala Antonio Casaseca, para el que la huella hontañonesca aparece en la tracería de las bóvedas, este corresponde con el primero de sus modelos: «El primero (n.º 1) lo determina la utilización de cruceros, terceletes, cuatrifolia al centro, patas de gallo a la clave de los arcos, ligazones uniendo las claves de los terceletes y combado semicircular tangente a los lados de la cuatrifolia. El rampante es semicircular y la plementería, la mayoría de las veces, aunque no siempre, de ladrillo pintado fingiendo el despiece. Este patrón es típico de Rodrigo Gil y está recogido en el *Compendio de arquitectura...* en tres de sus figuras: las núm. 6, 8 y 24 de la edición de Camón 5. Fue el tipo de tracería preferida para cubrir el tramo central del crucero y las capillas cuadradas de las naves. Lo utilizan a partir de 1545 y especialmente desde 1550-1555 hasta el final de su vida, siendo en las catedrales de Astorga y Salamanca donde aparece por primera vez». (CASASECA CASASECA, A. *Rodrigo Gil de Hontañón. Rascafría 1500-Segovia 1577*, Salamanca, 1988, pp. 122-123).

³⁵ En *Los Lanestosa*, op.cit. p. 95. Fecha el proyecto en 1553 y lo considera de Pedro de Lanestosa el Viejo (p. 51).

³⁶ ACAT. C.I. CUENTAS 1588-90, f. 208 v. Simón de Galarza pagó 20320 mrs «a Martín Delgado pintor para en cuenta de lo que a de aver por el dorado del retablo mayor del dicho monasterio», y «879 mrs que gastó Simón de Galarza en angeo, clavos y cola para Juan de Montejo escultor, para acompañar las tres figuras del dicho retablo que estaban desacompañadas»; ACAT. C.I. CUENTAS 25-3-1591, f. 212 v. «8560 mrs que pagó a Martín Delgado a buena cuenta de lo que a de aver de la pintura del retablo mayor de dicho monasterio»; ACAT. C.I. Cuentas 25-5-1591, f. 220 v., «590 mrs pagó a la de Pero López Vendero de seis baras de angeo a dos rs. y medio la bara y de dos litros de cola a cuarenta mrs la libra,

testero plano ante el que se levantaría elevado el altar mayor y un retablo mayor desaparecido, hecho en 1590, con tallas de Juan de Montejó (al que se encargaron otros dos retablos colaterales también desaparecidos). Coronarían el testero, sobre el retablo, las recién descubiertas pinturas murales debidas a Martín Delgado (es el principal pintor de los que aparecen en la documentación y en ella se cita la pintura de la toral), con los símbolos de la Pasión que, aunque de muy regular factura, repetían —a gran distancia— la disposición y traza de los lunetos del remate del Juicio Final que entre 1536 y 1541 Miguel Ángel pintó en la Capilla Sixtina de san Pedro del Vaticano. Es posible que el autor conociese tales modelos a través de Passini o los otros artistas italianos que intervinieron en la decoración del palacio

para dar a Martín Delgado pintor para el retablo que pinta y dora para el dicho monasterio compareció por carta de pago», y «400 rs. que pagó al dicho Martín Delgado pintor, para cuenta de dorar y pintar el dicho retablo del dicho monasterio como pareció por tres cartas de pago firmadas por el dicho Martín Delgado»; ACAT. C.I. CUENTAS 25-3-1591, f. 221 r. 300 rs. Que pagó a Tomás Villa, criado de Montejó escultor por el mandato de la madre priora de dos retablos colaterales que hace para el dicho monasterio como parece por carta de pago del dicho»; ACAT. C.I. Cuenta 24-11-1591, f. 230 v. 23500 mrs a «Martín Delgado de la pintura del retablo de esta bendita casa» y 1500 mrs a «Montejó, escultor vecino de la Fuente Saucó, a buena cuenta de los dos retablos colaterales que hace para este monasterio de las descalzas»; ACAT. C.I. Cuentas 24-11-1591, f. 231 r. «4 rs. que pagó a Lorén entallador por tasar la coronación de la custodia que hizo Sosa para el retablo»; ACAT. C.I. Cuentas 24-11-1591, f. 231 v. «19 ducados que pagó a Juan de Sosa entallador vecino de esta villa, de la coronación de la custodia que hizo para poner en el retablo mayor de la iglesia deste monasterio»; ACAT. C.I. Cuentas 24-11-1591, f. 231 v. «6 hojas de lata y un pago al jerónimo fray Juan de san Fulgencio, que con ellas hizo unas azucenas para la custodia»; ACAT. C.I. Cuentas 24-11-1591, f. 231 v. 7804 mrs que «se gastaron en asentar el retablo mayor a toda costa»; ACAT. C.I. Cuentas 24-11-1591, f. 233 v. «600 mrs que pagó a Pedro de Barajas, cantero, por labrar y poner/ o asentar de su costa dos piedras que llaman Lernas, para las esquinas del retablo mayor, con dos personajes en ella»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1595, f. 249 v. 9318 mrs de lo que le debía «del retablo mayor de esta vendita casa y de las lernas y pintura del guardapolvo». A Martín Delgado, pintor vecino de Alba. También se pagan al cerrajero basas y sortijas para sujetar el retablo, angeo y teñirlo y a un carpintero por poner el guardapolvo, 58 rs. que pagó a Martín Delgado, pintor de la pintura de la toral que pintó y tan en el facistorio del retablo mayor, cabe la imagen de nuestra señora, como parece por una carta de pago; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1594, f. 281 r. 46 mrs de un mandamiento que se sacó contra Montejó para que trajese los retablos, que le llevaron unos frailes para ejecutarle; ACAT. C.I. Cuentas 4-11-1595, f. 291 r. «de un peón que fue a Zamora a descomulgar a Montejó para que trajese los retablos»; ACAT. C.I. Cuentas 4-11-1595, f. 292 v. Se ponen los retablos, 100 rs. a Montejó para la cuenta de los retablos; ACAT. C.I. 11-11-1596, f. 303 r. «dos pies de yeso, que se envió por ello a Salamanca. Costaron trece reales y de hacer los espaldares de los retablos colaterales de oficiales y peones y de deshacer los retablos cuando les llevaron a pintar. Un todo cuarenta y dos reales»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1597, f. 310 r. 2 se le reciben en cuenta 550 rs. que pagó a Martín Delgado y su mujer para en cuenta de los retablos como parece por carta de pago; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1597, f. 310 v. «gastado en acer los espaldares de los altares colaterales con ladrillo, y oficiales y peones y arena y cosas que se hicieron en la iglesia y sacristía y trastejar ese lado de la iglesia»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1597, f. 311 r. «... Martín Delgado e consorte para los retablos, a Andrés Ximénez de la villa para pintarlos»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1598, f. 319 v. «a la mujer de Martín Delgado, pintor, 200 rs. para en pago de los retablos de pintarlos como aparece en carta de pago»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1599, f. 332. Más se le reciben en cuenta 50 rs. a... pintor vecino de Salamanca para en cuenta de lo que a de aver de las pinturas de los retablos del monasterio como pareció por una carta de pago»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1600, f. 342 v. 26 rs. que pagó a Marcos Sánchez, pintor vecino de la villa por pintar un guardapolvos para uno de los retablos colaterales y dalles en negro y pintar un Cristo atado a la columna como parece por carta de pago; ACAT. C.I. 11-11-1600, f. 343 r. «200 rs. a Carlos Delgado pintor vecino de Salamanca por los retablos que va pintando»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1600, f. 344 v. «... A Montejó, escultor vecino de Zamora, a cuenta de pago de los dos retablos colaterales que hizo de los entierros de los señores fundadores como consta...»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1601, f. 355 r. «200 rs. que dió a la viuda de Martín Delgado, pintor vecino de Salamanca, en cuenta e carta de pago del altar que a dorado y del que va dorando como pareció por su carta de pago»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1602, f. 365 v. «Más se le reciben en cuenta doscientos reales que a pagado a buena cuenta y en parte de pago a María de Salcedo vecina de Salamanca pintora, de la obra de los retablos para lo que a de aver de la dicha pintura como consta de su carta de pago» y «Más se le reciben en cuenta 556 rs. que tiene recibidos Juan de Montejó, escultor vecino de Salamanca, en cuenta y parte de pago de los marabedís que se le an de pagar de retablos y bustos como pareció por su carta de pago»; ACAT. C.I. Cuentas 5-12-1603, f. 371 r. 200 rs. a M.^a de Salcedo, vecina de Salamanca en parte de pago de los mrs. que a de aver por la pintura de los retablos; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1605, f. 411 v. «Más se le reciben en cuenta doscientos reales que pagó a la mujer y herederos de Martín Delgado, pintor vecino de Salamanca, en cuenta y parte de pago de lo que a de aver del dicho retablo como pareció por carta de pago»; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1606, f. 424 v. 900 mrs. Por asentar dos retablos colaterales, 613 rs. a María de Salcedo pintora, 297 rs. pagados a María de Salcedo y Alonso Rodríguez de los retablos colaterales que pintaron y están asentados en el monasterio. Se les deben 2860 mrs; ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1606, f. 425 v. Clavazón de los guardapolvos de los colaterales.

ducal, que pudieron facilitarle a Martín Delgado alguno de los grabados que había hecho Giorgio Ghisi³⁷ (1520-1582) diez planchas que en conjunto recogen todo el Juicio Final, con un busto de Miguel Ángel en el centro. Según De Maio están inspiradas seguramente en la copia del Juicio Final realizada para el cardenal Alessandro Farnese a mediados de siglo (1549³⁸) por Marcello Venusti, el discípulo de Miguel Ángel, copia que hoy está en el Museo de Capodimonte y cuyo principal valor es el de darnos un estado del original anterior a la censura del Papa Paulo IV y de D. Volterra. Debe hacerse constar que las controvertidas dataciones de las diez planchas de Ghisi³⁹ fluctúan entre 1545, 1549, 1556 y 1564, fechas siempre anteriores a la reforma de Volterra, y en algunos casos a la obra de Venusti en la que hemos dicho se inspira. No debe descartarse que otros grabados pueden ser la fuente de estas pinturas murales, que suponen un hito en la difusión de la pintura de Buonarroti en España. En concreto me refiero a los de Nicolas Beatrizet o Claude Duchet y los de Martino Rosso por su esquematismo, y —muy especialmente— a los de Nicoldò della Casa (Nicolás de La Maison) estampados por Antonio Salamanca, que en sus trazas son tan cercanos a las pinturas murales como los de Ghisi o más, y que pueden relacionarse a través del grabador con la casa de Alba. Las pinturas descubiertas en la última restauración (2004), cubriendo los tres plementos contiguos a la clave del arco toral de entrada al crucero, con lo que aquí se disponen los símbolos de tres espacios bien definidos (la cruz en el de la izquierda, corona de espinas y clavos en el central y columna y escalera en el de la izquierda). Seguramente se completarían con otras pinturas centrales desaparecidas, que ocuparían el remate del testero de la primera capilla mayor, entre el retablo mayor y estas, configurando una versión más o menos esquemática del modelo de la Sixtina. Lo descubierto es obra evidentemente torpe, que no sigue fielmente a Ghisi o della Casa, pero que se

Antonio Gutiérrez cobra la tasación del primer retablo: ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1607, f. 436 r., 46 rs. de 14 varas de anejo para el altar que faltaba, 62 rs. a Martín Delgado pintor, 3.424 mrs. a Alonso Rodríguez pintor, 138 rs. a Alonso Rodríguez pintor, 960 rs. para los ladrillos de los guardapolvos de los retablos colaterales: ACAT. C.I. Cuentas 3-11-1608, f. 447 v. A Juan de Montejo escultor por los escudos que hizo para los retablos: ACAT. C.I. Cuentas 3-11-1608, f. 448 r. 446 rs. a Alonso Rodríguez pintor por la pintura de los retablos: ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1609, f. 461 r. 300 rs. que se dieron a Diego Fernández, pintor por los escudos que pintó para las descalzas y lo demás que hizo como consta de su carta de pago: ACAT. C.I. Cuentas 11-11-1609, f. 461 r., 48 rs. a Jerónimo Pérez, Escultor por los cuatro escudos de los colaterales como parece de su carta de pago: ACAT. C.I. Cuentas 1611, f. 493 r. ... «mandaron que se haga cuenta con la mujer y herederos de Martín Delgado pintor vecino de Salamanca y en lo que realmente pareciere se le reconozca y pague». ACAT. C.I. Cuentas 30-12-1630, f. 517 v., 5.100 mrs del último pago a Martín Delgado pintor.

³⁷ No es este artículo el lugar para tratar pormenorizadamente de la difusión de la obra Miguel Ángel en España, que en el campo de la escultura va desde la Piedad de Francisco Vázquez en la catedral de Ávila, a la patente influencia de Miguel Ángel en Bartolomé Ordóñez y Berruguete, pasando por ejemplos como el que recogió Francisco José Portela Sandoval (*La escultura del siglo XVI en Palencia*, Palencia, 1977, pp. 351-355) del retablo de san Miguel de Casillas (Palencia), obra de los Balduque en la que el Juicio Final es la fuente y la composición se ha simplificado mucho. Volviendo al *Juicio Final* hay que señalar que recientemente Carmen Morte «García Pietro Morone y las nuevas formas artísticas en Aragón», en *El modelo italiano en las artes plásticas de la Península Ibérica durante el Renacimiento*, M.^a J. Redondo Cantera, pp. 313-339, ha señalado que este pintor piacentino, llegado a España en 1449, se inspiró en la pintura de Miguel Ángel, tanto en algunas tablas del retablo de san Miguel de la ermita de Santa María de Paracuellos del Jiloca, como —de manera más cabal— el exterior de las puertas del retablo de la parroquia de San Miguel de Ibdes (Zaragoza), contratado en 1555, en el que pudo usar sus apuntes del original y/o los grabados del mismo realizados por Antonio de Salamanca o Giulio Bonasone. Cita Morte García la existencia de 15 grabadores que reprodujeron el Juicio y remite a VV.AA. «La Sixtina tra copie e incisioni. Disegni e incisioni da Michelangelo», en *Michelangelo e la Sixtina. La tecnica, il restauro, il mito*, Roma, 1990, pp. 127-262.

³⁸ Tras la pista de Giorgio Ghisi, me puso un buen colega y amigo: Diego Suárez Quevedo. RUSSO, L. «Per Marcello Venusti, pittore lombardo», en *Bolettino d'arte*, n.º 64, 1990 Noviembre-Diciembre, pp. 1-26. En las pp. 3, 16 (nota 9), 23 y 24 se hace eco de noticias fidedignas (cartas de pago) que fechan en 1549 la copia del *Juicio Final* hecha para Alejandro Farnese, nieto de Paolo III, el papa que encargó la obra en la que se representaba un san Pedro desnudo identificable con el pontífice, lo que permite asegurar que el cuadro fue realizado para un ámbito privado.

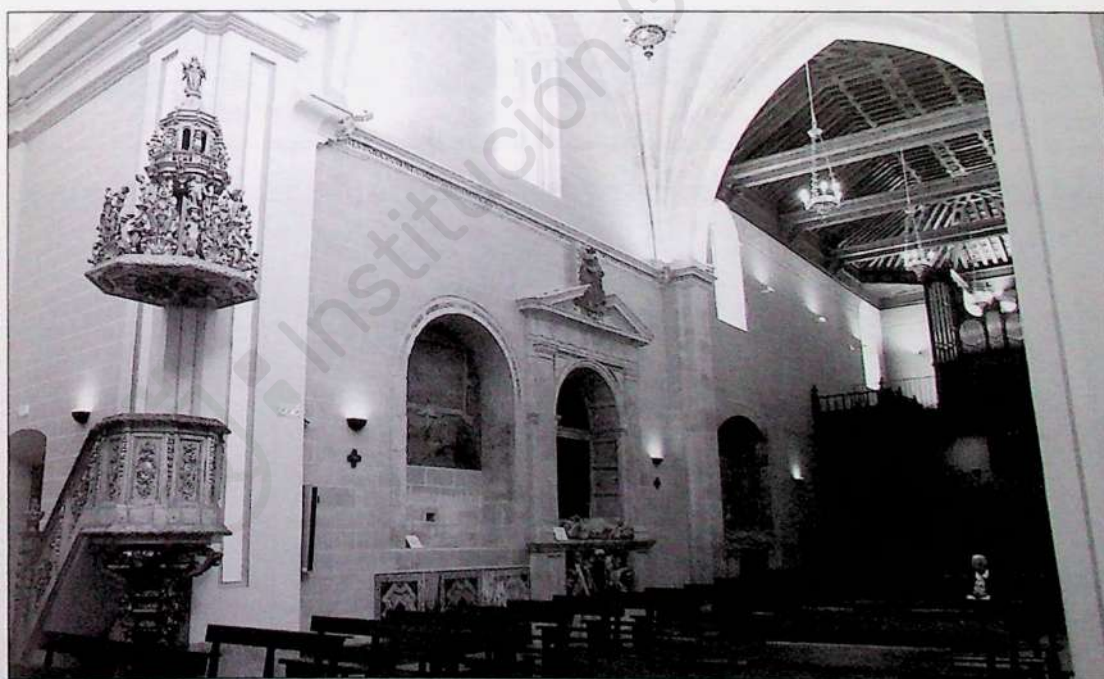
³⁹ Ghisi hizo una serie de grabados de tres profetas y tres sibilas de las bóvedas de la Sixtina, de una factura muy superior al Juicio, lo que puede deberse a un conocimiento directo de los originales y al carácter más lineal de estas pinturas respecto a las del Juicio.



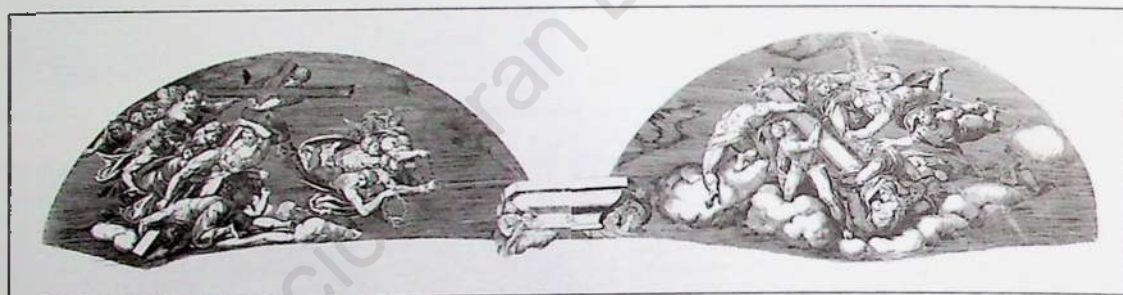
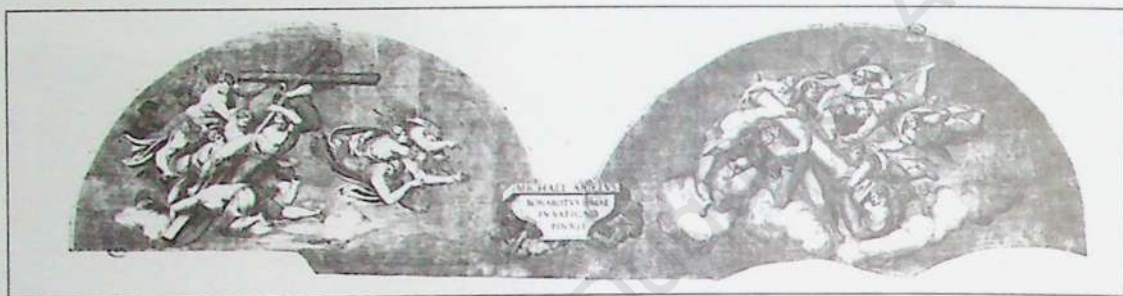
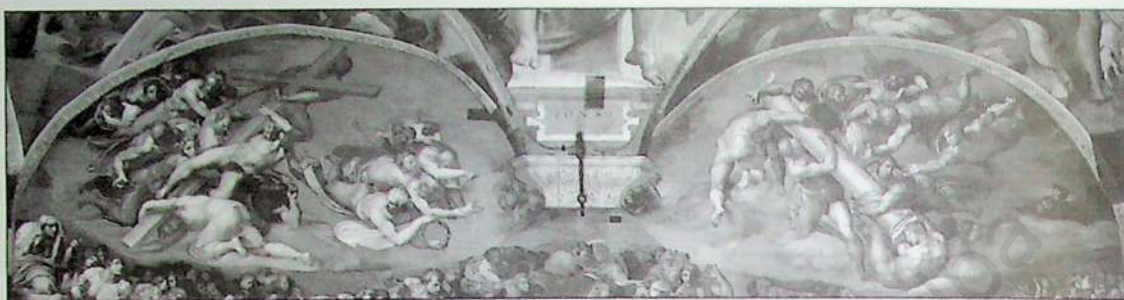
Clave central de la antigua capilla mayor con el escudo y divisa de los fundadores.



Espadaña de la antigua capilla mayor.



Pulpito, sepulcro vacío de Pedro Aponte, sepulcro de los fundadores trasladado al muro y sepulcro de los Galurza.



El Juicio Final de Miguel Ángel. Grabados de Nicolò della Casa y Giorgio Ghisi inspirados en el de la Sixtina. Versión en los plenos de la bóveda de la antigua capilla mayor de Alba de Tormes.

inspira en alguno de los dos, ajustando muy forzosamente lo dispuesto en dos lunetos semicirculares a tres estrechos plementos góticos.

Fue esta anterior capilla mayor concebida como panteón, y en el centro y protegido por una reja, se dispuso, exento, en su primera ubicación, el sepulcro de los patronos ante el altar (Francisco Velázquez †1574 y Teresa Laíz †1583). En el muro de la epístola hay dos arcosolios, el primero fue de Isabel Laíz y hoy es de Francisco Velázquez y Teresa Laíz, y el segundo que fue de Pedro Aponte y los Villacepellín, que hoy aparece sin yacentes y pintado. Al lado del evangelio estuvieron los primeros coros conventuales, en los que luego se sucederán los primeros enterramientos de santa Teresa de Jesús.

En el centro se dispuso originariamente el sepulcro de los Velázquez-Laíz, con bultos labrados de los personajes, estaba protegido por una reja⁴⁰ y obligaría a subir la zona del altar sobre el nivel del templo. Era la ubicación lógica ya que el templo era su mausoleo y en una de las cláusulas de la escritura de fundación se establecía que ellos se enterrarían en la capilla mayor, donde quisieran, con bustos, y que en la capilla únicamente podrían enterrarse los que ellos autorizasen⁴¹. Aquel sepulcro exento de los Velázquez, atribuible a Juan de Montejó, de piedra de Villamayor, una vez hecha la nueva capilla mayor quedaba en el centro de la iglesia por lo que parte de sus imágenes fueron trasladadas en 1688 al arco del sepulcro de Isabel de Laíz y Bartolomé del Carpio, que resultó algo insuficiente, lo que obligó a instalar de modo forzado sus dos estatuas yacentes y paje. Los escudos del anterior monumento también se instalaron en el nuevo: uno incrustado en el frontón partido que remataba el sepulcro, otro con angelotes tenantes en el frente del sepulcro y uno pintado con las armas de ambos en el tímpano, sobre la también trasladada inscripción sepulcral⁴². Tal traslado no afectó a los restos de sus cuerpos, que en la última restauración han aparecido *in situ*⁴³.

⁴⁰ ACAT.C I, folio 29v El testamento de Teresa Laíz de 19-1-1583 (en esta fecha se abre el testamento que es de 22 de junio de 1580) dice en su cláusula 2ª que quiere ser sepultada en la sepultura y enterramiento donde está el dicho Francisco Velázquez, mi señor, que es en medio de la capilla mayor... y añade que ambos hicieron y dotaron tal enterramiento: f. 49 v En un codicilo de 8 días del mes de enero de 1583 se añade lo siguiente: 7-Item, es mi voluntad que en el dicho nuestro entierro dentro de la reja, se haga un enterramiento de bulto como mejor convenga, donde quedemos el dicho señor Francisco Velázquez e yo de bulto de la mejor manera que pudieran estar dibujados. También en ACAT.C I, folio 29v.

⁴¹ «Item, con que así mesmo, en la capilla mayor del dicho monasterio nos hemos de enterrar los dichos Francisco Velázquez e Teresa Laíz, e Isabel de Laíz (en la copia conventual), donde nosotros señaláremos, y hemos de poder poner nuestras (sic) tumba o tumbas e piedras sobre nuestra sepultura e sepulturas, que así señaláremos excosieremos; y que en la dicha capilla mayor, donde así nosotros nos hemos de enterrar, no se pueda enterrar otra persona ninguna, sino quien nosotros quisiéremos, y por bien tuviéremos».

⁴² Más datos que corroboran el traslado en ACAT. D-1-19, f. 3v. «... al tiempo de la Fundación del convento quedó la capilla Mayor de su iglesia muy corta y estrecha y en medio de ella los sepulcros de los dichos fundadores con sus bultos y adornos que cubrió la mayor parte de la dicha capilla y que después de algunos años se quitaron de aquel sitio dichos sepulcros y se pusieron en un arco que se hizo en una pared colateral della, con que quedó más capaz y desembarazado de los sepulcros y que ahora nuevamente se ha hecho otra capilla mayor sumptuosa y capaz cuyo arco de división comienza a sitio en que estaba el altar mayor de la antigua de forma que aquello hoy no es lo primero de la capilla mayor y los sepulcros se conservan en el arco referido con que ha mudado de forma y disposición la Iglesia que ha tenido la nueva erección de capilla mayor». El parecer es del 7-01-1680. La cartela sepulcral dice escuetamente (compárese con otras más *floridas* del mismo templo): AQUÍ ESTÁN SEPULTADOS EN ESTE ENTIERRO LOS ILLS. SS. FRANCISCO VELÁZQUEZ Y TERESA DE LAÍZ, SU MUJER, LOS CUALES FUNDARON ESTE Mº Y LE DOTARON DE SUS BIENES, Y SE ACABÓ EL AÑO DE 1577.

⁴³ Ver el informe de seguimiento ya citado (p. 36): «En el transcurso de la excavación del sondeo, a una distancia de 7,80 metros del perfil oriental del sondeo, se detectaron, a la cota de -0,55, algunos restos óseos sin conexión anatómica: un cráneo fragmentado, un hueso largo indeterminado, algunos fragmentos de costillas y varias falanges. Estos restos óseos descansaban directamente sobre restos de madera descompuesta que describían una mancha con forma más o menos rectangular de unos 1,40 metros de largo y 44 centímetros de ancho, orientada en sentido Este-Oeste. A los bordes de esta mancha se

Nada más pasar el arco, a la derecha, se abrió un arco para sepulcro de la hermana de la patrona, Isabel de Laiz (†1579) y de su marido Bartolomé del Carpio, más el de su hijo. En su testamento dice «...que mi cuerpo sea sepultado en la iglesia del monasterio de las descalzas de esta villa de Alva, en el arco que está más cerca del púlpito, porque en el de más adelante está el cuerpo del beneficiado Pedro de Aponte mi hermano, que Dios tenga en el cielo»⁴⁴.

A continuación de este sepulcro está el hueco de un sepulcro que antes ocupó el beneficiado Pedro Aponte, hermano de Teresa Laiz (en Gajates hay otro enterramiento, con relieve en la lápida, del mismo personaje (?)). En su testamento, en 1574⁴⁵, dice que su cuerpo sea enterrado en la capilla provisional que utilizaban las monjas mientras se construía la iglesia y que «acabada la iglesia, mando que me pasen a ella y me sepulsen en la capilla mayor, en el arco de la mano derecha, y me agan allí un bulto con mis armas». En 1583, Teresa Laiz, en un codicilo de su testamento, autorizó a los Cepellín a enterrarse delante del sepulcro de Pedro Aponte⁴⁶. A pesar de ello, tras la construcción de la nueva capilla mayor de la obra real, surgirá una petición⁴⁷ de Petronila Villapeceñin y Vargas, mujer que fue de don Baltasar del Nogal Bracamonte Verdugo vecino y regidor de esta dicha villa, para

recogieron algunos clavos de hierro de sección cuadrangular que aún tenían la cabeza incrustada en la madera. Estaba claro que todos estos restos corresponderían a un ataúd, posiblemente al ataúd de uno de los fundadores del convento, D. Francisco Velázquez o Dña. Teresa Laiz...»

⁴⁴ ACAT. C.4. Memoria Pedro de Aponte. f. 47r. TESTAMENTO DE ISABEL DE LAIZ. Lo hace en Salamanca, al amanecer del 28 de julio de 1579 ante Andrés Jiménez. Dice fue mujer de Bartolomé del Carpio (de Salamanca). ... También pide que el cuerpo de su marido Bartolomé del Carpio que ya estaba en el monasterio y el de su hijo que estaba en la iglesia de san Miguel, se lleven a su enterramiento, a su ataúd.

⁴⁵ ACAT. C.4. Memoria Pedro de Aponte. f. 1v. Testamento de Pedro de Aponte: f. 2r. Deja 30.000 mrs para una misa perpetua. Que todos sus muebles los den al monasterio para una obra pía según ordenaran la priora, el matrimonio fundador y Gonzalo de Aranda. Manda albaceas al matrimonio fundador y a Isabel de Laiz. Sigue un inventario de 16 de agosto de 1574, cuando ya había fallecido Aponte: f. 9r. ESCRITURA DE FUNDACIÓN DE LA MEMORIA DE PEDRO APONTE. En ella «se autoriza a los distribuidores de la memoria, teniendo consideración de la perpetuidad de la casa y monasterio donde está el enterramiento de dicho señor Pedro de Aponte», ... y se indica que si «a los distribuidores les costase que la casa tiene necesidad... les puedan socorrer con la cantidad de maravedís que bien visto les fuere y para ello se les encarga la conciencia atento como dicho es» pues es justo se cumpla la cantidad de buenas obras en esta santa casa: f. 9v. Se dan a Teresa Laiz 500 ducados para «ayuda del arco que se ace en el dicho monasterio ... en que se ha puesto el cuerpo del dicho señor Pedro de Aponte».

⁴⁶ ACAT. C.1. folio 29v. El testamento de Teresa Laiz de 19-1-1583 (en esta fecha se abre el testamento que es de 22 de junio de 1580). 8. Ytem, es mi voluntad que no obstante que en el dicho mi testamento dejo mandado que no se entierren ni puedan enterrar en la capilla mayor del dicho monasterio persona alguna, si los señores Álvaro de Cepellín y D^a Mariana Velázquez mi sobrina se quisieren enterrar, se puedan enterrar junto al entierro del beneficiado Pedro de Aponte, mi hermano, con condición de que no pongan ni puedan poner más que una lancha y en ella los letreros e armas que quisieren con que no salgan ni se levanten de las losas, y en esta sepultura no se puedan enterrar otra persona alguna aunque sean sus hijos y descendientes.

⁴⁷ ACAT. D-1-19. El 8-3-1684 la priora Beatriz de Jesús pide copia de todo lo referente «al depósito y entierro que se hizo en este convento del cuerpo de D^a Petronila Villapeceñin y Vargas difunta muger que fue de don Baltasar del Nogal Bracamonte Verdugo vecino y regidor de esta dicha villa»: 7-1-1680. Los testamentarios Álvaro Villapeceñin, su hermano, y su marido y la priora Luisa de la Santísima Trinidad. Los primeros piden que se entierre el cuerpo «en la capilla de los Señores fundadores del y junto al arco de sus sepulcros por el consuelo y deseo de estar junto a sus ascendientes que son los dichos señores fundadores...». La priora dice que tal cosa está prohibida en la escritura de Fundación, pero acepta que se entierre el cuerpo «en calidad de que, por ahora sea en vía de depósito». También se dice (f. 3v.) que «... al tiempo de la Fundación del convento quedó la capilla Mayor de su iglesia muy corta y estrecha y en medio de ella los sepulcros de los dichos fundadores con sus bultos y adornos que cubrió la mayor parte de la dicha capilla y que después de algunos años se quitaron de aquel sitio dichos sepulcros y se pusieron en un arco que se hizo en una pared colateral della, con que quedó más capaz y desembarazado de los sepulcros y que ahora nuevamente se ha hecho otra capilla mayor sumptuosa y capaz cuyo arco de división comienza a sitio en que estaba el altar mayor de la antigua de forma que aquello hoy no es lo primero de la capilla mayor y los sepulcros se conservan en el arco referido con que ha mudado de forma y disposición la Iglesia que ha tenido la nueva erección de capilla mayor. El parecer es del 7-01-1680: f. 11 v «... save que al tiempo y cuando se hizo la fundación se hallaba la capilla mayor de la Iglesia de dicho convento, muy estrecha y consiguiente estaba el cuerpo de la Santa Madre en aquel

enterrarse en ese lugar, lo que motivó un largo pleito cuyo resultado desconozco. El sepulcro vacío ha sido vuelto a abrir en el 2003, siendo visibles ahora sus pinturas decorativas imitando paneles y una cartela en el centro que dice: DIO DE LIMOSNA A ESTE COMBENTO... DVCADOS Y PARA LA SACRISTIA XX DUCADOS CADA AÑO Y DEXA UNA CAPELLANIA CON UNA MISA CADA DÍA PARA EL CAPELLÁN QUE LA SIRBIERE XXX. MILL MRS Y SUS BIENES PARA REMEDIO DE SUS DEVDOS Y POBRES.

Pero la muerte de la Santa cambió primero el proyecto de capilla mayor como panteón Velázquez/Laiz y luego alteró toda la configuración del templo. Muere la Santa en 1582, casi en el momento en que concluyen las obras de la iglesia. Era la reformadora de la Orden y fundadora del convento y en 1591 se inicia el proceso de su beatificación, en 1614 es beatificada por Paulo V y en 1622 es canonizada en Roma, en una espectacular ceremonia en la que también fueron proclamados santos otros tres españoles: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, e Isidro Labrador, y el italiano Felipe Neri. Es propagandísticamente el momento central de la Contrarreforma, y en España había un gran fervor por el culto a las reliquias. A ello hay que añadir que entre 1585 y 1586 el cuerpo de la Santa fue llevado a san José de Ávila, contrariando grandemente a la Comunidad, a los albenses y a la Casa de Alba⁴⁸. Sin estos datos no puede entenderse un proceso en el que durante casi doscientos años (1582 a 1760) el venerado cuerpo fue elevado desde el suelo a lo alto del templo, siempre al calor del altar mayor y del coro conventual. Fue un proceso largo y complejo que se expone a continuación, utilizando las fuentes del archivo conventual y tratando de unificar las repetidas versiones que en la literatura carmelitana existen de él.

El 15 de octubre de 1582 es enterrada en una primera caja en el antiguo coro bajo, entre las dos rejas (entre el coro y el presbiterio) y bajo gran cantidad de cal. Teresa Laiz dice en un codicillo su testamento, de 1583, «que se haga el enterramiento de la Madre Teresa de Jesús que está en el cielo con las piedras de mocárabes y letreros, como estaba tratado con Barajas»⁴⁹. De aquel enterramiento sabemos más tras la restauración del templo y la consiguiente excavación arqueológica que han sacado a la luz el sepulcro mismo y un muy amplio arco, situados ambos en el muro de la capilla mayor de 1576, en el mismo lugar donde se sucedieron los posteriores enterramientos⁵⁰. Obligado es recordar

tiempo con mucha cercanía al sepulcro y entierro del licenciado Pedro de Aponte y Teresa Laiz y sí le consta al declarante que la capilla antigua ha mudado de forma y sitio por causa de averla ampliado con estendida latitud y mudado el cuerpo de la bendita Santa a diferente sitio y lugar de suerte que hoy se halla muy distante del sepulcro y entierros referidos de los fundadores. F. 13 v... se ha ampliado la pretensión y se quiere que en la antigua capilla mayor puedan enterrarse Alvaro Villapellín, su mujer, hijos y descendientes. El 17 de mayo de 1680 se pide el parecer de Juan Antonio de Corrales, catedrático de derecho de Salamanca.

⁴⁸ LAMANO, op cit., pp. 325-334 y 334-341, señala que fueron los religiosos en el Capítulo de Pastrana los que impulsaron el traslado a Ávila del cuerpo de la Santa, tanto por ser ese el primer convento fundado como por quererse enterrar en la capilla mayor de san José, frente al cuerpo de la Santa, el obispo de Ávila Álvaro de Mendoza. Salió de Alba el cuerpo el 24 de noviembre de 1585. La vuelta del cuerpo a Alba fue posible por la influencia del V duque de Alba y, especialmente, la de su tío Hernando Álvarez de Toledo, Gran Prior de Castilla. El cuerpo de la Santa volvió a Alba el 23 de agosto de 1586. Se promovió un pleito por el cuerpo, que se falló a favor de Alba el 1-12-1588 y la sentencia fue confirmada por Sixto V el 10-6-1589. Son fechas que interesan para ver las sucesivas reformas del sepulcro de la Santa.

⁴⁹ ACAT.C 1, folio 29v. El testamento de Teresa Laiz de 19-1-1583, f. 49v. En un codicilo de 8 días del mes de enero de 1583 se añade lo siguiente: 6- «Ytem, es mi voluntad que se haga el enterramiento de la Madre Teresa de Jesús que está en el cielo con las piedras de mocárabes y letreros, como estaba tratado con Barajas, cantero»; 82v. Consta la cuenta que da Simón de Galarza como testamentario de Teresa Layz. Ytem 1958 maravedís que pagué al cabildo y cofradía de la Vera Cruz de esta villa por el ataúd para la Madre Teresa de Jesús para su entierro. Todos los escritores carmelitanos recogen la noticia de la apertura de ese sepulcro el 4-7-1583 por Jerónimo Gracián, y que entonces se pusiese una nueva caja.

⁵⁰ El informe de excavación de Ana Rupidera Giraldo señala (p. 40): «En la actualidad en este lugar se levantaba un monumento funerario de mármol pulido, a modo de sepulcro, que recordaba el emplazamiento del primer enterramiento de la Santa. Una vez desmontado este monumento, se procedió a limpiar bien toda la zona, detectándose una superficie irregular de una estructura muraria de pizarra y mortero de cal que resultó ser el muro meridional de la nave de la iglesia, el cual

que Efrén de la Madre de Dios ya indicó, que cuando se pretendía hacer cuadrada la red (reja) del coro bajo, la Santa dijo que «no se ha de hacer sino con arco, porque se ha de poner allí el depósito»⁵¹.

Vuelto el cuerpo de la Santa a Alba, desde 1588 se piensa en elevar el sepulcro desde el suelo y ello se concreta cuando el 6/12/1600 Juan de Montejo y Alonso Rodríguez⁵², escultores de Salamanca, contratan el nuevo enterramiento que era también una fachada clasicista para los dos coros primitivos y supuso, finalmente, la instalación del cuerpo de santa Teresa en un arca en el coro alto. De las detalladas condiciones de aquel contrato hay que destacar estas: «La cuarta que toda la dicha obra ha de ser de piedra de Villamayor, la más blanca e limpia e del mejor grano que se pudiere aver»; «La quinta que las pilastras, así de lo alto como de lo bajo, en los pedestales, han de ser cada uno de una pieza, el pedestal con todos sus miembros enteros de una pieza, e las seis pilastras cada una de una pieza,

habría sufrido, a lo largo del tiempo, algunas alteraciones. La aparición del muro de la iglesia indicaría, casi con toda la probabilidad, que el primitivo sepulcro de santa Teresa habría sido depositado sobre este muro y no a una cota inferior». «...se observó como en la parte inferior de ambas jambas del vano se apreciaba la impronta de los escalones de una pequeña escalera, incluso en la parte oriental aún se conservaba in situ la losa de pizarra del segundo peldaño y parte del escalón superior incrustada en la pared. Estos hallazgos hicieron que se estudiara con detenimiento la pared norte de la capilla de oración, cuya fábrica había quedado al descubierto al haber sido picada por los obreros para llevar a cabo las remodelaciones previstas en el proyecto de obra. En esta pared se apreciaba con claridad tres fases constructivas del vano que comunicaba la capilla de oración, antiguo cementerio de las monjas, con la nave de la iglesia. En primer lugar existiría un arco de medio punto realizado a base de sillares de granito de dimensiones 30 x 36 / 42 x 38 / 48 x 38 centímetros, y cuya luz mediría unos 2,40 metros de alto por 3,20 metros de ancho, casi un metro más ancho que el actual vano. Este arco descansaba directamente sobre el muro meridional de la iglesia, es decir arrancaba 50 centímetros por encima del suelo actual de la capilla. En una segunda fase, el arco fue transformado en un vano cuadrangular mediante la construcción de dos paredes de ladrillos macizos ligados con cal, que estrecharon la luz unos 70 centímetros, 20 centímetros por el lado oriental y 50 centímetros por occidental. De este mismo momento dataría la realización de la pequeña escalera, como pone de manifiesto tanto la impronta de los dos escalones superiores que se ha conservado en la jamba oriental de este vano, como que ambas jambas se desarrollasen a plomo hasta las pizarras del último escalón, localizadas incrustadas en la parte inferior de la pared septentrional de la capilla, a unos 20 centímetros por encima de su actual suelo. Gracias a los restos conservados, las improntas de la jamba y la lajas del segundo y tercer escalón, se puede decir que esta escalera constaba de tres escalones de unos 80 centímetros de ancho y 20 centímetro de alto, cada uno».

⁵¹ MADRE DE DIOS, E. *Tiempo y vida de Santa Teresa*. Madrid, 1968, p. 489 y ss. También aporta los nombres (José de Zúñiga, Francisco Rodríguez y José del Olmo) de albañiles madrileños que ya en 1674 trabajaban en la obra real del convento.

⁵² ACAT. D 1-10./ Sepulcro de la Santa/ 1-2-1602 ante Andrés Jiménez. Copia en ACAT. A-II-41. El provincial fray Alonso de los Ángeles autoriza la contratación del sepulcro. Toro 1-i-1602. El 6-12-1600 Juan de Montejo y Alonso Rodríguez, escultores de Salamanca, contratan, ante el escribano de Alba Andrés Jiménez, el sepulcro en 8000 reales. Las capitulaciones, muy resumidas dicen lo siguiente: El sepulcro se hará conforme a unas trazas firmadas al dorso por el prior de los jerónimos, el guardián de san Francisco y la priora y se pagará con los bienes de los fundadores. Las condiciones, salvo las del texto, y limitándonos a las que tienen importancia arquitectónica, son las siguientes:

«La 1ª es que se han de asentar los pedestales de suerte que no se corten las molduras de ellos cuando sea posible».

«La 2ª es que el arco de la primera reja ha de ser a regla y corresponderse con los de los intercolumnios...».

«La 3ª es que el frontispicio se ha de levantar lo que conviene según la regla que dan los autores».

«La 7ª que el cuerpo supremo de la traza donde ha de estar el cuerpo de Nuestra Sta. Madre Teresa de Jesús ha de ser labrado todo de la misma piedra. Acer ha tres pies de hondo, que cada rotura de la pared esté más o menos con su compartimiento con sus artesones en la circunferencia del arco, y correrá la imposta por todo él haciendo sobre ella una forma de luna-ta con un JHS y la circunferencia relevada de la misma piedra».

«La 8ª se declara en la reja del coro bajo y alto se han de hacer de la dicha piedra blanca acompañando a los dichos perpiños de la dicha piedra blanca de suerte que en ambos planos de las dos rejas an de quedar acompañados de la dicha piedra blanca así como sus arcos y perpiños en todo a de ser de la dicha piedra».

«La 9ª que las puertas de la sacristía y confesionario han de ser de piedra blanca... e todo lo demás que se contiene dentro de las últimas pilastras e frontispicio e remate, que todo a de ser de piedra blanca de Villamayor como dicho es».

«La oncenava condición y declaración es que los dichos maestros han de asentar y volver a asentar a su costa las rejas de los dos coros ...».

sin basas y capiteles, las cuales las basas y capiteles han de ser perpiños que atraviesen toda la pared»; y «La 6ª que los cuatro capiteles de la primera orden han de ser corintios e los dos de la segunda compuestos». Lo fundamental de la obra debió hacerse en el plazo determinado, pero hasta 1604, al menos, no se terminó ese muro sepulcral⁵³.

Beatificada la Santa en 1614, se procedió a organizar la antigua zona coral haciendo que sus dos pisos resulten en tres (uno rehundido como capilla devocional, otro como coro conventual del que aún es visible el comulgatorio en alto y a la derecha del sepulcro, y un último que corresponde con el arco del remate). A este último arco, casetoneado en su interior y hoy tapiado, se llevó la «urna de piedra blanca alabastrada, muy bien floreteada de oro» en la que se depositó el cuerpo de la Santa. En el espacio entre medias, una inscripción dice: «SIENDO PAULO V SUMO PONTÍFICE Y FELIPE [III], REY CATÓLICO DE LAS ESPAÑAS, ESTA CAPILLA EN LA QUE ANTES HABÍA SIDO INHUMANO EL CUERPO DE LA B(IE)NAVENTURADA VIRG(EN) TERESA, FUNDADORA DE LA MISMA REFORMA, PARA QUE EN ELLA SUS MISMOS RESTOS SEAN CUSTODIADOS COMO ALHAJAS SAGRADAS, FUE DEDICADO Y CONSAGRADO A DICHA VIRGEN POR. F (RAY). JOSÉ DE JESÚS M(ARÍA)., GENERAL V(ISITADOR) DE LA ORDEN REFORMADA DE LA B(IE)NAVENTURADA. V(IRGEN). M(ARÍA). DEL MONTE CARMELO EL AÑO D(EL SEÑOR) DE M DC XV (=1615)⁵⁴. La documentación conventual señala que el 11 de julio de 1616 se abrió el arca de la Santa y luego se coloca en «la urna de piedra que para el efecto avía hecho la Religión...». «Agora, últimamente, en honor de la Santa, hizo la Religión la Capilla que está debajo del Coro, dispuso el Sepulcro como se ve (en gracia de los fieles que por su devoción o por voto le vienen a visitar) y esta urna de piedra para colocar en ella el Santo Cuerpo...»⁵⁵. Aquella urna con el cuerpo en 1677 se trasladó al nuevo retablo de la nueva capilla mayor, allí —como veremos— fue sustituida en 1760 por la actual de mármol y llevada a una antigua ermita exterior del convento dedicada a san Andrés, y en 2003 ha sido restaurada e instalada provisionalmente tras la reja del coro primitivo. Pieza magnífica de piedra de Villamayor que imitaba el alabastro, adornada con gallo-nes, cerrada con tapa también gallonada, con una inscripción en su alta base (ERIT SEPULCHRUM EIUS GLO-RIOSUM) y adornada en su frente con un buen escudo carmelitano muy saliente que conserva restos de pintura. Desde 1677 aquel espacio perdió su principal atractivo devocional, ya que pasó de ser el lugar donde estaba el cuerpo de la Santa al lugar donde estuvo, y allí se organizó en 1742 una nueva y más reducida capilla, en el espacio coral, en la que se enterró al duque de Alba, don Francisco Álvarez de Toledo⁵⁶.

⁵³ ACAT. C.1 Cuentas 11-11-1601, f. 355 v y r. 1.200 rs., ...a los canteros del pago de 400 ducados de la memoria para hacer edificio de sepultura de la santa madre Teresa de Jesús; ACAT. C.1. Cuentas 11-11-1602, f. 365 v. «Más se le reciben en cuenta ochocientos reales que a dado Alonso Rodriguez, cantero, vecino de Salamanca, en cuenta y parte de pago de los doscientos ducados que se le están debiendo del sepulcro de la Santa Madre Teresa de Jesús, como pareció por su carta de pago y réstansele debiendo mil y cuatrocientos reales para acabar de pagar los cuatrocientos ducados con que se le an de acudir estas memorias»; y ACAT. D-1-8, El 13-1-1604, Domingo Serrano, cerrajero de Salamanca, cobra a la priora Inés de Jesús la reja que hizo para el sepulcro... y del cerrojo y llaves.

⁵⁴ El original en latín, publicado en REPULLÉS, op. cit. p. 16. La traducción es de Francisco Ruiz de Pablos.

⁵⁵ ACAT. A-IV-1. Incluso, años más tarde, siempre antes del traslado al altar mayor, hay más noticias sobre ese enterramiento: ACAT. A-IV-2. El 26-6-1653 se entrega al duque de Alba una llave de las que eran de la reja del sepulcro. La de arriba para la Religión, la de abajo para el duque y no queda la tercera, aunque hay señal de que existió.

⁵⁶ ACAT. C. 16. F.34, «La capillita del sepulcro de la santa la compró... la marquesa de Villanueva del Río siendo religiosa de este convento, para enterramiento de los señores de su casa, dio 4000 ducados el año de 1742. Se enterró en ella el Excmo Sr. Duque de Alba, don Francisco Álvarez de Toledo...».

2.3. LA OBRA REAL. CRUCERO, CÚPULA, PRESBITERIO, CAMARINES Y SACRISTÍA

Con la beatificación de la Santa en 1614 y su canonización en 1622, el culto aumentó considerablemente⁵⁷, resultando pronto la pequeña iglesia conventual insuficiente para acoger a tantos peregrinos como acudían a venerar sus reliquias, y se hizo necesario agrandar la misma hacia la cabecera, tras desmontar la anterior capilla mayor y romper el muro del fondo de la cabecera. Luego se levantaron, en un escueto orden toscano, un crucero, cúpula con linterna, nueva capilla mayor y dos camarines (alto y bajo), más una muy amplia sacristía precedida de antesacristía, y se conectaron los espacios de los antiguos coros con los nuevos espacios corales de la Comunidad. La nueva obra suponía crear una nueva capilla mayor, y supuso serios problemas con los patronos de la Fundación Velázquez-Laíz, que ya no eran patronos del espacio destinado efectivamente a capilla mayor⁵⁸. Tales actuaciones, en las que colaboraron con cuantiosas limosnas Felipe IV y su esposa, doña María de Austria⁵⁹, (también ayudó el obispo Salazar, y además los obispos de Michoacán y Huamanga, Francisco Luna Cristóbal del Castillo y Gamarra⁶⁰), configuran la que se ha llamado *la obra real*, realizada entre 1670 y 1678 (en 1688 se trasladó el sepulcro de la Santa al centro del nuevo retablo y el 21/4/1686 se consagró nuevamente la iglesia)⁶¹. El autor del proyecto fue el carmelita fray Juan de san José que en 1677 da las trazas de la Capilla de Nuestra Señora de Loreto de las carmelitas de Peñaranda de Bracamonte y que seguramente interviene también en las necesarias obras de adaptación del convento de Alba. Impulsó esta reforma el conde de Peñaranda, Pedro Colona, encargado de aprobar planos y firmar los oportunos contratos. La *obra real* se inicia en 1670, el 24 de septiembre, por el cantero Juan de Sandalibar, pero el contrato principal para su ejecución lo firman en 1673⁶², Juan de Lobera (arquitecto) y Alonso de Castro y Castillo (maestro de obras). De la cantera de Los Santos se extrajo la sillaría y de Martinamor la mampostería. Ya antes, el 28/4/1667, el Consistorio había conocido que la Comunidad tenía nuevo retablo mayor y que no entraba en la capilla y concede una calle para su ampliación, y en 1670 se compran las casas para hacer los camarines.

Terminados los camarines (el bajo no se estucó hasta 1863), las sacristías, el crucero, la cúpula y la capilla mayor, y convertidas las primitivas nave única y capilla mayor en una nave unificada, se completó el interior del templo con nuevos retablos, púlpito y cuadros y —se puede suponer— parte de los antiguas obras de arte se trasladaron al convento. Casaseca publicó los datos de los cuadros hexagonales situados en las cuatro pechinas de la cúpula. Son obra de Francisco Ricci, que recogen

⁵⁷ Hay noticias de arreglos de importancia en esos años en el templo y en la antigua sacristía: ACAT. C.1 Cuentas 12-11-1617, f. 558 r. 558 y v. al carpintero Baltasar de Blas por arreglar y trastejar la iglesia; ACAT. C.1 Cuentas 11-11-1620, f. 581 v. 9 rs. en los aderezos de la sacristía; ACAT. C.1 Cuentas 11-11-1621, f. 588 r., 20 rs. en reparos de la sacristía y 898 del aderezo de la Capilla Mayor.

⁵⁸ ACA. C. 16. En 1667 el representante del convento, se dirige a Gaspar de Sotelo, vecino de la ciudad de Zamora, como patrono que dice ser del dicho convento, indicándole que cuando pueda tomar posesión, tras legitimar su persona, y que «la tome sólo en lo que toca desde la reja hasta el escalón que vaja a la capilla mayor nuevamente echa y no más, por ser esto la fundación de los fundadores, y la dicha capilla mayor nueva a expensas del dicho convento y de su majestad que Dios guarde, y de otros bienhechores, y el suelo en que está fundado se compró a las mismas expensas, y el patronato de la dicha capilla es independiente de la dicha fundación».

⁵⁹ Raimundo Moreno me indica que en el Archivo de Casa de Alba, Palacio de Liria, Caja 93 doc. 3, se guarda una carta de la reina al virrey del Perú para que contribuyera con limosnas para la fábrica del convento de carmelitas de Alba, donde estaba el cuerpo de santa Teresa de Jesús, por ser el peor edificio de la orden. Madrid, 22 de enero de 1669.

⁶⁰ ACA. C.16, f. 161.

⁶¹ En ACAT. C-9. Libro de la Fundación, f.34. La capilla mayor se hizo entre 1670 y 1678, f.34 v. «Se quitaron los bultos de los Sres. Fundadores del medio de la Iglesia el año 1688, costó 500 ducados. F. 33 v. Se cose al libro un papel conrado en el que indica que Pedro de Salazar, obispo de Salamanca, consagró esta Iglesia en 1686».

⁶² AHN., Madrid, Clero, legajo n.º 5.564, exp. 3. La noticia referente al documento en MUÑOZ JIMÉNEZ, op. cit., p. 263, nota 69.

motivos teresianos (santa Teresa ante la Trinidad, recibiendo el clavo, recibiendo el collar y la coronación de la Santa) y fueron terminadas en 1674. La técnica es la característica de Ricci «muy suelta, casi abocetada», están realizadas con gran detalle y las cuatro imágenes de la santa parecen un fiel retrato. Los nuevos retablos son de un barroquismo medido, impropio del último cuarto del XVII en el que se introducen las columnas salomónicas, siendo los colaterales de 1676 y obra de fray Francisco de Jesús María y el central traído desde Duruelo, donde pudo haber un taller que trabajaba para la Orden en el que el tracista era el citado fraile, según tradición que parece corroborar la noticia, ya recogida, de que en 1667 la comunidad tenía nuevo retablo mayor que no entraba en la capilla y que confirma, mejor que ningún documento, la similitud con el que el mismo tracista hizo para el Carmelo de Peñaranda, lo que ha llevado a Casaseca a suponer que ambos son hechura del ensamblador Juan Arenal⁶³. Todo en él es contenido y sobrio, singularmente en un momento en el que las columnas salomónicas comienzan a ser seña de identidad del retablo español. Aquí se utilizan columnas corintias estriadas con retopilastras y pilastras cajeadas en el cuerpo superior, que se ajusta cual guante a la forma del medio cañón del brazo del altar. Únicamente rompe tal sobriedad la hojarasca que aparece en las ménsulas de los pedestales del alto banco. En la calle del lado del evangelio, en la predela, se representa la Adoración de los Magos, y sobre ella se superponen san José con el Niño y san Juanito, y el profeta Elías vestido de carmelita. En la otra calle, siguiendo el mismo orden, se representan la Adoración de los Pastores, san Andrés y el profeta Eliseo de carmelita. En la hornacina del ático se aprovechó una imagen de la Santa que quizás pueda atribuirse a Antonio de Paz⁶⁴, anterior al retablo y conforme —en líneas generales— con el modelo creado por Gregorio Fernández. Debe finalmente señalarse que es uno de los más espectaculares relicarios de la retablistica hispana. Para el cuerpo de la Santa se reservó el lugar principal, en la calle central, sobre el tabernáculo que tenía doble acceso, uno desde el altar mayor y otro desde el camarín bajo, donde había otro altar. En el cuerpo bajo —a ambos lados del altar— había dos puertas, una destinada a exponer el brazo y otra el corazón de santa Teresa. Dedicada luego la puerta más cercana al coro, y la del evangelio, a comulgatorio, las reliquias se montaron en un torno para poder ver ambas en la puerta de la epístola. Vinculados con las reliquias están los dos camarines del eje del templo: el inferior una capilla relicario llena de otros relicarios y el superior un espacio para el culto, y también un transparente para dar más realce a la urna de la Santa.

Las pinturas del retablo del altar mayor y la Anunciación del retablo del lado del evangelio del crucero, se atribuyen a Diego González de la Vega y de ser así hay que convenir que son de mucha más calidad que la de la Virgen amparando a la Orden del Carmen del crucero (Casaseca indica que pueden ser del mismo Juan Rodríguez del retablo de las carmelitas de Peñaranda). Las del retablo de san Juan de la Cruz en el brazo de la epístola (la Aparición de Cristo a san Juan de la Cruz y un san Elías en el ático), y el lienzo de la Visitación y las predelas, del retablo del lado de la epístola del crucero, son de Francisco Ricci. Pérez Sánchez ha indicado que la relación del artista con Alba estaría propiciada por la Corte que así compensaría al artista, que en aquellos años estaba relegado como Pintor del Rey ante el ascenso de Carreño.

En 1677 se había trasladado —ya se ha dicho— el sepulcro de piedra de Villamayor y el cuerpo de santa Teresa al centro del nuevo retablo y en lo alto, en un arco que comunica la Iglesia con el llamado camarín alto. En 1760 y tras modificar el arco recubriéndole de mármoles, se procede a cambiar

⁶³ CASASECA. *Catálogo monumental del partido judicial de Peñaranda de Bracamonte*, Madrid, 1985, p. 246-250.

⁶⁴ RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A., y CASASECA CASASECA, A. «Antonio y Andrés de Paz y la escultura de la primera mitad del siglo XVII en Salamanca», en *BSAA*, T. XLV, pp. 387-416. En la p. 407 dan la noticia de que se le encargó al escultor una estatua de santa Teresa «hecha por el modelo que está hecho de la villa de Alba», y proponen está atribución que creo plenamente justificada.



Camarin bajo.



Camarin alto.

aquel por un nuevo sepulcro de mármol negro jaspeado donado por los reyes Fernando VI y Bárbara de Braganza, debido a Jacques Marquet («J. Marquet delineavit, anno 1759, et invenit», dice una chapa de plata en el exterior de la urna), el arquitecto francés que el duque de Alba había traído a España y había pasado al servicio de la Corona (autor del palacio de los Alba en Piedrahíta⁶⁵ y de la Casa de Correos de la Puerta del Sol de Madrid)⁶⁶. La nueva urna era «de mármol de san Pablo (de los Montes de Toledo) con sus adornos de bronce dorados, de oro molido, que se halla embutida en un arco del mismo mármol en dicho altar con toda magnificencia y dos ángeles en la superficie de dicha urna de la misma materia»⁶⁷. En esa urna, en 1760 fue colocado el cuerpo en una caja hecha en Orleans, que era «de plata, ricamente adornada de realce de la misma materia, forrada toda por dentro en terciopelo carmesí»⁶⁸. Hacia el camarín se puso una hermosa reja que parece de Duperier. En 1761 se hicieron las rejas de plata hacia la iglesia (con ellas toda la clausura tenía la obligada doble reja) y doble muy rica puerta de madera hacia el camarín. La nueva ubicación del cuerpo de la Santa, y la exposición de los relicarios con su brazo y su corazón en puertas del retablo que daba al camarín bajo, dio un especial valor a esas dos piezas, cubriéndose con pinturas decorativas el camarín alto y arreglándose luego el bajo, y aderezándose sus paredes con lo mejor de la escultura, la pintura y la orfebrería conventual. En la zona opuesta a los coros, en un forzado espacio triangular, se abrió la llamada *escalera del duque*, para permitir la llegada desde el templo al camarín. Desde entonces cesó el deambular por el templo de un cuerpo de la Santa que había encontrado su definitivo descanso. Sus restos se libraron, de modo sorprendente, de los ejércitos franceses y de las distintas revoluciones y guerras del XIX y XX.

La reformada iglesia fue profusamente adornada con los citados retablos, más pinturas que hoy están en el convento y grandes lienzos como los que aún hoy cuelgan en los frentes del crucero, del XVIII, figurando uno a *santa Teresa como escritora* y otro —ya citado— a la *Virgen del Carmen amparando a los carmelitas* (firma el último Diego González de la Vega). De 1773 es el púlpito, con buen tornavoz, en la confluencia del crucero y el antiguo presbiterio (sustituyó al que había junto al sepulcro de los Galarza). De una estética barroca es la operación de recreación de la llamada celda de la muerte. Desconocida es la mano bienintencionada y la época de tal montaje, que estéticamente parece de la primera mitad del XVIII.

⁶⁵ Conozco lo referente al palacio de Piedrahíta gracias a la tesis de Raimundo Moreno Blanco, *El conjunto histórico-artístico de Piedrahíta (Ávila): arquitectura y urbanismo*, 2008. Universidad de Salamanca, pp. 119-120. Su autor señala la existencia en el Archivo de la Casa de Alba (Palacio de Liria) de una escueta confirmación de la autoría de Marquet para la urna sepulcral y el seguimiento directo de la obra por parte de los reyes, según carta del conde de Valparaíso al duque de Alba, p. 410.

⁶⁶ ACAT- A-IV-5. Por «Decreto del Rey..., se labró la Caja y urna..., al efecto vino, por orden del Duque de Alba, a quien se había encomendado cumplir el Decreto, Jaime Marquet, Arquitecto de Su Md. Mientras se hicieron las obras el cuerpo de la Santa se guardó en la celda de la muerte». El 13-10-1760 se deposita el cuerpo en la actual urna, que cerró el arquitecto. En el tiempo en que se hacía la obra murió el Rey Fernando VI.

⁶⁷ ACAT- A-IV-9.

⁶⁸ ACAT- A-IV-6 El testimonio de traslación del cuerpo, de 13 y 14 de Octubre de 1760 indica que el Rey decretó se hiciesen obras para construir una urna de plata y otras en la iglesia, altar mayor y dentro de dicho monasterio. El cumplimiento del decreto se encomienda al duque de Alba, quien las encomienda al regidor de Alba y «para su cumplimiento vino D. Jaime Márquez, arquitecto de S. M. a quien se cometió y a cuyo cargo han corrido dichas obras a tomar las medidas correspondientes, por lo que fue preciso que dicho santo cuerpo se pusiese por vía de depósito en el mismo monasterio y en sitio decente, en el interín que se ejecutava dicha urna como las demás obras determinadas por S.M.», y durante la obra el cuerpo estuvo en la capilla dónde falleció, en el altar de ella. ACAT- A-IV-9. Es el acta original que recoge buena parte de lo citado en los anteriores documentos. Aquí se indica que la nueva obra es «de plata ricamente adornada de realce de la misma materia, constando su longitud de dos varas, ancho correspondiente a una urna sepulcral, de altura como de tres cuartas, forrada toda por dentro en terciopelo carmesí, cuya especial alhaja mandaron en vida para mayor culto y veneración de la seráfica Madre los Reyes D. Fernando VI y D.^a M.^a Bárbara de Portugal».

Dentro ya de las obras del tercer centenario de la muerte (1882)⁶⁹, coincidiendo con la restauración alfonsina, se remoja el templo adosando bancos a las paredes que se blanquean, quizás entonces se cubre la armadura de la nave con una desafortunada bóveda de yeso, se pone una reja en el crucero, se abre sobre la tumba de los Ovalle la ventana del cuarto de la muerte, y se construye a los pies una profunda tribuna elevada de tres tramos, que apoya sobre columnas de hierro de la fundición salmantina de Moneo e Hijos y en ella se instala el órgano de la casa parisina Stolz Frères, contratado en 1889. También se abrió entonces la puerta que desde el atrio permitía pasar al crucero, tanto para ventilar la iglesia, como para tener una segunda puerta para las aglomeraciones. Como ya se ha señalado, la apertura de esta puerta motivó la ampliación de la reja del atrio exterior hasta el crucero, para proteger con el cerramiento del atrio las dos puertas del templo. Son los años en los que Enrique M.^a Repullés y Vargas proyecta la basílica teresiana⁷⁰.

No terminó entonces la historia constructiva de esta iglesia, que a lo largo del siglo XX y principios del XXI, conoció muchas otras actuaciones y reformas, de las que aquí simplemente se relacionan las más singulares, a modo de epílogo de este estudio:

- El 3 de abril de 1952 se inició un gran fuego en la Iglesia⁷¹, que afectó a los cortinajes y las paredes.
- 2002-2003. Sala de reliquias a la que se accede desde la iglesia, que ocupa el probable espacio de la sala capitular, en la que se incluye la capilla de la muerte y a la que se han trasladado las reliquias del brazo y el corazón de santa Teresa.
- 2005. Construir la nueva capilla de oración en el muy alterado espacio del antiguo coro bajo y capilla del enterramiento primitivo, al que se añadió el primer cementerio conventual.
- 2005-2007. Restauración de la iglesia, recuperando la armadura tapada de la nave primitiva, los colores y traza de la sillería fingida de los muros, y sustituido el pavimento. También se ha hecho el sistema de calefacción y una nueva iluminación.
- En 1990 comenzó una campaña de restauración de las obras de arte del convento.

⁶⁹ Antes se conocen algunas obras: en 1864 se hizo la escalera de madera al coro alto, con limosnas de la reina, y de algunos padres de Ávila que dieron la madera de castaño para los peldaños. También se arreglaron todas las maderas de la media naranja. ACA. Libro de memorias. Fol. 15 y 18.

⁷⁰ Comenzó el largo proceso de construcción de aquella basílica en 1896 y terminó en 1932, quedando inconclusa (ver el libro citado en la nota 1). El cerramiento de aquellos muros que se está efectuando actualmente nada tiene que ver con aquella basílica, con aquel proyecto.

⁷¹ ACAT.C. 16.

LAS ARMAS Y LAS LETRAS. LA AMISTAD ENTRE EL III DUQUE DE ALBA Y GARCILASO DE LA VEGA

Álvaro MATEOS LÓPEZ

¿Qué pueden tener en común dos personajes como un sangriento guerrero y un poeta enamorado, amante de los paisajes rodeados de naturaleza, agua y silencio? Partimos de este falso tópico, para romperlo y referirnos a la amistad entre el tercer duque de Alba, protagonista en primera persona de las grandes hazañas bélicas de Carlos I y Felipe II, y el gran Garcilaso de la Vega. Entre ambos nace una amistad digna de estudio, entre el «eficiente pero sanguinario, cuyos métodos vesánicos aumentaron el odio contra España»¹ y el insigne poeta del Renacimiento, también soldado. Con esa simple y dura descripción recuerda parte de la Historiografía al III duque de Alba, como a los reyes a quienes sirvió. Durante estos días, sale a la luz un libro de William S. Maltby en el que se deja claro que Alba no fue un hombre cruel, pese a todo lo que se ha escrito sobre él. «Ninguno de sus actos violentos fue arbitrario, sino necesario desde su punto de vista»². Así pretende también uno de sus descendientes dar por sentado que la Historia ha tratado al tercer duque basándose en una leyenda negra que no permite conocer al estratega más poderoso de la complicada política de Felipe II³.

Pudo haber sido uno de los soldados españoles más famosos de su época, pero no solo destacó por sus campañas militares. De hecho, aunque el duque formó parte de consejos reales, nunca destacó como político y experto en diplomacia, sino más bien como estratega militar, aunque algunos historiadores sí reconocen su valía como estadista. Soldado español, maestro de campo a la par que poeta, también era Garcilaso de la Vega, el autor de las *Églogas* y canciones pastoriles, muerto en batalla y tras una larga agonía de veinticinco días en la ciudad francesa de Niza.

Bajo la tutela de su abuelo Fadrique, entonces II duque de Alba, sin permiso y como un signo de rebeldía, un joven Fernando Álvarez de Toledo emprende su primera batalla a los dieciséis años. Junto

¹ LOSADA, J. C. en Ormaechea, A. y del Solar, E., «Los Peores de Casa (Encuesta: ¿Quiénes han sido los españoles más nefastos?)», *Muy Historia*, 8 de noviembre de 2006, p. 31.

² SIRUELA, J., «La leyenda negra de los Alba», *El País Semanal*, 23 de septiembre de 2007, p. 74.

³ *Ibidem*, p. 66.

a él, en combate, tendrá a una de las personas más influyentes en su vida, con quien entabló una profunda amistad: el soldado y poeta Garcilaso. Uno de sus enlaces había sido Pedro de Toledo, tío del duque de Alba y padrino del poeta en su ingreso como caballero de la orden de Santiago protector suyo. El otro, Juan Boscán, hombre culto y estudioso que residía en la corte como ayo del duque⁴. Ambos coincidirían en la campaña de Fuenterrabía, en febrero de 1524; la amistad se prolongaría durante doce años, hasta la muerte del segundo en 1536⁵.

A lo largo de la historia, muchos poetas cantaron las batallas de grandes héroes, desde Homero relatando las aventuras de Ulises o, en el caso español por excelencia, el *Mío Cid*, aunque previamente las hazañas y andanzas de Rodrigo Díaz de Vivar habían sido transmitidas por juglares, una rica tradición oral en la que luego se basan el autor o autores del *Cantar de Mio Cid* para glosar las grandezas del héroe castellano. El cantar recoge en verso la historia de la restauración del honor perdido a causa de un destierro injusto⁶.

1. UN DUQUE CULTIVADO

Aunque dedicó su vida a las armas, el joven duque siempre había mantenido interés por aprender. Con los viajes que realizó, adquirió cierto dominio del francés, alemán e italiano. Ello le permitía hablar tranquilamente con cualquier dirigente extranjero. Por tanto, pese a tanta leyenda negra en la que se habla de un sanguinario duque de Alba, al estudiar su figura nos encontramos a un hombre cultivado que entró en contacto con la cultura europea y fue dedicando parte de su vida al Arte, adquiriendo obras valiosas en el extranjero con una colección personal destacada. En su formación intervienen, entre otros, el dominico italiano Severo Marini –que en verdad había de actuar de emisario entre Alba y Luis Vives– y Juan Boscán⁷. Entabló amistad en Flandes con Arias Montano y leía a Tácito en latín. De hecho, recalca Manuel Fernández Álvarez que el humanista valenciano Luis Vives añoraba España y hubiera regresado desde Inglaterra con gusto a encargarse de la formación del duque. Sin embargo, también hay que tener en cuenta que la Santa Inquisición andaba detrás de su familia⁸.

Rica herencia cultural encontraría Fernando Álvarez de Toledo en la casa de los Alba, heredada de personas de la talla de Alonso de Palencia, Pedro Mártir d'Anguiera o Juan del Enzina⁹. Garcilaso, maravillado por el duque, ensalza sus virtudes y la formación que recibe de su buen amigo Boscán, según Menéndez Pelayo, más camarada que instructor.

*Vio que era el que había dado a don Fernando,
su ánimo formando en luenga usanza,
el trato, la crianza y gentileza,
la dulzura y llaneza acomodada,
la virtud apartada y generosa*¹⁰.

⁴ GARCILASO DE LA VEGA, (1973), *Obras*, edición, introducción y notas de Tomás Navarro Tomás, Madrid, p. 11.

⁵ KAMEN, H., (2004), *El Gran Duque de Alba, soldado de la España imperial*, Madrid, p. 25.

⁶ Anónimo (2006), *Poema de Mio Cid*, Madrid, p. 10.

⁷ KAMEN, H., (2004), *El Gran Duque de Alba*.

⁸ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., (1998), *Felipe II y su tiempo*, Madrid, p. 264.

⁹ HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., (1994), *Castilla y Nápoles en el siglo XVI, el virrey Pedro de Toledo*, Salamanca, pp. 54-64.

¹⁰ GARCILASO DE LA VEGA, (1973), *Obras*, p. 96.

2. LAS ARMAS Y LAS LETRAS EN GARCILASO DE LA VEGA

Paralelamente, y años atrás, otro soldado recibía una sólida formación en armas y letras, su buen amigo Garcilaso de la Vega. Había nacido en la ciudad de Toledo, en 1501, y estaba emparentado con las familias nobiliarias de los Pérez de Guzmán, Hurtado de Mendoza y Santillana¹¹. En Garcilaso encontraremos la síntesis del caballero-poeta, del guerrero que sabe manejar las armas de la guerra y las de la palabra, ideal renacentista, como más tarde harán Miguel de Cervantes, participando a sus veinticuatro años en la batalla más famosa del siglo XVI, la de Lepanto, o Lope de Vega. Armas frente a letras, conflicto que resuelve Cervantes en *El Quijote* en su famoso discurso de las Armas y las Letras, incluido en el capítulo treinta y ocho de la primera parte. Miguel de Cervantes, que experimenta en su persona la unión de ambas condiciones, dice así: «es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquellos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda que al señor a quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo»¹².

Sin embargo, según afirma Joseph Pérez, citando a Jean Caravaggio, en este siglo hay que tener en cuenta que los tiempos han cambiado en el sentido de que el caballero se ha metamorfoseado en cortesano y el decorado artúrico, en un marco bucólico a la antigua, propicia la ensoñación sentimental. Nos encontramos ante una literatura de evasión, con la vuelta a Virgilio, a Horacio, con la recuperación del *Beatus ille* de Garcilaso¹³.

Por tanto y, en este sentido, preeminencia según dice Cervantes, de las armas frente a las letras. En el caso de Garcilaso de la Vega, las campañas y los viajes dieron dimensión universal a su poesía¹⁴. La poesía lírica continuó su estilo italianizado con Garcilaso de la Vega. Precisamente, es en este momento cuando se inicia el Siglo de Oro, el momento de mayor auge de las letras hispanas¹⁵. De hecho, el propio Garcilaso ejerce una importante influencia más tarde en Miguel de Cervantes, en primer lugar entregado a la poesía. El sueño de Cervantes, según recoge Manuel Fernández, hubiera sido convertirse en el nuevo Garcilaso, «ser el poeta de la Corte de Felipe II como Garcilaso lo había sido en la de Carlos V»¹⁶.

Garcilaso de la Vega encarna el modelo de gentilhomme renacentista, diestro en el manejo de la espada como en el pulsado del arpa y del laúd. Como poeta excepcional y militar valeroso que sobresalía por sus cualidades naturales y su formación intelectual¹⁷. Rafael Alberti, Miguel Hernández, o antes Gustavo Adolfo Bécquer, lo definen como «príncipe de los poetas castellanos». Aunque descendía de una familia ilustre, el padrino lo encuentra Garcilaso en la casa de los Alba. Sus primeros contactos con la Corte de Carlos I se los debe Garcilaso a su hermano regidor –luego rebelde– Pedro Lasso de la Vega, que fue elegido presidente de la Santa Junta de Ávila, por tanto un alto cargo en la lucha comunera que incluso se entrevista con la reina Juana en Tordesillas. El propio Garcilaso pro-

¹¹ Hay autores, como es el caso de la investigadora toledana Carmen Vaquero Serrano que apuntan a 1499 como fecha del nacimiento del poeta. Así figura en VAQUERO SERRANO, C. (1999), *Garcilaso: aportes para una nueva biografía*. Ciudad Real, p. 63.

¹² CERVANTES, M. de (2004), *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales, p. 395.

¹³ PÉREZ, J. (2001), *La España en el siglo XVI*. Madrid, p. 126.

¹⁴ MARAÑÓN POSADILLO, G. (1983), *Elogio y nostalgia de Toledo*. Madrid, (1ª edición, 1951), p. 92.

¹⁵ VV.AA., (2004) *Historia Universal*, Madrid, p. 614.

¹⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (2005), *Cervantes visto por un historiador*, Madrid, pp. 53 y 54.

¹⁷ CALVO, M. (1992), *Garcilaso de la Vega, entre el verso y la espada*, Toledo, p. 15.

tagoniza una revuelta comunera en el hospital del Nuncio de Toledo, lo que le vale el destierro de la ciudad por tres meses y la búsqueda por parte de la Justicia.

Cercano al Emperador, caballero del Toisón, el duque de Alba también aspiró a formar parte del reducido grupo de hombres encargado de aconsejar al entonces príncipe Felipe. Sin embargo, Carlos V se atenía al principio de que los Grandes debían mantenerse al margen del Gobierno y asuntos políticos. Aun así, el duque era muy ambicioso e intentaba ganarse el favor del príncipe como fuera¹⁸. Era un hombre antiguo: su mente conservaba una idea ancestral del papel que debía cumplir la aristocracia en el mundo: Dios y el Rey eran sus convicciones más hondas¹⁹.

Casualmente, encontramos entre las biografías del duque de Alba y Garcilaso algún paralelismo, como que ambos cometieron algún exceso de juventud y tuvieron hijos ilegítimos; Hernando, en el caso del duque de Alba, con la hija del molinero de Piedrahíta; y Lorenzo, en el caso de Garcilaso de la Vega, con la hija de unos nobles toledanos²⁰.

El poeta se desposa por mandato regio, al ser noble palaciego, con Elena de Zúñiga, que le deja una notable dote y será madre de sus hijos. Justo después de las capitulaciones de los emperadores, Garcilaso negoció su desposorio con una de las damas más jóvenes de doña Leonor de Austria, hermana favorita del emperador. Todo indica que este matrimonio se basó en un convencional pacto por intereses entre linajes.

Todos los biógrafos de Garcilaso dicen que siempre estuvo enamorado de Isabel Freire, portuguesa de la Corte de la emperatriz Isabel, un amor no correspondido. Por cierto, que el poeta sufrirá destierro por ejercer de padrino-testigo en una boda sin permiso regio²¹: una boda celebrada en la catedral de Ávila entre un sobrino del poeta, de nombre también Garcilaso de la Vega con Isabel de la Cueva, dama de la emperatriz. Los parientes de la esposa, contrarios al enlace, habían logrado previamente una cédula de Carlos I en la que prohibía el enlace al ser ambos menores de edad, y la propia emperatriz apoyaba a los parientes de la joven, con lo que otra segunda cédula anulaba el matrimonio y Garcilaso fue requerido por el corregidor de Guipúzcoa por orden de la emperatriz. El duque de Alba intercedió para que el poeta quedase en libertad, pero al marchar a una campaña a Ratisbona, el propio Carlos I ordenó su destierro²².

Garcilaso cumplía su destierro en una isla del Danubio, desde marzo del año 1532. El duque de Alba y el marqués de Villafranca mediaron de nuevo para conseguir la libertad del poeta, que en destierro había compuesto una gran cantidad de obras, entre ellas varios sonetos y la canción número tres. Continuará sus campañas el duque, a quien sigue Garcilaso, que prolongará su «destierro» en Nápoles.

*Aquí estuve yo puesto,
o por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en quien puede sufrillo
y en quien él a sí mismo se condena.*

Años antes, Garcilaso de la Vega, Elvira de Zúñiga, Ana Girón de Rebolledo, Juan Boscán, Leonor de Castro, Francisco de Borja e Isabel Freire acompañaban a la emperatriz Isabel de Portugal

¹⁸ PÉREZ, J. (2000), *La España de Felipe II*, Barcelona, p. 25.

¹⁹ SIRUELA, *La leyenda negra de los Alba*, p. 74.

²⁰ VAQUERO SERRANO, *Garcilaso: aportes para una nueva biografía*.

²¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (1998), *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, p. 238.

²² GARCILASO DE LA VEGA, (1973), *Obras*, p. 26.

en el toledano palacio de Fuensalida. Dos jóvenes investigadores, Esther Merino y Eduardo Blázquez Mateos definen perfectamente el ambiente allí reinante, en un lugar donde se organizaban veladas poéticas, a las que acudían «caballeros paradigmáticos del cortesano moderno, exponentes del guerrero-literato, del virtuoso en múltiples ciencias humanísticas, curtido en los teatros de la batalla a caballo entre la pluma y el cañón, entre la diplomacia más sutil y los asedios sin cuartel»²³. Ambos autores hablan de una Isabel Freire radiante, ante la cual mostraba Garcilaso un interés notorio. Era la más bella de todas las damas, a la que había conocido el poeta en Granada.

3. HOMBRES DE GUERRA Y SENTIMIENTOS

Amor y cariño por los suyos manifiesta Alba llevando a su lado en sus campañas a su hijo García, con sólo dos años, y a su hermano Bernardino, muerto en 1532 al parecer víctima de una enfermedad venérea, una sífilis. Garcilaso recoge el sentimiento de pesar del duque ante la muerte de su hermano, en Nápoles, en la Elegía primera:

*Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
sin enojo se pasa, moradores
de la parte repuesta y escondida,
con lengua experiencia sabidores,
buscad para consuelo de Fernando
hierbas de propiedad oculta y flores:
así en el escondido bosque, cuando
ardiendo en vivo y agradable fuego
las fugitivas ninfas vais buscando,
ellas se inclinen al piadoso ruego
y en recíproco lazo estén ligadas,
sin esquivar el amoroso juego.
Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
y tus presentes obras resplandeces,
y a mayor fama están por ti obligadas,
contempla dónde estás, que si falleces
al nombre que has ganado entre la gente,
de tu virtud en algo t'enflaqueces,
porque al fuerte varón no se consiente
no resistir los casos de Fortuna
con firme rostro y corazón valiente (...)*²⁴.

Amor por su hijo, por su hermano y por su esposa, María Enríquez, prima hermana e hija del III conde de Alba de Liste. En sus poemas, Garcilaso de la Vega recuerda cómo el joven duque postergó su ardor por la guerra y cruzó con prisa la península para reunirse con su esposa, a la que no veía desde hacía dieciséis meses.

*En amoroso fuego todo ardiendo
el duque iba corriendo y no paraba;
Cataluña pasaba, atrás la dexa,
ya d'Aragón s'alexa, y en Castilla*

²³ MERINO PERAL, E. y BLÁZQUEZ MATEOS, E., (2000). *Isabel de Portugal, la reina invisible*, Ávila, pp. 73-74.

²⁴ GARCILASO DE LA VEGA, (1973). *Obras*, pp. 150-151.

*sin baxar de la silla los pies pone.
El coraçon dispone al alegría
que vecina tenía y reserena
su rostro y enagena de sus ojos
muerte, daños, enojos, sangre y guerra;
Con solo amor s'encierra sin respeto,
y el amoroso affeto y zelo ardiente
figurado y presente está en la cara*²⁵.

Tomás Navarro Tomás destaca que el convencionalismo de la poesía pastoril permitió a Garcilaso representar al duque de Alba en esta égloga como duque en persona y como pastor, como esposo enamorado, correspondido y satisfecho²⁶. Contrasta esta descripción a través de la poesía con ese duque de Alba, personaje cruel que le llega a proponer a Carlos V en 1547, tras la victoria de Mühlberg, quemar los restos de Lucero, ya fallecido, como se hacía en España: «Hago la guerra con los vivos y no con los muertos, que descansen en paz»²⁷. Sea como fuere, en estas páginas hemos querido destacar la amistad surgida entre los dos personajes, que a ambos permitió aprender y destacar en otras cualidades.

²⁵ GARCILASO DE LA VEGA. (1973). *Obras*, pp. 112 y 113.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ BERENGUER, E. (2002). *El Imperio de Carlos V. Las coronas y sus territorios*, Barcelona, p. 163.

DON FERNANDO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y EL JARDÍN RENACENTISTA

Sonsoles NIETO CALDEIRO

De la figura del III duque de Alba nos han llegado los más diversos rostros. Los que proceden de sus enemigos coetáneos tienen un aspecto sombrío, incluso cruel, revelado en una amplia documentación escrita y gráfica que adquirió inmensa difusión hasta entrado el siglo XX. Los plasmados por pintores de su tiempo (Antonio Moro, Tiziano, Sánchez Cotán) nos presentan al audaz y enérgico militar, al personaje poderoso y de firmes convicciones. Aún, aparte del perfil de hombre de armas, hemos de añadir otro rostro más amable, el del humanista, amigo de poetas y de artistas, de vasta formación y cultura. Esta es nuestra imagen de partida, aparcando aquella otra que le representa como brazo ejecutor de la política europea de los reyes de España (Carlos V y Felipe II).

En las dos facetas fue educado por su abuelo don Fadrique que, en la corte ducal de Alba de Tormes, creó un importante círculo italianizante impregnado de los nuevos planteamientos renacentistas. De él formó parte desde 1520 Juan Boscán, el poeta catalán que, animado por el embajador veneciano A. Navagiero, introdujo el verso endecasílabo en lengua castellana, y que fue primero ayo del futuro duque y después amigo y compañero de armas, como lo fue Garcilaso de la Vega. Con este último, don Fernando compartió hazañas bélicas, tertulias literarias y, sobre todo, una estrecha amistad. El poeta más representativo de nuestro siglo XVI nos dejó la semblanza de su noble amigo con la exaltación de la casa de Alba en los versos de la *Égloga II*, puestos en boca del pastor Nemoroso.

Su formación, sin lugar a dudas, la completaron sus viajes por Europa, la asistencia a las más diversas celebraciones, a las que acudió desde niño de la mano de su abuelo; las estancias en otras cortes europeas, conociendo costumbres y modas ajenas a las hispánicas, y sobre todo en Italia, en donde la Casa de Alba ocupaba posiciones de gran influencia y poder, como el virreinato de Nápoles, cuyo cargo ostentó su tío don Pedro Álvarez de Toledo, entre 1532 y 1553; o el ducado (por consorte) de Toscana, a través de la boda de la hija de aquel, doña Leonor de Toledo, con Cosme I de Médicis. Ese vínculo con lo italiano se intensificó tras su propio nombramiento como gobernador de Milán (1555) y como virrey de Nápoles (1556). Aunque no hizo gala de ese cosmopolitismo y sus andanzas parece que tuvieron con exclusividad un carácter político, militar y guerrero, aprovechamos la escasa

información que existe de su intimidad para suponer otras relaciones, otras vivencias, aparte de las debidas a sus compromisos bélicos y diplomáticos, que le mantuvieran en contacto con la educación humanista recibida y con los afanes culturales del pleno Renacimiento.

En la completa instrucción recibida, don Fadrique no olvidó ponerle en conexión con la realidad de las tierras que en su día heredaría, lo que sin duda fomentó el interés por sus propiedades y las cuestiones agrícolas, no lejos de la atracción que por estos asuntos sintieron otros nobles y reyes europeos. En ello incidirá para desvelar al III duque de Alba como el erudito aristócrata que fue, partidario de los refinamientos artísticos propios de la época, pero además aficionado a la soledad y al campo.

1. EL CONCEPTO DE NATURALEZA EN EL RENACIMIENTO. LOS JARDINES

Durante el siglo XIV, en los diversos Estados italianos comenzó a vislumbrarse una nueva forma de entender el mundo que entrañaba otra relación con la naturaleza, ilustrada por artistas y poetas. El sentimiento del paisaje que introdujo Petrarca (*Vita solitaria*), o la evocación de la belleza natural por parte de Boccaccio (*Decamerón*), revelan una sensibilidad moderna que presagia la mirada renacentista, pero también indican cómo esta buscó los modelos en la Antigüedad, en el bucolismo de Virgilio y el hedonismo de Horacio, en la valoración de un campo placentero opuesto al ajetreo y caos de la ciudad¹. Compendio de la visión idílica de Virgilio y de Petrarca fue la obra del humanista napolitano J. Sannazaro, autor de *Arcadia* (1502), donde describió ese paraje mítico de ambiente pastoril en el que reina la paz y la felicidad.

Las composiciones poéticas del Renacimiento, para expresar el deleite al contacto con la naturaleza, aludieron al agradable retiro y al plácido abandono ante aquella que tanto complace al espíritu y a los sentidos:

*Cerca del Tajo en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura;
toda la hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta el altura,
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado con sonido
alegrando la vista y el oído.*

cantó nuestro petrarquista Garcilaso en la *Égloga III*.

Del mismo modo, la pintura reprodujo desde el siglo XV el entorno natural, concediendo cada vez más espacio a la descripción del paisaje, incluso del formado por la mano del hombre, que de mero telón de fondo, se tornó en escenario esencial de la historia desarrollada, tratado con sencillez o creando trampantojos, espacios ilusionistas y hábiles perspectivas. También en ello se contaba con el precedente romano (en representaciones de villas pompeyanas o de la propia Roma imperial). El Renacimiento alcanzó un elevado grado de efectismo, vitalidad y fuerza. Nos valgan como muestras

¹ Cicerón, Horacio o Plinio son algunos de los intelectuales que, junto a otros próceres romanos, poseyeron villas a las afueras de las ciudades, en el campo, buscando un lugar de reposo y disfrute, con abundancia de agua, un trozo de huerto y otro de bosque y deliciosos jardines, cada vez más extensos y complejos, que satisfacían el espíritu pero también su gusto por el refinamiento y el deseo de ostentación.

² GALLEGU MORELL, A., *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, Madrid, 1972, p. 232.

los paisajes venecianos con amplias panorámicas y detallados jardines (del Giorgione, Tintoretto o Tiziano), los paisajes y jardines de pintores flamencos, o las paradigmáticas vistas aéreas de las villas de los Médicis realizadas por Giusto Utens para La Ferdinanda, a finales del siglo XVI, de gran valor documental. En España, este género no tuvo apenas fortuna, aunque se produjeron algunos ejemplos, de factura italiana, en la decoración de palacios. Jardines ficticios, pintados o en estucos policromados, con pérgolas y fuentes, y un ambiente idílico apropiado, encontramos en el Peinador de la Reina del palacio de La Alhambra o en el del Viso del Marqués.

Aparte de estas manifestaciones que nos ilustran sobre la nueva percepción de la naturaleza por parte de pintores y poetas, esta tomó forma real con la labor de los arquitectos, que debieron atender y dar respuesta a la moda de la *villeggiatura*: nobles y reyes hicieron construirse desde el quattrociento villas o palacios fuera de las ciudades, en el medio rural, siguiendo el hedonismo romano que no alcanzó, sin embargo, en su intencionalidad las cotas morales de los próceres de entonces. Esta costumbre se difundió por Europa a lo largo del siglo XVI.

Es dentro de ese nuevo planteamiento de vida, dentro de ese recién estrenado vínculo con la naturaleza, como se entiende el interés por los jardines y su extraordinario desarrollo en el Renacimiento. Pero el jardín no era el campo natural, abierto, escenario de idilios pastoriles de las Arcadias literarias, sino un trozo de naturaleza domesticada, artificial, construida al gusto del hombre. Por ello, en modo alguno hay que desligarlo del orden racional y geométrico que rige la arquitectura ni tampoco de la obsesión por el conocimiento científico que incluye el estudio de la botánica; de hecho, las consideraciones surgidas en torno a él están incluidas en la amplia literatura que ofrece la tratadística arquitectónica³, cuyos patrones renacentistas esenciales bebieron asimismo de los modelos romanos. Vitruvio y Dioscórides suponen dos aspectos claves en el contexto que tratamos. La influencia del primero, autor de *Los Diez Libros de Arquitectura* que dedicó al emperador Augusto, ha sido inmensa a lo largo de la historia desde que su obra fue rescatada en el Renacimiento por un gran número de traductores e intérpretes⁴. Amén de los arquitectos y tratadistas que, de algún modo, partieron de sus principios y fueron fundamentales para el desarrollo del arte de los jardines. Mencionaré, entre ellos, a León B. Alberti que estableció las bases del jardín renacentista, insistiendo en los conceptos de orden y simetría y en la disposición abundante de esculturas y muestras de arte *topiaria*; a Bramante, cuya ordenación de los jardines del Belvedere en el Vaticano marcó un hito en la evolución de este arte, con la sucesión de terrazas enlazadas por escalinatas y la amplia perspectiva desplegada; y a Sebastiano Serlio, manierista, creador del orden de columnas de estilo *riístico*, que tuvo gran predicamento en los jardines, y cuya introducción en España se debió a F. Villalpando en 1552.

Respecto a Dioscórides, de extraordinaria difusión, e indispensable en el impulso de la cultura agrícola, botánica y jardinería musulmanas, se convirtió en autor de referencia entre los eruditos y expertos en agricultura. En España fue traducido por Andrés Laguna, cuya primera edición de 1555, efectuada en Amberes con bellas ilustraciones, fue obsequiada a Felipe II. Pero no hemos de olvidar la

³ Caben al respecto algunas excepciones, la más emblemática es la obra de F. Colonna, 1499, el *Sueño de Polifilo*, descripción de jardines de gran trascendencia, inserta en una trama narrativa de asunto amoroso y fantástico, magníficamente ilustrada con numerosas xilografías que inspiraron muchos de los elementos de jardines de siglos posteriores.

⁴ Los primeros fueron autores italianos: fra Giocondo, 1511, que incorporó dibujos de los que carecía la obra original; César Cesariano, 1521, discípulo de Bramante, que trabajó para Carlos I en Milán. En el caso de España, encontramos las traducciones parciales de Hernán Ruiz el Joven, 1550, y de Lázaro de Velasco, hijo del escultor J. Florentino; y la más conocida de Miguel de Urrea y el editor J. Gracián, publicada en 1582; sin olvidar la versión libre de Diego de Sagredo, *Medidas del Romano*.

trascendencia del *De Re Rustica* de Lucio J. M. Columela, reeditada por primera vez en Venecia en 1472⁵ y la obra original sobre la materia de Gregorio de los Rios, *Agricultura de jardines*, de 1592.

Aún reiteramos, retomando la cuestión anterior, que el jardín no es el medio silvestre y natural, sino reflejo de la naturaleza refinada y corregida por la mano humana; es arte y artificio, muestra del dominio del hombre sobre aquélla. El jardín exhibe una vegetación domesticada que convive con la arquitectura, la escultura, mosaicos, cerámica, agua, etc., componiendo un auténtico teatro que, como señala Tafuri, revela la superación de la Naturaleza por el hombre. Los ejemplares más significativos al respecto corresponden ya al gusto manierista, a partir del segundo tercio del siglo XVI, cuando la fantasía, la imaginación, el misterio se superponen a lo geométrico y lo racional.

¿Qué características conforman estos jardines? Reproduciendo el concepto de espacio renacentista creado en la Italia del siglo XV, se atienen a imperativos geométricos y científicos, con una articulación de los ejes en perspectiva y una visión unitaria del conjunto. Esto se traduce en composiciones regulares, de cuarteles vegetales ordenados y simétricos, en función de los ejes principales que lo organizan. Con objeto de obtener una buena panorámica, la casa (quinta o palacio) se dispone en alto, lo que no impide la buena integración entre esta, el jardín y el paisaje circundante, con una tendencia a incorporar además el espacio para huerta y el bosque. De esa situación de la vivienda derivan los diferentes niveles que se suceden en una ordenación de terrazas y escaleras, más o menos compleja, pero siempre buscada.

Los elementos que componen estos jardines confieren una determinada significación y desde luego ornamento. Vienen ya de antiguo, son arquitecturas en forma de pérgolas, columnas, cenadores o portadas, cuya inspiración se encuentra en los tratados del momento; son esculturas que se alzan aisladas o en conjuntos de fuentes, brindando el repertorio mitológico-simbólico que confirma el prestigio y poder de los propietarios; es el agua, encerrada en un estanque, corriendo en canales, saltando en surtidores o participando en juegos y artificios, resultado de artilugios hidráulicos que comenzaron a practicarse en tiempo de los romanos y siempre hicieron las delicias de los visitantes aportando espectáculo, ornato y diversión⁶; es la propia vegetación, a veces engañosa y disfrazada bajo las formas talladas que interpreta el *topiarius* siguiendo también la costumbre clásica⁷; son grutas convertidas en pequeños escenarios que integran una amplia variedad de técnicas artísticas.

2. LOS HABSBURGO EN ESPAÑA

Los primeros ejemplos de villas que vincularon estrechamente vivienda y paisaje, dedicando un especial interés a los jardines los proporcionaron los Médicis en la Toscana del siglo XV. Se erigieron entonces con una finalidad agrícola, además de procurar un lugar de reposo y un recreo intelectual.

⁵ El agrónomo gaditano llegó a Roma en el año 20, su libro es un compendio de los conocimientos adquiridos en sus viajes, desde Asia a Las Galias. En la exposición *Jardín y naturaleza en el siglo XVI* (Aranjuez, 1998), se mostró la 1ª edición francesa, de Claude Coterau, de 1551.

⁶ Ya en la antigüedad clásica se aplicaron muchos de esos artilugios mecánicos y lúdicos. Vitruvio mencionó a Ctesibio (siglo II a. C.) como el inventor de los órganos hidráulicos, y Estrabón se hizo eco de los ingenios de Filón y de Herón de Alejandría, todos ellos de gran éxito en los jardines. Las obras de Herón fueron traducidas en el siglo XVI por G. B. Aleotti (*Pneumatica*) y Bernardino Baldi (*Autómata*). El italiano Agostino Ramelli publicó en 1558 un completo tratado de máquinas.

⁷ En principio, el término *topiarius* designó al pintor que reproducía motivos de paisajes en las villas y jardines de Pompeya y al jardinero especializado en estos jardines de recreo; de este modo se refirió Cicerón en una carta al jardinero que le arreglaba y acondicionaba el jardín de una de sus villas, formando también figuras con los elementos vegetales. Hoy la palabra recoge este último significado, aludiendo al arte de tallar determinados arbustos para tomar la apariencia de las más diversas figuras. Plinio atribuyó la invención de este arte a Caius Matius, de finales del siglo I a. C.

A medida que el siglo avanzó, los jardines tomaron mayor importancia y extensión; y las aspiraciones de los propietarios derivaron hacia cuestiones de prestigio y de ostentación. Ya desde finales de esa centuria y sobre todo a lo largo de la siguiente, papas y cardenales, príncipes, duques, condes y otros aristócratas encontraron en la construcción de las villas y sus jardines el medio idóneo para exhibir su poder. Médicis, Farnesio, D'Este, Orsini, Doria, las principales familias rivalizaron en estas muestras cada vez más complejas, ricas y derrochadoras de ingenio.

La costumbre se extendió por la Europa del siglo XVI y llegó también a España. Estrenada la segunda década del siglo, y en la persona de Carlos V de Alemania, los Habsburgo empezaron a reinar en España, a la par que en un amplio territorio europeo, lo que les convirtió en los monarcas —emperadores— más influyentes de esa centuria. Como no tratamos aquí cuestiones políticas, y sí quiero continuar las directrices marcadas, he de resaltar de ellos únicamente la auténtica pasión por la naturaleza compartida por todos los Austrias. Buena muestra de ello fue la más que prolija afición a los jardines. Fueron famosos los plantados bajo su patrocinio en Alemania; incluso Maximiliano II escribió sobre jardinería y el propio Felipe II daba órdenes y seguía personalmente la construcción y plantación de los suyos.

Antes de su llegada a España, tanto don Carlos como don Felipe habían paseado y admirado muchos jardines. A lo largo de sus diferentes mandatos, las visitas oficiales que realizaron y las estancias, a veces prolongadas, en las distintas capitales del gran Imperio trajeron consigo fiestas y celebraciones acompañadas de gran pompa y aparato que en ocasiones tenían lugar en jardines. Son memorables las visitas del emperador Carlos a Milán y a Génova, en donde era recibido y hospedado en la villa de Andrea Doria; a Augsburgo, cuyos anfitriones los Fugger, sus banqueros, eran promotores de jardines y propietarios de grandes mansiones en donde aplicaron sus conocimientos botánicos; o a Munich, de donde hay testimonio del banquete preparado en su honor en el jardín ducal, celebrado en el templete del mismo⁸. Modelos italianos, flamencos, alemanes fueron estudiados y memorizados para implantarlos en España.

En los años centrales de este siglo XVI, Carlos V inició obras de construcción o de adaptación en las residencias reales hispánicas. La tarea fue continuada, con importantes novedades, por Felipe II. Así, incorporaron la nueva manera de entender la Naturaleza y el sentido espacial renacentista en ellas. Y, aunque fue el modelo de jardín flamenco el preferido, sobre todo por Felipe II, caracterizado por la fuerte rigidez geométrica de su trazado, las influencias italianas prevalecieron en el aspecto decorativo recurriéndose a artistas y técnicos de esta procedencia para la realización de fuentes y de esculturas.

El emperador Carlos trajo al cremonés Giannelo Turriano, conocido como *Juanelo* y famoso por sus artilugios⁹, que luego trabajó para el rey Felipe. Mientras este se hizo con la colaboración de escultores de renombre como Juan A. Sormano y Juan B. Bonanome, por solo citar algún ejemplo. Desde luego, los jardines de estos monarcas no alcanzaron la grandiosidad de sus coetáneos italianos, pero en elementos artísticos no se quedaron a la zaga.

La atracción por las plantas, el mundo natural y la jardinería, llevó a nuestros primeros Austrias a rodearse de jardines también en el interior de las estancias palaciegas, y no solo mediante frescos o estucos. Variadísimos paisajes, exuberante flora y personajes de una mitología ligada a los jardines

⁸ La visita tuvo lugar en 1530 y el agasajo se celebró en un jardín italiano de reciente ejecución, luego ampliado a partir de 1560. VON KROSIG, K., «Los jardines de los Fugger en el Augsburgo del Renacimiento», en *Felipe II. El rey íntimo. Jardín y Naturaleza en el siglo XVI*, Aranjuez, 1998, pp. 238 y 240.

⁹ A él se refirió Quevedo en *El Parnaso Español* a propósito del invento instalado en Toledo que hacía subir el agua desde el Tajo al alcázar. Sobre *Juanelo* Turriano trata ampliamente Aracil, A., *Juego y artificio. Automatas y otras ficciones en la cultura del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, 1998, en el capítulo «Mecánica y poética».

embellecieron las paredes de los sitios reales en forma de tapices, tejidos en Flandes, que difundieron estanques y fuentes, columnas, pérgolas y emparrados, esculturas y esa mezcla de flores y frutas propia de la jardinería flamenca del XVI.

3. EL GRAN DUQUE DE ALBA Y LA ABADÍA

Esta ideología imperante, esos aspectos culturales y artísticos, el concepto de la naturaleza y del espacio y esta atracción por los jardines de la clase privilegiada de entonces también sugestionó la voluntad y la ambición de don Fernando, que había tenido una completa formación clásica e italiana en la corte ducal de Alba de Tormes y en donde además fue instruido en otras artes relacionadas con la organización de festejos y las reglas ceremoniales que ello conlleva.

Nos han llegado escasísimas noticias sobre la vida privada del duque y sobre sus propiedades, cuya posible documentación al respecto quedó destruida en el incendio provocado en el palacio de Liria de Madrid, donde se custodiaba, en 1936. No obstante, contamos con alguna información sobre el pago familiar de Cáceres, próximo a Coria y junto a Granadilla, que él heredó y transformó en palacio de gusto renacentista con espléndidos jardines que reunían todos los ingredientes en boga en los modelos italianos, europeos, de la época. Sabemos del palacio de *La Abadía* o de *Sotofermoso* a través de las descripciones de *El Peregrino Curioso*, de Lope de Vega, de Antonio Ponz; a través de la narración y fotografías de J. de Winthuysen y de los estudios más recientes de Pedro Navascués, Alfonso Jiménez y M.^ª del Mar Lozano, de todos los cuales hago referencia en diversas notas. Mas carecemos de planos originales del jardín y de documentos primarios que traten sobre autores o fechas exactas. Todo son conjeturas a partir de aquellas relaciones y de los escasos restos conservados en la actualidad. Fastuoso debió ser para tanto impresionar a visitantes ilustres del mismo siglo XVI como Lope de Vega, que le dedicó una amplia descripción poética, y B. de Villalva y Estaña, cuya visita fue anterior a la del poeta, quien dejó allí escrito:

*Jardín que tanto florece
en nuestra España famosa,
de quien tanto prevalece
ser suyo es muy justa cosa
pues Alba a España esclarece.
No fuera justo que el alba
a este jardín le faltara
para que en él descansara
su tan valerosa clava,
que a Flandes ha sido cara.
Y así es mucha razón¹⁰.*

La ambición y pericia del Duque y el orgullo de casta buscaron concretarse en propiedades suntuosas y modernas, comparables a las de reyes y altos dignatarios; su refinamiento y amplia cultura hicieron el resto. No estaba concluido el jardín en 1577, pero una inscripción testimonial recibía ya a los invitados:

*El que viniere a ver esta Abadía,
a este jardín y huerto esclarecido,
para notar y ver bien su valía,
muy necesario es que haya corrido*

¹⁰ Recogido por WINTHUYSEN, X. de, *Jardines clásicos de España. Castilla* (ed. facsimil), Aranjuez, 1990, p. 37.

*lo que nuestro Felipe poseía,
y los que en Flandes han más florido;
de Italia ha de tener mucha noticia
para su ser preciar gala y pulicia*¹¹.

Desconocemos, pues, cuándo comenzó la obra de reforma de aquella casona de traza medieval, antigua abadía cisterciense, aunque sí podemos aproximar fechas acudiendo a determinados acontecimientos de su biografía¹². Por ejemplo, cuando acudió a este sitio con Felipe II, días antes de la boda de este con M.^a Manuela de Portugal, en 1543, al parecer estaba la casa arreglada según el gusto italiano pero ningún documento se refirió al jardín¹³. Existen otros dos datos de gran interés. En primer lugar, la carta que el duque escribió a Francisco de Eraso en 1553, después de los enfrentamientos con los protestantes alemanes al servicio de Carlos I y ya de vuelta a España, en la que señalaba: «Te prometo por la fe del caballero y te juro por el Sacramento que mi casa y mis tierras se encuentran en tales condiciones este invierno que he visto con mis propios ojos que será imposible que se recuperen en toda mi vida y en la de mi hijo»¹⁴. Podría referirse a Alba de Tormes, que era la residencia habitual, pero seguramente no lejos de esa situación se encontrarían las posesiones extremeñas, muchas veces elegidas para pasar el invierno. El otro dato corresponde a 1555, el duque fue enviado a Italia en primavera para controlar y dar respuesta al desafío francés; desde allí, no obstante, estaba pendiente de sus feudos, «en Coria se inauguró un importante plan de desarrollo que incluía nuevas obras de irrigación y la plantación de moreras, y se iniciaron también sustanciales reformas en la Abadía»¹⁵. De esta fecha, daba testimonio la leyenda de uno de los pedestales de la fuente situada en la plaza de Nápoles, junto al jardín «bajo»: «1555 Francisci Camilani Florentini opus».

Por entonces, su vinculación con Italia era intensa. Aparte de las largas estancias anteriores, la de ese momento fue capital desde el punto de vista político y diplomático, estrechándose aún más sus lazos con Cosme I de Médicis, su aliado, casado con doña Leonor de Toledo, prima del duque. Eran años de intensa actividad constructiva y jardinera. Estaba recién concluida la villa medicea de Castello y Leonor había comprado, en 1549, a Luca Pitti su palacio florentino, adquiriendo Cosme poco después terrenos anexos a este y comenzándose seguidamente la plantación y ornato, sobre ellos, de los jardines Boboli, por Nicola Pericoli, *Il Tribolo*. También don Luis de Toledo, hermano de Leonor, poseía otro palacio en Florencia para cuyos jardines trabajaba F. Camiliani, discípulo de Bandinelli y autor de varias esculturas alegóricas y la magnífica fuente, entre otras, «de rico ornamento y acopio de agua», que llevó a Vasari a incluirlo en *Le vite dei più eccellenti architetti, pittori e scultori italiani*¹⁶. Es de suponer que estos contactos italianos fueran trascendentales

¹¹ La leyenda fue anotada en la descripción que realizó B. de Villalva y Estaña en *El Peregrino Curioso y Grandezas de España*, a raíz de la visita en 1577. Este epitafio ha sido trascrito posteriormente por JIMÉNEZ MARTÍN, A., «Cáceres. Jardín de Abadía. Sotofermoso», *Periferia*, 2, (1984) p. 68 y por NAVASCUÉS PALACIOS, P., «La Abadía de Cáceres: espejo literario de un jardín», en *Jardines y paisajes en el Arte y en la Historia*, Madrid, 1995, pp. 63-64.

¹² He utilizado la reciente edición de MALTBY, W. S., *El Gran Duque de Alba*, Girona, 2007, promovida por un descendiente de Alba, Jacobo Siruela, autor del prólogo. La primera edición inglesa es de 1983, traducida al español y publicada dos años después por la editorial Turner.

¹³ En el discurso leído en la Real Academia de la Historia por el XVII duque de Alba en 1919, este mencionó los encargos realizados a Génova en 1542 por don Fernando de «estatuas, cornisas, pilares y otros adornos de mármol», WINTHUYSEN, *Jardines clásicos*, p. 42.

¹⁴ MALTBY, *El Gran Duque*, p. 154.

¹⁵ MALTBY, *El Gran Duque*, p. 168. Ofrece supuestos sobre incluso la financiación de las obras, a través de las cartas que el duque enviaba a su mayordomo Cristóbal de Mendoza.

¹⁶ La fuente del jardín florentino de Luis de Toledo era muy parecida a la de Abadía, había sido realizada un año antes. Aquella aún se conserva en la plaza Pretoria de Palermo, a cuya ciudad el propio don Luis la vendió en 1573.

para las importantes reformas que se acometieron en Abadía. No tanto en el palacio que, aunque de apariencia renacentista, se mantuvo dentro del carácter austero de su propietario, sino sobre todo en el magnífico jardín que completó la obra y que en 1577, cuando lo visita don Bartolomé de Villalva, no estaba concluido, aunque ya poseía grandes maravillas en cuanto a plantaciones, muchas procedentes de Flandes y Alemania y otros lugares remotos: muestras de arte *topiaria*; fuentes grandiosas con numerosos surtidores, chorros, grandes ingenios y «cosas de encantamiento», y un amplio escenario en el que las esculturas siguiendo un estudiado programa iconográfico de marcado acento simbólico, ensalzaban al Duque. *El Peregrino* no incidió en ello pero sí lo destacó Lope de Vega en sus *Rimas*. El poeta, al servicio del V duque de Alba, debió ver el jardín en todo su esplendor, en la última década del siglo; así, su descripción aunque excesivamente poética es un documento extraordinario:

*Hay otros cuadros donde están labradas
de murta mil figuras, y otras fuentes
de bronce firme en quien se ven pintadas
las hazañas de Alcides diferentes;
en fin, en el jardín están cifradas
fábulas tan extrañas y excelentes
que es otro nuevo Ovidio transformado,
aquí poeta escrito, allí pintado*¹⁷.

En el jardín convergen las aspiraciones y las cualidades intelectuales de Alba. Junto a la exaltación de su prestigio, elemento recurrente entre sus coetáneos (pensemos en los Médicis, Hipólito d'Este o el propio Felipe II, por mencionar a personajes próximos a él), se hizo eco de todo un lenguaje renacentista y neoplatónico reproduciendo los mitos y fábulas acostumbrados en estos espacios, en los que no faltó el homenaje a su preceptor y amigo Juan Boscán, al que *El Peregrino* vio en la capilla de las Uvas que se abría en el muro junto al río; o, como Lope intuyó, la ofrenda a Garcilaso correspondiendo así al panegírico que el poeta del XVI le dedicó en su *Égloga*¹⁸.

No voy a entrar en más conjeturas en torno al trazado del jardín, sus cuarteles o la disposición de las plazas o las fuentes, que hace mucho tiempo se perdieron¹⁹. Es evidente que los jardines se disponían en dos niveles: el «alto», como lo definió A. Ponz, junto a la casa y en relación con esta, formaba la terraza superior, espléndido mirador, sobre un fuerte muro de contención. Desde aquí, se descendía al jardín «bajo» por una escalera que cerraban a su vez un lateral de la llamada plaza de Nápoles, en la cual el viajero ilustrado aún encontró «una de las más bellas fuentes que he visto en España»²⁰, de perfil octogonal, rodeada de balaustrada y pedestales, e integrada por cuatro tazas, la última de las cuales iba rematada por la figura de Baco. La fuente estaba llena de secretos y surtidores ocultos «para dar chascos». También Ponz pudo ver el cenador de mármol en forma de templete de ocho lados con cuatro puertas, cuyo interior tenía espejos y juegos de agua; y los nichos y arcadas serlianas que

¹⁷ VEGA, L. de, *Rimas Humanas y otros versos*, parte II, Barcelona, 1998, p. 457. En el jardín se alzaron bustos de emperadores y generales romanos y figuras mitológicas (Perseo, Andrómeda, etc.) cuyo simbolismo enaltecía la heroicidad y grandeza del duque.

¹⁸ VEGA, *Rimas Humanas*, p. 448; para Lope la intención del duque «(...) fue hacer este Parnaso fabricando / sepulcro a Garcilaso de la Vega».

¹⁹ Existe una sencilla traza realizada por Winthuysen en su visita de 1920 y publicada en *Jardines clásicos de España*, p. 45; y la anaparástasis restituida y dibujada por A. Jiménez y F. Pinto, que aparece en la revista *Periferia* nº 2, p. 72. Sobre ello ha tratado NAVASCUÉS PALACIOS en «La Abadía de Cáceres», p. 69.

²⁰ PONZ, A., *Viaje de España*, t. VIII, Madrid, 1998, p. 521.

componían, en el muro que corre en paralelo al río Ambroz, pequeñas grutas o «teatros» –las llamó *El Pelegrino*–, «y puertas de labor artificiosas»²¹ conteniendo fuentes y esculturas, mosaicos y estucos policromos, y un repertorio italianizante que sustituye el racionalismo por múltiples fantasías y diversidad de invenciones²².

Choca la austeridad y sobriedad del duque, acorde con la arquitectura del edificio de Abadía, con la suntuosidad del jardín, incrementada en el muro junto al río, que aporta «el aire dionisiaco, festivo, orgiástico que Italia exportaba a Europa» frente al nivel superior, «imperial y olímpico, riguroso y apolíneo»²³. De este modo, descubrimos aquí su personalidad compleja en la que concurren el carácter severo de firmes valores, su vasta formación cultural y la activa vida social que le llevó a rodearse de poetas y artistas y le convirtió en un afamado organizador de festejos. Como sus coetáneos, quiso poseer su villa y utilizó el jardín con el objetivo de otros próceres, como reflejo de prestigio y poder, pero además introdujo en él el aspecto lúdico y placentero que tanto entusiasmo despertó en el manierismo. Esas «cosas de encantamiento», «chascos», sorpresas y juegos tuvieron una extraordinaria pujanza en el siglo XVI. Los artilugios mecánicos y artificios hidráulicos volvieron a fascinar y, como en la época de la Roma clásica, ofrecieron el acompañamiento musical, no solo en relación con el sonido constituyendo auténticos órganos, sino en el propio envoltorio que los ocultaba, una estatuaría que nos devolvió al dios Apolo y al músico Orfeo, junto a otras deidades como Pan y Aristeo:

(...) Agua vierten los cuatro en copia tanta
que el son que hace es lo que allí se canta²⁴.

El duque podía alardear en Abadía de un espacio suntuoso y moderno, paradigma de una naturaleza artificiosa; también de un amplio soto de caza en el que «se encontraban encerrados dos mil o tres mil corzos, gamos, venados y jabalíes», según Villalva, que lo equiparaban a otros nobles y a los propios monarcas; pero, a la vez, amante del campo y de la soledad, encontró un hermoso y apacible retiro junto al río Ambroz, del que sin duda supo disfrutar el escaso tiempo que tantas campañas y servicios al rey le permitieron.

²¹ Lope las describió en sus *Rimas*, y nombrándolas como «arco grutesco» o «puerta rústica» en alusión a ese orden de Serlio de gran profusión en los jardines, p. 454.

²² Por no distraer el discurso del texto, traslado a este lugar otros versos de Lope, expresivos de los artilugios hidráulicos que acompañaban estas puertas (*Rimas Humanas*, p. 456):

*Al que entra a ver a dos estatuas bellas.
Adonis una y otra Tritolemo,
al tiempo de pisar de piedras dellas
salen mil fuentes por curioso extremo;
porque apenas el pie se pone en ellas
cuando importa salir a vela y remo,
porque el engaño tal sutil se fragua,
que el suelo es mar y el cielo nubes de agua*

Insistiendo en estos artilugios, aún anoto la descripción de Furtenbach, en su visita a villa Castello, de una gruta con escultura de «Orfeo, junto con un gran número de fieras en torno, y todo provisto de tan gran cantidad de surtidores que nadie sale sin mojarse por muy diligentemente que se retire» (ARACIL, *Juego y artificio*, p. 263). También en Abadía, aparecía Orfeo «a quien escuchan (como un tiempo a él solo), / el ciervo, el jabali y el tigre feo; (...)», VEGA, *Rimas Humanas*, p. 456.

²³ Estas expresiones, que me han parecido acertadas y bellísimas, están tomada de JIMÉNEZ MARTÍN, «Cáceres», p. 66.

²⁴ LOPE, *Rimas Humanas*, p. 456. Son los mismos dioses que presiden las villas mediceas, papales y otras.

Por tanto, las descripciones de Abadía coinciden en sus elementos esenciales con las que tenemos de otras villas europeas, italianas o francesas²⁵, o con las que poseemos de los Sitios Reales hispánicos que los Austrias comenzaron a hermoear. No solo en los juegos de agua y órganos hidráulicos que, después que en Abadía, surgieron en los Reales Alcázares sevillanos²⁶, o en el Alcázar madrileño. Posiblemente también el trazado de sus cuadros de jardinería, sería semejante a otros de Casas reales realizados en muchos casos por jardineros flamencos, los preferidos de Felipe II. No es, pues, de extrañar que Bartolomé de Villalba fuera recibido, sirviéndole de guía, por el maestro flamenco que atendía el jardín. La afinidad la encontramos, incluso, en las fuentes artísticas. Retomando la relación de Ponz, al describir la fuente ya mencionada, obra de Camiliani, que centraba la plaza de Nápoles, este la comparó con la bella fuente de los Águilas, instalada en la Casa de Campo por Felipe III, pero efectuada en época de Carlos I; y con la fuente de los Tritones, colocada en los jardines de Aranjuez y posteriormente trasladada al Campo del Moro. Las encontró similares «sólo que en la que voy a referir (la de Abadía) hay más obra de escultura, más grandiosidad y más copia de agua»²⁷.

Efectivamente ya hemos comentado cómo Felipe II recurrió a italianos para el ornamento de sus jardines y especialmente para la realización de las fuentes monumentales. Trabajaron para él J. A. Sormano y J. B. Bonanome, ambos lombardos. Ponz se refirió a la fuente de las Águilas como obra efectuada en Génova, y la misma fuente de los Tritones pudo corresponder a un envío desde esa ciudad de 1571. Ya a comienzos del siglo XVI, se intensificaron los envíos de esculturas desde ese puerto italiano, componiendo primero sepulcros y más tarde fuentes. Pero en esta ciudad trabajaron numerosos artistas florentinos. Andrea Doria, amigo de nuestros reyes y compañero de campaña del duque, reclamó a escultores de esta procedencia, como Montorsoli, para trabajar en su jardín. Estos maestros eran solicitados desde cualquier punto de Italia²⁸. Fue asimismo el caso de Giovanni Nigrone, fontanero e ingeniero de agua, de origen florentino y napolitano de adopción, activo hasta 1609, que intervino en jardines de los Médicis, los Famesio y los Strozzi y trabajó en Casserta siendo virrey de Nápoles el cardenal Granvela.

Hoy el jardín de La Abadía es una ruina, apenas quedan restos de las fastuosas puertas que abrían hacia el Ambroz. La mole del palacio aún domina, altiva, sobre un espacio de implacable soledad. Pero las aguas del río siguen lamiendo susurrantes aquel muro revestido de nostalgia, que en un tiempo ya lejano exhibió los mayores ingenios traídos de Italia. No hay fuentes, no hay plantas, pero en el lugar parece aún vivir el genio del pasado. Resuenan todavía notas poéticas en el silencio de la tarde; sin duda, las que acompañaron, en tantas ocasiones, el retiro y la melancolía del Gran Duque de Alba.

²⁵ Los jardines de St-Germain-en-Laye también estaban dispuestos en terrazas y en ellas había grutas en donde se alzaban las figuras de Orfeo, de Perseo y Andrómeda, presentes en el jardín de Alba. O Vilandry, jardín-huerto, como quizá fuera el carácter del jardín bajo de Abadía, con la mezcla aún hoy sin aclarar de calles de cidras y limones, mesas de murta y arrayán, brólanos y muchas plantas foráneas, ordenadas en cuarteles que en sus cruces formaban glorietas o plazas para el cenador o la disposición de fuentes. Pedro Navascués trata el dilema de si era huerto o jardín, «La Abadía de Cáceres», p. 69-70.

²⁶ El milanés Vermondo Resta, ya en Sevilla en la década de los 80 del siglo XVI, acometió obras en los Alcázares, como maestro mayor de los mismos, desde comienzos del siguiente siglo, convirtiendo el jardín de las Damas en uno de los más representativos jardines manieristas, con sus grutas, órganos hidráulicos, arquitectura serliana y una estatuaría que repite la mitología al uso, Parnaso, Apolo y las Musas, Neptuno, etc. Aparte de las noticias que sobre estos jardines proporcionó CARO. R., *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima Ciudad de Sevilla y Corografía de su convento jurídico*, Sevilla 1634, contamos con estudios más recientes de A. Jiménez Martín y, sobre todo, de Ana M.ª Marín Fidalgo, que además dedicó una monografía al arquitecto milanés, *Vermondo Resta*, Sevilla, 1988.

²⁷ PONZ, A., *Viaje de*, p. 521.

²⁸ Montorsoli realizó para Mesina la fuente de Orión, con monstruos marinos, tritones, alegorías de ríos, delfines y náyades, como fueron también las de F. Camiliani. Es interesante, al respecto, el artículo de TEJERO VILLARREAL, B., «Las fuentes genovesas en los jardines de Felipe II», en *Felipe II. El rey íntimo. Jardín y Naturaleza*, Aranjuez, 1998.

UN FUTURO PARA NUESTRO PASADO: PUESTA EN VALOR Y GESTIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL VINCULADO AL GRAN DUQUE DE ALBA

Esther PATROCINIO SÁNCHEZ

1. INTRODUCCIÓN

Esta comunicación es un breve resumen del PROYECTO DE GESTIÓN Y PUESTA EN VALOR DEL CASTILLO DUCAL DE ALBA DE TORMES realizado durante la edición 2005/2007 del Máster Europeo en Conservación y Gestión de Bienes Culturales que imparte la Universidad de Salamanca.

2. TURISMO

La Organización Mundial de Turismo (OMT) define este como «Las actividades que realizan las personas durante sus viajes y estancias en lugares distintos a su entorno habitual, por un periodo de tiempo consecutivo inferior a un año, con fines de ocio, por negocios y otros motivos».

3. PATRIMONIO CULTURAL

El Art. 2 de la LEY 12/2002, DE 11 DE JULIO, DE PATRIMONIO CULTURAL DE CASTILLA Y LEÓN señala que «Integran el Patrimonio Cultural de Castilla y León los bienes muebles e inmuebles de interés artístico, histórico, arquitectónico, paleontológico, arqueológico, etnológico, científico o técnico. También forman parte del mismo el patrimonio documental, bibliográfico y lingüístico, así como las actividades y el patrimonio inmaterial de la cultura popular y tradicional».

4. ¿TURISMO VERSUS PATRIMONIO?

El turismo se percibe como una nueva fuente de riqueza que dinamiza el patrimonio cultural y le da un uso y valor de cara a la sociedad, pero conviene advertir que si se produce una explotación

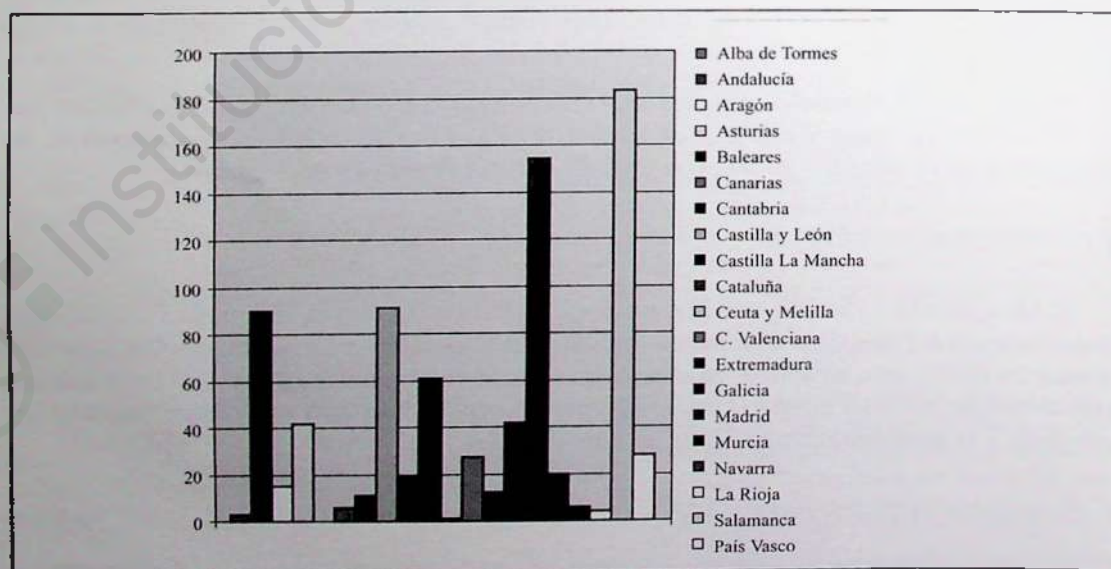
intensiva y un exceso de visitantes, las consecuencias son irreversibles. No se podría garantizar la conservación de los bienes que integran el patrimonio cultural. Esta preocupación queda reflejada en documentos redactados por los más importantes organismos internacionales encargados de velar por su conservación. Basta citar algunos ejemplos como la *Carta del Turismo Cultural* (ICOMOS, 1976) o *La Declaración de Manila* (OMT, 1980).

El patrimonio se convierte en recurso turístico, dando lugar al llamado turismo cultural que la Comisión Europea define como «Una relación entre visitantes y visitados, encuentro de personas y encuentro de lugares de la memoria e inspiración, puente de comunicación entre los pueblos de Europa». Ahora bien, no todo el patrimonio cultural puede convertirse en recurso turístico, ni todas las ciudades históricas pueden transformarse en destinos turísticos reconocidos. En el caso de Alba de Tormes las estadísticas hablan por sí solas.

Un breve análisis de las estadísticas de visitantes durante el mes de Julio de 2004¹ muestra:

VISITANTES NACIONALES SEGÚN PROCEDENCIA (JULIO 2004)

Visitantes		Visitantes	
Alba de Tormes	3	C. Valenciana	27
Andalucía	90	Extremadura	12
Aragón	15	Galicia	42
Asturias	42	Madrid	154
Baleares	0	Murcia	20
Canarias	6	Navarra	6
Cantabria	11	La Rioja	4
Castilla y León	91	Salamanca	183
Castilla La Mancha	19	Pais Vasco	28
Cataluña	61		
Ceuta y Melilla	1	Total	815



¹ Datos obtenidos durante la realización del Prácticum en la Oficina de Turismo de Alba de Tormes.

- Un gran número de visitantes procedentes de la provincia de Salamanca (183) que supera a la Comunidad de Madrid (154), segundo en el ranking.
- Pese a que la entrada para los albenses es gratuita, no fueron muchos los que se acercaron a visitar el Torreón. La puesta en marcha de un programa cultural que incluya la celebración de exposiciones, lecturas... y similares en el recinto bastaría para atraerles.
- Prácticamente se recibe el mismo número de visitantes de Andalucía que de la propia Comunidad Autónoma, lo que pone de manifiesto la necesidad de una mayor promoción en Castilla y León.
- Un mayor número de visitantes de Comunidades tan distantes como Cataluña o el País Vasco antes que de regiones vecinas como Extremadura o Castilla La Mancha.

VISITANTES INTERNACIONALES SEGÚN PROCEDENCIA (JULIO 2004)

	Visitantes
Alemania	7
Bélgica	13
Escandinavia	5
Estados Unidos	59
Francia	30
Holanda	10
Italia	4
Portugal	1
Reino Unido	12
Iberoamérica	21
Suiza	4
Otros	3
Total	169



- Los visitantes extranjeros en su mayoría fueron norteamericanos que realizaban un curso de español en la Universidad de Salamanca y el programa de actividades culturales incluía la visita de Las Edades del Hombre en Ávila y horas después el Torreón de Alba de Tormes.
- Nuevos mercados accesibles como Portugal e Italia. En el caso del país luso la proximidad juega un factor importante. En cuanto a Italia, se trata de un mercado interesado en un turismo de carácter religioso vinculado al sepulcro de la Santa.
- El otro grupo mayoritario de visitantes procedían de América Latina, motivados por la visita de carácter religioso, aprovechando una estancia de estudio o de vacaciones en Salamanca.
- El número de visitantes que recibió el Castillo (815/169) superó a aquellos que se acercaron a la oficina de turismo (725/126). Se pierde un flujo de turistas que no acceden a la información necesaria para realizar una visita completa a la Villa o a zonas próximas. Sería interesante trasladar la oficina de turismo al recinto del Castillo, transformándola en un Centro de Recepción de Visitantes dotado con las últimas tecnologías.
- Los motivos de la visita a Alba de Tormes fueron, según la frecuencia de respuesta:
 - Visitar el sepulcro y las reliquias de la Santa.
 - Iglesia mudéjar de S. Juan y el Apostolado románico.
 - Castillo.
 - Iglesias mudéjares de la zona.
 - «Verano Cultural» organizado por el Ayuntamiento (gente de la comarca y lugares próximos).
 - Conocer la provincia de Salamanca (vacaciones de larga estancia en la capital).
 - Lope de Vega (a raíz de la noticia del derribo de «su casa» en los medios de comunicación).
 - Alfarerías (especialmente los extranjeros).

5. DIAGNÓSTICO: ANÁLISIS DAFO

El análisis DAFO es un tipo de estudio realizado para evaluar la situación o entorno de una empresa en su mercado, en este caso, de un destino turístico cultural, a través de sus características para evaluar sus Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades. Al determinar cuáles son las ventajas de nuestro destino se establece la estrategia a seguir.

Las conclusiones que se extraen, a la vista del cuadro de análisis, confirman la necesidad de un programa cultural estable y el interés generado hacia el arte mudéjar cuando no existe ninguna iniciativa de promoción, difusión y puesta en valor del mismo. Por otra parte, no hay que olvidar la importancia del turismo religioso. Se trata de encauzar de manera óptima el flujo de turistas que llegan motivados por la visita a las reliquias o al sepulcro.

Debilidades

- Situación actual de las instalaciones.
- Promoción y gestión eficaz.
- Personal cualificado.
- Escasez de medios o limitación de los mismos.
- Acceso por carretera. Falta de infraestructuras ferroviarias.

Fortalezas

- Gran abundancia de recursos turísticos.
- Sepulcro y reliquias de la Santa.
- Arquitectura mudéjar.
- Sede histórica de la Casa de Alba.
- Villa literaria.
- Alfarería.

Amenazas

- Competencia de Salamanca.
- Estacionalidad.
- Caducidad del destino (motivación para volver).
- Insatisfacción del visitante.
- Falta de conciencia histórica: posible pérdida de recursos patrimoniales.

Oportunidades

- V Centenario del Gran Duque.
- Proximidad a destinos como Salamanca.
- Camino de Santiago (desde Sevilla).
- Guerra de Independencia.
- Segmentos interesados por recursos que aún no han sido gestionados para su visita.

6. INICIATIVAS A CORTO PLAZO

Tras este breve estudio, es evidente que Alba de Tormes cuenta con recursos patrimoniales que convierten a la Villa Ducal en un destino turístico cultural relevante. Para lograr la puesta en valor y gestión de dichos recursos, este proyecto se concreta en cuatro grandes líneas de actuación a corto plazo:

1. *Desarrollo de un programa cultural de carácter local y regional* para crear una oferta de actividades culturales y fomentar la demanda de otras nuevas. Se desarrollaría durante todo el año contando con la colaboración de Piedrahíta y El Barco de Ávila, para coordinar y realizar algunas de las posibles actividades, como un festival de teatro (representaciones de obras de Lope, Calderón...), mercado renacentista, rondas literarias, concursos de relato, poesía y teatro, merchandising (creación y reparto de postales, carteles, camisetas, Cd-rom...), talleres didácticos para niños y adultos, jornadas, encuentros y seminarios, dramatizaciones o visitas teatralizadas (también nocturnas), exposiciones temporales de artistas locales, concurso de pintura, conciertos de música renacentista, publicaciones para fomentar el estudio y la investigación sobre el Gran Duque, su relación con Alba, Piedrahíta y El Barco de Ávila, historia, personajes, tradiciones, cultura, etc. Las posibilidades son muy amplias.
2. *Puesta en marcha de una ruta mudéjar*: Alba de Tormes y su comarca son exponentes de una arquitectura románico-mudéjar comparable a la que existe en otras zonas de Castilla y León como La Moraña (Ávila), sur de la provincia de Valladolid y Segovia. En los últimos años se ha invertido en la restauración y conservación de algunas de estas iglesias por parte de la Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León, es el caso de las iglesias de Turra y Galleguillos, pero no se han realizado acciones de puesta en valor y gestión de las mismas. Se trata de difundir y promover el arte mudéjar entre la población para lograr así su implicación en la conservación y protección de estos bienes a la vez que se promocionan los recursos patrimoniales de estos pequeños pueblos, aumenta la estancia de los turistas en Alba de Tormes y se permite el acceso de turistas y residentes a estas iglesias que habitualmente permanecen cerradas. Itinerario²: Alba de Tormes, Pedrosillo de Alba, Turra de Alba, Galleguillos, Gajates, Nava de Sotrobal, Coca de Alba y Peñarandilla.

² Tomamos el que establece Cayetano Enríquez de Salamanca en su libro *Rutas del románico en la provincia de Salamanca*, que sigue un criterio de localización y acceso por carretera a estas poblaciones.

3. Creación de un *itinerario literario* llamado «Alba de Letras». Es un argumento serio y documentado con referencias literarias para que Alba ocupe un lugar destacado dentro del Camino del Castellano entre La Rioja y Madrid. Con este itinerario se divulga una parte del patrimonio intangible más importante, el literario. Actúa como instrumento para que los residentes compartan y conozcan esa parte de su patrimonio creando así conciencia social. Las obras y autores que se incluyen abarcan varios periodos y distintos géneros literarios. Sirve como recurso de primera mano para que los excursionistas que se acercan en un solo día a la Villa encuentren motivos para aumentar su estancia.

Itinerario propuesto: Santa Teresa de Jesús (convento de La Anunciación), San Juan de la Cruz (iglesia de San Juan de la Cruz y Museo Teresiano), Luis Bello (plaza Mayor), José Sánchez Rojas (iglesia románico-mudéjar de San Juan), Lope de Vega (iglesia de Santiago), Coplas del Perro de Alba (camino al Castillo, antigua judería), Juan del Enzina, Juan Boscán, Miguel de Cervantes, Calderón de la Barca (Castillo), Garcilaso (playas), Fray Juan de Ortega (monasterio de San Leonardo).

4. *Renovación del Torreón de la Armeria como Centro de Interpretación del propio castillo, su entorno arqueológico y la figura del Gran Duque*. Resulta muy complejo transmitir cómo fue el Castillo en su época más gloriosa, los importantes personajes que residieron en él y la influencia que tuvo para la Villa (en palabras del escritor albense José Sánchez Rojas: «Alba de Tormes es un castillo, solamente un castillo. Alba sin su castillo sería un pueblo sin leyenda»). Para ello es necesario rediseñar el argumento expositivo del interior del Torreón con el objetivo principal de explicar su evolución a lo largo de la historia y entender el porqué de su estado actual de conservación. A la vez se plantea un discurso expositivo que aporte un punto de vista objetivo e imparcial sobre el Gran Duque pero que a la vez, sirva de incentivo a la curiosidad del visitante, que vaya más allá del tiempo que dure la visita. Para ello, y aprovechando las dimensiones de la sala y su gran altura, se plantea la colocación de una gran pantalla tras la escalera de caracol que da acceso al piso superior, frente a esta un proyector y un altavoz, que será suficiente al aprovechar la disposición circular de la sala. De este modo, coexisten dos exposiciones en el mismo espacio arquitectónico que se complementan una a la otra; mientras las luces están encendidas, se contemplan los distintos restos arqueológicos pertenecientes al Castillo y su construcción, y al apagarse comienza el audiovisual sobre el Gran Duque.

Este audiovisual sobre el Gran Duque se basaría en citas de su propia correspondencia o citas de sus coetáneos como el embajador de Venecia (Michele Suriano) o el propio Carlos V en las cartas a su hijo Felipe II.

En la sala de los frescos se instalará una mampara transparente para garantizar que los visitantes no pueden tocar la pintura. Se mantendrán las zonas de asiento pero modificando los bancos existentes por otros más modernos que incluyan un sistema de alumbrado compuesto por bombillas de luz fría que no afecten a la conservación de los frescos.

Se contempla también la renovación del mueble-expositor que contiene las réplicas de documentos del Archivo de la Casa de Alba por un módulo de las mismas dimensiones y diseño similar, que incorpore un sistema de audio. Este contaría con una grabación que explicase lo que representa cada una de las escenas del fresco. Estaría coordinada con el sistema de alumbrado de tal modo que según la escena que se esté comentando el resto permanecerían sin iluminación.

No todos los visitantes pueden subir la escalera que lleva hasta el mirador de la Torre, por esto los espacios expositivos situados aquí estarán dedicados a la corte literaria de los

Duques. Al existir la Ruta Literaria, cuyo trazado recorre gran parte de la Villa, es una información a la que cualquier turista puede acceder. En los paneles informativos, que pueden colocarse, se mostrará la planta original de Castillo en la zona que permite una vista global de la zona excavada.

La sala circular podría servir como aula de interpretación del Camino del Castellano en Alba de Tormes, se instalarán algunos asientos y una pantalla sobre la que se proyectará el audiovisual «Alba de Letras». En las paredes se colocarán carteles tipo pergamino medieval con algunos versos de las obras referidas a Alba de Tormes y el Gran Duque. Otra iniciativa interesante es la colocación de atriles, para invitar a los visitantes a escribir algo inspirándose en lo que han visitado o simplemente, para dejar su firma como continuación de la Villa Literaria.

7. INICIATIVAS A LARGO PLAZO

7.1. EL CAMINO MOZÁRABE A SANTIAGO

La existencia de una iglesia construida a mediados del siglo XI, principios del XII, de estilo mudéjar consagrada a Santiago, indica la vinculación que tenía ya en esa época Alba de Tormes con el santo. El Camino Sur a Santiago o Camino Mozárabe sigue el trazado de la Vía de la Plata que discurre desde Sevilla hasta Astorga uniéndose aquí al Camino Francés de peregrinación a Santiago de Compostela. El trazado de la Vía de la Plata en la provincia de Salamanca pasa por Béjar y llega hasta Salamanca capital, atravesando Guijuelo. Esto muestra la existencia de algún trazado alternativo que atravesaba Alba, pudiendo ser fin de etapa en el camino de peregrinación.

Junto a la Iglesia, restaurada recientemente, se encuentra el antiguo Hospital del Patronato de San Santiago y San Marcos. Sería interesante estudiar su puesta a punto y reconversión en Albergue de Peregrinos como una forma de incentivar el Camino Sur a Santiago; algunas poblaciones, como Fuenterroble de Salvatierra, han habilitado un albergue de peregrinos y realizan diversas actividades con motivo del Año Santo Jacobeo. La apertura del hospital como albergue daría lugar a la habilitación y apertura al público de un edificio fundamental en la historia de Alba de Tormes. De paso, se lograría la puesta en valor de la Iglesia que, a pesar de su restauración, no está abierta al público.

7.2. BATALLA DE LOS ARAPILES

En cuanto a la Batalla de Los Arapiles, se trataría de un proyecto a nivel provincial en el que se incluirían poblaciones como Garcihernández o Alba de Tormes; lugares en los que tuvieron lugar las batallas anteriores a la definitiva de Arapiles donde los ejércitos de Napoleón fueron derrotados por las tropas al mando de Wellesley. En los trabajos realizados por la Asociación Histórico Cultural «Salamanca 1812» se desarrolla todo lo sucedido durante las semanas previas. Tomando como base esos trabajos junto a la colaboración de dicha Asociación y la aportación de la Diputación Provincial, podrían realizarse actuaciones muy interesantes, desde representaciones de las batallas, exposiciones temporales, rutas culturales, centros de interpretación de la Batalla de Los Arapiles y su repercusión en la historia de Europa. No hay que olvidar la huella que dejaron los soldados franceses en la firma del general Dupont sobre la pared del Castillo.

7.3. EUROPA

Otra iniciativa interesante, sería la creación de una Ruta Europea basada en la figura del Gran Duque, con el objetivo de realizar un intercambio cultural entre los países que conoció Fernando Álvarez de Toledo como una forma de explicar y entender la historia común de Europa. Gracias a esa iniciativa, se puede conocer cual era la idea que tenían los franceses de los españoles, los italianos de los alemanes, los flamencos de los españoles... etc. y comprobar cómo ha evolucionado la historia del continente hasta dar lugar a la Europa de los 27.

Termino esta comunicación con una reflexión fundamental que debemos plantearnos ante cualquier iniciativa que implique la puesta en valor y gestión de nuestro patrimonio cultural: *¿De qué le sirve a los pueblos sentirse orgullosos de su pasado si no luchan por estarlo en su futuro?*

8. BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- AA.VV. (2004), *Del ayer para el mañana: medidas de protección del patrimonio*, Valladolid, Fundación Patrimonio Histórico de Castilla y León.
- AA.VV. (2004), *La cultura como elemento de unión en Europa: rutas culturales activas*, Valladolid, Fundación Patrimonio Histórico de Castilla y León.
- AA.VV. (2002), *La gestión del patrimonio cultural: la transmisión de un legado*, Valladolid, Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León.
- AA.VV. (1993), *La Ruta de la Plata de Sevilla a Gijón*, León, Lancia.
- AA.VV. (1993-2005), *Libro-programa fiestas de Santa Teresa*, Salamanca, Excmo. Ayto. Alba de Tormes.
- AA.VV. (1998), *Patrimonio cultural y sociedad: una relación interactiva*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- AA.VV. (2000), *Turismo cultural: El Patrimonio Histórico como fuente de riqueza*, Valladolid, Fundación Patrimonio Histórico de Castilla y León.
- ASOCIACIÓN CULTURAL SALAMANCA 1812. (2006), *Alba de Tormes durante la Guerra de Independencia*, [en línea] [<http://www.losarapiles.com>].
- CALAF, R. y FONTAL, O. (coords.). (2004), *Comunicación educativa del patrimonio*, Gijón, TREA.
- DEL VAL, J. y ESCRIBANO, C. (eds.) (2004), *Puesta en valor del Patrimonio Arqueológico en Castilla y León*, Salamanca, Junta de Castilla y León.
- ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., *Rutas del románico en la provincia de Salamanca*.
- GARCÍA GARCÍA, J. M. (1991), *Alba de Tormes: páginas sueltas de su historia*, Salamanca, Excmo. Diputación Provincial de Salamanca.
- GARCÍA ZARZA, E. (1998), *La Ruta del Castellano. Itinerario literario-turístico desde S. Millán hasta Alcalá de Henares*, Salamanca, CIT.
- KAMEN, H. (2004), *El Gran Duque de Alba. Soldado de la España imperial*, Madrid, Esfera libros.
- KOTLER, N. y KOTLER, P. (2001), *Estrategias y marketing de museos*, Barcelona, Ariel.
- LÓPEZ DE AGUILETA, I. (2000), *Cultura y ciudad. Manual de política cultural municipal*, Gijón, TREA.

- MOORE, K. (1998), *La gestión del museo*, Gijón, TREA.
- PÉREZ DE LAS HERAS, M. (2004), *Manual del turismo sostenible*, Madrid, Mundi-Prensa.
- PRIETO PANIAGUA, M.^a R. (1980), *La arquitectura románico-mudéjar en la provincia de Salamanca*, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos.
- REY, M. (coord.). (2004), *Fundamentos de marketing turístico*, Madrid, Síntesis.
- RICO, J. C. (2002), *¿Por qué no vienen a los museos? Historia de un fracaso*, Madrid, Sílex.
- SANTACANA J. y SERRAT, N. (coords.) (2005), *Museografía didáctica*, Barcelona, Ariel Patrimonio.
- SANZ LARA, J. A. (2004), *Valoración económica del patrimonio cultural*, Gijón, TREA.

 Institución Gran Duque de Alba

EL PERRO DEL DUQUE DE ALBA: UN REFLEJO CERVANTINO EN LA LITERATURA DE LOS PAÍSES BAJOS

Yolanda RODRÍGUEZ PÉREZ
Universidad de Utrecht, Países Bajos

Fuera de los Países Bajos es completamente desconocido que Cipión, uno de los dos canes habladores del cervantino *Coloquio de los perros*, estuvo al servicio del ilustre duque de Alba durante su campaña en estas sublevadas provincias entre 1567 y 1573. Sus aventuras se publicaron en 1658 en Amsterdam con el título *La vida y hazañas del perro del Duque de Alba y la cueva mágica pirenaica* (*Het Leven en Bedrijf van Duc D'Albas Hondt*)¹. En esta novela se le brinda la oportunidad a Cipión de narrar su vida a Berganza. Aunque no se especifica el autor y hasta mediados del siglo pasado se pensó que se trataba de una traducción del español, podemos asumir que esta novela es realmente fruto del presunto traductor, G. de Bay, experto en la translación de diversas novelas picarescas, y más importante, de varias novelas ejemplares de Cervantes, entre ellas *El coloquio de los perros* mismo². La novela que nos ocupa es, además, un ejemplo literario muy temprano del género novelístico neerlandés.

Cipión, rebautizado por el gran duque como Perdón (haciéndose referencia al Perdón General que Alba ofreció en 1570 a los súbditos de los Países Bajos), llega a esos territorios en 1567 con las tropas de Alba. Tras haber servido a diversos amos, como corresponde a la tradición picaresca, se convierte en correo y espía para el duque, viajando varias veces entre España y los Países Bajos con un

¹ El título completo es: *Het Leven en Bedrijf van Duc D'Albas Hondt; en 't Pirinesche Tooverhof*, Evert Nieuwenhof, Amsterdam, 1658. La segunda parte del título significa «y la cueva mágica pirenaica». En 1997 elaboré una edición de este libro, adaptando el neerlandés del XVII a un público contemporáneo: *De hond van de hertog van Alba*, Uitgeverij Querido, Amsterdam, 1997.

² El hispanista Juan Terlingen fue el primero en sacar del olvido a esta novela. Véase: TERLINGEN, J. H., «Las novelas ejemplares de Cervantes en la literatura neerlandesa del siglo XVII», *Revista de Filología Española* XXXII, (1948), pp. 1-17; TERLINGEN, J. H., «Une suite du *Coloquio de los Perros* de Cervantes», *Neophilologus* XXXIV, (1950), pp. 193-206; TERLINGEN, J. H., «Un hispanista neerlandés del siglo XVII. Guiliam de Bay», en 1930-1955, *Homenaje a J. A. van Praag*, Groninga, 1956, pp. 123-137; PRAAG, «Quelques observations relatives à la suite du *Coloquio de los perros* de Cervantes», en *Neophilologus* XXXV, (1951), pp. 15-16.

collar vacío al cuello en el que transporta misivas de capital importancia. La novela nos narra sus aventuras hasta la partida del duque a España.

Lo que hace única a esta pequeña novela neerlandesa no es solo que nos ofrece una continuación libre del coloquio cervantino, ya algo muy meritorio de por sí, o que nos ayuda a reconstruir procesos de transferencia cultural entre ambos países, sino que nos ofrece una oportunidad extraordinaria de analizar procesos de formación de mentalidades. Esta novela nos permite ver cómo la imagen del enemigo español, y en particular la del duque de Alba, entra a formar parte de la conciencia popular neerlandesa³.

A continuación me detendré en tres aspectos: en primer lugar bosquejaremos brevemente la imagen del duque de Alba en los Países Bajos, lo cual es esencial para entender la manera en que aparece representado en la obra que aquí tratamos. A continuación, nos detendremos en *El coloquio de los perros* cervantino como inspiración y punto de partida picaresco de la novela neerlandesa, y por último analizaremos el proceso de simbiosis literaria que se desarrolla entre el perro Cipión y su amo el duque.

1. ALBA EN LOS PAÍSES BAJOS

No es mi intención, ni es posible, elaborar en tan poco espacio una panorámica de la imagen del duque que se creó en los Países Bajos. Sabemos que su figura sufrió un proceso de mitificación negativa del mismo modo que Guillermo de Orange, el padre de la patria neerlandesa, sería objeto de un proceso similar de mitificación, pero en su caso de carácter positivo. Los historiadores españoles, belgas y neerlandeses están de acuerdo con la constatación de que hay pocas figuras que hayan causado un odio tan profundo en estos territorios como el gran duque⁴. Como afirma el historiador Gustaaf Janssens, su imagen como «opresor» fue la que se perpetuó en la memoria de los habitantes de estos territorios⁵. William Maltby se pregunta por la causa de esta falta de olvido del periodo de gobierno del duque, mientras que otros momentos sangrientos del pasado neerlandés sí que han sido borrados de la memoria colectiva. La derrota de Alba, y la consiguiente victoria de los «rebeldes», y el hecho de que con ella las víctimas neerlandesas se alzaran en mártires de una nueva «nación», fueron aspectos definitivos⁶. Esta nueva «nación» tenía necesidad de un pasado común para forjar una identidad propia; los valientes neerlandeses habían logrado vencer a los españoles, y esto no se olvidaría nunca. El famoso general con la barba cana en punta y con su armadura férrea, tampoco sería olvidado nunca, puesto que lo habían elevado a símbolo de la represión y la crueldad por excelencia⁷. Y esta imagen es justo la que encontramos en *El perro del duque de Alba*, título con la que abreviaremos la novela.

³ Véase: RODRÍGUEZ PÉREZ, Y., «G. de Bay: un traductor de Cervantes como agente de la memoria histórica neerlandesa en el Siglo de Oro», en *Agentes e identidades en movimiento. España y los Países Bajos, siglos XV-XVIII*, Córdoba, 2008 (en publicación).

⁴ SWART, K. W., «The Black legend during the Eighty Years war», en *Britain and the Netherlands. Volume V. Some political mythologies*, La Haya, 1975, pp. 36-57, 47; JANSSENS, G., *Don Fernando Álvarez de Toledo, Tercer Duque de Alba y los Países Bajos. Don Fernando Álvarez de Toledo, derde hertog van Alba en de Nederlanden*, Bruselas, 1993, p. 32; MARTÍN HERNÁNDEZ, F., «El Gran Duque de Alba y la idea de un imperio cristiano en Europa», en *Homenaje al Gran Duque de Alba Don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel*, Salamanca, 1983, p. 37; KAMEN, H., *El Gran Duque de Alba*, Madrid, 2004.

⁵ JANSSENS, G., «Het oordeel van tijdgenoten en historici over Alba's bestuur in de Nederlanden», en *Belgisch tijdschrift voor philologie en geschiedenis*, 54, 2 (1976), pp. 474-488, p. 486.

⁶ MALTBY, W. S., *Alba. A biography of Fernando Álvarez de Toledo, third Duke of Alba. 1507-1582*, Berkeley, 1983, p. 157.

⁷ Esta imagen negativa de Alba empezó a cambiar gradualmente a partir del siglo XIX, pero habría que esperar hasta el *interbellum* para poder apreciar una cierta apertura objetiva hacia su figura. La escritora neerlandesa A. L. G. Boshboom-Touissant abogó, por ejemplo, ya en 1886 por un intento de ver a Alba como súbdito, como individuo, incluso como padre. *De hertog van Alba in Nederland*, La Haya, 1886, pp. 80-81.

2. EL COLOQUIO DE LOS PERROS COMO INSPIRACIÓN DE EL PERRO DEL DUQUE DE ALBA

La famosa novela ejemplar de Cervantes fue publicada en 1613, y se considera hoy en día como una pequeña obra maestra por su perfecto equilibrio y composición⁸. Esencial es que esta breve novela nos ofrece un espejo tan preciso y variado de su época que la hace equiparable a obras de la talla del *Persiles* e incluso del *Quijote*⁹. La sociedad española que se presenta en esta última novela ejemplar, está inmersa en una situación de completa decadencia y degeneración, y tan sólo los dos perros narradores Berganza y Cipión parecen ser capaces, desde su sabia perspectiva canina, de señalar todos los vicios y defectos humanos a su alrededor. Su diálogo puede ser interpretado como un alegato a favor de una necesaria reforma social¹⁰. Aunque todavía no parece haberse alcanzado unanimidad respecto a la pertenencia del *Coloquio* al género picaresco, según una gran mayoría de la crítica es innegable que la temática es «picaresca pura», no solo por ciertas características externas como, por ejemplo, el tratarse de un relato autobiográfico donde se narran momentos álgidos, y de crisis, de la vida del protagonista, o el servir a varios amos de distinta extracción social¹¹. El *Coloquio* finaliza con la intención de Cipión de narrarle su vida a Berganza:

Y con esto pongamos fin a esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el día, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este gran beneficio de la habla, será la mía, para contarte la mía¹².

Cervantes nunca escribiría una continuación del coloquio, pero su final abierto serviría de inspiración a más de un autor, tanto en su siglo como posteriormente, y tanto dentro como fuera de España¹³. Un ejemplo muy especial de esta inspiración nos lo ofrece la novela neerlandesa *La vida y hazañas del perro del duque de Alba*, al centrarse la narración en la época de las guerras de Flandes y al presentar al duque de Alba como el principal amo de Cipión. Esta temática y la caracterización de que es objeto el gran militar español, acorde con la propaganda neerlandesa anti-española de la época, son los dos elementos de más peso para abogar por una autoría original neerlandesa, y descartar absolutamente la posibilidad de que este texto fuese una traducción del español, como se especifica en el prefacio del texto¹⁴. Una novela de este género es completamente disonante con el *discours* histórico y literario español respecto al conflicto en los Países Bajos en general y con la imagen existente del duque de Alba en particular, aunque obviamente encontremos en ella referencias intertextuales a obras españolas, lo cual es lógico siendo el autor también un avezado traductor del español¹⁵.

⁸ WOODWARD, L. J., «El casamiento engañoso y El Coloquio de los perros», en *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXVI (1959), pp. 80-87, p. 87.

⁹ PIERCE, F., «Cervantes' animal fable», En: *Atlante* 3 (1955), pp. 103-115, p. 108.

¹⁰ WALEY, P., «The unity of El Casamiento Engañoso and the Coloquio de los Perros», en *Bulletin of Hispanic Studies* XXXVI (1957), pp. 201-212, 209.

¹¹ CERVANTES SAAVEDRA, M., *Novelas ejemplares III*, ed. J. B. Avelle-Arce, Madrid, 1987, p. 27; SOBEJANO, G., «El Coloquio de los Perros en la picaresca y otros apuntes», en *Hispanic Review*, 43 (1975), pp. 35-41, p. 35. Para una útil recapitulación de los rasgos distintivos de la novela picaresca, véase: RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, B., *Antología de la novela picaresca española*, Madrid, 2005, pp. XI-XVII.

¹² CERVANTES SAAVEDRA, M., *Novelas ejemplares III*, Madrid, 1987, p. 359; la edición de Amezúa de 1912 es la más completa del *Casamiento* y el *Coloquio*. CERVANTES SAAVEDRA, M., *El casamiento engañoso y el coloquio de los perros*, ed. A. G. de Amezúa y Mayo, Madrid, 1912.

¹³ CERVANTES SAAVEDRA, M., *El casamiento*, pp. 224-236. Pensemos en ejemplos como el dramaturgo Luis de Belmonte Berruete (1587-1650), o también el alemán Theodor Hoffmann (1776-1822). Véase la edición de Amezúa, pp. 224-236.

¹⁴ Respecto a los posibles motivos ideológicos y comerciales para escribir la obra y las estrategias de los editores, véase: RODRÍGUEZ PÉREZ, Y., «G. de Bay: un traductor de Cervantes».

¹⁵ Es apreciable la influencia de *Los Sueños* (1627) y *El Buscón* (1626) de Quevedo y también del *Lazarillo* (1554).

Cipión llega a los Países Bajos desde Italia, estando al servicio de un barbero de las tropas hispánicas, y pasando después al servicio de su segundo amo, un vendedor ambulante ciego que al ser culpado de hechizería tiene que presentarse ante el inquisidor local para probar su inocencia. El inquisidor se queda impresionado por la inteligencia y agudeza de su perro Cipión y le propone dejarle libre a cambio de quedarse con el can. En su opinión, Cipión podría ser de gran utilidad y servicio a la causa española en esos territorios y así se convierte en perro-espía, en «el perro del duque de Alba». Su misión consiste en transportar cartas entre España y los Países Bajos, y de este modo se convierte en testigo de primera mano de varios acontecimientos esenciales en las negociaciones y en el conflicto entre la Monarquía Hispánica y las provincias rebeldes. La novela concluye con uno de los puntos álgidos, desde perspectiva neerlandesa, de la violencia y represión española en los Países Bajos: los asedios de Zutphen, Naarden y Haarlem, donde se castigó con dura mano a la población. En la conciencia popular neerlandesa se vinculó al duque de Alba con estas duras intervenciones, aun cuando él ni siquiera estuvo presente en ellas. Cipión, vista la crueldad de sus compatriotas, decide distanciarse de ellos y abandonar al duque al final del libro.

La segunda parte del título de la novela «*la cueva mágica pirenaica*» hace referencia a los intermedios de carácter mágico que se intercalan en la trama principal. De viaje a España, el perro pasa dos veces por una cueva mágica en los Pirineos, donde, guiado por la hechicera Urganda, observa todo tipo de seres irreales y diablos¹⁶. Este elemento mágico no es gratuito, al coincidir con la esencia del *Coloquio de los Perros*, donde el pasaje sobre la hechizera, «la Cañizares», es considerado por los críticos como el eje de toda la novela¹⁷. Este interés por la magia y la brujería estaba muy patente en los Países Bajos a mediados del XVII, fecha de aparición de la novela, y coincidió con una ola de publicaciones sobre el tema¹⁸.

Al igual que *El Coloquio*, la novela del perro de Alba puede ser caracterizada de picaresca, aunque las implicaciones de esta denominación difieren de alguna manera al situar ambas obras en su propio contexto histórico y social. Sabemos que el presentar grupos o circunstancias sociales como objeto de sátira, es uno de los recursos más utilizados dentro de la picaresca, y en el *Coloquio* los ejemplos son múltiples¹⁹. En *El perro del duque de Alba*, se retoma este elemento de sátira pero es utilizado de diferente manera. En primer lugar en el coloquio neerlandés se introducen dos grupos o «naciones» enfrentadas por la guerra. Es obvio decir que aquellos que son objeto de sátira son los españoles, y el duque de Alba en particular, por el proceso de mitificación negativa que experimentó en los Países Bajos a partir del siglo XVI, y que todavía una década después de la firma de la Paz de Munster en 1648 seguía sin perder fuerza²⁰. En segundo lugar, la sátira no se ve limitada al nivel de lo social, sino que se extiende a su vez a lo político y religioso también. Todos estos niveles de sátira son utilizados para presentar una visión negativa de lo hispánico²¹.

Particularmente interesante en el libro son los mecanismos de formación de imágenes de las dos «naciones». La imagología, o estudios de la imagen, aportan en este contexto fructuosos resultados al exponer a la luz una innegable dinámica de bipolaridad: cada imagen (autoimagen) está vinculada a

¹⁶ El nombre de la hechicera hace obvia referencia a la urganda del *Amadís de Gaula*, bestseller europeo de la época, y probablemente también a los versos preliminares del *Quijote*.

¹⁷ Según la hechizera, «la Cañizares», tanto Berganza como un hermano desconocido suyo, probablemente Cipión, son en realidad humanos, pero fueron convertidos, por hechizo, en perros. De ahí su capacidad del habla.

¹⁸ WAARDT, H. de, *Toverij en samenleving. Holland 1500-1800*, Amsterdam, 1991, pp. 206, 213.

¹⁹ FRANCIS, A. «España en la novela picaresca», en *Picaresca, decadencia, historia. Aproximación a una realidad histórico literaria*, Madrid, 1979, p. 101.

²⁰ Véase: JANSSENS, 1976 y 1993.

²¹ Véase: RODRÍGUEZ PÉREZ, 2008.

otra (hetero-imagen). Conceptos claves son el «Uno» y el «Otro». Ambas imágenes funcionan en complementariedad recíproca, siendo como una fotografía y su negativo²². Los españoles encarnan al «otro» en su papel de opresores, mientras que los neerlandeses se unifican en el papel de víctimas heroicas y no obstante combativas, que según Cipión luchaban «por su patria, fe y libertad», principios muy loables, como admite incluso el interlocutor canino de Cipión, Berganza²³.

El uso del modelo de la novela picaresca española en un contexto extranjero tiene innegables implicaciones. Como ya afirmaron los críticos en el pasado, este género, por su sátira inherente de la sociedad española, podía servir como vehículo ideal para la transmisión de ideas anti-españolas²⁴. Al presentarse una visión distorsionada y exagerada de la degradación de España, se proyectaba la imagen de una España negra, poblada de personajes turbios y hambrientos. El *perro de Alba* es un ejemplo por excelencia de este uso de la picaresca, por el que una lectura literal de una novela picaresca hace que todo lo español reciba una connotación negativa. Todos los personajes que son pillos, ladrones, jugadores de cartas o individuos sin ningún principio moral son españoles, siguiendo esta perspectiva. Con esta visión negativa de los españoles, el autor se hacía eco de la leyenda negra²⁵.

3. EL DUQUE DE ALBA Y SU PERRO CIPIÓN

Cipión, situado en el epicentro del conflicto entre la Monarquía Hispánica y los rebeldes neerlandeses, desempeña en la novela un papel de capital importancia al ser testigo ocular de acontecimientos de relevancia en ambos territorios. Ya hemos mencionado que de sus contactos con los españoles no se desprende nada positivo, la cuestión es si su relación con su amo más importante, del que recibe el epíteto «perro del duque de Alba», es igualmente caracterizable como negativa. ¿Con qué ojos observa Cipión a su amo? El hispanista, Juan Terlingen, el primero que prestó atención a la obra que nos ocupa, habla de elementos contradictorios en la figura de Cipión²⁶. Según el erudito, a pesar de funcionar como «portavoz» de la perspectiva rebelde, el perro «loue en la personne du duc d'Albe et de son roi ce que lui semble digne de louange. Il n'a nullement l'intention de les mettre à tout prix en une lumière défavorable»²⁷. En mi opinión, no se trata tanto de contradicciones como de una consciente estrategia de evolución del autor dentro del personaje canino, con la que pretende dar una dimensión extra a la relación entre el perro y el duque. ¿Es cierto que Cipión, como afirma Terlingen, no quiera desprestigiar la figura del duque?

Ya antes de conocer personalmente al «ilustre duque de Alba», cuenta Cipión que había oído decir que «Alba gobernaba a su gente con severa autoridad» y que «siendo hosco de carácter, no era amigo de cumplidos de cortesía, y que lo que más valoraba era la lealtad»²⁸. Esta primera descripción

²² LEERSEN, J. Th., «Over nationale identiteit», en *Theoretische Geschiedenis*, 15, 4 (1988), pp. 417-430 «Over nationale identiteit», p. 426. Sobre la visión española de los Países Bajos y sus habitantes durante las guerras de Flandes: RODRÍGUEZ PÉREZ, Y., *De Tachtigjarige Oorlog in Spaanse ogen. De Nederlanden in Spaanse historische en literaire teksten (circa 1548-1673)*. Nimega, 2003. La versión inglesa se publicará en el 2008: *The Dutch Revolt through Spanish Eyes: The Netherlands in Golden Age Spain*, (Editorial: Peter Lang).

²³ *De Hond van de hertog van Alba*, p. 10.

²⁴ FRUTOS GÓMEZ DE LAS CORTINAS, J., «El antihéroe y su actitud vital (sentido de la novela picaresca)», en *Cuadernos literarios VII*, (1950), pp. 97-143, p. 141.

²⁵ GARCÍA CÁRCCEL, R., *La leyenda negra: historia y opinión*, Madrid, 1998.

²⁶ TERLINGEN, 1950, p. 202.

²⁷ TERLINGEN, 1950, p. 198.

²⁸ *De Hond*, p. 10, 22.

de Alba es muy neutral de tono, por no decir incluso positiva, al presentar la imagen de un militar serio y dedicado, sin interés en vanalidades. Durante una de sus misiones a España, Cipión permanece en casa de un pastelero, que rellena sus empanadas con carne de rata. Indignado con estos hábitos deshonestos, comenta que su amo, el duque de Alba, sabría muy bien qué hacer con semejante delincuente: «colgarle [en una cesta] de la torre de la catedral de Santa María de Amberes, como ejemplo a todos aquellos que hicieran algo del género»²⁹. Cipión parece pensar que Alba tiene un claro sentido de la justicia, al querer castigar como se merece al fraudulento pastelero.

Hay que esperar hasta la vuelta de la primera misión a España de Cipión para escuchar el primer eco crítico de parte del can, al utilizar la palabra «crueldad» en relación con Alba. Este término es el que con más frecuencia se hace referencia al duque en textos históricos y literarios de los Países Bajos de la época y también posteriores³⁰. A esta altura de la narración comienza a desarrollarse una especie de simbiosis entre Cipión y su amo, y así le cuenta a Berganza:

Y no dice en vano el refrán, «de tal amo, tal criado», porque por la crueldad de mi señor también me entraron ganas de hacer sufrir a algunos herejes, y para ello me dediqué a olisquear todos los bosques, pueblos y aldeas, y donde observaba algo de traición, pues se lo decía al duque, o a la Inquisición, que se lo comunicaba directamente a éste»³¹.

La imagen neerlandesa del duque como «exterminador» de herejes empieza a tomar forma paulatinamente. Las connotaciones neutrales de la primera descripción se van esfumando y el autor va añadiendo pinceladas cada vez más negras, integrando elementos de la propaganda anti-española de la época, tan extendida en canciones, panfletos, obras literarias e históricas. Quizá el punto álgido en la proyección de una imagen negativa del duque la encontramos en este fragmento, donde intentaré expresar el juego de palabras del original:

Sucedió cierto día, durante la cuaresma, que mi señor estaba enfermo, y tenía ganas de comer carne de gans (ganso). Al oírlo, pense con toda seguridad que lo que quería era carne de geus (el nombre genérico de los sublevados)³². Por ello, salí a la calle y cogí un muslo de alguien que acababan de descuartizar y así entré en la corte (...), y sin encontrar ningún impedimento, me dirigí a los aposentos del duque que estaban cerrados, llamé a la puerta, el cortesano la abrió, y en cuanto lo vi, me precipité hacia dentro con mi muslo de «ganso», que hubiera depositado en la cama del duque si no me hubiera dicho, medio riendo, «Bueno, Perdón, llévate este muslo, no quiero la carne, me basta con la sangre»³³.

En este fragmento se refleja la imagen de Alba como cruel represor, o como el «perro de presa o sanguinario» (*de bloedhond*) como se le denominaba en la propaganda neerlandesa. El lector es testigo de cómo Cipión se va comportando cada vez más como su amo. Él devora cuanto oveja se encuentra en su camino, de la misma manera que se decía que el duque eliminaba herejes. El paralelismo entre ambos personajes es obvio: ambos son representados por el autor como

²⁹ *De Hond*, p. 37.

³⁰ JANSSENS, 1976, p. 483; VERMASEREN, B.A., *De katholieke Nederlandse geschiedschrijving in de 16de en 17de eeuw over de opstand*, Leeuwarden, 1981; BEHIELS, L., «El Duque de Alba en la conciencia colectiva de los flamencos», *Foro Hispánico*, 3, pp. 31-43. Behiels estudió la imagen del duque en la conciencia colectiva de los flamencos en libros de historia utilizados en la enseñanza entre 1843 y principios de 1990. El epíteto «cruel» es el que más abunda.

³¹ *De Hond*, p. 41.

³² En el original hay un juego de palabras entre «ganzenvlees» (carne de ganso) y «geuzenvlees» (carne de «geuzen», de rebeldes).

³³ *De Hond*, pp. 41-42.

«perros sanguinarios», literal y figuradamente, aunque esta situación de asimilación o simbiosis entre los dos no se mantendrá hasta el final de la novela. En su papel de testigo de primera mano, Cipión ha contemplado numerosos horrores que le llevan a experimentar arrepentimiento: «Esta crueldad me hizo aborrecer a mi dueño». Al final de la novela, tras los asedios de Zutphen, Haarlem y Naarden define todo lo que había visto en los Países Bajos como «un lamentable espectáculo» en el que «la sangre de las víctimas fluía por las calles». Las palabras de Cipión son definitivas: «la matanza que se cometió allí me hizo estremecer —a mí que tan solo soy un perro— y maldecir la crueldad de mis compatriotas»³⁴.

Esta cita es de capital importancia: Cipión, el perro español, el alter-ego canino del duque de Alba, parece tener más sentimientos y un sentido ético más desarrollado que sus propios compatriotas humanos. Lo que Terlingen define como contradicciones o inconsecuencias en el personaje de Cipión es en realidad una estrategia sopesada del autor. Es indudable que el objetivo es presentar la figura del duque acorde a la perspectiva de Guillermo de Orange cum cuius. En la arriba mencionada cita del hispanista también se hace referencia a la falta de deseo de presentar una imagen negativa del rey, Felipe II. Aunque su figura aparece de paso en el relato, su mención también nos ayuda a elaborar ciertas conclusiones relevantes. La única referencia al rey procede de Cipión mismo, quien dice: «Me impresionó su valiente presencia y me pareció un hombre digno de reinar sobre el mundo entero»³⁵. No hay que olvidar, no obstante, que el perro ve al rey desde la distancia, lo que puede relativizar la fiabilidad de la impresión causada, y utiliza la expresión «me pareció», pero no lo sabe con certeza. Igualmente positivo, o al menos de carácter neutral fue el primer comentario sobre el duque de Alba y hemos visto cómo cambiaría después de opinión. Las apariencias engañan, como vemos con más frecuencia en la novela. En todo caso, en una de las últimas frases de Cipión vemos una crítica implícita al rey, al decir tras haber sido testigo de varias masacres: «Y yo que había pensado que los reyes, príncipes, sabían mejor qué es necesario...»³⁶. La falta de crítica directa hacia el monarca corresponde también con uno de los tópicos clásicos de la propaganda neerlandesa que, al inicio de la Revuelta, exculpaban al rey Felipe II de cualquier culpa del conflicto, él había sido mal aconsejado, siendo los culpables de la mala gestión aquellos en su círculo de confianza, sus consejeros³⁷.

El perro, el animal más fiel y leal por excelencia, decide abandonar a su amo, el duque de Alba. Justo antes de ello presencia la aparición de una figura fantasmagórica femenina que viene a ratificar la maldad de Alba y le dice al duque:

Alba, Alba, Alba... «Soy (...) tu propia conciencia, y quiero que me contemples bien de arriba a abajo, antes de que te vayas de aquí, para que al refrescar tu memoria rindas cuentas de la sangre que has derramado»³⁸.

Con esta imagen de la conciencia torturada de Alba acaba la novela, lo cual no nos sorprende al corroborar una vez más la imagen negativa de Alba en los Países Bajos. Interesante es, al situarnos en la perspectiva neerlandesa, el hecho de que el lector, o el oyente del siglo XVII de esta narración se sentiría probablemente muy regocijado al ver al duque torturado por su conciencia.

El *perro del duque de Alba* nos ofrece, pues, un ejemplo extraordinario de la ingeniosa adaptación de un modelo literario español en un contexto extranjero, en este caso neerlandés. Diez años

³⁴ Ídem, pp. 66, 67-69.

³⁵ Ídem, pp. 61.

³⁶ Ídem, pp. 67.

³⁷ ISRAEL, J., *The Dutch Republic. Its Rise, Greatness, and Fall 1477-1806*, Oxford, 1995, p. 162.

³⁸ *De Hond*, p. 71.

después de la firma de la Paz de Munster entre España y las Provincias Unidas en 1648, se publica esta novela que recrea el pasado histórico reciente neerlandés. La visión negativa del duque de Alba es comprensible en el contexto de las guerras de Flandes, durante las que se había convertido en un icono de la represión, en la figura emblemática de la maldad española acorde con la leyenda negra que permanece hasta hoy en día en la memoria colectiva de los Países Bajos. El autor G. de Bay supo integrar, pues, la fama internacional del género picaresco, el renombre de Cervantes y la reputación histórica del duque de Alba para crear una obra nueva para el mercado neerlandés. Inspirando temor o no, el duque, comercialmente hablando, vendía. Incluso más de ochenta años después de dejar los Países Bajos.

APUNTES SOBRE LA VIDA Y OBRA LITERARIA Y FILOLÓGICA DE FRAY LUIS DE ESTRADA

Fernando ROMERA
Sonsoles SANCHEZ-REYES PEÑAMARÍA

Son muy escasas las referencias bibliográficas sobre Fray Luis de Estrada. De igual manera, los pocos datos biográficos que conocemos proceden de documentación indirecta, aunque, eso sí, suficientemente fiable como para aportar algunos datos interesantes acerca de uno de los personajes que más desapercibido ha pasado por la historia del humanismo español.

Sin embargo, fray Luis de Estrada fue un personaje importante en su momento por muy diferentes motivos. Obviando su labor teológica que dejamos para otros investigadores más dotados en estos caminos, la relación que mantuvo con otros autores del Renacimiento español le llevó a participar activamente en polémicas y disputas verdaderamente relevantes en la panorama histórico, religioso y filológico del momento y que han llegado hasta nuestros días a través de algunas cartas cruzadas entre el propio Estrada y esos otros autores, así como en referencias a su vida y obra en el epistolario de los escritores y lingüistas del siglo XVI. Nos interesa, pues, la importancia que tuvo en su labor filológica y las aportaciones que, desde dentro de la Universidad, tuvo para la historia de la Filología Española del siglo XVI, en consonancia con la labor de otros autores vinculados al mundo universitario del momento, y más concretamente con la Universidad de Alcalá de Henares.

Sabemos poco, decíamos, de Estrada. Y, sin caer en localismos y aunque no termina de ser excesivamente relevante dónde nació, conocemos su procedencia abulense, aunque siempre por fuentes indirectas. En la *Biblia Regia* o *Biblia de Amberes* se le cita como «teólogo abulense» y hemos de suponer que él mismo pudo corregir dicha información. La edición de la *Carta y discurso del Maestro Fray Luis de Estrada sobre la aprobación de la Biblia Regia*, carta editada ya en 1781, especifica de él que es «natural de Ávila, Monge Cisterciense, Theólogo insigne y peritísimo en las Lenguas Orientales», datos que, salvo su procedencia, han sido suficientemente demostrados ya en su propia época.

Sobre el mismo fray Luis de Estrada sí sabemos que fue muy reconocido en su momento por su participación en la vida cultural, religiosa y, en algún caso, política y fue citado en no pocas obras,

como veremos en adelante. Las obras que nos son hoy conocidas hacen referencia a la regla de su orden y cuestiones de índole religiosa, por supuesto en lengua latina. *In regulam sancti Benedicti, libri X; Epistolarum ad diversos, liber unus; Sermonum de tempore, liber unus; De laudibus Sancti Eugenii et corporis ipsius ad urbem Toletanam*. También conocemos su obra en defensa de los jesuitas, redactada tras la expulsión de estos de la ciudad de Zaragoza, bajo el título *Apologiae pro Religiosis Societatis Jesu, liber unus*. Su relación con la Orden de San Ignacio fue amplia y se publicó también, a la muerte de éste la obra *Epistola ad eosdem*, en castellano, latín e italiano. Estas obras le procuraron una fama especial en su tiempo, fama que le forjó el aprecio del propio Felipe II.

Provenía, también y en gran medida, de su facilidad y sus conocimientos filológicos aplicados a la retórica litúrgica. Sus sermones y discursos tuvieron un éxito notable y, en lo que nos ha llegado de ellos, hemos de reconocer cierta valía literaria en su prosa que mantiene la sobriedad y elegancia de otros autores coetáneos.

Entre los varios textos que dan cuenta de su presencia en la vida cultural de la España del XVI, los *Opúsculos Castellanos* de Ambrosio de Morales, recogen su sermón en la llegada de los restos de los mártires Justo y Pastor a Huesca, como uno de los personajes que más realce dieron al acto por sus sermones (1793:133):

Allí se entretuvieron las santas reliquias ocho días, con muy solemnes misas y sermones del doctor Serrano y de Fray Luis de Estrada y del Doctor Vázquez, canónigo de Alcalá y con infinita gente que de toda tierra concurrió.

Un poco antes se le cita en los mismos elogiosos términos, aportándonos, además el dato biográfico de su estancia como rector en el prestigioso Colegio de San Bernardo (1793:134):

Desde Sigüenza ya venía acompañando las santas reliquias el padre Fray Luis de Estrada, Rector del Colegio de San Bernardo, de aquí de Alcalá, que con su mucha devoción que a estos santos mártires tiene, ha sido siempre aquí mucha parte para acrescentar la de todos en sus sermones ordinarios, los cuales con grandes letras, con gran bondad y con su particular don de Dios, que para el predicar le dio, suele siempre hacer muy señalados. Y agora, movido con esta su devoción, salió a Sigüenza a recibir los santos y vino predicando después por el camino el salmo, Laudate pueri dominum, hasta concluir en Alcalá con el postrer verso Qui habitare facit sterilem in domo, matrem filorum laetantem.

Fue ampliamente reconocido como filólogo y traductor de lengua hebrea, en línea con la importancia que había adquirido la propia universidad de Alcalá desde los esfuerzos de Cisneros por dotarla de un poderoso bagaje filológico. Pero, con toda seguridad, el acontecimiento cultural en el que más se involucró y que nos demuestra su posición personal en torno a los sucesos derivados de la nueva versión de la Biblia, fue su relación con Arias Montano y los doctores de la Universidad de Alcalá de Henares encargados de la traducción *ad hebraicam veritatem*. Esta grave polémica que marca dos líneas de trabajo en los estudios lingüísticos y bíblicos del siglo XVI es la que también separará —al menos en cuanto a la discusión filológica se refiere— a las Universidades de Alcalá y de Salamanca, involucrando a doctores de una y otra en defensa o acusación en torno a la nueva edición de la Biblia que, por encargo del Rey, quería promoverse. En esta disputa, fray Luis de Estrada no tuvo un papel menor. El proceso de traducción estuvo plagado de dificultades que tuvieron que soslayarse, en muchas ocasiones, mediante recursos políticos que involucraron a figuras como el papa Pablo IV, el propio Rey o el duque de Alba. Recordemos que entre 1462 y 1500 se habían publicado nada menos que ochenta ediciones de la Vulgata. La *Biblia poliglota* llegó, sin embargo a ser rarísima y a circular limitadísimo ejemplares. La realización de la nueva edición a cargo de Montano y la ayuda de Estrada, entre otros, venía a cubrir ese hueco.

Benito Arias Montano, en carta a Zayas, dirigida en 1571¹, explica el proceso que ha seguido en la petición de apoyos para la traducción de la Biblia, proceso que anduvo plagado de dificultades políticas y teológicas al tiempo que filológicas, si no es que filología y política se vinieron a fundir en esta ocasión.

Esta disputa vino a empujar a Montano y a sus colaboradores, entre ellos Luis de Estrada, a recoilar todas las asistencias sociales y políticas que pudieran respaldar el proyecto y su posterior publicación. Así, se cita la ayuda del duque de Alba que el propio Montano había ido a suplicar a Bruselas, donde se hallaba por aquel entonces, y quien, dicho sea de paso, parece jugar una importante labor en la publicación de dicha obra (260):

Estando la obra allá, su Santidad se pudiera hacer muy bien capaz con ella presente y la admirará; mas, pues a Su Majestad y a los de su consejo ha parecido que antes también se le envíe la relación y suplicación del Duque de Alba, yo lo he hecho así y venido a Bruselas (donde se escribe esta), y he scripto una relación en latín de toda la obra y del motivo de S. M.^a y del estado en que ya la tenemos, y con esta relación se envían muestras de cada tomo della y de algunas partes del Aparato sacro, y he scripto otra larga carta al embajador y otra al Cardenal Pacheco, como eclesiástico y criado de S. M.^a y el Duque ha scripto al Papa y al embajador.

Esta carta de Montano a Gabriel de Zayas² nos parece de gran importancia, porque nos explica cómo va realizándose el proceso de traducción de la Biblia desde las fuentes hebreas; cuáles son las peticiones de otros colaboradores y especialistas en lengua hebrea y, también, por cuanto en ella se cita especialmente a Fray Luis de Estrada, involucrado ya en esta traducción, y quien juega un cierto papel moderador, no en la traslación del texto, sino más en el proceso político que corrió paralelo (1862:266):

En este mismo tomo va un libro de declaración de las frases hebreas en latín, para ayudar a la inteligencia de la lengua y sentencia. Va hecha la misma diligencia en el Testamento Nuevo griego, y todo en este segundo tomo. Esta diligencia se pidió de España por las cartas que V. M. me envió de Serrano, Fray Luis de Estrada y Ambrosio de Morales, y fué muy acertadamente pedido.

Decíamos antes que lo poco que conocemos de la biografía de Luis de Estrada nos viene dado por referencias indirectas. Debíó de nacer en Ávila en torno a 1518 y pertenecería al viejo linaje abulense de los Estrada, de raíces abulenses desde la repoblación de la ciudad, si bien no hemos encontrado documentación alguna referida a esta familia o a otras en las que se cite en algún momento a un Luis de Estrada que coincida con nuestro fraile cisterciense.

Sabemos que estudió en la Universidad de Alcalá junto con Benito Arias Montano y, a buen seguro, con fray Luis de León. En esta Universidad debieron ser profesores suyos algunos eruditos como Cipriano de la Huerga, el cisterciense también profesor de fray Luis de León; Andrés de la Cuesta, profesor de Teología en Alcalá por entonces, y Luis de la Cadena, quien marchará luego

¹ Citamos desde la obra *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, si bien el legajo a que nos referimos es el que ahí mismo se cita como el 1571 del Archivo General de Simancas.

² La relación entre Gabriel de Zayas, secretario de Felipe II para los asuntos del norte, y el propio Estrada debíó de ser cercana, contando con que el primero fue secretario del rey y Estrada consultor. Otra carta que intercambia Montano con Zayas da cuenta de las gestiones que hacía el primero para comprar libros por encargo del duque de Alba. Así se explica en los *Documentos inéditos para la Historia de España* (1862:150): «El Duque d'Alba me ha scritto esta semana que vea las librerías de Breda y Hausrat porque se han de vender, para que disfrute yo lo que hallare bueno para S. Md. En estando en disposicion para salir de casa iré luego, placiendo a Dios a aquellos lugares».

a la Sorbona tras ciertas denuncias contra su persona a la Inquisición. Es decir, debió de estudiar, como Montano, Teología, lenguas clásicas, entre ellas la lengua hebrea y, muy probablemente, algo de medicina.

Años después, llegó a ser consultor del rey Felipe II y rector del afamado Colegio de Alcalá en 1560. En relación con su estancia en Alcalá, tenemos claro su papel de consejero de Montano junto con el también doctor y profesor Pedro Serrano, que actuaron de consejeros del extremeño durante los años que duró la traducción y publicación de la Biblia, papel que, como veremos, les supuso algún que otro malentendido personal.

La cercanía de Estrada con Felipe II debió de ser una ayuda importante para Montano, máxime cuando el patrocinio real de la nueva Biblia poliglota suponía un imprescindible escudo contra los dardos de León de Castro y otros opositores al proyecto. La oposición se basaba, claro está, en la influencia judaizante sobre los textos de la Biblia, es decir: no era fiable una traducción desde textos hebreos que eran considerados por el doctor de la de Salamanca y sus seguidores como posiblemente contaminados ya en origen.

La cosa no era nueva: León de Castro se había revelado como un impenitente opositor a todo lo que oliese a judaico y seguidor de la doctrina tridentina según la cual no podía tenerse por buena la traducción bíblica del hebreo, y solo era digna de ser considerada una traducción sin mácula aquella procedente de la latina de la Vulgata. Todo ello teniendo en cuenta que la discusión se basaba en una presuposición no del todo cierta, puesto que, si bien el Concilio juzgó como mejor fuente la Vulgata, también es verdad que nunca llegó a condenar los textos primitivos procedentes de los textos griegos y hebreos. Esta era la otra línea de defensa que había establecido Estrada, quien ya había advertido a Montano de los peligros que corría y cómo debía esquivarlos, fundamentalmente advirtiéndole a los lectores y buscando la autoridad del Papa en la apertura de una nueva línea de interpretación sobre algunas decisiones del Concilio.

Por estas razones, tanto Estrada como el doctor Serrano le habían propuesto a Montano que los traductores del hebreo debían ser nombrados directamente por el Papa, lo que evitaría cualquier intromisión del doctor de Salamanca en el proceso y, sobre todo, la intromisión de la Inquisición en las virtudes teológicas de la traducción.

La reseña biográfica más destacable, o, al menos, la que nos aporta un dato más significativo, aparece en 1781 en las notas que Joseph Rodríguez de Castro inserta en la publicación de la *Carta y Discurso de Fray Luis de Estrada sobre la aprobación de la Biblia Regia y sus versiones; y juicio de la que hizo del nuevo Testamento Benito Arias Montano*.

Estas notas dan cuenta de la polémica —que resumiremos brevemente por ya conocida— que se crea indirectamente entre la Universidad de Salamanca y la de Alcalá de Henares a través y por la responsabilidad de León de Castro, profesor en la primera, y el propio Benito Arias Montano en la segunda. De León de Castro se dice (1781:15):

Este prebendado fue enemigo mortal de Arias Montano, o bien por la emulación que suele excitarse entre los que cultivan unos mismos estudios quando aspiran a la primacía en ellos; o bien porque atento su público magisterio, su profesion de Theologo, y su mayor edad, se tendria por tan idóneo lo menos como su contrario para desempeñar la corrección de la Biblia Regia y quedaría ofendido de la exclusión.

Decíamos que los intentos de traducción de la Biblia chocaban frontalmente con la tesis tridentina de que la Vulgata era la «traducción de traducciones» que habría de ser la referencia fundamental de todo estudio. Lógicamente, la elección de Montano como cabeza visible de esta traducción

implicó también el apoyo de los grandes doctores de Alcalá, como fueron Pedro Serrano y el propio Estrada¹.

Claro está que cuando han transcurrido poco más de 20 años desde la celebración del Concilio de Trento en 1546, las disputas aún no se habían enfriado, y la opción de la Vulgata como texto de referencia aún chocaba con una cierta resistencia filológica. Enfrente, León de Castro iba a encabezar una muy numerosa oposición que no veía la necesidad de traducir desde las versiones más antiguas de los textos sagrados por haber podido ser traicionadas por los propios judíos. En toda esta polémica, le tocó a Estrada ser la parte más prudente y política. Así, procura que Montano recurra a la aceptación papal ante los posibles y más que probables intentos de calumnia que iban a venir de sectores de la propia Universidad. Eso es lo que se explica en la carta remitida por Estrada a Zayas y que hemos citado anteriormente.

Sabemos que Estrada había solicitado la elección de traductores por intervención directa papal, lo que evitaría críticas como las de León de Castro, quien veía hebraísmo por cualquier lugar². Estrada y Montano se encuentran, pues del lado de un humanismo cristiano europeo que fue partidario, también, de esta traducción montaniana, como oposición al feroz contrarreformismo español³.

Es en esta contienda en la que terciará Estrada y que se refleja en la carta que dirige a Arias Montano. En realidad la carta es una disculpa ante Montano por haber acercado sus posturas a las de León de Castro debido a las dudas que este había sembrado sobre la implicación de alguna que otra mano rabinica en la impresión de la Biblia, todo ello mientras Montano se encuentra en Flandes. Sabemos, también por esta carta, que hubo más correspondencia entre ambos y que Estrada le escribió más de una vez a Flandes: «Ya me recuerdo que escribí a V. M. a Flandes que siguiese su estilo si quería acertar y no se acomodase a ingenios peregrinos».

Estrada había demostrado en numerosas ocasiones su independencia personal con respecto a muchas de las opiniones y disputas del momento. Por ejemplo, la polémica en torno a la Compañía de Jesús y su vinculación a movimientos de carácter luterano.

En esta línea, Estrada dejó constancia en varias cartas de su cercanía y defensa a la comunidad de Ignacio de Loyola, quien también había estudiado en Alcalá. La primera de ellas está fechada en 1558, y es la respuesta a la que Melchor Cano, nada menos, había dirigido contra la Compañía de Jesús. La respuesta de Fray Luis de Estrada denota esa independencia intelectual, a la vez que busca atacar, no ya los argumentos de Cano, sino su propia persona.

Y no me edifico menos mal, del que con achaque de buen zelo, anda publicando esta carta particular y secreta por el reino; porque si tuviese buenos ojos, vería la poca honra que de estos negocios ha sacado, y daría gracias a Dios, pues trayendo la sogá arrastrando tantos días ha, no le ha permitido N. Señor caer en alguna deshonra notable.

¹ Hemos de considerar que la Biblia de Amberes se considera, en su momento, como una reimpresión de la inencontrable ya por entonces Biblia de Alcalá, realizada por Cisneros. En este caso, la elección de los lingüistas y teólogos de esta Universidad venía casi dada de antemano.

² Como el propio fray Luis de León explicaba: *Todo lo que es letra o que tiene color de aver nacido de rabinos es para él cosa descomulgada. Por esta causa, dice mal de Pagnino y de Vatablo y de quantos profesan y an profesado este camino.* La carta de fray Luis se halla recogida en MACÍAS ROSENDO, B., *La Biblia Poliglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano*, 1998, pp. 242 y 243.

³ Si bien es importante destacar que la biblioteca de León de Castro estaba también conformada, entre otras, por obras de Erasmo y del propio Montano, lo que ha llevado a algún que otro investigador a presuponer que la disputa pudo ser más filológica que teológica.

O en carta al padre Alonso Román:

Pues de la misma manera digo, que el que dize que los de la Compañia son Luteranos, lo podemos tener por tonto, y por loco y por frenético: porque así como la luz contradize a las tinieblas, así el Instituto de los de la compañía contradize al de los Luteranos.

En resumen, fray Luis de Estrada fue, en la turbia época que nos ocupa, uno de los humanistas que actuó de manera más independiente en los diferentes procesos de cambio que habían incidido en la sociedad española durante los años postridentinos. Este autor tuvo la importancia social e intelectual suficiente como para presentarse en estas disputas como una voz prudente y valiente. La escasa obra que nos ha llegado no nos permite hablar de él como uno de los grandes humanistas, pensadores o escritores del siglo XVI, si bien, la indudable importancia que se concedió a su persona y sus escritos en su momento, hacen muy relevante un estudio más profundo.

BIBLIOGRAFÍA

- ESTEBAN, Luis, (1983). *IV Centenario de Fray Luis de Estrada*, Estella, Biblioteca Hortense.
- MACÍAS ROSENDO, B. (1998), *La Biblia Poliglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano*, Huelva, Universidad de Huelva.
- Marqueses de Pidal y Miraflores y D. Miguel Salvá (1862). *Documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, Tomo XLI.
- MORALES, Ambrosio de (1793), *Opusculos castellanos cuyos originales se conservan inéditos en la Real Biblioteca del Monasterio del Escorial*, Madrid, Oficina de Benito Cano.
- MOROCHO GALLO, Gaspar (1997), «Cartas de Fray Luis de Estrada sobre la Biblia Real de Arias Montano», *Cistercium*, 208.
- ORTEGA SÁNCHEZ, Delfin (2006), «El enfrentamiento entre Arias Montano y León de Castro en la correspondencia privada del Humanismo Cristiano: ¿Límites ideológicos o divergencias humanísticas?», *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos*, 11.
- RODRÍGUEZ DE CASTRO, Joseph (1781), «Carta y discurso del Maestro Fray Luis de Estrada sobre la aprobacion de la Biblia Regia y sus versiones; y juicio de la que hizo del Nuevo Testamento Benito Arias Montano», en *Biblioteca Española*, tom. I, Madrid, Imprenta Real de la Gazeta.

LA AMNISTÍA, O EL DUQUE DE ALBA EN FLANDES: UNA VISIÓN LITERARIA DE ÁLVAREZ DE TOLEDO EN LA INGLATERRA VICTORIANA

Sonsoles SÁNCHEZ-REYES PEÑAMARÍA
Fernando ROMERA GALÁN

En 1843, el británico Charles F. Ellerman publicó su prolija obra dramática en dos volúmenes, *La Amnistía, o el Duque de Alba en Flandes*, con el subtítulo de *Una novela histórica del siglo dieciséis*¹. Ellerman fue un reformista sanitario que alternó la elaboración de sus tratados de biología y medicina con la composición de varias obras literarias menores a imitación de su gran ídolo, Charles Dickens, a quien se las dedica y envía, aunque sin merecer nunca de este más que una cortés y sucinta nota de agradecimiento. *La Amnistía, o el Duque de Alba en Flandes*, es una de sus primeras producciones, en la que recrea episodios históricos desde la perspectiva oficial británica, con el aderezo de numerosos elementos y personajes de ficción, lances amorosos y enredos argumentales que jalonan una trama enrevesada y fácilmente previsible, con su componente de anagnórisis tan propio de la comedia clásica. No es de extrañar que la obra pasase sin pena ni gloria a los anales de la literatura universal, y que nunca haya visto la luz una traducción del texto al español. Sin embargo, se trata de un interesante documento que pone de manifiesto la imagen de D. Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba, en la Inglaterra victoriana, contaminada de prejuicios y cautiva del inventado y extendido tópico de personaje cruel y despiadado.

Los episodios históricos reflejados en la obra son numerosos, seleccionados por el autor guiándose por su enorme potencial épico: en primer lugar, las revueltas y desórdenes que tuvieron lugar en 1566 en los Países Bajos, protagonizadas por los calvinistas, y a las que subyacía un claro sentimiento nacionalista. Para atajarlas envió Felipe II al duque de Alba al mando de un poderoso ejército, que llegó a Bruselas el 22 de agosto de 1567. Pocos días después, el 5 de septiembre, establecía el «Tribunal de los Tumultos» (popularmente conocido como «Tribunal de la sangre») para juzgar a los responsables de los disturbios del año anterior. El Tribunal actuó con extraordinario rigor y fueron muchos los ajusticiados, entre los que se encontró el propio conde de Egmont, general católico al

¹ ELLERMAN, Ch. F., *The Amnesty; or, The Duke of Alba in Flanders. An Historical Novel of the Sixteenth Century*. London, 1843.

servicio de Felipe II que estuvo al frente de la caballería que venció a los franceses en la batalla de San Quintín. La muchedumbre que presencié la ejecución en la Gran Plaza de Bruselas, mojó sus pañuelos en la sangre del héroe. Por otro lado, el mantenimiento de las tropas llevadas a Flandes acarrea cuantiosos gastos económicos que forzaron al Duque a imponer nuevos tributos a la población. Algunas ciudades, entre ellas Utrech, se negaron al pago del «diezmo» y se declararon en rebeldía. Este estado de cosas propició la intervención de Guillermo Nassau, príncipe de Orange, que había huido a Alemania al conocer de próxima llegada del Duque y que contó con la ayuda de los hugonotes franceses. Las acciones militares fueron constantes y la situación política no mejoró. Álvarez de Toledo mandó erigir en Amberes una colosal estatua de su persona, utilizando como material el bronce de los cañones que habían sido ganados en la batalla de Gemmenen, y que representaba al noble sujetando a sus pies la rebelión y la herejía. El hijo y heredero de don Fernando Álvarez de Toledo, Fadrique, IV duque de Alba, también aparece en la obra, con el nombre de Frederick of Toledo. Orlando de Alcántara, uno de los personajes principales, experimenta en su juventud una degradación moral por las malas influencias de sus amigos libertinos, y años más tarde señala a Frederick como el más nocivo de todos sus compañeros (vol. II, p. 182). El mismo Duque confía una delicada misión a Fernando de Alcántara, prefiriéndole antes que a su propio hijo Fadrique (vol. II, p. 31).

La visión que la obra aporta de los españoles y su cultura no puede ser más sombría. Se trata de un pueblo perezoso («su indispensable siesta», vol. I, p. 59), dado a la superstición y la superchería, fanático, traidor, desagradecido, materialista... Un inglés, que aparece en la obra sin otro motivo aparente que servir de portavoz del pueblo británico y ofrecer una lisonjera contraposición a la barbarie, presencia cómo los españoles se divierten contemplando un auto de fe (en la narración, con la grafía *auto da fê*), y no puede por menos que exclamar: «¡Qué monstruos!» (vol. II, p. 124). Sin embargo, el retrato que se presenta del duque de Alba es incluso más oscuro, heredando fidedignamente la leyenda negra que acompaña a su persona en algunos países europeos. El orgullo nacional del autor mueve a este a introducir comentarios forzados en boca de personajes que reconocen la superioridad británica frente a los españoles, en una simple pirueta de exhibición que probablemente busca ganarse al lector inglés decimonónico, público al que se dirige la obra. Así, Luis del Río justifica la necesidad de aumentar los impuestos a los flamencos en el hecho de que «esa hereje de Isabel (*Isabel I de Inglaterra*) nos ha robado nuestros dineros» (vol. II, p. 218)².

Fernando Álvarez de Toledo es descrito así por el autor: «Un hombre de unos sesenta años (*en otra ocasión se nos dice que «casi ha pasado el meridiano de su vida»*, vol. II, p. 4), extremadamente autoritario en apariencia (*es «grave y serio»*, vol. II, p. 4). Aunque muchos inviernos habían blanqueado su pelo, su oscuro ojo inquisitivo no había perdido nada de su lustre. Pocos podían resistir su mirada y los hombres temblaban ante su ceño fruncido. Aunque de aspecto marcial, su conjunto indicaba un hombre gobernado por el fanatismo, que hacía de él alternativamente esclavo de la corona y de la mitra» (vol. II, pp. 217-218). Esa mirada fría del duque de Alba sólo queda deslumbrada ante la belleza de las damas de Flandes (vol. I, p. 318). Fernando de Alcántara, que acabará gozando del favor del Duque, confiesa que también tiembla ante la mirada de este, pero su juicio deja entrever un resquicio de simpatía: «Extraño hombre, que fascina y aterroriza» (vol. II, p. 4).

El rey Felipe II anuncia su llegada a los Países Bajos para otorgar una amnistía, pero en realidad es el duque de Alba quien viene en nombre del rey, y la amnistía apenas tendrá de ello más que el nombre. El autor nos explicita que Álvarez de Toledo es el favorito del rey, y el propio Duque no deja lugar a dudas de su elevado rango: «nadie da órdenes a Alba, salvo el rey de España» (vol. II, p. 7). Define su firme posición con estas terribles palabras: «Su Majestad confiere un halo de poder a mi

² Todas las traducciones de la obra son de los autores de este trabajo.

persona, lo que me permite atrapar a mis víctimas en una red que solo nosotros conocemos y tejemos» (vol. II, p. 59). El conde de Egmont (en la obra se alterna esta grafía con la de Egmonton) y el príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, departen sobre el advenimiento ducal, expresando sus profundos temores sobre el duque de Alba, a quien llaman «el monstruo», y de quien dicen vendrá «con el fanatismo en una mano y, en consecuencia, la opresión y la muerte en la otra», a sembrar el «despotismo español» (vol. I, pp. 279-280).

El omnisciente dramaturgo explica al lector que Felipe II ha elegido al Duque como medio de vengarse de los herejes, y como instrumento de su ira (vol. I, p. 309). El autor no se arriesga a dejar al lector a su libre albedrío para formarse su propia opinión de Álvarez de Toledo en base a los hechos: constantemente le dirige el apelativo de «el tirano». Muchos ciudadanos de Flandes huyen ante la llegada del duque de Alba, quien hace su entrada triunfal en una ceremoniosa procesión propia de un rey y su cortejo: «su traje de joyas toledanas llevaba maravillosas incrustaciones de oro y plata» (vol. I, p. 311). En otro desfile similar, el autor nos proporciona más detalles: «(el Duque) montaba un magnífico caballo andaluz negro (...) su atuendo era rico, y lucía el tocado y la espada enjovados con piedras preciosas, que le fueron enviadas por el Papa, en calidad de defensor de la Religión» (vol. II, p. 265). Los flamencos que contemplan el paso de la comitiva piensan en la esclavitud que ésta trae, deseando en su fuero interno tener una oportunidad para apuñalar a don Fernando (vol. I, p. 317). Pero el dramaturgo ya nos ha prevenido sobre que al Duque no le merece la más mínima consideración la opinión que de él tengan los ciudadanos, ya que se siente muy superior a ellos por nacimiento, fortuna y educación, viéndolos como «réptiles que puede aplastar cuando le plazca» (vol. I, p. 315). El personaje de Sánchez D'Ávila, fiel al Duque, narra que el conde de Egmonton ha rendido pleitesía a Álvarez de Toledo, y este ha mostrado una sonrisa tras la que Romero ve muerte. El carácter ominoso de la sonrisa de Alba es un motivo recurrente en la acción, preaviso de negros sucesos, e indicativo de que sus planes son en realidad muy distintos a la versión oficial de sus motivaciones. De Schermere tiene un sueño premonitorio del ajusticiamiento de los nobles en la Gran Plaza de Bruselas; en la nebulosa onírica, logra reconocer al duque de Alba como artífice de la matanza, por su «sonrisa vengativa» (vol. II, p. 47).

El Duque era un experto en el protocolo de la diplomacia, lo que también se recoge en el relato; en el momento en que llega al palacio de la duquesa de Parma, regente de los Países Bajos (que es hija natural del emperador Carlos V), se aproxima al trono de esta con «todos los signos externos de respeto», y sabe cómo dar la mínima información sobre la misión que le ocupa en los Países Bajos, «sin comprometerse ante los numerosos cortesanos», y consiguiendo engañarles sobre la naturaleza de la misma (vol. I, p. 318). Al recibir en audiencia a los representantes del pueblo, Álvarez de Toledo juega con su buena fe: se muestra «bondadoso y afable, camelándoles con promesas de indulto, y suscitándoles esperanzas para el futuro, mientras internamente les señala como sus víctimas», en una hábil maniobra que logra convencer a los representantes de que «él no era el monstruo que todo el mundo decía» (vol. II, pp. 10-11). Esta disociación entre lo que el Duque piensa y la impresión que transmite exteriormente, es un pliegue de hondura psicológica que aparece recurrentemente en el drama, y transluce la concepción del autor de estar creando una obra más para ser leída que para su representación. En una reunión del gran consejo, presidida por él, «Alba, a ojos de todos, les escucha con profundo interés. Aunque su mente está intranquila, su semblante no refleja su ansiedad, y mantiene esa tranquilidad externa que le ha conferido tal poder sobre sus congéneres» (vol. II, p. 60).

En la obra, el Duque cuenta con su propia red de espías y ejecutores: «sólo quiere hombres en quienes pueda confiar (...) rodeado por sus satélites, el tirano les exige nuevas formas de tortura» (vol. II, pp. 126-127).

Sin duda, la característica más idiosincrática de Álvarez de Toledo en la producción de Ellerman es la crueldad y la carencia absoluta de piedad. Sus métodos son expeditivos. En un momento de sinceridad ante la duquesa Margarita de Parma, quien, a juicio del duque de Alba, es muy leniente con sus súbditos flamencos, el Duque se expresa así: «Estos malditos requieren, no un palo, sino una barra de hierro, que sea manejada por alguien que no dude en hacerlo, salvo cuando tenga un buen motivo (...). Conozco mi deber tanto ante el Cielo como ante mi Soberano. Que tiemblen los calvinistas iconoclastas. ¡Cuidado, aquellos que les compadezcan!». Margarita de Parma le advierte: «¡Será maldecido –odiado– aborrecido!», a lo que él replica: «Estas canas solo piden temor (...). La bondad es debilidad (...). No habéis tenido éxito usando la persuasión. Veré qué se consigue con el terror!» (vol. II, pp. 8-9). Utiliza un símil de gran fuerza expresiva: «Mi medicina curará al final, aunque su aplicación puede que duela. La sanguijuela a menudo debe torturar a su paciente, antes de lograr erradicar el mal» (vol. II, pp. 6-7). Efectivamente, el Duque desoye las peticiones de clemencia de las familias de los nobles flamencos a quienes sentencia a muerte: «Un riguroso ejemplo debe aplacar a los sediciosos, y el terror nos hará ganar amigos, donde la debilidad podría animar a nuestros enemigos» (vol. II, p. 131). El autor, como si de la voz de un coro de tragedia griega se tratase, exclama con vehemencia: «No, el corazón del tirano es inflexible. Tiene sed de sangre. Está sordo a la súplica –a la clemencia– a la Justicia» (vol. II, p. 133).

A medida que la obra dramática se acerca a su final, el autor nos presenta rasgos de debilidad, insatisfacción y lucha interior en las férreas convicciones del duque de Alba. Cuando su ejército se topa con los invitados a una boda, el Duque medita en los siguientes términos: «¡Felices patanes! ¡Vuestras almohadas, aunque rellenas de paja, son más blandas que las de plumas, que en vano buscan mi reposo! ¡Os tumbáis a descansar, y la noche os parece apenas un momento, porque pasáis las horas oscuras durmiendo en paz, y despertáis a la felicidad; mientras que yo, el gobernante de estos reinos, que os hago temblar a todos, tiemblo a mi vez cuando me tiendo en mi lecho de espinas!» (vol. II, p. 148). Temblar es un verbo que se asocia al Duque en los momentos finales de la obra, en un presagio de los malos hados que le aguardan. Un soldado belga, moribundo entre otros muchos tras un enfrentamiento militar con los españoles, exclama con su último hilo de voz: «tirano, satélite de un monarca fanático (...) ¡Tiembra, Alba! ¡Tiembra!» (vol. II, p. 159). La primera ocasión en la que vemos estremecerse al Duque es durante la ejecución del conde de Egmont, que presencia desde una atalaya que le permite ver sin ser visto (vol. II, p. 142), y se sobrecoge al leer en el rostro de los ciudadanos su desesperación y su sed de venganza. El narrador irrumpe justo en este momento, para introducir un comentario autorial lleno de ira: «¡Tiembra, despota! ¡Insaciable asesino!». La obra dramática concluye con la muerte de Orlando de Alcántara, y la reacción de Álvarez de Toledo ante ella: «Alba y sus compañeros temblaron; y bien podían hacerlo, pues estaban en presencia del Monarca más poderoso –¡la Muerte!–» (vol. II, p. 312). Esa manifestación de temor es el único destello de humanidad que acompaña a la figura del duque de Alba en esta obra victoriana, una figura tan desconocida como difamada, en opinión de su biógrafo, Henry Kamen³.

³ KAMEN, H., *El Gran Duque de Alba, soldado de la España Imperial*, Madrid, 2005.

 Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba

 Institución Gran Duque de Alba



Ayuntamiento
de Piedrahíta



Ayuntamiento de
El Barco de Ávila



Ayuntamiento de
Alba de Tormes

ISBN: 978-84-96433-78-6



9 788496 433786